ALBERT CAMUS
MARÍA CASARES

CORRESPONDENCIA
1944 - 1959



Correspondencia 1944-1959

ALBERT CAMUS Y MARÍA CASARES

Texto establecido por
Béatrice Vaillant

Traducción de
María Teresa Gallego Urrutia y
Amaya García Gallego

DEBATE

Prólogo

> Tiempo vendrá en que, pese a todos los dolores, seremos ingrávidos, alegres y verídicos.
>
> ALBERT CAMUS a MARÍA CASARES,
> *26 de febrero de 1950*

María Casares y Albert Camus se unieron en París el 6 de junio de 1944, el mismo día del desembarco de los Aliados en Europa. Ella tenía veintiún años y él, treinta. María nació en España, en La Coruña, y llegó a París con catorce años, en 1936, como la mayoría de los republicanos españoles. Su padre, Santiago Casares Quiroga, tras ocupar varios ministerios así como la presidencia del Consejo de Ministros durante la Segunda República española, tuvo que exiliarse cuando Franco detentó el poder. Mucho tiempo después, María Casares diría que ella «nació en noviembre de 1942 en el teatro de Les Mathurins».

Albert Camus, a quien la ocupación alemana había separado de su mujer, Francine Faure, se unió a la Resistencia. Era de origen español por vía materna, padecía tuberculosis igual que Santiago Casares Quiroga y también estaba exiliado, puesto que había nacido en Argelia. En octubre de 1944, cuando Francine Faure por fin pudo reunirse con su marido, María Casares y Albert Camus rompieron su relación. Pero el 6 de junio de 1948 se cruzan andando por el bulevar de Saint-Germain, se reencuentran y no vuelven a separarse nunca más.

Esta correspondencia que mantuvieron ininterrumpidamente a lo largo de doce años refleja con claridad la evidencia irresistible que caracterizó su amor:

> Nos conocimos, nos reconocimos, nos entregamos mutuamente, logramos un amor ardiente de cristal puro, ¿te das cuenta de nuestra dicha y de lo que se nos ha dado?

María Casares, *4 de junio de 1950*

> Igual de lúcidos, igual de enterados, capaces de entenderlo todo y, por lo tanto, de sobreponernos a todo, lo suficientemente fuertes para vivir sin ilusiones y uniéndonos los vínculos de la tierra, los de la inteligencia, los del corazón y de la carne, nada puede, lo sé, ni sorprendernos ni separarnos.

Albert Camus, *23 de febrero de 1950*

En enero de 1960, la muerte los separa, pero no sin haber vivido doce años siendo «transparentes el uno para el otro», solidarios, apasionados, teniendo que alejarse a menudo, llevando una existencia plena, los dos juntos, todos los días, a cada hora, con una autenticidad que pocos seres tendrían fuerza para soportar.

En las cartas de María Casares descubrimos la vida de una grandísima actriz, sus momentos de coraje y de flaqueza, sus horarios demenciales, las grabaciones en la radio, los ensayos, las funciones de teatro y sus imprevistos, los rodajes de cine. También desvelan la vida de los actores de la Comédie-Française y del Théâtre National Populaire (TNP). María Casares no solo actúa con Michel Bouquet, Gerard Philippe, Marcel Herrand, Serge Reggiani, Jean Vilar…, sino que también los quiere.

El elemento de esta actriz nacida en Galicia es el mar: es como una ola que inunda, rompe, se retira y vuelve a la carga con pasmosa vitalidad. Vive

la felicidad y la desdicha con igual intensidad, se entrega por completo, desde lo más hondo.

Esta manera de vivir se percibe asimismo en su ortografía, que se ha corregido para mayor claridad del texto. Su origen español la lleva a escribir *pourque* en lugar de *pour que*, a ponerle dos tes a *plate* y una sola eme a *hommage*. El acento circunflejo que coloca sobre la u de *rude* [rudo] transmite mejor el peso de esa palabra. En cuanto al adjetivo *confortable*, lo escribe a la inglesa, *comfortable*, como si su significado solo pudiera aplicarse a la gente del norte, que no tiene ni la luz ni la calidez de la que goza la gente del sur y que les permite vivir más cerca de lo esencial.

Las cartas de Albert Camus son mucho más concisas, pero reflejan el mismo amor por la vida, su pasión por el teatro, su constante preocupación por los actores y su fragilidad. Así pues, aparecen en ellas temas que le son queridos, como el oficio de escritor, sus dudas, su apasionada dedicación a la escritura, a pesar de la tuberculosis. Le habla a María de lo que escribe, el prólogo de *El revés y el derecho*, *El hombre rebelde*, las *Crónicas*, *El exilio y el reino*, *La caída*, *El primer hombre*, siempre con miedo de «no estar a la altura». Ella lo tranquiliza incansable, cree en él, en su obra, no ciegamente, pero porque sabe, en su calidad de mujer, que la creación puede más. Y sabe decirlo, con sinceridad y auténtica convicción.

El 23 de febrero de 1950 él le escribe: «Lo que hace cada uno de nosotros en su trabajo, en su vida, etc., no lo hace solo. Una presencia que solo él nota lo acompaña». Cosa que no se desmentirá jamás.

¿Cómo lograron estos dos seres atravesar tantos años, con la tensión extenuante que exige una vida libre atemperada por el respeto a los demás, para la que tuvieron que «aprender a avanzar por la cuerda floja de un amor desprovisto de cualquier orgullo»,[1] sin romper su relación, sin dudar

nunca el uno del otro, exigiéndose mutuamente la misma claridad? La respuesta está en esta correspondencia.

Mi padre murió el 4 de enero de 1960. En agosto de 1959 parece que habían logrado caminar por esa cuerda floja, sin desfallecer, hasta el final. Ella le escribió:

> … no me parece que sea inútil echar un vistazo a esa confusión tan fea de mi paisaje interior. Lo que me da pena es que nunca dispondré del tiempo libre, de la inteligencia y del temperamento necesarios para ordenarlo un poco y me acongoja pensar que, irremediablemente, voy a morirme igual que nací, amorfa.

Y él le contesta:

> Si no amorfo, habrá que morir ignorado de uno mismo, disperso […]. Pero también es posible, quizá, que la unidad conseguida, la claridad imperturbable de la verdad, sea la propia muerte. Y que para sentir el corazón sea necesario el misterio, la oscuridad del ser, la llamada incesante, la lucha contra uno mismo y los demás. Bastaría entonces con saberlo y con adorar en silencio el misterio y la contradicción, sin más condición que la de no dejar la lucha y la búsqueda.

Les estoy agradecida a ambos. Gracias a sus cartas la tierra es más ancha, el espacio más luminoso, el aire más liviano, por el mero hecho de que ellos existieran.

Para honrar la lealtad y la fidelidad que me inculcó mi padre, no puedo dejar de expresar aquí mi agradecimiento a mi amiga Béatrice Vaillant por la ímproba y meticulosa tarea de transcribir y ¡fechar! esta correspondencia, a la que se entregó durante días y días con el esmero, la precisión y la delicadeza de los que solo es capaz un corazón tan generoso y desinteresado como el suyo.

CATHERINE CAMUS

Correspondencia

1944

1 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[2]

[junio de 1944][3]

Querida Maria:[4]

Tengo una cita de negocios a las seis y media en la NRF[5] con un editor de Montecarlo. De la NRF iremos seguramente al Cyrano, que está en la esquina de la calle de Le Bac y el bulevar de Saint-Germain.[6] Te esperaré allí hasta la siete y media. A las siete y media estaré en La Frégate, en la esquina de la calle de Le Bac con los muelles, donde me esperan Marcel y Jean.[7]Y finalmente, a las ocho, la cita colectiva es en la esquina de la calle de Beaune con los muelles, en el Voltaire. Pero creo que ya lo sabes.

Disculpa que no pueda esperar más rato. Besos.

AC

2 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

4 de la tarde [junio de 1944]

Mi pequeña Maria:

Esperaba encontrarte telefoneando a tu casa. Pero ni a eso me da tiempo. Así que, entre dos citas, te pongo estas letras. Nada de particular, desde luego. Pero supongo que te las encontrarás cuando vuelvas esta noche y que

entonces pensarás en mí. Estoy cansado, te necesito. Pero, por supuesto, no son cosas para decirlas así, tendrías que estar pegada a mí.

Buenas noches, niña mía. Duerme mucho, piensa mucho en mí. Besos hasta mañana.

AC

3 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 10 [de la noche] [junio de 1944]

Acabo de leer tu dedicatoria, niña mía, y ahora tengo por dentro algo que se estremece. Por mucho que me diga que a veces se escriben cosas así, en un arrebato, sin poner el alma entera, me digo al mismo tiempo que hay palabras que no escribirías porque no las sientes.

Soy tan feliz, Maria… ¿Será esto posible? Lo que se estremece en mí es una especie de loca alegría. Pero al mismo tiempo tengo esa amargura de tu marcha y la tristeza de tus ojos en el momento de separarnos. Cierto es que lo que tengo de ti posee siempre un sabor en que se mezclan la felicidad y la inquietud. Pero si me quieres, como me lo escribes, tenemos que conseguir otra cosa. Es ahora nuestro tiempo de querernos y debemos pretenderlo con suficiente fuerza y durante tanto tiempo como para pasar por encima de todo.

No me gusta esa visión clara que pretendías tener esta noche. Cuando se tiene alma, se tiene tendencia a llamar lucidez a lo que frustra y verdad a cuanto nos viene bien. Pero esa lucidez es tan ciega como cualquier otra cosa. No hay más que una clarividencia, la que pretende conseguir la felicidad. Y sé que por muy breve que sea, por muy amenazada o muy

frágil, hay una felicidad lista para nosotros dos si tendemos la mano. Pero hay que tender la mano.

Espero que llegue mañana, que lleguéis tú y tu querido rostro. Esta noche estaba demasiado cansado para hablarte de este corazón desbordante que te debo a ti. Hay algo que es solo nuestro y donde siempre me reúno contigo sin esfuerzo. Son las horas en que callo, y entonces dudas de mí. Pero no importa, el corazón me rebosa de ti. Adiós, cariño. Gracias por esas pocas palabras que me han dado tanta alegría, gracias por esa alma que ama y a la que amo. Te beso con todas mis fuerzas.

AC

4 — Albert Camus a María Casares

1 de la madrugada [junio de 1944]

Mi pequeña Maria:

Acabo de volver, no tengo ni pizca de sueño, y tengo tantas ganas de tenerte cerca que no me queda más remedio que acudir a mi mesa para hablarte como puedo hacerlo. No me he atrevido a decirle a Marcel [Herrand] que no me apetecía ir a tomar ese champán suyo. ¡Y además, tú estabas con tanta gente! Pero al cabo de media hora ya estaba harto. Solo te necesitaba a ti. Te he querido tanto, Maria, durante toda esta noche, al verte, al oír esa voz, que para mí ahora se ha vuelto irremplazable… al subir a casa de Marcel he encontrado un texto de la obra. No puedo ya leerla sin oírte, es mi forma de ser feliz contigo.

Intento imaginarme lo que haces y me pregunto con extrañeza por qué no estás aquí. Me digo que lo que estaría dentro de la norma, la única norma

que conozco, la de la pasión y la vida, sería que volvieras a casa mañana conmigo y que rematásemos juntos una velada que hemos empezado juntos. Pero también sé que es inútil y que está todo lo demás.

Pero por lo menos no me olvides cuando te separas de mí. No te olvides tampoco de lo que te dije largo y tendido en mi casa un día, antes de que todo se precipitase. Ese día te hablé con lo hondo, con lo más hondo del corazón y querría, querría tanto, que fuéramos el uno de la otra como te dije entonces que teníamos que ser. No me dejes, no imagino nada peor que perderte. ¿Qué iba a hacer ahora sin ese rostro en el que todo me trastorna, sin esa voz y también sin ese cuerpo pegado al mío?

Por lo demás no era esto lo que quería decirte hoy. Sino solo tu presencia aquí, el deseo que tengo de ti, mi pensamiento de esta noche. Buenas noches, niña mía, que mañana llegue pronto y los demás días en que seas más mía que en esa maldita obra. Te beso con todas mis fuerzas.

AC

5 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

4 de la tarde [junio de 1944]

Mi pequeña Maria:

No sé si se te ocurrirá llamarme. Y a estas horas no sé dónde localizarte. No tengo nada concreto que decirte, por lo demás, a no ser esta ola en que cabalgo desde ayer y esta necesidad que tengo de confianza y amor por ti. ¡Cuánto tiempo hace que no te escribo!

Si encuentras este telegrama al volver esta noche, llámame. No me

olvides de aquí al sábado. Piensa en mí durante todos estos días. Repítete que sigo a tu lado en todos los minutos. Adiós, amor mío, mi amor querido, te beso como ayer.

Albert

6 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 2 de la tarde [1 de julio de 1944]

Mi pequeña Maria:

Hemos tenido un buen viaje y sin nada de particular.[8] Salimos a las siete y veinte y fuimos pedaleando hasta las nueve, luego hicimos siete kilómetros a pie para pasar por una estación de clasificación que habían bombardeado la víspera; a las once ya habíamos cogido otro tren hasta las doce. Estuvimos esperando dos horas en Meaux hasta que tuvieron a bien ponernos otro tren. Tres cuartos de hora después, otro trasbordo y a las cinco ya habíamos llegado. Estaba cansado como un perro negro, pero contento de haber acabado. Me han ofrecido una casa una de cuyas alas bombardearon en 1940, pero en el resto se puede vivir. Aunque está todo lleno de polvo y me va a costar cuarenta y ocho horas adecentarlo con la ayuda de una buena mujer de por aquí.

Pasemos a la descripción. La zona es un vallecito con las dos laderas cultivadas y plantadas de árboles de altura media. Hace fresco, hay ruidos de agua y olores de hierba, vacas, unos cuantos niños muy lucidos y cantos de pájaros. Subiendo un poco se llega a unas mesetas más despejadas, donde se respira mejor. El pueblo: una pocas casas y buena gente. En cuanto a la casa, muy metida en un jardín bastante grande lleno de árboles y

de las últimas rosas del año (no son rojas). Está a la sombra de la vieja iglesia y la parte de arriba del jardín es un prado soleado inmediatamente debajo de los arbotantes de la iglesia. Ahí se pueden tomar baños de sol. Me estoy arreglando un dormitorio y un despacho en el primer piso. Cuando estén listos ya te los describiré.

Creo que Michel [Gallimard] al menos podrá vivir conmigo. Pierre y Janine [Gallimard] dormirán seguramente en otro sitio. Espero impaciente que lleguen para decidir todas esas cosas y sobre todo porque tengo esperanzas de que me den noticias tuyas.

Te escribo todo esto con toda la claridad de que soy capaz porque creo que lo que quieres de entrada son informaciones concretas. Pero pienso en cosas muy diferentes, desde el jueves por la noche es contigo con quien vivo. Me parecía que me había despedido mal y que me resulta difícil soportar esta separación entre tantas incertidumbres, bajo un cielo tan lleno de peligros. Mi esperanza es que vengas. Si puedes hacerlo en coche, hazlo, resultará más fácil. Si no, tendrás que hacer ese viaje tan largo que he hecho yo. Y también está la bicicleta, y así podré salirte al encuentro. Que no se te olvide tu promesa, niña mía, de ella es de lo que vivo en este momento. Creo que podré hallar la paz en esta comarca. Con unos cuantos árboles, el viento y un río, conseguiré volver a construir ese silencio interior que hace tanto que he perdido. Pero no será posible si tengo que soportar tu ausencia y andar persiguiendo tu imagen y tu recuerdo. No tengo intención alguna de hacerme el desesperado ni de volverme un descuidado. A partir del lunes me pondré a trabajar y trabajaré, seguro. Pero quiero que me ayudes y que vengas. ¡Sobre todo que vengas! Tú y yo, hasta ahora, nos hemos conocido y querido en la fiebre, la impaciencia o el peligro. No me arrepiento de nada y los días que acabo de vivir me parece que bastan para justificar una vida. Pero hay otra forma de quererse, una plenitud más secreta y más armoniosa

que no es menos hermosa y de la que sé que somos también capaces. Aquí es donde hallaremos tiempo para hacerlo. Eso que no se te olvide, mi pequeña Maria, y haz lo que esté en tu mano para que tengamos también esta oportunidad para nuestro amor.

Dentro de unas horas vas a actuar.[9] Hoy y mañana mi pensamiento estará contigo. Esperaré ese momento en que te sientas, diciendo que es maravilloso. Esperaré también el tercer acto, con ese grito que tanto me gustó. Ah, niña mía, qué cosa tan dura es estar lejos de lo que amamos. Estoy privado de tu rostro y no hay nada en el mundo que haya querido tanto.

Escríbeme mucho y a menudo, no me dejes solo. Te esperaré cuanto tiempo sea menester, me noto una paciencia infinita en todo cuanto a ti se refiere. Pero al mismo tiempo tengo en la sangre una impaciencia que me duele, un deseo de quemarlo todo y de devorarlo todo, es mi amor por ti. Adiós, victoria chiquita. Estate a mi lado con el pensamiento y ven, ven deprisa. Te beso con toda mi pasión.

Puedes escribir, como habíamos quedado, a la atención de la señora Parain, en Verdelot, Seine-et-Marne.

Michel[10]

7 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 4 de la tarde [4 de julio de 1944]

Niña mía:

Te escribo en pleno jardín, me rodea el grupito de los Gallimard, que lee,

duerme o se tuesta al sol. Vamos todos con pantalón corto y camisa fina, hace un calor tremendo y las rosas se encogen al sol.

Te escribieron ayer, supongo que han debido de contarte su viaje y lo esencial de nuestro acomodo aquí; llevamos una vidita tranquila, tan tranquila que a mí, que vengo del ruido y la furia, me cuesta recobrar el equilibrio. Todo el día de ayer me lo pasé tumbado y desdichado, incapaz de un gesto o de una palabra amables. Entonces me puse a trabajar mucho y mal, y me negué a salir. Me acordaba de ti. Únicamente en una ocasión, a las seis de la tarde, di unos pasos yo solo por el jardín (ellos habían ido a bañarse). Hacía bueno, con un poquito de viento, el reloj de la iglesia dio seis campanadas. Es una hora que siempre me ha gustado y ayer me gustó contigo.

Acaban de traerme tu carta, no tengo palabras para agradecértela. Y, además, por fin tengo una esperanza cierta de verte llegar. Supongo que vas a descartar el Palais-Royal. La guerra acabará en septiembre, no se puede hacer nada serio de aquí a entonces. Déjalo todo y ven. Me preocupa tu cansancio también. Aquí al menos descansarás. Es importante cuando la gente se ama que pueda hacerlo con el cuerpo descansado y feliz.

¡Pues mira, está muy bien que tu teatro ya no funcione! Todo volverá a empezar después. Pero por ahora ya ves que todo se prepara para que tengamos tiempo de querernos. Yo también me pasé todo el día de ayer paseando esa angustia de la que hablas. No soñé contigo, no estabas en China, pero solo notaba esta privación, esta sombra, como un manantial perdido [de golpe]. Me notaba reseco y estéril, incapaz de un arrebato o de un amor. Pero, de hecho, lo que estaba esperando era tu carta y ahora lo he recuperado todo, la presencia y el manantial, tu rostro en fin. ¡Ay, niña mía, vuelve muy pronto y que concluya todo esto! Me noto hoy con toda la fuerza necesaria para vencer lo que pueda separarnos. Pero ven a mi

encuentro, dame la mano, no me dejes solo. Te espero, con confianza y feliz por hoy y te quiero con toda el alma. Adiós, Maria, beso tu rostro querido.

Michel

8 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves, 4 de la tarde [6 de julio de 1944]

Mi pequeña Maria:

Acabo de recibir tu carta del lunes-martes. Ha llegado a punto. Llevaba desfondado cuarenta y ocho horas. Me sentía solo, lejos incluso de quienes me rodeaban, algo así como un perro con el humor atravesado. Vivo retirado en mi cuarto alegando que trabajo, y por lo demás trabajo a veces como con rabia, el resto del tiempo ando arriba y abajo fumando los cigarrillos que me quedan. No, esto no va ni pizca de bien. Sin embargo, el campo es hermoso y apacigua. Pero mi corazón no tiene ya su paz, si es que alguna vez la tuvo.

Estoy lejos de todo, de mis deberes de hombre, de mi oficio; y además, privado de la que amo. Eso es lo que me deja fuera de combate. Esperaba tu llegada. Pero por lo visto es para la semana que viene. Así que… ¡Ay, niña mía, no creas que no lo entiendo! Para ti todo es más difícil y ahora ya sé que harás todo cuanto esté en tu mano. En lo que he salido ganando en los días difíciles que acabamos de pasar juntos es en mi confianza en ti. He dudado a menudo, poco seguro de este amor que podía engañarse a sí mismo. Desde entonces, no sé qué ha sucedido, pero hubo un relámpago, algo que circuló entre nosotros, una mirada quizá, ahora sigo sintiendo eso mismo, algo recio como el alma, que nos une y nos vincula. Te espero pues

con amor y confianza. Pero he pasado unos meses demasiado duros, demasiado tensos para no tener los nervios gastados. Y llevo mal cosas que por lo general habría soportado con tranquilidad. Da igual, se me pasará. Estoy contento con las noticias que me das. Diles a Jean y a Marcel que me acuerdo de ellos y que les mando cariñosos recuerdos.

Me alegra saberte morena y dorada. Ponte guapa, sonríe y no te descuides. Quiero que seas feliz. Nunca has estado más guapa que aquella noche en que me dijiste que eras feliz (¿te acuerdas?, con tu amiga). Me gustas de muchas formas, pero sobre todo así, con cara de felicidad y ese resplandor de la vida que siempre me trastorna. No estoy hecho para querer en sueños, pero al menos sé reconocer la vida donde está; y creo que la reconocí aquel primer día en que, vestida de Deirdre, hablabas, por encima de mi cabeza, a no sé qué amante imposible.

No me hagas demasiado caso cuando refunfuño. Me siento desdichado por tener que esperarte una semana más. Pero no es eso lo que cuenta. Lo que cuenta… pero volvería a decirlo demasiado mal. Esperemos un poco.

Se ha nublado y llueve. No es algo que me desagrade, pero me acuerdo a menudo de esa luz de la que no puedo prescindir. Es a Provenza adonde tendremos que ir juntos, en lo que llegan los demás países que tanto nos importan.

Adiós, Maria —maravillosa— viva, me parece que podría enhebrar montones de adjetivos así. Me acuerdo de ti continuamente y te quiero con todo mi corazón. Ven pronto, no me dejes demasiado a solas con mis pensamientos. Necesito tu presencia viva y ese cuerpo que tan a menudo me enternece. Mira, te tiendo las manos; ven a mi encuentro tan pronto como sea posible.

Te beso con todas mis fuerzas.

Michel

9 — Albert Camus a María Casares

Viernes por la noche, a las 11 [7 de julio de 1944]

Esta noche siento deseos de ir hacia ti porque me pesa el corazón y todo me parece difícil de vivir. He trabajado un poco esta mañana y nada esta tarde. Es como si se me hubiera olvidado mi energía y lo que tengo que hacer. Hay horas como estas, días, semanas, en que parece que todo se nos muere entre las manos. Tú también sabes de eso. Yo hace mucho que sé que esas horas en que me entran ganas de apartarme de todo son las más peligrosas, esas en que me apetece escapar y vivir lejos de todo cuanto podría ayudarme. Porque lo que sé es que voy hacia ti. Si estuvieras aquí todo sería más fácil. Pero esta noche tengo la seguridad de que no vas a venir. Tengo algo así como la sensación de haberlo perdido todo hace algún tiempo. Si te alejases de mí, sería la oscuridad total. Entretanto, no tengo esperanzas de volver a verte hasta dentro de mucho tiempo.

Esta noche me pregunto qué haces, dónde estás y en qué piensas. Me gustaría tener la certidumbre de tu pensamiento y de tu amor. A veces la tengo. Pero ¿de qué amor puede uno estar seguro siempre? Un gesto y todo puede desbaratarse, al menos por un momento. Bien pensado, basta con alguien que te sonría y que te guste y, durante una semana por lo menos, no hay ya amor en ese corazón que con tanto celo atesoro. ¿Qué hacer ante eso sino admitir y entender y echarle paciencia? ¿Y quién soy yo para exigirle tanto a una persona? Pero es quizá porque sé de todas las debilidades que puede tener incluso un corazón robusto por lo que siento tanta aprensión ante la ausencia y ante esta separación estúpida en que hay que alimentar un amor de carne con sombras y recuerdos.

Todos los demás se han acostado. Yo velo contigo, pero me siento un

alma tan reseca como todos los desiertos. ¡Ay, niña mía! ¿Cuándo volverán el surtidor y el grito?

Me noto tan poco diestro, tan torpe, con esta especie de amor sin usar que se me queda en el pecho y me oprime sin proporcionarme alegría… Me parece que ya no valgo para nada. Debería poseerme esto que estoy escribiendo, debería estar colmado de esta novela y de estos personajes en los que he vuelto a entrar. Pero los miro desde fuera, trabajo distraído, con la inteligencia, y ni por un momento con esa pasión y esa violencia que siempre he puesto en lo que amo.

Aquí lo dejo, de golpe. Caigo en la cuenta de que es una carta de lamentaciones. Y tú y yo tenemos algo mejor que hacer que lamentarnos. Cuando uno nota el corazón seco más le vale callarse. Eres hoy el único ser al que deseo escribir cosas así. Pero eso no es un motivo. No es tampoco nada malo, por lo demás. Hasta ahora has amado lo mejor que había en mí. A lo mejor eso no es todavía amar y quizá no me quieras de verdad hasta que me quieras con mis debilidades y mis defectos. Pero ¿cuándo y dentro de cuánto tiempo? Es algo magnífico y terrible eso de tener que quererse también en el peligro, en la incertidumbre, en medio de un mundo que se derrumba y de una historia en que la vida de un hombre vale tan poco. No tendré paz mientras me priven de tu rostro. Si no vienes, me armaré de paciencia, pero me armaré de paciencia con zozobra y sequedad de corazón.

Buenas noches, negra y blanca. Haz cuanto puedas para quedarte a mi lado y olvida tantas exigencias y tanto mal humor. No me resulta fácil la vida en este momento. Tengo razones para no estar alegre. Pero si ese dios tuyo existe, sabe que daría todo cuanto soy y todo cuanto tengo para volver a tener tu mano en mi cara. No he dejado de quererte y de esperarte, incluso en medio del desierto. No me olvides.

Michel

Sábado, 9 de la mañana [8 de julio de 1944]

Releo esta mañana esta carta y no sé si mandártela. Pero, bien pensado, supongo que se me parece. No nos queda más remedio que ser lo que somos. Esta mañana no estoy ni mejor ni peor. Salimos ahora mismo para un paseo de todo el día y tengo que decidirme a mandarte ahora mismo esta carta si quiero que la recibas el lunes.

El día está oscuro, el cielo está encapotado. Hasta pronto, victoria chiquita. Piensa, piensa mucho en mí y quiéreme tanto y con tanta violencia como te quiero yo.

M.

10 — Albert Camus a María Casares

Domingo [9 de julio de 1944]

Niña mía:

Pierre [Gallimard], que te dará esta nota, vuelve el jueves a Verdelot por un medio no excesivamente cansado que él te explicará. Creo que si sigues dispuesta a venir, a mitad de semana es la mejor ocasión. Te escribo aparte, pero no tengo necesidad de decirte que te esperaré el jueves. Para el regreso, si es preciso, podrías volver a París en media jornada con la misma combinación. Hasta el jueves. Te espero y te beso.

AC

11 — Albert Camus a María Casares

Lunes [11 de julio de 1944]

Mi pequeña Maria:

Acabo de recibir tu carta, tanto tiempo esperada. Me trae siempre alegría, puesto que viene de ti y me da la seguridad de que existes, de que hubo realmente algo entre nosotros en una época lejana en que yo me interesaba por una obra que tú interpretabas. Pero, al tiempo, esperaba el anuncio de tu llegada y todavía no estamos en eso. Cuando recibas esta carta ya habrás visto a Pierre [Gallimard], a quien he dicho que vaya a verte, pero ahora supongo que no podrás venir. ¡Da igual! Te esperaré el jueves. Es que ¡si supieras! Mi espera, mi impaciencia, mis rabietas en frío y ese tirón hacia ti. Pero en fin… No dejas de saber nada de todo eso y me conoces lo suficiente para imaginar lo que no sepas. Cada vez que retrasas un día la salida, intenta concebir lo que ese día va a ser para mí; a lo mejor eso te decide. Dicho lo cual, espero que tu madre[11] no esté gravemente enferma. Puesto que seguramente se imagina que te escribo, dile que deseo que se mejore (y de forma desinteresada). Dile también que siento afecto por ella y la respeto, cosa que en mis labios no es una mera frase. No querría por nada del mundo ser causa de roces entre vosotras. Entre unas personas que se quieren, ¿no existe acaso un lugar donde siempre pueden coincidir? Pero a lo mejor me estoy metiendo en lo que no me importa.

Ya que no vienes, dame al menos, niña mía, detalles más concretos de tu vida, de lo que haces. Piensa que la imaginación trabaja cuando hay separación. Ejemplos de preguntas que pueden interesar a un corazón enamorado: vas a Meudon. ¿A casa de quién? ¿Con quién? ¿Qué hacías el sábado a las seis en la calle de Alleray, en el distrito 15, que no es tu barrio? Etc., etc. Ya ves, Maria, pequeña, todo lo que se le puede pasar por la cabeza a un hombre ocioso, disponible, sin nada donde colgar el exceso de

pasión que siente. Dales satisfacción, en este aspecto, a mis deseos. Proporcióname más detalles. Todo cuanto tenga que ver contigo me interesa (no me has mandado las críticas prometidas). Te espero, ¿lo entiendes?, me paso el día esperándote, no sé cómo gritártelo o decírtelo.

Siento que las cosas no vayan mejor con Marcel [Herrand]. Es quizá una temporada, que pasará. Marcel es un ser decepcionante, pero al que se le coge cariño. A lo mejor lo entiende y hace lo necesario para que vuelvas a sentirte a gusto con él.

Tenme al tanto.

¿Qué decirte de lo que hacemos aquí? Janine y Michel [Gallimard] te lo han debido de contar. En este momento estamos los tres solos y nos llevamos admirablemente. Yo hago la comida (me gusta). Trabajo un poco, duermo y voy a pasear. Estoy mucho mejor de salud, claro. Pero supongo que es la salud que tienen las vacas, por ejemplo, y no estoy encantado de la vida. Me he cortado el pelo muy, muy corto. Estoy espantoso, pero me he quitado cinco años de encima. Vas a aborrecerme, ya que te gusta el pelo largo.

Adiós, mi amor querido. Ojalá pudiera decir «hasta pronto». Te esperaré el jueves con todo mi corazón, pero me temo que será en vano. No te olvides de este a quien tanto has aportado y deja que te bese como me sale de dentro, con todo mi deseo y mi amor.

Michel

12 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles [12 de julio de 1944]

Maria querida:

Sigo esperando que llegues mañana con Pierre [Gallimard]. Si, no obstante, no hubieras llegado, querría que recibieras al menos esta carta y que supieras en qué punto estoy. Te suplico que vengas y que entiendas que te necesito. Incluso dejando aparte nuestro amor, tu presencia me es necesaria en este momento. Me encuentro muy bajo desde todos los puntos de vista y es una confesión que me cuesta hacer.

Podría decirte que pienses cuánto nos arrepentiríamos si me ocurriera algo por haber dejado que se nos escapasen estos días. Es una época muy incierta, lo ignoramos todo de lo que vaya a pasar mañana. En todas estas horas que ya han pasado pensaríamos entonces con lágrimas y rabia. Pero también pasa esto otro, que estoy en una crisis y rodeado de dudas que hacía años que no tenía. Me parece natural recurrir a ti y no me avergüenzo de ello. No dejes esta llamada sin respuesta porque entonces es cuando me sentiría avergonzado.

Me noto solo y desierto, acabo de pasar dos o tres días abominables. De propina, me veo obligado a hacer aquí montones de esfuerzos para ayudar a estos dos locos a los que ambos queremos (sé que Janine te lo ha escrito todo). Con lo cual, el ambiente está aún más tenso y a mí, que estoy además pagando el precio de todos estos meses en que he tenido una vida de la que no puedes hacerte una idea exacta, todo se me vuelve más difícil. Ven, niña mía, te lo ruego, ven lo antes posible; esta impaciencia que tenía por verte se ha convertido en obsesión. Me parece que ahora no tengo ya esperanza en nada más que en un poco de felicidad verdadera y en que me sea posible tocarla. El resto desaparecerá en ese momento. Adiós, amor mío. Creo que no te voy a escribir nada más después de esto, me notaría el corazón demasiado reseco. Te beso con toda el alma.

Michel

13 — Albert Camus a María Casares

Lunes [17 de julio de 1944]

No te he escrito desde el miércoles. No he dejado de tener el corazón en un puño. He querido hacer lo necesario para quitarme de encima esa idea fija que tenía. No ha valido de nada. Me he pasado acostado dos días leyendo más o menos y fumando, sin afeitarme y sin fuerza de voluntad; la única seña de todo esto que te he dado fue mi carta del miércoles. Creía que hoy me llegaría tu respuesta a esa carta. Me decía: «Contestará. Encontrará palabras para deshacer este nudo tan espantosamente prieto en mí». Pero no me has escrito.

No creo que vaya a mandarte esta carta. A quién se le ocurre escribir tal y como me noto el corazón. Pero no puedo por menos de decirte que desde hace más de una semana me siento dentro de una desventura repugnante por culpa tuya y porque no has venido. ¡Ay, mi pequeña Maria! De verdad creo que no lo has entendido. No has entendido que te quería profundamente, con todas mis fuerzas, toda mi inteligencia y todo mi corazón. No me has conocido antes y por eso seguramente no podías entenderlo. Me hablaste sin embargo un día de mi cinismo y algo cierto había. Pero ¿dónde ha ido a parar todo aquello? Si alguien como Janine pudiera leer lo que te escribo u oír las cosas que te dije el día en que dudabas de todo, se quedaría pasmado. Y, sin embargo, piensa que te quiero. Pero no sabe, ni tú tampoco, con qué fiebre, con qué exigencia y con qué locura. No te has dado cuenta de que, de pronto, he concentrado en un único ser una fuerza de pasión que antes desperdigaba por doquier, al azar y en todas las ocasiones.

Y el resultado ha sido algo así como un amor monstruoso que lo quiere todo, y lo imposible, y lo que te rebasa. Pues la idea que me persigue desde

hace una semana y me retuerce el corazón es que no me quieres. Porque querer a una persona no es solo decirlo, y ni tan siquiera sentirlo, es hacer los movimientos que eso requiere. Y sé muy bien que el movimiento de este amor del que estoy lleno me haría cruzar dos mares y tres continentes para estar a tu lado. La mayoría de los obstáculos habían desaparecido en tu caso, poco quedaba por hacer. Pero lo que creo —y cuánto me duele creerlo— es que te ha faltado —a ti, a ti, tan ardiente y tan maravillosa— esa llama que te habría impulsado hacia mí. Y de ahí tu retraso y mi angustia, mayor cada día. Me has escrito, es cierto, pero no más de lo que escribías a los otros que están conmigo. Y también a ellos los besabas, llamándolos lo que me llamabas a mí. Así que ¿dónde está la diferencia? La diferencia habría sido venir *contra viento y marea* y arrimar tu cara a la mía y vivir conmigo, solo conmigo, sola tú y solo yo en este mundo, días que habrían sido la gloria y la justificación de toda mi vida. Pero no has venido. Se acerca el día en que volveré y no has venido. ¿Te das cuenta de lo que eso significa para mí, Maria, niña mía, mi amor querido? ¿Te das cuenta de que esa exigencia que le he puesto a todo, y que me hace ser lo que soy, también la he puesto en este amor que surgió tan deprisa y me llena por completo? Pensar que me quieres un poco, lo bastante para acordarte de escribirme, pero no lo bastante para olvidarlo todo, no lo bastante para decirte que una sola hora a mi lado vale más que ese día pasado en el bosque con no sé qué esnob imbécil, pensar eso me consterna. Me lleva doliendo el alma una semana, me duele mi orgullo que, ingenuamente, ponía también en ti. Se me ha ocurrido de todo, he hecho toda clase de proyectos. Desde hace dos o tres días estoy pensando en agarrar la bicicleta y volverme a París. Imagínatelo, me digo: «Salgo a las seis y a las once podré darle un beso». Solo con pensar eso siento que me tiemblan las manos. Pero, si no me quieres, ¿qué razón de ser tiene? He querido también descartarte, pero ya no

puedo imaginarme la vida sin ti y creo que, por primera vez en la vida, voy a ser cobarde. Así que ya no sé qué pensar. Tontamente, también en esto me remitía a ti. «¡Me va a escribir!». En esas estaba y te juro que no me siento orgulloso de ello. Y voy paseando todo esto por aquí, entre estas tres personas que se destrozan mutuamente, que sufren de forma estúpida y a las que tengo que escuchar, proteger y consolar, cargando yo solo con todo el peso de las cuestiones materiales, siendo así que yo también querría refugiarme en el círculo doloroso de este amor y, en él, callar y sufrir en silencio.

Por si no bastara, estoy celoso y de la forma más estúpida que pueda darse. Leo tus cartas y cada nombre masculino me deja la boca seca. Porque solo sales con hombres. Cosa que seguramente es normal. Eres tú, es tu oficio, es tu vida. Pero a mí no me vale para nada un amor normal cuando yo tiendo por completo a la violencia y a los gritos. Y seguramente no es una demostración de inteligencia. Pero ¿qué me importa a mí ahora la inteligencia? Ya ves, aquí lo pongo todo, con todas las letras, azul sobre blanco, y no oculto ya nada. Pero aún no pongo suficientes gritos ni suficiente fiebre. Llevo una semana callándome, me lo guardo, me quedo despierto rumiándolo. Pero yo, que me he pasado la vida controlando mis sombras, soy ahora presa de ellas. ¡Ah, Maria, Maria querida!, ¿por qué me has dejado así y por qué no me has entendido?

Pero aquí lo dejo, más vale que lo deje, ¿verdad? Estás harta y quizá, mientras escribo estas líneas, estás pensando con fastidio que no te va a quedar más remedio que venir. Pero no merece la pena. Lo que me habría transfigurado de alegría hace unos días, tú acudiendo hacia mí con toda la fuerza del amor, ¡bah!, ya he dejado de desearlo. Y en verdad que ya no sé lo que deseo. Me embarro en esta desdicha, me siento torpe y un tanto aturdido, me duele, eso es todo, y solo eso, pero me duele muchísimo. Tanto

amor, tanta exigencia, tanto orgullo por los dos no puede ser bueno, está claro. ¡Ay, Maria!, terrible Maria, olvidadiza, nadie te querrá nunca como te quiero yo. Quizá te digas esto al final de tu vida, cuando hayas podido comparar, ver y entender y pensar: «Nadie, nadie me quiso nunca así». Pero ¿de qué servirá sino [*dos palabras ilegibles*]? ¿Y qué va a ser de mí si no me quieres como necesito que me quieras? No necesito parecerte «entrañable» o comprensivo o cualquier otra cosa. Necesito que me quieras, y te juro que no es lo mismo. Bueno, esta carta no se acaba nunca, pero es que en mí hay también algo que no se acaba nunca. Perdóname, chiquitina mía. Ojalá todo esto no fueran sino imaginaciones; pero bien creo que no, mi corazón no se equivoca. No sé ya qué hacer ni qué decir. Claro que si estuvieras aquí… Pero me iré pronto. Esta separación era una trampa terrible para nuestro amor. Has caído en ella. Y yo nunca estuve más desvalido, más indefenso. Te beso, pero con estas lágrimas que no puedo derramar y que me asfixian.

A.

14 — Albert Camus a María Casares

Martes, 3 de la tarde [18 de julio de 1944]

Maria querida:

Acabo de recibir tu carta. He intentado llamarte por teléfono, pero la línea París-Verdelot está cortada de momento. Así que tengo que escribirte lo antes posible lo que quería decirte.

No te he mandado nada desde la carta que me reprochas. Y sin embargo te he escrito cartas intensas que he preferido guardarme. Lo único que debes

saber es que acabo de pasar una semana abominable. Pero mi opinión actual es que es inútil que nos afirmemos uno a otro nuestra mutua desgracia. No hay más que una forma de aclarar todo esto, y es cara a cara. Así que quiero que me digas (bien por escrito, bien enviándome un aviso de llamada; si ya han arreglado la línea tendré entonces prioridad para llamarte):

1) Si tienes o no tienes intención o posibilidad de venir.

2) Si es que sí, cuándo vendrías, de forma muy concreta.

Si no puedes venir, la cosa es muy sencilla, vuelvo a París en las veinticuatro horas siguientes. No le tengo apego a mi salud, ni a mi trabajo, a quien quiero es a ti. Así que sé que no puedo esperar más. Ya ves que así está todo muy claro y, por el momento, estoy muy tranquilo. En lo demás, no quiero ni disculparme ni protestar por nada. Pero si quisieras intentar, por tu parte, escuchar atentamente esa voz que, en mí, no ha dejado durante tres semanas de llamarte, sabrías que nadie te querrá nunca como te quiero yo.

Adiós, mi amor querido. Espero tu respuesta. De todas formas yo sí sé que volveré a verte pronto. Solo con pensarlo, noto que me tiemblan las manos.

Michel[12]

Mando esta carta con un amigo que va a París. Así te llegará antes.

15 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves [20 de julio de 1944]

¡Tu voz esta mañana, tu voz por fin! Y bien sabe Dios cuánto me gusta y

cuánto he deseado oírla. Pero no eran las palabras que esperaba en lo hondo de mi corazón. ¡Una voz que me repetía sin parar, en todos los tonos, incluso el del convencimiento, que tenía que quedarme lejos de ti! Y yo sin una palabra, con la boca seca, con todo este amor que no podía decir.

16 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 5 de la tarde [21 de julio de 1944]

Hasta ahora mismo no me han entregado tu carta. Ya verás por otra parte lo que te escribía yo. Nadie en el mundo puede entenderte mejor de lo que te entiendo yo. Pero nadie en el mundo le pondrá más rebeldía a la idea de perderte o a la de renunciar a nuestra vida so pretexto de que se halla amenazada o limitada. Me he pasado la vida rechazando la resignación, la vida escogiendo lo que me parecía esencial y ateniéndome a ello obstinadamente. Si hubiera cedido al impulso que me movió a escribirte, hace mucho que habría dejado una tierra donde nada me han dado sin esfuerzo ni sin sacrificio. No es ahora, cuando estás tú ahí, cuando tengo el corazón trastornado de ternura y de pasión, cuando voy a cambiar.

Lo sé muy bien: hay palabras que me bastaría con pronunciar. Solo tengo que dar de lado esa parte de mi vida que me limita. Son palabras que no pronunciaré porque lo he prometido y porque existen compromisos que no se pueden romper, incluso aunque no intervenga el amor; porque también sería una cobardía pronunciar esas palabras en el momento en que la persona a la que esas palabras desposeerían no puede ni luchar por defender su oportunidad ni autorizarme a que las pronuncie. Por lo demás, sé que no

me lo pides. No conozco alma más hondamente generosa que la tuya, pero yo tenía que mencionarlo, y ahora ya está hecho.

El problema sigue, pues, siendo el mismo. Pero con eso y con todo no creo que haya que renunciar a nada; no veo por qué el final de la guerra iba a ser el final de esto que somos. Repito una vez más que nunca he sabido de nada que no estuviera limitado y amenazado. No le doy importancia a nada que no sea la creación o el hombre, o el amor. Pero, al menos en los terrenos en que me reconozco, siempre he hecho lo necesario para agotarlo todo hasta el final. Sé también que se dice a veces: «Más vale nada que un sentimiento que no sea perfecto». Pero yo no creo en los sentimientos perfectos ni en las vidas absolutas. Dos personas que se quieren tienen que conquistar su amor, que edificar su vida y sus sentimientos, y ello no solo en contra de las circunstancias, sino también en contra de todas esas cosas que llevan dentro, que las limitan, las mutilan, las estorban o las agobian con su peso. Un amor, Maria, no se conquista luchando con el mundo, sino contra uno mismo. Y bien sabes tú, tú, cuyo corazón es tan maravilloso, que somos nuestros enemigos más terribles.

No quiero que me dejes y que te hundas en no sé qué renuncia ilusoria. Quiero que te quedes conmigo, que pasemos todavía todo este tiempo de nuestro amor y que luego intentemos reforzarlo y *liberarlo por fin*, pero esta vez con la lealtad de todos. Te juro que solo eso es noble, que solo eso está a la altura del sentimiento irremplazable que por ti tengo. No se me da bien compadecerme a mí mismo, pero cuando pienso en la alegría que me diste ayer y en la desdicha en que me hallo desde hace una hora…

Pero ¿qué más da? Yo he llegado a amar en este mundo la mutilación y el desgarramiento. Te juro que no renuncio y que mi voluntad es firme. Solo quería decírtelo. Harás lo que tú quieras. Pero, hagas lo que hagas, no te olvidaré. La imagen que de ti tengo no puede por menos de acompañarme

por doquier. Y, pase lo que pase, tendré siempre, si te vas, el remordimiento de no haber hecho lo suficiente para que esa imagen tuviera siempre un cuerpo, porque no sé hallar la grandeza fuera de los cuerpos y del presente.

Te espero a partir de ahora mismo y te esperaré todo el tiempo en que la vida y el amor tengan sentido para ti y para mí. Pero, si aunque no sea más que una vez me has querido hasta el alma, tienes que haber entendido que la espera y la soledad no pueden ser para mí sino una desesperación.

AC

17 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

6 de la tarde [septiembre de 1944][13]

Te escribo mientras te espero, porque necesito luchar contra esta angustia que tengo por dentro, la angustia de tu retraso, pero sobre todo la angustia de mi marcha. ¿Dejarte? Y no hace ni tres meses que te tuve por primera vez entre mis brazos. Dejarte sin saber si volveré a verte —y sabiendo que tu vida es de forma tal que no puedes reunirte conmigo—; me duele tanto pensarlo que lo demás ya no existe.

¿Por qué llegas tarde? Cada minuto que pasa se resta de la pequeña cantidad de minutos que nos quedan. Cierto es que no lo sabes. Yo sí lo sé ya. En todo esto tengo un único pensamiento, mi pequeña Maria, y eres tú. Pero…

18 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[14]

Jueves [septiembre de 1944]

Son las doce de la noche. A estas horas ya no me vas a llamar. He estado esperando hasta ahora. Tres veces he descolgado el teléfono para llamarte. Pero pensar que estás cansada, que a lo mejor estás durmiendo o solo que te apetece que te dejen en paz me paraliza. He esperado una nota tuya todo el día. Pero no llega nada. Me parece que el mundo entero se ha quedado mudo. No sería peor si estuvieras muerta.

Y ahora pienso en todo el día de mañana, desierto, vacío de ti, y me falta valor. ¿Por qué escribírtelo? ¿Qué va a solucionar? Nada, claro. En realidad tienes una vida que me excluye, que me rechaza, que me niega por completo. Yo, en lo más intenso de mis actividades, te guardé tu sitio. Hoy ya no tengo mi sitio en tu vida. Eso es lo que sentí el otro día en el teatro. De eso es de lo que me entero durante todos esos días en que te quedas muda. ¡Ay, odio ese oficio y aborrezco tu arte! Si pudiera, te arrancaría de él y te llevaría muy lejos, teniéndote abrazada.

Pero, por supuesto, no puedo hacerlo. Unos cuantos meses más en ese ejercicio y me habrás olvidado del todo. Yo no puedo olvidarte. Tengo que seguir queriéndote con un corazón torturado mientras me gustaría quererte en la alegría y el arrebato. Lo dejo aquí, niña mía. Esta carta es inútil, bien lo sé. Pero si al menos me proporciona una palabra, un gesto, o tu voz por unos segundos, seré menos estúpidamente desgraciado de lo que llevo horas siendo delante de este teléfono callado. ¿Puedo besarte aún diciéndome que lo deseas?

Albert

19 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[15]

1 de la madrugada [septiembre de 1944]

He colgado hace un momento porque las lágrimas me ahogaban. No creas que te era hostil. Nunca un corazón de hombre estuvo tan lleno de ternura y de desesperación. Mire hacia donde mire, no veo sino oscuridad. Contigo o sin ti, todo está perdido. Y sin ti no cuento ya con mi fuerza. Creo que tengo ganas de morirme. No tengo fuerza suficiente para luchar contra las cosas, ni contra mí mismo, como no he dejado de hacerlo desde que soy hombre. Tengo fuerza para meterme en la cama y nada más. Meterme en la cama y ponerme de cara a la pared y esperar. Y en cuanto a seguir luchando contra mi enfermedad y ser más fuerte que mi propia vida, no sé cuándo volveré a recobrar ese poder.

Pero no te alarmes. Supongo que todo se va a arreglar. Está tu carta y todo lo demás, esa fe que siempre tengo en ti, y el tozudo deseo que tengo de verte feliz. Adiós, amor mío. No olvides al que te ha querido más que a su vida. Y no te enfades conmigo.

Albert

20 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

1 y media de la tarde [París, octubre de 1944]

Vas a llegar dentro de un rato y voy a decirte con toda la frialdad que pueda lo que aún tengo ganas de decirte. Luego, todo habrá acabado. Pero no quiero que nos separemos con una pobre mirada en la que intentemos poner en vano lo que no es posible poner en ella.

He pasado la noche preguntándome si me querías de verdad o si todo esto

no era sino una ilusión que a ti misma te tenía engañada a medias. Pero a partir de ahora no me lo volveré a preguntar. Es de nosotros y de mí de lo que querría hablarte: voy a intentar hacer feliz a Francine.[16] Me hallo mermado en todos los terrenos al salir de esta historia. Físicamente, estoy más deteriorado de lo que doy a creer y anímicamente no me noto más que un corazón reseco, oprimido, privado de deseos. Así que no tengo nada que reclamar para mí y he pasado por suficientes cosas para aceptar de verdad determinada cantidad de renuncia. En medio de esa vida, mi amor te seguirá siendo fiel.

Mi deseo más verdadero y más instintivo sería que, después de mí, no te volviera a tocar ningún hombre. Sé que no es posible. Todo cuanto puedo desear es que no despilfarres eso maravilloso que eres tú, que no le hagas ese regalo sino a alguien que lo merezca de verdad. E incluso entonces, puesto que yo no puedo ocupar todo ese sitio que querría celosamente conservar, desearía que me conservases en tu corazón ese lugar privilegiado que en escasas ocasiones me pareció merecer. Es una pobre esperanza, es la única que me queda.

Yo solamente estoy desesperado. Toda la mañana con esta fiebre mía, con una angustia reseca, con la idea de que se acabó, y el invierno que llega, después de esa primavera y ese verano en los que tanto he ardido. ¡Ay, Maria querida, eres el único ser que me ha dado lágrimas! ¡Hay tantas cosas que ya no podrán saberme a nada! Las alegrías que me has dado harán que me parezcan pobres todas aquellas con las que pueda toparme.

Voy a intentar salir de París e irme lo más lejos posible. Hay gente y calles que no podría seguir viendo. Pero, suceda lo que suceda, no olvides que habrá siempre una persona en el mundo hacia la que, en todo momento, podrás volverte o acudir. Te di un día, desde lo hondo del corazón, todo cuanto poseo y todo cuanto soy. Tuyo seguirá siendo hasta que me vaya de

este mundo extraño que empieza a cansarme. Mi única esperanza es que caigas en la cuenta un día lo mucho que te he querido.

Ayúdame, querida, queridísima mía. Me tiembla la mano al escribirte esto. Vela por ti, consérvate intacta. Que no se te olvide ser grande. Me fallan las fuerzas al pensar en todo este tiempo por venir en el que ya no estarás. Pero si te supiera una gran artista, semejante a lo que eres, o feliz a tu manera, sé pese a todo que, por encima de mí mismo, estaría contento. Pensaría así que no te he mermado en nada y que este amor desdichado no te ha perjudicado. Sigue siendo un falso consuelo, pero no tengo otro.

Adiós otra vez, querida mía, y que mi amor te proteja. Te beso, te beso por todos esos años sin ti, beso tu rostro querido con todo el dolor y el tremendo amor que tengo en el corazón.

A.

21 — Albert Camus a María Casares

21 de noviembre [de 1944]

Feliz cumpleaños, niña mía.[17] Querría enviarte toda mi alegría al mismo tiempo, pero es cierto que no puedo. Me separé de ti ayer con el corazón destrozado. Había estado esperando por la tarde, toda la tarde, que me llamaras por teléfono. Por la noche entendí aún mejor hasta qué punto no eras mía ya. Tenía por dentro un nudo tremendo. No pude hablar.

Me siento culpable por decirte todo esto en medio de tu cansancio. Sé muy bien que tú no tienes la culpa, pero qué puedo hacer con este dolor que se apodera de mí cuando calibro todo lo que te separa de mí. Ya te lo he dicho, ojalá vivieras sin tregua pegada a mí, y sé cuán absurdo es.

No me hagas demasiado caso, me las apañaré. Sé feliz esta noche, no todos los días se cumplen veintidós años, ni todos los años, bien te lo puedo decir yo, que me siento tan viejo desde hace una temporada.

Ni siquiera te he dicho cuánto me gustaste en *La provinciana*.[18] Tenías el encanto, la pasión, el estilo.

Sí, puedes sentirte dichosa, eres una gran, una grandísima actriz. Y más allá de todo cuanto me dolía, me regocijé contigo.

Albert

1946

Martes [15 de enero de 1946][19]

Mi pequeña Maria:

Al volver de un viaje me entero por Œttly[20] de la terrible noticia[21] y no puedo por menos de escribirte toda mi pena y mi tristeza. Supongo que no me reconocerías el derecho a compartir tus momentos de felicidad, pero me parece que conservo el de compartir, incluso de lejos, tus desgracias y tus padecimientos. Demasiado bien sé cuán grandes deben de ser estos de ahora y sin posible consuelo.

Tenía por tu madre esa clase de admiración y de respetuoso afecto que se les tiene a las personas de determinada categoría: esas que precisamente están hechas para vivir. Qué injusto y qué espantoso me parece lo que ha ocurrido.

Pero ¡qué más da! Nada puede ni podrá ocupar el lugar de ese amor que había entre vosotras. Parte del respeto que te tenía yo venía de lo que sabía de ese cariño. Y me desconsuela hoy imaginar el soliviant o y el desgarramiento que debes de sentir. Sí, todo mi corazón está contigo desde que me enteré y hoy más que nunca daría lo mejor que tengo por poder darte un beso con toda mi tristeza.

Albert

1948

23 — Albert Camus a María Casares

Martes por la noche [26 de julio de 1948][22]

Llegué anoche después de dos días de viaje, agotado también porque ya no consigo dormir.[23] Ayer no pude dormir mejor y esta noche hace tanto calor, hay tantas cigarras y tantas estrellas que no tengo ya esperanzas de coger el sueño. Al menos, escribirte… Tengo la impresión de haberte mandado de camino unas notas muy tontas. Pero estaba en un estado curioso, desgraciado a cada vuelta que daban las ruedas, y sin embargo iluminado de dicha como si lo imposible hubiera ocurrido de repente. Hablando de imposibles, he caído en la cuenta esta mañana de que mes y medio y ochocientos kilómetros me separan de ti, y me ha costado muchísimo trabajo sobreponerme al desánimo. Pensaba «voy a escribirle mucho» y hace un rato estaba dando un paseo yo solo, al atardecer, por una colinita cubierta de almendros, y era una hora tan hermosa, tan dulce, un poco excesiva, me venían tantas ganas de compartir contigo esta región que me gusta que no me pareció posible conseguir escribirte de verdad con todo mi corazón y con todo mi amor. Pero sin embargo hay que intentarlo, y lo haré. Cuando esté algo más descansado veré mejor lo que deseo que hagas (quiero decir escribirme aquí o conservar tus cartas). Por el momento, lo único que tengo es el corazón oprimido por una peculiar ternura cuando me acuerdo de la temporada que acabamos de pasar, de tu expresión seria, de tu peso en mi brazo cuando íbamos andando por el campo, de tu voz, y de las

tormentas. Sobre todo escríbeme, sigue siempre vuelta hacia mí. Nada sé fuera de ti, solo tú, y solo de ti soy capaz. Sigamos pegados entre nosotros como lo estábamos y pidamos a ese dios tuyo que este abrazo no acabe nunca. O más bien hagamos lo preciso para que así sea, resulta más seguro. Adiós, querida, mi pequeña Maria, adiós, noche, te beso como querría poder hacerlo.

A.

Véase el folleto Cádiz,[24] página 86, línea 10 (contando las líneas con los nombres de los personajes).

24 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 31 de julio [de 1948]

Llevo aquí seis días y todavía no me he hecho a tu ausencia. Tengo la impresión de haber vivido pegado a ti unas semanas vertiginosas y de haberme arrancado de ti de un tirón para ir a parar a la otra punta de Francia. Me he quedado tan desvalido que apenas si tengo la suficiente lucidez para percatarme de lo estúpido que es esto. Mi lugar no está aquí, eso es todo cuanto sé. Mi lugar está cerca de lo que amo. Todo lo demás es inane o teórico. Hace un rato, mientras paseaba, me dije también que era una estupidez vivir sin señales de vida tuyas. Si tú y yo nos queremos, tenemos que hablarnos, apoyarnos, hacer por nosotros. En eso consiste estar unidos y, hagamos lo que hagamos, estaremos unidos hasta el final. Así que escríbeme, escríbeme tan a menudo y tan extensamente como quieras. No me dejes solo, niña mía. No siempre somos fuertes, ni superiores a nuestros

sentimientos, creas lo que creas. En las horas en que uno se siente el más mísero, solo la fuerza del amor puede salvar de todo. Y desde tanta distancia, aunque pueda notar cuán preñado de ti está mi corazón, no puedo imaginar el tuyo. Háblame, dime lo que haces, lo que sientes. A ver, ¿qué has hecho durante esta mortal semana? Una de las razones por las que dudaba en pedirte que me escribieras era también el deseo de no agobiarte, de no obligarte a pensar que estaba esperando y que tenías que escribirme. Pero, en resumidas cuentas, no me escribirás los días en que no te apetezca. Y, además, ¿por qué no agobiarte un poco? Así que escribe pronto, con todo tu corazón. Dame detalles de tu vida. Ayúdame a imaginarte. ¿Estás morena, tan guapa como para derretirse? ¿Cómo llevas el pelo?

Desde que he llegado, lucho para expresarme: no doy ya con las palabras. Y también noto perfectamente qué mal te escribo. Pero mi único deseo sería callarme a tu lado, como en algunas horas, o despertarme mientras tú duermes aún, quedarme mucho rato mirándote, esperando a que despiertes. ¡Eso era, amor mío, eso era la felicidad! Y es lo que aún espero.

Mientras tanto los días pasan despacio, me levanto temprano, tomo un poco el sol, trabajo toda la mañana, como, leo después de comer, trabajo por la tarde y a última hora doy un paseo con Pat, un perro viejo que he convertido en un amigo, por las colinas resecas cuajadas de caracoles blancos diminutos, con una luz maravillosa. Por la noche sigo trabajando un poco, me acuesto temprano y duermo, por fin duermo. En vista de lo cual no tengo una pinta infame. Ahora mismo, moreno y rejuvenecido, a lo mejor tendría probabilidades de gustarte. La casa es grande y está en pleno campo. (El pueblo está a dos kilómetros). Unos árboles hermosos, cipreses, olivos, un campo opresivo de tan hermoso, todo habla aquí de belleza, no paro de pensar en ti. ¿Te he dicho que era el país de Petrarca y de Laura?

[25] «¡Saciado quedaré cuando aparezca!». Entretanto, me toca a mí tener hambre y sed.

Hace un rato la noche estaba llena de estrellas fugaces. Como me has vuelto supersticioso, les he colgado unos cuantos deseos que se han ido en pos de ellas. Que caigan como una lluvia sobre tu hermoso rostro, allá donde estés, a poco que alces la vista al cielo esta noche. Que te cuenten el fuego, el frío, las flechas, los terciopelos, que te cuenten el amor, para que te quedes erguida, inmóvil, petrificada hasta mi regreso, toda tú dormida, menos el corazón, y te despertaré una vez más… Adiós, niña mía, espero tu carta, te espero. Vela por ti. Vela por nosotros.

A. C.

Domaine de Palerme L'Isle-sur-Sorgue Vaucluse 25 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves, 5 de agosto [de 1948]

Gracias, niña mía. Recibí ayer ese estupendo *holder*.[26] Porque venía de ti, estaba de lo más conmovido. Y lo sigo estando cada vez que lo uso. Pero también estaba avergonzado. Quería de ti una cosita de nada. ¡Y tú escoges los regalos a la española! ¡Ay, cuánto me gusta tu corazón!

Tengo la esperanza de recibir pronto una carta tuya. No sé nada de ti. Ni si estás ahora en Eure, como espero, o si estás contenta. Ayer acompañé a Char a Aviñón, donde iba a coger el tren para París.[27]Y yo… Por lo menos trabajo. Es lo único que me une a ti de forma concreta. ¡He puesto patas arriba *Los baños de Cádiz*[28] y le he estoy añadiendo un acto! Pero no estoy seguro de estar acertado y es posible que, después de acabarlo

todo, deje el texto como estaba. En cualquier caso, habré liquidado el asunto el 10 de agosto. Luego, me meteré con la otra obra.[29] ¡Ah!, he decidido volver el 10 de septiembre, en vez del 15. Me gustaría que me dieras tus señas exactas en Eure.[30] De momento, para mayor seguridad, te escribo a tu casa pensando que te mandarán las cartas. Pero con eso se pierde tiempo. Escribe, dime todo lo que haces y qué es de mi querida Natacha.

Te escribo cuatro letras porque el cartero está esperando abajo. Pero te mando todo un aprovisionamiento de gratitud, de risas, de ternura, de complicidades, de gritos, de olas, de llamas y de todo el amor que suponer puedas. Hasta pronto, niña mía, besos, besos, besos.

A.

26 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Viernes, 6 de agosto [de 1948] *(por la noche)*

¡Por fin han llegado! Ay, cariño mío, ha hecho falta que sintiera la alegría, primero sorda, luego creciente y por último inmensa, de recibir tus dos cartas juntas para percatarme del estado de depresión, de vacío y casi de angustia en el que me había sumido estos últimos días.

Sí, amor mío, sin más demora, en cuanto tenga un minuto de tranquilidad, te escribo sin titubeos. Aunque quizá no debería hacerlo, pero si está mal, que «ese Dios mío» me lo perdone, porque tu silencio me ha hecho sufrir demasiado para ser capaz de pensar que eres tan desgraciado como yo y soportarlo; de sobra sé que es duro, muy duro, tratar de «imaginarse un corazón».

Sin embargo, no voy a hacer lo que me pides, no del todo, a menos que de verdad lo necesites. Si te escribiera cada vez que siento ganas de hacerlo, recibirías una carta mía todos los días por lo menos, y no añado más porque sé que no estoy sola y libre hasta por la noche, cuando me retiro a mi habitación. De no ser así, como todo lo que veo y todo lo que siento me conduce a ti, y que dedico el tiempo a lo que se me antoja, estaría escribiéndote sin parar.

Por lo tanto, tengo que moderarme; así que se me ha ocurrido lo siguiente, ya me dirás si estás de acuerdo. Como llevo haciendo desde que llegué, todos los días te escribiré una, dos, diez páginas, o dos líneas, y las guardaré. Cuando te entren unas ganas acuciantes de leerlas, me lo haces saber y yo te lo enviaré todo sin demora. ¿Te parece bien?

Sobre todo, no me digas que es una estupidez. Si me apuras, todo es una estupidez, pero como las cosas son como son y no podemos cambiarlas, vamos a tratar los dos de apañarnos lo mejor posible, para no arriesgarnos a echarlo todo a perder pidiéndole demasiado a una vida… ¿absurda?

¡Venga! ¡Fíjate en lo que progresado yo (cincuenta horas de setenta) y toma ejemplo!

Pero volviendo a tus cartas.

Me haces muy feliz existiendo, por el mero hecho de existir (cerca o lejos), pero, tengo que reconocerlo, es una felicidad algo difusa, algo abstracta, y la abstracción nunca ha saciado a ninguna mujer, o al menos a mí no. ¿Qué le voy a hacer? Necesito tu cuerpo espigado, tus brazos flexibles, tu hermoso rostro, tu mirada clara que me trastorna, tu voz, tu sonrisa, tu nariz, tus manos, todo. Por eso tu carta, al traer consigo un qué sé yo de tu presencia tangible, me sumió en una dulzura que no sabría explicarte, y más aún porque tuviste la ocurrencia de dibujarme a grandes rasgos tus días, el lugar donde vives y el estado físico y anímico en que te

encuentras. No te haces idea de lo que habría dado yo estos últimos días por enterarme de un poquito y poder imaginarte un poquito, de la mañana a la noche, o bien a una hora concreta del día.

Por eso —vas a decir que estoy chocheando—, si de verdad lo que sientes por mí y por mi ausencia se parece —y así lo creo— a lo que he sentido yo, no me siento capaz de dejarte, durante todo este tiempo que aún nos separa mutuamente, en la absoluta ignorancia de todo en lo que a mí respecta, quedándome callada.

He aquí la primera parte de la correspondencia que tenía que remitirte más adelante. Creo que te aclarará de forma precisa y detallada la vida que llevo. No estoy muy segura, pues no me atrevo a releerla por miedo a que me parezca demasiado tonta o inútil y confusa, y no me decida a mandártela. Pero tampoco me considero con derecho a replantearme lo que normalmente ya debería estar en tus manos. En cualquier caso, esta es, a grandes rasgos, mi vida de asceta:

Régimen: – agua

– diez cigarrillos al día

– hora de levantarme: 8 de la mañana

– hora de acostarme: 12 de la noche.

Ocupaciones por orden de importancia:

1) *atender a mi padre* todo el día.[31]

2) *leer* he terminado *Guerra y paz* (¡menudo libro!)

Las Pléyades (admirable) (en su justa medida)

Los demonios (una jerigonza curiosa, puede que genial, pero que no me ha enganchado).[32]

3) *atender a Quat'sous*[33] por la mañana y por la noche.

4) Pasear en «bici».

Mañana, a las 10.

Tarde, a las 6.

5) dormir.

6) comer.

Hoy, sin embargo, he hecho una excepción. He fumado doce cigarrillos y desde las doce del mediodía hasta las ocho de la tarde me he quedado en Pressagny-l'Orgueilleux,[34] con Michel y Janine [Gallimard]. Allí es donde he encontrado tus dos cartas mezcladas con otras, en un fajo que Ángeles[35] le había dado a Janine para que me las entregara y que llevaban ahí pudriéndose desde del miércoles. A partir de ahí, el día me ha parecido maravilloso; y a ellos, nunca los había querido tanto.

Estuvimos hablando de ti largo y tendido, de la famosa boquilla, y a cuento de ella Michel me ha encargado que te diga que eres… ¿«un lerdo»? (no recuerdo la palabra exacta), etc., etc. Y luego, después de un paseo hasta casa de Claude y Simone, hemos vuelto y hemos jugado al «dominó-crucigrama»,[36] lo cual, obviamente, provocó que el leve dolor de cabeza de Janine derivase en una tremenda jaqueca, y a mí me entrase un leve dolor de cabeza.

Mi padre no mejora. Todas las noches llega a los 38º y si le sigue subiendo la temperatura tendrá que guardar cama. Aunque está hasta la coronilla de todo esto, procura que se le note lo menos posible y mantiene, o parece mantener, el ánimo sereno. Yo hago otro tanto.

Hago otro tanto pero, de vez en cuando, cuando estoy sola, me puede la preocupación y noto que me hundo un poco. En parte por eso prefiero abstenerme de releer las páginas que te envío junto a estas. Seguramente, dejarán entrever mis momentos de desaliento y por nada del mundo querría yo que te preocupases. Como me imagino que estaré junto a ti cuando las leas, no he omitido nada —ni siquiera las nimiedades— y lo mezclo todo, incluso cuento a medias algunas cosas, pues siempre doy por hecho que estaré presente para ayudarte a aclararlas.

Así pues, lee de corrido y, en lo que llegan mis ampliaciones «verbales», entretente corrigiendo las faltas de ortografía [*sic*][37] y gramaticales.

Te quiero.

Bueno, cariño mío, aquí lo dejo. Es tarde y además… el sobre va a pesar demasiado.

No puedo despedirme de ti. Suena a separación y no quiero que la haya nunca.

Aquí estoy, muy cerca, en todo momento, volcada en ti y rezándole a «ese Dios mío» por nuestro amor, y deseando nuestro amor más que nada. Solo te pido una cosa, y es que mires como yo te miro y que eso no termine nunca más.

Te quiero y te beso con todas mis fuerzas.

Maria

Cuando pienso en ti moreno, me dan vahídos.

Aquí hace mal tiempo; yo todavía estoy color café con leche, más leche que café, y me peino con moños o con una trenza a la espalda, como los chinos. Me visto lo menos posible.

Y, sobre todo, no existo,

aspiro a existir, tan solo soy una promesa.

27 — Albert Camus a María Casares

Martes, 10 de agosto [de 1948]

Niña mía:

Como no sabía nada de ti acabo de llamar a Janine [Gallimard], que me dice que has estado esperando mis cartas hasta ahora. Siento mucho haber dejado que creyeras que no te escribía. Pero como no estaba seguro de las

señas de Giverny, preferí escribirte a tu casa, con la seguridad de que te las reenviarían. Y, naturalmente, ha sido un contratiempo estúpido. Espero que no hayas dudado de mí durante esta temporada y que mis cartas, aunque sean una bobada, te hayan dicho hasta qué punto he vivido unido a ti durante todos estos días. Ahora me escribirás, ¿verdad? Hazlo a menudo si puedes. Todo un largo mes aún… Dime lo que haces, lo que piensas, necesito tu transparencia. ¿Estás a gusto en Giverny, está bien tu padre, cómodamente instalado? ¿Cómo pasas los días? Yo voy a bañarme todas las tardes a un canal grande a dos kilómetros de aquí. La corriente es tan fuerte que no se puede remontar. De modo que se va canal abajo a toda velocidad. Se toca tierra quinientos metros más abajo. Se sube por el camino de sirga. Otra vez al agua y vuelta a empezar. El resto del tiempo trabajo. Acabo hoy los retoques de *Los baños*. Te has convertido en la hija del juez.[38] Espero que tu padre me lo perdone. Pero no temas, las modificaciones no son nada del otro mundo. Tendrás que aprenderte algo más de texto. Por cierto, *Combat* te ha hecho decir en una entrevista que *Los bailes* (sic) *de Cádiz* era una adaptación de mi novela.[39] ¡Por lo demás toda la entrevista era ridícula!

A partir de mañana me pongo con la otra obra. Es la única forma que tengo de concebir este mes tan largo. No me habré separado de ti del todo y cuando nos volvamos a reunir solo tendré que amplificar un poco el impulso que me habrá llevado hasta ti. Mientras tanto, vivo hasta cierto punto como si fuera sordo y miope, porque no tengo ojos más que para la admirable comarca que tengo ante mí. Esta habitación en la parte más alta de la casa es una bendición. Puedo esperarte en ella.

Por el momento lo que más espero son tus cartas. Hace más de dos semanas que no recibo nada tuyo. Intento imaginarte, recomponerte a distancia. Pero es agotador. Y puesto que te quiero en esta tierra, es en esta

tierra donde te necesito, no en la imaginación. Que pase pronto este mes, que volvamos a apoyarnos mutuamente, seguros de nosotros hasta el final, eso es lo que deseo y ansío. Cuando pienso en mi regreso, hay algo en mí que se estremece… Escribe pronto, amor mío, vuelve pronto y piensa en mí, piensa con fuerza en nosotros como hago yo. No olvides tu «victoria». (Es la mía en principio, pero ¡cuánto querría que fuera la tuya!). Quiéreme.

A.

28 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 12 de agosto [de 1948]

¡Ay, niña mía, qué alegría ayer! Recibí tu carta al volver por la noche, había ido a pasar el día a la montaña de Vaucluse, en una meseta salvaje, crujiente de calor, de cigarras y de matorrales resecos. Cuando volvía, me decía que a lo mejor tu carta me estaba esperando (el cartero pasa a mediodía). Encontré un fajo de cartas de trabajo y al hojearlo deprisa no vi la tuya. En ese momento, noté que este largo día de caminata me había cansado mucho y que también yo me secaba, como quien dice. Y luego, tras subir a mi despacho, descubrí lo que esperaba. Haces la letra un poco más pequeña. Esperaba los trazos desmelenados de antes.

Y me encuentro con una escritura bien trazada, prieta, que va de una punta a otra del sobre con un airecillo resuelto. El corazón me dio un brinco. A solas en este despacho silencioso, con todos los ruidos de la noche que entraban por la ventana, he devorado estas páginas. A veces se me paraba el corazón, otras corría con el tuyo, latiendo con la misma sangre, el mismo calor, la misma honda alegría. Naturalmente quería

escribirte en el acto para pedirte algunas explicaciones referidas a los pasajes que me lo bloqueaban todo. Pero esta mañana me doy cuenta de que no debo hacerlo por carta. Cuando estemos reunidos, volveré a leer estas páginas delante de ti y te pediré una explicación literal, palabra por palabra, como en el liceo. Lo que queda esta mañana de toda esta noche, en que he dormido muy mal, dando vueltas por dentro a tus frases, es una honda alegría liberada, agradecida. Amor mío… Pero quiero contestar sin demora al menos a una cosa que depende de mí. Me cuentas tu alegría por que te haya hablado de esa parte de mi vida que te parecía prohibida. Niña mía, no hay en mí ni paredes ni jardines secretos para ti. Tienes la llave de todas las puertas. Si no te había hablado de ello antes es por dos razones. La primera es que esa parte de mi vida es una carga y no quería quejarme. Las apariencias son tales que hay algo de indecencia en hablar de mí en este asunto. Esta noche he entendido que podía decirlo todo delante de ti y a partir de ahora me siento más libre. La otra razón tiene que ver contigo.

Me imaginaba que podía resultarte doloroso y que preferías que tachásemos ese tema de nuestras conversaciones. Ese temor a apenarte o a molestarte no ha desaparecido aún. Solo tú puedes librarme de él.

Te hablaré de ello más extensamente cuando volvamos a vernos y, si lo consigo, con menos exaltación que la otra noche. Ojalá ningún aspecto mío te resulte nunca oscuro, ojalá me conocieras por completo, con claridad y confianza y que supieras así hasta qué punto puedes apoyarte en mí, contar con todo cuanto soy. Tanto tiempo como quieras y haya lo que haya entre nosotros, no estarás sola. Lo mejor de mi corazón te acompañará siempre.

Me preocupa lo que me dices de tu padre, me preocupa también tu preocupación. ¿No habrá que achacar ese empeoramiento a la adaptación al clima nuevo? Esa esperanza tengo. Dime, en cualquier caso, si hay una

mejoría. No dejes de hacerlo. Amo lo que tú amas y me preocupo de verdad.

Qué furioso estoy conmigo mismo por haber organizado tan mal las cosas y haberte tenido todos estos días sin noticias. Sé lo que es eso y, por la alegría de que estoy lleno desde anoche, me doy cuenta de lo hundido que estaba hasta ahora y rabio por haberte tenido en ese mismo estado por torpeza, siendo así que había hecho de todo para que notases cómo te acompañaba mi pensamiento. Pues querría y quiero ayudarte como me pides, aunque muchas cosas (evadirte de la rueda de la vida mundana) dependan de ti también. Y no dejarte sola durante estas cuantas semanas era mi principal preocupación. Que no se te olvide, en cualquier caso, pedirle a Angèle que te remita la correspondencia. Debe de haber otra carta enviada a la calle de Vaugirard[40] (esa en que te agradecía tu espléndido regalo. Mi rápida repuesta a Michel al respecto era una forma de acusar recibo, ya que yo te escribía por otro lado)

Esta carta se va alargando. Responderé a otros puntos de la tuya. De momento acepto tu sistema. Escribiré para pedirte que me mandes la continuación. Adelante con las cincuenta horas de cada setenta. Pero no dejes de decirte que esta necesidad que tengo de ti no soporta términos medios. Yo también pienso en ti hecha carne, trepidante. Tu apariencia de fragata, las jarcias negras de tu pelo… ya ves, suelto amarras. Pero me deshago al escribirte esto, me anega un mar de dulzura. Mi pequeña Maria, niña mía, es cierto que las palabras recuperan su sentido y también la propia vida. Ojalá tuviera tus manos en los hombros…

Hasta pronto, niña mía, hasta pronto. Llega septiembre, es la primavera de París, somos los reyes de esta ciudad, los reyes secretos y dichosos, arrebatados, si tú sigues queriéndolo. Adiós, reina negra, te beso con todo mi corazón.

A.

Incluyo tomillo, que cogí en la montaña ayer para mandártelo. Es el aroma del aire que respiro a diario.

29 — Albert Camus a María Casares

Sábado 14 [de agosto de 1948]

Sopla el mistral. Lo limpia todo, el cielo y el campo. Retuerce los árboles y las viñas. Acabo de salir y apenas si podía respirar. Me encanta este viento, pero he vuelto a mi cuarto para descansar un poco a tu lado. Niña mía, desde tu carta tengo una dulzura que me acompaña. A lo mejor estoy equivocado, a lo mejor te sientes fría y lejana en este momento, pero a través de tu carta me parecías tan cercana y tan tierna que no puedo ya salir de la sorpresa y de la felicidad que encontré en ella. Durante estos largos días sin ti, inconscientemente te imaginaba también a distancia en cuanto al corazón y paseaba conmigo algo así como un dolor sordo. Por eso querría que al recibir esta carta me vuelvas a escribir. Si estoy echando bien la cuenta, será más de una semana entre tus dos envíos. Si piensas en lo que representa esa semana de silencio, quizá te parezca que me he merecido de sobra que me vuelvas a mandar todo cuanto escribiste.

Aquí la vida pasa muy despacio y los días se parecen. He empezado con mi nueva obra (*La soga*,[41] ¿no es un hermoso título?). He puesto las fotos de mis personajes en la pared. He vuelto a leer sus vidas. ¡Qué prodigiosas son! Sería necesaria un alma muy noble para no traicionarlas. Y, cuando pienso en la magnífica y «auténtica» obra que podría salir de ellas, me entra

una especie de angustia y me parece que no lo voy a conseguir. Y, sin embargo, podría hacer con este argumento una de mis mejores cosas. ¡Tener talento! Y qué fácil resultaría entonces.

Vuelvo a leer tus páginas y, cuando no tengo nada que hacer, ni ganas de hacer nada, miro la montaña de Luberon fumando interminables cigarrillos, porque soy menos sensato que tú. También me he pasado al agua. Y me voy a la cama relativamente temprano, porque más o menos he recuperado el sueño. Pero desde que tengo una boquilla con filtro para millonario americano me da la impresión de que eso me autoriza a fumar más ya que me perjudica menos. Así que fumo mirando la montaña al caer la noche. Pienso en ti. Y todo eso va creciendo en mí como una marea. Te quiero desde lo más hondo. Te espero con decisión y certidumbre, seguro de que podemos ser felices, decidido a ayudarte con todas mis fuerzas y a darte confianza en ti misma. A poco, a muy poco, que me ayudes, con eso bastará para que tenga con qué mover las montañas.

Redobla la fuerza del viento. Lo que se oye es como el correr de un río enorme por el cielo. ¡Ay, si estuvieras aquí iríamos a pasear juntos!

(Cae la noche). Tú no me ves más que en las ciudades, y yo no soy un hombre de cabarés ni de lujos. Me gustan las casas de labor retiradas, las habitaciones desnudas, la vida secreta, el trabajo de verdad. Sería un hombre mejor si viviera así, pero no puedo vivir así sin ayuda. Así que hay que resignarse y tienes que quererme con mis imperfecciones y seguiremos reinando en París. Pero es del todo imprescindible que vayamos a pasar ocho días en plena montaña, con nieve y en el sitio más silvestre que darse pueda. Allí te tendré pegada a mí, amor mío… Imagino noches de tormenta.

¡Que ese tiempo venga pronto! Te beso ya con toda la fuerza de este viento que no cesa.

A.

Domingo 15

Feliz día de tu santo, Maria. Hoy el tiempo es espléndido. Hay un cielo de Asunción, efectivamente. Puedes ascender a él, rodeada de los ángeles morenos del amor, en la mañana gloriosa. Y yo te diré, salve, victoriosa…

30 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[Del 12 al 18 de agosto de 1948]

¡Esto es lo que me obligan a hacer en vacaciones![42]

¡Dios mío, lo que me hubiese gustado que estuvieses a mi lado para aconsejarme! Resulta que ayer por la mañana recibí una carta del secretario de Picasso, Mariano Miguel,[43] en la que me rogaba que pariese un articulito, un llamamiento a los simpatizantes de la España republicana para prestar ayuda a los refugiados. Todo ello en nombre del Comité de ayuda à los refugiados españolas [*sic*], al cual pertenezco, con vistas a publicarlo en su *Boletín*.

Ya sabes cuánto me disgustan y me asquean este tipo de ejercicios, porque no se me dan bien. Así que, desconsolada, acudí corriendo a mi padre para pedirle que me ayudara en lugar de escribirlo yo misma. Como todas mis súplicas fueron en vano, me puse manos a la obra personalmente, después de haber leído una y otra vez los tres artículos que ya se habían

publicado sobre el mismo tema y que firmaban Picasso, la viuda de Companys y el escritor Corpus Barga.

Yo no sé perorar, no sé hablar, y aún menos escribir. Por otra parte, carezco de paciencia para semejante tarea. De un tirón, apelando únicamente a mi corazón, he soltado «esto» en un papel y me he abalanzado de nuevo a la habitación de mi padre, que accedió al menos a soplarme las palabras que me faltaban y que yo me había inventado descaradamente, limitándome a cambiar las terminaciones de las equivalencias francesas que sí conozco. No sé lo que opina del conjunto, pero espero que no me haya dejado hacer pública una completa idiotez. Como no podía demorarme más en enviar esta obra maestra, me ha resultado imposible esperar a saber qué te parecía a ti y a que la corrigieras, pero aun así me gustaría que me dijeras si no es demasiado boba.

Te supondrá una tarea extra de traducción, pero creo que te resultará entretenido.

Definitivamente, el sosiego, la soledad y las buenas vacaciones se me han puesto en contra.

Aunque Gérard Philippe[44] y su pandilla se han marchado, la señora Nancy Cunnard [*sic*],[45] una inglesa vieja y arrugada, larga como un día sin pan, tan flaca que dan ganas de llorar, maquillada en contra del sentido común y vestida de «hoja seca» con una cortina que ha desenterrado en alguna tienda antigüedades, que en los días en que arrecian el viento y la lluvia se pone una pamela inmensa de paja fina, que lleva los brazos cubiertos de pulseras y pertenece a no sé qué organismo de prensa, poeta a ratos, amiga de Marcel Herrand, «ferviente camarada de nosotros, los españoles republicanos», vuelve a estar aquí y ha caído sobre mí como una auténtica ave de presa.

Muy dulce y amable, pero con firmeza, la he mandado a paseo, pero

como no pareció haberse enterado muy bien, la señora Baudy[46] le explicó un día de mi parte que yo había venido aquí a disfrutar de unas vacaciones reparadoras y solitarias. Esta vez, quedaba claro. Así que dejó de insistir pero, como además de todo lo que he enumerado antes, es una «gran admiradora de mi talento», ahora me manda a todos los reporteros que pasan por su habitación y, para no resultar grosera perdida, no me queda más remedio que actuar de modelo para todos ellos, que me acribillan a «fotos» desde todos los ángulos.

Por otra parte, para ponerme de buen humor, hace mal tiempo, muy malo, malísimo, y aunque todas las noches me empeño en hacerme ilusiones sobre el día siguiente, al día siguiente hace aún peor, si cabe.

¡Ay, se me olvidaba! Paul Raffi[47] se ha enterado de mis señas, y tirando de ese hilo ha dado con mi número de teléfono. Así que… imagínate; pero bueno, no hay mal que por bien no venga porque hago frente a todos estos contratiempos con una calma, una paciencia y una dulzura risueña y *¡auténtica!* de la que nunca, *nunca jamás*, me habría creído capaz.

Mi padre está mejor. Tiene menos fiebre pero más dificultad para respirar, y debo decir que el tiempo que hace no ayuda.

Yo estoy exultante. Ahora tengo noticias tuyas regularmente y cada carta que recibo me derrite en un mundo de felicidad que dura varios días.

Mi vida sigue siendo la misma y, sin embargo, mucho más ajetreada desde que los «malentendidos postales» han terminado y vuelvo a tenerte tan cerca de mí. Hablo contigo, leo una y otra vez tus cartas, trazo planes extraordinarios y ya tengo programado en mi cabecita el invierno que viene, que va a ser bueno, muy bueno, puedo asegurártelo, porque ya lo he vivido y vuelto a vivir no sé cuántas veces. Además, en mis planes estás contento y me sonríes, ¡así que…!

Ya veo que los «*Bailes*» de Cádiz han pasado unas cuantas pruebas. Primero me dices que has añadido un acto, cosa que, confieso, me ha asustado un poco. Luego me cuentas que las modificaciones no son muy importantes y que me he convertido en la hija de un juez (¿soy digna de él o, más bien, es él digno de mí?). Reconozco que me he perdido y que ya no sé qué pensar ahora que quiero empezar ya y ponerme en serio con «Victoria», para estar un poco más preparada el primer día de ensayo y, por consiguiente, un poco menos conmovida.

En fin, hagas lo que hagas, sé que estará bien porque desde que te conozco siento en lo más hondo que nunca dirías algo que estuviera en desacuerdo con lo que eres. Y resulta que lo que eres es lo que yo habría soñado ser de haber nacido hombre.

Después de algo así, ¿cómo no voy a quererte? Y después de haberlo entendido, después de haber recibido esa honda revelación, ¿cómo no hacerlo hasta el final?

Amor mío, lo he meditado mucho y he llegado a la conclusión de que los acontecimientos que nos parecían adversos no tienen más finalidad que ayudarnos a comprender el verdadero sentido de la vida y, siendo así, a que estemos aún más estrechamente unidos tú y yo. Cuando te conocí era demasiado joven para percatarme realmente de todo lo que «nosotros» representábamos y quizá fuera necesario que me diera de bruces con la vida para volver, con una sed insaciable, a ti, que me das sentido.

Ahora, ya soy enteramente tuya. Estréchame contra ti y no me dejes nunca más. Sabré comprender tus tentaciones, si es que las tienes, y también sabré hacerte partícipe de las mías para poder extraer de ti la fuerza necesaria para vencerlas. Cuando lo pienso, cuando trato de imaginar nuestro porvenir, casi me ahoga tanta felicidad y me encoge el corazón un

miedo tremendo, pues no logro creer que en este mundo pueda darse tanta felicidad.

13 de agosto [de 1948]

¿Por qué se me habrá ocurrido la idea peregrina de releerme? Nunca lo hago, sobre todo cuando te escribo a ti, y hoy, sin saber por qué, me he sorprendido haciéndolo.

Obviamente, el resultado no se ha hecho esperar y si no lo he roto todo sobre la marcha ha sido por no faltar a mi palabra de enviarte todo lo que hubiera escrito, el día que me lo pidas.

Así que he dejado las cosas tal cual, pero me he prometido a mí misma, en primer lugar, que no volverá a repetirse, y en segundo, que solo te contaré hechos concretos, evitando hacer cualquier tipo de comentario o expresar cualquier sentimiento personal, en especial los que me inspiras tú. Estate tranquilo: creo que si mantengo la primera promesa como me gustaría, la segunda no tendrá razón de ser y, por consiguiente, no tendré que cumplirla.

¡Ay, amor mío, me gustaría ser virgen de cuerpo y alma para ti! ¡Me gustaría saber un idioma nunca antes utilizado para hablar contigo!

¡Me gustaría poder expresarte con palabras el nuevo significado que me has hecho descubrir en ellas! ¡Me gustaría, sobre todo, volcar toda mi alma en los ojos y mirarte indefinidamente, hasta el día que me muera!

13 [de agosto] *por la noche*

Me dices que vas a volver antes. Que volverías el día 10. Tiene gracia porque yo, por mi parte, pensando en los cinco días que tendría que pasar

en París sin ti, había retrasado mi vuelta cinco días y pensaba regresar el día 15. Hagas lo que hagas, tenme siempre al tanto para que pueda ajustar mi vida a la tuya. Como ahora yo tengo más libertad de acción que tú, me resultará más fácil hacerlo y será siempre una alegría.

Eso sí, cuando estemos ya en París, antes de que nuestros trabajos respectivos o compartidos nos arrastren a los dos, me gustaría que preparásemos u organizáramos nuestra vida para el año que viene.

En el aspecto práctico, he pensado que podríamos establecer un bonito «apeadero» en el hotel de Chevreuse. En cuanto llegue a París, me pasaré por allí para hablar con la dueña y alquilar la habitación con baño más linda que encuentre. La más linda y la más independiente. Como no me fío de la lindura y de la intimidad que pueda ofrecernos este aposentito, me he recreado imaginando que a lo mejor nos dejaban ponerlo y amueblarlo a nuestro gusto, con cosas que yo traería de fuera. Si este plan fuera viable, solo me gustaría saber si te parece bien la idea y si serías capaz de dejarme total libertad para hacerlo yo sola (no temas, te pediré consejo siempre y lo seguiré), porque me lo pasaría muy bien.

De hecho, este invierno me voy a sumergir en el mundo de la decoración, puesto que también voy a amueblar el piso de la calle de Vaugirard.

14 de agosto [de 1948]

Esta mañana he recibido tu carta larga del día 12, en respuesta a la mía —o a las mías, ya no sé cómo decirlo—… Derretida… Derretida; ¡me he derretido, simple y literalmente! Y cuando yo me derrito, me quedo en un estado de beatitud próximo a la chochez, tanto que mi padre, viéndome la expresión que tenía, ha debido gritarme, con cariño pero con firmeza: «¡Ay! ¡qué cara de tonta tienes hoy!».[48] Por lo demás, no puedo hablarte del

torrente de ternura, de amor, de calidez, de felicidad y de deseo que tu carta ha despertado en mí, porque las palabras no sirven para decirlo. Así que me callo… y me lo guardo.

El resto del día ha sido tristón, al margen de nosotros.

Desde que llegamos, o mejor dicho, desde el segundo día después de llegar, hemos tenido un tiempo de Apocalipsis (¿Biblia? Tempestades. Viento, lluvia, frío y, para variar, lluvia, viento y frío, o frío, viento y lluvia). Hoy, el cielo, que por la mañana estaba gris oscuro-apagado, se ha ido abriendo poco a poco y, sobre las dos, tímidamente, el sol se ha insinuado a través de un fino velo que le sentaba de maravilla, pero que ha contribuido a chafarme el día y a provocarme una rabia reconcentrada.

Ya sabes que, para gustarte mucho, querría estar muy morena cuando volvamos a vernos. Ya sabes que, para alcanzar esa meta tan loable, hacen falta el sol y sus rayos… sin velos. Bien. Cuando llueve, renuncio a mi belleza moruna y me dedico a descansar y a cuidarme física e intelectualmente para ofrecerte a alguien ilustrado; pero cuando el tiempo mejora un poco, el arrebato de Arabia me vuelve a entrar con mayor fuerza aún y salgo a tomar el escaso destello de luz que puedo encontrar. Y de este modo echo a perder el día, porque ni me pongo morena ni descanso ni leo.

Cuando llega la noche, a muy altas horas, después de una tarde interminable, estoy rabiosa por no haber hecho nada y de mal humor.

En otro orden de cosas, después de terminar *Los demonios* (por cierto, me retracto de lo que dije de ellos, porque la segunda parte me ha parecido muy superior a la primera) y la *Historia de los Trece*[49] *(Ferragus. La duquesa de Langeais. La muchacha de los ojos de oro)*, que he disfrutado mucho, he seguido leyendo las memorias del Cardenal de Retz. Estoy en la página 100 y permíteme que te pregunte, con absoluta candidez, a santo de qué y por qué consideras este libro una magna obra. Obviamente, estoy en

la página 100, pero todo en estas memorias me produce un rechazo tal que dudo que pueda terminarlas.

El señor Cardenal de Retz me parece un «nuevo rico moral», un hombre con una inteligencia superior a la media pero con un alma de lo más mediocre, una ambición carente de interés y las veleidades de un impotente. Un fracasado.

De verdad que no acabo de ver por qué las aventuras y desventuras de este señor pueden resultarle apasionantes a nadie.

Me dirás que habla de otros personajes más atrayentes y que es emocionante conocer más a fondo a Mazarino, por ejemplo. Estoy de acuerdo, pero no a través del Cardenal de Retz. Me dirás que el estilo es muy bonito y que hay elegancia en la forma de hablar y de pensar y de actuar de esa gente, que resulta tremendamente sabrosa, sobre todo ahora. Estoy de acuerdo, pero para eso, prefiero leer *Las amistades peligrosas* o cualquier otro libro de la misma época, más o menos, que me aporte el mismo ambiente y el mismo aroma.

En lo que se refiere al interés político o histórico, no puedo decir nada, no consigo que me atraiga, puesto que los ardides y las conspiraciones políticas no me interesan mucho en general y menos aún los de esa época en particular y los que cuenta este señor.

En fin, a pesar de todo trataré de leer el libro hasta el final y puede que gracias a este esfuerzo acabe cambiando de parecer.

Por ahora, cariño mío, me voy a la cama. Se me ha hecho muy tarde y me estoy dejando llevar un poco.

Te quiero y te mando más besos que nunca.

Maria Victoria

15 de agosto de 1948, por la noche

¡Hoy es fiesta! ¡Fiesta por mi santo! ¡Pues menudo santo me han dado!

Me desperté a las ocho, como de costumbre, y cuando estaba sentada en la ventana leyendo, al mirar distraídamente hacia la carretera, ¿¡qué es lo que veo!?

¡Al señor Paul Raffi, en una mesa de la terraza del hotel, degustando un desayuno completo mientras acechaba algo (¿¡a mí!?) en las ventanas de la casa!

¡Imagínate lo pasmada, lo escandalizada y lo furiosa que me he sentido! Fui corriendo a la habitación de mi padre para ver si entre los dos se nos ocurría algo para librarnos de la molesta presencia de ese señor durante todo el día.

Como no se nos ocurrió nada, después de tenerlo de plantón hasta las once (tenía que vestirme, qué menos), bajé de lo más guerrera.

Efectivamente, había venido, como siempre tan modesto, tan modoso, tan tímido, tan «admirador en la sombra», tan trabado en sus gestos, sus palabras, sus pensamientos y sus complejos, tan feo y repulsivo, tan deprimido y deprimente, a pasar el día con nosotros. Seré muy cruel, pero hay veces en que de verdad no puedo soportarlo.

Después de saludarlo fríamente, le dije sin dejar lugar a ninguna duda que no me alegraba nada de verlo, que era de lo más inoportuno, como de costumbre, que me apetecía estar sola y que, por lo demás, como mi padre no se encontraba bien, de ninguna manera podía quedarse a comer con nosotros.

Como estaba dispuesto a marcharse inmediatamente, contrito, accedí, al menos, a acompañarlo a tomar el aperitivo, yo, que no bebo nunca.

Después de agotar todos nuestros «tópicos», llevé la conversación por unos derroteros que nunca habíamos tocado, ni él ni yo. Hablamos de nosotros y aproveché para explicarle que no debía esperar de mí nada más

de lo que ya tenía. Peleó y protestó. Sostuvo que no había ningún motivo para que así fuera: «¿Por qué?», exclamó. Y yo estuve a punto de contestarle: «¡Porque es usted feo, aburrido, pobre de cuerpo y alma, porque no es sino una ladilla, Paul!». Pero me limité a decirle «Porque no le quiero ni le voy a querer nunca».

Se marchó, con la barbilla temblorosa y con las lágrimas asomándole a los ojos, pidiéndome que quedáramos un momento por la tarde. Me conmovió y no tuve ánimos para prohibírselo.

Lo cité a las cinco. Llegó a las cuatro y media. Como el autobús salía a las seis menos cuarto, me armé de paciencia para la hora y cuarto que iba a tener que pasar con él y me lo llevé a dar un paseo. Estuvo a la defensiva, tenso, amargado, desagradable. Intenté charlar de otra cosa, pero esta vez fue él quien sacó el tema. Quería una explicación clara y precisa.

¿Qué iba a decirle? No se daba por vencido y, al final, agotada, admití que quería a otro, que esta vez estaba profunda y auténticamente enamorada y que aspiraba a que ese amor durase toda mi vida. Entonces se desplomó sollozando en un recuadro de hierba al borde de la carretera. Sin perder la calma, me senté a su lado, dejé que pasara la crisis, le ofrecí un cigarrillo y esperé.

Había empezado a hacerme preguntas. ¿Quién? ¿Desde cuándo?, etc.

Aunque yo no quise responder a ninguna, lo adivinó enseguida, ¿a que es raro?, y a pesar de que me negué rotundamente a confirmárselo o no, siguió convencido, creo, de su idea inicial.

Por fin volvimos, para comprobar que, cómo no, había perdido el autobús. Así que tuvo que ir a pie hasta Vernon para coger allí el tren.

Se fue carretera adelante y como todo aquello me había dejado revuelta, volví al hotel a coger mi bicicleta, lo alcancé y lo acompañé hasta la entrada de Vernon. Me dejó, afectado aún, pero algo más tranquilo, diciéndome:

«¡Mi pobrecita Maria! ¡Haga lo que haga usted, no podrá evitar arrastrarme consigo!».

Ya ves: ¡menudo día y menudo panorama!

16 de agosto de 1948, por la noche

Esperaba recibir hoy una carta tuya. No ha llegado y es muy natural: recibí una más el miércoles. Esperemos a mañana.

¡Qué largo se me ha hecho el día!

17 de agosto de 1948

Sigo sin noticias tuyas.

Hoy el día nos ha tratado bien. El cielo se ha dignado abrirse a ratos para regalarnos unos cuantos destellos de sol.

Como he dejado *Las memorias del Cardenal de Retz* para seguir leyéndolas más adelante, me he puesto (¡ay!) con *Tener y no tener*, de Hemingway; desde luego, me he encontrado con páginas bien escritas pero, ¡Dios mío, qué polvoriento, deslucido y tristón resulta todo, y cómo huele a habitaciones con el papel de pared colgando, sin recoger y con olor a sábanas, a sudor nocturno y a ropa sucia! No sé si algunos de esos personajes, escogidos para la ocasión, «tienen o no», pero estoy convencida de que, para que nos los creyésemos un poco más, debería, al menos, enseñarnos un poco menos «lo suyo». Sería más púdico.

Después de un baño de vapor un poco sofocante, volví a sumergirme en Balzac y estoy pasando con *El cura de aldea* los ratos más deliciosos del día. ¡Qué libro tan bonito!

18 de agosto [de 1948], *por la mañana temprano*

He tenido que levantarme y moverme un poco. Un demonio distinto a la nostalgia y la melancolía ha acudido a confirmarme nuestra prolongada separación. Pero me resultaría muy difícil hablarte de eso en una carta. Lo que puedo decirte es que me obliga a lamentar lo lejos que estás con una fuerza que todos mis razonamientos y mi corazón no logran calmar.

Más tarde

¡Por fin una carta! Una carta larga y dulce que esta mañana he querido tomar —¡con tu permiso!— por una caricia. Me froto contra ella como hace Quat'sous contra mis manos. Qué título tan hermoso es *La soga*, en efecto.

Un hermoso título y, estoy convencida, una hermosa obra. Es normal que tengas dudas, si carecieras de talento no las tendrías. Pero yo tengo derecho a creer en ella ciegamente y a depositar en esa obra una fe ilimitada.

Ni se te ocurra meterte prisa. El señor Hébertot esperará.[50] Por otra parte, sé que el año que viene Gérard[51] solo estará libre desde diciembre hasta febrero, de modo que, si tienes empeño en contar con él, la obra no se podrá estrenar este año; porque sería una locura hacerlo para dos meses, dado que los reestrenos pierden mucho.

De modo que madúrala olvidándote del plazo limitado y déjala que surja cuando le llegue el momento, es lo único que te pido.

Cariño mío, este manuscrito —ha dejado de ser una carta— se está volviendo interminable. Así que lo zanjo y te mando besos sin atender a razones.

Maria Victoria

31 — Albert Camus a María Casares

19 de agosto [de 1948]

Dos líneas antes de salir para Arlés, donde voy a pasar el día. Querría, si aún no me has enviado tu carta, que me dijeras la fecha exacta de tu regreso. Tenemos que preparar ya nuestro encuentro. ¿Voy a buscarte? ¿Sales tú a mi encuentro? ¿Nos reunimos en París? Tenemos que pensarlo y quizá estas tres semanas se hagan más cortas. Porque son largas, largas. El tiempo se arrastra que da pena, no puedo más de impaciencia. Desde hace tres días el cielo está gris y llueve. Se me está quitando el moreno, estoy sin ánimos y me agoto esperándote. Al menos cuando me duermo al sol, me parece que su calor es el tuyo y que duermo en ti. Me fuerzo a trabajar, pero no hago nada que merezca la pena. ¡Que llegue ya el otoño! ¿Te acuerdas de aquel día de lluvia en Le Cours la Reine?[52] El agua te corría por la cara… ¿Has recibido ese cartel en que salgo de Humphrey Bogart? ¿Qué estás haciendo hoy, precisamente a esta hora (las once)? ¿Piensas en mí? ¿No estás cansada de esperar? Sobre todo, manda tu carta, ya no puedo más. Besos, amor mío. ¡Sé feliz, sobre todo, y sé guapa!

A.

«vivo en lo hondo de él, como un pecio dichoso…».[53]

32 — Albert Camus a María Casares

Sábado 21 [de agosto de 1948]

Tu carta por fin, niña mía, y una carta que me arrebata de alegría. Entre la primera y esta los días han ido a rastras, yo iba a trancas y barrancas, en parte perdía pie. Ayer di un paseo largo en coche por los Alpilles. Al caer la tarde la belleza de esta comarca es desgarradora. Me había pasado el día entero buscándote en ella, un poco a tientas, con la opresión de la necesidad de tu presencia. La tierra que amo estaba aquí y la persona a la que amo estaba lejos. A medida que el día avanzaba me sentía cada vez más perdido y cuando la noche empezó a rodar cuesta abajo por las laderas de olivos y de cipreses, estaba espantosamente triste. Regresé con esa tristeza y prefiero no decirte los pensamientos que me pasaban por la cabeza. Esta mañana tu carta me ha sacado de ese feo pozo. Me quedo maravillado cada vez que me dices tu amor. Me estremezco al mismo tiempo que todo se desploma. Pero sin embargo encuentro en todo cuanto me dices un acento que me persuade. Si, es cierto que regresamos, yo a ti y tú a mí, más auténticos y más hondos quizá de lo que ya éramos. Éramos demasiado jóvenes (yo también, ¿sabes?) y no somos demasiado viejos para sacarle partido a todo cuanto sabemos; es maravilloso.

Voy a intentar responder por orden a todo lo que me dices: 1) De entrada, no te preocupes por tu texto español. No te pedían nada más que eso. Es sencillo, digno y efusivo. Para tranquilizarte, te he hecho una traducción rápida al francés: ya verás que suena un poco a *Combat*.[54] 2) ¿Cómo demonios has dejado que te cazasen Gérard, Nanard Cucy, los periodistas y P[aul] R[affi]? 3) En lo referido a este último, su historia me ha dejado una impresión penosa. Un hombre no debería ponerse en situaciones semejantes. Pero no puedo reprochárselo. Tiene muy buenas prendas y las ha echado a perder por culpa de complejos absurdos. Su vida personal me parece un fracaso espantoso. Por eso ha hecho lo que hacen los hombres sensibles y débiles en casos así: les ha puesto a sus pasiones metas

inalcanzables para no tener que volver a construir algo, corriendo el riesgo de un nuevo fracaso. Hay parte de literatura en el sentimiento que le inspiras: pensando fríamente, nunca creyó que tuviera una oportunidad de conseguirte y eso es lo que mejor alimenta su quimera. Pero, cuando un hombre de esa edad y con esa capacidad de razonar cae en la literatura, es señal infalible de que es desdichado en otros aspectos. Y, si es desdichado, en último extremo hay que compadecerlo. Al menos en lo que a mí respecta. Lo tuyo es diferente y comprendo que te impaciente. Pero no tengas demasiados remordimientos. Si las cosas son como yo creo, con lo que tú le hayas dicho: 1) no se ha enterado de nada nuevo; 2) no se va a desanimar.

Asunto liquidado.

4) Te mandaré los cambios en tu papel.[55] Los he enviado a París para que los pasen a máquina. En efecto, había añadido un acto que he mandado a tomar viento. Me he ceñido sencillamente a encajar en el resto de la obra la escena del juez, recurriendo a tu personaje. Así tienes un poco más de texto y además da una apariencia más plausible. He añadido también otras cuantas cosas que no tienen que ver con tu papel y que ya te enseñaré. Pero todo lo que hago ahora mismo me asquea. Incluso, y sobre todo, *La soga* (título provisional aún). Menos mal que has dado en este caso con el modo de ayudarme. Lo que me dices me anima a escribir a Hébertot para decirle que no estoy seguro de estar listo. Así tendré más tiempo y más fuerza a lo mejor para llevar el asunto al nivel en el que me gustaría verlo. Gracias, niña mía. 5) Vuelvo en coche el día 10. Estaré más o menos el 11 (salvo en caso de avería) en París. Si quieres que me reúna contigo en Giverny o en Pressagny, dímelo. Si no, quedamos en París: te llamaré por teléfono al llegar para saber dónde nos vemos. A lo mejor no te ha dado tiempo a ocuparte de los salones del Chevreuse. Pero les pediremos un refugio

provisional (al escribir estas palabras me laten las sienes). Por supuesto que te dejaré poner todo lo que quieras. Cuatro paredes cerradas y tú, ese es mi reino. Decora las cuatro paredes y veré además en ellas señales tuyas.

6) Me alegro de que estés leyendo *El cura de aldea*. Es mi libro preferido de Balzac: su auténtica grandeza. En cuanto a Retz, lo que me dices me ha hecho pensar. Hace mucho que lo leí: me gustaban su cinismo, su inteligencia implacable. Pero, en último extremo, sé que tenía un alma bastante innoble. Tu reacción espontánea me impulsa a volver a leerlo. ¡Un fracasado! Es muy posible. ¿Hemingway? Te está bien empleado. ¿Por qué leer a esos tramposos sin talento?

He dejado para el final lo que precisamente no puedo decirte. Pero aquí las noches son calurosas y a veces me asomo a la ventana, a respirar y calmar esta sangre que palpita demasiado deprisa. Hago votos por que nos levantemos al mismo tiempo y que a través de los mil kilómetros que nos separan nuestros dos deseos nos reúnan. No hay nada más hermoso, más orgulloso y más tierno que el deseo que siento de ti… Pero, ya ves, tengo que dejarlo aquí. Es tarde y te doy las buenas noches. No sin agradecerte, desde lo hondo del corazón, la alegría que me proporcionas y el amor que me das. Pronto, pronto, salvaje mía, hermosa mía… ¡Cómo te beso!

A.

«Me dirijo a aquellos que desde el primer día de nuestro exilio nos ofrecieron una cordialidad fraterna, una cálida acogida y una ayuda eficaz y espontánea. Me dirijo a ellos una vez más para recordarles que aún no se ha acabado todo y que, si bien para algunos la guerra de España puede ser un tema manido cuando no caído en el olvido, las víctimas que ha dejado, hombres, mujeres, ancianos y niños, siguen siendo una trágica realidad. Las miserias del mundo entero son hoy en día tan grandes y numerosas, se

multiplican a una velocidad tal, que al que quiere mostrar interés por todas ellas le restan capacidad para mostrar interés por una sola o incluso por algunas de ellas. Nuestro deber consiste en reforzar sin tregua nuestra voluntad de no olvidar nada y estar siempre con los ojos bien abiertos ante las grandes acciones que hemos visto y los infortunios de los que hemos sido testigos, directos o indirectos.

¡No olvidéis nada! No olvidéis que aquellos para quienes pido aquí vuestra ayuda fueron los primeros en comprometerse y proseguir con la lucha por la libertad que aún no ha concluido. No olvidéis que si hoy necesitan nuestra ayuda es porque prefirieron sufrir las miserias y las humillaciones del exilio antes que someterse al yugo de la tiranía que reina en su país. No olvidéis que la lucha continúa, aunque sea de forma pasiva, y que cada uno de esos hombres ha sacrificado, cuando menos, una vida de felicidad, paz y bienestar para no sucumbir y para no perder sus derechos de hombre libre, ante el mundo y ante sí mismo. Ayudadles pues en esa magna obra que se han trazado y a la que se han consagrado, ayudadles anímica y materialmente, ayudadles a vivir de todas las formas. No olvidéis jamás».

33 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

24 de agosto [de 1948]

Es tarde. Dejo de trabajar, acuciado por la necesidad de escribirte. Me bullen por dentro demasiadas cosas y querría poder decírtelas esta noche, contigo delante y con la noche para nosotros dos, en una larga conversación. Nunca, o muy pocas veces, te he hablado de mi trabajo. También es verdad que no le he hablado de él a nadie. Nadie sabe

exactamente lo que quiero hacer. Y, sin embargo, tengo proyectos inmensos. Tan ambiciosos que a veces la cabeza me da vueltas. No puedo hablarte de eso aquí. Lo haré si me lo pides. Pero lo que sí puedo decirte es que con texto que estoy escribiendo, y el ensayo que acabaré luego, concluyo una parte de mi obra,[56] que tenía que servirme para aprender el oficio y, sobre todo, despejar el terreno para lo que vendrá después.

Desde *El extranjero*, que era el primero de la serie, he tardado casi diez años en llegar aquí. Según mis planes, esto requería cinco años. Pero hubo la guerra y, sobre todo, mi vida personal. Dentro de pocos meses, tendré que empezar un nuevo ciclo, más libre, menos controlado, más importante también. Si sigo al ritmo que he llevado hasta ahora, necesitaría dos vidas para hacer todo lo que tengo que hacer (no todo está previsto, no te sobresaltes, pero sí los temas, las líneas principales…). Menos mal que este nuevo arranque coincide más o menos con que vamos a reunirnos. Y nunca me he sentido tan lleno de fuerza y de vida. La solemne alegría que me colma levantaría en vilo al mundo. Me ayudas sin saberlo. Si lo supieras, me ayudarías aún más. Es también en eso en lo que preciso tu ayuda. Y lo notaba con tanta fuerza esta noche que me ha parecido que tenía que decírtelo. Seguro de ti, mezclados tú y yo, me parece que podría llevar a cabo lo que tengo en la cabeza, sin interrupciones. Sueño con la fecundidad que necesito… solo ella podría conducirme donde quiero ir. Niña mía, ¿entiendes por qué me noto un corazón ebrio esta noche y qué lugar ocupas ahora en él?

A lo mejor me equivoco al escribirte esto, porque parece una idiotez dicho así, sin cautelas. Pero es posible también que entiendas lo que quiero decir. ¡Quién podría vivir sin el propósito de una vida desmedida! A fin de cuentas, soy un escritor. Y no me queda más remedio que hablarte de esta parte de mí que ahora te pertenece como todo lo demás.

Habría valido más decírtelo con mayor detalle. Pero ya lo hablaremos. De aquí a entonces te ruego que me sigas mandando tus cartas. No puedo esperar más a ese 10 de septiembre. Me asfixio, con la boca abierta, como un pez fuera del agua. Estoy esperando que llegue la ola, el olor a noche y a sal de tu pelo. Si por lo menos puedo leerte, imaginarte… ¿Me quieres todavía, me sigues esperando? Aún faltan quince días. ¿Qué cara volverás hacia mí? Yo creo que me reiré sin poder parar de tan rebosante como estaré.

Escribe, escribe, te espero, te quiero, besos.

A.

25 [de agosto de 1948]

Releo esta carta esta mañana. Son pensamientos de por las noches, siempre excesivos. Si te los mando es para cumplir nuestra promesa. Pero con el pensamiento de la mañana, más claro y más modesto, veo perfectamente lo que quiere esto decir. Quiere decir que he recobrado contigo un manantial de vida que había perdido. Es posible necesitar a una persona para ser uno mismo. Es lo que suele suceder por lo general. Yo te necesito a ti para ser más que yo mismo. Eso es lo que he querido decirte esta noche, con la torpeza del amor. Perdona la letra, he perdido la estilográfica y escribo con una pluma mala.

34 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves 26 [de agosto de 1948]

Unas letras, niña mía, dos líneas para sorprenderte, ya que no estarás esperando nada después de la carta de ayer, para recordarte que existo, que te quiero y que te espero. Según se va acercando el 10 de septiembre (¡alerta!, ¡alerta!) cada vez me da más miedo que algo cambie, que se te ocurra una locura y que tenga que esperar aún más.

He puesto todas mis energías en la espera de esa fecha. No me queda ya para seguir esperando más tiempo. ¿Estás bien, estás guapa? ¿Piensas en mí? *La soga* avanza. Pero he escrito a Hébertot para conseguir más tiempo. ¡Tiempo, solo necesito tiempo, y solo tengo una vida! He encontrado la frase de Stendhal que se aplica a ti [:] «¡Pero mi alma es un fuego que padece si no arde!». ¡Arde pues! Yo me quemaré.

Escribe, no dejes de decirme lo que vas a hacer, dónde nos encontramos, etc. Por primera vez pienso en París enternecido y ferviente. ¡Ah, soledad!

A.

35 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

20 de agosto [de 1948] *(por la noche)*

Ayer recibí la «foto» del periódico americano que me enviaste. Es cierto que el parecido en ese aspecto es prodigioso[57] y peligroso para mí, cuando estás ausente. ¡Si al menos echaran alguna película suya en esta sosada de pueblucho!

Por aquí, la vida sigue idéntica a sí misma. Tanto que estoy empezando a hartarme un poco de esas pequeñas costumbres que adopto en los detallitos de cada día y en los que hasta ahora no me había fijado. Creo que nada en el mundo me saca tanto de mis casillas como esos «hábitos mecánicos» que

contribuyen a despejar la mente, quizá, y a actuar más deprisa sin olvidarse de nada, pero que, a mí, me exasperan en cuanto soy consciente de ellos. De modo que me entretengo cambiando el orden de las cosas: me cambio antes de abrirle la cama a mi padre, me baño antes o después del desayuno, varío la hora y el destino de mis paseos, etc.

Ayer tarde me fui a pie a las colinas tratando de escaparme un poco de la sensación opresiva que dan esos campos cerrados que se ven desde mi ventana, de ver el paisaje y de cambiar de aire. Nunca he visto nada tan soso, tan estúpidamente bonito, tan cómodamente fácil que esta comarca. No hay nada que destaque, ni para bien ni para mal. Nada que atraiga la vista. Nada que le cause extrañeza. Todo está donde tiene que estar. Es como un «cosy-corner», ese mueble en el que puedes echarte, sentarte, donde tienes al alcance de la mano el libro que quieres leer, donde no tienes que hacer ni el más mínimo esfuerzo para tumbarte, sentarte, leer o desayunar. Lo tienes todo ahí mismo, y porque lo tienes todo, no te apetece nada. O, en realidad, sí. Marcharte. Te apetece marcharte.

De vuelta al hotel, me crucé con un conejo. ¡Por fin un ser vivo!

Hoy, al enterarme de que Janine no se encuentra bien, me armé de valor y me fui para allá en bicicleta. Pasé la tarde con ellos dos, Renée,[58] Mario y Yo Prassinos.[59]¡Madre mía, a ellos también les vendría bien tener «un agujero» en la vida para que les entraran ganas de llenarlo! Siempre me he preguntado por qué dos seres que se quieren como ellos aceptan y desean tener a tanta gente alrededor. Ahora lo he entendido, necesitan que los demás los vean vivir para llegar a creer, a través de los ojos de quienes los rodean, en su propia existencia.

Pero, en fin, la verdad es que son unos buenos amigos, agradables, y personalmente me sientan de maravilla. Cada vez que paso con ellos unas horas, acabo, por el contrario, henchida de vitalidad.

¡Ay, qué ganas de que volvamos a estar juntos! Mi situación anímica y física empieza a ser desesperada; ya estoy totalmente repuesta de mis fatigas (nunca necesito descansar mucho si lo hago de veras), rebosante de salud y nuevos bríos, rebullendo de esperanzas, de anhelos, de movimientos, de ideas frescas, ya no puedo estarme quieta. Me siento enjaulada y expectante. Estoy que hiervo.

¡Pronto, el 10 o el 15 de septiembre, y nosotros!

22 de agosto [de 1948]

Ayer recibí la carta que me enviaste antes de salir para Arlés. Desafortunadamente ya te había enviado la mía para poder contestar a las preguntas que me haces. Creo que la información que te doy es bastante clara y, aunque aún no estaba al tanto de todas tus peticiones, por algún milagro las he satisfecho todas. Por lo demás, no tengo nada que decirte salvo que lo que deseas se hará.

Empiezo a notarte impaciente y nervioso. No debes estarlo, cariño mío. El tiempo pasa muy despacio, es cierto, pero va pasando, y nuestro día cada vez está más cerca. Desde luego, sé por experiencia que el mal tiempo aviva mucho la melancolía. ¡Imagínate! Desde que estamos aquí, el sol ha brillado un total de cuatro días, y eso siendo generosa. Esta mañana, por ejemplo, está orvallando tozudamente, lo que anuncia uno de esos días en los que el corazón llora aunque se le prometan todas las esperanzas y las alegrías que prometerse puedan. Al principio, reconozco que hay motivo para desanimarse o rebelarse, pero poco a poco te vas adaptando, le coges el gusto y, al final, acabas casi enamorándote de él.

¡Inténtalo y ya verás!

Ayer por la tarde me volví a leer atentamente *Los baños de Cádiz*. Si esta

obra no le provoca a la gente todo tipo de sentimientos ni le llega a las entrañas, habrá que perder la fe en el ser humano y dejar de creer que exista alguno con una naturaleza auténtica. Me siguen dando un poco de miedo las inclinaciones y los abusos de nuestro «gran hombre de Marigny»,[60] pero, haga lo que haga, creo que hace falta poner todo el empeño del mundo para destrozar esta obra. En fin, esperemos que todos los preparativos transcurran lo mejor posible, que te sientas lo bastante descansado y lo bastante vivo para pelear —si menester fuera— y hagamos votos por que los maniquíes parisinos hallen un corazón con el que escuchar y no se limiten a hacer un éxito de una obra maestra. Me terminé *El cura de aldea* y bien que lo siento. Luego me leí *Las praderas del cielo*.[61] A pesar de las repeticiones, Steinbeck me ha «vencido por el flanco», como de costumbre; siempre sucumbo a esa ternura inmensa que se desprende de sus páginas, y cuando me han atrapado, ya no puedo juzgarlo y solo dejo que la emoción me embargue y no me suelte hasta la última línea.

Ahora he vuelto a Balzac con *El médico rural* y resulta que este me aburre.

Hoy van a venir Jean Marchat,[62] Louis Beyeltz y un muchacho «inseparable de Jean», Antoine Salomon; me llamaron por teléfono ayer desde Deauville para invitarse amistosamente a comer hoy con nosotros. No puedo decir que me moleste, pero en cierto modo destroza mi tranquilidad, esa tranquilidad que me crea la ilusión de estar junto a ti.

El martes, Michel, Janine y Renée [Gallimard] también vendrán a comer con nosotros, pero con eso, en cambio, estoy encantada.

El miércoles llega Pitou[63] para pasar unos días aquí con nosotros. Lo estoy deseando. La soledad empieza a pesarme y aunque me espanta la perspectiva de relacionarme en sociedad, ansío la compañía de una amiga que me dejará sentirme junto a ti con total libertad, pero cuya presencia me

animará a moverme un poco y a gastar parcialmente esa vitalidad tremenda que vuelve a apoderarse de mí en cuanto desaparece el cansancio.

Lo dejo aquí, cariño mío. Me voy a cumplir con mis obligaciones de anfitriona. Seguramente retomaré esta carta por la noche, pero durante todo el día ten la certeza de que no habrá un momento en que mi ser no esté vuelto hacia ti.

Te mando los besos que me gustaría darte y que pronto te daré. (Al escribir esto noto que tiemblo).

¡Hala, ya se han marchado! ¡Uf…! Y eso que han sido encantadores y han puesto todo su empeño en no perturbar mi tranquilidad. Les he notado el respeto que una vida sosegada les mete en el corazón a aquellos que, queriendo o no, dejan de llevarla, y me ha proporcionado un secreto placer.

Por lo demás, llegaron dos horas y media tarde, a las tres y media. Anoche avisé al dueño, encargué un menú especial, vinos, licores, etc.; reservé mesa y avisé al dueño de que estuviera listo para la una y media.

A las dos, mi padre y yo, tristes y solos, nos sentamos a la mesa de la que habían echado a los clientes habituales, una mesa enorme, para cinco comensales y cubierta de todo tipo de entremeses. Y venga a traernos vinos. Nosotros no teníamos hambre y solo bebíamos agua. ¡Imagínate qué papelón! ¡Imagínate qué cara teníamos! ¡Imagínate lo desanimados que estábamos! Y, por si fuera poco, un orvallo que duró todo el día. A las dos y media, ¡llaman por teléfono! Los había retrasado una avería, llegarían… ¡a las tres y media!

Así que mi padre y yo los contemplamos disfrutar de una opípara comida, mientras que la nuestra había sido insignificante y maltrecha. ¡Pero bueno, siempre da gusto ver a los demás comer bien!

A las cinco me los llevé a recorrer mis dominios privados (el «parque

silvestre»). ¡Dios, qué bonito estaba bajo la lluvia! Venían de Deauville y se les notaba la cara de envidia.

De hecho, toda la comarca se esmeró por hacerme quedar bien con ellos. Después fuimos a ver (desde fuera) la casa de Claude Monet y los llevé a visitar ese laguito que pintara tantas veces. Bajo el cielo gris y a la tenue luz de un sol tamizadísimo, cobraba unos matices, unas tonalidades extraordinarias, y como estaba lloviendo, nadie se aventuraba a salir, así que nos dejaron disfrutar a gusto de la soledad absolutamente tranquila del lugar. Creo que hoy he experimentado por primera vez el «sentimiento romántico», y aunque un poco soso, me ha parecido que es agradable notarlo de vez en cuando.

Luego subieron a mi habitación, que, por algún prodigio, también estaba preciosa. Jean quería tus señas. Después de pensármelo, me pareció que era normal que yo las supiera y se las he dado. ¿He hecho bien?

Se fueron a regañadientes y he visto brotar en ellos un cariño nuevo hacia mí. Es obvio que el descanso, la soledad, la conformidad conmigo misma que he alcanzado gracias a ti, la buena salud, el tiempo, las lindezas del lugar y, sobre todo y ante todo, ese amor inmenso que cada mañana se despierta conmigo, dentro de mí, me han dotado de una dulzura, una bondad y un reposo que, al alejarme de todo lo que no sea nosotros, me permiten incluso recibir a la gente que menos me importa de un modo que debe de resultar bastante grato, sobre todo viniendo de Deauville.

Me recordé a mi madre durante el rato que estuvieron aquí. Estaban a gusto, me resultó evidente.

Perdona que te hable de todo esto, pero por una vez que estoy satisfecha de mí misma, ¿a quién se lo voy a contar si no?

Por otra parte, si me apuras, te lo debo a ti. Ante ti y vuelta hacia ti, así es como me gusto. Es algo que me hace muy feliz.

Te quiero. Te quiero por todo lo razonable y por todo lo que escapa o sobrepasa a la razón. Amor mío.

24 de agosto [de 1948]

Hoy está de lo más oscuro y bochornoso. El cielo ha estado negro todo el día. Cuatro o cinco tenues rayos de sol se asomaron a darnos ciertas esperanzas para, acto seguido, arrebatárnoslas.

Michel, Janine y Renée han comido con nosotros. Mi padre estaba muy cansado y este tiempo tormentoso le resulta sofocante y agotador. Michel parecía menos animado que de costumbre. Le he notado a disgusto e impaciente. En cambio, Janine estaba radiante de rabia sorda contra la lluvia y las nubes, y me ha parecido rebosante de vida. Renée, tranquila y amable, le seguía la corriente a Janine.

Después de comer hemos aprovechado el coche para llevar a mi padre a dar un paseíto para que conozca un poco los alrededores. Fuimos a ver el estanque de Monet con sus nenúfares. Hoy estaba triste y apagado. La luz, o más bien la ausencia de luz, no le favorecía nada y parecía no pintar nada ahí, al lado de las vías del ferrocarril. Sí, lo cierto es que tenía una pinta de lo más bobalicona y me he quedado muy resentida con él por decepcionarme. Después fuimos por donde Gisors, pero el paisaje era tan insulso que, desanimados, decidimos volver al hotel y echarnos un rato en «el parque silvestre».

Como Michel, Janine y Renée tenían que hacer unos recados en Vernon, se marcharon temprano.

Nerviosa y algo agobiada por el bochorno del aire casi sólido que se respira esta tarde, quise quitármelo de encima yendo a dar un paseo. Así que Quat’sous y yo nos fuimos, tan contentas. La lluvia nos obligó a volver.

¡Una lástima! Los rincones que he adoptado estaban bien bonitos con esta oscuridad lúgubre.

Como de costumbre, he estado meditando sobre todo un poco, pero más que nada sobre nosotros. He pensado mucho en nuestro próximo reencuentro. Si en septiembre sigue haciendo malo, seguramente volveré el día 10. Pero si la luna nueva (2 de septiembre) trae el buen tiempo, puede que me quede hasta el 15. De ser así, si sigues teniendo intención de volver a París el 10, quizá podrías llegarte a Pressagny para pasar dos o tres días en casa de los Gallimard y luego hacer el viaje de vuelta tú, mi padre y yo juntos. ¿Qué te parece?

Obviamente, la relación entre mi padre y tú se ha vuelto más delicada durante estas vacaciones. He aquí el porqué.

Desde hace mucho tiempo, he llevado una vida secreta a espaldas de mi madre primero y de mi padre después. Por pudor, por miedo a cómo reaccionarían y también porque quería ahorrarles mis complicaciones sentimentales, siempre he procurado no hacerlos partícipes de mi vida íntima. Lo cual me ha arrastrado a contar cada vez más mentiras y a tener una vida llena de complicaciones que me agotaban física y anímicamente. Aunque no lo parezca, por lo general no me gusta mentir; pero hacer trampas me resulta insoportable cuando —al margen de tu voluntad— tienen que ver contigo.

Ya en París, toda esa faceta nebulosa que ocultaba algo tan auténtico como «nosotros» me atormentaba, y aquí esa sensación ha ido a más.

Ayer decidí agarrar el toro por los cuernos y, sin más esperas, di pie a que mi padre y yo tuviéramos una conversación sobre el tema. Nos dijimos palabras que podían no parecer claras, pero nos entendimos perfectamente. Entre los dos ha quedado claro que tú y yo nos queremos. Ha quedado claro que no quiero seguir mintiéndole, pero que tampoco puedo contárselo todo,

siendo él un hombre y yo, una mujer. Ha quedado claro que todo esto le parece una locura pero que sabe de sobra que no puede hacer nada para evitarlo y que, aunque pudiera interrumpirlo todo, no sabe si lo haría. Lo hemos aclarado todo y, solo de pensarlo, se me quita un gran peso del corazón y de la conciencia. No me encontraba a gusto y ahora ya me siento como más ligera, más libre, más pura.

Creo que, en lo sucesivo, contigo, fingirá que no está al tanto de nada; solo dejará que hablen sus miradas cómplices, quizá; en fin, no lo sé, pero me da un poco de miedo la actitud que tome. ¡Es muy raro! Porque, así y todo, ¡lo noto más feliz y más compenetrado conmigo desde ayer!

Cariño mío, amor mío, ¡qué no haría yo por ti! ¡Si supieras cuánta confianza, verdad, rectitud y valentía me infundes! ¡Dios mío, se me va a quedar corta la vida para amarte bien!

Estoy triste. Ni una carta desde el sábado. Ojalá mañana. Te beso con todo el corazón, con toda el alma, con todo. Maria.

25 de agosto [de 1948]

¡Hoy he recibido mi ración de felicidad! (qué expresión tan fea, pero qué atinada). Me ha llegado la carta en la que contestas a las mías.

1) Me encanta que el texto español te haya resultado aceptable. Debo decir que me ha gustado la traducción.

2) Tu opinión sobre P[aul] Raffi me parece acertada y creo que aún te quiero más —si cabe— después de lo que me dices de él. Adoro tu alma. Me hincaría de rodillas ante ti si me dejaras.

3) Sí; mándame las modificaciones de mi papel para que pueda prepararlo bien antes de las fechas fatídicas. Haces muy bien en escribir a Hébertot. En cierto modo, me alegro mucho de que no te sientas

«inspirado». Es mejor que *La soga* (título provisional, pero bonito) se estrene en la siguiente temporada.

6) [*sic*] Antes de marcharte de Isle-sur-Sorgue, llámame por teléfono al 9 de Giverny (Eure). Como te he dicho antes, si hace muy bueno puede que me quede aquí hasta el 15. Si no, volveré a París el 10.

Gracias por darme permiso para acomodar nuestro reino. Desde hoy, ¡oh, caíd mío!, estoy encadenada en cuerpo y alma, y soy vuestra esclava.

7) ¡Qué de acuerdo estoy con lo que dejas para el final y no puedes decirme!

Tengo que irme, amor mío. Voy a buscar a Pitou al coche de línea. Hasta mañana. Te quiero.

27 de agosto [de 1948]

Mi amor precioso y adorado, qué oportuna ha sido tu última carta. Precisamente llevaba algunos días pensando en nuestra vida; me planteaba preguntas sobre ti y comprobaba cuánto de ti me resulta aún desconocido, cuando no ajeno: tu trabajo, tus aspiraciones, tus anhelos, tus sueños. Hasta ahora hemos devorado los días y el amor que nos traía cada hora, y no nos ha dado tiempo a mirarnos, a vernos, a buscarnos. Me he sorprendido deseando conocerte como si fuera otro tú y, en la medida de lo posible, ayudarte. Hace tiempo tenía ganas de regañarte, a menudo, cuando veía que te volcabas demasiado y perdías gran parte de ti en penalidades inútiles y fastidiosas, pero que son más o menos inevitables en París. No me atrevía a hacerlo. Me daba miedo desagradarte, violentarte y me lo callé. Luego… todo llegó y sucedió demasiado rápido.

Pensando en todas esas cosas, me he agobiado un poco. ¿¡Me

considerabas digna, en nuestro porvenir, de conocer y compartir tus alegrías y tus penas, tus ambiciones y tus desencantos, tus sueños de hombre solo, en definitiva, tus secretos!?

Y hete aquí que recibo la carta en la que me hablas de tu trabajo… ¡Ay, cariño mío, amor mío querido, nada, no podías hacer nada que me reconfortase tanto el corazón! ¡Cuánto te quiero! ¡Cómo me intuyes!

No, «tus pensamientos de por las noches» no eran excesivos. Ojalá los tuvieras de la mañana a la noche y, al día siguiente, te despertases con una sed nueva y una vida multiplicada.

Sé que necesitarías al menos dos vidas para llevar a cabo todo lo que tienes que hacer y precisamente por eso me gustaría que contuvieras la única que se te ha concedido y no la dispersaras ni siquiera para ayudar a vivir a personas que, en cambio, tienen demasiados años de existencia que nunca sabrán llenar.

En fin, ya hablaremos largo y tendido de todo esto. Dos mío, y pensar que pronto podré escucharte por primera vez, porque, en realidad, todavía no has hablado nunca conmigo… ¡Ay, me dan vahídos!

Al principio, las vacaciones transcurrieron con mucha tranquilidad, pero a medida que se acerca el final, se me va acabando la paciencia y me parece que no puedo esperar más. Me pasa como a los caballos que vuelven al establo. (Curiosa comparación).

Te quiero. Te espero. No me separo de ti ni una hora. Vivo en ti, por ti, para ti. Te quiero. Te beso.

Maria Victoria

Sábado, 28 de agosto [de 1948]

Pensaba que tu carta me iba a llegar ayer. Pero debí de echar mal la cuenta. El cartero vino, pero sin ti. Quería escribirte inmediatamente, pero me había puesto de un humor tan hosco que preferí no hacerlo. Me decía que tu carta me llegaría hoy y que te contestaría en plena alegría. El cartero ha venido: otra vez nada. Es una tremenda decepción. Por mucho que me digo que total, día más, día menos, ya te leeré el lunes… no hay manera. Para colmo de desdichas, he estado hasta ahora como una rosa y hoy tengo fiebre y no sé por qué.

¡Lo mal que empieza esta carta! La verdad es que ya no soporto esta separación. Cuando me encuentro bien, trabajo, lleno los días y acaban por pasar. Pero hoy no estoy haciendo nada y ando perdiendo el tiempo, entregado a ti y a mil pensamientos.

Estoy cansado y tengo miedo de seguir en el mismo plan. Estas líneas son solo para decirte el color del día de hoy y el de mis pensamientos. Hace un calor bochornoso. Es un día para el silencio, los cuerpos desnudos, las habitaciones en penumbra y la holganza. Mi pensamiento tiene el color de tu pelo.

El lunes, y luego unos pocos días más, y tendrá el color de tus ojos. Oye, ciérralos hasta ese día, te lo ruego. Te envío todo mi amor.

A.

Lunes. Dos días enfermo. Un insecto desconocido me había picado. He tenido una anafilaxia. Bonito nombre para decir que me daban cada hora ataques de sudor y escalofríos. Hoy ya no queda nada, el tiempo es espléndido y sobre todo, sobre todo, estoy prácticamente seguro de que me

llegará carta tuya dentro de una hora. ¡Y además solo quedan ya diez días! Querida, ¿sientes lo que eso quiere decir?

37 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 30 de agosto [de 1948]

¡Alegría de tu carta, alegría de recuperarte inalterada! Gracias, niña mía. Durante todos estos días de silencio se acumulan las dudas a mi pesar y acabo por atormentarme a lo bobo. Pero una frase tuya, el sonido de tu voz que me imagino detrás, tú, viva por fin, y llega la paz.

Yo también reboso de salud y de fuerzas acumuladas. Vamos a vivir por fin, lo que se llama vivir: amar, crear, arder al fin juntos. Sí, estoy cada vez más impaciente y más nervioso. Soy todavía alguien que lleva nadando a contracorriente desde hace mucho y que espera volver a dar con el flujo de esas aguas que notará que lo arrastran, en las que recuperará la respiración y los músculos descansados. Espero la marea.

Me alegro de que hayas decidido hablar con tu padre. Ya supongo lo que eso habrá supuesto para él, y lo que menos querría yo sería herirlo o apenarlo. Pero, puesto que existimos, puesto que hemos decidido, con completa lucidez, vivir este amor, lo último que habría que hacer sería engañarle. Soy incapaz de hacerlo. Lo respeto y lo estimo demasiado y me sentiría incómodo con él en una mentira. Estoy seguro, por lo demás, de que si le hablase desde lo hondo del corazón muchas cosas le parecerían más aceptables. Pero me has dicho que no había que hacerlo y tú le conoces mejor que yo. Actuaré en este punto como a ti te parezca y callaré. Pero me alivia la idea de que lo sepa. A lo mejor con el paso del tiempo entiende que

no quiero para ti nada que él no desee. Somos dos los que te queremos más que a nosotros mismos. Lo demostré al renunciar a ti hace mucho. Pero ahora sé que lo demuestro aún más yendo hasta el cabo de este amor. De todas formas, te quiero demasiado para no aceptarlo todo de él. Y solo me verá si desea verme.

Te mandaré mañana las modificaciones de *La Inquisición*[64] (es el título con el que voy a quedarme). Necesito repasarlas y marcarte los sitios en que se intercalan los pasajes nuevos. ¡Voy a volver a escucharte! Voy a oírme por tu boca, como en otros tiempos. No he pasado nunca delante de Les Mathurins en estos dos últimos años sin que se me oprimiera el corazón. He conocido ahí las alegrías más intensas y más puras que pueda recibir un hombre. Por eso nunca dejé, incluso cuando más te aborrecía, de sentir por ti un agradecimiento infinito.

Me he bañado mucho esta temporada. Desgraciadamente ya no puedo nadar. Pero ahora me lo he tomado con resignación, mientras que hasta no hace mucho me ponía furioso. A lo mejor con entrenamiento… Deberíamos ir a nadar a la piscina este invierno.

Sí, vamos a tomarnos tiempo, a mirarnos, a buscarnos, a entendernos. Pero estarán los demás momentos, ¿verdad?, la corriente, la lluvia de felicidad, la quemazón… La noche es suave, chorrea estrellas hoy. ¡Buenas noches, cariño! Otras diez noches como esta y habrá terminado el destierro. Te beso con diez noches de adelanto, con todo el corazón.

A.

Recibirás esta carta alrededor del 2. Escríbeme alrededor del 3 o el 4. Me llegará tu carta (¡la última!) hacia el 6 o el 7. Sobre todo no dejes de hacerlo. Diez días, sí, son cosa del otro mundo.

Martes [31 de agosto de 1948]

No pude echar esta carta ayer (pinchazo de una rueda). Aprovecho para añadir un par de líneas. No te voy a mandar las modificaciones. Tardaría mucho en explicarte el sitio en que van intercaladas y las supresiones que hay que hacer en lo demás. Dentro de diez días más o menos, podré decírtelo en persona con detalle y aún te quedarán quince días para meterte el texto nuevo en la cabeza. De aquí a entonces no te preocupes: el tenor del papel no ha cambiado nada y puedes trabajar en él tal y como está.

Tengo que echar esta carta. Recíbela con toda mi esperanza y todo mi amor.

A.

38 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

3 de septiembre de 1948

Hace mucho que no te escribo, cariño mío. Lo cierto es que ya no sé qué escribirte; todo lo que hay dentro de mí, para ti, ahora tengo que decírtelo, que gritártelo. El momento de reencontrarnos está demasiado cerca para permitirme seguir viviendo con mentalidad de separación, y los días, aunque me parecen más interminables que nunca, me traen, uno tras otro, una idea tan nítida de que nos vamos a reunir sin demora que al día siguiente me quedo sorprendidísima de no tenerte delante. La existencia metódica que me había forjado ya no es más que una máquina estropeada y tú aún no estás aquí para devolverme a mi ser. En esta especie de caos pequeñito, no tengo más que un solo empeño: que corra el tiempo.

Ya no leo: ya no puedo leer.

Ya no paseo: tengo la sensación de que podría suceder algo en el hotel durante mi ausencia.

Pienso en ti, en nosotros, en los días que están por llegar, espero el correo, imagino, organizo y todas las noches, al acostarme, me digo: «¡Cómo! ¿¡Todavía no estamos a día 10!?».

Menos mal que me he enterado de tu breve enfermedad cuando ya estabas mejor; por cierto, que yo he tenido el privilegio de sufrir un buen corte de digestión (motivos: sol y agua fría después de comer) al mismo tiempo que a ti te daba la anafilaxia; pero ya te lo contaré después.

Pitou está aquí y, por suerte, me agota físicamente de tanto empeñarse en que juegue al tenis, en imponerme algunas caminatas y en obligarme a ir a Vernon de vez en cuando.

Mi padre se encuentra mejor estos días. Hemos vuelto a hablar de ti, pero te lo contaré de viva voz.

Ahora, dime si prefieres que nos encontremos en París o si prefieres venir a buscarnos; dímelo lo antes posible para así poder disponerlo todo en consecuencia. Aquí hace un tiempo inestable, tirando a malo, así que da lo mismo volver el día 10 o el 15.

Ay, cariño mío, voy a dejarlo ya. Todo aquello de lo que me gustaría hablar, prefiero esperarte y decírtelo cuando estés aquí. Estas líneas son solo para que sepas cómo deseo que llegues, con cuánta intensidad deseo que llegues, cómo te quiero, cómo vivo solo para ti. No te separes de mí hasta que llegues. Llévame muy dentro de ti y ven pronto. Te quiero.

Maria

En cualquier caso, no te olvides de llamarme por teléfono durante el viaje o

cuando llegues a París. Siempre estoy en el hotel a la hora de cenar (de ocho a diez) o a la hora de comer (de una a dos, menos si voy a Pressagny).

Me gustaría que cuando nos reunamos de nuevo no haya nadie delante, al menos durante la primera media hora.

39 — Albert Camus a María Casares

Sábado 4 [de septiembre de 1948]

Ni ayer ni anteayer he podido escribirte, niña mía. La casa ha estado llena de gente. Anteayer, Char y unos amigos. Ayer, Grenier[65] (ya sabes, mi profesor y mi maestro), que ha llegado de Egipto con su familia. Me daba vueltas la cabeza. De propina, la lluvia lleva cuarenta y ocho horas cayendo a cántaros y sigue sin parar, tiene inundada toda la zona y complica la vida material. He estado continuamente haciendo de taxista estos dos días. Y además había perdido la costumbre de la gente, me había acostumbrado a este cara a cara contigo, tan dulce, tan hondo, y me notaba incómodo, cansado, desorientado. Hoy ha vuelto la tranquilidad. Pero voy a pasar parte del día con Grenier. El cielo parece rebosante de lluvia para más y más días. Pero ¡el viernes me voy!

Sin embargo, estos dos días me he pasado más o menos todo el tiempo pensando en ti. El miércoles por la noche fue la última vez que hizo muy bueno. Estábamos paseando Char y yo por la montaña de Vaucluse, a la que habíamos subido, después de oscurecer, en coche. La Vía Láctea se hundía en el valle y se juntaba con el vaho luminoso que subía desde los pueblos. No se sabía ya qué era estrella y qué luz de los hombres. Había pueblos en el cielo y constelaciones en la montaña. La noche era tan hermosa, tan

ancha, tan perfumada que se notaba uno un corazón tan grande como el mundo. Y sin embargo tú llenabas ese corazón. Y nunca he pensado en ti con tanta entrega y tanta alegría.

Si hace en el norte el mismo tiempo que aquí, dudo mucho que te quedes más allá del 10. Por lo demás, me he enterado por una carta de Michel (aunque yo no le he preguntado nada) de que no habrá habitaciones libres antes del 15. ¿Qué se puede hacer? De todas formas, te llamaré por teléfono el 8 o el 9 antes de salir. Y eso que me horroriza el teléfono y pensar en reunirme contigo de entrada a través de ese aparato me fastidia.

Voy a volver con la obra solo a medias. Cosa que me contraría. Pero, no sé por qué, cuento contigo para que me des un empujón y me ayudes. Esperar, eso es cuanto hago, o casi.

Hablando de frivolidades, se me está yendo el moreno a ojos vistas. Así que no tendrás que tenerme envidia. Estaremos del color del tiempo. Pienso en París, en el otoño, en nosotros en definitiva. Esta larga separación va a concluir. No me arrepiento de ella. Nos hemos escrito y me parece que así hemos avanzado en nuestro conocimiento mutuo. Hemos dejado reposar las lavas y el hervidero de este mes de julio. Vemos las cosas más claras. Para mí, lo que sale de todo eso es un amor acrecentado, mejor templado, más paciente y más generoso. Te quiero y tengo confianza en ti. Ahora viviremos.

Hasta pronto, Maria. Hasta pronto, mi niña. Te doy un beso muy largo.

A.

6 de septiembre [de 1948]

Garnier se fue anteayer, Bloch-Michel[66] y su mujer llegaron ayer. Está visto que estos últimos días están siendo movidos. Sobre todo, aunque los quiero mucho a todos, tanto lío me impide estar a solas contigo. Te paseo por entre este barullo, pienso en el día del regreso, que ahora se acerca rápidamente. Sigo esperando, pero esta vez espero tu última carta, que he calculado que me llegará mañana o pasado. No ha dejado de llover, en plan tormenta, durante tres días. Ayer el tiempo estaba tristón. Hoy, sol y nubes. Por desgracia, ya no estoy nada moreno: no titubearás y me recibirás muy erguida. Pero también te quiero así, erguida y orgullosa.

Por culpa de esas visitas puede decirse que no he trabajado nada. Tendré que hacerlo a la vuelta. Pero pienso en ello con alegría. Tú eres lo único en mi vida que no contradice mi trabajo y que, antes bien, me ayuda. ¿Qué es de tu vida y cómo estás? Hace mucho que no te leo y esa estúpida inquietud mía está empezando a volver de nuevo. En cuanto reciba tu carta, recobraré la respiración. Supongo también que me dirás en ella lo que hayas decidido. Y te enviaré acto seguido unas líneas (¡las últimas!) para decirte exactamente qué voy a hacer.

Esta es pues mi antepenúltima carta. Te dice mi confianza y mi amor, la alegría que me ha dado esperarte, reforzar la necesidad que tengo de ti, la esperanza que tengo de ayudarte como lo deseas, el deseo también, y la ternura y la entrega de todo mi ser. Sé feliz y guapa, tranquila, sosiégate por una temporada. Habrá aún sombras y tormentas. Pero el fondo, la roca dura y resplandeciente, ahora están asegurados. ¡Qué felicidad, qué orgullo, qué valor proporciona, niña mía! Besos, ahora más cerca que nunca…

A.

41 — Albert Camus a María Casares

7 de septiembre [de 1948]

Recibí ayer tu carta, niña mía. Entiendo que no te quede ya nada por decir: el desenlace está demasiado cerca. Así que voy a imitarte. Estas últimas líneas son para decirte cosas concretas. La mejor forma de reunirnos era París. Pero, por otra parte, puedo evitaros a ti y a tu padre un viaje cansado. Así que esto es lo que voy a hacer. Salgo el viernes por la mañana muy temprano. Espero estar ya por la noche en París. A mediodía te habré llamado por teléfono. Te llamaré cuando llegue o el sábado por la mañana si he llegado demasiado tarde. Iré a Giverny el sábado. Me detendré en Pressagny, desde donde te llamaré por teléfono, y saldrás a la carretera, a mi encuentro. ¿Te parece bien? Creo que así se concilia todo. Volveremos ese mismo día, por supuesto.

Si estás de acuerdo, ya solo te queda esperar. Si hay un cambio o si decides otra cosa, díselo a Michel. Le llamaré por teléfono el jueves a las doce del mediodía y me dirá rápidamente lo que haya. Si no me dice nada, es que le das el visto bueno a este pequeño plan.

Eso es todo. Ahora se acabó. Tengo el corazón muy lleno, a punto de estallar. Pero me noto mudo como una tumba. Si abriera la boca, saldría todo como un surtidor. Un leve beso… Espero al sábado.

A.

42 — Albert Camus a María Casares[67]

[27 de octubre de 1948]

Este es el ramo de los gritos. Así que es tu autor quien lo envía, y además no a ti, sino a la antorcha, a las llamas negras, al rostro resplandeciente, a Victoria en fin, a quien puedo decir al menos que la admiro y que la quiero, respetuosamente…

AC

43 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Navidad [de 1948]

Te has ido, amor mío, dejándome totalmente llena, totalmente cubierta, totalmente enroscada en torno a ti. ¡Con lo asustada que me tenía este encuentro navideño!

Y ahora, mañana te marcharás lejos, lejos y yo te estaré notando aún tibio a mi lado, a donde quiera que vaya.

No te quiero «universalmente», pero no entiendo cómo esta felicidad que tu constante presencia dentro de mí me despierta en el corazón no basta para hacerme feliz y hay ratos en que me echo en cara el querer aún más.

Pero ¡qué le voy a hacer! Cuando estoy en casa, al lado de la chimenea, como lo estoy ahora mismo, ¿cómo no voy a notar la exigencia de que estés conmigo para mirar el fuego juntos? Cuando estoy leyendo a Tolstói y descubro en cada página todo un mundo de embelesos, ¿cómo voy a prescindir de ti en carne y hueso para compartirlos contigo? Cuando salgo y en la calle u otro lugar algo me llama la atención, me entristece o me hace gracia, ¿cómo no buscar tu mirada? Cuando me meto en la cama, ¿cómo no notar que no estás aquí? Cuando me hablan, ¿cómo no pensar en tus labios?

Cuando me miran, en tus ojos. ¿Y en tu nariz, tus manos, tu frente, tus brazos, tus piernas, tu silueta, tus tics, tu sonrisa?

¡Ay, que me sulfuro! Pero no es para menos. ¡He encontrado el Embeleso y solo me lo conceden pidiendo permiso y con hora fija! ¡Cómo no voy a rebelarme!

Quiero que estés en todas partes, en todo y por entero, y siempre lo querré. Sí, siempre, y que no me venga nadie con eso de «si…» o de «quizá…» o de «con tal de que…». Quiero tenerte, lo sé, es una necesidad y dedicaré todo mi corazón, toda mi alma, toda mi voluntad y hasta toda mi crueldad, si hiciera falta, a tenerte.

Si no estás de acuerdo, si quieres que te deje en paz, si tienes miedo, dímelo cuando vuelvas y échate a un lado.

Si no, llegaré hasta el final. Puede que pierda el amor en el intento. ¡Pues qué se le va a hacer! Correré el riesgo. Puede que la vida que me estoy preparando esté hecha solo de angustias y penas. ¡Qué se le va a hacer!

Tú elige ahora. Aún estás a tiempo y dime lo que hayas elegido. No te pido más. Lo demás es cosa mía.

No queda muy claro, ¿verdad?… Pero siento que hay en esto algo auténtico. Hasta ahora no he hecho nada para cambiar nuestra vida, ni se me había ocurrido. El mero hecho de tomar ciertas decisiones que solo me incumben a mí puede modificar, créeme, muchas cosas.

¿Y bien?

Me siento fuerte gracias al amor que te tengo y capaz de vencer cualquier obstáculo. Ha llegado el momento de escoger entre esto y todos esos buenos sentimientos de compasión y de generosidad a los que he sucumbido siempre. La debilidad tiene una fuerza tremenda y no sé por qué iba a considerarme digna del derecho a medir con ella la fuerza de mi amor que es quizá más atrayente, pero por eso mismo está más vedado. Alguien tiene

que salir perdiendo y en ese caso sé que se elige al que también le hace perder a uno. Es una forma de sentirse menos culpable. Por eso nunca voy a pedirte nada.

Yo, personalmente, no puedo vivir una vida de sacrificio; es un honor, una dicha, una luz que no me han sido concedidas (el hada no estaba invitada). Es algo que me reseca y me mata. Tengo que actuar para vencer o perder.

Domingo por la noche [26 de diciembre de 1948]

Ay, cariño mío, qué carga tan maravillosamente pesada ha sido este tiempo, desde que te fuiste. Pesada, plena, sorprendente.

Te quiero y lo descubro poco a poco, minuto a minuto, con prolongado pasmo. Ni te lo imaginas; como si fuera una chiquilla. Enamorada perdida. La felicidad, amor mío, he aquí la felicidad, que ha aparecido, no se sabe cómo, como por gracia divina, como por milagro. Desde hace poco, ¿sabes? Y no me preguntes por qué ni cómo. No lo sé. Sé que está aquí contigo, que me rodea y me llena, en este hueco donde has dejado toda tu tibieza.

Ya no importa nada entre tú y yo; ni nada ni nadie en el mundo, y si tú vives y yo vivo, seremos nosotros por siempre jamás, a pesar del tiempo y de la distancia, y de las ideas y de los demás, y de la buena salud y de la mala.

Si tú vives… Ay, amor mío, anoche se me ocurrió que podías morirte y te juro que, por un momento, dejé de ser. Eso era a lo que aspiraba y eso era lo que me resultaba difícil alcanzar.

Ha sucedido de buenas a primeras, porque sí, y así sigue, desde hace varias horas.

Rezo, ¡pues claro!, rezo por ti con todas mis fuerzas con toda mi alma

por nosotros y por que siga siempre aquí, dentro de mí.

No debería contarte todo esto. Seguramente, ahora mismo, te estoy aburriendo, pero ¿lo entiendes? Era preciso que lo supieras y que te lo dijera enseguida, por si desaparecía.

Aunque te distraiga la desdicha, en esa misma desdicha, abrázame fuerte, muy fuerte, y no dejes de estrecharme contra ti.

Soy feliz, amor mío, gracias a ti. Llevaba tanto tiempo esperándote… Te quiero, te quiero, te quiero.

M.

¿Y bien?

44 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 10 de la noche [26 de diciembre de 1948]

Mal día. He llegado esta mañana sin haber podido dormir. El avión avanzaba entre las estrellas, despacio. Por encima de las Baleares, era la mar la que estaba llena de constelaciones. Pensaba en ti. Y, todo el día, en una clínica, una anciana que no sabía ya en qué punto estaba, próxima a la muerte.[68] Menos mal que estaba mi madre, que se evade de todo por la bondad y la indiferencia (de ella fue de quien aprendí que estas casan muy bien juntas). Esta noche quise caminar por la ciudad, vacía como siempre después de las nueve. Y luego la lluvia de aquí, violenta y breve. En la ciudad desierta, me daba la impresión de estar en los confines del mundo. Y eso que es mi ciudad. Al volver a mi habitación (estoy en un hotel) tuve la curiosa impresión de que iba a encontrarte allí y que por fin iba a empezar algo inmenso. Pero la habitación estaba vacía y me he puesto a escribirte.

No me has dejado desde ayer, nunca te he querido con tanta violencia, en el cielo de la noche, en la madrugada, en el aeródromo, en esta ciudad donde ahora soy un forastero, en la lluvia del puerto… Perderte es perderme también, esa es la respuesta que quería decirte a voces puesto que me lo has pedido.

Pero hay que dormir, me estoy cayendo de sueño. Pero, al menos, mandarte el pensamiento de un día lleno de ti. Voy a quedarme aquí hasta la próxima operación, dentro de unos diez días. Escríbeme, no me dejes solo. Me perseguían malos pensamientos, un presentimiento, a ratos estaba desanimado. ¡Ah, niña mía, cuánto te necesito! Pero había también una prolongada dulzura en llevarte así, como también hay otra esta noche en morirme de sueño y de ternura. Te doy, amor mío, un beso muy largo, dejándote respirar, claro.

45 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 10 de la mañana [27 de diciembre de 1948]

Prefiero no releer lo que te escribí ayer, atontado de sueño y melancólico como las calles de Argel bajo la lluvia. Esta mañana, el sol entra a raudales en mi cuarto. He dormido diez horas, sin soñar nada, como se duerme después del amor. Y hace un día espléndido sobre la ciudad. Argel es la ciudad de las mañanas, se me había olvidado.

Hoy voy a comer a casa de mi madre, en el suburbio donde pasé toda mi juventud.[69]¿Qué tal tu almuerzo de ayer? Daría una mano entera (estoy exagerando) por pasear esta mañana contigo por delante de la mar y por enseñarte a amar lo que amo, maldita hija de los vientos. Anda, me da el sol

en el papel y escribo estas líneas en el centro de un charco de oro. (Ayer encontré en un libro esta definición del sol: el feroz ojo de oro de la eternidad. Pero la razón la tiene Rimbaud, la eternidad es la mar mezclada con el sol.[70]Ya ves, las mañanas de Argel me ponen lírico).

Escribo cada vez peor y con unas letras cada vez más pequeñas. Esto debe de querer decir algo. Sin embargo me noto una fuerza cada vez mayor, un corazón recién estrenado, el más hermoso amor. Espero con paciencia. Esta noche opinaré de otra manera seguramente. Mientras tanto, tengo la confianza más robusta y la más obstinada. Era Gustave Doré el que decía que, en lo referido a un arte, tenía una paciencia de buey.[71] Esta mañana soy un buey para el amor (en fin, no del todo…).

¿Me has escrito al menos? Por paciente que sea, me saca de quicio pensar en estas horas y estos días perdidos. No recuerdo sin que se me encoja el corazón nuestras veladas delante del fuego. No sabrás espabilarlo si yo falto, eso está cantado. Inténtalo de todos modos y, por lo menos, atiéndelo. El tipo de Vestal te pega mucho. Dentro de una semana, iré a raptarte. Dentro de una semana… ya tengo menos paciencia. Escríbeme largo y tendido, manda algo de ti a esta ciudad que te espera, sigue vuelta hacia mí, quiéreme como el 24 a medianoche y, si te encuentras deprimida, perdóname por estar tan vivo esta mañana. Pero el sol y tú…

Te beso, amor mío, con todas mis fuerzas.

AC

46 — Albert Camus a María Casares

Martes [28 de diciembre de 1948]

Solo unas líneas, querida mía, para que no acabe este día sin haberte escrito. Es tarde y estoy curiosamente cansado, más bien desgastado por todo un día encontrándome con recuerdos: el barrio donde me crie, parientes olvidados, un amigo de la infancia con quien acabo de cenar. Definitivamente, voy a volver lo menos posible a Argel. En cierto sentido es estupendo, podrás llevarme a tu Bretaña prenatal.[72] Afortunadamente, está mi madre y daría lo que fuese por que la conocieras. Hoy, durante la comida, no se me iba tu nombre de los labios. Tenía ganas de hablarle de ti, de nosotros. Lo que me ha contenido ha sido la idea de dejarla en paz, de no alterar ese corazón tan puro y tan bueno. Y, sin embargo, habría notado algo así como una liberación al contarle mi alegría y mi pena. Es la única persona a quien me apetece revelarle algo de este profundo amor que es hoy toda mi vida. No estoy seguro de que lo entendiera. Pero estoy seguro de que me entenderá, porque me quiere. No dudo en decirte estas cosas, aunque sepa que despertarán lo que te duele por dentro. Pero son ciertas y no puedo ocultártelas. Te dirán también por qué entiendo esa parte de ti acerca de la que callas. Mejor que podamos compartir un dolor, tu pena es la mía, amor mío.

Hace un día admirable, pero no tengo más deseo que el de irme, de escapar de aquí y de volver a verte por fin. No he dejado de pensar en ti, me acompañas incluso cuando no quieres. Tengo tu foto en mi habitación y me enternezco a intervalos regulares. Fuera, todo me recuerda nuestra vida y también pierdo la paciencia regularmente.

Esperaba una carta tuya. Pero es demasiado pronto y mi pequeña decepción de esta noche al ver mi casillero vacío es más bien una estupidez. Me queda imaginarte, que es lo que intento hacer. De forma muy pura, por lo demás. A quien deja la carne un mes, la carne lo deja seis meses. Es muy cierto. Pero lo que me asusta es el séptimo mes.

¡Tú! Cómo te espero. Sube el nivel del agua en mi corazón. Buenas noches, amor mío.

Miércoles por la mañana [29 de diciembre de 1948]

Una carta tuya. Eres maravillosa por haber escrito tan pronto y por escribirme lo que me escribes. Como siempre, me preocupo cuando me das una alegría demasiado grande. Me dices que no pregunte el porqué ni el cómo. Pero naturalmente es el porqué y el cómo lo que me apetece preguntar. Ya ves, soy un imbécil incorregible. Pero eso no me impide paladear en lo hondo de mí una felicidad inmensa, semejante a la tuya. Niña mía, dime también lo que significa todo eso. Si se trata de una de esas cumbres a las que llegamos a veces, o si es algo que vaya a durar. Los días aquí avanzan a rastras y solo están vivos por ti y por la espera en que estoy. Necesito que me hables con entrega. Hemos llegado a un punto en que nada puede separarnos, en que por fin consentimos el uno en el otro. Siempre he deseado, y de forma violenta, entregarme a ti con mis defectos y mis virtudes, del todo.

Ahora eres la única persona a quien pueda y quiera abrir del todo el corazón. Cada gesto, cada grito que vengan de ti me aportan así una alegría casi dolorosa: me parece entonces que tú también te me entregas.

Escribe, amor mío. Háblame como si estuviéramos labio con labio. Te espero y te quiero.

AC

Martes, no jueves 30 [de diciembre de 1948]

Ya no sé ni cómo vivo.

He recibido tu primera carta. ¡Me quieres! Eso seguro, porque si no me quisieras no te preocuparía si me quedo abatida o entusiasmada al leer tus cartas. Así que, estando segura de que me quieres, ¿¡qué más puedo desear!?

Pues bien, no sufras. Tengo el estado de ánimo que hace falta para reírme a gusto sintiendo tu vitalidad, que Argel parece llevar hasta el extremo. Tengo el estado de ánimo para quererte tanto y tan bien que todo lo que venga de ti lo recibiré tal y como lo has dado.

Soy feliz, aunque durante estos días y estas largas noches en las que no consigo dormirme le dé muchas vueltas a la cabeza y no siempre para bien. De hecho, es ahí donde paladeo esta nueva felicidad, exenta de locura y de ofuscación; es ahí donde veo que es auténtica, porque en este momento nada puede producirme una embriaguez pasajera. No, aquí está, seria, clarividente y firme, haciéndome temblar de asombro, de miedo, de esperanza. Me causa una cálida turbación y me siento mujer… ¡tu mujer!

¿Qué tal estás? ¿Qué tal va esa estancia tan mala? ¿Qué cariz está tomando? ¿Estás apenado?

¿Y cuándo vuelves conmigo? ¡Qué largo y qué duro resulta esto! ¿Por qué estos días sin ti se me están haciendo más largos que los que pasé en Giverny y por qué, vamos a ver, una carencia se las ingenia para hacerme feliz? ¿¡Por qué, al marcharte, me has dejado una vida que rebulle dentro de mí, como si estuviera embarazada de un hijo del que me sintiera orgullosísima!? ¿Por qué ha pasado todo esto de repente y no antes o después, o nunca?

¿Un milagro? ¿La gracia divina?

He soñado (perdona). He soñado conmigo arrodillada y que, en lo más alto del altar de mi fe, hablaba tu voz. Tú, de quien nunca dudaré.

Y eso que lo tenemos todo en contra, todo, lo sé más que nunca y por muchas vueltas y revueltas que le dé al problema, no logro encontrar ninguna solución. Y así, una y otra vez, paso los días y las noches, desde que te has ido.

¡Ay, vuelve pronto y estando al fondo de tu regazo, ahora que tengo esta confianza ilimitada en ti, en mí, en nosotros, quizá me enseñes a confiar en la vida!

Entonces, todo irá rodado… Y te meteré de lleno en el viento, en el azote de la lluvia, los rosetones de las olas, el olor de las algas, y haré que comprendas, «maldito lacustre curtido por el sol», haré que comprendas y ames ese movimiento infinito, empapado de agua y sal, donde el instante es tan fugitivo e inaccesible que solo se puede vivir en pasado.

Te quiero. Escríbeme. Sin decirle por qué, dale un beso a tu madre de mi parte.

Te quiero, vuelve conmigo lo antes posible y estate tranquilo, sosegado. Estoy muy cerca, muy cerca de ti, pegada a ti. Formal. Seria. Temblorosa y… ¡tibia! Tibia también, puedo decírtelo ya que eres un buey.

Buenas noches.

M.

48 — Albert Camus a María Casares[73]

[31 de diciembre de 1948]

FELIZ AÑO ESTOY CONTIGO, ALBERT

49 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 10 de la mañana [31 de diciembre de 1948]

Acabo de recibir tu telegrama, niña mía. Yo también deseo que esto no tenga fin. Y este año empieza en la felicidad y la hermosura, porque nunca me has dado tanto. Aunque siempre haya una inquietud en el fondo de mis mayores alegrías también es muy cierto que esta vez cedo y me entrego a ti pensando solo en esta felicidad que hay ahora entre nosotros. ¡Será posible que podamos por fin apoyarnos el uno en la otra de verdad! Me parece que entonces no tendrían ya límite mis fuerzas. Y, para todo lo que quiero hacer, necesito fuerza ilimitada.

Todo esto, que me tiene embelesado, me parece sin embargo natural, pensándolo bien. Eres lo más interno que tengo, es a ti a quien me remito y, con todo lo que nos diferencia, somos los dos tan parecidos, tan fraternales y tan cómplices (en el buen sentido de la palabra) que ni siquiera los excesos del apasionamiento o de la furia consiguen alterar un amor más resistente que nosotros. Había, sencillamente, que reconocerlo. Y hay que seguir sabiéndolo. Ocurra lo que ocurra, estará este lago, tan hondo que nada conseguirá nunca enturbiarlo de verdad.

Te digo todo esto muy mal dicho porque aquí estoy desorientado, curiosamente inepto, incapaz de hacer nada. Creo que te necesito. Ni siquiera soy ya capaz de escribirte. Sueño con frecuencia, sueño sobre todo contigo, a mi lado, y con un tiempo en que no tengamos ya que hablar de este amor. Sí, querría no volver a hablar de él y que se convirtiera en algo tan interno en nuestra vida, tan mezclado con nuestra respiración… amar igual que se respira, eso es. Y vivir y luchar juntos con certidumbre. Cariño,

cuánto te agradezco lo que me das y cómo me gustaría dilatar y fortificar esa felicidad que me dices que sientes.

Pero lo dejo aquí. ¡Felices años, amor mío! Años juntos, y que no me muera lejos de ti… Tengo unas ganas tontas de llorar, pero es porque la vida me rebosa. Te estrecho contra mí, largo y tendido.

Albert

1949

Sábado por la noche [1 de enero de 1949]

Aquí estoy, «consintiente» y hablándote «labio con labio».

Lo malo (me entra la risa de tanta felicidad) es que es demasiado, y demasiado denso, y demasiado confuso. Pero no temas: todas estas cosas que se me agolpan antiguas y nuevas a la vez, se enredan y se confunden, noto que están henchidas de jugo, llenas de savia y no puedo imaginarme que pudieran desaparecer de golpe.

Ay, yo también tengo miedo, un miedo tremendo, y si me vieras, encogida, guardando, ocultando incluso este nuevo tesoro que acabo de descubrir, creo que percibirías mi repentina inmensidad y estarías menos asustado.

De hecho, al parecer se me nota. Pero tengo miedo —no sé por qué— y por primera vez en mi vida bajo los ojos cuando me miran de más.

En cuanto a saber el cómo y el porqué, te espero, amor mío, para descubrirlo juntos. Si me acoges en lo más hondo de ti como vas a hacerlo, al fin podré ser del todo transparente.

Sin embargo, me pasa igual con todo; a través de un velo lo miro todo y a todos con más simpatía, quizá, quiero más a lo que me rodea, eso es todo. En cuanto a nosotros, es lo que llena mi vida y ahora todo en mi vida es amor. Un ejemplo, un detalle, sin relación con nada, para enseñártelo: me

he pillado queriendo tener un hijo tuyo y deseando que estuvieras conmigo en el parto.

¡Uy, pero no te agobies! Ya me he echado yo un buen sermón. Es algo que no puede ser y solo me ha causado una pena muy honda pero muy dulce.

No le cuentes nada a tu madre. Está demasiado lejos y, con lo mucho que te quiere, solo serviría para hacerla sufrir.

Y, sobre todo, por encima de todo, no se lo cuentes a nadie. Tengo miedo.

Espérate y me lo cuentas a mí, desdoblada. Nadie te va a escuchar mejor en este mundo.

Amor mío, madúralo bien. Sí, hemos llegado a un punto en el que nada podrá volver a separarnos nunca, a darnos consentimiento y brindarnos mutuamente, pero antes de que adquiramos este compromiso, madúralo. Que nunca más tengas que arrepentirte de ningún desliz como ya lo hiciste una vez.

Es tan grave y tenemos tantas cosas en contra… Ven pronto y sácame de esta angustia que se apodera de mí cuando me quedo a solas con nosotros.

Ven pronto. Te espero, totalmente volcada en ti, y rezo, rezo, rezo.

Te abrazo muy fuerte, te quiero.

M.

Escríbeme. Ni te imaginas lo feliz que me hace tu letra querida. Es como tu mirada y cierta forma de sonreír.

He recibido tus rosas. Ya contaba con ellas, pero han llenado la casa de golpe; le han dado a mi habitación un aire de fiesta. Mucho más de lo que me esperaba.

51 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

1 de enero [de 1949]

Empieza el año sin que pueda estrecharte en mis brazos, amor mío, y nunca he lamentado tan sinceramente tu ausencia. Cierto es que no me has escrito y que me pregunto por ti hasta el infinito. De no ser por tu carta, tu telegrama y esa especie de sacudida que me dieron, estaría muy bajo de ánimo. Deseo que desde entonces me hayas vuelto a escribir y poder así recuperarte.

Operan a mi tía por segunda vez el martes o el miércoles. Podré irme dos días después. Así que estaré en París como muy tarde a finales de semana. El vuelo es por la noche. Llegaré a Orly muy temprano y esperaré a que estés despierta para ir a verte. Qué emocionado estaré en el ascensor… Me parece que fuera a verte por primera vez.

¿Pensaste en mí ayer a medianoche? Yo pensé en ti con todas mis fuerzas, volcado en ti con todo el arrebato del amor. Cené con uno de mis primos, en su club. Había una chica muy latosa que, viendo que no iba a conseguir que le hiciera proposiciones, agarró, y que no se me interprete mal, el toro por los cuernos. Daba la impresión de que le parecía inconcebible que un hombre pudiera preferir estar solo en una fiesta de Nochevieja.

Era inconcebible, por lo demás, y no me apetecía ni pizca estar solo. Tenía ganas de estar contigo. Tenía ganas de sentir tus manos en mis hombros. Finalmente, conseguí desanimar a esa hermana de la caridad. Y a medianoche, en el bar, cuando se apagaron las luces, me tomé mi coñac con agua contigo, lleno de amor y de tristeza. Ya ves, en plan sentimental. Pero había también una dulzura maravillosa en notarme en esa compañía. Y

luego me fui, bajo un cielo lleno de estrellas enormes y templado. Si me escribes, cuéntame qué hiciste esa noche, a miles de kilómetros, y sola, ¿verdad?, como lo estaba yo.

Hoy las cosas van menos bien. Estoy deseando regresar y volver contigo. Me parece que cualquiera de estas horas que se escapan puede destruir lo que más quiero en el mundo. Me parece que París, que es ahora para mí el puerto donde se arremolina la vida y donde querría anegarme, podría convertirse en un segundo, si tú te alejaras, en una isla desierta. Todo esto es una estupidez y no tiene sentido alguno. Pero me noto cada vez peor aquí y necesito absolutamente reunirme contigo, y conmigo al tiempo. Hasta que me vaya a Sudamérica,[74] quiero apartarme por completo del «mundo» y no vivir sino de lo que tú eres y de lo que soy yo.

Esta carta es tontísima. Pero a lo mejor notas en ella algo de este infatigable amor que, por fin, me hace estar vivo. Escribe, ¿quieres?, para que me sienta libre y me traben menos mis inquietudes. Y, de ahora a entonces, tenme junto a ti, delante de esa chimenea que recuerdo. Te beso y te espero.

A.

52 — Albert Camus a María Casares

2 de enero [de 1949]

Te espero. Espero tu carta. Y nunca como esta noche he sentido el vacío que llevo conmigo cuando no estás. Nada, nada tiene ya sentido para mí. Y, vaya donde vaya en este país donde tanto dejé de mí (supón que hubieras vivido en España hasta los veinte años y que volvieras), me hallo en él

como un espectador, ajeno, distraído e incapaz de dar nada de mí mismo. Ya no sé vivir.

53 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Lunes por la noche [3 de enero de 1949]

Menos mal, cariño mío, que esta noche, al volver a casa, me he encontrado con estas dos cartas (la del 31 y la del 1.º) para reconfortarme un poco el corazón.

Hasta la fecha me había quedado exiliada, lejos del «mundo», pero hoy, por desgracia, me ha tocado ir para la sesión de radio de la tarde y la función de la noche. Y, en unas horas, se las han apañado todos para hacerme daño de todas las formas.

Los únicos que se han portado bien conmigo han sido los espectadores de *El estado de sitio*; pero los demás… ni descubriendo mi felicidad y dándose la mano para destruirla podrían haberlo hecho mejor.

¡En fin! Dos sesiones de radio más y luego, tranquilidad y sosiego hasta el 14 (nueva función) y… tú.

¡Ay, sí! Tú. ¡Si supieras qué languidez, qué añoranza tengo de tu presencia y lo sola que me siento! Cuánto me gustaría esta noche, cariño mío, llorar contra ti, contigo. Encogida. Sin ti estoy totalmente encogida y sola. Y humillada, espantosamente humillada.

Pero dejémoslo estar.

En Nochevieja no estuve sola. Pasé la velada hasta las doce y cuarto en casa de mi padre, con él y con Pitou.

Pusimos la radio. Radio España. Y mientras esperábamos las doce

campanadas del reloj del Ministerio del Interior (Puerta del Sol), tuvimos que soportar un discurso de Franco primero y luego, para volver a estar a buenas con el cielo, a Édith Piaf cantando *La Vie en rose*.

Yo estaba sentimental pero feliz, paciente y buena, reconciliada. Papá estaba muy cansado aquella noche y traté de distraerlo lo mejor que pude. A todo esto, no dejaste de estar conmigo ni un segundo, y cuando dieron las doce me concentré tanto para pedir bien mis deseos que me lie con las uvas y me comí dieciséis en lugar de doce, no se sabe muy bien cómo, para desesperación de mi padre, que temía que me ahogara, mientras Mireille[75] y Angèle se reían a carcajadas.

Cuando terminé, tenía los ojos llenos de lágrimas y un algo que los calló a todos.

Después volví a mis aposentos privados contigo.

Esa ha sido mi Nochevieja.

¡Qué ganas de que sea viernes o sábado! Qué largo se me hace el tiempo. Yo también me siento turbadísima solo de pensar en volver a verte, como si fuera a pasar algo muy grave. Tú tampoco le des muchas vueltas. A lo mejor te llevas un chasco y sería terrible. ¿Sabes que ahora me voy a mostrar plenamente tal y como soy?

Dime, ¿quién era esa mujer «insistente» que tenía tantas ganas de que festejaras con ella? (*sic*).

Te quiero. Ven. Ayúdame a vivir bien. Y protégeme. Entrégate a mí para que me sea posible respaldarte a mi vez. Me quedo muy pegada a ti.

M.

Lunes 3 [de enero de 1949]

Hasta hoy no me ha llegado tu carta del jueves. Sabía que algo tenían que ver las fiestas y las vacaciones de correos, pero estos últimos días estaba nervioso. Anoche, al volver, empecé a escribirte una carta un poco insensata. Y luego tomé la decisión de meterme en la cama y esperar. Mientras tanto, mi recompensa viajaba. Aquí estaba esta mañana.

Por supuesto entre el domingo y el jueves no me escribiste. Aunque no está mal, como remate, una carta que me trae tanta alegría. Hay cosas que escribes, a veces sin darte cuenta del todo, y que hacen más por mi amor que todos los favores del cielo.

Pero te escribo muy deprisa para decirte lo siguiente. Han retrasado la segunda operación una semana por lo menos y me voy a marchar sin esperar. El médico me asegura que va a salir bien, es decir, que la pobre tendrá una prórroga de dos o tres años. Todo cuanto quería era verme y ella misma me anima a que me vaya (no sabe qué tiene). Voy a intentar conseguir billete y es posible que llegue al mismo tiempo que esta carta. Te llamaré por teléfono, no vaya a ser que ese día se te ocurra embarcarte. La verdad es que ya no puedo parar aquí, me hierve la sangre y no tengo sino una idea: tú.

Vuelvo con proyectos firmes: lo primero, nosotros, y después mi trabajo. Antes de mayo tengo que haber acabado la obra de teatro y el ensayo. [76]Ayúdame en esto. Puedes hacerlo si me llamas al orden y me zarandeas cuando me descuide y me distraiga. Quiero retirarme de todo menos de esto el tiempo que sea preciso.

Te quiero. ¡Hermosa y seria! Ojalá pudiera verte en este momento. Me acuerdo de ti en esa película donde tanto me gustaste: el rostro más hermoso, un alma a la vista, el sufrimiento… sí, ¡qué hermosa estabas!

Igual que sabes estarlo conmigo a veces, en ese cabo del tiempo donde no hay ni dicha ni desdicha, sino solo el amor y su silencio. Como esas playas que te gustan y en las que el cielo no tiene fin.

Te quiero. Esta es, espero, mi última carta. Vamos a vivir entre nosotros. Qué fuerza y qué felicidad me noto ya. Y cómo voy a besarte dentro de nada.

A.

Me acordaré de ti toda la noche, durante la función mensual de *El estado de sitio*. He leído en los periódicos de aquí que al susodicho *Sitio*[77] lo iba a sustituir una obra de Marcel Achard. Espero que mantengan una función trimestral.

55 — Albert Camus a María Casares[78]

5 de enero de 1949

JUEVES SALVO SI HACE MALO. ALBERT.

56 — Albert Camus a María Casares[79]

[mediados de enero de 1949]

¡Gracias, amor mío, por haber sido mi Victoria[80] hasta el final tan maravillosamente!

57 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[81]

[mediados de febrero de 1949]

[reverso:]

La señorita Maria Casarès ruega al señor Albert Camus que le haga el honor de asistir a la «Ceremonia de inauguración»

[anverso:]

que se celebrará en su casa de la calle de Vaugirard 148, 7.º piso,

SANTIAGO CASARÈS QUIROGA

el lunes 21 de febrero a partir de las siete de la tarde (estrictamente personal).

Ropa de calle.

58 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[82]

[21 de febrero de 1949]

Un ramo de ceremoni-rosas. A.

59 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes, 10 de la mañana [7 de marzo de 1949]

Querido amor mío:

Desde el sábado por la noche llevo conmigo malas ideas e imágenes aún peores. Ayer por la mañana, quería llamarte desde Le Bourget.[83] Pero eran las diez y me dio miedo despertarte. Anoche quería escribirte al volver. Pero era tarde, estaba cansado y me dio miedo concederles demasiado espacio a las quejas. Me gustaría que estuvieses a mi lado ahora mismo, en el corazón, eso es, bien pensado, cuanto merece la pena decir.

Y lo mejor será que te haga un informe de mi viajecito. Es una carta que se quedará sin respuesta y que, afortunadamente, puede prescindir de ser personal. Bueno, pues esto es lo que hay. Me encontré Londres nevado y completamente desierto, era domingo. Me estaban esperando Dadelsen,[84] que es un viejo amigo, y el director escénico, acompañado de sus dos intérpretes, una Cesonia comestible y un Calígula que he comprobado, de paso, que se parecía a un vendedor de helados (ya sabes, el de detrás de los autos de choque). A continuación, restaurante griego, donde nos abalanzamos sobre la cocina griega, que es mala, y guisada a la inglesa, que es peor. Me voy al hotel, decente, para darle descanso al estómago torturado. Me acordaba con nostalgia del Granada, cuyo chef es un virtuoso comparado con los envenenadores de Londres. Y luego ensayo. El teatro está como quien dice en La Villette.[85] Pero es de vanguardia, lo cual lo remedia todo.

Allí me llevé unas cuantas sorpresas. Escipión tenía una deformación de la columna vertebral que le daba apariencia de retrasado. El anciano senador tenía una mano paralítica. Querea llevaba una toga color cereza. Cesonia, un vestido a lo Folies-Bergère que le transparentaba las piernas hasta más arriba de las delicias (como dicen en *Las mil y una noches*). Había en el escenario una estatua de cuerpo entero de Pericles que andaría por los tres metros y un espejo ovalado, salido de Barbès,[86] de estilo

metro. De propina, muchos drapeados. La Roma de los Césares se amueblaba y se vestía en la puerta de Saint-Ouen.[87]

Empiezan, y yo empiezo a entender que todo encajaba. Calígula, si no vendía helados en la vida civil, debía de ser vendedor de brochetas en el bulevar de Les Chasseurs en Orán, representante de cepillos en el bulevar de Voltaire o guía especializado en el Barrio Chino.[88]

El emperador byroniano me llega al hombro, tiene el pelo rizado y grasiento, la piel visiblemente sudorosa y una barriga prominente. Es Nerón después de una comida a la antigua. Hay en él fuego, pero no estilo. Interpreta instintivamente, como suele decirse, lo cual quiere decir que no entiende ni jota del texto. Y, encima, como es griego, tiene un acento que Dadelsen me dice que es sorprendente.

Llegados a este punto, me creía resignado a todo. ¡Qué ingenuidad! No tenía previstos los ballets. Porque hay ballets. Cuando Calígula se lleva a la mujer de Mucio, porque la naturaleza lo impulsa a hacerlo, tres bailarines, medio abisinios medio franciscanos, hacen de mimos en el escenario para interpretar el amor, escogen treinta y dos posiciones, se agarran por los muslos y, espalda contra espalda, se frotan mutuamente las rabadillas. En el segundo acto, Calígula vestido de Venus baila un ballet con esos mismos individuos (imagínate al vendedor de pestiños bailando con *pechos postizos*) y deja que la honorable compañía le meta mano a las nalgas. Como este golpe me remató, me fui a echarme un whisky al coleto. Pero ya no eran horas y solo había café, que me tomé para olvidar y que no me dejó dormir parte de la noche. De remate, me volvieron a llevar al restaurante griego, lo que me impidió dormir la otra parte de la noche. He dormido una hora soñando con ballets monstruosos en que salía yo con el rey Jorge VI. Lo más gordo es que el martes por la noche han organizado una audiencia de embajadores y mujeres de mundo para que asistan a estos atrevimientos

tan franceses y se hagan una idea del teatro de París. Allí estaré, no soñando sino con una cosa, esfumarme hasta la hora del vuelo.

Sueño con otra cosa, naturalmente, pero espera a que regrese para que te lo diga. Hasta aquí mi informe. Cada vez que me separo de ti tengo una angustia y un temblor en lo hondo del corazón. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás, amor mío? Me esperas, ¿verdad?, como te espero yo con la misma fidelidad recia y larga, con temor y certidumbre. Hay un mar entre nosotros desde el domingo. Pero es realmente como si te hubiera traído conmigo, no te has separado de mí. Hasta el miércoles, querida. Hasta pronto, mi puerto, pasto, pradera, pan, piragua… Te beso, te estrecho contra mí…

A.

Me alojo en el Basil Street Hotel. Knightsbridge London. Pero no te va a dar tiempo a escribirme. Ya vuelvo.

60 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[21 de junio de 1949]

Perdóname. Perdóname, cariño mío. Tu hermoso rostro cansado. Duerme, duerme en paz. Puedes estar en paz, te lo mereces.

Perdóname por haberte tratado mal. Tan mal… ¿cómo puede ser? ¿A ti, vida mía?

Pero es que te quiero tanto… Tengo tan poca costumbre de querer de esta manera… Me sobrepasa esta rabia, a ratos suave y a ratos violenta, que cada día se apodera más de mí para arrastrarme a… ¿dónde? Casi me da miedo. Si de pronto me faltaras, si llegaras a desaparecer, si tuviera que

vivir sabiendo que ya no estás, ¿qué pasaría? Esta noche no dejo de pensarlo y me entra un vértigo que si no fuera porque te iba a despertar, creo que me vestiría y me iría en derechura a tu casa; porque eres el único que puede tranquilizarme.

Amor mío, esta próxima semana. Estos días que van a transcurrir sin ti. Estos meses que no estarás aquí para mi sosiego y mi esperanza. ¡Ay, qué duro es!

Cuídate. Cuídate mucho. Con alegría o con pena pero siempre feliz gracias a ti, cuánta falta me hacen tu presencia, tus sonrisas, las risas que me proporcionas, la confianza que me proporcionas, el disgusto y la ira que me proporcionas.

Vaya que sí, ahora sé más que nunca cómo, hasta qué punto te quiero. Por fin conozco ese amor que trasciende la medida de dos seres y que lleva dentro todas las riquezas y todas las miserias del Universo. Lo intuía, llegué incluso a codearme con él; pero hoy está aquí, y tanto que está, existe; podría tocarlo.

Y, de pronto, tengo miedo. A ti puedo contártelo, a mi amigo (también), tengo un miedo espantoso. Trato incluso de luchar, de debatirme como si estuviera atrapada en una trampa. Hay algo en mí que se rebela, que se niega, que no quiere abandonarse.

Escúchame. He amado, estoy segura de que he amado, pero nunca, jamás, he dado más de lo que he querido dar. Y ahora, cuando ya es demasiado tarde para ofrecerlo todo porque tú no puedes aceptarlo todo, porque de nada te sirve, heme aquí, a mi pesar, abierta de par en par, sin defensa, sin cálculos. Esa es la trampa que me habían asignado y quizá sea eso contra lo que se rebela algo dentro de mí. O puede que sea cierto gusto por la soledad. Pero no, tú también me das la soledad y también me das la libertad.

No lo sé y no puedo averiguarlo. ¿Para qué? No sirve de nada y está todo perdido (¿o ganado?) de antemano. Elucubraciones sobre el cómo y el porqué que se desmoronan solo con pensar que te vas a ir, que quizá vayas a reír o a sufrir… sobre todo a sufrir, lejos de mí, y yo no estaré ahí para, con toda mi torpeza, tratar de mirarte con amor. ¡Ay, cuánto me duele!

Pero ¿por qué me duele tanto? Dos meses y medio pasan bastante deprisa y después estarás aquí, al alcance de la mano, casi. ¡Cariño! ¿Notas cómo mi vida late en ti? ¿Puedo albergar la esperanza de proporcionarte dulzura, plenitud, nuevos bríos? Si tú supieras… ¿Qué Dios abominable ha puesto entre dos seres que tanto se quieren, y están tan cercanos, este infinito que nunca se tiene la seguridad de llenar? ¿Por qué no se me permite saber si el cariño inmenso del que tengo henchido el corazón esta noche te llega, te rodea y te acuna esta noche para que tu sueño sea tan bueno, tan tranquilo, tan dulce como el de la muerte de un santo? ¿Por qué dejarnos siempre gritando sin voz y gesticulando en la oscuridad? ¿Por qué? ¿Para quién?

Pues para el otro, quizá. Para ti. Para poder, para saber encontrarte en esta tierra, porque ¿cómo te habría reconocido si no fueses el único con quien estoy segura de encontrarme en la soledad, allende tu soledad y la mía, conociéndome como me conoces y conociéndote yo a ti como lo hice instintivamente, a la primera?

¡Ay, sí, de eso se trata! Ahora me doy cuenta de lo cerca de ti que me he sentido siempre, durante tus momentos de desesperación y de aislamiento. Me costaba tan poco encontrarte ahí, me resultaba tan fácil, que de pronto era como si presintiese el universo, de repente me parecía que el círculo se cerraba con nosotros, en torno a nosotros y todo se aclaraba. Ni siquiera era una visión, sino una especie de ilusión fugaz, tan buena, tan completa, tan plena…

Te voy a parecer una loca o una necia cuando leas mañana esta carta. Por

supuesto. Pero es que esta noche tenía demasiada congoja para irme a la cama sin hablar contigo y pensé que me aliviaría contarte lo que me pasase por la cabeza. Y, de hecho, me encuentro mejor. Mucho mejor.

No te rías demasiado. Te aseguro que solo pretendía expresarte mi amor y que no sabía muy bien cómo hacerlo; así que decidí contarte lo que se me pasase por la cabeza… Sí. Pensar en voz alta contigo. Nunca me he atrevido a hacerlo estando tú delante para no fastidiarte. Pero a partir de ahora, hasta el mes de agosto, ¡me voy a despachar a gusto en mi cuaderno de bitácora!… ¡Me entra la risa sabiendo que no te va a quedar más remedio que leerlo!

Bueno, cariño mío, me despido besándote como vas a ver dentro de un momento…

M. V.

61 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

París, 23 [de junio de 1949] *por la noche*

No es la primera vez que te escribo desde que te has ido y ya te he contado bastantes cosas, pero no las sabrás hasta… tan tarde. He sido valiente, muy valiente hasta la noche. Pitou y yo estuvimos andando mucho después de que nos dejaras y cuando todavía me quedaban ánimos. Y eso que yo estaba totalmente anonadada, dormida en medio de una concha que me había fabricado para no pensar. Fue ya al volver a casa cuando todo estuvo a punto de estallar. Pero seguí aguantando, seguí hasta que estuve en la cama; allí todo se vino abajo de golpe y durante mucho rato.

Esta mañana me desperté aún en «estado de muerte», en la abstracción,

en la nada pero poco a poco, como todo me volvía a llevar a ti, viví un poco, a trompicones, a pellizcos.

Me quedé mucho rato tumbada al sol. No sé por qué, no dejaba de pensar en Verdelot.[89] El sol y la terraza, quizá, y que tú te hubieras ido. Verdelot. ¿Es posible que no lo entendieras también con el corazón? Y, sin embargo, había algo genuino en tu desilusión; algo que no sucedería ahora y es que, aun actuando igual, en mi decisión de entonces, en mi aceptación de no reunirme contigo, había un soplo de frivolidad que hoy no existiría. La parte de despreocupación que bauticé como «amor por el mito» ahora ya no quiere decir nada.

Tu presencia, tú, tu cuerpo, tus manos, tu hermoso rostro, tu sonrisa, tus maravillosos ojos, tan claritos, tu voz, tu presencia pegada a mí, tu cabeza en mi cuello, tus brazos en torno a mí, eso es lo único que necesito ahora mismo.

Algo tuyo, la notita que recibí anoche, ay, qué alegría y qué pena me causó, y la besé sin saber por qué, sin literatura, sin romanticismo, casi con deseo porque venía de ti y podía tocarla.

Sin embargo, cariño mío, intento armarme de valor y de paciencia —creo que el mes más duro será el mes de julio—. Será el primero, cuando aún resultará difícil admitir la esperanza y no tendré nada tuyo, pero te aseguro que estaré totalmente tendida para esperar la primera carta. Así el tiempo pasará antes.

En lo que a la pena se refiere, no te preocupes que es de la buena. Yo, que soy tan pobre y tan miserable en este momento, que no tengo nada tuyo, ni siquiera tus cosas, ni tus amigos, nada, me siento riquísima de todo ese amor que me has encomendado, tan rica y tan cargada que me ahogo y me muero esperando a que llegue el momento en que vengas a liberarme. Puede que, cuando vuelvas, me encuentres dormida, acostumbrada a la

muerte, e inanimada. ¿Hallarás en ti suficiente fuerza para despertarme? ¿Podrás volver a ser mi príncipe azul?

Entretanto, no te olvides de que necesito que regreses y vuelve a mí sosegado, sano, feliz. Cuídate mucho, amor mío. Cuídate como nunca lo has hecho. Es la mayor prueba de amor que puedas ofrecerme. ¿Ves? Hoy no tenía hambre y aunque a mediodía no pude tragar ni un bocado (a veces también me salto una comida), por la noche me eché una bronca y comí como está mandado.

Se ha hecho tarde y me voy a la cama; pero cuánto me cuesta dejarte. Llevo mucho rato hablando contigo (véase el diario), pero pensar que es la última carta antes del muro, antes de la soledad, me resulta tan desgarrador…

Qué puedo hacer para que oigas mi grito de amor y para que resuene como un eco en todo mi océano hasta el momento en que saltes desde el otro lado para volver corriendo a mí en tu querida escritura.

No me olvides —no me olvides nunca—. Vive tanto como quieras, pero una vida que no será tuya. Confío, amor mí, confío plenamente en ti, solo en ti. Te quiero,

M.

62 — Albert Camus a María Casares

Viernes [24 de junio de 1949]

Niña mía:

Llegué ayer por la tarde, a las seis,[90] después de un viaje de doce horas sin nada de particular. Solo que tenía el corazón un poco más oprimido

según iban desfilando las ciudades. He dormido mal, me han atormentado imágenes espantosas. Y hoy me siento en lo hondo de todos los desvalimientos. Voy a intentar reaccionar. Menos mal que está esta tierra. Te equivocas al tener celos de ella. Lo que adoro en ella es lo que amo en ti, una fuerza a la vez oscura y clara, ternuras bruscas, viñas negras, noches misteriosas, y el ciprés, flexible y enhiesto como tú. Hoy sopla el viento.

Tengo la esperanza de hallar algo de paz en la mar durante estos largos días. Pero la auténtica paz sé dónde la encontraré, pegado a ti, solos en el mundo, con la eternidad del amor. Por lo menos, quiero recuperar durante estos meses las fuerzas que necesito para hacer que triunfe este amor. Y pondré todo mi empeño en ello.

Entretanto, pienso en ti, en París y también en esos días felices cuyo recuerdo no me deja. Ellos son los que me ayudan a vivir, a seguir adelante y a esperarte. De ellos vivo, todo lo demás no es sino ruido y tormento, como aquellos días de locura en que nos destrozamos mutuamente y de los que salí desorientado, como cubierto de llagas.

Escríbeme, más de lo que tengo yo fuerzas hoy para escribir. Quiéreme, quiéreme contra el mundo entero, contra ti y contra mí: así es como te quiero yo. ¡Tengo tanta sed de ti! Y por el momento este amor no es sino quemazón y arrebato. Pero volverán las horas de la ternura, niña mía. Y ahora tiene que durar para siempre.

Besos, besos, amor mío, y empiezo a esperarte, con angustia, con fervor, pero con todo mi ser.

A.

Domingo [26 de junio de 1949]

Amor mío:

Otros dos días, y que me acercan a esa interrupción que no consigo imaginar.[91] Dos días difíciles que han interrumpido noches desdichadas llenas de imágenes malas. Me asfixio, literalmente. Frases tuyas que me siguen persiguiendo, la angustia de la partida, sobre todo la mentira, pues esta es una vida mentirosa y a veces querría gritar.

Afortunadamente ayer, en el peor momento, llegó tu carta. Y me alzaron en vilo el amor, la ternura, la gratitud que por ti siento. Sí, son precisos valor y fuerza. No te mueras, no dejes morir esa llama que hay en ti. Intentaré recobrar el aliento allí, y fuego, y fuerza, y regresaré con la energía necesaria para que sigamos a la altura de lo que somos. Ese regreso, niña mía, tú y tu rostro.

Tu cuerpo…. Hay minutos en que me consumo de deseo. Pero es un deseo que no se queda solo en gozar de ti, va más allá, hacia lo más secreto y más grande que hay en ti y de lo que tengo una sed perpetua.

Hasta esta mañana, en cualquier caso, tu carta me ha sostenido. Pero esta mañana he pensado que era la última tuya que iba a leer antes de que pasaran largas semanas. Y me he sentido desamparado. Privado de ti, no puedo guiarme. Pero tengo que sobreponerme a esta espantosa depresión. La mar me ayudará. Me avergüenzo un poco de mí mismo, de notarme tan cobarde y tan flojo. Cuando me vuelvas a ver estaré mejor armado, para ti y para mí. Pero prefiero no mencionar de nuevo ese regreso.

Amor mío querido, me acuerdo de tu cara de felicidad: esa es mi auténtica fuerza y mi esperanza. Vela por nosotros, sé guapa, límpida, fuerte. Prepárate para la felicidad, es la única obligación que tenemos. Y no vuelvas a rechazarme nunca más. Consiente en mí, no como se consiente en

un destino sobrehumano, sino como se consiente en un hombre con sus grandezas y sus debilidades. Espérame, yo lo dejo todo, mi persona, nuestro amor, entre tus manos durante esta ausencia, con la confianza más ciega que darse pueda.

Te beso desesperadamente, sin poder arrancarme de ti, ni de la tierra en que respiras. Hasta pronto, hasta muy pronto, amor mío.

A

Lunes [27 de junio de 1949]

En el último momento, dos líneas para darte una noticia que es buena. El barco hace escala en Dakar alrededor del 6 de julio. Puedes escribirme allí a las siguientes señas:

A. C., a bordo del vapor francés Campana, a la atención de la Compañía de Servicios Marítimos de Senegal, bulevar Pinet Laprade, 35, Dakar.

Calcula el plazo por avión y mándame una carta larga, larguísima, que pueda llenar los quince días de silencio que vendrán después. Muy probablemente podría también escribirte yo. No tengas en cuenta las cartas insensatas que te escribo, a no ser por el amor que va en ellas. A bordo, seré desgraciado con más dignidad, y te escribiré mejor. Adiós, amor mío. Tacho lo anterior, que no quiere decir nada puesto en papel. Es tu presencia lo que necesito y lo que espero.

64 — Albert Camus a María Casares[92]

[30 de junio de 1949]

ZARPO ESCRIBE DAKAR VELA POR NOSOTROS TE BESO CON TODAS MIS FUERZAS ALBERT.

65 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves 30 [de junio de 1949] *(noche)*

Cariño mío: La misma frase por todas partes: «Escribe a Dakar - Escribe a Dakar - Escribe a Dakar».

¡Pobrecito mío! Al día siguiente de enviar la única carta que pude mandarte a Aviñón, me enteré de que hacías escala en Dakar y de que en las escalas se puede enviar correspondencia. Ya no podía comunicarme contigo para avisarte y he pasado días con la esperanza de que te enterarías y harías lo necesario. No me atrevía a escribirte por miedo a que tu barco zarpara el 28. Te has enterado a tiempo, es maravilloso, pero ¿a qué viene pedirme con esa insistencia angustiada que te escriba? ¿Qué temes? ¡Amor mío! Esas cartas tuyas, tan desgarradoras, rebosantes de ansiedad y angustia… ¿Es por culpa de ese terrible silencio que se me ha impuesto? ¡Pues escúchame! Escúchame bien. Estate quieto y ahí, en medio de esa mar inmensa que te rodea —mi mar—, oye. Me gusta demasiado ese océano para que pueda traicionarme, para que pueda hacer oídos sordos a mi grito, y si te desprendes de todos esos pensamientos que, por desdicha, te he suscitado, si apartas todas esas visiones horribles con las que he poblado tu imaginación, si cierras los oídos a las cosas tan feas que he dicho, si, en definitiva, desnudo, te vuelves hacia esa agua donde me he formado, me oirás gritar mi amor como nunca lo había gritado delante de ti, junto a ti. Deja de atormentarte, cariño mío. Demasiado bien sé a qué infierno llevan

las imágenes espantosas para soportar siquiera la idea de que puedas vivirlo. Aleja todo eso de ti. No añadas otro sufrimiento al mío, que es ya una carga muy pesada.

La mar está ante ti. Mira lo pesada, lo densa, lo rica, lo fuerte que es; mira cómo vive, con una potencia y una energía que asustan, y piensa que, por ti, en parte me he vuelto como ella. Piensa que cuando me siento segura de tu amor, no envidio a la mar por ser tan bella: la quiero cual hermana.

Si alguna vez me he sentido apocada, miserable, estéril, ha sido solo porque me han entrado dudas; pero contigo queriéndome, contigo junto a mí, mi vida resulta plena y justificada. Soy yo, cariño mío, solo yo quien debe, durante estos dos meses eternos, reavivar sus fuerzas para que no me vuelvan a entrar dudas nunca más. Tú solo tienes que quererme, quererme mucho; es lo único que necesito para sentirme tan grande, tan extensa, tan poblada como este océano, como el universo; también es lo único que hace falta para que mi cara tenga esa expresión de felicidad que te gusta. Es ahí, y solo ahí, donde reside nuestro triunfo, nuestra victoria.

Desde que te has ido, he cambiado de estado unas cuantas veces. Ya sabrás cuáles, con mayor o menor claridad, cuando leas nuestro diario. Te escribo todas las noches y creo que nunca he hablado con tanta sinceridad.

He tenido altibajos; aún los tengo; pero, aparte de un día y algunos ratos sueltos, al principio de nuestra separación, no se me ha vuelto a ocurrir nada malo ni por asomo.

En cambio, no puedo pensar en los días eternos que se avecinan y transcurren sin dejar de sentir físicamente que se me cae el corazón, y se me hace todo muy cuesta arriba. Y eso que hago considerables esfuerzos, porque no puedo quedarme así de empantanada cuando estás tú, nosotros y el después. Tengo que reaccionar y busco aquello que pueda sacarme mejor de este hosco entumecimiento que entrecortan unos ataques de angustia tan

repentinos. No aguanto, obviamente, a las personas ni su cercanía, y huyo de ellas o las repelo. Solo Pitou sigue conmigo, fiel.

Me resulta difícil leer, aunque desde hace dos días me cuesta menos, lo que es una gran alegría. Así que he escogido a mis amigos: el sol, el aire y el agua. Cuando me quedo en casa, me paso la vida en la terraza; cuando decido salir, paseo por los muelles o voy con Mireille a Joinville, alquilamos una piragua, remontamos el Marne y pasamos horas y horas en el agua, durmiendo, remando, bañándonos y comiendo bocadillos. Me he puesto de color caoba en poco tiempo y cuando vuelvo de una de esas excursiones traigo conmigo un raudal de vida. Pero, ¡ay!, no viene sola, lleva detrás un cortejo de impulsos, de fuerzas, de sofocos, de deseos ¡así que…! ¡Qué raro me resulta no poder dormirme (¡no te rías!) y dar vueltas sin parar como una fiera enjaulada! ¡Me duele en el hueco del estómago! ¡Es de lo más curioso!

¡En fin! A grandes rasgos, así es como vivo. En lo que a proyectos se refiere, sigo en el mismo punto. *Orfeo*[93] se rueda; pero aún no tengo detalles sobre cómo se hará. ¡Por suerte, Hébertot no se ha manifestado! Papá lleva dos días un poco mejor; el médico vendrá el lunes y, en función de lo que recomiende, decidiremos qué hacer este verano. En mi próxima carta espero poder concretar más.

Mi próxima carta. ¡Y pensar que la recibirás el 20… y gracias! Dios mío, ¿todo esto es para ponernos a prueba? No lo sé, amor mío, pero de ser así, creo que resulta más que suficiente: hoy he renunciado a la gira por Egipto. Que sea lo que Dios quiera, pero lo que es yo, no puedo volver a infligirme, por voluntad propia, otra separación de dos meses y medio; se me corta la respiración solo de pensarlo.

No; juntos, amor mío, el uno al lado del otro, siempre. ¿Qué nos tendrá

reservado la vida? Solo Dios lo sabe; pero yo ahora sé que, sea lo que sea lo que nos depare, lo viviré vuelta totalmente hacia ti.

Hasta muy pronto, hermoso amor mío. Cuándo podré decir hasta muy pronto entre tus brazos. Ay, nunca, amor mío, nunca he querido a nadie. Nunca he sentido esta necesidad insoportable de la presencia de alguien, esta necesidad a cada instante. Tu cuerpo pegado al mío, tus brazos rodeándome, tu olor, tu mirada, tu sonrisa, tu rostro, tu hermoso y querido rostro que puedo describir, con todo detalle, y con el que, sin embargo, ya no puedo estar, porque ya no puedo, ¡qué abominación! Lo veo borroso y se desvanece con su propio movimiento. ¡Qué tortura tan atroz! ¡Ay!, si lo tuviera delante, todo lo demás desaparecería.

Hasta pronto, cariño mío, espero tu letra prieta tan bonita. Me arranco de tu lado bruscamente, como siempre; no encuentro fuerzas suficientes para prolongar nuestras separaciones. Te quiero. Vive. Sé lo más feliz que puedas. Estás en medio de la mar; ¡qué feliz puedes ser si te lo propones! Te quiero, cariño mío; perdóname por ti, creo en ti y te quiero con toda mi alma. Te doy un beso fuerte, fuerte. Aquí me tienes, custodiando nuestro deseo mejor que mi propia vida y lista ya para la tremenda felicidad de tenerte un día junto a mí. Ve. Estoy a tu lado, contigo, y en este momento estoy exultante de la exuberancia de la mar en ti. Ve, ve; confío plenamente en ti.

Cuídate mucho; te llevas contigo toda mi esperanza. Tuya

Maria

Miércoles, 1.º de julio [de 1949]

Cae la noche, amor mío, y este día que acaba es el único en que puedo aún respirar el mismo aire que tú. Esta semana ha sido espantosa y pensaba que no iba a poder con ella. Ahora toca ya marcharse. Y me digo que la verdad es que prefiero el sufrimiento solitario y la libertad de llorar si me apetece. Me digo también que ya es hora de tomar lo que venga con la fuerza que acabará con ello. Lo que lo vuelve todo difícil es tu silencio y los ataques de pánico que me trae. Nunca he podido soportar tus silencios, bien se trate de este, bien de esos otros, cuando tienes la frente tozuda y la cara a cal y canto, toda la hostilidad del mundo acumulada entre las cejas. Y hoy otra vez te imagino hostil, o ajena, o desviada, o negando obstinadamente esa ola que me llena. Al menos quiero olvidarlo por unos minutos y hablarte aún antes de callar por muchos días.

Lo dejo todo en tus manos. Sé que durante estas largas semanas habrá altibajos. En las cimas, la vida puede con todo, en la hondonada, el sufrimiento ciega. Lo que te pido es que, viva o replegada, preserves el futuro de nuestro amor. Lo que deseo más que la mismísima vida es volver a verte con tu cara feliz, confiada y decidida a vencer conmigo. Cuando recibas esta carta, estaré ya en la mar. Lo único que me va a permitir soportar esta separación, y esta separación con sufrimiento, es la confianza que tengo a partir de ahora en ti. Cada vez que no pueda más, me pondré en tus manos, sin un titubeo, sin una pregunta. En lo demás, viviré como pueda.

Espérame como yo te espero. No te repliegues salvo si no te queda más remedio. Vive, sé deslumbradora y curiosa, busca lo hermoso, lee lo que te guste y, cuando llegue la pausa, vuélvete hacia mí, que estaré siempre vuelto hacia ti.

Ahora sé de ti y de mí mucho más de lo que sabía. Por eso sé que perderte es morir en cierto modo. No quiero morir y también es preciso que seas feliz sin sentirte menos. Por duro, por terrible que sea el camino que nos espera, habrá que tomarlo.

Adiós, amor mío, mi niña querida, adiós, recia y dulce, tan dulce cuando quieres…. Te quiero sin arrepentimientos y sin reservas, con un gran impulso muy límpido que me colma por entero. Te quiero como me siento vivir, a veces, en las cimas del mundo, y te espero con una obstinación tan larga como diez vidas, con una ternura que no se agotará, el gran y luminoso deseo que tengo de ti, la tremenda sed que tengo de tu corazón. Te beso, te estrecho contra mí. Adiós otra vez, tu ausencia me resulta cruel, pero todas las dichas del mundo no valen lo que un padecimiento contigo. Cuando vuelva a tener tus manos en mis hombros, tendré a la vez la compensación de todo. Te quiero, te espero, no ya victoria, sino esperanza. ¡Ay!, qué difícil es dejarte, tu querido rostro va a hundirse una vez más en la oscuridad, pero te volveré a encontrar en ese océano que amas, en esa hora del atardecer en que el océano tiene el color de tus ojos.

Adiós, tengo el corazón lleno de lágrimas, pero sé que dentro de dos meses empezará la auténtica vida, que beso ya en tu boca.

A.

67 — Albert Camus a María Casares

5 de julio [de 1949]

Hasta hoy no he escrito sino en mi diario, pero lo he hecho fielmente todas las noches, acabando así el día a tu lado. No he puesto en él sino los detalles

de cada día de una vida monótona, pero no he escrito nada que no fuera para ti, que no estuviera dirigido a ti, que no coloreases tú. Esta marcha ha sido como un desgarramiento y no habría querido escribirte la espantosa pena ni esa especie de cobardía en que me hallaba. Cuando la tierra se desprendió de nosotros y luego, pasado Gibraltar, cuando las costas de España, y con ellas Europa, se alejaron, estaba hecho una completa miseria. Pero pasado mañana estaremos en Dakar y podré echar al correo una carta. Llevamos dos días en tu océano. El agua no es ya azul, sino verde. A mediodía, bajo un sol vertical, redondo y pálido dentro de una ganga de brumas, hemos cruzado «el Trópico» y, navegando rumbo a Dakar, me ha dado por primera vez la impresión de que iba en cierto modo a tu encuentro, hacia la carta con cuya esperanza cuento. Este largo silencio, esta ignorancia deprimente van a concluir. Que mi carta te lleve también la esperanza y la vida, un amor tan grande como esta mar incansable que me acompaña desde hace tantos días, mi grito hacia ti, cariño, y la confianza. Que no se me olvide: no llego el 20 a Río, sino el 15. Calcula lo que tarda el avión y escribe, te lo ruego, para que tu carta me esté esperando y me acompañe. Así no habremos tenido esos veinte días de silencio que tanto temía. Por mi parte, te escribiré inmediatamente. Pero ¿hace falta que lo diga?

La vida a bordo es monótona, ya te lo puedes imaginar. Tengo un camarote sobrio y desnudo, pero me gustan las celdas así y ese despojamiento. No me imagino la vida de otra manera, dejando aparte tu presencia. Me levanto a las siete, voy a ver la mar de la mañana, almuerzo, me doy un baño, voy a la piscina (que tiene tres brazadas de ancho y agua hasta la barriga), me tuesto al sol, luego vuelvo para almorzar, miro la mar de mediodía, duermo un poco, trabajo, ceno y acabo el día delante de la mar. Ha hecho bueno, la mar no ha estado picada más que desde Gibraltar.

Me gusta esto, estos grandes acontecimientos de a bordo: una vela de pescadores, o una manada de delfines, libres y orgullosos. Cine a veces: unas birrias americanas que dejo de ver al cabo de un cuarto de hora. Y la conversación. Tranquilízate, no nos han caído en suerte mujeres bonitas. En mi mesa: un profesor de la Sorbona, un joven argentino y una joven que va a reunirse con su marido. Decimos naderías, nos sonreímos y nos separamos. La joven me hace confidencias. Es que atraigo las confidencias, lo cual es una lástima cuando las confidencias son tan anodinas.

He hecho lo que me pedías, me he cuidado. Los primeros días. bastaba con que me echase durante el día para dormir. Estaba agotado, casi me quedaba dormido mientras comía. Pero los baños, el sol, el sueño, al aburrimiento de a bordo, mi sensatez también (nada de alcohol) y todo ha vuelto al orden. Estoy moreno, lozano, vestido con colores claros y me digo que a lo mejor ahora mismo te gustaría. Pero intento no decírmelo, padezco tu ausencia. A cada minuto me imagino lo que sería este viaje solo con que estuvieras aquí. Tú, la mar a nuestro alrededor, lejos del mundo y de sus gritos, en el maravilloso silencio de las noches, y todo se transfiguraría. Pero imaginarlo duele. Despierta el deseo, también, que a veces querría asfixiar en mí.

Por ahora aquí estoy, delante de esta mar que me ayuda, y solo ella, a soportarlo todo. Cuando apunta el día en esta inmensidad, cuando la luna pone un río lechoso cuyas aguas densas fluyen hacia el barco, o cuando la mar de la mañana se cubre de crines, aquí, solo en el puente, tengo mis citas contigo. Y todos los días tengo el corazón henchido como el propio océano, lleno de este amor torturado y dichoso que prefiero a la vida entera. Estás presente, dócil, entregada, como entregado estoy yo y, entonces, no puedo más de tanto amar. Allí resultará más difícil. Pero todo va a ir muy deprisa, cariño, otra cita llegará.

De momento, estoy esperando esta hora y tus cartas. Escríbeme con pormenores, dime lo que haces, lo que eres, lo que piensas. Que no se te olvide mi confianza, y que tu confianza es la única forma de corresponder a ella. Dímelo todo, no omitas nada, ni siquiera lo que pueda apenarme. No hay nada tuyo que no pueda entender, a lo que mi corazón no pueda dar acogida. Ahora sé que te querré hasta el final, en contra de todo dolor. Nunca te juzgué, ni aborrecí. Nunca supe sino quererte, pero lo he hecho con toda mi fuerza y mi experiencia, con lo que sé y con lo que aprendí. Solo a mí me aborrezco a veces, cuando te veo desdichada, u hostil. Eso es lo que no hay que olvidar. La imagen que me llevé de ti ha atravesado ya muchos dolores y muchas alegrías. Ya no va a cambiar. Ese rostro querido es mío, es lo más valioso que me he llevado y que he recibido en esta vida. Espérame, amor mío, salvaje mía. Te tengo presente esta noche como nunca. Me asfixio con tanto llanto que se me pone en la garganta al escribirte. Pero me imagino tu sonrisa, la veo también en esta foto que tengo delante y recobro la esperanza; tan fuerte es este gusto por la felicidad. Pero la felicidad que me viene de ti compensa de todo. ¿Dónde estás, amor mío? Voy errante por toda esta agua que nos separa, te llamo y ojalá me oyeras y este grito te arrastrase fuera de la desdicha por fin. ¡Besos desde lejos, desde cada vez más lejos! No se te olvide que no te estoy dejando, que te sigo paso a paso y que velo por ti y cerca de ti.

A.

6 de julio [de 1949]

Se alza el día sobre una mar metálica de reflejos cegadores. El sol se ha licuado en toda la extensión del cielo. El calor, húmedo y lacio, hace daño. Nos acercamos a Dakar. Me he despertado contigo. Tengo la esperanza de

dormirme esta noche con tu carta. Al menos aquí está la mía tal y como la escribí ayer, de un tirón, con el corazón palpitante. Ojalá te ayudase a preservar nuestro amor y leas en ella la ternura y el respeto que me entran a veces, en lo más violento de mi pasión por ti. Pongo todos los besos del mundo en la parte de abajo de esta página. Hasta pronto, cariño.

A.

68 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Lunes, 11 de julio [de 1949]

Cariño mío:

Tu carta no me ha llegado hasta esta mañana y con ella, un raudal de vida y de amor. La estaba esperando, la estaba esperando pacientemente desde el viernes y, aunque deseaba recibirla lo antes posible, también disfrutaba de esa espera que le daba a cada día una meta muy dulce y me consolaba pensando que cuanto más tarde la leyese, menor sería el tiempo de silencio que tendría que aguantar después, hasta el 25. Así y todo, esta mañana ya empezaba a estar preocupada —¿y si no habías podido echarla al correo?— y ha llegado para tranquilizarme, para animarme, para ponerme en la cara esa impronta de felicidad que tanto te gusta; porque no solo la tengo aquí, delante de los ojos, con el zarandeo de tus palabras prietas y cálidas, sino que me anuncia la siguiente para cinco días antes, es decir, para principios de la semana que viene.

Ya estás en la meta, una de tus metas, muy lejos al otro lado. ¡Bienvenido, cariño mío! ¡Feliz estancia! También ahí sigo estando muy

cerca, en esas tierras desconocidas, en ese idioma vecino pero ajeno, en ese aire que ya no es el mío, lejos de Europa y lejos de mi mar. Estoy… en el aire, en el sol, en la lluvia, en el fuego, en todo lo que me gustaría si estuviera contigo, en todo puesto que todo me gusta cuando estoy junto a ti.

Es preciso que esta carta te llegue el 15 y tengo que echarla al correo antes de esta noche; así que voy a ser lo más escueta posible, aunque lo veo bastante difícil.

Trabajo: *Orfeo* se rueda. Está decidido. En cuanto lo supe seguro, llamé por teléfono a Hébertot. Tendré que ausentarme de París, como estaba previsto, durante quince días o tres semanas como máximo, muy probablemente por el mes de septiembre. Las fechas aún no están fijadas del todo. El jefe estuvo muy amable, se disculpó por no poder, a su vez, darme más detalles sobre el periodo de ensayos, me informó de que había reanudado la relación con Gérard en perspectiva de Yanek[94] y ahí quedó la cosa. ¡Para ese viaje, no necesitaba alforjas!

Además, resulta que este proyecto se ha juntado con otro del que tenemos que hablar. A Kellerson[95] le gustaría volver a montar *El malentendido* con el mismo reparto y conmigo en el papel de Martha. Pretendía ensayar enseguida y empezar con las funciones al inicio de la temporada, pero es que, además de que para entonces yo andaré muy azacanada, creo que bastante fastidioso es ya que se reestrene *Calígula*[96] para añadir una tercera obra al «Festival Camus 1949». Así que le contesté que no iba a decidir nada antes de que tú lo autorizaras y, como él me animaba a convencerte, le contesté que nunca te aconsejaría nada que se te pudiera volver en contra solo por darle gusto a él. ¿Serías tan amable de decirme lo antes posible qué opinas de todo esto para que se lo pueda comunicar oficialmente a Kellerson?

Esto es todo en lo que al trabajo se refiere. De momento estoy con la

radio. Me es de mucho apaño: ya no tengo que preocuparme por el dinero, al menos durante el verano. Pero ¡qué pesadez! ¡Y esos estudios cerrados! Ahora estamos grabando, Odette Joyeux, Reggiani, Périer[97] y yo, una obra de Joyeux que, aunque a ratos está mal estructurada y resulta larga, no carece de cualidades. No es el tipo de texto que me gusta, pero creo que tiene muy buenos hallazgos.

Planes para vacaciones: ha venido el médico. Papá se encuentra mucho mejor, pero de momento sigue teniendo prohibido hacer viajes largos. En consecuencia, si la mejoría se confirma, Pitou, él y yo nos iremos a Ermenonville, donde nos quedaremos hasta finales del mes de agosto (a menos que vuelvas antes), y si para entonces el médico decreta que está lo bastante fuerte para coger el tren, me lo llevaré al sur para acomodarlo allí y que se quede el tiempo que haga falta.

Sea como fuere, de momento nos quedamos en París y muy probablemente hasta finales de julio. Te lo cuento para tu gobierno y para que le eches imaginación.

Vida externa: monótona. Desde que te fuiste, he salido poco. Los detalles cotidianos los encontrarás a la vuelta en el diario, que escribo fielmente todas las noches y que me sienta de maravilla. En general, me paso el tiempo tomando el sol en la terraza (mi «puente de barco») y leyendo.

A veces voy a pasar un día al Marne en piragua; a veces la rutinilla de todos los días la rompen las sesiones de radio. Si tengo que quedar con alguien, me las apaño para que sea entre las seis y las ocho, en casa, y si voy a algún espectáculo lo hago por la noche.

Me acuesto temprano y me duermo muy tarde (sobre las dos de la madrugada). Suelo despertarme hacia las nueve. Y casi todas las mañanas voy a dar un paseo por los muelles.

Lecturas: Diario de Tolstói, *La tierra de Théotime*,[98] *Cómo acaba el*

amor… (Tolstói). Todas las obras que estaban esperando que tuviera a bien leerlas y que ya formaban un buen montoncito.

Espectáculos. Pocos y los más llamativos: Anna Magnani en *Noble gesta*[99] y Piaf.

Relaciones. Restringidas. Veo un poco a Pierre [Reynal][100] y mucho a Mireille [Dorion], pero hablamos muy poco.

Papá, naturalmente, que está animado y cuya única presencia me ayuda más que todo lo demás, aunque no solemos coincidir en el mismo terreno.

Juan, *Ángeles* y la sobrina *Incarnacion*,[101] tan silenciosa que cualquiera diría que es muda.

Los demás: trabajo, radio, casualidad.

Robert [Jaussaud][102] me llamó desde Cannes para decirme: «Escriba a Dakar». La carta ya había salido, pero le agradecí cómo me reconfortó el corazón. Definitivamente, me cae muy bien.

He comido con Michel y Janine [Gallimard], que estuvieron de una amabilidad adorable.

Char me ha enviado su último libro, *Claire*,[103] con una efusiva dedicatoria que me ha conmovido.

Actualidad. El Tour de Francia sigue su curso caluroso, compacto, bullicioso y ruidoso, como de costumbre. Con una sola diferencia: no te dejan tranquilo ni aunque llegues el último. *L'Humanité* ha ofrecido una prima al que llegue el «ultimo»[104] a España. ¡Imagínate cómo van a recibir a estos señores al otro lado de la frontera!

Está el Tour de Francia y también el juicio de Joanovici.[105] Aparte, una curiosa tormenta en Portugal y algunos sucesos: hijos que siguen matando a papá o a mamá.

Yo: por la cara que pone la gente con quien quedo, estoy más guapa que nunca. «¡Es que menuda diferencia! Como el día y la noche». Para como

era antes resulta muy amable. El propio Roger Pigaut,[106] al que había visto hace unos días, ayer, en la calle de François-Ier,[107] no salía de su asombro y no lo entiendo. Debe de ser el color.

Esto es por fuera. Por dentro, en cambio, es más complicado; por eso no voy a extenderme hablando del tema porque sería demasiado largo.

Ha habido altibajos. Sobre todo bajos. Ahora creo que he alcanzado un estado más llevadero que está hecho de una especie de resignación.

Tu ausencia y las heridas que los desgarramientos de nuestros últimos días me habían abierto en no sé qué punto de lo más hondo de mí casi me vuelven loca. Pero, poco a poco, todo se va calmando y ahora parece que todo vuelve a estar en orden. Las heridas aún están dispuestas a abrirse de nuevo, lo noto en cualquier nimiedad, imágenes dolorosas que me persiguen aún de vez en cuando, pero los progresos se van asentando: me vuelvo a abrir despacio a la vida, dejo de estar encerrada, concentrada en mi pena, incapaz de respirar el aire de fuera, asfixiada, y cuando una imagen peligrosa me roza ya no siento en lo más hondo ese rugido tremendo, ese solivianto, esa maldad que se añadía a mi malestar y que me volvía tan horrible a la vista. Aún no he alcanzado la dulzura, pero tengo una sensación de amplitud que me llena los pulmones con aire del bueno. ¡Ay, sí, ya estoy mejor!

El día me resulta fácil. El sol lo quema y lo calcina todo en mí y dejo de ser, pero lo que se me hace más cuesta arriba, lejos de ti, es la caída de la tarde, la hora feliz, nuestra «hora feliz» en la que empiezo a abrirme como una flor nocturna, y la noche, hasta que me duermo. ¡Ay, la noche! En esos momentos me abalanzo sobre los libros. Son la única distracción que tolero. Las demás las temo demasiado por ahora y las rechazo.

La primera hora de la mañana me resulta tristona y difícil; así que, en cuanto me despierto, me echo a los muelles, eso me sienta bien.

Nada más, amor mío. ¿Y tú? Cuéntame. Cuéntamelo todo enseguida. ¿Tienes listas las conferencias? ¿Estás preparado? ¡Ay, amor mío, cómo me gustaría estar a tu vera, siguiéndote, esperándote! Me pides que confíe. Ya leerás mi diario. Nunca he sido tan sincera, ¿sabes?, podría enviártelo ya si no pesara tanto. No hay nada que no puedas saber ya, aun estando lejos de mí. Para bien o para mal, con dolor o con alegría, tu presencia se nota en todas partes; no hay un momento de mi vida en el que no estés tú, te lo juro.

Bueno, voy a dejarte. O mejor dicho, voy a desgajarme de ti. Escribe. Cuenta. Cada detalle me ilumina y me cuesta tanto imaginarte en esos parajes tenebrosos que todo lo que puedas decirme me resultará valiosísimo. Tú. Lo que piensas. Lo que haces. Lo que quieres. Todo.

Te espero. Te quiero. Te beso por toda la cara, por todo el cuerpo tostado, me abrazo a tu cuello y ahí me quedo.

M.

PS: En principio me había comprometido a ir a Biarritz al Festival Maldito, [108] cuatro días a final de mes, aunque no me apetece nada a pesar del maravilloso vestido que me he hecho para la ocasión, y cuanto más se acerca el momento, más noto que me va subiendo una enfermedad terrible para impedir que vaya. Aconséjame.

69 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

14 de julio de 1949

Cariño mío:

¡Hoy es fiesta! Aún hace bochorno, el cielo está lechoso, el calor aguanta

el tirón; pero aun así se nota más alivio que estos días pasados. Por todas partes *La Marsellesa*, la alegría, las faldas de vuelo claras, las camisas de hombre, el «farniente», las vacaciones, los bailes, los farolillos, las banderas, los tándems, etc. En mí, una melancolía, el recuerdo de otro 14 de julio, pero también la alegría, la esperanza, el amor inmenso, la plenitud, la vida.

Los días transcurren despacio, aparentemente monótonos. Mi horario sigue siendo el mismo. Puede que salga un poco más de noche, pues hace demasiado bochorno para pasear de día. Desde que te fuiste he bebido algunas cervezas, zumos de pomelo, cuatro vodkas en la cena de Graqc[109] y agua —ni una gota de vino, excepto, claro está, unos sorbos con el queso, cuando lo como, es decir, cuando veo que está agusanado—. Estoy esperando tu próxima carta y, con alegría o con pena, vivo por entero contigo. Cada vez me siento más animal y no del todo domesticada. Físicamente, la costumbre de pasar casi todo el día desnuda, con el sol en la piel, la pereza, los deseos reprimidos y el estar tumbada, me han traído una libertad, una tranquilidad, una seguridad al moverme que solo tienen parangón con las de las fieras. Me muevo bien, por impulsos suaves y bruscos, y con precisión, solo lo estrictamente necesario. Soy consciente de ello y, en esos momentos, me siento guapa. Todo esto es sencillamente para saciar tu imaginación y que puedas verme un poco cuando piensas en mí.

En mi fuero interno, sigo fielmente y con una sensibilidad poco común los cambios de tiempo. Tanto es así que la tormenta que llevaba planeando por encima de París estos últimos días ha influido mucho en mi bienestar y he pasado bastantes angustias de orden… ¿¿¿metafísico??? Anoche, el aire se despejó un poco. Hoy es agobiante pero ya no esterilizador. La vida enseguida prevalece en mí y, como siempre, sin consideración ni mesura. ¡Ay, la vuelta a casa de ayer, de noche, surcando París! ¡El viento, el Sena,

la luna llena a reventar, la belleza rodeándome por doquier, llenándome por doquier, cargada de ti, liviana por lo feliz que me haces, por mi esperanza, borrosa y radiante por el atroz deseo que creas en mí! ¡Ay, ese paseo por esta ciudad a la que tanto quiero contigo en mí! El viento fresco de la noche a través de mi blusa, sobre mi piel. Con ganas de tus brazos. Con sed de tu boca y de agua. ¡Sed del frescor donde se mezclaba el agua de tus labios! ¡Ay, esos instantes de asfixiante riqueza! ¡Qué terrible a la vez que maravilloso resulta, ojalá tuviera suficiente fuerza para aguantar en ese estado continuamente hasta tu regreso!

¡Caramba, me estoy poniendo lírica! No era mi intención; solo pretendía contarte las imágenes buenas y obsesivas que has dejado en mí, cómo se vuelca todo mi ser en lo que ha sido y en lo que espero. ¡Sienta tan bien! ¡Me has vuelto tan guapa! Qué le voy a hacer: ¡es preciso que lo sepas!

Me he planteado si todo esto no sería fruto del momento, del ambiente, y no tendría mucho que ver contigo. Pero tras madurarlo, llegué a la conclusión de que sí que eras tú el origen de todos mis deseos y si me imagino que tengo delante a otro —conocido o desconocido— dispuesto a tomarme, no hago sino cerrarme inmediatamente. Sí, eres tú y solo tú.

Ya no podría vivir sin ti, pensando que eres ajeno a mí; no podría soportar una ausencia de verdad, y aunque se me presentase con buena cara, una cara ancha, generosa, halagüeña, seguiría prefiriendo tenerte muy cerca, y volverme fea, apocada, humillada, malcarada. Nuestro amor podría perderse, licuarse, si yo optara por matarlo entre los dos, con nuestras propias manos, en lugar de abandonarlo para ganar mi autoestima y perder todo lo que da sentido a mi vida. Qué tontas, huecas, vanidosas e insensatas me parecen ahora las ideas que alguna vez se me han pasado por la cabeza.

Acabo de tener en la mano *El revés y el derecho*, que no había leído.[110] ¿Por qué estás empeñado en que es malo? Es joven, es lioso, es inconcreto a

veces, es más o menos interesante para el lector desinteresado, pero ofrece algunas páginas de inusual belleza e impulsos mal reprimidos tremendamente conmovedores. Más que en cualquier otro caso, aquí me he dado cuenta de que estás vivo y de que, si encuentras tiempo, tu novela será tan grande como *Guerra y paz*.[111]

Personalmente, no soy quién para juzgar, porque mientras leía me parecía todo el rato que te estaba oyendo contar esas cosas. Una pregunta: ¿alguna vez has llegado a sentir realmente la pobreza? Parece constantemente que has nacido cubierto de todo lo necesario y de todo lo superfluo. ¡Qué distinto a Guilloux![112]

Pero demos paso a las novedades. Mis planes de trabajo han cambiado para mejor y con ellos mis proyectos personales vinculados. Ya no me voy a Niza; todos los exteriores de mi película se van a rodar en París o alrededores. Le he comunicado la noticia al amo,[113] que se ha mofado de mí, que ha estado amabilísimo y que me ha comunicado otra noticia no menos agradable: no va a abrir la temporada con *Calígula* sino con otra obra de la que me ha hablado. He quedado con él la semana que viene para formalizar el contrato; voy a tener que hacerme con un arma de fuego para hacer valer mis razones con el respeto que se merecen. Parece ser que empezaremos a ensayar hacia el 5 de septiembre y que estrenaremos a finales de octubre. ¿Con quién? No lo sé, porque, por desgracia, han retomado la película de Gérard [Philipe], así que él ya no estará disponible.

¡Ya está! Y vuelta a los nervios. ¿Qué acogida nos espera? ¡Saldrá todo bien! Este texto es tan bonito, pero ¿resulta fiable mi juicio, puesto que, si definitivamente no me gusta la forma teatral pura como medio de expresión y carezco de suficiente inteligencia para dar una opinión firme sobre lo no me gusta, cómo voy a saber si, desde el punto de vista teatral, está bien o está mal? Y, además, todo esto no significa nada. ¿Quién, hoy en día, puede

prever si una obra va a ser un éxito o no? ¿Quién? Y aunque esta se pegue un batacazo, ¿qué más da? Lo importante es que salga bien para nosotros y que, incluso sin añadir nada, la presentación y la distribución se mantengan fieles y no traicionen nada.

En fin, ¡ya se verá!

En otro orden de cosas, he renunciado del todo al largo y aburrido viaje a Biarritz.

Y en lo que a lo demás se refiere, no hay cambios. Papá está cada vez mejor y estamos esperando su santa voluntad para marcharnos al campo. *Orfeo* no empieza hasta el 5 o el 15 de septiembre, aproximadamente. Sigo grabando para la radio. Leo, paseo, veo a poca gente que no sea la habitual. Altibajos. En todas partes, en todo momento, en cualquier estado de ánimo, te quiero. Te espero. Tú para más tarde; tus cartas para ahora. Cariño, cuando me escribas, cuéntame por encima qué programa tienes, para que sepa, aunque sea aproximadamente, dónde te encuentras; no te olvides de hacerme partícipe de tus impresiones y de contarme la acogida que te brindan a ti y a tus conferencias. Cuéntame también con qué te entretienes. Háblame de ti incansablemente, incluso de las cosas y de los momentos en que estás lejos de mí, en los que no estoy contigo. Hazte idea de mi absoluta ignorancia de cuanto te rodea y mándame algo de pitanza para que pueda esperarte.

Esta mañana, Pitou me ha traído una crítica del *Malentendido* que publicaron en *Mundo Argentino* el 8 de junio de 1949. Una bonita crítica inteligente que tengo guardada y que te enseñaré cuando vuelvas si no la has leído. Incluye una foto tuya, menos bonita.

Te quiero. Te quiero. Te quiero. Escríbeme todo lo posible, pero solo cuando te apetezca. Te quiero. Te beso, y si me ahogo por eso, qué se le va a hacer.

M.

PS: Te copiaré la crítica en francés y te la mandaré en el próximo envío.

70 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 14 de julio [de 1949],
pasando ante la ciudad de Victoria (en serio)

Querida mía:

Llegaremos mañana a Río y podré por fin mandarte una carta. Te escribo en una mañana radiante. La mar está amarilla y azul y todo conspira para hacer que lamente separarme de ella. Y eso que ha hecho muy malo estos últimos días: lluvia, viento, fuerte oleaje. Pero incluso así me gustaba esta mar y he pasado muchas horas a su lado. Recibí tu carta en Dakar y me ha acompañado hasta aquí, ayudándome a vivir por fin. La noche en que la recibí fue la primera en que dormí de verdad. La noche de Dakar era, por lo demás, como soñar despierto. Atracamos a las diez, me dieron tu carta. La leí y luego desembarqué en Dakar, a oscuras y extraña. Cafés con luces fuertes y alrededor inmensas zonas de sombra por las que andaban errantes, igual que yo, negros altos vestidos con suntuosas túnicas azules, y negras con antiguos vestidos multicolores. Me perdí por barrios remotos donde los negros me miraban pasar en silencio. Pensaba en ti y me sentía en el fin del mundo. En todo aquello solo reconocía el olor de África, olor de miseria y de abandono. A las dos ya estaba a bordo y por la mañana me desperté en la mar ilimitada por donde hemos navegado sin parar desde entonces.

Esto sobre los acontecimientos externos. La vida a bordo no añade nada

más. Regulada como la vida de un convento. Solo la mar es cambiante. He pasado con ella la mayor parte del tiempo. Era pasarlo contigo. Por las noches, resumía el día en mi cuaderno. Pero resumir ¿qué? Como el diario es solo un diario de acontecimientos, y no hay acontecimientos, te va a parecer muy pobre. Pero es cierto que puedo escribirte lo demás, contestarte, llamarte.

Te extrañaba mi llamada repetida: «Escribe a Dakar». Y es cierto que bastaba con haberlo dicho una vez. Desde que volvimos a estar juntos nunca has defraudado mis expectativas. Pero creo que he estado un poco loco todos estos días. No sé si te diste cuenta bien del estado en que me dejaron los últimos días en París. Me fui completamente extraviado, con el corazón en un puño y dolores que hacían gritar. Me parecía que estaba lleno de llagas, ya no sabía dónde esconderme ni dónde refugiarme. Esperaba que el remedio me llegara de ti, puesto que de ti me había llegado el daño. Esperaba esa carta de Dakar y, claro, la reclamé de forma irracional. Pero ¡es que la razón…!

Los largos días de mar al menos me han calmado. Han aflojado ese nudo doloroso que tenía por dentro, han adormecido un poco mis heridas más feas; sencillamente, me extraña no poder librarme de algo así como una tristeza que no me da tregua. Hacen falta un valor, una fuerza, de los que carezco. Es como si me faltase un resorte esencial que querría localizar en mí, al menos para sustituirlo y poder seguir adelante. Pero supongo que todo esto pasará y que volveré con mis fuerzas enteras.

Volver. Te imagino tostada, deslumbrante, vibrante de vida y me gustaría haber recobrado las energías para que el regreso sea lo que debe ser, una conmoción del alma y del cuerpo, satisfacer un hambre infatigable. Pero aún nos separan semanas. Habrá que ir consumiendo poquito a poco todos esos días, uno a uno. Luego llegará la recompensa. Me alegro de que hayas

rechazado Egipto, me alegro egoístamente. Sé que lo necesitabas y que a lo mejor va a complicar las cosas. Pero otros dos meses de separación eran un exceso de pena, algo así como una persecución con la que no tenía coraje para enfrentarme. Te lo agradezco, te quiero por haberlo hecho.

Adiós, amor mío. La mar, ante mí, está tersa y hermosa, como tu rostro a veces cuando tengo el corazón en reposo. ¿Te acuerdas del último 14 de julio? Este será solitario, me acuerdo de París. A veces, cierto es que lo aborrecemos, pero es la ciudad de nuestro amor. Cuando vuelva a caminar por sus calles, por sus muelles, contigo a mi lado, será la curación de una larga enfermedad, cruel como la ausencia. Pero de aquí a entonces sigo vuelto hacia ti, con no menos ansiedad que alegría, enamorado, como suele decirse. Pero el amor que te tengo está lleno de gritos. Es mi vida, y fuera de él no soy sino un alma muerta. Sostenme, espéranos, vela por nosotros y ten muy claro que te beso todas las noches, como lo hacía en los tiempos de la felicidad, con todo mi amor y mi ternura.

A.

71 — Albert Camus a María Casares

Río. Domingo, 17 de julio [de 1949]

Amor mío:

Estaba tremendamente decepcionado al llegar, por no encontrar tu carta. Pero llegó ayer y pude por fin asirte algo más que con la imaginación. Supongo que antes de escribirte con el corazón debo contestar a tus preguntas.

1) Me alegro de que *Orfeo* se ruede. Me alegro menos de esos exteriores

en septiembre. Pero no lo podemos remediar y lo esencial es que se te arreglen las cosas un poco.

2) Hay que decirle a Kellerson que espere al final de la temporada o a principios de la siguiente. En interés suyo en primer lugar. A continuación en el mío. Una obra habría bastado de sobra. En el estado de ánimo que tengo, me siento ya incapaz de regresar a la escena pública con todo lo que eso supone.

3) Tomo nota de que estás en París hasta finales de julio y en Ermenonville todo el mes de agosto.

4) No tengo opinión sobre lo de Biarritz. No concibo el interés o los inconvenientes que presenta para ti. Y, a fin de cuentas, es en función de ese interés que debes tomar una decisión. Queda la cuestión personal. Pero personalmente no tengo sino un deseo en lo que a ti se refiere cuando no estoy a tu lado: saber que estás en una habitación, sola, encerrada con doble vuelta de llave, hasta que llegue yo. Como comprendo que no es un deseo sensato, me resigno a que salgas… Pero eso es todo cuanto puedo hacer. No ha amado quien no haya soñado con una cárcel perpetua para aquella a la que ama.

5) Sigue habiendo en los rincones de tus cartas cosas que me persiguen. ¿Por qué: «los demás (a los que ves): trabajo, radio, casualidad»? No me gusta esa casualidad. ¿Por qué también: «¡Ay, la noche! En esos momentos me abalanzo sobre los libros. Son la única distracción que tolero. Las demás las temo demasiado por ahora y las rechazo»? ¿Qué es lo que temes? ¡Y no ves que ese temor me da a mí un temor más difícil y doloroso! Pero a lo mejor me equivoco, no has querido decir nada, y en tal caso tendrás que perdonarme. Tengo un corazón espantosamente atormentado desde que salí y nada lo remedia: país, rostros o trabajo. Vuelto hacia ti, inquieto, estúpidamente desdichado, no sé lo que ocurre y no me siento orgulloso de

mí. Pero te quiero y necesito también tu ternura y tu comprensión. Toda tu carta es tan buena, está tan llena de lo que me gusta en ti que debería limitarme a gritarte mi amor. Y también lo hago, seguro de que me darás acogida, incluso estúpido y desvalido.

Pero vale más que te dé los detalles que me pedías. Llegamos el viernes de madrugada. La bahía es maravillosa. Te ahorro las descripciones, que hallarás en mi diario. Nada más echar el ancla en la rada ya estaban los periodistas a bordo. Fotos, preguntas sobre el existencialismo; Brasil en ese aspecto se parece a todos los países. Luego nos remolcaron hasta el muelle. Nada más desembarcar, un torbellino. Indico al azar: almuerzo con un escritor que se llama Annibal;[114] recepción por la tarde con un traductor de Molière que le ha añadido un acto al *Enfermo imaginario*, obra que comete el yerro de no llenar una velada completa; un filósofo polaco latosísimo, unos biólogos y unos actores negros que quieren montar *Calígula* en plan negro. Cena con un poeta católico y diabético, y hombre de negocios que, en un Chrysler enorme que conduce un chófer con galones, repetía plañideramente: «Somos una pobre gente mísera. No hay lujo en Brasil». Pero tengo escrita toda la escena. El sábado, almuerzo en casa de una novelista traductora crítica de arte donde conozco a novelistas, periodistas, etc., etc. ¡Y, por supuesto, me salto a unos cuantos! Me horroriza esta vida y es la última vez que me pescan. Vivo en la embajada de Francia, en un ala completamente vacía. Me llevaron al hotel más lujoso del lugar, tipo americano, algo así como un caravasar poblado de extranjeros riquísimos. Me negué, espantado. Y estoy encantado de haberlo hecho. Tengo una habitación y un cuarto de baño con un balcón que da a la bahía, un mozo que quiere hacer carrera, pero duda entre el boxeo y la canción, y una cama sin somier. Duermo en una tabla, o algo por el estilo.

Pero tengo una paz regia. Y la necesito.

Por lo demás, está la ciudad, encajonada entre las montañas y la bahía, un hormiguero a ratos y, en otros, lánguida. Las noches son hermosas. A lo largo de la bahía, en un trecho de kilómetros, los enamorados se sientan en los parapetos. A veces los miro. Fui anoche, con un actor negro,[115] a bailar la samba a un baile negro. Muy decepcionado por la forma en que la bailan: como si estuvieran cansados, con un ritmo flojo y con muy poco encanto. La bailas tú diez veces mejor.

Anteanoche vi también una «macumba». Ya te lo daré a leer. Pero es una ceremonia de danzas y cantos en que los negros de aquí, que han mezclado las religiones africanas y la religión católica, festejan a unos «Santos», como san Jorge, por ejemplo, pero a su manera, es decir, invitando al santo a que baje para unirse a ellos. Imagínate, en algo así como una cabaña con el suelo de tierra batida, danzas y cantos que duran toda la noche hasta que todos caen al suelo convulsionándose en un ataque espantoso. Salí de allí horrorizado y atraído. Pero seamos aún más concretos: me levanto a las ocho. Trabajo (el diario y unas cuantas bobadas) por la mañana. Almuerzo en compañía. Por la tarde, paseos por la ciudad y alrededores. Cena en compañía. Después de la cena, curiosidades. Me acuesto entre las doce y las dos. Leo *Don Quijote* antes de dormirme.

Mi programa. Primera conferencia: Río, el miércoles 20.

El jueves me voy al norte, a Recife y a Bahía (compra un mapa), dos conferencias, y vuelvo el lunes 25. En esa semana la segunda conferencia en Río. A finales, me voy a sur, São Paulo y Porto Alegre. Conferencias. Vuelvo a mitad de la semana siguiente. Tercera conferencia en Río. Unos días más y me voy al Uruguay. Después, no lo sé. Pero tienes que seguir escribiendo a Río. Así de sencillo; y, si puedes, escribe mucho. Hay un oxígeno que aquí me falta. Y, cuando callas, voy desfalleciendo.

Y a lo mejor ha llegado el momento de que deje hablar a mi corazón.

Ayer, en el baile negro, pensé que ya no me gustaba nada. Salvo tú, no me interesa nada realmente. Tomo nota de todo lo que veo, intento participar en mi vida, me esfuerzo en escribirte con normalidad, para hablarte de este viaje, me pongo a ello muy concienzudamente, pero durante todo ese tiempo no deja de estremecerme una impaciencia tan dolorosa que me haría salir huyendo o echar a rodar cuanto tengo alrededor. Nunca he estado así. En los peores momentos, tenía una reserva de fuerza y de curiosidad. Y bien sabes que odio la indulgencia. Pero razonar no vale de nada, todo esto me supera. Me pregunto si no será algo físico. El clima, bochornoso y húmedo, me cansa. Se me ha ido el bronceado del barco y no me noto con muchas energías, en cualquier caso menos que al desembarcar. Lo cual favorece una distracción que llevo por dentro continuamente, un ingrato vacío que me desvía de todo. Y entonces la cosa trata de ti, de mí. Pienso en qué estás haciendo, en qué has dicho.

Es un nudo doloroso y exaltado, en el que se juntan mil cosas. Entonces espero a que se me pase. Es lo que hago siempre, por lo demás, y hago mal en decirte todo esto. Pero ¿a quién se lo iba a decir en el mundo entero? Te espero, espero el apaciguamiento de cuando cae la tarde, espero nuestra hora, la luz oblicua, esa pausa entre el día y la noche. La paz llegará seguramente. Pero no me imagino más paz que la de nuestros cuerpos unidos, nuestras miradas entregadas una a la otra, no tengo ya más patria que tú. Espérame, niña mía. Escríbeme, escribe cuanto puedas. Tantos mares me separan de ti. ¿Dónde buscarte? ¿Dónde esperarte? ¿Cómo curar sin ti la pena que me asfixia? Te beso, mi único amor, te estrecho contra mí. Los días pasan, pero tan despacio como noches de insomnio, y ya no puedo seguir soportándome. Escribe.

A.

Perdóname si no hay motivo para escribir esta carta.

Lunes, 18 de julio de 1949

Cariño mío:

He recibido tu carta del día 14 esta mañana, antes de irme al Marne a montar en piragua, y me ha dejado trastornada. De entrada no he podido entresacar lo que contenía para que arraigara en mí esa incógnita acuciante y aguda que he acarreado durante todo el día. He indagado; le he dado vueltas y más vueltas al recuerdo de tus palabras, tus frases, y he acabado convenciéndome de que solo estaba experimentando a mi vez la tristeza que se desprende de cada línea de tu carta. Aun así, por la noche, al volver a casa, he vuelto a leerla, y también he vuelto a leer las otras, anteriores, y he llegado a una conclusión que me ha espantado y que, por lo demás, quizá carezca de todo fundamento.

Me he resuelto a escribirte sin más demora; si estoy equivocada, perdóname; pero si en aquello que me impulsa a escribirte existe el menor atisbo de verdad, amor mío, por lo que más quieras en este mundo, escúchame bien.

En las primeras cartas tuyas que recibí después de que te fueras, a menudo apelas a fuerzas, a energías renovadas para hacer que triunfe nuestro amor. Al leerlas, no quise ver sino una necesidad legítima de salud física y anímica que he echado abajo con mi actitud increíble. Querías volver a mí descansado, lavado, fortificado, para tener en la mano esas bazas de la felicidad y regalármelas. Eso fue lo que entendí y por ello te amé. También he pensado en las resoluciones alocadas fruto de un momento

de desesperación (conozco perfectamente ese estado en el que habías caído, antes de marcharte); pero ni por un segundo me imaginé que cuando volvieras a tu ser pudieras demorarte en semejantes aberraciones, si, a pesar de todo, existieran.

Entonces, llegó tu carta de Dakar. Era tal y como me la esperaba. Un crucero debe de ser como un paréntesis en el que uno solo se lleva lo que le gusta o lo que elige, durante un tiempo, está en cierto modo fuera de su propia vida, es una tregua del mundo que no se recupera sino al final del viaje, en tierra firme. Como me imaginaba, te noté más relajado, aunque todavía convaleciente, algo calmado y dispuesto a ir por el buen camino lento, algo melancólico, nostálgico pero sosegado como yo quería.

Y, por fin, la última carta. El viaje era demasiado corto, como me temía, y la tierra apareció en el horizonte, pillándote sin haberte recuperado aún. La vida se reanuda. La rueda, con todos sus problemas acuciantes. Vale que es angustioso; pero ¿qué es lo que te entristece y qué fuerzas extraordinarias, qué energía sobrehumana estás buscando, aparte de las que se necesitan siempre para vivir?

Amor mío, amor mío querido, te lo ruego, si en los pensamientos que me asedian ahora mismo hay algo cierto, si el valor que pides va a servir para destruir sea lo que sea, te lo ruego, ¡no sigas!

No tenemos nada que hacer, no podemos hacer nada, no debemos hacer nada más que querernos, querernos todo y lo mejor que podamos, hasta el final, en nuestro propio mundo, al margen del resto, en nuestra isla, y apoyarnos mutuamente para lograr que nuestro amor triunfe solo por su propia fuerza, por su propia energía, en silencio. Entonces, quizá, y solo entonces, nos será dado que pueda resplandecer a ojos de todos, que todos se enteren (por lo demás, ¿qué va a aportar que se sepa?). Si ha de llegar ese momento, se impondrá, no tengas cuidado, se nos impondrá con toda

sencillez sin exigirnos que peleemos, sin que suponga un sufrimiento o una pena para nadie.

De momento, estamos pagándolo. Hemos cometido ambos un gran pecado, si se puede considerar pecado. Hemos fingido amar, incluso nos lo hemos creído, hemos dado por buenos lo que eran espejismos de amor, por descuido, quizá, por desdén, por impaciencia, seguramente; por falta de fe también.

Eso lo tendremos que pagar y, antes de alcanzar nuestro paraíso, habrá que ganárselo. Quizá algún día se nos permita entrar en él: ¡con mucho amor se pueden hacer tantos milagros!

Hasta entonces, va a ser muy duro, lo sé tan bien como tú. De momento, me resulta fácil imaginar la claridad y la bondad que hay entre nosotros; pero sé que llegarán horas en que tu presencia y la de tu vida en ti me van a volver una persona amargada, mala, egoísta, soliviantada erróneamente, cruel, y que incluso harán que me cierre a tu amor. Ahí te estaré esperando para que me ayudes y sé que aunque no sea tarea fácil, sabrás salir airoso, si me quieres; ya lo has hecho varias veces. Por mi parte, intentaré hacer otro tanto. Para eso tenemos que hacer acopio de toda nuestra energía y nuestras fuerzas, solamente para eso, y tenemos que hacerlo con alegría y esperanza.

Escúchame, cariño mío; ábrete a mí por completo; yo no sé expresarme, yo no sé hablar y aún menos escribir, pero todo lo que te estoy diciendo aquí lo siento tan profundamente que tiene que notarse y alcanzarte. Te hablo poniendo el alma entera en mis labios, tras una larga reflexión. He soñado con una vida contigo y te juro que me cuesta renunciar a ella, pero precisamente porque se me hace tan cuesta arriba tienes que creerme. Si piensas en mi felicidad, plantéate que hay algo más horrible que los sufrimientos que he podido o que puedo experimentar en la situación en la que nos encontramos: es el desgarramiento atroz que viviría sabiendo que

estás reñido con tu conciencia, medio roto y escorado hacia un amor ganado malamente en el que me sentiría una extraña y una criminal.

No, por favor te lo pido, olvida todo cuanto haya podido decir, tápate los oídos el día en que me dé por volver a gritar frases malvadas, quiéreme mucho, mucho, y prepárate, rodeado de paz y de luz, para la vida que nos es dado compartir y cuyo destino solo podemos aceptar sin desfallecer. Así es como te he querido. Así es como te voy a querer siempre y si pretendes verme feliz y grande, aunque solo sea a ratos, es la única forma a tu alcance para conseguirlo. Te quiero.

Maria

73 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Domingo, 24 de julio [de 1949] *(por la noche)*

Cariño mío:

Hasta ayer no recibí tu carta del día 17. Estaba empezando ya a marchitarme, a resecarme, a volverme tan árida como el más árido de los desiertos. Llegó en el momento crítico y la alegría de recibirla, de poder por fin fijar mi imaginación en hechos concretos, en un marco más familiar, al principio me cegó tanto que no me percaté de tu pesar. Pero voy a ir por orden; de otro modo, no voy a aclararme nunca.

¡Ir por orden! Como si fuera tan fácil.

Ya ha pasado un mes desde que te fuiste y toca esperar al menos otro mes hasta que vuelvas. Afortunadamente, con esperanza los días se me hacen más cortos y con tus cartas las semanas tienen una meta.

Cuando me pongo a escribirte, me doy cuenta del caos en el que estoy

sumida. Ya no sé ni dónde estoy. Me paso el día contigo. Pienso constantemente en ti. Vivo contigo todo lo que me sucede y por la noche te vuelvo a contar todo lo relacionado con mi vida solitaria, en secreto, en mi diario. Aunque no tenga nada nuevo que decirte, arrojo, a voleo, en las páginas del cuaderno (¡el segundo ya!), todo lo que se me pasa por la cabeza (y otras partes), te cuento cualquier cosa, porque me parece que mientras te escribo, me siento más cerca de ti.

Lo malo es que el resultado de todo esto es un batiburrillo tremendo cuando se trata de enviarte una carta para ponerte al tanto de las novedades, los proyectos, etc., porque me pregunto todo el rato si la sensación que tengo de «estar repitiéndome» es real o no. En fin, resumiendo, voy a tratar de contarte las últimas noticias para luego poder contestar a tu larga carta.

1) *Proyectos*: últimamente, a papá, que se encontraba muy bien los últimos diez días, le ha subido la fiebre de golpe, vete a saber por qué. La temperatura va bajando, pero mi esperanza de ir a pasar una temporada a Ermenonville se ha quedado muy maltrecha.

2) He rechazado ir a Biarritz so pretexto de un viaje urgente a Suiza por motivos personales. (Por cierto, esa idea tuya de la cárcel perpetua me gusta mucho, y de momento, hasta que vuelvas, no me apetece nada rebelarme).

3) He almorzado con Cocteau. Empezamos a rodar *Orfeo* el 12 o el 15 de septiembre.

4) Todavía no he visto a Hébertot; no me ha telefoneado. Serge Reggiani, con quien estoy grabando en la radio en este momento, cuenta con poder actuar en tu obra e incluso lo ha anunciado en una entrevista; pero no quiere decirle nada al amo hasta estar seguro del todo.

Actualidad:

1) El Tour de Francia terminó. Creo que ha ganado Coppi.

2) Han condenado a Joanovici a cinco años de cárcel y le van a confiscar

todos sus bienes hasta un valor de cincuenta millones. Tiene una pinta lastimosa.

3) Han condenado a Abezt a veinte años de trabajos forzados.[116]

4) Niños pequeños siguen exterminando poco a poco a tu generación.

Vida cotidiana: monótona. Grabaciones. «Puente de barco». Marne. (Único acontecimiento: almuerzo con Cocteau). Paseos por París más o menos frecuentes. Lecturas. A partir del día 27 solo veré a Pitou, porque pienso condenar el teléfono y encargar que le digan a todo el mundo que me he ido a Suiza. Estado de ánimo. Mejor. Soy toda amor y solo amor y aunque los días se me hagan largos, me resultan más tolerables. Será aún mejor en el mes de agosto.

Y hasta aquí lo referente a mí y a mi vida de «Bella durmiente del bosque».

Ahora, pasemos a ti y a tu carta.

1) Me da mucha rabia enterarme de que llegué demasiado tarde para recibirte en Río. Escribí en cuanto supe que llegabas allí el día 15, pero me he enterado por las malas de cuánto dura el trayecto.

2) Aunque *Calígula* ya no se represente, ¿tengo que comunicarle de todos modos a Kellerson tu respuesta sobre *El malentendido*?

3) ¡Ay, amor mío!, por favor te lo pido, no busques en mis pobres y torpes frases significados ocultos y demoniacos que nunca han querido tener.

Los demás (con quienes me encuentro), en mis cartas, no son más que los demás, es decir, aquellos que no son allegados; ejemplos: Lucien Nat, Fernand, Fabre, Jacqueline Morane,[117] etc., etc., todos aquellos a los que veo a veces y con quienes cruzo algunas palabras.

Esa casualidad que tan poco te gusta me ha conducido hasta seres de lo

más variopintos a quienes conozco por casualidad por la calle o en los espectáculos.

Ejemplos: [Julien] Gracq, Placide (la paisana de Ángeles), Jean-Jacques Vierne,[118] etc., etc.

Y si grito «¡Ay, la noche!» es porque de noche ya no hay sol, ni trabajo, ni ruido, ni nadie a mi alrededor y porque entonces, cara a cara con tu ausencia, ya no puedo impedir que todo aquello que he llevado tan encerrado y tan metido en lo más hondo de mí, durante todo el día, salga y revolotee a mi alrededor en una especie de «macumba» desenfrenada. «¡Ay, la noche!» porque de noche es cuando más me espantan la soledad y el deseo.

En cuanto a las distracciones que no son los libros, no quería admitirlas mientras te escribía, porque todas ellas me volvían a llevar a ti y al sentimiento de tu ausencia de una forma más intensa y más dolorosa que la que consiste en no dejarte ni un instante. Ahora que es época de esperanza, quizá podría admitirlas; solo que no me distraerían. No, cariño mío, no he querido decir nada que pudiera atormentarte. Eres un imbécil adorable y te perdono. A quien no perdono es a mí misma por ser incapaz de expresarme.

Queda tu vida, que me cuentas de manera tan fiel. ¡Pobre amor mío! ¿De verdad tienes convertirte en esclavo de esos latosos que hilan tan requetefino tremendísimos pedantes nuevos ricos de nacimiento enfermos de atar lerdos consumados? ¿No puedes permitirte mandarlos a hacer puñetas a todos juntitos y dejar a tu lado a los que puedan interesarte, conmoverte o divertirte?

Ay, pobre cariñito.

¿Por qué no tienes colchón? ¿No puedes pedir uno en ese país donde estás?

¡Menos Chryslers y más colchones!

«¡Más tocino y menos corbatas!». Me alegro de no decepcionarte en cuestiones de samba. Por lo demás, ya lo sospechaba, los brasileños estos son demasiado holgazanes.

Duermes poco. Madrugas demasiado porque por la noche tienes que salir: se trata, entiendo, del mejor momento del día. Procura descansar mucho, cariño mío, y cuando vayas a bailar o a comer con gente, no bebas demasiado.

Y aquí es cuando llego al meollo de mi carta.

El otro día dudé mucho antes de enviarte la carta en la que te decía cosas sin acabar de saber si respondía a una de tus angustias o no. Desde entonces, he estado pensándolo y temiendo haberme equivocado sobre el objeto de ese pesar que parece que ya no te deja. Pero hoy ya no lamento nada y, por otra parte, aunque lo que dijera no viniera a cuento, para ti sí que significa algo de mí y no está de más que lo que sepas.

Cariño mío, por amor de Dios, una vez más, olvida todo lo que te he dicho y ten la certeza de que soy feliz y solo deseo una cosa: ¡que vuelvas! ¡Ay, no sé cómo decírtelo! Te quiero. Te quiero con todo y contra todo, con todos y contra todos, y el mero hecho de quererte tanto me llena por completo la vida. No pido ni quiero nada más.

Estate en paz y, sobre todo, cuídate, cuídate mucho. Tiemblo cuando pienso en tu salud, que intuyo frágil en esos climas funestos, seguramente, para todo ser humano digno de tal nombre. Amor mío, amor mío querido, mira mucho por ti.

Dime pronto en qué fecha vuelves aproximadamente. Dime si quieres que vaya a buscarte al aeródromo. Dime en qué momento tienes pensado ir a Aviñón a buscar a Francine, a los niños[119] y a Desdémone.[120] Dime, más o menos, cuánto tiempo te vas a quedar allí. Dime cuáles son tus planes para que pueda tener la esperanza de una vida nuestra cuando vuelvas y

hacer que la mía coincida con la tuya en la medida de lo posible. Dime todo lo que llevas dentro, en el corazón, en la cabeza. No omitas nada, aunque pienses que puede disgustarme. Dime qué te disgusta a ti. Dímelo todo. Te quiero y nada podría dolerme tanto como saber que estás triste pero no el porqué para poder prestarte ayuda. Te quiero.

M.

74 — Albert Camus a María Casares

Río, 10 y media de la mañana, 27 de julio [de 1949]

Querido amor mío:

Volví anteanoche de Bahía y me encontré con tu carta del 18 de julio. Pero he vuelto para meterme en la cama con una fiebre y una gripe tremendas.[121] Me pasé el día de ayer acostado, incapaz de escribir. Pero sí era capaz de pensar en tu carta y no he dejado de hacerlo. Esta mañana estoy mucho mejor.

Has entendido bien mi intención, no voy efectivamente a extenderme sobre el tema. Y quiero decirte sin más demora que tu carta es tan excesivamente angustiada, tan excesivamente persuasiva que no puedo por menos de intentar hacer eso que crees que es lo mejor. Pero querría hablarte con el corazón entero, como siempre lo he hecho, y decirte al menos que no me fío mucho de que sea lo mejor. Seguir con mi vida es seguir desempeñando mi papel; es, a decir verdad, irme al sur, o donde sea, cuando sea necesario, acompañar a los que me rodean, separarme de ti a veces; es intentar evitar sufrimientos inútiles, es escoger la bondad tanto como sea

posible. Y todo esto, que puede muy bien imaginarse en teoría, es en la práctica insoportable ante un ser como tú. Cada una de las consecuencias, cada una de las evocaciones de esa vida, repercutirán en tu actitud, lo sé. Y a mí me basta una cara hosca tuya para que todo me abandone.

No cabe duda de que todo ello sería posible en última instancia si me ayudases. En última instancia. Pues aún quedaríamos yo y la desdicha que siento en cuanto vivo en la mentira y esa sensación de asfixia que me acompaña días y más días. Pero es cierto que estoy decidido a todo si tú me apoyas. Creo, sin embargo, que no me ayudarás. No es que vayas a carecer de generosidad ni de amor, mi niña, sino de fuerza física. Estallarás, y vendrán entonces una expresión impenetrable, palabras terribles y comportamientos que no consigo olvidar. Te quiero tan hondamente que puedo resistirlo mucho tiempo y seguir conservándote a fuerza de amor. Pero en todas las ocasiones se me destruye esa fuerza y podría llegar un día en que ya no tenga ni siquiera fuerza para retenerte. Solo la tendría para sufrir.

A lo mejor estoy equivocado. Al volver a leer tu carta encuentro en ella en todas las ocasiones un fuego y una decisión que me devuelven la esperanza. Sí, es en tu felicidad en lo que pensé y en lo que pienso. Bien lo sabes, y que nunca he deseado nada que no fuera ese fuego, a veces, en tu rostro. Durante esos largos años en que estabas lejos, me decía que, si tuviera la seguridad de que eras feliz, la amargura en que me hallaba desaparecería. Pero no llegaba a creer en esa felicidad. Ahora gran parte de mi sufrimiento lo compone mi impotencia al respecto, y la espantosa idea que se me ocurre a veces cuando me digo que a lo mejor te estoy impidiendo dar con la vida que te convendría. Pero tu carta me convence de que lo que me gustaría hacer tampoco te haría feliz (¡ay, no eres consciente de la elocuencia de que eres capaz!). Así que todo descansa, efectivamente,

en la fuerza de nuestro amor. Y es cierto que nunca he puesto esperanzas sino en él.

Yo también, amor mío, he soñado y sueño con una vida contigo. Pero en otras ocasiones, cuando me encuentro en un callejón sin salida, he soñado con un compromiso superior, algo así como un matrimonio secreto que nos hubiera reunido por encima de las circunstancias en que estuviéramos tú o yo, un vínculo admirable que habríamos reforzado sin cesar, inasumible para los demás, pero, para nosotros, un auténtico cordón umbilical. Pensaba entonces que tú y yo, con nuestra mutua seguridad hasta la muerte, que es como lo siento, podríamos entonces vivir lo que había que vivir, pero dejando intangible el mismísimo corazón de la vida, de nuestra vida, regresando el uno a la otra con la misma certidumbre, el mismo entendimiento, la misma ternura. Una patria perpetua para nosotros dos, para nosotros dos solamente, ¿entiendes? Una certidumbre tan honda y tan natural que vuelva todo lo demás fácil y que nos haga libres y mejores con los demás; ¿un sueño seguramente? Pero no correspondemos al patrón habitual y quizá no es posible que tengamos el destino de todo el mundo; lo que nos faltó hace cuatro años fue la certidumbre mutua de nuestro amor. Ahora la tenemos. Apoyados en esa certidumbre, todo es posible, todo sin excepción. He deseado toda mi vida la complicidad (en el buen sentido de la palabra) total con alguien. La he hallado contigo y, al mismo tiempo, un nuevo sentido a mi vida. Así que, a lo mejor, podemos efectivamente afincarnos por encima de todas las cosas. En cualquier caso, será o ese sueño o la destrucción.

Pero también es cierto que prefiero avanzar contigo hacia la destrucción que tener una cómoda soledad. En cualesquiera circunstancias, y puesto que todo depende de nuestras fuerzas, no podemos ya ceder a la desdicha sin

haber luchado hasta el agotamiento. Y te quiero tanto que eso debe bastar para darme una energía inagotable.

Esta es una carta muy insensata, niña mía. Pero te digo a la vez mi duda y mi esperanza. Basta con que entiendas que mi esperanza solo descansa en ti. Que conozco suficientemente mis fuerzas, mis dotes, mi amor para abordar con confianza todo cuanto de mí dependa. En lo que a ti se refiere, he derrotado sin esfuerzo ese gusto por la destrucción que compartía contigo. No tengo la seguridad de que tú hayas hecho otro tanto. Te he dicho a menudo que era la pendiente más fácil. Lo que se nos brinda es un camino cuesta arriba. Pero conozco también demasiado tu alma y tu exigencia para dudar de ti y de tu decisión. Fuere como fuere, abandona tu angustia. No haré nunca nada sin que estés conforme. Tu conformidad, tu aprobación a fondo, eso es todo cuanto tengo en el mundo y todo cuanto deseo de verdad. Escríbeme pronto para decirme que me quieres y que me esperas. Dame fuerzas para acabar este interminable viaje y perdóname por no haber sabido darte sino una felicidad difícil y atormentada. Pronto acabará el destierro y te tendré pegada a mí. Pronto tu rostro, tu pelo y tu leve temblor en mis brazos. Sí, hasta pronto mi amor. De ti vivo mientras tanto.

A.

75 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Sábado, 30 de julio de 1949

Cariño mío:

Un mensajito solo para evitar que te quedes mucho tiempo sin saber de

mí; hoy sería incapaz de contarte nada de nada. Llevo varios días con una preocupación horrible a cuestas, que esta mañana adopta la forma de angustia atroz y de una soledad sin nombre que se parece mucho a una especie de muerte. El 23 de julio recibí la última carta tuya que me ha llegado, fechada el 17. Desde entonces, nada. Hoy estamos a 30. ¡Siete días de silencio! Ya sé que el correo tarda un tiempo infinito en llegar a su destino; pero, aun así, desde el día 17, ¿no has mandado nada que yo pudiera haber recibido entre el 26 y el 30? Sé que te has ido de viaje, pero si has decidido suspender la correspondencia durante los desplazamientos, ¿por qué no me has avisado y por qué no me enviaste una notita antes de salir de Río para que fuera paciente? Por muchas vueltas y revueltas que le doy al problema, no lo entiendo y recelo del nerviosismo que tengo, aunque así y todo creo que he mantenido bastante la sangre fría para ver las cosas con ojos casi razonables. Me niego a otras eventualidades que me rondan la imaginación; me digo a mí misma que si se hubiese producido un acontecimiento imprevisto, me enteraría sin tardanza por vías de primera mano o indirectas, intento convencerme con todas mis fuerzas, pero porque creo en ti y en tu amor, hay momentos en que rechazo la idea de que puedas callar durante tanto tiempo por propia voluntad y, entonces, con la esperanza y la imaginación al límite, me entra el vértigo y caigo indefinidamente en la angustia más insufrible. En este momento rezo por que mi soledad sea fruto de tu pereza o de tu despiste. Rechazo desesperadamente cualquier otra suposición y dedico todas mis fuerzas a alejar las ideas insensatas que me van asediando.

Por nada en el mundo quisiera infligirte semejante tortura; he esperado día tras día noticias tuyas para contestarte al mismo tiempo que te escribía; esta mañana me he decidido a hacerlo aunque me sienta sin recurso alguno para contarte nada. Puede que cuando recibas esta carta ya haya encontrado

la paz; de modo que no te preocupes, pero tampoco me dejes, por favor te lo pido, en este vacío atroz que no puedo seguir soportando. Te quiero, amor mío querido, con mi alma, con toda mi vida.

M.

76 — Albert Camus a María Casares[122]

Miércoles, 3 de agosto [de 1949], *10 de la mañana*

Querido amor mío:

Salgo dentro de unos momentos para São Paulo, y luego hacia el sur, hasta Chile. Un par de líneas solo, pero con todo mi corazón y mi amor para contestar a la carta angustiada que acabo de recibir. No creo haberme pasado siete días sin escribirte durante mi viaje al norte. Ha debido de ocurrir algo en los envíos. Pero es cierto que deberías haber recibido ya mi carta que te lo explicaba, que pasé tres o cuatro días en que me fue imposible escribirte y en que estuve enfermo también. Pero me duele pensar que te he preocupado y no haberte ayudado con mis cartas durante ese tiempo. Tienes que perdonarme, mi amor querido. Vivo aquí como un loco, pendiente de no despegarme de lo que hago, porque entonces me hundiría. Me cierro a los días para que los días pasen menos despacio. Y, además, está el cansancio, un cansancio lento y difícil… Pero todo irá bien y este mes es el mes en que nos reuniremos. *¡Estaré en París a finales de mes!*

Lo peor es que tus cartas van a llegarme con mayor dificultad, me irán persiguiendo por espacios de nunca acabar. Y, sin tus cartas, me quedo sin coraje. Gracias por escribirme tan bien y con tanta frecuencia, gracias alma mía, mi amor querido. Solo, sería capaz de cualquier cosa. No puedo, no, no puedo hallar la paz aquí. Sino cerca de ti, por fin y pronto cerca de ti, eso es

cuanto me importa. Te escribiré largo y tendido desde São Paulo. Contestaré a lo que me preguntas. Pero aquí, antes de embarcarme, es a tu carta a lo que contesto con tanto fervor y confianza que ya lo estás notando, ¿verdad? Adiós hermosa, pequeña, tibia y tierna. Te quiero y te deseo. Te espero como se espera el descanso, la patria… ¡Te beso, beso tu querida boca!

A.

Sellos para Angèle, y besos.

Cheque para Pitou. Que se quede con él.

77 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves, 4 de agosto [de 1949]

Cariño mío:

Te preguntarás por qué no he contestado inmediatamente a tu última carta del 27 de julio, porque la recibí el primer día de este mes que me va a traer la esperanza y la vida. Voy a tratar de explicártelo, pero antes que nada quiero saber cómo te encuentras. ¡Tengo tanto miedo! Esta noche, me enteré por mi padre de un accidente de avión en Brasil y me quedé sin coraje de golpe. Por no decir que los climas de esos países me parecen irrespirables y estoy deseando verte pisar tierra firme en Francia.

A París se le ha puesto ahora la cara tranquila, seria, serena, despojada y reflexiva de las vacaciones de verano. El tiempo, que hasta hoy se había mantenido caluroso, aplastante de luz y de espacio, se va volviendo neblinoso y parece querer darle al silencio de la ciudad un lugar íntimo. Sol tamizado, cielo bajo. Pero yo ya no estoy en París; estoy en Suiza desde el

día 27, en Interlaken,[123] por asuntos personales y me está vedado incluso contestar al pobre Robert [Jaussaud],[124] que me telefonea para saber de ti, a Hébertot, que quiere avisarme de que se va a Suiza (?), a Moune,[125] a la que le han entrado unas ganas simpatiquísimas de verme, etc.

Sí, cariño mío, estoy en Suiza y debo decir que, salvo por algunos pequeños inconvenientes, este viaje me está sentando bien, estoy encantada de haberlo hecho. Es la primera vez que me descubro amando apasionadamente a Suiza.

Y ahora, en serio. Debo comunicarte que nuestros planes de ir a Ermenonville ya no existen. Mi padre se encuentra mejor —de hecho, resulta maravilloso verlo reanudar su vida— pero aún no está lo bastante fuerte para salir. Estoy apenada y preocupada por él y por su salud, aunque espero poder mandarlo más adelante a pasar una temporada en un clima mejor. En cuanto a mí, personalmente, no echo de menos nada. La vida de vacaciones, solitaria y tranquila, en pleno centro de París, no me desagrada. Mi mayor anhelo solo podría satisfacerse con una estancia en la costa; al haber renunciado a ese sueño, tanto me dan los árboles del bosque de Jean-Jacques que los de la avenida de Breteuil. Incluso me gusta más mi «puente de barco» que el jardín de L'Ermitage para vivir allí sola y cambiaría todas las vidas de hotel en cualquier rincón apartado del campo por la que llevo ahora en mi «faro» de la calle de Vaugirard. París está magnífico en este momento y cuando la morriña de un aire más límpido, de verdor, de agua, de paz y de silencio se vuelve demasiado acuciante, me voy a pasar el día al Marne, de donde vuelvo con nuevos bríos. Como ves, a pesar de la vida carcelaria que me impone el estar oficialmente fuera de París, y a pesar de los acontecimientos que se han interpuesto en nuestros planes, no puedo quejarme. Así y todo, he logrado cogerme mis vacaciones, organizar mi paréntesis veraniego y hacer un bonito viaje en pleno centro de París.

Por desgracia, mi regreso es inminente. Había comunicado que sería el día 6, no podré aplazarlo más allá del 9, porque tengo que retomar el contacto con Hébertot, probarme los vestidos de *Orfeo*, etc. Tampoco podré pues seguir ocultando mi presencia y ya conozco a los tiburones que me estarán esperando. ¡Qué se le va a hacer! No podemos estar viviendo siempre como queremos. En fin, de momento todo va bien y cuenta conmigo para encontrar un desvío que me permita llevar la vida que quiero hasta que vuelvas. Y, ahora, volvamos al punto de partida: voy a tratar de explicarte por qué no te he escrito antes.

Viernes, 5 de agosto [de 1949]

Ayer era demasiado tarde y me sentía agotada. Estate tranquilo: tan solo están empezando los típicos días malos; no hay ningún motivo de preocupación; todos los motivos para soliviantarse. Pero una vez más, vamos al grano. Tu última carta llegó en un mal momento; demasiado tarde. Era lo que yo esperaba que fuese, pero se había hecho esperar demasiado. Con lo preocupada que estaba por un silencio tan largo (no habías escrito nada desde el día 14), lo que necesitaba era dulzura, palabras amorosas y reconfortantes. Y en cambio me encontré con noticias de enfermedad, ecos atormentados, palabras ciertas pero desnudas, secas y en ocasiones con un tono de ira, casi de rencor. Compréndeme; no te estoy reprochando nada; pusiste en ellas lo que yo esperaba que pusieras, me enviaste la respuesta que yo te había pedido, hiciste lo correcto. Solo que imagínate ahora lo nerviosa que estaba, sin noticias tuyas durante varios días eternos, imagínate con cuánta febrilidad, con cuánta angustia, con cuántas expectativas abrí el sobre (me temblaba todo el cuerpo); a todo eso, súmale

el esfuerzo, para mí sobrehumano, que tuve que hacer durante semanas para tomar definitivamente y sin apelación la tremenda decisión cuyo punto final me traía tu carta; recuerda bien las palabras que escribiste (la tensión que debiste de soportar para trazarlas no dejaban cabida al amor; este se perdía por el propio esfuerzo) y ahora dime qué habrías sentido tú.

Yo, simple y llanamente, me hundí. De nada sirvió que me diera a mí misma buenas razones, me insultara, me zarandeara, me tratase a empellones. Entonces, esperé. No podía escribirte en semejante estado. Las cartas, como el teléfono, nos traicionan, y yo no quería dar pie a un malentendido que habría añadido a tus días y a tus noches dolores nuevos.

Así y todo, te necesitaba. Releí todas tus cartas, pasé revista mentalmente a todas tus palabras, todos tus gestos, todos tus actos y, al final, fui a consultar *El mito de Sísifo*. Nadie puede leer un libro tan lanzada, tan atenta, tan implorante. Tampoco a nadie puede impresionarle tanto como me impresionó a mí. Me lo he replanteado todo y si supieras, cariño mío, la absoluta revolución que has desencadenado en mí, quizá creerías en… muchas cosas en las que, de hecho, ya crees. En fin, ya te hablaré de todo esto más tarde. De momento, solo quiero que sepas que, en cierto modo, leer *El mito* —por muy chistoso que pueda parecer— me ha reconciliado por completo con el amor tan desgarrado que se nos impone. Digo «reconciliado», palabra que no es ni mucho menos la correcta, pero te encomiendo a ti el cuidado de encontrarla.

Heme aquí de nuevo preparada; ahora ya no se trata de renovar y acrecentar mis fuerzas constantemente. He empezado a intentarlo, pero tengo demasiada necesidad de tu presencia para seguir haciéndolo sola; la esperanza de tu vuelta cada vez más cercana ya no basta para amansar esta necesidad cada vez más acuciante de ti y cuando pienso en el día en el que

estarás pegado a mí, mi gloria es tal que no puede dejar de acompañarla el miedo más terrible a que ocurra una catástrofe.

Vuelve a mí, amor mío; vuelve a mí pronto. Te quiero. Tengo ganas de ti. No puedo más. Vuelve lo antes que puedas y, hasta entonces, por favor te lo pido, escríbeme, todo cuanto puedas, aunque estés de viaje. Te quiero. Te espero.

M.

78 — Albert Camus a María Casares[126]

Jueves 4 [de agosto de 1949], *9 de la mañana*

Querido amor mío:

Llegué ayer aquí y los días se anuncian ya cargados. Por eso te escribo inmediatamente. Tengo citas todo el día y esta noche doy una conferencia. Mañana por la mañana salgo en coche, ocho horas por las pistas desfondadas de este país para asistir el sábado a una fiesta indígena, extraordinaria según dicen. Regreso a São Paulo por los mismos medios el domingo. Lunes, conferencia. Martes, vuelo a Porto Alegre, en el sur más extremo. Miércoles, vuelo a Chile. Durante el viaje de tres días a la selva no podré escribirte de ninguna manera. Pero echaré una carta al correo el lunes sin falta.

São Paulo es a medias Nueva York y a medias Orán. Se edifican cuatro casas por minuto. Idea que ya de por sí resulta agotadora. Las obras suben y crecen auténticamente a diario. Por las noches, los andamios se cubren de anuncios multicolores y los pájaros organizan una gran protesta en las palmas reales antes de dormirse.

Mi segunda estancia en Río fue breve. Di mi conferencia sobre Chamfort[127] delante de un parterre de sombreros de plumas. Siempre me pregunto por qué atraigo a las mujeres de mundo. En fin, allí estaban y oyeron lo que pensaba Chamfort de las mujeres de mundo. Se me ha pasado del todo la gripe. Me ha dejado un cansancio sutil, pero nada más. Me he pasado el último fin de semana en la montaña, a ciento cincuenta kilómetros de Río y me ha sentado bien. Por fin respiraba. Y me he bañado incluso en una piscina a flor de cielo.

Al volver, por fin me encontré tu carta (llevaba seis días sin noticias). Naturalmente, pensaba que era un estúpido al hablarte de los demás y de la casualidad. Pero ya te he dicho que ahora mismo no estoy muy lúcido que digamos. Perdona por haberte dado la lata con eso, pero este corazón inquieto que me acompaña no dejará de estarlo hasta que regrese.

Querría también contestar a tus preguntas. Cogeré el avión para París entre el 25 y el 27, si no hay novedades. Llegaré a París treinta y seis horas después. No sé si quiero verte en el aeródromo. Me estremezco de alegría al pensar en tenerte delante. Pero habrá gente y me gustaría tenerte delante a ti sola. Ya te lo diré en el último momento. A lo mejor podrías, en cualquier caso, pedirle a Robert [Jaussaud] que fuera a buscarme en coche. Así llegaría antes a tu lado.

Qué felicidad poder hablar de esto. Pero me separan aún de ti veinte largos días…

No sé qué voy a hacer al llegar. Depende de Hébertot y de los ensayos. Me parece, en cualquier caso, que me quedaré alrededor de diez días en París y que luego me tomaré cuatro o cinco días para ir a Aviñón y volver. Luego, nos tocará a nosotros y dedicaré todas mis fuerzas a nuestra felicidad. Todo depende, por lo demás, de lo que me encuentre en París al llegar.

¿Que te diga qué me atormenta? Pero si te lo digo todo, sin reservas, mi amor querido. De lo que no te hablo, ya lo sabes, es de esto que nos destroza, del sufrimiento de hacer sufrir, de la impotencia de hacer feliz a quien más se quiere en el mundo. Niña mía, a quién iba a poder yo hablarle sino a ti. Es cuando no estoy cerca de mí [*sic*] cuando me apetece salir huyendo, o morirme. Pero siempre llega un momento en que me vuelvo hacia nuestro amor y hallo entonces en él el verdadero orgullo, el que va más allá de mí mismo y consiste en nuestra lucha común. Estás cerca de mí, me acompañas, me ayudas, con todas tus cartas y con todo tu aliento. Estamos juntos contra todo. Y nada podrá nunca separarnos o destruir este vínculo, flexible y fuerte como una raíz de vida. Sí, tú eres mi vida, mi alma más querida, mi gozo, mi hermosa tormenta y también la paz que me espera, déjame gritarte mi amor y llamarte. Grandes señales de una orilla a la otra, eso es cuanto podemos hacer. Pero son las señales de aquellos a quienes nadie puede separar, que incluso el mar reúne. ¡Ah, cariño, ese instante del regreso…! Te beso entera, te quiero, te espero. Hasta pronto, mi rostro hermoso. Más besos.

A.

79 — Albert Camus a María Casares

São Paulo. Lunes, 8 de agosto [de 1949]

Niña mía:

Volví anoche de mi expedición, más bien agotadora, y he dejado para esta mañana la carta que quería escribirte. Tenía ciertas esperanzas de encontrar una carta aquí. Pero nada. La verdad es que el correo funciona mal en Brasil

y mucho me temo que mi correspondencia no pueda ir siguiéndome hasta el final.

Esta mañana me he levantado descansado, después de una buena noche. São Paulo está a mil metros de altura y en este clima me repongo un poco. El viaje ha tenido bastantes imprevistos. Nos pasamos viajando en coche todo el día del viernes, de las diez de la mañana a las once y media de la noche, por una carretera inverosímil, dando tumbos y, en la boca, el bozal de un polvo rojo que nos convirtió en indios guaraníes (éramos cuatro hombres, dos de ellos brasileños). Hemos tenido que ir por la carretera que atraviesa la selva virgen en plena noche y cruzar tres ríos en unas barcazas primitivas para llegar a Iguape,[128] la meta del viaje, donde hemos dormido en el hospital. El hospital se llama «Recuerdo feliz» (cierto es que el penal de São Paulo está lleno de carteles donde pone «Otimismo!»). El único recuerdo que me ha quedado es que en ese hospital no había agua. Tuve que afeitarme y lavarme, por llamarlo de alguna manera, con el agua mineral que llevábamos en el coche. Pero la amabilidad del recibimiento lo compensaba todo. La gente de Iguape es encantadora y cortés. Al día siguiente eran las fiestas de Iguape, cuya atracción principal es la procesión de la imagen del Buen Jesús que trajeron las olas hace ya un buen montón de tiempo; la lavaron en un sitio donde a partir de entonces crece incansablemente una piedra milagrosa. Vi la procesión, que era desde luego la reunión más variopinta que darse pueda de razas, clases, colores, ropas. Volando por encima, los urubúes (buitres calvos) y un avión movilizado para la ocasión. Petardos por todas partes y música de orfeones. Gauchos, japoneses, mestizos, mulatos, pies zompos, barbudos, un norafricano parisino, te lo puedes imaginar, en el centro de una ciudad antigua que parece aislada del resto del mundo salvo para los valientes. Algunos de los peregrinos, efectivamente, llevaban ya de camino cinco días. Por la noche

un niño perdió un dedo por un petardo y se asombraba a gritos de que el Buen Jesús hubiera permitido tal cosa.

El domingo, volvimos. Otra vez a los tumbos y barnizados de polvo, reconfortados por las alubias negras que son el alimento de la comarca y la pringa [*sic*], aguardiente de caña que despertaría a un académico. Hoy, día cargado. Fíjate: a las once, coloquio con unos filósofos brasileños. A la una, almuerzo con unos franceses de aquí. A las dos y media, coloquio en la Alianza Francesa. A las cuatro, visita al serpentario y luchas de serpientes. A las ocho, conferencia. Se van a pasar el día llamándome «doctor» y «profesor», títulos honoríficos. Ya estoy cansado de antemano. Pero también estoy cansado de los próximos días, en que voy a tragarme kilómetros y paralelos, acompañados de meridianos. En efecto, mañana por la mañana me voy a Porto Alegre, al sur. Pasado mañana, vuelo a Chile.

Es verdad que así pasa el tiempo y este me acerca por fin a ti. Ayer, en la carretera, me acordaba de ti y me decía que si hubieras estado aquí habríamos sonreído juntos a menudo. Me daba cuenta mejor de lo mucho que ocupabas también mi vida cotidiana, mezclada con el mínimo detalle, metida literalmente en mí. Por eso llevo a rastras este vacío, esta ausencia en mí, este corazón distraído. Entonces te llamo. Pero estás tan lejos… El sábado por la noche, en Iguape, entre la selva y el río, por el viento flojo que venía del mar, buscaba algo en la noche que naufragaba. No sabía qué. Y luego, de repente, me acordé de tu brazo bajo el mío, sencillamente, y de tu hombro un poco apoyado en mi pecho, tus ojos queridos, un silencio en común, y habríamos sido felices en este lugar perdido, en el extremo del mundo. Ay, que se levante el viento…

Escríbeme. Dime lo que haces y lo que piensas. Ábrete a mí, escribe que eres mía. Besos, amor mío, todavía de lejos, pero con el mismo fervor. Te espero. Dos semanas más y estaré con los preparativos de la vuelta. Me

estremezco un poco al pensar en ti ese día. ¿Estarás ahí al menos y seguirás siendo mía?

A.

80 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves 11 [de agosto de 1949]

Cariño mío:

Anteayer recibí tu carta del día 3 y quise esperar a que llegara la otra, la que me escribiste al día siguiente, para contestarte. Ha llegado hoy, a última hora de la tarde.

Hete aquí de nuevo, vivito y coleando, en mí. ¡Si supieras!

Ha pasado algo últimamente: un gran acontecimiento que no sabría contarte pero cuyos hilos desenredarás, a lo mejor, cuando leas mi diario. Tan solo se trata de una conmoción interior de la que apenas ahora empiezo a ser consciente pero cuyo caos no puedo explicar aún. De hecho, ¿podré explicarlo algún día?

He vuelto de «Interlaken». Ya me las he apañado para marcharme otra vez por ahí para todos los «pesados». De modo que sigo con mi vida sosegada y tranquila, mis conversaciones íntimas con Pitou y papá, mis baños de sol (cuando hace sol). Últimamente estoy algo más enclaustrada que de costumbre por mi «crisis anímica» y me he olvidado un poco de los paseos por los muelles y los días en el Marne. Voy a retomarlos.

En cambio, he leído mucho y he pasado mucho rato escuchando música. Con lo hipersensible que estaba (y que sigo estando, de hecho) me ha proporcionado alegrías (por decirlo de algún modo) extraordinarias. No se

me olvidarán nunca los libros que he leído: *El extranjero* y *El negro del Narciso*. Entonces he sentido que estaba lista para acometer *Pierre o las ambigüedades*.[129]Ya lo he empezado y lo estoy bebiendo con toda la alegría que uno experimenta al sentirse de determinada manera. Menos mal que he esperado. Antes no me habría llamado la atención.

En música —entre los discos que tengo—, la palma se la han llevado Beethoven, Bach, a veces Mozart y —¡agárrate fuerte!— Guillaume Dufay.

Pero ya está bien de hablar de mí. Ahora tengo una fijación: volver a leer todo lo que he leído antes, volver a escuchar lo que he escuchado y, por último, volver a conocerte, ahora que me parece que sé mejor cómo eres.

Nunca te he querido tanto, amor mío, y creo que tampoco nunca te he querido mejor. Vas a regresar a mí. Solo el pensar en tú y yo juntos dentro de quince días me resulta insoportable. Cuando trato de imaginármelo me entra como una flojera; se me abre un abismo por dentro y me entra un vértigo que me resulta imposible prolongar más de un instante. Siempre he temido los reencuentros, pero nunca tanto como este. Me parece que llevamos separados desde tiempos inmemoriales, que han pasado miles de cosas desde que nos despedimos, que quizá nos hayamos convertido en otros, cada uno en su órbita; me da miedo nuestro estado físico, nuestras mutuas reacciones, ese misterio que siempre oculta la confrontación, la presencia real, ¡qué sé yo!; y pongo tanto de mí en este encuentro, tantas expectativas, que no puedo aguantar físicamente la llama insensata que enciende dentro de mí.

Sin embargo, te conozco y me conozco, y sé que será sencillo y dulce, que desde el primer minuto estaremos abrumados y que el embelesamiento, que resultaría doloroso si fuera brusco, no llegará hasta después, mucho después, pian, pianito. ¡Ay, amor mío, lo que eres para mí! ¡Lo que eres!

Obviamente, prefiero esperarte en casa. Prefiero que me abraces

enseguida. Ya lo prefería cuando creía que ibas a llegar solo; pero desde que sé que en el aeródromo habrá más gente aparte de Robert [Jaussaud], te lo pido. Mañana telefonearé a Robert para darle tu recado.

Si lo he entendido bien, recibirás esta carta durante tu estancia en Chile. Ya sabes que, aunque me queje a veces, casi siempre me sorprendo envidiándote un poco. Este viaje es una lata, pero cómo me gustaría estar en tu bolsillo para pasearme por la selva y asistir a la fiesta indígena, por ejemplo. Reconozco que no estaría tan contenta delante de las señoras de los «sombreros de plumas», sobre todo si son guapas, pero obviamente se trata de una reacción de lo más personal.

A Reggiani le gustaría que mandases contratar a Pigaut para el papel de Stepan.[130]

A Hébertot le gustaría tener tus señas para saber si estás de acuerdo con que la obra se estrene hacia el 20 de octubre y empecemos a ensayar hacia el 5 de septiembre. De momento, seguirá en Suiza hasta el día 16. En cuanto a Serge, aún no sé con certeza si interpreta a Yanek o no.

La fecha de inicio de mi película sigue siendo el 12 de septiembre.

Papá sigue igual: mucho mejor, pero aún incapaz de vestirse y de salir. Sin embargo, ya deambula un poco por la terraza.

Esto es todo, amor mío. Te dejo porque mañana tengo que madrugar mucho. Es casi medianoche y aún tengo que escribir una página del diario. Y, además, te dejo porque debo dejarte y si tuviera que contarte todo lo que haces brotar en mí, no me callaría nunca. Te quiero. Te espero.

M.

81 — Albert Camus a María Casares

11 de agosto [de 1949]. *Montevideo, 10 de la mañana*

Querido amor mío:

Solo un par de líneas porque estoy pillado entre salidas y llegadas de aviones. Ayer estaba en Porto Alegre, al sur de Brasil, y tenía que ir directamente a Chile cuando se dieron cuenta de que en París no se habían ocupado de pedirme el visado chileno. Tuve que quedarme aquí ayer por la noche y espero marcharme esta noche. Te escribiré una carta más larga desde Santiago, pero no antes de dos días, porque tengo que estar veinticuatro horas en tránsito en el aeródromo de Buenos Aires. Pero lo peor que tengo que decirte ahora mismo es que llevo sin carta tuya desde el 2 de agosto. Me fui de Río en esa fecha y tenían que enviarme la correspondencia a São Paulo. Cosa que no ha sucedido. El servicio de correos es demencial aquí, y ya me lo habían dicho. Pero este silencio aumenta aún más la sensación de soledad en que me hallo. Necesito tanto tus cartas… Ahora no me llegará ninguna antes de Santiago, ¡diez días sin ti, peleando con esta vida estúpida que llevo! Diez días con mis preocupaciones y mi espera de ti.

Aún no conozco Montevideo, solo lo he visto de noche. Te escribo desde la única habitación que he podido encontrar y que es más bien un trastero. ¡Ay, qué cansado estoy de este viaje! Cuanto más avanza, menos bríos tengo para seguir con él. Pero es cierto que sin ti me falta coraje. ¿Dónde estás? Son las tres de la tarde en París ahora mismo. ¿Estás en Ermenonville? ¿Tengo que escribirte allí? Dime en cualquier caso, sin demora, dónde estarás entre el 25 y el 30 de este mes.

No sé ya qué pensar en este vacío, en este silencio en medio de estas tierras indiferentes. ¿Me has olvidado? Yo sigo vuelto hacia ti, con el corazón rebosante de amor. Ayúdame a acabar de una vez con este viaje y llegará por fin esa hora del regreso que llevo esperando desde que me separé de ti en la acera de la calle de Vaneau. Te beso con todo mi amor, te

tengo abrazada. Hasta pronto, mi rostro hermoso. Te espero sin poder despegarme de ti.

A.

Te mando una foto mía en un ejercicio que hago a menudo en este momento. ¡Espero hacerlo por última vez dentro de quince días y delante de ti por fin!

82 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Buenos Aires, 14 de agosto [de 1949]. *Domingo*

Amor mío:

Estoy en Buenos Aires esperando el avión que debe llevarme a Chile. Espero ese avión con impaciencia aunque me aleje aún más de ti. Pero tengo la esperanza de encontrar por fin cartas tuyas en Santiago. Llevo once días sin noticias. No sé qué ocurre. Tengo la sospecha de que algo ha sucedido durante el envío. Porque no puedo o no quiero imaginar que hayas estado todo ese tiempo sin escribirme. Ayer estuve aquí con la mujer de Rafael Alberti (a él lo veo esta mañana). Me dijo que había recibido una carta tuya, hace cuatro días. No me atreví a preguntarle nada más y me moría de ganas. ¡Ella te lee y yo llevo ocho días resecándome!

De verdad que estoy deseando que esto se acabe. Es todo una pérdida de tiempo, puesto que es tiempo perdido para nosotros. Este es mi programa. Esta noche en Santiago, hasta el jueves. Viernes y sábado, Montevideo. Domingo, Río, donde me quedaré una semana (dos conferencias). Así que me iré hacia el 27. Pero, si puedo, intentaré coger el avión del 25. En ambos

casos, estaré al día siguiente en París. Toma nota de esto: si mi telegrama no menciona avión alguno, será de Air France. Si pongo PANAIR, será la compañía Panair do Brasil y tendrás que llamar a esa compañía para saber la hora de llegada. Te doy esos detalles para engañar a mi impaciencia y a mi hambre de ti. Pero me tiene tan desgraciado y tan desvalido este silencio, que se suma a todo lo demás, que soy incapaz de expresar nada de nada. ¿Encontraré un poco de ti en Santiago? Esa esperanza tengo, eso espero, de no ser así… Te beso desesperadamente, querido amor mío. Escribe, te lo ruego.

A.

83 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Viernes, 16 de agosto [de 1949] *(por la mañana)*

Cariño mío:

Esta es mi última carta. Esta es la última etapa antes de nuestro reencuentro. Todavía tiemblo cuando me lo imagino, pero hoy puedo encararme con ese momento tan esperado sin sentir ese tremendo vértigo que me entraba últimamente solo de pensar en tenerte otra vez delante. La angustia irracional que me encogía el corazón con mil temores imprecisos e inexplicables ha desaparecido casi del todo, dando paso a la normal preocupación fruto de la casualidad y de sus misteriosas e inesperadas sendas, y ahora estoy sumida en la alegría más pura y en la impaciencia del descanso bien merecido de un corazón pleno.

Antes de que llegues, antes de que nos veamos, antes de emprender la vida que nos espera —tan dura y a la par tan dulce—, me gustaría, cariño

mío, desterrar para siempre de nosotros los espantosos momentos de ceguera y de locura que, por mi culpa, vivimos antes de que te marcharas. Para ello, cariño mío, voy a tratar de explicarme una última vez, esperando de corazón que después nunca más tengamos motivo para volver a hablar del tema.

La cosa se remonta a hace mucho, al principio de mi vida, quizá, pero no temas, que solo te contaré lo esencial, lo que nos atañe. Cuando te conocí, supe que podía quererte. La vida y mi juventud nos separaron.

Durante mucho tiempo, sin apenas ser consciente de la locura que había cometido, traté de encontrar en otra parte lo que llamaba «mi ideal». Lo busqué con tal empecinamiento, tal terquedad, que creí que había conseguido encontrarlo. Un buen día, se me abrieron los ojos. Rompí con todo y me dejé llevar por una especie de desesperación en la que no he intentado profundizar por falta de ganas o de tiempo.

Sí; cariño mío, antes de que nos encontrásemos de nuevo, se habían muerto muchas cosas dentro de mí y nada las había sustituido antes de que aparecieras tú. Yo ya no creía en nada e incluso pensaba que el corazón se quedaba corto si no lo respaldaba una férrea voluntad.

Me encontré contigo. Aquí no me preguntes nada; no sabría contestarte; no sé por qué fui otra vez hacia ti de forma tan natural, tan sencilla. De entrada, ¿puede que para ver? Luego —y de eso estoy segura— porque volví a creer.

Todo, por lo demás, concordaba para hacerme creer. ¿Por qué si no el destino nos había puesto frente a frente? ¿Por qué si no nos había vuelto a juntar? ¿Por qué ese reencuentro en el momento propicio? ¿Por qué si no me había dejado creer? ¿Por qué?

No te puedes imaginar cómo me emocioné al descubrir la fecha (6 de junio) en que nos reencontramos. Apareciste ante mí como el último

salvavidas lanzado en medio de una existencia que se había quedado vacía. Me agarré a él con todas mis fuerzas, cerrando voluntariamente los ojos a todo aquello que pudiera poner en peligro esa última esperanza. Así fue como me dispuse a consentir por propia voluntad un tremendo «Malentendido». La gente nunca tiene suficiente cuidado con lo que dice delante de los niños. Recuerda, cariño mío; recuerda bien el día en que fui a tu casa. Recuerda bien mis temores; tenía miedo de que apareciera alguien y tú me calmaste con estas palabras, medio gritándolas: «¡No hay nadie! No podía más, ¿lo entiendes? ¡Los he mandado a todos al campo!». Con eso me bastó. Como estaba deseando creérmelo todo, me lo creí sin más indagaciones. En mi esperanza mínima, todo iba arreglándose: Francine y tú vivíais separados de hecho, pero seguíais juntos, en cierto modo, por los niños.

De no ser por eso, ¡cómo piensas que me habría entregado a ti en esa cama en la que habías dormido con ella! Y, cariño mío —esto es el único reproche que puedo hacerte—, ¿cómo pudiste tú tomarme en ese mismo sitio donde la habías tomado a ella?

Todo siguió adelante. Obstinadamente cegada, solo veía lo que podía satisfacer mi esperanza. Tienes que perdonarme; a pesar de mi edad, aún era una niña y lo único que me quedaba era esa esperanza. ¿Cómo iba a renunciar a ella? Sin embargo, poco a poco, primero a trompicones y luego de forma más nítida y continua, llegué hasta la verdad. En este punto, no sigo; no sabría contártelo. Solo me acuerdo de la palabra que desencadenó la crisis final, esa palabra que llegó en el preciso momento en que yo había tomado conciencia realmente de todo lo que representabas para mí: «Y a mi vuelta, ¿qué habrá cambiado?». Perdóname, amor mío, si en ese momento y luego, durante una temporada, te odié. Me volví loca y en lugar de tomarla

con Dios, me cebé contigo que, en cierto modo, te habías convertido en mi Dios.

Fue ese día cuando empezó todo y desde entonces, hasta el momento en que tomé la resolución consciente y definitiva de vivir esta vida que se nos ofrece, no te puedes imaginar por lo que he pasado. Esta es mi breve historia, cariño mío; creías que tenías delante a una mujer y yo era tan solo una niña. Puede que hasta hoy no me haya convertido en mujer. Perdóname. Perdóname por haber sido tan tonta. Que la furia que sentía sirva para enseñarme cuánto me quieres, porque nunca se me olvidará que durante mis días de sequedad y odio tú nunca te apartaste de mí y tan solo me diste amor y nada más que amor. Sí, que mi locura sirva para creer en ti más que nunca y esta vez, sin que nada me ciegue, y mi pena inmensa quizá nos traiga por fin cierta paz, porque ya no creo que haya nada que temer de mis estrafalarios y desordenados anhelos de un ideal que no existe.

Podría concluir citando la frase «Los caminos de la providencia son inejecutables» [*sic*], pero noto que la ira se vuelve a apoderar de mí. Solo que esta vez no está dirigida contra ti; antes bien, tú eres el único ser del mundo hacia el que me puedo volver para calmarme.

Acaba de llegar tu carta del día 11. Espero que hayas encontrado alguna mía en Santiago. Y como, de ser así, ya lo sabrás, te lo repito. Estoy y me quedo en París, donde te espero. Arriba del todo, en nuestro cuartito. ¡Ay, amor mío! Te quiero. Te quiero. Nunca te he querido tanto.

M.

Martes, 16 de agosto [de 1949]*, 8 de la tarde*

Amor mío:

Llevo en Santiago dos días y me he encontrado con la mayor decepción de este viaje, puesto que no había correspondencia. Llevo catorce días sin noticias tuyas y no sé si te imaginas bien lo que eso significa. Quiero creer con todas mis fuerzas que mi correspondencia está bloqueada en Río por razones que no entiendo. Pero no puedo por menos de suponer, a veces, que a lo mejor no me has escrito y de caer entonces en un estado del que vale más que no te hable. Espero Río con una impaciencia creciente. Pasado mañana salgo para Montevideo, donde me quedaré dos días, y el domingo o el lunes volveré a estar en Río. Escribe a Río, te lo ruego, aunque no sean más que un par de líneas, para decirme dónde vas a estar a finales de mes. Te busco en la oscuridad. Intento situarte en París o en Ermenonville; o si estarás de rodaje o durmiendo. Qué infierno estos fantasmas. Tu rostro retrocede y se aleja de mí. Desde hace una semana se me está resecando el corazón.

Sin embargo este país es el único que me ha llegado al alma desde que estoy de viaje. El Pacífico de elevadas olas, Santiago encajonado entre él y los Andes nevados, los almendros en flor y los naranjos recortándose sobre el fondo de las cumbres blancas, todo esto es admirable y me habría gustado verlo contigo. Pero también es cierto que esta vida que me dan sigue siendo igual de estúpida. Muchísima gente, días interminables, soledad casi imposible. Acabo de terminar una conferencia en una sala que se venía abajo de gente. Y los días así me agotan.

Pero ya solo me quedan diez días de consumirme. En Río, sabré. ¿Verdad que me esperas con la misma impaciencia que yo? Vamos a vivir, a luchar, a tener esperanza juntos. Maria querida, no dejes que se te desanime el

corazón, vuelve a arder, hacia mí, conmigo. No me dejes tan lejos, sin recursos, indefenso si está amenazado nuestro amor. Una seña tuya, solo una seña y la vida volverá a ser posible. ¡Ay, ya no sé hablar! Este silencio me tapa la boca y me retuerce el corazón. Te quiero, te quiero de verdad, solitariamente, con un frío tremendo.

Vienen a buscarme para una cena. Te escribiré desde Montevideo. ¡Hace un mes y medio que me separé de ti! Pero vas a devolverme ese rostro iluminado que amo; pronto, ¿verdad, amor mío?, vas a hablarme, a tocarme. Será la carne por fin, la verdad, nuestro amor. Hasta pronto, niña mía. Te beso como lo hacía, hace siglos de eso.

A.

85 — Albert Camus a María Casares[132]

Río de Janeiro, 21 de agosto de 1949

Querido amor mío:

Por fin vuelvo a ver tu letra. En total he pasado dieciocho días en un silencio mortal, sin una palabra, sin tener siquiera la seguridad de que todo esto venía de las circunstancias materiales. Anoche, al llegar a Río, destrozado por el viaje y el insomnio, me abalancé hacia la embajada y no había nada. Entonces, me hundí de verdad. Llevaba dieciocho días luchando contra el cansancio, una depresión espantosa que iba avanzando, las noches sin sueño, un trabajo agotador, montones de gente hablando, preguntando, pidiendo, presionando… y al final no tenía ya más esperanza que este regreso a Río para encontrarme allí la certeza de que aún existías, que me querías y que iba al fin a recobrarte. Y luego otra vez el vacío, y esta vez la

casi seguridad de que había pasado algo y de que no volvería a verte. Te escribí por la noche y destruí esa carta insensata.

Esta mañana, una oficina de la embajada que está en el centro me ha mandado una correspondencia que no me había remitido. Los habría matado, pero allí estaban tus cartas. Solo dos, bien es cierto (5 de agosto y 11 de agosto), y me pregunto si otras cartas no están de camino ahora por este continente interminable o si no se habrán perdido para siempre. A menos que me hayas escrito poco, sin más.

Pero ¡qué más da! ¡Leerte después de este largo silencio, recobrarte, quererte, sentirse querido sobre todo al revolver de una frase, después de haber estado tanto tiempo reseco y solitario! ¡Qué apetito de ternura acaba uno por llevar encima! ¿Te ha hecho sufrir la carta en que respondía a tus peticiones, no encontraste en ella amor? ¡Ah, niña mía, qué mal la leíste! Sí, la angustia, el temor del porvenir, la lucidez, todo eso le deja poco espacio a la ternura. Pero te mandé la concepción más elevada que me hacía de nuestro amor, hablé de él como de lo que más se respeta, sin consideraciones, con la única voluntad de la inteligencia y la pasión. Me imagino efectivamente tu «crisis» y espero que me la cuentes. Pero si te ha unido un poco más a mí, el resto ya no importará. De la misma forma que ha bastado que tuviera tus cartas en las manos para que se desvanecieran los espantosos días de soledad por los que acabo de pasar. Lo que me contraría sin embargo es que estoy cansado. Voy a llevarte de vuelta una cara ajada y habría querido presentarme con las fuerzas intactas. Este viaje ha sido agotador, avión, conferencias, recepciones, periodistas, mujeres de mundo histéricas y vuelta a empezar al día siguiente. A veces me daba la impresión de que era Fernandel o Marlene Dietrich. Y yo, que no puedo nunca soportar la compañía más allá de cuatro o cinco personas, tengo el corazón intoxicado por una dosis exagerada de humanidad. París se ha convertido

para mí en el lugar de la soledad y del silencio, algo así como un convento. Y además nada resulta más cansado que interpretar un papel que uno desempeña mal. Tanta gente a quien yo agradaba, o que lo decía, y a mí, salvo dos o tres excepciones, no me agradaba nadie. Estaba esperando, cierto es, las horas del amor y he aquí que ya llegan. Solo tengo la esperanza de recobrar pronto la salud y de verme libre de esta depresión interna. A lo mejor entonces, en el recuerdo, algunas horas o algunos sitios de este continente volverán a mí «cargados de sentido». Chile sin duda, que me ha gustado.

Acaban de traerme tu «última» carta, amor mío. ¡Qué tirón hacia ti! ¡Qué espera a partir de ahora! Todo cuanto me dices lo sabía y sufría contigo. Pero te quería y esperaba a que volvieras a mí. Ya has vuelto y yo salgo corriendo a tu encuentro y dentro de unos días habrá llegado la paz. Será una paz difícil surcada de relámpagos, dolorosa a veces, pero tu confianza, la certidumbre que me muestras, me dan a pensar que nuestro amor no volverá a tener, al menos, ese repulsivo rostro cerrado a cal y canto y una expresión de aborrecimiento y de sufrimiento malo, que no pude soportar sino con un esfuerzo de todo mi ser, que me dejó mermado. Tu felicidad, tu risa, tu disfrute, eso es lo que me da la vida y me eleva por encima de mí mismo. Los espero contigo. Dormir contigo, dormir, hasta el fin del mundo.

Cuando recibas esta carta, estaré en camino. A lo mejor recibes mi telegrama al mismo tiempo. No sé si has entendido bien lo que te dije, pero solo estará Robert [Jaussaud] en el aeródromo, si le avisas. Aunque a lo mejor vale más que me esperes en la calle de Vaugirard. No lo sé, o, por lo menos, ya no lo sé. Solo verte, eso es lo que me importa. A lo mejor llego cansado por este largo viaje. Pero no te lleves un chasco si lo estoy. Puesto que esta carta es la última, quiero decirte al menos lo que tienes que saber, que nunca dejé de quererte durante estos dos meses, que fuiste mi

pensamiento más nuevo y el más antiguo, mi apoyo, mi refugio, mi único sufrimiento. Recíbeme en tu corazón, lejos de cualquier ruido, resguárdame un poco más y empecemos luego a vivir este amor que no puede cansarse. Toda tú por entero, sin ninguna reserva, eso es lo que codicio, con todo mi ser. Hasta pronto, cariño, hasta dentro de nada, me río de felicidad yo solo, tontamente, emocionado como si fuera un 6 de junio.[133]

A.

86 — Albert Camus a María Casares[134]

26 de agosto de 1949

SALIDA SÁBADO MEDIANOCHE STOP LLEGADA PREVISTA LUNES NUEVE MAÑANA STOP SOY FELIZ. ALBERT

87 — Albert Camus a María Casares[135]

29 de agosto de 1949

LLEGADA RETRASADA LUNES NOCHE TELEFONEA AIR FRANCE. CAMUS

88 — Albert Camus a María Casares[136]

Viernes, 9 de la mañana [9 de septiembre de 1949]

Amor mío:

Llegué ayer por la mañana después de haberme pasado la noche sin dormir, como estaba previsto.[137] Como estaba también previsto le he dado vueltas y más vueltas en el corazón a cuanto tiene que ver contigo. Pero sin más resultado que grandes arrebatos, una confianza ilimitada, la gratitud del alma y del cuerpo, en fin, el amor más dichoso y más triste que darse pueda. Pero estaba cansado.

Ayer pasé el día durmiendo. Esta noche también. Y esta mañana me parece que vuelvo a nacer. Hace un día maravilloso, la luz es resplandeciente. El corazón se apacigua al mirarla. Aquí está Catherine jugando, cariñosa conmigo, y la quiero. Solo me desconsuela una cosa, ahora bizquea de un ojo y eso le desfigura esta cara tan bonita, le van a poner gafas y se le pasará, por lo que dicen. Pero estoy preocupado. Jean está ya en Le Panelier, donde lo veré mañana.[138] Porque me voy mañana por la mañana y estaré mañana allá arriba.

Mis señas son: Le PANELIER, vía MAZET-SAINT-VOY, Alto Loira. Mi teléfono: el 58 de Le Chambon-sur-Lignon, Alto Loira. No deja de emocionarme volver allí. Pasé unos meses difíciles en 1943, escribí *El malentendido* y fue al bajar de esas alturas cuando me encontré contigo por primera vez. Hay una especie de lógica misteriosa en todo esto y empiezo a opinar como tú acerca del destino. Pero el plan que tengo es sobre todo descansar y volver con nuevos bríos, diez días bastarán. Esta mañana estoy recuperando los ánimos. El miércoles por la noche, cuando te telefoneé, algo se me había reventado por dentro y tuve que acudir a ti. Escríbeme que me quieres y que eres feliz y tendré fuerza, toda la fuerza necesaria.

Dime también en qué punto está la película. Cuéntame todo. No te canses demasiado. Me preocupaba, en la noche que pasé en el tren, ese cansancio que has tenido de propina. Habrías necesitado un descanso largo, un

Ermenonville de quince días.[139]Aunque aguantarás, ¿verdad?, y tendrás la mirada clara cuando vuelva. Pero cuídate. *Sobre todo duerme*. No dejes que te quiten de dormir. Si supieras todo el amor, la alegría, la gran esperanza que has puesto en mí, la entrega absoluta que me noto, descansarías con sosiego en lo hondo de tu corazón. Por dura, por difícil que resulte, me parece que empieza la vida de verdad.

Amor mío, no podré escribirte mañana porque estaré de camino. Pero me quedo junto a ti sin reserva alguna. Ni siquiera puedo ya pensar en ti como en algo que tuviera frente a mí. Estamos amasados juntos, con la misma carne. Te beso con el amor y el deseo que me colman. Te espero.

A.

89 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 10 de la noche [10 de septiembre de 1949]

Querido amor mío:

Acabo de llegar, he pasado del sol de Vaucluse a estas llanuras ásperas y austeras, he cambiado el pantalón corto por la cazadora. Vivo aquí en algo así como una granja fortificada a cinco kilómetros del pueblo más cercano. Nada de agua corriente, suelos de tarima, techos con vigas vistas y, en todas las ventanas, horizontes de abetos negros. Pasé aquí meses y meses en el otoño, el invierno y la primavera de 1943. No bajé más que una vez en 1943 y fue para ir a París, donde vi *Deirdre de los pesares*.[140] Vivía en absoluta soledad, enfermo y muy pobre. Los recuerdos que dejé aquí no son alegres. Estaba de un humor trágico y es ese humor, creo, el que he recuperado al llegar aquí esta noche. Pasa también que estuve pensando en

ti todo el camino, que me decía que iba a estar sin noticias hasta el martes o el miércoles y empezaba a no poder soportar ya esas demoras entre tú y yo. Si estuvieras conmigo cambiarían muchas cosas. Te enseñaría esta zona, los bosques por los que paseaba con mis perros, las alturas en las que me sentaba para mirar hacia el mar, la peregrinación de una soledad que un día se extravió en ti. Es cierto, ¿sabes? Desde aquella temporada no he vuelto a estar solo. Incluso separado de ti, algo moraba en mí. Existía otro ser en este mundo al que estaba unido, a su pesar entonces, y ahora por más que le pese al mundo entero. Esta noche, me he hallado en esta habitación silenciosa donde trabajo y vivo apartado (está en algo así como una torre cuadrada) y he vuelto a encontrarme contigo con una intensidad, un padecimiento y una alegría tan presentes, tan carnales, que me duelen. ¿Qué estás haciendo esta noche, en este preciso momento? La luna, aquí, se alza por detrás de los abetos y la noche está fría y maravillosa. Amor mío, ¡qué tirón hacia ti! Vuelvo a notar por dentro la inquietud. Durante todos estos días de París me he consentido ir hacia ti por completo, demasiado cansado para pensar, capaz nada más de sentirte, de tocarte, de acariciar dentro de mí una felicidad indecible. He sido feliz, feliz como nunca lo había sido antes. Aquí, regresa la ansiedad, y el temor y el pánico a perderte regresan también a oleadas. Pero me digo que tengo que descansar y que dormir, que tú también necesitas mis fuerzas. No debería haberte escrito esta noche, por lo demás, y seguiré esta carta mañana por la mañana. Pero me notaba un corazón tan colmado de recuerdos y de deseos, me lo removías tanto que tenía que hablarte un poco, tal y como me gustaría hacerlo, labio con labio, apartándome a ratos para mirar tu maravilloso rostro de consentimiento. ¡Ah, niña mía, cuánto necesito una seña, una única seña tuya, para vivir!

Domingo por la tarde, 5 y media [11 de septiembre de 1949]

Ayer me acosté después de escribirte. He dormido hasta las ocho. Me he levantado y, luego, me he vuelto a acostar. He seguido durmiendo hasta el almuerzo. Después de almorzar he vuelto a acostarme. He vuelto a dormir hasta las cuatro. Palpitándome la cabeza de sueño, pesada también por las pesadillas, he ido a pasear por el bosque. Y luego he tenido que volver hacia ti. Cuando recibas esta carta aún nos estará separando una semana. Es más de lo que puedo soportar y he decidido no prolongar mi estancia: volveré el 20. Hasta entonces intentaré dormir sin parar. Me noto el corazón vacío y me parece que no puedo hacer nada mejor que esperar durmiendo a recuperar la felicidad que fue mía en estos últimos días.

No vivo de ilusiones. Sé perfectamente que la dulzura y la sensatez que me has dado son conquistas y que corren el riesgo de perderse. Pero te escogí, y solo a ti. Y todo cuanto vivo junto a ti es preferible, incluso en el peor de los casos, a una vida lejos de ti. También voy a intentar ponerme con la obra. Será ya trabajar contigo. Pero no me siento con fuerza alguna para trabajar, solo con la sensibilidad muy agitada. A lo mejor es lo que hace falta ahora, por lo demás, para que sea mejor la obra. Sobre todo no digas que no quieres saber nada de eso, como la otra noche. Quédate conmigo en todas partes. Aunque discutamos, eso es bueno. Discutamos y luego sonríe como sabes hacerlo, con esa sonrisa que me gusta besar.

Sí, voy a regresar. Ahí estarás, no habrás cambiado. ¡Dos o tres días más antes de recibir una carta y de poder escribir con la seguridad de la frase anterior que ahora no tengo! Dos o tres días más delirando. ¡Porque es un delirio interno este pensamiento constante, este monólogo, esta privación sorda! Me temo que estoy loco. Pero dormir va a solucionarlo todo.

Se ha levantado un viento frío. El día se retira despacio por estas mesetas frías y hostiles. La soledad tiene también un sabor espantoso a veces. Escribe, sobre todo escribe. Que no se te olvide que tu carta coge tres trenes

y un autobús para llegar hasta aquí, dos o tres días en total. Que no se te olvide que dos o tres días aquí son más largos que en París y cuéntame París, los días, el trabajo, la hora del atardecer, lo que piensas antes del sueño. Yo te espero y te quiero y te beso con desmesura, amor mío.

A.

Repito: LE PANELIER vía MAZET-SAINT-VOY Alto Loira.

90 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Domingo 11 [de septiembre de 1949] *(por la noche)*

Querido amor mío:

Esta mañana me he levantado tratando de concentrar todas mis fuerzas para pasar este día que, en principio, no habría debido traerme nada tuyo. Así que no te costará imaginar qué sorpresa, qué alegría, qué gratitud, qué explosión de vida y de amor he sentido cuando, de repente, he oído que llamaban a la puerta principal y cuando me han entregado tu carta. He tardado un buen rato en abrirla. Lo estaba disfrutando demasiado. Pero la felicidad que sentía no era suficiente; nada puede compararse a lo que sentí leyéndote. Solo una cosa me ha entristecido. Es el accidente que ha sufrido Catherine. ¿Qué le ha pasado? ¿Qué pueden hacer las gafas en tales casos? ¿Es muy acusado o estás exagerando? ¿Cuándo ha sucedido? ¿También a ella le preocupa? Y tú, ¿estás muy asustado?

El tono de tu carta me ha tranquilizado de todas las preocupaciones, que no eran pocas, sobre tu salud: pero creo que todo transcurre como me esperaba; París ha mitigado un poco el daño de los trópicos; Aviñón y

finalmente la montaña van hacer el resto y yo podré volver a hastiarme de tu vitalidad. ¡Por fin! Come, duerme, respira, ama y piensa que te estoy esperando aquí lo más calmada que puedo —¡cuánta fuerza y paciencia necesito!—, pero feliz, feliz como nunca lo he sido, segura de ti, de mí, de nosotros, y dispuesta a encararme con la propia muerte si se presentara, para recibirte pronto, con la mirada más clara que hayas visto en tu vida. Y eso que no puede decirse que todo se confabule para ayudarme; sigues siendo, aun ausente, mi único compañero; fiebre y descanso. Mi padre padece últimamente del tiempo inestable y de un estado de ánimo *melancólico* (no es ni mucho menos la palabra adecuada, pero es la que ha usado él).

Cuando me quedo en casa y Pitou viene a comer con nosotros, me paso el rato conteniendo los nervios, que solo tienen esos momentos para relajarse.

Y cuando salgo, es para las pruebas de vestuario de *Orfeo* —¡menudo reto!— o bien para ir rodar en pleno París, rodeada de gente que me resulta y me resultará definitivamente ajena en todo y para todo, cercada por una muchedumbre desenfrenada, rabiosa, que grita, gesticula, ríe, protesta o critica cada uno de nuestros movimientos; solo se vuelven humanos, benévolos y caritativos cuando se nos acercan, y entonces estamos tan ocupados firmando autógrafos en serie que no podemos mirarlos. Es una auténtica tortura. Llevo dos días trabajando y solo aspiro a una cosa, muy miserable: volver cuanto antes al estudio. Todo lo referido a los detalles lo he ido anotando sobre la marcha en mi diario. Te lo daré para que lo leas, si quieres.

Mañana descansaré y si sigue haciendo bueno tendré vacaciones durante cinco días; luego —o antes, si llueve— empezaremos a rodar en los Studios Francœur, dejando los exteriores que quedan para más adelante.

Desde que te has ido, aparte del trabajo, no ha acontecido nada

importante. Al azar:

1) El miércoles por la noche vino a verme un español. Jefe de un grupo de teatro experimental de Barcelona, quería que os convenciese a Sartre y a ti de que le dierais un par de obras. Alegaba que era una forma de oponerse al régimen. Le contesté que como yo me encontraba a este lado de los Pirineos, me resultaba difícil captar los matices que podían existir al otro lado de la frontera y que me costaba imaginarme cómo podía uno «oponerse al régimen teniendo en este relaciones suficientes para burlar la censura». Protestó. Lo escuché y al cabo le dije que transmitiría su petición y sus protestas, pero no que contara conmigo para ejercer la mínima influencia en dos escritores que me gustaban y a los que admiraba precisamente por la postura que habían adoptado sobre la España franquista. Por último, lo remití a Cocteau. Es justo lo que necesita.

2) He visto a [Jean-Louis] Barrault.[141] Me llamó y me pasé a verlo. Le gustaría que actuase en *Judith*[142] en el mes de marzo. Incluso está dispuesto a entenderse con Hébertot si este la alternase en ese momento con *Los justos* (?). Solo que, a pesar de que tiene en mí una confianza ciega, le gustaría que me preparase el papel, para «ampliar» mi repertorio clásico, durante cuatro meses. Yo estuve digna y algo fría. Me preguntó si estaba resentida por los desgraciados incidentes que ya sabes y le contesté que sí, pero que no tenía importancia alguna. En principio, he aceptado. Está feliz, al parecer, «de convertirme en una gran actriz, de obrar el milagro, de hacer que dé *el gran paso*». También está feliz, al parecer, de trabajar conmigo; de charlar conmigo, a quien Madeleine[143] y él tanto quieren.

Por cierto. Creo que estás enterado de que la madre de Madeleine murió. Ya no me acuerdo si fue mientras estabas en América o antes. Sea como fuere, por lo visto desde entonces Madeleine tiene mal un nervio del cuello que le causa unos dolores de cabeza espantosos. Papá asegura que es porque

se ha envenenado al rascarse; pero él no la conoce. Yo, que la he visto vivir, no puedo evitar que me conmueva; por eso me gustaría que cuando regreses le envíes una nota amable.

3) Pierre Reynal está de vuelta. Recibió la carta en la que le anunciaba «su catástrofe» cuando estaba en la estación e iba a perder el tren de vuelta. Me daba bastante miedo su reacción; ahora estoy algo reconfortada. Está apenado, pero se ha tomado la cosa muy bien, un poco apurado conmigo nada más, cuando traté de ver cómo estaba en realidad. Te manda saludos.

4) Claude Vernier[144] está de vuelta y me ha telefoneado sin demora. Toda la simpatía que tenía por él ha desaparecido como por ensalmo. Ya no puedo ni oír su voz sin irritarme.

Y hasta aquí, amor mío, todas las novedades.

Por dentro estoy bien desde tu carta de esta mañana.

Tu llamada telefónica del miércoles por la noche me había dado reservas para aguantar un día más, pero volver a entrar en contacto con el cine al día siguiente me ha desmoralizado por completo. Por otra parte, había algo que me atormentaba: no pude contestarte como me hubiese gustado por culpa del «imbécil del compatriota opositor» que estaba ahí, plantado delante de mí como un clavo.

Desde entonces, el trabajo va bien y me llueven las propuestas; pero, curiosamente, me dejan bastante fría. La perspectiva de actuar en *Judith* que me emocionaba un poco el año pasado, ahora me deja indiferente. Y de *La Muerte-Princesa*,[145] mejor ni hablamos.

Solo Dora[146] ha logrado —¡y de qué manera!— captar mi atención, tenerme ocupada y preocupada, y no solo porque el autor seas tú. También me siento muy cansada y creo que esa falta de interés me la causa sobre todo eso.

Tu carta ha arrasado con todo y esta noche siento que revivo. Ahora

tengo que dormir. Mañana me levantaré dispuesta a todo. ¡Ay, amor mío, si supieras lo bien que sienta llevarte! Te quiero, te quiero. Te quiero.

M.

91 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes por la noche (las 11) [13 de septiembre de 1949]

Amor mío:

Esta tarde he recibido tu carta del sábado y el domingo. Me ha dejado trastornada. Y eso que cuando recibí las primeras noticias tuyas, tan llenas de vida y de alegría de volver a vivir, no sé qué imaginación inexplicable me hizo temer lo que vendría luego; mi amor por ti me da una sensibilidad abrumadora. Así pues, me esperaba una reacción algo sombría, pero no estaba preparada para recibir ese llamamiento desquiciado, angustiado, desesperado, demente.

¿Qué te pasa, amor mío, y cómo estás hoy? Supongo que cuando recibas esta carta ya no serás el mismo. A juzgar por mi propia experiencia, creo que después de retomar el contacto conmigo, allá donde estés, todo irá mejor y en cierto modo te parecerá más fácil; pero en cualquier caso, así y todo, esta noche tengo empeño en intentar hablarte con el corazón para desterrar para siempre de tu imaginación algunos temores.

Te quiero. Te querré siempre, contra todos, contra todo, contra ti, si hiciera falta. Ahora creo que ya resulta inútil añadir «contra mí»; estuve un año sin consentir del todo en dejarme llevar contigo por completo. Hoy he elegido y jamás volveré a apartarme de nuestro amor. Desde que te has ido

a Aviñón no ha habido ni un momento en que no te llevara dentro de mí. He trabajado o me he quedado en casa con mi padre, y no me he reído, no he llorado, ni pensado ni mirado sin que, automáticamente, tu imagen se infiltrara entre el mundo y yo para reír, llorar, pensar y mirar conmigo. Tú eres el punto de partida de cualquier iniciativa que tomo y el desenlace natural de todas mis impresiones, y los altibajos de mi estado de ánimo en cada momento del día dependen de la mayor o menor conciencia que tenga de que existes. Cuando un cansancio excesivo me despoja de toda fuerza imaginativa y me emborrona tu rostro, de pronto pierdo las ganas de vivir y solo sirvo para acostarme como una masa inerte hasta el momento en que vuelven las energías y con ellas tu hermosa mirada, tu maravillosa sonrisa. Entonces me despierto y durante un rato vivo tres vidas: la tuya, la mía y la de nuestro amor, tan conmovedora.

Aparte de eso no existe nada, solo la tozudez con la que quiero que estés donde estás para que regreses conmigo todo lo guapo, puro, fuerte y alto que eres.

¿Lo entiendes, cariño mío? ¡Es espantoso ver cómo unos sentimientos tan grandes, tan infinitos, tan ricos, tan extraordinarios, mientras los llevamos dentro, se vuelven bobos, anodinos, vulgares y mermados al traducirlos a palabras y arrojarlos todos revueltos en un papel! Y aun así, en tu carta hay frases enteras que no se me olvidarán nunca —¡esas palabras y el maravilloso ardor que me han puesto en el corazón!— y que en adelante serán mis oraciones de la noche y de la mañana:

«… la peregrinación de una soledad que un día se extravió en ti. Es cierto, ¿sabes? Desde aquella temporada no he vuelto a estar solo».

y «… Quédate conmigo en todas partes. Aunque discutamos, eso es bueno. Discutamos y luego sonríe como sabes hacerlo, con esa sonrisa que me gusta besar».

No temas, amor mío, me voy a quedar, ahora y siempre, contigo en todas partes. Pero, por favor te lo pido, tranquilízate, ten paciencia, cuídate, cuídate mucho y no vuelvas antes de haber tomado todo lo que esa comarca puede darte.

No tienes ninguna prisa. Después de la larga conversación telefónica con Hébertot, Reggiani y mi Productora, hemos llegado a un acuerdo definitivo. [147] Dado que estaré atrapada en el estudio hasta el 13 de octubre y luego del 22 al 29, los ensayos no empezarán en serio hasta el 13 (Œttly no puede ensayar por la tarde), la toma de contacto se hará unos días antes y no estrenaremos hasta el 20 de noviembre.

Así que tienes tiempo de sobra para volver y elegir en diez días a los actores del elenco. Descansa. Todo el mundo te está esperando ya para echarse encima de ti y es preciso que cuando vuelvas estés en plenas facultades. Serge y yo también te esperamos para impulsarte con todas nuestras fuerzas a combatir contra las ideas estrafalarias del amo; ya nos hemos puesto de acuerdo entre nosotros para defender la obra hasta el final. ¿Lo ves? Incluso estando contra ti, sigo estando contigo… y ¡no temas, que vas a tener discusiones para dar y tomar!

Pero, al margen de todo esto, yo también necesito tus fuerzas, porque noto que me va a dar un ataque de nervios. La vuelta al cine ha resultado funesta y ¡solo llevo dos días de rodaje! ¡Qué pasará más tarde! Así que ya ves que tienes que hacer lo que sea para recuperar tu equilibrio anímico y físico: es el nuestro. Me estoy esforzando para decirte todo esto. Si me dejara llevar, solo oirías un grito de llamada continuo; para ser sincera, ya no puedo vivir sin ti. Precisamente por eso quiero tener y que tú tengas una vida muy larga. Pero no quiero pensar en eso; siento que yo también me voy a volver loca. Cuídate. Haz lo que sea mejor. Te quiero igual que vivo.

M.

Martes 13 [septiembre de 1949]

Amor mío querido:

Los días pasan durmiendo y soñando. Esperando tu carta también. No me atrevo a esperarla para hoy. Pero como no me llegue mañana… Será una semana sin noticias tuyas. El silencio es la cosa peor. Y sin embargo no debería serlo. La certeza, la confianza tendrían que llenar también esos vacíos. Debería estar seguro de ti sin necesidad de esa señal, sin necesidad de asegurarme en todas las ocasiones de que estás ahí y eres mía. Por las noches, sueño constantemente contigo, cosa que no me pasaba nunca. Esos sueños, a decir verdad, no siempre son agradables. Pero me despierto a menudo con tu sabor en la boca, al menos siempre que no me despierto con una angustia espantosa.

He intentado trabajar, pero me doy la impresión de una batería con los acumuladores descargados. No me ha salido nada. Recibí ayer una carta de Hébertot que me pide un texto para el programa de *Moby Dick*[148] y me comunica que el estreno será el 27, con lo que he llegado a la conclusión de que nuestros ensayos no serán antes del 28.

Ha sido el único acontecimiento de un día completamente vacío. He leído, mucho. *La hora 25*, de un rumano;[149] un libro completamente desesperante y que me ha dejado de un humor muy negro. Y estoy leyendo el libro de un amigo, *La bahía perdida*[150] de Manès Sperber, que promete ser no menos desalentador. Está nublado, el viento es frío. Espero París. Para todo lo demás estoy sin imaginación y sin sensibilidad, un alma muerta. Pero la vida vuelve, y la llama, en cuanto pienso en ti, en cuanto espabilo en mí la pasión y el recuerdo de tu rostro, de tus gestos, de tu

cuerpo. Me esperas, ¿verdad? Cuéntame de la película, de tus días, de tus noches. Háblame de tu padre. Hay muchas cosas de ti que no sé aún y de las que estoy esperando que me hables, entregada. Pero todo llegará, lo sé, lo creo, viviremos superpuestos, como tú y yo lo deseamos.

¡Ay, cariño! ¿Me sigues queriendo? ¿Te acuerdas del parque de Ermenonville, del atardecer sobre los hermosos árboles, de los peces saltando fuera del agua? Sí, era el eterno verano y me sentía feliz hasta el alma. Te debo los días más grandes, y los más silenciosos, que puedan darse en esta tierra despiadada. Fui el primero en ponerme de pie, aquel atardecer, pero tenía miedo de que avanzara la hora, la quería inmóvil y perfecta. Era el instante del que me hablabas. Adiós, amor mío, muy pocas horas me separan de ti. Pero me parecen interminables. Cuando vaya conduciendo hacia ti, solo entonces se me relajará el corazón, y cederá la tensión. Pero hasta entonces toca espera, amor y ansiedad mezclados. Solo te envío el amor y te beso con mi deseo.

A.

Martes 13 [septiembre de 1949]. *Por la noche*

Estaba muy decidido a no esperar hoy tu carta. Y ha llegado. Me hallaba en la alegría y tú me decías también tu alegría y me sentía unido a ti por primera vez por algo que no era un amor violento y desgarrado, por una ternura dichosa y que me situaba en la paz más rendida. Gracias, gracias una vez más, amor mío, por saber decir y hacer todo eso, por ser *también* la felicidad y la ternura.

Me contraría saber que estás rodando en las calles de París, entre la curiosidad general. Parte de mi agotamiento, en Sudamérica, venía de que no podía soportar físicamente estar así a merced de cualquiera que pasara.

Y tú tampoco estás hecha para eso, a pesar de tu oficio. Solo tengo la esperanza de que todo vaya mejor en el estudio. Tengo la esperanza sobre todo de que acabes pronto. Creo que no podría soportar durante más de medio día a esos frívolos que te rodean.

Está muy bien que actúes en *Judith* y has hecho bien en aceptar. Pero no me gusta mucho la propuesta de esos cuatro meses dedicados a los clásicos. Es el tipo de propuesta que dicta un anhelo reprimido. Lo bueno de los clásicos es que pueden valer para todo. Pero a veces a los pobres los mezclan con cosas muy raras. Ya sé que das la talla suficiente para llevar bien ese trabajo en el terreno de los clásicos, pero eso no impide que me irrite de tal manera que me hayan entrado ganas de escribir a nuestro amigo para que cambie un poco el repertorio. Por supuesto, siempre estaré a tiempo de decírselo. ¡Qué individuo tan peculiar! Convierte la mismísima naturalidad en artificio, buscamos al hombre en él y no lo hallamos. Simpático pese a todo, pero como lo son los niños. Por supuesto, escribiré a Madeleine [Renaud].

Me preocupa tu cansancio. No es natural que te lo tomes todo con indiferencia. Ve a ver a un médico y toma algo que te espabile. Y, sobre todo, duerme cuanto puedas. Come también, con apetito a ser posible.

Te escribo en plena tormenta: truenos, relámpagos y lluvia. Me he pasado el día fantaseando y jugando con Jean y Catherine, que aquí están cogiendo buen color y pierden el aspecto de ciudad. Catherine tiene miopía en un ojo y eso la obliga a forzar mucho más ese ojo y por eso bizquea tanto. Las gafas son para corregir la miopía y que desaparezcan sus efectos. Pero puede ir para largo. Y me apena ver esa cara tan bonita tontamente desfigurada.

Todavía no he conseguido trabajar. Pero después de tu carta me he sorprendido a mí mismo organizando mi trabajo de los próximos meses,

cosa que solo hago cuando tengo muchas ganas de trabajar; me he dado cuenta entonces de que me aportas también, con esta confianza entre nosotros y que tu carta ha reforzado, fuerza y capacidad para trabajar. Sí, te he dicho mal lo que me ha dado tu carta. Ahora sé que voy a poder por fin terminar todo lo que tengo empezado y dedicar todas mis fuerzas a lo que quiero hacer. Vuelvo a decírtelo mal y sin aprestos, pero quizá intuyes la formidable alegría que eso me ha metido en el corazón. Te beso y te quiero, estoy cerca de ti y vivo de ti. Escríbeme. Pronto te estrecharé contra mí. Pero de aquí a entonces te mando raudales y más raudales de incesante amor. Se ha ido la luz. Con la tormenta se han fundido los plomos. Escribo tu nombre en la oscuridad, Maria querida.

A.

93 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves por la mañana [15 de septiembre de 1949]

Querido amor mío:

Ayer recibí tu carta con fecha del martes 13. No puedes imaginarte qué alegría me das con cada una de tus palabras. Sin embargo, tampoco esta carta es muy alegre y, menos aún, apacible. Estoy pendiente de que hoy llegue la que debe responder a la mía y espero que sea algo más sosegada que estas dos últimas. Quería escribirte anoche, pero he preferido dar rienda suelta a mis reflexiones y a mis sueños y hacerlo hoy con la cabeza descansada. Subí a mi cuarto a las once y me dormí a las tres de la

madrugada. No hice nada: con la ventana abierta, asomada a París y a la noche, no dejé de pensar en ti, en nosotros, en nuestro amor.

Comprendo que estés cansado anímica y físicamente; comprendo ese estado de hipersensibilidad tan extrema que a veces roza la mismísima muerte del alma; comprendo que te desesperes, que te falten energías para trabajar y para todo lo demás, y que estés nervioso y angustiado de soledad. Solo hay un punto que no me queda claro y es ese miedo que te produce mi silencio forzoso. No, amor mío, «no debería serlo». La certeza, la confianza tendrían que llenar también esos vacíos. En efecto, tendrías que estar seguro de mí, sin señales mías, y creía que te había demostrado sobradamente cuáles eran mis sentimientos mientras estuviste aquí para que, al menos, no tengas que padecer esa angustia durante este nuevo periodo de separación. Sin embargo, veo que no es así, y me pregunto por qué motivo. Después de haberle dado vueltas y más vueltas al problema, he llegado a esta conclusión. Puede que hayas creído que todo lo que he mostrado o insinuado no es sino fruto de una decisión razonable, meditada y llevada a la práctica de una forma —¿cómo decirlo?— *inteligente* sin más. Puede que creyeras que cuando me encontrara en una situación de hecho, esas ideas mías tan bonitas se desmoronarían y yo volvería a ser lo fui antes de que te marcharas a América, y en ese caso, en efecto, tendrías mucho que temer. Es normal que pienses así. Has pasado aquí muy pocos días y en un estado muy alejado de la clarividencia y de la comprensión objetiva para haber notado la hondura de mi nuevo sentimiento. Es normal que hayas atribuido mis reacciones a una idea, puramente teórica, y es aún más normal que, después haber visto cómo me comportaba durante más de un año, no hayas contado con mi imaginación para saber que ya nada puede sorprenderme en lo referente a lo que viví por anticipado durante nuestra larga separación.

Pero ¿qué hacer ante todo eso? Solo el tiempo y mi actitud para contigo

podrán convencerte de que tengo un alma nueva. De momento, tengo que aceptar la espera y verte sufrir inútilmente. Sin embargo, has de saber lo siguiente, que no dejaré de repetir hasta el final.

Lo único que ahora me separa de ti y me impulsa a ratos hacia la locura es el pensar que algún día la muerte nos obligue a vivir el uno sin el otro. Cuando esta idea se apodera de mí tan intensamente para hacerme vivir, por ejemplo, una mañana pensando que ya no estás aquí y que nunca más estarás aquí, todas mis facultades se embarullan en un caos total, siento unas ganas tremendas de vomitar y oigo por todo mi ser sonidos de locura. (De ahí surgió mi «plan» del que te hablé una noche).

Al margen de eso, ya no cuenta nada más que tú y yo, con o contra el mundo entero; esa sigue siendo mi única angustia real y todo lo demás no son más que preocupaciones o inquietudes. Obviamente, esto implica que yo confío en ti plena e ilimitadamente, en ti y en nuestro amor para el que solo puedo imaginar un final: la muerte. Sé que no hay ningún motivo para que tú tengas la misma certeza conmigo; mi juventud física e interior, mis pasadas mentiras, mi antigua ceguera, mi sed de vivir y embriagarme, mis frecuentes arrebatos, juegan en mi contra en el presente. Sin embargo, nunca había alcanzado mi estado anímico actual (desprovisto de embriaguez, sumido constantemente en una emoción extraordinaria), nunca había pensado como pienso, hablado como hablo, y creo que muy pronto ya no dudarás ni un segundo de mi fidelidad inquebrantable y de mi profunda abnegación. Entonces podremos hablar sin alteraciones de todo cuanto nos preocupa, de todas nuestras inquietudes, podremos vivir sin alteraciones, libres ambos con respecto al otro, y ahí habremos ganado. Yo estoy lista; cuando tú te convenzas, empezará la auténtica vida y cumpliremos durante el tiempo que nos quede «nuestro eterno verano». Te espero, mi amor querido, y te quiero.

Maria

Tengo que mandar que lleven esta carta al correo. Lo dejo pues. Continuaré esta noche o mañana por la mañana.

[*En el margen*:]

¿No podrías dejar algunas lecturas para más adelante? ¿No crees que en Aviñón descansarías mejor que en Le Panelier? El paisaje me parece menos siniestro y menos hostil.

Página de mi diario (4 de septiembre). Paseo maravilloso por el parque Jean-Jacques Rousseau. Bonita hora. Bonito lugar. Por primera vez, me ha gustado Jean-Jacques Rousseau. ¡Y qué árboles! Dotados de gracia. No creo que pudiera sentir estas alegrías con nadie más que con A.

Jueves 15 [de septiembre de 1949] *(por la noche)*

Mañana por la mañana no podré escribirte porque tengo rodaje; así que aprovecho este rato antes de acostarme para hacerlo.

He recibido esta mañana tu carta del martes por la noche y es, en efecto, tal y como esperaba. Empiezo a sentir mucho respeto por mis dotes adivinatorias.

No me extiendo sobre la alegría que me ha dado recibir por fin noticias reconfortantes. Te sientes listo para vivir y con hambre de trabajar; es la

señal que estaba esperando y que acechaba con impaciencia desde que volviste. Pero ahora me parece inútil explayarme en frases, basta con que sepas que hoy es el primer día en que he comido con apetito.

En lo referente a Barrault, creo que te equivocas. No pienso que sea capaz de sentir un deseo tan intenso para resignarse a perder un tiempo considerable que podría poner al servicio de su ambición y de su trabajo. Aunque me ha parecido muy cambiado para conmigo, no descarto que, una vez manos a la obra, no pueda prescindir de ponerse «sensual», pero estoy casi segura de que no existe en este mundo ningún sentimiento —y aún menos el que me mostró, personalmente— por el que quiera sacrificar ni un solo minuto de su valiosa vida. Y en cierto modo, puede que tenga razón.

No; es algo mucho más sencillo, cariño mío. No está seguro de que yo consiga hacer mío el texto de Giraudoux y las dimensiones de su teatro le hacen temer por mí. Quiere probarme para contratarme o despedirme, en función de los resultados. ¡Así de sencillo! Solo se le tenía que ocurrir… y encontrar a alguien lo bastante indiferente o lo bastante tonto para aceptar. Mi único triunfo en todo esto es que se cree que soy tonta cuando en el fondo no soy más que indiferente. Él sí que es tonto.

Gracias por los detalles que te había pedido sobre la miopía de Catherine. Rara vez me cuentas algo de Jean. ¿Por qué? Y eso que acabo de enterarme de que se te parece y que, aun siendo tan pequeño, ya tiene tu mismo carácter. ¿Es cierto?

Comprendo que no fueras capaz de soportar más de medio día a los frívolos de los «infiernos de Orfeo», pero… ¡si los conocieras a *todos*…!

Por suerte, me dejan en paz y no tengo que temer a ningún moscón en esta compañía. Se limitan a contarme las historias de sus «amantes o queridas (?)» y, viendo mi mirada inexpresiva, se desaniman y me dejan para ir a juntarse entre ellos y pasárselo en grande con sus historias de…

(*sic*). Son educados, amables, siempre de paso, transparentes, ondulantes, perfumados, silenciosos. Lo que más me molesta son sus «crisis caprichosas». Me cuesta aguantar los gritos de hombre o de mujer, pero los suyos tienen la capacidad de provocarme cólicos.

Pero bueno, hasta hoy solo he sufrido dos días, la semana pasada, y de todas formas, el gentío contribuía tanto a mi pánico que en medio del barullo general me olvidaba de ello. Puede que a puerta cerrada resulten más peligrosos. Dudo mucho que puedan ser aún más inexistentes.

Mañana empiezo a rodar en serio y, a pesar de todos mis esfuerzos, no puedo sino recelar de los próximos días. En esto no tiene nada que ver el cansancio y aún menos el médico. A menos que haga falta un medicamento especial para que me guste el cine en general y *Orfeo* en particular.

No; no es el cansancio lo que hay que combatir; es el vacío y el tedio que se apoderan de mí en cuanto diviso una cámara, focos, maquilladores, sastres y, sobre todo —¡qué pavor!—, directores-y-actores-estrella. Entonces me paso el rato aguantándome las ganas de salir por pies y no me queda ni un segundo para tratar de reconciliarme. Solo un texto bonito o una situación conmovedora me ayudarían. No es el caso de lo que tengo entre manos en este momento.

Pero bueno, paciencia, dentro de tres o cuatro días los atractivos que sin duda deben de estar rodeándome se me aparecerán y entonces todas estas horas huecas tendrán una razón de ser. Esperaremos.

A partir de mañana pues, en principio rodaré todos los días desde el mediodía hasta las siete y media de la tarde hasta el 13 de septiembre [*sic, en lugar de octubre*]. Esto se suma quizá a los motivos de los que te hablaba ayer, cuando te decía que aprovecharas bien el aire y el descanso del lugar donde estás. Piénsatelo bien antes de tomar una decisión.

Naturalmente, toda esta semana, desde el sábado pasado, no he hecho

nada. Estuvieron rodando en el exterior las pocas tomas en las que no aparezco. Han tenido el detalle de esperar a que me retorciese de dolor de tripas (como me sucede esta noche): han agotado del todo las escenas para las que no me necesitan, antes de que vuelvas, y ahora que estoy en un estado de lo más contrariado, de lo más nervioso, de lo menos apto para emprender nada de nada, me llaman. ¡Ay, LA ENTIDAD!

De propina, estoy fea. Esta tarde me estuve mirando en el espejo, al probarme el vestuario. Estoy hecha un adefesio. De color «ictericia». Con granitos diminutos por doquier. Los pelos tiesos por la tormenta. Flaca. Abotargada. Solo me quedan los ojos… y aun así… están vacíos. Al mirarme, he pensado en ti, desesperada. ¿Seguirás queriéndome, a mí, tan espantosamente biliosa? Hasta que me llamé al orden. Son días… en los que no hay que pensar. Días malos. Sigamos adelante.

Ay, amor mío adorado, así y todo estoy feliz y vivo nuestra felicidad como nunca la había vivido. Estoy feliz, tranquila y orgullosa. Qué buen panorama, ¿eh? Y me imagino, sueño, veo tus ojos, tu boca. Tengo sed. Espera, voy a beber…

Qué bueno estaba. Tu boca. Tus manos.

Me duele.

Papá está bien. Muy bien, incluso, a pesar de la tormenta y el aire tan pesado.

Pitou se ha vuelto encantadora. Hemos hablado largo y tendido de cosas varias, después de una discusión tremenda (casi le pego) y, desde entonces, se ha transformado en «piel de terciopelo». Creo que me tiene miedo.

Ángeles sigue adelante por el caminito de su vida.

Solo me tiene apenada Quat'sous. Lleva dos días enferma. Esta tarde la llevé al veterinario. Tiene reumatismos, el hígado afectado y tumorcitos entre las mamas; focos cancerosos, por lo visto. Esto último, lo único

peligroso, de momento no parece grave. Por lo demás, no se puede hacer nada. Hay que esperar a que crezca para operar. Es horrible. No sé qué hacer delante de ella y cuando pienso en la enfermedad que va a tener, siento un escalofrío por la espalda. Solo de pensar que la cosa más viva que me queda de mamá quizá se muera de un cáncer, me entra una desazón extraña.

Pero bueno, de momento solo la cuido por el resfriado y el hígado. Que no es poco. Me espanta ver sufrir a un animal y no poder hacer nada.

Mi vida durante estas breves vacaciones puede resumirse en pocas palabras. Solo he salido a la calle para probarme el vestuario. El resto del tiempo me he quedado en casa a leer, escribir, charlar, escuchar música, comer una pizca, dormir poco pero bien y pensar en ti, en nosotros. Me he terminado *El infierno*[151] y he empezado a leer *El adolescente*;[152] para todos esos detalles, te remito al diario.

En fin, amor mío. Tengo que acostarme. Además, quería escribirte solo una nadería: Te quiero. Es lo que he hecho, repitiéndolo varias veces, nada más.

Vuelvo a repetirlo. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

M

PS: Acuérdate de avisarme para que deje de mandar cartas a tiempo.

95 — Albert Camus a María Casares

Jueves por la noche [16 de septiembre de 1949]

¡Qué alegría, amor mío, querido amor mío, tu carta de hoy! Volvía de dar

una vuelta larga en coche por las mesetas del Mézenc, inmenso paisaje de aire y de basalto. Estaba cansado y tenía la esperanza de encontrarte a la vuelta. No has faltado a la cita y sobre todo… No sabía que mi primera carta desde aquí fuera tan triste. Pero no lo lamento, ya que te movió a hablarme con el corazón y a decirme lo que llevaba esperando de ti desde el primer día en que deseé ser algo para ti. Me sentía triste y desdichado al llegar aquí, pero más aún porque te había perdido durante estos pocos días, porque me faltaba ese punto fijo hacia el que vuelvo la mirada y el sentimiento. La ausencia, la ausencia, la ausencia, no pensaba volver a padecer esa enfermedad crónica. Pero con tu primera carta recuperé la fuerza de la esperanza. Necesito saber que estás ahí, contar contigo y afianzarme en ti. Volvíamos a estar separados, regresaba a una vida que nos duele y te duele. Imaginaba lo que podías estar pensando. Y ante la idea de que podías perder el valor, perdía yo el valor a mi vez. Pero ¡me escribes, me esperas, me quieres! Sí, ponte en mis manos como me pongo yo en las tuyas, sin reservas. Cuanto más damos, más tenemos para dar, tal es la ley. Y, en lo que a mí se refiere, nunca he estado tan seguro de lo que soy como a partir del momento en que consentí en ir hacia ti.

Este día y esta carta cuentan para mí. Los recordaré en los días difíciles. Es el día de la promesa. Y a mi vez, en lo más cálido de mi corazón, te hago la misma promesa, con tranquilidad. Sé feliz, sin crispación, trabaja. Recupera las fuerzas sobre todo, lo que te hace más grande nos hace más grandes. No despilfarres tu energía, la necesitamos.

También por esto quiero pedirte perdón, por haber sido capaz de enseñarte tanta debilidad y tanto desánimo. Así era como estaba, por supuesto, más valía pues decírtelo. Y es cierto que nunca había tenido una depresión como esta. He precisado todas mis fuerzas para salir de ella. Ahora sé que saldré y por eso era mejor que te hablase de esa certeza en vez

de sumar mi cansancio al tuyo. Así que perdóname y has de saber que mi única disculpa está en la novedad de esa dulzura que nota uno, siempre que se deja llevar. Nunca me entregué por completo a nadie sino a ti, y desde hace poco. Y dejar que hable el corazón cuando me estrecho contra ti es una emoción y una paz que superan toda imaginación.

Así está la cosa, voy mejor, ya he engordado. Ideas negras a veces, pero pienso convertirlas en voluntad de trabajo. Todavía no he hecho casi nada, pero ya llegará, tiene que llegar. Duermo, duermo mucho, estoy durmiendo para años, pero también te quiero mientras duermo, te llevo en mis sueños. No sé qué decisión voy a tomar para la vuelta. Ya veré el lunes en qué estado me encuentro. ¡Tanto mejor si no ensayamos hasta el 13! Tendré más tiempo para verte antes de sumergirnos en el trabajo, el invierno, París… Te veré…

Gracias, querido amor mío, gracias una vez más con todo mi corazón. Te envío mi promesa y me quedo con la tuya. Te beso como la primera vez.

A.

96 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado 17 [septiembre de 1949]

Amor mío:

Tu carta me llegó ayer cuando no la esperaba, más bien cuando había decidido no esperarla. Gracias por todas estas cartas, niña mía, y sobre todo gracias por lo que hay en ellas. Ahora sabes que ya estoy reconfortado. Y me has quitado esas angustias inútiles, en efecto. Aunque ni tú ni yo seamos grandilocuentes no nos ha quedado más remedio que poner muchas palabras y frases entre nosotros. Y, naturalmente, era inevitable. No nos

quedaba más remedio que ponerlo todo en entredicho puesto que todo estaba en entredicho, dudas, angustia y desgarramiento. Pero ahora, fuere cual fuere el porvenir, venga de donde venga el dolor, tenemos una seguridad mutua, y podremos no volver a hablar, sino vivir, crear, gozar, sufrir juntos.

Esto es lo que quería decirte rápidamente porque tengo que llevar esta carta al pueblo. He decidido salir el 20 o el 21, a eso del mediodía. Así que llegaré por la noche a París. Si no es demasiado tarde, te llamaré. Si no, te veré al día siguiente por la mañana. Vuelvo seguramente con F[rancine] y uno de los niños. Pero te tendré al tanto. No he hecho nada, pero quiero organizarme el trabajo en París y de aquí al 13 habré vuelto a hacer dos escenas y progresado, eso espero, en el resto del trabajo. He descansado. Físicamente estoy bien. De los nervios, menos bien. Pero me apoyo en nosotros y esa fuerza es infinita. Tu amor, ese del que reboso, la espléndida certeza en que vivo ahora, constituyen toda mi voluntad y toda mi honda alegría. Quiero darte las gracias, una y otra vez, como se le dan las gracias a un compañero insustituible. Y besarte también, pero como a la mujer a la que quiero, con todas mis fuerzas.

A.

97 — Albert Camus a María Casares

Lunes 19 [de septiembre de 1949]

Querido amor mío:

Solo unas líneas, que escribo deprisa y corriendo en la estafeta, para decirte que el viaje de mañana está confirmado. Puedes, si quieres, esperar

mi llamada hasta las diez. Después de las diez no me esperes ya y duerme a pierna suelta. Me encontrarás cuando despiertes. Escribo esto lleno de alegría. Sé perfectamente que empieza una temporada difícil, con tu trabajo, el mío y la vida, pero está nuestro amor y tu presencia, ¡tu presencia sobre todo!

Hasta pronto, mi victoria chiquita. Me alegro de que estés fea (como dices). Ya sabes que ese es uno de mis sueños. Te beso esos ojos tan feos, amor mío…

A.

98 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

20 de septiembre [de 1949]

Labiche[153] acaba de llamar por teléfono a P[aul][154] para decirle que no has podido volver por culpa de una gripe tremenda. Ahora mismo P[aul] está abajo tratando de llamar a Chambon para tener novedades. Yo acababa de recibir la notita en la que me anunciabas que volvías esta noche y te confieso que la noticia me ha alterado mucho. De golpe me parece que, para tranquilizarme, no me cuentas toda la verdad sobre tu estado de salud, desde que te fuiste de París. Ya no sé qué hacer ni qué decir. Estoy un poco nerviosa, perdóname. Creo que antes de seguir con esta carta esperaré el resultado de la llamada telefónica de P[aul.]

99 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves, 3 de la tarde [22 de septiembre de 1949]

39,5º desde ayer. Ha venido el médico, una gripe intestinal supone. Tres o cuatro días de espera en la cama. Labiche te llamará a las seis. Dile dónde y cuándo tiene que llamarte a diario.

Estoy triste, espantosamente triste. ¡Vaya, ya estamos! Pero confío en tu amor. ¡Ánimo y perdóname! Que no se te olvide que nunca te he querido tanto.

A.

100 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

[23 de septiembre de 1949]

Quería escribirte mucho, pero no puedo. Esta fiebre me deja agotado. Aunque me ha bajado un poco esta mañana. Y me está subiendo ahora mismo (las doce), pero es normal. Y luego estás tú, dónde estás, en qué piensas. Siempre le he tenido miedo a la enfermedad porque sabía que convertiría en aún más insolente lo absurdo de esta situación. Por eso quise volver de allí. Por eso me hago preguntas acerca de ti y de tu corazón. Vivo de la confianza que has sabido darme, y de la esperanza de tu amor. Y nada más.

Hasta pronto, amor mío, hasta pronto. Te quiero y espero curarme para tenerte por fin delante. Quédate conmigo y quiéreme.

A.

101 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[155]

7 de noviembre [de 1949]

Amor mío. Acaba de pasar la medianoche.

¡Feliz cumpleaños, cariño mío![156]

V

A pesar de que estemos alejados, a pesar del futuro que se nos avecina, a pesar de todo y a pesar de todos, esta noche que me dejen en paz: soy feliz.

Aquí estoy, en medio de nuestro desorden, y estás por todas partes a mi alrededor. Hace bueno en mi palomar[157] y el aire huele a paraíso.

Creo en ti y si, por hastío y desconcierto, he podido dudar de tu amor, nunca se me ha ocurrido ni por asomo que hubieras podido mentirme.

Soy enteramente tuya y sé que nada va a cambiar ya lo que siento por ti.

Esta noche, amor mío querido, me encuentro en la cara algo que me gustaría mirar a menudo. Riqueza. Gracias, cariño mío. Nadie en el mundo ha logrado darme jamás semejante mirada.

Te quiero. Te quiero con toda mi alma, con todas mis fuerzas. Me gustaría tenerte pegado a mí y plantarle cara contigo a este nuevo año que se presenta. Esta vez no estaré entre tus brazos, pero, si cierras los ojos, en cualquier momento del día sentirás mis dedos sobre tus labios.

V

¡Ay, tu hermoso rostro!

Dejo el final de la nota para mañana. Ya te explicaré por qué, aunque

seguramente ya lo sepas. ¿Lo entiendes? Todo esto me ha dejado sin tiempo para hacer nada.

102 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles, 5 de la tarde [14 de diciembre de 1949][158]
Ensayo general de Los justos.

Amor mío:

He aquí una carta que llevaba pensando escribirte desde hacía mucho. Tranquilízate, es una carta buena y que no tiene relación con nuestros desgarramientos. Sencillamente, a medida que transcurría este ensayo general, estaba cada vez más triste al pensar que ibas a encontrarte y a sentirte sola y me había prometido dejarte un testimonio que pudiera hacerte algo de compañía y ayudarte a vivir en mí y conmigo en esta oscuridad que es la nuestra.

Pero no había pensado que iba a estar tan cansado como estoy y no tengo la seguridad de poder decirte lo que quería. Voy a intentarlo, sin embargo. Dentro de un rato te irás sin mí. Solo con eso estoy ya rabioso y desesperado. Pero tienes que saber que no estás sola y que no voy a vivir, respirar y gritar sino contigo durante todo este tiempo. Sé que en todo ser hay una parte de soledad adonde no puede llegar persona alguna. Esa es la parte que más respeto y, tratándose de ti, nunca he intentado tocarla ni apropiármela. Pero en todo lo demás, también sé que no hay ni uno de tus padecimientos o de tus alegrías que no pueda compartir.

Tenemos muchos obstáculos que superar antes de vivir de verdad este amor que ahora me asfixia a lo largo de todos los días y de todas las noches

(y las noches del deseo y del amor solitario pesan y son largas). Los superaremos. Pero ya sé que me une a ti el vínculo más fuerte, que es el de la vida. Eso es lo que quería explicarte porque nunca he sabido hacerlo. Dicen a veces que se elige a tal o cual persona. A ti no te elegí. Entraste por casualidad en una vida de la que no me ufanaba y desde ese día algo empezó a cambiar, despacio, a pesar mío, también a pesar tuyo, tú que eras entonces lejana y estuviste, luego, vuelta hacia otra vida. Lo que haya escrito, dicho o hecho desde la primavera de 1944 siempre ha sido diferente, en profundidad, de lo que me ocurrió y ocurrió en mí antes. Respiré mejor, aborrecí menos cosas, admiré con libertad lo que era merecedor de admiración. Antes de ti, fuera de ti, no me sentía allegado a nada. Esa fuerza de la que te reías a veces no fue nunca sino una fuerza solitaria, una fuerza de rechazo. Contigo, acepté más cosas. Aprendí a vivir, por decirlo de alguna manera.

No es cierto que nos volvamos mejores y sé todo de lo que careceré siempre. Pero aceptamos más o menos lo que somos y lo que hacemos. Así es como se crece de verdad y se convierte uno en un hombre. Contigo, me siento un hombre. Por eso seguramente es por lo que siempre ha ido mezclada con mi amor una inmensa gratitud. Y lo único que me preocupa es la duda de si podré darte tanto como tú me has dado. Entonces lloro todas y cada una de tus lágrimas porque me siento mísero e impotente y porque me quedo cortado, tragándome ese gran grito de ternura y entrega.

Me han llegado de ti más dolores de los que nunca esperé de una persona. Incluso hoy, tu pensamiento en mí va mezclado con padecimientos. Pero, pese a tanta desesperación, tu rostro sigue siendo para mí el de la felicidad y la vida. No puedo remediarlo, no he hecho nada para ello salvo rendirme a este amor, que hacía dentro de mí el vacío antes de saciarme hasta el

corazón. Siendo como soy, tampoco se puede hacer ya nada, bien lo sé, y te querré hasta el final.

Te escribo una carta de amor, ya ves. Amor es efectivamente querer a la enemiga, al tiempo que a la cómplice amada, hasta que todo se funde en esta potente felicidad que cubre todo el espacio de la vida en un instante. Esta noche estarás guapa y maravillosa como a mí me gustas, como lo espero siempre sin quedar nunca decepcionado. Me he equivocado, me estás leyendo ahora, has estado guapa y maravillosa y yo, entre el gentío, te he tenido abrazada, desesperadamente, como te abrazo ahora mismo con todo el orgullo que hay en mi amor.

A.

103 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[15 de diciembre de 1949][159]

MARIA CASARÈS

V [encima del nombre] Dora

104 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[160]

[15 de diciembre de 1949]

Vas a ser la más hermosa y la más grande. Lejos de mí. Pero incluso en una habitación solitaria la mayor alegría es poder admirar lo que se ama. Esta noche no pensaré sino en ti, amor mío, y en tu éxito. Te escucho desde lejos… y te doy las gracias por todo con un corazón rebosante.

A.

105 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 6 de la tarde [15 de diciembre de 1949]

Amor mío:

He estado esperando hasta ahora, a solas, a que me telefonearas. Y, claro, como no podía ser menos, cuando has llamado había gente. Me asfixiaban las cosas que quería decirte, y esta mala tristeza en que estoy, y una ternura trémula que tenía dentro.

Al menos quiero que estas palabras te estén esperando esta noche, y estas flores también, para remozar estos días áridos. Ya sabes que no es por esperarte por lo que me siento desdichado (te estaría esperando hasta el fin del mundo), sino solo por imaginarte cansada y desdichada, padeciendo de nosotros y por nosotros.

Estas estúpidas frivolidades que nos separan me impiden entregarte mi confianza, la fuerza que me corresponde, y decirte la esperanza y el amor con los que no he cesado de vivir, aunque hayas estado a punto de privarme otra vez de esperanza. Pero ahora sé que el amor le basta a todo, que hace que revivan los días y que calle la desesperación.

¡Déjate llevar hacia mí, que estoy entregado a ti por completo! Que este día concluya al menos con las palabras de mi amor y de mi ternura.

Duerme, descansa. Pronto nos despertaremos juntos, será el día de la felicidad una vez más. Pero te acompaño paso a paso hasta ese día y te beso despacio para no perturbar tu sueño ni serle gravoso a tu cansancio.

A.

107 — Albert Camus a María Casares

106 — Albert Camus a María Casares

Viernes [16 de diciembre de 1949]

Mal día, amor mío. Solitario, frío, jaquecoso. Las horas se hacen largas lejos de ti. Pensaba en mi Dora, llevada a rastras hasta la calle, tiritando de frío y con la muchedumbre alrededor. Se me entristece el corazón cuando te veo como anoche, con un mal día esperándote, desconsolada al sentirme intranquilo, y yo incapaz de hablar, pensando solo en todo lo que querría darte. Pero al menos querría que esta nota te llegase esta noche para recibirte, caldearte las manos y los ojos, decirte la ardiente ternura que arrastro conmigo. Dulce mía, cansada mía, querido amor mío. Te beso en el cuello, te despeino, te aprisiono. ¡Mañana llegará pronto, y nosotros dos, por fin! Buenas noches. Quiéreme toda la noche y despiértate feliz. Eso es lo que espero, te espero.

A.

107 — Albert Camus a María Casares[161]

[17 de diciembre de 1949]

¡Juntos una vez más! Pero nunca como esta noche; y pese a todos los obstáculos, me he sentido tan desbordante de gratitud, de orgullo y de ternura. Y cuando se acabe, a la hora del cansancio, tu rostro, tan querido…

¡Vivir por fin! Y la vida no tiene más rostros que el tuyo. Te tengo cogida muy fuerte la mano todo el rato.

A.

108 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo, 10 de la mañana [18 de diciembre de 1949]

Estoy mucho mejor esta mañana, querido amor mío, y creo que todo va a volver a su cauce. Brouet,[162] a quien he consultado por teléfono, me aconseja dos días de reposo absoluto cuando ya no tenga fiebre. Eso me pone en el martes. Por lo demás, bien pensado, no era prudente, en efecto, salir mañana por la noche, pese a lo mucho que me apetece. A fin de cuentas, prefiero quitarme de encima todo esto de una vez por todas y volver a mi vida, salir por fin de este agujero donde estoy vegetando. Perdóname, pues, por lo de mañana y sal tú si te apetece. Te llamaré el martes por la mañana para quedar. Me siento muy triste al escribir esto y esos dos días se me van a hacer muy largos, pese a todo cuanto me dice el sentido común.

Tu carta de ayer llegó en el momento oportuno. La verdad es que hay momentos en que esta situación me vuelve loco. Solo que en esos casos soy un loco con aspecto plácido, cosa que no inquieta a nadie. Pero estoy loco. No hay más que una cosa que pueda sacarme de ahí, y es la sensación de tu amor, y no el conocimiento. Por supuesto que sé que me quieres. ¿Y por qué otra razón ibas a aceptar esta vida insoportable en tantos aspectos? Pero solo necesito sentir ese amor que ya conozco. Lo sentí en tu carta, y el corazón, que se me estaba envejeciendo y acartonando en el sufrimiento, se

despertó también y empezó a amar igual que se florece. Gracias, gracias a mi querida, a mi pequeña, a mi dulce, yo también te quiero para siempre y velaré a tu lado. Solo espero recuperar sin tardanza la sangre, la fuerza y la vitalidad. De momento me parece que tengo tanta sangre como una esponja y, en vez de carne, algodón. Ánimo y paciencia, hermoso amor mío, y sigue queriéndome como me quieres. Te espero y pienso interminablemente en ti.

A.

No sé por qué me siento inexplicablemente feliz cuando pienso en la historia esa de Medea.

109 — Albert Camus a María Casares

7 de la tarde [20 de diciembre de 1949]

Estas pocas líneas solo para que te reciban esta noche, para decirte que un día sin ti es un día que no se acaba nunca, una ciudad sin jardines, una tierra sin cielo… para decirte también que nada nos separará nunca en este mundo, anudados el uno al otro. ¡Buenas noches, viviente! Beso tu corazón.

A.

Miércoles, 10 de la mañana [21 de diciembre de 1949]

No encontré anoche una estafeta para mandar esto por correo neumático. Tenemos al servicio de correos en contra. Pero te lo mando esta mañana para que desayunes con él, en la aurora del mediodía…

110 — Albert Camus a María Casares

Dora

Viernes, 12 de la mañana [23 de diciembre de 1949]

Bienvenida, cariño, y feliz Navidad pese a todo, porque es una dicha, la única verdadera, que estés de vuelta. Ahora descansa todo lo que puedas, y no volvamos a tener separaciones tan largas y tan duras. Iré a verte un ratito mañana por la mañana y mucho rato mañana por la tarde. Escribir esto, amor mío, me abre por dentro un hueco de alegría buena, por fin. Empiezo ya a besarte.

A.

111 — Albert Camus a María Casares[163]

[25 de diciembre de 1949]

¡Feliz Navidad, Dora!, puesto que la alegría, entre los que se aman, puede ser solitaria y silenciosa por un tiempo. (Hoy es el Nacimiento. La Resurrección es en Pascua).

1950

112 — Albert Camus a María Casares

Martes, 3 de la tarde [3 de enero de 1950]

Te dejé[164] y luego pasaron las horas no sé cómo, en la indiferencia. Ya en el tren, con el ruido del silbato, algo se despertó. Me dolía. Miré la jeta de la gente. La clientela de los coches cama no es para estar orgulloso. Era una colección inverosímil de pintas patibularias o vulgares. Me acordé de *Los justos*. Para ser exactos pensé que la única justicia posible era un nuevo reparto de la injusticia. Se hacen revoluciones para que sean otros los que viajen en coche cama. Perfecto. Me acosté. Me tomé un somnífero. Pero no me dormí hasta el amanecer. El ruido de los raíles, las paradas en las estaciones, la noche, la gente que corre, que llama: pensaba en ti, pensaba en ti. ¿Qué estoy haciendo aquí? Solo pensaba en eso. A las ocho me levanté, corrí la cortinilla: tenía el mar delante. No sentí nada. Me aseé. Fui al vagón restaurante. Estábamos pasando por el Estérel. Ahí estaban los árboles que me gustaban, las colinas, la tierra roja. No sentí nada. Una vez pasado Saint-Raphäel, otra vez el mar. Y nada.

En Cannes me esperaba el auto del centro helio-marino de Vallauris (un centro que controla Robert). Por desgracia, el director y su mujer habían ido a recibirme. «Pensaba que era más viejo, maestro». «Lo soy, señora, pero tengo las apariencias en contra». «¿Y qué tal la vida por París, maestro?». «Pues… con altibajos, señora», etc. etc. Por fin, Cabris. Aquí hay silencio de verdad. Paisaje anchuroso delante del pueblo, en lo alto de un pico, aire

estimulante y liviano. Algo se me despertó por dentro. Un aroma a hierba y volví a ver Ermenonville, el hermoso cielo de septiembre; y algo así como un furor, una rabia de desesperación y amor, se me vino al corazón.

Te escribo en la cama, en la posada. Es una habitación de las que a Michel no le gustan, pero donde me dejan en paz. Estoy esperando a que esté lista la casa. La fuente del pueblo mana debajo de mis ventanas y oigo su ruido sutil. Te quiero. Te revivo. Voy a vivir contigo aquí, en la pena, pero en el amor. Voy a esperarte, y, de entrada, tus cartas. Escribe a A. Camus, Cabris, vía Grasse, Alpes Marítimos. Con eso basta. Repito: CABRIS, vía GRASSE, Alpes Marítimos. Escribe. Rápido. Dímelo todo de ti y de tus días. Yo te contaré las cosas con detalle. Hoy la noche de insomnio me ha cansado y he hecho un resumen. Pero añade mi tristeza, este corazón oprimido que no se me quita desde ayer y sobre todo el amor inquebrantable que me colma ahora mismo, mi confianza y mi ternura. Maria, Maria querida, todo esto es un mal sueño del que nos despertaremos juntos y para siempre. Te beso, querido amor mío, te estrecho contra mí. ¡Ay, qué mal me siento lejos de ti!

AC

113 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles, 11 de la mañana [4 de enero de 1950]

Querido amor mío:

Te sigo escribiendo en la cama y en el hotel. A decir verdad, esta habitación es un cuchitril lúgubre. Cuando entré ayer, después de haber echado tu carta, empezó la neurastenia. Esta habitación de techo bajo y fría,

sin encanto; yo tumbado entre maletas; me parecía que esta historia no iba a acabar nunca. Menos mal que esta noche he dormido. Y esta mañana me siento más animado. Pienso que nos vamos a instalar en la casa, que es muy agradable, esta misma tarde. Allí al menos podré organizarme la vida, o intentarlo. Ya sé que recogen el correo a las seis de la mañana. Así que llevaré mis cartas por la tarde y deberías recibirlas dos días después por la mañana. Las tuyas deberían llegar más deprisa porque el reparto es a mediodía. Si las echases la víspera antes de las doce de la mañana, me llegarían en veinticuatro horas. Solo son detalles, pero vivo de esos detalles.

Hace bueno. El cielo está azul, brilla el sol; pero los brazos siguen cerrados, el corazón hosco y la nuca rígida. Ayer a las once de la noche me estaba acordando de ti. «Todo va a ser más fácil ahora…». ¡Ay! Pero me he jurado no escribirte lamentaciones. Solo que, amor mío, me hace falta vivir y resistir. Te contaré mis días, sin excepciones. Sin ahorrarte nada. Puesto que mi vida va a ser sobre todo una vida de tumbona, te contaré mis reflexiones —mi corazón— con toda la entrega que siento en cuanto me vuelvo hacia ti.

Ayer, por ejemplo, estaba mirando durante la cena a la italiana que nos servía y cuya cara me gustaba: una buena mujer, de corazón generoso. F[rancine] me dijo entonces que estaba enamorado de la gente sencilla. Le contesté que, dicho de esa manera, no era verdad, pero que toda la gente sencilla que lo era de verdad, en su corazón, tenía los ojos de mi madre. Y pensé entonces que vaya vida la mía, separado de los dos seres a quienes más quiero en el mundo. Lo pensé y me quedé tan triste que me fui a mi cuarto para rumiarlo a gusto.

Adiós, amor mío, Maria querida. Estoy contigo, soy tuyo. Sí, es una entrega continua y que me hace tan feliz como darse pueda. Espero tu carta, las señales de tu vida y de tu amor, para hallar en ello una fuerza que

necesito. Cuando pienso en tu rostro del lunes me palpita el corazón. ¡Ay! Te beso, beso tus queridos ojos. ¡Tu carta, rápido!

A.

Mediodía

No dejar que salga esta carta sin poner en ella este amor que me colma, sin llamarte con todas mis fuerzas. Niña mía, sé fuerte, espérame; y quiéreme, sobre todo, quiéreme hasta el final.

114 — María Casares a Albert Camus

Jueves, 3 de la tarde [5 de enero de 1950]

El lunes por la tarde, amor mío, pasé el final del día tratando de apartar a algún lugar muy dentro de mí una bola enorme que tenía atravesada en la garganta, hasta casi ahogarme. No estallé. Aguanté el tirón. Pensé que te sentirías orgulloso de saberme valiente y firme. Solo «Dora» supo todo lo que había dentro de mí; la he enriquecido hasta el último rincón de su corazón y de su alma.

Al volver a casa, ya en la cama, tomé disposiciones draconianas para los siguientes días. Solo debe contar una cosa para ti, para mí, para nosotros: no dejar que me descuide y con esto en mente he trazado un horario cargado. Desde entonces no me he concedido ni un solo minuto de tregua. Apenas acabo un trabajo, ya estoy pensando en preparar el siguiente. Y, de momento, así van pasando las horas.

El martes por la mañana terminé algunos detalles de mis habitaciones,

limpié la casa, salí a hacer un par de recados, me puse al día con la correspondencia y por la tarde fui a la radio. Ayer estuve ordenando papeles, terminé la correspondencia, coloqué los toldos, dispuse en la biblioteca los libros bonitos que he recibido (Proust y Montherlant) y por la tarde fui a la radio (*Hélène et Faust*, de Goethe) y estuve allí hasta las siete. Al volver la casa, durante la velada, leo manuscritos (Brainville[165] y otro) y apago la luz exactamente a las dos de la madrugada. Me levanto a las diez. Y almuerzo a las dos.

En el teatro Hébertot todo va a pedir de boca — menos público pero muy muy efusivo, y ya se están vendiendo más localidades para los días venideros.

Han venido Jamois[166] y Villars.[167] Entusiasmados.

A partir de mañana, tengo una grabación tras otra hasta el final de la semana próxima, pero ya te enterarás de los detalles. Esta misma noche voy a empezar mi pequeño diario y te lo enviaré cada tres días.

El tiempo está gris, soso y opaco, igual que yo. Te espero para revivir.

Se me presenta un proyecto que me interesaría si se realizara en las condiciones con las que me atrevo a soñar de vez en cuando. Mañana te lo contaré con todo detalle. Esta mañana he recibido tu primera carta. La estaba esperando… ¡¡¡Hablas de «jetas» y «pintas»!!! Pero ¡cariño mío!

Pienso en ti acurrucado pegándote a mí, blandito y calentito, y me ahogo de ternura. Pienso en ti serio, en tus hermosos ojos claros, en tu frente, que me gustaría tener bajo mi mano, y me ahogo de amor. Pienso en tus piernas duras, en tus brazos, estrechándome, y… Pero aquí lo dejo.

Estate todo lo tranquilo y feliz que te sea posible, amor mío. Descansa, cuídate mucho, escribe, aprovecha esa tranquilidad que se te ha concedido. No pienses demasiado en nuestra separación, sino más bien en nuestro encuentro en este mundo, en nuestra espera, en nuestra confianza, en

nuestro amor, en los días soleados que nos esperan, en todos esos minutos de eternidad que aún tenemos que vivir. Piensa en que todo lo que hago lo hago contigo, para ti, con vistas a tu próxima presencia. Perdóname por no estar descansando aún. No me siento lista para poder hacerlo. Más tarde, para estar guapa cuando vuelvas; más tarde, cuando la esperanza por fin me permita quedarme sola conmigo misma, sola y desnuda.

Soy tuya para siempre.

Marie-Hélène Dasté[168] me ha pedido tus señas para escribirte. ¿Se las doy?

Dime, ¿es bonita Córcega? ¡Ay, si pudiera realizar mis planes!… Podríamos incluso llegarnos hasta Sicilia… Pero ya te lo contaré mañana.

Descansa, amor mío. Toma cuanto puedas de lo que tienes al alcance de la mano. Olvídame lo suficiente para vivir un poco feliz —piensa en mí lo suficiente para ser feliz del todo. Te quiero.

Maria

115 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 12 del mediodía [5 de enero de 1950]

Día espantoso desde ayer. Ya instalado por fin, he tenido un anticipo de estos tres meses. Imagíname tumbado, lejos de ti y dándole vueltas a mis pensamientos o a mis sentimientos todo el santo día y toda la santa noche. Traslado ayer por la tarde. Casa fría, pese a las chimeneas encendidas. Ya estaba acatarrado. El crepúsculo frío, las sombras llenaban el valle…

A las ocho estaba en la cama. Leía a Stendhal, *Del amor*. Mala lectura en mi estado. Y luego empezó el insomnio. Hasta las tres de la madrugada

pudriéndome en esta cama, rechazando las imágenes espantosas o violentas que acudían en tromba, escribiéndote diez cartas de las que no he recordado ni una palabra esta mañana. Esta mañana, agotado, mientras contemplaba atontado el sol que entraba a raudales por dos ventanales, solo tenía fuerzas para darme cuenta de que en adelante seré incapaz de separarme de ti y para decidir que cuando vuelva, en primavera, ocurra lo que ocurra, no volveré a aceptar ninguna separación. Es el único pensamiento que me ha dado un poco de paz. Ahora rezo a un dios desconocido para que te dé fuerza para esperarme, al tiempo que intento reunir energías para aguantar hasta entonces sin importunarte con quejas.

En otra ocasión te describiré la casa y el paisaje, mi cuarto, la inmensa luz brillante y fría (me da la impresión de ser el único punto negro en medio de un resplandor universal), el gato, mis días tal y como van a transcurrir. Para hoy solo quería dejar que se me desbordase el corazón. A ver si al menos aprovecho este destierro para concluir con mi trabajo y en primavera habré pasado una página desde todos los puntos de vista. ¡Empezará algo nuevo, lo sé! ¡Estas semanas por venir! Aquí tengo tu foto. ¡Vaya cosa! ¿Sientes al menos cómo te quiero? ¿Con qué locura y con qué lucidez al mismo tiempo? Amor mío, mañana me llegará una carta tuya, esa esperanza tengo. Reviviré, me hablarás… Perdóname esta carta, no podía más. Pero te escribiré con sosiego a partir de ahora. Todo lo posible en cualquier caso. A ninguna hora, en ningún momento me abandones. Me muero sin ti, ni siquiera tengo ya corazón ni ojos para la belleza que me rodea. Te espero y me horroriza esperar. Te escribo y odio la ausencia. Tú, tus manos, tu cuerpo pegado al mío, tu boca, eso es lo que me hace vivir. Dime que me esperas y que me quieres. Tranquiliza al que te quiere y que no sabe ya vivir fuera de ti. Te beso con tristeza. Pero con todo el amor acumulado desde París.

A.

116 — María Casares a Albert Camus

6 de enero [de 1950] — *¡Día de Reyes!*

Querido amor mío:

Ayer te escribí fatal. Quería hacerlo bien esta noche, estando relajada, con detalles de todo tipo, pero no creo que pueda conseguirlo aún. He sobrestimado mis fuerzas. Hace ya tiempo, sobre todo desde que te fuiste, que no me he parado ni un ratito a descansar y ahora sufro las consecuencias. Ayer ya estaba en las últimas. Nada funcionaba ya. Se había roto el resorte; solo tuve energía para actuar por la noche. Después de la función estaba agotada. Esta mañana me he levantado a las ocho para ir a grabar en español el documental *Van Gogh*;[169] de allí me fui a casa de Madame Simone,[170] que nos retuvo, a Serge [Reggiani] y a mí hasta las seis. Para leernos una obra que no me gusta, aunque no esté mal construida. Luego había quedado con Émile Natan,[171] productor de cine, para hablar de una película que podría rodarse entre abril y junio (?) y cuyos exteriores estarían en Córcega. Ese proyecto me interesaría —como ya habrás adivinado— en la medida en que podrías ir allí a reunirte conmigo, quizá hacia el final del rodaje. Podríamos entonces demorarnos unos días en Sicilia… ¿Lo entiendes? Yo no me atrevo a adentrarme en los sueños.

Pero bueno, todo esto está aún en la fase de proyecto incierto y aún no puedo contártelo con detalle porque un tremendo dolor de cabeza y un inmenso cansancio me han impedido acudir a mi cita de esta noche.

Por otra parte, desde ayer, el estado de mi padre ha empeorado de

repente. No ha dormido en toda la noche, respira tan mal que no puede ni hablar ni comer, y el médico se teme una crisis inminente. Cómo no, ha tenido que pasar justo cuando no me queda más remedio que estar fuera de casa todo el día para grabar en la radio a Goethe y a Shakespeare.

Así que estoy en cama, atiborrada de comprimidos, sudorosa, «picorosa», tragando saliva con dificultad (dolor de garganta, urticaria, dolor de cabeza, unas décimas de fiebre)… y un humor de perros. Mañana tengo que estar en la radio desde las nueve hasta la una, y de las dos hasta las siete de la tarde, y necesito que se me pasen todos los achaques. Por lo demás, estoy segura de que no me van a dejar secuelas. Después, todavía me quedará toda la semana de esfuerzo, pero luego me tomaré un descanso, te lo prometo. Debo confesar que ahora mismo me dan mucho miedo las vacaciones, pero me las apañaré.

Y ahora, pasemos a *Los justos*. La venta de localidades vuelve a subir. Anoche había mucho público y aún más entusiasmo. Vino Paul Bernard[172] y me pidió tus señas. Se las he dado. Perdóname; pero disfruto al pensar que vas a recibir una carta suya. Es una forma, ajena a mí, de acercarnos, en cierto modo. De vez en cuando necesito estas pequeñas cosas que forman parte de la vida diaria de dos seres que se quieren. De vez en cuando necesito que me hablen de ti como si fueras mi marido. No pienso abusar de ello nunca, pero con Paul me dejé caer en la tentación;anoche necesitaba un bálsamo; y gracias a ello dormí más tranquila.

En lo que se refiere a la función, el público, el teatro, el «grupo», tendría muchas cosas divertidas que contarte; pero me siento de humor sombrío y ahora mismo no se me ocurre nada que decirte sobre el particular… Otro día.

Y hasta aquí para *Los justos*. Solo añadiré que seguimos actuando bien.

El piso. Han llegado los visillos. El toque femenino ya está aquí. La mesita negra ha quedado preciosa. Todo esto empieza a cobrar vida. De lo demás ya me ocuparé más tarde. No puedo mirar el aparato de radio ni tu imagen sin que se me encoja el corazón. Aún no he podido saber qué proporción de felicidad o de alegría me traen esos momentos. Me quedo allí lo menos posible; aún me noto muy frágil.

Y ya por fin nos toca a nosotros.

¡Ay, amor mío querido! Mi querido Albert. ¿Qué puedo decirte? Antes de que te fueras te dije que no te hablaría nunca de nosotros ni de mis sentimientos. No quería condicionar no sé qué titubeos que me imaginaba que tenía tu corazón. Pero ¡qué falso y qué tonto me resulta! Me quieres. Yo te quiero más. Estamos nosotros y ya nada puede destruir ese «nosotros». Lo sé. Lo noto en lo más hondo, en esa plenitud que llevo dentro, en esa confianza ilimitada, en esa especie de inverosímil indiferencia superior que noto cuando en mis momentos más sombríos me da por recordar imágenes que deberían torturarme y que ya no logran interesarme como si pertenecieran a un mundo que fuese del todo ajeno. Tengo la profunda certeza de que eres mío igual que yo soy tuya, ¿comprendes?, y si alguien me llegara a demostrar que no es cierto, jamás lo creería. Es más: aunque ahora trataras de convencerme de que ya no estamos unidos el uno al otro, pensaría que te equivocas y esperaría pacientemente a que volvieras a ser tú, a ser nosotros. Ya me habías enseñado una impaciencia que yo desconocía; ahora conozco gracias a ti la paciencia que ignoraba por completo.

¡No hablar de nosotros!… Y entonces ¿de qué? No hago nada, no pienso en nada sin sentirme fundida contigo, pero nada, ¿lo entiendes? ¿Tú vives como yo? ¿Puedes mirar el cielo, el paisaje anchuroso que tienes delante, los ojos de alguien, esa casita tuya tan agradable, sin pensar en mí o a través

de mí? ¿Puedes emocionarte sin mí? Yo no; aparte de los gestos mecánicos en los que ni siquiera yo tomo parte, no puedo hacer nada, decir nada, sentir nada sin ti. Te fundes con mi corazón, con mi alma, con mi cuerpo. En cuanto me despierto, estás ahí; en cuanto río o lloro, estás ahí, en cuanto miro estás ahí. Ay, amor mío. Hoy terminé el documental a las doce y media. Ya llegaba tarde a la cita con Simone, pero pasé por casa para recoger una posible carta. ¡Me estaba esperando y qué bien me supo! ¡Ay, sí!, escríbeme, querido amor mío; escríbeme, me resulta vital. Soy valiente, hago acopio de toda mi energía para ser valiente, pero los días resultan largos, vacíos, áridos, monótonos, tremendamente parecidos entre sí. Solo tus cartas traen calor a mi cuarto y ¡necesito tanto tener calor!

Te quiero. Te quiero. Te querré hasta el final, sí. Te querré mientras viva. Abrázame fuerte, estréchame contra ti y espérame con valentía y todo mi amor.

M.

V.

117 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 5 *de la tarde* [6 de enero de 1950]

He recibido por fin tu carta y al recibirla he comprendido que era eso lo que me faltaba. Me he quedado un poco avergonzado por la carta que te mandé ayer. Pero también me ha ayudado a muchas cosas y, de entrada, a tomar la firme determinación de no ceder a mis humores trágicos. Estaba orgulloso de ti, es cierto, asombrado de esa corriente de amor que nos une y que se

hace más fuerte sin cesar. Sí, me ayudas. Pero yo también tengo que ser un auxilio para ti y no puedo serlo si me dejo caer en lo hondo de un agujero.

Por lo demás, me cuesta reconocerme. Siempre me ha espantado ese tono que sin embargo adopto ahora a veces. Quizá es el cansancio. Quizá también, y con mayor seguridad, lo soliviantado que estoy porque, habiéndote encontrado por fin, no disfruto de ti, todo el tiempo, en todas partes. Yo no pedí quererte, creo. Pero ahora que me has descubierto el auténtico valor de las cosas, todo cuanto no seas tú me parece pobre y carente de sentido, como si me impidieran ser el que soy ahora.

Qué importan por lo demás todas esas razones. Perdóname esas pequeñas crisis mías. Nada cambian de la fuerza o de la fidelidad de mi amor. Vamos a intentar pasar estos tres meses enriqueciéndonos más que empobreciéndonos. No somos ya ningunos niños, yo desde hace mucho, tú desde hace poco. Pero en cambio tenemos la certeza, la fuerza y la inteligencia de nuestros corazones. Puesto que sabemos que nos pertenecemos para siempre y que nos haremos vivir este amor, pese a todos los obstáculos, resistamos y apliquemos todos nuestros recursos a vencer. Esto me decía ayer viendo caer el día (qué triste es esa hora), que nuestro amor tiene la fuerza y la profundidad de los mares, y que todo cuanto se opone a él, incluso en nosotros mismos (tus enfados, mis distracciones), no tiene más importancia que los guijarros que se arrojan a ellos. Unos cuantos redondeles y el mar sigue en el mismo sitio. Sí, te quiero, te admiro, te deseo y te esperaré toda una vida con el mismo amor tranquilo y apasionado. No dudes. No dudes de nada, tu certeza puede ser total y segura. Vive, trabaja, vuélvete aún más grande, sé hermosa para mí de vez en cuando, en la soledad de tu habitación, y esperemos a esta primavera, en que volveré a tenerte pegada a mí, besándote por fin como querría hacerlo en este momento.

De lo que te estoy más agradecido: que me he tomado mi recaída como es debido. No puedes saber lo que ha significado para mí. Y para ello tendría que hablarte con detalle de mis relaciones con la enfermedad. He temido caer por la pendiente de una indiferencia mala, de volver a ese mal ánimo que era el mío. Pero ahí estabas y he recuperado la fuerza de volver a empezar y superar, o intentarlo, este nuevo obstáculo. Querido amor mío, te quiero con todo mi ser esta noche, te anhelo, te espero entera. ¡Tú, por fin, a lo largo de mí! Escribe, sobre todo. Vela por nosotros. Vive lejos del mundo, eso está muy bien, sé austera, lleva ropa sobria, encláustrate. Buenas noches, pasión mía, buenas noches, niña mía, secreta mía, ardiente mía. Te quiero y te llevo conmigo. Escribe.

A.

118 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[7 de enero de 1950]

Cariño mío, cariño mío, dicha mía, vida mía. ¡Ya está bien de noñerías! ¡Se acabó! Tengo que seguir hablándote sin ton ni son de la vida en París, de *Los justos*, de las llamadas telefónicas y de las cartas. Voy a hacerlo, pero antes déjame decirte que esta noche estoy feliz, en cierto modo, desde hace unos minutos. Amor mío.

París. Desde que te has ido, no lo he mirado. Intentaré hacerlo en los próximos días para contártelo.

Los justos. Esta semana ha sido menos brillante —recaudación— que la pasada. Nos lo esperábamos. Público efusivo, a veces, acatarrado. Esta noche he estado a punto de bajarme del escenario para ofrecerle a un señor

unos caramelos Valda, un pañuelo para amortiguar la tos o dos localidades para que volviera otro día, cuando se encontrase mejor. Me contuve.

Por lo visto, Elsa [Triolet] y Aragon han repetido. Hoy Montherlant estaba en la sala.

La publicidad de Hébertot sigue su tímido camino.

Serge [Reggiani] actúa de forma irregular.

Yves B[rainville] y Jean P[ommier] flojean.

Michel B[ouquet] y Maria C[asarès] mantienen el pabellón tan alto como pueden.[173]

Anoche, un periodista comunista fue a verme para saber lo que pensaba de esa «obra llena de odio». ¡Anoche! ¡Figúrate! ¡Estaba yo de un humor como para que me buscaran las cosquillas! Supo lo que pensaba de la obra y de él; la conversación duró un cuarto de hora. Salió de mi camerino abatido; me lo dijo Henriette.

¿Quién es Max Bizeau?[174] Ha publicado un eco sobre mí en *Combat*. Luego me lo mandó con una carta en la que me llama Maria, me habla con tono efusivo y me pide una «foto» bastante grande para su escritorio.

Sobre las cartas que recibo, un día de estos te mandaré algunas. Merece la pena.

Michèle Lahaye[175] me tiene frita con el tema del doctor Laënnec, del que ya te hablé. Quiere que cene a solas con él por darle gusto a ella. En qué cabeza cabe. No para de alabar la mercancía y cuando, un poco enfadada, le pregunto si no se ha dado cuenta de qué papel está interpretando, contesta: «Lo sé de sobra. Me da mucho apuro, pero el hombre me cae muy bien y a usted es algo que no le cuesta nada». ¿Qué te parece? No doy crédito.

Pero ya está bien. Me tienen todos harta. Vamos a dejarlos, cariño. Ya no

soporto a nadie y mis únicos ratos de tranquilidad solo los encuentro en casa.

Papá está bien o mal según la hora. Está adelgazando y lo noto muy cansado. Lo veo muy poco, por desgracia; las grabaciones y el teatro ocupan todo mi tiempo.

La casa se va amueblando. Tendré la moqueta de las dos habitaciones dentro de un mes. He comprado una cómoda muy bonita, una mesa redonda para comer (todo de madera clara), un cenicero de pie muy bonito y una lámpara de techo para el salón. Estoy esperando el mueble que me están haciendo para el aparato de radio. Las cortinas de la entrada ya están colgadas. Y todo ello empieza a cobrar vida. La semana que viene me ocuparé de la terraza (celosías, pérgolas, plantas, sillas, etc.). Serge [Reggiani] ya me ha apartado algunas macetas con semillas de guisantes de olor.

Con todo esto, Ángeles, Juan y yo nos lo estamos pasando todos como niños delante de unos bonitos juguetes. Tendrías que vernos, te lo pasarías la mar de bien. ¡Qué más! He leído *Le Témoin*.[176] Está bien. Sigo con la correspondencia de Dostoievski. Pero de momento, me queda poco tiempo para mí misma; tengo que ganar para mi moqueta.

Esto es todo, cariño. En lo que a mí se refiere. Perdona que siempre te escriba a tontas y a locas. Vuelvo a casa cansada y no tengo muy claras las ideas. La semana que viene estaré más descansada y escribiré cartas de persona normal.

Y, ahora, ¡por fin tú! Te noto desanimado con el trabajo, pero me parece normal de momento. Sobre todo, no te descuides. Sin crisparte, insisto. Acabará llegando y será estupendo. Ahora, ¿puedo resumir a partir de aquí el relato de acontecimientos de fuera? Me extenderé más con los temas que

me interesan, como comprenderás. ¿Puedo, si me apetece, escribirte todos los días? ¿O prefieres cada tres días?

Contéstame pronto. Mañana por la tarde seguiré con esta carta. Ya no puedo más; me muero de cansancio y esta noche espero dormir bien. Hasta mañana, amor mío querido. Duerme. Te quiero,

V

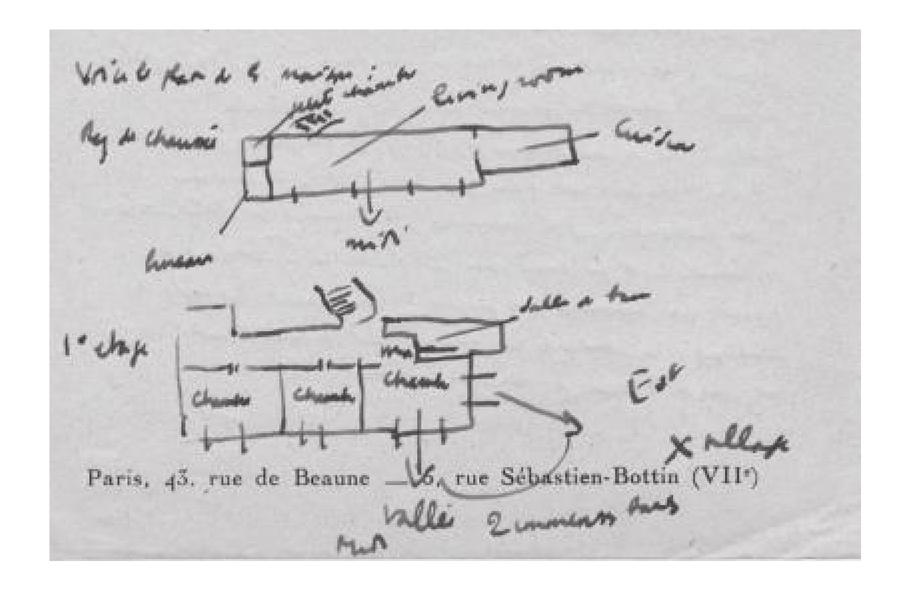
119 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 11 de la mañana [7 de enero de 1950]

Hace un día espléndido y el sol entra a raudales en mi cuarto. Pero tengo que darte una idea de la casa. Está en la ladera de las últimas estribaciones de los Alpes Marítimos, orientada al sur, rodeada de terracitas de olivares y de cipreses. Desde mi cuarto, como por lo demás desde toda la casa, se ve

1) a la derecha, el pueblo en su promontorio. Recibirás la vista exacta en una tarjeta portal que he encontrado;

2) enfrente y a la izquierda, un ancho paisaje de olivares cuesta abajo hasta el valle que lleva al mar. De noche se ven las luces de Cannes. Cuando hace buen tiempo, de día se intuye el mar. Este es el plano de la casa:



Mi cuarto está siempre inundado de sol y de luz. Cuando estoy yo, no entra nadie, ni F[rancine], ni la criada, ni los obreros que están haciendo arreglos ahora mismo, y tengo una paz absoluta. Por eso me quedo en él todo el rato, menos para las comidas, que tomo en la cocina, y un breve paseo que doy a mediodía. Por lo demás, este es mi horario: me despierto a las ocho. Aseo. Desayuno (dado que es la única hora en que tengo hambre, me lo zampo: huevos, copos de avena, tostada, etc.). De nueve a once trabajo en la cama (documentación, notas, etc.). De once a doce, correo. A las doce, paseo. A la una, almuerzo. De dos a cuatro, tratamiento. De cuatro a siete, trabajo. Redacción, etc. De siete a ocho, cena. De ocho a nueve, español con F[rancine]. A las nueve, cama y lectura.

Cada vez que haya un cambio te lo comentaré. Ahora mismo no ha habido ninguno, salvo que he trabajado mal. He terminado *Del amor*.[177] He encontrado muchas cosas, esta para terminar: «Era pequeño antes de amar precisamente porque caía a veces en la tentación de considerarme grande». Dice también que a los veintiocho años el amor deja de ser alegre, pero es porque empieza a ser apasionado. He empezado el *Diario* de Delacroix. Admirable, y con él me entran ganas de trabajar. En lo referido

al trabajo, he empezado el prólogo para mi recopilación de artículos políticos.[178] Pero todo eso me cae ahora tan lejos que me cuesta volver a dar con un «tono».

120 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 3 de la tarde [8 de enero de 1950]

Hace una mañana espléndida y ahora se está nublando. El crepúsculo va a ser problemático. Dentro de un momento, sales al escenario. Qué no daría yo por estar ahí, en un rincón de la sala, sin que lo supieras, y luego…

El día de ayer transcurrió con normalidad. Por la tarde, un médico de Grasse, amigo de unos amigos, vino con su mujer. Conversación junto a la chimenea. Muy agradables, pero yo estaba pensando en otra cosa. Por la noche estaba cansado. Bastó con esa visita: todo el régimen que tengo impuesto es artificial. Leí un poco de mi diario de Delacroix y me quedé dormido enseguida. Tuve malos sueños. Y esta mañana, pese al resplandor del sol, tenía el corazón dolorido. Me puse a trabajar. He corregido las galeradas de mi obrita sobre Orán que va a salir en la editorial Charlot.[179] Creo que la has leído. La estaba escribiendo cuando tenía tu edad. Es más «artística» que las cosas que hago ahora. A las once, llegó Robert [Jaussaud] con el coche. Se quitó la camisa, puso los pectorales al sol, habló con voz tonante, se bebió dos Pernods, revolucionó la casa y luego fue a acostarse. Yo también, para mi tratamiento. Intenté dormir, pero pensaba en nosotros sin parar, hasta la obsesión.

Así que decidí escribirte. Dentro de un rato acompañaré a Robert a Cannes con el coche y volveré. Caerá pronto la tarde. Luego una nueva

noche y los días, uno a uno… Me acuerdo de ti continuamente. También me atormenta el sordo deseo que tengo de ti, y que me guardo muy dentro. Pero se me pasará, y por lo demás me gusta, al menos es algo que está vivo, presente… Acopio toda mi energía para meterla en el trabajo. Pero todavía no he conseguido arrancar de verdad.

A lo mejor, bien pensado, es que se acabó. Ocurre que hay artistas que se paran de forma definitiva. Sencillamente, no se sabe antes de haberlo probado todo.

Espero una carta tuya para mañana. ¿Qué es de tu vida?

Cuenta, cuenta al menos… me consume la impaciencia y la curiosidad por ti. Dímelo todo, incluso lo que vaya contra mí. No me ahorres nada. Dame todo tu corazón tal y como esté. ¡Mi amor querido, qué felicidad la nuestra cuando podía ponerte la mano en el hombro, en la pierna! Pronto, pronto, ¿verdad…? Qué felicidad la nuestra, por lo demás, querernos bajo el mismo cielo. Espero tu carta, niña mía. ¡Ah, qué largos son los días!

121 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 11 de la mañana [9 de enero de 1950]

Sí, los días son largos. Ayer por la tarde, acompañé a Robert [Jaussaud] a Cannes. Desdémone, a quien me alegra haber vuelto a ver, me subió los ánimos. Me acosté muy temprano, porque el desplazamiento me había endilgado una buena jaqueca. Sueño agitado. Esta mañana está nublado. La jaqueca no se me ha ido y hoy no voy a hacer nada que merezca la pena. Anoche pensaba en ti, en marzo. Reunirme contigo, irnos y luego fundirnos

hasta el final… notaba el corazón oprimido de tan presente como tenía esa felicidad.

Espero tu carta. Aquí el correo llega a las doce. Si supieras lo que es la llegada de esa carta… Hoy debes de estar ya cansada después de tu domingo de Dora. Me gusta tu aspecto cansado. Me parece entonces que me perteneces más. Te imagino sin parar.

¡Ah! ¿Sabes? Se oyen muy bien las emisoras de París, salvo Paris Inter, que se oye a veces sí y a veces no. No dejes de decirme todos tus programas y la hora exacta, y la emisora. ¡Al menos oírte!… tu voz…

Habría querido contarte lo de fuera. Pero no pasa nada. ¿Lo de dentro? Tengo jaqueca y no me curo de ti. Es de ti de quien espero la vida, los hechos de fuera. Yo soy el enamorado echado, encadenado con su buitre diurno y nocturno. Mi amor querido, negra mía, mi muchacha querida, hermoso cuerpo mío, ay, llamarte sin cesar, decirte mi ternura y mi amor, es todo cuanto puedo.

Escribe pronto y mucho. Háblame. No me dejes solo y reseco en esta roca de Cabris. Quiéreme tan alto que me llegue el eco hasta aquí, por la noche, en las horas de insomnio en que te espero. Yo te beso, te beso locamente.

A.

122 — María Casares a Albert Camus

Domingo, 1 de la madrugada [9 de enero de 1950]

Esta noche no podría dormirme sin haberte contado un poco lo que encierra mi corazón. Ayer ya tuve que renunciar a escribirte. Me levanté a las siete

de la mañana y me pasé *todo* el día en la radio, y la velada, cómo no, en el teatro. Por la mañana grabamos en la calle de Paul-Lelong, una secuencia difícil —con orquesta, coros y cantantes— de *Hélène et Faust*. Terminamos a la una y a las dos enlazamos con otra secuencia del mismo programa en la calle de François-Ier. Aproveché la hora de intervalo para volver a casa: esperaba una carta inesperada… y allí estaba.

Querido, querido amor mío, por favor te lo pido, lamenta, padece, sufre, ahógate, grita, chilla si quieres, pero, por favor te lo pido, no dudes ni por un instante de mi amor. Resulta inútil y tonto, cariño mío. Supone disgustarte por nada. Te quiero, te quiero para siempre jamás, o más bien, vivo por ti. Lo sé, estoy segura y cada día de presencia o de ausencia no hace sino confirmar una vez más ese sentimiento maravilloso de no existir más que para ti. Desde que te fuiste, todo lo que hago es con vistas a esperarte, a gustarte, a prepararme para ti. La sobrecarga de trabajo que me he asignado me resulta indispensable; todavía me separa de ti mucho tiempo para poder aceptar un momento de paz o de descanso. Cuando por casualidad me sorprenden unos minutos de vacaciones, de pronto me hundo en tal estado de indigencia que me haría falta muy poco —un momentito de debilidad— para dejarlo todo, coger el tren y, trastocando cualquier orden, huir hacia ti aun arriesgando tu propio amor. Para contenerme me invento una nueva tarea, me paso el rato conteniéndome: es agotador. Conteniéndome y matando en mí lo que me hace vivir, tú y tu imagen; ¡qué vida tan rara! ¡Oh! Tú; tú, igual que tu última carta. Tú, tan pequeño, friolero y frágil; ¡tú, tan claro, tembloroso y desvalido! ¡Cuánto me gustaría tenerte pegado a mí, con tu hermosa frente bajo mi mano; tú, abandonado, como ahora sé! Querido, querido amor mío… Sí; cuéntamelo todo; quéjate si es lo que sientes, regocíjate si es lo que sientes. Cuéntame; cuéntame todo tu corazón; es la única felicidad que se me puede conceder durante las

semanas venideras. Pero, te lo ruego, aparta cualquier imagen falsa. Te quiero hasta la locura y con mi cordura más solemne.

Trabaja. Trabaja, cariño mío. Trabaja y cuídate. Mira y ve el sol, para ti y para mí, y el hermoso cielo azul. Lo aprovecharé muy bien luego. Pruébalo todo por mí. Disfrútalo todo por mí. Qué tonto resulta todo esto, dicho así, con palabras; pero lo siento con tanta fuerza…

¿Qué tal el catarro?

Como había previsto, después de los cuidados del viernes, ayer me levanté fresca y rozagante, ¡un animal recio de naturaleza sana! Pero ha sido un día cargado y cuando me acosté a la una de la madrugada no me quedaban fuerzas para apagar la luz. En efecto, por la tarde, después de terminar la segunda secuencia de *Hélène et Faust*, todavía estuve grabando escenas de Shakespeare hasta las siete. Y por la noche actuamos para un público numeroso de sábado, de mucho aplauso, pero también charlatán, acatarrado, nervioso y con la fuerza que da el número.

Cuando vienen en masa de esa manera hay que sujetarlos a pulso, sin soltarlos ni un segundo; la g……… en multitud siempre es agresiva.

Hoy me he levantado a las once. ¡Nueve horas de sueño! Hacía mucho que no me pasaba. El efecto ha sido radical: no conseguía levantarme. Entraba el sol en mi cuarto, por fin… ¡el sol! Una sombra de sol, como un resplandor que quería recordarnos que existe un sol en el universo. No sé por qué, eso me ha puesto en un inesperado estado de furia. He vuelto a sumergirme en las sábanas para dormir un poco más. ¡Tener que pasar todo ese día…! Me ha dado tiempo a tener una pesadilla y ha llegado Ángeles para sacarme de la cama. Función de tarde y de noche. Menos público (105.000), pero bueno, muy bueno. Citas estúpidas a las cinco, parabienes. Varias personas entusiasmadas, entre ellas Proal y Borry[180] y

Freichmann. Fotos para dos revistas americanas. Cena ligera en el Souris. [181] Y, en medio de todo eso, un dolor de cabeza que iba a más, y más…

Función de noche. Buen público. Muy efusivo. Al pobre Serge le entró la risa floja al final del 3. Nuestro «jefe», digno como siempre, salió al escenario de forma muy rara, tropezando con el marco, sin perder la dignidad, y Serge se metió la cara entre las manos y tuvo que salir sin santiguarse, sin dejarme siquiera responderle «Rusia será hermosa». Por suerte, no se ha notado porque me he quedado impasible, al no haber visto el contratiempo.

Parabienes. Dolor de cabeza. Souris. Regreso. Cena ligera en casa, desmaquillaje. Baño. Papá está un poco mejor, aunque lo noto algo cansado. Yo me he tomado un comprimido y lucho contra mis párpados, que pesan cien kilos. También lucho contra muchas otras cosas. ¡Ay, poder abandonarme en tus brazos! ¡Pegada a ti! ¿Ves? Yo también me quejo y yo tampoco quería aburrirte con mis jeremiadas; pero ¿a quién decírselo? ¿Con quién hablar?

Lo dejo por esta noche. Hasta mañana, amor mío querido. Hasta mañana. Duerme, Albert querido, que duermas bien. Te quiero.

Martes, 10 y 20 de la mañana [12 de enero de 1950]

Aún en la cama. Acabo de recibir tu carta con el plano de la casa y la descripción detallada que estaba esperando con impaciencia para poder por fin imaginármela un poco. Gracias, amor mío, gracias, cariño mío.

Te escribo deprisa y corriendo. Esta carta tiene que salir antes de las doce.

Ayer, el día transcurrió reposadamente. No fui a la radio hasta las tres y media de la tarde. Por la mañana, Pierre R[eynal] vino a verme para

elaborar una lista de lo que queda por comprar. Voy a lanzarme: con el dinero de los programas voy a comprar la moqueta de las dos habitaciones y arreglar la terraza con celosías, pérgolas y toda la pesca. Almorcé con papá, que está mejor. En la calle de François-Ier me encontré con M[arcel] Herrand.[182] ¡Qué lástima! Huele a alcohol a dos metros, y se pasa el rato quedándose dormido mientras trabaja. Pigaut fue a buscarme. También había bebido y parecía estar muy bajo de ánimos. Todo lo cual me ha desconsolado. Necesito tan poco… El teatro. Le he preguntado al amo si seguía encontrándose bien; ¡he visto que empieza a hacer publicidad en los periódicos! No hemos llenado (¡la sala, por supuesto!), pero el público era maravilloso. Solo caras conmovidas y agradecidas después de cada función. Al volver a casa, en el taxi, iba pensando en qué extraño destino es el nuestro. La mayor cualidad de *Los justos* es dotar de belleza a muchos de los que van a verla. Cada vez me emociona más y me apeno ante la idea de saber que estás demasiado lejos para poder compartir esta alegría, que es lo que es. No; definitivamente hasta hoy solo habíamos compartido en ese sentido la lucha y el rechazo, y esta vez me veo obligada a quedarme con todo sin poder compartir contigo esta satisfacción.

Ya en casa, metida en la cama, no sabía cómo alcanzarte. Cogí tu «foto» y la besé, pasé mucho rato llamándote: luego puse encima de la cama todas tus cartas, todas, y estuve leyendo algunas hasta las tres de la madrugada. ¿Fue un acierto o no? Releyendo las que me escribiste desde Le Panelier, se me encogió el corazón y algo semejante a la duda empezó a estremecerme por dentro; pero me quieres, ¿verdad?; me quieres, a pesar y por encima de todo. ¡Oh, cariño mío!

Ay, se me olvidaba. Ayer por la tarde vino Boulez[183] a traerme una obra para que la leyera y, por la noche, la revista *Vogue* nos hizo fotos a Serge, a Michel y a mí, en el escenario, antes de la función.

Aparte de eso, mucha gente quiere reanudar el contacto y entre ellos una cantidad bastante considerable de hombres con intenciones —pienso yo— malsanas. «Dora» debe de tener mucho *sex-appeal*… Obviamente, no veo a nadie.

Por mediación de Desailly,[184] Barrault ha vuelto a la carga con *Judith*. Le he prometido decirle algo para finales de enero.

¡Y tú! Estás trabajando ya; eso es bueno. ¿Quieres que te escriba de vez en cuando en español para completar las lecciones con F[rancine]? ¿Quieres que te mande libros en español? ¿Has tenido noticias de tu madre? ¿Cuándo se reúne contigo? ¿Y tus hijos? ¿Están ya con vosotros Michel y Janine [Gallimard]?

Bueno; te dejo, tengo que enviar esta carta. Escribo mal en este momento. Vuelvo a mi desorden. El cansancio y el odio por las cartas, las mías. Te quiero. Escríbeme, cariño mío. Te espero todas las mañanas, con el corazón palpitante. Te quiero. Quiéreme y dímelo. Lo necesito. Te beso con toda la rabia de una mañana gris que no promete sino un día vacío y gris. Quiéreme.

M.

PS: Un actor que forma parte de las «representaciones oficiales en provincias» de *Calígula* viene a ver a Hébertot para pedirle que le suba un poco la tarifa. El amo accede.

El actor, envalentonado, le sugiere a Hébertot que suba los gajes; no son suficientes para vivir.

—¿Los… qué? ¿Cómo dice? —pregunta el amo.

—Los gajes.

—El otro día busqué esa palabra en el diccionario. No existe en nuestro idioma. ¿De qué me está hablando, hijo?

123 — Albert Camus a María Casares

Martes, 11 de la mañana [10 de enero de 1950]

Hace bueno. Nada nuevo desde ayer, salvo que a mediodía llegó tu carta. Era como esperaba, quiero decir que me ha entonado el corazón. Pero también me ha preocupado. Por tu padre, de quien querría que me dieras noticias (el suero, ¿en qué ha quedado la cosa?). Y sobre todo por ti, es esencial que descanses, mi amor querido. Ya ves, ahora sabes lo importante que es que contemos siempre con todas nuestras fuerzas. Protégete, vela por lo más querido que tengo en el mundo. Si me quieres, si descansas con confianza a mi lado, el ocio no se te hará demasiado duro. Tendrás mis cartas, sabré darte toda la confianza y la paz de que estoy lleno. Actuar todas las noches es ya muy cansado. Si necesitas dinero, déjame ayudarte, es ayudarme a mí al mismo tiempo. Qué más da, fundidos entre nosotros como estamos. Vamos, dime que vas a recuperar el aliento, dormir, comer, renacer conmigo. Calma mis preocupaciones. Son reales, y penosas.

Había adivinado lo de Córcega. Sería estupendo si, por casualidad, se tratase de *Colomba*, escribiría encantado los diálogos. *Lo digo muy en serio*. Coméntaselo a tu entidad a ver qué pasa. Me alegro también de que *Los justos* vaya bien. ¿Les gustas a «esos», te admiran como es debido? ¿Se dan cuenta de lo que eres? Ese París me desespera por su incapacidad para captar la grandeza *auténtica*. Pero la esperanza nunca se pierde… Has hecho bien en darle mis señas a Paul [Bernard]. Cada vez que sientas la necesidad de asentar nuestra unión, hazlo, *es para mí una honda alegría*. Tengo la impresión de *ser* por fin…

Sí, nos pertenecemos y nada, nadie, ni nosotros mismos, podemos evitarlo. Es así y, en mi caso, encuentro en ello algo así como una alegría

sagrada. Sí, esa es la palabra, por fuerte que parezca. Amor mío, me ayudas a vivir, a triunfar sobre lo malo o disperso que hay en mí. A tu lado, me recompongo por fin. Esperemos juntos, sé fuerte y confiada y, sobre todo, ay, sobre todo, háblame siempre con todo el corazón.

Martes, 10 de la noche [10 de enero de 1950]

Te escribo un poco esta noche porque mañana por la mañana voy a Grasse a ver al especialista del lugar (nada fuera de lo normal. Tengo que verlo todos los meses para los controles). Así echo esta carta en Grasse y a lo mejor te llega un poco antes. Me he pasado la tarde (después del tratamiento) trabajando en el prólogo. Creo que te lo enseñaré antes de publicarlo. No digo sino lo que pienso, pero no me resuelvo a que aparezca en letras de imprenta.

Por lo demás, no he terminado.

Esta noche, después de la cena, he oído los *Preludios* de Chopin, interpretados tan mal que por desgracia la emoción se iba al carajo. Hace una noche templada y suave, llena de estrellas. El agua gorgotea en el aljibe de la casa. Todo está silencioso. Pienso en ti dulce, agradecida, tiernamente. Estás en escena ahora mismo. No, es el descanso. En fin, estás allí, entre el ruido, el jaleo, el cansancio. Velo por ti, mi amor querido. ¡Esperaré a las once para apagar la luz y te acompañaré en el taxi helado, menudita entre mis brazos! Te quiero. Vela por ti y por nosotros. Te espero sin tregua.

A.

Martes por la noche (la 1) [10 de enero de 1950]

Amor mío querido, esta noche voy a confesarte muchas cosas feas por las que me he dejado llevar. Pero para que me comprendas y me perdones voy a empezar por el principio y a contarte cómo he pasado el día.

Esta mañana me levanté ya mal, de humor sombrío y con el corazón encogido. Ángeles me dio tu carta. La leí deprisa y añadí unas líneas a la que escribí anoche y quería enviar antes de las doce. Luego se presentó Mireille, neurasténica y «neurastenizante». Almuerzo. A las dos y media, un joven escritor (?) vino a hablarme de una obra en la que quiere que actúe. A las tres Pierre R[eynal] vino a buscarme y nos fuimos de paseo por las tiendas de antigüedades. Recorrimos el bulevar de Montparnasse, la calle de Le Cherche-Midi, el bulevar de Raspail y la calle de Bonaparte. Muchas compras… sólidas. Mucho cansancio. A las cuatro y media estaba en la radio y de entrada le eché la bronca al señor Ruth, que se permitió decir delante de mí que Marcel Herrand ya no era bueno y no se podía trabajar con él. Después de despachar una escena de *Enrique IV* de Shakespeare a trancas y barrancas, me fui. Marcel me alcanzó en la acera. Con lágrimas en los ojos, me confesó un gran amor desesperado que jamás se había atrevido a contarme (?) y me suplicó que «lo salvase», porque soy la única que puede hacerlo (por lo visto, junto contigo, soy la única persona a quien aprecia en el mundo). Ayer ya me había conmovido; hoy me ha trastornado. Me cae muy bien y siento no sé qué desgarramiento cuando veo en qué estado se encuentra. Le prometí que le telefonearía y me fui. No quería volver a casa; no me sentía a gusto y sabía que estaba demasiado sombría para enfrentarme a mi padre. Fui al Souris. Llegué a las cinco. Y allí me quedé, sola, hasta las siete. Dos horas de soledad. Sin nada a lo que aferrarme. Nadie. Entonces me desmoroné. Tu carta de esta mañana,

después de haber leído anoche tus otras cartas, me había dejado un extraño regusto. De repente tuve la certeza de que ya no eras del todo mío. Ya contaba con ello, pero no pensaba que fuera a suceder tan pronto. Saqué la carta del bolso; la releí una, dos, tres, cuatro veces, y me pareció que cada palabra («distracciones»… «unos cuantos redondeles y el mar sigue en el mismo sitio», etc.) confirmaba de forma evidente lo que yo pensaba. En lo que dura un segundo el mundo cambió de color y todo se quedó desierto. Tenía náuseas, ya no podía comerme el jamón y tenía en la garganta un nudo que me ahogaba. Sentí que me estaba volviendo loca. ¡Tan pronto! Y luego pensé en ti; intenté con toda mi fe y mi lealtad ponerme en tu lugar, pensé en todo y comprendí quizá cosas que siempre me había negado a comprender. Solo que… ¡tan pronto! ¡Tan pronto! ¿Y por qué tan pronto? ¿Qué significa? ¿Qué más puedo darte ahora que no pueda darte más tarde en este alejamiento que lo vuelve todo impreciso y abstracto? Entonces pensé en tu vida, en tu pena, si todo ha sucedido. Quise telefonearte por ti, por mí, por nosotros. ¿Sientes pena? No debes, amor mío, pase lo que pase… Yo no sabía nada, ¿entiendes? Todo esto resulta tan cruel para todos… Solo tenía ganas de gritar contra ti y contigo; ya no lo sé. En ese momento apareció Roger P[igaut]. Me las había ingeniado para esquivarlo en la radio; pero vino a buscarme. Se quedó mirándome y me habló. Yo no pude contestarle. De haber abierto la boca, se me habrían escapado las lágrimas. Se dio cuenta. Se sentó y me contó nimiedades. Cuando nos separamos, me sentía con fuerzas para dominarme. La función. Buen público, relativamente numeroso. El hecho de interpretar a Dora me asqueaba. Sabía que soltaría todos los gritos que llevaba dentro en el escenario y eso me repugnaba. Al final del quinto, volví al camerino corriendo y solté el trapo en el hombro de Henriette so pretexto de estar cansada y nerviosa.

Volví a casa triste y vacía. Solo me queda una cosa viva dentro; el saber que puedas ser desgraciado por cualquier motivo. Querido amor mío, te quiero y comprenderé todo lo que me pidas que comprenda. Solo te pido por favor que me lo cuentes todo. Prefiero saber. Hay impulsos de los que ya no te hablaré en determinadas circunstancias; y además… el hecho de contármelo todo, el hecho de abrirme tu corazón de par en par, aún es la única y la mayor prueba de amor que puedas darme. Solo hay una idea que no soporto; saber que no eres transparente conmigo como yo lo soy contigo. Con todo lo demás, trataré de apañarme. ¿Qué más quieres que haga?

¡Ay, cariño mío! Aunque mi rostro se difumine en tu recuerdo, no olvides que aún tengo el alma muy frágil. Hace tan poco tiempo que me la diste.

Siento dolor. Te pido perdón por esta carta; pero me rogaste que lo contara todo. Siento dolor esta noche. Ven a socorrerme. Ayúdame. Yo tampoco he pedido quererte. Y ahora incluso lo único que pido es vivir. No es culpa mía si no puedo vivir sin ti.

Pero ya lo dejo. Esta noche estoy loca. Puede que el sueño lo arregle todo. Y, mañana, puede que en el correo haya una carta tuya que disipará todos estos pensamientos extraviados como una pesadilla.

Te quiero. Te quiero. Te quiero.

M.

Miércoles por la noche [11 de enero de 1950]

Amor mío precioso:

Acabo de releer estas páginas de locura y he llegado a la conclusión de que de verdad tengo que cuidarme. Estuve dudando si mandártelas; pero prometí que te lo contaría todo y no quiero omitir nada. Así que ahí van. Tómatelas como lo que son, divagaciones. Lee y no pienses más en ellas.

Perdóname; no me encontraba muy bien; todas estas separaciones, una tras otra, justo cuando acabo de encontrarte, a ti, a ti de verdad, me desquician por completo.

Esta mañana, aún con los ojos cerrados, pregunté si había carta para mí. No la había. Me levanté, me arreglé, me dediqué con Pitou a ordenar unas cuantas cosas, almorcé, me fui a la radio (*Hélène et Faust* de tres a siete), «piqué» algo en el Souris, actué sin demorarme ni un minuto y volví a casa. Lo primero que vi fue la cara radiante de la buenaza de Ángeles: «¡Ha llegado carta!». Cuánto la quise en ese momento. Me cambié, comí una pizca, le di las buenas noches a papá, contemplé la cómoda que he comprado (de vez en cuando palpaba el sobre que llevaba en el bolsillo) y me acosté. Entonces, y solo entonces, te escuché. En efecto, si tú esperas mis cartas como yo espero las tuyas, me imagino lo que representan.

125 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 11 de la mañana [12 de enero de 1950]

Perdona esta letra espantosa. Pero en la cama se escribe mal.

Quiero antes de nada abrazarte fuerte y besarte por tu carta de ayer. Y no solo por el amor que me trae, sino por todo lo que hay en ella, tu entrega, tus dudas, tu coraje, tu debilidad, tu coquetería también (porque la hay), en fin, todo lo que te hace ser lo que eres, y que quiero en conjunto con la misma aceptación.

Ayer bajé a Grasse para ver *el médico*.[185] Otro más, con expresión circunspecta y entendida, pero dando pie sin embargo a la horrible sospecha. Contar una vez más que hace dieciocho años, en plena

prosperidad, etc., etc., la historia entera de una enfermedad. Desnudarse una vez más, dejar que te soben, el cochino olor del instrumental de rayos X (celuloide + el sudor acumulado de los demás) y oír que te digan una vez más que vas bien encarrilado.

Almorcé en Grasse (eché una carta para ti) y me volví. No esperaba recibir carta. Pero aquí estaba. ¡Qué alegría! (escríbeme tanto cuanto quieras. Nuestras disposiciones anteriores no tenían sentido. Tres veces al día si quieres. No pongas «vía Grasse» en el sobre porque resulta que llega más tarde). ¡Niña mía! Me pides que no dude y tres páginas después me dices que te tranquilice, que te diga que te quiero pese a todo. No, no dudo, y sí, te quiero. Hay que espantar definitivamente estas dudas entre nosotros.

Por eso has hecho bien en volver a leer mis cartas de Le Panelier. No quiero que te quites eso de la cabeza. Pues si te lo quitas hoy, volverá el día en que te notes hostil. Prefiero que pienses en ello en las horas del amor y que opines entonces con la clarividencia del amor. Pues es falso, lo sé por mí mismo, que el amor ciegue. Antes bien, torna perceptible lo que sin él no llegaría a existir y que es, sin embargo, lo más real que hay en este mundo: el dolor de aquel a quien se ama.

No me acuerdo ya de lo que escribía entonces. Pero no me cuesta imaginar que lo más sincero que pude gritar puede dejarte hoy una duda en el corazón, puesto que sabes que había algo que me callaba. Pero es cierto, sin embargo, que fue en Le Panelier donde mi amor empezó a ser mayor. Nunca te había querido hasta el punto en que te quería en la enfermedad y en la vergüenza, la espantosa vergüenza en que me hallaba. Y era desde luego amor, a fin de cuentas, el aceptar sentir vergüenza contigo y pedirte un poco más de amor para esa especie de locura y de miseria a la que me habían arrojado todos esos meses. Perdí entonces una idea de mí que nunca me había abandonado. Y esa pérdida no ha dejado de perseguirme y de

dolerme. Pero con ella puede que consiguiera quizá una especie de humildad sin la cual no existiría amor duradero. Vivimos unas horas espléndidas, amor mío, en 1944. Pero cruzó por ellas durante mucho tiempo, e incluso después de nuestro encuentro, el orgullo por ambas partes. Así es como explico nuestro primer fracaso, que continúa resultándome doloroso, en sí mismo y por sus consecuencias. El amor con orgullo tiene su grandeza y pueden hallarse en él momentos inconmensurables. Pero corre hacia su pérdida en esos mismos momentos. No tiene la conmovedora certeza del amor-entrega.

Ahora sé que no valgo nada sin ti y que, solo, no doy la talla que pensaba. Por eso tu confianza tiene que ser absoluta. Hay algo más. Y es que esta difícil crisis me aportó una nueva certeza. Claro que sabía que me querías cuando me fui a Sudamérica. Pero lo sabía desde hacía poco y después de años de duda. Que te fiases de mí después de esa crisis, que te quedases a mi lado, me dio la certeza definitiva. Te conozco demasiado bien, y tu afán por lo absoluto, tu exigencia, tu fragilidad, para no saber lo que sufriste entonces. Que ese sufrimiento, que habría podido desgajarte de mí, por el contrario te uniera a mí, con un vínculo aún más fuerte, esa es mi luz a partir de ahora. Sí, creo en ti absolutamente y eso es lo que me da hoy fuerzas para vivir y para esperar, solo contigo.

Y ya está. Te he hablado con libertad, como haré siempre a partir de ahora: no hay ya nada oscuro ni turbio entre nosotros. Solo un gran amor lúcido. No sé si te he hablado bien o mal. Pero sé que, bien o mal, acogerás con el mismo corazón lo que te digo. De todas formas, ahora hay que despejar todas las dudas y mirar el porvenir con confianza. Acabo de decir lo que Saint-Exupéry decía del amor, que no era mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección. Amén. Y bendigo a diario el destino que me hizo encontrarte. Sin ti, una parte de mí habría seguido eternamente

ciega. Esta carta es muy larga y me queda poco sitio para contestar al resto de la tuya; solo decirte que no me gusta esa gente que quiere reanudar el contacto, como dices tú, y que prefiero no pensar en ello, si es que puedo. En este punto, no me digas que soy un estúpido. Sé que lo soy. Pero para algunas cosas sé que tengo algo así como un callo dolorido en el corazón que nunca me abandona.

Dejemos esto. Van corriendo los días. Más bien, goteando. El sábado llegarán Michel y Janine [Gallimard]. Creo que prefería mi soledad, esta casa silenciosa. F[rancine] no es nunca un agobio, no se la oye y sabe vivir sola. A partir del sábado, habrá que hacer un esfuerzo. Pero también es cierto que les tengo cariño. He trabajado poco y bastante mal. Pero todavía tengo esperanzas. No sé si mamá podrá venir. Está cansada y temo que le siente mal el frío. En tal caso, los niños tampoco vendrán.

Lo siento. Pero ahora lo que más me gustaría es curarme y acabar de una vez. Lo demás se arreglaría mejor si tuviera todas mis fuerzas. Adiós, mi amor querido, adiós Maria querida. Escribe. Quiéreme.

Querría decirte mi gratitud, la fuerza de mi amor. Pero aquí estoy, queriéndote, deseándote (¡ah, eso también, sí!) y muy dedicado a esperarte. Pero lo sabes y me quieres como yo te quiero, ¿verdad?

A.

126 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 3 de la tarde (15 horas) [12 de enero de 1950]

Hace un rato, según le daba mi carta al cartero, él me entregó la tuya. Ya no era momento para seguir con la mía y, por lo demás, ni siquiera me

imaginaba que fueras a escribirme unas locuras tales que no me dejaran ya hacer nada antes de haberte contestado. Porque es preciso que te conteste inmediatamente y recibas esta carta sin más demora. ¡Loca! ¿Qué has ido a suponer? Te escribo con el corazón, *te lo cuento todo* y sería físicamente incapaz de no contártelo todo. No hay nada, nunca habrá nada más que mi amor, mi espera y el esfuerzo agotador que hago para quedarme lejos de ti. Intenta entender esto de una vez. No quiero estar a merced de dos horas de soledad o de lo desdichado que sea Marcel [Herrand]. Nuestro amor no puede sentirse amenazado por naderías (1). Bastantes cosas le pasan ya, bastante desgraciado y desgarrador es ya para que le sumemos fantasmas de desdicha. Te dije en mi penúltima carta cuánto había sufrido con ese asunto, te dije que mi amor había salido de ello más grande y que podrías esperar, soñar, amar en paz. Eso no ha cambiado y no cambiará. Cuando hablo de distracciones aludo a lo que tú misma me dijiste, que a veces estaba distraído y «en suspenso». Pero te falla la memoria cuando de sufrir se trata. Amor mío, ahora te hablo como me sale, sin fijarme en lo que digo. Y me alegro de esa libertad. Pero esa libertad es imposible si estoy pensando en que una palabra mal interpretada puede despertar en ti semejantes delirios. *Tienes*, *tienes* que confiar. Nunca te ocultaré nada y no habrá nada que ocultar. Relee mi penúltima carta e intenta entender lo que quiere decir viniendo de un hombre a quien le cuesta hablar de sí mismo. Amor mío, amor mío, ¿qué hay que hacer para asentar definitivamente esa confianza? *Yo sí la tengo*. Ya sé que tengo tu promesa de que me lo escribirás todo. Confío en ti. Si soy desgraciado es por todo lo demás. ¿No puedes hacer lo mismo? ¿No puedes aceptarme de forma absoluta?

El final de tu carta me ha consolado. Pero si no hubiera estado ahí para decirme que esa locura se te había pasado, no sé qué habría hecho. ¡Ay! Serás siempre mi querido sufrimiento… Pero se acabó, ¿verdad? ¿Me

quieres, crees en mí? Escríbemelo. Dime que tendrás confianza en mí hasta que vuelva. Me siento tan mísero y tan desdichado por haber dado pie al menos una vez a esas espantosas dudas…

Besos. No puedo apartarme de ti. Te escribiré sobre el resto de tu carta luego. Esta tarde, el amor me duele. Me duele todo, por lo demás, y si no estuvieras en este mundo el peso leve de una vida enferma llegaría a parecerme excesivo.

Adiós, amor mío querido. Si solo pudiera arrimarme mucho a ti… Te quiero.

A.

Cuatro de la tarde. Esta carta es absurda, pero me has trastornado hasta el corazón. Ahora estoy bien y te quiero. Vamos, sonríeme, esto no es nada puesto que estamos juntos, bajo el mismo cielo. Una tormenta y nada más. Pero pienso en otra, y deliciosa, tormenta que prefiero.

(1) Vuelvo a leerme: la desdicha de M[arcel Herrand] tiene lo suyo. Pero ya me entiendes.

127 — María Casares a Albert Camus

Jueves por la noche [13 de enero de 1950]

Me levanto a las nueve y media. Me arreglo.

Tu carta del martes. No te preocupes por mí, cariño. Hice mal en hablarte de mi malestar pasajero. No siempre me acuerdo de la distancia que nos separa y me suelto a contarte cositas que solo cobran importancia desde lejos. Me espanta pensar en las páginas que escribí antes de ayer y que te he

enviado esta mañana. Pero ¿qué le voy a hacer? Me pides que te lo cuente todo… Eso hago.

Estoy mucho mejor. Todavía me quedan unas cuantas grabaciones, pero mucho menos cansadas. Luego, hacia finales del mes de febrero y hasta finales de marzo, te prometo que descansaré.

Papá se encuentra bien o mal en función del tiempo, que cambia de una hora para otra. Mañana viene el médico. Ya se ha puesto de acuerdo con Bardack. Después de un primer análisis de urea, la semana próxima vendrá un tercer médico para ponerle inyecciones de suero. A ver qué tal.

No necesito dinero, pero si llegara a pasar, no lo sabrías. No tengo noticias de la película de Córcega. Por culpa de Madame Simone me perdí la cita con Natan. Desde entonces no he vuelto a oír hablar de él. Estoy a la espera.

Al público de *Los justos* le gustamos y también nos admira con más frecuencia de lo que cabría esperar. Se merece un premio… (¡sin ceremoniales!).

¿Has visto al médico? ¿Qué te ha dicho? ¿Tienes apetito? ¿Duermes? ¿Engordas? ¿Por qué no te decides a publicar el prólogo? Si puedes, mándamelo; me gustaría leerlo.

Limpieza doméstica. Almuerzo con una joven con la que tuve mucha relación hace la friolera de ocho o nueve años. Charlamos largo y tendido. Rato estupendo.

Cita con una periodista francesa muy muy fea que se puso a hacerme preguntas sobre el amor y el matrimonio. Como me negaba a contestar desde un punto de vista personal, me aseguró que Valentine Tessier[186] le había contado el amor que sentía por Pierre Renoir y que no había querido casarse con él entonces para seguir siendo libre ante la vida. Aun así me negué a contestar a algunas preguntas, claro está.

Cita con un periodista español, tan flaco, tan flaco, tan menudo y tan flaco, que, cuando me creía que ya se había ido, resulta que aún estaba allí — [*ilegible*].

Janine me ha telefoneado: «Dentro de un rato nos vamos para un mes. ¿Quieres algo?», me ha preguntado con esa voz suya tan dulce.

En ese momento, sí que quería algo, en efecto: estrangularla, por esa suerte que tiene y que nunca sabrá aprovechar. De hecho, se lo puedes decir…

Antes de cenar eché un vistazo a dos páginas de un cuestionario que me han ofrecido para el programa *Qui êtes-vous?*[187] Luego telefoneé a la radio para rechazar el programa.

Cena y teatro. Qué mal hemos actuado, cariño mío. Todos nosotros, la verdad. En concreto, en el quinto acto, definitivamente me sentía seca, a pesar de todos los esfuerzos que quería hacer para espabilarme, hubo un momento en que tuve la sensación de que nunca más volvería a hallarme un rincón secreto de calidez o de emoción en el corazón.

Había mucho público y, por desgracia, aplaudieron tanto como de costumbre, si no más — «Atame esa mosca por el rabo».[188]

Igual que ayer, falté al Souris y me fui directa a casa, porque mañana me tengo que despertar a las siete y media.

Estoy triste. He pasado un día tremendamente triste. Puede que mejore mañana.

Hasta mañana, amor mío. Que duermas bien. Quiéreme tanto como puedas. No me olvides del todo. ¡Qué espera tan larga, pero qué larga! Besos tristes pero con la fuerza de todo mi amor.

m.

Mándame un número de teléfono por si hubiera complicaciones para

sustituir a Serge.

Viernes por la noche [14 de enero de 1950]

Antes de nada, déjame abrazarte y besarte, besarte muy muy fuerte, hasta quedarme si aliento. ¡Esta mañana he recibido tu carta del jueves!

¡Amor mío querido, qué bien se te da hacerme feliz! ¡Qué bien se te da borrar, incluso desde lejos, todas las preocupaciones que la ausencia, la soledad y nuestra difícil situación pueden despertarme! Cuando acabé de leerte, me sentía el alma tan clara como un día de verano. Te quiero.

Ahora solo me está volviendo loca una cosa. Es la impresión que te puede haber causado mi última carta. Qué ocasión tan buena de quedarme calladita he desaprovechado. Y, sin embargo, ¡no! Aunque sea para apenarte, tengo empeño en abrirte mi corazón hasta el final. Me pongo en tu lugar y solo una cosa se me antoja insoportable: la falta de confianza y de entrega. Pero ya basta. Esta noche ya no dudo de nada, y todas esas ocurrencias de cerebro febril me aburren.

Hoy es el día del amor sin sombras y de una esperanza apabullante que nada va a atenuar. Hoy es el día del amor absoluto. Sí; cariño mío, han pasado muchas cosas desde que nos conocemos; muchas cosas contra las que nos hemos sublevado en mayor o en menor medida y que, aun así, se han sumado unas a otras para llevarnos a donde estamos ahora. Cuando me da por pensarlo, me noto en lo más hondo como un estremecimiento que raya en no sé qué angustia que me supera. Se trata de un sentimiento en los límites de lo humano; pero no quiero recurrir a grandes palabras.

En fin, dejo atrás estos reinos extraños que me has dado a conocer y vuelvo a mi cuarto, a mi cama, para tratar de resumir mi día de hoy.

Es fácil. Esta mañana a las doce y media terminé el programa *Hélène et Faust*, pero tuve que volver a la calle de François-Ier a las tres para firmar el papeleo. Entretanto, almorcé con papá y con Mireille, que vino para trabajar un rato conmigo. Esta noche he leído un poco. Pierre R[eynal] vino a casa a cenar. Acaba de marcharse. Son las doce y estoy acostada. Mañana por la mañana descansaré. Por la tarde tendré grabación y una cita, y no pasado mañana, domingo, ya conoces mi horario.

Si quieres que te diga la verdad, contar los hechos y acciones del día me aburre un poco y, sobre todo, me impide hablarte como me gustaría hacerlo a menudo; así que, en adelante, lo reduciré a lo mínimo imprescindible.

Hace un rato Serge Reggiani me ha llamado por teléfono. Hébertot le ha pedido que no deje la obra del todo cuando le toque rodar; le ha propuesto ponerle una contrafigura y darle libertad para actuar solo los días en que no se sienta cansado.

Serge, sorprendido, asombrado, un poco perdido, me ha pedido consejo y que le diga qué pretendía Hébertot con esta extraña propuesta.

Para mí, es muy sencillo. El amo quiere mantener en cartel el mismo elenco hasta el final. Por otra parte, si Serge no se marcha, no tendrá que buscarle un *sustituto definitivo, sino una contrafigura*, es decir, alguien mucho más fácil de encontrar y menos caro. Tú, imaginándote que Serge actuará a menudo, te mostrarás más tolerante con el nuevo Yanek y asunto arreglado.

Desde el punto de vista de la obra, desde su propio punto de vista y desde el punto de vista del actor, me he permitido desaconsejar a Serge que aceptara. Hay en ese apaño algo turbio con el público, el sustituto, tú y los demás actores. Le he pedido sencillamente que actuara tanto tiempo como le fuera posible. ¿He hecho mal? Es un asunto delicado y muy fastidioso. En fin, ya veremos en qué queda todo.

Me da pena que tu madre y tus hijos no puedan reunirse contigo. Estarías más contento, y por ti y por Francine, que, a pesar de todo, debe de echarlos de menos teniéndolos lejos. ¿Son buenas al menos las noticias suyas que te llegan?

¡Ay, amor mío querido! Pienso, pienso en ti sin cesar, en tu vida, en todas tus dificultades, y no sé qué hacer para ayudarte a superarlas o, al menos, para aliviarte un poco. ¡Cuánta complicación y dificultad! Sobre todo, no lo pienses. Suéltate. Al menos, ahora sabes que, pase lo que pase, siempre estaré a tu lado. Vive. Espera. ¿Quién sabe? De todas formas, no puedes hacer nada. Así que deja de pensarlo. Trabaja. Ama. Sueña. Cuídate. Descansa. Trabaja. Trabaja con o incluso contra ti mismo. Después llegará el día de encontrarse de nuevo, el tiempo de la felicidad, y después, después, pensarás, reflexionarás. Tienes una vida entera para hacerlo. De momento, suéltate un poco; ya es hora, por fin, de que te relajes y te sueltes en cierto modo. Te espero, paciente. Los días son interminables, sosos, monótonos, pero pasan, y la esperanza de saber que estás al final de esta bruma sin fin iluminaría mi vida entera.

Así que no te preocupes por mí. Quiéreme. Ábreme tu corazón, como ya haces. Escribe. Vive y escríbeme lo que vives. Te quiero. Te espero. Besos por todos estos días pasados y futuros, con toda mi alma en los labios.

M

Te deseo.

128 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 11 y media de la mañana [13 de enero de 1950]

Ando un poco preocupado con mi carta de ayer. Porque no tenía sello y se la di en Grasse a un cartero que parecía borracho. Pero caí en la cuenta demasiado tarde. No dejes de decirme si la has recibido (la que tiene fecha del jueves).

Hoy hace un tiempo maravilloso, una avalancha de luz, y me gustaría estar contigo bajo esta lluvia de sol, e irnos a pique juntos hasta fundirnos en ella… En mañanas como esta, la vida atruena en mí. Pero no resulta desagradable.

Ayer por la tarde despaché un correo interminable. Nada que fuera apasionante. Recibí el número de *Esprit* que me está dedicado en parte.[189] El artículo de Bespaloff es admirable. El de Mounier es como los espaguetis, se escurre. No tiene cuerpo. Pero no sabía que fuera yo tan negro. Creía que a pesar de todo había sol en mi obra. Seguramente estaba equivocado. A menos que esos cristianos hagan caso omiso sistemáticamente de la faceta pagana de lo que hago. ¿Quieres que te mande ese número? Esta mañana he corregido las galeradas de *Los justos*. Con una emoción que no era literaria. El libro saldrá en febrero.[190] ¡Ah, Dora querida…!

Mañana llegan los Gallimard. Ayer llegó un pastor alemán, espléndido, que la dueña de la casa nos ha pedido que le cuidemos durante unos días. Kim, se llama Kim, no se separa ya de mí y pretende incluso dormir conmigo. En este preciso momento, me está lamiendo los pies para distraerme de ti. Pero le he explicado la situación y creo que la ha entendido.

¿Conoces a un productor que se llama Cartier?[191] (Marcel). Me propone cosas para *La peste*, y con un tono que me agrada. Pero me gustaría saber más de él.

¡Ay!, cariño, hay algo en mí que siente deseos de desperezarse, de

echarse pegado a ti… ¡Que llegue pronto la primavera! Y recuperar la naturalidad, la despreocupación, un goce inocente… Escríbeme mucho. ¿Qué haces? ¿Estás vuelta hacia mí? Me moriría si te perdiera, que lo sepas al menos. Tengo que darle esta carta al cartero si quiero que salga mañana. Pero no sin volver a decir que te quiero y que cuento las horas que me separan de tu hermoso rostro. Sobre todo descansa, descansa en mi amor. Vivo de ti, nada más y siempre, Maria querida.

A 129 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 6 de la tarde [14 de enero de 1950]

Tristeza espantosa. Sin carta de ti hoy, hay que esperar al lunes. (Haz por que me llegue siempre una carta los sábados. Es una ayuda hasta el lunes).

He vuelto a leer tus cartas. Todo se detiene en la que recibí ayer, que tanto me impactó y en la que me anuncias, todas revueltas, tus dudas (la historia de Marcel y tres o cuatro detalles que me hacen sentir la distancia que nos separa). Sí, abrumadora tristeza. A mi vez, imagino que puedes desviarte de mí. Y cuando pienso que tenemos aún dos meses y medio por delante… Pero voy a intentar renegar de esto.

A mediodía, llegada de Janine Michel [Gallimard] Augusta y Anne.[192] Les he dejado mi cuarto y he emigrado a la otra punta de la planta, a una habitación más pequeña, pero agradable también.

W yo Anne M y J
S mediodía

F[rancine] se ha instalado abajo, en el despacho pequeño. La casa ha

perdido su silencio. Pero he dispuesto mi habitación para no tener que salir de ella. De todas formas, es mejor para descansar. Y esta noche tengo un cansancio por todo el cuerpo. Tú, solo tú, podrías devolverme la alegría y la salud en este momento.

¿Lo oyes, me oyes por lo menos?

Domingo, 11 de la mañana [15 de enero de 1950]

Despertar malo. Día hermoso. Me quedo en la cama, incapaz de hacer nada. Desagradable con F[rancine], tonta e injustamente (¡porque se le ha extraviado una receta!). Al final, me disculpo. Otra vez la cama y la soledad. Y noto que resbalo por una pendiente que conozco bien, al final de la que encontraré la soledad absoluta, el asco de vivir y la incapacidad de ver una cara humana. Por fin, decidí saltar de la cama y reaccionar trabajando. Voy a dedicar el día de hoy a liquidar el correo atrasado cuyo volumen me agobia y que, por lo demás, es un pretexto excelente para no hacer nada («tengo correo pendiente», así que no hago otra cosa y, por lo demás, tampoco me dedico al correo). A partir de mañana, intentaré sumergirme en el trabajo de cerrar ojos y oídos a los fantasmas y permanecer intacto hasta la primavera. Repetirme todas las mañanas: «Nos queremos. Saldremos adelante con todo» y hacer lo necesario para que me recuperes más rico y no mermado. Sería seguramente más fácil si, de vez en cuando, tuviera tu manita en la mía. Pero no soñemos.

Kim me deja esta noche. Sus dueños vienen a buscarlo y también me pongo triste al pensarlo. Le había cogido apego a este animal. A lo mejor porque él me había cogido apego a mí. No se separaba de mí ni un palmo, dormía en mi habitación y estaba al acecho de que me despertase para lavarme la cara con esa lengua suya tan ancha como un guante de baño. Los

ojos de los perros, su infinita confianza, su amor inagotable… Voy a echar de menos a Kim.

¿Y tú, amor mío? Desde el miércoles hasta hoy no he sabido nada de lo que has hecho. Un agujero negro. Cuenta. Sobre todo. Supongo que has tenido que ver a Marcel [Herrand] entre otras cosas. ¿Sabes la estúpida impresión que tengo? La primera vez que entendí lo que sentía Marcel fue pocos días antes de nuestra ruptura y donde estábamos cenando, enfrente de Les Mathurins. Te acuerdas de aquella velada, ¿verdad? Le anuncié que íbamos a irnos juntos a México, creo. Y me di cuenta. Pocos días después, nosotros habíamos terminado. Por supuesto, no había ninguna relación y nunca la hubo. Pero el corazón, a veces, busca ciegamente el sufrimiento.

Cuéntame lo que has hecho. Dime también lo que piensas, todo lo que piensas de este asunto. Dime también que me quieres y cómo me quieres, y que me querrás hasta el final. Lo necesito, es el agua en el desierto. Amor mío, querido amor mío, estoy vuelto hacia ti, sin tregua, con todo mi ser, sin excepción. Perdóname esta carta un poco tristona. Es por tu silencio, quizá. Pero mi corazón sí que está vivo y a ti te lo debe. Voy a mejorar, a trabajar… Pero nunca te querré ni mejor ni más que ahora que estoy del todo entregado a ti. Te beso los ojos, la nuca bajo el pelo… ah, qué lluvia de delicias sería poder tenerte aún debajo de mí, cautiva y tibia… tú y yo, por fin…

A.

2 de la tarde. Te quiero.

3 de la tarde. ¡Nosotros!

4 de la tarde. ¡Nosotros!

5 de la tarde. V. V. V. — Escribir a V.

Lunes, 3 de la tarde [16 de enero de 1950]

¡Tu carta por fin! ¡Se me ha quitado un peso de encima, el aire es más ligero, respiro mejor! Piénsalo: nada desde el viernes, nada desde esa triste carta. Pero se acabó… el sol que entra a raudales en mi cuarto brinca por todos lados. Te quiero y te esperaré, sí, esperaré todo cuanto sea preciso para volver a reunirme contigo por fin, viva, feliz, deseosa…

Ayer cumplí con el programa. Es decir, escribí dieciséis cartas. Quedan aún otras tantas. Pero he puesto a punto un modelito que enviaré a todos los importunos, e incluso a los demás. Del estilo: «El señor AC, enfermo, se disculpa por no poder… etc.». Con eso lo liquido todo y podré pensar a gusto en mi trabajo. ¡Me da tanta vergüenza no haber hecho casi nada en quince días!

En cambio me ha vuelto el apetito. Tengo buena cara y me parece que he engordado. Duermo mucho mejor. De vez en cuando, un insomnio de dos o tres horas, pero menos frecuentes. Por lo demás, los temo, porque entonces la imaginación funciona demasiado. Esta noche le he pasado revista a toda mi vida, esto es, a todo cuanto sé de ella. En esos casos espero la mañana y el sol, que espanta las sombras.

Ayer la dueña de Kim vino a buscarlo. Cenó aquí y me despedí del animal.

Me da igual que resumas tus días. Pero haz esto por mí: sé clara, no pongas nunca: «A las cuatro, una cita». Dime con quién. Sé muy bien que es una estupidez, pero me ayuda. Por lo demás, ya me entiendes.

Has hecho bien en aconsejar a Serge en el sentido que me dices. No hay

razones para engañar a los espectadores. ¡Ese sistema chino es propio del teatro de L'Élite!

Querido amor mío, negra mía, hermosa mía, tibia mía, qué deseo tengo de tu presencia, de tu calor. Pienso en el cuartito suspendido por encima de París, en la noche que cae, en la rojiza luz de la estufa eléctrica, y en nosotros, atados juntos, en la penumbra… Sueño también que voy andando por París contigo, y que enumeramos restaurantes… Cariño, también había dulzura, risa, dulces complicidades, una ternura infinita entre nosotros. Y eso es también lo que echo de menos, cuando estoy en esas horas, al igual que en otras echo de menos la tormenta del deseo, o la hora perfecta junto al lago, en el cielo de Ermenonville. Eres tú, entera, lo que echo de menos. Y si deseo tanto sumergirme en el trabajo es para poder llegar a la primavera libre de corazón y mente y fundirme por completo contigo.

Escribe todos los días, si puedes. Dime la fecha de tus programas de radio. Y mándame tu amor, Maria querida, gasto de él a todas horas. ¡Cómo te beso! Hasta desgastar, precisamente, mi rostro hermoso…

A.

Teléfono: el 4 de Cabris.

Lunes, 10 de la noche [16 de enero de 1950]

Después de haberte escrito esta tarde, fuimos a dar una vuelta en grupo. La luz era hermosa, pero yo me aburría. Me gusta esta región en soledad. Por lo demás empezaba a hacer frío al sol. Me volví a casa y me puse a trabajar. He cambiado el prólogo y he vuelto a escribir la mitad más o menos. Pensaba en ti y eso me caldeaba el corazón. Cena y luego un ratito ante la

chimenea. Como nadie hablaba, me animé, dije bobadas y me reí. Estos excesos en solitario lo dejan a uno triste después. Me volví a mi cuarto, me metí en la cama, y aquí estoy, y aquí estás.

Fuera se ha levantado viento y sopla alrededor de la casa. Pero la habitación está caliente. Te imagino. Te quiero. Te acaricio. Cerca de ti, aún más cerca… Me gusta la noche contigo, los sitios cerrados, las campiñas apartadas, los fines del mundo, pero contigo. Así que espero con paciencia, o con rabia, espero esos momentos en que el mundo se vacía, en que todo calla, y solo existimos nosotros y esos caballos negros, ya sabes.

Mi amor querido, esperado, amor mío, vuelve pronto. Y de aquí a entonces sé fuerte y paciente, armada con todo mi fiel amor. Te beso hasta el infinito.

A.

131 — María Casares a Albert Camus

Sábado por la noche [14 de enero de 1950]

Querido amor mío. He vuelto del teatro. Son las doce y veinte y ya estoy en la cama.

Al igual que el jueves, he actuado mal, y como siempre en estos casos me incomoda una especie de malestar. Espero con impaciencia que llegue mañana para tratar de liberarme entregándome a fondo. Pero a lo mejor es que se ha acabado. A lo mejor la emoción ya no vuelve nunca. En todo caso, esa es la sensación que tengo desde hace dos días en el escenario. Quiero atribuir esta sequía, esta aridez al cansancio y a la mala racha que paso siempre hacia la trigésima función; en ese momento ya se ha agotado

el primer impulso y el segundo tarda en llegar. Pero ¿quién sabe? A lo mejor este es el final.

En fin, toca armarse de paciencia y esperar. Hago lo que puedo, pero aún no he interpretado ningún papel que sea tan desagradable de interpretar como el de Dora cuando no estás metida en él. No se puede hacer trampa; al menos yo no puedo y, aunque me resultara posible, me negaría. Tampoco quiero recurrir a imágenes queridas para darme un empujoncito; si se me presentan, no puedo rechazarlas, pero ir a buscarlas para extraerles una calidez cualquiera… no.

Así que solo me queda decir bien el texto y esperar. Es lo que intento hacer. Eso me cansa mucho menos, claro está (y no viene mal, de vez en cuando), pero acabo crispada, retorcida, dolorida, como después de un acto amoroso que se realiza mal.

De hecho, creo que mi castidad juega un papel importante en esta incapacidad para abrirme. Incluso en la vida, estoy más nerviosa, me vuelvo a sentir tensa como antes, me tiemblan las manos y ya me había fijado muchas veces en que me pasa cuando estamos separados. Si esto va a ser así, ¿qué va a ser de mí?

Pero basta ya de teatro y de toda esta vida en la que tú no estás y que no es más que una continua pesadilla.

El día ha transcurrido como lo tenía previsto. Nada inesperado. Pierre Franck,[193] un muchacho que había organizado una compañía de teatro con jóvenes durante la Ocupación, vino a verme. Quería montar con Gérard [Philipe] —si pudiera—, Ivernel[194] y yo *Extraño interludio*[195] de O'Neill. Interesante, pero difícil. Si acepto, tiene patrocinadores a los que pedir todo el dinero que necesitara. Si tienes ocasión, ¿podrías leer o releer la obra y decirme qué te parece este proyecto? Aparte de eso, tengo en perspectiva la obra de Simone que Hébertot está leyendo, de la que no me

gustan ni la mentalidad ni el personaje, y una obra de Jean Proal[196] que he leído antes de que la retocaran y que Jamois[197] querría interpretar conmigo (ella de madre y yo de hija). La posibilidad de actuar con Jamois es tentadora.

Me han hablado de otras cosas que no me interesan en absoluto, y, en lo que se refiere a *Judith*, creo que voy a rechazarla, porque Hébertot quiere aguantar con *Los justos* hasta Semana Santa por lo menos. Ningún remordimiento.

He terminado *Hélène et Faust*… ¡por fin! Esta tarde, en la radio, hicimos la primera lectura de *El intercambio* de Claudel. Somos cuatro: Yolande Laffon,[198] Marcel [Herrand], Paul Bernard y yo. Todos me han preguntado por ti y me han pedido que te mande recuerdos.

Me toca interpretar a la americana, la actriz, ¿sabes? Pero la perspectiva de grabarla me aterroriza. ¡Piénsalo! Una actriz trágica medio loca que habla en francés y en inglés, y vocifera versos durante páginas y páginas en estado de ebriedad e histeria… ¡todo eso con las frases de Claudel y delante del micrófono! En fin, ya veremos.

Y hasta aquí, mi trabajo.

Lo demás poco o nada. Mi padre está regular. Hoy han venido a sacarle una muestra de sangre y la semana que viene, si no hay contraorden, el doctor Bumingham le tiene que poner la primera inyección de suero.

Esta tarde me he quedado con él un buen rato. Hemos escuchado la *Cuarta sinfonía* en fa de Chaikovski.

Salvo por él y mi relación con él, no se puede decir que tengo una vida. El único rato agradable del día es por la noche, cuando, metida en la cama, te escribo o leo, cuando por fin estoy sola. Nunca he despreciado tanto a mis semejantes y me guardo mucho rencor por ello. Definitivamente,

cuanto más lejos estén, mejor, pero ¡Dios mío!, qué cargante me resulta su presencia.

Por otra parte, me estoy descubriendo inclinaciones muy malas y cuando me paro a pensarlo no siento ni una pizca de apuro, ni siquiera vergüenza.

Sí siento apuro con Ángeles, por ejemplo, cuando en lugar de escucharla estoy pensando lo penoso que resulta comprobar cómo la absoluta falta de inteligencia y de cultura puede acabar con un corazón o, cuando menos, limitarlo tremendamente. Descubro que tengo gustos aristocráticos y una inclinación funesta a despreciar a «la masa». Está muy feo; creo incluso que es un claro síntoma de que mi corazón está resquebrajado y me tiene pasmadísima. Pero qué le voy a hacer, aparte de esperar a que Dios vuelva a concederme piedad, humildad y generosidad.

Dime que no soy una mala persona.

Pero bueno, aún hay algo vivo dentro de mí: nuestro amor. De forma un poco imprecisa, puede que con los contornos algo desdibujados, a ratos. Pero está vivo y cada día me proporciona la pena y la alegría necesarias para que no se me olvide que estoy viva. Pasan los días. Llevo desde el lunes pasado diciéndome: «El próximo lunes ya habrá transcurrido la primera quincena». Y hoy igual que ayer y que anteayer: «¿Todavía no es lunes?».

Pero, pasada la primera quincena, todavía me toca esperar indefinidamente seis veces seguidas hasta el próximo lunes. ¡Ay, amor mío! Así que he decidido olvidarme de los días que ya han pasado y pensar solo en los que vendrán; esto funciona a partir de las once, en plena actividad y hasta la noche, hasta el momento en que se pone el sol, pero ¡por la noche y por la mañana…!

Leo un poco. He terminado las cartas de Dostoievski. ¡Huy, no me gustaría quererlo! Qué poca casta. Qué poca clase. A ratos, desagradable.

Tres o cuatro cartas bonitas, pero, salvo aquella de la que te hablé antes de que te fueras, ninguna que me haya emocionado de verdad. Ahora estoy empezando *Los vagabundos* de Gorki.

Por la mañana, limpieza; por la noche, lectura, y el resto del tiempo, trabajo en cadena. Esa es mi vida.

En el alma, un vacío desesperado hacia ti que se me antoja a veces como un sueño imposible, a veces vivo dentro de mí como mi propia carne. En el corazón, dolor, alegría y una gratitud infinita. De lo demás no me atrevo a hablarte, pero estoy en un estado bastante lamentable. Te deseo, amor mío, de la mañana a la noche. No sé lo que tengo. Nunca había estado así y me da hasta un poco de vergüenza. Parece ser que uno se acostumbra a la castidad

> *Deja la lujuria un mes*
> *Elle te dejará tres.*[199]

Estoy esperando. Pero mucho me temo que esta costumbre solo llegue en los casos generales. Puedes, en efecto, olvidarte el amor. Pero olvidarte de tu amor, olvidarte a ti, tu cuerpo, tus hombros altos, tus piernas duras, tu vientre, tus brazos, tu piel fresca, tu querido rostro, tus labios, tus manos, tus hermosas manos… ¿de verdad crees que puedo olvidarme de eso durante tres meses? ¡Ay! Rézale a tu dios desconocido para que así sea. ¡Qué difícil es!

¡Ay, sí! Todo es difícil y todo me cuesta. Cada minuto me trae un nuevo esfuerzo y me gustaría distraerme un poco. Pero cuando pienso que al cabo de estas semanas eternas vas a volver conmigo, cuando te imagino de nuevo junto a mí, cuando caigo en la cuenta de que de verdad existes para mí, de que estás aquí, esperándome, de que respiras no muy lejos de mí, cuando, por fin, recibo tus cartas, ¡ay! Amor mío precioso, en esos momentos, nada

en el mundo podría hacerme tan feliz y le agradezco a la vida que me haya guardado una porción tan generosa. Te quiero, te beso fuerte, por todas partes, con todo mi amor, toda mi ternura y todo mi deseo también.

Escribe. Escribe. Cuéntame todo tu corazón. Cuéntame tu vida y, sobre todo, tu trabajo. Esta noche te he hablado de mí largo y tendido. Háblame de ti. Tengo sed de ti. No te apartes de mí. Cuéntalo todo, aunque tengas que hacerme un poco de daño. Nadie en el mundo amará tanto como yo *todo* lo que hagas. Háblame del tú al que quiero, el que se estremece un poco. Suéltate. No te inhibas conmigo, so pretexto de no preocuparme o de ayudarme. Cuando te despojas delante de mí, comprendo por fin por qué estoy en este mundo. Te quiero.

V

Domingo por la noche [15 de enero de 1950]

Liberada y obviamente cansada.

Son las doce y media de la noche. El día ha transcurrido con normalidad. Nada reseñable. Función de tarde y de noche.

A la tarde ha venido mucho público. Y un público efusivo. Al final me han tirado flores en el escenario. Unas violetas. Me las han lanzado como una bomba, a unos milímetros de la punta de mi nariz. Las he recibido de manos de Pommier (que las ha recogido) con la cara más bobalicona que pueda darse.

Por la noche, menos público, tibio al principio, efusivo al final.

Todos hemos actuado bien. Me alegro de haber recuperado a mi Dora. Michel Bouquet lleva varios días con problemas de garganta. Le salen gallos, gracias a lo cual esta noche, por ejemplo, nos ha ofrecido un «Somos asesinos y hemos elegido serlo» al estilo de la capilla Sixtina. Interesante.

He picoteado algo en el Souris con Serge, Roger Pigaut y Pierre R[eynal]. Luego he vuelto al camerino a echarme un rato.

«Lasciva». ¡Ay, qué «lasciva» me siento! Es terrible.

Al volver a casa, he encendido la radio. Beethoven. Lo he escuchado con beatitud.

Te quiero. Tengo calor. Mi cama es inmensa. Hay demasiado sitio para mí sola.

Me paso el día hablándote sin parar. ¿Me oyes? ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estás? ¿En qué estás pensando?

Me horrorizan los domingos por la certeza que tengo de que por la mañana no recibiré carta tuya.

Cariño, escríbeme.

Puede que no me quede más remedio que telefonearte.

Sustitución de Serge. Me han hablado de tres muchachos que podrían hacerlo bien, por lo visto. Roland Alexandre, Jean-Claude Michel[200] y otro de cuyo nombre no me acuerdo, pero que, sin ser el personaje, tiene —según dicen— mucho talento. No los conozco. ¿Qué quieres que haga? Contesta pronto.

Serge ha pedido que su sucesor esté preparado para el 15 de febrero; pero sé que actuará por lo menos hasta finales de mes.

Dadme vuestras instrucciones, querido amo.

Te quiero, cariño mío, mi cara guapa, mis ojos de luz, te quiero a morir. Te quiero. Escribe. Escribe. Los días son largos y difíciles. Necesito tus cartas para vivir. Duerme. Descansa. Velo por ti y por nuestro amor.

V.

Lunes por la mañana [16 de enero de 1950]

Cuatro líneas rápidas antes de las doce. Acabo de recibir tu carta del jueves y la del viernes. Sacudirme. Eso es lo que habría que hacer. Pero entiéndeme. No se trataba solo de un estado de ánimo general (la desgracia de Marcel no tiene nada que ver con esto) ni de un masoquismo cualquiera. Es fruto de horas y horas de nostalgia y de angustia. Se trata sencillamente de la incapacidad que a veces tengo para creer en la felicidad que la vida ha tenido a bien concederme. También se trata de pensar en esa maravillosa comarca que te rodea —había recibido tu tarjeta postal—, la riqueza infinita que hay en ti, el sol, la luz que he visto arrasando tu cuarto, un entorno que te quiere, una ausencia que aleja los hechos y los acontecimientos, y, por último, esa superioridad de la que siempre eres capaz y que a menudo bulle de tremenda piedad y de generosidad. Me he imaginado en tu lugar y me he preguntado si aguantaría. En mi situación, todo es más fácil; la tentación no vive mi vida y tendría que ir a buscarla de verdad para poder entregarme a ella. ¿Lo entiendes?

Van pasando los días y todo el rato tus disgustos, tus dolores y tus tormentos me torturan a mí también. Creo que conozco bien los esfuerzos que haces y se me ha ocurrido que, en el pico de una de esas intensas crispaciones del alma, te habría venido bien distraerte un poco. Entonces, te he imaginado después… Desgraciado. Y si, en un momento dado, me había dolido por mí, he notado luego que todo mi ser gritaba hacia ti para calmarte y apaciguarte. Te amo y lo último que quiero es saber que eres desgraciado. Lo único que te pido es que me hables siempre como lo haces, con el corazón. ¡Ay, amor mío querido! ¡Cómo es posible que dentro de un tiempo vaya a tenerte delante, pegado a mí! Cuando lo pienso, me entra vértigo y todos los temores del mundo me encogen el corazón. Perdóname. Échame la bronca. Pero quiéreme mucho, mucho. No hay ni un pedacito de mí que no sea completamente tuyo.

Contestaré esta noche al resto de tu carta. Te quiero. Te espero paciente e impacientemente al mismo tiempo. Cuídate. Descansa. Te quiero. Te quiero. Creo en ti. Perdóname por recelar de la vida y de sus fatigas. Te quiero y te beso muy fuerte.

V.

132 — María Casares a Albert Camus

Lunes por la noche [16 de enero de 1950]

Antes de nada, cariño mío, un breve resumen del día. He pasado la mañana al teléfono, después de haber escrito un pedacito de carta y después de haber leído cinco seis veces tus últimas cartas, de las que he entresacado al azar:

«rezo a un dios desconocido para que me te dé fuerzas para esperarme…».

«¿qué hay que hacer para asentar definitivamente esa confianza? *Yo sí la tengo*» (el subrayado es tuyo), y en la carta siguiente:

«Me moriría si te perdiera, que lo sepas al menos».

¿Lo entiendes, cariño mío? No soy la única que maneja las contradicciones; *pero creo en ti* (el subrayado es mío) *y nada ni nadie* me impedirán nunca más creer en ti. Solo que yo te lo había prometido, y habría sido un engaño por mi parte ocultarte lo que fuera. Mientras que tú quisiste prometer y yo rechacé tu promesa. Habrías podido callar para no hacerme daño, sin por ello fallarme, en cierto modo.

¿Resultado? He descubierto que prefiero cualquier dolor a que tu corazón se sienta obligado a algo.

Eso es todo. Pasemos a lo siguiente. Ya me sacudo yo bien fuerte en tu lugar. Me llamo «loca» con una pizca de voluntad y te quiero a morir.

Pero volvamos al relato del día.

He telefoneado a Wattier[201] para pedirle referencias de Marcel Cartier. Me las dará mañana o pasado.

Han seguido más llamadas. Odette Joyeux, Cristian Jacques [*sic*][202] (me tengo que ir a Frankfurt el 27 para volver el 28), André Gillois,[203] que insiste para que acepte el programa *Qui êtes-vous?*, que ya he rechazado y cuyo cuestionario quiere cambiarme, Odette Joyeux para invitarme al estreno mundial de su obra *en la radio* con presentación de Cocteau, etc., etc.

Baño. Aseo. Almuerzo con papá.

Hacía un tiempo espléndido y mi habitación se reía. Siempre pasa lo mismo cuando tengo una grabación que dura toda la tarde. A las dos, en efecto, ya estaba encerrada en el estudio lleno de humo, en *tête-à-tête* con Yolande [Laffon], Marcel [Herrand] y Paul Bernard. No sé quién lo ha hecho peor. ¡Pobre Claudel! ¡Y pobres de nosotros! Personalmente, no me siento nada diabólica y preferiría interpretar a Marthe, en lugar de a esa loca que me ha tocado en el reparto. Pierre R[eynal] vino a buscarme a las cinco y volvimos a casa para ocuparnos de la decoración. Mi moqueta no estará lista hasta dentro de seis semanas. Definitivamente, estará todo listo justo para cuando vuelvas y no antes. Me resulta muy dulce que sea así.

Picoteo. Teatro.

Buena función. He actuado de maravilla… Gracias, cariño. El placer es mío. Dussane[204] ha vuelto a ver la obra y esta vez ha subido a verme.

La anterior no pudo; no quería recordar que somos actores y además

necesitaba estar en paz para «lamerse los huesos». No te rías. Lo ha repetido y he tenido que hacer un esfuerzo tremendo para mantenerme impasible. Me ha dicho que te había enviado una carta de amor a la que le habías contestado con otra… «de cariño». ¡¡¡No me lo habías contado!!! También ha dicho… pero es que no paraba; un delirio, estaba en pleno delirio camusiano. Me preocupa. Debería cuidarse. ¡Dios sabe cuánto la quiero!; pero hasta ese punto…

Luego vino Valentine Hugo,[205] pálida, evanescente, casi desmayada. El rato que pasó en el camerino no dejé de imaginarla con el pelo suelto, tumbada entre nenúfares. Me encargó que te escribiera en su nombre y que te asegurara que nunca había asistido a una cosa tan bella… y se evaporó.

Vino más gente… Todos contentos. ¡Je, je!

Michel Bouquet sigue con sus gallos. Hoy le han salido en:

«Nos querremos».

y «El odio».

Ha sido irresistible.

Pequeñas anécdotas:

1) Parece ser que el señor Hitchcock tenía que dirigir a una «estrella» americana. Llega al día de la prueba y la diva se planta en el plató delante de la cámara hecha un pincel, estirada, amanerada y estucada; «¿Tendrían la amabilidad de mirar cuál es mi perfil bueno?».

Y Hitchcock le contesta: «Está usted sentada encima, señorita».

Consejos. Compra, por favor, el *Match* de esta semana. Hay un breve reportaje que tengo muchas ganas de enseñarte.

Y ahora, nosotros.

Mañana intentaré hacerme con un ejemplar de *Esprit*.

Si no lo consigo —cosa que dudo— te agradecería que me lo enviaras. Me apetece mucho leerlo. Y lo de tu «negrura» no lo entiendo ni nunca lo

entenderé. Me empeño en pensar que es como una especie de espantapájaros que algunas personas se inventan para defenderse de no sé qué y no dejarse llevar del todo por lo que escribes, porque, a ver, es imposible que alguien pueda tener la mente y el corazón tan cerrados. Pero ¿a qué viene esa ceguera? Misterio. No lo entiendo. No lo entenderé nunca. Ya sé que somos cada uno de su padre y de su madre, pero ¡en fin!, nadie puede negar el día o la noche. Y la porción de sol que hay en lo más negro de tus escritos me resulta tan obvia como el propio sol. No; no lo entiendo y quizá valga más que así sea.

Me gustaría conocer a Kim. Me chiflan los pastores alemanes. Dile muchas cosas de mi parte y pídele que te lama la punta de la nariz por mí. Tengo que insistir en que mantenga las formas. Por cierto, me han pedido la pata de Quat'sous, lo que ha provocado un drama entre Ángeles, Pierre y yo. Estaban los dos contra mí. Quieren que case a Quat'sous a toda costa. Pero, cariño, ¡es que ya no tiene edad de hacer locuras! Y, además, ¡podría matarla! Nunca ha conocido las caricias caninas. No va a empezar ahora… ¡Ella! ¡Tan frágil! Por lo demás, se lo he preguntado y me ha respondido que nunca aceptaría gozar… de la vida mientras yo languidezco y muero de tedio… ¿A ti qué te parece?

Cariño; por lo visto, han venido a preguntarle cosas sobre mí a la casera. Un señor muy fino; eso le ha dicho a Ángeles. Quería saber cómo vivo, con quién, qué servicio tengo, cuánto pago y si soy buena inquilina. La muy pasmada le ha dicho muchas cosas buenas sobre mí —según cuenta— y ni siquiera le ha preguntado quién era él para hacer semejantes preguntas. ¡Es increíble! ¡Y turbio! ¿Qué significa esto?

Cariño. Cariño. Cariño. Cogerte la cara entre las manos y darte besos por todas partes, sin parar, por todas partes, por toda la cara. Y luego en las manos. Y luego… ¡Ay, cariño! ¡Ay, amor mío querido! ¡Tú! ¡Tú! Mi vida.

¿Qué tal el trabajo? ¿Vas progresando? ¿Me enviarás el prólogo? Y el ensayo. ¿Por dónde vas?

¿Has engordado? Yo estoy empezando a hacerlo. No duermo más, pero vuelvo a comer como tres. Sigue mi ejemplo.

Estoy ñoña. Te espero. Te quiero. Estoy feliz y triste. A ratos es dulce, a ratos es insoportable. A menudo, inverosímil, insensato. Háblame. Escríbeme. Cuenta. Si supieras qué felicidad me traes cuando te leo, serías feliz hasta tu regreso. Es maravilloso, Albert querido.

¡Ay, mi amor querido y precioso! Qué agradecida te estoy, que tuya me siento, cargada de ti. Hasta mañana. Duerme. Duerme en paz. Te creo, soy feliz. Te espero.

V.

Martes por la noche [17 de enero de 1950]

Qué rabia, acabo de abrir el bloc para escribirte, ¿y qué me encuentro? ¡La carta que escribí anoche y que Ángeles se ha olvidado de echar esta mañana! Ahora sé que puedo escribirte tanto como quiera y solo de pensar que mañana pasarás el día entero sin recibir nada mío, me siento totalmente desamparada. Yo también conozco esos domingos en los que de la mañana a la noche todo objeto pierde el relieve.

No te voy a contar con detalle el día. No me apetece y no tiene ningún interés. Solo he salido para ir al teatro. Allí no he visto a nadie más que a Ivernel,[206] que estaba en pleno delirio con la obra. Buen público.

Esta mañana he recibido tus dos últimas cartas, la del viernes por la noche y la del sábado y el domingo. Ahora me toca a mí: ¿qué quieres que te diga? ¿Qué quieres que haga? ¿Sacudirte? ¡Ay, ojalá pudiera cerrarte la boca a besos para que dejaras de decir tonterías o locuras! ¡Qué fácil sería

todo! Pero no. Aquí estoy, encadenada, impotente, volcada en ti y sin poder expresarme más que con unas pobres palabras que no sé utilizar.

Cariño mío; amor mío, por favor te lo pido. Vuelve a mí. Vuelve a nosotros. Te quiero con toda la gravedad, con toda la seriedad con que se puede querer.

Ya nada puede cambiar de mí hacia ti y siempre estaré aquí, siempre, hasta el final. Eres el único ser en el mundo que me ha enseñado el verdadero dolor y la verdadera alegría; eres el único que ha puesto en mí la angustia de la muerte y la rebeldía contra la última separación. Nunca he querido a *nadie* como te quiero a ti, a nadie en el mundo, y nunca habría conocido la *necesidad* de la existencia y de la presencia de alguien si no te hubiera conocido. Todo en ti es alegría, placer, riqueza y amor por mí, y siento cómo se me derrite el corazón cuando pienso en el que tiembla un poco, que titubea, reza y se estremece muy dentro de ti, el que intuyo a menudo y que de vez en cuando se suelta delante de mí.

¡Oh! No, no dudes. No dudes nunca más. Es bobo porque es una insensatez. Escúchame. Óyeme y sé paciente, no tardará en llegar el momento en que ya no se te ocurrirá dudar.

Y ahora, sigue escuchándome. Ya no tienes que volver a decir: «Nos queremos. Saldremos adelante con todo», sino *«Nos queremos y hemos salido adelante con todo»*. Porque, amor mío querido, no sé si te has dado cuenta, pero henos aquí en plena victoria.

Lo que la vida nos depara lo veremos más tarde; ya se encargará ella de enseñárnoslo sin que tú, ni yo, ni nadie tenga que ir detrás, empujándola. Pero teníamos que librar una gran batalla, sobre todo contra nosotros mismos, y ya la hemos librado. Hemos ganado y, pase lo que pase ahora, nada podrá separarnos. Fíjate. Por mucho que dude, sufra, me angustie, me soliviante y me encolerice, una cosa se mantiene firme: mi amor por ti y el

sentimiento inquebrantable de que soy tuya y de que nada ni nadie puede separarme de ti. Párate a pensar un segundo y recuerda nuestras antiguas tormentas. Ya no existo más que por ti y contigo, y te esperaré toda la vida si hiciera falta; te esperaré, aunque supiera que no ibas a venir nunca. ¿Lo entiendes?

Déjate pues de fantasmas. Pegada a ti, cerca o lejos de ti, siempre estaré contigo. Hasta la sombra me resulta grata si sé que estás a pleno sol. Así que vive en paz. Descansa en paz. Luego ya verás qué es lo que conviene hacer; hagas lo que hagas, no te dejaré nunca mientras me sigas queriendo. ¿Lo oyes? Relájate, distráete confiadamente… y sé dulce y amable, el mal humor es una cosa muy tonta que nos vuelve muy desgraciados. Sé dulce. Estás hecho para ser dulce y no injusto. Sé dulce de la mañana a la noche, hazme caso. Dulce y apacible con los demás, y ya no dudarás de mí. Me dirás que no hay ninguna relación; pero fíjate bien; sí que hay una. El enfado es una enfermedad como el cáncer generalizado. Evita enfadarte. Sé dulce. Nadie de tu entorno merece tu mal humor y menos que nadie F[rancine] en este momento.

¿Quieres trabajar? ¿Hay que encerrarte con doble llave como a Utrillo para que te decidas? ¿Has acabado con el correo? No, cariño mío, ahora en serio, estoy convencida de que el tiempo pasará volando y de que todos esos vapores de pesadilla desaparecerán en cuanto te pongas a trabajar de veras. Aparta lejos de ti tus fantasmas, abre un paréntesis, no dejes que te distraigan cosas contra las que ahora mismo no puedes hacer nada y aprovecha esta estancia tan larga para librarte de todo lo que llevas arrastrando y te lastra. Noto en tus cartas que estás mejor en cierto modo. ¡Aprovéchalo, por favor te lo pido!

Bueno. Ya está bien de sermones, ni siquiera voy a contestar a tus disertaciones sobre el «caso Marcel». O mira, sí. Me preguntas qué pienso

de este asunto. ¿Cuál? ¿Cuál es ese asunto? ¿Marcel [Herrand]? Un Paul Raffi brillante. ¿Qué relación hay entre la situación en tiempos de Les Mathurins y la de ahora? Es la continuación lógica e inesperada de un cuento que me bastaría para creer en un dios cualquiera. ¿Cómo me afecta? Te quiero cada vez más y, cuando ya no puedo más, todavía puedo. ¿Qué más? ¿Qué? ¿Qué quieres decir con «dime también *todo* lo que piensas sobre este asunto», y qué son esos «tres o cuatro detalles que me hacen sentir la distancia que nos separa»? Dime. ¡Dime, loco, que eres un loco!

Bueno; voy a dejarte. Tengo que dormir, ¡ya son las dos de la madrugada! Voy a apagar y tratar de dormir. Esta cama enorme está pidiendo… ¡Huy! Cariño; ¡si supieras cuánto te deseo también! ¡Mira! Esta mañana me he lavado la cabeza. Tengo el pelo suave como una caricia. ¡Huy, qué gusto da! Pienso en tus labios. Pienso en tu peso encima de mí. Pienso en tus piernas encima de mi vientre y en tus manos y en tus brazos. ¡Ay, cuánto te añoro en el corazón, en el cuerpo y en el alma! Te beso. Te beso muy largo y tendido.

V

133 — Albert Camus a María Casares

Martes, 3 de la tarde [17 de enero de 1950]

Tu carta del sábado, domingo, lunes. Ya se acabó, mi amor querido, todo vuelve a su sitio, al amor, a la certidumbre. Relájate también tú.

Suéltate en mí, en nosotros, te beso la frente, las queridas manos, la boca cerrada, despacio. Sabía que te reconocerías en Dora. Eres tú, sin diferencia alguna, en cuanto al alma. Así que puede suceder que te pierdas a ti misma,

como en esos días, en que uno es ajeno a lo que es, pero no puede ser por mucho tiempo. Oigo de lejos tu grito del final. Es el alma, que se retuerce y suplica. Lo que no es imitación en sí ¿podemos dejar de serlo? Volveré a leer *Extraño interludio* si lo encuentro. Me ha quedado el recuerdo de una obra muy ambiciosa, pero con unos «recursos» bastante burdos. La volveré a leer pensando en la escena y en ti. Simone, Proal, ¡qué se le va a hacer! Pero ¿estás segura de que es bueno renunciar a *Judith*? Si *Los justos* aguanta un mes más, ¿vale la pena renunciar a un papel que puede servirte de mucho? Voy a volver a leer también *El intercambio*, por ti. Y que no se te olvide decirme qué efecto le hace el suero a tu padre. Estoy muy impaciente por saber más.

No te preocupes tampoco por tu leve ataque de aristocracia. Por lo demás, no es un ataque. Eres aristocrática. Y tu gusto por los humildes es únicamente un efecto de tu generosidad. Nunca serás comunista como la portera. ¿Y qué? Resígnate. No todo el mundo puede ser barrendero. Dicho lo cual, es a la vez justo e injusto que la falta de inteligencia pueda limitar el corazón. Lo limita en las circunstancias poco importantes, o en las cosas alejadas, nunca o casi nunca en las circunstancias transcendentes. Hay personas a quienes no se les da muy bien vivir para… pero que sabrían muy bien morir. ¡Niña que pide la compasión y la generosidad que ya tienes de sobra! No, no eres mala persona. Pero yo soy como tú. Ese ambiente tan parisino desarrolla una parte de desprecio. En eso es en lo que es malo. Y luego, a medida que pasa el tiempo, ya no se soporta sino a quienes se ha escogido.

¡El deseo! ¡Ah, qué has ido a nombrar! ¡Dormirse con él, despertarse con él! Es un rumor sordo a lo largo de los días. Yo tampoco había pasado por eso. Y es muy duro. Con la boca seca ante determinadas imágenes se desea el chaparrón de la voluptuosidad. Tú, por doquier, tu sabor, los cuerpos

retorcidos, soldados en algunos momentos, es una obsesión. Tengo la esperanza de que se pase. Pero, al mismo tiempo, es tu calor lo que me acompaña, algo así como si tuviera tu mano encima. Y me gusta esa quemazón y ese sufrimiento.

Pero quiero hablar de otra cosa, me laten las sienes. No conozco a esos actores de quienes me hablas. Me han hablado también de un tal Jacques Torrens que interpretaba a Casio en el *Otelo* de Le Vieux-Colombier. Escoge tú, niña mía. Solo me fío de ti y no podré hacer nada desde tan lejos. Si me llamas por teléfono, hazlo a eso de las once de la mañana y que no se te olvide que el teléfono está en el cuarto de estar y que probablemente no podré gritarte mi amor y mi emoción. ¡Qué suplicio! En fin, dime exactamente lo que decidáis.

El viento ha soplado toda la noche. Esta mañana, lluvia, granizo y nieve. Me he quedado en la cama hasta las doce, he trabajado (casi he terminado el prólogo) y he esperado tu carta. Ahí estaba, fiel como el amor. ¡Ah, cariño, qué gratitud! Sí, te quiero, con amor, con ternura y con deseo. ¡Pronto ese momento en que naufragaremos juntos en el amor tanto tiempo contenido! Pero de aquí a entonces conservo intacto este corazón que te pertenece y te beso aquí mismo, de forma irracional.

A.

134 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 10 de la noche [18 de enero de 1950]

Nada tuyo hoy. Me lo esperaba, o, más bien, no me esperaba una carta

diaria, pero el día se me ha ensombrecido un poco. Anoche trabajé algo y me acosté temprano. Volví a leer la carta que recibí ayer. Di vueltas y más vueltas en la cama. Y luego empecé tres o cuatro libros sin poder seguir con ninguno. Al menos he encontrado esto en un viajero que hablaba de los desiertos de Arabia y de América: «El amor en esas comarcas ardientes se convierte en un sentimiento del que nada puede distraer: es la necesidad más imperiosa del alma; es el grito del hombre que llama a una compañera para no quedarse solo en medio de los desiertos».[207] Cuando pienso en lo que era mi corazón antes de ti le doy la razón.

Buena noche, aunque preñada del peso del deseo. Esta mañana, obsesión, y obsesión invencible. Hasta el punto de que propuse un paseo en coche. Subimos a mil doscientos metros, hasta Thorens, una estación de tratamiento. El sitio era lóbrego. Pero a la vuelta me encontraba mejor. Ay, cuánto me gustaría que el deseo tuviera menos autonomía, como dices tú. ¡Perdón! En el correo, noticias de Montevideo, donde *Calígula*, en español, ha tenido un éxito tremendo. Debería haber nacido español del todo.[208]

Esta tarde he trabajado. Ya tengo casi terminado el prólogo. Luego tendré la mente libre por completo para meterme con el ensayo.[209] Mañana por la mañana, Michel, Janine [Gallimard] y F[rancine] bajan a Cannes a hacer recados. Y yo me quedaré un rato solo y tranquilo. Si hay carta tuya al mediodía, no será un mal día.

Creo que estoy bien de salud. Al principio me forcé a comer un poco. Ahora tengo apetito. Y aprovecho para comer como en mis buenos tiempos, ya sabes. Duermo mejor. Si no estuviera decidido a observar escrupulosamente las reglas de este reposo, me gustaría mandar todo a tomar viento y volver a París. Estoy otra vez pletórico de vida y reprimo todas estas fuerzas que me vuelven.

El resto se resume sencillamente en: te espero. Me niego a contar los días

porque le tengo miedo al vértigo que me entra entonces y porque es un vértigo inútil. Pero todo mi ser te espera, ora tranquila, ora furiosamente. A veces me olvido de ti durante el día: me hablan o me aburro, o me irrito con una frase que no me sale, pero al segundo siguiente una dulzura, un peso leve me anuncian que has vuelto. Como si una paloma se me hubiera posado suavemente en el hombro. Y hay sonrisas en lo hondo de mí.

Esto es lo esencial en cualquier caso. ¡Ah! Hay un gato, muy noble y castrado, el guapo Sari, que me hace compañía.

En todas estas cosas vivo contigo, para ti, y me paso el día acariciándote; y la noche, cuando no duermo (¡eso como mínimo!). No estoy alegre, pero estoy resuelto. Tus cartas me dan la vida, que no se te olvide, no lo digo por decir. Adiós, hermosa mía, muchacha mía, amor mío querido. Beso tu cara de por las mañanas, al desnudo. Te quiero.

A.

135 — María Casares a Albert Camus

Miércoles por la noche [18 de enero de 1950]

Esta noche estoy un poco cansada, cariño mío, aunque en general me encuentro mucho mejor. Solo que el día de hoy ha sido duro.

Esta mañana me he levantado a las nueve y media. He recibido al ebanista. Ha venido a medir la terraza para poner las celosías y a traer el mueble para el aparato de radio. No encaja en absoluto. Es demasiado alto. Así que he encargado una peana —más bien un zócalo— para poner debajo del aparato, y la mesita la pondré en otro lado. Luego llegó el turno de la casa Hoover (aspiradores), después las llamadas telefónicas y por fin, para

rematarme del todo, Paul Raffi. Ha querido entrar en mi cuarto… para ver. Y ha visto. Tu «foto» sigue al lado de mi cama. No la había quitado. Se ha quedado diez minutos.

Almuerzo rápido, como de costumbre. A las dos ya estaba en la radio, donde me esperaba una sorpresa. Yolande Laffon ya no interpreta a Marthe en *El intercambio*: no lo hacía bien. Hacía falta una Marthe. De broma, me ofrecí yo. Fue llegar y besar el santo. Era más fácil encontrar una Lecky, Germaine Montero[210] podía valer. En un segundo me transformé en Marthe y grabé hasta seis horas. Escenas largas que ni siquiera había mirado. Por suerte, salí airosa. El papel me resulta mucho más fácil que el otro. Todo el mundo estaba conforme.

De la calle de François-Ier fui directamente al teatro después de comer una loncha de jamón y una naranja en el Souris.

Algo más de público que ayer, pero ahora que la «cuesta de enero» y el pago de los arrendamientos ha pasado, debería empezar a remontar. Ya veremos la semana que viene.

Sin visitas. En la sala, Erich von Stroheim con su mujer.[211]

Volví a casa directamente. He actuado bien y me siento algo cansada y muy atontada. Perdona si esta carta no es más que un borrador.

Cariño, esta mañana he recibido tu carta del lunes. Me he quedado más tranquila sobre tu estado y me alegro de saber que ya no tendrás la excusa del correo.

He buscado en mi agenda la «cita» que no había especificado. Se trataba o bien de Boulez, que vino a traerme una obra para que la leyera, o bien de un tal señor Montalais, que vino… (1) a traerme una obra para que la leyera. ¡Aunque no la misma! En cualquier caso, los dos son jóvenes, guapos, generosos, inteligentes, afables y encantadores, como a mí me gustan. Yo en tu lugar desconfiaría.

¡Bobo!

Yo también estoy comiendo como un animalito. De hecho, estoy engordando.

Qué pena que ya no tengas a Kim.

Definitivamente, esta carta es una idiotez. Tengo muchas cosas que contarte; pero, créeme, esta noche bastante esfuerzo hago con mantener los ojos abiertos; mañana te escribiré con más claridad.

Esta noche me gustaría tenerte aquí para acurrucarme contra ti. Me gustaría dormir tranquilamente entre tus brazos. Abrázame. Estoy vaciada y un poco triste. Te quiero. Me cuesta imaginar los dos meses y medio que nos quedan por delante.

Tengo que dormir. Estaré mejor mañana.

Bésame, amor mío.

V.

(1) he releído. Los: … no significan nada. Empiezo a conocerte.

Jueves por la mañana [19 de enero de 1950]

Acabo de despertarme. Todavía no estoy muy consciente. Fuera está nevando. Estoy metida en la cama y oigo el viento en la terraza. Estoy calentita y miro los cristales empañados. No me apetece levantarme. No me apetece enfrentarme a este día gélido yo sola. Tengo ganas de ti, de tu presencia, de tu cuerpo, de tu mirada sobre mí, de tus brazos en torno a mí, de tus labios.

Hoy no voy a salir hasta la noche. Esta mañana espero a la joven Solange, que viene a verme a las once, luego a Pierre, que viene a comer, y por último a un fotógrafo de un periódico a eso de las tres y media.

He terminado de leer *Los vagabundos*. El primer relato, «Malva», me ha encantado. Los demás, algo menos. Me cansa cuando le entra la vena «propaganda antidesigualdad». Pero qué bonito es lo que dice sobre el mar.

¡Ay, cariño! A esta hora estoy contigo en todo. Para mí es el momento de las playas ardientes del Mediterráneo. Es mi minuto de olivos y de luz cegadora. ¡Ay, el calor sofocante del mediodía contigo en la arena! ¡Y ese deslumbramiento en el que solo te distingo a ti!

Ya habrás adivinado cuánto me gustas nada más despertarme. Pasa un buen día. Hasta la noche.

V

136 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 3 de la tarde [19 de enero de 1950]

Esta mañana, crisis de autonomía. Esto se está convirtiendo en patológico. Para consolarme me digo que se trata de un periodo de transición y que luego podré vivir, hasta la vuelta, en una especie de muerte a medias. En resumen, me he puesto a trabajar y he acabado el prólogo. Había recuperado una especie de calma y luego llegó tu carta, que lo puso todo en jaque. ¡Ay, eres demasiado específica!

Pero ¡qué buena, qué querida carta! Primero me la tragué de un tirón y, luego, me la llevé a mi cuarto para volver a leerla a gusto y roer mi hueso yo también. Sí, amor mío querido, tengo confianza y te quiero. Y voy a dedicar esta temporada a liberarme por completo de mi trabajo y a curarme de cuerpo y corazón. A partir de ahora descanso en ti, vivo de certidumbre

y me ocupo de otra cosa, sueño o trabajo. Pero querría darte las gracias, besarte entera por todo lo definitivo que me das.

Me alegro de saber que la obra gusta. Pero también disgusta, lo que me tranquiliza. Siempre me ha asustado la unanimidad. Esta mañana, mientras trabajaba en el prólogo, estaba más bien contento. No porque me satisfaga. Pero de tarde en tarde algo me brotaba de lo hondo como antes, y la frase salía como una flecha.

Son momentos de gracia, que había perdido desde hace mucho. Solo con que la gracia volviera durante el tiempo del ensayo, mi alegría de primavera sería paradisiaca.

Nos deseo también la luz de hoy, admirable en este paisaje. Un cielo azul, oreado, manantiales de luz saltarina. El mínimo ciprés destaca con una nitidez que duele. Estaba solo esta mañana, todo el mundo se había ido a Cannes y quería llamarte por teléfono para decirte que hacía bueno y que te quería como se quiere a la esperanza y a la certeza. Y luego, en vista del ir y venir de Augusta y de la criada, lo dejé. Oírte después de tanto tiempo y no poder hablarte con libertad está por encima de mis fuerzas. Ahí está el teléfono, bien en medio, y lo miro a menudo con nostalgia. Pero una llamada fallida me dolería demasiado.

Michel había comprado *Match*. Y vi ese brillante reportaje. Faltaba un parrafito sobre la forma de colaborar con las actrices de la compañía. Pero hay que ser indulgente con lo que no tiene ninguna importancia. Conmovedores, por lo demás, debido a cierta ingenuidad. Por cierto, no cases a Quat'sous sin tomar grandes precauciones. Además, el amor de los perros no es gran cosa y le falta refinamiento. Se agota con tres cositas de nada.

¡Ay, dulce mía, cuando te lo propones! Qué bien sabes calmarme, darle al corazón su poder… Te quiero y soy feliz, creo. Pero te dejo para ir a oírte

en *Medida por medida*.[212] Naturalmente, aunque estaba anunciada para el final del programa, has salido al principio y, en lugar de tu voz, he oído a Davy,[213] exagerando en *Tito Andrónico*. Me puse rabioso. Pero te quiero, incluso rabioso. Se está poniendo el sol, el frío se cuela en mi cuarto. Hay que encender las chimeneas. Algo de tristeza en el corazón, es una hora difícil. Pero un día más de valentía y será un paso más hacia ti. Pronto el puerto, el ancla en lo hondo y el oleaje… Tengo el estómago revuelto. Hasta pronto, cariño, hasta pronto, deseada (¡ay, cuánto!). Te quiero. Te beso, hondamente.

A.

PS: He encontrado en Stendhal[214] la historia del duque de Policastro, que cada seis meses hacía cuatrocientos kilómetros para ir a ver un cuarto de hora a la mujer amada, a quien custodiaba un celoso. La historia duró años. ¿Te consuela? A mí, no. Pero me he preguntado si haría otro tanto. Respuesta: sí. Pues esperar seis meses es vivir de mala manera, pero es vivir. El resto son los grandes cementerios. Besos en la boca, mi amor querido. Otra vez.

A.

137 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves por la noche [19 de enero de 1950]

El día ha transcurrido tal y como había previsto. La mañana ha sido un prolongado vuelco en ti. Por la tarde decidí espabilarme; de tres a seis, Pierre [Reynal] y yo hemos puesto a punto nuestro baile número 1. Para la

música de la primera parte hemos escogido la *Habanera* de Chabrier, lacerante, obsesiva y desgarradora. Se te mete en las entrañas y los pasos y movimientos salen solos. A las seis estábamos jadeantes y extenuados.

La función ha ido a trancas y barrancas. Hace un frío que pela y el público estaba a la temperatura ambiente. Por nuestra parte, lo hemos pasado muy mal. Mil contratiempos nimios, que no parecen nada contados en frío y fuera del escenario, se han turnado para ponernos de punta los nervios que ya estaban cansados por la tensión de una semana muy larga, y por primera vez me ha entrado un ataque de risa que ha estado a punto de resultar catastrófico. ¡Hemos llegado al V.º acto de milagro! Y lo que es el grito se me ha quedado en hipido.

No te preocupes. El público no ha notado nada. Ha aplaudido como siempre y al final he visto a varias personas, entre ellas a Abel Gance,[215] que estaban muy conmovidas. Dichosas ellas.

Al volver a casa me he encontrado con los bomberos delante de la puerta. No era nada. Alguien que se había sentido mal en el retrete.[216]

Mañana debo levantarme a las siete; tengo una grabación de radio de nueve a una; luego almuerzo en casa con Lulu Wattier, mi agente. Después veré a Pitou hasta las cinco y media, y por último cenaré a solas con papá y me acostaré muy temprano esa noche. El sábado Pierre y yo vamos a ensayar la *Habanera* en un estudio (Wacker o Pleyel), de tres a cuatro, luego tengo grabación (*El mercader de Venecia*) y, por la noche, función.

El domingo por la mañana grabo en la radio a las once para el programa *Qui êtes-vous?* Al final me ha poseído.

Entre la función de tarde y la de noche voy a cenar cerca del teatro con Jean-Louis Curtis[217] y un amigo suyo.

Te cuento esto por adelantado para que no me pierdas de vista durante la jornada sin pies ni cabeza del domingo.

Esta mañana he recibido tu carta. Ha borrado los restos de preocupación que me quedaban sobre el efecto que te había causado esa estúpida carta que te escribí durante un día de angustia.

Desde que hace tanto frío, mi padre está mejor. Resulta inverosímil, pero es así. Le ponen la primera inyección de suero el sábado por la mañana.

Por cierto, he tenido noticias de Nuñez [*palabra ilegible*]. Fue a ver a la señorita Rose. Le curó muy bien un grano, pero no se fijó en que tenía *otro* justo al lado y hubo que curarlo dos veces. Aún está un poco dolorido (¡no es para menos!), pero todo se ha arreglado de la mejor manera.

No me importa nada no actuar en *Judith*. Pero ¡lo que se dice nada!

No tengo noticias del futuro «sustituto» de Serge. Hace tiempo que no he visto a Hébertot. Y no tengo nada que decir mientras no se presente la ocasión. Solo te telefoneará en caso de emergencia.

Estoy de acuerdo contigo sobre mi ataque de «aristocracia». Ya no aguanto más en París. Ahora mismo me resulta pesadísimo, a pesar de lo aislada que estoy. Lo veo poco y aun así ya es demasiado.

En cuanto al deseo… me está ahogando. ¡Y, por si fuera poco, esa *Habanera*! Pero no deja de ser algo bueno; te llevo dentro de mí. A veces te siento —físicamente— como… tu peso en mi vientre.

Es difícil, pero bueno.

Cariño. Estoy cansadísima. Es la una y media de la madrugada; la estilográfica ya no escribe. Tengo que levantarme [a] las siete. Se me embarullan las ideas. Voy a dormir.

Abrázame muy fuerte. Hace frío. Tengo el cuerpo y las manos congelados. Caliéntame. Te quiero. Te quiero. Te quiero y te doy besos toda la noche hasta mañana.

V

Viernes, 3 de la tarde [20 de enero de 1950]

Día tristón, el cielo está gris y frío. Casi estamos esperando la nieve. Estoy acostado, como siempre a esta hora, y oigo en la carretera cabras balando de frío.

No tengo mucho que contarte. Trabajé ayer por la tarde y acabé todo lo referido a mi libro de escritos políticos.[218]Voy a poder enviarlo a composición (te mandaré el prólogo cuando esté pasado a máquina), pero tengo que encontrar un título, y me atranco. Había pensado en *Testimonios forzosos*, pero no me siento muy ufano. Dejando eso aparte, no se me ocurre nada. ¿Tienes alguna idea?

He pasado mala noche. Tardé horas en quedarme dormido y ya sabes que en mí el insomnio no es de color de rosa. Le eché paciencia. Esta mañana me desperté gruñón. Pero me puse a trabajar y empecé a despejar el terreno para el ensayo. Por las mañanas leeré sobre el tema y me documentaré. Por las tardes, redactaré. Imploremos a la suerte para que vaya bien.

A mediodía, tu carta, que me ha parecido dormida y con la cara sin lavar. Lo cual me ha recordado tu cara de por las mañanas, tu calidez, y he deseado nuestros despertares.

Me alegro de que hagas el papel de Marthe en *El intercambio*. Por lo demás, Yolande Laffon no tiene la culpa. La obra es irrepresentable. Es un poema largo a cuatro voces y muchas veces charlatán. Comparada con *Cabeza de oro* y *Partición de mediodía* es un emplasto. Pero lo que está de moda es admirar *todo* lo de Claudel. Siendo así que pocos creadores, por la propia forma del genio, han dejado tantos desperdicios como va a dejar él. Dicho lo cual, ¡que aproveche! Y espero oír tu proeza. En cuanto a Gorki,

no es un gran escritor. Es un escritor conmovedor, que no es lo mismo. Por eso su libro más hermoso es *La madre*. (Los grandes escritores son conmovedores más (+) alguna otra cosa. Al menos desde mi punto de vista).

Aquí la vida en común transcurre sin dolor. Es un chapoteo armonioso. Resulta curioso, pero la posibilidad infinita de no sufrir que tienen M[ichel] y J[anine Gallimard] a veces me da miedo. Monstruos de voz suave, que me fascinan un poco. La vida y la muerte con la misma sonrisa.

Yo siempre vivo al nivel de aquellos con quienes vivo. Es una flaqueza que siempre me reprocho. En este caso solo me solivianto, por lo demás de forma absurda, para diversión de F[rancine] (quien además comparte mi reacción). Pero me reprocho mucho esos malos sentimientos.

¡Veinte días! No me atrevo a poner número a los días que quedan. Cierro la boca, me ciego, detengo la sangre para dejar de sentir el vacío, el temor, el fastidio, el tremendo fastidio de vivir sin ti. Te beso al menos, en la calidez de tu despertar, con todo mi peso.

A.

7 de la tarde

Quería escribirte un poco antes de dar esta carta para que la enviasen, pero el almuerzo no ha querido pasar y yo me he pasado la tarde en la cama con una bolsa de agua caliente en el vientre. ¡Ay, qué poco Tristán soy!

Y, sin embargo, acabo de oír por la radio italiana un admirable dúo de amor de Mascagni que me ha emocionado de verdad. Así que te mando corriendo el pensamiento del corazón y del alma. ¡Ah, vivir a tu lado y en presencia de lo hermoso…!

Estoy triste y feliz a la vez. Pero cerca, cerca de ti, mi amor querido.

A.

139 — María Casares a Albert Camus

Viernes por la noche [20 de enero de 1950]

Cariño mío:

Si no tuviera que echar esta carta al correo mañana por la mañana para que la recibas el lunes, después de ese domingo tan árido, creo que habría esperado a que pasara la noche para escribirte, porque esta noche estoy en semejante estado de nervios, de cansancio exacerbado y de seca desesperación que solo estoy deseando una cosa: un sueño reparador que no tiene visos de llegar.

Quería haberme acostado temprano, aprovechando el día más relajado. Es la una y media de la madrugada y acabo de meterme en la cama en este preciso instante.

Así he pasado el día.

Después de una noche corta (cinco horas y media de sueño), surcada de pesadillas sin pies ni cabeza, me he levantado a las siete y media, agotada, atontada, con la mente vacía, el corazón ausente, la mirada turbia y tiritando del frío que hace.

A las nueve, después de haber buscado taxi durante veinte minutos de reloj, por fin llegué a la radio. Con la voz ronca y cascada farfullé el texto de algunas escenas de *El intercambio*, pero como Germaine Montero está en pleno rodaje y tenía que marcharse a las diez y media, no acabamos la grabación como estaba previsto.

Aun así no me han soltado hasta las doce y media —so pretexto de

practicar mi monólogo—, pero por la única razón de que había que ocupar hasta el último momento los estudios que se habían reservado para un número determinado de horas.

He vuelto a casa ya de muy mal humor. La tiranía de la administración no es precisamente motivo de alegría.

El almuerzo con Wattier duró hasta las tres y media. No dejó de hablar de números, de cotizaciones, de activos a peso de oro, de pupilos, de distribuidores, etc. Hemos encendido un fuego de leña porque había saltado un fusible y la estufa eléctrica ya no funcionaba.

A las tres y media tenía que venir Pitou. Así que la he estado esperando, primero sin hacer nada, hasta las cuatro y media. He cogido un libro. El primer Proust. He sentido que me atrapaba desde la primera página.

A las cinco ha telefoneado Pitou. No podía venir. He estado leyendo hasta la cena. Ángeles había salido y no vuelve hasta mañana por la mañana. He preparado y servido la cena. Papá estaba mal. No podía hablar y menos aún comer.

De diez a once queríamos mirar juntos un poco el cuestionario del programa *Qui êtes-vous?*, pero papá estaba cada vez peor y perdía los nervios. He decidido prepararlo para la noche y acostarme. Eran las once.

Pero ¡ay! Cuando quise limpiar el aparato de calefacción ya era demasiado tarde. El fuego estaba casi apagado y la estufa, fría. Entonces arrancó una escena —te ahorraré los detalles— en la que yo intentaba convencer a mi padre para que me dejase volver a encenderla. No hubo nada que hacer. Se ponía cada vez más nervioso. Cada vez podía hablar menos. Palabras incompletas. Gestos impotentes. Tos. Ahogo. Renuncié y llevé a su cuarto el radiador eléctrico. Luego le ayudé a cambiarse de pijama. ¡Imagínate! Empezamos la operación a las doce menos cuarto y acabamos a la una y cuarto. ¡Hora y media para quitarse una chaqueta, una

camiseta de lana, y volver a ponerse una camiseta, una chaqueta y un jersey! ¡Y el pobre estaba cada vez más desesperado por no poder ir más deprisa!

Por mi parte, no sé por qué milagro no rompí a llorar. Ya no podía más de pena, de compasión, de impotencia y de amor.

Ahora, estoy aquí. Un poco arisca, un poco desquiciada. Me hace daño, cariño mío, todo ese sufrimiento contra el que no se puede hacer nada. Y eso, un día tras otro, un mes tras otro, un año tras otro. ¿Cómo lo consigue?

¡En fin! A ver qué pasa mañana. La primera inyección de suero. Confiemos.

He vuelto a leer tu carta. ¡Huy! Sí que estás mejor y te está volviendo la vida a chorros, y oigo de nuevo palabras familiares («vértigo inútil») y de nuevo el furor y el lirismo y la poesía… y las exigencias («sé austera, lleva ropa sobria, encláustrate»). ¡Ay, cómo me gusta cuando te pones a exigir! Y cómo recelo de los momentos en que no te atreves a exigir.

Sí, cariño mío, ya estás fuerte otra vez, triunfante, vivo, envuelto de nuevo con todos tus personajes, cerrado, defendido, armado. Y, por muy grato que me resulte tenerte pegado a mí, despojado de todo y estremecido, me hace profundamente feliz saber en qué estado estás en este momento.

Trabaja, ríe, come, duerme y vuelve a mí radiante de felicidad. ¡Ay, amor mío!

Lo dejo; seguiré mañana por la mañana.

Voy a leer. Me gustaría distraerme un poco de mí misma. Buenas noches, cariño mío.

Sábado por la mañana [21 de enero de 1950]

Me han despertado demasiado tarde. Tengo que darme prisa. El día está

gris, triste y frío. Estoy de un humor de perros; pero mejor de ánimos.

Hasta el lunes, cariño mío. Te quiero.

V

Sábado, 4 de la tarde [21 de enero de 1950]

Esta mañana, niña mía, me he despertado con un hermoso sol. El día era espléndido. Así que me entró una especie de languidez y no he hecho nada hasta las doce. A las doce fui a dar un paseo por la montaña que hay detrás de la casa. Es una montaña de las que me gustan, reseca y espinosa. Grupos de olivos, de pinos, de lentiscos, piedras amarillas y laderas olorosas que van cuesta abajo hasta el horizonte, hasta el mar. A veces, en las hondonadas hay cipreses y pinos muy achaparrados que forman algo así como cámaras perfumadas. Apetecería tumbarse al sol cerca del cuerpo amado. Esa luz me llegaba al corazón y, al mismo tiempo, estaba triste. Pensaba en ti. Vivimos solamente la vida de las ciudades, las prisas, el trabajo; y tú y yo, sin embargo, estamos hechos para esta tierra, para la luz, la alegría sosegada de los cuerpos, la paz del corazón. Habrá que cambiar todo esto, ¿verdad? Habrá que vivir, amar, gozar en la alegría. Por supuesto, hasta ahora hemos luchado mucho y no hemos sabido de un tiempo sin crispación. Pero ahora que hemos conseguido nuestra certeza, podemos hallar la recompensa, huir de toda esa repulsiva vanidad que nos rodea y vivir algo más en la verdad. Según regresaba a casa me iba permitiendo tantas delicias con la imaginación que tuve que despabilarme para poner término a ese libertinaje de ensoñaciones.

A la hora del almuerzo, tu carta. Bueno, bailas. Eso está bien. Aunque ese tipo de bailes preferiría que me los reservases a mí. Intentaré oír tu *Qui êtes-vous?* por la radio. Me parece que deberías haberlo rechazado. Pero ya sé que a veces aceptas ese tipo de cosas por cansancio. Con lo cual son siempre los indiscretos y los patanes los que acaban por salirse con la suya. En fin, a lo mejor aprendes algo. Dime también lo que vale el Curtis ese. Me han hablado de él, creo. Pero no he leído más que un libro suyo. Mediocre.

No sé si he entendido bien esa historia tuya de granos. Si lo he entendido bien, es un vodevil. Un vodevil español, naturalmente.

Espero que el viernes me hayas escrito una carta buena y larga en la que me sigas hablando con todo el corazón. Porque lo haces, ¿verdad?, y no te dejas nada olvidado.

Yo, a partir del lunes, me meto efectivamente en el ensayo y ya no lo dejo. Salvo por ti. Estoy ya lo bastante bien para poder hacerlo. Si todo va bien, esta primavera será la más hermosa de mi vida. Cariño, ¿te entra la misma alegría que a mí al pensarlo? No estés triste, no dejes que baje tu llama. Me ha parecido leer en tus dos últimas cartas unas señales imperceptibles. ¡Ánimo, ánimo, mi amor hermoso! También podremos con esto. Se acerca el día… ¡Ay!, me acuerdo de mi regreso de Brasil, Le Bourget y yo agotado, y todo mi cansancio que desapareció cuando caíste, temblando, contra mi pecho. Amor mío, amadora mía, piensa en aquellos momentos. Nos guardan, nos guían hacia otros momentos semejantes. Te beso inagotablemente.

A.

Sábado [21 de enero de 1950]

Día de no parar.

Pitou ha venido a despertarme a las diez. Me levanté y me abalancé donde mi padre. Los médicos habían llegado a las ocho. Y habían pasado consulta. La primera inyección no se le puede poner hasta dentro de tres semanas; después de un tratamiento de inyecciones intravenosas para bajar la urea, y después de una radiografía de los pulmones. Así que, vuelta a esperar.

La mañana ha pasado muy deprisa, interrumpida por llamadas de teléfono sin interés. Después de almorzar, Pierre [Reynal] vino a buscarme y tras dejar a Pitou en su casa fuimos a la sala Pleyel. Habíamos alquilado un estudio y hemos practicado nuestra *Habanera* de dos y media a cuatro y media. Agotada, pero lo que se dice agotada, me fui corriendo a la radio. *El mercader de Venecia*. Solo la había leído en español a los doce años.

He grabado la primera escena de Porcia a la primera y el resultado no ha sido peor que otras veces, cuando tengo ocasión de practicar un poco el texto que debo decir. He trabajado sin parar hasta las siete, y después de comprar un bocadillo, que me he comido en el taxi que me llevaba, he llegado al teatro. He actuado bien, pero aún no he acabado de entender por qué esta noche en concreto el público se ha mostrado tan entusiasta conmigo. Gritaban mi nombre al final del quinto y mi camerino estaba a reventar de gente que no conozco. Una señora inglesa, en particular, se me ha comido a besos y quería convencerme a toda costa de que fuera a Londres a representar *Los justos* en inglés lo antes posible. Por mucho que le decía que desconozco el idioma, ella vociferaba que solo tenía que aprenderlo y que, de hecho, debía aprender todos los idiomas para representar *Los justos* en todos los países. Dicho lo cual, me cubrió otra vez

de besos y se marchó diciendo que se volvía a Londres, pero que la cosa no iba a quedar ahí y que me escribiría.

Lo más gracioso es que tenía pinta de ser, en general, una persona tranquila y discreta.

Ahora ya estoy aquí, por fin, a tu lado. Cariño, ha llegado el momento en que el calor que me has dejado empieza a perderse. Ha llegado el momento en que ya tengo que recurrir a las «fotos» para recuperar tu hermoso rostro. Escribe. Escribe. Solo tus cartas logran atemperar un poco el frío de tu ausencia. Te quiero. Te quiero tanto.

V.

Domigo por la noche [22 de enero de 1950]

Me he levantado a las nueve de un humor…

A las diez y media ya estaba en la calle de François-Ier,18, y a las diez y cuarenta y cinco, estaba sentada delante del micrófono con Gillois, Morphée, Clavel y el «psiquiatra»[219] (un g… penoso) rodeándome y acosándome a preguntas.

He respondido a todas más o menos como quería, menos a las últimas. Me sentía cansada, harta, y solo me apetecía una cosa: acabar de una vez. Pero cuando oigas el programa ya me pedirás detalles sobre lo que te haya parecido oscuro —¡que lo hay!— y te los daré de mil amores. Según me marchaba yo, llegaba Brasseur,[220] peripuesto, jovial, comicastro desde por la mañana y protagonizando su primera metedura de pata del día. Me preguntó, delante de Clavel, si quería o no actuar en *Judith*. Lo malo es que, como Maurice C[lavel] está haciendo una adaptación para Jean-Louis Barrault, este fustiga su buena voluntad de trabajo con la promesa de darle el papel de Judith a su mujer, Silvia Monfort.[221]

¿Lo entiendes?

Pierre [Reynal] vino a buscarme. Comimos juntos con Serge Reg[giani] en el restaurante Le Relais, cerca del teatro, y luego… la matiné. Mucho público. Hemos actuado bien. Ivernel y Pigaut vinieron a saludarme. Los dejé para ir a casa de Curtis, donde me quedé hasta las siete y media. Éramos cinco: Curtis, Maurice Faure, Jacques Reverdy, Pierre Reynal y yo. Menos yo, todos homosexuales. Cena agradable, aunque un poco solemne.

Función de noche. Actuación estupenda. Ataques de risa incontenible entre bastidores.

Una ocurrencia de Pommier:[222] buscar nombres de teatros que pegaran con nosotros, siguiendo el ejemplo del teatro des Arts-Hébertot. A Jean se le ha ocurrido cuál le pegaría a nuestro jefe: teatro des Folies-Brainville.

Luego ha llegado Perdoux, en plena forma, a contarnos las genialidades de Dranem,[223] nunca me he reído tanto. No encontraba palabras para expresar su admiración: «¡¡¡Cuando cantaba *Les Petits Pois*… o *La Patate*!!! ¡¡¡Ay, *La Patate*!!! ¡¡¡Tenéis que compraros el disco de *La Patate*!!! ¡¡¡Qué ingenio!!! ¡¡¡Y tan bien traído!!!», etc.

A todo esto, ha llegado Paulo [Paul Œttly] y nos ha cantado otra canción (*La Jambe de bois*, creo). Era demasiado. Me daban calambres en el estómago y he salido del camerino so pretexto de concentrarme para el quinto acto.

Michèle Lahaye me ha contado una historia preciosa. Resulta que en plenos bombardeos de Ruan, Cécile Sorel[224] fue allí para actuar en *Madame Capet*.[225] La noche después de la representación, destrozaron el teatro. A la mañana siguiente, Sorel insistió en ver las ruinas y fue toda la compañía. Estaba todo humeante: escombros por todas partes y desolación. Estaban mirándolo todo… De repente, un señor menudo hecho un pincel se acercó a Sorel e, inclinándose, se presentó. Estuvo veinte minutos hablando

de la función de la víspera, con gran entusiasmo y admiración por la obra y por Sorel. Hasta que se despidió y se fue sin decir ni pío sobre lo que había sucedido después y sin una sola mirada a lo que le rodeaba.

¿No es una historia preciosa?

Y ya está, cariño mío. Ahora es la una y veinte de la madrugada. Me he acostado después de haber cenado copiosamente por segunda vez y estoy esperando.

No te preocupes por no haber llegado a tiempo para *Medida por medida*, no te has perdido nada, créeme.

Estoy contenta, muy contenta por lo que me cuentas de tu trabajo.

Procuraré ser más precisa en adelante para no exacerbar tu ataque de autonomía. Pero tú, por favor te lo pido, haz como yo. A veces te entra una inspiración poética que me abre las entrañas. Entonces me vienen recuerdos; por ejemplo, cuando, al meternos en el coche, me apartabas suavemente las rodillas con la mano libre… y poco a poco… yo cedía. ¿Te acuerdas?

Sé dulce, amor mío querido, estate en paz contigo mismo *por entero*. Esta noche estoy dulce y acariciadora. Duerme, amor mío. Duerme.

Te quiero. Te espero.

V

Lunes por la mañana [23 de enero de 1950]

Cariño:

Acabo de recibir tus cartas del viernes y del sábado. Me esperaba que fueran tal y como son. Estás un tanto perdido, ¿verdad? ¿Desde hace unos días no te hablo del mismo modo?

Sí, es cierto; desde hace unos días me siento reseca y árida como un

desierto cuyos espejismos se me han vuelto odiosos. Pero no temas nada, no es grave. Solo que he soñado en exceso desde que te fuiste, he deseado en exceso también, lo cual me ha vaciado de mi propia sustancia. Todo parece que se me escapa, todo parece perderse en una especie de carrera desenfrenada hacia lo impreciso y no sé qué abstracción, y me desespera sentirme tan vacía de alegría y de pena. Tu imagen me rehúye y con ella la vida, y me voy por ahí de la mañana a la noche buscando tu imagen querida como una sombra que buscara su cuerpo a través de extensiones inmensas y heladas.

Sí; la espera es difícil y agotadora. Estoy exhausta, eso es todo. No debe preocuparte.

Me considero incapaz de encontrar un título para tu libro de ensayos políticos. *Testimonios forzosos* me parece bien desde el punto de vista del concepto. Pero la palabra «forzosos» no acaba de convencerme. Resulta anodina.

Comparto por completo tu opinión sobre *El intercambio*. De hecho, tuve una larga conversación con Marcel [Herrand], que sostenía que era la mejor obra de Claudel.

Tampoco creo, en efecto, que Gorki sea un gran escritor.

Cómo entiendo que te soliviantes con M[ichel] y J[anine Gallimard]. Cuando me imagino teniendo que vivir con ellos mucho tiempo, toda la vida quizá, me dan vahídos.

Sí; he accedido a *Qui êtes-vous?* porque estaba harta, y ahora estoy arrepentida y enfadada. Voy a tener que decidirme de una vez a no dejar que me arrastren a estas cosas. Después de la grabación, cuando me dijeron que estaba pagado, me entraron como náuseas. ¿Curtis? Treinta y seis años. Físicamente, un hombre guapo de veintidós años. Discreto, tímido, cortés.

Profesor de inglés. Le gustan los efebos. Muy educado. Agradable, aunque un poco solemne.

No he dejado de hablar ni un solo día con todo el corazón y si no lo has notado es, sencillamente, porque ese día estaba un poco muerto.

Pero hoy, esta mañana, lo noto de nuevo latir tímidamente dentro de mí. Aún estoy en la cama. Fuera hace sol y todo mi cuarto resplandece.

Estás aquí, lleno de palabras de amor y de llamada y *¡por fin!* De nuevo en tu boca el canto de los «lentiscos y olivos».

No, cariño; no temas nada. Solo vivo para ti. Tan solo perdóname que no siempre esté viva. Apriétame contra ti, abrázame fuerte, fuerte. Coraje. Paciencia.

Escribe. Escribe, por favor te lo pido.

Te quiero. Te beso hasta el infinito. Hasta la noche.

M. V

142 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes, 3 de la tarde [23 de enero de 1950]

Anoche, después de trabajar, cena en la posada de por aquí (¡La Chèvre d'Or!), ante un buen fuego de leña. Conversación sobre la avaricia y la generosidad. Cena demasiado copiosa que me proporciona una noche atormentada. Pero, bueno, he dormido lo suficiente.

Esta mañana, gran sorpresa: la nieve. Ha estado cayendo toda la mañana sin parar, cubriendo de blanco los olivos, convirtiendo Cabris en un pueblecito navideño. En el jardín, delante de la casa, las rosas (¿te he dicho que aún quedan rosas tardías en el jardín?) estaban espolvoreadas de nieve.

En esa nieve tierna sobre esos tiernos pétalos había algo conmovedor. Decidí no salir de mi cuarto en todo el día. Mi cuarto huele bien a leña caliente. He trabajado toda la mañana, bastante mal, porque tenía la mente entumecida. Pero no resultaba desagradable. A las doce, correo, libros, periódicos y sobre todo tu carta.

Pobre amor mío, lo he sentido mucho por ti y por tu padre. Estoy convencido, sin embargo, de que ese suero, aunque no obre milagros, al menos le hará la vida soportable. Hay que seguir teniendo paciencia y, con algo de suerte, aún podrán quedarle unos cuantos años buenos por delante, en vez de esa vida inválida y esclavizada. Al menos tenme al tanto de todo lo que digan los médicos.

En cuanto a mí, no estoy tan pletórico como crees. A veces me dan crisis. Pero es cierto que tengo la impresión de estar mucho mejor físicamente y de haber encontrado por fin un clima que me sienta bien. También es cierto que este reposo continuo, el apetito que me ha vuelto casi por completo y la desaparición de buena parte del insomnio me van enderezando poco a poco.

De lo que se trata es de saber si podré trabajar. ¡En resumidas cuentas, he tardado casi un mes en redactar un triste prólogo! Pero tengo también la esperanza de haber cogido impulso y de que todo vaya mejor ahora.

También me gustaría mucho que descansaras. Llevas tres noches seguidas sintiéndote agotada. No seas insensata, te lo ruego, y vela por tu salud.

El cielo se ha despejado un poco. La nieve ha parado y empieza a derretirse. Mis rosas están desnudas y frescas, como si fueran de carne. Me siento como ellas esta tarde, quiero decir que noto mi sensibilidad en todo. Me gustaría estar en París, salir esta noche contigo, ver luces, locales tibios, mujeres bonitas, y tu media sonrisa. Te querría, no te lo diría, y tú harías psicología de farola. ¡Ay, amor mío, qué larga paciencia, qué tirón

interminable! Los regresos en la oscuridad, las tormentas que venían luego… qué lugar ocupan en mi corazón. Desde esta distancia lo calibro mejor todo, lo que cuenta y lo que no cuenta. Y, conocedor de lo que eres, de la fuerza y la plenitud de nuestro amor, tengo que resecarme aquí y besarte de lejos. Te beso en efecto, con todo mi corazón y mi amor, Maria querida. Y me pongo otra vez a esperarte, con obstinación.

A.

143 — María Casares a Albert Camus

Lunes por la noche [23 de enero de 1950]

Es la una de la madrugada. He pasado un día gélido. El frío persiste y, día tras día, se va apoderando de las paredes, de la madera, de las cortinas y hasta de los propios radiadores. ¿Cómo quieres que mi pobre cuerpecito, tan desatendido ya, pueda resistirlo? Me duele todo de tanto apretarme, de tanto encogerme. Es la primera vez que el hecho de interpretar un papel (¡y qué papel!) encima del escenario no me haga entrar del todo en calor. Si esto sigue así, no sé cómo voy a acabar. Siendo un punto, quizá; pero ¿te sientes capaz de querer a un punto?

¡Fíjate!

. yo a tu regreso.

¿Me quieres?

Te cuento todo esto, amor mío querido, porque de tanto en tanto hay que llamarte al orden un poquito. Te pasas los días en una comarca que está viva (¡ay, vivísima, según tu tarjeta postal!); allí respiras aire puro, te pierdes en

el cielo límpido, intuyes el mar, te bañas en el sol radiante y todas las mañanas te reencuentras con la sombra de tus «lentiscos y olivos». Y entonces se te olvida que existe un mundo cerrado, gris y frío. Se te olvida que yo me he quedado en ese mundo y que lo que me toca en este momento es un desierto de ruido, de gasolina y de esquinas humeantes. Porque hasta el mismísimo París ha desaparecido; me separa de él la vida que llevo, lo pronto que se hace de noche y, sobre todo (¡lo que más!), esa capa de hielo que se nos ha echado encima y que me vuelve sorda y ciega a todo cuanto me rodea. Imagíname, hecha un ovillo, tiritando, quejicosa, y dime sinceramente si no se me puede disculpar por carecer de bríos y de vitalidad.

Por otra parte, otro acontecimiento, que resulta más grave y que ya conozco de sobra (¡por desgracia!), ha venido a acabar por un tiempo (lo que tarde en acostumbrarme) con las reservas de energía que pudieran quedarme aún. Es tu ausencia. Porque, aunque parezca inverosímil, es solo ahora cuando empiezas a dejarme y te pierdo durante semanas eternas. Una vez más, me pasó lo mismo cuando te fuiste a América, dejo de verte con nitidez; tu rostro se emborrona en mi recuerdo y apenas conservo de ti algunas miradas, impulsos, una mano desplazándose, el movimiento de tus labios, una silueta que se acerca o que se aleja, todo ello al azar, sin que me resulte posible rememorarlo a voluntad y tampoco conservar la imagen por mucho tiempo o continuarla. Eso no puedo soportarlo con tranquilidad los primeros días y me sigue soliviantando y desesperando.

Pero, bueno, para acabar de una vez por todas con tus preocupaciones, añadiré lo siguiente: no olvides, amor mío querido, que desde que te fuiste no he dejado ni un segundo de trabajar ni de desvivirme y que, en cambio, tú te has quedado más o menos al margen del mundo, dueño absoluto de ti

mismo y de nosotros, y que es del todo imposible que, pasado un tiempo, podamos aún hablar en el mismo tono.

Me decías, antes de irte, que te asustaba regresar, que te daba miedo volver a mí mermado y un poco esterilizado, pero ya ves, cariño mío —ahora puedo decírtelo, porque, si te lo hubiera comentado entonces, te me habrías reído en las narices—, yo siempre he pensado y temido lo contrario. Soy yo a quien te encontrarás empobrecida; soy yo la que tendrá el alma enferma y el corazón frágil, soy yo la que ya no inspirará amor. Entonces ¿qué? ¿Me querrás?

¡Fíjate!



Aquí me tienes, perdida en esta cama inmensa, oculta bajo el peso de los abrigos y las mantas, sin poder moverme ni un centímetro por miedo a convertirme en un muñeco de hielo si me pongo al otro lado, donde aún no he llenado las sábanas de vida. Y así, noche tras noche. ¿Tú te crees que se puede vivir así? No; no lo crees, me comprendes, me quieres, me sonríes, me perdonas, llegas, tan calentito, tan duro, tan pesado, y la vida vuelve a empezar. ¡Mi amor querido!

Pero puede que vaya siendo hora de que deje de hacer el ganso y te cuente mi día.

Esta mañana no he hecho nada.

Almuerzo con papá.

El electricista ha venido para tirar dos tomas para los aparatos de radio. El médico n.º 3 ha venido para la inyección intravenosa.

Desde las dos y media hasta las cuatro y media, *Habanera*. ¡Ay, esta habanera, si tú supieras!

A las cinco. Tenía cita con unos periodistas americanos. Llegaron a las cinco y veinte. Mandé que les dijeran que se había hecho muy tarde y que ya no me daba tiempo a recibirlos. Lo sentí mucho, pero cada vez aguanto menos la grosería.

A las cinco y media llegó Pigaut. Estuvimos charlando y a las siete me llevó al teatro. Función. Poco público, pero tirando a malo. Daba la sensación de que habían enviado sus «fotos» y de que estábamos actuando delante de un telón pintado. En el V.º se espabilaron algo.

A la salida, fui al Souris a tomar una copa con Vinci[226] y un joven director de cine que me ha ofrecido rodar *Thérèse Desqueyroux*[227] en una adaptación que ha hecho el propio Mauriac. Luego volví a casa, cené otra vez, me desmaquillé y me encerré contigo en mi cuarto. Y ahora, a pasar la noche contigo.

¡Ay, ojalá fuera cierto! Hasta mañana por la mañana, cariño mío. Te beso… no sabes cuánto.

V.

Martes por la mañana [24 de enero de 1950]

Las diez. Acabo de desayunar. Aún estoy en la cama. A través del visillo, algo que recuerda al sol llega hasta a mí. Es un recuerdo algo paliducho y anémico; pero me basta para imaginarme la terraza a la sombra de los

lentiscos y uno o dos olivos. Estoy de buen humor, a pesar de la perspectiva de una tarde cargada de micrófonos, de polvo, de Claudel, de Shakespeare y de actores que habrían preferido dedicarse a otra cosa que no fuera la radio.

No he dormido bien. Tengo unas décimas, pero no es grave; sé de qué se trata.

El ebanista está serrando en el vestíbulo. Va a colocar una tabla encima del radiador para el teléfono. Yo estoy esperando tu carta y oigo con voluptuosidad los ruidos de la calle, el trajín de toda esa gente que circula alocadamente a través del frío. Porque no se ha ido. Sigue aquí, acechándome a la puerta de mi cuarto.

No importa: esta mañana me siento fuerte. Acabo de leer dos de las cartas que siempre llevo encima, pero que me permito consultar lo menos posible para preservar el efecto mágico y sanador que tienen sobre mí.

Son las diez. Debes de estar en medio de tus libros y tus notas. Ayer debiste de empezar a ocuparte en serio del ensayo y en este momento tu cara quizá sea la misma de la foto que tengo al lado.

¿Has tenido noticias de tu madre y de tus hijos?

¿Tienes que volver pronto al médico?

Yo sigo comiendo como tres. De hecho, he engordado un poco. Voy recuperando mis curvas, como diría Marcel.

Tengo ganas de playas cálidas, amor mío querido, es incluso un deseo imperioso. ¡Ay, deprisa, que llegue la vida!

Sigo con Proust; a veces me encanta, a veces me aburre y a veces me harta. Dime, cariño mío, ¿por casualidad no sería homosexual? A menudo escribe como una mujer, pero, más a menudo aún, como un marica. Pero, bueno, en conjunto me gusta leerlo. El estilo me hechiza del mismo modo que la música árabe y, no sé por qué, me sumerge en un ambiente que me

fue muy familiar durante toda mi infancia, un ambiente de lujo cálido y de ensoñación apacible. Obviamente, aún no he pasado del primer tomo.

Amor mío, son las once. Tengo que levantarme. Me hubiese gustado esperar tu carta para comentártela, pero hoy el correo se está haciendo esperar. Te la comentaré esta noche.

Te quiero. Ven conmigo. Acompáñame. Te quiero. Te espero. Te beso largo y tendido por todas partes. Hasta esta noche, mi amor hermoso. Que pases un buen día.

V.

144 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 3 de la tarde [24 de enero de 1950]

Hoy tenía una necesidad casi física de tu carta. Igual que se necesita una tabla a la que agarrarse. Por fortuna, ha resultado ser como la deseaba y se me ha caldeado el corazón al leerla. He pasado mala noche, insomne, y me he despertado de un humor espantoso, asqueado de todo y de mí, con el corazón alicaído, en fin… El día era oscuro y gélido. A esta tierra tan resplandeciente en la luz se le ponía pinta de suburbio parisino. Bajé a Grasse con Michel [Gallimard], que quería llevar el coche a arreglar. Fui a cortarme el pelo y luego nos volvimos para arriba. A medida que volvíamos sentía crecer la angustia. Me parecía que los días malos de Brasil iban a volver y que solamente tu presencia podía salvarme. Tu carta al menos me ha socorrido. Es dulce y acariciadora y me he dado cuenta de que era tu ternura lo que echaba de menos y lo que deseaba. Allí estaba y tuve un gran arrebato de gratitud y de amor que me proyectaba hacia ti.

Querría contarte también mi día desde ayer. Pero no hay nada que decir. Son los mismos días, que se arrastran despacio, uno tras otro, hacia esa meta lejana en la que no dejo de pensar. Sí, es duro esperar. Más duro aún esperar sin ser uno libre de ser el que es. No sé si entiendes bien lo difícil, lo odioso, lo agotador que me resulta vivir con reservas, no poder ser natural y despreocupado. No puedo serlo con F[rancine], que no lo es conmigo. Y sobre todas nuestras relaciones, las más elementales, se cierne un pesado silencio. En todos los demás ámbitos de mi vida, me he prohibido y he prohibido a los demás cualquier equívoco. Y en este, grave entre todos, vivo en el peor de los equívocos. Lo acepto y de ordinario lo soporto por nuestro amor. Pero hay horas, y días, sobre todo cuando las circunstancias me encierran en esta vida, en que me dan ganas de estallar, en que me digo: «Es necesario hablar, sea cual sea el precio». Cada vez que hago el esfuerzo de reprimir ese estallido, lo reprimo. Pero a costa de un tremendo cansancio del alma. Desde luego, no es sino un momento. Si te lo escribo es para que no ignores nada de mi amor, incluso cuando se solivianta. Así las cosas, solo este amor me mantiene en pie, me salva de todo y me hace vivir. ¡Ay, no me lo quites nunca! Y perdóname por infligirte estos malos humores y estos fantasmas. Me conmovían hasta hacerme llorar tus disculpas por la sequedad (relativa) de tus últimas cartas. Estaba seguro de tu amor y esa sequedad no me apenaba *por mí*, sino por ti, en quien pensaba con toda mi ternura. Sé cómo eres, no te atormentes para escribir más de lo que sientas. Si una noche el cansancio es demasiado grande, no escribas. Solo vivo de tus cartas, pero vivo sobre todo de tu vida. Ahora que vivimos en la certeza, me parece que nosotros al menos podremos ser naturales. Esa entrega total de un corazón a otro, esa plenitud sosegada del alma es, al menos, nuestra victoria y nuestra recompensa. Ya ves que nunca vacilo en hablar de lo que siento y solo puedo hacerlo porque

me has hecho descubrir una alegría desconocida, la de las raíces: las de la tierra común y las de la unión indisoluble. Ah, amor mío, no luches contra imágenes, vive, sé hermosa, escribe lo que tu corazón te dicte de ese momento, hay cosas de las que no volveré a dudar. Esta carta es algo triste. Pero notarás en ella, sin embargo, la alegría que me proporcionas y me parece, además, que habla sin tregua de mi amor. Te quiero, te espero. Escribe, cuenta, abre tu corazón entero. Y esperemos con confianza esa hora, esa noche, esa vida feliz y exultante por fin. Te beso, mi amor querido, hermosos ojos míos, viviente mía. ¡Ay, cuánto me gustaría quedarme dormido a tu lado…!

A.

145 — María Casares a Albert Camus

Martes por la noche [24 de enero de 1950]

Son las doce y media de la noche. Ahora estoy mejor, pero he pasado todo el día en ese estado de pesadez y vaguedad que suelen provocar las intoxicaciones. Y eso que no he comido nada que pudiera causarme ese efecto. Seguramente es consecuencia de la bajada brusca de la temperatura, que me ha pillado desprevenida.

Esta mañana he recibido tu carta del domingo por la tarde y he dejado que me arrastrara la espantosa agitación amorosa que tus palabras han desatado en mí. Sentaba bien; tan bien que, por un segundo, he creído que ya no iba a aguantar más nuestra separación. No temas, enseguida me he vuelto a aferrar a ti (a ti, una vez más) y a sacar de ahí fuerzas para esperarte con formalidad. Estoy segura de que si, de repente, me dieran la

posibilidad de conocer a todos los seres que existen en la Tierra, no encontraría a nadie que me diera al mismo tiempo el ánimo y la paciencia que con unos cuantos gritos eres capaz de darme tú.

Sí; estoy hecha para ti.

La tarde en la radio ha transcurrido lenta, triste, gris, pisando huevos. Entre los dos programas, de tres a cuatro, he quedado con Reynal, Herrand, y Paul Bernard en el bar François-Ier, donde me he tomado un café a ver si me espabilaba. Resultado mediocre. Grabación mala. ¡Qué se le va a hacer!

A las seis y media me fui al Souris. Me quedé hasta las siete y media; sola. Un plato de jamón crudo. Dos huevos con beicon. Queso. Pan en abundancia. Café. Una pareja se entregaba a las alegrías un poco tristes del amor —por abajo— a mi lado; ella me ha reconocido y hablaba y reía por mí. Insufrible. En frente, un jarrón enorme lleno de rosas rojas. Tú. Tu querido rostro. Y la ira dentro de mí. ¿Por qué estaban ahí esas rosas rojas? Eran bonitas, ¿sabes? Y decían a gritos «nosotros». He vuelto a verlo todo, pero esta vez con el corazón cargado de amor, de confianza y de esperanza. De buena gana me habría quedado allí, sentada, frente a ese hermoso ramo; pero tenía que actuar.

Un poco más de público que ayer y muy efusivo. Todos hemos actuado admirablemente bien. Daba gusto.

He vuelto a casa y he comido estofado de buey, sesos, queso, un plátano y una taza de café con leche, en el que he mojado rebanadas de pan con mantequilla. Ahíta, repuesta del malestar del día, un poco cansada, feliz gracias a ti, agitada por un deseo confuso y ardiente, aquí me tienes, brindad… ¿Quieres tomarme?

¡Ay, mi amor precioso! ¿Para cuándo tu hermosa mirada sobre mí? ¿Para cuándo tus frescos labios, para cuándo tu frente bajo mi mano y tus hombros y tus piernas y tu vientre? ¿Para cuándo el momento en que te

desearé por entero dentro de mí? ¿Para cuándo tu peso, de golpe excesivo? ¿Para cuándo, en fin, la paz, la maravillosa paz en tus brazos cálidos que se vuelven tiernos? ¡Oh, qué presente estás aquí esta noche, casi pegado a mí! ¡Y cuánto te añoro! ¡Qué contenta estoy y a la vez qué triste! ¡Qué satisfecha y anhelante me siento! ¡Agradecida y soliviantada! ¡Estoy sintiendo! ¡Sintiendo! ¡Sintiendo! Vivo por ti, únicamente por ti. Existo con una intensidad total, por ti, amor mío. Ya no sé en qué punto estoy y mi corazón, mi cuerpo, mi alma, todo está fundido y volcado en ti, en una llamada de pena y alegría inagotables. Abrázame fuerte; nunca me he sentido tan dispuesta, tan entregada a ti.

V.

Miércoles por la mañana [25 de enero de 1950]

Acabo de recibir ahora mismo tus cartas del lunes y el martes. Sí; cariño mío, esta paciencia es agotadora e imagino y comprendo muy bien tus conmociones, tus ahogos y ese silencio inmenso que planea en torno a ti y hasta en tus impulsos hacia un ser al que quieres y aprecias.

Gracias, cariño mío, gracias por abrirme tan generosamente tu corazón y esa parte de la vida que me estaría vedada si nuestro amor no fuera absoluto. Puedes hacerlo. La comprendo y la quiero también de una forma un poco temblorosa y con toda mi delicadeza.

Paciencia. Ánimo. Pronto ya no quedará nieve encima de las rosas y el sol suavizará esa lucha constante. En cuanto a lo demás, no sé. Por muchas vueltas y revueltas que le doy al problema, no veo nada. Pero de momento no te demores en él. Olvídalo todo, suéltate. Olvídame si fuera necesario en la medida en que puedas hacerlo. Sé lo más feliz posible. Trabaja y entrega todo cuanto sientas que puedes entregar. Yo siempre estaré a tu lado.

Hasta la noche, amor mío querido.

M.

146 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 4 de la tarde [25 de enero de 1950]

Está nevando desde ayer, amor mío querido, sin descanso. Hoy pensaba que el furgón que lleva el correo no iba a llegar hasta Cabris y que no tendría nada tuyo. Pero el cartero ha venido pese a todo, aunque con mucho retraso. ¡Y me dices que pasas frío, carambanito mío, y que envidias mi hermosa comarca inundada de sol! Pues no, el cielo es aquí de una guata muy fea, el valle está blanco y los olivos parecen fantasmas acatarrados. Cierto es que el invierno aquí es hermoso y que es horroroso en París. Cierto es que tu casa es una nevera absurda, mientras que esta casa crepita con hermosos fuegos claros. ¡Ay, qué felices seríamos aquí, incluso en invierno! ¡Entra en calor, copito de nieve mío! Ya me gustaría que te derritieras entre mis brazos. Hace un rato, la radio anunciaba ocho bajo cero en París. Y me ha entrado una cálida ternura, el deseo de hacerte entrar en calor y de protegerte, de decírtelo al menos, con todo mi corazón, como estoy haciendo aquí.

Esta mañana, después de haber trabajado un poco, me puse el calzado y el pantalón de esquí, un jersey de cuello cerrado y mi querida cazadora. Y me fui a pasear por la montaña, cruzando entre la nieve. El aire era punzante, la sangre me latía con fuerza y mi humor triste de ayer retrocedía poco a poco. Todo era blanco; y el silencio, maravilloso. He vuelto a tomar

buenas resoluciones; no hacer caso de nada que no seáis tú y mi trabajo, no dejar que nada me eche para atrás y gozar solo de ti y de mi trabajo, etc.

Volví guiñando los ojos por el resplandor de la nieve, con las mejillas frescas y un coraje nuevo en el corazón. Almorcé, leí mi Delacroix en la cama y esperé tu carta. Llegó, estoy feliz, contesto y luego me pongo a trabajar.

Así que te contesto: buenas noticias de Jean y de Catherine, que van al colegio. Es verdad que allí ven sobre todo cine y marionetas. ¡En mis tiempos…! Buenas noticias de mi madre. Mi hermano me escribe y me habla de ella y de su bondad: «Es como el pan. ¡Y qué pan!».

Iré al médico dentro de unos diez días y me harán una radiografía.

¡Pues claro! Proust era homosexual. Creía que lo sabías. Sigue. Ya me hablarás de esto largo y tendido.

Una mala noticia: George Orwell ha muerto. No sabes quién es. Un escritor inglés de gran talento, más o menos con la misma experiencia que yo (aunque me llevaba diez años) y exactamente con las mismas ideas. Llevaba años luchando contra la tuberculosis. Formaba parte de la pequeñísima cantidad de hombres con los que yo compartía algo. Pero dejemos esto.

Nieva más. No sé cómo apañármelas para que esta carta salga a tiempo. También sopla el viento. No se ve a tres metros. ¡Dios, qué fría debe de estar tu habitación! No te encojas demasiado. No desaparezcas del todo. No pases del punto. Cuando no seas más que un punto, te seguiré queriendo igual y te llevaré en el bolsillo. También te quiero en invierno, lo sabes de sobra, puesto que hemos tenido tan pocos veranos nuestros. Pero el verano, el de verdad, el que viviremos, volverá. Y nos hallará colmados de un amor siempre nuevo. Te abrazo, te caliento las manos contra mi pecho, te tapo entera. Hasta mañana, querida mía.

A.

147 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves, 3 de la tarde [26 de enero de 1950]

Acabo de recibir tu carta del martes-miércoles y me gustaría poder darle esta a Michel [Gallimard], que baja a Cannes. Me gustaría que mi respuesta te llegase antes que de costumbre y te dijera sin demora la cálida alegría que me ha dado tu carta, tu arrebato apasionado, tu amor, tu hermoso deseo. ¡Ay, imaginarte brindándote a mí y tener que quedarme aquí!

Ha dejado de nevar. Pero no hace bueno. El cielo está gris y el aire, cargado. Al menos es el deshielo, pero también el barrizal. No salgo de mi cuarto. Intento quedarme el mayor tiempo posible en la cama, trabajando y leyendo. Pero esta cama, este adocenamiento, esta falta de bríos… Bueno, creo que más bien necesitaría unas buenas caminatas, unas duchas frías y un trabajo lúcido.

¡Además, da lo mismo! Estás cerca de mí y me apoyas. Me comprendes, tengan el color que tengan mis cartas y mis días. Qué alegría y qué descanso siento ahora a tu lado. Siempre había carecido de esta seguridad de que me acepten, me quieran, me apoyen. Con ella soñaba a veces. Y en ella es donde encuentro ahora los días que preciso. Me parece que voy a poder vencer esta prolongada esterilidad en que había caído y que, adosándome a ti, voy a poder dejar que brote de nuevo toda esta vida profusa que me notaba por dentro. Por eso querría quitarme aquí de encima todo este trabajo que pertenece al tiempo de la esterilidad. Y volver a

empezar luego, en primavera, a vivir y a escribir *espontáneamente*, con osadía, con gusto. Amor mío, amor mío, cuánto no te deberé…

Cuando no pienso en eso, no pienso en nada. Son más bien ensoñaciones lo que tengo durante el día. Te imagino, te echo de menos. No disfruté lo suficiente de ti cuando te tenía pegada a mí. Me prometo desquites, viajo contigo, veo contigo cosas hermosas, te quiero de todas las formas. ¡Ay, esas ciudades desconocidas a las que llegamos de noche, en las que nos despertamos juntos y revueltos! Luego me echo una reprimenda y me fuerzo a trabajar en esas cosas que llamamos serias. Pero ¡lo que es serio es precisamente despertarme enroscado a tu alrededor!

Te quiero. Adiós, ardiente mía, querido amor mío, mi vida verdadera. Te espero, estallo de tanto esperarte y de tanto amarte. Bésame, como a veces, para despertarme por fin de este espantoso sueño que nunca se acaba. A.

148 — María Casares a Albert Camus

Jueves por la noche [26 de enero de 1950]

¡Ay, este pobre día que tanto esperaba! ¡Pobre día que había reservado para mí solita! ¡De qué forma tan triste ha transcurrido primero y tan tonta después!

Esta mañana, después de escribirte, estaba empezando a leer un guion de Maurice Clavel (muy malo, por cierto), cuando ¡resulta que aparece Paul Raffi! Se me había olvidado que venía. Se ha quedado conmigo una hora, pero soy incapaz de decir de qué ha hablado; no lo he escuchado ni un minuto seguido. Después de que se fuera, decidí seguir leyendo y me levanté a la una.

Aseo. Almuerzo con papá, que no está nada bien.

A las dos y media aparece Pierre Reynal. Hemos estado charlando media hora y luego se ha puesto manos a la obra, porque había venido a picotear en mis libros en busca de poemas para recitar. Yo encendí un buen fuego en la chimenea del salón y me senté delante de él. Estaba esperando tu carta.

A las cuatro supe que hoy no tendría carta. Me quedé delante del fuego hasta las seis. Omito mi estado de ánimo durante ese rato.

Luego, teatro. Hébertot fue a saludarme. Ya te contaré, puede que mañana, los detalles de la entrevista; esta noche no tengo ánimos para nada.

Función. Media entrada, pero público bueno y efusivo.

Vuelta a casa.

No estoy bien. Nada bien. No debería haberte escrito, pero pensé que el sábado quizá necesites una carta mía; ¡sé lo que es! Y si no envío ninguna antes de mañana a mediodía, no te quedará más remedio que esperar hasta el lunes.

Por eso te envío estas líneas. No quiero decir nada más; sería demasiado triste.

Mañana por la mañana intentaré añadir un poco de alegría, si estoy mejor. Pero incluso estando como estoy ahora, soy tuya, enteramente tuya.

Perdona, cariño mío. Te quiero.

M.

Viernes por la mañana [27 de enero de 1950]

Despertar difícil.

Fuera, apenas veo los tejados de las casas de enfrente. Hay una niebla opaca que se me antoja fría.

Nada en el primer reparto de correo. Espero el segundo. Ayer se me

olvidó preguntarte si conoces a Fromont[228] y qué te parece para sustituir a Serge [Reggiani]. Hébertot me ha pedido que le dé pie y le diga con franqueza qué opino. De hecho, el amo en persona va a escribirte. Por cierto, ¿por qué cuando le preguntamos la recaudación nos dice la cantidad neta, en lugar de la cantidad bruta? Menos mal que está la Sociedad de Autores para informarse. ¡Es un personaje curiosísimo!

Y ya está. Estoy esperando. Me siento desierta y me paso el rato luchando desesperadamente para aferrarme a cualquier imagen, a cualquier recoveco de los sentimientos y notar que me late el corazón; pero, por desgracia, esta densa niebla amarilla y gélida que oscurece el cielo parece querer ocupar también mi alma.

¡Tu calidez! ¡Tu luz, deprisa! Te quiero.

M.

149 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Viernes por la mañana [27 de enero de 1950]

Cariño:

Acabo de recibir tus dos cartas juntas, tus dos cartas tan buenas. No quiero dejar que salga el correo sin contarte cómo la alegría y la paz han vuelto a mí.

¡Ay, amor mío! Nunca he sabido lo que eran los celos. Me lo has enseñado tú.

Nunca había conocido el odio. Ahora odio la ausencia, con todas mis fuerzas.

Ya ves, cuando me quedo un día entero sin ti, ya no veo nada, ya no me

reconozco, y de pronto me parece imposible que los días de felicidad, que parecen haber sido un sueño, regresen de nuevo. ¡Ay, qué brumazón asquerosa es este estado turbio, descolorido y sin relieve! ¿Para cuándo las formas y la luz deslumbrantes?

Falta mucho. Falta mucho. Falta mucho. Me ahogo. Solo tus cartas marcan el día con un atisbo de vida. Escribe. Quiéreme. Dímelo todo. Cuenta. Te quiero. Te quiero en el frío, en el calor que me aportas, en las alegrías y en las penas, esta brumazón incluso en la que me sume tu alejamiento.

Te quiero y te mando un beso largo, muy largo y profundo.

M
V

150 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 4 de la tarde [27 de enero de 1950]

Un mal día. El tiempo está gris y frío, y yo estoy de un humor horroroso. No de forma gratuita, sino por razones concretas. Creo que le voy a soltar de una maldita vez mi dimisión a la editorial Gallimard. La historia, naturalmente, es una idiotez, pero me parece sintomática. Hace dos años hice que se aceptase el manuscrito de un exsurrealista[229] que vive en Céret, en los Pirineos Orientales. El libro (recuerdos del surrealismo) no era rompedor, pero era decente e interesante. Debido a las dificultades editoriales de entonces, la editorial se queda con el manuscrito, pero sin compromiso de fecha. Lo conservan durante dos años y luego, sin decirme

nada, le escriben que renuncian a él, siendo así que podría haber probado suerte con otros editores si no le hubieran prometido nada. El autor, que tiene su dignidad, me escribe hace quince días. Escribo a Gallimard, que me contesta, sin disculparse siquiera, que no puede actuar de otro modo. Me parece que es una grosería clarísima. Ya le aceptaba demasiadas cosas por amistad y no estoy de humor paciente. Esperaré a que Michel se haya ido para no mezclarlo en esto y también para no discutir con él y les escribiré lo que opino. Estaba digiriendo el enfado y esperaba consolarme con tu carta (que dejo para el final, naturalmente). Y me he cogido otra rabieta, pero en esta ocasión con correos. En efecto, te he escrito todos los días sin parar desde que llegué aquí y no entiendo nada de este día sin una carta. Pero naturalmente puede haber mil explicaciones, menos la que has escogido. Mis cartas se echan en Cannes, en Grasse o aquí. Tienen que tardar cuarenta y ocho horas. Si recibes dos a un tiempo es que una ha corrido más y debes contar con que no haya ninguna al día siguiente. Por no hablar de la nieve, los caprichos de los furgones o las distracciones del cartero. Todo es posible, en fin, menos la falta de amor, o la locura, o una crisis grave.

¡Ay, mi amor querido, cuánto querría que fueras sensata! Por supuesto, sé muy bien lo que es un día sin carta. También sé que mi carta anterior era triste. Pero, a ver, te cuento los días tal y como vienen, no puedo escribirte con un optimismo de encargo. Por lo demás, no te he escrito nada que no supieras ya, y sabes bien desde hace tiempo que este equívoco en que me asfixio, estas restricciones mentales perpetuas me desgarran la mejor parte de mí mismo. El resto, la parte peor, se las apañaría muy bien con ello, se las apaña. Pero, desde que estás ahí, vivo para la parte mejor. Así que déjame hablarte ciegamente, con torpeza, si viene a mano, pero con mi corazón entero. Lo esencial es que no tema que mis cartas te duelan o te angustien. Aún nos quedan dos meses por sufrir por esta ausencia.

Ayudémonos. Cuando ha bajado el tono de tus cartas, lo he notado, me sentí algo desdichado, pero entendí también que me alegraba al comprobar, al mismo tiempo, mi confianza. Puesto que he decidido escribir como pienso, como siento, nada puedo ocultarte. Incluso si sintiera que el amor se retiraba de mí, te lo escribiría y te diría que me salvaras de esa sequía. ¿Qué pasa, pues? ¿Qué temes ahora? Nada, ¿verdad? Pues bésame, déjame abrazarte, espabilarte un poco y baquetearte mucho. Entrégate ya de una vez y te despertarás en mis brazos para esta ternura, que añoro tanto que me entran ganas de llorar. Te quiero, estoy cerca de ti, soporto con todo el ánimo que me queda una separación que me duele hasta el alma. Esas son tus certezas; en lo demás, perdóname mis días malos, perdóname que te los cuente: a veces está uno muy solo en esta casa tan llena. Te beso con todo mi corazón.

A.

151 — María Casares a Albert Camus

Sábado por la mañana [28 de enero de 1950]

Son las diez. Acabo de despertarme y estoy recién desayunada. Fuera… ¡huy! Cariño, si vieras ese exterior amarillo grisáceo… ¡Prefiero no mirar!

Ayer no hice nada del otro mundo, a pesar de tener planes que no me desagradaban del todo.

Por la tarde, a las cuatro, me tocaba radio, y por la noche, después de cenar, pensaba pasar un rato en el Iberia con Reynal y Jean Serge.[230] Tus cartas habían disipado todas mis penas y tenía ganas de música, de luces y de ropa bonita.

Me emperifollé como si fuera a una gala, pero ¡ay!, Jean Serge tuvo que acudir a la Maternidad para el parto de su hermana y, como Pierre y yo somos demasiado pobres para ir por ahí, nos quedamos en casa. Así que cené con mi padre, que se burlaba cariñosamente de mí por tener que desarreglarme, Pierre vino a reunirse conmigo y estuvimos escuchando música hasta la medianoche. Fue muy agradable y no me importó nada no ir al Iberia.

Luego estuve leyendo hasta muy tarde.

Esta mañana aún estoy engurruñada de sueño, así que perdona si esta carta todavía no se ha quitado las legañas.

Lo único que ya está vivo en mí, un poco lánguida aún, eres tú.

Tengo a mi lado la revista *Esprit*[231] esperándome y tus cartas ardientes de nieve.

Se está bien en mi cuarto. Calentita. Pero tengo morriña, amor mío; una tremenda morriña de ti. Intento ser valiente, aprovechar este periodo de ausencia para prepararme para ti, pero después de esos dos meses eternos en América y estando tan recientes aún, este esfuerzo ya no me parece aceptable y me siento incapaz de disfrutar de algunas alegrías de las que sí disfrutaba entonces.

Quiéreme. Dime qué más tengo que hacer para esperar pacientemente y no sucumbir a la morriña. Aconséjame. Te quiero. Te dejo, estoy muy tonta, esta mañana; solo tengo ganas de enroscarme a tu alrededor y de callarme. Que pases un buen domingo, amor mío querido.

Te quiero. Te quiero. Te quiero.

V.

Sábado, 3 de la tarde [28 de enero de 1950]

Bueno. Tu carta me tranquiliza. Es lo que yo pensaba, por lo demás. El mal tiempo ha debido de retrasar una de mis cartas y recibiste dos juntas. Así que me calmo al tiempo que te calmas tú. Pero sigo de un humor malísimo. La vida aquí me exaspera. Hay una competición para ver quién es más soso y más incoloro. En la «vida social», es a mí quien le toca, pues, esforzarse. Pero, como es natural, también me apetece que me animen, que me hagan reír, que me cuenten cosas, uno no puede estar poniendo de su parte todo el tiempo. El resultado es que cada vez salgo menos de mi cuarto. Intento trabajar allí. Mal, claro. Me consumo. Tengo ganas de montar números. Me exaspero a mí mismo. En fin, todo esto no conduce a nada. Hablemos de otra cosa.

¿Fromont? Es un actor regular que no puede interpretar a Kaliáyev. Ni siquiera merece la pena que el amo se moleste en escribirme. No lo quiero. ¿Te has informado sobre el Torrens ese? ¡TORRENS! ¿El que hacía de Casio en *Otelo* en Le Vieux-Pigeonnier?[232] A lo mejor sería posible oírlo. ¿Seguro que Gérard no querría? Hay una pequeña parte de él que está por encima de esas historias de poca monta. ¿Y Pellegrin?[233] ¿Has pensado en Pitoëff[234] para ese papel?

Ya veo que Jouvet[235] se ha pegado un batacazo con *Tartufo*. Pero los mismos que se indignan con que el parlamento del alguacil se le adjudique a un tribunal (¡idea realmente estrafalaria!) aplaudían el *Don Juan* que contenía la colección de contrasentidos más admirable de la que tengo noticia.[236] Así que Jouvet pensó que había dado con algo. La verdad es que este actor, al que califican de inteligente, es todo menos inteligente. Es ocurrente y astuto, que no es lo mismo. Es un Scapin que ha triunfado.[237] Esta es la única clase de éxito que gusta y que se entiende en Francia. ¡Ay,

mi buen Dullin, que al menos interpretaba *El avaro*, y a la perfección, sin cambiar una línea! ¡A él no se le habría ocurrido añadirle desenlaces a Molière! Pero ¡esas *vedettes* viven de la altanería! ¡Tratan a Molière de tú a tú! Yo, cuando pienso en Molière, me avergüenzo. Me avergüenzo de escribir lo que escribo. Menos mal que no asistí a la representación. ¡Habría soltado espumarajos! ¡Como la noche de *Don Juan*!

Otra buena noticia. Mi hermano está enfermo, adelgaza a ojos vistas: ¡cincuenta kilos! Lo habían operado de una úlcera. Pero no ha recuperado peso. Lo he invitado a que venga a descansar un mes aquí. Está visto que somos una familia de mala calidad.

He recibido una carta estupenda de Paulo.[238] Él por lo menos está vivo y tiene gracia. Él también va a dejarlo. Me pregunto quién lo va a sustituir. ¿A la duquesa no le ha salido una película por casualidad? Pero no caerá esa breva.

Ya ves, no estoy muy ameno. Pero es verdad que el tiempo también pone de su parte y que el final de este mes no acaba de llegar nunca. ¡Dos meses aún! Sí, es agotador. Pero lo único que podemos hacer es querernos, apoyarnos como podamos y trabajar, tener esperanza… Perdóname por estar mal humorado y gruñón. Ahora sabes que no puedo vivir ni sin ti ni fuera de ti. Sé paciente y valerosa. Prepárate para la primavera, entonces caeré sobre ti y no tendrás ya sosiego. Te beso con rabia, mi amor querido, codiciado, esperado… Escribe.

A.

153 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo, 5 de la tarde [29 de enero de 1950]

Mi opinión es que habría que tachar de la semana los domingos. Este no ha ido mal del todo. Pero está vacío y suena a hueco. Algo le falta. Todos los días sin ti están resquebrajados.

Me acosté ayer de mal humor, como ya te lo habrá hecho intuir mi carta. Y eso que había trabajado por la tarde. Durante la cena, M[ichel] me anunció que se quedaban hasta el 20 de febrero. Me enfadé conmigo mismo por haber reaccionado mal en mi fuero interno. Pero es que necesito soledad.

Esta mañana, el cielo volvía a estar deslumbrante. Tan deslumbrante que, después de lavarme y vestirme, me he ido a la montaña yo solo. Rocas blancas, soledades, luz, por fin respiraba. He estado caminando más de una hora, toda la montaña era mía. Podría haber sido nuestra. Y, como siempre, la hermosura árida de esta comarca me excitaba mientras pensaba en nosotros.

Me he echado después de almorzar con un vacío absoluto en el corazón. Pensaba que el camino era largo hasta el 20 de febrero y que luego aún quedaría un mes. Desfallecía al pensarlo.

He dormido. Y me he despertado con un regusto amargo. Para sacudirme ese ahogo he propuesto que fuéramos a cenar esa noche a Cannes. ¡De repente me apetecían la gente y las luces! Creo que eso es lo que vamos a hacer, y podré echar esta carta.

Amor mío querido, lejana mía, creo que en este momento te necesito de verdad. Escríbeme como tú sabes hacerlo a veces, devuélveme esta vida que se me escapa ahora mismo. Si hiciera lo que me pide el cuerpo, no volvería a salir de la cama y me quedaría acostado, perdiendo el tiempo en bobas ensoñaciones. Pero ejercito la voluntad. Me levanto, trabajo, me paseo. He decidido de pronto dejar de fumar y llevo dos días sin encender un cigarrillo. Durará lo que dure, claro. Pero todos estos bonitos ejercicios, y

su éxito, los cambiaría de buena gana por una hora de despreocupación a tu lado.

Esta noche se ha nublado, mañana nos faltará la luz. Pero al menos te leeré. ¡Qué hambre tengo de ti! ¡Qué espanto todas estas palabras acumuladas a diario! Dónde están los brazos, la piel, tu sabor, y tú, trémula… dónde están los paseos al caer la tarde por el campo, y tu pierna pegada a la mía… ¡Me esperas al menos, no estás desanimada ni cobarde! Perdona, amor mío querido, luz negra mía, mujer mía. Te quiero y me agoto esperándote. Pero te quiero y la espera recibirá su recompensa. Escríbeme. ¡Piensa que te quiero sin descanso, bríndate a mí para que te bese sin miramientos, vorazmente! Ay, mi querido queridísimo amor, ya noto tu calor y tu peso…

A.

154 — María Casares a Albert Camus

Domingo por la mañana [29 de enero de 1950]

Son las diez. Aún estoy en la cama.

Estoy escuchando música y parloteando contigo. ¿Contigo? Por desgracia, no. Ha llegado el momento del largo monólogo que tanto temía. ¿Soy un monstruo, querido amor mío, o todos nosotros tenemos derecho a esa porción inimaginable de capacidad para olvidar?

Ahora te has ido de mis ojos, de mis manos, de mi boca. Ahora te has desgajado de mí, desde hace una eternidad de días, dejándome incompleta y mutilada para las próximas e interminables semanas. Me quedan al menos tus cartas, que son casi un remedo tuyo y casi te devuelven a mí

colocándote de nuevo en el lugar que te corresponde; pero cuando me faltan —como ayer y hoy— te me escapas irremediablemente y dejas en todo mi ser una carencia en la que solo puedo volcarme desesperada, un vacío que nada puede colmar y tras el cual te intuyo. Y entonces llega la morriña, la espantosa morriña. Helada, ajena a todo y a mí misma, trato de dedicar todas mis fuerzas y toda mi energía a recuperar tu imagen y con ella las alegrías que me traes, el dolor, y esa nostalgia maravillosa que a veces es el fruto de nuestra separación. Pero ¡ay! Esta vez la ausencia se ha renovado demasiado pronto, y también se está prolongando demasiado y resulta que últimamente me ha tocado sentir demasiado, vivir con excesiva intensidad; puede que sea eso o el cansancio que tengo encima, y una especie de pereza en el corazón y en el alma, no lo sé; de lo que sí estoy segura es de que a menudo mis esfuerzos resultan vanos, que algo dentro de mí se niega a vivir fuera de tu presencia para bien y para mal, y que estos últimos días el único deseo que no me abandona es el de dormir sin interrupción hasta que vuelvas, el deseo de olvidarme por completo de mí misma hasta que regreses para darme de nuevo una existencia real, el deseo, en definitiva, de una noche que se prolongue hasta la mañana en que tu calor recobrado otra vez venga a despertarme.

¿Lo entiendes, cariño mío? ¿Comprendes este estado inanimado, este prolongado arrebato estéril, este replegarme en el vacío, este esfuerzo constante y constantemente renovado para no sucumbir a la dejadez?

¡Calla! ¡Ay, cariño! Tu radio. Está cantando. Me llama al orden. ¡Amor mío! *La Vie en rose!*

¡Estás aquí! Estás aquí, vivito y coleando, sentado junto a mí al revolver de esa frase que canta. ¡Tus hermosos ojos claros sobre mí! Amor mío. Amor mío. Tu mano pálida moviéndose para exigir la mía.

Larare Carare! Es ahí donde me estabas esperando esta mañana.

¡Cariño! ¡Vida mía! Todos los tú a los que conozco también de pronto se agolpan a mi alrededor y ya no sé con qué quedarme, qué conservar dentro de mí, si esa mirada clara y directa, si esas tres arruguitas suplicantes del entrecejo, si esa mano que me llama, si ese labio que tengo ganas de tocar, si, si…

¡Ay, tú, amor mío!

¡Anda! Un rayo de sol tímido encima del silloncito de flores —¡definitivamente, esta mañana no me falta de nada!—. ¡Y tú! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es de tu vida? Nada tuyo, amor mío, desde el viernes por la mañana. Nada. ¿En qué piensas? ¿Sigue nevando?

¿Los olivos siguen disfrazados de fantasmas?

Nada; no sé nada y el largo día de ayer me lo pasé esperando hasta las once, hasta las cuatro. Luego desde la tarde hasta hoy y mañana. No he salido. Reynal vino a verme y luego, Pigaut. Después me fui al teatro; no me apetecía actuar. Por suerte, Lucienne Bogaert[239] estaba en la sala y eso me ha dado un empujón. He actuado de maravilla. No sé qué le habrá parecido a ella. No vino a verme (1) —no sé si es que está distante conmigo— y, por delicadeza, no fui al Souris porque sabía que estaría allí con Guy Desmarets y con el AMO.

Volví a casa y estuve leyendo hasta altas horas de la noche. Inerte.

Hoy toca función de tarde y de noche, y, entre una y otra, visita de Bleynie, que me ha pedido que quedemos; creo que sé de qué se trata.

Este es el día que me espera. Pero se hace tarde. Tengo que levantarme. Hasta la noche, amor mío. Que pases un buen domingo. Cuánto te quiero.

V.

(1) Estoy releyendo. Ya me he enterado de que al final del tercer acto su cara estaba cubierta de lágrimas.

Por la noche [29 de enero de 1950]

¡Pues sí! Tuve que levantarme. Mejor hubiera sido que me quedase en la cama hasta medianoche y renunciara a este día, por mucho que hubiera empezado con *La Vie en rose* y un rayo de sol.

No podría decirte exactamente lo que, poco a poco, me ha conducido hasta esta melaza opaca y pringosa en la que forcejeo esta noche.

Ya de entrada, cuando llegué al teatro, me sentía nerviosa. Una discusión por teléfono con Pitou, que ahora se dedica a ejercer la caridad y a dar buenos consejos de viva voz, y que, como siga así, va a conseguir asquearme de todos los buenos sentimientos, no contribuyó a mejorar las cosas. Todo el tiempo que duraron los tres primeros actos me lo pasé conteniendo un ataque de risa tonta que no podía evitar y que me dejó agarrotada, disgustada y tremendamente cansada después de la función.

Luego, Bleynie con Jean Genet[240] y Nico [Datier] al completo, para mejorar mi disposición. Habían asistido a la función; me lo contaron y luego se fueron todos menos Bleynie, que se quedó conmigo. Conversación. Se trataba de lo que yo suponía. Necesita dinero y quiere pedírmelo; pero, como no se atreve a hacerlo de cara, se las ha apañado de tal forma que

1. me da más besos de los que debería;

2. complica las cosas y las embarulla hasta tal punto que me genera una incomodidad, unas dudas y un malestar que me desagradan.

Me ha explicado y propuesto unas combinaciones complicadísimas de las que no he entendido nada y ante las que pronto me he sentido impotente, indefensa y, sobre todo —y eso es lo más grave y lo que menos gusta—, recelosa. Lo que me pedía, en definitiva, era que le firmase unas letras de 50.000 francos de pago mensual, pero que yo no le pagaría, porque sería él el que las abonase sobre la marcha. Le pregunté que, en tal caso, para qué

quería esos pedazos de papel y me explicó no sé qué enredos de hombre de negocios. Entonces recurrí a toda la sabiduría gallega que aún me queda y le dije que, si le firmaba las letras, le pagaría el importe adeudado el día de vencimiento de cada recibo. Añadí que no me gustaba dejar papeles rodando por ahí y que no había ninguna razón para que se pagara él mismo el dinero que le debo.

Creo que era lo mejor que podía hacer. En adelante, la cuestión será encontrar, durante doce o trece meses, los 50.000 francos que tengo que darle. Eso no me preocupa demasiado, y, a fin de cuentas, prefiero con mucho que esa deuda se haga oficial.

En fin, como me conoces, podrás imaginarte con qué humor y con qué estado de ánimo me dejó este encuentro tan ameno. ¡Huy, por cierto! Me ha dicho que a través de Pagliero se había enterado de que había dejado mi piso para irme a vivir a uno mayor en la plaza de Saint-Michel.

Pero dejemos el tema, y ese mundillo y su podredumbre.

Después cené con Bouquet y su mujer, Pommier, Paulo [Œttly] y su contrafigura. Paulo nos estuvo contando la Primera Guerra Mundial. Hacía calor; el aire apestaba a humo y los cadáveres y las medallas militares se mezclaban con el alcuzcuz y el arroz a la española, que les chiflan a Œttly y a su contrafigura.

Yo estaba cada vez más agobiada y notaba que les estaba contagiando mi estado de ánimo a Jean [Pommier] y Michel [Bouquet]; la función de noche solo sirvió para arrojarnos a ese precipicio. Actuamos bien, pero ¡¡¡a costa de qué nervios!!! De vuelta a casa, apretujados al fondo de un taxi gélido, tomamos conciencia de lo bien que estamos en ese teatro, juntos e interpretando una de esas obras maestras que quizá no tengamos la suerte de volver a interpretar en toda la vida; nos imaginamos la última función y

nos apretujamos un poquito más. Es el único momento bueno que he pasado en todo el día desde por la mañana.

He cenado en la cama escuchando un cuarteto de Beethoven. Es ahora la una menos cuarto.

¡Ay, cariño, ven pronto a socorrerme! ¡Tus cartas! ¡Tus reflexiones! ¡Tu impulso! Me siento muy pequeñita y muy sola. Ven a apoyarme y a defenderme un poco

M.

Lunes por la mañana [30 de enero de 1950]

Acabo de recibir —*como ya me lo esperaba*— tus dos cartas del viernes y el sábado.

¡Ay, querido y dulce amor, aterciopelado mío, mi tierno amigo, cuán dulces resultan vuestras palabras y cuán apaciguador vuestro ánimo! Pero ¡qué caramba, me estás echando la bronca! ¡Desde por la mañana temprano! ¿Me echas la bronca desde el principio hasta el final? Y porque tímidamente me he imaginado todas las posibles causas para la ausencia de una carta, osas decirme que cuando «ha bajado el tono [de mis cartas] me escribías entendiéndome» y conservando tu confianza intacta. ¡Vaya! Me entran ganas de reenviarte lo que me dijiste entonces, para que compruebes que tu confianza era profundísima y que no llegaba hasta el papel.

Y ahora te contesto a lo más urgente. He visto por encima a Fromont. No lo he oído en el escenario, pero, solo con verlo, he decidido descartarlo. En efecto, está descartado.

No conozco a Torrens; que le hagan una prueba y listo; pero conozco a un muchacho, [Levraie] que no acaba de ser el personaje —demasiado

fornido, un poco mazacote para el primer acto—, que tiene talento, estilo, que no es «marica» y que interpretaría muy bien el 2, el 3 y el 4.

¿Pellegrin? No da el tipo del personaje y ni siquiera tiene suficiente fuerza para hacerlo hasta el final.

¿Pitoëff? ¡Estás loco! ¿A qué viene de repente un Yanek antipático?

¿Paulo se va? ¿Cuándo?

No podría estar más de acuerdo contigo en lo de Jouvet; pero, como siempre en estos casos me lo han echado tantas veces en cara, ahora, cuando de repente alguien se pone de mi lado, me entran unas tremendas ganas de defenderlo y de opinar que casi tiene talento. Un jesuita de baja estofa, eso me parece que es.

¿Qué le pasa exactamente a tu hermano? ¿Al final se va a reunir contigo?

Comprendo —¡no sabes cuánto!— que te ahogues en una casa apartada donde tienes delante miradas tan desbordantes de vida como las de M[ichel] y J[anine Gallimard]. Seguro que incluso a la propia F[rancine] le afecta; a mí me bastaría con pasar una semana con ellos a todas horas para notar que me desaparecía cualquier vestigio de vitalidad. Estoy deseando que vuelvan a París. Estoy segura de que recuperarás la tranquilidad, algunas alegrías que empañan con su pálida presencia y con sus tristes gorjeos, el gusto por el trabajo, y de que a solas con F[rancine] podréis vivir de nuevo esa vida sin relaciones sociales y en calma. ¿Tus hijos y tu madre no van a ir? Algún que otro grito, un poco de desorden, unos ojos risueños, una rencilla, lo que es la vida, vaya, eso es lo que necesitas ahora que ya no te agobia el cansancio físico.

Bueno. Seguiré esta noche. Tengo que darle esta carta a Ángeles para que la eche al correo antes de las doce del mediodía.

Gracias, cariño, por la regañina. Me has reconciliado con la vida. Te beso en las tres arrugas que me imagino estrujándose entre sí, en tus bonitos

labios fruncidos, en los ojos tormentosos y en la punta de la nariz, que es la que desmiente todo lo que quieren decirme los demás. Hasta la noche, hermoso amor mío.

Es curioso cómo suelen entrarme ganas reír cuando te enfadas.

V.

No te precipites con el asunto de Gallimard. Son todos iguales. Haz lo que te parezca, pero no te enfades tú solo.

155 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 4 de la tarde [30 de enero de 1950]

Anoche, como te lo había anunciado, fuimos a cenar a Cannes. Pero, cansado de vivir entre almas muertas, fui a buscar a Dolorès Vanetti,[241] que está en Cannes en este momento. Te hablé de ella; vive, cuando puede, con Sartre y se fue de América para estar con él. Por ahora lo está esperando en Cannes, donde vive sola. Es alguien que me cae muy bien, algo así como una criollita que habla a toda velocidad una jerga francesa inimitable. Tras una apariencia cínica, una sensibilidad en carne viva. Fuimos a cenar a Antibes. Dolo (así es como la llaman) me hizo reír, me divirtió y me conmovió. En resumidas cuentas, una viviente. Volvimos bastante tarde, después de tomar dos whiskies en su casa oyendo discos. Como está sola y triste (pese a las apariencias), voy a ir a buscarla de vez en cuando y hará entrar aquí una corriente de vida.

Esta mañana me he despertado con dolor de cabeza. He pensado que me

estoy volviendo un debilucho. El tiempo estaba mudable. Pero esperaba tu carta y me alegraba de haber vuelto a dejar atrás un domingo. Llegó tu carta. En realidad, una cartita de nada. ¿Por qué no me escribiste el viernes por la noche? Siempre cuento con esa velada de la que me dices, como quien no quiere la cosa, que te deja tiempo para desfogarte. Pero también entiendo muy bien que es la velada en que la maquinaria, demasiado forzada los demás días, se detiene. ¡Y, además, intuyo que luchas, que la morriña gana terreno y, con ella, el vacío, la sequía, un hielo tristón! ¿Cómo no sucumbir a la morriña? ¡Ay, no lo sé, pobre amor mío! Estoy dispuesto a ayudarte. Lo hago. Lo hago a diario y hablo, hablo incluso cuando me apetece mandarlo todo a paseo y acostarme para dormir hasta la primavera. Pero sé que hay que estar ahí, que el amor a veces lucha penosamente consigo mismo y que un silencio de un día hace el daño de una semana. Así que te repito aquí, amor mío, amor mío, amor mío… Resiste, sé fuerte. No sucumbas a nada. Yo tiendo ciegamente hacia la meta, lejana aún. Cuando me llega una debilidad, repito tu nombre y la debilidad se va. Estoy triste contigo, furioso ante ti. Las pocas alegrías que tengo son las tuyas. Eso es cuanto soy, todo cuanto puedo decirte. Pero es que estoy solo y apartado de la vida. Tu caso es algo diferente. Relájate. Si el amor en ti se vuelve mudo, no fuerces nada. Vive según lo que te apetezca, sal, lee, duerme. Lo esencial es que me preserves en lo hondo de ti. Si no tienes ganas de escribir, déjalo, las palabras y los gritos volverán a fluir más adelante.

¡Qué decir que te cuente mejor mi amor, lo que me apeno por ti, la preocupación y la tristeza en que yo también vivo! Te quiero y espero sin paciencia. Te quiero y me desespero por estos días perdidos sin regreso. Pero espero, eso es seguro. Hasta pronto, mi niña querida. Besos, ¡quiéreme!

A.

Lunes por la noche [30 de enero de 1950]

¡Ay, mi amor hermoso, si me vieras! ¡Si estuvieras aquí para verme! ¡Si pudieras siquiera imaginarte, oh Tristán, a tu Isolda en este momento!

Desfallecida por un dolor de tripa que me tiene partida en dos, con el estómago revuelto a causa de una ración un poco abundante de albóndigas de carne bien sazonadas, contorsionada por el frío que sigue haciendo y, por último —¡qué gran pesar!—, aquejada de una especie de orzuelo que me tiene cerrado el ojo derecho y me gratifica con unos dolores de cabeza que me encantaría olvidar.

Porque desde esta mañana me han pasado un montón de cosas, puede que algún dios bueno quiera amenizarme la vida y le parezca que carece de suficientes acontecimientos externos. Comí las albóndigas a mediodía y, desde entonces, no he podido probar bocado, a estas horas —la una de la madrugada— sigo comiéndome las albóndigas, que es como si quisieran alimentarme el resto de mi vida. Por la tarde —puede que por afinidad— estuve leyendo *Les Menstrues*, una obra de teatro en tres actos que me ha pasado Pierre Boulez; empezó a rondarme la tripita cierta nostalgia, luego se quedó allí, con el tiempo se convirtió en congoja y, por último, en profundo dolor. No he tenido el placer de asistir a estas metamorfosis porque tenía la mente ocupada con otra cosa y había concentrado toda mi atención en el párpado derecho. Me daba tirones, se volvía curiosamente pesado, me punzaba y se inflaba más, y más, y más. ¡Ay, ay, ay!

¿Será un orzuelo? ¿Un pasmo? ¿Un furúnculo? ¿Un tumor? ¡Mi cerebro! Si esto al final acaba en tumor cerebral, ataque de nervios y toda la pesca.

Esta noche, después de un día de torturas, he actuado en estas

condiciones. ¡¡¡Y lo he hecho bien!!! Pero, Dios mío, qué molesto era y cómo me dolía todo.

Al acabar la función, Pomme fue a buscarme un taxi y volví a casa, con el ojo derecho tapado para no coger frío. Compresas calientes en la tripa, en el ojo, por todas partes. ¿Qué más se puede hacer? Ángeles dice que un saquito de harina encima del ojo durante la noche es mano de santo. Pues ¡dicho y hecho! Hay que probarlo todo. Y aquí me tienes acostada, con una bolsa de agua caliente en la tripa, un saquito de harina en el ojo y la cabeza envuelta con un vendaje para sujetar la harina, intentado escribirte unas líneas.

Espero que hayas comprendido en qué estado tan penoso me encuentro, que me compadezcas, que me adores, que me beses muy muy fuerte y con cariño, y que me perdones desde ya esta descabellada carta.

¿A que sí?

Mañana intentaré añadir unas letras antes de que salga el correo. Por esta noche, creo que es mejor que apague la luz e intente dormir.

Quiéreme pese a todo. Tu triste Mélisande.

VM

Martes por la mañana [30 de enero de 1950]

Hace un día gris y pesado. Me duele todo. Durante la noche se me ha caído el saquito de harina del ojo y solo me ha quedado el vendaje. Sigo con el párpado hinchado. ¡Y todo el día de hoy por delante…! ¡Madre mía! ¡No! No estoy de muy buen humor que digamos.

Acabo de recibir, *como ya me lo esperaba*, tu carta del domingo. No me siento desanimada ni cobarde, sino vacía, árida y reseca, cualquiera diría que jamás voy a encontrar en mí un hálito de vida, un estremecimiento de

pena o de alegría. Tengo miedo de que a tu regreso esperes encontrar una mujer y te encuentres solo con una muñeca de trapo.

¡Ay! Yo también te necesito a ti, amor mío; desde hace una semana tengo la sensación de que mi alma ha decidido acostarse para esperarte y que todo mi cuerpo quiere hacer otro tanto, al sentirse abandonado. Pero no temas. Dentro de unos días reaccionaré… cuando ya no me duela nada. Espérame hasta entonces. Espérame, amor mío querido. Ya voy, cariño mío, guapo mío, dócil mío, tierno mío. Acurrúcate contra mí, pegadito a mí, y esperemos juntos la vida que viene. Te quiero y estoy harta de tanto callarme, contenerme y ahogar mis gritos hacia ti, me muero. Quiéreme. Cuídate. No te aburras de esperarme. Paciencia, mi amor hermoso. Paciencia.

Hasta la noche, cariño mío. Te beso con toda la fuerza de mis desaparecidos arrebatos.

m

V

157 — María Casares a Albert Camus

Martes por la tarde [31 de enero de 1950]

¡Por fin vuelvo a ser yo! ¡Ya era hora! Hace menos frío; fuera, incluso se intuye un atisbo de sol. La tripita ya no me duele y mi amigo el orzuelo, aunque sigue bien de salud, parece haber adelgazado un poco y, al menos, me deja en paz y ya no se hace notar, salvo por algún que otro picor.

La vida está de vuelta y, con ella, tú, ¿enterito? Estoy recapitulando y me pregunto cómo has podido soportar sin quejarte el tono de mis últimas cartas. Debes perdonarme, cariño mío. Debes comprender que tenía la sensibilidad aniquilada por culpa de unos prolongados padecimientos y, sobre todo, por culpa de esta ausencia que mata mis deseos de reaccionar. También debes comprender —y para eso tendrás que hacer un esfuerzo— en qué estado me sume la proximidad de determinados días, un estado del que en cada ocasión salgo profundamente sorprendida y soliviantada por haberme dejado llevar casi por completo, conociéndolo como lo conozco.

Y ahora, vida nueva.

Febrero. Febrero con tres días menos y, luego, todo llano hasta llegar a ti. ¡Ánimo, amor mío! Ya vuelve el buen tiempo. Los días se alargan. La primavera ya casi está aquí y nuestro verano se acerca, nuestro hermoso verano. Más ánimo y más paciencia.

¿Qué estás haciendo? Ya no me cuentas nada de tu ensayo. ¿Estás avanzando? ¿Te sientes rico y generoso? Cuéntame. Cuéntame cosas de él.

Por fin he conseguido el número de *Esprit* y he empezado a leer los dos artículos sobre ti. Te los comentaré cuando acabe.

Sigo con Proust. He terminado *Swann* y acabo de ponerme con las *Muchachas en flor*. Es curioso. A veces, ¿devoro?… no, *paladeo* las páginas que me cuentan cosas de la infancia, el primer amor de Gilberte, algunos pasajes muy hermosos sobre los sentimientos de Swann hacia Odette de Crécy y, sobre todo, lo que tiene que se refiere a la abuela. Naturalmente, también me han gustado los arrebatos de entusiasmo desperdiciados en gritar sin ton ni son, aunque la manera, la traducción —«¡Caray, caray, caray!»— me ha sorprendido un poco y me ha recordado a nuestro amigo Maurice Rostand, y el relato de las largas horas leyendo en pleno campo. Por último, me gusta oírle hablar de música y, sobre todo, me gustan los detalles, paréntesis, comparaciones y asociaciones de ideas que aparecen aquí y allá, sin venir a cuento.

Pero, a la larga, lo que le reprocho a todo esto es precisamente el hecho de que se acaba sabiendo el porqué. Y reconoces y te aprendes el orden meticuloso y ya te esperas la imagencita, las dos palabritas que van a llegar… y acaban llegando. No siempre me disgusta; pero cuando se trata de contar por enésima vez las relaciones de los seres en un salón o en sociedad o los chismes políticos, me aburre si no me harta. En esas estoy con Proust.

Dicho lo cual, lo leo con interés y a veces con amor.

Aparte de Proust, tengo que sufrir la lectura obligatoria de los manuscritos que me traen y que son cada vez más. En este momento acabo de mirar por encima un drama lírico que se titula *Éveils* y que te recomiendo. Los personajes son Adán, Eva, Abel y La Mujer. La acción transcurre en «el Origen»; los decorados se reducen a unos velos artísticamente drapeados y los trajes, a unas pocas pieles de fieras. ¿El reparto ideal? Adán: Œttly. Eva: Marie Bell. Abel: Dacqmine.[242] La Mujer, felina y *rubia* (es indispensable): yo.

Solo de imaginarme a Paulo deambulando desnudo, cubierto apenas con una insinuación de piel de tigre en la tripa, a mi lado, cubierta con un velo, felina y con una cabellera dorada, me entran unas ganas irresistibles de montar la obra; pero, cuando leo las escenas de amor brutal y sensual que tendríamos que interpretar con semejante atuendo, ¡entonces ya sí que no me aguanto!

¡*Éveils* y luego *Les Menstrues*!

¡Ay, la verdad es que no puedo quejarme, mi año teatral 1950 está siendo completísimo!

Pero ya está bien de lecturas.

Aparte de eso, no he hecho mucho más desde que te fuiste. Hasta estos últimos días, mi tiempo lo han acaparado la radio y el teatro, y, la semana que viene, otra serie de programas me va a arrastrar, quizá, hasta final de mes. De esas horas interminables, y también tan cálidas y llenas de vida como el micrófono, que es su rey, no voy a hablarte; no hay nada que decir.

En lo que al teatro se refiere, el ritmo no ha cambiado y mi relación con todos los demás no ha cambiado nada. Mi camerino sigue siendo el punto de reunión de la compañía; allí nos reímos o bostezamos, dependiendo del día, nos enzarzamos o nos felicitamos, dependiendo de la función. Casi siempre vuelvo a casa con Bouquet y Pommier, a los que dejo de paso. De vez en cuando, se nos une Ariane Borg,[243] siempre tan sencilla.

Pommier me cae muy bien. Es agudo, discreto, divertidísimo, tiene tacto y buen gusto; es incluso inteligente por sensibilidad. Qué lástima que sea un mal actor.

Tengo debilidad por Bouquet, que me entretiene muchas veces, no me aburro nunca, no es nada tonto y tiene clase, o, al menos, cierta clase. Lástima que le falte corazón y que sea tan comicastro y tan comicastro viejo ya.

Siento cariño hacia Serge, que tiene frescura y amabilidad. Lástima que propicie la terrible sospecha, que me fastidie y que quiera a toda costa este corazón que ya tiene por una virilidad que no tiene.

¿Yves Brainville? Ya solo lo veo en el escenario. Siempre digno y amable. En cuanto a los demás, esos forman parte de nuestro espectáculo cotidiano.

Paulo, que nos cae muy bien a todos, hace su aparición detrás del gran chiste, siempre el mismo: «¡Esta noche está en la sala Max Régnier!»,[244] y tras él llega su contrafigura, que en cambio es para salir huyendo.

Luego llega Moncorbier,[245] a quien le crecen las manos y las fosas nasales con cada función. Si llegamos a la centésima, ya solo le veremos dos manos gigantes y dos abismos que taparán todo lo demás. Le «pasa» las manos a quien tenga un catarro, gripe, agujetas, etc., habla un rato de dibujos pornográficos, interpreta su escena con un acento de La Villette cada vez más marcado y se va igual que vino.

También está Perdoux, al que también atraen la proximidad y el ambiente de mi camerino. Se dedica a dormir o a instruirnos sobre viejos actores, o bien a cantarnos *La Patate* o *Les Petits Pois* al estilo de Dranem.

En cuanto a Michèle Lahaye, es muy sencillo: directamente viene a terminar de vestirse en mi camerino. Es divertida y sin un pelo de tonta. En cada función, hace su entrada por los pelos y le parece muy gracioso que nos angustiemos.

Albert aparece de tanto en tanto, disfrazado de hindú o de chino. También está Jean Vernier,[246] que, por desgracia, no se «destontiza» con el tiempo.

El público, por su parte, sigue igual a sí mismo, casi siempre bueno, salvo cuatro o cinco veces en cincuenta representaciones. Esta última semana la recaudación ha bajado mucho, pero, por lo que he oído decir, menos en tres teatros, L'Athénée, L'Atelier y Le Bossu, la cuesta de enero

se ha notado mucho en todas partes por las Navidades, el pago de los alquileres y la cantidad de días. Vamos a esperar al 6 o al 8 de febrero para que se pronuncien los oráculos.

Y ya está bien de teatro.

En casa, seguimos con el trajín de siempre.

Este año, mi padre tiene pinta de evitar un ataque grave a cambio de sustituirlo por un largo periodo de intenso malestar. En este momento lo están atiborrando a medicamentos para eliminar la disnea, para reducir el sudor, para abrirle el apetito, para que haga pis, para normalizar la tensión, etc., etc. También lo pinchan por todas partes para bajarle la urea. Le hacen una radiografía tras otra para ver cómo tiene los pulmones, los bronquios, el corazón, y, por último, un análisis tras otro para comprobar el resultado de todos estos cuidados y decidir cuándo ponerle la primera inyección de suero. ¿Su ánimo? Sorprendentemente bueno en cuanto respira un poco mejor. Ocupado en respirar cuando se ahoga. Y así pasan los días…

Luego está Ángeles, siempre la misma, la roca bondadosa sobre la que da gusto descansar un poco. Y Quat'sous, más viva que nunca… y soltera aún. A Mireille la veo poco, porque me agobia mucho y tengo miedo de que se dé cuenta. Como ya te he dicho, practica la caridad y es para salir huyendo o volverse feroz con todos los desdichados de la tierra, empezando por ella. Por otra parte, está leyendo las obras de un discípulo de Gandhi y me las suelta sin haberlas digerido, con tono de maestrilla. La pedantería siempre me ha dado coraje, pero la pedantería femenina tiene la capacidad de sulfurarme. En fin, no temas, que la veo poco y me contengo mucho.

En cuanto a Pierre, sigue con el curso de su vida que de pronto se ha vuelto más fácil desde que está rodando una película de baile. Se viste, ríe, le duelen las muelas, le da miedo morirse cuando su estómago se niega a digerir algo y sigue ocupándose un poco más de la cuenta de su vanidad.

Quitando eso, es realmente agradable. Me cae muy bien, incluso cuando me agobia al estilo de Proust con menos talento, pero con más corazón. Y hablando de Pierre, resulta que el AMO le ha pedido a Vernier[247] que le haga una audición para interpretar a Yanek. Nunca en la vida me había reído tanto como cuando me lo contaron. En cambio, Pierre se puso como una furia, rebelándose ya contra el hecho de que semejantes g… puedan llegar a ser directores de teatro y tengan entre sus manos el destino de una obra como *Los justos*. ¡Qué le vamos a hacer! Es muy joven, tiene un poco la mentalidad de *vendetta* de los homosexuales —como bien dices— y está resentido con Hébertot. Peor para él. De no ser por eso, se habría ahorrado el sofocón, otro dolor de muelas y se habría ganado un saludable ataque de risa.

¿A quién más estoy viendo? A veces a Roger Pigaut, que por fin está feliz por rodar una película y luce una barba que le da un aspecto de asesino dulce y nada temible.

Eso es todo. Ningún espectáculo. Ningún paseo. Ninguna visita digna de mención. Solo la espera, la espera infinita. Pero de eso ya te hablaré esta noche y los días venideros. Esta tarde solo quería ponerte al día mientras llegaba un periodista argentino que está llamando a la puerta precisamente ahora. Hasta la noche, mi queridísimo amor. Te quiero, si supieras… Cuánto te quiero. Te mando un beso largo y profundo.

m

v

158 — María Casares a Albert Camus

Martes por la tarde [31 de enero de 1950]

Hace un día maravilloso. He salido un momento para ir a recoger una mesita que había visto y que he comprado para ponerla delante de la chimenea del salón.

Luego almorcé en compañía de dos jóvenes, a las que he conocido en el teatro Montparnasse, y de Pitou. Una de esas compañeras, Jacqueline Maillan,[248] es una «viviente», como dices tú, que oculta bajo una apariencia «alegre y jovial» un trasfondo de pena e incluso de desesperación que rezuma a través de todo su entusiasmo y tiñe todo lo que hace de un color desolado y desolador. Tremendamente simpática y conmovedora.

Para animar un poco el tono del almuerzo, me entregué a una alegría desbordante que luego me dejó extrañamente desorientada. Pero decidí reaccionar; ya no quiero que me pueda la morriña y haré acopio de todas mis fuerzas para apartarla. Me puse a aprenderme la oración de *Esther*. Pero ¡ay! Aprender… es algo que no puedo hacer mucho rato, porque enseguida llega un momento en que solo retengo palabras que acaban perdiendo su significado. Lo dejé de inmediato. Un poco de música. Y leer por tercera vez tu carta. ¡Pobre amor mío! Tú también estás ya sin aliento. Llevo notándolo desde hace algún tiempo y no sabes cómo te entiendo cuando me cuentas la que has sentido al oírme por la radio. El tiempo pasa y arrambla con todo, pero nada, nada logra llenar este vacío que hay en el corazón. ¿Me pides que te espere? Amor mío, te esperaré, te esperaré el tiempo que haga falta, te esperaré la vida entera si fuera preciso. Lástima, dulce amor mío, que sea tan difícil, ¿verdad?, duro, agotador, esterilizante. ¡Ay, cuánto nos merecemos una felicidad de primavera! ¡Ojalá nos la otorguen sin demasiadas reservas!

Pero ya estamos acabando de subir la pendiente.

Ánimo. Tras recorrer la mitad del camino, toca bajar hacia las llanuras y

el mar. Tras recorrer la mitad del camino, no se añaden más días de ausencia —uno tras otro—; sino que todas las mañanas se descuenta uno de la cantidad de días que quedan hasta el regreso. Así que ¡ánimo! Aunque en este momento, un poco extraviados, nos alejemos y nos perdamos mutuamente, pronto llegará la hora en la que nos reencontremos y nos reaprendamos. Y, en el fondo, estamos tan seguros el uno del otro, tan confiados, que nunca nos extraviaremos del todo, tan convencidos de reconocernos siempre plenamente que nada, nada en el mundo, puede asustarnos. Ve; ve, pues, por tu lado del camino; yo sigo el mío penosamente, pero orientándome siempre hacia el mar. Allí nos encontraremos y entonces… ¡Imagínate!

Acaba de telefonearme Hébertot. Ha recibido la carta en la que le pides que no contrate a ninguna contrafigura para Serge antes de contar con tu aprobación. El pobre está muy fastidiado porque, aunque no ha firmado nada con Torrens —o al menos, eso me ha dicho—, le ha dado su palabra y ya no puede desdecirse. Me ha pedido por favor que te telefonee para tranquilizarte y convencerte del talento que tiene ese joven de «físico tan *conmovedor*». Para hacerlo rabiar un poco, le he contestado que de momento yo no podía decir nada después del remedo de ensayo al que había asistido y que no tenía más que pedirle a Paulo que se pusiera en contacto contigo, puesto que fue él quien tuvo la idea de contratar a ese actor. En realidad, lo que quiero es tranquilizarte ahora mismo. El físico de Jacques Torrens no me parece especialmente *conmovedor* —o, al menos, para hacer teatro—, aún no conozco sus posibilidades, pero a primera vista no me parece peor que cualquier otro y creo que saldrá airoso de esta tarea. Así que quédate tranquilo y desentiéndete de este tema.

Hay algo que me atormenta más que todas estas menudencias; son los ataques de desaliento que sufres en cuanto el trabajo no marcha del todo

como tú quieres. No te conozco lo suficiente para poder saber si siempre ha sido así o si ha empezado a suceder ahora. De todas formas, me parece que te tiene que resultar difícil reanudar tu obra con facilidad, después de meses de fatigas, de lucha, de enfermedad, y no comprendo que no contaras con una parte de esterilidad que tienes que superar, ni que te desanimes por unas horas perdidas vanamente. ¡Ay, que haga pronto sol en Cabris! ¡Sol y cielo azul! ¡Los paseos solitarios! ¡Deprisa, deprisa! ¡Pocas veces he conocido a alguien con una necesidad tan vital de sol como tú!

Sigo con Proust, quinto volumen. Me saca de quicio a menudo, pero leo, leo para llegar a esas páginas que a veces me tiene reservadas para encantarme.

Bueno. Lo dejo de momento. Voy a atender a mi padre. Hasta dentro de un rato, amor mío. Todavía tengo que hablarte de esta noche, ¡noche sublime!, que he pasado contigo. Te contaré los detalles. Puede que te abran horizontes insospechados para tu ensayo.

Por la noche [31 de enero de 1950]

Acabo de releer estas páginas y me he asustado con mi estado actual. Nunca he tenido talento epistolar, pero ahora he llegado a un punto en que ya no puedo construir correctamente ni una frase. Sí; muchas cosas me lo demuestran, estoy mucho más cansada de lo que pienso y la energía que consumo por la noche en cada función me vacía bastante más de lo que habría supuesto. De modo que, por mucho que coma, coma y siga comiendo, y me pase las horas muertas echada, no consigo engordar. Tengo la sensibilidad embotada; la recupero a ratos, como un relámpago, y se esfuma al instante. En la vida y en las relaciones cotidianas carezco por completo de paciencia, de indulgencia y de comprensión, cualquier nadería

me saca de quicio, me crispa, me resulta insoportable. Mis mañanas resultan tristonas y las noches, desoladas. No me atrae nada; me comporto mecánica o metódicamente, cuando sueño me entrego a lo que podría resultarme doloroso, es decir, a lo que me hace vivir.

Solo deseo una cosa: ¡salir de París! ¡Salir de la ciudad!

En lo que se refiere a las cartas, no puede evitar escribirte, pero me aburro en cuanto cojo el papel y la estilográfica. Odio el papel y no soporto ni ver mi estilográfica. ¡Por no hablar de las palabras que tengo que utilizar! Las aborrezco.

De vez en cuando, me entra un miedo; puede que mi mediocridad te decepcione y te aleje de mí; puede que haya que esforzarse… Pero es lo que hay.

Además de que me niego a hacer trampa contigo, soy incapaz de hacer nada bien más allá de mi verdad. No soy inteligente; a veces soy ingeniosa. Tengo el cuerpo y la mente resecos y empobrecidos, no valgo para nada. De hecho, tú lo sabes. No me subestimes demasiado y recuerda siempre el rostro que sabes darme, el estado de gracia que sabes causarme, la vida, la fuerza, la sensibilidad que logro hallar en mí para ti.

Esta noche, por ejemplo, estábamos acostados en una tienda de campaña. Hacía calor y yo apretaba las piernas, tumbada de espaldas, en la penumbra. Tu rostro. Luego, tus manos en mis rodillas. Tu rostro sobre el mío. Tus ojos cargados. Vértigo. Despacito, dejaba que mis rodillas se abrieran. Tú me aplastabas la boca, las mejillas, los ojos, el cuello, el vientre. «¡No… tú!», decía yo… y tu peso sobre mí. Desgarrada, me habría gustado desgarrarme aún más.

¿Y sabes qué, amor mío?

¡Milagro! ¡*Todo* sucedió! Que Dios ampare a los inocentes.

Hoy me siento más relajada. ¡Huy, tampoco mucho más! Pienso con algo

más de claridad y he decidido que de aquí en adelante voy escribirte de forma distinta a como lo he hecho hasta ahora.

Por la mañana cogeré unas cuantas hojas de papel de cartas y, de tanto en tanto, cuando me entren ganas y tenga ocasión, escribiré en ellas al azar lo que se me pase por la cabeza. Una o dos veces por semana te enviaré el resumen de lo que acontezca. ¿Qué te parece?

¡Ay, amor mío lejano, qué podría inventarme para no sucumbir al vacío! ¡Madre mía, qué desdicha! Me voy a dormir, cariño mío.

Voy a tratar de recuperar no sé qué para… ¿quién?, para… ¿qué?

Quiéreme. Quiéreme siempre y pese a todo. Es ahora, es ahora cuando tienes que quererme más allá de mí misma. Espérame. Ten paciencia. Espera a que tu presencia me haga revivir. Quiéreme, sigue confiando en mí y no me abandones. Rodéame con todo tu calor. Te quiero. Sin ti no valgo nada. Sin ti no existo. Espera y vuelve a mí queriéndome aún.

Te beso como esta noche.

M
V

159 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 3 de la tarde [31 de enero de 1950]

Querido amor mío, he recibido tu carta buena y larga de domingo-lunes y me he sentido más vivo al acabarla. Lo que no entiendo es por qué mis cartas te llegan ahora de dos en dos. A lo mejor vale más que lo eche todo al correo aquí, en vez de en Grasse y Cannes. Al menos habrá regularidad.

Antes de dejar que hable mi corazón hay al menos una cosa que quería

dar por zanjada, tu asunto con B[leynie]. Hay también nombres e historias que no puedo soportar. Y encima Genet, letras, etc., no, no puede decirse que estemos entre personas de bien. En cualquier caso, esta es mi opinión: firma las letras y te ayudaré a quitártelas de encima mucho antes del plazo fijado. Y, si es posible, aprovecha para librarte del acreedor también, y definitivamente. Por mi parte, respiraré más a gusto.

Dicho lo cual, no tengo nada nuevo que contarte. Ayer me acosté temprano, y he dormido hasta las seis de la mañana. Esperé hasta la hora del desayuno y, como siempre, durante el insomnio tuve que pelear contra ingratas imágenes. Por la mañana, trajeron un piano, alquilado para F[rancine]. Y, desde ese momento, raudales de notas llenan la casa. Solo con que F[rancine] tuviera voluntad para practicar, sería una gran concertista. La animo. Pero algo falla siempre en su carácter.

A las cuatro bajé en coche a Cannes a buscar a Dolo. No estaba en casa y volví a subir solo. Pero este paseíto con Desdémone no resultaba desagradable. Luego, el correo. ¡Ay, amor mío, qué ganas tengo de ir corriendo a la estación más cercana cuando te imagino pequeña y sola! Me desespero cuando imagino que vas a volver a toparte con ese vacío y esa sequía, que vas a volver a perderme y a congelarte. ¿Qué hacer? Sí, es largo, interminable, agotador. Es una cuesta arriba que no acaba y que lo deja a uno reventado. ¡Existes, me esperan todas las alegrías de tu amor, todas las delicias de tu cuerpo, tu ternura, tus besos, y me consumo en una vida mediocre e insensible! Y, por añadidura, hay que aguantar, callar y acallar en uno mismo todo impulso. Pero, por duro que sea, hay que resistir y poder más que el tiempo y que el sueño. Ánimo, ánimo, cariño. Se acerca otra estación, imagina, basta con que imagines lo que vendrá después. Cuando hayas perdido mi imagen, piensa en lo que seremos y en cómo lo seremos.

Yo también te añoro, no me curo de ti. Te busco de noche, pienso en ti de día. Estoy solo. ¡Ay!, mi amor querido, deseada mía, no me dejes por el camino, no te enfríes del todo. Deja una brasa, una brasa pequeñita, y yo sabré hacerla revivir hasta que chisporrotees de nuevo entre mis brazos. Beso tu boca, muy prieto.

A.

160 — María Casares a Albert Camus

Miércoles por la mañana [1 de febrero de 1950]

¡Ay, cariño! Menos mal que ya te he enviado la carta de ayer por la tarde, porque desde entonces mi felicidad momentánea se ha chafado un poco; creo que habré cogido frío actuando o al salir del teatro; el caso es que he pasado una noche de perros, por lo mucho que me dolía la tripita. Ya ni siquiera pude escribirte al acostarme y esta mañana —son las diez— estoy en la cama, atontada por el calor de la fiebre y por el insomnio. No temas; los dolores más agudos ya han pasado; solo me queda una flojera que no resulta desagradable, fuera hace sol y, después de pasarme el día descansando —no tengo nada que hacer—, habrá desaparecido por completo el malestar y estaré lista para volver a coger frío.

Anoche me resultó muy grato recibir un beso que me dio Paulo [Œttly] de tu parte. Luego, Brainville[249] me contó que Colette Raffi, con quien se había encontrado, sabía por tu cuñada[250] que te encuentras mucho mejor, que te estás recuperando mucho más deprisa de lo esperado y que este rápido restablecimiento se debe seguramente al placer que te produce el éxito de *Los justos*. No sé por qué, esta última suposición, que ya me

sonaba falsa de por sí, pero más aún en boca de Yves, me ha producido cierto enfado. Le he contestado que a mí no me parecías tan dependiente del éxito de una obra, que pensaba que eso solo te interesaba de forma superficial y en determinado aspecto. Pero Yves —que no capta los matices y que tiene del éxito ese concepto privilegiado de los que no lo han tenido y puede que no lo tengan nunca— me ha asegurado que probablemente estaba equivocada y que, si lo dice tu cuñada, es que tiene que ser así. Me he callado. Pommier ha añadido que estaba de mi parte y que opinaba igual que yo.

«¡Hay que ver cómo sois!… Pero ¡si lo ha dicho su cuñada! ¡No pretenderéis conocerlo mejor que su cuñada!», exclamó Brainville. Se me ha encogido un poco el corazón; ha sido rápido. Pues, mira, ¡sí! ¡Sí! Sí que pretendo conocerte mejor que tu cuñada, y estoy segura de que, si bien, en efecto, el arranque de *Los justos* te ha permitido cierto alivio, el relajo del orgullo satisfecho, soltura de semblante y gestos con la gente que te habla de ella, que te ve, que te conoce; si bien te ha servido para confirmar, en parte, tu fe en lo que habías hecho, tampoco es eso, ni mucho menos, lo que te ha alterado tanto como para curarte y, a solas contigo mismo, solo conservas de ese éxito algunas cartas por las que sientes cariño, algunas opiniones que valoras o que te conmueven y, por encima de todo, tus alegrías personales que las reacciones externas, por muy tontas que sean, no han podido mutilar esta vez.

En fin, sea como fuere, resulta muy grato oír hablar de ti —del ti vivo y no del ti entidad (Albert Camus, escritor)— a alguien que no sea yo y comprobar que aún existes en mi entorno fuera de mi universo personal.

Actuamos muy bien anoche. Poca gente, pero un público maravilloso. Valentine Hugo ha vuelto para ver otra vez la obra y también para saludarme, entusiasta. Otras personas… gente a quien no conozco, pero de

quien solo recuerdo el hecho de que no me resulta desconocida. Y también estudiantes y españoles.

Volví a casa y me metí en la cama.

¡Ay, cariño!, voy a dejarlo; se me cierran los ojos. Estoy cansadísima; yo a intentar dormir.

Albert. Albert querido. Escríbeme cosas bonitas y cálidas. Dime que me quieres y cómo me quieres. Dime que me llevarás algún día al mar —a cualquier mar— y que nos pasaremos el rato en la playa y en el agua. Dime que siempre te quedarás a mi lado. Háblame de ti, y hoy, háblame sobre todo de nosotros.

Te quiero. Te necesito. Tengo hambre de ti. Tengo sed de ti. ¡Ay! Cuánto falta aún.

Hasta la noche, cariño.

M. v

161 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 9 de la mañana [1 de febrero de 1950]

Llueve, el cielo es borroso. Todo el mundo se ha ido a Niza y me he quedado aquí, encantado con esta soledad. Quería trabajar esta mañana y es lo que voy a hacer. Pero antes vengo a decirle un hola pequeñito a mi amiga, a mi tierno amor. He dormido mal, enredado contigo. Me desperté frustrado, con un sabor amargo. Y luego la tristeza ha bajado despacio, tengo el corazón lleno de ternura. Te acabas de despertar, tu cama debe de estar tibia, tú, ardiendo… Yo tengo una camita seca y fría. Me imagino esa cama grande. Sí, desde luego, dormiría en ella hasta el fin del mundo.[251]

Ayer por la tarde trabajé mucho. Estaba enrabietado y no salí de mi cuarto en toda la tarde, salvo a las cuatro para ir a echar tu carta. Con un poco de suerte, y si nada se atraviesa, me parece que podré terminar el ensayo. Pero prefiero no hacer proyectos. Me he hecho un horario para dos meses, lo cual ya es mucho. ¡Dos meses!

Todas las mañanas leo libros muy serios y vacíos. Todas las tardes redacto mis notas (de cuatro a siete). A partir del 20 de febrero, volveré a escribir el conjunto del ensayo. Luego, la libertad absoluta.

Querido corazón mío, dormida mía, hermosa arena mía, finisterre mío… tengo ganas de reír contigo y de besar tu risa. Dentro de un rato, tu carta. ¡Que sea feliz, ay, sí, que sea feliz!

4 de la tarde

No es una carta desdichada, pero es una carta adolorida. ¡Pobre! Ponte a régimen. Comes siempre sin criterio, como un animalito salvaje. ¡Ay, cuánto me reiría al verte tuerta! Ojalá siguieras estándolo hasta mi regreso, volverte bien fea y bien repugnante, que fuera yo el único en conocer esos tesoros de belleza que encierras en tu rostro. ¡Al menos duerme y retírate del mundo, leprosa mía, desdeñada mía, mi amor querido, puerto mío!

Dolorès ha venido a almorzar. Le ha echado una bronca al pobre M[ichel], que había dicho que le caía bien un tal Étiemble,[252] que por lo demás es simpático. «¡Cómo le puede a usted caer bien ese muchacho y al mismo tiempo este!». ¡Este era yo! Voy a llevarla a casa dentro de un rato y luego me volveré a trabajar.

El cielo está cada vez más gris. Yo también pierdo mi alma. Pero, incluso reseco y desdichado, te noto presente y te sigo esperando; no sé por qué, pero en este momento me parece que voy a verte pronto. Es una bobada,

pero solo con pensar en echar a correr hacia ti me arde la sangre. Resiste, ten paciencia, quiere, pese al tiempo. Te quiero y te deseo como siempre, sin cansarme. Hasta pronto, mi alma querida, Maria querida, te beso el hombro y la nuca con avidez.

A.

162 — María Casares a Albert Camus

Miércoles por la tarde [1 de febrero de 1950]

Cariño:

Dejo un rato *A la sombra de las muchachas en flor*, que llevo leyendo toda la tarde, para ir a quejarme entre tus brazos; el cartero de Cabris se está portando cada vez peor conmigo y empiezo a pensar que hay demasiados domingos en la semana. Por desgracia, estos días de penuria se presentan, cómo no, cuando más hambre tengo y cuando empiezo a preguntarme si, al haber cambiado el orden, encontraré durante la semana alguna mañana en la que me sienta lo bastante ahíta para no tener la necesidad física de otra carta tuya. Así que trato de resignarme y de seguir esperando con mayor incertidumbre de la que tengo cuando tus palabras, tan conocidas y esperadas, me traen en cada despertar un poco de tu vida verdadera, de nuestra existencia real, tan lejana ya que, a veces, me resulta casi inimaginable. ¡Esto, obviamente, hasta cierto punto!

Esta mañana me he quedado acostada hasta la una. He abierto la puerta y me he entregado a una ensoñación un poco amarga —había tenido mala noche— sobre la ausencia y sus «inevitables» consecuencias.

Me he preguntado si no estabas cansado de toda la profusión de palabras

que no nos queda más remedio que poner entre nosotros y que, al cabo de un tiempo, terminan por hartar a quien las escribe y, de este modo, le quitan las ganas de escribirlas. Así que me puse a comprobarlo por mí misma, y al pensar en algunas de las cartas que escribo por la noche, en pleno cansancio, en plena morriña, en el vacío, en una especie de irrealidad, solo para decirte que necesito tu presencia y dejarte intuir que solo tu presencia me daría la energía que necesito para escribirte como es debido esa necesidad que tengo de ti, entonces decidí de nuevo, como antes de que te fueras, enviarte dos o tres cartas semanales —relatando brevemente cómo he pasado el día—, y no exigirte a ti también más que dos o tres.

Pero ¡ya ves! Resulta que han pasado las horas y, a pesar de todas mis luchas internas para abstenerme de venir otra vez a contarte palabras, palabras y más palabras, he sucumbido a la idea de llegar hasta el final de este día sin haber contestado, al menos yo, a tu silencio, y, sobre todo, al pensamiento de que pasarías el viernes sin mí.

Pero me estoy armando un lío. Empiezo a acusar la influencia de Proust y ya no puedo soñar tranquilamente en la cama sin ver las imágenes de lo que sueño encerradas en los ramos de flores de la cortina de mi cuarto. ¡Es espantoso!

¡Ay, amor mío!

Por la noche

Mireille ha llegado inesperadamente y me ha obligado a interrumpir esta carta de comienzo tan brillante. Ahora es medianoche y ya estoy otra vez en la cama.

La función ha ido la mar de bien, delante de un público reducido, pero atento y efusivo. Saludos de parte del que interpretaba al «hombre de la

antorcha» en *El estado de sitio* (no recuerdo cómo se llamaba). ¡Sí! ¡Beauchamp! Creo. Más personas que no conoces fueron a saludarme. Emocionadísimas. ¡Mejor para ellas! Desde luego, eran las únicas, porque yo, aun habiendo actuado bien, hace algún tiempo que me pregunto dónde habré perdido el corazón y la sensibilidad.

Me han llegado noticias de las que, de hecho, ya estarás enterado. ¡Ya han contratado al nuevo Yanek! ¡Sin audición ni nada! Fiándose nada más que del olfato de Paul Œttly. Alégrate: es Torrens. Lo he visto. Es guapo, alto, muy alto, de rostro puro con rasgos de estatua griega, pelo rizado y moreno, ojos negros y un torso que habrá colmado de sueños las noches del amo. Y, de propina, no es homosexual. Personalmente, no me quejo de su llegada; ya he tenido a bastantes alfeñiques delante y un Yanek bien plantado seguramente reavivará la llama de Dora, que empieza a apagarse un poco. De hecho, intentaré mirar solo el cuerpo, porque el rostro es demasiado hermoso para mi gusto. Pero con el cuerpo hay suficiente para sentir un poquito de felicidad.

No; personalmente, no me quejo.

En cambio, la obra es otro cantar. Nunca se me habría pasado por la imaginación un Yanek semejante, físicamente. Y, sobre el talento, no puedo decir nada, puesto que nunca he actuado con este encanto de actor —aunque, por desgracia, no me fío ciegamente del olfato de Paulo y no acabo de ver en qué se parecen el Casio de *Otelo* (donde Œttly descubrió a Torrens) y Yanek.

¡En fin! Ya lo veremos, ¿eh?

Por lo pronto, nos ha tocado un hermoso ejemplar, ¡que no es poco!

Cariño, esta noche mi inspiración no da para más. De hecho, ¡ya lo habrás notado! Nunca he sabido escribir.

No sé qué responder. Así que prefiero esperar la carta de mañana para

responder. No sé si ya habrás adivinado que esta noche te aborrezco, en cierto modo, claro está.

Me gustaría pegarte.

Maria

163 — María Casares a Albert Camus

Jueves por la mañana [2 de febrero de 1950]

Cariño mío:

Anoche no te escribí porque, una vez más, me sentía agotada. Pero, entendámonos, cuando hablo de agotamiento no me refiero a cansancio físico —me he recuperado y ya estoy mejor—, sino a algo así como una pereza anímica que a menudo rechaza la vida, como algunas noches en que en el escenario me niego a entregarme a fondo a los padecimientos de Dora, porque todo mi ser exige un poco de descanso y de paz que solo hallo en el sueño del cuerpo, el corazón y el alma.

También creo que, al igual que tú, he abusado de mi intensidad vital durante estos últimos meses y tiendo por entero a una calma que no puedo tener, estando tú ausente, más que en una plácida semimuerte.

Ayer el día transcurrió despacio, parecido a los demás. Por la mañana, correo con Mireille, con quien luego almorcé en compañía de mi padre. Yo estaba nerviosa y la presencia de Pitou, seca, pobre, árida, replegada sobre sí misma, sobre esa enfermedad suya que ya solo existe para ella y sobre otros hechos menudos de su vida, me crispaba aún más.

A las dos me negué a recibir a *las mujeres españolas*[253] con quien había quedado a las dos y media.

Luego, *El mercader de Venecia* en la radio. Me había arreglado y tenía ganas de triunfar, de brillar. Tenía ganas de gustar. Gusté, pero solo me sirvió para volver a ti con toda la fuerza de mi amor, y me fui al teatro feliz y triste. Por la noche, había mucha gente en la sala. Muchos estudiantes de la Escuela Normal, todos ellos acatarrados y duros de pelar. No nos hemos hecho con ellos hasta el 5.º; no tenían ni pizca de gracia.

Antes de dormirme he leído a Proust.

Esta mañana sigue haciendo el mismo frío. Una niebla helada. Pienso con alegría que tengo el día entero para mí. Me lo he reservado íntegramente. Estoy esperando tu carta.

Esta noche no he dormido bien. Algo me traía de cabeza. He estado pensando en todo lo que me dices en la carta de ayer y en los días eternos que aún nos separan. ¡Ay, amor mío, ojalá puedas conservar el coraje hasta el final y no sucumbir de una forma u otra a alguna de tus crisis! Porque sé que siguen acechándote. ¿Crees que te imaginaba triunfando sobre todo y despojado de cuanto te atormenta? No dejo de pensar en los momentos tan duros que te toca pasar aún y —¿puedo decírtelo?— me echo a temblar.

Ángeles ha bajado a recoger el correo. Acaba de subir y me comunica que no hay ninguna carta para mí. ¡Ay! Y yo que me había reservado este día solo lleno de ti.

¿Qué sucede? ¿Qué está pasando? Sé de sobra que no hay razón para que me escribas todos los días. Perdóname, cariño, perdona mi exigencia, pero esta mañana, precisamente, te necesitaba tanto. Lo dejo aquí. Voy a intentar dormir. Es lo mejor que puedo hacer. No creo en los presentimientos, pero la angustia que me meten entre pecho y espalda, esa no la puedo negar.

Quiéreme, cariño. Quiéreme siempre. No olvides… u olvida, no lo sé.

Me duele. No sé qué decirte para llevarte un poco de alegría o un poco de paz. Pero pido que me quieras. Lo grito. Lo chillo. Óyeme. Escúchame.

M.

164 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 4 de la tarde [2 de febrero de 1950]

Sí, otra vez estás viva. En efecto, tus cartas eran muy descoloridas. Pero entendía que lo fueran y que esta ausencia tan larga después de unas pruebas tan duras te apagase un poco la energía; esperaba que volviera a fluir la vida. Vuelve a fluir, aquí estás nuevecita y resplandeciente, llena de fuego. Y después volverá a desaparecer. A mí me pasa lo que a ti desde ese punto de vista. Por eso no puedo afligirme cuando te notas retraída. He decidido de una vez por todas que estamos unidos para siempre. Así que todo son livianas sombras. Pasan, y queda el suelo de nuestro amor. Pero por supuesto me pesa menos el corazón cuando leo tu alegría o tu ternura.

Por mi parte, me parece que tengo menos altibajos. Me voy endureciendo, y nada más. Pero no queda más remedio para sobrevivir hasta ti, y también para acabar con la enfermedad. Intento pacientemente volver a llevar las riendas, recuperar un dominio de mí mismo que había perdido. Desde hace más de un año todo cuanto me sucedía, menos tú, me sucedía sin mi permiso. Iba a rastras de los acontecimientos, incluso del trabajo, y, de remate, la enfermedad. Y para llevar a cabo lo que tengo aún por delante, para existir, sencillamente, necesito una fuerza continua, una superioridad sobre mí. Así que me enderezo despacio, vuelvo a fabricarme una voluntad y un cuerpo. No tengo la seguridad de conseguirlo, pero es

preciso, fracasar sería terrible. Por eso puedo contestarte, cuando me preguntas si me siento rico y generoso. No me siento ni lo uno ni lo otro. Estoy demasiado empeñado en hacer las cosas bien, en volver a ganar la partida, para sentirme realmente pletórico. Pero al menos voy ganando terreno. Tu «jefe» es un ingenuo cuando cree que se curan una lesión y una depresión física total con el éxito de una obra de teatro. Para empezar, *Los justos* no son un éxito (por lo demás, mis obras nunca son un éxito. Es mi obra la que es, provisionalmente, un éxito, y Dios sabrá por qué). Y, luego, si la parte externa en mí se está restableciendo deprisa (lo de la curación clínica lo sabremos en marzo con las radiografías), no se debe a haber conseguido la adhesión del señor Kemp,[254] sino a que me impongo una vida regular y un estricto reposo. He vivido siempre atolondradamente y basta con que consiga de mí, durante x tiempo, una disciplina para que el restablecimiento parezca milagroso. Sí, le pongo empeño, como con empeño, duermo por obligación, por decirlo de alguna manera, y calculo los esfuerzos. Pero la verdad es que, en lo hondo del corazón, me muero de tristeza por todos estos días perdidos para el amor, por tu ausencia, por lo que cuesta vivir esta vida de ahora. Es preciso, es todo cuanto sé. Sí, es preciso. ¡Cómo amar, cómo crear, si soy inferior a mí mismo! El que era este año me da asco. Y debo tener en adelante la fuerza de vivir para nosotros y para lo que tengo que hacer.

Te mando estas *Bodas*[255] que me habías pedido. He vuelto a leer, al azar, algunas partes. ¡Cuántos desdenes fáciles! Pero al menos entonces estaba vivo. Es esa llama la que debo recuperar, sumada a lo que ahora sé, y me parece que entonces podrás quererme; ya ves, si tenemos suficiente valor para eso, todavía nos esperan largas y grandes dichas. Para ellas vivo y para ti, tierna mía, querida mía, mi rostro hermoso. Te beso, te lleno los

ojos de besos, te cierro la boca. Ánimo, amor mío querido, ánimo para nosotros y para este que te quiere de lejos, pero con todo su corazón.

A.

165 — María Casares a Albert Camus

Jueves por la tarde [2 de febrero de 1950]

Solo son las tres. Y, aun así, ya he tenido una jornada muy repleta.

He dormido bien, pero puede que no lo suficiente. Así que me he despertado con el ceño fruncido y he tardado mucho en ser consciente de que en mi cuarto había sol.

Me he levantado y, después de ver a mi padre, harta y desanimada al ver que sigue y seguirá encontrándose mal, he decidido subir a mi cuartito verde para hacer algunos arreglos y entretenerme con cualquier cosa mientras espero a que llegue el médico. Allí arriba he tenido que refrenar un segundo el ímpetu. Había sol y como un ambiente festivo… y estabas tú, en todas partes. Una punzada de dolor agudo, de nostalgia insuperable y una ternura sofocante me han obligado a recuperar el resuello que perdí por un momento. Me quedé hasta mediodía y, cuando volví a bajar, me habría costado mucho decir lo que había estado haciendo allí. Estoy flotando en una especie de plenitud, en esta vida llevada hasta el paroxismo que me has dado a conocer, donde alegría, pena, esperanza, desesperanza, deseo, nostalgia, gratitud, satisfacción, todo se mezcla, agotándolo todo, sacudiéndolo todo, arrasando con todo para hacer renacer todo y volver a empezar de nuevo. Te necesitaba. Gritaba y chillaba; necesitaba que me

oyeras y respondieras a mi llamada. Y, ¡oh, dicha!, allí estaba la respuesta: allí estaban tus dos cartas del lunes y el martes, y estaban tal y como las deseaba. Existen, pues, momentos en que la muerte ya no significa nada.

Y, antes de ir más allá y pasar a acontecimientos menos dichosos, quiero contestar antes de nada a tus cartas.

No temas, cariño mío. Por fortuna, la vida aún me quiere lo bastante para no abandonarme nunca y el propio hecho de quejarme de ella y de rebelarme contra la morriña que se va a apoderando de mí y el desierto en el que me debato bien lo demuestra. ¿Qué tendría que pedirle, si no sintiese dentro de mí lo que vale, su eco profundo o lejano? Y además… los que nacen vivos, mueren vivos y me pregunto incluso en qué medida la vida no rebasa su existencia.

¡Madre mía! ¿Dónde me estoy metiendo?

Perdona, amor mío; me estoy yendo por las ramas. Solo quería confirmarte algo de lo que, por lo demás, nunca has dudado; incluso en los momentos en que siento que tengo el alma más muerta, arde en ella un rescoldo de mil brasas y que todos los hielos del mundo no llegarían a alcanzar. Esas mil brasas las reservo todas para ti. Te están esperando, al igual que las cenizas —¡ay!—. En cuanto a la vida exterior que me recomiendas, en este momento me resulta demasiado indiferente. No existe. Mis deseos, pues, no se acercan a ella un solo minuto ni por asomo. De hecho, lo lamento, porque quizá me distraería, pero debo decir y confesar que durante esta ausencia solo tengo una cosa en mente: distraerme, porque el dolor que siento es demasiado agudo para hallar en él el mínimo placer y tengo el coraje algo desgastado tras estos meses de fatiga.

No sé si he hecho bien al hablarte de lo de Bleynie. Quizá debería haber esperado a que volvieras, pero me he jurado que nunca más me asustaría lo exageradas que parecen las cosas desde la distancia, que nunca más tendría

en cuenta tu situación y que lo contaría todo, sin ningún tipo de excepción. Por eso no he esperado y, en el fondo, no me arrepiento. Lo malo es que me temo que le des a este asunto más valor del que tiene. No importa; desde el punto de vista económico, me las puedo apañar fácilmente, si algún varapalo no fastidia mis esperanzas de rodar por lo menos una película este verano; y, desde otro punto de vista, me alegro muchísimo, repito, de que en adelante mi relación con Jean Bleynie sea solo oficial y no amistosa. Eso me da libertad para cortar todos los vínculos y no tener cuentas pendientes con él. Así que deja de preocuparte y no pienses más en ello.

Me alegro de que hayáis alquilado un piano. También él es un alma viviente, con la repentina presencia de Dolo en la casa. No sabía que F[rancine] supiera tocarlo tan bien. ¿Por qué no practica más? Sigue animándola. Dale la osadía que quizá le falte. Si es capaz de hacer algo grande, sería una verdadera lástima que lo dejara a medias.

¿Qué tal están nuestros «alborozados» nacionales? ¿Tan llenos de vitalidad como siempre? Dales un besazo de mi parte, muy gordo, incluso forzándolos un poco, si es necesario. Si un príncipe o una princesa tuvieran que despertarlos con un beso, ¡me pregunto qué clase de mordisco habrían de inventarse para cumplir su propósito!

¿Cómo están los niños? ¿Y tu madre? ¿Y sigue en pie que tu hermano se reúna contigo?

Pero estos temas me llevan a mi día de hoy y a los tristes acontecimientos de la mañana. El médico, ya recuperado de una cistitis, ha venido esta mañana para ver a mi padre, que desde hace dos días tiene dolor de garganta y unas décimas. Por desgracia, ahora se ha manifestado una faringitis infecciosa que vuelve a complicarlo todo, antes de la primera inyección de suero. Todo esto no sería para tanto si no sufriera, pero le duele mucho y, además, la cosa se complica porque solo respira bien por la

boca, lo cual le reseca la garganta, ya de por sí irritada. Por si fuera poco, si ya de por sí nunca tiene hambre, ha dejado de comer, porque le duele demasiado al tragar, y toda la paciencia admirable de la que ha hecho gala hasta la fecha ha desaparecido para dar lugar a una rabia impotente que no puedo quedarme mirando mucho rato sin tener el corazón en un puño. A partir de mañana empezaremos con las vaporizaciones y esta misma tarde vendrá la enfermera cada tres horas para inyectarle dosis adicionales de penicilina. ¡Qué cruz, amor mío! ¡Qué cruz! ¡Si supieras!

Pero, bueno, no pierdo la esperanza, con todo mi corazón, en que algún día se sentirá, al menos, un poco aliviado y en que no se irá de este mundo sin haber compartido de nuevo momentos de descanso.

De momento, sobre todo hay que armarse de paciencia para ayudarlo, en la medida de lo posible, a recuperar la suya, y esperar. Pero hay ratos en que ya no se entiende que se le inflija esta forma de machacarlo continua e injustificadamente, y entonces entran ganas de morder, si hubiera algo que morder.

En este punto estamos.

Pero el tiempo corre y tengo que empezar la cura. Esta noche, si no estoy muy cansada, puede que te escriba algo más. Cuanto más aborrezco las palabras, las cartas, el papel y la tinta, cuanto más pasa el tiempo y esas palabras se añaden unas a otras, mayor es la necesidad de escribirte que siento. No hay quien lo entienda. Te quiero, cariño mío, amor mío, hermoso amor mío. ¡Huy, no! Hoy no tengo ganas de pegarte, sino de besarte, besarte y seguir besándote, hasta quedarme sin aliento y hasta el momento en que estés ante mí y tenga la posibilidad de apartarte para que no me estropees el carmín. ¡Ay, ese día! ¡Ese instante!

M

V

Jueves por la noche [2 de febrero de 1950]

¡Ay, qué nervios desde que te he dejado hace un rato! Pues ¡sí que he recuperado la sensibilidad! Esta vez sí que está aquí, y, si bien esta mañana me ha permitido paladear las mayores alegrías que puedan darse sobre la tierra, esta tarde me han tocado los mayores sufrimientos. Cuando dejé a mi padre, tarde ya para ir al teatro, creí que me iba a echar a llorar. Estaba sufriendo mucho y tenía ese aire extraviado e indefenso de niño que no consigue hacerse entender, ese aire que se me ha quedado grabado desde el año pasado y cuyo simple recuerdo me hiela la sangre.

Aun así, me he contenido y he actuado —incluso he actuado bien—, y he escuchado al amo, que vino a preguntarme si, después de *Los justos*, me gustaría actuar en *Le Diable chez la femme*,[256] una obra austriaca que ya me dio este verano para que la leyera y que no me entusiasmó. Sí; lo he hecho todo concienzudamente y he interpretado a Dora con amor. Es extraño, el hecho de que me obliguen a pensar en otro personaje —una especie de zorra lírica—, cuando todavía estoy completamente inmersa en mi Dora, me da cierto apuro, como si fuera una traición, y, al igual que el enamorado que rechaza la mera idea de poder querer en un futuro lejano a otra mujer que no sea aquella en la que en ese momento quiere pensar noche y día, yo me niego a colaborar, a corto o a largo plazo, con otra mujer que no sea Dora. Además de Deirdre, mi querida y tierna Deirdre, que es la única de mis hijas que se ha apoderado de mí hasta ese punto.

Al volver a casa, me encontré con papá algo más descansado y ahora estoy un poco más tranquila.

Estoy acostada y lista para enfrentarme a la noche, aunque con cierto

recelo. Me siento muy propensa a las ensoñaciones y, en cuanto me dejo llevar un poco, no tarda en llamarme al orden el dolor agudo de tu ausencia real. La situación de mi padre me zambulle de nuevo en un clima, en países, en un universo que conozco bien, pero que no puedo soportar valientemente más que contigo a mi lado. En ese mundo desierto y helado tu imagen ya no tiene sentido, o casi; ¡tu rostro que no puedo tocar!, ¡tus manos sobre mí!, ¡tus brazos en torno a mí!, ¡tus piernas estrechando las mías!, ¡el calor de tu piel!, ¡tus labios prendidos a los míos!

Eso es lo que aún puede apaciguarme; pero, ay, ¡estás a muchísimos kilómetros e interminables días de distancia!

¡Ay, querido amor mío! Ya sé que soy una pesada, pero ya no sé si prefiero vivir o morirme a medias, sentir o mantener un estado de embotamiento mental y sentimental hasta que vuelvas.

Pero ya está bien. No volveré a hablar de nada de eso. Lo dejo, de hecho, al igual que todas las noches, me siento vaciada, en las últimas de puro cansancio e incapaz de pensar y de hablar. Como mucho podría besarte. Tienes que perdonarme. Es culpa de Dora, creo.

Así que te beso y… ¡no sabes cómo!

M

V

Amor mío adorado. Me han despertado más tarde de lo que había pedido, aún repleta de las imágenes de un sueño increíble en el que, según un nuevo decreto del Gobierno, todas las mujeres debían pasar una vez por las casas de citas. Me llevaban allí sin gran disgusto por mi parte. Me había vestido de negro para el sacrificio y lo esperaba con curiosidad, pero, cuando me

presentaron a mi compañero, cuyo rostro no podía ver a oscuras, pero que yo intuía que era uno de los jóvenes que habíamos barajado para interpretar a Yanek, salí huyendo a toda prisa por pasillos, salas vacías, más pasillos, hasta una habitación apartada donde Serge Reg[giani] estaba esperando para rodar conmigo una escena de una película en la que teníamos que acostarnos.

En ese punto estoy.

Esta mañana fuera está gris. Papá se ha despertado muy temprano esta mañana pidiendo ver al médico al que no le toca venir hasta mañana. La enfermera ya le ha puesto la primera inyección. Obviamente, no voy a salir en todo el día y, por la noche, me quedaré sola con papá, porque ya va siendo hora de que Ángeles salga un poco a tomar el aire.

No sé si es por el sueño que he tenido, pero entre todos los tormentos que han aparecido en cuanto me he despertado, agitado todo lo que dormitaba todavía en mi casa, [se ha añadido] uno más que no me había torturado demasiado desde hace algunos días —no sin razón—, el deseo que tengo de ti. ¡Madre mía!

Bueno, cariño mío adorado, hermoso amor mío, mi dulce sueño, mi cruel recuerdo, te dejo ya. Hay que echar al correo esta carta, me gustaría que te llegase mañana.

Estréchame con tus brazos cálidos, trata de no ser demasiado brusco, demasiado brutal… al principio. Luego… haz lo que quieras conmigo. ¡Ay, ay, ay![257] ¿Cómo voy a hacer para aguantar ese grito?

Te quiero con furia, con sed, con un desenfreno que… que… en fin, que te beso como tú sabes, por doquier.

m

V

167 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 3 de la tarde [3 de febrero de 1950]

Tus cartas de miércoles-jueves. No entiendo nada de lo que pasa con mi correo. Echo una carta todos los días y a la misma hora. Deberías recibir una a diario y en la misma entrega. Voy a investigar en la estafeta de aquí. Y tú pregunta a tu portera si no se pasa un poco empinando el codo. En cualquier caso, es una lata. Para ti, por esos domingos de propina. Y para mí, porque me encuentro con cartas enfurruñadas que no me tratan nada bien. En particular, no me han gustado sino a medias tus bromas sobre el Torrens ese.

A ese respecto, estoy molesto de verdad. No me han avisado de nada. Y, además, si es así de alto, Michel [Bouquet] debe de parecer una ladilla en un tigre de la India. Por fin he recibido una carta de Hébertot, a quien había escrito, que me indica la fecha de una representación de *Calígula* en Tolón, que me dice que habrá que ocuparse de sustituir a Serge (y que me recuerda a cuenta de eso los inconvenientes de recurrir a estrellas de cine) y que me comenta su esperanza de figurar en la dedicatoria de *Los justos*. Y, en todo eso, ni una palabra del Tarzán de marras. Yo te lo mencioné porque Paulo [Œttly] me había hablado de él. Pero quería primero contar con una opinión. Si no da el tipo, la obra acabará antes de tiempo. Según Hébertot, se han hecho 105.000 francos por término medio (recaudación bruta) con una tercera parte de la sala, cada noche, y eso dista mucho de ser un éxito. Y, para que la obra dure, habría que darle apoyo. En fin… Todo eso me fastidia y me enrabieta y prefiero no pensar en ello. Mucho tendría que llover para que vuelva a meterme a escribir teatro.

Me contraría también mucho lo de tu padre. Sí, es para indignarse. Pero

creo que hay que fiarse de ese suero. Tenme al tanto. Aquí, calma chicha. Trabajé toda la tarde de ayer y solo bajé a cenar. Volví a subirme acto seguido y estuve leyendo en la cama para dormirme, luego me desperté a las tres, no sé por qué, y no pude volver a dormirme. Esta mañana bajé a Grasse a que me hicieran una radiografía cuyo resultado no me darán hasta el lunes. Aprovecharon para pesarme: había engordado tres kilos. Un poco más de paciencia y yo también podré brindarte un torso arrebatador.

El único cambio que ha habido es el piano todo el día. Es un fondo lejano con el que se puede soñar o trabajar. ¿Darle ánimos a F[rancine]? No he parado de hacerlo desde que la conozco. No siempre lo he hecho con rectas intenciones: a veces pensaba que ese arte podría servirle algo de apoyo y también aliviar al mismo tiempo el lastre de nuestra vida. Pero, en general, lo he hecho porque admiro su talento y me gustaría que estuviera orgullosa de sí misma. Sea como fuere, el hecho es que solo practica cuando le dan arrebatos. Pero en este momento le pone mucho empeño. *Veremos*.[258]

Creo que mi hermano llegará hacia el 15. Mi madre, no, porque le asusta el frío. Robert [Jaussaud] llega el sábado y se va enseguida. Animará un poco la casa, que bien lo necesita. Me enfado en frío. Pero ¿qué puede hacerse? ¡Tanta monótona amabilidad lo deja a uno sin recursos!

¿Qué más? ¡Ah, sí! Tengo jacintos en mi cuarto. Era la flor de mis inviernos de Argel. Siempre tenía en mi cuarto. Disfruto oliéndolos. Son azules como tu pelo, rozagantes como él. ¡Trabajos de amor perdidos! ¡Qué lejos estás, querido amor mío! Es tu boca la que lleno hoy de besos con el deseo que me despierta a veces por la noche y el amor de toda una vida.

A.

Viernes, 7 de la tarde [3 de febrero de 1950]

¡Querido amor mío! ¡Querido amor mío!

¡Otro día eterno que ha transcurrido sin ninguna señal tuya! ¡Y eso que en estas horas que me parecen duras la necesito muchísimo! Hoy no he hecho nada. No he salido. Tengo prohibido entrar en el cuarto de mi padre y solo paso por allí para hacerle la cura y ver de vez en cuando qué tal está. Por cierto, parece que su estado mejora. He leído, sin disfrutarlas, algunas páginas de Proust. Creo que no me sentía muy dispuesta a recibir ese ingenio suyo y una frase que he leído de pasada ha hecho que la lectura me resultara irritante. La apunto, para que lo entiendas. Está hablando de Françoise y de cierta nobleza que descubre en ella, que se le revela en la ropa que lleva: «… y era posible preguntarse si no existirán entre esos otros hermanos humildes, los campesinos, seres que son algo así como los hombres superiores del mundo de los pobres de espíritu… (me salto lo demás que mantiene el mismo tono)… y que no han carecido, para tener talento, sino de conocimientos».[259]

¡Acabáramos!

A partir de ese momento, cada frase y cada palabra me han resultado antipáticas y no me he reconciliado con el libro sino mucho más tarde, ya en Balbec, en compañía de la abuela y el nieto extraviado y pachucho, y aun así abriéndose ya a la vida ante el rostro de una joven o frente al mar.

Ahí dejé de leer. Tenía ganas y necesidad de música y delante de un buen fuego, me acomodé en el saloncito, que ya me ha conquistado definitivamente, y estuve poniendo discos. ¡Ay, qué buen rato, ojalá hubiera sido eterno! Por desgracia, el teléfono me anuncia una gala de despedida en

la Comédie-Française a la que no puedo faltar. El teléfono me anuncia una próxima película con Cayatte,[260] siempre y cuando el productor no se empeñe en que su amante interprete el papel que me han asignado. El teléfono, el teléfono y un acontecimiento aún más grave: Maurice Clavel, que viene a buscar un manuscrito a las cinco y media y se queda hora y media conmigo. Conversación, ¡y menuda conversación! Confesiones, ¡y menudas confesiones! Embustes, ¡y menudos embustes!

Ahora, por fin estoy sola y, después de todas estas aportaciones externas, nerviosa, angustiada, alicaída, cansada y a disgusto. Aquí estoy, sola, pequeña, y nada, nada tuyo a lo que aferrarme, donde esconderme, para defenderme de todos estos engorros que de puro aburridos no pasan de molestos. ¿Qué estás haciendo, cariño mío? Si ya has comprendido que siempre hay que echar las cartas al correo en Cabris, ¿qué ha pasado para que esta noche también tenga que quedarme sin ti?

¡Dime! ¡Habla! ¡Averigua! Y escribe, escribe de tal forma que nunca me dejes sola.

¡Hala! Me voy a hablar un rato con mi aparato de radio. Puede que él me consuele de este viernes de invierno húmedo y helado.

¡Quiéreme! ¡Quiéreme! ¡Quiere! ¡Quiere!

M
V

10 de la noche

Me ahogo. Nunca había sentido tanta vitalidad. ¿Qué hago? ¿Tocar música? ¿Bailar? ¿Leer? ¿Escribir? ¿Gimnasia sueca u otra? ¿Reír? ¿Llorar? ¿Telefonear?

¿Gritar? ¿Trabajar? ¡¡¡Todo a la vez!!! ¡¡¡Me gustaría hacerlo todo a la

vez!!! ¡Cariño! ¡Cariño! ¡Ay! ¿Dónde meto esta fuerza, este impulso, este bulle-bulle? ¡Ay, si estuvieras a mi lado, qué locura!

V

11 de la noche

Aquí estoy, acostada, como si me hubieran castigado, con todo «eso» dentro de mí, que me ahoga y se me sube a la cabeza. Si al menos me sirviera para hacer algo… ¡Mira por dónde! ¡Acabo de oír una sinfonía de Schumann! ¡Caramba! Si al menos me sirviera para hacer una sinfonía, accedería a llevar en mí ese lastre; accedería a oír el «la» ¡y todas las notas del mundo! Por desgracia, mi «la» está desafinado y no sé hacer nada. ¡Ni las vainicas de un mantel! Así que tengo que guardármelo, tragármelo. ¡Tocar! ¡Tocar el piano, o el violín, o la flauta! ¡Tocar algo o volar! ¡Ay, cuánto me gustaría volar! ¡Cariño, volar los dos juntos, cogidos del ala! Pero no. Me toca escucharte a través de la radio y mirar cómo te doblas sobre ti mismo en una reverencia redonda, frunciendo el entrecejo y tu hermoso rostro volviéndose cóncavo. No hay nada que hacer: ¡tengo que enmarcarte! Hay días en que no eres más que un redondel y me agota verte así abarquillado; así que te estiro con cuidado y, al ver mi sonrisa, te incorporas, aún preocupado, para hacerme una reverencia aún más profunda en cuanto te suelto. Así es como me das los buenos días y las buenas noches a diario, y, para que sigas haciéndolo, aún no te he enmarcado. Detrás de un cristal, estarías frío cuando te besara y ya no me volverías a hacer reverencias, ¿lo entiendes?

11 y media de la noche

Estoy escuchando a Mozart. Las danzas alemanas. ;

¡Ah, las noticias! No son tan agradables. ;

¿Has leído en los periódicos lo que pasó el otro día en el Parlamento? Durante uno de esos acalorados «debates» tan frecuentes allí, la señorita X, comunista, se mofó de no recuerdo de qué ministro. Entonces, alguien, al intervenir Marti dijo: «¡Ahí está el *mutin*!». Escándalo. Arremeten contra la bancada azul. Todo el mundo se insulta, grita, despotrica, y en medio de los gritos se vuelve a oír la voz del que había hablado: «¡Mutin! ¡He dicho *mutin* con *m*! ¡Con *m*! ¡No con *p*!». Vuelve la calma.[261]

Ayer me telefoneó Vivette Bloch-Michel.[262] Como ayer papá estaba enfermo (no te preocupes, la penicilina ha hecho efecto y se encuentra mucho mejor), le pedí que me telefoneara. Tengo intención de salir con ellos la semana que viene y tomarme un whisky. *¡También yo!* ¡Hala! Maurice Clavel me ha recitado un pasaje de un poema muy largo que ha escrito para Barrault. ¿Te ha recitado textos a ti alguna vez? Ya lo organizaré algún día; tienes que oírlo. Necesito una sesioncita como la que tuvimos en Ermenonville con Paul Bernard,[263] ¡el día en que cobardemente me tiraste de la nariz como excusa por haber soltado la carcajada!

En este último cuarto de hora, he tomado grandes decisiones *irrevocables*. Este año no quiero actuar más en el teatro. No quiero traicionar a Dora. Otra decisión. En la gala de la «Comédie-Française», interpretaré la oración de *Esther*, que no me gusta. No me da tiempo a preparar *Berenice* como es debido.[264]

Otra decisión irrevocable que tomo cada minuto: te querré toda la vida.

Dicho lo cual, creo que más vale que me duerma, si es que puedo. Si mañana no recibo nada tuyo, cogeré el primer tren para ir a estrangularte. De aquí a entonces, te estiro, te beso, te dejo a mi lado, me hundo en las

sábanas tibias, apago la luz… y empieza la tortura. Cariño, cariño mío, Albert querido, estoy hablándote muy bajito, ¿me oyes?, te estoy acariciando muy despacito, ¿lo notas?, te estoy besando algo a lo loco, ¿lo… sí?

Perdóname, amor mío, y ámame, ámame siempre.

V

12 y media de la noche

He vuelto a encender la luz. No puedo dormir. Las sábanas me daban demasiado calor. Hoy hace mucho calor en mis aposentos. El fuego de leña y el radiador le han dado a este escenario el calor que le faltaba y ahora se me presenta tal y como será, como tiene que ser cuando pongan la moqueta y esté todo terminado… cálido, acogedor… demasiado cálido, demasiado acogedor, demasiado cómodo. Estaba pensando en eso, metida en la cama, estaba pensando en el placer que me aporta, como un juguete nuevo y lujoso, y de pronto la imagen de todos aquellos… ¡ay, cómo cuesta decirlo!, pero, bueno, ¡ya me entiendes!, de todos aquellos que no tienen todo esto, me ha venido a la cabeza para romper mi bienestar y, cariño, es una bobada decirlo, pero me he sentido abochornada, profundamente abochornada, profundamente incómoda. He encendido la luz y me han rodeado todas estas flores. ¡Dios! ¡Qué opulento resulta esto!

De momento, no tengo nada que temer; vivo aquí dentro como si fuera el decorado de una de las obras que interpreto, sin que me resulte ajeno, pero dispuesta a dejarlo de un día para otro, en la última función. Desde que me instalé aquí, he vivido demasiado tiempo entre paredes desnudas para que todas estas colgaduras no me parezcan los mantones de Manila que hace

tiempo se colocaban por todas partes durante una fiesta y que se quitaban al día siguiente.

Por consiguiente, de momento no pasa nada grave; butacas, cortinas, lámparas, alfombras, cómodas, nada de eso ocupa aún el menor espacio en mi vida y no lo necesito, podría renunciar a ello en este preciso instante, sin echarlo de menos ni un poquito; así pues, que estén aquí o en otro lugar no añade y ni resta nada.

Pero, cariño mío, ¿y si me acostumbro? ¿Y si me cuesta prescindir de todo ello? ¿Entonces? ¿Con qué cara voy a pensar en los que no tienen nada?

¡Bueno, mira!, más vale que me vuelva a la cama. Dame un beso. Abrázame. Acaríciame.

V

Sábado por la mañana

Cuatro líneas antes de cerrar el sobre.

Acabo de despertarme. Ángeles me ha traído unos *churros*[265] con el café con leche para darme una alegría; lo malo es que se le ha olvidado añadir un poco de levadura a la masa y no le han quedado bien. Aun así, me ha parecido tan conmovedor y tan tierno que me los he comido y me pregunto si conseguiré algún día digerirlos.

Fuera hace buenísimo. Hoy no pienso salir en todo el día; tengo cosas que hacer en casa (leer manuscritos y correo). Mañana por la mañana iré al *marché aux puces* con Pierre [Reynal], que me ha invitado luego a comer en Le Relais, al lado del teatro. Entre la función de tarde y la de noche tengo que darle el pie a Torrens. El lunes por la mañana tengo grabación por la

mañana de nueve a doce y, por la tarde, «recibo» en casa. Para que te lo imagines todo.

Bueno; voy a levantarme, a arreglarme, a hacerle la cura a mi padre, a despachar el correo y las llamadas telefónicas. Hasta luego, cariño mío, mi amor, mi vida, mi felicidad.

Hasta luego. Hasta el lunes. ¿Has engordado? ¿Cuándo te toca volver al médico? Dime cómo andas de apetito, qué pasa con el insomnio y cuéntame algo sobre tu «autonomía».

Te quiero. Te quiero. Te beso largo y tendido y muy muy muy fuerte, con todas mis fuerzas nuevas y concentradas.

M

V

169 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 3 de la tarde [4 de febrero de 1950]

Una carta infeliz hoy, niña mía, una carta «perro mojado». Me gustaría mucho estar a tu lado y ayudarte a soportar todo eso. Me gustaría sobre todo ayudar a tu padre. Pero es imposible y lo único que queda es tener esperanza en ese suero. Pero te beso con toda mi ternura.

Ayer, después de echar tu carta, trabajé y puse un poco en marcha el ensayo. He dormido bien y esta mañana me llamó por teléfono Robert [Jaussaud]. Iré a buscarlo a Vallauris mañana por la mañana. El lunes llega a Cabris Michèle Halphen. La conoces, es la joven del Groupe de Liaison que se ocupó del Ángel Rojo y me acompañó una noche a tu casa.[266] Tiene problemas (un divorcio y una relación que no va bien) y viene al sur a

buscar un poco de paz. Me alegro, es una viviente pese a sus problemas y me gusta mucho. Pero todo esto son cosas para entretener el hambre. Mi único deseo de verdad es coger el tren. Tan de verdad que hasta prefiero no mencionarlo por temor a enardecerme y caer en la tentación.

Llueve desde esta mañana, y sin parar. Todo el mundo anda aquí con caras largas. Da muchos ánimos.

He recibido el amable artículo de Dussane publicado en *Le Mercure*. [267] ¿Lo tienes o quieres que te lo mande? Pero siguen siendo ese tipo de alabanzas las que ahuyentan a los espectadores. ¿De verdad soy tan austero, tan desconsolado? Dice que en Corneille los protagonistas mueren, pero que su propia muerte salva algo (Roma, el honor, no sé qué más). Pero ¿la muerte de K[aliáyev] no salva algo de D[ora]? ¿Algo mucho mayor que Roma y que es el amor incansable de la criatura? Ya sabes que no me gusta estar al margen, que no siento sino desdén por el estilo «incomprendido». Pero tengo de verdad la impresión singular, y a veces dolorosa, de estar monologando. Tengo tendencia a que me parezca *natural* el universo en que vivo y cada vez que lo enfrento con el de los demás me encuentro con reacciones de extrañeza, como si, lejos de ser natural, fuera insensato y desorbitado. ¿Qué hay que hacer? Versitos e historias verdes, a lo mejor, para ponerme a prueba.

Mañana es un día triste que me llega con oleadas de brumas. Me digo, para darme ánimos, que nos falta poco para llegar a la mitad de este destierro. ¡Pronto! Escríbeme, por una única vez, una carta larga con detalles, que me haga entrar un poco en calor. ¡Quiéreme! Te beso como lo deseas, como te deseo… ¡Ay, amor mío! ¿Te acuerdas de los camiones del amanecer en Senlis? El silencio volvía luego, y la noche, tú eras ardiente. Y yo dichoso… tanto como desdichado hoy. Te quiero.

A.

Domingo, 3 de la tarde [5 de febrero de 1950]

Ayer fui a echar mi carta a Grasse. A la vuelta y, hasta la cena, leí cosas acá y allá. Después de la cena, conversación general sobre la pobreza, la vejez, la muerte, etc. Son temas que no progresan. Luego, a la cama con mi Delacroix. Esta mañana, un despertar en un día espléndido. Me he puesto a corregir las últimas galeradas de *Los justos*, que llegaron ayer. He decidido no dedicárselos a Hébertot. Este libro te pertenece y la página de la dedicatoria irá en blanco. Esta tarde revisaré definitivamente el prólogo y liquidaré el correo que se me ha vuelto a quedar atrasado. Mañana se abre la temporada de trabajo.

Me noto reseco y apático. Aquí estás tú, que rebulles. Pero, dejando eso aparte, calma chicha por dentro. He sentido demasiado en estos últimos tiempos. Y este mes, o casi, de soledad interior, de privación, de destierro, no ha transcurrido sin lucha. Hoy, será por el sorprendente calor del día, tengo un sueño invencible en todo mi ser. Por lo demás, no temas nada. Si te llamo bajito, en mi fuero interno, vuelven las olas. Pero esta apatía no resulta desagradable y no te llamo sino de tarde en tarde, como una comprobación. Dormir, ¡ah, poder *dormir hasta la primavera*!

Menos mal que hace bueno. Desde mi ventana, estoy viendo en este momento un ciprés magnífico, dorado de sol, chorreando sol. Y si aparto la vista es para que se asiente un poco este empujón que me da el sol y este deseo un poco doloroso.

Ahora mismo estás actuando. Dentro de un rato te dedicarás a la literatura. Luego, Dora otra vez.

Y luego… Ahí es donde yo te espero. Querría estar en el cuarto amarillo,

acechando el ruido del ascensor, leyendo tu cansancio en tu rostro, primero… cariño, mucho me temo que no estoy tan dormido como pensaba. También está esto. Las ganas que tengo de ti me consumen día tras día.

Y, fuera de ti, tu ausencia, tus cartas, tu imagen, ya no valgo nada. Este domingo, este largo domingo sin ti es agotador. «La flor que era tan grata a mi corazón triste…».[268] ¡Ah, cuánto me gustabas, qué feliz era a tu lado! Hace siglos de eso. Te quiero, querida mía, te quiero, hermosa, furiosa, deslumbradora, entregada a veces.

Te quiero y te beso con furia, hasta asfixiarte, con toda mi alma y con toda mi sangre.

A.

171 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 3 de la tarde [5 de febrero de 1950]

Ayer me acosté de muy mal humor; pero conmigo mismo. No había hecho nada en toda la tarde, salvo dar vueltas alrededor de mi mesa de trabajo sin ponerme a ello en ningún momento. Llegó la noche y el ensayo seguía en el mismo punto. Me dije, por supuesto, que ese tipo de trabajo exige para su realización una lucidez y una inteligencia activas e intactas a un tiempo. Pero son las eternas excusas. La verdad es que la inercia triunfa en cuanto se trata de hacer un esfuerzo prolongado. Y me sentía ayer, al acostarme, un poco desanimado de mí mismo.

Esta mañana seguía la lluvia. Vivimos en una especie de nube perpetua desde la que chorrea la lluvia sin parar. Eso nos obliga a vivir sin salir de casa y con un trato aún más estrecho, y más engorroso en consecuencia.

Esta mañana fui, sin embargo, a buscar a Robert; no dejó de llover hasta Vallauris, donde encontré a mi Robert griposo y con fiebre, pero aún sobrexcitado con sus hazañas en el campeonato de *bobsleigh* de Chamonix, donde se ha dislocado un hombro mientras otros tres se abrían la cabeza o se mataban.[269] Este ingenuo ha decidido que él y yo, acostumbrados a hacer deporte juntos desde hace mucho, formaríamos un equipo invencible el año que viene; debo decir, por lo demás, que soy lo bastante bobo para que me tiente.

Me lo he traído sin que dejara de llover. Y se está tratando ahora mismo con whisky. A la una y media oí el programa de Odette Joyeux. Por primera vez desde hace cinco semanas mortales he oído tu voz. Debería haber estado emocionadísimo, y lo estaba, pero no tanto como esperaba. Hablabas y yo te escuchaba, entre toda esta gente, como la voz de la ausencia, desprendida del cuerpo, lejana, mecánica… Estaba más triste que feliz. ¿Cuándo, cuándo acabará todo esto? Amor mío querido, todo este espesor de lluvia y de nube me separa aún más de ti. Todo se vuelve fantasmal. ¿Me esperas al menos?

10 de la noche

Lo dejé hace un rato porque me sentía en un estado de ánimo muy triste. Pero me quedé con la carta para echarla mañana por la mañana en Cannes, adonde voy a buscar a Michèle Halphen. La tarde transcurrió tristona. Contesté a la correspondencia, diez cartas, y quedan otras tantas. Después de la cena, conversación sobre la bomba atómica y la bomba de hidrógeno, sobre la guerra que viene, etc. Habría que darse prisa, disfrutar, amar, etc. Subí a acostarme para al menos estar cerca de ti. Te quiero mucho, muchísimo ahora mismo. Sueño con nosotros, con lo que vamos a hacer, me muero de ganas de ti. ¿Sabes que echo de menos la calle de

L'Université[270] y tus visitas por las noches, el silencio por todas partes, tus manos calientes…? Amor mío, amor mío, pronto el final de todo esto, pronto tú, tus ojos, tu cuerpo. Tengo un hambre devoradora de ti. Escríbeme que me quieres, que me esperarías aún más tiempo si fuera necesario. Dime tu deseo, tu amor, haz como si estuvieras desnuda delante de mí, entrégate. Yo exploto y me quemo. Querría llevarte conmigo de una vez y acabar con este mundo idiota, estos escrúpulos agotadores. ¡El amor, nuestro amor! Eso es lo que está por encima de todo. Siéntelo aquí al menos. ¡Ay, dónde está el tiempo en que te aplastaba con mi cuerpo y el deseo no iba separado del amor! Te quiero, te espero. Te beso, hermosa mía, muchacha mía, sabrosa mía. ¡Pronto, nosotros! ¿Verdad que sí? ¡Ah, me estremezco de impaciencia!

A.

172 — María Casares a Albert Camus

Domingo por la noche [5 de febrero de 1950]

Cariño:

Una notita de nada solo para decirte que mañana por la tarde intentaré escribirte una carta larga, porque si bien el día de ayer fue bastante soso, el de hoy me ha ido dejando todo un ramillete de acontecimientos que realmente son dignos de que te los cuente. ¡Huy, tampoco creas que se trata de ninguna revolución ni te esperes que te cuente ninguna historia seria o cuando menos importante! ¡No! Son entretenidos, pero graciosos.

Esta noche me siento demasiado cansada después de la función de tarde,

el ensayo «Torrens» y la función de noche, y mañana tengo que despertarme a las siete para prepararme e irme a la radio a las ocho y media.

También tengo que contestarte a las dos cartas que recibí el sábado. Ayer no lo hice porque estaba demasiado nerviosa, demasiado crispada y no podía estarme quieta. Abrí *Bodas* y lo cerré en el acto. No es un libro que deba leerse en el estado en el que me encuentro estos días. ¡Vaya que no! He releído algunas frases y sentí como si se me abrieran en canal y mi boca no fuera a recuperar nunca la saliva.

Es tremendo, ¿sabes? ¡Qué hacer! Tú, que lees cosas serias y sesudas, que en ese momento te codeas tan de cerca con los grandes pensadores del mundo, ¿sabes lo que hay que hacer cuando sientes que te descuartizan con solo pensar en un rostro, con la mera imagen de dos manos pálidas, al recordar una boca que ya ni me atrevo a describir? Dímelo, amor mío querido; ¡ven a auxiliarme! Dime corriendo lo que hay que hacer para quererte con paciencia y tranquilidad cuando todo mi cuerpo te está llamando a gritos.

Hermosos ojos míos, de párpados entornados, ¡ayudadme!

No; ya hablaremos mañana. Prefiero dormir. Prefiero descansar. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Qué enamorada estoy de ti.

V

173 — María Casares a Albert Camus

Lunes por la mañana [6 de febrero de 1950]

¡Ay!, sí, amor mío querido, el pánico tiene algo bueno, y si no te hubiese dejado a mi merced, ¡quién sabe!, puede que yo siguiera malviviendo en la

niebla viscosa en la que me sumerge tu ausencia, en esta noche sin fin en la que no dejo de correr hacia el recuerdo impreciso de una luz desaparecida.

Empezaba a perder la esperanza en nosotros y a preguntarme si aquellos días de felicidad que vivimos juntos habían existido de verdad y si llegarían otros. En el fondo, muy en el fondo de mi ser, siempre he conservado, cómo no, la certeza de volver a estar contigo; ¿cómo si no habría podido aguantar esas horas tristonas que se hacen tan largas y se deslizan despiadadamente siguiendo su curso desenfrenado, y ante las que me he detenido, estúpida y espantada? Sí; algo más hondo, más importante y más auténtico que mi imaginación, ya desgastada e impotente, me ha sujetado a ti, a nosotros, a mí misma; es la tierra, el cielo, el mar, el aliento que me has metido dentro; es la vida misma que solo conozco de verdad desde que estás aquí, dentro de mí; es este dolor sordo que refunfuña en medio de mí, ese volcarse eternamente en una meta que se me antoja cada día más lejana, más inaprensible, más abstracta, pero también más necesaria y más vital. ¿Qué milagro es este que me hace quererte más a medida que tu imagen se aleja de mi recuerdo? No lo sé, pero el caso es que es así y no conozco un sufrimiento peor que el de esforzarse vanamente en recrear unos rasgos amados y desaparecidos.

Incluso mi deseo se aferraba con desesperación a mí para apoyar sus impulsos y ya no era un pliegue de tus labios, una mirada tuya, tus manos, tu hermoso rostro lo que me despertaba por dentro una tormenta, sino mis piernas abriéndose bajo la presión de tus manos, mi cuerpo enroscado de cierta manera. Claro está que, mediante un esfuerzo supremo de la inteligencia, aún consigo, rebuscando en mi memoria, recrear una mirada arrebatada que conozco de sobra, un ademán familiar que me trastorna. Pero debo recurrir a la voluntad y hoy no es habitual que me sorprenda una imagen tuya caída en el olvido y que un hecho externo se vuelva a formar

en mi mente, pillándome desprevenida. De hecho, puede que esto tenga sus ventajas; me parece difícil e incluso casi insufrible vivir tres meses del modo en que viví los primeros tiempos de tu ausencia. En cierto modo, debo reconocer que la naturaleza es clemente, pero me conoces lo bastante para saber lo desgraciada que puedo llegar a ser cuando se me niega algo que me resulta esencial: la vida. Ahora bien, en esta especie de descanso triste y taciturno, en un aletargamiento que entorpece la mente y los sentidos, en este prolongado y taciturno silencio, lo que me falta es la vida, todo lo que no seas tú o contigo no me interesa nada.

Hay días en que esta absoluta falta de gusto, de interés y de deseo por participar, en la que me sume tu alejamiento, me espanta. Desde siempre estaba acostumbrada a vivir primero para mí. Pero la embriaguez que me arrastra cuando pienso en tu regreso, que para mí es una certeza, cuando me represento la idea de nuestra unión indestructible, cuando reflexiono sobre esa certidumbre en nosotros que tengo a todas horas, mi felicidad es tal que estaría dispuesta a dar años de angustia y sequía para toparme, tras un recodo de mis padecimientos, con esa enorme alegría que me deja anonadada.

¡Ay, sí! ¡Que vivas y todo estará ganado!

¡Vive! Vive, cariño mío; es lo único que te pido. De tu amor no tengo dudas. Vive. Mientras vivas, yo seguiré existiendo en este mundo y lo único que veo llegar con espanto en ese porvenir que nos está reservado es la muerte que me separará de ti para siempre. La muerte. Me dejaba fría antes de conocerte. La temía, claro está, la temía en la medida en que me arrebataría para siempre las alegrías del presente que constituían mi vida en cada momento; pero porque vivía en el presente, sin vínculos, por así decirlo, con el pasado y el porvenir, sin vínculos con lo que, en cierto modo, me resultaba externo, porque vivía encerrada en un mundo que disfrutaba

sobre la marcha y porque me sentía satisfecha con lo que tenía en cada instante y no esperaba nada más del instante siguiente y me sentía, en cierto modo, reconciliada con la perspectiva de morir algún día. Tú llegaste para darme una sed continua, para hacerme esperar «algo más» a todas horas, para crearme una insatisfacción constante y que, por ende, me horrorice que algún día puedas llegar a privarme de ti para siempre y me rebele contra todo y, por desgracia, contra ti cuando no te noto lo bastante pegado a mí, lo bastante ávido también tú de esos días que se nos conceden. Me has envejecido, amor mío; has hecho de mí una mujer, cuando no era más que una niña, un ser humano, cuando no era más que un animalito.

Es imposible que la necesidad que tengo de ti acabe algún día, ¿me oyes?, y también es imposible que algún día no me correspondas con la misma hambre de mí que yo tengo de ti.

Abandona pues tus temores, tus tormentos tan vanos. Ahora ya no se trata de conquistarnos mutuamente, sino de conquistar el mundo el uno con el otro, el uno dentro del otro. *No te dejaré nunca, te pertenezco por completo para siempre y todo está salvado*.

Esto es lo que tenía que decirte y que en adelante no haré más que repetir. Ahora, descansa, cúrate corriendo, trabaja bien y vuelve conmigo lleno de energías y fuerzas renovadas parar compensar un poco las que me faltan a mí, aquí encerrada en medio [de] esta ciudad que tanto me gusta y que nunca tengo ocasión de ver. Y, sobre todo, sobre todo, cariño mío, amor mío, guapo mío, claro mío, lúcido mío, inteligente mío, sensible mío, por favor te lo pido, si algún día una de mis cartas no llega a tiempo, no te imagines todos los desastres de la tierra entera. Pobrecito amor mío, ¿no recuerdas que ayer sin ir más lejos recibí unas páginas tuyas en las me pedías por favor que no te escribiera si me resultaba fastidioso o cansado? ¿Lo recuerdas? Sonreí al leer esas líneas, pero no pensé que al día siguiente

el servicio de correos me daría la oportunidad de reírme de ellas con toda la felicidad del mundo en el corazón. ¡Je, je! ¡A todos nos llega el turno! Antes, aún no hace tanto tiempo, te habría dejado un par de días sin noticias adrede, de vez en cuando: pero no me disgusta que el Estado lo haga en mi lugar.

Perdóname. Cada cual se divierte como puede.

¿Qué tal el viento? Aquí sigue soplando mucho y me pone de los nervios. ¿Qué tal el sol? Aquí lo veo de vez en cuando, escondido detrás de una nube. Pasa deprisa, ajetreado, prometiéndome días mejores. Le encargo un montón de recados para ti. Espero que los cumpla como es debido.

¿Y el trabajo? Por cierto, Hébertot vino a veme ayer para hablarme una vez más del asunto Torrens. He decidido quitarle los reparos que tiene contigo. ¿De qué iban a servir? El asunto está cerrado y, en definitiva, no creo que Torrens sea peor que cualquier otro. Decididamente, la recaudación está subiendo. No llegamos a completar aforo, pero la sala sí que se llena mucho más y con un público bastante más efusivo. El amo, al enterarse de que puede que yo tenga que rodar una película en el mes de marzo, me ha preguntado amablemente si quería una contrafigura. Le he contestado que no había necesidad, salvo en caso de que me pusiera enferma, lo que también podría pasar, aunque no estuviera rodando. Me pidió, además, que pensara sobre la posibilidad de representar *Los justos* en la Ciudad Universitaria el viernes 3 de marzo y ver si yo estaría en situación de aceptar o si me resultaría muy cansado. La verdad es que conmigo está de lo más correcto.

Aquí, en casa, sigue la rutina de siempre. A mi padre se le han curado las anginas y ahora está esperando los resultados del análisis de sangre para saber cuándo le pondrán la primera inyección de suero. De momento, se

siente cansadísimo y un poco impaciente. Por lo demás, todo va bien en la medida de lo posible.

Ángeles está como una rosa, los días pasan, y tanto si quiere acabar de una vez sus tristes años en el fondo del Sena como si se le ilumina la cara por la presencia de Juan, sigue siendo la misma.

Quat'sous está cada día más joven.

En cuanto a mí, soy las risas, las sonrisas, las iras, las quejas y las tormentas del mar junto al que nací; pero hoy el sol brilla por todo el océano y tengo ganas de gritar de amor, de entusiasmo, de alegría, de gratitud y de felicidad.

Te quiero, amor mío, y te agradezco que sigas siendo lo que eres, que me traigas constantemente más de lo que te pido y que, por último, me dejes constantemente en la boca esa sed insaciable de ti, de ti siempre.

M

V

174 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 3 y media de la tarde [6 de febrero de 1950]

Decididamente, no entiendo nada. Recibo tu carta del viernes y a ti no te ha llegado aún nada mío. Ayúdame a investigar. Te he escrito todos los días y he echado las cartas a diario. Así que mira a ver si lo has recibido todo, si tienes los siete días de la semana. Si es que sí, controla la carta que tenga un día de retraso y mira el matasellos. ¿Es de Cabris o de Grasse? ¿Y qué fecha lleva el matasellos: del mismo día o del día siguiente? Luego tomaré medidas al respecto.

¡Vaya carta que me has escrito! Lleva un rato abrasándome. ¿Acariciarte? ¡Ay!, si querría estar bebiéndote largo y tendido, sin tregua. ¿La autonomía? Aquí está mientras te escribo, en mi regazo. Lleva treinta y cinco días sin dejar de atormentarme. Todos esos días y esas noches no han sido sino una larga llamada hacia ti. Es una llaga, vivaz como un animal. A veces se queda dormida y se despierta de pronto en el momento en que menos me lo espero. Olvidar, olvidar, eso es lo que querría yo. Pero la memoria es terrible, precisa, ardiente.

Ha llovido toda la mañana. Me desperté agotado. No me había dormido hasta la una y media y al insomnio, por supuesto, lo acompañaban malos pensamientos. A las cuatro me despertó una pesadilla abominable. Eras infiel y me plantabas cara. No me volví a dormir hasta las siete. A las ocho y media ya estaba levantado. Llevé a Robert [Jaussaud] a Cannes y recogí a Michèle Halphen, a la que traje al hotel de aquí. En el coche no podía apartar mi mente de ti y me enternecía. «¡Qué guapa es! ¡Qué buena es cuando quiere! ¡Cómo me gusta esto y lo otro! ¡Cómo nos parecemos en el fondo! ¡Qué amor y qué deseo!…», etc., etc.

Luego tu carta. Y desde ese momento no me puedo estar quieto. ¡Ah!, si estuvieras aquí, esta tormenta que viene, tu sabor, tu sabor sobre todo, tú entera, esplendorosa mía, negra mía, piragua mía, tersa mía… ¡Ah!, me asfixia este largo deseo que tengo de ti.

Otra cosa, corriendo. ¿Qué es eso de las mentiras y las confesiones de Maurice Clavel? ¿Qué es esa «recepción» en tu casa? Háblame, dame detalles. ¿Y tú? ¿Has engordado, estás guapa? ¿Comes? Yo estoy bien. Solo con que el trabajo fuera mejor no tendría más motivo de tristeza que tú. Y bien sabe Dios que con eso basta. Esta ausencia me deja vacío, me seca la boca, hace que se me abrasen las sienes. Pienso en ti a todas horas, en todas

las vueltas de la conversación y del silencio. ¡Cuántas imágenes tiernas o ardientes! ¡Qué vida la nuestra, amor mío!

Está aclarando. ¡A lo mejor vuelve a hacer bueno! Será la promesa de la primavera. ¡Valor, cariño! Te quiero, te apoyo con toda mi voluntad, desde lejos… Vela por nosotros y por ti. Yo me aplico para volver a ti mejor y más fuerte. No pienso y no vivo sino para ti, mi amor querido. Te beso, te colmo la boca de besos, te cubro de caricias, te bebo con avidez… Te llevo conmigo, Maria querida. Cuida de este amor que me es más querido que yo mismo. Te quiero.

A.

175 — María Casares a Albert Camus

Lunes por la noche [6 de febrero de 1950]

Acabo de volver del teatro. Aquí me tienes, otra vez en la cama después de una jornada de penoso hastío y absoluto agotamiento, pero tras horas y horas anhelando acostarme y dormir, ahora resulta que la función ha borrado cualquier rastro de cansancio y no soy capaz de conciliar el sueño.

He releído ahora mismo tus dos últimas cartas y me han causado una curiosa impresión. Cuando tomo conciencia de que estás viviendo en algún sitio, de que te levantas, de que comes, de que te acuestas, de que hablas, de que te enfadas, de que te ríes en algún lugar lejos de mí, rodeado de seres vivos —¡bueno, más o menos!—, cuando me entero de que Robert [Jaussaud], a quien conozco, Michel, Janine [Gallimard] van y vienen a tu alrededor y de que asistes a un montón de pequeños acontecimientos cotidianos, me quedo sorprendidísima y algo en mí se niega a admitirlo.

¿Lo entiendes? La casa, el paisaje que te rodean para mí forman parte de un sueño que se reduce a unas pocas palabras y a una tarjeta postal; no es muy real. La presencia de F[rancine] tampoco me parece muy verosímil; forma parte de las brumas que siempre emborronan parte de un ser; se me aparece como un fantasma del pasado que te convierte en alguien a quien nunca podré conocer plenamente, alguien desgajado de mí que nunca podrá ser mío del todo, pero no deja de ser una imagen desdibujada, un poco abstracta; es tu yo desconocido. Mezclado con él, para mí desapareces de este mundo, dejándome solo el recuerdo de aquel al que he conocido y que no tiene nada que ver con el otro. En cierto modo, viene a ser lo mismo que si estuvieras muerto y en cierto modo me duele igual. Aun así, lo entiendo; pero que la imagen de un ser que existe para mí se mezcle contigo en mis ensoñaciones y que de pronto me dé cuenta de que es algo real, de que Robert [Jaussaud] o Michel [Gallimard] pueden, si les apetece, darte la mano en ese momento, eso ya ni siquiera me duele, sino que dejo de entenderlo. ¿Me explico?

Dejo de entenderlo y, sin embargo, va a seguir pasando durante días y más días. ¡Qué raro y qué extraño resulta! Michel o Janine te pueden abrazar, pueden mirarte cuanto quieran las comisuras fruncidas de los labios y construirse durante un tiempo insustituible toda una existencia en torno a ti que a mí se me arrebata para siempre. ¡Reconoce que tiene su gracia! Y pensar que no vamos a parar de hacerlo y que, dejándonos llevar por la vida, volveremos a desdeñar —por un viaje, por unas vacaciones, por una película— días y días venideros. ¡Ay, qué inteligentes!

No, cariño mío, amor mío, no me acuerdo de los camiones al amanecer en Senlis — solo recuerdo haber creído… —¿una vez, supongo?— que me despertaba la tormenta y haberme vuelto a dormir enseguida con un calor que ahora me falta tanto que me duele; recuerdo las botellas de Vichy que

pedíamos por la noche, esperar al camarero de planta que no llegaba nunca, recuerdo cómo, poco a poco, durante esos días, fui conociéndote, conociendo a tu yo íntimo, tembloroso y cálido, recuerdo haber cobrado conciencia, de pronto, de un peligro espantoso y recuerdo, por último, los últimos respingos de mi egoísmo, hasta entonces tan firme, y de mi entrega, mi aceptación, mi consentimiento… un poco más tarde.

¡Ay, sí!, lo recuerdo. Y sueño, sueño. Sin tregua. Sin tregua. Y construyo y arreglo, y no deja de desplomarse todo y vuelvo a empezar. Sin tregua.

Esta noche, durante el entreacto, nos pusimos serios. Hablamos de los hijos que podríamos tener. Yo intenté salirme por la tangente, escaquearme, pero Jean y Michel estaban empeñados en hacer un retrato de mi hija, porque habían decretado que iba a tener una hija… con la barbilla puntiaguda y los ojos almendrados. ¡Qué pillines! En lo más hondo de mí algo daba bandazos y yo soñaba, soñaba, soñaba.

Pero ¡ay!

Ahora soy demasiado vieja para tener hijos y, además, ¿podría y sabría ser madre?

Perdóname, cariño mío. Como hay un territorio que nos está vedado, nunca soñamos y esta noche estoy harta de una vida que solo llega al caer la noche; tengo ganas de tener planes de futuro, de no sé qué. No te preocupes; me durará lo que dura una carta; luego todo se borra y ya solo se trata de empezar de nuevo. Quizá habría que procurar no escribir estos deseos o estos estados pasajeros; puede que sea otorgarles una consistencia que no tienen —y eso es lo que en general aborrezco de las cartas—, pero, ya sabes, esto me sienta bien.

Me voy a dormir, amor mío; voy a macerar un poco el catarro.

Hasta mañana, cariño mío; hasta mañana, hermoso rostro mío, duerme, duerme bien. Sigue queriéndome. Sé valiente. Te beso con toda el alma

176 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes por la tarde [7 de febrero de 1950]

Resulta que me las he apañado para tener un buen rato por delante y escribirte algo más en detalle; primero quería explicarte unas cuantas cosas para luego charlar libremente contigo. Sin embargo, me temo que la primera tarea me va a resultar difícil; he dormido poco, esta mañana al despertarme tenía encima un catarrazo cuyos primeros síntomas empecé a sospechar anoche y, a eso del mediodía, cuando volví a casa y después de la cura y de un conato de breve conversación conmigo, mi padre declaró con tono convencido y convincente que yo había alcanzado un nivel de embotamiento integral, solo pude añadir una rotunda afirmación. Pero mejor escucha este pedacito de diálogo en vivo:

> PAPÁ. Sé buena y telefonea a los Negrín.[271] Ayer me llamaron: acaban de llegar a París.
> YO. ¿Sí?… ¡¡Sí!! ¡¡Sí!! (medio mutis). Y, cuando me contesten, ¿qué les digo?
> PAPÁ. ¡…!
> YO. ¡Hola! ¡Ah! ¡Les digo hola!

En esas estoy. Pero vamos a dejarlo ahí; más vale.

Antes que nada, quiero quitarme de encima el asunto de *Los justos*, porque para mí también se está convirtiendo en un motivo de rabieta continua. No sé si la obra está siendo o no un éxito. Lo único que sé es que podría haberlo sido si el amo hubiese decidido poner un poco de su parte.

Fuera de determinado círculo, muy poca gente en París sabe que se está representando *Los justos* en el teatro Hébertot, y no paro de encontrarme con gente a quien le gustaría volver a verme en el teatro y que están deseando que actúe en alguna obra. Bueno; no importa mucho.

Ahora tampoco las recaudaciones resultan fiables. Excepto en dos o tres teatros, todo ha bajado, y el público que nos queda no es «totalmente de pago». Por consiguiente, el número de espectadores es muy superior a lo que dejan suponer las recaudaciones y el público sigue siendo —por así decirlo— muy efusivo.

Tengo que reconocer que no me esperaba semejante acogida y que me siento de lo más boba y sorprendida con las reacciones que al parecer experimentas.

En cuanto al rechazo que sientes hacia el teatro, permíteme que no lo comparta del todo, y menos ahora; interpretar a Dora ha sido y es una gran alegría, una alegría que no olvidaré nunca. De hecho, lo demuestro casi todas las noches. Se lo doy todo y ella tiene mucha culpa de mi embotamiento. Me chupa, me vacía; ella también lo sabe y me quiere. Es mi mejor amiga.

En fin, ya volveremos a hablar de esto algún día, cara a cara; de momento, vamos a dedicarnos a salvar los muebles.

He ensayado por encima mis dos escenas con Torrens. Es un muchacho «inteligente y simpático, muy de mi estilo».

No te preocupes; no es tan alto y Michel [Bouquet] no pasará inadvertido a su lado; espero, por el contrario, que solo se lo vea a él. Es… ¿cómo decírtelo?, un emblema de la piscina Deligny, guapo, apuesto, dotado de una graaave y hermooosa voz, no se considera moco de pavo, y creo que —por lo que he podido apreciar— hábil. A lo que hay que añadir cierta sensibilidad, la suficiente para actuar, y una mirada directa y conmovedora,

en la que desgraciadamente te escurres para detenerte un instante en la frente —baja, cóncava y huidiza— y seguir escurriéndote y escurriéndote hasta el infinito. Pasamos tres cuartos de hora ensayando al pie y quedamos una mañana en mi casa y sacó tiempo para decirme que su enfoque del personaje de Yanek era distinto al de Serge, que le parecía un poco monótono, y que cuando él tomara el relevo, como tiene muchos amigos periodistas, la prensa enseguida se haría eco, reavivando así la publicidad y la curiosidad por el espectáculo.

Paulo [Œttly] y me ha comunicado que no asistiría a la siguiente sesión habida cuenta de que… estaría yo. Así que espero más detalles en el próximo ensayo.

En lo que se refiere al traje, a Hébertot se le ha ocurrido que con alargar las mangas de la chaqueta de Serge [Reggiani] se zanja el tema. ¿Que los hombros están un poco justos!… ¡Sí, sí!… Pero ¿qué más queréis? ¡¡¡Encima de que ya hay que hacer un pantalón y una camisa nuevos!!!

¡Ay! No, cariño mío, de verdad que prefiero cambiar de tema. Este me pone de los nervios. Solo has de saber que no creo que Torrens sea malo, aunque lo haya visto poco. Será… escaso, corto, pero honrado. Podría haber sido peor.

Al margen de estas perspectivas medio jocosas del cambio de pareja, las funciones siguen su curso normal.

La recaudación lleva tres días subiendo y nos lo comunican todas las noches con voces distintas pero siempre igual de emocionadas y atentas: «¡Sigue bajando!».

¡Vaya teatro más raro!

En cuanto al éxito comercial de la obra, no me fijo en él porque en cierto modo me importa poco. El gran público en este tipo de espectáculos lo único que hace es molestarme y más en esta época en que está acatarrado y,

aunque se porte bien, tose a su pesar. Por cierto, te envío una de esas cartas animosas, que recibí el sábado, para que hagas cierta idea de la calidad de los que se sientan en una butaca de «SU teatro».

¡Huy! Perdona, cariño mío. Perdóname en tu propio nombre y en nombre de todos aquellos a los que puede que infravalore en algún momento; pero en este momento me siento vieja y cansada, y noto que tengo la generosidad algo desgastada.

Sí, soy más mala que la tiña. Mala, cruel e injusta, y eso es lo que más me deprime; perdona. Perdóname, se me pasará con el final del invierno.

¡Mira! Para cambiar de tema, te voy a contar unas cuantas anécdotas.

1) Anoche, Michèle Lahaye, que le había pedido a Hébertot dos localidades gratuitas, tuvo el honor de recibir del maestro una nota que me leyó. Como sus invitados se apellidaban «Fonchardière», creo, el amo investigó al padre, a la hermana, a la madre, a los hijos y a los suegros de una De la Fonchardière y escribió una especie de cartilla familiar con detalles sobre la posición económica de cada uno que dejó en el camerino de Michèle junto con una notita de disculpas en la que decía que no podía permitirse pagar las localidades a gente así de rica. Se había equivocado de persona, pero gracias a ese gesto, por lo visto, durante una temporada tendrá en casa de los Lahaye unas líneas de su puño y letra enmarcadas encima de la chimenea.

2) Has visto la película *El cuervo*.[272] ¿Te acuerdas de la niña flaca, enjuta y encogida que jugaba a la pelota y llevaba gafas? Pues anoche, después de la función, cuando estaba en mi camerino, cansada y triste, de pronto esa muchacha, o más bien una de las que se parece a ella, entra, me exige un autógrafo y, mirándome con ojos ardientes a través de las gafas mientras me daba apretones breves y fuertes en el brazo derecho, exclama: «¡Qué pena que no pueda firmar usted con los ojos!» y sale corriendo.

3) También vino Gina o «Gino para las damas», justo después. Torva. Torva. Torva. Peligrosa. Me pidió consejo sobre un asunto amoroso con Josette, a la que quiere físicamente pero con quien no se lleva bien, y le contesté tímidamente, con muchas precauciones —¡podría haberme matado!— que mi experiencia femenina era demasiado escasa para que mi opinión le resultara útil.

Escucha, cariño mío, yo no sé si Dora tiene un poder desconocido que atrae constantemente a los locos a mi alrededor. Lo único que sé es que nunca me había encontrado con tantos porque… ¡los hay que no te cuento!

Pero volvamos ahora a cosas más serias.

Tranquilízate. Papá se ha curado del todo de las anginas, pero esa pequeña complicación lo ha dejado cansadísimo. Ya no le ponen inyecciones. Mañana acabo las vaporizaciones y estos días le han vuelto a hacer un análisis para ver si está listo para aguantar el suero. Te tendré al tanto de los resultados.

Aparte de eso, todo sigue igual. Yo «languidezco y me quemo», me arrastro y me aburro como nunca. ¿Cómo puede alguien aburrirse tanto? Pero si no paro. Yo… ¡Ay! Qué va. Ya está bien de hablar de mí. Ya no me soporto. Pasemos a otra cosa.

¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! Tres kilos. Está muy bien que hayas engordado tres kilos. Aun así, te prohíbo que te presentes ante mí con el torso de «Torrens». ¡Dios! ¡Qué espanto! ¡Ay! ¡Tú! Mi hermoso torso acogedor, cálido, ancho, enroscador; mis hermosos hombros egipcios convertidos de pronto en un radiador de cuando la ocupación. ¡Qué horror!

No; hermoso amor mío. Engorda, fortalécete, haz lo que quieras pero no dejes de ser lo que amo: ¡tú!

¡Ay! Voy a parar. Esta noche te hablaré de nosotros. Ahora voy a dormir

un rato. Tengo que descansar —habrás notado que lo necesito— para actuar bien.

¡Cariño! ¡Cariño! ¡Qué lástima estar tan lejos de ti! Qué felicidad también estar tan cerca de ti, a unos kilómetros, a unas semanas. Abrázame.

M
V

177 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 3 de la tarde [7 de febrero de 1950]

¡Tu cartita desdichada y ávida del domingo! ¿Así que también en eso me echas de menos? ¡Ah, qué dulce es que lo deseen a uno en el amor, no puedes hacerte una idea! Sí ¿qué hacer? ¿Qué hacer para refrescar esta larga y árida quemadura? ¡Está todo tan lejos! Pero ¿no podríamos salirnos al encuentro, tomarnos y saciarnos y volver a irnos hasta el reencuentro definitivo? Voy a ver, a echar cuentas.

Cariño, el día es espléndido. Sol y luz. Toda la montaña brilla. Se ha cubierto de pronto de cantos de pájaros que llegan desde todas partes a mi habitación. Que fuera así hasta el mes de abril estaría bien. Me ayudaría. Y en abril, aún más luces y más cantos y nosotros dos unidos por fin, soldados uno a otro, vivos… Te quiero, querida mía.

Nada de que informar desde ayer. He trabajado mucho y bien en la cama. Trabajo mejor desde que he decidido no moverme de esta cama más que

para las comidas y las salidas. Esta mañana, como todo el mundo estaba en Grasse, he seguido trabajando y luego me he dado un paseo yo solo. El sol me calentaba suavemente, te llevaba cogida de la mano y caminábamos juntos por la montaña. Estuve de buen humor durante el almuerzo. Ahora estoy menos entusiasta, pero voy a trabajar, da el sol en mi cuarto y, no sé por qué, tengo la impresión cálida y presente de que me quieres. Con lo que me meto en la dulzura y en la melancolía. En cierto modo, creo que soy feliz. Fugitivamente, de forma más punzante que duradera, pero, en fin, feliz y lleno de gratitud y de amor por ti.

Dentro de un rato recibiré por teléfono los resultados de la radiografía. No sé si me dará tiempo a escribírtelo aquí. Pero de todas maneras estoy en buena forma y no tienes que preocuparte de nada.

Dime qué tal va la prueba Torrens; háblame de ti sobre todo. ¡Ay, te evoco y me duele! Eres tan mujer y es tan dulce y torturador imaginar tu cuerpo a lo largo del mío. Hoy te quiero con furia. Te beso hasta asfixiarte. Te acaricio, te aplasto… Pero vamos a dejarlo, ¿verdad?, niña mía, hermoso amor mío, es como para soltar gemidos… ¡Ay!, dormir, dormir durante todo este tiempo y despertarme junto a ti.

A.

178 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 2 de la tarde [8 de febrero de 1950]

Recibo tu carta de lunes martes. Me doy cuenta de que estás triste y un poco

desanimada, mi niña querida, y querría ayudarte. Pero estoy lejos de ti y no puedes sentir el calor de este gran arrebato de amor y de ternura que me proyecta hacia ti en este momento. Te quiero y te comprendo. Si mi corazón, junto a ti, nunca dejó de estar algo triste, incluso en nuestras mayores alegrías (no, se me había olvidado cuando a veces la felicidad me embriagaba, literalmente), es porque nunca he dejado de pensar en las cosas de las que te privaba. Pero siempre tuve, y esa es mi disculpa, la esperanza ciega de satisfacer por completo algún día tu espera. Sí, estoy lejos de ti y otros participan en mi vida. Pero me parece sin embargo que esta vida es tan poco una vida que no te pierdes gran cosa. Cruzo por los días y las presencias en una especie de sueño, sin dar nada y sin recibir nada, no tan desdichado como debería serlo, salvo cuando tengo crisis, nunca dichoso sin embargo salvo en la ensoñación. Es cierto sin embargo que estos días son días perdidos para la verdadera felicidad. Pero estoy completamente resuelto a dejarte por mentirosa cuando prevés que despilfarraremos más días. No estés triste, mi amor querido. Aún carecemos de muchas cosas, pero hemos conquistado otras muchas. Lo que ya teníamos no se puede medir. Y es lo que permite prever que podremos con todo. ¡Demasiado vieja! ¿Estás loca? Apenas si estás empezando a vivir. Y la vida tiene aún que darte todas sus alegrías y sus fecundidades. Sus dolores también, naturalmente. Pero un amor grande y fiel es el crisol donde se funden alegrías y dolores para transformarse en grandezas y en bondad.

Esa es al menos la esperanza que albergo para ti. Por muchas más razones podría decir yo que soy viejo. He vivido muchas cosas, he corrido mucho, e incluso mi cuerpo… Y sin embargo aún me siento con fuerzas suficientes para volver a edificarlo todo a mi alrededor. Mi fuerza eres tú, es cierto. Y si hoy mismo no existieras, la vida sería para mí un desierto insoportable en el estado en que me hallo. Paciencia, querida mía, y ánimo.

Si es que el amor más lúcido y más apasionado puede algo en este mundo, volveré a ver tu hondo rostro de felicidad. Quiéreme al menos y ten confianza.

El día está gris. He bajado esta mañana a Grasse a recoger mi radiografía. El médico opina que voy bien encarrilado, como siempre. Cierto es que tengo de él esa horrible sospecha. Es lo que le quita valor a su opinión. Será en marzo cuando quedemos informados. Pero *en cualquier caso* no volveré a la montaña y me quedaré en París. Viviré a cámara lenta, pero viviré cerca de ti.

La carta que me has enviado me ha dado que pensar. ¡El talento del público! Lo que hay que oír. Se escribe, se interpreta, se crea para *unos pocos*, esa es la verdad, y es duro que lo diga alguien que querría crear para todos. Dime qué tal le va a nuestro modesto Torrens. Avísame también de cuando debute, a lo mejor le pongo unas líneas por cortesía.

Amor mío, ni hermoso y gran amor, querría que acabases esta carta con una dulce calidez en el corazón, con la certeza del amor, con mis labios en la nuca y mis brazos a tu alrededor. Te quiero y te espero. Adiós, querida mía, playa mía, dulce mía. Te beso con mucha ternura, al principio…

A.

179 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Miércoles, 11 y media de la mañana [8 de febrero de 1950]

Me he despertado a las diez, alicaída. Fuera hacía sol, pero ahora ha

desaparecido. Pierre se pasó como una exhalación para traerme unas fotografías que tengo que enmarcar. Yo estaba con el gesto torcido.

Estoy harta de estas mañanas tristonas y sin sorpresas. Junto con las últimas horas de la tarde, son los momentos que me resultan más duros.

Tu carta por fin llegó. El correo ha recuperado su ritmo normal. Tengo mi sustento cotidiano al despertarme. Esta vez era una carta de lo más ardiente y me dio la impresión de que susurrabas las palabras debajo de las sábanas cálidas.

El deseo que tengo de ti se exaspera y me exaspera. Van pasando los días y cada vez me vuelvo más cerrada y casi amargada. Me siento torpe, crispada y angular. Ando y me muevo a trompicones, de forma brusca y sin mesura. Todos mis movimientos han dejado de ser redondos, elásticos, relajados, gráciles. Me siento retorcida y del revés, como un guante al quitárselo, con la piel tirante como si me la hubiese untado con limón y, cuando estiro el brazo, tengo la desagradable sensación de que me gritan los huesos. Por dentro, más de lo mismo: ojos apagados, entrecejo fruncido, las comisuras de los labios caídas, la cara con pliegues, arrugada, ajada, voy dando saltos como un albatros que ha perdido las alas.

¡Ay, no! Guapa no estoy.

Pero no importa; cuando llega una carta tuya, cuando me demoro en la «foto» que se queda al lado de mi cama, cuando un detalle insignificante me vuelve a llevar junto a ti en medio de la gente o de las cosas que apenas veo, la ola, el raudal, la tormenta, la tempestad que entonces me llenan por completo me demuestran constantemente que está todo ahí y que aún podré volverme guapa, muy guapa y para un momento inigualable.

Mediodía

En el fondo, no estoy hecha para la vida que llevo y me pregunto qué acontecerá el día en que a mi alrededor nada me empuje, el día en que esté sola, sin nadie a quien satisfacer de algún modo, y libre para hacer lo que me apetezca, de vivir como me dé la gana. ¿Elegiré entonces la miseria, en lugar de esta lucha agotadora que se traga mis horas y me vacía en vano?

¿Qué hacer, Albert querido? ¿Qué hacer? ¡Ay, en el fondo sé lo que me vendría bien…! El mar, el viento y tú durante algún tiempo. Luego no me costaría acceder de nuevo a dormir un poco en el ruido y el ajetreo de París. Pero en este momento, estoy tan angustiada por la pérdida de tiempo y energía que ya no puedo seguir callándome y me tienes que ayudar a compartirla.

Los días van pasando, los días van pasando… y el mar está lejos. ¡Qué cruz!

A menudo cierro los ojos, respiro hondo y me veo lejos, en un paisaje desconocido que huele a algas, a sal, contigo tumbado junto a mí. Vivimos allí unos segundos despejados de todo, desgajados de todo, perdidos para siempre durante unos segundos para toda esa gente que nos rodea tan de cerca. No hacemos nada. Estamos tumbados boca arriba, cara al cielo. Hace calor. Huele bien. Nos damos la mano sin decir nada. Solo sabemos que estamos ahí y, por unos instantes, que somos totalmente libres y solo tenemos que cargar con nosotros mismos.

Al abrir los ojos de nuevo me siento más liviana, fresca, limpia, descansada. Por desgracia, no dura mucho rato. *5 de la tarde*

Ha venido a verme Stella, una antigua compañera de «casa Simone».[273] Conversación desganada. Acaba de marcharse, dejándome aún peor de lo que estaba.

Definitivamente, tengo que reaccionar. No puedo seguir cayendo por esta

suave pendiente. Me siento sucia y mal peinada, aunque acabe de darme un baño y tenga el pelo más tirante y más liso que nunca.

¡Ya basta! ¡Que sí, que ya basta! A partir de mañana…

Medianoche

Me habría gustado seguir hablando contigo en el taxi que me llevaba al teatro. Me decía que «a partir de mañana…» seguiría sin hacer nada, si no lograba encontrar antes la causa de este desarraigo y extirpármelo. Es como si el tiempo se hubiera parado y desde hace ya no sé cuánto viviera en un día muy largo —o una noche muy larga—, triste, soso, gris y sin relieve. Tengo la espantosa y doble impresión de dejar que se vayan alejando de mí los días que pasan rápida y vertiginosamente, y de haberme quedado agarrada a uno de ellos, que vuelvo a vivir una y otra vez. Me siento dividida entre la angustia de las horas perdidas y la imposibilidad de recuperar alguna y hacerla mía. Paso escurriéndome por encima de todo; los minutos, los seres, las cosas; me siento incapaz de profundizar en nada, de conmoverme, de discernir la belleza y disfrutarla, de buscar, de sentir interés. Todo pasa rozándome y ya no veo lo que puede despertar en mí algún eco. De hecho, aunque lo viera, me pregunto si tendría valor para moverme y conseguirlo.

Solo tú sigues vivo en mis sueños, pero en forma de sueño.

¿Será por el cansancio? ¿Por el desgaste nervioso? ¿Las fuerzas mermadas? ¿La sensibilidad agotada?

¿Me encuentro en este estado por la mala racha que he pasado en los últimos meses? ¿Será que Dora me vacía más de lo que pensaba? ¿Será que París me agota? ¿La falta de descanso y aire durante las vacaciones?

¿Será todo eso junto? Quizá. Primero tenía la esperanza de que fuera el frío, pero aunque el tiempo que hace ahora no resulte muy calmante y cambie de un minuto para otro, al menos ya no hace frío. ¿Entonces?

¿Descanso? Es lo único que hago. ¿Aire? Por desgracia, tengo que conformarme con el de la calle de Vaugirard y del bulevar de Les Batignolles.

¿Felicidad? ¡¡¡Ah, aaahhh!!!

¿Se te ocurre alguna idea, cariño mío? ¡Huy, no me digas que tengo que salir por ahí! El viernes ya voy a intentar salir al mundo a correrme una juerga —¡más bien a andarla!—, pero estoy convencida de antemano de cuál va a ser el resultado: volveré a casa de un humor de perros y planteándome —y esta vez hasta el mes de abril— no volver a salir más.

No; no creo que llegue a nada de provecho por el exterior. El «silencio» que se ha apoderado de mí viene «del interior» y también es «del interior» de donde tiene que salir «el grito». Puede que si me escribieras una carta amistosa, trabajada, una carta que no me hable de nosotros con lirismo, sino con todo lo que piensas —seguramente más difícil de decir que lo que sientes—, puede que saliera un grito de esa masa en la que me he convertido, un grito de dolor, quizá, pero ¡grito al fin y al cabo!

Sí; a ese punto he llegado, Albert mío querido. Al de desear lo que sea con tal de que me haga chillar y arder de nuevo.

Esta noche, en el teatro, había aforo completo. «Un grupo», al parecer. Algún día montaré una obra para representarla delante de los «grupos» del teatro Hébertot. Estará en cartel un año.

Hemos actuado adecuadamente. Sin embargo, personalmente, en este momento me resulta difícil hacerme del todo con Dora, sobre todo al final del quinto acto. Se está convirtiendo en una tortura: ya no soporto oírme decir todas las noches las mismas palabras con las mismas entonaciones. Es

la etapa mala y en el estado en el que me encuentro el profundo malestar que me provoca a veces me da ganas de salir corriendo del escenario. La noche en que desaparezca ese deseo, habré vuelto a ser yo misma; el día en que haga mutis realmente en mitad de un acto, me habré vuelto loca, pero al menos eso que salimos ganando. Más vale eso que nada.

En fin, lo que es hoy, la función ha transcurrido normalmente. «El grupo» ha aplaudido mucho.

Al final, una señora del liceo Victor-Duruy, donde estudié, fue a pedirme que fuera al bulevar de Les Invalides a darles una conferencia a las alumnas. He aceptado. Se me ocurren algunas cositas. Nos vamos a reír.

He comprado tres libros, entre ellos las cartas de Van Gogh a su hermano.

¿Qué más?

Te quiero. Te quiero y me muero de deseo y de amor. Cariño, escríbeme, tú, todo tú —penas y alegrías, esperanzas y temores—, escríbemelo todo. Te quiero entero. Enterito. Despiértame. Sacúdeme. Regáñame. Pégame si hace falta. Languidezco. Me difumino.

Buenas noches, cariño, hasta mañana por la mañana. ¡Ay, enroscarme en torno a ti!…

M
V

Jueves, 10 de la mañana [9 de febrero de 1950]

Acabo de despertarme. Fuera está lluvioso, gris y fosco. Pero he debido de dormir bien porque sospecho que me encuentro un poco más animada. No me atrevo a creérmelo mucho. Estoy esperando tu carta con impaciencia. Si es buena y dulce, puede que el día sea mejor que el de ayer.

Esta mañana, en el correo he recibido algo que me ha causado vergüenza

y pena.

Resulta que Valera[274] ha acabado recaudando dinero para el Gobierno español. Va pidiendo a tontas y a locas para mantener vivos a sus pobres ministros-fantasma y su núcleo de «chupatintas-escarabajos peloteros». Llegan hasta el punto de ahorrar en el papel porque me he fijado que habían escrito Casarès-Quiroga y al darse cuenta borraron (mal) Quiroga en lugar de usar otra cuartilla. Me pide por favor que reúna apoyos en mi entorno para mantener lo que queda de nuestra pobre República y me garantiza que, puesto que no se exige el nombre de los donantes, no corren ningún riesgo de tener problemas políticos. En otras palabras, los que se sientan incómodos ayudando al Gobierno español pueden estar tranquilos porque no se va a mencionar su nombre. ¡Dios mío! ¡Qué lástima! Es buena persona, Varela, honrado y lleno de buena voluntad pero, ¡Señor!, ¿no tiene a nadie cerca que sepa lo que representa y le susurre que hay cosas que no se pueden hacer?

Le he llevado la carta a mi padre para que me aconseje qué hacer con ella. La ha leído. Se ha puesto como una amapola. Es la primera vez en toda mi vida que veo a mi padre ponerse colorado. Me ha dejado muy trastornada.

Hoy tengo todo el día para mí menos la hora de tres a cuatro, que tengo que dedicarle a Jacques Torrens; voy a tratar de aprovecharla.

Estas páginas son muy tristes. No te preocupes. Todo se pasará con el final del invierno. Te espero. Te espero y reservo para ti los tesoros con los que me colmas.

Te quiero, cariño mío, hermoso amor mío. Te quiero como nunca te han querido, como nunca he querido ni querré a nadie. Hasta dentro de un rato,

M

V

PS: Adjunto a esta carta una «misiva» del señor X, que he recibido en el teatro y que te interesará. Definitivamente, Dora debe de atraer a un público muy curioso.

¡Tu carta del martes! Es la que necesitaba y no cualquier otra. ¡Qué felicidad tenerte! Está cayendo aguanieve, pero ¡en mi habitación está el sol de Cabris!

180 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves por la noche [9 de febrero de 1950]

Querido amor mío:

Esta noche no me queda más remedio que ser breve. Es la una de la madrugada y me tengo que levantar a las siete y media para ir a grabar a la radio. Mañana o, mejor dicho, esta tarde, te escribiré más largo y tendido, tendré tiempo.

El día no ha ido demasiado mal, a pesar de que no ha dejado de caer aguanieve.

Esta mañana he estado leyendo en la cama hasta mediodía. Me estoy dando prisa en terminar *A la sombra de las muchachas en flor*. Estoy deseado leer las cartas de Van Gogh y antes tengo mirarme una obra —parece ser que buena— de Denis Marion[275] que me ha hecho llegar. También me apetece descansar unos días de Proust. Ahora me irrita un poco menos —ya he pasado el periodo de los salones—, pero me asusta. Las meticulosas operaciones de cirugía intelectual a las que somete a la pobre Albertine me agotan y me aterrorizan. Cuando pienso que puede que tú

hayas llegado a diseccionarme así, me entran escalofríos. Y además… me he enterado de que Albertine en realidad era un Albert, ¡y por ahí, como comprenderás, ya no paso!

Esta tarde he estado una hora ensayando en casa con Torrens. Es la primera vez que nos vemos desde el otro día y soy incapaz de decirte qué tal estará. Le he prevenido contra su faceta un poco… «por encima del hombro», le he dicho que Yanek tenía que ser radiante, simpático, abierto, exaltado y querer a Dora. Ha sido muy amable y me ha escuchado atentamente. Y luego ha hecho lo mismo de antes. Pero sé que no se puede poner en práctica enseguida lo que se acaba de encontrar y me parece que pese a todo ha entendido lo que le he dicho. Se sabe el texto, lo dice correctamente; es un buen alumno del Conservatorio, honrado, y tiene a su favor un algo encantador e incluso conmovedor: un no sé qué infantil y enfurruñado junto a los labios.

Habida cuenta de la dejadez de los que deberían encargarse de que ensayara, hemos decidido darles un meneo y esta noche le he pedido a Paulo [Œttly] y a Jean Vernier que organizaran ensayos diarios a partir del sábado.

Me he oído en la radio en *El mercader de Venecia*. ¡Señor, menudo programa!

He pasado el resto de la tarde gritando a voz en cuello la escena de *Esther*, para prepararla, y por la noche he interpretado muy bien a Dora (¡Serge estuvo deslumbrante!) delante de un público bastante numeroso (parece que la cosa se recupera), en el que —¡oh, milagro!— no había «grupos».

Reggiani, que había decidido dejarnos el 20, se quedará, después de una peticioncita mía, hasta el 28.

Al volver a casa me llevé un chasco. Papá, que se encontraba mucho

mejor y se estaba preparando tranquilamente para la extracción de sangre de mañana con vistas a las inyecciones de suero, respiraba muy mal y tenía fiebre. Es agotador. ¡Pero bueno! Puede que las aguas vuelvan a su cauce durante la noche.

Lo que es yo, hoy me he sentido más tranquila, pero no acabo de relajarme del todo. ¿Te puedes creer que he empezado a tener acné juvenil? ¡Acabáramos!… Como tardes mucho más, vas a tener que ir con muchísimo cuidado y tomar conmigo las mismas precauciones que con una jovencita.

Me hace feliz, realmente feliz, saber que en Cabris hace sol. Debería mandar algún rayito hasta aquí, pero bueno, solo con saber que está en tu cuarto, me calienta el corazón. ¡Ay, sí! ¡Que se quede hasta el mes de abril! Que no se marche. ¿Qué iba a hacer mi amor sin sol? ¿Tan solito, bajo la lluvia?

También me hace feliz saber que estás trabajando bien. De hecho, sabía que el sol te ayudaría. Te lo había dicho.

Pero… cariño… No me dices nada de los «lentiscos y los olivos». ¿Te encuentras mal? ¿Qué te pasa?

De vez en cuando escribes frases con las que realmente cabe preguntarse si estás loco, sordo, cerrado como una farola o si todo ha sido o sigue siendo un sueño, o bien si somos los dos totalmente idiotas. Ej.: «… y, *no sé por qué*, tengo la impresión cálida y presente de que me quieres».

¡Qué bien, cariño mío! ¡Por fin te despiertas! ¡Lo que has tardado! ¿Así que *tienes la impresión* de que te quiero y *no sabes por qué* te ha entrado esa extraña impresión? ¡Habrase visto! ¡Vaya, vaya! ¡Nunca habría creído que una cura en la montaña llegara a despertar en ti esa sensibilidad tan certera y profunda hacia las cosas!… Pero tú tranquilo, amor mío. ¡Espera! ¡Espera los días de lluvia que aún pueden llegar! Entonces lo verás todo

claro, ya no te querré y tu capacidad creativa se agotará de la noche a la mañana y de nuevo peligrará tu resistencia con el eterno retorno de las horas…

Ay, cariño mío, doble mío, amor mío adorado, puede que yo sea cambiante, brumosa, caprichosa, atormentada y tormentosa como el océano, pero tú, claro mío, eres agotador, como el Mediterráneo.

¡Lentisco, que eres un lentisco!

Bueno; con esto, te dejo a mi pesar. Estoy a gusto contigo, ¡tan, tan a gusto! Pero tengo que dormir so pena de encontrarme mal mañana.

Me acurruco contra ti. Y espero. Espero a que te decidas a fijarte en mi presencia a lo largo de ti. ¿Me haces caso omiso? Bueno. Entonces. ¡Ay!

Te beso locamente.

M
V

PS: Aquí está la carta prometida que olvidé enviarte esta mañana.

181 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 4 de la tarde [9 de febrero de 1950]

Tu carta del martes por la noche. Acabo de volver a leerla y me gustaría poder contestar detalladamente, pero la verdad es que me persigue una cosa nada más: tu sueño. Cuando lo leí me parecía que brotaba de la página un calor que me abrasaba las mejillas. La tensión hacia ti casi me mataba. Sabes, hay algo de crueldad en escribirme eso. ¿Para ti todo eso ha ocurrido y hay un dios para los inocentes, dices? Debo de ser muy culpable. ¿Sabes,

mi amor querido, que temo convertirme en un obseso? Nunca me había pasado algo así, una fijación tal en una persona, un deseo tan exaltado y tan constante. Mis ensoñaciones son insoportables. Para castigarte un día te escribiré muy claro lo que pienso, siento y sueño sobre este asunto. Esta noche he estado a punto de hacerlo.

Mi amor querido, hermoso deseo mío, sí, resulta duro vivir todo esto. Entiendo tus desánimos, tus penas… Si ya no puedes escribir, haz lo que puedas, lo entenderé siempre. Por supuesto, será triste que haya días sin ti. Pero tengo confianza y te quiero. No caigas, sin embargo, demasiado en la inercia. No me olvides por completo. Renuncia, en cualquier caso, a esas cosas que imaginas sobre tus mediocridades o tus incorrecciones. Deseo tus cartas y no busco en ellas sino el latido, la llama, el arrebato. Busco las señales, el secreto que recorre a veces tu hermoso rostro. «Sonreía al escribir esto», eso es lo que me digo. Eres inteligente, estúpida muchacha de una inteligencia que a veces ilumina de pronto a los seres y sus razones. Y cuando resultas ingrata o arisca es que estás dormida o que te cierras a todo. Te quiero tal y como eres, te escogí de una vez por todas y esos complejillos (yo también los he tenido ante ti) deben desaparecer entre nosotros. Te admiro, te quiero y te deseo, qué más quieres, ingrata. Aunque ya no quiero sino una cosa, poseerte por fin, tenerte para mí.

Pero por el momento solo hay que soñar con ello. Desde anoche sopla el mistral y me pone los nervios de punta. Esta mañana ha amanecido un día hermosísimo. El viento había raspado el cielo hasta darle una piel nueva, brillante y azul, por estrenar; el cielo chorreaba luz. Los pájaros estallaron en toda la montaña. ¡Y el viento, el duro y maravilloso mistral! ¡Qué fuerte es, qué imperioso! Pero, al mismo tiempo, pone en mí una especie de locura. ¡Ojalá estuvieras aquí! ¡Ojalá pudiera de verdad desgarrarte, flexible mía, negra mía, lustrosa mía! ¡Ah, cuánto te quiero! Tú eres el único ser que

me haya hecho llorar de felicidad. Lo que has puesto en mí es un mundo de fuerzas y de entusiasmos. ¡Ven, ven deprisa! Correrás a mi encuentro y te entregarás al final de la carrera. Me palpita el corazón, niña mía, consintiente mía… Te quiero y me hace feliz quererte. Pero no vuelvas a escribir tus sueños. Ten compasión del que arde sin tregua y que espera tu boca para poder por fin calmar la sed.

A.

182 — María Casares a Albert Camus

Viernes, 1 de la tarde [10 de febrero de 1950]

Acabo de leer tu carta, que no he recibido hasta ahora porque me fui a la radio muy temprano. La estaba esperando con impaciencia para saber los resultados de la radiografía, pero no me ha aportado nada nuevo.

«Bien encarrilado…». Y eso ¿qué significa? ¿Todavía hay restos la lesión? ¿Se ha cerrado del todo? Ay, no sé si tú tendrás esa espantosa sospecha del médico genial que te cuida, pero yo empiezo a tener una profunda certeza.

Pero ¡bueno! Esperemos hasta marzo. Sobre lo de quedarnos en París, aunque tuvieras que volver a marcharte, ya hablaremos más tarde, si hubiera ocasión; pero no te llenes la cabeza por adelantado con fijaciones alocadas o descabelladas.

Por mí no te preocupes, cariño mío. Te escribo a tontas y a locas todo lo que se me va ocurriendo cuando tengo una cuartilla delante y la pluma en la mano. También te cuento —más o menos— lo que me ha llamado la atención durante el día. ¿Con quién iba a hablar de ello? Lo malo es que a

menudo se me olvida que el mero hecho de traducir a palabras y de fijar en el papel pensamientos que no tienen demasiada importancia y que no ocupan mucho espacio en mi vida les concede un valor que para mí no tienen. Y luego… ya me conoces y sabes cómo persigo eternamente aquello de lo que carezco.

Antes de conocerte cogía de aquí, lo soltaba y cogía de allá, abandonando siempre lo que tenía para obtener lo que me parecía imposible de obtener.

Has cerrado todas mis vías, has fundido en ti todos mis anhelos y mis deseos, has borrado para mí el resto del mundo que no eres tú; pero me sigue abrasando una sed insaciable y la persecución continúa, más vertiginosa que nunca. Lo quiero todo de ti y, cuanto más recibo, más exijo con todas mis fuerzas.

Es cierto que aún nos faltan algunas cosas, pero me pregunto hasta qué punto, y, si hace unos meses o unos años me hubieran rogado que formulase un deseo que, al cumplirse, justificase, desde mi punto de vista, mi vida, habría deseado sencillamente ser un día a tu lado lo que soy hoy en día.

Así es, cariño mío. No tienes, pues, que lamentar nada y, mucho menos, torturarte por mí.

En la carta te hablé de los hijos que podría haber tenido y que te han provocado los remordimientos que hoy me confiesas. Está claro que a veces pienso en ellos, en nuestros hijos, con dolorosa melancolía, pero, créeme, conozco demasiado mal la felicidad que podrían traerme para que llegue a echarlos de menos realmente y los deseo mucho menos como hijos míos que como hijos tuyos, hijos nuestros. Lo único que exalta y alimenta ese sueño es la imposibilidad de que se cumpla, y si tuviera que renunciar a él para vivir una temporada contigo, lo haría sin dudarlo.

¡Vivir contigo! Eso sí que lo deseo con toda mi alma y, por mucho que busque, no consigo encontrar nada que pueda consolarme de este destino

nuestro, que pueda reconciliarme con esta carencia que el estar alejados deja en la felicidad que se nos ha concedido. Sin embargo, si rebusco bien, si miro a fondo, si me despojo de todos esos velos con los que tengo a bien envolverme, entonces… debo confesar que una vida en común no aportaría ni quitaría nada, que, una vez obtenida, otras brechas, otros abismos más grandes quizá le arrebatarían el puesto que ahora ocupa en mi imaginación, donde hace las veces de decorado entre separaciones mucho más irremediables, distancias infranqueables para siempre jamás, y mi inagotable necesidad de abolirlas y colmarlas.

Así que, ya ves, de cerca o de lejos, en el punto en el que nos encontramos, podemos decir que hemos ganado y, sea lo que fuere lo que nos depare la vida, ha sido muy clemente con nosotros.

El tiempo perdido existe.

Pero si nos hubiesen regalado todos esos días que hemos pasado preparando, pensando, creando los que iban a llegar y que no serían lo que serán —de haber sido distintos los acontecimientos—, de forma tal que hubiésemos podido disfrutarlos juntos y sin tormentos, ¿qué habríamos hecho con ellos? ¿Tenemos la certeza de que habríamos sabido tomarlos sin desperdiciar ni un solo minuto, o puede que días o incluso meses?

¡Huy, ya lo sé! Vas decirme que estoy haciendo filosofía de portería o psicología de farola; pero es que… son necesarias… de vez en cuando, son necesarias. Y, en todo caso, si tú no piensas como una farola y si, al leer esta carta, no te pones a soñar más de la cuenta con los lentiscos, quizá notes que te estoy ofreciendo una de las mayores pruebas de amor que se me puedan pedir, al confesarte algunas cosas que apenas me atrevo a revelarme a mí misma.

Ahora, puedes dejarme hablando cuando me dé por evadirme otra vez hacia horizontes de felicidad tranquila y de vida apacible. ¡Venga! Qué más

da que hable. Sabes, y ahora sabes que yo sé que sabes, lo que hay en lo hondo, en lo más hondo de mí.

Pero ¡ojo! Eso no impide que la primavera haga florecer lo que toca ni que mi corazón, mi cuerpo y mi alma te persigan dando voces, sufran por ti, corran, chillen, rían y sufran por ti. Y hay algo que definitivamente no puede resignarse a tu ausencia, y es mi pobre cuerpecito que se vuelca en ti en vano, que se retuerce, que gime y que llora por ti, mi cuerpecito triste que se achaparra día a día y que pide sin cesar florecer, calentarse, latir y estremecerse.

¡Oh, hermoso, querido amor mío!

¡Oh, quemazón! ¡Oh mi dulce dolor!

¡Oh, vida mía!

Aquí me tienes, llena de escalofríos, de ondulaciones misteriosas, de sonidos delicados y secretos. ¡Querías que mi carta te llevara un poco de calidez! Ha vuelto a despertar en mí toda esa zona oscura e íntima que tanto me gusta notar que me nace del centro, en medio de mí, esa zona vibrante que me conmueve tanto como la presencia de un niño en mis entrañas, o incluso más, puesto que la conozco mejor. Ha tocado ese punto ínfimo que hay en mí, pero que solo tú conoces y amas, y por ello toda yo me estremezco.

¡Feliz! ¡Oh, sí, feliz! Feliz y rebosante de amor, de deseo y de ternura.

Te espero. Cada día es una espera de ti. También corro; corro sin cesar hacia ti. La costa llega a su fin, cariño mío. Pronto se verá el mar, y luego la playa y las olas.

m

V

183 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 3 de la tarde [10 de febrero de 1950]

Ayer no me escribiste. Y este día, tan hermoso fuera, se me ha envenado. Hoy necesitaba tu carta. O, más bien, su ausencia me hace ver lo mucho que la necesito todos los días.

Lo entiendo, desde luego. Este papel, estas palabras que siempre vuelven a empezar, qué cansancio, ¿verdad? Pero querría tanto que no te alejases... Hace un rato, triste, un poco frustrado, intentaba imaginarme un porvenir sin ti. Te lo suplico, querido amor mío, pase lo que pase, *no me dejes nunca*. Haz lo que quieras, lo soportaré todo de ti, pero sé mía. Lo que te digo es muy serio y lo he pensado mucho: el vínculo que me une a ti es en adelante el de la vida misma. Si se rompe, *es la agonía y la locura*. Subrayo esto, que te digo con mucha frialdad, con la certidumbre de los que han pasado por la experiencia de lo que dicen.

Hazlo por mí, ¿quieres? Pon esta carta aparte y, si un día te entra la tentación de darme de lado, vuelve a leerla. Te diré la verdad que descubrí espantado un día: que, pese a todo lo que creía ser y pese a todo lo que aparentemente me tiene colmado, no soy nada sin ti, solo un egoísmo desesperado y en adelante estéril. Eres la vida y lo que me vincula a ella. Te debo un ser nuevo en mí, o más bien ese que era yo de verdad y que nunca había llegado a nacer. Por eso *me perteneces por completo y para siempre*, igual que una madre pertenece a ese al que ha creado. No estoy loco cuando te digo esto. Soy yo, el que tú conoces, el claro, el lúcido, quien te habla. La sangre que un día mezclamos en broma significa exactamente eso: unión indestructible. Y uno de los significados de unión indestructible es que, si uno se aleja, el otro empieza a agonizar. Lo que nos une no son vínculos de

ensoñaciones o convencionales, son los lazos de la sangre, de la mutua creación. Son unos lazos de los que nunca se reniega porque solo se da con ellos una vez en la vida. Son lazos que uno no se imagina cuando no los ha conocido. Pero, si por fin se han hallado, se sabe, como lo sé yo, que hasta ese momento no se había conocido ni vivido nada; uno sabe que acaba de dar con uno de los secretos más antiguos de la vida y que ese secreto merece el sufrimiento de nacer y crecer. Si tú no sientes eso como lo siento yo, con la misma fuerza inevitable, la misma precisión y la misma claridad, entonces me moriré de soledad. Si lo sientes, todo está salvado y nos pertenecemos mutuamente.

Perdóname esta carta. La ausencia de la tuya me ha hecho mirar el porvenir y solo te digo lo que he visto en él. Cuando vuelva a París, será esta unión la que consagremos. Estoy sediento, tremendamente sediento, de felicidad. Dime solo que opinas como yo, que eres mía para siempre como yo soy tuyo, es decir, incondicionalmente, y entonces viviremos, lejos de las palabras, de los escrúpulos y de las luchas, días vertiginosos de felicidad.

Te quiero, soy tuyo, no creas que estoy loco. Es que me estalla lo hondo del corazón, tanto tiempo oprimido. Algo más de valor. Y pronto nuestra felicidad nos hará felices. Te beso con todo mi ser

A.

Pero escribe, escribe, te lo ruego. ¿Sientes, sientes de verdad, cómo te quiero?

Viernes, 6 de la tarde [10 de febrero de 1950]

Te he escrito antes esta carta, que te mando después de pensármelo, porque

dice exactamente lo que siento y lo que pienso. Pero al menos no tengo ninguna preocupación. Un arrebato me ha movido a hablarte así porque este día sin carta me había dejado, literalmente, como si un golpe me hubiera aturdido. Por reacción, lo hondo, la sangre del corazón, ha brotado. Volviendo a leer en frío lo que viene después, no encuentro ni una palabra de la que pueda renegar. Y, bien pensado, me alegro de que no me hayas escrito y de que haya dado así con la ocasión de decirte el amor ilimitado que te tengo. El pánico tiene sus ventajas.

Hasta mañana, Maria querida. Sigue soplando el viento en este día desierto. Espero esos meses en que vamos a ser felices, en que gozaremos por fin de nosotros y de este amor maravilloso. Pero contéstame, con una frase al menos. Dime que somos iguales y estamos fundidos. Te envío todo mi amor y mi deseo. Beso tu querida boca, *mi* boca…

A.

184 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 10 de la noche [10 de febrero de 1950]

Te he escrito dos veces hoy y no puedo por menos de volver a escribirte. Pero esta vez va a ser con la calma que ha regresado y para enviarte un pensamiento nocturno. Desearía que no encontrases nada que te apenase o te sorprendiese en la carta, probablemente loca, que te escribí esta tarde. Era el grito del amor trastornado y doy por hecho que no debía de ser armonioso. Esta noche te quiero no menos, pero seguramente con más inteligencia.

Y solo querría decirte esto. No creas que no comprendo tus dudas

repentinas. Lo que me duele, antes bien, es saber que soy el primer responsable de esas dudas. Sencillamente, como llevo siempre en el corazón tu rostro de sufrimiento, me rebelé ante la idea de que podías volver a sufrir para nada. También es por eso, amor mío, querido, tierna mía, por lo que querría aportarte la confianza en que vivo yo.

Sé que es difícil. Sabes tan bien como yo que la prolongada intimidad con una persona está repleta de trampas y de sorpresas. Y a todo cuanto pueda decir, tú puedes responder con el pasado. Sin embargo, mi certeza está entera y querría que la compartieses. Necesito que la compartas y que tú y yo vivamos también en ese plano en adelante, en la entrega que es la de nuestro amor. Te quiero profundamente, completamente y, aunque esté físicamente disminuido, tengo la cabeza sana y la voluntad clara. He superado la espantosa depresión que tenía y no veo qué motivos podría tener para volver a caer en ella. Así que sé, y puedo lograr, lo que quiero. Ahora se trata de curarme y de reencontrarme contigo. De eso nada más. Pues entonces, Maria querida, curemos también nuestros corazones de todos los malos sufrimientos acumulados. Volvámonos transparentes y claros, tanto cuanto nos sea posible, para que la felicidad de esta primavera pueda entrar en ellos con facilidad. No sufras, espérame con la seguridad de quienes se aman y se han escogido definitivamente. Y, dentro de unas cuantas semanas, me mostrarás entonces el rostro resplandeciente del que tanto me enorgullezco. ¡Ay, amor mío, contéstame pronto y dime que así son las cosas!

La noche, fuera, es suave y está llena de estrellas. ¿Me has perdonado, me quieres con todo el corazón ahora? Entonces beso sus ojos queridos y voy a intentar dormirme encima de ti, con el corazón un poco oprimido aún, pero con la boca llena de tu pelo, en la felicidad…

A.

185 — María Casares a Albert Camus

Sábado, 2 y media de la madrugada [11 de febrero de 1950]

Acabo de llegar a casa. Caí en una trampa con Marcel Herrand, [Beydis], Michel Auclair[276] y Pierre Reynal y me he tenido que quedar en el Iberia hasta ahora. Me he tomado un whisky y dos copas de champán y ahora estoy un poco piripi, pero lo que me ha terminado de emborrachar ha sido el espectáculo. ¡Pobre España! Viva el Granada, donde al menos hay mucho corazón y ningún artificio. He bailado una samba con el pobre Pierre, que no sabe bailarla, y otra con Auclair, que me ha hecho bailarla a la brasileña; no me gusta bailar a la brasileña. Marcel estaba trágico y tierno. He estado a punto de aburrirme, pero la música, el alcohol y el público me han salvado. Ya te lo contaré detalladamente. Tengo que dormir; mañana… no, dentro de un rato… ensayo de *Esther*.

Te quiero más que nunca. ¡Ay, no sabes cuánto! ¡Lo que daría por tenerte a mi lado esta noche! Amor mío, cariño mío, estoy ardiendo, me duelen las sienes, me queman las palmas de las manos y tengo la garganta seca. Ya no volveré a salir: te añoro demasiado en todas partes y al volver a casa tu ausencia me resulta insoportable.

¡Ay, esta primavera! Cariño mío, te beso con fuerza, te beso mucho rato como deseo besarte esta noche.

M

V

186 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 3 de la tarde [11 de febrero de 1950]

He recibido de golpe tus cartas de martes, miércoles y jueves. No sé a qué se debió la interrupción de ayer. En cualquier caso, sigue siendo cierto que me impactó una barbaridad. Me pasé parte del día atontado. Es una insensatez seguramente, pero también es cierto que vivimos en unas condiciones demenciales. Separados en el momento de nuestro profundo y definitivo reencuentro, a ratos me parece inconcebible. Tú tampoco eres muy sensata en tu carta del martes miércoles. ¿Escribirte una carta amistosa? No lo acabo de entender. ¿Quieres decir una carta en que me aparte de nosotros e intente hablar fríamente de lo que nos interesa? Quizá podré hacerlo más adelante. Pero en este momento soy incapaz. Intento entender tu estado. Estás despegando de la vida corriente, estás en el aire y, en una forma de ser como la tuya, que la vida suele irrigar con tanta abundancia, algo así causa un hondo desconcierto. Ese desconcierto se compensaría si hallases confianza y seguridad absolutas en los cimientos de tu amor. Pero hay en mi vida esa zona desconocida que mencionas y que siempre te hará sufrir. Así que estás en el aire y te agostas. ¿El remedio? Creer. Pero no creerás o, más bien, por tu certeza cruzarán siempre dudas, mientras exista esa parte desconocida o, al menos, hasta que no exista una claridad total al respecto. Por eso creo hondamente que hay que conseguir esa claridad, es decir, hablar y esperar los resultados. Por eso lo voy a hacer, porque te quiero y me desconsuelan tus sufrimientos inútiles, pero profundos, ya lo sé. Esa es una de las cosas que sé y que puedo decir incluso ahora, cuando estoy exasperado y tenso. Quizá existen otras razones para tu estado. Pero ahora mismo no las veo, o no sabría decirlas. Todo cuanto sé es mi necesidad de acabar con todo esto, de volver a reunirme contigo y de perderme en tu amor. Intentaré sin embargo escribirte como a

una amiga muy querida a quien respeto cuando haya recuperado el auténtico sosiego, que a decir verdad huye de mí desde que llegué aquí.

Por lo demás, me gustaría sentirte más viva. Cierto es que el deseo endurecido y reseco no ayuda, ya lo sé. ¿Por qué no te decides por un deporte? Ve a nadar a la piscina, por muy desagradable que sea. Y, además, ¿qué otra cosa hacer? Suframos, gritemos, esperemos, volvámonos taciturnos, pero sé mía, querámonos sin tregua, sin reservas, con toda el alma, hasta el momento en que los cuerpos se mezclen, se enreden. Amor mío, querido y duro amor mío, doloroso, delicioso amor mío, sueño incansablemente con nuestro reencuentro. Cuánta ternura, cuántas dulzuras, cuántos maravillosos deseos, cuántas saciedades sobre todo. ¡Ay, todo cuanto aún no hemos vivido…!

Mañana te escribiré una carta en que te contaré las noticias, los acontecimientos, qué tiempo tenemos, etc. Pero por hoy querría poner aquí toda la fuerza de mi amor para espabilarte de forma duradera, para hacer que resistas un poco más, para hallarte lista para mi regreso, enamorada, abierta, derretida… ¡Ay!, te lo ruego, dime que vas a poder, escríbeme la alegría, el resplandor, la gloria… Me muero aquí y tengo necesidad, una necesidad tremenda, de felicidad. Te beso, te pongo en la cara un olivo de besos y en ti todas las caricias del deseo. Te quiero. Sé fuerte y espera. Es una orden, ya ves. Pero es una orden cargada de amor, mi victoria chiquita…

A.

Te mando al mismo tiempo mi proyecto de prólogo para mis textos políticos. Digo lo que pienso, pero le tengo miedo al posible uso de este prólogo. Dime qué te parece.

Adjunto una carta de Hébertot, a quien he estado a punto de contestar con

una carta de insultos (le había escrito que no iba a dedicarle *Los justos*). Además *te utiliza* cínicamente. Corto la correspondencia con él.

187 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 3 de la tarde [12 de febrero de 1950]

Es domingo. El día está casi hermoso, con viento. Están jugando a las bochas en la carretera de abajo y oigo desde mi cuarto el chocar de las bolas. El mundo está apacible. ¡Qué bien estaría tener el corazón de un jugador de bochas en un pueblo provenzal los domingos!

Pero me he prometido contarte los acontecimientos. También es verdad que no hay nada de particular. La vida sigue, con un comensal más a la mesa, Michèle Halphen, que se ha instalado en el hotel. Creo que se va mañana. Me gusta, pero su tristeza aumenta más aún la inercia de los días de aquí. Ayer, después de una semana de ausencia, Dolo vino a animar la casa. La llevé de vuelta por la noche. Triste también: lleva semanas esperando a S[artre], que decía que iba a venir a finales de este mes y anuncia que será a primeros del que viene. En resumen, que no le van bien las cosas. Qué alegre es todo, ¿verdad? Me estuve repitiendo el verso de Vigny:

¡Separados amantes se unían en los altares![277]

Bueno, no va a ser cosa de un día.

Noticia más importante: mi hermano llega mañana. Como los G[allimard] están todavía aquí (se van el 20) lo voy a llevar al hotel. Iré

mañana por la tarde a buscarlo a Cannes. Me alegro de volver a verlo, pero me tiene preocupado. Me gustaría mucho que se repusiera.

¿Qué más? Ha venido a cenar un médico de Grasse con su mujer, que había perdido hace ocho días a su madre a consecuencia de una operación que causó una oclusión intestinal. Hacía ocho días del fallecimiento. Ahora bien, ya sabes que las reuniones con más de cuatro personas me agotan. Además no hay que contar con los G[allimard] para animar la conversación. Así que hice un esfuerzo tremendo para hablar de lo que fuera. El resultado fue que hablé sucesivamente del cementerio de Cabris, de los cirujanos que son unos carniceros y de la oclusión intestinal (todo eso sin acordarme de la difunta), por supuesto. Para concluir, conté esa gracia de Chamfort[278] en que un médico, hablando de su difunto enfermo, dice: «Ha muerto, desde luego, pero ha muerto curado». Me fui a la cama desesperado y medio muerto de vergüenza y de cansancio.

El miércoles, Gide, que está en Juan-les-Pins, donde traduce una obra de teatro inglesa para Barrault, nos ha invitado a comer a todos. La cosa promete.

Cartier, el productor de quien te hablé y del que nunca me has dicho nada (es que cada vez contestas menos a las preguntas que te hago, ¡chorlito!) me ha escrito muy extensamente sobre sus proyectos. Es tirando a simpático y, con frecuencia, inteligente. No sé por qué me inspira confianza. Bien pensado, a lo mejor vemos *La peste* en pantalla.

Vamos ahora conmigo. Llevo dos días pachucho. Me duele la cabeza, tengo así como náuseas. Me da la impresión de que estoy embarazado. Incluso he perdido el tono de piel descansado. Pero supongo que se me pasará. Bien es cierto que esta espera, y parece una bobada decirlo, es tan ansiosa que acaba por cansarme incluso físicamente.

Me quedo exhausto imaginándote y viviendo de antemano cuando nos

reunamos, sin embargo me porto con mucha sensatez: horario ordenado, trabajo regular (lo que no significa forzosamente fecundo. Hay días buenos y malos y ya está), cuidados minuciosos. Pero la privación de felicidad surte en mí a veces el mismo efecto que si estuviera infraalimentado y también de que me asfixio. Toda la esperanza, todo el valor me vienen en última instancia de lo que espero, un reencuentro total, el amor, la emoción, el disfrute, la libertad absoluta entre nosotros de los cuerpos y del alma, la transparencia y la espontaneidad. Y no lo espero como una utopía. Lo espero porque tengo esa seguridad. Y no cae tan lejos, no, no cae tan lejos. Pues, óyeme bien, ayer, en la montaña, vi las primeras flores de almendro. El árbol aún estaba negro. Pero en la punta de las ramas alrededor de diez flores frágiles y suaves tiritaban ya al viento. ¡Te das cuenta, amor mío, Maria querida! Era el primerísimo asomo del primerísimo principio de la primavera. Y se me subieron las lágrimas a los ojos y al corazón un gran arrebato al que no puedo llamar sino un arrebato de adoración. Formulé un deseo. Me quedé mucho rato mirando los pétalos ateridos. Y me volví con el corazón lleno de amor.

Adiós, hermoso y maravilloso amor mío. Besos para mi Valentina y le adjunto unas cuantas flores, esas que hay que regalar el día de san Valentín a la mujer amada. Tú eres la mujer a la que amo, de cara a todas las primaveras, y te beso hondamente con todo mi amor.

A. 188 — María Casares a Albert Camus

Domingo por la noche [12 de febrero de 1950]

Heme aquí otra vez, agotada y de un humor bastante borrascoso. Tengo una

fijación muy tonta que me está estropeando los días y de la que solo me libraré el día en que termine el asuntillo de la Comédie-Française. Ya sabes cuánto me horrorizan las galas y ese tipo de manifestaciones, pero si te paras a pensar un segundo que en esta ocasión se trata de una gala en la Comédie-Française en la que tengo que interpretar una escena con vestuario y que, por si fuera poco, esa escena es ni más ni menos que la oración de *Esther*, que, por lo demás, me deja y siempre me ha dejado fría, entonces te percatarás de cuál es mi estado de ánimo ahora mismo.

Me paso el día sermoneándome, atendiendo a razones y repitiéndome sin parar que el mismo sábado ya nadie se acordará de ese detalle de mi vida teatral, que no tiene importancia ninguna, etc., etc. Solo dejo de refunfuñar por dentro para ensayar *Esther* en silencio, en voz alta, a *media voce*, con gestos, sin gestos, sentada, de pie, tumbada. Cuando alguna vez me distraigo, un malestar, un lastre ajeno a mi cuerpo y a mi mente me llaman de nuevo al orden y vuelven a empezar los sermones y luego los versos:

Ô mon souverain père

Odio a Racine, a Esther, a Mardoqueo, a los judíos, al Français[279] e incluso a Leroy [*sic*],[280] que siempre me ha caído bien y al que no pude decir que no cuando me pidió que participara en su «despedida».

Sí, la perspectiva del viernes me estropea el escaso placer que puedo sacar de estos días áridos que van pasando, uniformes; pero pensar en el ensayo general del martes me aterroriza, porque si el público ya me hace temblar, mis queridos compañeros de la Comédie-Française me hielan la sangre de antemano.

¡Ay, qué fastidio!

El sábado por la mañana ya tomé contacto con los coros, cuyos

integrantes son todos alumnos del Conservatorio, pero lo único que hice fue anotar mis entradas y leer el texto en voz baja, pero muy muy bajita.

En cambio, el martes tuve que ensayar con vestuario —una túnica de Marie Bell que han tenido que reducir más de la mitad—, música y toda la pesca.

El primer día, ya me hice notar. Me perdí buscando el escenario; recorrí pasillos, salas, salones, subí y bajé escaleras interminables y, cuando ya no podía más, me decidí a abrir una puerta. Había cinco señores de pie, muy arreglados, que se quedaron mirándome, atónitos. Me había metido en el despacho del gerente general. Por desgracia, Julien Bertheau,[281] que me había visto de lejos y acudió a rescatarme, se enteró de lo placenteros que pueden ser los tacones de mujer para los callos. Porque los tiene; le hice gritar…

Todo transcurrió en la misma tónica y, cuando por fin me disponía a marcharme, un señor se me acercó para preguntarme si estaba emocionada por pisar el mismo polvo que Sarah, y yo, que no normalmente no soy de respuestas ingeniosas, no pude resistirme a gritarle: «¡Dios mío, espero que no sea el mismo!».

¡Ay, no! No estoy hecha para esa casa y solo de pensar que tengo que volver a pasar allí unas horas, bajo el peso de los años, de los cuadros, rodeada de pomposo hermetismo, de murmullos sagrados, de fantasmas líricos y de polvo idolatrado, se me anulan todas las facultades y soy totalmente incapaz de encontrar ni un átomo de calidez, de vida o de emoción que prestarle a la pobre Esther.

Pero cambiemos de tema: ¡ya estoy harta de ese asunto!

El sábado por la tarde fui a ver *El tercer hombre*.[282] Me llevé a Pitou, que fue al cine por primera vez. Bueno, una película estupenda; sin más.

Al volver a casa, me encontré allí a Negrín, más adorable que nunca.

Luego fui a actuar delante de un público muy numeroso compuesto de «entradas completas» y un «grupo», cómo no.

Me dormí pronto; estaba agotada.

Esta mañana no me quedó más remedio que leer —tenía que devolver el manuscrito esta misma noche— una obra de Denis Marion, que es, debo decir, muy bonita.

Funciones de tarde y de noche normales (la recaudación sigue subiendo). Entre una y otra, fui a cenar con Pommier y Reynal al Relais, porque estoy un poco harta de que Hébertot me robe en el Souris por no comer nada.

Por desgracia, nuestro nuevo restaurante ameniza la cena con música, que interpretan un violinista y un guitarrista que te recomiendo y que, so pretexto de una profunda admiración, no se despegaron de nuestra mesa ni un segundo. Los esfuerzos que tuve que hacer para aguantar el ataque de risa que me estaba dando —¡no era para menos!—, sumados a los de sofocar un escalofrío inconcreto que me provocaba el sonido del violín, al final acabaron con mi resistencia y volví al teatro con una buena jaqueca que no me ha pasado hasta ahora mismo.

Es la una de la madrugada y tengo sueño. Aunque no tanto como haría falta, porque… pero ¡chitón! ¡Dios me guarde de ser cruel! Y sin embargo… Fuera hace viento, ¿sabes? No sé si el que sopla es el mistral, el siroco, el *cherghi*, el viento del norte o, sencillamente, un buen vientecito parisino, el caso es que sopla fuerte, muy fuerte, y me noto tempestuosa.

Pobrecito amor mío, no tendría que haberte contado mi sueño. Aunque no estoy disgustada.

En lo que se refiere a los complejos de los que me hablas, en realidad no existen. Cuando te hablé de mis simplezas no me refería al estilo, sino al contenido, y, si te mencioné mis faltas, solo fue para demostrarte que me encontraba en un estado de absoluto embotamiento que las justificaban. Por

lo demás, ya cuento con que no vas a insistir más en ello y, con respecto a la inteligencia, me temo que en lo que dije había mucho de coquetería, te aseguro que no me considero más tonta que cualquier hijo de vecino. No, más bien me inclino por lo contrario y puede que con demasiada frecuencia pienso que soy menos tonta que mucha gente.

Pero dime una cosa: ¿no te escandaliza, cuando menos, que te cuente crudamente mis sueños y mis deseos?

Bueno, cariño mío. Te dejo. Toca dormir. Espero poder escribirte mañana a lo largo del día una carta correcta. Para eso tengo que estar levantada y espabilada. Esta noche lo único que me apetece es frotarme contra ti cual largo eres.

Te quiero hasta morir.

La pendiente se acabó. Aquí está el mar que «hace rodar sus perros blancos».[283] ¡Ánimo, amor mío! La vida ya estalla. ¡Ay, tú! Tú pegado a mí. Te quiero. Te beso por todas partes. Te espero. Te espero, amor mío querido.

m

V

189 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes, 3 de la tarde [13 de febrero de 1950]

Está nublado. Una lluvia fina cubre todo el paisaje.

Ayer por la tarde, trabajo y correo. Por la noche, fuimos a cenar a Cannes (aquí no había nada que comer). Después de cenar, Michel [Gallimard]

quiso ir a perder algo de dinero a la ruleta. Pero yo me quedé en el *dancing* grande mirando a la humanidad. Muy fea la humanidad. Salvo dos americanas a quienes les hice tilín. Cierto es que tenía aire de hombre fatal y vigoroso. Pero no abusé de mis atractivos.

Esta mañana, trabajo en la cama. Unas cuantas ideas brillantes y, luego, calma chicha.

Por fin tu carta de viernes y sábado. ¡Iberia, samba y whisky! ¡Pobre de mí! Pero la verdad es que no es lo que más me ha llamado la atención. He leído atentamente tu carta del viernes. Sí, es una prueba de amor decirme eso.

Y creo que lo entiendo, aunque otro día bien puede ser que me grites lo contrario. Eres cambiante, amor mío. Pero querría saber qué es constante y cierto detrás de esos cambios (no me refiero al amor, solo vivo de la certidumbre de tu amor). Algún día reflexionarás fríamente, y, sin pensar en perdonarle la vida a nada ni en conciliar nada, dime cuál es tu deseo real y lúcido. Dime también si puedes cuáles son esos fosos aún más hondos que podrían aparecer en una vida en común. ¿Te refieres a ese descubrimiento de la soledad que aparece en las vidas más integradas? ¿O estás pensando en otra cosa? Háblame como lo has hecho, con ese claro amor de todo el ser. Sabes y debes saber que te entenderé siempre, que nada puede ya cambiar mi amor.

Eso es en el fondo lo que he descubierto aquí. Aunque hicieras las peores cosas, e incluso contra nuestro amor, pese a un sufrimiento que *temo físicamente* de tanto como lo conozco, te querría pese a todo y seguiría junto a ti. Se trata de palabras imprudentes (desde todos los puntos de vista) y antes de pronunciarlas las he pensado mucho. Pero debo decírtelas porque ahora sé que son ciertas. El amor que te tengo, y que va sin embargo tremendamente vinculado a tu persona, ya no puedes alcanzarlo ni aunque

lo quisieras. Por supuesto eso no excluye ni el dolor ni la humillación, ni la locura, ni la sublevación… Pero qué se le va a hacer, a partir de ahora te quiero sin reservas: soy feliz.

Pero dejemos esto. El caso es que en efecto ya ha llegado la primavera, esta noche he estado otra vez a punto de escribirte una carta de deseo. Y luego te albergué en mi cuerpo ovillado y me dormí acurrucado sobre ti: esta mañana me desperté lleno de fuerza y de apetito. ¡Ay! Por lo menos me ha llegado tu carta. Hay cosas en ella que se me han clavado en el corazón con una dicha palpitante: «Si hace unos meses o unos años me hubieran rogado que formulase un deseo que, al cumplirse, justificase, desde mi punto de vista, mi vida, habría deseado sencillamente ser un día a tu lado lo que soy hoy en día». ¡Ah, amor mío, muchacha mía, divina mía! Otras cosas me pusieron algo triste, pero las entendía y te admiraba y te quería por decírmelas. Sí, te amo y te quiero. Tengo contigo la infinita paciencia del amor, la rabiosa impaciencia del deseo. Pero tengo también, y en adelante, una seguridad que está fuera del tiempo y en la que me encuentro contigo en lo más hondo del ser. Te beso hasta el infinito.

A.

190 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 7 de la tarde [13 de febrero de 1950]

Querido amor mío:

Vuelvo de Cannes, adonde he ido a buscar a mi hermano, que ya está instalado aquí. Pero como un estúpido he echado en Cannes la carta que te

estaba escribiendo hace un rato y temo que la recibas al mismo tiempo que la de ayer y que luego haya un hueco de un día.

Así que te mando esta notita de propina, mientras diluvia, para ahorrarte una preocupación, pero también para decirte hasta qué punto, hace un rato, por la carretera, pensando en tu carta de hoy, en ti, en tu corazón, en tu mano fina y fuerte, te quería. Te quería latiéndome mucho el corazón… Desde hace unos días veo en mí este amor en su desnudez. Soy completamente consciente de ello y me doy cuenta de hasta qué punto es completo, rendido, chorreando ternura y deseo; pero también orgullo, inteligencia contigo, y gratitud.

Ánimo, amor mío querido, mi niña, hermoso deseo mío. El tiempo pasa y los almendros en flor van a ir valle arriba desde el Ródano hasta París. Cuando te rodeen será el tiempo del reencuentro. Velo por ti y te espero. Envíame tu amor, tu confianza. Dame el valor de utilizar este tiempo para el trabajo, para la libertad, para nuestro amor.

Si esta carta te encuentra en la cama, que haga que me deslice junto a ti, tibia. ¡Ay, cómo te abrazaré, qué deprisa te quitaré todo…! Te quiero gravemente y locamente. Te beso de arriba abajo y te doy las gracias, desde lo hondo del corazón, por haber entrado en mi vida tan maravillosamente… Te vuelvo a besar, tibia mía, morena mía, amor mío.

A.

191 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Lunes por la noche [13 de febrero de 1950]

¡Ay, cariño mío, es agotador!

Resulta que esta noche, al volver a casa del teatro, me encontré otra vez a mi padre sin aliento y sudando a mares. Ángeles me cuenta que desde que me fui se ha pasado el rato sudando sin parar e intentando recobrar la respiración.

¡Cómo puede aguantar! Desde hace unos días, casi ha dejado de comer. Los medicamentos le resecan la boca, la falta de aliento le impide masticar y tragar, y, sin embargo, la única forma de recuperarse del tremendo cansancio que le han provocado las anginas y la penicilina es alimentándose bien. ¿Cómo lo hacemos?

Es lo que le faltaba. Que ahora el ataque de asfixia se sume a todo lo demás, y, de momento, del suero ni hablamos, porque los resultados del análisis de sangre han sido muy poco satisfactorios. En efecto, el médico me telefoneó esta tarde; la urea ha subido y hay que volver a empezar el tratamiento de comprimidos, píldoras, etc., para que baje, antes de pasar al suero.

Por otra parte, mi padre está al límite y empieza a perder pie. Parece que se le está acabando la extraordinaria paciencia que tiene y poco a poco está cayendo en una especie de desesperación que aún lo anima a luchar, pero tras el cual ya solo veo rendición y aceptación.

¡Qué hacer! ¿Qué hacer? ¡Si al menos no estuviera preocupado por mí! Fíjate, cuando por las noches voy a darle un beso y las buenas noches, me coge de la mano, me la acaricia, se la lleva a los labios y me dice: «Tú, sobre todo, estate tranquila», y entonces ya no sé si gritar, llorar o matar. ¡Matar todo cuanto me rodea!

También me ha dicho: «Menos mal que no tienes más familia que tus padres; porque si fuéramos muchos y a todos nos tocara morir como nosotros dos, ¡cómo estarías!».

¡Ay!, sí. ¡Sé de sobra que no deja de pensar en mí y que teme hacerme

desgraciada! Y lo quiero, lo quiero tanto y tan bien...

Me duele. Me duele por él. No puede ser que un hombre esté sufriendo así mucho tiempo. ¡Qué enfermedad tan tremendamente cruel!

Pero vamos a dejarlo. No se arregla nada con discursos. Dejémoslo.

Esta tarde me he quedado en casa. Pierre [Reynal] vino a verme; trabajé un poco *Esther* y soñé mucho contigo. La carta de esta mañana casi me ha devuelto tu presencia, no he dejado de notar tu sombra encima de mí, tu calor junto a mí; tuve esa ocurrencia que aún conservo de que voy a verte pronto. Es una bobada, pero esa dulce sensación me ha acompañado todo el día. Dulce… salvo durante la tormenta que ha estallado esta tarde y durante la que he pasado un cuarto de hora pesado y doloroso.

Esta noche he actuado como un ángel y se me ha recompensado: una compañera mía a la que quiero mucho ha venido a verme; estaba conmocionada y me ha hecho mucha ilusión. De hecho, no era la única. Esta noche, en la sala han sacado muchos pañuelos, ya desde el tercer acto. Y eso que al principio no estaban dispuestos a dejarse ablandar ni eran lo bastante numerosos para despertarnos el ánimo.

Mañana tengo grabación de radio de una a cinco de la tarde. Luego ensayo en el Français y, si me da tiempo, cenaré en casa o en el Souris.

Por la noche seguramente estaré muy cansada; así que te escribiré una de esas cartas «perro mojado» que ya sabes. No te preocupes; te aviso de antemano que será culpa del cansancio.

Bueno, amor mío querido, voy a intentar dormir. Estoy triste por papá y no me siento con muchos ánimos. Escribe. Escríbeme una de esas cartas tan buenas que dan la vida.

Te quiero mucho, muchísimo. Te beso, cariño mío, amor mío querido. Te beso igual que te quiero.

M. V.

Martes, 3 de la tarde [14 de febrero de 1950]

Día radiante. El cielo resplandece sobre todas las montañas hasta el horizonte y hasta el mar, completamente azul, a lo lejos. El viento blanquea los olivos; y cantos de pájaros por todas partes. Por añadidura tus cartas de domingo lunes, sobre todo del lunes. Sí, coincidimos en el corazón de las cosas. Que me pertenezcas de forma absoluta y para siempre, que un ser, y un ser como tú, me haya correspondido así, sin reservas, es algo que me llena de una fuerza de alegría que podría llenar tres vidas. No temas nada: apoyándome en esa seguridad puedo vivir, crear, hacer que la dicha irradie para todos. Es lo grande y lo bueno de la vida eso de poder crecer así, con sobreabundancia, sin mutilación, solo por la fuerza de la sangre. De los días como hoy, y gracias a ti, mi gran amor, saco la impresión de que me da toda la luz del cielo en la cara. ¡Gracias, querida mía, tersa mía, profunda mía!

¿Escandalizarme porque me hables con naturalidad de tu deseo? Bien sabes que no. Bien sabes que me siento a gusto en el deseo, que para mí el placer tiene un alma, y que siento amor por tu cuerpo de la misma forma que siento amor por tu corazón, al mismo tiempo y con la misma gratitud. ¿Escandalizarme? Pero si querría más aún y que en tus cartas estuvieras cruda, viva, abierta, para que este ciego deseo en que vivo supiese mejor aún hacia dónde tiende, dónde quiere clavarse y enterrarse. Nunca te he separado de tu cuerpo. Pero, por más que ese cuerpo me tenga literalmente intoxicado, nunca te he deseado ni tomado olvidándome de ti. Es este el acto de amor desde que te conozco. Antes era el acto, sin más. Cuando dos seres se aman, si no son repulsivos, si se gustan al amarse, todo está permitido y todo es maravilloso. Sí, el placer que concluye en gratitud es la

húmeda flor de los días. ¡Qué dicha estar vivos, tú y yo, y estar vivos juntos!

Pero pienso en ti esta tarde con la túnica de la elefanta Bell y declamando la oración. ¿Por qué ese texto tan indiferente? ¿Quieres pasártelo bien? Haz trampa, juega a ser Sarah Bernhardt, cambia de octava, haz más lento el ritmo para acelerarlo. Y tendrás la satisfacción de que los imbéciles aplaudan un arte falso. Es un goce un poco solitario, pero que te ayudará a soportar tan penosa obligación. En cualquier caso, el viernes por la tarde me acordaré de ti (por cierto, tenías que contarme con detalle tu velada en el Iberia, pero sigo esperando. Me temo lo peor).

¡El tercer hombre! Janine lo toca al piano todos los días. No me gusta demasiado el famoso «tema» obsesivo, pero me gusta el vals triste. Los G[allimard] se quedan una semana más porque le han escrito a M[ichel] que había una epidemia de gripe en París. Ayer por la tarde llegó mi hermano y se ha instalado en el hotel de aquí. Me traía sobre todo excelentes noticias de mi madre.

¡Ay, amor mío, cuánto te quiero! Todos mis sentidos, todo mi corazón te paladean y te acarician. Esperar, trabajar, liberarme, trabajar sobre todo, esas son mis decisiones. Pero sobre todo preparar nuestro encuentro, imaginarlo, conservar las fuerzas intactas para ese momento, crear otros. ¡Mía por fin! Si estuvieras aquí, caería sobre ti como una tempestad, arrancaría todas las pieles y las lanas que te visten y me ceñiría al tronco terso de tu cuerpo, entre la luz. ¿Te acuerdas del sol en nuestra habitación de Ermenonville? Cariño, querida, querido amor mío, maravilloso, me bebo tu boca como entonces y me anudo a ti para siempre.

A.

193 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes por la noche [14 de febrero de 1950]

1) Antes que nada, déjame que me libere del fardo de indignación e ira que voy cargando y me ahoga desde hace un rato; has de saber que ahora tengo un nuevo oficio que ejerzo al salir del teatro por las noches: despegadora de carteles.

Figúrate, mientras volvíamos a casa, Pommier y yo vimos de pronto en una columna Morris uno de los carteles de *Los justos* que habían tapado con otro —en este caso del Partido Comunista— que alguien había pegado encima. Mandamos parar al taxi y arrancamos lo que pudimos (adjunto el trofeo), pero más allá vi otro que habían saboteado igual. Tengo la impresión de que lo han hecho por todo París.

¡Menudos cabrones! ¡Ah, qué innobles!

Bueno. Dejémoslo.

2) La indignación y la ira vuelven a sofocarme cuando pienso en la carta que el AMO ha osado enviarte. ¡Me hierve la sangre! Cómo es posible que un hombre de talento pueda llegar a ser tan tonto y tan mezquino.

Es una carta de «viejo maricón legítimo» (perdona por la expresión).

3) La indignación y la ira siguen ahí, y tanto, bramándome por dentro. He hecho una investigación en toda regla sobre el tal señor Cartier, pero no te lo había dicho porque no lo conoce nadie. ¡Qué culpa tengo yo de que te dediques a buscar productores en el gremio de los floristas!

¡Chorlito lo serás tú! ¿Cómo quieres que esa «especie de entidades» a quienes conozco en este oficio se relacionen con seres «simpáticos y a menudo inteligentes»?

Pero ¡la cosa no acaba ahí! ¡Qué va, no acaba ahí! Aún no te he dicho lo

peor y es que ¡no va a ser hoy cuando me encuentres «enamorada, abierta, derretida»; ni esta noche cuando te escriba «la alegría, el resplandor, la gloria», a pesar de todos los bosques de «olivos de besos» que me quieras poner en la cara y todos los lentiscos del mundo!

Dejo para mañana el cometido de explicarte a las claras que no has entendido nada de mi última carta, de decirte que lo de «reflexionar fríamente» lo hago bastante «a menudo», de intentar que entiendas mis «deseos reales y lúcidos» y lo que «es constante y cierto detrás de mis cambios». Se trata de una tarea difícil de realizar por completo a distancia y muy peligrosa teniendo en cuenta el estado al que estás reducido. Porque, querido amor mío, me es grato comprobar que, al tiempo que la fuerza y la salud, tu «aire de hombre fatal y vigoroso», estás recobrando esa estupenda burricie tuya, tan sólida y tan argelina. ¡No, si lo entiendo! ¡Entiendo muchas cosas, y tú no dejas de soltarlo todo, pobrecito mío! ¡Ya lo sé! ¡Estás trabajando! ¡Ese ensayo te estará consumiendo gran parte de tu fuerza intelectual! Y, además, descansar es agotador, ¿a que sí? Pero tú tranquilo, ¿eh? El tenue resplandor volverá a brillar en lo hondo de tus pensamientos y un día —¡milagro!— te hablaré a medias palabras… y… ¡lo entenderás!

¡Que soy cambiante!, dices, ¡o roca! Desde que te fuiste, te has pasado el rato pidiéndome por un motivo u otro que no te escribiera por si me resultaba cansado, o aburrido, o una tortura, o… qué sé yo. ¡Cuando, por pura casualidad, un día te quedas sin recibir noticias, se hunden las esferas, todo son dudas, negras visiones del futuro, dudas, locura! ¡Y te parece que mis cartas son malvadas si, después de una semana entera en que solo he recibido de ti dos cartitas de nada, acabo quejándome de lo mal que funciona correos!

Desde que te has ido, me instas a vivir todo lo que pueda, a salir, a

distraerme, etc. Pero si resulta que paso dos míseras horas en el Iberia, donde me han llevado, a rastras y a mi pesar, unos compañeros atentos, y me tomo un whisky y bailo una rumba, tienes la osadía de escribirme: «¡Pobre de mí!». Es lo único que se te ha ocurrido para animarme a que repita la jugada y como, aun así, sientes que algo tendré que hacer para volcar mi energía y no desfallecer del todo, ahora me recomiendas ¡que haga DEPORTE! ¡Y que vaya a la PISCINA! ¡Que es algo que aborrezco! Pero ¡bueno!… ¿Tú quieres matarme o qué? ¿Quieres que coja una pulmonía doble! ¡La piscina! ¡Con el frío que hace! ¡Y de dónde voy a sacar tiempo para ir a la piscina!

Pero ¡qué mosca te ha picado!

¡Ja!, ¡ya estoy viendo tu cara si algún día se me ocurriera seguir tus consejos al pie de la letra y si recibieras una carta en la que alabase efusivamente (¡en la medida de lo posible!) el placer de nadar, de los cuerpos desnudos y mojados, del agua sobre la piel, del pelo húmedo y de mirar distraídamente un buen par de piernas masculinas! ¡Ja! Mira por dónde, si no tuviera nada mejor que hacer, ¡incluso me tomaría la molestia de tragarme unos cuantos tragos de cloro, solo para ver qué pasa!

Fíjate en que mientras tú te compadeces de ti mismo y [te] quejas con tanto arte de en qué te he convertido, ¡andas disfrutando del whisky, perdiéndote por los *dancings* y fijándote en las americanas que velan por tu bienestar! Pues ¡¡¡perfecto!!!

Pero ¡ahí no queda la cosa! No solo eres tan tonto como un lavabo, injusto y una mosca c…era (espero que captes el significado de esta palabra que no puedo escribir completa), sino que, para acabar de arreglarlo, ¡eres malo!; copio exactamente una frase tuya: «Aunque hicieras las peores cosas, e incluso contra nuestro amor, pese a un sufrimiento que temo

físicamente de tanto como lo conozco, te querría pese a todo y seguiría junto a ti».

Te doy las gracias, cariño mío, por el significado general de la frase, pero desde que pienso que me quieres nunca he dudado de que así fuera. Me parece obvio que, en el punto en el que estamos, los errores o los desvaríos de cierto orden ya no pueden hacerle nada a nuestra unión, aparte de causarle un sufrimiento atroz.

No te agradezco tanto el inciso «de tanto como lo conozco». Me parece que estás exagerando o distorsionando.

Pero todas estas pequeñas sensaciones desaparecen comparadas con lo tremendo que viene luego: «Se trata de palabras imprudentes (desde todos los puntos de vista) y antes de pronunciarlas las he pensado mucho».

¡Acabáramos! El mero hecho de hablar de imprudencia en un amor como el nuestro me deja patidifusa, pero el inciso (¡otro!) que da a entender que yo podría utilizar tus palabras para considerar que tengo libertad para hacer cosas en contra de nuestro amor, ¡eso!, ¡eso supera con creces lo peor que se pueda imaginar!

Pero ¡no! ¡No voy a montar en cólera! ¡No debo! ¡Una vez más son el descanso, tu aire de hombre fatal y vigoroso, y el ensayo los que tienen la culpa de todo! ¡Eres tonto, pobre cariño mío! ¡Y habrá que esperar a que se te pase! Eso es todo.

¡Ay, empiezo a sentirme más ligera! Como te he dicho, las cosas serias las dejo para mañana, porque esta noche ya son las dos y he tenido un día duro. En efecto, me he levantado a las nueve y, después de muchas llamadas telefónicas, le hice la cura a mi padre, que está en plena crisis. Almorcé a mediodía y de una a cinco de la tarde estuve grabando en la radio.

A las cinco y cuarto ya estaba en la Comédie-Française, con la túnica, el pelo suelto y rodeada de mis niñas del Conservatorio, que ensayaron sus

movimientos hasta las siete, obligándome así a quedarme de pie durante dos horas, casi.

Comí dos huevos con beicon en el Souris y actué muy bien en *Los justos*.

Todo lo cual es agotador y estoy cansada.

¡Buenas noches, argelino! Buenas noches, amor mío, hermoso amor mío tonto y cerrado. Buenas noches, cariño mío. Acurrucada en ti, con tus piernas enredadas en las mías (¡ay, ojalá pudiera ser cierto!), voy a dormirme y a intentar soñar con una piscina en la que estarías tumbado, fresquito y mojado, pegado a mí.

Te quiero. Te quiero. También me gustaría tenerte abrazado y mirar cómo duermes. ¡Para que veas lo casta que soy! Por desgracia, creo que te despertaría con cuidado, pero ¡deprisa!

Hasta mañana, cariño mío.

m
V

194 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles, 10 de la mañana [15 de febrero de 1950]

Como Gide me ha invitado a Juan-les-Pins volveré muy entrada la tarde y temo no encontrar tiempo allí para escribirte. Lo hago ahora mismo, en la cama; hace un día maravilloso.

Por lo demás, nada nuevo. Salvo que ayer oí *El intercambio*. Creía que no podría aguantar ni un acto. Lo oí entero con profunda emoción. Marcel [Herrand] estaba *excelente*, Bernard muy bien. Solo Montero… pero es un papel difícil. En cuanto a ti, acabé por olvidarme de ti, y en las presentes

circunstancias eso significa algo. Estabas admirable con la dulzura y la fuerza de ese papel. ¿Sabes que lo dominas, literalmente? Estaba contentísimo, por ti.

He revisado mi opinión sobre *El intercambio*. Es un texto muy hermoso. Pero funciona mucho mejor en la radio, donde se convierte en un poema a cuatro voces. En el escenario, los actores no saben qué hacer durante los interminables parlamentos, sobre todo el que no habla. Y, aparte de ti y de otros dos o tres, no conozco a ninguno que sepa quedarse inmóvil. Entonces, el espectador se aburre cuando ve que los actores se aburren. Y se fija sobre todo en la paja (que la hay) y no en las cautivadoras bellezas del texto. Es un hermosísimo poema del amor, eso desde luego. ¡Con cuántos acentos diste, qué sencillez y qué entusiasmo le pusiste! Recuperé la honda alegría de los primeros ensayos de *El malentendido* y del primer pase de Dora. Amor querido, genial mía, te beso como el más lúcido y apasionado de tus admiradores.

Me viene bien ir a ver a Gide, a quien tengo mucho afecto, pero siempre me ha dado la impresión de que me dejaba cortado con esa manía suya del lenguaje escogido. Esta vez voy a hacerme el cansado y amodorrarme por dentro. Y además será un día sin trabajar, eso de propina. Hace muy bueno, disfrutaré del tiempo y ya está.

Me pregunto qué tal ha ido el ensayo general en la morada de Molière. ¡Pobre, respirando un polvo de los tiempos de Sarah! Escribe lo que has hecho.

Amor mío querido, no me gusta escribirte recién despierto porque es la hora en que me siento siempre un poco desanimado. Pero hoy es 15 y, en adelante, los días van a ir cuesta abajo hasta ti. Tu voz sigue sonando en mí desde ayer. Me hablaba toda la noche en el corazón. ¡Voy a oírte pronto! No

me lo puedo creer. Besos, hermoso amor mío querido, trágica mía, emocionada mía. Te beso y te quiero con todas mis fuerzas.

A

195 — María Casares a Albert Camus

Miércoles a mediodía [15 de febrero de 1950]

Cariño mío:

Esta mañana no tengo la mente muy despejada para hablarte de las cosas esenciales cuyas razones quiero hacerte entender aquí. Mi padre va de mal en peor y no puedo verlo sin que se me encoja espantosamente el corazón. Esta mañana ha venido el médico; yo aún estaba durmiendo y no quiso que me despertaran. Sin embargo, dijo que «la cosa no va nada, nada bien», le recetó más inyecciones de Solucamphre y de no sé qué más, y avisó a Ángeles de que me iba a telefonear de una a una y media. Te escribiré más tarde el resultado de lo que hablemos.

Ahora voy a intentar explicarte en pocas palabras mis «cambios» y resumir mis deseos lúcidos y profundos.

El estado en el que me encuentro ahora mismo depende muy poco de nuestra situación. Es fruto de nuestra separación, de la falta de descanso y, sobre todo, de un fatiga mental y física que lleva meses acumulándose. El hecho de interpretar a Dora todas las noches supone un exceso más para el cuerpo y el corazón, y no olvidemos que ando todo el día de acá para allá.

En esta existencia que llevo lejos de ti, lejos de lo que da color a cada cosa que hago, no veo nada que vaya a suavizarme las horas, puesto que mi

padre, el único ser aparte de ti que puede iluminarme con alguna alegría, ha cedido el puesto a una especie de fantasma que utiliza la energía que le queda en tratar de seguir vivo, peleando sin tregua contra sufrimientos atroces.

De momento, no hay nada más, realmente, y si en algún momento te he hablado de esa vida que les dedicas a otros a tu pesar, me refería tanto a M[ichel] G[allimard] como a F[rancine].

Es posible e incluso probable, sin embargo, que algún día te grite palabras que mi carta del otro día no justificarían. De hecho, te lo he avisado en esa misma carta. Pero también es cierto que en ella te he dicho lo que pienso en lo más hondo, y me parecía estar siendo bastante clara.

Sabes mejor que nadie que no se vive siempre en el mismo plano y que hace falta descansar, cierta tranquilidad y reflexión para poder, por fin, despojado de todo, distinguir lo que es verdad, y si a veces sucede que dejo que me arrastren deseos violentos, egoístas, tremendamente exigentes, no es menos cierto que esa no es mi parte más profunda, más íntima, y que se me ha concedido —para mayor gloria mía— un corazón más generoso que esos arrebatos más pasajeros y un alma que alberga dentro más calidad.

Este amor maravilloso que ha nacido en mí gracias a ti me divide sin cesar entre dos impulsos opuestos que me arrastran por turnos. Por un lado, la creciente y tremenda necesidad que tengo de ti me impele constantemente a exigírtelo todo y cada día más. Por el otro, reconozco que tu felicidad, tu autoestima, cierta paz que nunca hallarías si actuaras según mi peor egoísmo, me resultan ahora mucho más queridos que mis anhelos más deseados.

Ya ves que aparto de mí cualquier pensamiento ajeno a nosotros y que te hablo fríamente sin intención de perdonar ni conciliar nada.

Pero no quiero ser tan imprecisa. Puede que con ejemplos concretos

entiendas mejor mi estado de ánimo.

Todos los días, al menos una vez, me pongo a pensar en qué sería de nuestra vida si de pronto estuvieras junto a mí, liberado de todo; debo confesarte que entonces todo se funde en una dulzura y una felicidad innombrables. Salgo volando, ¿lo entiendes?, y no vuelvo a la tierra hasta que noto los tirones dolorosos de una nostalgia espantosamente aguda. Ese pincho siempre está ahí para llevarme de nuevo a la realidad y presentarme una imagen que conozco de sobra: tú y tus hijos. Entonces, me falta valor y la perspectiva de que nunca serás mío —pienso que, si no los dejas ahora, no los dejarás nunca— no logra mantener el deseo que tengo de ti por entero.

Respecto a tu vida con F[rancine], te equivocas al imaginarte que no creo en tu fuerza frente a ella. Creo en ti y en tu amor más de lo que piensas —a pesar de todo lo que ha pasado—, pero precisamente porque tengo en ti una fe tan absoluta temo que la vida me frustre esta única esperanza e intento convencerme a mí misma en cierto modo de que puede suceder algo y de que hay que esperarlo. Tengo miedo. Sé la agonía que me supondría si sucediera e intento esquivarlo por instinto de conservación.

Ya te imaginarás, por tanto, la constante lucha en la que me debato. Es natural, pues, que de vez en cuando, dejándome llevar por una sed —totalmente legítima, creo— de vivirlo todo contigo, te grite palabras desconsideradas, pero no significa que cuando me quedo a solas conmigo misma, frente a nosotros y nuestra situación, no me considere ya totalmente feliz por lo que me has traído y por lo que das cada día. Los abismos más profundos que se abrirían en nuestra vida en común solo serían fruto de tu esfuerzo, por encima de ti y de lo que te resulta más querido, por tratar de construir para mí una felicidad que entonces se me escaparía por completo. Así que, escúchame bien. Nunca voy a consentir que hagas nada para que

yo sea más feliz. Sería un desastre, una catástrofe y nunca te aceptaría a mi lado sin estar segura de que la razón de tu llegada no tiene que ver conmigo ni con mi bienestar. Lo que quiero decir con esto es que es posible que algún día la vida sea clemente con nosotros y que por razones misteriosas e inesperadas de pronto te encuentres con que eres libre, a mi lado. También es posible que te sientas incapaz de mantener esta situación a largo plazo y que, frente a los dos caminos que tienes delante, elijas el que te lleve a mí. Entonces, ya volveríamos a hablar del tema, pero solo entonces, y cuento contigo para que no me engañes nunca sobre ese particular, aunque sea para contribuir a mi felicidad.

Así que calla y espera. Si algún día te toca hablar, será porque a ti no te quede otra alternativa. Si no, viviremos como podamos, dando gracias al azar por haber hecho que nos encontráramos.

Y a esto me refería con una carta amistosa. Una carta, como esta, en la que no se omite nada. Lo único que realmente me hace desgraciada viniendo de ti es el silencio. ¿Lo entiendes ahora? Hay una parte de lo que piensas de la que no me hablas y en la que me parece imposible que nunca te detengas. Entonces creo que la omites para no hacerme daño y que aún no sabes que esa es la única forma en la que puedes torturarme o apenarme.

Pues eso, amor mío querido. Esta carta se interrumpió y ahora son las cinco de la tarde.

El ensayo «Torrens», que ha durado desde las dos y media hasta las cuatro y media, ha ido de maravilla. Es un Yanek que carece de profundidad, pero con cierto frescor que conmueve. No va a quedar nada mal. No creo que buscando más hubiéramos podido encontrar nada mejor.

Por desgracia, los problemas de *Los justos* no se limitan a Kaliáyev; ahora afectan a Dora y hoy he avisado a Paulo [Œttly] de que busque sustituta por si yo tuviera que ausentarme. No te preocupes; por suerte,

seguramente actuaré hasta el final, pero tengo empeño en que haya una persona preparada para hacer el papel algunos días, en caso de que surgiera algún problema. En efecto, el médico me ha telefoneado para sincerarse sobre sus preocupaciones más profundas. Papá está muy mal. El inicio de la crisis presenta los mismos síntomas que el año pasado, pero su estado general es infinitamente más débil y cabe esperarse lo peor.

Pero ¡sobre todo no pierdas los nervios! Aún no hay nada desesperado y ya conoces la resistencia inverosímil de mi padre. Lo único, por favor te lo pido, es que, si sucediera lo peor, no pierdas los nervios: quédate donde estás y cuídate hasta el final; te tendré al tanto de todo. Ahora vuelvo a sentirme fuerte y acabaré con su enfermedad, estoy segura. ¡Tiene que seguir viviendo!

Cariño. Te dejo. Es la hora de la cura. Esta es una carta muy triste y esta noche o mañana espero poder enviarte una nota más reconfortante.

Mañana por la mañana y pasado tengo grabación de radio de nueve a una y el viernes por la noche, *Esther*. ¡Ay!, ¡es agotador!

Te quiero. Te quiero con toda el alma. Te beso, amor mío, te beso locamente.

M. V

196 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 11 de la mañana [16 de febrero de 1950]

No me he encontrado con tu carta hasta que volví ayer después de cenar, y me ha puesto muy triste por ti y por tu padre. Solo creo que lo más difícil es dejar el campo libre en su organismo para el suero. Va a llevar tiempo. Pero

en cuanto sea cosa hecha, estarán permitidas todas las esperanzas. Ánimo, niña mía. Estoy seguro, no sé por qué, de que todo va a cambiar a mejor. El día de ayer resultó muy cansado. Almuerzo en casa de Gide, donde me esforcé en hablar. A los ochenta años ya no se le habla a la gente sino por educación, está claro. La mirada está vuelta hacia dentro, y no hacia los demás. Así que el resultado es una conversación agradable y puramente formal que no tarda en volverse agotadora. Después del almuerzo me habían preparado una habitación para mi descanso ritual. Pero no tenía ni mis libros ni mis papeles y ya sabes que no duermo. Así que estuve de capa caída. Esta enfermedad me desanima a veces. Pero ya te explicaré otro día cómo.

A las tres y media ya no podía más y me fui a dar un paseo. Hacía un tiempo admirable. Paseaba a lo largo de la orilla del mar. Era el mar suave y azul de los días de verano, la curva del golfo era perfecta, y por todo el cielo empezaba a extenderse la miel de la media tarde. Al menos durante todo ese tiempo tuve el corazón en calma. Estaba más triste que soliviantado. No es sino la naturaleza, y determinada naturaleza en particular, la que puede salvarme de todo. Había recuperado la dulzura. A las cinco, té con un Gide dormido aún y que repetía cada dos minutos «Bueno, bueno». Luego fuimos a casa de Dolo, a quien habíamos prometido ir a tomar algo. Estaba Bloch-Michel. Dolo me tuvo entretenido un rato con su verborrea. Hablando de mí en la casa de Cabris, dijo: «Con tu pinta de noble español al frente de una dinastía venida a menos desanimarías al mismísimo Cristo», o de mis obras (ha sido actriz): «Una adelgaza actuando en ellas», «se actúa entre alambradas, y electrificadas»; y también: «¡Ternura! Sí, hay ternura, pero en el último minuto, en el momento de separarse». Y así se pasó una hora. Por fin, nos apañó una sopa de pescado y me regaló una pluma americana, unas vitaminas y ¡un peine

que te corta el pelo cuando te peinas! Y nos volvimos. Se me olvidaba decirte que, estando yo presente, fue de visita la jefa de La Rose Rouge, [284] Mireille. Hay que ver qué suerte tengo.

Solté un suspiro al llegar a Cabris. Aire puro por fin, liviano, delicioso, como un agua fresca. El cielo estaba tan repleto de estrellas que parecía gris. También ahí había una dulzura. Me prometí no volver a bajar. Ya no soporto el trato con la gente e incluso en Cabris hay demasiada. Tú, el trabajo, la belleza, eso bastaría para llenarme la vida.

Me metí en la cama, pero, no sé por qué, después de haber leído tu carta no conseguí quedarme dormido. Este día desaprovechado se me hacía cuesta arriba. Estuve dando vueltas y más vueltas hasta las cuatro de la mañana. Se me pasó por la cabeza todo cuanto me duele. Veía sobre todo (¡puedo hablarte a corazón abierto, mi único amor!) la cara desdichada de F[rancine] desde hace unos cuantos días. Es un sufrimiento malo ese que no puede ni hablar ni gritar. Y yo sufro de mala manera por ese sufrimiento malo, cuyo autor soy yo, mal que me pese. Hay horas en las que estamos, en apariencia, amistosamente indiferentes, pero me destroza la compasión. Querría apaciguarla, hablarle con dulzura, decirle que se trata de un mal imaginario. Querría sobre todo que me pidiera cualquier cosa difícil y agotadora, no sé, trabajar en una mina, subir al Himalaya, cuidar a leprosos. Pero no me pide nada, solo que la quiera, y ni siquiera me lo pide, porque lo tiene todo claro; antes, la mentira lo tapaba todo y podía vivir, si no dichosa, al menos calmada, con la ilusión de que mantenía lo poco que compartíamos. Ahora, la noto humillada y derrotada y eso aumenta mi impotencia. Perdóname por hablarte de esto, pero existe, de sobra lo sabemos, y la certidumbre que comparto ahora contigo me da mayor libertad para decir aquí todo lo que siento. Y además este insomnio me ha

cansado y me ha puesto más sensible. ¡Cuánto querría tenerte y decirte, embarullado, mi amor, y descansar en ti, amor mío querido!

12 y cuarto del mediodía

Han llegado tus cartas de martes miércoles, mi amor querido. Estoy muy preocupado por tu padre y por ti. Dame noticias exactas, tenme al tanto. ¡Ay!, si pudiera yo conseguir lo que deseo con todo mi ser, tu padre estaría en pie mañana; no me atrevo a hablarte de esto. Pero piensa que me paso el día pensando en él y que comparto tu pena. Seguro que se va a curar. Cuídalo bien y llámame si es preciso, te lo ruego. No puede ser que no se cure y no disfrute aún de la vida por muchos años.

Hay otra parte de tu carta a la que habría querido contestar, pero la enfermedad de tu padre lo tapa todo. Sin embargo me he alegrado de haberte escrito lo de más arriba en el preciso momento en que me pedías que no te callase ciertas cosas. ¡Cómo te entiendo! Cuántas fuerzas y cuánto amor vamos a necesitar para salir triunfantes de todo. Y cuánto te quiero, desde lo más hondo, por ayudarme así, solo con la excelencia de tu corazón, a ser de verdad yo mismo. Beso tus queridas manos con el amor y el respeto que me embargan, con las lágrimas de la alegría y de la pena.

3 y media de la tarde

Vuelvo a esta carta, incapaz de dormir. Pienso en ti y en tu padre, no puedo creer que no se cure. Este ataque en el preciso momento en que, con el suero, se presentaba una esperanza considerable resulta demasiado estúpido y demasiado indignante. Si te sientes demasiado sola, llámame. Así me das

noticias. En lo demás, tranquila, había entendido tu carta. Si te pedí precisiones fue solo para confirmar lo que ya pensaba. No le he hablado a F[rancine], solo sabe que te quiero. Y no cabe duda de que me siento desdichado por hacerle daño de esta forma y ningunearla, pero no es menos cierto que soportaría sentirme mil veces más desdichado y culpable a condición de tenerte y de quererte. Sí, soy también capaz de perder mi propia estima para conservarte. Al menos, eso creo, lo seguro es que, en medio de estas espantosas nieblas de sufrimiento y sinrazón, solo tengo una luz: tú.

Todo esto te lo digo para quitarte cualquier preocupación. Pero tienes que dejarlo estar, olvídate de todos los problemas, salvo de los de tu padre. Aquí estoy, esperándote, velando por ti. Sin rastro de ilusión, esta vez te repito que comprenderé que no escribas. Lo que me preocupa son los silencios sin motivo. Pero sé que debes estar junto a tu padre, ayudarlo, curarlo por fin. Y nada, ni el silencio ni los gritos, va a cambiar nada en mi corazón ni en el amor, en definitiva, con el que te espero.

A

197 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves, 1 y media de la tarde [16 de febrero de 1950]

Acabo de volver de la radio; esta mañana me fui iluminada por el cielo y el sol de Cabris. Tu carta del martes me hizo muy feliz y cuando sostengo que la lluvia, las brumas y el frío te sientan fatal no ando muy descaminada. ¿A que no? ¡Pobrecito mío! ¡Cómo te sentirías exiliado en mitad de los

páramos grises de Bretaña! ¡Y eso que allí hay un sol resplandeciente y cálido! ¡Y cuánto te gustaría la mar, cambiante, salvaje y furiosa!

Sí, esta mañana la cosa iba bien. Anoche, la inyección de Solucamphre hizo efecto sobre el estado de mi padre y cuando volví a casa estaba un poco más tranquilo. Me acosté, tras un día muy largo de angustias y nervios. He dormido nueve horas. Me he despertado con muchos ánimos.

Fuera estaba gris, pero al salir del estudio de François-Ier, todo París parecía radiante de primavera.

Por desgracia, en casa las noticias no casaban con el tiempo. Llegó el médico; su inquietud se confirma y esta tarde o mañana volverá con otro médico, el profesor [Gisoux], para consultarle.

En este momento estoy con papá. Ya se pasa casi todo el rato delirando y está tan cansado que le resulta imposible llevar a término el más mínimo movimiento.

Así es como estamos por ahora.

¿Cuándo tocará el suero?

Te podrás imaginar, dadas las circunstancias, lo mucho que me fastidia ir a hacer el ganso al Français. Pero ¿qué quieres? Me comprometí, y me comprometí por darle ese gusto a Georges Leroy [*sic*],[285] que me cae muy bien. En cuanto a la elección, fue él mismo quien me propuso interpretar la oración de *Esther*, que es un tostón, pero que a él le parece que recito bien, que le gusta y que forma un todo. Lo que es a mí, me trae al pairo. Esta escena nacional me deja tan fría que pienso incluso que es mejor recitar un texto que me es indiferente antes que cualquier pasaje que me importe.

Ya es una faena de por sí, pero en este momento es una tortura.

Yo también oigo a menudo la música de *El tercer hombre*. Para mí

representa un poco tu ausencia, del mismo modo que *La Vie en rose* o [*La Seine*] te representan estando conmigo. A mí también me gusta más el vals.

Te dejo, cariño mío. Esta noche intentaré añadir aquí unas palabras más. Perdóname por estar un poco despistada. Hasta dentro de un rato, amor mío.

6 de la tarde

¡Ay, qué cruel es el tiempo! Fuera hace un día espléndido. Los pájaros cantan en la terraza. En la calle suena un organillo.

No puedo ni leer, ni escribir, ni hacer nada de nada. Voy y vengo del cuarto de mi padre al mío como una sombra. Llevo desde la una y media intentando que coma. Todavía no lo he conseguido. Vienen a ponerle la inyección. A lo mejor vuelve a calmarlo y le permite tragar algún líquido. No ha podido tomar nada desde ayer.

¡Ay, qué cruz!

12 y media de la noche

Al volver a casa me enteré de que papá había intentado levantarse y dar un par de pasos por el cuarto para... ¡bueno!, ¡qué más da! La cosa es que se cayó y, cuando Juan y Ángeles llegaron corriendo, al oír el ruido, se lo encontraron en medio de un charco de agua, tirado en el suelo, sin moverse ni decir ni una palabra. Le cambiaron el pijama y lo llevaron a la cama. Ahora está exhausto. Le he vuelto a cambiar la chaqueta de punto y la del pijama, que estaban chorreando de sudor, y se ha dejado hacer como si fuera una muñeca.

Estoy tremendamente impresionada. Ojalá que mañana borre las horas que hemos pasado hoy.

Un par de líneas más y voy a intentar dormir, si es que puedo. Hébertot

no quiere que me sustituya nadie. Prefiere cerrar el teatro si llegara a pasar algo. En cuanto a Reggiani, se queda con nosotros hasta el 3 de marzo.

Cariño mío, te quiero. Me gustaría hablarte de felicidad y no contarte todos estos horrores, pero ahora mismo no puedo ser feliz y debo contártelo todo siempre para que comprendas mi estado de ánimo y mis cartas.

Te quiero con toda el alma.

Maria

Viernes, 10 y media de la mañana

Acabo de recibir tu carta y quiero añadir unas palabras a la mía antes de enviártela.

Pero bueno, cariño mío, cómo se te ha ocurrido últimamente que yo pudiera tener alguna reserva, además de la que me decía que entre F[rancine] y tú había pasado algo. ¿Estás loco? ¿No entiendes lo que te digo entre líneas?

Cuando te pedía que me lo contaras todo, amor mío, me refería tan solo a la repercusión que esos hechos tenían en tu vida. Eso es todo. No me imaginaba nada más y, cuando hablaba de locuras —ahora puedo decirlo abiertamente—, estaba pensando en lo que había pasado, en efecto, y de lo que me he enterado hoy por tu carta. Tus planes de viajar cuando volvieras habían confirmado mis temores y el tono de tus cartas ya no daba lugar a casi ninguna duda.

¿Cómo se me habría podido ocurrir entonces otra cosa? Anoche hasta te suplicaba aquí que me quisieras; temo que el dolor, la pena y el malestar en que te encuentras te alejen de mí. Es lo único en lo que soy egoísta.

Quitando eso, no sé lo que haría para que F[rancine] fuera feliz, incluso al margen de la paz que esto supondría para ti.

Pobrecito mío, ¡menuda vida debes de tener! ¡Vaya días! ¡Ay!, ¿no puedes intentar mitigarlo todo? ¿No puedes hacer borrón y cuenta nueva? Llámame loca, pero creo que estoy dispuesta a aguantarlo todo para verte feliz, y, con tal de saber y ver que estás conmigo, soy capaz de llevar la existencia que haga falta.

¡Ay!, ¡amor mío, pobrecito amor mío, mi querido querido amor! ¿Qué hacemos? Te quiero. Cálmate. Descansa. Te escribiré largo y tendido esta tarde.

Te beso con toda el alma.[286]

M.

198 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 3 de la tarde [17 de febrero de 1950]

Mi niña querida, te beso y te estrecho mucho rato en mis brazos con una tristeza espantosa y toda la ternura que por ti siento. Desde que me llamaste por teléfono, me duele vivir y tu recuerdo me persigue. Llamé a Air France porque me parecía que podría ir y venir en un vuelo y el siguiente. No hay vuelos antes del martes, pero es demasiado tarde, me llamarán si se libera alguna plaza mañana. En tal caso, estaré contigo mañana por la tarde. Si no, renunciaré y trataré de regresar antes.

Sé por lo demás que, salvo con mi presencia, nada puedo hacer por tu desgracia. Quizá incluso no te apetece que te distraigan de ella. No sé qué pensar. Me puso nerviosísimo la llamada, con el corazón torturado, sin

poder dar con las palabras. ¡Oírte por fin y para enterarme de esto! ¡Mi pobre, mi querida niña! Mi tristeza es por él, a quien quería y admiraba a través de ti, pero también me digo que ese prolongado calvario no era vida. Era un esfuerzo torturante para vivir pese a todo, que no es lo mismo. Por muy triste, por muy espantosa que haya sido su vida, la patria sometida, el destierro, el sufrimiento físico, sé que no vivió en vano. Las dos o tres veces que lo vi comprendí que estaba por encima de lo que había sufrido. Y también entendí que tú eras su verdadera alegría, su perpetuo orgullo. No lo compadezco del todo aunque lo lloro contigo, admiro que haya podido seguir así, lúcido y fiel, entre tanto desastre.

Pero es en ti en quien pienso sobre todo, querida inquietud mía. Tu dolor, tu sufrimiento, tu desvalimiento, eso es lo que no puedo soportar. Oh, amor mío, ahora es cuando tienes que saber que el mundo no está desierto del todo para ti. Nada sustituirá al que acaba de dejarte. Pero alguien que se te parece, que te hace justicia, que siempre podrá ayudarte está aquí, pese a la distancia y a su absurda vida… Qué tristeza, qué asco escribir esto en vez de callar a tu lado. Pero es cierto que estamos unidos en medio de esta terrible vida, pese a todo cuanto pueda suceder.

Llora si puedes, quédate sin lágrimas. Tarda mucho en volver a trabajar. Recupera el aliento al menos y no me escribas más que si te sale de dentro. Esta notita era para decirte mi pena, mi pena inmensa de la que solo puede consolarme que nos reunamos. A ti ni siquiera que nos reunamos te compensará lo destrozada que estás. Pero entonces te cuidaré como a mi niña desdichada y querida. Beso tus queridas manos, tus lágrimas, tu pobre cara que imagino, te beso dolorosamente.

A.

199 — Albert Camus a María Casares[287]

Sábado 18 de febrero [de 1950], *2 de la tarde*.

Mi niña querida, te escribo desde un café de Niza donde he ido a parar agobiado de calor y de pena. No necesito decirte qué me desespera y en qué impotencia me hallo. Por lo demás, lo sabes muy bien y tienes otras cosas que hacer y que sentir. Mi querido, mi queridísimo amor, me parece que nunca más podré ya escribirte ni decirte más que mi ternura, la infinita ternura de mi corazón. Después de llamarte, volví a llamar a Marsella. Finalmente, tampoco allí había nada que hacer. Así que lo he dejado correr, con el sonido de tu voz aún en el oído y el espantoso temor de preocuparte un poco más, de agobiarte… Lo he dejado correr y he llorado contigo.

Amor mío, mi único, mi gran amor, volveré pronto, seguramente no podré hacer nada por tu pobre corazón, para compensar lo terrible y lo injusta que es esta vida. Pero por lo menos estaré atento a tu lado y te ahorraré las cosas pequeñas, las contrariedades, los engorros, todo cuanto un hombre puede hacer por la mujer que ama. Piensa solo en él, y también en ella, y en tu pena. Une bien el recuerdo de ambos, cuanto de hermoso y grande había en ellos, y únelo a lo que eres tú. Haz que vuelvan a vivir en ti. Y te ayudaré en todo lo demás, nunca te abandonaré, hay una persona al menos de la que podrás disponer por completo, y digo bien por completo.

No puedo ya vivir para los días sin importancia, no puedo ya soportar a todas estas personas que en realidad no valen nada. Estás tú, tu pena, tu actual soledad y este inmenso amor que te tengo. Incluso esto que te estoy diciendo está de más. Es un silencio acorde a tu dolor lo que quería enviarte. Es mi amor, mi corazón desconsolado, la amistad del alma… Te

quiero tanto, te quiero, y nada más, sin reserva alguna. Te beso, querida mía, tristemente, pero con todas mis fuerzas.

A.

200 — María Casares a Albert Camus

Sábado por la noche [18 de febrero de 1950]

Cariño mío:

Estoy demasiado cansada aún para poder hablarte con claridad. Desde ayer por la mañana tengo la sensación de vivir fuera del tiempo. Estos días están siendo atroces y el horror de las horas de espera hasta el entierro que por fin me devolverá una soledad a la que trataré de amoldarme, indescriptible.

Nunca la vida pública que llevó mi padre ni la mía propia me habían pesado tanto. El teléfono suena sin darme ni un minuto de tregua. La puerta no para de abrirse para dar paso a personas que no sé ni cómo se llaman. Las cartas y los telegramas llegan a raudales y literalmente hay que recurrir a la mentira, a la astucia y, en ocasiones, a la ira, para cumplir la última voluntad de mi padre e impedir que la gente vaya al entierro.

Menos mal que está aquí Pitou para parar todos los golpes y hacer frente a todo el mundo.

Don Juan[288] ha sido para mí un hermano mayor maravilloso, y para que yo diga esto es que realmente se lo ha ganado. Y en cuanto a Feli, nunca jamás olvidaré este tiempo que ha pasado junto a mí.

Aparte de ellos y de Andión,[289] que no se han separado de mí ni un segundo —que, por cierto, es lo que más me ha agotado de todo—, solo he

visto un momento a dos amigos de padre, y a Pierre Reynal y a Pommier, que han venido a darme un beso.

Ángeles y Juan, como siempre, extraordinariamente fieles.

Como ves, no puedo quejarme. Estoy rodeada de una amistad fuerte y cálida. Y de hecho la necesito, porque no sé si yo sola hubiera tenido bastante fuerza para mantener la calma y no gritarles mi desprecio a los que, después de haber contribuido a matar a mi padre en el olvido, el exilio de espíritu y la miseria de los peores sufrimientos anímicos y físicos, ahora quieren elevarlo a la categoría de héroe. Los telegramas, las llamadas telefónicas, las tarjetas y las visitas se acumulan, y, a medida que el cansancio toma el relevo de la indignación y la congoja, ya solo me queda una horrorosa sensación de náusea que no se me quita.

De momento, el día se me va en ese tipo de luchas y arcadas. En el esfuerzo por mantenerme en pie. En alegrías de gratitud también.

En lo que se refiere a la pérdida irreparable de papá, confieso que aún no la he asimilado del todo más que a ratos muy fugitivos. Entonces me entra tal vértigo que me niego a demorarme en ellos.

De vez en cuando, incluso me entran ataques de risa. No soy la única. Los que conocieron bien a mi padre reaccionan como yo. Feli y Pitou, por ejemplo. Puede que te parezca deplorable, pero él nos había acostumbrado a reírnos de determinadas cosas, a que nos parecieran grotescas y ridículas algunas costumbres, y hasta tal punto que ahora, cuando suceden a su alrededor, toman el cariz que él habría querido darles. No quiero escribir los detalles. Ya te lo contaré algún día. Pero te lo digo aquí porque me parece que es el mejor homenaje que se le puede rendir. Me parece que es para él un triunfo extraordinario el que reside en el hecho de acompañarme tras la muerte de forma tan viva. Yo y los demás, porque para cada detalle había previsto un comentario del que no podemos evitar acordarnos, sonriendo e

incluso riendo, queriéndolo sobre todo, y casi echándole la bronca por habérnoslo metido en la cabeza.

Desde ayer por la mañana no ha habido ni un minuto de silencio en esta casa y casi todo lo que se dice son cosas que había dicho él. Y eso sin pretenderlo, sin esfuerzo, involuntariamente. ¿Qué otro recuerdo vivo se le puede pedir a un hombre que ha fallecido? Estuvo peleando hasta el fin, desesperadamente lúcido. Casi al final, solo su espíritu seguía vivo. Y seguirá viviendo más allá del final.

Lo que te estoy diciendo no son palabras carentes de sentido. Son la expresión de un sentimiento asombroso y profundo que no se me va y que me abruma. Pero no sé cómo explicarlo.

Siempre he tenido por mi padre una admiración sin ambages, aunque en la familia no somos dados a alabarnos entre nosotros. Ahora se ha convertido en adoración, y no es fruto del mito, sino de lo más auténtico que puede haber en el mundo, lo más cálido y lo más vivo. Haberlo conocido, haberlo querido, haberlo visto vivir y morir, eso sí que es un hermoso tesoro que hay que guardar celosamente. Haber sido su hija es y será uno de mis mayores orgullos y me señala una existencia que siempre deberá ser digna de él.

Hoy todavía no me quiero parar a preguntarme cómo lograré llevar adelante esa existencia. Por suerte, mi mundo no está desierto, tú estás en él; pero ¿sabes, cariño mío?, sin saberlo, aunque no tuviera nada que haber [*sic*] con mi amor por ti, me ayuda mucho a amarte bien.

Mi madre. Mi padre. Los dos únicos seres en este mundo que me han pertenecido y que me han poseído por completo, aparte de ti. Ahora no me quedas sino tú, solo tú. Aquí me tienes, toda tuya. Un poco mermada, amputada, dolorida, pero también aunando en mí todo lo que me aportaron y enseñaron, todas las riquezas que me dejaron. Todo ello, hecho un

batiburrillo, algo desordenado, te lo reservo y te lo entrego sin reservas. Solo te pido una cosa: que te cuides, que veles por ti, por tu salud, por tu felicidad, por tus fuerzas, para poder sacar de ahí fuerza para vivir.

¡Ay!, cariño mío, vela por ti, por nosotros. Mis ánimos están en las últimas. Ya no puedo más. ¡Cuídate, cúrate para venir conmigo lo antes posible y traerme nuevos bríos! No te preocupes por mí. Lo que cuenta de momento es tu salud. De cerca o de lejos, no dejas de acompañarme. Que no te entristezca estar lejos de mí. No importa nada. *Estás aquí*, bajo el cielo, y estás vivo, querido amor mío, y sé mejor que nunca lo que vale la vida de un ser al que se ama. Estoy llorando. ¿Lo ves? Es la primera vez desde ayer por la mañana. Son las primeras lágrimas. ¿Lo ves? De cerca o de lejos, me llenas de la misma dulzura. Te quiero.

Maria

201 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 9 de la noche [18 de febrero de 1950]

Ya estoy por fin en casa, y otra vez en la cama. Pero no puedo apartar el pensamiento de tu casa y de ti. Cuando recibas esta carta estarás sola, y es una idea que me duele. Sola después de esas largas y pesadas horas que no he podido compartir contigo. Mi pobre, mi querido amor, mi niña, ¿puedo al menos ayudarte, y cómo? Vas a necesitar muchos ánimos en los días venideros. Y conozco lo suficiente tu corazón para saber que lo tendrás. Pero también sé a costa de qué esfuerzo. Y es ese nuevo esfuerzo el que me da miedo por ti. En ese momento será cuando tengas que confiarte a mí. Durante toda esta tarde en Niza andaba por las calles bochornosas y

pensaba en ti, en tu vida, en ese singular destino tuyo. Me parecía que te entendía hasta lo más hondo, que era tú, hasta cierto punto. Habría querido besarte las manos, decirte mi pesar y mi ternura.

Amor mío querido, sobre todo suéltate. No te resistas, llora, llora si acuden las lágrimas. Escríbeme si puedes, dejando que hable el corazón. Si no puedes, por mí no te preocupes. La idea de ser un lastre para ti en este momento me resulta intolerable y esta mañana, por teléfono, cuando caí en la cuenta de que podía sumar una preocupación a tu dolor me quedé sin voz. No pienses sino en ti. Yo te escribiré a diario, torpemente como hoy, pero con todo mi corazón. Te llamaré mañana por la mañana. Perdóname de antemano cuantas estupideces pueda decir. Estoy tan ansioso y tan desconsolado que me parece que nunca más voy a poder hablarle con naturalidad a alguien. Pero no te quepa duda de la entrega de mi corazón, del amor frenético del que estoy colmado y de la ternura, ay, sí, de la inagotable ternura que te envío, mi niña querida, besándote largo y tendido.

A.

Domingo [19 de febrero de 1950], *4 de la tarde*

Añado unas cuantas palabras para completar lo que te dije por teléfono. No estoy preocupado. Estoy apenado nada más. La vida me parece muy indignante cuando pienso en ti. Y quererte sin que este amor pueda ahorrarte el sufrimiento, sin poder devolver la vida a los que quieres, resulta muy amargo. Pero al mismo tiempo hallo en esta pena una resolución. La de pensar más en ti y menos en nosotros, quiero decir, ayudarte cuanto pueda en las cosas pequeñas de la vida. Sí, pienso en ti con pena, pero con un amor aún más devoto. Te amo y te quiero. Cuídate, descansa, no dejes que te invadan todos los inoportunos. Protege tu silencio y tu soledad. Ya no

tardaré en estar de vuelta, y si ahora tengo la voluntad absoluta de curarme definitivamente es para poder aportarte todas mis fuerzas y hacer que valgan para tu felicidad. Pero no voy a volver a hablarte de todo esto. Escríbeme siempre que sientas la necesidad de hacerlo. Llámame cuando quieras. Pienso fielmente en ti y en cuando nos reunamos. Te beso como te quiero, con toda mi ternura.

A.

8 de la tarde

Tristeza de este día que acaba. Te quiero, pienso en ti. Que mi amor te proteja a partir de ahora, mi niña. Te beso, prietamente.

A.

202 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[290]

20 de febrero de 1950

CONTIGO CON TODO MI CORAZÓN. ALBERT.

203 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes, 3 de la tarde [20 de febrero de 1950]

Mi niña querida:

¡Con qué tristeza he leído tu carta! Al menos era una señal tuya y por fin

podía situarte entre esas espantosas nieblas que llevaban tres días rodeándote. Me he enterado un poco de lo que sientes. Y eso era lo que más echaba de menos: no me imaginaba tu corazón. Ante desdichas así, es posible reaccionar de cien formas y el dolor tiene todos los rostros. Ahora lo veo más o menos y sé que yo sería como tú. El ruido de los hombres, el horror de esos ritos bárbaros y ridículos, la fealdad de esos días y el desgarrado amor que se siente por el que se va, sí, te entiendo y comparto tus rebeldías y tu sufrimiento. Yo también me habría reído, y él también, tienes razón, si hubiera podido verlo. Era inteligente, inteligente de verdad, una cualidad que escasea y que perdura solo con que, como era el caso, no vaya separada de la bondad. Sabía que lo admirabas y que lo querías, sabía que se lo merecía y que acertabas al estar orgullosa de él. Por eso siempre he temido, sin decírtelo, por su vida, porque temía, por lo más íntimo de tu corazón. Por eso soy desdichado como si acabase de perder a un ser infinitamente querido.

Entiendo que quieras seguir siendo digna de él (digna de ella también, pero eso es otra cosa). No estoy seguro de ser digno de ayudarte a ello, pero eso es sin embargo lo que querría y querría también que me lo permitieses.

En lo demás, no temas nada. Velo por mí y me curaré porque tengo más que nunca voluntad de curarme. Todo lo que no tenía muchas ganas de hacer, ahora lo haré pensando en ti. Y espero aportarte nuevos bríos que podremos compartir. Acepto ese don sin reservas que me haces. Me colma, pero sé que no se trata solo de mí: te ayudaré a vivir.

Perdona que no vaya más allá. Tengo el corazón espantosamente oprimido. Pero te grito aquí mi amor, mi desconsolada ternura y lo que espero, vive, te lo ruego, por dura que resulte la vida. Resistiremos juntos en adelante; te beso, largo y tendido.

A.

Lunes, 10 y media de la noche [20 de febrero de 1950]

Siento, pobre amor mío, haber sido tan deprimente por teléfono. Había pasado un día malo y este enclaustramiento en plena actividad me vuelve loco. Esta mañana, mientras Paul[291] me hablaba, desapareció todo de golpe, noté en la cabeza una quemazón espantosa y me entró un momento de pánico. Todo el día he tenido el corazón minado, hasta que estalló.

Pero no hay por qué imponerte ese lastre añadido y no me gusta caer en ese tipo de debilidades. No podemos pasarnos el tiempo tomándole el pulso a nuestro estado de ánimo. Si nos queremos y decidimos hacer lo preciso para sobreponernos también a esto, entonces no necesitamos hacernos preguntas y exhibir nuestras dudas.

Te quiero, me desespera todo lo que nos separa o tenemos en contra, tu desdicha me hace desdichado y, al mismo tiempo, tengo una confianza y un apoyo en todo cuanto es seguro y que es inútil volverse a plantear, vivamos cuanto podamos mientras tanto.

Perdóname, niña mía. Querría que pensaras en ti, que fueras a ver al médico lo antes posible, que repusieras fuerzas y que recuperases el gusto por la vida. ¡Llevo tanto tiempo sin ver tu cara de felicidad! Me parece que hace siglos de eso.

Y, sin embargo, es ella, tan lejana y brumosa, la que me ayuda a vivir y a resistir. Callaré en adelante en todo cuanto no merezca la pena decir. Pero que no se te olvide esa cara que llevo en mí y, por amor a nosotros, intenta volver a parecerte a ella: es mi razón, mí única razón para curarme y vivir

A.

205 — María Casares a Albert Camus

Lunes, doce de la noche [20 de febrero de 1950]

¡Ay, cariño mío, ese teléfono! No vuelvas a llamarme. ¡Ese aparato solo hay que usarlo cuando es realmente necesario!

No voy a contarte cómo he pasado el día. Ha puesto fin al estado de sonambulismo con el que andaba por ahí desde el viernes. No hay palabras para expresar el horror de esas horas y, de momento, solo trato de reclamar las fuerzas que necesito, para soportarlo, a los recuerdos de mi padre vivo. De haber sabido él lo mucho que me está ayudando, al menos se habría sentido menos desdichado por dejarme.

Ahora, aquí me tienes despierta. Qué atrocidad. Me pregunto qué habría hecho de no estar tú aquí.

Cariño, amor mío, perdóname, pero tengo que parar. No puedo seguir escribiendo esta noche. Estoy al límite.

No temas, sin embargo. Tu imagen me sustenta. No dejo de sentir tu presencia y lloro y grito contigo. No temas nada. Dentro de unos días, volveré a mis cartas normales. De momento, no puedo hacer nada ni decir nada.

Quiéreme. Quiéreme con toda el alma. Te lo suplico, quiéreme siempre.

Totalmente tuya

Maria

Gracias por tus cartas, por tus llamadas, por estar.

206 — Albert Camus a María Casares

Martes, 3 de la tarde [21 de febrero de 1950]

Aunque esté hermoso el día, lleno de luz, de árboles en flor y de cantos de pájaros, me parece muy triste y muy abrumador lejos de ti, privado de ti, ansioso por ti. No he hecho nada que merezca la pena en todo este tiempo y voy a volver a esforzarme por controlar mi trabajo y mi tiempo. Me he dicho que tú también necesitarías que tenga la mente clara y relajada. Si *Los justos* se acaban en abril, cosa que espero, viajaremos un poco. Al menos, me gustaría y espero que coincidas conmigo, mi niña querida. Hice mal en hablarte ayer de Hébertot, pero el teléfono me cohibía y la imposibilidad de dejar hablar a mi corazón me llevó a hablar de cualquier cosa. La historia es sencilla. Como posdata a una carta en que me pedía autorización para montar *Calígula* esta temporada o la temporada que viene en París, a ese presumido imbécil le pareció oportuno añadir: «Me parece indispensable decirle lo siguiente: si hubiera sabido que iba a negarse a dedicarme su obra, no la habría montado». ¡En el estado en que me hallaba ya te puedes imaginar mi reacción! La respuesta que voy a mandarle lo va a poner al tanto de aspectos de la vida que ignora y creo que a partir de ahora será imposible toda colaboración con él.

¡Ay, no puedo soportar más a esta chusma!

Quería también tranquilizarte sobre mi salud. Análisis negativo, peso constante (si juzgo por mi aspecto), duermo casi todas las noches; debería regresar afianzado a París. Sé, por lo demás, que me van a decir que de todas formas tendré que pasar años aún tomando precauciones y viviendo con prudencia. Lo sé, y aunque esas limitaciones me saquen de quicio, he decidido ser dócil ante esas servidumbres. Lo he decidido por nosotros y creo que cumpliré mi palabra. Necesito los recursos físicos para ser dueño de mí mismo del todo y mandar un tanto en mi vida.

No dejo de estar preocupado al pensar que esta noche retomarás a Dora. Este nuevo cansancio, y que también afecta al alma, hace que me preocupe por ti. Sobre todo descansa. Recupérate durante el día. Piensa en mí: eres lo más querido que tengo en el mundo y, al tener que verme alejado de ti, me estremezco cada vez que te imagino en el momento presente. Habría preferido que te tomases un largo descanso. Pero todavía estás a tiempo y si notas que no te sientes con fuerzas, déjalo todo. Nos importa un pito Hébertot. En cuanto a mí, *Los justos* es agua pasada.

Tenía que repetirte mi amor. Pero te quiero en este momento de forma tan plena, tan sólida, tan entregada a ti, que no hallaría palabras. Tengo ganas de vivir junto a ti, para ti, y ya está. Entre nosotros, además de todo lo demás, hay ahora en este mundo enemigo algo así como una fraternidad de armas. ¡Ay, querida mía, te aprieto la mano apasionadamente y me quedo a tu lado! Te beso largo y tendido.

A.

207 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes, 12 y media de la noche [21 de febrero de 1950]

Cariño mío:

Ha sido duro pasar este día, pese a la extraordinaria amabilidad con la que me encuentro por doquier a mi alrededor. ¡Dios, qué buenas, generosas y amables pueden a llegar a ser las personas! En fin, algunas personas… pero es como si yo las atrajera. Esta mañana estuve ordenando las cosas y los papeles de papá. Acto seguido, me derrumbé. Almorcé con Pitou, que se quedó a dormir conmigo, Ángeles y Juan. Luego descansé un poco. Velao,

un amigo de mi padre, vino a verme un ratito. Y después, Pierre Reynal. Vuelta a derrumbarme. A las cuatro fuimos Pitou y yo a hacer recados en taxi y luego a casa de don Juan [Negrín]. Me quedé allí hasta las siete y media. Me enseñaron fotos en color, un aparato para grabar la voz, vistas de paisajes, cuadros, la cocina, los últimos inventos para el hogar, me atiborraron de todas las especialidades españolas que pueden gustarme y me comunicaron por último que irían a recogerme a la salida del teatro para llevarme a casa.

A las ocho estaba en el teatro. Momentos difíciles que la gente de mi oficio sabe hacer llevaderos, pero en los que el resto del personal se pierde en balbuceos indescriptibles. El jefe de tramoya se equivocó y me dio sus «parabienes». ¡Pobrecillo! Prefiero eso a un telegrama muy «sentido» que llegó hoy y cuyo pésame erudito estaba dirigido a mi madre. También estuvo Lulu Wattier,[292] más que una amiga.

Luego tocó actuar. Ahí, por poco flaquea. Me resultó difícil terminar los tres primeros actos. Me encontraba allí, pero sin estar allí, me temblaba todo, notaba que estaba representando, no me atrevía a mirar al público ni a mis compañeros, y no sabía muy bien lo que estaba haciendo. Serge, conmovido, me llamó Maria en lugar de Dora. Sí, era difícil. Pero el quinto acto me pareció insoportable. Así y todo lo terminé, no sin haberme repetido por dentro no sé cuántas veces: «Es el texto de Albert, tienes que decirlo entero».

Henriette no quiso soltarme así como así. Me llevó hasta la puerta de la calle y no me dejó hasta que me vio en brazos de Feli [Negrín], que, con don Juan, había entrado en la sala sin decírmelo y estaban radiantes del orgullo que sentían por mí.

Volví a casa con ellos. Se quedaron para verme cenar. Querían saber lo

que comía y tuve que engullir unas croquetas para don Juan, Feli, Pitou y Ángeles, que estaban todos a mi alrededor, como unos verdugos.

Ahora ya se han ido. Ángeles se ha acostado. Pitou está durmiendo junto a mí.

Me gustaría, necesitaría que me dejaran un poco en paz, pero he comprendido que de momento es mejor que me abstenga de estar sola. He intentado hacerlo y creí que me volvía loca. En cuanto hay alguien, hago un esfuerzo por dominarme y, al menos, mantengo la compostura. Así que he renunciado a estar en paz. Cuando vuelvas, entonces y solo entonces, podré recuperarla. Así que te espero, ahora y siempre. Lulu me ha preguntado cuándo volvías. Me ha resultado dulce contestarle que a finales de marzo y se me ha derretido el corazón al oír que decía: «¡Ay, me quedaré más tranquila cuando esté en París!». Es la primera vez que me habla tan abiertamente. No le llevé la contraria.

Amor mío, me voy a dormir. Quería contarte todo esto para que supieras quién soy y cómo soy, pero me noto cansadísima y voy a intentar dormir.

¿Sabes?, don Juan y Feli son… no, no hay palabras para decir cómo se están portando conmigo. Y a Lulu Wattier ya la conocía y me caía muy bien.

No solo están ellos, y me encuentro abrumada con tanta simpatía, con tanto cariño, con tanto aprecio. Si mi padre lo viese, se sentiría feliz y orgulloso, creo. Lo que es yo, ya ves; te pido que te alegres de todo esto, que me quieras mucho, muchísimo, que me quieras siempre, que te cuides bien y que vuelvas conmigo a finales de marzo para que por fin pueda estar en paz en tus brazos largos, que tanto añoro.

Hasta mañana, amor mío.

Maria

Miércoles, 3 de la tarde [22 de febrero de 1950]

Acabo de recibir tu carta, mi niña querida. Comprendo muy bien que no puedas escribir. Y no quiero que te esfuerces por mí. Me siento muy solo y muy desdichado sin tus cartas, es cierto. Pero eso no cuenta y puedo esperar. Por lo demás, lo importante ahora es que volvamos a reunirnos y tengo la esperanza de que este último mes pase deprisa. Piensa solo en descansar y en aprender un poco a volver a vivir. No tengas ninguna preocupación en absoluto por mí que ya no estoy dedicado sino a regresar lo antes posible y en el mejor estado posible.

He dado esta mañana un paseo muy largo porque el buen tiempo me sacó de casa. Es la primera vez desde hace muchos días que he hallado algo parecido a la paz. Almendros de color de rosa o blancos florecen todo el paisaje. Me siento tan lejos de las personas que no me apaciguo sino en la naturaleza. También trabajo, pero mal. Supongo sin embargo que mis esfuerzos recibirán su recompensa. En cuanto a lo demás, estoy tan bien como cabe; incluso nunca me había sentido tan bien.

Querría solo recobrar algo así como un calor interior que he perdido, la confianza instintiva en la vida. Pero resulta muy difícil. Soy demasiado mayor y estoy demasiado «informado». Mi única alegría profunda, incluso cuando es triste, es la certidumbre de tu existencia y la sensación, muy fuerte, de una solidaridad casi biológica contigo. Mi amor querido, que no se te olvide y vela por ti como velarías por mí.

Lo que más me molesta en este momento es no imaginarte con exactitud. Supongo muchas cosas, pero siempre como un ciego. ¡Qué más da! ¿Verdad que me contarás lo importante? Piensa nada más que te quiero y que te

espero. Lo demás no tiene importancia. Aquí quererte significa compartir lo que sufres.

Hasta mañana, amor mío querido, niña mía. Gracias por dejarme velar por ti, gracias por decir que eres enteramente mía. Es un depósito que recibo con alegría, trémulo, agradecido. Te beso despacio y no te suelto la mano.

A.

209 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Miércoles por la tarde [22 de febrero de 1950]

¡Ay, cariño mío! No puedo más. No me quedan fuerzas. Ya no siento nada de nada. Solo un cansancio inmenso, infinito, que me parece imposible que pueda superar jamás. Desde esta mañana, es como si tuviera el alma encerrada en un armario y la sensibilidad hubiera huido no sé adónde. Ya no es solo el agotamiento, sino el «mareo» continuo y el sueño que solo espera el momento propicio para apoderarse de todo mi ser. Ha llegado el momento de quedarme a solas, de entregarme un poco al cansancio, sin peligro. Solo me apetece dormir.

Por desgracia, resulta difícil hacer entender a unos seres llenos de amabilidad y amor que deberían alejarse unas horas y aún no tengo ni un segundo para mí. Está empezando a afectarme y mañana hablaré claro si no lo entienden; solo temo herir a los que me quieren y que, con la mejor intención, piensan que están actuando de la mejor forma.

Amor mío, mañana intentaré escribirte un poco más y, si aún no puedo, el viernes seguramente te mandaré una carta muy muy larga.

Esta noche voy a tratar de dormir para poder aguantar y recuperarme un poco. Tengo miedo de flaquear si no reacciono con firmeza.

Hasta mañana, cariño mío. ¡Ánimo! Pronto estarás a mi lado y entonces seguramente volverán los días de felicidad, te quiero. Te quiero.

Maria

He recibido hoy tus dos cartas. Escribe sin miedo y mucho. Siempre dices lo que necesito que me digan.

Un beso muy fuerte.

Jueves por la mañana [23 de febrero de 1950]

He dormido diez horas seguidas. Acabo de recibir tu carta. Por favor te lo pido, cálmate, trabaja y no te lances a hacer locuras. Espera. Hablaremos largo y tendido y veremos juntos lo que conviene hacer. De momento, descansa y trabaja. Te escribiré más extensamente esta tarde. Te beso con toda el alma.

M.

210 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves, 3 de la tarde [23 de febrero de 1950]

Gracias por haberme escrito, amor mío querido. No esperaba cartas tuyas hoy y mi gozo ha sido completo. Sí, no te lo había dicho, pero temía por ti esta reanudación de *Los justos*, y más aún el quinto acto. El martes por la

noche, a partir de las diez, no podía pensar más que en eso. Siento por los Negrín el más hondo agradecimiento. Que fueran esa noche al teatro dice mucho de su corazón y de su inteligencia. Y saber que están a tu lado me consuela algo de estar yo tan lejos y tan impotente para ayudarte.

Mucha gente te quiere, no lo sabes tú bien. Pero es también porque te lo mereces. Y siempre es para mí una gran alegría secreta notar por todas partes el respeto y el afecto que inspiras. Ánimo, niña mía querida, apóyate en todos los que te quieren y accede a todo cuanto te dicte el corazón. Existe una paz al final de todo esto. Una paz difícil y amarga a veces, pero una paz. Cuando vuelva intentaré serte lo menos agobiante posible, pero sí quedarme a tu lado y ayudarte.

Hoy hace menos bueno, pero la temperatura es agradable. Uno a uno, los árboles frutales van estallando como paracaídas blancos o color de rosa. En el jardín ya está floreciendo el romero. Iris azules, narcisos blancos, violetas pequeñitas muy lozanas, hay en el aire un aroma exquisito. Esta mañana he cogido un poco el coche. Los G[allimard] se van el lunes y, la verdad, es un alivio. Cuesta soportar, en algunos casos, su afable y feroz egoísmo. Se quedará mi hermano, que no es abrumador.

No te preocupes por nada. Me cuido y estoy muy bien. Te quiero y te querré siempre. Estamos unidos. Me decía estos días que nada puede disolver esta asociación definitiva. Igual de lúcidos, igual de enterados, capaces de entenderlo todo y, por tanto, de sobreponernos a todo, lo suficientemente fuertes para vivir sin ilusiones y uniéndonos los vínculos de la tierra, los de la inteligencia, los del corazón y de la carne, nada puede, lo sé, ni sorprendernos ni separarnos. Lo que hace cada uno de nosotros en su trabajo, en su vida, etc., no lo hace solo. Una presencia que solo él nota que lo acompaña. Al menos esa es la sensación que tengo y así explico esta

especie de certidumbre un tanto fatalista que llevo conmigo en medio de todo. ¡Que a ti te ocurra lo mismo y estaremos salvados!

He trabajado mal estos días. Mi ensayo había ido avanzando, pero no sé si lo acabaré antes de mi regreso. Qué le vamos a hacer, seguiré trabajando un poco a tu lado. Niña mía querida, tierna mía, beso tus queridos ojos dolientes. Los días pasan y me acercan a ti. Te quiero y te espero. Vela por ti por amor a nosotros, descansa. Duerme cuanto puedas y no olvides al despertar que en ese preciso momento el que te ama más que a su vida está pensando en ti y te está queriendo.

A.

211 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves por la noche [23 de febrero de 1950]

¡Sola! Estoy sola en la cama y la verdad es me siento mucho mejor así esta noche. Le dije a Pitou que necesitaba quedarme sola.

El día ha ido mejor que los anteriores. Creo que la mayor crisis ya ha pasado. Ahora toca el dolor sordo de cada día. Aún no he recuperado las ganas de vivir, pero para eso creo que tendré que esperar a que vuelvan. Pero, bueno, ya he doblado el cabo más peligroso; era lo más urgente y lo más difícil de lograr. Para lo demás, ya se verá.

Anoche sí que tuve miedo de flaquear. Estaba febril, todo me daba vueltas y al volver a casa ya no podía ni pronunciar las palabras ni concluir los movimientos. Físicamente. Me entró miedo, me obligué a comer y, gracias en parte al cansancio, dormí con un sueño profundo diez horas de un tirón.

Esta mañana he ordenado el cuarto y varios enseres de papá. A mediodía, don Juan y Feli [Negrín] vinieron a buscarme para llevarme a comer. Estuvieron, como siempre, maravillosos, y no dejo de admirar su tacto y la inteligencia que tienen en el corazón. Me preguntaron por tu edad. Don Juan dijo que eras un chiquillo, creo que hasta te llegó a llamar «mocoso» al enterarse de que solo tenías treinta y seis años.

A las dos y media me acompañaron a una proyección de *Orfeo*. Me salto la actitud de Cocteau, etc. La película tiene pasajes bellísimos. Don Juan y Feli estaban muy conmovidos. Yo, al principio, creí que no podría quedarme.

Al volver a casa me encontré allí con Pierre [Reynal] y nos encargamos de las lámparas y las moquetas.

Luego, al teatro. He actuado con mucha más facilidad, con menos esfuerzo. El quinto acto es el único que aún me ha costado.

En casa me estaba esperando Ángeles, radiante de ternura y de bondad, en el descansillo. No ha parado de parlotear. Estaba guapa.

Feli —a quien había prohibido que fuera a buscarme— dejó recado de que la telefoneara al volver. También me llamó Pitou.

Cené. Ángeles me acostó. Y aquí me tienes.

Este ha sido mi día. Y ahora, te toca a ti.

Sí, necesito tu mente despejada y distendida. Yo como, me distraigo, me supero para ser algo más que una sombra cuando vuelvas. Lo conseguiré; ¡lo deseo tanto! Tú tienes que volver conmigo tranquilo, satisfecho contigo mismo y con tu trabajo, con más peso y curado. ¿Te enteras? Ya no te lo estoy pidiendo, te lo exijo. ¡Hala!

Para lo cual:

1) Has de saber que en adelante yo estaré bien. Estaré cada vez mejor. No lo diría si no lo pensara.

2) Trabaja tanto y tan bien como puedas. No dejes que nada te distraiga.

3) No sé en qué punto está tu vida con quienes te rodean. En cualquier caso, ponla en orden, si ha habido algún altercado, y, ya en paz, trabaja.

4) Cuídate rigurosamente.

5) Desentiéndete de esos asuntos nimiamente repulsivos tipo Hébertot y no te metas en discusiones insufribles y vanas. De verdad que no merece la pena y solo sirven para perder tiempo y energías. Déjalos hablar. Ya contestarás más tarde.

Este es tu programa hasta finales de marzo. Después, ya veremos y lo hablaremos todo lo que quieras. Días y noches enteras, si te parece. Podrás sulfurarte, embalarte, subirte tu solito por las paredes, ir de acá para allá, todo, amor mío querido, todo cuanto quieras. Para mí será un gusto mirarte. Pero ahora, paz, trabajo y descanso. ¿Me lo prometes?

No; *Los justos* no son agua pasada. Ya no te pertenecen; pertenecen al público y, por desgracia, el público acude. Las recaudaciones suben. Así que… tendrás que resignarte.

Por lo demás, oh cariño mío, amor mío, grandullón mío, hermoso amor mío, ¿qué quieres te diga? Si supieras cuánto me has ayudado y apoyado durante estos días eternos y terribles, opinarías que tu vida está justificada, solo por eso.

No puedo decírtelo; en este universo que pronto se ha abierto entre nosotros, este universo de amistad inmensa y de amor que borra incluso las distancias, ya no tienen cabida las palabras. Pero es imposible que no notes la calidez con la que me has rodeado. No me he sentido sola ni un solo segundo. Ni un instante, y hasta en mi propio dolor te reencontraba, lloraba conmigo. Para mí, en eso consiste el milagro. Jamás habría creído pudiera darse semejante amor, semejante confianza, semejante don, una comprensión tan plena.

Te quiero, cariño mío, y te quiero bien, maravillosamente. También sé que me quieres y estoy aún más segura de ti que de mí misma, en lo que a mí se refiere.

Te doy las gracias de corazón por lo que eres y me entrego ahora y siempre a ti, sin reservas, con la confianza más absoluta.

Hasta mañana, amor mío. Que duermas bien. Buenas noches.

Maria

Viernes por la mañana [24 de febrero de 1950]

Acabo de leer mi correo, que está muy cargado. Una carta de Esther[293] y otra de María Esther.[294] ¡Pobres! Si algún día regreso a España, creo que sabré lo que es el odio. Me parece que ya lo sé. Voy a almorzar con Andión.[295] Empezar a contestar a los españoles. Cenar con don Juan y Feli.

Mañana tengo ensayo por la tarde.

Pasado, almuerzo con Pierre.

Esto es para que lo sepas y puedas imaginártelo.

Hasta luego, cariño mío. Hasta luego, amor mío. Las mañanas son difíciles. Las mañanas y las noches.

Te quiero,

Maria

Dales un beso fuerte de mi parte a Michel y a Janine.

Viernes, 3 de la tarde [24 de febrero de 1950]

Me he encontrado con tu carta al volver de Cannes, adonde he ido a buscar a Bloch-Michel, que se ha tomado unos días de vacaciones en la costa. He regresado un poco exaltado, porque cogí para volver la carretera del valle de Pégomas, que aquí llaman la carretera de las acacias. Y efectivamente pasa al pie de unas colinitas que se hunden bajo el peso de sus flores. No había sino hermosura y amor bajo ese cielo azul sobre cuyo fondo estallaban las gavillas de oro. Pero esa modesta orgía de sensibilidad me hizo más penoso el regreso a mi habitación y la certeza de otro mes aún consumiéndome lejos de ti. Tu carta, al menos, me ha reconfortado, aunque también me ponga triste. Entiendo que ya no soportes estar siempre rodeada de gente. Pero dilo. Y todo el mundo lo entenderá.

No he entendido la notita que añadiste el jueves por la mañana. Para ser exactos, no entiendo cómo he podido hacerte creer que pensaba en locuras. No pienso en nada así. Los únicos planes que tengo ahora son volver a reunirme contigo, vivir contigo todo lo que pueda y hacer cuanto pueda servir para que seas feliz. Ni se me ocurriría ahora ir a importunarte con crisis, con terremotos ni con proyectos definitivos. Ya hablaremos de eso más adelante. Por el momento, en tu caso se trata de recobrar una paz y en el mío de ayudarte a ello. Nada más. Por supuesto, esto no impide, mi niña querida, que yo pueda sentir, padecer y albergar esperanzas. Pero solo tú importas y lo único que quiero es que olvides cuanto no pueda ayudarte a recuperar las ganas de vivir.

Ten plena seguridad en mi amor, eso es lo esencial. Sí, te quiero, mi niña y es porque te quiero por lo que preferiría escribirte en este momento cartas de silencio. Pero no es posible. Te mando una foto espantosa que me ha sacado aquí Michel [Gallimard]. Es una prueba de vida. Pero también salgo

hecho un adefesio. ¡Es que también envejezco, mi pobre niña! Dentro de cuatro años seré un cuarentón.

Sí, tengo la esperanza, sin atreverme a decírtelo, de una carta tuya estupenda y larga. Por mí, claro, pues estoy muy bajo de ánimos y muy solo, pero sobre todo porque veré en ello una señal de salud en lo que a ti se refiere.

Hasta mañana, querido amor mío. Me da la impresión de que con todo esto te digo muy mal mi espera y mi amor. Pero tengo el corazón encogido al pensar en ti e incluso las palabras me duelen. Te beso, al menos, largo y tendido, con toda mi ternura y mi amor.

A.

Siete de la tarde. Antes de que salga esta carta, quiero poner en ella al menos el amor que me asfixia en este momento, y la apasionada espera en que vivo. Besos.

213 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 3 de la tarde [25 de febrero de 1950]

Gracias, niña mía, por esa carta tan buena. Va a permitirme soportar este domingo, siempre difícil. De propina, llueve a cántaros y la previsión del tiempo dice lo mismo para mañana. Aquí, cuando llueve, caen cataratas ininterrumpidas que inundan todo el paisaje. Estoy bloqueado en mi habitación y de un humor espantoso, por supuesto. Es cierto que tengo una necesidad física de sol. Tendrás que conocerme con sol. Ese que soy en París, no soy yo, es un delegado que mi auténtico yo envía a las regiones brumosas.

No me encuentro muy bien ahora mismo. Ayer por la tarde, Bloch-Michel y Dolo me obligaron a beber dos copas de champán. Bastó para que me haya despertado esta mañana a las seis, atontado por una jaqueca que todavía está resistiendo a cuatro comprimidos de aspirina. Desde luego, qué lejos caen los tiempos en que podía pasarme días y noches bebiendo y comiendo. Hay que resignarse a ser un flojo.

Obedeceré en todo cuanto pueda al programa que me has hecho; lo más difícil es el trabajo, porque es en una empresa enorme (ahora caigo en la cuenta) en lo que me he embarcado. Y habría sido mejor poder abordarla con todos los recursos de la salud y de la felicidad. En fin, lucharé como pueda una vez más.

Niña mía, aunque te fastidie que te hable de esto, querría que me dijeras cuándo tienes que pagar las próximas letras. Eso me permitirá adoptar algunas disposiciones. Sobre todo, no seas tonta y pórtate con naturalidad conmigo. Me gustaría mucho que tomases la costumbre de contarme también algo de las cosas que tienen que ver con tu vida cotidiana.

En cuanto al resto, me has hecho muy feliz al decirme que había conseguido ayudarte en estos días horrorosos. Eso es lo que deseaba, lo que intenté, pero distaba mucho de tener la seguridad. ¿Quieres ahora pensar en tu salud, descansar durante el día, comer, relajarte? Es con tu cuerpo con lo que tienes que contar, es él quien va a sostenerte. Nuestro amor hará lo demás. Pero cada vez me apetece menos ponerle palabras a todo esto. Vivir cerca de ti, ir hacia delante contigo… eso es lo que espero.

Adiós, amor mío querido. La lluvia arrecia contra los cristales. ¡Qué lejos estás y qué cansado estoy de esta separación! Pronto, pronto… ¡Que caiga la lluvia sin cesar hasta entonces, que el tiempo se detenga! Te quiero, mi niña querida, y te espero. Hasta mañana.

AC

214 — María Casares a Albert Camus

Sábado, 5 de la tarde [25 de febrero de 1950]

Ayer no te escribí, cariño mío, porque no encontré ni un momento para hacerlo y a la hora de acostarme estaba demasiado cansada para hacerlo. Luego pensé que tampoco importaba que me retrasara, ya que de todas formas la carta no llegaría hasta el lunes.

Ayer por la mañana seguí encargándome de las lámparas con Juan. Luego almorcé con Andión, con el que tenía que zanjar unos asuntos. Por la tarde me pasé varias horas escribiendo cartas a mi hermana, a mi sobrina, a mi cuñado y contestando a parte de los españoles que me enviaron su pésame. Tras lo cual, lo que necesitaba era salir. Feli y don Juan [Negrín] me llevaron al teatro (*Un tranvía llamado Deseo*) y cenamos en La Lorraine. A la una y media de la madrugada estaba en la cama, exhausta por el esfuerzo.

Esta mañana pasé otra vez varias horas poniéndome al día con el correo, pero aún me falta mucho para terminar y todos los días llegan nuevas cartas a las que no tengo más remedio que contestar. He almorzado con Pitou, Ángeles y Juan, y a las dos y media estaba en el teatro, donde interpreté alternativamente a Dora y a Stepan para el darle el pie a Torrens. Por cierto, saldrá airoso en general y por los pelos en el segundo acto.

Acabo de volver a casa y aprovecho este ratito para «charlar» contigo.

He recibido tus cartas y la de hoy me ha hecho feliz. En ella te noto vivo. De todo lo que me dices, «a mí me ocurre lo mismo y así pues estamos salvados».

Me parece bien que los G[allimard] se vuelvan a casa un rato. Son buena gente, pero no te hago conviviendo tantas semanas y tantos meses con ellos.

En cuanto a mí, voy recuperando poco a poco el apetito y duermo bien. Es lo que necesito. De lo demás, por ahora es mejor no hablar.

Me entretengo, me entretengo todo lo que puedo, porque con las horas vacías aún me echo a temblar y me resulta imposible leer, aunque poco a poco voy haciendo lo necesario para coger de nuevo el hábito. En efecto, todas las noches antes de dormirme me obligo a terminar una carta de Van Gogh y a enterarme de verdad de lo que dice. Ayer todavía me fue difícil. Tres cuartos de hora para una página, pero lo conseguí.

Obviamente, los únicos seres a los que por ahora puedo tolerar bien son don Juan, Feli y Ángeles. La compañía de la mismísima Pitou me cansa y, ¿cómo decirlo?, me escandaliza.

Al principio del todo también me sentía a disgusto, como avergonzada por seguir viviendo. Aún tengo esa sensación, pero se transforma y se atenúa.

Pero dejemos eso. Aquí, hoy, el tiempo está triste. No ha dejado de llover y aun así los pájaros ya están cantando en mi terraza y, por las tardes, en el teatro, solo se los oye a ellos en el escenario. Al estar, como dices, demasiado «enterada», esta eclosión de vida me desespera, por ahora, pero estoy segura de que cuando vuelvas recuperaré la exaltación, el entusiasmo, el cariño por este mundo que hoy me resulta tan ajeno, la esperanza en «los instantes de gracia y de olvido».

¡Ay, amor mío querido, si tú no estuvieras!

Te quiero, te quiero. Eres mi propia vida. Hasta mañana, amor mío. Te beso tanto, tantísimo.

Maria

215 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo, 4 de la tarde [26 de febrero de 1950]

Después de un día y medio de lluvia ininterrumpida, vuelve el sol. Pero se ha levantado viento, un fuerte viento frío y áspero. He dormido mal esta noche, así que tengo una tendencia a estar de un humor pésimo. Pero se me pasará si vuelve la luz.

Le tengo un poco de miedo a ese domingo con dos funciones. Estoy deseando encontrarme con tus cartas y saber un poco mejor cómo estás, mi niña querida. Yo estoy bien. De tarde en tarde, la añoranza de la salud auténtica se vuelve lancinante, como hoy. Esta enfermedad estorba en mí demasiadas cosas, mi gusto por la energía, mi amor por el sol, por cuanto sea liviano, aéreo, equilibrado, una sensualidad muy grande también. Es ella, la enfermedad, la que me obliga a vivir en el norte, en el centro de las tierras, es ella la que me vuelve moralizador, fastidioso, predicador. Aquí veo mejor cuánto yerro, tanto en mi obra cuanto en mi vida, al alejarme de lo que soy en realidad. Pierdo la alegría, la recia alegría conquistada que era hace tiempo la mía. Y lo veo todo entonces, incluso nuestro amor, con un ceño preocupado y fruncido. ¡Ah, qué innoble, Europa, con sus sucios pensamientos, su falsa tragedia, su virtud mentirosa y policiaca!

Pero estoy perdiendo el control. Es vivir más cerca de la hermosura y de la naturaleza, ver florecer en una noche los árboles, lo que me vuelve más sensible y me hace lamentar no compartir esas alegrías secretas contigo. Pero iremos juntos hacia el sol. Tiempo vendrá en que, pese a todos los dolores, seremos ingrávidos, alegres y verídicos. ¿Verdad, querido amor mío, que huiremos de esas regiones de sombras, recuperaré todas mis

fuerzas y seremos hermosos y tostados hijos del sur? Ya me va corriendo prisa: se me echan los años encima.

Los G[allimard] se van mañana por la mañana. Robert [Jaussaud], que llegó ayer, se va también mañana. Solo estaremos yo, F[rancine] y mi hermano. Durante la semana, se reunirá con mi hermano su mujer, que es muy plasta. Pero seguramente se esforzará en no serlo.

No me desagrada recuperar un poco de paz, proseguir sin que nadie me moleste esta larga conversación que tengo contigo; ¡oh, claro que, pienso en ti! La necesidad que tengo de ti no crece, es imposible. Pero echa cada día una raíz nueva y cada vez en una nueva comarca del corazón. ¡Que te sientas bien, que estés bien, que respires algo mejor, eso es lo esencial! Y dentro de unos días vamos a reencontrarnos por fin, te tendré mucho rato abrazada. Mi niña, mi amor querido, beso tus hermosos ojos, tus queridas manos, por adelantado, con todo el amor de mi corazón.

A.

216 — María Casares a Albert Camus

Domingo por la noche [26 de febrero de 1950]

Cariño mío:

Estoy un poco atontada y cansadísima, pero me encuentro mejor. Ayer ya me costó mucho menos actuar e incluso me dio un buen ataque de risa al oír a Yves Brainville hablar de «tirarles niños a las bombas». Hubo mucha gente y esta tarde también, pero hoy hemos tenido el honor de recibir entre nosotros a un grupo de «Turismo y Trabajo» cuyo programa del día consistía en:

1) catacumbas

2) alcantarillas

3) *Los justos*.

Esta mañana —siempre es un momento difícil— me despertaron a las ocho y media los tapiceros que venían a poner la moqueta. Pierre vino a buscarme y fuimos a pasear por los muelles. Hacía un frío seco. El sol deslumbrante y el Sena. Me gusta estar con Pierre [Reynal], es muy atento; me invitó a almorzar en el Relais y luego volvió aquí, a casa, para que Ángeles pudiera salir un poco. A las cinco y media volví con él y estuvimos arreglando cosas. Creo que ha quedado muy bonito, pero estoy algo preocupada cuando pienso que quizá no te guste.

Luego Pierre me hizo comer una merienda que él y Ángeles habían preparado para mí. Crepes, un yogur y café con leche con cruasanes, pan y mantequilla. Luego me acompañó al teatro. No dejó de darme consejos; por lo visto, tengo que pensar un poco en mí, que comprarme un coche y una casa de campo, que descansar este verano, que comer, que tomar no sé qué medicamento y que engordar. Por la noche no actué muy bien; estaba cansada.

Lunes al despertar [27 de febrero de 1950]

He dormido mal. Con ataques de angustia; pero de momento me encuentro bien. Parece ser que fuera hace mucho frío, pero también sol.

Hoy voy a intentar acabar con el correo. Aún me quedan unas doscientas notas que enviar.

Esta noche trataré de escribir un poco más o si no, mañana. Perdóname, amor mío, por estas páginas deshilvanadas y rápidas. No quiero que me pierdas de vista y por ahora aún tengo la cabeza un poco ida.

Escribe. Escribe. Cuéntame. Hoy te dejan los G[allimard]. Tendrás un poco más de paz.

El 27 de marzo. ¡Pronto! Pronto. Tengo la sensación de que llevas lejos varios años. Ni siquiera puedo imaginar tu regreso. Es un sueño que me supera. No logro concebir que dentro de un mes estaré pegada a ti. ¡Ay, cariño mío! Te quiero. Te quiero. Te espero.

M.

217 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 3 de la tarde [27 de febrero de 1950]

He recibido tu carta del sábado. Me parecía que llevaba semanas sin noticias tuyas. Este domingo se ha hecho muy largo. Y eso que estaban Robert [Jaussaud], mi hermano, los G[allimard], pero no he salido de mi cuarto. Esta mañana se han ido los G[allimard]. He vuelto a mi habitación grande y soleada y por fin tengo una cama acogedora. El cuartito en el que estaba desterrado tenía una litera carcelaria. Por desgracia se está nublando. Robert se fue también esta mañana. Así que la casa está vacía y tranquila. Este último mes va a ser de verdad un mes de descanso. Vuelvo a hacer planes para trabajar. A partir de hoy y hasta la vuelta voy a intentar trabajar continuamente. Y, sin embargo, no me noto con muchos ánimos.

Me pregunto cómo ha transcurrido este domingo para ti. ¿Por qué todas esas cartas? Es un trabajo inútil y cruel. Con una frase formularia bastaría donde, de todas formas, las palabras traicionan lo que se siente. E incluso ¿no habría entendido todo el mundo que no contestases? ¡Pobre amor mío, qué duro debe de ser todo esto y cuánto debe de resecar!

Entiendo que no aguantes a nadie. Yo no aguanto ya ni nada ni a nadie que sea una «merma». Y si estuviera en tu lugar… A tenor de esto, quería repetirte que puedes no escribirme si no te sientes con ánimos. Me resultará duro, pero lo entenderé. Te cuesta escribirme, a veces se nota. Ya supongo que no lo haces solo por mí, sino sobre todo por ti, para recuperar la vida y su ritmo. Pero si un día es algo que supera tus fuerzas, no tienes que forzarte por lo que yo piense. Me resulta fácil seguirte, no es un esfuerzo, estoy constantemente contigo y lo entenderé. Tengo amor de sobra para llenar tus silencios.

Esta ausencia, sin embargo, es larguísima y agotadora. Con toda la voluntad en tensión no siempre consigo vencerla y paso a veces por momentos sin nombre. Por lo demás, todo pone algo de su cosecha, el trabajo, los amigos que irritan, el insomnio que vuelve… Pero no temas. Estoy bien pese a todo, y a partir de ahora todo va a ir deprisa.

Tengo a Nietzsche, que estoy volviendo a leer ahora mismo para mi ensayo y que me sirve de apoyo. A menudo es como el oxígeno. Habla tan bien de la hora del mediodía… «El severo amor de uno mismo», eso es lo que exalta, y otras cosas, el amor por la tierra «grave y sufriente»…

Ay, niña mía, no soy yo quien mata el tiempo que me separa de ti, es el tiempo el que me mata a mí. Tus queridos ojos, tu expresión seria, tu hermosa sonrisa… en alguna parte de mí me repito todo eso machaconamente. Me obstino en ti. Que vuelva a fluir la vida, al menos. Y que este reencuentro sea rápido, y exaltado. Te quiero. Te espero con impaciencia. Y te beso, tierna mía, tiernamente.

A.

Lunes por la noche [27 de febrero de 1950]

Qué día tan feo, cariño mío. Me lo he pasado escribiendo notitas innumerables y tristes. Ya se me hacía muy cuesta arriba; pero el hecho de llevarla a cabo en compañía de Mireille convierte esta tarea en algo casi insalvable. Hace falta mucha paciencia para aguantar a esa joven y ahora no tengo ninguna.

Pero, bueno, el grueso del correo está terminado y ahora solo me queda escribir las cartas y pasárselas para que prepare los sobres… en su casa.

He actuado bien. Andión fue a ver la obra y a darme un beso. Estaba conmovidísimo.

El teatro está alborotado. Estamos preparando la representación del viernes en la Ciudad Universitaria y no paramos de ensayar con Jacques Torrens, que se estrena el sábado. Por otra parte, Michèle Lahaye está preparando una obra de Jean de Létraz[296] que representará a partir del día 1 en el Palais-Royal. ¡Huy!, no te alegres tan rápido. Seguirá encarnando todas las noches a la gran duquesa porque solo aparece en la escena final de la nueva función. Así que hará veladas Camus-Létraz. Es un muy flexible, ¿qué quieres que diga?

¡Pobrecilla! Creo que lo único que tiene es necesidad de dinero y un gusto dudoso.

Recibí tu carta esta mañana. Una carta muy enfurruñada. ¡Amor mío, rápido, el sol! ¡Rápido!

¿Por qué bebes champán? Yo, que soy fuerte por naturaleza (una roca eruptiva, como diría Pitou), con una sola copa de champán me descompongo durante dos días. No bebas sin mí, y, si lo haces, que sea whisky. Es mejor y causa menos daño.

Espero que cuando vuelva el sol te facilite de nuevo el trabajo. También

tengo mucha fe en el canto de los pájaros.

¡Ah!, y ahora, amor mío, hablemos de «las disposiciones que tienes que adoptar».

Voy a decirte lo que hay que hacer:

1.ª letra: quererme

2.ª letra: abrazarme

3.ª letra: apretarme muy fuerte.

Para las demás, ya te iré diciendo lo que toca hacer sobre la marcha, cuando vuelvas.

Por cierto, hoy, al volver del teatro, de pronto me acordé de que tenía un cuerpo. Huelga decir que se me ocurrió cuando estaba soñando que estabas a mi lado.

Querido, querido amor mío, te quiero, contigo soy totalmente libre, soy toda tuya, lo sabes de sobra, pero hay cosas que me importa resolver sola en la medida de mis posibilidades. El caso es que ahora tengo esa posibilidad y lo único que haré es prometerte que, si algún día no pudiera apañármelas sola, recurriría a ti, y solo a ti. Así que tranquilízate y no pienses más en ese asunto. Mejor centra toda tu atención en el ensayo.

Escríbeme con libertad. No temas apenarme o escandalizarme. Todo lo que me digas estará en sintonía con mi corazón, suéltate. Te noto un poco trabado. Háblame de la vida, de la dicha de vivir, y también, si quieres, de tu vida. No temas nada.

Querido amor mío, me voy a quedar dormida. Es la una y media de la madrugada. Ángeles ha estado charlando mucho rato conmigo (¡qué mujer tan adorable!) y se ha hecho tarde. Mañana tengo que levantarme a las nueve para ir a ensayar *Los justos*. Te escribiré largo y tendido por la tarde. Cuando lo hago por la noche, me siento demasiado cansada para hacerlo con claridad.

Hasta mañana, cariño mío, hermoso amor mío, duerme; te beso largo y tendido, con toda mi alma y todo mi fervor. Te quiero.

Te espero.

M

219 — María Casares a Albert Camus

Martes por la tarde [28 de febrero de 1950]

Son las dos y media, estoy en casa, fuera hace sol, he ensayado esta mañana, he recibido tu carta del viernes y otra del domingo, y estoy enfadada.

Así es como estoy, en resumen.

Amor mío, tienes que relajarte, soltarte, y lo que en ningún caso tienes que hacer es seguir escurriéndote cuesta abajo como llevas haciendo desde hace unos días.

Tienes treinta y seis años, vives, estás aquí, a cielo abierto con amor en el corazón y un hondo sentido de la belleza.

Entiendo que al estar cansado te apartes un poco de todo y de todos; entiendo que añores el sol y la salud, pero lograrás acabar con la enfermedad y el sol aún brillará mucho para ti.

La tensión con la que siempre has vivido resulta agotadora, de sobra lo sé, pero no te olvides de que eres de los que tienen que quedarse tensos hasta el final, que no deben cejar en su empeño y solo con pensarlo encontrarás las fuerzas necesarias para seguir adelante.

Acuérdate de cuando nos reíamos, tantas veces. Por eso es por lo que hay que vivir, para reírse, para cantar en el Desdémona, para las apacibles horas

de Ermenonville y su parque, para las tormentas, para el sol y los aguaceros. Por favor te lo pido, no te olvides de la felicidad. No te olvides de que, aunque estemos mermados, mutilados y limitados, estamos hechos para la felicidad, que está aquí, todos los días, a cada instante, acechándonos, si nosotros no nos anquilosamos, si nosotros lo permitimos.

Es cierto que Europa tiene sus brumas, pero también tiene sol, tanto más resplandeciente cuanto que, como la vida, dura poco. Y además están los seres y algunas de sus miradas, tus ojos, los ojos más bonitos que conozco, mi cara de felicidad y de agradecimiento.

Está tu obra, tan llena de gratitud cuando, al cabo de días y noches resecos y pobres, vuelves a ser amigo suyo.

¿Qué más puedo decirte? ¿Qué decir sino que solo tienes treinta y seis años y que acabo de dejar a un ser que tenía sesenta y cinco, que no era más que un soplo, una mente, y que albergaba aún más felicidad, más alegrías, más energía y más riquezas que un joven de veinte años?

¡Ánimo, amor mío! Puede que no te percates muy bien de cuánto espacio ocupo dentro de ti. Tantas semanas de ausencia borran incluso el recuerdo de la carencia y lo sustituyen por un falso desarraigo que no sabemos a qué achacar. Es lo que me ha pasado a mí últimamente, antes de que muriera papá, cuando te escribía sobre mi morriña. A mí me han llamado al orden y ahora me centro en lo que es esencial. Tú, que estás un poco abandonado, solo, andas un poco perdido.

Perdóname por decirte todo esto. Puede que me dé muchos aires, pero no creo estar del todo desencaminada. Por otra parte, los seres que te rodean no son muy reconfortantes. No conozco a tu hermano. No conozco a F[rancine], pero vuestra situación no es como para que su presencia resulte radiante, aunque esté exultante de vida. En cuanto a los G[allimard], son la pareja a la que elegiría si quisiera morirme por «desintegración».

Todo te cae encima a ti, todo te persigue, todo te reclama precisamente cuando solo deberías recibir.

Pero ya verás. Los días pasan volando y, dentro de muy poco, aquí estaré. No me vengas con el gesto enfurruñado y pensando en acurrucarnos juntos en la congoja, el remordimiento, la nostalgia y el culto al pasado. Este último se encuentra en todos y cada uno de mis gestos y de mis pensamientos, pero de forma viva. Se traduce en la lucha, en la necesidad cada vez mayor de limpieza, de rectitud, de grandeza. En cuanto al resto, se queda al fondo de mi corazón, allá, al fondo del todo, en algún lugar donde se mezcla con mi vida para enriquecerla.

Quizá te resulte extraño que te hable en semejante tono, pero si te esperabas otra cosa es que no me conoces.

Si hoy estoy enfadada es porque he recibido una carta de mi hermana en la que se las da de san Sebastián y monta delante de su hija desquiciada unos números que en realidad no vienen a cuento, puesto que llevaba veinte años sin ver apenas a mi padre y se marchó cuando a ella se le antojó.

Pero, bueno, vamos a dejarlo. Estoy convencida de que nadie en el mundo añora más que yo la presencia de papá. Lo echo de menos en todo momento, pero no soy de llorar y lamentarme; al igual que él, me repugna la muerte, al igual que él, estoy sedienta de vida y de felicidad. Lo quiero infinitamente y me ayuda a vivir, y también es por él por lo que deseo vivir.

Así estoy.

En cuanto a las locuras contra las que quería ponerte sobre aviso, no te preocupes, no estaba pensando en nada del otro mundo. Sencillamente me estabas hablando de hacer un viaje y a mí me pareció, tras madurarlo, que era mejor no fantasear mucho, que lo que más importaba era reencontrarnos, ver en qué situación estábamos en cuanto a la vida y la

salud, y entonces sopesar las posibilidades que se nos otorgaban. Eso es todo.

He recibido tu «foto». ¡Tienes mofletes! ¡Y carita de pillo…!

Amor mío, hermoso amor mío, sigue teniendo valor. Trabaja, trabaja bien, lo mejor que puedas. Por cierto, no sé si te he dicho algo del prólogo. ¿Te he contado que se me saltaban las lágrimas al leerlo? Pues ¡sí, qué hermoso es! Cuando lo publiques, ya no te quedará más que retirarte a una isla desierta, pero ¡qué hermoso es!

Bueno; te dejo. Voy a escribirle otra vez a mi hermana y otras cuantas cartas más. Luego iré a comprar unas flores bonitas para Feli. Y después, terminaré de atontarme en el teatro.

Hasta mañana, cariño mío. Ángeles me pide por favor que te pida permiso para darte un beso. Quat'sous le guiña el ojo a tu foto. Toda la casa, negra y amarilla, sonríe al pensar que pronto te verá.

Por mi parte, aquí estoy, esperando con la mayor paciencia y la mayor impaciencia que imaginarse puedan.

Entre tus brazos, en tu calidez, volveré a ser feliz. Te quiero,

m

V

220 — Albert Camus a María Casares

Martes, 6 de la tarde [28 de febrero de 1950]

Esta mañana el día ha amanecido en un paisaje lleno de nieve. Estuvo cayendo toda la noche. Pero ha salido el sol y se ha derretido toda enseguida. Me he pasado la mañana en la cama, primero inactivo y

completamente desasosegado, luego trabajando con Nietzsche, con lo que me entoné un poco. Es el único hombre cuyos escritos influyeron en mí en otro tiempo. Y luego me distancié de él. En este momento, me resulta muy oportuno. Enseña a querer lo que existe, a apoyarse en todo y, para empezar, en el dolor. Todo ello entre una maravillosa luz aérea que ayuda a tomar distancia. Me parece que ningún creador puede prescindir de él. Es una auténtica fuerza. «Lo que hace el gran estilo: convertirse en amo tanto de la propia dicha como de la propia desdicha ».[297] A las doce llegó tu carta, intento «reconstruirte» con esas notitas rápidas y nerviosas. Pero no hay ni que pensar en ello y, por lo demás, no tiene importancia, el regreso está cerca. Me pides que me cuente a mí mismo, pero tampoco es fácil. No hay nada que contar, salvo que gasto los días, que tengo el corazón oprimido y que intento vencer esta especie de asfixia en que llevo dos meses hundiéndome. Todo esto es inhumano y, sin embargo, es preciso, efectivamente, apoyarse en este mundo duro, tenso, sin miramientos, desgarrado… Así que hay que apretar los dientes y esperar.

A las cuatro fui a Cannes a recoger a mi cuñada y llegó mareada (hay curvas). En vista de eso se acostó. Mi hermano y ella están en el hotel, lo que preserva la paz de la casa. Y me he subido a mi cuarto para escribirte. Disfruto mucho de esta habitación que está, literalmente, en pleno cielo. El macizo de Les Maures y el de L'Estérel llegan hasta el horizonte y me queda aún un respiro hasta la hora terrible, esa en que cae la noche, helada, y le entran a uno ganas de escapar a algún sitio iluminado y ruidoso, de beber, de pelearse, de hacer que estalle algo.

¡Ay, querido amor mío, vivir por fin…! Me ayudarás y te ayudaré. Me ayudarás a realizar todo cuanto llevo dentro, a hacer que fructifiquen mil fuerzas contradictorias que noto en mí. Te ayudaré a sentirte viva, a

recuperar la amistad de las cosas, tu fuerza, tu coquetería, tu afición a vencer. Realizarse por fin, en vez de estas mutilaciones perpetuas…

Cae la tarde. Llegó la hora mala. Voy a cerrar las persianas, a encender la luz, a leer, a forzarme a trabajar. Pasará este día y mañana entraremos en marzo. ¡Marzo por fin! Hace sesenta interminables días que perdí el gusto por determinado tipo de vida. Y tú, tú también, y, de propina, enfrentada al horror,

Amor mío querido, ¡cómo no voy a sentir a veces el corazón en un puño! Te quiero, mi niña querida, niña mía, valiente mía.

Y te beso como loco sin poder apartarme de ti.

A.

221 — Albert Camus a María Casares

Martes, 5 de la tarde [¿febrero de 1950?]

Las cosas van cada vez peor por aquí y el ambiente es cada vez más irrespirable. Por eso titubeo a veces y me echo para atrás ante el cansancio agobiante que representa, algunas noches, una cena en silencio. Por eso también espero otras palabras que las del mediodía cuando por fin llego a tu lado. Oírte hablar así me desespera, me tapa la boca, me hace dudar de todo, de tu corazón y de nuestro amor. Después de lo cual empiezan horas absurdas, vaciadas de todo, en que no me siento ya capaz de ningún control ni de ninguna voluntad. Solo tengo un deseo inmenso de verte sin demora al tiempo que te detesto, a veces. Así es como estoy en este momento y la única elección que me salvaría sería recobrarte y recobrar tu amor. Entonces acudo a tu lado una vez más, hoy más desesperado quizá que de costumbre.

No me rechaces, quiero vivir en lo hondo de mi corazón, no dudes de mi amor. Mídelo, al contrario, por todo aquello que franquea, por la pena interminable en que me coloca. Sí, te quiero y, si supieras hasta qué punto, nada podría entristecerte ni por un segundo en toda tu vida.

A.

222 — Albert Camus a María Casares

[¿febrero de 1950?]

Si hubiera podido, a tus pies, tranquilo y libre, hacer de mí poco a poco un artista, sí, creo que habría alcanzado enseguida eso a lo que aspiro en el sufrimiento de mi corazón y que, a menudo, lo colma, en pleno día, de una desesperación muda.

Estar privados de la alegría que podríamos darnos, eso es algo que desde luego justifica todas las lágrimas que llevamos lloradas desde hace años, pero lo que solivianta es tener que decirnos que corremos el riesgo de perecer con lo mejor que hay en nosotros porque carecemos uno de otro. Y, ¿sabes?, eso es precisamente lo que me vuelve a veces tan silencioso, porque necesito huir de semejantes pensamientos. Querría volverme insensible y olvidarlo todo, pero tu enfermedad, tu carta, me han hecho entender con claridad que eres tú la que sufre siempre, siempre, mientras que yo, así de niño soy, ¡solo sé llorar! Dime qué tengo que desear: ¿debemos callar lo que llevamos en el corazón o decírnoslo?

Siempre me he hecho el cobarde, por amor a ti. Siempre he hecho como que podía acomodarme a todo, como si estuviera hecho de verdad para ser juguete de los hombres y de las circunstancias, como si no hubiera en mí un

corazón firme que, fiel y libre en su derecho, late por lo más elevado que existe, ¡tú, mi vida amada! A menudo me he impuesto privaciones, he renegado de mi amor más querido, e incluso de mis pensamientos por ti, sencillamente para vivir este destino por ti, con la mayor suavidad posible; y tú has forcejeado para que te dejasen en paz, le has opuesto una fuerza heroica al sufrimiento, callándote en lo que no se podía cambiar, has ocultado, enterrado en ti, la elección eterna de tu corazón, y por eso a veces todo se convierte en tinieblas a nuestros ojos y no sabemos ya lo que somos, ni lo que nos pertenece, casi ni nos reconocemos a nosotros mismos. Esta eterna lucha, estas contradicciones del ser íntimo tendrán que rematarte despacio si no acude ningún dios a suavizarlas, y entonces solo me queda perecer por culpa de tu suerte y de la mía, o no tomar ya nada en consideración sino a ti e intentar contigo un camino que ponga término a nuestro combate…

223 — Albert Camus a María Casares

Domingo por la noche [finales de febrero o principios de marzo de 1950]

Día radiante. He vuelto a calentarme al sol. Luego, un paseo. Las anémonas, los junquillos, las vincapervincas, las violetas florecen en toda la montaña. La tarde: pereza y sueños en el jardín, al sol. Algo se despierta al fin en mí. Me parece que voy emergiendo poco a poco de un sueño de diez años (desde la guerra), enroscado aún en las vendas de la desdicha y de las éticas falsas, pero casi seguro, otra vez, y tendiendo hacia el sol. Me parece estar recuperando mi antigua fuerza, que ilumina y endurece todo cuanto sé ahora, más frugal, más sólida, más acerada, sustentándose otra vez en mi

cuerpo. ¡Ah, cuánto necesitaba esta superioridad!, niña mía, este poder de gobernarme y gobernar las circunstancias…

Por la noche, he oído la *Habanera* de Chabrier. Primero distraídamente. Luego, ni pizca de distraídamente. Sí, es el comienzo de una especie de renacimiento. Lo creo, o esa esperanza tengo, al menos.

224 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles, 3 y media de la tarde [1 de marzo de 1950]

Nublado. También hace frío. Pero tus cartas de lunes martes, recibidas a mediodía, han caldeado un día que había empezado mal. Me he alegrado de leerte, incluso cuando me sermoneas, porque es la primera vez, desde hace muchos días, que te siento viva en una carta. Sí, he debido de escribirte cartas hurañas y me lo reprocho. Pero estar radiante no se puede improvisar. Y es cierto que estoy poco radiante en este momento.

Pero no temas nada. No vas a recuperarme enfurruñado. Nunca pensé que fueras a encerrarte en el duelo ni en el culto al pasado. Sabía y sé que, tanto para ti como para tu padre, escogerías el coraje de vivir. No debías escogerlo, por lo demás, ese coraje lo tienes en tu propia forma de ser. Y te quiero demasiado, valiente mía, para haber pensado ni por un minuto que ibas a olvidarte de lo que te debes a ti misma.

Sé, por lo demás, que un dolor generoso no deja ser un dolor, al contrario.

Así que volveré a ti sabedor de eso y mirando hacia la vida, como lo estoy siempre. Pero son precisamente las cargas, las enfermedades y los dolores los que me hacen ir despacio, los que me tiran de las riendas en este

arranque hacia la vida, esos frenos, como quien dice, que me parecen insoportables a veces. He perdido cierta libertad interior, cierta soltura, cierta naturalidad. A veces las echo de menos y sobre todo en este momento, no sé por qué. Pero por muy serio que tenga el corazón, por muy sombrío que sea el sentimiento que tenga de la vida, queda que sigo queriendo vivirla. Así que no te preocupes por mis malos humores. Piensa en ti, piensa en respirar, en renacer a esa dicha de la que hablas. Eso es lo esencial.

Me pides también que te hable de mi vida sin ningún temor. No temo nada, pero a partir de ahora no hay gran cosa que decir que me pertenezca. F[rancine] ya lo sabe todo ahora. Y ya te puedes imaginar perfectamente lo que eso supone en el «clima» de esta casa. No es que ella haya carecido ni una vez de generosidad ni de inteligencia, eso no era posible. Pero tiene un corazón, y un corazón con la calidad del suyo se defiende mal del sufrimiento. No te habría dicho nada de todo esto (que no es sino una parte, por lo demás, de mi actual malestar) de no haberme dicho tú que te parecía trabado. No quiero que puedas suponer a saber qué reserva. Por lo demás, no pasa nada. Se dicen las cosas, y no solo se piensan. Queda por hallar una salida que sea soportable, eso es todo.

Pero *sobre todo* no cargues con estos pensamientos. Te lo digo puesto que es preciso. Tras esto, solo tienes que pensar en ti, y en nosotros, ceder a la vida.

Me alegro de que te haya gustado mi prólogo. Solo lo habrás leído tú, eso sí. Lo he suprimido y lo he sustituido por una breve nota.[298] Si he de decir toda la verdad, tendría que haber sido más larga. Me reservo volver sobre ella algún día. Estoy deseando terminar, por lo demás, con esa parte de mi vida.

Amor mío querido, tu carta me ha hecho muy feliz. Me alegra sentirte

vibrar de nuevo, como si por fin se levantase el viento. Aún habrá recaídas y mañanas difíciles. Pero la vida está ahí de nuevo, ¿verdad?

¡Ay, querido, queridísimo amor mío, velo por ti desde lejos y me parece que noto aquí cada movimiento de tu corazón! Dale un beso de mi parte a mi querida Angèle. Dale las gracias por tanta fidelidad y tanta ternura. A ti, amada mía, te beso y te estrecho contra mí apasionadamente.

A.

8 de la tarde

Una buena tarde de trabajo. He trabajado con soltura, con claridad, con superioridad en lo referido a lo que quiero decir. Me voy a la cama con el corazón más aliviado. Y te lo digo ahora mismo para que también tu corazón, que beso, se alivie.

225 — María Casares a Albert Camus

Miércoles por la noche, ¡1 de marzo! [de 1950]

Amor mío, no sé si es por el cansancio, por la carga de más ensayos que se ha sumado a la cantidad de funciones que empieza a ser una cosa seria o por estar pensando en que este viernes no vamos a descansar, pero desde ayer ya no puedo soportar ni una frase de *Los justos*. Estos queridos revolucionarios y sus tormentos me rebosan por los poros y siento un malestar físico al encarnar a la pobre Dora que de golpe se queda totalmente perdida y desquiciada. De propina, estoy pasando por una pequeña depresión nerviosa que me afecta a la lengua y a los labios, y no puedo

decir nada sin farfullar. Mis compañeros y yo nos estamos obsesionando con esto y, lo que es peor, cuando por desgracia me ocurre, me dan ataques de risa nerviosa que contagio a los demás y que nos deja a todos agotados por los esfuerzos sobrehumanos. ¡Ay!, ¡en menudo lío está mentido el pobre grupo de socialistas! Solo nuestro jefe se mantiene impasiblemente digno. De tanto en tanto nos pone cara seria, precisamente cuando estamos tratando de recobrarnos, y entonces ya… es el acabose.

Me arrojo a tus pies, cariño mío, y pido perdón por todos nosotros. Es solo culpa mía; pero es que no sé lo que me pasa: ya no domino mi lengua, no dejo de pensar en ella y, en cuanto me toca hablar, me pongo a temblar… y farfullo a más y mejor.

Se me pasará. El sábado, Torrens toma el relevo y, con el cambio de pareja y un descanso que estoy cuidando, las aguas volverán a su cauce.

Hoy he madrugado bastante para recibir al hijo de un antiguo embajador de España en París. Se ha quedado conmigo media hora en la que se ha dedicado a hablarme de algunos amigos suyos a los que quiere mucho —parece ser—, tanto es así que cuando me dejó yo solo deseaba una cosa: que me odiara.

He tenido bronca telefónica con Mireille, que se ha permitido humillar a Ángeles de una forma baja e innoble que no se me va a olvidar nunca; en definitiva, últimamente está haciendo méritos para ganarse mi aversión.

A las doce y media me fui a la radio para terminar el programa que empezamos hace ya tiempo, *Un homme à la nuit*. Allí coincidí con Paul Bernard y Michel Vitold,[299] lo que fue un mal trago para todos.

A las tres y media estaba en casa de Feli, bajo presión, y con ella di rienda suelta a mi indignación, mis penas, etc. Me tranquilizó. Me alimentó. Luego, con don Juan, me llevó en coche a Saint-Germain, donde nos apeamos para pasear un poco por el bosque.

¡Ay, qué buen rato! Hacía un frío seco. El aire estaba transparente. Detrás de los árboles verdes y dorados, el disco rojo y un poco bobo de un bonito sol de teatro. Don Juan y Feli me llevaban cogidita entre los dos y se me confortaba el corazón. Tú estabas por doquier. Yo llevaba sin salir de París desde nuestros paseítos y en mitad de ese sendero forestal volviste de lleno a mí, vivito y coleando, presente, con una presencia tan tremenda que de pronto me entró una impaciencia insoportable ante la imposibilidad de no poder [*sic*] acurrucarme entre tus brazos en ese preciso instante. ¡Ay!, cariño mío, ¡qué felicidad pensar que pronto estarás aquí, que te acariciaré la frente, los labios, la nariz! ¡Será posible!

A las siete y cuarto estaba en el teatro recibiendo a una muchacha que venía a pedirme por favor que la pusiera en contacto contigo. Pertenece a una compañía de Clermont-Ferrand cuya primera actriz es una joven conocida a la que aprecio mucho, Françoise Adam. Les gustaría montar *El malentendido* para dos funciones, la han ensayado y ya tienen los decorados. Pero resulta que parece ser que les has denegado el permiso. ¿Por qué? No pretendo influir sobre ti, pero tienen una pinta tan mona y tan seria... ¡Pobrecillos! Me han enviado una caja enorme de caracoles de chocolate. ¡Dios sabe lo que les habrá costado! Y, además, ¡Françoise tiene muchísimo talento!

En fin, haz lo que te parezca, pero si se te ablanda el corazón, si me sonríes con esa bonita sonrisa clara, dime a quién les digo que se dirijan y cómo, para que puedan llevarse la alegría que están esperando.

Pero no pretendo influir en ti.

Mañana por la mañana voy a ensayar *Los justos*.

Mañana por la noche voy a actuar en *Los justos*.

El viernes por la noche actuaré en *Los justos*.

El sábado, a las diez de la mañana, ensayaremos *Los justos*.

El sábado por la noche actuaremos en *Los justos*.

El domingo por la tarde y el domingo por la noche representamos *Los justos*.

He aquí mi programa. ¿Cómo quieres que no farfulle?

¡Oh!, no, amor mío. No frunzas el ceño. Ahora mismo ensayamos demasiado, estamos pasando la mala racha entre la 70.ª y la 80.ª función y me noto cansada, pero en realidad estoy feliz de darle voz a Dora todas las noches. ¡Menos mal que la tengo! Me pregunto qué sería se mí sin ella.

¡Ay!, pero pasemos a tu carta del lunes, que he recibido esta mañana. No sé si «a veces se nota que me cuesta escribirte», pero tampoco es que tú te muestres muy brillante que digamos. Es normal. Ahora las palabras carecen de sentido. Hemos llegado a un punto en que deberíamos quedarnos abrazados, sin decir nada. ¡Paciencia! Ya llegará. Vamos a seguir esperando con un poco de paciencia.

De ahora en adelante, tendrás un poco más de paz a tu alrededor. Por fin llegará el descanso, porque últimamente ya no eras el «noble español al frente de una dinastía venida a menos», sino Madame Récamier recibiendo en el salón.

Con ayuda del sol, espero que recuperes el gusto por el trabajo y que te resulte más fácil hacerlo, y entonces se habrá salvado todo. Respira a Nietzsche y a Delacroix, y, de tanto en tanto, échale un vistazo a *Guerra y paz*.

En lo que al correo se refiere, tampoco te creas que me he dedicado a escribir más de doscientas cincuenta cartas. Mandé imprimir unas tarjetas y les añadí unas palabras de mi puño y letra. Solo me he extendido con aquellos con quien no me quedaba más remedio.

Marcel H[errand] me telefoneó para darme ánimos. Me ha invitado a ir a su casa de Montfort, no sin precisar que se pasa allí las noches pensando en

lo vana que resulta la vida y lo próxima que está la muerte, ni sin dejar de anunciarme una guerra inevitable para el año que viene. Le he dicho que iría a verlo en el mes de abril, me gustaría librarme del suicidio.

Amor mío, *mi vida, alma mía, corazón, hombre de mis entrañas, cielo, ángel querido*,[300] esta noche te quiero con la fuerza de una vida y un amor de veinte años, y con toda la esperanza del mundo.

No me dejes. No te alejes. No te congeles. No te endurezcas.

Te espero. Te espero con toda mi vida en los labios

m

V

226 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 6 de la tarde [2 de marzo de 1950]

No ha llegado carta tuya, niña mía. Qué duro resulta. Pero todo cuanto deseo es que este silencio no signifique que estás deprimida. Para lo demás, esperaré, esperaré todo el tiempo que haga falta. El día ha sido hermoso y suave, ahora está cayendo la tarde, ansío mucho tu ternura, ansío mucho una de esas horas en que la vida da una tregua. Por lo demás, me noto hoy un corazón más relajado. Sí, tienes razón, es en las tardes de Ermenonville en lo que hay que pensar. Y en ellas pienso, en ellas pienso siempre para hallar el valor preciso hasta finales de mes.

Hoy, Vivet, uno de mis pupilos de *Combat*, ha venido a comer. Lo conoces, precisamente lo vimos en Ermenonville. Es un chico encantador al que tengo cariño. Me ha contado historias de *Combat*,[301] el cambio de dueño, los chanchullos, etc. Es el final de una hermosa historia. Porque era

una hermosa historia. Y yo todavía me sentía apegado a ese periódico, una de las pocas cosas limpias que pude crear. Por otra parte, vale más que lo liquiden por completo.

Dejando eso de lado, nos hemos reído juntos y me han reconfortado esos pocos momentos pasados con un hombre normal. Habitualmente gozo del privilegio de tratar con mi cuñada. Es de esa clase de personas que, si para recibirla mejor, pones solomillo para comer, se limita a decir: «En casa solo comemos cocido». Te lo puedes imaginar. Pero sonrío imperturbable por amor al bueno de mi hermano. ¿Sabes? Espero firmemente que algún día me canonicen. Apesto a virtuoso.

Niña mía, dulce amor mío, ¿qué es de tu vida? ¿Dónde estás? ¿No estás cansada de mis cartas, de este hombre tan lejano y tan decepcionante? ¿Me sigues queriendo? ¡Ay, tengo tantas ganas de oírtelo decir! Pero ya llegará. Y, de aquí a entonces, solo espero la certidumbre de que tu corazón respire y viva. Al menos cuida de ti. Piensa también en lo físico, en tu salud. Por ahora es lo más importante. Ahora cuento los días, uno por uno, el último tendrá tu cara.

Hoy he trabajado mal (Vivet). Peo esta noche me desperté y me acudieron ideas de las que tomé nota y que daban una forma más aguda a lo que quiero hacer. Volví a dormirme pensando en ti.

Escribe, corazón mío querido, mi hermoso amor, si puedes. Cuéntame detalles, pero cuéntame también tu corazón. No olvides al que te ama y te espera con impaciencia. ¡Ay, a veces pateo de rabia al ver lo despacio que pasa el tiempo! Pero estás aquí, ¿verdad? Te noto pegada a mí y este largo destierro ha terminado. Llueven los besos en tu querido rostro. Hasta mañana, mi amor querido, tierna mía. Te quiero.

A.

227 — María Casares a Albert Camus

Jueves por la noche [2 de marzo de 1950]

Querido amor mío:

Ya veo que el sol, el auténtico sol, todavía no ha regresado a Cabris. ¡Ay, pues sí que se hace esperar!

Cuando recibo una carta como las que me estás escribiendo últimamente, me percato de la magnitud de mi impotencia estando lejos de ti. ¿Qué puedo hacer para darte vida, alegría, cierta paz, ganas de disfrutar de los minutos buenos cuando pasan? ¿Qué puedo hacer que no sea ir corriendo contigo, dejarlo todo, ponerlo todo patas arriba y tratar, entre tus brazos, de hacerte sonreír como solo tú sabes hacerlo cuando tienes el corazón embelesado?

¿Sabes? Tengo que sermonearme de lo lindo para quedarme aquí, formalita, y esperar. ¡Ay, cariño mío, espabílate! Comprendo que a veces, e incluso a menudo, por no decir siempre, sientas que tienes el corazón en un puño. Sé que es bueno que así sea y que hay que tener el valor de mirar, de conocer a fondo el puño y de no olvidarlo; pero mucho me temo que existe una especie de lucidez que se complace con las fijaciones y que de ese modo deja de ser clarividente. Me expreso mal, pero espero que me entiendas. ¿No te estás olvidando ahora de la auténtica vida? O, mejor dicho, ¿de una parte esencial de tu vida y de tu yo?

¡Ay, estoy preocupada! Preocupada. Al principio, me preguntaba si ese estado en el que te encuentras no propiciaría mejor que otros la creación, pero veo que no y tampoco me sorprende. Por eso no he sacado antes el tema.

¿Qué se puede hacer? ¡Ay, qué cruz!

Intento consolarme diciéndome que todo se irá arreglando cuando vuelvas a París, pero, pensándolo bien, no veo cómo ni por qué ibas a mejorar en una ciudad que te chupa las fuerzas vitales y los impulsos del cuerpo y del corazón.

Pero, bueno, yo estaré aquí, junto a ti, y puede que consiga que disfrutes como antes de ciertas cosas; aunque lo dudo.

Hoy he tenido ensayo por la mañana y el resto del día lo he pasado sola en casa, leyendo, escribiendo, arreglando cosas y pensando en las musarañas. Con lo cual, a última hora de la tarde me ha dado un «bajón» que me he apresurado a volcar en el escenario por mediación de Dora.

Pero volví a casa cansada y, de no ser porque me sabía mal acostarme sin haberte escrito, me habría quedado dormida inmediatamente.

Después… no sé muy bien qué contarte. A través de tus cartas yo tampoco puedo imaginarme en qué estado te encuentras para reconstruirte y tengo la horrible sensación al dirigirme a ti de no saber con quién estoy hablando.

¡Ay, que se acabe pronto el mes de marzo! ¡Pronto tus ojos, tus brazos, tus manos, tu calidez!

Estoy empezando a aborrecer el papel y las estilográficas.

Cariño, amor mío, quiéreme, no me dejes, no te alejes de mí. Es espantoso. Desde hace un par de días me siento sola. Vuelve a mí. Caliéntame.

Tenme abrazada hasta que vuelvas. ¡Ay!, qué tortura. Te quiero. Te espero. Te lo suplico, quiéreme.

M.

Viernes, 1 de la tarde [3 de marzo de 1950]

Cariño mío:

Estoy un poco perdida. Demasiadas novedades, demasiados sucesos, demasiadas cosas que decidir y no sé qué hacer con todo ello.

Tu carta me ha dejado desconsolada. Por otra parte, mi hermana no deja de pedirme que vaya a verla. ¡Nada menos! Para rematar, me instan a que tome decisiones definitivas sobre los proyectos cinematográficos que están surgiendo ahora.

Voy a intentar resumírtelos. Me ayudarás a solventarlo.

Por un lado, Cayatte[302] me ofrece una película que solo me supondrá un trastorno de trece días. Se va a rodar aquí, en París, dentro de dos semanas más o menos, y me pagarán un millón. Aún lo están decidiendo, pero lo más probable es que me escojan a mí.

Por otro lado —y esto anularía el primer asunto—, Soldati,[303] un director italiano buenísimo, me requiere para su próxima película, cuyo rodaje empezará el 27 de abril en Italia y durará dos meses; tres millones. ¿Qué debo hacer? He telefoneado a Hébertot para preguntarle hasta cuándo piensa seguir con *Los justos*. Mañana lo hablaremos en detalle, me ha asegurado. Si decidiera mantener las funciones hasta las vacaciones, me vendría bien en la medida en que ya no tendría que elegir. Intentaría entonces meterme en la película de Cayatte y encajaría muy bien con el teatro, tranquilamente, sin nuevos quebraderos de cabeza.

Personalmente, lo que me resulta más tentador de la oferta de Soldati es el viaje a Italia, pero obviamente sería solo con una condición: que tú pudieras ir a pasar conmigo por lo menos tres semanas o un mes. Si te resulta imposible, dímelo ya. Lo paro todo y nos olvidamos del tema. No voy a lamentar nada, puedes estar seguro.

Si puedes viajar allí, entonces piénsatelo, dime si te apetece, si prefieres quedarte aquí o ir a otra parte; estaré feliz de hacer lo que tú quieras.

Amor mío, amor mío querido, contéstame tan pronto como puedas. Tengo que saberlo lo antes posible para decírselo. No te andes con miramientos. Ya no tienen razón de ser. Me hablaste de un viaje y me han ofrecido uno; simplemente te pregunto si te gusta, si prefieres otro, o si, de momento, te apetece más quedarte en París. Por otra parte, la cosa no depende solo de nosotros, sino sobre todo de Hébertot y de su público, y tengo el mayor empeño en interpretar a Dora hasta el final.

Esta noche te escribiré largo y tendido al volver de la Ciudad Universitaria, pero ahora me gustaría que esta carta saliera lo antes posible. Quizá pueda recibir tu respuesta el lunes. Estaría bien porque he quedado con los italianos a las once.

Te beso muy muy fuerte, con toda mi alma; te quiero, cariño mío, cuánto te quiero, tan feliz y tan en serio.

M.

229 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 3 de marzo [de 1950], *3 de la tarde*

Querido amor mío:

El día ha empezado de una forma espléndida: un raudal de sol inunda la cama y, detrás de los cristales, el suave ronroneo de los días hermosos. Pensé en la carta tuya que seguramente iba a recibir, ya que ayer no llegó nada. Leí un poquito de *Belarmino y Apolonio*, de Pérez de Ayala, que me encanta. Y luego levantarse, asearse, trabajar en una casa solitaria porque

todo el mundo está en Cannes. A las doce salí. A Cabris, en lo alto de su picacho, lo rodeaban, algo más abajo, los árboles en flor. Y, por todas partes, miles de capullos. Cada uno de ellos me acercaba a ti. El cartero iba con retraso, pero me embargaba un amor inmenso y una confianza total. Y, efectivamente, allí estaba tu carta. Era como la esperaba, vivaracha, enamorada, otra vez joven. No temas nada, muchacha mía, hermosa mía, ni me alejo ni te dejo, y durante el tiempo, que ya se puede medir, en que estoy alejado de ti, te conservo a mi lado, en el centro de los días, con amor y avaricia.

Por lo demás, hoy estoy decidido a perdonártelo todo, incluso que farfulles en *Los justos*. No le des más vueltas, no tiene importancia. En cuanto a tus amigos de Clermont-Ferrand, estoy dispuesto a autorizarlos a que monten la obra si los conoces y si no son unos cantamañanas. Me niego sistemáticamente a dar permiso a las compañías que no conozco, no me apetece que me pongan en ridículo. Por lo demás, si así vas a poder comer mucho chocolate… Escribo a la sociedad de autores para decir que les doy permiso. Lo siento por los espectadores de Clermont-Ferrand.

Sí, tienes razón, las palabras ya no tienen sentido y es tiempo de estrecharnos uno contra otro. Pero a partir de ahora va a ir rápido. Este cielo es ya casi el del verano. En mi habitación zumba un abejorro y se pega contra los cristales. El mar, a lo lejos, está pálido de calor. Me acuerdo de las tardes de sol en la habitación de Ermenonville. ¿Querrás volver, querida mía? Sí, ¿verdad? Allí será primavera del todo…

Amor mío querido, ahora voy a bajar a Grasse a ver al médico. Seguramente solo me dirá cosas amables. Tengo un aspecto soberbio. Te escribiré enseguida con lo que me diga. Pero no quiero dejarte sin repetirte todo lo que me brinca ahora mismo en el corazón, el amor que me colma, la

dulce preocupación que por ti siento, la gratitud también. Vela por ti, renace, piensa también en estar guapa.

¡Te quiero, generosa mía! Te espero y pongo en esta carta todo el cielo azul que me rodea, toda la luz, para que en ellos encuentres fuerza y ánimos. Te beso con todas mis fuerzas.

A. 230 — María Casares a Albert Camus

Viernes por la noche [2 de marzo de 1950]

Ya he vuelto de la función en la Ciudad Universitaria. ¡Dios! ¡Qué frío hace en esa sala! ¡Y los camerinos! ¡Parecen duchas! ¡Y las escaleras! ¡Y el patio! ¡Qué espanto, vivir ahí!

Pero, bueno, la función fue bien. Dijimos tu texto a voces en medio de algunos efectos cómicos y muchos aplausos.

Volví a casa con Serge [Reggiani], que me tenía guardada en el coche una azalea blanca muy bonita en señal de despedida. La verdad es que es muy atento. Me va a costar mirar en su lugar la cara estereotipada de Jacques Torrens.

Hébertot estuvo allí, más amo que nunca, presidiendo al lado de un tal Spitzer, que se ha empeñado en invitarnos a un trago de vino blanco en el entreacto. La admiración que siente por mí y «mi valentía» ya no tiene límites y parecía profundamente conmovido al pensar en el placer que te habría proporcionado esta función en su teatro de haber estado allí.

Empecé el día angustiada, inquieta, preocupada, un poco de los nervios. Tu carta me dejó realmente desconsolada y no he parado de pensar en su actual situación. Pero no se me ocurre nada. Todo está fuera de mi alcance.

No eres el único, cariño mío, que ha perdido su libertad interior, la soltura, cierta naturalidad. Yo creo que nos debe de pasar a todos. Pero temo que tú le añadas un sentimiento de culpa y que lo que ahora echas de menos sea una inocencia que crees haber perdido. Si es así, es absolutamente falso, y sabes mejor que nadie en el mundo que en tal caso, como en tantos otros, la única culpable y criminal es la vida.

Ahora, amor mío querido, ¿cómo quieres que respire, que renazca a esa dicha, que deje de pensar en cosas serias, sabiendo que sientes ese malestar del que me hablas, aunque ni siquiera me cuentes todas sus causas. La única de la que hablas bastaría para sumirme en la angustia; conozco otras —mi vida, mi existencia, los acontecimientos, el estar alejados— que no resultan más tranquilizadoras; me aseguras que todo eso solo constituye una parte de la enfermedad moral que padeces, y pretendes que, siendo consciente del estado en el que estás, me desvincule de él y solo me dedique a ser feliz.

¿Cuándo vas a entender que mi felicidad ya solo depende de la tuya? ¿Cuándo lo vas a entender, amor mío? ¿Cuándo?

Esta mañana me apresuré a escribirte sobre la película que me han ofrecido hacer en Italia. Ni si quiera había colgado aún el teléfono, Blanche Montel[304] aún no había terminado de hablar y yo ya me estaba viendo en Roma, instalada con Ángeles en un pisito, esperando las dos a que llegaras tú. Y luego los paseos maravillosos por ese campo admirable, ese cielo, esa vida tan entrañable durante días y días; te he escrito sin más demora y, a medida que avanzaba la carta, me preguntaba si debería enviártela, si no profundizaría más en la herida, si no te despertaría arrepentimientos, etc., etc.

Aunque, bien mirado, no creo que pueda apenarte en ningún aspecto. Ahora estamos plenamente en el universo de la transparencia y sabes que

puedes abrirme tu corazón de par en par y que cualquier cosa que digas, decidas o hagas estará bien.

No lamento que hayas eliminado el prólogo. Con una nota breve bastará y lo que he leído es adecuado para que lo lea yo, por ejemplo… y ya está.

Pero sigo contándote cómo me ha ido el día. Decía que se me ha ido la mañana yendo y viniendo en vano, con un ajetreo constante, en ensoñaciones sombrías o radiantes. A la una y media Pierre [Reynal] vino a almorzar. Se encargó de las celosías de la terraza con el cerrajero y de algunas reparaciones en la casa, mientras yo recibía a un señor que vende libros y a Jeannette. Esta se quedó hasta las cinco. Pierre se unió a nosotras y casi se queda dormido, arrullado por el parloteo de Jeannette, mientras a mí me daba un ataque de nervios sordo, al comprobar que, pese a todos mis esfuerzos por que decayera la conversación y dejar que pasara un ángel, iban transcurriendo las horas y nosotros seguíamos ahí, con esa dichosa mujer, que es muy amable, muy buena persona, pero también muy pesada.

Por fin, a las cinco, Pierre se marchó y se la llevó puesta. Entonces llegó Feli [Negrín] y pasamos juntas un buen rato. Nos llevamos bien, es una persona sana, fresca, doliente y viva. Me relaja y su presencia me humedece el corazón. La verdad es que la quiero mucho. Por desgracia, el miércoles se marcha a Inglaterra. Voy a añorarla mucho. La echaré en falta de verdad.

Me acompañó hasta la Ciudad [Universitairia] y no me dejó hasta que por fin encontré los camerinos, que no fue nada fácil. Mañana, después del ensayo con Torrens, voy a comer con ella y con d[on] Juan.

Amor mío, cariño mío, tengo que dormir. Tengo que madrugar. Las últimas líneas que le añadiste a tu carta me aliviaron, en efecto, el corazón y me pasé el día releyéndolas. Suplico a lo que sea que te conceda la alegría de trabajar y cierta paz en el alma. Te quiero, amor mío; me siento chiquitita e impotente de cara a tus tormentos y no sé qué hacer; te quiero locamente.

Deja que me abrace muy fuerte a ti y olvídate por un instante de que el mundo existe.

Maria

231 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 3 de la tarde [4 de marzo de 1950]

Contesto a tu carta urgente, pero no estoy seguro de que te llegue la respuesta el lunes. Aquí el domingo lo detiene todo. Por lo demás, no sé muy bien qué contestarte. En mayo o en junio podría sin problema reunirme contigo o ir contigo a Italia. El único asunto pendiente es la decisión del médico a finales de mes. Si estoy bien, no hay obstáculos. Si tengo que tomar precauciones, las ciudades italianas no son lo ideal. Si no fuera una atadura el lugar del rodaje, había pensado en Italia o en Sicilia, sin las características de la altura, sino junto al mar, como aquí. En la llanura, el clima húmedo y templado podría no serme conveniente. Y tengo ganas, verdaderas ganas, si no de curarme, al menos de no recaer. Dado todo esto, no voy a poder contestarte con precisión hasta finales de mes. Pero tus italianos no van a esperar. Así que creo que tienes que decidir tú. Me dices que no me vaya con miramiento, pero ese dinero es muy valioso para ti y, de todas formas, creo que podré reunirme contigo aunque sea instalándome a tiro de automóvil de la ciudad en que estés. Me desconsuela y me entristece mucho no poder contestarte de forma categórica, pero este es uno de los casos en que la enfermedad me ata y me vuelve un inútil. Dime de todas formas lo que hayas decidido para que me organice con bastante

antelación y de la forma más favorable a fin de que podamos reencontrarnos.

Dicho lo cual, mi amor querido, no debes atormentarte por lo que te comuniqué. Te lo dije porque tenía que decírtelo, pero no debes pensar que vivo aquí en una tragedia perpetua. Las cosas están más claras, y nada más, pero no ha cambiado nada en la situación real y mi esperanza es que F[rancine] consiga no sufrir demasiado. No te preocupes, piensa en tu salud, en tus asuntos y, sobre todo, no te sientas sola. No vuelvas a escribirme que todo esto puede alejarme de ti. En el punto en que estamos, es pueril pensar que algo, lo que sea, pueda alejarme de ti. Solo me reprocho haber ensombrecido alguna de mis cartas, siendo así que antes debería haber pensado en ayudarte para que vuelvas a hacer pie, niña mía. Por el momento, es un asunto que debo zanjar yo solo, teniéndolo todo en cuenta e intentando no mutilar a nadie. Durante el plazo, largo o corto, que esto requiera me apoyaré en tu amor y en la certeza de que siempre estarás a mi lado. Ten tú esa misma certeza y volvámonos ahora juntos hacia el sol, quiero decir hacia ese abril en que estés tendida a lo largo de mí. Sí, basta ya de preocupaciones y de dolores. Respiremos por fin; un poco de frivolidad, de placer libre, de juego animal sienta bien de vez en cuando. Si supieras qué ganas tengo de desperezarme, de encogerme de hombros y de reírme sin freno ante la vida. Una fronda de besos en tu cara, amor mío. Te quiero.

Punto y aparte, pasemos a otra cosa. Esta mañana, una luz maravillosa. Este atardecer, el cielo es de cobre. No he resistido a la tentación de ponerme un rato al sol completamente desnudo durante la mañana, aunque lo tengo prohibido. ¡Ay, qué calor maravilloso en todo el cuerpo! ¡Por cierto, ayer al médico de Grasse le pareció que iba bien encaminado!

Además he engordado otro kilo (llevo cuatro en dos meses). Pero creo que no resulto obeso.

Amor mío querido, mi espera querida, no me guardes rencor si te ayudo mal en esas decisiones que tienes que tomar. Esta enfermedad me crea condiciones de existencia anómalas y me resulta difícil ajustarlas con prisas a lo que vaya surgiendo. Por eso es por lo que querría curarme; para ayudarte con mi energía y mi experiencia, en vez de estorbarte. Lo esencial es que no te pierda. Eres mi alegría, mi disfrute de vivir. Que no se te olvide y quiéreme con todo tu ser, sin reservas. Pienso en ti y te beso, rabiosamente.

A.

232 — María Casares a Albert Camus

Domingo, 5 y media de la tarde [5 de marzo de 1950]

Amor mío, estoy en el camerino, la función de tarde acaba de terminar, me han visitado Marie Viton,[305] que va a escribirte, y otras tres personas; ahora el teatro está vacío y yo estoy en ese estado que conoces de «después de *Los justos*». ¿Sabes…?, ¡cuando hay que dejarme sola…!

Tengo muchas cosas que contarte y voy a tratar de hacerlo con la mayor claridad posible.

1) *Estreno de Jacques Torrens*. Se estrenó ayer, en medio de la desaprobación general de los miembros del grupo revolucionario, a quienes no les cae bien por distintos motivos, y con la ayuda de un nerviosismo que le daba una especie de emoción bastante sorprendente al oírlo en los ensayos. En general, ha salido airoso.

Los puntos flacos siguen siendo los mismos: la escena de amor y la despedida y el monólogo.

Lo malo es que, al margen de lo que puedan decir, sospecho de él dos cosas terribles: una ya la sabes y la otra no afecta directamente al cerebro, sino al lugar donde la espalda pierde su casto nombre. Para confirmar mis dudas, ayer, antes de la función, lo vi llegar al escenario vestido, engominado, con maquillaje ocre y, ¡agárrate fuerte!, colorete en los pómulos, y rímel y sombra azul en los ojos.

Tuvo un efecto fulminante. A Bouquet le llameaban los ojos de ira contenida, Pommier tenía la boca abierta como una O y Brainville, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, con un vuelco desesperado. Me reí y, con toda la amabilidad que pude, le dije a nuestro pulido Yanek que tenía que acceder a maquillarse de otra manera. Por suerte, me escucha con afabilidad y me respeta lo suficiente —solo a mí, a los demás los mira por encima del hombro— para seguir mis consejos. Esta tarde, como ya no tenía nervios que lo ayudaran, ha actuado de forma más… seria. Le he comentado varias cosas al respecto y espero que, entre eso y que está más relajado, mañana todo vaya mejor. No hay que olvidar que hoy está hecho fosfatina.

¡Ay, Serge! El generoso Serge. Mi Yanek irregular, pero ¡tan vivo!

2) *Conversación con Hébertot*. El amo tiene intención de seguir con la obra hasta las doscientas representaciones, porque «te lo ha prometido y *él* no cambia de opinión».

Si accedieras a alternarla con *Calígula*, que «está tan bien interpretada», estaría encantad*a* (1), pero tiene razones de peso para temer que no estés de acuerdo con esa genial idea y me pide por favor que interceda por él contigo. Le he contestado que yo no pintaba nada en ese asunto y que creía que no accederías nunca.

Va a celebrar por todo lo alto la centésima representación y los carteles ya están listos.

De paso, me ha ofrecido un contrato ¡por tres años!

¡Ha puesto a mi disposición una suma de 100.000 francos para devolvérselos cuando pueda! Lo cual no quita, y ahora que ha rectificado puedo decírtelo, para que me descontara del sueldo las cuatro funciones que me perdí cuando mi padre murió.

¡El que quiera entender que entienda! Yo ni quiero ni puedo.

Planes. Como la obra va a durar hasta el mes de junio, es obvio que no puedo ir a Italia a rodar la película. No lo lamento y espero poder rodar los trece días con Cayatte, lo cual no resultará cansado y me permitirá seguir esperando unos meses. Me han ofrecido para más adelante otra película… ¡en México! Un mes o un mes y medio. El papel de la maestra en *Muchachas de uniforme*,[306] segunda versión. ¿Qué te parece?

Salud. Estoy comiendo bien. Duermo regular. Debe de ser la primavera. He reanudado mi vida, pero tengo los nervios tocados. Ayer Pitou y yo tuvimos una escenita penosa y le conté todas las espinas que tenía clavadas. Hice bien porque no habría podido seguir dándole besos mientras me callaba todo lo que tengo en su contra, pero fui demasiado dura, cruel, atroz, abominable y, mientras la hería —puede que demasiado—, me entró una especie de crisis que me ha dejado exhausta.

Hoy, después de aquello, los ensayos, la función adicional en la Ciudad [Universitaria] y las duermevelas, me siento cansada, pero estoy mejor de ánimos.

Por primera vez, he notado la primavera, camino del teatro. De pronto he visto a gente sentada en la terraza de un café, en un rayo de sol. El aire era liviano, transparente, tibio, se oía a los pájaros y pensé: «Pero ¡si ya estamos a 5 de marzo!». ¡Oh, amor mío!

¡5 de marzo! Cariño mío, ¡dentro de veinte o veinticinco días! Siento una dicha tan desgarradora que no acabo de creérmelo. Después de esta ausencia tuya tan larga, después de este espanto, ya no podía imaginarme la dicha. Hoy, en lo que dura un relámpago, la he anticipado.

Y va a suceder, ¿verdad que sí? Tendremos momentos maravillosos y me querrás como antes. Ay, hermoso amor mío, cariño mío, dime que sucederá. ¡Dime que volverás a caldearme el corazón! Dime que me sigues queriendo tanto y de forma tan viva.

Te espero. Te espero ahora en una espera que ya no me empobrece, sino que me enriquece día a día hasta que llegues dentro de muy poco. Ya estás aquí, lo noto. Y tú, ¡tú! ¿Cómo te sientes? ¿Cómo va todo? ¿Y el trabajo?

Escríbeme. Llevo sin recibir nada tuyo desde el sábado. Te quiero,

M

Las ocho. He cenado sola en el Souris. La radio a todo volumen. Sola. Imagínatelo. ¡A quién se le ocurre! Un rato muy penoso. He pensado que dentro de poco ya no estaría sola y que, incluso ahora, no lo estoy. Pero una vez más —empiezo a estar harta de estas imágenes obsesivas— todo me ha vuelto a pasar por delante. Otra vez.

Amor mío, quiéreme, te lo suplico.

M.

Medianoche

¡Ay!, ¡menuda función! El pobre Torrens, más atontado que de costumbre

por culpa del cansancio y con el texto aún mal afianzado, ha decidido dejar de lado las entonaciones correctas que le había cogido a Serge ¡y ponerse a innovar! ¡Qué desastre!

Nunca lo había hecho tan mal. Y, de hecho, seguramente nosotros tampoco, porque el jefe, Voinov y yo no sentíamos ni pizca de amor por Yanek y, aun sin pretenderlo, transmitíamos un odio sordo y un desprecio temible hacia él. En mi caso, sencillamente me daba vergüenza querer a semejante maniquí y lo trataba como si fuera un pobre de espíritu. Yves no paraba de echarle la bronca, Pommier lo miraba por encima del hombro y Michel se desfogaba con él.

A eso súmale que Torrens se pasó casi todo el rato diciendo vivir en lugar de morir, y viceversa, que le chillaba a Œttly y que tenía derecho a juzgarlo y no a matarlo, y podrás hacerte una idea del conjunto.

No temas, así y todo el público aplaude y escucha religiosamente. Opina que Yanek está mal interpretado, pero que la obra cuela, pese a todo, y debo decir que ese «Todo» es difícil de colar.

Ya están anunciando la centésima representación con cartelones donde aparece un Hébertot grande, un Camus bastante grande, un 100.ª enorme y nada más. Ya no existimos. Supongo que es para ocultar que Serge se ha ido. Es perfecto.

En el propio teatro hay mucho movimiento. Periodistas queriendo fotografiar a toda costa a Michèle Lahaye entre bastidores durante el cuarto acto, a pesar de la prohibición del director; el hijo de la señora Duté, arrugado, con melena de león, vestido con pantalones color crema, chaqueta marrón, un pañuelo rojo chillón y amarillo al cuello, otro negro con lunares blancos gordos asomando del bolsillo de la chaqueta y un anillo enorme en el meñique, haciendo melindres aquí y allá y portándose como una cría con todo el mundo; Perdoux, contándonos las vicisitudes de una actriz mayor,

antigua estrella, que sigue malviviendo aún, con algún que otro doblaje y yendo a comedores de pobres. Michel B[ouquet] despotricando contra Torrens y contra Œttly, que ha descubierto a Torrens; Pommier paseando su ingenuidad, que oculta muchas cosas; Yves suspirando de desamparo al ver al nuevoYanek; Paulo, siempre contento; Moncorbier, el regidor Albert, todos ellos espantados con la nueva incorporación: y la nueva incorporación, algo cansada, cómo no, pero a gusto, satisfecha, por encima de todos y amable conmigo.

Y, como viene siendo costumbre desde el principio de *Los justos*, ¿a quién acuden todos para sincerarse, para quejarse?; ¿a quién acuden para protestar?

¡A Dora Brilliant!

Pobre Dora. Qué pequeñita y qué doblada está esta noche. Le gustaría que la estrecharan dos brazos grandes y cálidos. Le gustaría mucho que la acariciaran, que la mimaran y que la convencieran de que el rostro que ama no es ese de cera tan feo de esta tarde, sino otro, con una mirada, de hermosos ojos claros, nariz recta, con una frente para tocarla y labios para besarlos, besarlos, besarlos hasta el agotamiento.

Buenas noches. Hasta mañana, amor mío

M

Torrens me da lástima. No temas, lo estoy tratando con dulzura; pero es cierto que es muy malo, de *momento*. Esta noche *sobre todo*.

(1) (error involuntario).

233 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes, 3 de la tarde [6 de marzo de 1950]

El cielo sigue resplandeciente. Y sin embargo el aire aún está fresco. El resultado es una luz fría y brillante, una luz para la inteligencia. Leo, y pienso, despacio, pero bien. Y luego tu carta…

Me alegro de que la función fuera bien en la Ciudad Universitaria. Los estudiantes son a veces tontos y vulgares. Pero hay en ellos algo intacto que puede valer de referencia para una obra de teatro. Me sorprende que Hébertot te haya parecido enternecido por mi caso. La carta mía que recibió hace unos diez días no debió de predisponerlo al afecto. En cuanto a Reggiani, opino como tú y también lo echo de menos. Le puse unas líneas el sábado para darle las gracias. También le mandé un telegrama a Torrens para su primera representación. Estoy esperando a que me cuentes qué tal fue todo.

Sí, corazón mío querido, amor mío, yo también pensaba y pienso en el pisito de Roma. Pero no hay nada perdido. Y a lo mejor resulta posible.

Entiendo también que no puedas volverte hacia la felicidad si me notas a mí desviado de ella. Pero no es así. Es cierto que a veces me siento muy culpable. Pero en lo que progreso en este momento es en liberarme de esos sentimientos estériles, en evadirme de la mutilación, en no aceptar ya sino sentimientos «positivos». Intento recuperar lo que era en el fondo. Y este cielo, este clima me ayudan día a día. Por lo demás, sé que me quieres, que te quedarás conmigo y que hallaré en ti toda la alegría que necesito. Así que no te preocupes. Trabajo pese a todo. No acabaré el ensayo, pero seguiré

trabajando en él y, cuando esté acabado, habré recuperado ya toda esa libertad interior de que carezco, la libertad de mediodía, la fuerza, la alegría silenciosa, la que va más allá de la dicha y de la desdicha.

Así que deja que madure todo esto. En cambio, lo que necesito de verdad es encontrarte entera y, dentro de lo posible, brindada a la vida. Por eso debes velar por ti, relajarte, estar guapa, sabrosa, vivir generosamente, como tú sabes hacerlo. Aunque no haya trabajado tanto como esperaba, he trabajado a mayor hondura. Y tengo proyectos inmensos que me abrasan la cabeza, obras, un pensamiento, llevar a cabo un estilo de existir. Aquí es donde te necesito, como se necesitan el sol y la tierra para no perderse. Pero tienes que volver a encontrarte, viva, valiente y hermosa.

Dentro de tres semanas estaré en París. Eso es lo importante. No puedo creerlo, en la imaginación quiero decir. Pero sé que podré apoyar mi mano en ti y con esa certeza me derrito de felicidad. Y tú, hermosa mía, morena mía, dulce mía, ¿te estremeces también tú como me estremezco yo? ¡Vamos, ánimo! Va a empezar la primavera de verdad. Escribe, háblame de ti. Quiéreme, vive para mí, dime también que eres mía. ¡Ay, quiero poseerlo todo de ti, exigirlo todo…! Te quiero. No estés preocupada ni triste. Perdóname si precisamente mis cartas han podido entristecerte. Eres mi confidente, mi amiga también, y a veces uno ya no se controla. Pero el sol vuelve y ya no se desea más que cerrarle la boca y los oídos a la amiga bajo una lluvia de besos. Déjalos que te lluevan encima, amor mío querido, amada mía, y descansa en mí. Te quiero,

A.

Lunes, 6 de marzo [de 1950]

Amor mío:

Acabo de recibir tu carta del viernes y de golpe he sentido que me sumergía en el deslumbramiento de todas las primaveras del mundo. ¡Ay, soleado mío, sí, quiero ir a Ermenonville, sí, velaré por mí, sí, reviviré, sí, sí, sí! Y también intentaré estar guapa. Lo malo es que, por ahora, eso es lo que me parece más difícil. He envejecido mucho en las últimas semanas. Flaca, apagada, ya no me atrevo a mirarme mucho rato en el espejo. Ojeras, arrugas profundas en las sienes y al borde de los labios, carne fláccida, mirada opaca y… ¡agárrate bien!, ¡*bolsas* debajo de los ojos! ¡Doy pena! Ojalá sigas queriéndome.

Pero ha llegado el sol, el aire de París canta, el cielo se ríe, estoy comiendo bien, duermo un poco mejor, y puede que cuando vuelvas ya esté un poco más lucida. Si no lo consigo sola, tu presencia obrará el milagro, estoy segura.

Gracias, cariño mío, por haber sido generoso con los jóvenes de Clermont-Ferrand. ¡Ojalá que les salga algo decente! Empiezo a sentirme confusa por haber intercedido por ellos contigo, siendo así que solo los conozco por su primera actriz y por los bombones… muy ricos.

Estoy impaciente por conocer los resultados de tu visita al médico, aunque su opinión me parece más bien de indiferencia.

Por aquí no todo va rodado. Hoy hay huelga de metro y de autobús. A las cinco tenemos que llamar al teatro para que nos digan si pasan a buscarnos o si tenemos que ir por nuestros propios medios.

Esta mañana he hablado por teléfono con Soldati, el director italiano. He quedado con él mañana, porque está dispuesto a aplazar el rodaje de la película. Empezaría el 1 de junio. Tal vez entonces yo pudiera hacerla y tal

vez entonces a ti te resultara más fácil reunirte y quedarte conmigo una temporada. Sería en verano y, si tienes que ir a Aviñón, prefiero no quedarme en París mientras tanto. Así que podrías repartir ese periodo de dos meses entre Aviñón e Italia. Dime si es posible. De todas formas, ha dejado de ser un tema urgente.

Hoy brilla el sol y mi pisito me está muy agradecido por mis desvelos. En el salón hay dos Rembrandt pequeñitos que me recuerdan constantemente a su destinatario despojado. También está mi aparato de radio, silencioso por ahora, pero vivo, tan vivo…

Hay libros bonitos, hermosas plantas, todo ello reluciendo al sol entre negro y amarillo. ¡Ojalá que te guste todo esto!

Ahora me estoy ocupando del jardín. Deprisa y corriendo, para que esté casi listo cuando vuelvas. En cuanto a ti, te están enmarcando.

Bueno. Voy a escribir a mi hermana. Aún no he contestado a su última carta y esta mañana he recibido otra, poética, lírica y toda la pesca. Definitivamente, está claro que ha heredado de nuestro padre su faceta «Odéon» de la que tanto y tan bien me he burlado. Tengo que escribirle, que escribir también a mi sobrina y a mi cuñado, que quiere inmiscuirme en las vicisitudes de su matrimonio, que ha despedazado la vida, la distancia, etc. ¡Qué pinto yo ahí, sin saber nada, sin estar al tanto de nada! ¡En fin! Voy a intentar recurrir a cierta dulzura que sé tener para mantenerme al margen de todo lo que no me concierne en absoluto.

Amor mío, cariño mío, guapo mío, mi maravilloso verano, te quiero. Hasta luego.

M
V

Medianoche

¡Estoy literalmente reventada! Y eso que lo único que he hecho ha sido recibir por la tarde a Reynal y a Darrieux, que estaban tan a gusto en mi saloncito que no querían marcharse. A las siete menos cuarto, Jean Pommier vino a buscarme en taxi y me fui al teatro, donde actuamos en la intimidad, pero aun así con un público más numeroso de lo que imaginaba.

Jean Vernier vino a verme al camerino. Por él me he enterado de muchas cosas.

1) Que le has escrito al amo una carta preciosa que lo ha dejado sin palabras.

2) Que Claudel, en la misma situación que tú (en lo referente a la dedicatoria), acabó cobrándola. Esto Jean me ha pedido que solo te lo cuente a ti.

3) Una historia de sellos que Hébertot ha mandado imprimir y que había que pegar en unos sobres y enviar a los abonados de la guía telefónica con vistas a una sociedad de amigos de Hébertot.

Llevo todo el día a cuestas con un dolor de estómago monótono que solo desgarran repentinas punzadas de un dolor más agudo.

Por consiguiente, de no haber recibido por la tarde tu carta del jueves, tan dulce, tan tierna y tan buena, este habría sido un día desperdiciado y feo.

Por fortuna, la he recibido y me he revolcado en ella voluptuosamente. La contestaré mañana. Esta noche, amor mío, estoy demasiado cansada para hablar; me quedo dormida como un bebé.

Qué encantadora, tu cuñada. Seguro que te canonizan. Igual que a mí. Los dos con la misma aureola. Para la eternidad.

¡Amor mío, tus brazos! Tus brazos para acurrucarme y dormirme en ellos esta noche. Tus brazos estrechándome. Te quiero. Buenas noches. Buenas noches, cariño. Te quiero

M

235 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 7 de la tarde [7 de marzo de 1950]

Tu buena carta del domingo, amor mío, me sentó bien y me dio ánimos. Sí, te sigo queriendo lo mismo y siempre vivaracha. Te quiero como antes (¡tonta!) y vamos a ser felices, a relajarnos, a disfrutar de nosotros y del mundo. Los días pasan, prepárate. Vamos a olvidarnos de todo menos de nosotros y vivir por fin. Te quiero.

Me consterna el rendimiento de Torrens. Pero no es posible hacer nada, solo sufrir, y dudar de que después de algo así podáis llegar a las doscientas representaciones. En cualquier caso, lo de Italia me parece en vilo de momento. Soñaba al menos con un breve retiro en un país hermoso. Algo pensaremos. Pero ¿estás segura de poder renunciar con tanta facilidad a ese dinero italiano?

Ya sabes que no le vería *inconveniente alguno* a que dejases el papel de Dora y no debe ser la obra lo que te detenga. En cuanto a México, entendería que lo aceptases si menester fuere, pero me gustaría que fuera lo más tarde posible.

Tienes que cuidarte los nervios, calmarte, volverte hacia la vida. Lo que hace falta es que vuelvas a ser pagana (y yo también). Que acabemos con los dramas, con los días negros, con las crucifixiones inútiles. Y que escojamos la vida solar, la alegría de los cuerpos y de la mente, la lucha clara. Hay en la vida dolores terribles y grandes, inevitables. Con ellos son con los que tenemos que bregar. Pero ¿a santo de qué añadirles los

tormentos secundarios, las magulladuras, las maceraciones de los detalles? Vivamos para la vida y para la muerte, juntos, con coraje, y miremos todo lo demás desde muy arriba. Te digo esto muy mal dicho, pero lo siento con mucha fuerza en la entraña de estos días magníficos que van sucediéndose sin interrupción.

¡Ay, amor mío querido, vete aprestándote ya, tanto como te sea posible, un corazón feliz!

Dejaremos por fin de hablar (¡dejar de hablar, dejar de escribir!) y viviremos. Te beso fuerte, hondamente, largo y tendido. Te quiero. Hasta pronto

A

236 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes a medianoche [7 de marzo de 1950]

Querido amor mío:

Esta mañana he recibido tu carta del sábado. Desde que la escribiste han cambiado muchas cosas y ahora debes saber que ya no tendría que irme a Italia antes del mes de junio. Pero no queda ahí la cosa; esta tarde me entrevisté con el señor Soldati y su productor en casa de un guionista francés cuyo nombre no recuerdo y que es el que va a hacer la película en cuestión.[307] La historia trata de la campaña napoleónica y el personaje de Fra Diavolo. El papel que me corresponde es el de una vivandera —una puta de soldados— valiente, viva, entusiasta, alegre, voluptuosa y apasionada. Como ves, se aleja mucho de lo que suelen ofrecerme; pero, según Soldati, es un papel que yo interpretaría muy bien. Y ahí llegamos el

quid, el punto delicado que me ha desanimado un poco y que hoy ha atenuado mi entusiasmo.

Soldati es un hombre joven —unos treinta y cinco años—, delgado, moreno, con bigotazo, nervioso, chulesco e… italiano. Se pasó toda la conversación, que tuvo lugar en el piso donde había estado trabajando desde por la mañana, sin soltar ni un minuto un bastón que llevaba en la mano, y, mientras su guionista me explicaba el argumento de la película y me presentaba el personaje de Laura, él daba vueltas a mi alrededor, contemplándome, escrutándome, observándome, pasándome revista, bajo todos los ángulos. Al final, irritada, le pedí por favor que se sentara so pretexto de que me estaba mareando.

Ayer, cuando hablé con él por teléfono para quedar, se me presentó como alguien que me conocía muy bien de vista porque vivía en via Sixtina, en Roma, enfrente de mi hotel. Esta tarde entró en detalles:

«Puede que la sorprenda que haya podido pensar en usted para este papel —dijo—. Es obvio que los personajes que la he visto encarnar están muy alejados del de Laura. Pero no la conozco solo por sus películas, y ya en Roma, donde solo tuve ocasión de conocer a Gérard Philipe, tenía muchas ganas de acercarme más a usted. La veía todos los días. Llevaba vestidos claros, estampados, con faldas de vuelo cortas y escotes de pico. Tenía la piel morena y estaba más rellena que ahora. Me impresionaron su cintura minúscula y sus caderas más bien anchas, y también un no sé qué en los andares y la cabeza erguida. Debería volver a Roma. Hoy le veo los ojos y el peinado. ¿Este pelo es suyo? ¡Qué bonito…!». Etc., etc. Y venga a girar el bastón y dar paseítos: «¡Hmm! Esto me huele a chamusquina», me dije. Pero a lo mejor es que soy una malpensada. ¿Qué opinas tú?

Sea como fuere, estoy decepcionada y se me ha pasado un poco el arrebato. Dije que no estaba segura de poder hacerla, ni siquiera en el mes

de junio, y me comprometí a dar una respuesta definitiva en un plazo de quince días por mediación de Cimura.[308]

Voy a pensármelo, a sopesar los pros y los contras, pero si consigo rodar la película de Cayatte, me reservaré el placer de viajar a Italia para otra ocasión. En esas estoy en cuanto al cine.

El teatro. *Los justos* siguen adelante a través de las huelgas. Esta noche, ¡Dios mío, quién lo iba a decir!, había bastante gente para un día como hoy. Jacques Torrens ha actuado mucho mejor. Dado que Paulo [Œttly] no le dijo nada (pero ¡*nada de nada*!) durante los ensayos, Michel y yo hemos asumido la tarea de prepararlo durante las representaciones y está mejorando a ojos vistas.

Para mañana está anunciado que no habrá ni un solo autobús ni metro, y, para pasado, puede que una huelga de gas y electricidad; en tal caso, no actuaríamos.

Vida cotidiana. Transcurre monótona, vacía, átona. Hoy he almorzado con d[on] Juan y Feli [Negrín], que se van mañana a Londres. Me despedí de ellos con el corazón encogido. A medida que pasan los años, me voy volviendo cada vez más tierna y sentimental. Cuando cumpla los cincuenta, me derretiré literalmente en tus brazos.

En casa están todos bien. Ángeles, fiel a sí misma. Juan, casi invisible, como de costumbre. Y lo que es Quat’sous, aunque se haya pasado dos semanas de lo más silenciosa y seria, cosa que le agradezco profundamente, ahora se está resarciendo y con la primavera se ha puesto como loca. No para.

Salud. Tremendo cansancio. Duermo; me despierto sintiéndome mejor; me levanto y al cabo de una hora ya estoy agotada.

Estoy comiendo bien, pero por ahora no engordo. Ya no tengo muñecas.

Ánimos. Siguen de cerca al estado general. Leves arrebatos, relámpagos,

promesas y recaídas en un abatimiento profundo y apagado. Se me pasará.

¡Ah!, y ahora volvamos a tu carta. Nunca he pensado, cariño mío, que vivieras en una tragedia perpetua. Sencillamente me imagino tu situación y ya es suficiente por si sola sin que haga falta añadirle incesantes llantos y gritos continuos. Solo que me hubiera gustado que no hubieras tenido que llegar a ese punto. Por eso —y también por tu salud— te supliqué que no vinieses; por eso te pedí que no dijeras o hicieras ninguna locura. Al margen de cualquier otra cosa, me habría gustado que estos tres meses de reposo los pasaras con cierta tranquilidad y cierta paz, cosa que no ha funcionado y bien que lo siento. Eso es todo.

Y no se hable más del asunto, borrón y cuenta nueva.

Amor mío, no sé si mi auténtica primavera tendrá como telón de fondo Roma, Florencia, Sicilia, Ermenonville o el número 148 de la calle de Vaugirard, pero, sea donde sea, ¡que llegue rápido! Se me está acabando la infinita paciencia y me siento como una fiera enjaulada.

¡Fantasías! ¡Fantasías! ¡Y más fantasías!

París está espléndido ahora mismo, amor mío, y cada rincón que miro te reclama. Ven, hermoso amor mío, ven corriendo. Te espero, te espero cada minuto, en cada esquina, en cada palabra que me dicen, en cada gesto que hago.

¡Ay!, ¡me parece imposible imaginar que pronto estarás pegado a mí! Te quiero, me abrazo a ti, te beso por todas partes tiernamente, largo y tendido, despacito, con furia, locamente

M

V

Miércoles por la mañana [8 de marzo de 1950]

Acabo de recibir tu carta del domingo y el lunes. ¡Ojalá que dure el sol!

Aquí tienes una flor para ti. ¡Yo también tengo mi propio jardín!

Te quiero.

M.

237 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles, 3 de la tarde [8 de marzo de 1950]

Día caluroso que ya huele a verano. Y sigue el esplendor del cielo. Por primera vez, los insectos también se han puesto a cantar. Me he pasado la mañana trabajando en mi cuarto inundado de sol. A la hora de comer, tu carta. Resucitas, respiras, estás contenta. Eso está bien, amor mío, y me alegro. ¿Que estás fea? Me parece de perlas. ¡Por fin solos!

Sí, creo que podría reunirme contigo en Italia en junio. El único obstáculo llegaría de mi salud. Pero en junio creo que no habrá que hablar ya de eso. No digas que no de todas formas. Es demasiado importante para ti y nos será fácil apañarnos. ¡Ay, qué bien estaría despertarse allí y a tu lado!

No sé si mi carta dejó sin habla a Hébertot. Pero en cualquier caso lo ha dejado sin pluma. No me escribe, lo que incrementa la tranquilidad de mis días. Si encuentro la copia que te tenía destinada te la mandaré.

¿Por qué no esperarme, por cierto, para celebrar la centésima representación?

Yo también, ¿sabes?, me he quedado sin pluma. Ya no sé hablar, contar, dar vida a estas cartas. De verdad que estoy deseando acabar con esto. Te

escribo para que tus días estén llenos de mí. Pero solo sé repetirme. En realidad, solo tengo un deseo dilatado y tozudo de felicidad y de goce. El cielo de verano me abrasa a veces. Y al atardecer, en la hora dulce, me apetece una felicidad sencilla.

Qué hacer sino esperar y seguir esperando… Cuántas veces me imagino en tu cuarto, retirado por fin del mundo, del barullo, del sufrimiento…

Perdóname estas cartas raquíticas. No dudes del inmenso amor que me llena. Sí, te quiero con la misma avidez de antes, pero estoy hambriento de ti precisamente y estas cartas interminables saben a papel maché. Pero estamos *a 8*, a 10 cuando recibas esta carta, y vas a acogerme pronto, ¿verdad? Tus labios me cerrarán la boca y lo único que tendré ya que hacer será rendirme en tu calor. Hasta pronto, sí, hasta pronto, querido amor mío. Te beso, por lo menos, como un loco.

A.

238 — María Casares a Albert Camus

Miércoles, 4 de la tarde [8 de marzo de 1950]

¡Ay!, amor mío, ¡he alcanzado el grado más alto de atontamiento! ¡Por fin lo he alcanzado!

Llevo desde esta mañana sin parar de escribir. Nunca he contestado tantas cartas en mi vida. Pero ¡bueno! Tengo el correo al día y eso es lo que pretendía para poder descansar tranquilamente este fin de semana.

He recibido tu carta del domingo-lunes. ¡Definitivamente estás «bien encarrilado» y me alegro! ¡Ay!, cuánto me alegro.

Por aquí, más de lo mismo. Hace un tiempo magnífico y la huelga se

alarga.

Desde ayer, ninguna novedad, salvo una carta que he recibido y que te envío, porque tiene voces que te gustan.

[René] Char[309] también me ha enviado su último libro. Todavía no he tenido tiempo de echarle un vistazo.

Yo estoy pataleando de impaciencia. ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

Hasta luego, amor mío.

5 de la tarde

¡Cómo se puede estar esperando a un ser de esta forma durante días y días sin cejar nunca!

Te imaginaba mientras trabajas.

Te imaginaba metido en la cama.

Te imaginaba en plena naturaleza prodigiosa.

¡Ahora te imagino con el torso desnudo al sol! Es demasiado.

Medianoche

Estoy esperando el corte de luz, pero parece que no acaba de llegar.

A las cinco de la tarde me encontré con Pierre Reynal en los muelles y estuvimos paseando con un tiempo primaveral maravilloso entre el barullo que reinaba a orillas del Sena hasta las siete. Luego fuimos a comer un *chateaubriand* al Relais y me dejó en el teatro.

Allí me enteré de las últimas noticias sobre la situación (huelga — bronca en la Asamblea — embargo,[310] etc.) y me entró la angustia. Solo de pensar que de pronto podríamos quedarnos separados durante meses por

culpa de los acontecimientos, se me hizo un nudo la garganta. Pierre me tranquilizó e interpreté a Dora… muy mal.

Ahora estoy metida en la cama.

El nerviosismo que reina en la ciudad se ha adueñado de mí y debo confesar que estoy asustada. Conozco demasiado bien las «alteraciones sociales» como para no temerlas. ¡Ay!, pronto, que se acabe el mes para tenerte junto a mí.

Cariño, mañana por la noche te escribiré largo y tendido. Hoy no estoy muy católica y es mejor que duerma.

La primavera ya está aquí y me está afectando. Tengo frío, tengo calor, me siento viva, turbulenta, nerviosa, soñolienta también y floja. Me entran escalofríos por debajo de la piel y… muchas otras cosas.

Te quiero.

En primavera, te quiero.

¡Amor mío, qué largo se me hace! ¡Ya no puedo más!

Maria

239 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 4 de la tarde [9 de marzo de 1950]

Otro día hermoso. Pero ya suben unas brumas desde el mar hacia las cumbres. Es que hace de verdad un calor de verano. Esta mañana he trabajado; he contestado a *Caliban*, que ha publicado una escena de *Los justos* con un comentario que me ha parecido tendencioso.[311] De hecho, era un discreto torpedo ideológico. He puesto los puntos sobre las íes. El doctor Sauvy, de Grasse, ha venido a almorzar. Agudo y simpático. Y luego

tu carta. Las intenciones del hombre del bastón son evidentes. Objetivamente, no puedo reprochárselo. Subjetivamente, me dan ganas de cruzarle la cara. Por lo visto no estás aún lo bastante fea. Seré paciente.

Por supuesto eso no debe impedirte aceptar si lo necesitas. Ya tienes edad suficiente para defenderte, aunque ese tipo de estrategia sea agotador. Si renunciases, de todas formas podríamos ir a Italia. En cierto sentido, ¿no sería mejor estar allí sin obligaciones ni trabajo?

Ya supongo que las huelgas no deben de favorecer a los teatros. Pero esa es la suerte que corren todas mis obras, ya lo sabes.

Lo que me preocupa mucho más es lo que me dices de tu salud. Ve a ver a un médico, te lo ruego. Por lo demás, cuando concluya la obra, te obligaré a pasar un mes o dos en el campo. Mientras tanto, duerme. Es lo esencial. Pero en cuanto te despiertes, quiéreme.

Estamos a 9, amor mío querido. Algo más de valor, algo más de paciencia, todo se va acercando. Volverás a estar morena y rellena con tus vestidos claros. Pero para mí. Yo me cuido y velo por mí para que me encuentres a tu gusto y pongas al verme cara de felicidad. Ánimo, te lo ruego, y esfuérzate por vivir, por florecer de nuevo. Te quiero y te espero. No he dejado de desearte y de ansiar tu calor y el olor de tu pelo. No he dejado de quererte por tu corazón, por tu valor, por tu orgullo. Vamos, cariño, se acerca el día.

Te beso hondamente

A.

240 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Viernes, 10 de marzo (medianoche) [9 de marzo de 1950]

Un día muy cargado, amor mío, muy muy cargado; pero por fin estoy en mi cama grandota, con la mente liviana que da tener en perspectiva un día de asueto, un día entero sin tratar los grandes problemas de la justicia, sin hurgar en temas trascendentales.

¡Ay! No puedes imaginarte lo que significa un viernes de asueto después de quince días de ensayos por la mañana, de funciones extraordinarias, ¡y más habiendo alcanzado, además, lo octogésima representación de una obra que ya resulta pesado representar dos veces seguidas!

Anoche y anteanoche ya no podía más. De hecho, actué de pena; y como, desde que el pobre de Jacques Torrens ha tomado el relevo en el papel de Serge [Reggiani], hay que esforzarse el doble para alcanzar un equilibrio, cuando no nos apoyamos y nos dejamos llevar, la cosa se pone fea. Menos mal que debido a la huelga no viene mucha gente, y espero que el sábado las aguas vuelvan a su cauce después de veinticuatro horas de descanso, de frivolidad y de… injusticia.

Esta mañana, recibí tu carta al despertarme. Bonita. Luego me entrevisté con un señor de la radio que vino a preparar una entrevista conmigo. ¡Hace las entrevistas con música!

Almorcé sola, en mi cuarto, irritada por una conversación telefónica que tuve antes, con Mireille. Por mucho que intenté dominarme y evitar verla, ¡se las apaña para sacarme de quicio por teléfono! En fin, vamos a dejarlo.

A las dos vino a buscarme Jean Pommier y fuimos a la Galerie Charpentier a ver la exposición de cien retratos de mujer. Nos quedamos hasta las cuatro. Me han llamado la atención tres Millet, uno de ellos magnífico, dos Degas, un Lautrec, un Modigliani, un Delacroix pequeñito, un Rubens muy lindo, algunos anónimos de la escuela italiana y un Alberto Durero extraordinario. Me habían hablado de un Bonnard y de tres David

supuestamente excelsos, pero personalmente no me han gustado. También había un bonito Picasso y un bonito Manet.

Los demás eran un espanto y los habían llevado allí, supongo, en general, para representar las distintas épocas.

A las cuatro cogimos un taxi y fuimos, ¡muy despacio, a fe mía!, hacia la [plaza de] République para ver una película mexicana, *El rencor de la tierra*, en una proyección privada que me habían organizado para que supiera en qué había trabajado el equipo que va a realizar *Muchachas de uniforme*.

¡Qué pena! Aparte de un par de hallazgos en el guion, mal ejecutados, solo había convencionalismos desde todos los ángulos. Un Mauriac anticuado a la mexicana y a ritmo de guitarra. ¡¡¡Y la interpretación!!! ¡Madre mía, qué disparate!

Al salir, a Jean y a mí casi nos atropellan al querer parar un taxi que, después de llevarnos hasta Cadet para recoger a la mujer y a las hijas del conductor, nos dejó en mi casa.

París está realmente espléndido ahora mismo. Casi toda la vida subterránea ha emergido y, en este aire primaveral transparente, el despliegue de coches, la profusión de colores, las bicicletas, las mujeres, el cielo, el Sena, las casas oscuras, los árboles, todo se mezcla y canta como una fiesta. ¡Qué lástima que en estos momentos haya que estar pensando en la huelga!

En casa nos estaba esperando Pierre. Cenamos y nos fuimos juntos al teatro.

Una vez en el camerino, me maquillé y me eché en mi «esterilla». Y entonces y solo entonces empecé a cobrar conciencia del estado tan raro en el que me encuentro, por otra parte, todavía en este momento. ¡De pronto me noté las caderas! ¡Por las buenas! ¡De sopetón! Se me había olvidado

desde hacía una eternidad —me parece— que tenía caderas, y muslos, y una piel, y un vientre… ¡Y de sopetón, todo volvía a estar ahí!

¡Ay!, cariño mío. No sé si voy a asombrarte, si esta carta llegará hasta ti a través de espacios impalpables y purificados de cualquier sentimiento de la materia, pero por Dios y todos los santos, personalmente, qué poco inmaterial me siento. ¡Estoy *aquí*! *¡Aquí! ¡Tengo un peso…! ¡Una masa! Abulto*. (¡Bueno, es una forma de hablar!). Y todo, en mí, te está llamando, grita hacia ti, te aúlla a ti, se vuelca en ti hasta el infinito.

Ya paro; retomaré esta carta mañana por la mañana. Tengo que callarme

V

Mañana del 10 de marzo

Acabo de despertarme. El cielo está encapotado. Hace fresco, por lo visto. Sigue la huelga. ¡¡¡Y estoy esperando a Paul Raffi!!!

He dormido ocho horas y creo que me siento más o menos relajada. Solo que aún estoy medio dormida y todavía no puedo juzgar en qué estado matutino me encuentro.

El caso es que ahora estoy vuelta hacia el sol, la claridad y la alegría. Y con tanta intensidad que hasta el papel de Dora me cuesta; lo interpreto sin entrega; todo mi ser rechaza las ocurrencias sombrías, atormentadas, del mismo modo que el cuerpo rechaza el alcohol después de una buena cogorza. La congoja y el dolor me dan una pereza inmensa y, a mi pesar, me lanzo de lleno allí donde puedo encontrar descanso, tranquilidad, risa o placer.

Sin embargo, tengo la impresión de haber envejecido mucho.

Amor mío, hasta esta noche. Esta carta tiene que salir antes de las doce del mediodía. Espero la tuya. Te quiero. Te espero. Procura decirme

aproximadamente qué día llegas a París. Me han pedido que vaya a Zúrich un viernes a final de mes. Si ya estás aquí, no iré. Si no estás aquí, puede que eso me distraiga.

Te quiero. Te beso locamente.

M. V.

241 — María Casares a Albert Camus

Viernes por la mañana [10 de marzo de 1950]

Deja de preocuparte, cariño mío. Ya se me ha pasado el ataque y solo me queda a ratos lo que siempre me va a quedar y que se irá atenuando con el tiempo.

Te siento ya a mi lado y la idea de que pronto podré abrazarte me resulta casi inverosímil.

Pero no voy a demorarme en eso. Esta noche te escribiré largo y tendido, después de un día de tareas domésticas y de descanso que seguramente acabará relajándome del todo.

Solo has de saber que ya no tengo fiebre, que como y duermo estupendamente, y que hasta he empezado a engordar un poquito. Por lo demás, aunque mi cara siga envejeciendo, ya no tengo la mirada apagada.

Teatro

1) Está descartado que Brainville se marche antes del verano.

2) Es una pena que no puedas aceptar asistir a la centésima representación. Serviría de publicidad, que por lo demás no existe, y la obra

proseguiría más fácilmente. ¿Por qué no te presentas y, en lugar de invitar a la flor y nata de París, pides que vengan solo las personas que elijas?

3) También te esperamos para organizar algunos ensayos más para afianzar la interpretación de los actores y mejorar en la medida de lo posible la de Torrens; con un par de sesiones sería suficiente.

4) Hébertot solo te ha pedido que alternes con *Calígula* por mero trámite. Ya sospecha que no vas a aceptar.

Me alegro mucho de los planes para *La peste* — pintan muy bien. ¿Quién se va a encargar de los cortes y de los diálogos?

Yo voy a procurar mantener un vínculo con el Amo, porque ya no voy a hacer la película de Cayatte (al productor no le gusté) y, si no se presenta nada en el horizonte, no me quedará más remedio que aceptar la de Soldati en Italia. Lo malo es que para eso tengo que dejar la obra el 20 de mayo. Si tuviese la certeza de que *Los justos* va a durar hasta finales de junio, esperaría otra cosa con regocijo; pero sería un fastidio dejar de actuar de la noche a la mañana y quedarme sin nada en perspectiva.

Pues ¡qué se le va a hacer! Está visto que le he cogido el gusto a circular en taxi y «trastear entre mis muebles». Está muy mal y sufrir algún pequeño y duro contratiempo me sentaría la mar de bien. De hecho, el valor de la lucha me volvió de pronto en el preciso instante en que me anunciaban el final de mi esperanza.

Mi condición de burguesía virulenta aún no es demasiado grave.

Por otra parte, *Orfeo* promete darme el oro y el moro. Después de que se viera en Cannes, la han presentado en París a varios profesionales del cine en el Studio y la opinión sobre mí es unánime. Ya no saben cómo calificar mi interpretación y, a falta de adjetivos, he oído decir: «¿Maria Casarès? Es… es… ¡la mismísima muerte!».

Me llaman «fuera de serie» y solo hay una cosa que temer, que papá

había previsto. «Después de la Sanseverina[312] —decía—, dijeron que tenías auténtica clase y a continuación te ofrecieron *L'homme qui revient de loin*.[313] Después de *Orfeo* dicen que eres "fuera de serie", lo que equivale a "fuera de categoría", a saber, "fuera de contrato"».

En fin, ya se verá.

Bueno, cariño mío. Ángeles está esperando para llevar esta carta a la estafeta.

Tengo que dársela.

Esta noche me explayaré sobre todo y sobre nosotros.

Que tengas un buen día, mi amor.

Te espero, te beso. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

M V

242 — María Casares a Albert Camus

Viernes por la noche [10 de marzo de 1950]

¡Ay, mi pobre día de asueto tan esperado! ¡Qué agobiante ha sido!

Tiempo gris, frío y destemplado. Una capota gris oscuro encima de París. Y una angustia tremenda en mi corazón.

Como me quedé sola en casa hasta las cuatro y media, intenté apañármelas. Estuve leyendo, me arreglé y escuché la radio. Pero solo tenía más y más angustia. Pero ¡qué angustia ni qué ocho cuartos! No es la palabra correcta. ¿Cómo llamar a ese estado de terrible lucidez? ¿Qué nombre darle a esa visión de la vida, de las cosas, que ya ni siquiera es verdadera ni saludable? A veces pienso en la locura. Una especie de locura fría y estática.

A las cinco, grabación de radio. La sesión acabó de rematarme. Mi padecimiento se volvió físico y, al salir, me temblaban todos los miembros. Menos mal que Pierre me estaba esperando con un manojo de flores en la mano. Últimamente me mima a base de flores y me espabila como puede.

Volvimos a casa, donde se nos unió Claude Romain,[314] agobiado por la crítica de su última película. Intentamos animarlo y cenamos; y luego, un poco de música: Mozart. Qué bonito es su *Don Juan*.

Acaban de dejarme y, por primera vez desde hace…, ¿años?, estoy totalmente sola en casa, con Quat'sous. Hoy no ha habido carta tuya. ¡Y esta recaída!

Quiero creer que mañana por la mañana la cosa irá mejor. No puede ser que siga viéndolo todo así, sin motivo, como automatizado. No es nada. Se me pasará.

¡Ay!, amor mío, ¡cuantísimo te necesito!

Maria

Sábado por la mañana [11 de marzo de 1950]

Estoy releyendo las líneas que escribí ayer y tengo dudas sobre si enviártelas; me prometí contarlo todo. Y, además, no tienes que preocuparte. Llevo días y días tragándome esa angustia, una vieja conocida, pero que de pronto se ha reavivado y juntado con cada uno de mis pensamientos, cada uno de mis impulsos, mis palabras, mis gestos, mis miradas.

Esta mañana me siento más valerosa físicamente. Y, además…, están las dos cartas que acaban de traerme en este preciso instante. Dos cartas tuyas. Espera. Voy a leerlas para contestar a lo más urgente.

Los sobres. Cariño mío, vivo en el distrito 15, no en el 14.

Carta a Hébertot. Qué lástima ese derroche de sentimientos que en parte le resultan ajenos, y, aun así, es curioso, pero no consigo cogerle manía. Sigue teniendo algo que me conmueve.

Por lo demás, amor mío, comprendo de sobra que ya no puedas escribirme. Deja de hacerlo, si tanto te cuesta. Confío en ti lo bastante para sacar de una palabra tuya la tranquilidad que me aporta. No me escribas.

Me quedo con una frase para deslumbrarme el día: «Por lo demás, cuando concluya la obra, te obligaré a pasar un mes o dos en el campo».

¿Lo ves? Nunca me he sentido sola; pero siempre me acompañabas a tu manera. ¡Esa frase! ¡Ay!, cariño, cuánto te la agradezco.

Te quiero. Te quiero. Sí; hoy estamos a 11 y dentro de nada… ¡Oh! ¡Ojalá no se interponga nada entre nosotros! Te quiero, hermoso amor mío.

M.

243 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 3 de la tarde [10 de marzo de 1950]

He recibido tu carta «socialmente alterada». Es un mísero trocito volandero de carta; no cuenta y esta semana tendrás que escribirme otra más. No dejes que te impresione el ruido de las calles y de la Asamblea. Las huelgas están justificadas —de sobra— y cuando los obreros hayan recibido satisfacción, a esa explotación que hacen de sus reivindicaciones le costará mucho sobrevivir. Pero en mi opinión no hay nada grave que temer de momento.

El día ha amanecido con niebla. Y luego ha vuelto el sol, rotundo. He trabajado por la mañana. Esta tarde, luz, calor y cantos de pájaros entran a

raudales en mi cuarto. Tengo la esperanza de seguir trabajando. Pero sobre todo tengo prisa por acabar con este destierro y reunirme contigo.

Ayer Sartre llegó al caer la tarde, con Dolo, para saludarme. Se quedó una hora, que se pasó muy deprisa. Pero las cosas no parecían irle bien a mi pobre Dolo, que tenía los ojos tristes. Cuando se fueron, me sentía cansado. Es que llevo aquí una vida que no es normal y ahora me altera el mínimo ruido.

Te reenvío la carta del montañero. Sí, tiene buena voz. No te dije que también había oído *El intercambio* (ah, sí que te lo había dicho). Tiene razón, estabas realmente admirable. Me hiciste olvidar que eras tú la que actuaba.

Esta mañana he estado mirando las fotos de *Los justos*. ¡Con qué ardor revivía tu imagen para mí! Tu presencia la espero y la deseo solo en lo más sencillo, tocarte sobre todo, besarte, charlar contigo, despertarme a tu lado.

Ay, belleza mía, amor mío, hoy el día del mes es de dos cifras. Dentro de once días será la primavera oficial, dentro de quince o veinte días, la primavera real. ¿Me esperas, me quieres, me deseas? Que pase el tiempo y que seas por fin mía, eso es cuanto tengo fuerza y pensamiento para esperar. Te quiero

A.

244 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 3 de la tarde [11 de marzo de 1950]

Sí, querido amor mío, me imagino lo que han debido de ser esos quince días de trabajo ininterrumpido. Ahora que ya no hay ensayos deberías dedicar

los días al descanso absoluto, levantarte a las once, echarte por las tardes, desquitarte cuanto puedas. Un poco de sol (no demasiado) si el cielo lo permite. Ya que te sientes renacer, saldrás adelante; yo tampoco vivo en las esferas inmateriales. Y tu carta ha convertido en aún más difícil esta espera, en más mordiente esta quemazón que nunca me ha abandonado. Pero soy como tú y a partir de ahora siento una repugnancia invencible ante el dolor y la desdicha. Yo también tengo ganas de ser feliz, animalmente, ciegamente. Vamos a serlo, porque nos lo hemos ganado con creces. El cuerpo posee sabiduría y felicidad. Cuando pienso en el tuyo se me queda la boca seca… pero dejemos eso… Tengo tu carta en el regazo, como no tardaré en tenerte a ti.

Aún no puedo decirte con exactitud la fecha en que vuelvo. Todo depende de Robert [Jaussaud]. Porque he de volver en coche y, como no es recomendable que conduzca todo el rato, me alternaré con Robert y haremos el viaje en dos días (así te llegaré de lo más lozano y sin que me distraiga el cansancio. Ya ves, ahora pienso en todo). Robert tiene que decirme el día exacto. Será alrededor del 30 o el 31. Solo con hablar de este regreso me siento literalmente embriagado (pero si Zúrich te interesa, veinticuatro horas no son para tanto).

Sigue haciendo bueno. La casa está llena de flores. Me ha llegado el libro de *Los justos*. Al teatro os llegarán ejemplares especiales. Diles, por favor, a los actores que me disculpo por no haberlos firmado y que lo haré cuando vuelva. Ah, han comprado la obra en Holanda, en Italia (¡en abril en Milán!) y en Alemania. Pero ¡no hay más que una Dora!

Cuanto más trabajo, más me queda por hacer. Porque voy ampliando el tema y nacen nuevos capítulos, que habrá que escribir. Pero en cierto sentido es algo excelente y no me quejo. De lo que me quejo es de estar privado de ti y de toda la alegría que me das. Pero se acerca el desenlace, es

sentirse afortunado teniendo esperanza. Hasta pronto, corazón mío, amor mío, hermoso cuerpo mío, hasta pronto, promesa mía. No ya la tormenta, sino el tornado, eso es lo que se presenta en el horizonte.

Te beso entre los relámpagos, te estrecho en mis brazos, te espero… pero hay que calmarse. Te beso con dulzura, tierna mía.

A.

245 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 11 de la mañana [12 de marzo de 1950]

Hace un tiempo espantoso, amor mío querido. La casa está metida en una nube y la lluvia es un chorreo continuo. Me he quedado en la cama intentando trabajar. Pero desde hace cuarenta y ocho horas no hay manera. El estado de ánimo de F[rancine] me preocupa y me he impuesto la obligación de atenderla un poco. No te escribí ayer porque fui a Cannes a buscar a Dolo, que iba a subir a pasar el fin de semana aquí. Almorcé en Cannes y subimos bastante tarde. Por lo demás, sabía que si te escribía hoy no te quedarías sin cartas mías.

Por supuesto, no te preocupes. Hoy las cosas están mucho mejor y las crisis son inevitables. Si te lo menciono es para dejar que hable mi corazón, como habíamos quedado. Mi corazón en este momento es un poco cobarde. Solo desea la soledad a tu lado, y el olvido. Pero eso también es inevitable.

Ayer, al volver, encontré tu carta del viernes. Y me sentí feliz. También contento al saber que estás mejor. Pero mantengo lo que te dije: *ve a ver a un médico*. En lo de la obra, estoy dispuesto a ocuparme de los ensayos adicionales. Pero, si asiste poca gente, ¿crees de verdad que vaya a durar

mucho más? Y, en ese caso, me pone rabioso pensar que te verás en la obligación de aceptar lo de Soldati. Ya hablaremos de eso.

El viernes estuve pendiente de la entrevista sobre *Los justos*. Me tragué todo el programa *Rendez-vous à cinq heures*, que es de buen calibre, puedes creerme. Pero nada sobre *Los justos*. Me puse a maldecir. Ayer, al volver de Cannes, mi hermano me dijo, nada más abrir la puerta: «¡Acabas de perderte por unos segundos un programa sobre *Los justos*!». Maldije.

Sí, sé que *Orfeo* es un éxito para ti. Me han hablado de ello y me gustaría que tu padre no tuviera razón y que eso te facilitase las cosas. He estado pensando. Lo de *La peste* (los diálogos son de Pierre Herbart, un amigo) no tendrá interés para ti (dos o tres planos), pero, si te ves en una emergencia, dímelo. Dejo el asunto en reserva hasta que te decidas. Pero la película se rodaría en noviembre como muy pronto. Ya hablaremos de ello, por lo demás.

Ay, niña mía querida, la idea de verte, de hablarte, de posar las manos en ti por fin, después de estos meses crueles… Ahora mismo llueve a más no poder. Pero con esa idea nada más basta para me que ardan las mejillas. ¿Me sigues queriendo al menos? ¡Ay, lo sé, lo sé, y me estalla el corazón! Cuando apriete el botón de tu ascensor, solo entonces este corazón oprimido que no me ha abandonado durante tres meses se relajará y entonces volverá a circularme libremente la sangre. Voy a volver a ver tu cara de alegría, tu cara seria, tu cara de deseo y de voluptuosidad, voy a perderme por fin entre las alegrías y los arrebatos que me das continuamente. Te beso, te beso como al principio de la tormenta, amada mía, tierna mía, valerosa mía. Hasta pronto. Estoy llegando, ya ves. Y te quiero con ternura y con furia…

A.

Domingo por la noche [12 de marzo de 1950]

Cariño mío:

Anoche no te escribí porque no estaba nada bien, lo que se dice nada.

Tras dedicar la mañana a buscar distracciones —lecturas, cartas, etc.— vanas, almorcé con Ángeles y con Juan, que estuvieron parloteando tranquilamente sin parar. Luego estuve un rato mirando reproducciones de dibujos de Degas y de Lautrec, vi a Claude Œttly, que quería pasar a darme un beso a su regreso de Marruecos, y me fui a la radio para grabar a Viola en *Noche de Reyes*. Me sentía cansadísima. Desde que me desperté, me dolía la cabeza alrededor de los ojos y, a partir de las cinco, me entró, igual que ayer, una fiebre con escalofríos, temblor en las piernas, etc. Y para rematar, ataques de angustia.

Acabé la sesión de radio como pude y fui a reunirme con Pierre [Reynal], que me estaba esperando, algo preocupado por lo débil que me encontraba. Yo tenía hambre y fuimos a cenar al Relais. Comí bien. La función terminó de entonarme y cuando volví a casa, a medianoche, lo único que me quedaba del malestar era el dolor persistente que sigo teniendo hoy en ¿el nervio óptico? cuando muevo los ojos.

Tenía pensado ir a ver al médico el martes, pero esta mañana, tras ocho horas de sueño profundo, me sentía mejor. Otro leve malestar después de comer y nada más.

Las funciones de tarde y de noche transcurrieron con normalidad. Por la tarde había mucha gente arriba, en el principal, y menos en el patio. Paulo [Œttly] estuvo en la sala y, como le pareció que algo fallaba en la representación, decidió echarle la bronca a todo el mundo menos a mí,

diciéndoles que actuaban como «burgueses que se aburren». Enfado monumental de Michel Bouquet, a quien intenté calmar disimuladamente, pero que no pudo evitar acusar a Jacques Torrens de ser un «g… siniestro con quien no se puede actuar» y a Yves Brainville de dejar que decayera el ritmo. Cuando Paulo se marchó, cabizbajo, Michel recuperó la cordura y accedió, como siempre, a admitir que Œttly tenía razón, que estaban todos desajustados menos yo y que había que ensayar para afianzarse. Le pedí que se lo comentara a Paulo, para darle ese gusto, pues me había parecido que estaba de bajón; pero no sé si al final se resolvió a hacerlo.

Personalmente, no creo que haya tanto desajuste. Lo único que ha afectado un poco a la interpretación es que Serge se haya ido, porque ahora es imposible alcanzar con otra persona la cohesión que habíamos logrado con Reggiani. Pero no es tan grave y solo nos molesta a nosotros.

Para el espectador, puede que el conjunto sea un poco peor, pero no lo nota ni por asomo.

En fin, con tal motivo, se arrojaban los Albert a la cara que daba gusto. «Cuando venga Albert». «Va a venir Albert y os vais a enterar». «Cuando lo oiga Albert». «¿Qué va a decir Albert?», etc. ¡Habría dado lo que fuera por que en esos momentos vieras mi cara íntima, ya sabes, la que tengo debajo de la piel! ¡Solo para que supieras un poquito cuánto pienso en ti!

Entre la función de tarde y la de noche, H[ébertot] me llevó al señor Mignon,[315] de la radio, que quiere hacerme una entrevista sobre Dora. Unas cuantas preguntas sobre lo que opino del personaje y una escena. He elegido la mitad de la escena de amor (no entera porque J[acques] T[orrens] la interpreta fatal) y la escena con Bouquet del tercer acto. Espero que estés de acuerdo conmigo y que lo que diga sobre Dora no te disguste demasiado. Vamos a grabar en el teatro el miércoles a las ocho de la tarde.

En casa, todo sigue su curso. Vuelvo a leer con facilidad. Proust. He

terminado las cartas de Van Gogh y he vuelto a Proust.

Salvo cuando me angustio un poco, estoy bien. Paso del aburrimiento absoluto a una efervescencia de vida, de esperanza y de sueños delirante. Y luego están los ratos de languidez y de deseo; que se multiplican.

Yo también me quedo sin pluma. Definitivamente, entre nosotros hay demasiadas cartas, demasiada tinta. Así que prefiero callar y esperar impacientemente a que vuelvas. No tengo nada que escribirte aparte de los hechos. No sé si tengo algo que decirte. Lo único que sé y de lo que estoy segura es que pronto estaré pegada a ti y con tus brazos estrechándome. Te quiero.

Maria

Lunes por la mañana [13 de marzo de 1950]

Acabo de recibir tu carta del viernes.

No sé si la mía «socialmente alterada» era un mísero trocito volandero de carta, pero esta no es más brillante.

Esta mañana tengo la sensación de que el final de este mes no va a llegar nunca. Fuera está gris y no quiero mirar dentro.

Estoy totalmente despierta. Me sigue doliendo el ojo derecho. Por lo demás, desencantada.

Adiós, cariño mío, hasta mañana.

Te beso locamente y te suplico que me quieras.

Maria

Lunes a mediodía [13 de marzo de 1950]

Cariño mío:

Llueve. Estoy escuchando la radio. Fuera no para de llover. Pienso en ti.

Pienso en ti. Pienso en ti.

De verdad, cuánto me gustaría poder estar durmiendo hasta que volvieras. Cuanto más se acorta el tiempo que nos separa, más breve me parece y más largo se me hace, por estar más tendida que nunca hacia la meta. Para ser sensata, tendría que dejar de pensar en ello y acomodarme en el día en curso: pero ¿qué quieres que te diga? ¿En qué iba a pensar? ¿Qué iba a encontrar en ese día sin ti?

Lo único que me distrae es arreglar la casa, porque, cada adornito, cada flor, temo que no te guste y eso me garantiza que vas a llegar pronto.

Además, están las horas de la función, que me sirven para reencontrarme y calmarme un poco. Ayer, Albert, el regidor, fue a confirmarme que estaban esperando a que llegases para ensayar y afianzar un poco la actuación de todos, y creí que me ahogaba de alegría.

En lo tocante a las relaciones entre los miembros del grupo de combate, siguen igual, amenizadas únicamente por el desparpajo y el aplomo de nuestro nuevo Yanek, que se queja de las risas que nos provoca y que opina que es difícil actuar con nosotros. Ya no lo aguanta ni la mismísima Michèle Lahaye, ni en el escenario ni en la vida, y a mí empieza a escasearme la caridad para ponerme a su servicio.

Hasta luego, amor mío.

Lunes, 3 de la tarde [13 de marzo de 1950]

Sigue, no para de llover. Y yo no paro de pensar en ti. He almorzado, como

de costumbre, en la cocina con Ángeles y Juan, he escrito a mi hermana y a mi sobrina y dentro de una hora salgo para la radio.

Hace un día triste y gris y me siento con el alma errante. Por lo demás, no me encuentro mal. Un poco vacía, un poco gris, como el tiempo, pero no mal. Y… *¡te quiero!* ¡Madre mía!

248 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 3 de la tarde [13 de marzo de 1950]

Tu carta de viernes sábado. Has hecho bien en hablarme de esa angustia. No me preocupa demasiado, aunque la padezco contigo. Es inevitable y, a fin de cuentas, lo mejor es ceder a ella cuando se presenta. Les has cerrado la boca y el corazón a demasiados gritos y eso, en cierto sentido, es devastador. De tarde en tarde, las imágenes malas volverán. A lo mejor es necesario, bien pensado. Viví una angustia así tiempo atrás. Y me parece que saqué de ella, al final, gran parte de lo que soy. Bien pensado, la vida es tal y como se la ve en esos momentos y hay que saberlo. Pero no es solo eso y hay que saberlo también. Amor mío querido, podemos querernos también en la lucidez, y eso no se sustituye con nada.

No te escribí ayer, pero era domingo y eso no te deja sin carta. En realidad, estaba vacío y hueco como un tambor. Estaba hecho un inepto. Menos mal que hizo bueno. Me di un paseo por la tarde. Colinas cubiertas de salvias perfumadas, de caminos de espinos albares, el mar siempre presente al fondo del horizonte… al final estuve andando dos horas y volví cansado. Me metí en la cama y leí… una novela policiaca de lo más idiota. Esta mañana el tiempo estaba gris, por primera vez desde hace muchos días.

Pero ahora mismo está asomando el sol y entra en mi cuarto. Vuelvo a leer tu carta. Tienes razón en lo del distrito 15, soy imbécil. En cuanto a Hébertot, yo tampoco puedo guardarle rencor. E incluso un exceso tal de vanidad acaba por volverse estético. Le escribí en un momento de ira. Pero sé que no merecía la pena y que habría hecho mejor en callarme.

Mañana voy a ir a comer a Niza. Te escribiré unas líneas al volver, no temas. Almuerzo con una amiga de hace quince años, de Argel.[316] ¡Cómo pasan los años! Volveré a tiempo para escribirte. Es cierto que estas cartas me cuestan cada vez más y sé que podría dejarlas sin que perdieras la confianza. Pero te escribiré como pueda: quiero estar todos los días a tu lado.

No temas nada, amor mío, nada nos separará. Estaré ahí a finales de mes y te ayudaré a vivir, velaré por ti. Pese a todo, he trabajado bastante aunque no haya acabado, y algo al menos, en este aspecto, estará satisfecho dentro de mí. Voy a poder ayudarte. No sé si F[rancine] volverá conmigo o si irá a buscar a los niños a Argelia. Pero ya te lo diré. Hasta mañana, querida mía, mi niña. Beso tus queridos ojos y te estrecho contra mí. Te quiero.

A.

Voy a enviarte la copia de mi artículo sobre *Los justos* en *Caliban*. También es una forma de escribirte. ¿Recibiste *El revés y el derecho*? Vuelvo a besarte.

Una fotito de Río. Es de cuando llegué. Tenía buena cara.

249 — María Casares a Albert Camus

Martes, 10 de la mañana [14 de marzo de 1950]

Cariño mío:

Anoche no pude escribirte; Pierre me entretuvo hasta las dos y media de la madrugada. Vino a dormir a casa y nos quedamos charlando mucho rato.

Pasé un día muy malo que no se despejó hasta la noche, en el teatro; definitivamente, mis mejores momentos siguen siendo los que paso actuando en *Los justos*. Después de almorzar, volvió a darme un pequeño «bajón físico», pero menos grave que los días anteriores; en cambio, anímicamente fue peor que nunca. Pierre, que fue a buscarme a la radio, se dio cuenta, me acompañó a cenar al Relais y fue a buscarme después de la función. Me acompañó a casa y se quedó a dormir arriba. Cuando llegué al teatro, recibí la visita del AMO, que fue a preguntarme si quería representar *Casa de muñecas* u otra obra que yo eligiera con pocos decorados y personajes, para alternar con *Los justos*. Le contesté obviamente que me sentía demasiado cansada para hacerme cargo de un papel de tanta envergadura y que, en el mejor de los casos, aceptaría solo una escena corta como la que interpreta con nosotros Michèle Lahaye. Luego me habló de ti. Desea mantener tu «obra maestra» en cartel durante mucho tiempo a pesar de las *t*orturas (con tres *t*) que le has hecho padecer y por las que, por cierto, no te guarda rencor. Para darle un nuevo impulso a *Los justos*, cuando vuelvas le gustaría celebrar la centésima representación a lo grande, y como le dije que no creía que te opusieras a esa idea, me pidió que por favor te explicara que una celebración oficial de la centésima no consiste solo en ir al Souris a tomarse una copa con los compañeros, sino en recibir una tarde en el teatro a «la élite de la flor y nata de París».

Hala, ya está hecho. Creo, amor mío, que deberías acceder. Es un fastidio, pero se puede soportar y seguramente le vendrá bien a la obra desde el punto de vista publicitario.

Esta mañana, fuera hace bueno; aún estoy en la cama y aún no he puesto

a prueba mis fuerzas cotidianas; pero desde ayer creo que me encuentro mejor. He recibido, al despertarme, *El revés y el derecho*. Gracias, amor mío, por el libro y por tu maravillosa escritura prieta y menuda que nunca ha dejado de traerme calidez.

No sé lo que voy a hacer hoy. Tenía que ir a la radio a grabar «mi retrato musical»; pero anulé la cita porque me sentía incapaz de hacer las concesiones para ese «programa para meonas».

A las tres va a venir Mireille. Hace mucho tiempo que no la veo. ¡Ojalá sea agradable!

Voy a ponerme al día con el correo y a escribirte una carta larguísima sobre horticultura. Hasta muy pronto, amor mío adorado. ¡Estamos a *14*!, nos acercamos al mar. ¡Qué bien huele! Te quiero. Te quiero. Te quiero.

M

V

250 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 7 de la tarde [14 de marzo de 1950]

Cuatro líneas, amor mío querido, para que no te quedes sin carta. Acabo de volver de Niza cansado y atontado por ese hormiguero. No sé si voy a poder soportar las ciudades en el futuro. Me da la impresión de que me asfixio y me quedo sin resuello. Cuestión de readaptación.

He visto a mi amiga. Después de quince años, tenemos pocas cosas que decirnos. Va a casarse, o piensa casarse, con un periodista (¡de *Carrefour*!) a quien conozco y por el que no siento sino una estima muy relativa, pero que le ha dicho que se encontró contigo y conmigo una noche en casa de

Dullin hace seis años.[317] Entonces algo muy juvenil se me ha metido en el corazón. Y he vuelto a ver aquella mañana deliciosa de junio, la calle de Vaneau,[318] tú a mi lado, tu hermosura y mi alegría y te he querido, en silencio.

Aquí me he encontrado con tu carta, triste y enferma. Hazme caso: tienes que ver *sin remisión* a un médico. Al recibo de esta carta, coge el teléfono y pide hora, es una orden, la primera, pero dictada por la impaciencia que me entra al ver qué trato le das a tu salud. Luego me dirás lo que te haya dicho.

Te lo ruego, amor mío, piensa en nosotros y en la gran necesidad que tenemos de contar con todas nuestras fuerzas. No me escribas si no puedes más, aunque solo nos esperan dos semanas. Pero vela por ti y CUÍDATE. Lo que tienes no es normal. NECESITAS un médico.

Te escribiré mañana. Pero no estés desencantada. No me supliques que te quiera. Te quiero y te espero. Estoy mucho más enfermo de tu ausencia que de todo lo demás. Tengo una *necesidad*, una necesidad tremenda, de ti. ¡Ay! Te beso, amor mío. Algo más de valor, te lo ruego. Esto va a acabar. Resiste y arrójate pronto en mis brazos. Pongo aquí todo mi amor. Te beso locamente

A.

251 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

14 de marzo [de 1950]

Cariño mío:

El estado en el que me encuentro se está agravando en la medida en que me vuelve nerviosa, amargada e incluso injusta. Esta mañana recibí tu carta

y pasé un rato malísimo que tengo que confesar para castigarme y quitármelo de encima.

Te esperaba para el 25 y resulta que en ella me anuncias que llegarás el 30 o el 31, aproximadamente. Para que entiendas la decepción y el desasosiego que sentí —aunque de forma instantánea, ¡estate tranquilo!—, tendrías que saber lo difícil que me resulta en este momento pasar una hora lejos de ti. No creo que seas de esos a quienes hay que demostrarles la alegría o el dolor exhibiéndose. No creo tampoco que te engañen los esfuerzos, en ocasiones exitosos, que hago para salir del callejón sin salida en el que me encuentro. Imagino, pues, que entenderás el disgusto un poco pueril que me llevé al pensar que estaría separada de ti cinco o seis días más, y que perdonarás las cosas que pensé después de llevarme esa desilusión. Por unos instantes, me volví loca pensando que ya no me querías o que me querías menos. Luego fue el turno de la ira. Bueno, el orgullo, ese espantoso orgullo que ya me conoces.

Salí a tomar el aire. Estuve andando hora y media por los muelles. Hacía bueno y las aguas volvieron a su cauce. Regresé a casa, un poco triste, pero habiendo recuperado la razón e insultándome con todas las palabras injuriosas que conozco.

Almorcé. Ahora está todo claro en la medida de lo posible; voy a procurar aprovechar estas dos semanas que me quedan para fortalecerme y volver a ser yo misma cuando regreses. De aquí a entonces, pondré todo mi orgullo en curarme.

Ya veo, cariño mío, que estás trabajando bien y no te puedes imaginar cuánto me alegro. Es una lástima que no puedas terminar el ensayo antes de volver. Tengo miedo de que París enturbie un poco lo que has podido encontrar en la tranquilidad. Te diría que te quedaras en Cabris hasta que terminaras el trabajo, pero no me siento con ánimos.

Aquí se echa en falta el sol desde hace unos días; esta mañana, unos pocos rayos tímidos, y luego otra vez cubierto.

No sé qué más decirte; me horrorizan las cartas que hay que leer cuando ya no tienen sentido. Así que prefiero limitarme a los hechos.

Amor mío, hasta mañana. Te espero. Te espero. Te beso

Maria

V

252 — María Casares a Albert Camus

Martes, 12 de la noche [14 de marzo de 1950]

Se acabó el día… y, al igual que ayer, me encuentro mejor desde el principio de la función. Sin embargo, de todas formas, algo ha mejorado: hoy no he tenido fiebre; solo un poco de cansancio por la tarde, que pasé echada, después de despachar el correo.

En lo que se refiere al interior, se ha despejado un poco; definitivamente, yo también funciono según el tiempo que haga. El paseo de esta mañana me ha sentado bien y no he tenido ataques de angustia por la tarde.

Creo que voy a poder ahorrarme ir al médico.

Por lo demás, como sufrir teniendo esperanza —como dices tú— me resulta insoportable, he decidido acomodarme en tu ausencia. Ya no quiero seguir pensando en tu regreso; voy a vivir como si aún tuviéramos que vivir separados muchos meses; las dos próximas semanas pasarán antes si me acomodo y si vivo al día, sin pensar en el día de tu llegada, sin impacientarme.

En ese punto estoy. Ahora, voy a dormir. Añadiré una nota mañana si

recibo tu carta antes del mediodía. Buenas noches, querido amor mío. Que duermas bien.

M.

Miércoles por la mañana [15 de marzo de 1950]

Querido amor mío:

Acabo de recibir tu carta del lunes y tu respuesta en *Caliban*, y en esta última he notado de golpe los tres meses de descanso, tu vida, los nuevos bríos y el triunfo… ¡por fin! Aunque las explicaciones detalladas me han dejado pasmada en lo que se refiere a la comprensión de aquellos a quien te diriges —dentro de nada habrá que darles clase en el vestíbulo del teatro Hébertot—, el meollo y el final del artículo me han parecido admirables. Tan solo me pregunto si, dada la sensibilidad y la claridad mental que han demostrado tener los que han entendido tan bien *Los justos*, podrás dejar zanjado el tema o si no te quedará más remedio esta vez que explicarles pormenorizadamente el alma de los que saben morir por la justicia y la belleza tensa del pensamiento del mediodía.

Pero bueno, en este mundo cada uno se dirige siempre a los mismos, incluso en los discursos que pretende dedicar a los demás, y está claro que tú les hablarás siempre a los mismos corazones a quienes tan bien sabes rendir homenaje. Mejor para ellos. Peor para los demás.

Ahora, vamos con tu carta; no hay nada concreto a lo que contestar. Tan solo darte las gracias por la «foto». Es muy bonita y ha destrozado en un periquete todos mis buenos propósitos de esperar paciente y ciegamente.

Ahora ya estoy otra vez volcándome en el 31 de marzo, ¡por encima de

dos semanas que, aun así, habrá que vivir hora a hora! Lo más gracioso es que ello no deja de gustarme un poco.

Esta mañana hace sol fuera y tengo que levantarme para recibir a las once a un antiguo compañero de instituto en España. Así que voy a dejarte. Aún no sé cómo voy a emplear este día; pero esta mañana me siento muy bien y con tus dos sobres me doy por satisfecha.

Te quiero, amor mío; trabaja. Y también descansa. ¡Sol! Te quiero locamente. Te beso igual que te quiero.

M.

V

PS: ¡No iré a Zúrich el 3! Acabo de decir que no muy muy amablemente.

253 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 3 de la tarde [15 de marzo de 1950]

Estaba convencido de que no iba a recibir carta tuya hoy y, pese a todo, he tenido la alegría de recibir la de ayer por la mañana. Me trae sol a un día muy gris. Pero ¿por qué quedarte en vela hasta las dos y media aunque sea con Pierre? Tienes que descansar, es el primer mandamiento. Y tienes que empeñarte obstinadamente en dormir. Así es como te enderezarás anímicamente, y la manera adecuada de ayudarte no es tenerte en vela, sino meterte en la cama. Te repito, por lo demás, que tienes que ir al médico. Me entristece y me preocupa saber que tu salud anímica es mala. ¿Qué notas? ¿Es solo esa angustia general de la que me hablabas? ¿Hay algo en lo que pueda intervenir, darte ánimos, ayudarte…? Dímelo. Se acerca la época en

que estaremos juntos y tenemos que desembocar por fin en la alegría. Ay, esta espera, esta certidumbre ¿no infunde cierta dulzura en tu pobre corazón? ¿Cómo, aún tan lejos, sostenerte de pie, iluminarte, hacer revivir tu hermoso rostro?

Por lo demás yo también te necesito y más aún de lo que lo reconozco ante ti. Pero ya lo sabes, y aunque escribiera para ti y para mí una vez más la palabra valor, no habríamos adelantado nada. Vamos a dejarlo. Te quiero.

He recibido efectivamente una carta de Hébertot sobre los temas que me mencionas. Es una carta noble y triste. No nos entenderemos nunca y prefiero dejar las cosas como están para volver a mi primera postura, la del naturalista ante una especie animal curiosa y digna de interés. No me habla de *Casa de muñecas*, sino de *Calígula*, para este verano y para la próxima temporada. Me anuncia la marcha de Brainville (pero no sé por quién sustituirlo) y aboga por tus amigos de Clermont-Ferrand (¡anda y que no estoy oyendo hablar de ellos!). Para terminar me habla de esa centésima representación espectacular. Por supuesto, no puedo aceptar. ¿Qué iba a hacer yo con la flor y nata de París? A la flor y nata de París no le gusta esa obra y no se encuentra a gusto con su autor. En cuanto al autor, la flor y nata de París le toca las narices.

Así que sería estar representando una comedia. Pero ahora mismo me siento demasiado frágil para algo así. Nuestro amo se preocupa por los «gastos» en la carta. «Los invitados —dice— no le hacen ascos al bufet». ¡Como la flor y nata de París está continuamente hambrienta me da la impresión de que al amo le gustaría verme colaborar en la cuenta! Y me pone una posdata melancólica de su puño y letra: «Qué no habría hecho yo de haber sido fiel…». Es el colmo, pero llegados ya a este punto uno se enternece.

Me tienen furioso los cambios de frecuencia de la radio. Aquí no se oye

ninguna de las emisoras de París. Y me arranca de ti; eso es lo que me irrita. La esperanza de volver a oírte… una vez al menos, la he perdido. Pero tengo otra esperanza, solo dos semanas me separan de ti. Los planes de llevar *La peste* al cine se van concretando. Versión doble. Carné, director. Boyer y Fresnay, emparejados. ¿Qué te parece? El productor me ha hablado de ti para la mujer del médico. Pero es muy poca cosa y no creo que sea lo mejor para ti. Dime también qué te parece.

Hasta mañana, amor mío querido. Tengo que volver a escribir aquí la palabra valor. Sí, hace falta valor, y tú tienes que velar por ti. Lo que te merma, nos merma; lo que te hace crecer, nos hace crecer. Reúne toda la imaginación que te quede. Sí, imagínate los días que se acercan y en que tu mano estará por fin en la mía siempre que quieras. Saca tu valor de mí, que yo lo saco de ti. Y quiéreme con todo el cuerpo y con toda el alma, como yo te quiero.

A.

254 — María Casares a Albert Camus

15 de marzo (medianoche) [de 1950]

Hoy, miércoles 15 de marzo de 1950, ha sido un buen día.

Esta mañana te dejé, aún en la cama, bañada por el sol que entraba a raudales en mi cuarto, con la sensación bienhechora que me había quedado después de leer tu artículo en *Caliban* y con tu estupenda carta metida en el cuerpo.

Me levanté, me vestí lo más deprisa que pude —¡después de asearme, claro está!— y recibí la visita de un joven español que se parece a Luis

Mariano[319] en más guapo. No lo conozco, pero me llama de «tú» porque has de saber que hay toda una categoría de personas que, sin haberme visto jamás, me tutean de buenas a primeras y se dirigen a mí por todos mis nombres de pila:

1) Los españoles suelen llamarme Maria, se acuerdan de mí cuando era menor y me hablan de la patria, del exilio y de mis padres.

2) Los españoles que estudiaron en el Instituto Escuela me llaman Maria, Victoria o Casarès (a elegir), y charlan conmigo sacando aquí y allá recuerdos de infancia que suelen ser totalmente ajenos a mi memoria, en particular sobre compañeros y profesores a los que nunca llegué a conocer.

3) Los gallegos que me dicen cantando Vitola[320] o Vitoliña y me hacen un retrato de cuando era «así de alta». Esos siempre se plantan en casa sin llamar antes por teléfono y sobre la hora de comer.

El objetivo al que aspiran estas tres categorías resulta muy claro y preciso: pedirme algo.

Luego están los demás, los que no son «compatriotas» míos, pero estudiaron en el liceo Victor-Dury,[321] que fueron a clase en la escuela Simon,[322] con Colonna Romano,[323] con Alcover, con la señora Bauer-Thérond,[324] con Julien Bertheau,[325] los alumnos del Conservatorio, de Dussane,[326] de Leroy [*sic*],[327] de Escande,[328] etc.; pero de esos ya te hablaré en otra ocasión.

El joven al que he tenido el honor de ver esta mañana pertenece a la segunda categoría de «compatriotas» y, después de haberme recordado a una veintena de profesores que me resultaban totalmente desconocidos y llegado a la conclusión de que el Instituto Escuela tenía varios edificios y que él y yo habíamos estudiado en centros distintos, fue al grano: pedirme un trabajo provisional durante los tres meses que iba a quedarse en París antes de emprender viaje a América.

Después de que se fuera, estuve leyendo hasta la hora de almorzar, o más bien… no del todo, porque al poco de abrir el libro me entró el malestar y solo se fue con el buen raudal de palabras de Ángeles y Juan.

A las tres, Pierre vino a buscarme y nos fuimos a ver la exposición de dibujo francés de L’Orangerie.

Amor mío, si cuando vuelvas aún sigue abierta, me gustaría volver a verla contigo. No puedes imaginarte la cantidad de cosas bonitas que hay. Obras de Degas, Lautrec, Delacroix, Poussin, Lorrain, David, Ingres, maravillosas, y cuatro Clouet para caerse de espaldas.

Salí de allí borracha y estuvimos paseando hasta las cinco y media, bordeando las Tullerías y el Sena. Hacía un tiempo resplandeciente y todo cantaba. ¡Ay, qué bien me sentó!

A las seis ya estaba en casa, echada en mi diván de flores, molida… realmente molida.

Comí como una leona y me fui al teatro. Allí me estaban esperando el señor P[aul]-L[ouis] Mignon,[329] crítico de la radio, y Jacques Torrens. Estaban allí para una entrevista que se emitirá el viernes por la tarde en el programa *Rendez-vous à cinq heures* y que te suplico que no escuches.

Cansada, vacía, pendiente por completo de mis músculos aún doloridos y algo dolientes, necia con esa necedad crasa que alcanzo a veces, pero que era especialmente aguda esta noche, respondí sin preparación alguna a preguntas profundas sobre la pobre Dora —su situación, su comportamiento y su carácter— con frases alambicadas en las que me perdía sin remedio y de las que no se entenderá nada. ¡Demonios! ¡Qué tortura!

Le hinqué el diente a la obra, extenuada después de un breve intermedio, pero de un buen humor que me costaba olvidar para meterme en el reino estricto de *Los justos*. No los alcancé plenamente hasta el cementerio, en el quinto acto, pero entonces… me resarcí.

Así ha sido, querido amor mío, mi jornada del miércoles 15 de marzo de 1950, primer día de esperanza y de auténtico sol de una época y de una primavera que terminará, espero, dentro de quince días con el deslumbramiento del verano.

¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué tal te encuentras? ¿En qué estás pensando? ¿Todo esto…?

Solo lo sé… a grandes rasgos, y cuando se trata de ti, estoy sedienta de… detalles.

Te quiero. Te espero. Te beso locamente.

M

No te olvides de mi carta sobre horticultura.

Jueves por la mañana [16 de marzo de 1950]

Acabo de recibir tu carta del martes. No te preocupes. Se me ha pasado la leve depresión que tenía. No he vuelto a tener nada de fiebre. Casi nada de cansancio. Estoy estupendamente.

255 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves, 3 de la tarde [16 de marzo de 1950]

El tiempo ha cambiado de repente. Llueve, se he levantado un viento destemplado y la temperatura ha caído de golpe. Los pobres cipreses que veo desde la cama están arrugados y mojados. He recibido tus dos cartas de martes y del miércoles. Menos mal que estaba esta, porque la del martes me

habría ensombrecido un poco el corazón. Bien sabe Dios que *ante todo* deseo darte felicidad y no motivos añadidos de tristeza. Si no vuelvo hasta finales de mes es porque dependo por completo de Robert [Jaussaud], que no lleva a cabo su inspección por el sur sino en esa fecha. Podría haber vuelto solo, pero he llevado aquí una vida completamente artificial durante tres meses, no me apetece volver a pasar por la prueba de la separación y me desaconsejan taxativamente conducir, de un día para otro, quince horas seguidas. Gracias a Robert, podré volver sin daños. Hay tren, desde luego, pero eso supone una noche en blanco o el infierno de catorce horas sentado mirando al frente. Por lo demás, el coche en París me evitará cansancio. No tenía mala conciencia antes de haberte leído y ahora la tengo. ¡Qué importancia tiene, efectivamente, todo eso si podía llegar unos días antes a París! Pero no resulta fácil vivir pensando que llevamos dentro un animalito que empieza a roernos en cuanto se despierta y cuando ya se han medido los destrozos que eso causa en la vida del corazón y en la vida a secas.

¿Quererte menos? No, no es eso, y no deberías ni pensarlo. Pero pienso en nosotros y sé que mi fuerza garantiza en adelante nuestras oportunidades de felicidad. Por eso, por primera vez desde que me conozco, acepté las servidumbres de la enfermedad y accedí a velar por mí. Pero entiendo muy bien tu decepción si habías pensado en el 25. Me parece efectivamente que no me engañan tus esfuerzos y me imagino con bastante exactitud la verdad de lo que sientes en este momento. Por eso no querría darte sino motivos de alegría. ¡Y eso del orgullo! ¿Por qué? Ya no existe el orgullo.

Todo esto es ya agua pasada, bien lo sé. Igual que van a pasar los días y a conducirnos el uno al otro. Pero eso es precisamente lo que hay que decirse, que pese a todo habrá una liberación y que el tiempo se detendrá cuando te tenga por fin en mis brazos. Hemos sufrido tanto el uno por el otro, dejemos ya de sufrir, solo nos queda ser felices el uno por el otro. Eso basta aunque

esté todo lo demás, y el espantoso rostro que adopta a veces la vida, y la dificultad de ser.

Me alegro de que estés mejor, querido amor mío. Pero no hay que decir: «Así me ahorro ir al médico». *Tienes* que ir a consultarle. Aunque pongas todo tu orgullo en curarte, no por eso estarás curada. Primero tienes que saber lo que te pasa y luego dar con el tratamiento que lo enderece. Los ánimos no lo son todo y con un cuerpo intacto se superan muchas cosas que de otra forma nos destrozarían. Haz lo que te digo.

La lluvia va a más. Ay, cómo decirte mi amor, lo que hay de doloroso en ella y la alegría que me aporta. He sufrido esta separación como un infierno y, sin embargo, lo que he vivido contigo durante estos tres meses me parece insustituible. Besarte hasta quedarme sin resuello, eso es lo que lo solucionaría todo. Pero ya estamos llegando, ya te estoy tocando la mano y te quiero. Perdona que te decepcione a veces. Me sale caro lo que viví sin ti y antes de ti. El cansancio del cuerpo y del alma, la lucha incesante… sí, quizá haya una juventud que perdí. Pero no lo creo y estoy seguro de lo contrario en las horas en que te noto viva en mí, como ahora.

AC

256 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 3 de la tarde [17 de marzo de 1950]

He recibido tu carta soleada del miércoles 15. También aquí ha vuelto el sol y el aire tibio huele a espino albar. Querrías que te diera detalles. Pero no los hay, o casi no los hay. Vivo cada vez más metido en mi cuarto y reparto el tiempo entre el trabajo y la ensoñación. Esta mañana me desperté a las

ocho, de mal humor, por lo demás, y taciturno. Desayuné y me quedé en la cama leyendo para el ensayo hasta las diez. A las diez todo el mundo se fue a Grasse a comprar. Me levanté, me di un baño y me volví a mi cuarto. El sol entraba por las ventanas abiertas de par en par. Me relajé y estuve fantaseando al sol. Luego me eché y trabajé hasta las doce y media. Bajé. Mi hermano había comprado *Match*.[330] Leí un largo artículo sobre Gérard [Philipe] en el que tú entras en escena como el amor misterioso de su vida. Me exasperó. Almorcé. La conversación versó sobre el mareo, porque mi cuñada tiene que embarcarse el viernes que viene. A la una y media, subí con mi correo y empecé el reposo leyendo tu carta. En todo esto no hay nada apasionante. Estos días F[rancine] y yo casi no nos vemos. Buscamos un equilibrio. En vano. Desde este punto de vista, está claro que no tengo sino tristeza en el corazón. Pero sigo adelante. Hasta las cuatro contestaré al correo o leeré. A las cuatro iré seguramente a dar un paseo. A las cinco intentaré, pese a todo, escuchar tu entrevista, pero no tengo esperanzas, aquí ya no se oye nada. Me da tanta más rabia cuanto que Radio 50 anuncia el programa *Qui êtes-vous?*, en el que sales, para el jueves que viene. Pasaré el día hasta las siete y media trabajando, también en la cama. Después de cenar, leeré (las cartas de Rimbaud en este momento). A las diez, apago.

Es una vida de monje y es cierto que me ha sentado bien. Pero es también una vida artificial y temo el paso a una vida normal; de todas formas, hay poco que contar y eso te explica mi silencio en cuanto a los detalles. Pero también está lo otro, la única cosa viva y verdadera en mí, y eso es lo que he intentado decirte a diario como he podido. Amor mío, Maria querida, sigue iluminándote y resucitando, así es como quiero que estés. ¡Pronto, pronto! Sí, será con unos pocos meses de adelanto un verano glorioso, caluroso, jugoso como una fruta. ¡Ay, soy muy capaz de comerte de lo

hambriento que estoy de ti! Te beso más y más en toda tu piel de verano y en el hoyuelo de las sienes, donde duerme la ternura.

A.

257 — María Casares a Albert Camus

18 de marzo [de 1950] *por la mañana*

Querido amor mío, si estuvieras ahora mismo a mi lado, cómo me gustaría darte un tirón en esa nariz de la que estás tan orgulloso, a pesar de tu fragilidad —¡oh, junco mío!—, porque cuando se trata de tener la mala fe más dulce que he visto jamás, se te da de maravilla.

¡Lo que me entristeció no fue el retraso, imbécil! Si tuviera que seguir esperándote durante años para que volvieras lleno de vida, lo haría encantada. Lo que me llenó la garganta de un «olivo» de llanto fue sencillamente el hecho de que en la carta parecías haberte olvidado de que, cuando te fuiste, tenías previsto volver hacia el 20 y abundaste en ello cuando hablamos por teléfono el mes pasado. Me anuncias el retraso como si fuera algo sabido y me dio la impresión de que te callabas sobre los diez días de diferencia por temor, reconocido o no, a hablar del tema. Eso fue, y solo eso, lo que me hirió y, al hablar de orgullo en este caso me refiero no al mío, que, en efecto, ya no existe entre nosotros, sino al nuestro, al que tengo de ti y de nuestra mutua trasparencia, al que me inspira la absoluta confianza que debe reinar entre nosotros.

Pongamos que me equivoco, que no reparaste en ello, que no le prestaste atención por otros motivos, pero permíteme al menos que me sienta

decepcionada, que me cause una pena que, por lo demás, debería serte grata, ¡¡¡pedazo de imbécil!!!

Y ahora, no se hable más. Comprendo perfectamente que esperes a Robert para volver e incluso me alegro de que te preocupes por evitarte fatigas que no servirían más que para alejarte de mí cuando llegues. Pero, por favor te lo pido, no agotes demasiado mi inteligencia para crear; ¡déjame un poquito!

No he ido a ver al médico. Estoy «curada gracias al orgullo», ya no necesito medicamentos o que me aconsejen en vano descansar en el campo.

Le he dado tu recado a Pierre; le dije que lugar de tenerme en vela hasta las dos y media de la madrugada, querías que se encargara de «meterme en la cama». Le ha sorprendido sobremanera que le pidieras tal cosa; no pensaba que te expresaras así y mucho menos que quisieras que se ejecutara algo así. Así que ruega que le confirmes esa petición y que solo entonces trataría de obedecerte.

Pero, hablando en serio, no te preocupes porque trasnoche; siempre me duermo a eso de las dos y la conversación con él no me cansó en absoluto. Ya estaba acostada y Pierre [Reynal] permaneció conmigo precisamente para evitar que me quedara sola y a merced de los pensamientos que entonces me angustiaban tanto.

Hoy volveré a grabar Shakespeare en la radio: *Cimbelino*, y la semana que viene otro programa cuyo título no sé y puede que *Le partage de midi*. [331]

Estos últimos días he descansado continuamente, quedándome todo el día echada, salvo los ratos que he dedicado a dar largos paseos que por fin han despertado el apetito que había perdido.

Ahora las aguas han vuelto a su cauce.

Ayer me pasé el día en casa.

Por la mañana despaché el correo y por la tarde estuve pintando. Ha llegado la «celosía» de la terraza y Juan, Pierre y yo, armados con brochas y botes de [pintura] Ripolin, nos hemos puesto manos a la obra rabiosamente. Lo hemos pintado todo. La celosía, las sillas, las macetas, el parquet, la ropa que llevábamos puesta, las manos, la cara, el pelaje de Quat'sous, etc., etc. Al ponerse el sol, todos los de la casa se habían vuelto verdes y Quat'sous, tumbada en el parquet, se creía que era un pedazo de césped extraviado de los jardines de Luxemburgo.

La próxima sesión le toca al rojo. Será más alegre.

Amor mío querido, ya estás aquí, por fin, enmarcado, tan pulcro y estiradito, rodeado de dorado y blanco. Arrebatador.

¡Ay! Pegarte a mí y tenerte así abrazado hasta que el mundo se reduzca y se ensanche en nosotros, sin límites…

Te quiero. Te quiero tanto que me ahogo. Te beso igual que te quiero.

MV

258 — María Casares a Albert Camus

Lunes, 10 y veinte de la mañana [20 de marzo de 1950]

Acabo de despertarme y de leer tu carta del viernes. ¡Ay!, qué carta tan estupenda que huele a espino albar. Gracias, cariño mío, por esta profusión de detalles. Empiezo a entender a mi padre cuando yo quería contarle algo a grandes rasgos y él me pedía: «¡No! ¡Empieza por el principio! Así que… llegaste y…». ¿Entiendes? Me gustaría beberme cada minuto de tu vida y todos los días me sorprendo, al bajar las escaleras de casa, de que no estés aquí para verme poner el pie en cada peldaño, un acontecimiento que no

deja de ocupar un segundo del tiempo de mi existencia y que nunca jamás conocerás.

Yo también he leído el *Match*, pero solo he encontrado el relato de una «apasionada amistad», de lo más irritante, por cierto; y nada relacionado con un amor misterioso. Te habrás demorado entre líneas.

En cuanto a mí, me alegro mucho de los cambios que se han producido en la radio y deseo con todo mi corazón que te resulte imposible escuchar la entrevista sobre Dora y la sesión tan penosa de *Qui êtes-vous?* Te lo contaré todo en detalle si de verdad quieres saber qué errores cometí.

A mí también me asusta el cambio de la vida que llevas a la que te gustaría tener en París; pero me asusta en la medida en que te desanimes o te impacientes a causa del natural cansancio que te suponga. En fin, espero tener sensatez y amor suficientes para poder ayudarte y meterte en vereda.

Hace algún tiempo que quería preguntarte si estás enterado de qué puedo haberles hecho a M[ichel] y a J[anine] Gallimard para merecerme que al volver no me telefoneen ni tan siquiera para que los ponga al día o ellos a mí. Es por pura curiosidad, porque, de hecho, no me disgusta librarme así de un almuerzo que no me iba a aportar nada y que me cansaría bastante.

Hoy tengo que volver a la radio para terminar *Cimbelino* y por la mañana me toca encargarme de sillones, telas, cristal y flores.

Me estoy metiendo de lleno en la horticultura y todas las mañanas cuento los capullos nuevos de mis dos rosales grandes.

Mañana viene el pintor para hacer el cuarto de papá, y pasado llega una nueva remesa de cajones con parra virgen.

Bueno; cariño mío, me voy a levantar. Tengo que arreglarme y ponerme guapa para recibir mañana a la primavera. Me encuentro mucho mejor y voy engordando sin prisa, pero sin pausa.

Adiós, amor mío querido. Hasta la noche. Hasta mañana. Te quiero. Te

espero pacientemente como un tigre hambriento espera su comida en la jaula.

Te beso locamente

M

V

259 — María Casares a Albert Camus

Lunes, 20 de marzo, 12 y diez de la noche [de 1950]

Querido amor mío:

Aunque la primavera sea muy cruel, de tanto en tanto la naturaleza trata con cariño a los que son fieles. Así pues, cuando yo ya no podía más, el dios del bienaventurado sueño acudió a socorrerme y me hizo soñar con algo que realmente necesitaba para continuar pacientemente por el duro camino que me arrojará a tus brazos.

De modo que esta mañana me he levantado bastante relajada. Pero ¡ay! Fuera hacía bueno, el aire estaba transparente, en París se respira el amor y yo actúo en un teatro donde me codeo con gente que tiene, como mucho, treinta y cinco años. En este momento, hasta los ojos de Bouquet tienen un brillo curioso, y he necesitado mucho valor y mucha generosidad natural para soportar sin envidiarla la expresión satisfecha de Pommier, su sonrisa beatífica y sus confidencias exhaustas. Porque, para no variar, debo de tener cara de servir para eso, y todo el mundo me confía sus alegrías y sus penas; ahora bien, en este momento me hablan de placer, de ganas de vivir y de deleites de todo tipo. ¡Ay!, ¡menos mal que me sostiene una esperanza creciente! Y menos mal también que el mero hecho de contemplar esos

rostros jóvenes, sanos y vivos ya me proporciona cierto placer. ¡Qué guapos y qué encantadores son todos!

¡Lástima que luego toque volver a casa y seguir esperando! Esperar. Imaginar. ¡Ay!, ¡todo se tambalea a mi alrededor cuando imagino! Es mejor cerrar los ojos y esperar en la oscuridad; y, sin embargo, ahora que la promesa se vuelve acuciante, ¡da tanto gusto esperar e imaginar!

Te quiero, amor mío querido. Esta noche te quiero así y veo tu hermosa sonrisa, tu mirada clara y tus párpados entornados. Buenas noches, hermoso amor mío.

M.

V.

260 — Albert Camus a María Casares

20 de marzo [de 1950]

Lunes, 4 de la tarde

Querido amor mío:

Los lunes son siempre muy dulces. ¡Tras un día de silencio vuelves a hablarme! Y tu carta me ha agradado también porque se te notaba de buen humor, dispuesta a la risa. Pero lo primero que tengo que decirte es que Robert [Jaussaud] ha llamado esta mañana y creo que vamos a poder ganar un día. Es poca cosa, claro, pero me ha tenido alegre toda la mañana. Silbaba mientras me afeitaba, cosa que no me ocurría hace meses. ¡Así que calculo que saldré dentro de *9 días*!

Por lo que dices, voy a encontrarte bajo una pérgola verde. Me supone un cambio respecto a la sala de espera de estación portuguesa donde quedaba

contigo; pero, sobre todo, nada de surtidores ahora. Ya basta, deja que se seque la pintura.

El tiempo está gris aunque esta mañana despejó un buen rato. Tenía la esperanza de trabajar todo el día, pero no consigo superar un dolor de cabeza que me enturbia las ideas. Pasado mañana, iré a ver a mi genial doctor por última vez. Radiografía, análisis, etc.

Pero todo irá bien, estoy seguro.

A ver si por lo menos todo esto acaba pronto. No estoy ya para nada, ni para esperar ni para escribir. París, tú delante de mí, pegada a mí, a lo largo de mi cuerpo, es mi idea fija. ¡Vaya con mi imaginación! Hazme decir algún día todas las alegrías por venir que he imaginado y te lo pasarás muy bien.

Cuento con no adelgazar. Con setenta y cinco kilos he recuperado algo de mi antigua forma, quiero decir a primera vista. Pero bien sé, sin embargo, que no tengo veinte años: ahí está la cara.

Ya ves qué tonto estoy. Aquí me tienes, lleno de alegría, y no sé ya decir nada. Perdóname, solo tengo ganas de arrojarme en tus brazos. Te quiero, cariño, sueño con tu calor, con tu sabor, con tu rostro feliz.

Hasta pronto, hasta enseguida (*una semana* nada más cuando recibas esta carta), ¡oh, pueblo, oh, alegría! Te beso, te cubro de besos, ardiente mía, y paladeo ya, con mucha antelación, el sabor de tu boca y esa alegría trémula que empieza a alzarse en mí. A.

261 — María Casares a Albert Camus

Lunes, 12 y cuarto de la noche
Martes, 12 y cuarto de la noche [21 de marzo de 1950]
¡1.er día de primavera!

Llegué a la radio a las cuatro y cuarto, y en medio de una muchedumbre gris, mojada y vociferante que me encontré allí, alcancé a ver al bueno de Castanier, más flaco, triste, desdichado, apocado por los complejos y el éxito. «¡No encuentra ninguna sala para su película! ¡Siente que todos lo han abandonado! ¡Nadie lo ayuda! ¡Han cortado su obra! ¡Y, sin embargo, si la película es mala, no es culpa suya!». Me dio pena, lo cual no quita para que simultáneamente tuviera que luchar para reprimir el ataque de risa que me estaba entrando. Si tienes mucho empeño, iremos a verla; pero creo que huelga decirte que preferiría que no lo tuvieras.

Léon Ruth, mi realizador, como siempre tan rubio, tan pelirrojo y tan feo, y oliendo como siempre a mantequilla rancia, se apiadó de mí al verme en medio de un grupo cada vez mayor y me llevó con Lecourtois a tomar un café. La grabación no empezaba hasta las cinco.

Salí del estudio a las siete. Y me fui a cenar al Relais. No había nadie y me hacía ilusiones de pasar media hora tranquila delante de un *chateaubriand* con patatas. Pero ¡ay!, primero el dueño, luego el *maître* y por último el camarero, incapaces de soportar la idea de que pudiera aburrirme sin compañía, no me dejaron a solas ni un minuto y acudieron por turnos a hablar conmigo y a despotricar unos de otros.

Por fin, el camerino. ¡Ufff! Dos segundos de tranquilidad y, justo después, visita de Marcelle Perrigault,[332] que había ido a ver la obra por vigésima primera vez. Luego Pierre [Reynal] un ratito, trepidante y primaveral, y por último, la compañía.

Buena función. He actuado bien.

Ya estoy de vuelta. Ya estoy en la cama. ¿A qué estás esperando para amarme?

Buenas noches, amor mío querido.

M. V

Martes, 10 de la mañana [21 de marzo de 1950]

Amor mío, acabo de recibir tu carta y, antes de que eche esta al correo, me gustaría contestar a algunos puntos.

1) Creo que la obra aún durará bastante. Debido a la huelga han bajado las recaudaciones; pero van recuperándose poco a poco y las fiestas de Semana Santa seguramente nos traerán más público. Claro está, habría que darle un poco de publicidad y por eso no es mala idea celebrar la centésima representación. Habría que convencer a Hébertot de hacerlo sin ti, puesto que prefieres no asistir.

2) No te preocupes por mí. Ya me las apañaré, si la película de Soldati te disgusta, la rechazaré; no tengo ningún empeño en hacerla. De momento me están ofreciendo otras, pero todas en el extranjero (México), y, habida cuenta del estado de F[rancine], queda por completo descartado que salgas de París, y tampoco yo, obviamente.

Pero ya llegarán otras y de aquí a entonces tengo mis grabaciones.

En cuanto a *La peste*, no pinto nada ahí. El papel de la mujer del médico no es para mí y no hay motivo alguno para que lo interprete.

3) No te has perdido nada por no oír la entrevista sobre Dora; frases huecas y alambicadas y una escena mal recitada.

Amor mío querido, me da mucha pena, me da muchísima pena cuando pienso en F[rancine] y en ti, desgarrado por todas partes. ¡Qué difícil es todo!

Querido amor mío, ánimo. Cuídala y entrégate a ella por entero. Si quieres quedarte aún algún tiempo, si piensas que podría suavizar alguna cosa, hazlo. Yo te esperaré tanto como desees. Te quiero y te abrazo locamente.

M. V.

Martes, 21 de marzo [de 1950]

¡Es primavera, querido amor mío! A decir verdad, el cielo está turbio y el sol no brilla sino cuando hay un claro. Pero desde esta mañana unos coros de pájaros celebran con esmero el acontecimiento, pero mi cuarto está lleno de jacintos perfumados, pero he recibido tu carta, tu buena carta de ayer, tibia de deseo, enamorada… Veo que la naturaleza tiene detalles especiales contigo. Y en cuanto a la imaginación, no alcanzará nunca el grado de obsesión al que he llegado yo, a quien la naturaleza no visita y cuyo sueño suele estar poblado de pesadillas. Pero reservo esto para cuando vuelva.

Puedo decirte ya que es inútil que me escribas pasado el sábado. Me imagino tu suspiro de alivio. Así tendré tu última carta el lunes. El martes será para hacer el equipaje y para poner a punto el coche y el miércoles: la carretera. A ti te llegará mi última carta el martes. Francine, salvo contraorden imprevista, sale para Argelia el jueves y volverá seguramente dentro de un mes.

Estoy deseando ver la rosaleda del séptimo piso. Pero primero me tomaré el tiempo de arrasar mi rosa negra. ¡Ay, tenerte por fin pegada a mí! Ahora es cuando toca hablar de sangre piafante. Pero tengamos paciencia, en efecto, y conservemos la dignidad.

Me extraña que los G[allimard] no te hayan telefoneado. No se lo pedí, por supuesto, sabiendo que prefieres el silencio, pero suponía que lo harían. Me había parecido, fugitivamente, que J[anine], ¿cómo decirlo?, me juzgaba (lo que resulta un poco fuerte). Pero puedo haberme equivocado, estoy seguro incluso. Y, en cuanto al silencio de los dos, pasa también que le han encontrado bacilos en la orina a Michel.[333] Lo que es excusa

sobrada. Y, por lo demás, es algo que no tiene más interés que el psicológico.

Tengo la esperanza, no temas, de no cansarme. Solo te veré a ti hasta que vaya al médico. Y, si me permites que me eche con frecuencia en tu cama, volveré a encontrar en ella los beneficios del tratamiento. Por lo demás, me he acostumbrado a trabajar en la cama. No es que me encante, pero economizo unas fuerzas que puedo emplear luego. Lo preocupante es que me siento con una fuerza como para levantar el mundo en vilo.

Todo esto es secundario. Lo único que cuenta es volver a reunirme contigo. Todo mi ser te reclama. ¡Ah, qué hermoso día ese en que entre en París! Querida mía, mi corazón querido, ardiente mía, dulce mía, negra mía querida, te beso entera, te huelo, te bebo. Hasta pronto, hasta enseguida, amada mía. Te espero con una impaciencia cada vez más rugiente. Y te quiero.

A.

He recibido una carta y un cheque de Mireille. Dale, por favor, las gracias y pregúntale si ha descontado su comisión. Lo pondré todo al día cuando vuelva.

263 — María Casares a Albert Camus

Martes, 5 de la tarde [20 de marzo de 1950]

Qué primer día de primavera tan curioso, gris, soso y húmedo.

Esta mañana no he hecho nada del otro mundo. Recibí la visita de un joven artista-decorador fantasioso a quien le había encargado unas cosillas,

zanjé unos cuantos asuntos menores por teléfono, me lavé a cachos y leí unas cuantas páginas de Proust, con el que sigo adelante y que me sigue gustando e irritando a partes iguales. Esta noche entraré en el reino de Sodoma. ¿Qué va a ser de mí?

Como de costumbre, almorcé con Juan y Ángeles, que cada día me divierten más.

Las historias que me cuentan sobre la vida en sus pueblos respectivos son mejores que una conferencia con mímica y todo de nuestro querido J[ean-]L[ouis] [Barrault]. Porque, en cuanto a mímica, este tiene que afinar. Nunca nadie tendrá el talento de Ángeles imitando a la portera o a Pitou, o el de Juan interpretando a Madame Récamier.

A las dos y media me fui a la radio para grabar con J[ean] Davy[334] una escena de una obra mexicana y volví de allí, como siempre, completamente atontada.

Ahora estoy esperando a Pierre y sus furores primaverales.

Como ves, es todo muy bonito, pero no muy apasionante, y los únicos ratos de embriaguez se los debo a mi imaginación, y eso que procuro meterla en vereda.

No obstante, esta mañana recibí carta de Arturo y Pilar, que estuvieron muchos años al servicio de mis padres, que me vieron nacer y crecer y que, a pesar de llevar una vida difícil, han acogido en su casa a mi tía Candidita, que se había quedado sola desde el principio de la guerra de España.[335] Todo un mundo en el que tú aún no existías, en el que nada de mi vida actual existía, se ha materializado de repente delante de mí. Montrove.[336] La casa. La Coruña. La casa. Los árboles. Las amigas campesinas. ¡Ay! ¡Para qué hablar de ello! ¡Dios, qué extraño es todo esto y qué incomprensible me parece que todo aquello te sea tan ajeno!

¡Ensoñaciones! ¡Ensoñaciones! En el pasado. En el futuro. ¡Ay!, ¡ven

amor mío! ¡Para que por fin pueda vivir olvidada de todo lo demás, el minuto presente y convertir un momento en una eternidad! Me asfixio de recuerdos enterrados, hundidos, y de esperanzas en las que se estremece el miedo a la muerte. Que por fin podamos gozar el uno del otro y del instante, ajenos al pasado, al presente, al propio mundo que nos rodea.

¡Ay!, ¡la paz, por fin, y la sonrisa!

Martes a medianoche

¡Un día menos! Tristona. He estado esperando en vano a Pierre porque lo habían entretenido en el estudio. He leído una obra mexicana. *Corona de sombra*, de Usigli, de la que quieren sacar una película. Es la eterna historia de Carlota y Maximiliano.

Tras lo cual, después de la meriendita, me fui al teatro.

Hemos recibido los ejemplares de *Los justos* y hemos actuado bien en los tres primeros actos. A Pommier le aplaudieron el mutis, ¡y todavía nos está oyendo! Para colmo de males, a Jacques Torrens le hicieron lo mismo y a Michel [Bouquet] y a mí nos entró un ataque de risa que nos costó una barbaridad calmar durante nuestra escena del tercer acto.

En el camino de vuelta, Jean Pommier, que tiene penas de amor, me honró con sus confidencias.

La verdad es que es muy buen chico.

Bueno, cariño mío; voy a procurar dormir. Mañana por la mañana tengo varias citas y tengo que despertarme a las nueve.

Buenas noches, amor mío. Te beso largo y tendido,

M. V.

Miércoles, 9 de la mañana [21 de marzo de 1950]

Acabo de recibir una carta tuya escrita el lunes, corta… pero ¡qué buena!

La posibilidad de que llegues un día antes no es para silbarla —cosa que no sé hacer—, sino que pone un poco de sol tras el cristal de esta ventana que sigue desesperantemente gris.

Me has dado una idea con lo de los surtidores. Voy a intentar que me pongan uno en mi cuarto para usarlo cuando sea menester, cuando taches mi nidito de la calle de Vaugirard de sala de espera de estación portuguesa.

También yo he engordado, y, ¿quién sabe? Puede que también pese setenta y cinco kilos cuando vuelvas. Si es así, por fin habré recuperado la cara de mis ancestros.

Ayer se me olvidó preguntarte una cosa. Estoy un poco celosa de que les hayas reservado los diminutivos afectuosos de la obra a los dos hombres (Boris — Yanek).

Después de meses de convivencia en el teatro de L'Élite, creo que mis compañeros por fin podrían decidirse a ser más cariñosos conmigo, y que, como soy de origen francés —a pesar del apellido Dulebov—, podrían llamarme Dorette. Por ejemplo:

«D. — ¡El amor no tiene ese rostro!

S. — ¿Quién lo dice?

D. — ¡Yo, Dorette!».

¿Qué te parece? ¿No crees que así resultaría más cálido, más entrañable, algo más íntimo?

Perdóname, amor mío, esta mañana Rusia está feliz y se divierte como puede.

Te quiero, te espero. Te beso locamente

V

Miércoles, 3 de la tarde [22 de marzo de 1950]

Hace bueno, e incluso muy bueno, esta mañana. Me he quedado perezosamente al sol. Me notaba el cuerpo. Esta tarde, el tiempo se está cubriendo. Dentro de media hora voy a bajar a Grasse, donde tengo cita con el médico. El cartero ha pasado muy tarde hoy y temía que no hubiera nada tuyo. Pero no, me ha llegado tu carta de lunes martes. ¡Cómo te he querido por que me propusieras que me quedase más tiempo! Pero no valdría de nada. Al contrario. Vale mucho más una separación de un mes y a lo mejor facilita las cosas. Y además he hecho mucho para velar por F[rancine] y, hasta cierto punto, estoy exhausto. Necesito felicidad y solo felicidad. Cuando leo: «Ya estoy en la cama. ¿A qué estás esperando para amarme»?», me brinca el corazón en el pecho y me parece que me estoy resecando en el sitio.

Amor mío querido, de lo que se trata no es de saber si la película de Soldati me gusta o me deja de gustar, sino de si necesitas trabajar en ella. Si no tienes otra cosa, trabaja sin preocuparte por mí. Ya me las apañaré para no estar lejos de ti. Por lo demás, más vale Italia que México en este momento. Si ese imbécil te da la lata, le cruzas la cara. Son cosas que se hacen en sociedad.

En cuanto a la centésima representación, estás empezando a hacerme dudar. Ya hablaremos de ello. Pero vuelvo aún más asilvestrado de lo que era ya antes. Tenía la intención de acurrucarme, a tu lado, y no moverme.

Incluso esos ensayos, necesarios sin embargo, me asustan.

En realidad, estoy como tú y esta semana que nos separa aún me parece ancha como los desiertos. Me esfuerzo en trabajar y lo consigo más o

menos. Pero, si cediera a lo que me apetece, me quedaría tumbado mirando correr las horas que me separan de París. Sin embargo, es muy cierto que estamos en vísperas de encontrarnos y que pronto va a llegar una noche en que caerás en mis brazos y no tendré ya que esperar para amarte.

Eso es lo que espero como se espera el puerto, la arena caliente donde se queda uno dormido después de haber nadado mucho, agotado. Un poco más de valor aún, amada mía, querida mía, tenemos la meta al alcance de la mano, y no hay tristeza alguna que pueda resistirse en mí a esa llamada de vida y de placer, al completo amor que me colma cuando pienso en tu cara en el primer segundo.

Te quiero, con amistad, con deseo, con amor, es decir, con todo mi ser. Y no voy a volver a besarte en toda la semana para reforzar los besos del jueves, amor mío…

A.

265 — María Casares a Albert Camus

Miércoles 22 a medianoche [22 de marzo de 1950]

Cansada, dormida… pero bien.

¿Qué he hecho en todo el día después de escribirte?

¡Ah!, ¡ya sé! Por la mañana vi a Michel Arnaud,[337] que vino a hacerme una visita amistosa con una obra debajo del brazo titulada *Ariane*, y me ocupé mucho de la casa. Pintor, tapicero, horticultura.

Para terminar, Pitou, de buen humor, vino a almorzar conmigo y después de posar para un fotógrafo de Radio 50, la saqué un rato por ahí.

Los muelles. Callecitas del barrio. El museo Delacroix, que estaba

cerrado. Escaparates.

Luego fui a recoger una reproducción de Van Gogh muy bonita que estaban enmarcando y volví a casa para colgar mi cuadro nuevo encima de la cama.

Esta noche he visto al señor Gaït, que vende libros de arte y ediciones de lujo, y me ha hablado de un grabado original de Picasso, veinticinco mil francos. ¡Una grabación!

Aconséjame que sea sensata y razonable. Le he dicho que esperara hasta el 15 de abril.

¡Regáñame!

La función ha ido de maravilla. Mucho público y muy efusivo; definitivamente, la obra funciona desde la noche del miércoles hasta la matiné del domingo, ambas inclusive. No consigo entender por qué Hébertot se empeña en que el día descanso sea el viernes, en lugar del lunes.

Mañana me tengo que levantar a las ocho y media para grabar *La muerte del campesino*,[338] y es algo que me espanta; la primavera me vuelve vaga y lánguida. No puedo quedarme de pie o sentada en cuanto tengo cerca una alfombra o un diván, y el mínimo esfuerzo me mata.

Sigo engordando. Desde esta mañana estoy convencida de que he ganado peso y ya no quepo en la ropa.

Pero ya está bien de parloteo inútil. Te quiero, amor mío querido, y, aunque no quiero pensar en ello, ya ha pasado un día más, y ya está muy cerca el día en que…

Sí; definitivamente, voy a parar. Buenas noches, cariño mío. Te beso como lo haré el día en que.

V.

Jueves por la mañana [23 de marzo]

Acabo de recibir tu carta del martes 21. Estoy temblando. Así que, si no hay ningún retraso, ¿llegarás el jueves por la noche o a lo largo del viernes? No puedo creérmelo. Me ahogo de alegría y de emoción, amor mío.

Te contestaré con detalle esta noche. Me voy pitando a la radio. Llego tarde.

M.
V

266 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 3 y media de la tarde [23 de marzo de 1950]

No ha habido carta tuya hoy. Me ha sorprendido, no me lo esperaba. Y luego, bien pensado, me he dicho que era normal. Sin embargo, ya solo te quedaban cuatro cartas por escribirme. Espero que no estés enferma.

Ayer fui al médico. Peso lo mismo, no he seguido engordando y es lógico. Esta tarde me darán el resultado de la radiografía y de los análisis.

El día es espléndido y me parece que tendría el corazón alegre si la vida en casa no fuera tan sombría y tan desdichada. El espectáculo del sufrimiento se tolera peor que el sufrimiento propio. Que la vida sea de tal forma que nos haga a la vez culpables e inocentes es algo a lo que no consigo acostumbrarme.

Y, sin embargo, es espantoso decirlo, pero en medio de todo esto conservo en el corazón una alegría impaciente y este cielo deslumbrador sigue consiguiendo extasiarme.

Dentro de un rato iré a Grasse a cenar en casa del médico. El engorro era inevitable, pero pese a todo no me consuelo. Habría querido quedarme en la cama y soñar mucho rato con este regreso (duermo peor ahora mismo). Cuando recibas esta carta estaré a pocos días de ti. No sé ya decir nada ni pensar en nada que no sea esto.

Amor mío, hermoso amor mío, ¿qué estás haciendo ahora mismo? Estos últimos días se arrastran, ¿verdad? Pero hace falta valor. Necesito encontrarte viva aún. Solo un rescoldito de vida y soplaré para que se alce la llama que a veces te ilumina la cara. Sí, necesito tus hermosos ojos, tu calor. La amistad de tu cuerpo. Te quiero. Perdona esta birria de carta. Pero estamos de verdad al final y ya no sé escribir. Al menos sabré seguir viviendo y queriéndote, noche y día, igual que te he esperado, con todo mi ser A.

267 — María Casares a Albert Camus

Jueves, 12 del mediodía [23 de marzo de 1950]

Querido amor mío:

Ya estoy de vuelta de la radio y me han encomendado en *La muerte del campesino* el personaje de las orejas.

Lo que hay que ver. Voy a interpretar de todo. El amor, la muerte, una isla y, ahora ¡la oreja!

No he dormido suficiente para mi gusto y los numerosos divanes de la casa me resultan especialmente atractivos.

Y, además, me apetece fantasear, después de tu carta de esta mañana.

Aquí, amor mío querido, las palabras ya no tienen sentido y ya no se me

ocurre qué decir. Arrojarme en tus brazos, pegada a ti, y quedarme así, eso es lo único que me siento capaz de hacer. Para eso, te espero.

Mi cama te espera, los rosales, las parras vírgenes te esperan. La casa te espera y Ángeles sonríe y se pone de lo más guapa en cuanto hablamos de tu regreso.

A mí, amor mío querido, me gustaría no moverme más de aquí a entonces, aguantar incluso la respiración para no quebrar esta esperanza que me crece por dentro, esta turbación que me produces. Te quiero.

Jueves a medianoche [23 de marzo de 1950]

Día cargante, pesado, larguísimo. Lo entiendes, ¿verdad? Cielo gris, plúmbeo, aire tibio; el tiempo agobiante e irritante de una primavera algo ahogada.

Dos citas con periodistas, uno de los cuales se ha sorprendido mucho de verme en un piso amarillo y negro. Me había imaginado justo así.

Almuerzo y descanso por la tarde con Pierre. Un Pierre raro y lánguido, con arrebatos de mal humor y… ¡que Dios me perdone!, curiosos ataques de… celos (¡!). Se lo atribuyo todo a la primavera.

A las cinco recogí a Pitou y fuimos al dentista. Un dentista joven, guapo y afable que ha declarado que el estado de mis encías se debe a una anemia general y me ha recomendado que coma mucha fruta y comprimidos.

En el teatro volvía a ver a Pierre, que… pasaba por allí, y de pronto se le ocurrió entrar a hacerme compañía antes de la función. Me anunció que el 1 de abril se marchaba a Sainte-Foy y que luego le gustaría ir a Florencia y no volver a París hasta julio.

Luego, la función. He actuado bien en los tres primeros actos, pero bastante mal en el quinto. Los jueves siempre me siento al límite.

De vuelta en casa, estuve charlando con Ángeles y ya estoy en la cama.

Esto en lo que a los hechos se refiere; en cuanto al resto, no has dejado de estar conmigo ni un segundo y he pasado un día de lo más maravilloso.

Te quiero. Buenas noches, amor mío querido. Te quiero.

V

Viernes por la mañana [24 de marzo de 1950]

Acabo de recibir tu carta del miércoles. Todavía estoy muy dormida, te escribiré esta noche la última cara hasta tu vuelta.

¡Ay!, querido, queridísimo amor mío. Estoy temblando.

Pues eso, te espero, temblorosa. Te quiero, cariño mío. Te quiero. ¡Ay!, es maravilloso

V

268 —Albert Camus a María Casares

Viernes, 9 de la noche [24 de marzo de 1950]

Te escribo muy tarde hoy, amor mío querido. Pero he bajado esta mañana a Cannes para comer allí y meter en el tren a mi hermano y a mi cuñada que regresan a su Argelia. No he regresado hasta las seis, cansado y atontado al volver a encontrarme de nuevo con la gente. Y, además, como ayer no tuve carta tuya, todo este día lejos de Cabris me parecía aún más vacío y me corría prisa volver a verte. Aquí estabas, fiel. Dos cartas, por cierto, lo que demuestra que el correo había vuelto a hacer de las suyas.

Me ha alegrado leer que estabas bien de salud y que habías engordado. Sigue así sobre todo y ponte bien dorada y en tu punto como un capón negro. Pero me alegraba sobre todo de sentirte feliz. Cuando recibas esta carta será lunes. Saldré dentro de dos días. Al día siguiente, seguramente, estaré a tu lado, ya no habrá más palabras, más cartas ni imaginación. Habrá tu presencia y tu calor.

He tenido otra alegría, de otro orden, al regresar. Un artículo estupendo sobre *Los justos* en el *Manchester Guardian* (ya sabes, el periódico laborista, uno de los mejores de Europa en mi opinión). El artículo es estupendo porque se sitúa en el auténtico punto de vista, y no en el parisino. Te cito el final: «But for the first time for a long time we hear again in this work, and in the theatre, the authentic voice of God, without the help of God, in the hearts of some men».[339]

Cannes estaba hermosa ante el mar. Me apetecía quedarme allí perezosamente contigo. Seduje, de lejos, a una rubia alta. Y al mismo tiempo me reía contigo. Y luego, enseguida, las calles, el calor, el cansancio me ajaron el goce.

Me queda por decirte que al médico de Grasse le pareció la radiografía excelente. Esperaremos la confirmación de mi médico, pero en efecto, la imagen parecía limpia. Añadió, por supuesto, que yo tenía que tomar durante mucho tiempo aún las más escrupulosas precauciones. Lo cual no impide que no creyera que este comienzo de curación fuera a ser tan rápido. Cierto es que lo he querido desde lo hondo del corazón y que hecho lo necesario para ello.

Querido amor mío, amada mía, niña mía querida, te beso con dicha, con deseo, con ternura, y voy a dormirme contigo, ya…

A.

Sábado [25 de marzo de 1950]

Empieza un día espléndido, pleno, dorado, azul, suave. Como el remate de un hermoso acto de amor. Te beso en el día, en el hueco del cielo, te tiendo bajo mil hojas brillantes y húmedas de olivos. ¿Notas el reencuentro, que se acerca? ¡Unas pocas horas más! Te quiero.

A.

269 — María Casares a Albert Camus

Sábado por la mañana [25 de marzo de 1950]

Querido amor mío:

Acabo de recibir tu carta del jueves y me extraña mucho que ese día no recibieras ninguna mía, porque creo que mandé echar al correo una carta al día.

Ayer fue una jornada muy bien aprovechada. Almorcé pronto y, después de una grabación que duró hora y media, a las cuatro y media fui al mercado de las flores con Pierre para comprar plantones de nomeolvides, de pensamiento, de margaritas grandes, etc. Volvimos a casa y hasta las cinco y veinte estuvimos revolviendo la tierra fresca, plantando aquí y disponiendo allá. Daba gusto, y aún más con tu imagen por todas partes.

Luego cenamos y P[ierre] me llevó a ver la actuación de un bailarín alemán, Alexandre Swaine. Floja —¡la actuación!— aunque hubo un baile muy hermoso y otros dos bonitos. Volvimos a pie desde el teatro Sarah-Bernhardt y me acosté a las doce y media, molida.

Esta mañana acaban de despertarme y acabo de tomarme el zumo. Son

las nueve y media y el sol entra a raudales en mi cuarto. En la terraza, el cerrajero está colocando los arcos metálicos y todo me habla de ti y de tu presencia inminente.

Esta es mi última carta, querido amor mío, y me echo a temblar al pensarlo. La idea de que el jueves podré estar pegada a ti me parece desafiar toda verosimilitud y, aun así, en mi incapacidad para hacer nada que no sea prepararlo todo para tu regreso, noto que estás muy cerca. Ya no puedo leer, ni escribir, ni quedarme tumbada fantaseando o escuchando la radio. Tengo que moverme, que estar haciendo algo todo el rato. ¡Ay, hermoso amor mío, qué tengo que hacer para darte toda la felicidad que deseo para ti! ¡Qué tengo que hacer para sentirte de nuevo a mi lado, pegado a mí, sin reventar de alegría!

Esta separación ha sido muy larga y, encima, los acontecimientos le han aportado como una especie de profundidad. Tengo la sensación de que, desde que te fuiste, ha transcurrido un tiempo infinito, y al pensar en que dentro de unos días estarás aquí, de nuevo, con tus hermosos ojos claros, en tus manos, en que podré besarte la frente, la boca… noto que me vuelvo loca de paz y de dicha.

¿A qué hora llegarás, aproximadamente? ¿Estaré en casa? ¿En el teatro? ¿Qué vas a hacer?

Dímelo, aproximadamente, cariño mío, para que te espere con cierta precisión y no me encuentres agotada por la tensión.

Ya no sé qué escribirte; el tiempo de las palabras y las frases por fin ha terminado, y, abierta a ti, plenamente, ya no sé más que estar preparada para recibirte.

Te quiero más que a mi vida,

V

Hasta el jueves, amor mío querido.

270 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 26 de marzo [de 1950], *11 de la mañana*

Querido amor mío:

Esta es por fin la última carta. Te escribo ante un espléndido día azul y oro. La primavera está bien afincada. Hasta ahora, luchaba, incluso en su mayor esplendor. Se notaba que los enemigos aún seguían ahí, el viento, el frío, las noches húmedas. Pero ahora el día es redondo y relajado, se le nota la pereza de los que están saciados, es un cielo de victoria.

Y yo estoy preparando mi salida. Robert [Jaussaud] ha llegado. Estamos mirando el mapa y decimos: «París». El martes recibirás esta carta. El miércoles me pondré en camino. Y todas estas palabras sencillas tienen un sentido, un espejeo, tu olor en definitiva.

Estos tres meses han sido muy largos y muy crueles. Te han llevado lo peor y yo he padecido por lo que te llevaban, al tiempo que forcejaba con mi vida de aquí.

Por eso no tengo la esperanza de que nuestros corazones puedan ser ya nunca inocentes y niños. Hay una ceguera que ya no recuperaremos, lo sé, y tú sabes ahora dónde termina todo. Pero, por duro que sea, no hay que lamentarlo. Nos querremos, efectivamente, sin esa ceguera, puesto que hemos comprobado que no éramos nada el uno sin el otro y puesto que tenemos la prueba de que esta unión sobrevive a lo más espantoso y más desgarrador que haya en la vida. Es el amor adulto, pero lo prefiero a cuanto haya en el mundo, pues me parece más digno, y sé que con persona

alguna, salvo contigo, podría vivirlo. Esto es al menos lo que quería decirte. Pero, bien pensado, tú también lo sabes y más bien quería consagrar este profundo entendimiento. Dicho lo cual, por fin vamos a callarnos, vamos a vivir. Que las palabras de amor que pongo aquí por última vez despejen las montañas de palabras y de cartas que se han acumulado. Vamos a encontrarnos uno ante otro, uno pegado al otro, y en mi caso, vamos a decirlo, uno dentro de la otra por fin, en la cima del instante, arrancados por fin a este destierro extenuante, exultantes en nuestra patria recuperada. Te quiero, estoy decidido a la felicidad, a tu felicidad y a la mía. El amor es un goce también, no solo un desgarramiento, y vamos a disfrutar de él y de nosotros. En lo demás, tendremos el valor de vivir y de ser superiores a la vida.

Así que déjalo todo de lado, ponte guapa y deslumbrante.

Quiero encontrarte reluciente y tibia, deshaciéndote de tierna. Solo unas pocas horas nos separan. Ya puedes dejar que se alce tu amor, que te bese en la boca desde el primer segundo. Hasta ahora mismo, cariño, hermosa, playa mía, ola negra mía. Olvida también esta carta, es el silencio total lo que necesitamos, el silencio estruendoso del amor y del deseo. ¡Ay, ya te siento y te quiero con toda la fuerza y el calor del mundo! No, no te beso todavía. Pero te envío tres meses de espera y de sufrimiento, de imágenes rabiosas o tiernas, de amor desdichado en definitiva, para que compongas con ello una única cara de alegría, la que me brindarás el jueves, maravilloso amor mío.

A.

[28 o 29 de marzo de 1950]

Cariño:

Si estás muy cansado, ve directamente a acostarte. Si no, te espero en mi casa, arriba del todo, en el séptimo, en el cuarto verde. Si vienes, sube directamente. En casa estará durmiendo todo el mundo. Te dejaré abierta la puerta acristalada de la escalera, pero, si por casualidad se cerrase, acuérdate del cerrojito que hay a la derecha.

Repito: si estás cansado, vete a dormir. Te estaré esperando y me acostaré sobre las tres.

Bienvenido, amor mío.

M.

PS: Procura no telefonear. Duermo arriba del todo y no podré contestarte directamente.
NB: Huelga decir que a partir de las tres seguiré esperándote.

272 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Amor mío:

No. No temas, esta vez no vengo a hacerte daño. Solo que esta tarde he dejado que te fueras con una imagen de mí que quiero que olvides enseguida porque no es del todo cierta.

Todos los acontecimientos, todas las ausencias, todas las últimas luchas han agotado mis primeras fuerzas y esta prueba final, la más dura y la más cruel que darse pueda para nosotros, ha destruido por algún tiempo la energía que me quedaba.

He de reconocer que la situación me supera y que, en parte por culpa del cansancio y la incomprensión, no me resulta fácil superar el estado de estupor en el que me encuentro. Por más que busque, no entiendo por qué el destino se ceba con nosotros con tanta saña.

Soy pequeña, cariño mío, más pequeña y más débil de lo que piensas, y te quiero mucho más de lo que puedas imaginarte. Lo eres todo para mí y la única esperanza que tengo en este mundo. Sin ti, para mí ya no existen el amor, la amistad ni el entendimiento; sin ti, para mí ya no cabrá esperar un hermoso instante de gracia. Sin ti, para mí ya no será posible estar en comunión con nada en absoluto.

Así pues, si lo piensas bien, no te costará imaginar lo que siento, y si te lo imaginas, me perdonarás el arrebato de esta tarde.

Y eso que ya sabía lo que ibas a decirme y tenía la respuesta preparada —no pude hablar—, de hecho, tardaré mucho tiempo en volver a hablar de todo esto.

Esta es la última carta sobre el particular que recibirás de mí. Hoy las palabras sobran; por ahora, se trata de que sobrevivamos tanto el uno como el otro.

Lo conseguiremos, amor mío querido. Lo conseguiremos juntos, a pesar de los pesares y a pesar de todos, muy juntos los dos, aferrados el uno al otro como nunca lo hemos estado.

Hace un rato me hablaste con sensatez. Tenías que hacerlo y lo hiciste. De ahora en adelante te pido que solo me hables con el corazón, con la verdad de tu corazón.

Dejemos de torturarnos con grandes gestos, te lo suplico. Ahora soy yo la que te pide que accedas conmigo a apañarnos con lo que se nos da y a luchar hasta el final para vivir al menos otros momentos como algunos de

los que ya hemos vivido. Piénsatelo muy bien. Quiéreme. Y vamos a esperar.

«Dos años, me dices. ¡No puedes vivir así dos años!». ¡Amor mío querido! ¿Y cómo quieres que viva entonces? Escúchame; escúchame; te estoy hablando en serio, fríamente, sin el menor atisbo de acaloramiento. En efecto, procuraré escucharte, salir, vivir, disfrutar de nuevo, procuraré ir y venir; es lo único a lo que puedo recurrir: la actividad. Pero, cariño mío, pase lo que pase contigo, con tu corazón, con tu alma, no podré desentenderme de ti. Haré lo que sea para volver a ser yo, pero únicamente porque tú estás aquí, en alguna parte, porque existes, porque te estoy esperando, porque te pertenezco y tienes que seguir queriéndome. Si el vínculo que nos une el uno al otro desaparece, me niego a seguir viviendo.

Ya está. Te lo digo todo mezclado, según se me va ocurriendo; aún no doy con las palabras que puedan convencerte del espacio maravilloso, atroz, que ocupas dentro de mí y donde ya siempre serás insustituible. Seguramente no daré con ellas en la vida, pero si me quieres, si crees en mí, si me escuchas con el corazón, entiéndeme; entiende a esta alma que has revelado en mí, abrázate fuerte a mí, ténsate y vuelve a mí tan pronto como sea posible.

Volveremos a vernos. Puede que poco y mal. No importa. Escríbeme lo que piensas, lo que sientes, sin miedos; dime tu verdad más profunda. Dime también si quieres que te cuente mis hazañas en la vida parisina; lo demás, mis gritos y mis silencios, has de saber que son todos para ti.

Perdóname de nuevo por haber perdido por completo los nervios esta tarde. Solo ha sido una alteración pasajera. Aguantaré. Te quiero locamente. No me dejes sola. Te beso con todas las fuerzas que voy a tener

M.

Qué va, cariño mío, no soy grande. Ojalá lo fuera. Puede que entonces las cosas me resultaran más fáciles; puede que entonces supiera decir y hacer lo correcto y darte la felicidad, incluso estando separados.

Pero soy como todo el mundo. Grande o pequeña cuando toca, guapa o feísima según el momento, muy desgraciada hoy.

Mi amor es grande, inmenso; me supera y me arrastra a no sé dónde y paso estos días a la vez tan cerca y tan lejos de ti, desgarrada por mil sentimientos opuestos, mil impulsos reprimidos, temores, esperas, impaciencias, arrepentimientos, una pena infinita y, por encima de todo, una especie de felicidad imprecisa y colosal cuya nostalgia a ratos me duele tanto que se me saltan las lágrimas.

Yo también aborrezco ahora los sueños y la espera; odio la soledad, la ausencia, la desgracia, la vida estéril, los mitos, los escritos, los teléfonos, los planes, los recuerdos abrasadores; y, sin embargo, ya no encuentro dulzura más que cuando te oigo; cuando me escribes, cuando, sola y aislada del resto del mundo, por fin me siento libre para volverme hacia ti e imaginar «Lo que voy a hacer… Lo que voy a decirle… Lo que voy a explicarle». Hasta que, cuando llega el momento, ya no sé hacer nada, ni decir nada, ni explicar nada. Lo intento, intento con todas mis fuerzas hacer acopio de todas las dotes comunicativas, la generosidad y la libertad que llevo dentro, intento pronunciar las palabras correctas para que cojas toda mi alma del borde de mis labios, para que sepas, para que estés en paz, pero cuando cuelgo solo puedo repetirme horrorizada el batiburrillo de tonterías, de trivialidades que acabo de contarte. Entonces me odio. Me doy asco. A veces me entran ganas de romper el aparato. Pero ¡ay!, ya no podría siquiera oír tu voz, que espero minuto a minuto a partir de las seis.

¿Y sostienes que soy grande? ¿Grande en qué? Y, además, ¿qué significa eso?

Hoy me ha cogido el teléfono Janine [Gallimard], muy cariñosa. Pensé en ella y en Michel [Gallimard]. ¿Te acuerdas de cuánto nos sorprendíamos al pensar en la enfermedad de Michel y en la situación de su mujer? ¿Saben lo felices que son? ¿Es él consciente de que puede descansar junto a ella? Y ella ¿lo mira lo suficiente, cada mañana, antes de arrancar el día? ¡Ay!, ¡que lo sepan; que sepan lo que es la presencia! Que no dejen de saberlo. ¡Así todo les resultará mucho más fácil! Y nosotros, nosotros mismos, no olvidemos nunca que, a pesar de los pesares, estamos aquí, tanto el uno como el otro, que al cabo de este largo invierno, la primavera y el verano retornarán y que poseemos la dote más valiosa de la tierra, un amor que no corre peligro de flaquear. ¡Ay, sí cariño mío! Ahí se encuentra nuestro consuelo; de ahí debemos sacar la energía y el valor. Tú estás aquí. Yo estoy aquí. Imagínate que me muriera.

Claro está, conozco de sobra los momentos en que todo nuestro ser rechaza y aparta todas estas buenas razones. También conozco las horas feas, las horas de duda y de amargura, las horas en las que deseamos que suceda una desdicha a falta de la dicha que creemos poder dar, las horas de sequedad, de anonadamiento. ¡Vaya si las conozco! ¿A que no soy tan grande? Pero son las únicas de las que reniego porque no tienen peso. Son horas que están muertas o dormidas; no están vivas. Mi amor sí que está vivo; mi esperanza, mi pena, mi dolor, mi congoja, mi angustia, mi espera, las alegrías que me dan tu voz o tu letra, mi corazón desbocado cuando oigo el teléfono, cuando alguien dice tu nombre durante un ensayo, cuando hablan a mi alrededor de la obra que has escrito, sí que están vivos; lo demás no es más que sufrimiento inútil, pesadilla, mala digestión.

Quiero que seas feliz y auténtico. Confío en ti y, aunque llegara un día en

que la vida me separase de ti, hasta el final, cariño mío, te comprenderé y te querré. Lo sé, ahora lo sé. No me gusta hablar, bien lo sabes, pero tengo que decidirme a hacerlo en los meses venideros. Eso es lo único que nos queda y me agarro a lo que la vida me da de ti.

¡Basta de amor propio y orgullo! Solo me queda la dignidad y la pongo íntegramente en mi amor.

Tengo los brazos abiertos para ti ahora y siempre, cariño mío, pase lo que pase.

M.

274 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[principios de abril de 1950]

Hoy me habrás odiado. Y bien que has hecho. Te gusta la grandeza y yo, de pronto, me volví pequeña, infinitamente pequeña. De hecho, eso es lo que me estaba temiendo desde hace tiempo, desde que nos reencontramos. Tal vez me equivoque, pero no concibo un amor sin el penacho del orgullo, de la honra. No existe relación íntima entre dos seres, creo yo, que pueda mantenerse si no tiene algo de sublime. El corazón conoce de sobra esa necesidad y la satisface. Estalla a cada instante añadiendo por doquier un toque sobrenatural, sobrehumano, y convirtiendo cualquier mohín, cualquier torpeza, cualquier ñoñería en un milagro.

Entre nosotros las cosas no suceden así. Al no ser libres, nuestros corazones lo único que han hecho hasta ahora es quedarse entreabiertos como unas pobres heriditas en vías de morir o de curarse, viene a ser lo mismo. Siempre he confiado en ti para saber hasta el final que con eso te

valía, porque sabes lo que valen las cosas y sabes acallar dentro de ti esa parte brumosa, ambigua, que vuelve la vida regular (¡la única que podemos vivir, de sobra lo sé!) intolerable para los que sí le hacen caso.

Sí, ya sé que es la única forma de vivir que se puede elegir en la gran mayoría de las circunstancias; ya sé que puede que adaptándose, sabiendo hacerlo bien hasta el final, se puede convertir en lo más grande a lo que es posible aspirar, pero para eso hay que tener dotes, o bien una fuerza colosal, de la que yo me siento incapaz.

Por eso siempre he tenido miedo. Por eso siempre me he sentido mermada de antemano. Lo veía venir. Ya lo tenía metido dentro.

Nunca se me ocurrió que fuera la felicidad lo que me trajera este espantoso acontecimiento. Y, sin embargo, es de lo más lógico.

He vivido contigo unos días que ya nada en el mundo podrá arrebatarme y, si tengo que llevarme un profundo disgusto, al menos me libraré de una cosa: de la amargura. Solo que ya me conoces y sabes lo ciega que estoy. Me sumergí en la felicidad con la rabia de un viajero perdido que de golpe se topa con un lago de agua clara y cristalina; pero no me ha dado tiempo de volver a la superficie; me he enganchado a algo en el fondo y me he quedado allí, hundida, ahogándome, con un único pensamiento consciente de verdad: «No era un espejismo».

Te vas a reír de mí por todas las palabras que te escribo, por todas las imágenes torpes y estúpidas que cojo de aquí y de allá para tratar de responder a lo que me preguntan tus ojos, a esa pregunta que llevas encima constantemente, pobre amor mío, y para la que no puedo formular una respuesta lógica y concreta. No puedo soportar tu expresión desvalida ante el mutismo del que tanto me cuesta salir. Pobre cariño mío: tu mirada tan pendiente de mí, tan palpitante, tus manos, las tres arruguitas verticales de tu entrecejo; todo ello se dirige a mí, está vuelto hacia mí, pendiente de

mí… y ese deseo que tengo de contarte, y no puedo, no sé, y cuando dejo escapar algunas palabras para intentarlo, porque ya no puedo seguir dejándote solo cuando estoy tan cerca de ti, pegada a ti… son precisamente las palabras que no tocaban, las palabras que crean malentendidos, las equivocadas, las que había que callar porque no corresponden… Ay, amor mío querido, antes he dicho: «desvalido». Pero ¿quién está más desvalido de los dos en esas ocasiones?

¿Lo ves? Ya me estoy desviando. Me basta con imaginarte para perder el hilo de lo que quiero decir, para olvidar nuestra desdicha, para olvidarme también de mí, y para convertirme en otra muy distinta, y de pronto muy grande, muy rica y muy conmovida.

Hoy me has dejado decir que no soy generosa contigo. ¿Sabes lo que significa para mí no serlo todo para ti? ¿Sabes lo que significa para mí haber vuelto a tus brazos, sin exigencias? ¿Haber vuelto, simple y llanamente? ¿Sabes lo que representa, para un ser que ama y que se muere de orgullo y de necesidad absoluta, volver a casa todas las noches para imaginarse escenas de intimidad, incluso de cariño, que están sucediendo en otro lugar? ¿Sabes, tú que palideces con recuerdos que ya no lo son, lo que significa para mí imaginarte diciendo: «Francine, ¿puedes encender la lámpara, por favor?». Y Catherine y Jean y todos esos nombres que no puedo oír en mi entorno sin tambalearme, sin sentir en la boca del estómago como ganas de vomitar. Y todo eso es externo a mí, me rehúye; todo ese mundo en el que mi imaginación se detiene sin tener ya más base que tú en medio de todo esto, viviendo lejos de mí una vida en la que yo no estoy, y que existe, que es más que una añoranza, que es más que un recuerdo, que se prolonga, que está ahí y siempre lo estará, pase lo que pase… ¿Sabes lo que significa, tú que cierras unos ojos desesperados frente a mi insignificante vida anterior porque no estabas en ella?

Es para volverse loco, lo entiendes, para perder la razón, y no te lo deseo.

Lo he estado viviendo un año y tan solo al día siguiente de unas noches malísimas he bajado la guardia y te he hecho daño; pero ¿qué quieres que te diga?, te me ponías delante, pobre cariño mío, tan claro, tan puro, tan limpio, que no podía impedir que mi demonio te acercara un poco a mí mediante el dolor. Perdóname. Recibiré mi castigo; si existe un infierno, mi pena consistirá en mirarte eternamente desde lejos y te me aparecerás totalmente rodeado de tus sombras.

Recibiré mi castigo, sí, pero porque he amado demasiado y puede que mal, pero no por falta de generosidad. Contigo la he tenido. La sigo teniendo y nunca careceré de ella porque te quiero demasiado y siempre te querré demasiado para carecer de ella.

Incluso ahora, al pedirte que te vayas lo antes posible, al proponerte que nos esquivemos esta última semana, estoy haciendo un acto de generosidad. ¿Crees que prefiero tu ausencia a tenerte pegado a mí, aunque sea para quedarnos callados y vacíos como hoy? ¡Tonto! Te quiero, y aunque no sepa querer bien, al menos estoy segura de que yo sé querer. Pero es cierto que me cuesta ver que eres desgraciado, y en este momento me siento incapaz de darte felicidad. No puedo mentirte, no puedo fingir contigo, y desde hace unos días tu presencia no es suficiente —como sí lo es a menudo— para hacerme olvidar que hay otros seres en el mundo aparte de nosotros. Últimamente traes tus sombras contigo y por mucho que cierre los ojos y los oídos, que apriete las manos, en cuanto me vuelvo hacia ti, ya no estás solo. Puede que esté empezando el infierno. Entonces ¿qué?

Si tuviera tiempo, procuraría amoldarme, me acostumbraría a esta vida compartida con otras personas, poco a poco; pero resulta que te marchas y que eso me angustia; resulta que vamos a pasar alejados dos meses larguísimos, sin cartas, sin nada, sin nada más que el recuerdo de que te

marchaste anticipadamente, y que eso era lo que tocaba hacer, y que es lo correcto. Que te marchaste anticipadamente y que, aun así, no fue un espejismo.

¡Ay, se me está subiendo la sangre a la cabeza! Y ni siquiera tengo derecho a rebelarme. Y cuando, pese a todo, se me escapa algo, escucha lo que respondes tú:

«Estoy avergonzado».

«Y cuando vuelva, ¿qué habrá cambiado?».

«Ya sabías dónde te metías cuando nos conocimos».

O: «Voy a comprar la casa de campo».

La casa de campo. Cuánto daño me ha hecho también.

En fin, todo esto, todo esto, todo esto.

Ya paro. Me duele demasiado la cabeza; debe de ser el Pernod.

Valor y sensatez, eso es lo que necesito, para tomar una resolución de «adulta».

Adulta. Ese es el error, creo.

Lo intentaré durante estos meses eternos. Mientras tanto, descansa todo lo que puedas; no hagas grandes imprudencias. Si ya no existieras, cerca o lejos, ¿qué me quedaría? Cuídate. Cuídate mucho.

Me encontrarás igual, amor mío, igual con dos meses y medio más, igual totalmente vuelta hacia ti, te lo juro.

Te quiero,

M.

275 — María Casares a Albert Camus

Domingo por la noche [9 de abril de 1950]

Una vez más, no me queda otra que escribirte, al haberme sentido incapaz, por culpa de no sé qué inexplicable pudor, de hablarte a las claras y de contestarte hace un rato.

No voy a retomar al pie de la letra el simulacro de conversación que hemos tenido hace un rato. Sencillamente quiero aclarar dos puntos.

El primero es que, si me marché llorando y desesperada, no fue solo debido a nuestra situación y al futuro que nos depara, sino sobre todo por una maldad que he descubierto que tengo hacia ti y que me espanta. Tu carta me ha recordado una frase que pronuncié el otro día por teléfono. Al parecer, el amor contrariado que padecemos destruye en mí —según mis propias palabras— lo más sensible que tengo. ¡No es verdad, cariño mío! Puede que todo lo demás resulte válido en determinados momentos. Pero eso ¡no es verdad! Nuestra situación solo hiere a mi corazón y al amor infinito que siento por ti, pero, como mujer, al margen de nosotros, al margen de todo lo tocante a nosotros y a nuestro amor, lo único que has hecho, en cada ocasión, ha sido enriquecerme. Mediante la alegría y el dolor me has convertido en lo que soy y seguiré siendo hasta el final, y en ese sentido te estaré agradecida hasta el final de mi vida. Aún no sé qué desvarío o qué locura me han impulsado a gritarte semejantes abominaciones. Te pido por favor que me perdones y que, en adelante, cuando oigas que empiezo a desbarrar, te tapes los oídos.

De hecho, sé que olvidarás tan deprisa como puedas esos horrores, pero lo que me espanta es que existan dentro de mí.

Lo cual me lleva al segundo punto.

Esta noche me has recordado lo que te he repetido tantas veces. Mi afirmación de que no volvería a dejarte nunca más. Amor mío querido, ¿por qué me lo has recordado? Sigue siendo verdad y no es un sacrificio que hago por ti; solo es fruto de que ya no podría vivir sin ti.

Hace un rato te he confesado que me sentía incapaz de seguir llevando contigo la misma vida que hasta ahora, si tenía que compartirla con otra mujer. Creo que es cierto, pero creo que no has entendido bien a qué me refería. En cualquier caso, en ningún momento me he planteado dejarte, a menos que sea lo que tú desees. Solo que entre nosotros hay una vida física que ya no puedo aceptar. Me quedaré contigo todo el tiempo que quieras, pero no pegada a ti, como lo he estado hasta ahora. Será la única forma de evitar esa maldad, ese regusto innoble que noto solo de pensar en una vida a tres bandas. Será la única forma de vida que nos quede.

Lo malo es que, en ese momento, ¿no habrá llegado el principio del fin? En este punto es cuando se me vacía el corazón y sé, sí, lo sé, que no podrá ser, que de una forma u otra llegaremos a un arreglo con la vida y que podremos vivirla, sí, cariño mío, vivirla sin que nos descuartice.

Quédate conmigo. Quiéreme. Perdóname. Sé fiel a ti mismo y confía. Haré todos los actos de valor… o de cobardía. Porque puede que el verdadero acto de valor fuera irme.

Te espero. Te quiero. No te dejaré nunca, *te lo juro*, mientras pueda hacerte mínimamente feliz. No dejo de pensar en mi viaje contigo

M.

276 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 5 de la tarde [11 de abril de 1950]

Esperaba tu carta. Sabía que iba a ser más o menos así y me había preparado, pese a mi angustia y mi tristeza, para responder a tus dudas, para

darte apoyo, para defender nuestro amor. Pero desde que te he leído no siento ya más que un gran arrebato de ternura y de amor, el deseo de ampararte y de hacerte vivir con mi vida, por muy difícil que esta sea. No, Maria querida, no estoy dispuesto ni a la renuncia ni a la derrota. Mi impulso más hondo en este momento es el de acabar con esto y plantarlo todo para reunirme contigo y dormirme a tu lado hasta que me cure. No he cedido a él hasta ahora en nombre de un deseo de hombre que cada vez entiendo menos y que a ratos me horroriza. Pero nunca, ni un solo día, he pensado en una separación. Hubo segundos en que flaqueé, como dices tú. Pero era siempre junto a ti, por eso mismo que me decías y que me permitía imaginar la extremada desgracia que te causaba. Cuando me decía que no te procuraba ninguna alegría duradera y que estaba mutilando tu vida de forma irremediable. Me decía entonces que, aunque lo dejase todo para vivir contigo, seguiría estando fuera de nosotros una parte de mi vida, que no es posible matar y que sentirías siempre que me distraía de ti. E imaginaba que, estando las cosas como están, a lo mejor te estaba impidiendo encontrar un amor libre y fecundo sin esas servidumbres que tendré yo siempre, aunque reniegue de ellas. Añade a eso el cansancio de otra lucha, la de sobrevivir como cuerpo; de otra angustia, la de crear contra mí mismo y contra el mundo, y quizá entonces, en lo hondo de tu dulzura, hallarás el impulso necesario para perdonar no ya mis fallos, sino los breves instantes en que imagino que podría fallar por amor a ti.

Pues ahí reside todo el problema. Solo me digo esto cuando me destrozas, o me gritas tu soledad. El resto del tiempo, la necesidad enloquecida que tengo de ti es lo bastante egoísta para admitirlo todo salvo separarnos. Es que creo entonces que eres como yo y que este amor con sus carencias te sigue pareciendo preferible a todo cuanto no sea él. Y luego me gritas otra cosa y entonces me vengo abajo. Quién, queriendo a una persona

como yo te quiero, podría soportar no darle toda la felicidad que se merece. Nunca me he escatimado a mí mismo. Y, sin embargo, con lo más querido que tengo en el mundo, parece que ando regateando y entonces me da vergüenza. ¿Crees que podría soportar todo eso ni un minuto si no me fueras más necesaria que el aire? Sí, tengo necesidad y tendré siempre necesidad de ti. Y, digas lo que digas, incluso si me sucediera que, en un minuto de locura, dejase de luchar, *no te vayas*, no tendrás derecho a hacerlo. A ti te tocaría luchar, luchar por nosotros hasta que yo recobrase el control. No, no te dejaré nunca y no dejaré nunca que te vayas mientras tu corazón me sea fiel. Sufrirás y sufriré lo que haga falta, pero no renunciaremos nunca. ¿Servir? Sí, pero no es a mí a quien hay que servir, es a nuestro amor, en contra de todo, e incluso en contra de mi cansancio o de mi muerte.

Es cierto que me gustaría poder quererte sin renegar del todo de mis compromisos con quienes dependen de mí. Es que no puedo vivir sin tu amor y que temo no saber vivir bien sin mi propia estima. Pero a lo mejor no es posible y el final de todo sería, al mismo tiempo, la pérdida de tu amor y de mi propia estima. Querría sin embargo volver a pedirte, lealmente, lo que no he pedido ni pediré a ningún otro ser en el mundo, que compartas conmigo el peso de mis compromisos, que aceptes que ponga también mis deudas en común contigo, que hagas que mi honor (es una palabra muy grande, pero ya me entiendes) sea también el tuyo. Quizá, si tu vida y tu fuerza se unen a las mías, será posible. Y sé muy bien qué lastre de amargas pruebas nos echaríamos a la espalda. Pero, bien pensado, tú y yo nos parecemos en esto: deseamos vivir como todo el mundo y no podemos conseguirlo. Y quizá no acabamos de ser como todo el mundo y tanto nuestras dichas cuanto nuestros sufrimientos no pueden tener la cara de todos los días. A lo mejor, además, no podemos conseguir esa felicidad,

siendo lo que somos, sin un prologado rodeo que nos haga a la vez semejantes a los demás y diferentes. De aquí a entonces, y de todas formas, Maria, Maria querida, sé, sé en lo más hondo del alma que hay un lugar entre nosotros para un amor orgulloso y difícil. Y es a ti a quien pido entonces que no flaquees. Solo con que lo queramos, con toda la fuerza de la sangre y del corazón, podremos ser dignos, al final, de lo que en realidad somos.

Niña mía, amor mío, no, lo que une a dos seres no es tan frágil. Lo que nos une ha resistido a lo que soy, a lo que eres. Era lo más difícil, bien puedo decirlo ahora. Resiste en este momento a las circunstancias y hoy, en que estamos en plena prueba, solo necesitamos la decisión de salir triunfantes de esa prueba. Careces de todo a la vez, bien lo sé, y mi cariño se exaspera al saberte tan desprovista. Pero careces de todo menos del amor constante, del amor del corazón y de la inteligencia que siento por ti, que no ha dejado de crecer y de enriquecerse desde hace seis años que te llevo dentro de mí y que nunca podrá renunciar a sí mismo.

En el último mes no te he respaldado, lo sé, estas semanas han sido terribles para mí. Pero desde el sábado, pensando en ti, he vuelto a hacer acopio de valor. Voy a trabajar, a terminar mi libro, haré cuanto tengo que hacer, me recuperaré a mí mismo y cuando vuelva a ser yo, te ayudaré como sea a vivir, y a quererme si sigues deseándolo. Estate segura de esto, recupera las fuerzas, tu hermoso rostro y, cuando llegue, dentro de un rato, recíbeme con lo más tierno, con lo más alegre de tu corazón. Nunca eres, nunca has sido un lastre, es la vida sin ti lo que sería una carga agotadora. Eres mi liviandad, mi llama, dolorosa o suave, por supuesto, pero mi descanso en este mundo. También siento amor por tu rostro de sufrimiento, siento amor por el daño que me haces. Lo único que no podría soportar sería verme privado ahora de la honda certidumbre en que vivo desde hace

un año y que lo ha transformado todo a mi alrededor. Sí, te mantendré pegada a mí, ocurra lo que ocurra, y mi única esperanza es poder algún día ahorrarte los sufrimientos que te inflijo hoy y hacer entonces que me perdones no haber sabido ni entendido que estabas en el mundo y que me esperabas. Beso tus queridas manos y tu boca con dolor y gozo, con pasión, fielmente.

A.

277 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES *París*

5 de la mañana

Este primer día sin ti…[340] Pero empieza contigo. Duerme, querido amor mío. Y luego duerme hasta mi regreso con una diminuta llamita solitaria y fiel que responda a esta otra llama que me llevo conmigo. Te beso, un poco trastornado de tristeza, enfermo por estos desgarramientos y esta soledad que se anuncia por largas semanas, pero seguro de ti, y entregado a ti.

A.

278 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[341]

[15 de abril de 1950]

250 km — 13 horas contigo desde esta mañana.

A.

279 — Albert Camus a María Casares

Cabris, 5 de la tarde [15 de abril de 1950]

Maria querida:

Un par de líneas al menos, aunque esté aturdido de cansancio. Acabo de llegar, el viaje ha sido interminable, yo iba desesperado y mudo. Anoche dormimos en Montélimar. Todos los hoteles estaban llenos, nos alojaron en casa de unas solteronas. Mi habitación estaba invadida por una oleada de encajes de ganchillo. Pero el sueño, imposible. Hasta medianoche, un escándalo feroz en las demás habitaciones. A partir de medianoche, mi corazón ya no quería callar. Seguimos viajando parte del día y he llegado aquí hecho pedazos, bajo una lluvia desaforada. La habitación de hotel, la estufa que tira mal, la lluvia en los cristales, las vistas, hermosas el mes pasado, las tapan los castaños que ahora están llenos de hojas, la cama, el papel y la estilográfica otra vez, las maletas a mi alrededor otra vez, días y días por delante otra vez. ¿Es preciso que siga? No, porque he decidido no volver a quejarme. Los días de soledad que me asustaban a lo mejor van a ayudarme a recobrar la calma. Por el momento solo soy, solo soy de verdad, un instintivo deseo de estrecharme contra ti y solo pienso en una cosa: ¿cómo ayudarte, cómo echarte una mano, cómo tenderte la mano, y además desde tan lejos, allí donde forcejeas? Escríbemelo. Ni hablar de escribirme todos los días. Yo seguramente no tendré fuerzas para ello. Pero me urge leer tu primera carta. Y sobre todo, mi querido, mi gran, mi hermoso amor, no añadas la duda a todas estas terribles pruebas. Te quiero y estamos unidos suceda lo que suceda. Dime al menos que lo sabes, igual que lo sabes y lo descubres todos los días y a través de todas las pruebas.

Perdóname por no ir más allá. Esta habitación, esta noche al menos, es

horrorosa y querría sobre todo dormir y olvidarme de ella. Pero a ti no puedo olvidarte, ni olvidarme de que estoy privado de ti, ni de tu cara de dolor, ni del amor, que me duele. Te beso como durante estos días que no sé si han sido el infierno o la felicidad, pero que echo de menos con todas mis fuerzas. Sí, te beso, querida mía, para sacar de ti las fuerzas y la esperanza que necesito. Al menos, existes…

A.

280 — María Casares a Albert Camus

Sábado por la tarde [15 de abril de 1950]

Esto no es una carta; es la continuación de un largo monólogo que prosigo desde hace semanas que no tiene nada en común con el tiempo.

Cariño mío, hermoso amor mío, estamos muy hartos de poner y volver a poner palabras entre nosotros y, aun así, henos aquí otra vez condenados a empezar de nuevo. Después de tres meses de ansiedad, de espera, de volcarnos mutuamente en el otro, después de tres meses preparando con primor una felicidad ya difícil de por sí, resulta que nos la prohíben y que llega la hora en que incluso recordar se vuelve doloroso y lo que deseamos es olvidar. Sí; este es el momento que siempre he temido: aquel en el que, por estar alejados, no nos queda más remedio que intentar acomodarnos en dos vidas en las que cada minuto nos distancia de nuevo y tiende a separarnos para siempre.

Y aquí está esta primavera, este resplandor, este sol, este estallido de la tierra en el que cada imagen se nutre de mil ternezas, de mil ardores por la esperanza de los largos días de los meses pasados, mirando y recordando.

Sí, amor mío, me siento frustrada, me siento frustrada y a veces mi dolor es tan grande que me parece que el detalle más nimio, como faltar a una cita o decir una inconveniencia, bastará para hacerme flaquear.

Todo es relativo y a veces basta con muy poco para hacer mucho daño. Esta serie de catástrofes que han sumado más cansancio al cansancio me ha pillado desprovista, desarmada, aún entregada a todas las promesas, y aún estoy y seguiré estando sorprendida, atónita. Los ojos se me acostumbran mal y con dificultad a la luz deslumbrante y no se puede estar más perdida de lo que estoy en esta senda que se abre ante mí.

He perdido todos los apoyos y he renunciado a las esperanzas más hermosas y más secretas que tenía desde el día en que supe el precio del cariño. Nunca serás mío del todo, hermoso amor mío, y nadie en el mundo te entenderá mejor que yo; pero, ya ves, el sabor de la felicidad y de la victoria a menudo causan ceguera, y yo he pasado mucho tiempo empeñada en taparme los ojos.

Hoy la luz me aturde y lo único que me reconforta es decirme que sigo estando ciega de otra forma, con el gélido resplandor de la vida auténtica, y que cuando me acostumbre me orientaré.

Entretanto, esto es lo que he decidido en lo que a mí se refiere.

Volver a empezar, por supuesto.

Volver a empezar en mi oficio, interesarme por él, quererlo, servirlo lo mejor que pueda.

Volver a empezar en la vida de todos los días, y elegir, seleccionar, crear quizá… ¿quién sabe?, encontrar una buena amistad o, al menos, agradables compañías.

Volver a empezar en la felicidad, las ganas de vivir, la preferencia por el sol, el viento, el cielo, los hombres, y esperar pacientemente «el segundo del entendimiento», «el instante de gracia».

Por último, volver a empezar en el amor, este amor que llevo, para ti, entrelazado con mis entrañas y que me sigue emocionando tanto y tan bien en las horas de lucidez.

Como ves, mi corazón no ha cambiado; solo se ha desplazado el enfoque y la forma de hacer frente a la vida. Es la misma actitud sin los impulsos, la vitalidad, la generosidad, sin esa prodigalidad a la que la persona que fui no puede evitar tener cariño. Es la misma actitud, sin juventud. Sí, cariño mío. Ahora en mí falta algo que no volverá nunca y en adelante tendré que apañarme con la porción de infancia que conservaré hasta el final y con otra, desconocida, aún semiajena, que apela a la mesura, a la reflexión, a la economía, a la aplicación.

¡Que soy mayor de edad, vamos! ¡Adulta!… ¡Puf!

Es duro.

Te quiero y me gustaría descansar en ti y encontrar en ti el apoyo que tanto me falta y nadie que no seas tú puede ofrecerme. Me gustaría vivir colgando de ti, y me está vedado.

Así que soy mayor de edad y no estoy vacunada (perdona, amor mío; es la influencia del sol).

Es durísimo.

Y por eso estos días he estado tan pálida delante de ti. Tan triste y tan pálida.

Sencillamente, estoy desesperada… como todo el mundo.

Conocía el mundo desierto a través de los libros; había pasado por él de refilón aquí y allá, y, sobre todo, me lo había imaginado. Ahora lo llevo dentro y me está devorando. Está por todas partes, dentro de mí y a mi alrededor, y cada movimiento que hago lleva su sombra. Todo me duele, hasta el aire que respiro, y por primera vez veo la llegada de la muerte como una liberación. De hecho, el muro que se alzaba entre ella y yo se ha

derrumbado, el decorado ha desaparecido, la muerte está al cabo de todos los años venideros, oculta simplemente a veces detrás de la esperanza de tu rostro.

En este mundo que de golpe ha recuperado sus proporciones, en este mundo sin adornos, no solo me aferro a ti con todas las fuerzas de una ahogada, sino que además te reencuentro descarnado para mí, y con cada movimiento tuyo me fabrico un poco de coraje. La vida puede llegar a separarnos; creo que igual lo consigue, pero nunca dejaré de vivir de ti, de los esfuerzos que haces cada día, de tu inagotable tensión.

Resulta difícil vivir sin testigos y muchos seres viven y mueren sin un solo testigo. Amor mío, miles de seres testimonian a tu favor y te agradecen que existas entre ellos.

Así pues, hay que continuar con obstinación, con saña y también con una especie de dulzura. Piensa en ello cuando te encuentres solo en la habitación del hotel, piensa en todos los que tienen la mirada fija en ti. Te cuento esto porque noto como un sentimiento de fraternidad con ellos y en cierto modo los quiero. Dejarías de ser tú si te desatendieras y la belleza se resentiría.

En cuanto a mí, te entrego mi vida a partir de este día. Puedo renunciar injustamente a la propia felicidad —si menester fuera— de pasar aún algunas horas entre tus brazos: pero jamás renunciaré a este amor que siento por ti, que me quema y que me ayuda incluso en «la abstracción» a soportar una vida que, a fin de cuentas, no es más que dolor. Los lazos que me unen a ti son más fuertes y más sólidos que los lazos de sangre; son los de haberte elegido y nunca aceptaré romperlos.

Dicho lo cual, estoy lista para devolverte por entero tu libertad. De momento, olvídame. Vive. Lucha. Acomódate en esa vida que se te otorga.

Haz felices a los que te rodean y sé feliz por ello. Olvida. Olvídame. No temas nada. Me recuperarás siempre, si lo deseas, cuando lo tengas a bien.

Me has hecho feliz, cariño mío, me has hecho feliz incluso hundida en estas dos semanas de desgarramiento, de espanto y de pesadilla; y estando a tu lado he podido despedirme en unos días de años resplandecientes de auroras e instalarme de lleno en tu luz de mediodía, sin sufrir demasiado. Y eso que no es nada fácil, como bien sabes.

Me has dado fuerzas para hacerlo y me has enseñado una vez más lo que cuesta el orgullo. Te lo agradezco con lo mejor y más solemne que hay en mí.

Existe otra intimidad al margen de la de levantarse y dormirse juntos; es la que consiste en llorar, reír, gritar de gusto o de dolor, la de convertirse en otro en los brazos de un ser amado, bajo su mirada, con confianza y libertad plenas.

No te he ocultado nada, cariño mío. No quería cansarte, me daba miedo añadir más torturas a las tuyas. Por eso he guardado silencio, porque nunca he estado tan desnuda, tan sencilla, tan despojada de reservas como lo he estado delante de ti durante estas dos semanas, muy casada y algo perdida.

¡Ay, amor mío! Qué destino tan extraño es el nuestro. A menudo me recuerda a los trapecistas que trabajan sin red. Allí arriba, siempre allí arriba, siempre en tensión, agarrados mutuamente, sujetándose mutuamente, y abajo, el abismo.

Vamos, hermoso rostro mío; mis queridos ojos, mi mirada, valor. Valor ahora y siempre, ¡hasta el final! A menudo te hago daño, te abrazo demasiado fuerte, te araño. Es solo por miedo a que te me escapes, porque abajo, lo sé, está el abismo.

Ahora y solo ahora, si me enterara de que algo que sea yo puede retenerte y que prefieres descansar por fin, te dejaría marchar.

Por lo visto, el pobre Cuny ha intentado suicidarse.[342]

Medianoche

Esta mañana he ido a la radio. Me quedé allí desde las nueve hasta la una de la tarde. Grabamos en el patio; hacía frío. Tenía que poner acento del sur y estar alegre. Hablamos de Nicole Gallimard y del accidente que han sufrido su hijo[343] y los Cuny. Luego me comunicaron que alguien que me cae muy bien está enfermo. Pigaut estaba allí, triste y atento, como siempre. Me llevó a tomar primero un martini y luego un café en un «cafetín» diminuto. A nuestro lado, una mujer sola escribía y lloraba, sin esforzarse ya por mantener la dignidad. Definitivamente, la locura ha tomado esta ciudad, o bien yo me he pasado todo el rato con una extraña ceguera.

Al final del programa, Roger me hizo tomar un whisky para entrar en calor. Volví a casa para el almuerzo a las dos y me encontré a Ángeles con el alma en vilo. Ya me daba por muerta.

Por la tarde, a las tres y media recibí a la periodista de *Combat*. Se quedó conmigo hasta las cinco. Acto seguido me envió un bonito ramo de flores; luego estuve escribiendo, te escribí las páginas anteriores a esta. Andión vino a las siete a darme un beso. He recibido desde España cartas estupendas y cariñosas.

Por último, la función. No sé cómo he conseguido decir mi texto. A partir del segundo acto volvió a entrarme esa sensación tan precisa que me visita últimamente de que voy a perderte, de que todo esto nos va a separar para siempre. No podía seguir hablando; me erguía desesperadamente para recuperar el aliento y aguantar, en actitud de orgullo. Es algo que he aprendido en el teatro. La actitud a menudo ayuda al sentimiento. Pero era superior a mis fuerzas y al poco rato acababa otra vez encogida. Dije el

texto hasta el final y volví a casa. No había nadie. Orden. Una sola almohada perdida en mi cama. Y arriba, encima de mi cabeza, gente bailando la samba. Una fiesta sorpresa. Quat'sous a mi lado e imágenes, imágenes, imágenes.

¡Ay, amor mío, dime, dime que me sigues queriendo! Dime que volveré a encontrar a tu lado algo de calidez. ¡No te haces idea! ¡Este piso, estos libros, esta ciudad, esta primavera! ¡Ya no puedo más, cariño mío, adorado mío! ¡Dime que sigues ahí, que no te has ido lejos de mí! ¡Dime que no estas harto de mis sufrimientos y que mi presencia a tu lado no te resulta muy pesada! Vuélvete otra vez hacia mí con tus hermosos ojos de amor. ¡Ay, hermoso rostro mío, mi vida!, sé feliz lejos de mí, si es preciso, pero no me dejes sola. Lo entiendo todo, siempre entenderé todo lo que hagas; aceptaré, pero nunca me abandones del todo.

¡Ay! Ya me callo. Tengo que callarme. No quería escribirte mucho para no fastidiarte con mis desgarramientos, pero resulta que no puedo evitarlo.

Domingo por la mañana [16 de abril de 1950]

Acabo de despertarme. He leído lo que escribí ayer y he dudado si enviarte esta carta; aun así, voy a hacerlo. He aprendido que guardar algo de silencio solo crea malentendidos. Así pues, amor mío, has de saber en qué punto estoy. Puede que te haga un poco desdichado, pero es imposible que no encuentres aquí el corazón palpitante que te entrego por completo. Creo que de alguna manera aportará certeza, valor y una cálida promesa de tremenda felicidad.

De ahora en adelante, tanto para ti como para mí, se trata de vivir. Es la única forma que nos queda de poder reencontrarnos algún día. Viviremos.

Te querré siempre; te querré sin parar.

Hasta la vista, cariño mío. *A rivederci*. Dime cuándo quieres que te escriba y estaré callada todo el tiempo que te apetezca. Te quiero y descanso en ti para siempre locamente.

V

281 — Albert Camus a María Casares

Martes, 3 de la tarde [18 de abril de 1950]

Querido amor mío:

Tu carta me ha dejado anonadado. Anonadado de tristeza y también de un amor que me asfixiaba. No será hoy cuando responda a ella en realidad. Necesito aún algo de tiempo para recuperar el aliento, superar esta soledad y dejar que hable mi amor por fin y solo él. Por lo menos no creas que tu carta me haya hecho desdichado. No podía serlo más de lo que lo soy desde el sábado. Y además he buscado en ella, con algo así como una avidez ciega, solo una cosa: la confirmación de tu amor. La he encontrado y no he acabado aún de nutrirme de ella. Lo demás, la pérdida de la esperanza, el amor adulto, la espantosa y solitaria lucidez, ya lo sabía. Te lo había leído en la cara desde el primer segundo de nuestro encuentro. Lo volví a leer la noche en que te anuncié mi marcha y la decisión del médico. Y desde ese momento no he dejado de desesperarme y de sublevarme contra mi impotencia para salvarte de todo esto. Uno sabe que algo es muy duro porque sabe que querría ahorrárselo al ser que ama. Pero están la vida y la muerte. Y estamos obligados a ver cómo sufre el corazón amado. ¡Ver eso y seguir viviendo!

Sí, hay que volver a empezar y te doy la razón. Volver a aprender a amar

la vida y a disfrutar de ella al día. Sencillamente, no creo poder aceptar el don unilateral que me haces. Voy a intentar sobreponerme también a eso sin calcular el tiempo o los plazos. Ya veremos entonces. Pero no aceptaré nunca que consumas tu vida lejos de mí, en una semiesterilidad. Si no puedo, dentro de unos meses, reanudar una vida normal, si me confirman lo que me han predicho, entonces tendré que tomar una decisión. Pero eso cae lejos y no debe impedirnos resucitar como podamos. No olvides en cualquier caso *nuestra* certidumbre: en adelante seremos inseparables, este amor, pese a todo, no se detendrá.

Voy a intentar vivir, efectivamente. Durante este tiempo aprovecharemos cuanto se pueda aprovechar. Una carta de F[rancine], que me he encontrado aquí, me anuncia que al final no vendrá antes de primeros de junio. Si la obra para y pudieras venir a descansar por la zona nos apretaremos un poco más, uno contra otro. Si no puedes, intentaré usar lo mejor posible este mes y medio: trabajaré, claro, tanto como pueda. Hay muchas personas que testimonian a mi favor, desde luego. Pero siempre he deseado conservar *tu* testimonio hasta el final. Por eso querría hallar aún fuerza para luchar, y la fuerza suplementaria para hacerte, pese a todo, feliz. Durante este mes y medio voy a intentar olvidarte un poco para volver a ti más fuerte y enriquecido cuando sea necesario. Haz tú lo mismo. Hagas lo que hagas, te seguiré siempre y te querré igual. Estate orgullosa, tienes derecho a ello. Siempre he encontrado en ti lo más noble que hay en el mundo. Y a veces he sentido ganas de besarte el corazón con respeto y ternura. Te beso aquí, querido amor mío, como te quiero. Aunque es cierto que durante mucho tiempo no podremos vivir sino de este amor peculiar, secreto y desbordante, desdichado e iluminado, lo haremos con valor, con la seguridad de esto al menos: que nuestros corazones se rendirán justicia mutua eternamente.

Escríbeme como quieras, cuando te salga de dentro. No lo hagas a diario.

No fuerces nada en ti. Esperaré tus cartas, claro. Pero dos veces por semana, por ejemplo, o una vez si no puedes hacer otra cosa. Qué más da. Aprendo a vivir de ti sin ti. Sí, es una fidelidad tremenda la que está empezando. Pero sobre todo, sobre todo, no pienses nunca que pueda cansarme de tus sufrimientos. Tus sufrimientos son el pan de mi corazón. Vivo de ellos, los quiero y los respeto. No pueden dejar al que te ama fuera de su propia felicidad. Sencillamente, deseo volver a ver tu cara resplandeciente para resplandecer con ella. ¡No, no te dejaré sola! No, no te abandonaré y estaré siempre en tu vida, de la forma en que tú quieras, pero en tu vida hasta el final.

Y ya está. No volveré a escribirte sobre este asunto salvo si me asfixio… Entonces, valiente mía, sacude tu querida cabeza y mira de frente con orgullo. Necesito tu orgullo, ya lo sabes. Aquí está lloviendo. Todo es muy triste, pero cuento contigo, me repito tu nombre. Querido amor mío, me ahogan las lágrimas, pero no te desesperes, los impulsos, la vida pródiga, la generosidad volverán pese a todo. Beso tus manitas, tus hermosos ojos. Ahora, adelante. No apartaré la vista de ti.

A.

282 — María Casares a Albert Camus

19 de abril [de 1950]

Albert querido:

No he dejado de escribirte desde el sábado, pero, al releerme, decidí al final guardarme para mí de cada carta mis valiosos arrebatos y esperar a que lleguen días mejores para compartirlos contigo.

Pero ¡ay!, los acontecimientos se han conjurado contra mí y hoy, después de tres días de esperar en vano y de luchar contra la locura, me resuelvo a enviarte, al menos, noticias mías, sin tratar de entrar en lo esencial.

Pues ¡adelante! La vida sigue… la muy infiel.

Ocupaciones, ocupaciones y más ocupaciones, ese es el lema actual, con lo que, por ahora, resulta imposible seguir el régimen de descanso prescrito. Así que vamos a estar ocupados e interesados. Todo consiste en mantener el interés y deslizarse hasta la noche por esta mar vertiginosa; todo consiste en mirar fijamente el sol, no distraerse y olvidar que abajo está el agua. La tierra queda lejos, tocar puerto es improbable y, mientras esperamos a que pase la tormenta, solo se trata de aguantar y no mirar hacia el abismo.

Así que, vamos a estar ocupados e interesados.

La radio. ¡Ay, la radio! He intentado convertirla en hada madrina.

Acabo de terminar la grabación de *Catherine Ségurane*[344] y creo con pesar que de ahora en adelante tendré que soportar otro exilio y su lastre. Sí, cariño mío, cuando en el condado de Niza y en toda la Provenza oigan cómo he encarnado a la heroína del sur de Francia *con acento*, me prohibirán entrar en esa hermosa región para siempre jamás. ¡Ay!, qué cruz. Pero, bueno, me ha servido para ganar 25.000 francos y alcanzar auténticos momentos de profunda emoción artística. Mi compañero de reparto era Roger Pigaut y ¡había que vernos imitando delante del micrófono el galope de un caballo para interiorizar el ritmo y aplicarlo a las encendidas réplicas que teníamos que cruzarnos! Ha sido inolvidable.

Ya nos han prometido más sesiones y hasta finales de esta semana no tengo ni un momento de tregua; además de la grabación de los poemas, que no he interrumpido, el viernes por la noche tengo que presentar a la audiencia a Robert Bresson e interpretar una obra de Thierry Maulnier que se titula *La Ville au fond de la mer*.

Cuando el hada-radio me falla, recurro a las citas amistosas, a las reuniones de ocio o a las entrevistas. Esta mañana, sin ir más lejos, han venido a casa para hacerme un reportaje fotográfico en blanco y negro y en color. Después de prohibir que me sacaran vestida de española o de china, cocinando o en el lavabo, me he quedado sin energía y he dejado que dispusieran de mí, inerte. La cosa ha durado una hora y en la terraza me he cogido un catarro que no va a contribuir a mejorar la afonía que me provocaron los gritos de «Victoria» y de «Mueran los turcos» de Ségurane.

Aparte de eso, he salido un poco. El domingo, entre la función de tarde y la de noche, fui con «los justos» a tomar una copa en un barco cuyo guarda es Pommier y que está amarrado enfrente del Louvre. Un *bateau-mouche* reformado muy bonito. Volveré el sábado por la noche con Michel y Ariane [Bouquet].

He almorzado con Roger Pigaut y con Éléonore Hirt,[345] muy conmovida con «tu mentalidad tan dulce», he ido a beber por ahí otra vez con Roger y con Serge Reggiani. Como te he dicho, ¡me falta tiempo!

En casa, el ambiente está melancólico.

Ángeles a lo único que aspira es a verme por fin un poco más «poêlée». Tras mucho investigar, he comprendido que lo que quiere es que con los medicamentos me ponga más *potelée*.[346] Al margen de eso, está pasando una crisis en la que la filosofía manda. Nos llueven los refranes.

Está en actitud resignada. Tuerce la boca con escepticismo. Dos acontecimientos han acabado con todas sus esperanzas de mejora.

1) Como todos los años, el 14 de abril quiso asistir a la fiesta que se organiza en honor de la República española en la sala Pleyel.[347] Por desgracia, esos tiempos han quedado atrás y la era de la democracia y de los viejos federales está superada; esta vez, la fiesta de España estaba dedicada

al trigésimo aniversario del comunismo español. No más bailes ni poemas; solo *La Internacional* (¡en mi país siempre van a la zaga!) y discursos.

Pero resulta que Ángeles no siente precisamente adoración por el padrecito Stalin. Se interpone entre ellos un asunto de mantas. Pues sí. Una vez que la llevaron a rastras a un mitin de Marcel Cachin, tuvo la desgracia de querer aprovechar para sentarse en un pedacito de manta que asomaba por debajo de las posaderas de una militante. Menudo escándalo; desde entonces, cuando le mencionan el comunismo, exclama: «¡Mucha igualdad, mucha igualdad, pero hay que ver la que montan por un pedacito de manta!».

Así que la fiesta la agobió mucho.

2) De propina, el lunes por la mañana nosotras dos y Juan actuamos en casa en un curioso espectáculo. No sé si llamarlo drama, misterio, tragedia o vodevil. La función duró una hora y los resultados fueron bastante lamentables.

Mireille apareció por casa y pasó lo que tenía pasar. Crisis, escándalo, ruptura y, desde entonces, un regusto extraño que me provoca náuseas.

No merece la pena contártelo. Es demasiado largo y penoso. Basta con que sepas que le pegué, le crucé la cara y, si hubiera tenido un arma a mano, habría hecho un disparate; desde entonces, una nueva imagen se ha sumado a las antiguas: esa cara debajo de mi mano; y una angustia desconocida: el miedo a mis reflejos y el asco por lo que hice. ¡Ay!, ¡ya nunca podré perdonarle el haberme llevado a tales extremos!

A todo esto, Ángeles estaba perdidísima en medio de aquella locura y gritaba a voz en cuello: «¡Ay!, ¡Dios mío! ¡Si el señor Camus estuviera aquí, no le harían daño a mi niña!». Ni siquiera se daba cuenta de quien pegaba era yo. Y en cuanto a Juan, tuve que encerrarlo para evitar lo peor.

En cuanto a Pitou, al final se decidió a marcharse diciendo: «Te perdono,

¿has visto?, ¡te perdono!». Y más tarde: «¡Cree! ¡Cree… y tendrás corazón!», y por último «¡Pobre casa!».

En estas está nuestra vida familiar.

En el teatro, ruge la tormenta y el cielo se vuelve amenazador. Bouquet ha dicho, en escena, al final del segundo acto: «¡Qué sabotaje!» y se echa a temblar… (pero *¡físicamente!*) en cuanto se le acerca Torrens. Este, impertérrito, sigue adelante entre las chicas que se beneficia y, ¡oh, poesía!, *antes del quinto acto y delante de mí, le ofrece a Bouquet si quiere a unas cuantas para esa noche*. «Tengo a seis en el camerino, ¡no sé qué hacer con ellas!».

Imagínate. Imagínate.

De propina, la dirección está patas arriba. El Vaticano da marcha atrás, el Olimpo cierra sus puertas, y el amo se entera de la catástrofe leyendo *Le Figaro*.

¡Adiós a los sueños! ¡Adiós a los sombreros que había comprado para poder descubrirse! ¡Adiós a las esperanzas!

Queda la gira normal y corriente, el viaje en autocar durante cinco días hasta Roma, y los teatros italianos del montón.

Todos estos acontecimientos no son precisamente un bálsamo para los nervios de punta de los pobres justos y veo que al final acabará llegando la sangre al río. No cabe duda. Bouquet se abalanzará sobre Torrens para degollarlo; yo, al intentar sujetarlo, perderé el aliento que me queda; Hébertot, al ver a su delegada (un nuevo título para mi blasón) jadeante, querrá interpretar el papel de Dora. Serge Reggiani, al que habrán llamado para sustituir a Torrens, lo matará. Guy acabará con Serge. Pommier vengará nuestros despojos poniendo una bomba en el teatro y solo quedará, a lo lejos, como testigo del desastre, montando aún el tablado de *La*

Anunciación en el Vaticano, como un Sísifo olvidado, Plombier, con sayal, que cantará para los siglos venideros los logros de la francmasonería.

Y esto es todo, cariño mío, en lo que al teatro se refiere.

Sobre lo demás, prefiero callarme, pues yo también he decidido cortar de raíz cualquier grito.

A menudo —¡ay!, cuán a menudo—, a través de los desgarrones de esta telaraña que tejo alrededor de mí, te entreveo, solo en tu habitación del hotel. Ánimo, amor mío. Ánimo.

Ya paro. Hay cosas que no conviene tocar. Estemos ocupados. Estemos ocupados.

Hasta pronto, amor mío. Espero tu carta para saber si deseas mi presencia en sobres.

Dímelo. ¿Quieres descansar de mí? ¿Quieres que no mande nada más? He aprendido que hay que ser muy grande para poder permitirse querer demasiado a un ser. Puede que yo no te aporte más que dolor; puede que Michel Gallimard tuviese razón al animarte a que huyeras de mí. Dímelo, cariño mío, lo entenderé tan bien…

Te beso, amor mío.

Maria

283 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Sábado 21, por la tarde [22 de abril de 1950]

Querido amor mío:

Aquí me tienes de lo más cansada, de lo más baqueteada, de lo más ajetreada, de lo más… de lo más… de lo más atontada. Por fin he alcanzado

el estado perfecto para aguantarlo todo y solo aspiro a una cosa: que siga así hasta me sienta lo bastante fuerte, lo bastante recuperada, lo bastante sana para poder recomponerme y volver a empezar de verdad.

Por ahora, esto es un desastre; me he desentendido de todo. He pensado que, para cuidarme el cuerpo, primero tenía que adormecer las imágenes que me obsesionan, los sueños frustrados que me gritan por dentro cada vez que los miro y el dolor insoportable que me causa tu ausencia. Me he puesto manos a la obra y, como ya te conté en la última carta, no he escatimado ningún medio para impedir cualquier diálogo conmigo misma.

Por un tiempo, en casa se han implantado algunas costumbres superadas y olvidadas —reina el desorden—, la ropa está tirada por ahí. Las cartas se amontonan por todas partes esperando a que las contesten. El teléfono suena en vano. Las citas se anulan en el último momento; el aparato de radio berrea. Yo duermo noche y día, estoy ausente. Aquí están de nuevo la dispersión, la locura y el despilfarro; pero esta vez, con aplicación. Es muy triste, pero solo es pasajero. Me gustaría, en efecto, conseguir recuperarme. Sé que de momento me resulta imposible llegar al final del día con tranquilidad y que el verdadero descanso solo acabaría con mis fuerzas y conmigo. Así que he decidido drogarme, sin drogas, y medio dormida, fabricarme una actitud que pueda sostenerme el día en que me resulte un poco más fácil despertarme. Entonces y solo entonces retomaré la vida, mi vida; por ahora, lo único que hago es encadenar hora tras hora, prohibiéndome tajantemente mirar hacia atrás o hacia delante. Ciega, eso es. Estar ciega para distinguir más adelante los mínimos destellos en la oscuridad.

Tengo ayudantes: los justos. Pommier y Bouquet-Arianne por una parte; Serge, que parece que quiere hacerse cargo de mí, por la otra. Anoche salí con él. Fuimos a cenar a Dominique; luego me llevó al Circo de Invierno

para asistir a unos combates de… ¡lucha libre! Por último, acabamos la velada en el Baccara, donde ahora está actuando Yves Montand, y a las tres de la madrugada me dejó en casa, extenuada, abrasada por culpa de tres tristes whiskies y dos vodkas, y harta de brazos agarrándose, de piernas girando, de dedos retorciéndose, de manos amarillentas de futuros cadáveres, de golpes de antebrazo, de muchedumbre chillona, de canciones de amor, de parejas bailando *LaVie en rose*, de confidencias, de juramentos de amistad, de amabilidad, de afabilidad, de coqueteos y de sentimentalidad a lo Prévert.

Caí en la cama como un saco, agradeciéndole con toda mi alma a Serge, a pesar de los pesares, que me hubiera traído un poco de vida y de calidez. Porque… lo que se dice vivo… ¡está muy vivo!

Me dormí en el acto porque, todo hay que decirlo, durante el día había hecho dos programas agotadores. De diez a doce, grabé varios poemas («Las lamentaciones de una china». Una carta, la tercera, de la Monja portuguesa, y unos sonetos de Du Bellay; Louise Labé, Ronsard, Baudelaire, Nerval, Verlaine, Heredia, etc.). ¡Uno detrás de otro! Y, después, ¡una entrevista!

Por la tarde, de cinco a siete, en el Studio d’Essai, presenté a la audiencia a Robert Bresson y debatí sobre religión con el padre Pichard,[348] que me dijo que debería interpretar a la Virgen de Botticelli. ¡Se le ocurrió la idea viendo *Bagarres*![349] ¡Acabáramos!

De propina, esta mañana tenía que ir a la radio muy temprano para grabar una obra de Thierre Maulnier (digna pero aburrida), para lo cual me tenía que levantar a las siete y media, cosa que por cierto hice. Y esta noche, después de la función, Bouquet-Arianne, Pommier y yo hemos organizado una «fiesta»[350] en el *bateau-mouche* que vuelve a estar a cargo de Jean.

¡Espera! ¡Espera! Mañana almuerzo con un médico y, entre la función de

tarde y la de noche, recibo a Serge Reggiani.

El lunes, tengo dos grabaciones de radio por la tarde antes de la función.

El martes, Bouquet-Arianne y Pommier vienen a almorzar a casa.

Respecto al resto, aún no sé nada.

¡Y que no vengan a decirme que me estoy descuidando!

En medio de tanto jaleo, de tanta locura, no he perdido la cordura, sin embargo, ni por un segundo, y, aunque suponga una tremenda tristeza, no deja de implicar también una dulzura muy grata, la de la fidelidad ciega e irracional. Esté donde esté, haga lo que haga, me siento perteneciente, entregada, prometida, y, en mis intentos por olvidarme de ti, lo que hago es olvidarme al mismo tiempo de mi condición de mujer; y todo ello sin tener que esforzarme ni que pensarlo, de forma natural, como quien duerme, como quien come, como quien bebe.

Antes, mientras estabas fuera, me enclaustraba para ti, salía, leía, hablaba *para* ti. Para contártelo, para que lo supieras. Tenía la fijación de no olvidarme de ti nunca. Ahora que dedico todas mis fuerzas a borrarte de mis horas, ahora que salgo sola, que vivo sola, que he renunciado a dedicarte mis minutos para poder dedicarte toda mi existencia, resulta que ya no me dejas y que, cuando por fin desapareces, yo desaparezco contigo.

He recibido tus dos cartas; la primera ya me la sé de memoria. La segunda me estaba esperando esta mañana, al volver de la radio.

Me resulta del todo insoportable que tengas que quedarte un mes y medio tú solo, a unas horas de tren de mí. Me ahogo solo de pensarlo.

Ay, amor mío, amor mío querido, tan tierno y a veces tan pequeñito, tan menudo, tan helado, ¿cómo vamos a hacerlo? ¡Estar a tu lado!

¡Volver a abrazarte! ¡Claro que sí! ¡Claro que sí! Delante de ciertas

imágenes, debería desaparecer todo, pero, si así fuera, si yo actuase de determinada manera, ¿me querrías como me quieres?

¡Verdelot! ¿Te acuerdas? Si no me hubiera quedado con mi madre, *¡con mi madre!*, para reunirme contigo, si la hubiera dejado sola en medio del miedo para saciar mi felicidad, ¿sería la persona que soy?

¡Ay, me acuerdo de todo! ¡Y también del día de Año Nuevo! ¡El último día del año! Quería volver a casa, y luego te dije: «¡Tú te vas a ir! ¡Él va a tenerme durante estos tres meses tan largos!».

Todo eso no tiene nada que ver, pero ¡déjame que te lo cuente! ¡Ay, sí!, déjame que te cuente poco a poco todo lo me corroe por dentro.

Lo malo es que no veo solución alguna. Hébertot sale esta noche para Italia, el teatro se queda solo con François por un lado y, por el otro, yo, delegada de los actores. ¡Los actores!… Bouquet, que se quedó pálido antes de ayer delante de una factura olvidada que le presentó el dueño del Relais. Pommier, que ya ha cobrado por adelantado no la semana próxima, sino la siguiente.

¡La obra! Un poco sofocada, es cierto, llena de desgarrones, pero aún viva a ratos y en el quinto acto.

¿Qué hago, cariño mío? Y también ¿qué digo? No puedo dejar al Amo de la noche a la mañana. Tengo que darle tiempo para que se le ocurra otro montaje. Y, además, estando él fuera… ¿cómo lo hago?

Queda la esperanza de que se agote el éxito. La recaudación ha bajado, bien es cierto, pero esta mañana me he encontrado con Michel Vitold y me ha contado que desde Navidad pasaba igual en todas partes. Entonces ¿qué?

¿Qué hago ahora? ¡Te he dejado solo tantas veces! Todo habría sido más fácil si me hubiera colgado de tu cuello hace tiempo. No me creía con derecho a hacerlo, y esto es lo que pasa. ¿Qué hago?

En lo tocante a la casa, creo que deberías trasladarte lo antes posible.

Puede que los primeros días te sientas allí algo perdido, pero te acostumbrarás y estarás mejor que en el hotel, reinarás en ella como un gran señor solitario —mi gran señor, mi dulce señor—, y así te ahorrarás más adelante mudanzas y más adaptaciones. Y, en cuanto a la compañía, siempre puedes, cuando se te antoje, ir al hotel, almorzar y mirar a tu niña a voluntad. ¡Vamos! Cariño mío.

¡Ánimo! ¡Mira! ¡Ya hace bueno! Pronto llegará el verano… y, ¡quién sabe!, puede que días felices y resplandecientes. Instálate, trabaja, procura quitarte de encima lo que tengas que hacer y preparar un último mes en Cabris despejado, para poder vivir con alegría y esperanza. ¡Venga, cariño! Supongo que Francine volverá con los niños, ¿no? Prepara su llegada. Acaba las tareas pendientes más pesadas para que puedan disponer de ti y tú de ellos, durante unas semanas. ¡Venga! ¡Ay!, ¡ojalá pudiera ayudarte, abrir todas las puertas, sacudir todo el polvo, brillar junto a ti!

Le he dado el beso a Ángeles. La semana que viene me dedicaré a buscar algo para ella. Ya te contaré. Me ha escrito Reynal. Me encarga que te mande mil recuerdos desde Florencia. Está exultante. Revienta de belleza y de amor. Me llama. ¡Y ahora resulta que también él me habla de «glicinias y de olivos»!

Y esto es todo por hoy, cariño mío.

Esta carta me parece muy curiosa, pero no me lo tengas en cuenta; estoy algo cansada y, además, te voy contando las cosas según se me ocurren. Pero es que ahora se me ocurren cosas muy heterogéneas.

Solo hay una línea firme, pero suave, continua y renaciente: mi amor por ti. Tómalo con cuidado; necesita cariño.

Te quiero,

M.

PS: Sigo dándole vueltas. Si dejo la obra, incluso con H[ébertot] ausente, no puedo hacerlo antes del 15 de mayo, aproximadamente, para darles tiempo a buscarse la vida. Si F[rancine] llega el 1 de junio, ¿crees que por pasar unas horas juntos (¡ay!, ya lo sé, es maravilloso) merece la pena complicarle la vida a tanta gente?… ¡Ay! ¿Qué hacemos?

284 —ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 7 y media de la mañana [22 de abril de 1950]

Querido amor mío:

Acabo de abrir mis ventanas a otra mañana gris y la necesidad de escribirte que me atormentaba desde ayer se volvió inmediata. Salvo un rato, el lunes, en que despejó, no ha dejado de llover o de amenazar lluvia desde que llegué. Te escribo en la cama, despierto a medias, vivo a medias, pero empezar el día sin ti es tan difícil.

Pierre se ha quedado conmigo hasta hoy. Se va esta noche. Es un buen acompañante, algo taciturno, pero cariñoso. Ayer lo llevé a visitar la costa hasta Menton, donde almorzamos. Pero la costa con lluvia recuerda un domingo de primavera en los trópicos: palmeras mojadas, charcos que siempre acaba uno por pisar, el mar sucio y la gente escapando bajo la lluvia. Quería ver, a diez kilómetros, más arriba de Menton, un sitio que había localizado en el mapa. Sainte-Agnès, encaramado a más de setecientos metros. Me decía que podía ser un refugio para mí, algo así como un balcón que daba al mar. El pueblo era bonito, efectivamente, pero le daba por completo la espalda al mar, del que lo separa un espolón rocoso. Y había una humedad gélida. Para que entrase en calor, seguramente, lo

habían rodeado de fortines verdes y negros y de nidos de artillería camuflados. Al final, de todos los sitios que he visto, Cabris es el más bonito y el que reúne más elementos favorables. Y es en Cabris donde tengo que instalarme. He quedado dentro de un rato con un aristocratucho del lugar, un personaje andrajoso y sucio, a quien siempre acompañan unos perros magníficos, exmilitar y galán trasnochado que habla de las mujeres con un estilo cuartelario. Vive solo en una villa que alquiló cuando estaba con su mujer. Ella lo ha dejado, cansada seguramente del estilo cuartelario, o se habrá convertido al pacifismo. Así que quería subarrendar la casa, que está algo más abajo de la otra en que estuve y que, aunque más vulgar y menos cómoda, podría valer. Si la alquilo, lo haré ya y me traeré a Jeannette. Pero a lo mejor me siento un poco perdido en esta casa tan grande durante mes y medio.

De momento, y dejando aparte la salida de ayer, la vida transcurre como estaba previsto. Me despierto a las siete y media o a las ocho. A las ocho y media, Inès (es la chica para todo del hotel, italiana pese al nombre, y la mismísima imagen de la bondad) me trae el desayuno, enciende la estufa y me trae agua caliente cuando vuelve a buscar la bandeja. Y luego, bien en la cama, bien en la mesa, intento leer o trabajar. Ni hablar aún de trabajar en serio. Pero querría, en esta primera semana, liquidar las galeradas de mis crónicas y de *Bodas* y poner el correo al día. Así que querría empezar el lunes a trabajar de verdad. Pero no me hago sino ilusiones sensatas al respecto. Entre las once y las doce de la mañana me gustaría dar un paseo, pero estos días llovía a mares y no se podía. A las doce y media, almuerzo en el comedor del hotel. Los únicos huéspedes son mujeres. Por desgracia, todas de edad avanzada y de aspecto físico lamentable. Únicamente hay una exquisita niña de siete años, y no me canso de mirarle la cara. De la una y media a las tres y media o las cuatro, cama y lectura, o correo. A las cuatro

tocaría un paseo si… De cinco a ocho, trabajar (en este momento, ensoñaciones estériles). A las ocho, cena, y vuelvo a mirar a la niña. Vale más que oír el relato de los achaques de estas señoras, que la verdad es que son muy desdichadas. De nueve a once, trabajar en la cama, o lectura, o nada, como es el caso. A las once, apago.

Ya ves, una vida regalada. Es también la vida de los ancianos, a decir verdad. La marcha de Pierre (acaba de confirmarme que se va esta noche) va a empeorar más la uniformidad de estos días. Y me enfada conmigo mismo el no sentirme muy animoso ante esta soledad por llegar. Pero el sol, si vuelve, me ayudará a lo mejor. Ah, se me olvidaba, el número de teléfono del hotel es el 3 de Cabris. Solo estoy a las horas de las comidas, porque mi habitación está en el anexo, que cae bastante lejos. Además, el teléfono está en la zona de paso al comedor. ¡Así que por desgracia solo puede valer para cosas urgentes!

Y nada más. He querido escribirte una carta con detalles para que me acomodes con la imaginación en esta nueva ausencia. Querría también que me dieras detalles tú, con todo tu corazón. No he dejado de pensar en ti desde que llegué y esta habitación está llena de sombras con tu cara. Sueño contigo. Imagino a veces que la obra para y que te instalas en Cannes o en otro sitio, que eres feliz allí y que voy a diario a hincarle el diente a esa felicidad. ¿Es realmente imposible? Me preocupa, por lo demás, y continuamente, cuanto te cansa esa obra. Piénsalo bien y dime si no valdría más dejarlo ya. Yo lo pienso y me gustaría.

Dale un beso a la querida Ángeles. La desdicha de estos últimos días me ha vuelto egoísta y no me he ocupado de regalarle lo que quería para su piso. ¿No podrías hacerlo tú? Quiero decir escoger algo y te mandaría lo que costara.

Aquí llega la dulce Inès. A lo mejor tengo hoy carta tuya. Toco techo en

mi trapecio, he llegado al salto mortal, pero ¡necesito que me tiendas la mano, tu dulce y querida mano, mi gran amor, mi tierna amiga! Te quiero infinitamente, aquí tienes tu sitio a mi lado… ¡cuánto valor vamos a necesitar! Sí, sé valiente, pero no te olvides demasiado de mí.

A.

285 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 9 de la noche [22 de abril de 1950]

Querido amor mío:

Hoy ha sido mi primer día de completa soledad. Es también el sexto día de una lluvia que no ha parado desde que llegué. Había adoptado disposiciones para no caer en la inactividad. He trabajado toda la mañana en las galeradas de mis crónicas. A la hora de comer, había terminado. Después de comer, he leído un poco. Y a las tres y media me puse con las galeradas de *Bodas* (la reimpresión).[351] Tardé bastante poco. Y quise ir a dar un paseo porque había dejado de llover un rato. Pero el cielo gris, la tarde que iba cayendo, el mar pálido a lo lejos… Volví enseguida y me puse con el correo. A la hora de cenar me había liquidado unas diez cartas. Cena tristona entre mis señoras mayores, que me arropan con la mirada con expresión enternecida. Les han dicho que era el escritor. Así que hacen como que son discretas. Pero es una discreción como para reventar los cristales de las ventanas. Y ahora aquí estoy.

Vuelvo a leer la carta tuya que recibí ayer. ¿Por qué no me has mandado lo que habías escrito? Te dije que no me escribieras todos los días porque sé que, pasado algún tiempo, llegan la sequía y las agujetas del corazón, que

duele, que quiere decir y ya no sabe decir. Si algo te empuja hacia el papel, ah, pues escríbeme a todas horas, manda diez cartas diarias, me muero de soledad, y cada señal tuya me salva de horas indecibles. ¿Que si ansío tus sobres? ¿Que si quiero que no mandes nada? ¿Quieres que reviente en mi agujero? Aunque no me aportases sino dolor (y bien sabe Dios que me tienen aún el corazón maravillado algunas alegrías que me has dado), se trataría de *tus* dolores y de *nuestro* caso. Acaba con tus temores, grita ante mí si te apetece. ¿Delante de quién íbamos a poder gritar sino entre nosotros?

Te escribí ayer antes de recibir tu carta y has debido de recibir la mía esta mañana: se la di a Pierre, a quien llevé ayer al tren y tenía que enviarla por correo neumático en la estación de Lyon. Si lo hubiera sabido, habría esperado… Tu carta crispada me ha dolido. Querría relajarte. ¿Por qué esa pelea con Mireille? ¿Qué te dijo para que te pusieras así? ¿Crees que será bueno para ti pasar de una reclusión casi total a tantas salidas? Preferiría una vida más sensata, que no te perjudicase los nervios, que se dividiera entre el descanso y la distracción. ¡Ay, mi niña tremenda, cuántas preocupaciones me das! Qué intranquilidad saberte sola e indefensa ante el dolor. Te lo ruego, intenta encontrar un equilibrio, incluso provisional. Esta ausencia me da tantos remordimientos como tristezas. Si estuviera ahí, sé muy bien que te habrías encaminado poco a poco hacia la salud.

Me gustaría, para distraerte, hablarte algo de mis días. Pero la verdad es que no hay nada más que lo que te he contado. Todo va por dentro. Pero estos días sin puntos de referencia son interminables. Tengo de verdad la esperanza de poder a partir del lunes sumergirme en el trabajo. Si no… no sé. He recibido una carta muy amable de Éléonore Hirt. Me gusta esa chica, sabe comportarse. A lo mejor podrías verla a veces y pasarlo bien con su

amistad. Dejando eso aparte, mi correo se compone de cartas de importunos o de sablistas. Y hay que contestarlas.

Echo de menos no tener radio para oírte, incluso haciendo de Ségurane. Echo de menos no poder llamarte por teléfono todas las noches. Echo de menos no tenerte aquí, en este momento, a mi lado, en esta habitación que huele a madera caliente. Echo de menos la vida, las playas, tu cuerpo, nuestras grandes alegrías compartidas. Te echo de menos, amor mío, amiga mía, querida mía… Pero a lo mejor ocurre el milagro. Vive de aquí a entonces, pero no como una loca frenética, sino poniéndole a la vida toda tu inteligencia y toda tu ductilidad. Es a mí a quien perjudicas cuando te perjudicas, que no se te olvide. Y no olvides al que te ama, a tu pobre amigo privado de ti, su carne, su cielo, su agua… Te quiero. Hasta pronto, Maria querida. Y valor, ¿quieres?, el valor del amor indestructible…

A.

Domingo, 7 de la tarde [23 de abril de 1950]

Me he pasado el día enclaustrado, llovía como si fuera el diluvio, como para pensar que por fin estaba empezando el castigo divino. He escrito cartas, he andado dando vueltas, me he consumido, me he echado sermones, me he dado ánimos, me he predicado… pero no he dejado de sentir el apetito encadenado de vivir, la desesperación de este día interminable. Por fin me he permitido ir hacia ti, acercarme a ti aquí mismo como un fantasma, en el papel. Estás en tu cuarto, te estás arreglando, dentro de poco estarás en tu camerino. Estás cansada, ¿verdad? Ayer envejeciste en tu *bateau-mouche* y hoy, dos funciones. Me da la impresión de estar ahí, de estar viéndote tal y como eres. Ay, espero que me hayas escrito y que mañana al menos sea un poco luminoso. Pero ¡qué larga es la noche!

Y resulta que estoy empezando la carta que no quiero escribirte. Venga, al día, eso es, hay que vivir al día. Pero ¿qué hacer cuando el día tiene una cara roída, espantosa…? Te quiero demasiado, tanto que me asfixio, y esta nueva espera me mata. Te beso, beso tu querida boca. Devuélveme la fuerza precisa, amor mío…

A.

286 — María Casares a Albert Camus

Lunes por la noche, *24 de abril* [de 1950]

Querido amor mío:

El sábado por la tarde me despedí de ti diciéndote: «¡Mira, hace bueno!».

Pues ¡bien! Si has recibido mi carta hoy y en Cabris hace el mismo tiempo que aquí, debo decir que menudo olfato tengo. Rara vez he asistido a semejante desbarajuste del cielo. Lluvia, granizo, viento, un amago de sol e inmediatamente después una especie de noche de luz amarilla y cegadora. ¡El Apocalipsis!

En este caos, la gente no se halla. No conozco a nadie en este momento que esté bien de salud, anímica o física. Se oye hablar de desfallecimientos, vahídos, reuma, bajones, locura, todo tipo de dolencias. La única que parece estar aguantando el tirón soy yo… con Quat'sous.

En casa, Juan se resiente del estómago y Ángeles está dispuesta a desmayarse por un quítame allá esas pajas.

En la radio solo se oyen quejas.

Y en cuanto al teatro, ¡el acabose!… ¡Tengo que intentar concentrarme a toda costa y reunir todos los datos que he recogido en el camerino para

relatarte detalladamente cuál es el estado actual del teatro des Arts-Hébertot en estos momentos!

¡Veamos! Ya estás al tanto de la catástrofe que ha sobrevenido recientemente, catástrofe que es probable que haya desencadenado el frío y las turbulencias atmosféricas de esta primavera tan rara, y que obedece a que el Vaticano ha rechazado que se represente *La Anunciación* delante del Santo Padre.[352] Durante una semana entera, los bastidores del teatro Hébertot han sido el marco del rostro boquiabierto de la estupefacción. Durante jornadas eternas, los mayores se acomodaban allí, en secreto, cargados de promesas, sabiduría y planificaciones, y desaparecían a la hora en que llegábamos nosotros, dejando tras de sí sombras de poesía olvidada, rumores de oraciones rechazadas, densos perfumes a incienso ya frío. Y, por doquier, desorden y abandono, por doquier, como un inmenso signo de interrogación

Paul Claudel y Jacques Hébertot, a quienes *Le Figaro* había avisado de las decisiones de Roma, se afanaban por encontrar entre los múltiples poemas y odas del ilustre poeta aquellos que pudieran para tal ocasión cosquillear el oído, al parecer escandalizado, de la Iglesia católica.

El sábado, todo estaba decidido. Iba a salir la primera expedición y un autocar enorme, con los colores amarillo y azul —un cartel ambulante— cubierto de haches y con «gira oficial» escrito por todas partes, esperaba los decorados y los cestos con el vestuario.

En el tablón de trabajo, las últimas recomendaciones, entre ellas: «Se prohíbe llevar en el autocar perros o cualquier otro animal doméstico que no sea el perro del teatro Hébertot». (He estado buscando un león para regalárselo a Hélène Sauvaneix,[353] pero no he encontrado ninguno).

1.ª expedición: sábado por la mañana (decorados)

2.ª expedición: sábado por la noche (Guy y Hébertot)

3.ª expedición: lunes por la mañana (J[ean] Vernier y la compañía).

Por desgracia, Pouf, el perro del teatro Hébertot, el único de su especie al que admitían a bordo, no ha podido embarcar hasta hoy porque padecía una especie de tifus.

¡Y he aquí a *Los justos*, dueños absolutos del teatro hasta el mes de junio!

Por una parte, François encabezando la administración.

Por la otra, yo —¡infeliz!—, delegada de los actores.

En medio, el pobre Albert, siempre tan tonto y tan bonachón, cara a cara con los tramoyistas.

Y en la sala… unas cuantas personas perdidas, valientes, que aún desafían a los elementos del exterior y al lamentable espectáculo que les ofrecen en el interior.

Porque ¡menudo espectáculo…!:

1) La iluminación es distinta.

2) Los tramoyistas, cansados, ya ni siquiera se molestan en alzar el telón hasta el final de las llamadas a escena.

3) Se oyen más los ruidos entre bastidores que los diálogos de los actores.

4) Dora dice la mitad del texto de forma ininteligible y el resto desaparece entre leves dejes españoles y se pierde en los constantes fallos de memoria.

5) Boria se queda dormido en el camerino en los entreactos, se despierta para acordarse de «Alejandro el pequeño» y tronar contra el mundo entero y su mujer que está enferma.

6) Stepán se emociona, se crispa y se queda afónico.

7) Voirov se desvanece, absorbido por el vacío.

8) Skurátov cambiará de cara próximamente y adoptará los rasgos de Perdoux, mientras Œttly se va a Suiza a actuar en *Le Croûton*.

9) ¡¡¡Foka *no cambia*!!!

10) La gran duquesa se dedica al oficio de celestina, se olvida de ir a actuar al Palais-Royal por la tarde y con nosotros siempre sale tarde a escena.

11) ¿Y por último? ¡Yanek! ¡Oh, espanto, Yanek!, Yanek el guapo, el afable, el entrañable, el querido Yanek tiene un flemón en una muela que le ha convertido la cara en algo indescriptible y que voy a tratar de resumir con unos pocos trazos:



¡el muy infeliz intenta taparlo todo con colorete!

¡Ay!, pobre cariño mío, ¡qué cruz!

Pues, bueno, ¿sabes?, en medio de este naufragio, no todo está perdido y todavía me topo con momentos muy emotivos; son aquellos en los que aún no todo está perdido, algunos gritos, todavía algunos latidos y, a pesar de los pesares, la vida de esta obra que es inagotable. Sí, amor mío, sigue viva. Vive pese a todo y contra todo, y después de la función sigo viendo entrar en mi camerino a esos hermosos rostros agradecidos.

¡Ay!, ¡madre mía! ¡Cómo se puede ser tan grande y hermoso!

Pero vamos a dejarlo. Ya está bien de teatro.

La vida. La vida… ¡Que espere hasta mañana, ea! Estoy cansada y es la una y media de la madrugada… y la vida es agotadora.

Hasta mañana, amor mío querido. Hasta mañana. Te quiero muchísimo.

Martes por la noche, medianoche [25 de abril de 1950]

Aquí estoy después de haber recibido tu carta esta mañana, ¡tu carta! —oh, amor mío—, después de haberte telefoneado y haber oído tu voz, después de haberte escrito.

Aquí estoy otra vez.

Anoche me quedé en la vida y esta mañana te prometí que te lo contaría detalladamente.

Anímicamente, la cosa ha cambiado mucho. Vuelvo a dominar mis nervios, ya no soy tan propensa a esos desahogos enfermizos y casi despreciables que me has visto. No más lágrimas. Se acabó.

Hasta me río. Me río mucho. Demasiado.

En cualquier caso, he recuperado mi dignidad. Así que no me equivoqué al aplicar mi sistema.

Los días han transcurrido como sigue:

El sábado por la noche, después de la función y un día metida en la cama, fui, pues, a emborracharme a mi *bateau-mouche*.

Habíamos preparado una fiesta[354] relajante. Así que Pommier y yo nos vestimos para la ocasión: pantalones viejos y jerséis.

Compramos cada uno una botella de champán y varios pasteles.

A las once y media fuimos con Michel Bouquet al hotel Voltaire para recoger a Ariane. Apareció, disfrazada de hada, con el pelo suelto, cargada de paquetes enormes. Como yo había llevado mi «picú» y las vituallas ya nos estaban esperando en el barco, Jean y yo nos preguntábamos qué llevaría ahí. «Una sorpresa», susurró ella sin dejar de tocar el acordeón con ambas manos delicadas.

Un paseíto y por fin… ¡el barco de noche! ¡Ay!, ese barco. No te haces

idea de lo que es. ¡El país de las maravillas! Pero no quiero alargarme con eso. Basta con que sepas que es un hechizo.

En la sala grande se nos unió un amigo de Pierre Larrivé —el patrón—, que llevaba dos días viviendo allí. Simpatiquísimo. Me lo camelé.

Fue entonces cuando Ariane decidió desenmascararse. Lo primero que hizo fue poner encima de la mesa… ¡un mantel! ¡Había llevado un mantel!

¡Vasos! (En el barco bebemos en tarros de mermelada).

Y… ¡agárrate bien!… mantas, por si había humedad, y, para mí, para *mí personalmente*, ¡un chal de angora rosa caramelo que se empeñó en que me pusiera por encima de mi pellicita!

La velada transcurrió tranquila, agradable y sosa. La presencia de Ariane mata de antemano cualquier brillo.

Delante de la chimenea encendida me entretuve captando la atención del hombre que estaba allí y que Ariane quería acaparar. Lo conseguí, a pesar de la falta de maquillaje, de deseo y de coquetería. Bien es cierto que estaban las llamas, a las que recurrí mucho.

A las dos y media decidí volver a casa y me acosté atontada.

El domingo me desperté a las diez y después de darme un baño, arreglarme, etc., fui a comer a casa del doctor Laënnec con Michèle Lahaye; almuerzo mundano y bobo. Luego, la función. Entre la función de tarde y la de noche, tenía que cenar con Serge Reggiani. Fue a buscarme al teatro. Volvimos a casa. Le habíamos prometido a Pommier que pasaríamos por el barco, pero se nos fue la hora. Me habló de su hijo. No le debe de ir bien con su mujer. Pero está su hijo. Stéphane; cuatro años y medio. Cenamos. Yo estaba de bajón. Intentó animarme, me acompañó de vuelta al teatro y se quedó conmigo… un mal final de domingo.

El lunes, dos grabaciones por la tarde. La obra de Thierry Maulnier y una farsa de Roger Grenier,[355] siniestra y divertida, con cuatro personajes.

Conmigo, Pigaut y Servais.[356] Serge [Reggiani] vino a recogerme y, al salir, fui a tomar un café y un bocadillo con él y con Roger P[igaut]. Luego volví a casa para echarme antes de ir al teatro, porque me había enterado por la tarde de que actuaba, a pesar del flemón colosal del pobre Torrens.

Función.

Hoy, Ariane, Michel y Pommier han venido a almorzar… y a cenar. Entre medias hemos estado charlando y escuchando música.

Y hasta aquí los hechos, cariño mío.

De lo demás… no hablemos o, mejor, ya te lo iré contando sobre la marcha. Esta noche solo quería ponerte al tanto de los hechos porque estoy cansada.

Mañana veré a Dolo. La verdad es que me apetece mucho. Bruckberger[357] me mandó una invitación para una reunión de amigos que se celebró el lunes en la NRF. Añadió una notita muy amable exhortándome a que asistiera. Le contesté que lo sentía mucho. ¡El padre Pichard! ¡El padre Bruckberber! ¡Michèle Lahaye, que se enfada conmigo porque no creo en la resurrección de la carne! Pero ¿qué les ha dado a todos?…

También he recibido una nota de los «escritores fulano de tal» para rogarme que accediera a ser vendedora suya a fin de invitar a comprar a mis amigos ricos.

Y manuscritos. ¡Más manuscritos!

¡Correo que contestar y manuscritos que leer! Pero ¿cuándo? Todavía no me siento con valor.

Aviñón me pide que vaya a interpretar a Jimena entre el 15 y el 25 de julio.[358]

Hay más cosas, pero ya no sé cuáles.

Me caigo de sueño. Me voy a dormir. Mañana por la mañana tengo que ir a la radio a terminar *La Ville au fond de la mer*.[359]

Cariño, hasta mañana. ¿Qué puedo decirte? ¿Es posible coger un avión el viernes por la mañana y volver el sábado? Mañana sabré la respuesta. Si es que sí, me verás la semana que viene.

Te quiero.

V

287 — María Casares a Albert Camus

Martes, 25 [de abril de 1950] *por la mañana*

Querido amor mío:

Anoche empecé una carta larga y detallada que te enviaré esta tarde o mañana por la mañana, porque no la he terminado.

Mientras tanto, estas cuatro líneas. Acabo de recibir tus noticias del sábado. Sé lo que debe de ser y porque lo sé he decidido llevar esta vida algo desordenada que tengo ahora. Es preciso que uno de los dos aguante fuerte y yo tengo la posibilidad de hacerlo más fácilmente que tú. No estoy tan loca como crees y ya me conozco lo bastante para saber lo que tengo que hacer. Así que, por favor de lo pido, no te preocupes por mí. Me atonto, es cierto, me desgasto un poco, pero, de momento, es la única forma de cuidarme. ¡No te preocupes! Velo por mí. Me mantengo para ti lo mejor que puedo. Para empezar, durante unos días he querido cerrar los ojos delante de algunos ámbitos cuya mera visión me desarma y me mata. Para eso tenía que olvidarme de mí, salir de mí misma, no dejarme ni un minuto de descanso. He actuado en consecuencia. Ahora estoy mejor. Se me han calmado los nervios. Las lágrimas se han secado y toda la molicie y la humedad que sufría incluso en mi vida exterior han terminado. Ha llegado

el equilibrio y empiezo a entrar en vereda. Salgo más de tarde en tarde, me tiendo con frecuencia desde hace dos días, no me da miedo quedarme sola, miro alrededor y en mi fuero interno con claridad y a menudo me siento dueña de mí misma y de mi valor. Solo hay una cosa que me sigue alterando hasta el punto de achicarme de nuevo y es pensar que estás en Cabris. Ahí me extravío y me desentendería de todo si no fuera porque sé que hay que aguantar para amarte bien.

¡No te preocupes! Recupero la salud —ya se me están redondeando los brazos— y me vuelve la voz. La cosa va bien. La cosa va bien.

Mañana almuerzo con Dolo. ¿Has visto? Esta vez, la mimada soy yo. Vino a verme al teatro, apenada al saber que volvías a estar en Cabris, conmocionada por *Los justos*, desmadrada de fuerza y de vida, ¡guapa!…

Me dijo: «¡Ay!, desde hace unos días, ¡por fin hay alguien vivo!», y luego añadió: «Quiero verte en otra parte, lejos de aquí y de tu corsé. ¿Queréis salir conmigo?».

Entró en mi camerino y, al cabo de unos minutos, sin haber llegado aún a hablarme de ti, no sé por qué, delante de esa criatura me sentí tu mujer. Y convertirme en tu mujer delante de alguien ¡es tan dulce!

Se marcha pronto. ¡Qué lástima!

¡Ay!, cariño mío. No sufras por mí. Desde que te conozco creo poseer dentro de mí un tesoro que hay que vigilar noche y día mientras estás fuera, para devolvértelo intacto. Estoy vigilando, no temas.

Pero tú. ¡Tú! ¡Tú, encerrado en ese hotel, anegado con toda esa lluvia! ¡Ay!, cariño, ánimo; ya vuelve el buen tiempo. Te lo dije en mi última carta cuando estaba diluviando y aullaba el viento. La recibirías ayer, ¡míralo! Hoy, ¡un poco de sol! Mañana el cielo estará totalmente azul y Cabris será tuyo.

Más tarde llegará el verano y la vida a tu alrededor. Sigue siendo

valiente.

Procura trabajar, deshacerte de todo lo que vas arrastrando. ¡El triunfo!

¡Solo se alcanza si se tiene la boca llena de su sabor! Venceremos. Nada se opone a determinado anhelo, a determinada obstinación, nada en el mundo se opondrá a lo mucho que nos gusta la existencia y nosotros mismos. Paciencia. Dentro de un mes, aliviado de la carga de trabajo más pesada, te reencontrarás con tus hijos, Catherine, digna y fantasiosa. Piensa en ello. Procura trabajar. Te escribo. Te escribiré de aquí a entonces, sin parar. A ti te parece bien y yo no pido otra cosa. De aquí a entonces, siempre pondré el alma en mis cartas. Luego la guardaré a buen recaudo para ti, totalmente disponible para ti.

Eso es todo, cariño. Mañana echaré al correo el relato, un poco inverosímil, de mis actividades; al menos, espero que te rías con él. Hasta entonces, intenta descifrar este artículo que te envío. Me ha conmovido sobremanera. Lee y no me olvides demasiado. Te lo envío para que recuerdes.

Te quiero. No estés solo. Vivo contigo y camino pegada a ti. Ven, amor mío querido. ¡Ven al sol! Mira los olivos. Mírame a mí.

Te quiero

V

288 — Albert Camus a María Casares

Martes, 7 de la tarde [25 de abril de 1950]

Cae la noche. Es la hora difícil. Sin embargo, me ha sostenido todo el día tu llamada. Gracias, amor mío, por habérsete ocurrido. Me resultaba

imposible, claro, dejar que hablara mi corazón. Pero has notado mi alegría y mi emoción, ¿verdad? No, no es posible que tengan aún que pasar tres meses sin que podamos apretarnos uno contra otro. Hay que pensar algo, hacer planes. Pero también es cierto que de momento no se me ocurre nada. Ayer y hoy, el cielo se ha ido despejando poco a poco. Pero entonces se ha levantado un viento que corta el resuello. Anoche estaba helado. Me cuidé de antemano y creo que no volveré a pillar la gripe. Trabajé, o más bien puse en orden mi nueva zona de obras.

Recibí, poco después de tu llamada, una carta de Dolo, que efectivamente me habla de ti: «Tiene una cara que está continuamente a punto de echar a volar», y después: «Por lo demás, creo que os parecéis». Me gustó mucho, claro. Cuando hayas digerido su forma de hablar, jerga más palabras inglesas (diez años en América), verás que es el corazón más generoso y el más sensible. La quiero mucho, incluso cuando me cansa, cosa que en mí es el no va más.

Tu carta, que recibí ayer, había aumentado mi preocupación por tus días locos. Hiciste bien en tranquilizarme esta mañana. Y, sin embargo, hay palabras de tu carta que se me quedaban como una alegría egoísta: («dedicarte toda mi existencia…» y otras). Si por lo menos estuvieras aquí… Pero no te atormentes por eso. Entiendo bien que no es posible y es cierto que no serías quien eres si por la alegría de un encuentro abocases al paro a tus compañeros. Sin embargo resulta muy duro y no puedo por menos de esperar no sé qué milagro, algo así como que se incendie el Théâtre Hébertot. Qué cerca estaba tu voz, amor mío, bonita mía, niña querida mía… Tan cerca que por un segundo noté en mí algo que se parecía al deseo. Y otras muchas cosas; todas querían hablar. Y tú me preguntabas si te quería.

Cariño, esperaré a tu carta de mañana para contestar en esta. Me voy a

cenar. Luego volveré para intentar trabajar un poco. Este atardecer quería estrecharme un poco contra ti, entre el día y la noche. Y decirte cuánto me duele tu ausencia. Te quiero, sí, ten esa seguridad al menos. Y vela por ti, te lo suplico, amor mío

A.

289 — María Casares a Albert Camus

Miércoles, 26 [de abril de 1950], *12 del mediodía*

¡Qué tiempecito! Pero ¡qué tiempecito! Hace viento. Cae aguanieve. Estamos tiritando. Está oscuro, amarillo. ¡Ay!, ¡cariño mío! Si en Cabris hace sol, no lamento en absoluto que estés allí ahora mismo. Aquí, juntos, ni siquiera podríamos quedar. Es como si una columna de aire a mal traer separara a los seres mutuamente. Tienen la expresión enfurruñada, la salud hecha trizas, la mente retorcida.

Esta mañana fui a la radio para terminar el programa de Thierry Maulnier. Definitivamente, esa obra que —al parecer— escribió en ocho días no se merece que le dediquemos más tiempo del que tardó él en hacerla. ¡Es digna, sí! Ya ves de qué trata: la ciudad de Ys sumergida en el fondo del mar, esperando la salvación. Los habitantes, despedazados por el odio, tratan de encontrar un lenguaje para unirse. Y, en mitad de todo, Athés, la hija del rey, la culpable, la que causa el desastre, muda (¡obviamente, en la radio, para callarse hay que hablar!), busca la solución. La encuentra, la encuentran todos en el amor primero y en la esperanza después, una esperanza curiosa que recuperan por la gracia de un dios del que obviamente no se habla: ¡lo que es la fe, vamos!

Pero ¡qué larga es! ¡Y qué razonada! ¡Y qué fría! ¡Es como si mientras escribía la obra estuviera pensando en la crítica que le iban a hacer! A ratos, pasajes hermosos, orgullosos y dignos, de tarde en tarde.

Esta mañana me tocaba grabar una escena con Tony Taffin,[360] que encarnaba a mi padre, el rey Grandlon. Todavía estaba bajo los efectos del alcohol. Me habló de España; estuvo allí en 1937. Luchó, por lo que cuenta, pero solo en Barcelona, en las filas de la FAI, contra los republicanos. Pretendía hacerme creer que lo primero que vio al llegar allí fue el apellido Casarès rodeado de banderines. No tiene ni idea de que mi padre se apellidaba Casarès-Quiroga y de que en ese momento había caído en desgracia. Por consiguiente, a menos que en su imaginación los banderines sustituyan a las palabras «Hasta la muerte», lo que me ha contado es todo mentira.

Al final del programa, me acompañó a casa, cariñoso y atento. Creo que tiene mucho empeño en que interprete a Jimena con él en Aviñón para hacer méritos. ¡El nombre de una estrella realza mucho!

Feli [Negrín] me ha telefoneado. Está en París, de lo cual me alegro mucho. Voy a verla hoy o mañana. De momento, estoy esperando a Dolo, que se quedará a comer en casa, porque para ir de excursión al campo debajo de un castaño… habrá que esperar a que pasen los santos del hielo.

Pienso en ti, en ti, solo en Cabris. ¡Ojalá que por lo menos allí queme el sol! ¡Ay!, amor mío, ¡qué ganas de que me reseque el sol! ¡Andar por la arena ardiendo y la piedra resplandeciente! ¡Y luego beber! ¡Beber! ¡Tus labios frescos!

No. Hay temas de los que en adelante no quiero hablar.

Estoy deseando recibir noticias tuyas. Ayer por teléfono me hablaste de una probable solución que nos permita a los dos recuperar un poco el

aliento, pero por más vueltas que le doy no se me ocurre a qué te referías. En fin, espero pacientemente.

Te dejo. Dentro de un rato volveré para estar contigo, sobre el papel.

4 de la tarde

Dolo acaba de irse. Me he reído con ella, pero también, sin saberlo, ¡cuánta nostalgia y cuántos temores me ha despertado! No estoy nada bien. Me ha devuelto a la vida cuando debería seguir durmiendo. ¡Ay, cariño!

Me voy a ver a Feli. Puede que encuentre en ella nuevos bríos.

Hasta ahora.

Medianoche

Los bríos que fui a pedirle a Feli solo los encontré en los chuletones de cerdo que me había preparado para merendar, porque lo que es de su vitalidad y su coraje, mejor ni hablamos. ¡Pobre Feli! De viaje en viaje, de hotel en hotel, siempre. Y luego… todo lo demás; desde la última vez que se fue ha estado acurrucada sobre sí misma y solo me esperaba a mí para poder sincerarse por fin y descargar delante de una mirada amiga el exceso de penas acumuladas. Lo soltó todo y fuera estaba diluviando.

También nos reímos, porque es divertida y está deseando reírse. Se ríe incluso con una especie de rabia y de precipitación, como lo hago yo en estos momentos. Así que nos reímos muy alto y ahora, cuando lo pienso, me doy cuenta de lo siniestro que era. Don Juan se quedó un rato con nosotras. Quise distraerlo y lo conseguí. Le conté el combate de lucha libre al que asistí el otro día. Me dijo que era un poco locuela, pero que en el fondo era normal y que eso no tenía importancia.

A las siete y media bajé a coger un taxi para ir al teatro, para lo que tuve

que andar unos treinta metros y darme una ducha en toda regla; llegué al camerino calada hasta los huesos, con el alma húmeda y el entrecejo fruncido. Henriette, seguramente lavada por la lluvia, ya no olía mal como anoche y me entregó una hoja de protesta contra la bomba atómica y su uso, para que la firmaran todos los actores. En mi calidad de delegada, asumí la responsabilidad de decirle que no teníamos nada que ver con los sindicatos que encabezaban el llamamiento (tramoyistas-electricistas-decoradores-gerentes) y que esperaríamos a que nuestro sindicato nos enviase el papel para actuar en consecuencia; luego recibí efusivas felicitaciones de mis compañeros.

En mi calidad de Maria Casarès, contesté que firmaría la hoja cuando se añadiera, junto a la petición de una comisión internacional para investigar los secretos del átomo, otra exigencia sobre los campos de concentración de la URSS (gracias, cariño mío). También dije que lo de la bomba atómica ya era historia y que ahora había que ocuparse de la bomba H.

Y acabé embalándome y gritando que no me gustaban los chantajes.

Después actuamos. O más bien, fingimos actuar. Nosotros mismos estábamos flojos y deambulábamos delante de un público reducidísimo, frío y flojo. Para colmo de males, durante el quinto acto me empezó a llorar un ojo. No estaba conmovida y el ojo izquierdo me picaba y no paraba de llorarme. Me lo limpiaba. ¡Y vuelta a empezar a más y mejor! Me irritaba y me ponía nerviosa. El picor se extendía a la garganta. Había fumado demasiado. Para terminar, fallé al intentar retener a Michel por el brazo y se me escurrió el pie derecho. Ataque de risa contenido. Y el ojo me seguía llorando, él solito… ¡Ay!, ¡menudo día!

Amor mío querido. Tengo una esperanza. Dolo tiene una amiga que trabaja en las oficinas de Air France. Va a intentar sacarme un billete de ida y vuelta para el viernes-sábado de la semana que viene, a Cannes (si es

posible). Parece ser que, si accedo a firmar un papel que dice «Maria Casarès solo viaja en los aviones de Air France», me sale más barato. ¡Ya te imaginarás que he aceptado!

Me tienen que llamar las dos mañana o pasado, y, si hay un vuelo regular París-Cannes y aún quedan plazas para el viernes y el sábado, te escribo de inmediato y me reservas una habitación donde quieras para pasar la noche y dos trozos de día. ¡Menos da una piedra! ¿Qué te parece?

¡Ay! Solo de pensar en tenerte pegado a mí unas horas, noto que se me sube la gloria a la cabeza.

Obviamente, si te incomoda, por un motivo u otro, telefonéame para que eso no haga nada.

Pero ¡ojo! Si me prohíbes un día de vida, no tendré piedad; me vengaré.

Albert querido —amor mío querido—, de golpe estoy embriagada. Al escribirte caigo en la cuenta de que a lo mejor te veo. A decir verdad, no me lo había creído hasta ahora. La lluvia me vetaba cualquier esperanza y no creía en los milagros. De hecho, puede que no haya vuelos regulares y que esta idea que ha brotado en mi cabeza no sea más que una utopía; pero, si es así, ya se me ocurrirá otra cosa. Esto no puede seguir así. Lo necesito, necesito verte, necesito tenerte otra vez pegado a mí. Se nos ocurrirá algo juntos. De hecho, estoy esperando tu solución.

¿Estás trabajando, cariño mío? Y, físicamente, ¿cómo te encuentras? ¿Has visto al médico al que querías ver? ¿Le has escrito al otro, al tuyo? ¿Sigues recuperándote de la gripe? Cuenta. Cuéntame. Y, de Argel, ¿qué noticias tienes?

Te imagino solo, sobre un fondo gris y difuso —porque no conozco nada de lo que te rodea—, alto y delgado, como estás a veces, con la cara espantosamente triste, la misma que me está mirando ahora, encima del aparato de radio; principesco. En esos momentos ya no eres de Argel, ya no

tienes patria y dan ganas de abrazarte y de preservarte. Es en esos momentos cuando eres más tú, desarmado, desnudo. Si entonces sonríes, me das mis mayores alegrías. Sonríe, amor mío.

Te beso en los labios

V

290 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 6 de la tarde [26 de abril de 1950]

He leído tu carta. Gracias, amor mío. Por supuesto lo entiendo y si tu sistema ha podido ayudarte a recobrar los ánimos no tengo nada que objetar. Pero también hay que velar por tu salud, de la que depende todo. Me han gustado el artículo y la foto. Se palpan sinceridad y emoción. Y tiene razón: puestos a escoger una imagen del exilio (de vuestro exilio), más vale usar la más hermosa y la más apasionada, y usarla en el momento cumbre. Pero ¿sabes?, no precisaba de ese artículo para recordar, y nunca te he separado de esos terribles años, de tu país, de los tuyos, y tampoco de tu esperanza. He compartido y comparto contigo la condena de esa época, al mismo tiempo que el honor que hay que oponerle.

¡Para qué decir más! Lo que beso en tu rostro es a la mujer que amo, por descontado, pero también, a veces, el rostro de la vida tal y como la querrías para todos, generosa e inteligente.

Pese a tus deseos, el sol no ha llegado todavía. Ha cesado el viento, pero ha vuelto la lluvia. He trabajado un poco esta mañana, en la cama. Después de comer, estuve haciendo reposo y no me sentía muy allá. A las cuatro salí y di un paseo largo bajo la lluvia, muy menuda. El tiempo estaba templado

y, mientras me forzaba a andar, he adoptado ciertas resoluciones. Vivir al día, trabajar, no esperarte, pero disfrutar ya de ti como te tengo ahora mismo, lejana y presente. Salir fuera de mí en cualquier caso y volver a interesarme por los seres y por las cosas, aunque aquí escaseen las oportunidades. Dejar, en fin, esta postura acurrucada en que me he ido metiendo poco a poco y recuperar la vitalidad.

Incluso enfermo, incluso desdichado, se puede vivir generosamente, y mi gran pecado de estos últimos tiempos era cerrarme. Uno se agota rumiando el incremento de la desdicha, echando cuentas de un porvenir que huye. Es precisamente cuando la desdicha se vuelve extremada cuando se puede hallar en ella una especie de libertad. Eso es al menos lo que me decía. Y tendré el valor de vivir ateniéndome a ello. Las cosas están algo más difíciles para mí en este momento porque me obligan a vivir retirado del mundo. Pero ¿alguna vez se está retirado de verdad? El mundo está siempre al alcance de la mano. Basta con querer alcanzarlo.

Te digo todo esto para tranquilizarte sobre mi situación. No creo que vaya a escribirte todos los días, precisamente para no quedarme paralizado y hablarte siempre con un corazón remozado. En cualquier caso, hay que terminar con la temporada de las quejas, y empezar a respirar. Pero en todo esto, en todas partes y siempre, tienes que saber que estoy a tu lado y contigo. Perdóname por no haberme lucido estos días. Los primeros días del preso son los más duros. Luego, el pañuelo de la mujer amada basta para llenar sus días. No es cierto, claro, pero las señales del amor tienen a veces la fuerza transportadora del propio amor, y dan paciencia para esperar el reencuentro y la saciedad.

Adiós, amor mío querido. Beso tu valiente corazón. Te quiero.

A.

¿Tengo que devolverte el artículo?

291 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 9 de la noche [27 de abril de 1950]

Querido amor mío:

Desde este mediodía tengo la impresión de estar bailando. Quise escribirte inmediatamente y, luego, no tenía palabras. Estaba contento y nada más. No sin remordimientos, por lo demás, porque pienso en tu cansancio. Pero me digo que tres horas en un avión cómodo no son para tanto. Y que, además, ese día y esa noche de felicidad (porque le daríamos esas horas a la felicidad y solo a ella, ¿verdad?) te permitirán regresar con menos carga.

Yo también lo había pensado. Pero estaba esperando a notarme descansado. Y nunca se me habría ocurrido pedirte que vinieras. Pero se te ha ocurrido a ti y te quiero. Ahora voy a vivir para esperar al viernes, y creo que voy a pasar esta semana en paz al tiempo que con impaciencia.

¡Ay, qué carta más tonta! Tan tonta como las ganas de reír que tengo. Concretemos, más bien. Tendrás que llamarme lo antes posible para confirmar (el sábado por la noche y el domingo estaré con el doctor Sauvy, en Grasse, que me ha invitado a su bonita casa) y para que busque hotel. Ya he mirado la lista de todos los hoteles desde Cannes hasta Menton. Tenemos que estar a gusto, pero hay que evitar el hotel elegante y lujoso. Puedo mandarte ahora mismo el importe del viaje (esa historia tuya de las fotos me parece un poco delirante). Dímelo por teléfono, con una palabra. Iré al aeródromo en coche (está a treinta kilómetros de aquí). Bajarás y luego…

¡Con tal de que no estés demasiado cansada para actuar el sábado y dos funciones el domingo! Me da miedo que sea un poco demencial.

Recibí tu larga carta de después del teléfono. Dos o tres punzadas en el corazón, pero me ha hecho feliz. Había trabajado esta mañana y seguiré esta tarde. No es nada del otro mundo, pero, en fin, por algo se empieza.

Cariño, ya no sé escribir. Estoy nervioso como un león enjaulado. Me apetece decirte un montón de cosas tiernas todas seguidas, acariciarte, amarte con desmesura. Creo que la noche me tranquilizará y que podré esperar hasta el viernes sin furores. Querría que tuvieras esta carta el sábado. Así que iré mañana a Cannes a echarla. De ese modo me dará tiempo a incluir además lo que se me ocurra mañana. Pero te mando mi amor de siempre, mi «gracias» de mediodía (¡ay, ese teléfono rodeado de veinte personas!), toda la gratitud y la ternura de mi corazón, sí, la llama del amor que de repente restalla de nuevo, feliz, gloriosa… te quiero, niña mía.

A.

292 — María Casares a Albert Camus

Jueves, 27 de abril [de 1950], *por la tarde*

¡Seis cartas tremendas! Desde esta mañana he escrito ¡seis cartas tremendas! Delante de la ventana desde donde… se vislumbra a veces la claridad del sol, ¡claro que sí!, me entrego a la euforia y derrocho mi nueva vitalidad en tinta. Aunque en cuanto acabe contigo voy a parar, porque empiezo a notar un tirón en la mano derecha. Pero primero tengo que acabar contigo.

Cariño, ¡eres el colmo de la zafiedad! Y, por mucho que tu «foto» quiera

presentarme el espíritu sintético del dolor del mundo, no eres más que un tosco, pesado, tozudo… argelino.

Me paso horas y días desviviéndome para encontrar una forma de acercarme a ti, de hablarte, de arrancar una sonrisa a esa máscara de inagotable disgusto, y lo único que se te ocurre decir es: «El viernes ¿en qué día del mes cae?…».

«¡Ah!, el 5. ¡Te has acordado!».

¡Adiós a los sueños de entendimientos inmateriales! ¡Adiós a los impulsos invertebrados! ¡Adiós al dulce de nombre de tu amiga del alma!

Todavía lo estoy asimilando.

Pues ¡mira, yo también me había acordado!

Sí… pero ¡al menos he tardado un poco más! ¡Cuando ya estaba todo decidido y he tenido tiempo para pensar en los detalles! Esta mañana, al bañarme, porque me encontraba otra vez guapa y otra vez un poco «poêlée». Me he acordado y casi se me para el corazón.

Lunes 1. Martes miércoles jueves. ¡Ah! ¡Puede que sí o puede que no! Si las cosas son como deben ser, no, y entonces ¡¡¡es precisamente lo que hace falta!!! (Pues ¡no faltaba más…! ¡Yo también llego hasta el fondo!). Pero si mi nueva vitalidad o el avión se implican, entonces… ¡cinturón! [*sic*].

Eres tú quien me ha metido por la senda de la ignominia más espantosa; te sigo y ¡ojalá pudiera ser completa y sencillamente feliz durante veinticuatro horas, apretada contra ti! ¿Te lo imaginas? Yo no puedo estarme quieta. Estoy exultante y hasta me pregunto si no me estaré inventando los rayos de sol que veo por la ventana.

Sea como fuere, la forma de juntarnos está ahí y me parece que ya me siento más cerca de ti. Si consigo el descuento o el viaje gratis, podría repetirlo pronto y, de hecho, no me molesta en absoluto que escriban por ahí algo así como: «Air France lo hace todo posible y vela por todos. M. C.,

agotada por las representaciones de *Los justos* en el T. M. aprovecha su día de descanso para disfrutar del aire marítimo gracias al servicio de Air France», y, por encima, la melodía de *La Marsellesa* y algunas palabras.

¡Ay!, amor mío querido, ¡volver a tocarte!

Hasta la noche.

1 de la madrugada [28 de abril de 1950]

Estoy un poco borracha, pero esta vez de whisky. He actuado bien en el quinto acto, delante de algunas personas sin mérito; incluso he tenido algún deje raro de estilo flamenco. Por ejemplo, he gritado: Llorarás… aaaaa aaaa aaaaa aaaa, con lo que a Michel le ha dado un ataque de risa. Serge Reg[giani] fue a verme antes de la función y luego volvió a recogerme para ir a tomar una copa al final. Fuimos al Relais con Pomme y Michel, y asistí a una extraña escena entre los tres en la que bromeaban mucho y se ofendían aún más. Al final, el dueño quiso intervenir en esa conversación un poco extravagante y, como no tenía ni pizca de sentido del humor, acabó ofendiéndose de verdad.

Mañana voy a cenar, creo, con Serge y Pommier y acabaremos la velada en el barco, pero no hay nada seguro.

Al volver a casa me zampé dos lonchas de jamón, una considerable cantidad de lechuga, un yogur y un café con leche con rebanadas de pan. Como antes de irme había cenado un filetón con pasta y un café, Ángeles empezó a preocuparse. «Como y me río. Y todo eso, de sopetón. Es demasiado»… Y, como siempre, tiene razón.

Ahora, aquí me tienes en esta cama inmensa. Me ahogo de vida contenida. ¡Ay!

Buenas noches, amor mío querido; a lo mejor mañana recibo carta tuya.

Duerme bien. Hasta mañana. Te quiero, y esta noche te deseo. Perdóname pero no puedo evitarlo. ¡Ay!, no. Nunca lograré acomodarme en una vida de la que estés excluido.

V

Viernes [28 de abril de 1950], *10 y media*

Acabo de despertarme y de leer tu carta del martes-miércoles. No te he enviado el artículo para que no te olvides de que soy española, refugiada, etc. Te lo he enviado para que no me olvides, pura y simplemente, y cuando llegue el momento en que delante del papel solo encuentre un corazón reseco, me las seguiré apañando para que me recuerdes discretamente, no te preocupes.

Dicho lo cual, estoy encantada de saber las resoluciones que has tomado. Es cierto que últimamente te has cerrado un poco, pero cualquiera se enclaustraría por menos y tenía que pasar. También es cierto que un punto extremo de la desdicha oculta cierta libertad; pero lo difícil para ti y para mí es que nunca vamos a dejarnos llegar al punto extremo del dolor y que nos mantendremos siempre en ese límite, en esa frontera en la que resulta tan difícil vivir.

¡Ay!, amor mío, sí, es todo muy difícil y ni siquiera yo, que tengo el mundo a mi disposición, termino de ver cómo conseguir volverme plenamente hacia él, pues, pese a todos mis esfuerzos, sigo esperando día tras día un futuro bastante incierto.

Pero, bueno, de lo que se trata ahora es de tener esperanza en el próximo viernes. Luego, ya se verá. Procuremos, como dices tú, quitarnos de encima esta alma-esponja que hemos llevado hasta ahora, vivamos, renunciemos a los sueños y a las imágenes de verano, caminemos y tratemos de poner una

cara radiante. Puede que la felicidad robada a un segundo haciendo trampas genere, algún día, otra felicidad profunda y auténtica.

Viernes. Esta tarde voy a telefonear a «la zorra de Antoinette» para garantizar mi plaza.

Fuera está nublado y, no sé por qué, esta mañana estoy un poco triste. Debe de ser que ayer agoté mis reservas de alegría.

Te quiero locamente.

Maria

293 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 9 de la mañana [28 de abril de 1950]

Esta mañana he abierto mis ventanas a un día espléndido, el primero desde que llegué. Y luego han venido a decirme que Élisabeth Herbart,[361] que me había prestado su casa, llega a Cannes en el tren de las diez y media. La decencia exige que vaya a buscarla. Así que esta es una notita rápida y quería, sencillamente, poner en ella el sol y el frescor de esta hermosa mañana.

Por lo demás, esta mañana me he despertado un poco menos entusiasmado. Me he dicho que había que esperar, que existía el riesgo de que no vinieras y que, en ese caso, la decepción iba a ser demasiado fuerte si no tomaba la precaución de prever esa decepción. Ya ves, uno se vuelve sensato, y viejo, y astuto y artero con la desgracia.

Sin embargo, has estado mezclada con los sueños de esta noche. Hacía bueno en ti, ese es el resumen. Era el sol de medianoche. Una cosa más, *muy importante*: si estás cansada, aplaza el viaje a la semana que viene.

No me desagrada bajar a Cannes. Debe de hacer buen tiempo e iré a mirar las tiendas de caballero, admirando lo que podría comprarme y que a ti te gustaría verme puesto y que no compraré porque entrar en una tienda me ha parecido siempre agotador.

Hasta pronto, hasta pronto, mi niña querida, dulce mía, hermoso fuego mío, negra mía. Te quiero con todo mi ser, con toda la fuerza, y te espero.

A.

294 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 4 de la tarde [29 de abril de 1950]

Amor mío, querido amor mío:

No esperaba hoy cartas tuyas y, sin embargo, aquí estabas, fiel, cálida, colmándome de la grata y gran sensación de que lo quieran a uno de cerca, activamente… Gracias, querido amor mío, gracias por toda esta corriente de vida y de calidez que te las arreglas para que fluya hasta aquí.

Sí, tienes razón, soy el colmo de la zafiedad. Y, sin embargo, no estaba pensando en eso. ¿Cómo explicártelo? Para empezar, la auténtica alegría, la esencial, que tu llamada me daba en ese preciso momento, de repente, no podía expresarla delante de veinte personas poco discretas. Luego, pensé enseguida en la mala suerte que parece perseguirnos, me dije que era demasiado bueno y que también en esto surgiría una contrariedad. Y pensé enseguida en la contrariedad más tonta. Nada más decirlo, noté que me moría de vergüenza. Me puse colorado, te lo juro, delante del aparato. De ahí, de remate, mi risa idiota. Perdóname, amor mío. Ya sabes que lo que cuenta eres tú, trémula entre mis brazos. Por supuesto que deseo un día de

júbilo indefinido. Pero lo deseo después de haber reflexionado. Recuerdo, por lo demás, la noche de Año Nuevo en que fuiste tú quien me dejó cortado. ¡Ay, cuánto te quiero, tierna amiga, dulce compañera!

Dicho lo cual, me parece que Serge [Reggiani] va a verte muy a menudo. Otro que se está embalando probablemente. Pero me alegro de que comas, de que sientas que vuelve la vida. Yo también, a decir verdad, y no solo porque haya vuelto el sol, sino porque tengo ya el sabor de tu boca en los labios. Al mismo tiempo que tu carta, recibí otra de Michèle Halphen,[362] que viene a la costa y me proponía muy amablemente venir a verme *a partir del jueves*. Horrorizado, le he mandado un telegrama para que retrase la visita. Me cae muy bien y me alegraré de verla, pero cada cosa a su tiempo.

Ah, es al aeródromo de *Niza* donde llegas, ¿verdad? No hay otro, pero como me hablas del avión París-Cannes me ha entrado la duda. Cada hora es valiosísima. El hotel puede ser en Niza, en Antibes o en Cannes. Buscaré la solución que nos dé la seguridad de que nos dejen en paz.

¿Qué he hecho desde ayer? Nada más que leer libros para mi trabajo y, de vez en cuando, tostarme al sol, que ha vuelto. No mucho, solo para que me veas una cara animada el viernes. Por desgracia, estoy durmiendo muy mal estos días. Esta noche estuve dando vueltas hasta las tres. Al menos he vivido de antemano ese día arrancado a la estupidez y a la desdicha. De todas formas, ya tengo mejor aspecto y buena cara. No me noto con fuerzas de verdad sino para vivir contigo, pero para eso me siento con muchas.

Ay, querida tierna mía, morena mía, playa mía, pienso en la hora de la entrega. Solo a tu lado me siento abierto, comprendido, justificado. Sí, te quiero y maldigo estos días que nos separan aún. El sol, el mar, tú en mis brazos, de mi brazo, bajo mi boca, sí, eso es vivir y es una gigantesca copa

de alegría que apuraremos de un trago. Luego, por dura que sea la soledad, la espera, eso al menos lo habremos vivido.

Esta noche iré a dormir a Grasse, a casa del doctor Sauvy, que me cae muy bien (no es el tisiólogo) y pasaré allí el domingo. He aceptado porque el domingo se me hace interminable y penoso, y me apetecía saltármelo para llegar más deprisa al viernes. Los otros cuatro días, intentaré trabajar cegado, con obstinación, si no me los voy a pasar dando vueltas sin moverme del sitio. Está visto que se me olvida que soy adulto.

¿Sabes al menos el amor, la gratitud, el estremecimiento que me invade? Esta carta te va a llegar muy tarde, me temo, los domingos se interrumpe todo, pero estarás acompañada hasta el viernes, tienes que notarlo. Un beso nada más, pero desbordante, a la espera de la lluvia del viernes.

A.

295 — María Casares a Albert Camus

1 de mayo [de 1950]

Aquí me tienes, amor mío querido, en este hermoso día primaveral, el primero, enclaustrada en casa para curarme una gripe creciente que pillé ayer en la terraza y que me gustaría que no se alargara hasta el viernes, día glorioso. De propina, me aqueja un desagradable dolor de tripa que no anuncia nada bueno. Creo que por esta vez lo único que haré será mirar las azules ondas del Mediterráneo. ¡Hasta otro día, frescor de las olas!

Qué más da; lo que importa es poder esperar y no olvidar ninguna imagen de belleza. Mayo ha llegado y sé por qué me parece que veo en él una promesa. Puede que sea el mero hecho de hacer este viaje. Puede que

sea el sol; no tengo ni idea, pero tengo la sensación de que el espantoso invierno ha terminado de una vez por todas de momento y de que algo palpita de vida a mi alrededor. Ahora solo se trata de querer atrapar este leve temblor a tiempo y ¡quién sabe!… ¿puede que la vida vuelva a empezar?

El viernes no te escribí. Un mal día. Desierto total. Seguramente mis vísceras tenían mucha culpa. Por la mañana vino a verme Stanny. Está harto del «Amo» y de sus 15.000 francos al mes y le gustaría trabajar y tener un oficio. Su sueño es dirigir en el cine. Venía a pedirme ayuda.

Por la tarde fui a una sesión fotográfica en Harcourt. Una «Serie negra». Tengo curiosidad por ver el resultado; debe de ser siniestro. Pigaut y Reggiani fueron a buscarme y volvimos los tres a casa a tomarnos media botella de whisky que me quedaba. No me encontraba bien: nada bien, y encima, esos jovencitos dándoselas de HOMBRES y confundiendo la virilidad con la mala educación, acaban cansándome. Llega un momento en que hasta se me olvidan sus virtudes de amabilidad, dejo de pasar por alto sus carencias y los mando a paseo.

Eso fue lo que pasó. Serge quería llevarme al cine para distraerme; ya había visto la película que me proponía, *Ocho sentencias de muerte*; pero deseaba ayudarme a pasar la velada. Le contesté que no necesitaba ni que nadie me ayudase ni que nadie me distrajese, que los sacrificios me pesaban más que el mal tiempo de París y que el esfuerzo que tenía que hacer para ocuparse de mí me parecía tan grande que me sentía agotada de antemano y solo aspiraba a acostarme y dormir.

Dicho lo cual, se marcharon y me quedé sola. Sola, porque Ángeles había salido hasta altas horas de la noche. Al cabo de unos minutos, sonó el teléfono: ¡Feli [Negrín]! Yo no podía hablar, sollozaba como una niña. Al cuarto de hora estaba en casa con d[on] Juan y, después de recoger a los Del

Vayo, nos fuimos todos a cenar y luego a beber. Volví a las dos de la madrugada, atontada, y me dormí enseguida.

El sábado y ayer domingo me sentí neutra; radio, teatro. Ayer, entre la función de tarde y la de noche, volví a casa a leer manuscritos que tengo que devolver. También leí *El jugador*. Quería entender el amor, o más bien la pasión por el juego; pero, a pesar de todo el talento de Dostoievski, estoy igual que estaba. Al menos, me ha servido para conocer a «la generala» y no lo lamento en absoluto.

También he estado pensando mucho en este oficio mío. Ya te lo contaré largo y tendido un día de estos. En ese aspecto, últimamente me siento un poco perdida; pero es bastante normal y aún estoy esperando para dedicarle tiempo y tomar resoluciones sobre el particular.

De hecho, al margen de ti y del deseo de reunirme contigo, no hay nada preciso en mí, excepto una cosa: las ganas de mar, de cielo y de sol. Todo lo demás, mejor dejarlo para más tarde, y he decidido dedicarme solamente a buscar uno o varios medios para descansar en algún sitio este verano. Lo encontraré.

Con respecto a la obra y al teatro Hébertot, no sé qué decirte. La recaudación había bajado una barbaridad la semana pasada, pero desde ayer… vuelve a subir. Es una historia curiosa; Michel [Bouquet], Jean [Pommier] y yo, siempre unidos, seguimos adelante como podemos… sin demasiado orgullo últimamente. Yves [Brainville] se queda dormido, M[ichèle] Lahaye declara que es incapaz de actuar cara a cara con J[acques] Torrens y este hace innovaciones. Bosteza durante la escena con Foka y entra en el segundo acto diciendo: «¡No podía prever que habría niños!». Mi vestido se niega a continuar, me lo tienen que coser continuamente en los entreactos y las sillas se caen a pedazos una tras otra.

No te preocupes. Aguantamos aún con la cabeza bien alta, luchamos con

todas nuestras fuerzas contra las Parcas disfrazadas de termitas blandiendo la aguja y la naftalina: «¡No pasarán! ¡No pasarán!».[363] Igual que en Madrid. Esperemos que la quinta columna no acabe con nuestras energías.

Hoy he quedado dentro de un rato con Claude Œttly, que viene a contarme sus penas y pedirme consuelo. Seguramente le contagiaré la gripe; es lo único que puedo darle. Esta noche Jean, Michel, Ariane y yo tomaremos una cenita ligera en casa. Siento pesadez y malestar, estoy febril, doliente, estornudante y chocha. Y eso que llevo toda la semana tomándome por las mañanas mi dosis de Anasthène. He mirado de qué se compone y jamás me había sentido tan ofendida. ¡Lleva masa cerebral! Pero no sé si ya te lo había contado. Perdóname. El catarro me tiene baldada.

Y, junto a todo esto, ¡está el viernes! Y entonces ahí ya me pierdo. El viernes. El viernes te veré, te tocaré, estarás ahí a mi lado, y lejos del mundo, ¡nos quedaremos juntos nosotros solos! ¡Ay!, sí, querido amor mío, será la felicidad. Solo la felicidad sin pasado ni futuro. La paz. La eternidad.

¡Ojalá que la gripe no me dure hasta entonces! ¡Ay!, ¡que sí, que estoy siendo visceral, me doy cuenta! Pero reconoce que no tendría ninguna gracia que, para unas horas que podemos estar juntos, ¡llegue con la nariz colorada, boca de pez, las manos sudorosas, los ojos cerrados y la mente nublada!

Voy a cuidarme; ya me he atiborrado de comprimidos y esta noche haré otro tanto.

¡Ay, Señor, Señor!

Escucha, amor mío, voy a dejarte porque me estoy poniendo de los nervios. Cada vez me duele más la tripa y te estoy escribiendo con un pañuelo en la nariz.

Perdona esta carta, pero trata de entenderlo. Ya sabes lo que es la gripe y

te puedes imaginar todo lo demás.

Mañana seguramente te telefonearé.

Tengo que darles una respuesta a los organizadores del Festival de Aviñón y para eso tengo que hablar antes contigo.

Hasta mañana, amor mío querido. Y sobre todo, ¡hasta el viernes! El viernes.

Te beso ya como lo haré entonces, con saña

V

296 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes, 1 de mayo [de 1950], *6 de la tarde*

Querido amor mío:

Te escribo por principio, porque no soy ya más que espera, e incapaz de hacer nada que no sea pensar en el viernes. Pero quiero que recibas unas letritas antes de viajar. Pasé la noche del sábado y la jornada del domingo en casa del doctor Sauvy, en Grasse. Es una casa grande y hermosa con un jardín maravilloso que se viene abajo con todo tipo de flores. Por la noche, mi cuarto estaba lleno de aromas. Me pasé una hora larga en la oscuridad respirando ese aire denso y escuchando a un incansable ruiseñor. Tenía el corazón oprimido, pero no resultaba desagradable.

El verano se ha instalado de golpe. Hace calor, noto cómo se me relaja el cuerpo y desea el calor, la vida. Hoy ha estado lleno de ti, y no solo por tu voz al teléfono. Y eso que has sido muy cruel al preguntarme si había que retrasar el viaje. Por supuesto, uno es zafio y argelino, pero a pesar de todo tiene sus detalles. Dicho lo cual, recemos.

He alquilado la casa del aristocratucho y dispongo de ella a partir de hoy. Escribiré mañana a Jeannette para que venga e intentaré vivir como un noble solitario. La casa está indeciblemente sucia, pero llena de sol. Una vez limpia, no estaré demasiado mal. Por lo demás, todo me parece fácil desde que no tengo ante mí ese largo túnel sin esperanzas de acercarme a ti. Se puede vivir al día cuando se sabe que no falta mucho para un día en que podrá uno vivir según su corazón.

Perdóname el papelito adjunto, pero tengo derecho a hacerlo por *nosotros*. El arreglo de Dolo era engorroso. En cuanto hubieras dado la mínima publicidad a este viaje, se te habrían echado encima los fotógrafos en Niza. E incluso sin tener en cuenta el engorro que eso supone, te habría quitado minutos que van a ser muy valiosos. Pide, al contrario, que protejan tu descanso y tu tranquilidad.

Todavía no he decidido nada de lo del hotel. Estoy dudoso, le doy más y más vueltas, pero resulta agradable. De todas formas, no te preocupes, todo estará en orden, ¡qué dulzura, vas a venir! La vida es a veces maravillosa. Luego, trabajaré, viviré, aceptaré cuanto llegue. Pero ¡cogerte, cogerte por fin a manos llenas! Querido amor mío, hermosos ojos míos, sabrosa mía, el sol y el mar te esperan y se apoderarán de ti en cuanto aterrices. Estarás cubierta de olas, reluciente de sal, ardiente de sol para volver a las nieblas de París. Te amo, voy a amarte, te beso, en plena felicidad.

A.

297 — María Casares a Albert Camus

2 de mayo [de 1950]

Sigo encerrada. Continúo cuidándome mientras, *por su parte*, la gripe parece estar de maravilla y más fuerte cada hora que pasa.

Son las dos de la tarde. Estoy esperando la hora de llamar a la señora Controt para pedirle mi pasaje a precio normal. De hecho, debe de existir una providencia para los pródigos. Esta mañana me ha telefoneado Aboulker, de Actualités Françaises, para pedirme que comente en español una película sobre Les Baux. ¡25.000 francos! Justo lo que necesitaba. ¡Te lo dije! ¡Empieza mayo! ¡Ya ha llegado el sol! ¡La vida está con nosotros!

Ayer por la tarde vi a Claude Œttly. Pasó dos horas en casa y me aburrí mucho con ella. Es seca y amargada y eso no me gusta.

Por la noche, Bouquet y Ariane y Pommier vinieron a cenar conmigo. Llegaron a las siete. Yo estaba totalmente atontada por la fiebre y aún sumergida en los recuerdos de Conrad. Para espabilarme recurrí a un comprimido de Chorydrane y un poco de champán. Y entonces… ¡tendrías que ver el resultado! Después de un pícnic encantador en el cuarto amarillo, quisieron escuchar discos, pero no les di tiempo de decir esta boca es mía. Llevaba mucho tiempo sin hablar y, de pronto, bajo la influencia de la fiebre, de los comprimidos, del silencio acumulado y de la perspectiva del viaje al Mediterráneo, lo solté todo. Como lo que les interesaba era el oficio, por primera vez en la vida hablé de mi oficio. Dije muy poca cosa, pero aun así suficiente, para enterarme cuando ya no me quedaba saliva de que era la una y media de la madrugada. ¡Habían perdido el metro! ¡Creíamos que solo eran las once!

Se marcharon… a pie. Yo me dormí con Conrad, en avión, interpretando una escena de amor con un hidalgo campestre que hacía teatro de cámara y que tenía tus ojos y tu boca.

Esta mañana he recibido tu carta, tu estupenda carta del sábado, y he empezado a sentir de verdad nuestro encuentro inminente. Así que he leído

los periódicos. Luego, un muchacho que se llama Jacques Epstein,[364] amigo de Gérard, y que quiere escribir una novela —la vida de un actor— vino a que le diera algunos soplos. Y otra vez me las tuve que hace pasar por lista y charlatana durante dos horas y hablarle de mi oficio.

He almorzado con Ángeles, agotada de tantas palabras y sobre todo por el esfuerzo que tengo que hacer en esos casos, para aclararme las ideas que —como sabes— suelo tener embarulladas.

A las cuatro y media, vino a verme el señor X., al que he visto una vez en la vida y que conoce a Dolo. El otro día se presentó en mi camerino afirmando que estaba más delgada y que tenía que recuperarme a toda costa. Es marino… creo; un marino de Saint-Germain-des-Prés, alto, rubio, curtido, arrugado, con bonitos ojos azul Mediterráneo. Va a comprar un barco y quiere llevarme a Córcega. ¿Qué te parece?

No, bromas aparte, parece simpático y respetuoso. Me cae bien y está triste, lo cual me gusta bastante. Puede que dentro de un rato me desengañe. En estos momentos, no hago otra cosa.

Físicamente, sí que creo que estoy recuperada del todo; no me queda otra que serle fiel al apodo de «fornida» con el que siempre me han bautizado. Estoy exultante de vida y de energías no utilizadas. Lo cual produce una curva de temperatura anímica de lo más curiosa. Si la semana que viene las cosas siguen así, te escribiré lo que siento a cada hora durante todo el día. ¡Verás qué risa!

Se me ha calmado la tripita y sigo esperando. ¡Ay!, me temo lo peor.

Pero, bueno, no será la última vez que vaya a Niza en estas semanas, dado que, a fin de cuentas, este viaje me sale gratis.

En el teatro estoy de morros con François. Hébertot, al nombrarme delegada, no contó con mi faceta concienzuda. Pero resulta que la primera cosa que he hecho y de la que hasta ahora no me había ocupado ha sido

reclamar el cachet doble que nos debía por actuar en la Ciudad Universitaria en día de descanso. François se puso a discutir y quiso engañarme; pero yo me había adelantado y sabía que estaba en mi derecho. Ahora voy a tener que pelear para conseguir el cachet del 1 de mayo. Y todo entre las carcajadas de mis compañeros. ¡Qué alegre!

Bueno, cariño mío. Ha llegado el momento. Voy a llamar por teléfono. Espera un segundo, por favor.

¡Porras, porras y porras!

Ya no puedo salir a las ocho y cuarenta de la mañana. El avión o, mejor dicho, ese vuelo no funcionará hasta junio, así que cogeré el autocar en Les Invalides a las once y veinticinco y no llegaré al aeródromo de Niza hasta las tres y veinte de la tarde. En cuanto a la vuelta, la salida de Niza es a las once y diez de la mañana y del aeródromo de Niza, a las dos y diez solamente.

A lo mejor podríamos almorzar en el propio aeródromo y así pasar más rato juntos. Pero tiene que haber un error porque ¿es posible hacer un viaje tan largo en cincuenta minutos? Pero resulta que estaré de vuelta en París a las tres de la tarde. No entiendo nada. ¡En fin, ya se verá! Lo que importa es marcharse.

Amor mío, cuando recibas esta carta, la cosa será mañana… Mañana, ¿te das cuenta?

Te beso locamente. Hasta mañana,

M.

V

Te telefonearé.

V

298 — Albert Camus a María Casares

Miércoles [3 de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Después de tu llamada, recibí tus dos cartas al mismo tiempo y he pensado que esta notita era posible que te llegase aún y que podrías llevártela en el avión. Ya adivinas de lo que quiero hablarte: de mi impaciencia, de mi alegría, del rostro que te espera al final de ese viaje. Hoy ha estallado la tormenta después de cuatro días de pleno verano. Luego se levantará viento seguramente y el viernes el cielo será de gloria. Y aunque no lo fuera, aunque me llegases mustia por la gripe, atrincherada y distante, seguiría siendo el día de la alegría.

Está tronando, me siento completamente dispuesto para deliciosas tormentas. Espero a mi amor querido, a mi vela negra… Duerme mucho en el avión. Te despertarás entre el cielo y el mar. Habrá barcas de naranjas y limones, oleadas de flores, un bosque de estandartes para recibirte. Y tu amigo, que te habrá visto aparecer, allá lejos en el cielo… Se me derrite el corazón. Y beso tu boca querida.

A.

299 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 4 de la tarde [7 de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Miraba cómo te ibas, tan menuda entre tanto sol, sin equipaje, solitaria en

medio del rebaño de los ahítos y se me desbordaba la ternura. Me encontré tu telegrama luego. ¿Gracias? ¿Por qué gracias? Soy yo quien habría querido, quien quería gritártelo en ese terreno soleado, por ese don, por ese amor generoso, esas horas veloces y mudas como la alegría. Pero diríase que ya no sé hablar, ni escribir. Ahora me fuerzo a expresarme. Y no sé nada más que esperar al viernes que viene.

En cualquier caso, no nos podemos quejar, todo ha ido a pedir de boca. Solo tengo dudas respecto a tu cansancio, por esas tres representaciones consecutivas. ¿Qué hacer? ¿Cómo conciliarlo todo? Al menos cuida de ti, querida mía, y tómate descansos largos.

Volvía a casa enseguida; en la carretera de Grasse recogí a un inglés. Iba de Roma a Londres en autostop. Pero no es que fuera muy comunicativo e incluso era más bien un plomo y un pelmazo, como muchos de los hijos de Shakespeare. Lo dejé en Grasse. Por la tarde, estuve dedicado a que limpiaran la casa, una auténtica pocilga a decir verdad: di órdenes e hice de señor del castillo. Por la noche, me ocupé del correo y me acosté temprano. La noche ha sido buena y esta mañana, radiante, me puse en pantalón corto y me lavé la cabeza. Luego, anduve mirando libros para mi ensayo. Después de comer, el mismo programa.

Jeannette llega mañana. Así que me mudaré pasado mañana a mis dominios. Todo esto me llevará aún más deprisa al viernes (pero, dime una cosa, ¿las cuatro y veinte no será un poco justo? También es verdad que, de hecho, llegas a las siete). Voy a planificarlo. ¿Te fijaste en que todo estaba previsto y que no tuviste que parlamentar sobre la elección de un restaurante? Hará bueno, ¿verdad? A lo mejor puedes bañarte, y a mí me dará envidia. Pero luego me beberé el mar en tu pelo.

El viernes me ocuparé de sacar mi billete para el 19. Luego te vas, no sé dónde, y no queda más remedio. Pero junio va a resultar difícil. Cierto es

que será el único mes, en vez de tres. Gracias, sí. Gracias a ti y a tu querido corazón.

Interrumpí esta carta y vuelvo a ella. Ahora está cayendo la tarde. Es la hora en que me doy cuenta de que no soy feliz, de que todavía me queda mucha cuesta arriba por recorrer, un mundo por vencer, otro por crear, es cuando dudo de ser capaz de hacerlo, y ni tan siquiera digno. Pues también está esto, desde hace varios días, y que no te he dicho. Una duda sobre mí, mi obra, una duda profunda, insistente. Y, sin embargo, sería la muerte.

Pero bueno, ya vendrán otras horas, otra vez el mar en nuestras ventanas, las olitas del atardecer… Te quiero y te admiro. Hasta pronto, querido corazón mío, amor mío. Esta vez seré puntual y te esperaré en la esquina del cielo. Te beso con todas mis fuerzas.

A.

300 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

8 de mayo [de 1950]

Bueno, amor mío. Son las dos de la tarde y fuera está lloviendo. Estoy esperando al viernes y, mientras tanto, voy volviendo poco a poco a mi ser y me doy cuenta de que no ha cambiado nada desde hace meses y de que los tiempos que pasé queriendo cegarme han concluido sin haber sanado mis heridas ni iluminado nuevamente las pobres esperanzas. Así que decido abandonar la locura y la vida en tinieblas, y rectificar con lo que realmente tengo: la salud recobrada y, por encima, por encima de todo, las horas maravillosas que aún me quedan en el futuro tangible por pasar a tu lado. Es poco y es inmenso. Basta para cualquier reconciliación. Estabas en lo

cierto: «Nos encontramos, procedente cada uno de sendos rincones del mundo, por la distancia y por los acontecimientos. Nos tuteamos después de haber sabido reconocernos, y, ante nosotros, al alcance de la mano, tenemos momentos que podemos coger y conservar para siempre jamás. ¿Es breve y la vida pasa volando?». Sí; pero, en cierto modo, ¿qué significa el tiempo?

A la vuelta de Cannes, me parecía estar regresando de un viaje larguísimo y, sin embargo, cuando me despedí de ti en el aeródromo, cuando te vi a lo lejos de pie, alto y erguido, alzando de pronto únicamente la cabeza hacia el avión que se iba, creí que me encontraba aún en el momento de la llegada.

Ese regreso hacia el norte… las nubes… las sacudidas… las bolsitas ensuciadas… Le Bourget.

A la vuelta, telefoneé a Air France; aún poseía esa oportunidad, quería tener una prueba tangible —me estoy volviendo materialista—, del pasaje. Pensé que también algún día eso podría estarme vedado y, una vez más, cedí: «¡Vivir al día! ¡Ya se verá!».

Y, de hecho, ¿no es la forma más sensata de vivir?

Hoy me empeño, me obstino: «¡Vivir al día!». Es el cumpleaños de mi padre.

Ángeles, cuando me fui en avión, le dijo a Marcelle Perrigault:[365] «Sí, la he llevado a ver el piso. Me importaba mucho y quería que conociese mi casa antes de marcharse. Nunca se sabe…». Sí, nunca se sabe.

Estabas guapo en estas vacaciones frente al mar. ¡Ay!, qué guapo estabas. Me habría gustado decírtelo, pero cuando estás delante, a mi lado, algo me frena. Me da miedo molestarte en tu silencio. Luego, todo acaba llegando, pero siempre demasiado tarde.

Ánimo, amor mío querido. Aquí o allá, libre o amenazado, en todas partes encontrarás lo mejor, porque lo más íntimo que hay en ti solo vive

para lo mejor y, a fin de cuentas, no veo otra forma de coger fuerzas que seguir viviendo.

Espero el viernes y el brillo del sol y del mar entre tus brazos cálidos. Espero y vuelvo a empezar mi alegría constantemente hasta que llegue el viernes.

Hasta el viernes, amor mío querido

M
V

301 — María Casares a Albert Camus

9 de mayo [de 1950], *por la mañana*

Acabo de recibir tu carta del domingo. Es dulce, buena y también angustiosa. Me hablas de dudas que yo había presentido. Creo que se disiparán en cuanto puedas trabajar en condiciones, pues lo que más me preocupa son tus dudas y titubeos sobre tu obra. Todo lo demás solo tomará forma en función de eso, su forma más sencilla y para la que no tienes que hacer ningún esfuerzo extra. Hace mucho tiempo —no, en realidad, solo dos o tres meses— que renuncié a cualquier vida que no fuera la que tenemos tú y yo, y, cuando no me hace feliz, me basta con saber que aceptas la negación de ti mismo para sentirme saciada con lo que tú me das ahora. Así que te queda esa cuesta que subir, esa enfermedad que lograrás superar y, con ello, recuperar fuerzas para trabajar y crear. ¡Ay!, amor mío, no dejes que te arrastren las dudas que te esterilizan. Relájate. No te crispes. Relee lo que escribes también, de forma clara y saludable. Necesitas tener vida a tu alrededor para volver a estar en contacto con ese mundo del que te han

separado tantos desgarramientos. Por mucho que digas, la llegada de F[rancine] y sobre todo la de los niños te va a llenar de una vitalidad nueva, de bullicios, de tensiones, de penas y de alegrías. Es una existencia quizá más cansada, pero después de este descanso aburrido y triste de mes y medio, después de esa duermevela, es una vuelta a la vida, los trastornos diarios, la primavera, los gritos, los ruidos, los ataques de mal humor, de ternura, de nostalgia, y a una frescura nueva. Yo también estaré allí, como el deseo que se puede alcanzar, pero que también resulta tan difícil, como la felicidad tan segura y a la vez tan frágil… Entonces todo retornará y tú reventarás de sol y despotricarás por las noches contra todo lo que te impide trabajar para demorarte en la contemplación de la hora triste. Entonces, cuando te quedes solo, en silencio, después de las emociones serias, antes de los enfados pasajeros, cuando vuelvas a estar encerrado con tus anhelos, tus arrepentimientos y tus alegrías, todo retornará de nuevo y todo resultará fácil.

Espera, cariño mío, espera pacientemente. Lee, prepara. Deshazte de la preocupación de empezar enseguida. Tienes tiempo. Tienes todo el tiempo del mundo. Ya descansarás menos tiempo luego, sin hacer nada, eso es todo. Después sentirás la necesidad de ir más deprisa; pero entonces estarás curado y tendrás menos problemas pesados con los que cargar.

Espera. Relájate, aunque tampoco te entregues a las horas tardías; también son embusteras, tanto como la hora tan plena del mediodía, a pesar de ser tan clara.

Esta mañana brilla el sol, pálido y blanco. Qué cruel es a veces el buen tiempo. ¡Ay!, ¡qué días tan largos y sosos! Los mejores ratos los paso con Lawrence en el país del Canguro.[366] Creo que es un bonito libro. Hasta la noche.

Miércoles por la mañana [10 de mayo de 1950]

Anoche me acosté deprimidísima. Y eso que el día había sido radiante y me pasé la tarde en la terraza dedicada a las plantas. Vi a P. Raffi, un poco más vivo que de costumbre, y a Tony [Taffin], tan sombrío como siempre, aunque por lo menos tiene dos cosas a su favor: sabe callarse y respetar el silencio y además es, o al menos lo parece, bueno e indulgente.

En el teatro he actuado mejor que últimamente; desde antes de ayer armonizo más con Dora. Pero al volver a casa tenía el corazón encogido. Esta mañana tu carta… ¡tan triste! Te imagino como señor absoluto de la casa nueva y estoy deseando que tengas gente alrededor, aunque en estos momentos no te sientas con muchos ánimos para la compañía.

No me vuelvas a hablar de vida. Ya no puedo vivir del todo. Vuelvo a ser niña; juego sola, para mí misma, a tener existencias diversas, hablando con personajes imaginarios. Así es como encuentro los mejores ratos. Me da miedo que la libertad que de golpe se me ha venido encima haya llegado demasiado pronto o demasiado tarde y dudo que consiga aprender a utilizarla alguna vez. Me pesa y me arroja a una cárcel mucho más estrecha esta vez, la de las costumbres adquiridas, los marcos organizados en función de cosas que han desaparecido. Me ahogo y ya no me soporto, y, al igual que me pasa con mi melena, no me atrevo a dar un tijeretazo bienhechor porque «es una lástima».

Sigo unas líneas ya trazadas con amor y entusiasmo, y con cada paso que doy me sorprendo de seguir andando aún y de hacerlo en esa dirección.

Hoy también hace bueno. Pasado mañana, mañana —cuando recibas esta carta—, volaré otra vez hacia ti. De nuevo la felicidad. Hoy tengo que ganar lo del viaje en la televisión y mañana debatir de asuntos improbables en un futuro nebuloso mientras almuerzo con Lulu Wattier.

¡Que llegue pronto el viernes! ¡El mar! ¡El aire! ¡La vida!

Te quiero, amor mío, te quiero loca y desesperadamente.

Maria
ictoria
V
iernes

302 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 9 [de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Estoy en plena instalación y estos días me cansan, y tanto más porque yo también me he pillado una buena gripe. Jeannette llegó ayer y desde ayer lleva restregando esta puñetera casa. Hoy he podido instalarme en una habitación limpia. Ha habido que volver a hacer otra vez las maletas y volver a deshacerlas otra vez. Tenía también en el oído tu voz de ayer al teléfono y me desconsolaba saberte triste. Me reprochaba también haberte enviado una carta algo deprimida y, por tanto, deprimente. Menos mal que llegó tu carta a mediodía, y tu maravillosa calidez. Noto a un tiempo tu pena y tu valor y te beso, compañerita mía, con toda mi ternura.

Voy a bajar dentro de un rato a reservar nuestro balcón al mar. Solo espero que haga mejor que hoy, con este cielo gris y agobiante. Pero sobre todo me preocupa tu cansancio.

Desde el viernes no he hecho nada que merezca la pena. Es cierto que es difícil trabajar entre dos casas. Esta nueva habitación, con su hermosa vista despejada, un cielo inmenso poblado de vencejos, el olor de las rosas, el

atardecer, quizá me ayude. También es verdad que todo cuanto escribo es tan triste que me contengo un poco.

Querido amor mío, niña mía, me da la impresión cuando pienso en todo este tiempo sin ti de ir tropezando con la vida. La verdad es que tropiezo con todo en este momento. Por lo menos está aún este viernes, y el otro, y otros milagros quizá. Me entran ganas de acostarme hasta el viernes y taparme con las sábanas.

Tendría también que contarte mis días. Pero, a ver… es que no hay nada. Tú tampoco me cuentas ya nada y, sin embargo, tienes una vida en el exterior. Pero sé que la repetición desgasta. Hago un esfuerzo para escribirte, tengo un nudo en la garganta. ¡Ay, habría querido mandarte una carta llena de sol y solo pongo en ella los malditos pensamientos que rumio!

Perdóname; dentro de tres días volverán otra vez la luz y la hermosa fogata de los días. Te quiero, en cualquier caso, con todo mi ser, con dolor, con alegría, con consentimiento. Ánimo. Vive tanto como puedas, vive por dos, querida mía. Te beso con toda mi impaciencia.

A.

Estaré, salvo indicación contraria, a las tres en el aeródromo, el viernes.

303 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 9 de la noche [13 de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Cuando despegó el avión hace un rato me dejaste hundido de tristeza.

¡Qué largo fue luego el camino, con el corazón oprimido! ¡Qué triste y solitaria estaba la casa! ¡Qué peso en el pecho, que todavía no se me ha ido! Volver a acostarse con este sabor amargo en la boca, volver a verte, volver a oírte, imaginar tu tristeza… No, no te voy a escribir esta noche.

Domingo, 4 de la tarde [14 de mayo de 1950]

Efectivamente, valía más que no te escribiera anoche. ¿Qué decirte? ¿Qué repetir? El amor que por ti siento no da tregua. Si fuera posible distraerse de él, y si pudiera ocurrir que algunas de tus palabras no me llegasen sino durante esa distracción, no tendría este corazón escocido que me noto. Portarse bien o mal y para ser digno ¿de quién? Por supuesto. Pero durante todo el tiempo en que has estado ausente de mi vida, y ha sido un tiempo muy largo, nunca he dejado de someter en mi fuero interno lo que hacía a tu juicio, a la imagen que me habías dado de mí mismo. Sé, por lo demás, cuando hablas así, que es la desesperación la que habla. Pero también sé que soy yo la causa de esa desesperación, y eso es lo que no puedo curar. Por lo demás, no quiero escribir acerca de esto.

Hace bueno, maravillosamente bueno. Qué lástima sentirse como un animal enfermo delante de esta luz. Espero, sin hacer nada. Espero al jueves, claro. Incluso entre desgarramientos y lágrimas, tu presencia, para mí, llena el mundo. Cuando te vas, es el vacío, es un mal vértigo. Niña mía querida, amor mío, es a ti a quien espero y a quien esperaré siempre. ¿Es que no hay alegría para ti, ni tregua en esta vida agotadora que es la nuestra? El jueves por la noche, ¿Dora no se sentirá algo más aliviada cuando pienses en mí, muy cerca, en la misma ciudad y esperándote? Los días se hacen eternos, lo sé, de sobra lo sé. Pero hay otros días y otras noches que pasan como el viento. ¡Ay, habría querido escribirte una carta de

verdad, que pudiera mantenerte erguida, con la desdicha y la dicha a ambos lados! Déjame al menos decirte una vez más que te quiero. No voy a volver a escribirte ni a hablarte. Cuando te miro en silencio, no es paz ni retiro a otro universo, es el amor ávido y desesperado que me rebosa. Solo sé repetir. Ten paciencia conmigo, recobraré la fuerza y te devolveré la vida, lo voy a conseguir. Tres días valdrán más. Acógeme, fíate de mí. No necesito tu ayuda, nadie puede ayudarme ya, únicamente yo, a salir adelante y lo haré. Pero necesito creer, al menos, que no soy para ti una desdicha. Te beso, querido, queridísimo amor mío, con toda mi ternura, apasionadamente.

A.

9 de la noche. ¡Soy acaso tan desgraciado que tengo que renunciar a hacer feliz al único ser a quien quiero con todo cuanto soy! ¡Dime, dime que no, mi único, mi irremplazable amor! ¡Dime que te llevo aún, a veces, la auténtica alegría!

304 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Domingo por la tarde [14 de mayo de 1950]

Vuelvo del teatro y tengo dos horas que pasar antes de cenar y volver al teatro. Esta tarde he actuado igual de bien que en mis mejores días para un tercio del patio, dijimos a los cuatro gatos dispersos por el principal.

Hace bueno. Hace calor. París rebulle con un rumor festivo de provincianos que han venido para la Feria, de extranjeros, de feriantes y discursos a Juana de Arco.

Estoy en mi cuarto, sentada en el suelo, en la moqueta, con la espalda apoyada en la cama, frente a la ventana abierta, frente a los rosales, a los pensamientos, a los guisantes de olor, frente al cielo. No hay nadie en casa y todo está bonito y tranquilo. Tengo el corazón encogido. Desde que ayer me despedí de ti, mantengo un sombrío y curioso debate… contra… no sé qué, contra algo nuevo que se me ha metido dentro desde hace algún tiempo y que de pronto me resultó tangible antes de ayer, en Cannes. Creo que es el miedo, un miedo espantoso a que nos separemos. Me parece notarte cada vez más dispuesto a renunciar, a rendirte, y solo de pensarlo me vuelvo totalmente loca. Sé que, si algún día flaqueas y dejas de luchar para seguir conmigo, me marcharé. Lo sé. Me conozco y, en cierto modo, soy lo bastante sensata para saber que luchando no vamos a llegar a ninguna parte. Así pues, me marcharé y de momento no dejo de pensar en que basta con muy poca cosa para que llegue el momento de la catástrofe. Conservaba aún la vaga esperanza de que, en una situación extrema, me elegirías a mí; he aprendido que me equivocaba; por tanto, basta con que esa situación se presente. Si llegamos a tal extremo, para mí será desastroso, mortal. Intento espabilarme, sujetarme, defenderme, aferrarme a lo que sea para escapar del abismo. ¡Ay!, ¡si supieras hasta dónde llegan mi obstinación, mi energía, mi anhelo de justificar mi existencia sin ti, mi remordimiento, mi nostalgia por las ganas de vivir! ¡Si supieras cómo intento aferrarme, recurrir a todo! ¡No! ¡Ay! ¡No! Yo tampoco me quiero morir.

Pero nada, nada me responde, nada me satisface, ¡ni tan siquiera un instante, un poquito!

Me digo, ¡ay!, si supieras todo lo que me digo… Me digo que ocupo un lugar que nadie más que puede llenar y que ese mero hecho justifica que yo exista y cree. Cuando me da el sol, miro esa sombra que se forma a mis

pies, que solo está ahí porque estoy yo, esa sombra única que dibujo encima de la piedra, y me conmuevo, como una niña.

Creo que todavía no estoy loca, o, si no, lo estoy desde hace mucho, porque siempre he vivido *también* pensando que cada uno de nosotros es irremplazable y eso es lo que hasta ahora me daba una razón para vivir con intensidad, con ardor, con ansia, con alegría, con orgullo. El simple orgullo de ser mujer y, como dirías tú, de hacer mi oficio de mujer con salud y coraje.

Lo malo es que resulta que había un error básico; yo no era una mujer y solamente una mujer. También era una niña, una muchacha *también*, y mi vida está demasiado llena para que pueda sentir las carencias. Ahora las carencias están aquí, espantosas, vertiginosas, vacían casi todo lo que me rodea, me vacían incluso el corazón y el alma, por así decirlo, he adquirido el derecho a ejercer en el preciso instante en que me está vedado trabajar. Si desapareces de mi vida, cariño mío, ya no sirvo para nada, estoy perdida; solo me queda desaparecer a mi vez.

Servir. Dolo se reía bien alto cuando hablaba de su señor del castillo, que había dedicado su fortuna a convertirse en criada. ¡Se reía bien alto mientras esperaba el momento de ponerse a disposición de su JP![367] ¿Acaso no tenemos todas el complejo de servir, de resultar necesarias?

Pero ¿qué voy a hacer yo sin ti? ¿Otro? ¡No! ¡No puedo! ¡No quiero! ¡Sería algo falso, vil, mediocre! ¡Sería una farsa, una comedia vulgar! ¡No lo quiero!

¿Una vida solitaria? Me entra vértigo cuando pienso en todos los años futuros, desérticos, en esos paisajes grises y apagados.

¿La amistad? ¿La camaradería? ¿La comunión de un momento cualquiera? Eso ya me lo sé, sí, ya me lo sé. Por mi oficio he conocido y recorrido muy pronto esa especie de amistad, esas comuniones profundas y

absolutas, un poco embriagadoras, esos lazos íntimos que se aprietan y se aflojan al albur de las funciones teatrales o de las semanas de rodaje en el exterior compartidas. ¡Qué decepcionantes! ¡Qué superficiales! Me mareo cuando lo pienso y vuelvo a notar en la garganta el regusto que ha dejado la borrachera del día anterior. Eso no son amistades, ni siquiera pasajeras, son «cogorzas afectivas», y sales de ellas con resaca.

Entonces ¿qué? ¿Una vida caritativa? Quizá. Pero ¿podría soportar la comunidad y la parte de abstracción que hay en ella?

¡Ay!, ¡cariño mío, amor mío, hermoso amor mío, tú, tú! ¡Tú, con la paz que me traes, con la vida que pones en mí, con la grandeza que me prestas y la bondad y los demonios que pones en mí! ¡Tú, con la vida! ¡No me dejes! ¡Retenme siempre a tu lado! No dejes que me vaya. ¡Ay!, ¡me asusta esa tremenda necesidad que eres para mí, esa necesidad vital en la que te has convertido! Tengo miedo. El lazo que une a dos seres es tan frágil… ¡Los obstáculos que hay en nuestro camino son tan grandes…! ¡Y te necesito tanto!

¡Ven! Ven corriendo a abrazarme, a hablarme, a calmarme, a amarme. ¡Dime, dime ahora y siempre que me necesitas y que siempre me necesitarás a mí y mi presencia a tu lado! ¡Devuélveme mi razón y mis ganas de vivir! Ya no sé si te quiero. Creo que lo que siento va más allá y me asusta un poco. Guíame. Ayúdame. Dame la mano para llevarme. Solo me hallo en ti. Ayúdame, te lo suplico. Zahiéreme si hace falta, pero que yo te oiga y sepa por fin que sabes que te pertenezco. Soy una pesada carga, lo sé. ¿Te sientes aún listo para llevarme pegada a ti?

M.

15 de mayo de 1950

LLEGO JUEVES A LAS VEINTE CINCUENTA BOURGET. CARIÑOS. ALBERT

Martes por la mañana [16 de mayo de 1950]

Ayer no te escribí; me esforcé para encontrar un poco de descanso, para dejar de pensar, para olvidarte, para olvidarme también tal y como estoy siendo ahora, para rectificar y prepararme para ofrecerte el jueves un poco de la felicidad que tanto me gustaría darte. He condenado el teléfono, he desterrado cualquier lectura que pudiera morderme, herirme con un giro inesperado, he cerrado el aparato de radio, me he desnudado, me he tumbado al sol, en la terraza, he cerrado los ojos y he esperado, tiesa y estirada como la cuerda de un violín. Eso es lo que hacía cuando era pequeña y el peso del mundo ya me parecía una carga excesiva. Hacía acopio de toda mi ansia de felicidad, me tensaba desesperadamente y esperaba el sonido misterioso que la mano de no sé qué dios tenía que sacarme; y mientras lo esperaba era cuando me ponía a gritar de entusiasmo y de triunfo y de gratitud.

Ayer, de nuevo, traté de volver a empezar, de librarme de todo, de volver a estar desnuda y pura como entonces y de latir una vez más con el corazón del universo, al unísono. Me quedé así durante horas, seis horas, esperando, borrando, mezclándolo todo en el deslumbramiento del cielo a través de los párpados, intentando hacer de la quemazón del sol un crisol para para las regiones heladas del alma.

Por desgracia, no sentí la necesidad de chillar. Cuando ahora llega la felicidad, lo único que me urge es cerrarme, amurallarme, apretar los dientes, las manos, para conservarla, para retenerla todo el tiempo posible.

La hora de la prodigalidad aún no ha vuelto. Pero, durante unos instantes interminables, he conseguido volver a vibrar en el aire, con el aire, con la luz, y, en lo que tardaba en echarle un vistazo a una flor que se estremece con el viento fresco, paladeé de nuevo el sabor de la eternidad, donde por fin te volví a encontrar plenamente.

Esta es la flor que te ha vuelto a traer hasta mí durante un segundo de forma tan completa. Luego, me dejé llevar. Estaba cansada, me dolían todos los músculos a causa de esa tensión prolongada; abandoné una vez más, pero volví a encontrar dentro de mí un poco de mi dulzura.

La actividad. Tenía que moverme. Las plantas habían arraigado mal en las macetas.

Lo quité todo. Lo volví a plantar a mayor profundidad. Un símbolo, me decía, aunque siempre seré fiel. La piedra de la terraza tenía tierra por todas partes. Después de regar, mis pies y mis piernas desnudas chapoteaban en el barro y yo estaba sucia hasta el cuello. ¡Menos mal que solo tengo una en casa!, refunfuñaba Ángeles. ¡Habrase visto…! ¡Igual que una niña de seis años!

Me di un baño; el teléfono seguía sonando, tozudo. Ángeles seguía mintiendo, con una especie de ira. Supo, notó que yo no tenía que contestar, que estaba bien como estaba y que le correspondía defenderme. Daba gusto.

Me eché. El reflujo amargo me volvía a veces a la garganta. Cogí *Canguro*. Leí.

Después actué… Bien. Muy bien.

Al volver a casa, me dieron tu telegrama.

Esta mañana llegó tu carta.

No quiero contestarla hoy.

Hasta el jueves, quiero contenerme como lo hice ayer; quiero hacerte feliz durante los tres días que vas a pasar a mi lado y para eso tengo que

conseguir serlo yo de alguna manera. No quiero alterar nada; pero sí me importa decirte que no eres lo único que me hace desgraciada y que, en cambio, sí eres el único ser en el mundo que me da y siempre me dará alegrías, auténticas alegrías.

Maria V

307 — Albert Camus a María Casares

2 de la tarde, martes [16 de mayo de 1950]

He tenido una mañana mala. A lo mejor era el cielo nublado, o el despertar sencillamente, la mañana igual a las demás, el día plano ante mí, la renuncia. Ahora hay un rayo de sol en mi cuarto, veo el viento fuera. Pero es un viento de teatro, cuyo soplo no siento. ¿Qué estás haciendo tú? Te imagino en ese estudio. Odio ese estudio. Dentro de un rato, el ensayo. E incluso se me niega la alegría de oírte. Es, sin embargo, una de las más antiguas, de las más constantes y puras alegrías que me hayas dado.

Sin embargo, tu carta de ayer me hizo feliz. Tu voz anoche, por teléfono… Te quiero. Aborrezco la distancia, las sombras, el sufrimiento, la lluvia. Tengo ganas de un día glorioso, contigo, con el mar y el sol de fondo, de un cielo delirante, de las comarcas que quiero, pero contigo, contigo… Tengo ganas de cuerpos, de calor, de piedras, de agua tersa, de todo cuanto puede tocarse. Odio ensueño, la espera.

Y sin embargo te espero, indefenso, con las manos vacías, y hay que hablar, hablar, para sustituir a los cuerpos, para preparar su regreso. Bien es cierto que me paso el día hablándote. Pienso en ti, me preocupo, sufro en ti, amo tu corazón. Querría aliviarte de toda esta pena, hacerte la vida más

fácil y más dulce. Pero no sé bien lo que quiero. Hay otras horas en que mi único deseo es saberte vuelta hacia mí, sin distracción alguna, hasta el final. ¿Conoces el horrible grito de Keats a Fanny Brawne? ¡Cómo lo comprendo! «¡Tiene que ser mía hasta el extremo de morir en la rueda si así lo deseo!».

Pero él sabía que eso era algo injusto y que no podía pedirlo. Tenía que saberlo puesto que le escribía poco después: «¡Me alegro de saber que existe aquí abajo algo como la tumba!».

Te veré el jueves, amor mío, querida mía, hermoso rostro mío. Qué guapa eres, y qué grande. Perdóname mis desvaríos. Piensa que también te quiero con valentía y con la decisión de abreviar esta desdicha. Pongo mi obstinación en curarme, y soy capaz de obstinación. El día glorioso, la hermosa comarca quizá no estén lejos. Pero ya tengo tu amor, existes, ¡no, la tierra no está desierta! Te quiero; hasta el jueves. Duérmete conmigo, pienso en ti continuamente.

A.

308 — María Casares a Albert Camus

17 de mayo [de 1950], *por la mañana*

Aquí me tienes de lo más consternada, amor mío querido. Al abrir los ojos he visto el cielo. Un viento casi frío.

Y he pensado en estos días que me había imaginado deslumbrantes de sol, cálidos, acogedores. ¡Con el buen tiempo que hemos tenido hasta ahora! ¡Ay! Puede que vuelva antes de pasado mañana, aunque lo dudo: el cielo tuerce el gesto.

¡Tu llamada! ¡Ay!, amor mío, ¡no te haces idea lo bien que ha estado que me llamaras! ¡No te haces idea! ¡Ni te lo imaginas! De pronto me siento unida a la tierra, al mar, al cielo, mediante una corriente misteriosa que tu voz, que tu impulso me han metido dentro, y las nubes, de repente, se han vuelto amistosas. ¡Te quiero! ¡Ay, cuánto te quiero! ¡Cuánto te amo!

Y mañana tendré tus brazos estrechándome. ¡Cómo puedo dudar de nada cuando la felicidad entera se me permite tan a menudo! ¡Mala! ¡Soy mala! Los demonios se apoderan de mí, me ensordecen, me ciegan, me vuelven estéril y me quedo huraña, solitaria y helado en medio de todos mis desgarramientos. ¿Por qué? ¿Por qué, dímelo, por qué soy tan mala a veces?

Así… así, tal y como soy en este momento, ¡con tu voz cálida dentro de mí y la promesa de boca fresca y de tus ojos claros y buenos! Quedarme así… y vuelve el orgullo, el gran orgullo.

Te quiero, amor mío querido. Te doy las gracias y te espero. ¡Mañana! Llega hasta mí con el corazón abierto; entrégate a mí, te quiero.

Maria

V

309 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[18 de mayo de 1950]

[*Escrito con lápiz gris, muy grueso*:] ¡Bienvenido V!

310 — María Casares a Albert Camus

Domingo [21 de mayo de 1950] *por la noche*

Amor mío, hermoso amor mío. Una notita, una notita de nada porque este tiempo pesado y tormentoso me tiene exhausta. Durante la función no paraba de sudar y quedarme sin aliento.

De propina, mañana me tengo que despertar a las siete. Para ir al estudio François-Ier. Por la tarde intentaré contarte largo y tendido la alegría, la paz, la plenitud y la vida que me has dejado. ¡Ay!, ¡amor mío querido! Vela por ti. Trabaja. Sé feliz y confiado. Algo me dice —puede que esa parte de sombra que rechazas— que está llegando el buen tiempo. ¡Más paciencia y ánimos!

Cuida bien en mi lugar de la belleza renaciente.

¡Juntos! Estamos bien juntos, hombro contra hombro. Más que nunca. ¡Vamos adelante! Camina, cariño mío. Yo te sigo de lo más tranquila. Ve. Te quiero. Trabaja. Trabaja mucho. Hasta mañana, amor mío querido.

M

V

311 — María Casares a Albert Camus

22 de mayo [de 1950], *por la tarde*

Absoluto atontamiento, amor mío querido. Estupenda beatitud y un trasfondo feliz, un poco nostálgico nada más. Fuera, tiempo gris claro cargado de tormenta.

Toda la mañana ha transcurrido en la radio. Anoche me dormí tarde después de leer *Lucrezia*, muerta de aburrimiento por dicha lectura, y encima esta mañana he tenido que despertarme a las siete, salir pitando y, una vez en el estudio, esperar hasta las once y media para empezar a trabajar. Menos mal que me había llevado un guion con el que he podido familiarizarme íntegra y profundamente. No está mal; siniestro.

A la una me fui de la calle François-Ier, almorcé y me chupé la obra de Lenormand,[369] *La Maison des remparts*: fiel a sí mismo.

Esta noche tengo que leerme otro guion donde el personaje que me corresponde tiene poderes adivinatorios. Vidente, granjera, mística, puta, mexicana, provenzal, española, italiana… me estoy armando un lío y me dispongo a entrar esta noche en las buenas tierras rusas que me esperan fielmente cada noche.

Al margen de eso, dos visitas: Jacques Bourgeois, un periodista joven, pedante, apocado y engominado, y Sergio Andión, a quien ya conoces.

Al margen de eso, me sudan las manos, se me cierran los ojos y estoy un poco mareada de sueño.

Al margen de eso, oh, amor mío querido, ¿cómo te lo digo? ¡La vida! La vida plena y rugiente.

Qué enamorada estoy. Cuánto bien te deseo. ¡Cuánto te deseo! Imágenes, toda una sucesión de imágenes que veo una y otra vez, con los párpados bajados, toda una serie de imágenes que saboreo, una a una. ¡Cuánto me gustaría apretarme otra vez contra ti antes del 15 de julio! Pero no te preocupes, también puedo esperar, poco a poco. Me siento segura de nosotros. No te veo en ninguna otra parte, lejos de mí, sin mí. No creo en esa posibilidad. Tampoco me siento sola. Ni un minuto. Y no te siento abandonado. Ay, amor mío querido, qué agradecida te estoy.

No te quedes en esos garabateos. Hasta el viernes seguramente será así

todos los días. No te quedes en eso. Cierra los ojos, suéltate hacia mí. Es imposible que no sientas mi amor llenándote y arrastrándote. Cierra los ojos. Te estoy abrazando, fuerte, fuerte.

Amor mío,

M

V

312 —Albert Camus a María Casares

Lunes, 3 de la tarde [22 de mayo de 1950]

Me rebosaba un «gracias» muy grande, ayer, querido amor mío, un «gracias» con montones de fuerzas que me parecen nuevas. Sin embargo el viaje no ha sido para entusiasmarse. Por mucho que lo intento no consigo compartir tu entusiasmo por esa forma de locomoción retrógrada. Dirás que atraigo los contratiempos, pero el hecho es que mi avión, al que esperé pacientemente en un Le Bourget completamente vacío, tuvo un reventón al salir (la rueda trasera). Hubo que repararla en la pista bajo un sol de escándalo que convertía la carlinga en un baño turco. Ahí acumulamos un retraso de media hora. Luego, en el aire, nos encontramos con un viento tremendo (cien kilómetros por hora) y contrario que nos hizo perder otra hora en el trayecto. Así que el viaje no se acababa nunca (yo resistía a base de champán) y llegamos a las seis y media. Autocar, luego Desdémone (¡por fin depender de uno mismo!), a las ocho estaba en Cabris, atontado y cansado. Pero, pese a todo, seguía con mi «gracias» en el corazón, y mi valor.

Necesitaba ese valor, el más sencillo de todos, el que vas a buscar junto

al ser amado, el valor de vivir, que había perdido hasta cierto punto. Bien sé que eso no lo resuelve todo, que volverás a caer en la sequía y yo en la rebelión vacua, pero no olvidaremos, ¿verdad?, estos tres días en que nos hemos enterado mejor de para qué plenitud estaba siempre listo nuestro amor, no lo olvidaremos y nos afanaremos con valentía y orgullo en hacerlo vivir de nuevo.

Sin embargo, es muy duro arrancarme de ti y alejarme cuando tengo aún tu calor en mí, el sabor de tu boca, toda la satisfacción de nuestro placer. Estoy bebiendo a grandes sorbos y, de repente, ya no hay manantial, hay que esperar, con la sed que vuelve, mayor con el recuerdo de esa agua liviana, soleada, sabrosa… ¡ay, querido amor mío, ¡cuántas alegrías te debo, que compensarán para siempre las horas difíciles que no nos queda más remedio que vivir!

También fue bueno encontrar tu carta. ¿Mala? No amor mío, amiga mía, no eres mala. Sino presta en negar, y en rechazar, en cuanto la vida no está lo suficientemente presta para salirle al encuentro a tu pasión, a tu riqueza, a tu maravilloso corazón. La vida tiene contigo peculiares detalles e implacables durezas, como si se negase a ahorrarte nada, exigiéndote toda tu fuerza para la alegría y toda tu capacidad para el dolor. Quizá hay que consentir en ello, en el sufrimiento y en la alegría. Llegará el día por fin que será el de la sensatez, quiero decir el de la inteligencia sobre aviso y de la indulgencia, de la solemnidad y la sonrisa de quienes no han escatimado nada de sí mismos. Hasta ese día querría llevarte, ese día en el que me gustaría reunirme contigo…

Te escribo desde la cama, muy dócilmente. Esta mañana, el día estaba gris. Esta tarde hace bueno. Se oyen pájaros medio dormidos al sol. Querría enviarte toda la paz de este día, todo el amor del mundo, y la gratitud de mi corazón. Te quiero, querido corazón mío, cautiva mía. ¡Cómo temblabas a

veces en el amor! Y qué bueno es haberte traído en mí así, tibia aún… Te beso, y te vuelvo a besar, noche mía, amor mío…

A.

313 —MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

23 de mayo [de 1950], *por la tarde*

Esta mañana he recibido tu estupenda carta. Me ha acompañado a la radio cerrada aún y cargada de promesas. Me hubiese gustado dejarla así, metidita en mi vientre, hasta volver a casa. No he podido. He dejado a un lado las elucubraciones descabelladas del señor Exbrayat[370] y los gritos de desesperación de mis compañeros, y me he aislado… contigo.

¿A que no te fías? Tienes miedo de los arrebatos que van a darme. ¿Estás temblando?

Haces bien, amor mío querido. Por desgracia, haces bien en temblar. En cuanto a mí, ya estoy a la espera, y, por muy clara, confiada, liviana y cristalina que me sienta hoy, sé de sobra que me volverá a dar un ataque de locura rabiosa y me arrastrará de nuevo a regiones lúgubres que en este momento ni tan siquiera puedo imaginarme.

¿La sensatez? Tengo cierta idea de lo que es, ¿sabes? Últimamente me ha tocado a veces de refilón y me han entrado ganas de seguirla y perderme en ella para encontrar ahí un refugio que me parecía noble. Sueño con ello sin parar los días de congoja. Sueño con ello en la claridad, y las mañanas de lucidez son mañanas sensatas, puesto que en adelante me ha sido vedada la alegría pura. Cuando me despierto así, aunque no sea feliz, me siento

saciada. Una especie de logro en el que hallo el amor de consentir. La desdicha, amor mío querido, la desdicha solo proviene de esa ceguera que de golpe me sume en la oscuridad más absoluta, esa ceguera que se cree lúcida y auténtica y que hace de mí una réproba. Entonces nada tiene ya una existencia aceptable, el rechazo me ocupa por completo el corazón y el alma y siento que ardo en un fuego oscuro. La sangre me hierve en las venas, me gritan las entrañas al pensar en la sensatez, la entrega, la indulgencia, la sonrisa, y me golpean la piel miles de demonios aullando.

Esa es mi situación.

Ahora bien, ¿es normal? Sobre todo, ¿es normal que pase por etapas de furor regularmente y en fechas fijas? No.

¿La solución? Ver al médico y cuidarme el ovario izquierdo.

¡Ay!, ya lo sé. ¡Es espantoso, abominable, asombroso, visceral, orgánico! Todo lo que quieras; pero voy a ir a ver al médico y a cuidarme el ovario izquierdo.

Esta es mi última decisión.

Ya está bien de hablar de mí. Para concluir, solo te pido por favor que no me hagas caso cuando vuelva a estar poseída. Te avisaré con antelación. Intentaré realizar ese esfuerzo antes de que el demonio selle mis labios y me impulse a hacer que te creas lo que diga.

En lo que a mis días se refiere, son tan neutros que no hay nada que reseñar. Radio. Teatro. Casa.

¿Radio? Mi actitud repele o intimida a las personas que me conocen poco. Solo se atreven a acercarse cuando me digno a mirarlas y a sonreír. Por desgracia, por las mañanas, medio dormida, como bien sabes, no me apetece nada sonreír. Así que me quedo aparte.

¿Teatro? En este momento estamos actuando mejor. La recaudación ha subido. Viene gente interesante a ver la función y nos fustigamos los

nervios en su presencia. En el nuevo arranque, en la lista que revelaba los planes de las estrellas, podía leerse: «Maria Casarès: *Los justos*».

¿Casa? Leo, me instruyo, remoloneo, recibo, duermo, gruño, canto y siempre estoy pensando en ti.

¿Acontecimientos? Recuerdos efusivos y afectuosos de Casals.[371]

Fuera está lloviendo.

He conocido a alguien nuevo. Rouquier,[372] el director de *Farrebique*.

Más o menos de tu edad. Guapo, a su manera. Pelo negro, ojos claros, frente despejada, mirada maravillosa. Alto y delgado. Inteligente, según parece. Pasaré más rato con él el sábado por la mañana. Hecho destacable: me ha intimidado, algo muy inusual ya. ¡¡¡Ojo!!!

He vuelto a ver a Tony [Taffin]. Ya no lo aguanto más; le he dicho que si quiere seguir tratándome tiene que cambiar.

Michèle Lahaye me ha leído las líneas de la mano:

Vida relativamente larga que sale ilesa de un accidente mortal.

Equilibrio.

Sigo mi instinto cuando me parece que desea algo bueno.

Generosidad y enfoque sobre la vida y los hechos que entorpecen la suerte.

Corazón fiel.

Cuerpo infiel.

Monstruo de orgullo.

Cárcel, en dos ocasiones.

Es todo en lo que a acontecimientos se refiere. Para lo demás, esta noche, después de la función.

Hasta dentro de un rato, cariño mío. A partir de mañana voy a espabilarme y a salir un poco para tenerte al tanto de los acontecimientos parisinos. Si no, corro peligro de convertirme en una aburrida, pero ¿qué quieres que haga? ¡Estoy tan a gusto en casa! Aconséjame. Dime que salga. Me da pereza. Dime que quieres saber a través mí lo que está pasando, establecer relaciones nuevas desde lejos y lo intentaré… Ay, con lo bien que se está aquí, tumbada en el suelo, como ahora encima de la moqueta suave, tan tranquila… Espabílame, necesito que me espabilen. Si no, dame la razón y dime que hago bien quedándome en casa sin enterarme de nada.

Te quiero.

¿Estás trabajando?

¿Cuándo llega F[rancine]? ¿Y J[ean] y C[atherine]?

¿Has ido a ver al médico nuevo? ¿Y al otro, al chocho y majareta?

¿Estás trabajando? Tus ojos brillantes de vida y tu inspiración son mis dos razones para vivir. Tus ojos, los he visto.

Ahora me gustaría con todo mi deseo saber que estás «inspirado».

Medianoche

¡Ay!, ¡tenía yo razón hace un rato, cariño mío! Estoy en un punto en que lo mejor que puedo hacer es encerrarme con triple llave y quedarme con esa paz que he recuperado más o menos.

Desgraciadamente tengo que trabajar y no siempre puedo atrancar la puerta del camerino.

Esta noche, dos personas han violado mi tranquilidad. Una tal señora Rodriguez, exaltada, que ha escrito *para mí* un guion, cuyo título, *La hechizada*, ya te dará una pista sobre el contenido. Es la historia de una «muchacha morena, austera, turbadora, extraña, con ojos almendrados y

hechiceros y manos de bruja», que tiene el don de la adivinación, que al principio le es útil y que al final la lleva a la catástrofe. He ojeado el manuscrito. Podría salir una buena película «hechicera» y el personaje es divertido; pero la perspectiva de tener que aguantar a esta querida española de Batignolles durante todo el rodaje me echa para atrás.

Es una mujer joven de ojos exorbitados y su don es el de la palabra, pero sin el de la dicción. Se expresa mediante sonidos y relampagueando furiosamente las pupilas —también las manos trabajan—, y casi se enfada porque le negué el don adivinatorio que ella me atribuía… a *mí, Maria*, y vi cómo se ponía como la grana cuando le confesé tímidamente que no sabía si yo era médium, como ella sostenía, y, por lo demás, tampoco me interesaba. Rompió a gritar que era imposible, que la estaba engañando, que con mis ojos, mis manos, etc., etc. Me asusté un poco y decidí calmarla diciéndole que alguna vez había girado una mesa y que mi «magnetismo» era obvio.

Al final se fue. ¡Uf!

Durante el entreacto me tocó otro tipo de pájaro, Jacques Deval,[373] que llegó con el mismo estado de ánimo que Darcante.[374] Entró ya diciendo que aquello no le gustaba nada (*Los justos*), que te merecías un aprobado raspado… ¡y gracias!; que era académica, abstracta, inverosímil, que en Tolstói, Dostoievski y Gorki nadie hablaba así, que todos éramos malos, que estábamos tensos y crispados y que si *él*, Jacques Deval, tuviera que matar, se prepararía relajadamente… Llegados a ese punto, hablé. Las únicas palabras que oyó de mi boca fueron: «En tal caso —le dije—, es inútil que siga, nunca vamos a estar de acuerdo». Y me quedé mirándolo, fumando. Estaba callada. Había comprendido que también él, como Darcante, era del Partido. Se irritó; mi silencio le pesaba. Se sulfuró, se embaló y se enfadó. Se armó un lío con sus propios razonamientos. Yo seguía mirándolo, con toda mi «mala alma»[375] en los ojos. Al final,

intimidado, incómodo y crispado, exclamó: «Pero ¡diga algo, maldita sea!». Sin perder la calma le dije: «Pero ¿a qué viene esa perra? ¡Si no le he dicho nada! ¡Cálmese y siga!». El timbre me interrumpió la diversión y se marchó, un poco alicaído. Yo estaba rabiando, pero bastante satisfecha de mí misma.

Sigo rabiando. París me cansa y la gente me agota. Ya no queda nada auténtico. Todo tapa algo y, en cuanto se rasca un poco y se sabe, se convierte en una mentira.

¿Que firmas un llamamiento a los corazones tiernos para que los padres dejen de pegar a sus hijos? Entras en las filas del PC.

¿Que recitas los versos de un poeta por amor a la belleza? Te conviertes en el PC. Primer grado.

¿Que aspiras a que haya paz? Ya siempre serás del PC.

¿Que fumas Lucky Strike? Eres anti PC. Y partidaria de la bomba atómica.

¡Ay!, ¡no puedo más! Me está empezando a soliviantar en serio y de forma «abstracta», como dicen, si no de forma muy viva y peligrosa. Me acerco a ti, cariño mío. También en eso me acerco a ti a toda velocidad; la cárcel se estrecha y no hay forma de atarme. Amordazada me vuelvo peligrosa.

Perdona que me vaya por las ramas. Necesitaba quitarme de encima la ira antes de conciliar el sueño, porque tengo que dormir antes de ir mañana a la radio a grabar para la posteridad el texto «concreto» del señor Exbrayat.

¡Oh indulgencia! Bella sonrisa, vuelve a mí.

Amor mío querido, hermoso amor mío, mi gran amigo, escríbeme pronto, esta vez, para ayudarme a sobrellevar la vida parisina. No me alcanza el corazón, pero me cosquillea la fibra nerviosa y es demasiado. Necesito

descansar. ¿Qué tengo que hacer contra los pesados y cómo debo tratar a los…?

Te beso por todas partes. Te quiero locamente.

M

V

314 — Albert Camus a María Casares

Martes, 7 de la tarde [23 de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Recibí a mediodía tu cartita del domingo por la noche. Vuelve a decirme lo que yo te había leído ya en la cara, pero las palabras de felicidad pueden repetirse continuamente, son de una dulzura incesante. ¡Rostro querido, si supieras cuánto me ayudas a vivir! Por aquí han pasado dos largos días solitarios. Hace bueno. No veo a nadie y vivo retirado en mi nido de águila. Voy volviendo despacio al trabajo.

Lo malo es que me noto más o menos febril desde hace dos días. Están también este insomnio que se alarga (¡qué bien he dormido a tu lado!). Pero veo mañana al médico de Grasse para el control periódico, a principios de junio iré a ver al de Niza.

Estoy agobiado de correo y no hay nada que me aburra tanto como esta correspondencia incesante para naderías. Fuere como fuere, estoy volviendo a organizarme. He decidido respetar al pie de la letra las órdenes de reposo. No me levantaré más que para el almuerzo y trabajaré en la cama toda la mañana. Luego, el tratamiento. A las cinco, un paseíto. Responderé a las cartas o leeré a la vuelta.

Querría ir deprisa, ¿sabes?, restablecerme bien. Luego hay tonterías que no volveré a hacer. Y me parece que, con mesura y cumpliendo con dos o tres precauciones, podré volver a vivir. Vivir, ya sabes lo que eso quiere decir, niña mía.

Te escribiré como pueda. Pero ahora nada tiene importancia en lo referido a esto. Vivo de certidumbre. Ojalá a ti te ocurriera lo mismo, que esto siguiera, quiero decir.

Estaré fuera el sábado y el domingo, pero rodeado de toros[376] ¿cómo quieres que me olvide de ti? El miércoles, el 31, llegan F[rancine] y los niños. Me alegro de volver a ver a mis pequeños. Solo querría que las cosas no resultasen demasiado difíciles con F[rancine]. Al menos acuérdate de que te necesito y aún te voy a necesitar más. Camina a mi lado todo ese tiempo, amor mío.

Cae la tarde. Vuelve a ser la hora oblicua. Pronto será la hora terrible. Era feliz en tu terraza, mi pequeña Maria de siempre. Tengo aún en lo hondo de la retina el amarillo de tu cuarto, las grandes flores extravagantes. Qué hermosos eran esos días, retirados del mundo, con su alimento de carne, su sabor de fruta. El sol, las nubes, la hermosa tormenta de la tarde y el rayo, no teníamos más testigo que el cielo. Tanta felicidad me tiene aún el corazón oprimido, querido amor mío, trémula mía, secreta mía, tu hermoso cuerpo me sigue nutriendo aún ahora. Te echo de menos, te echo de menos. Pero te amo y te quiero por estar presente y tibia en el hueco de mis manos y de mi corazón. Te cubro de besos, en tu ancha cama, al filo del sueño.

A.

315 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

24 de mayo [de 1950], *por la noche*

Creo que esta vez sí que he alcanzado por completo el estado de necedad descansada que tanto anhelaba. He vuelto a mi primera juventud de verdad. Aquí me tienes al fin siendo puramente animal.

En mi fuero interno me paso los días con sed, hambre y sueño. Cuando estoy descansada y ahíta, me entra el deseo y vuelta a empezar.

Hoy el tiempo se ha despejado un poco y he podido disfrutar del sol durante una hora, desnuda, en la terraza.

Esta mañana he pasado, cómo no, cuatro horas en la radio y esta tarde, a las cinco, recibí a Dolorès, que esta vez me ha conquistado por completo, y a las seis, a un joven amigo de Hébertot que estaba empeñado en presentarme a un médico danés para montar un viajecito a Copenhague durante el mes de septiembre.

Unas cuantas llamadas telefónicas que no he querido atender y una breve entrevista con Marcelle Perrigault que se patea todo París en vano buscando un trabajo que no encuentra.

Por la noche, función delante de un público numeroso y efusivo que incluso aplaudió una réplica de Dora en el quinco acto: «Si la solución está en la muerte, no vamos por el buen camino. El buen camino es el que lleva a la vida». Me ha desconcertado tanto que me he quedado en blanco y se me ha olvidado decir «al sol. No se puede tener frío todo el rato». Lo siento. Por la tarde también he estado trabajando. Me he instruido sobre Eurípides, Menandro, Terencio y Aristófanes. Me apasionan. Así que las horas se han pasado volando y, sin embargo, no me siento a gusto. Hay algo que me preocupa y no acabo de descifrar qué es. Puede que no sea más que el haber dejado abandonado mi abundante correo o el no saber renunciar a coger taxis.

Puede que sea el temor a los meses de verano, largos y desconocidos, o que el tiempo está inestable, o consecuencia de los dos whiskies que me he tomado con Dolo. También podría ser —y es lo que me parece más probable— esa leve angustia que me corroe cuando pienso en que las paredes tras las que me encierro quizá me protejan del sufrimiento, pero no son más que el fruto de un dulce egoísmo y de una amable cobardía.

Pero bueno, sea como fuere, no es nada grave y es inútil fruncir el ceño, todavía no hay riesgo de crisis. De hecho, creo que en realidad sé lo que es: duermo poco (grabaciones), luego estoy atontada y, por tanto, menos sensible. Como estoy acostumbrada a las vibraciones múltiples y matizadas, me sorprende y me preocupa. ¿La solución? Dormir.

Que, por cierto, es lo que voy a hacer.

No creo que reciba carta tuya mañana, pero como no he quedado hasta las seis con un amigo de Casals y preveo que el sol brille y me cure de los agobios de la radio, esperaré hasta el jueves con buen ánimo.

Me pregunto si estás trabajando.

Me encantaría saber que estás *fecundo*.

Me encantaría saber que estás sosegado.

Me encantaría saber que estás feliz.

Me encantaría saber que estás vivo.

Me encantaría saber que estás enamorado.

Me encantaría saber que eres mío.

Me encantaría saber abrazarme a ti.

Me encantaría albergarte.

Me encantaría tanto, tanto, tanto

M

V

Jueves, 3 de la tarde [25 de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Te telefoneé esta mañana porque cuando me desperté empecé a padecer tal necesidad de ti que no me quedaba más remedio que, por lo menos, oírte. Como siempre, he estado lamentable delante de ese redondel metálico, pero te he notado cerca de mí y se me ha calmado un poco el corazón.

Imaginaba no sé qué milagro que te traería aquí mañana. Me parecía imposible no volver a verte pronto. Al despertarme caí en la cuenta de repente de que estábamos otra vez separados y que iban a volver a transcurrir días solitarios. No temas nada, aún no he dejado de nutrirme de esos tres días en que he sido tan feliz. Pero al mismo tiempo que saboreo la alegría y la certeza de nuestro amor, crece la necesidad de ti y se vuelve más cotidiana. No, querida mía, hay cosas que han dejado de ser posibles.

No puedo, no puedo ya prescindir de ti. Este mes de mayo solo lo he vivido porque pasaba cada semana esperando nuestro encuentro. Pero están esas semanas por venir… Temo no poder soportar mucho más tiempo esta separación. De todas formas y, mientras tanto, tengo que encontrar a toda costa una forma de que volvamos a vernos.

Después de oírte, he leído tu carta. Sí, era una buena carta. Pero fíjate qué malo soy a veces, y qué ciego, adrede. Me ha dejado triste y de un mal humor muy tonto sencillamente porque me hablas de una mirada «maravillosa» y de alguien que te ha intimidado. Y eso que me lo dices, que me hablas con el corazón en la mano, te tengo bien erguida ante mí. Y sé también que tienes que vivir, que conoces a gente que te afecta para bien, y

que nuestra vida, nuestro amor, es precisamente esa gran circunferencia que lo engloba todo, en cuyo interior también podemos vivir de todas las formas. Lo sé, me lo digo y todo lo que se me ocurre pensar es que aquel sábado por la mañana hasta ahora me pertenecía.

Te lo escribo para mostrarme yo también por entero ante ti, incluso con lo más pueril y más bobo que tengo. Pero sobre todo que no te impida hablarme siempre como lo haces. Tan lejos, solo, preocupado, soliviantado por nuestra separación, todo lo inflo, qué remedio.

Pero tu carta era buena, tenías razón. Buena y dulce para el corazón. ¡Cuántas imágenes, cuánta entrega, cuántos deseos despierta en mí! Sé muy bien que volverás a ser negra y enemiga de vez en cuando. Pero ahora te conozco mejor. Esperaré a que llegue nuestra hora. Una cosa nada más; cuando te hablé de sensatez no quería hablar de renuncia, sino de esa hora de la consumación, que tengo la esperanza de que nos llegue a los dos, que será testigo de nuestro encuentro y que será mejor, más lúcida, por haberse topado con tantas tormentas. Sí, hacia ese hermoso día querría llevarte, esto es lo que pretendía decirte.

Entiendo que no salgas de casa.

No hay que forzar nada. Si te notas sosegada en tu cuarto, de cara al cielo, ¿por qué salir de él? Ese gusto por salir volverá solo. Y será el momento de obedecerlo. Entonces me contarás, y me harás vivirla un poco, tu vida. Por cierto, me alegro mucho de saber que Deval se relajaría para matar. Por lo demás, no va a necesitarlo nunca.

Sí, París es exasperante y esa furia por tomar partido resulta insoportable. Pero todavía quedan personas, y horas, estoy seguro, por las que vale la pena proseguir. No te irrites con esos hombres pequeños. Se los mantiene a distancia y, luego, se sigue adelante. Al día siguiente es posible volver a admirar o a amar.

Querría decirte que estoy trabajando, pero no sería del todo cierto. Por lo menos mis días no son estériles, poco a poco va saliendo algo de ellos. Esta soledad pesa mucho a veces, pero capto mucho mejor lo que va a venir en el estado en que me hallo. El recuerdo de nuestros hermosos días me ayudará, eso seguro. De momento, leo, tomo notas, trabajo, me paseo un poco. Anoche oí *Catherine Ségurane* y me reía de buena gana. ¡Pobrecita, en esa historia alucinante! ¡Qué entusiasmo, qué bríos! Era una auténtica proeza. Estoy de guasa, pero me enternecía, te admiraba por cumplir con tu oficio tan diestramente en cualesquiera circunstancias. Te quería y te sigo queriendo cuando me acuerdo, mi pequeña Maria, querida mía, amor mío negro y claro.

Esta carta se va alargando. Pero temo volver a verme teniendo que depender de mí mismo, enfrentándome con el esfuerzo de vivir, con la espera. ¡Te quiero tanto! ¿No es inconcebible esta unión? Querida cómplice, compañera mía, orgulloso amor mío. ¿Me oyes, me oyes ahora mismo? Mi corazón te llama, sin embargo, con ternura y deseo, con amor. Ven. ¡Ay ven, hagamos que esta ausencia no sea demasiado larga y que pueda volver a despertarme a tu lado una mañana de dicha!

A.

317 — María Casares a Albert Camus

Jueves 25 [de mayo de 1950], *por la noche*

Esta mañana he recibido tu carta del martes y me encontré andando otra vez por los páramos, después de un baño largo y tormentoso. El sabor de las moras silvestres mezclado con el regusto a sal. Te he querido.

La sesión en la radio no ha sido demasiado trabajosa y al volver a casa tuve tu voz… y tu risa. Entonces salió el sol y, al despedirme, estaba descuartizada de deseo.

El deseo, el amor, la ternura, la gratitud y la alegría al saber que te habías liberado de la fiebre. Y vuelta al deseo.

Tenía que actuar, hacer algo para olvidar esa quemazón que se había vuelto dolorosa. Me puse a escribir y escribir. Treinta y cinco cartas. Me he puesto al día con el correo.

Hacia las cinco acabé la tarea. Me puse a trabajar, pero Grecia es cálida y las fiestas dionisiacas y sus arrebatos, malas, en mis circunstancias. El deseo, cada vez mayor. Me hacía temblar.

Fuera el tiempo estaba inestable, agobiante, tormentoso, húmedo. Calor, lluvia, sol, viento trémulo.

A las cinco llegó el doctor Ruiz, el amigo de Casals. Un neurólogo de setenta y dos años. Estuvimos charlando. Estoy encantada de haberlo conocido. En cuanto a él, debe de alegrarse de tener al menos 5.000 francos más en el bolsillo por un libro que está escribiendo sobre el MAESTRO. (Casals, por supuesto; no se trata de Hébertot).[377]

Cuando se marchó, sentí la necesidad de gastar urgentemente mis fuerzas vitales. Me comí dos chuletas de cerdo con patatas fritas y me fui al teatro a pie.

Interpreté a Dora con rabia.

Hablé por teléfono con Marguerite Jamois, hastiada, remolona y blandengue; Tony [Taffin], desgraciado y bueno como siempre; Wattier, afligida por no tener nada que ofrecerme; hombres de negocios pidiéndome que asista a galas.

Ese ha sido mi día.

Mañana tengo que levantarme a las siete. Está bien; así descanso de mis

energías polarizadas.

Cariño mío, tus planes de cura rigurosa son muy de mi gusto. Sí, amor mío, hay que sacrificarlo todo para restablecerte pronto. Tienes que volver a vivir lo antes posible. Luego, deberás portarte bien, pero es hora de aceptar con alegría determinada forma de vivir; ya no tenemos edad para hacer locuras.

Me alegra saber que F[rancine] y los niños llegan antes del 31. Espero de todo corazón que os resulte fácil y, si a partir del día del reencuentro, te escribo menos a menudo, no pienses que me estoy alejando de ti. No sé lo que haré para entonces; quizá el saber que tienes gente alrededor me quite un poco la necesidad de estar acompañándote todo el rato; quizá me sienta más libre, menos «culpable», o quizá te escriba aún más por temor a que te olvides de mí. Sea como fuere, aquí estaré, a tu lado, pegada a ti.

No pierdas esta certeza.

Bueno; hermoso amor mío. Basta por hoy. Me voy a dormir hasta las siete. Tengo sed de ti. El amarillo y el negro gritan tus mínimos gestos. He tenido el cuerpo en llamas, y el alma tendida. ¡Ay!, cuánto te quiero.

¡Que te diviertas en la corrida, querido mío! Siempre he tenido cierto complejo de Pasífae.

Me gustaría estar a tu lado para admirar al toro,[378] en tu calidez.

Te quiero

M

Tu poeta me debe el diez por ciento de las ventas de su libro. Desde el programa no paran de telefonearme y escribirme para preguntarme dónde se puede *encontrar al chino de las lamentaciones*. Adjunto unas fotos. Tu concepto del encuadre es de lo más original. Te contrataré como cámara en mi próxima película.

He aquí un testimonio de nuestra época.

Como hija y nieta de «bandoleros y asesinos»,[379] te agradezco también que seas como eres.

¡Es pasmoso!

¡Todavía estoy de una pieza!

V

318 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 11 de la mañana [26 de mayo de 1950]

Solo un par de líneas, querido amor mío. Desde ayer, desde que eché la carta no ha habido ni un segundo, salvo el poco rato que he dormido, en que no haya pensado en ti, en nosotros, en el pasado, en el porvenir. Era a la vez dulce y terrible. Pero la conclusión era siempre la misma. Ya no puedo soportar nuestra separación. Y hay que sacar las consecuencias de esta imposibilidad.

En cualquier caso, no puedo pasar el mes de junio sin verte y voy a encontrar una forma de volver a arrimarnos un poco. Voy a pensar también en la organización del verano.

¡Ay, amor mío, me asfixio lejos de ti, me estoy asfixiando ahora mismo! Te escribo para respirar.

Pero esta mañana solo quería decirte que te quiero sin mesura, sin límites.

Espérame, quiéreme. Quiéreme sobre todo.

A veces, cuando me imagino que eso podría faltarme, se me para el

corazón. Pero no, me quieres como te quiero, ¿verdad? ¿Sufres por mi ausencia, mi único amor?

Escribe para que pueda sobrevivir hasta el día en que pueda tocarte. Te quiero, te quiero tanto. Te beso el cuello, las manos, tu querida boca. Te quiero.

A.

A título informativo, esta breve respuesta.

Ese editor le había solicitado a Gallimard los derechos de traducción de mis libros. Dije que le contestasen de la forma habitual, diciendo que el señor A. C. no deseaba que se tradujesen sus libros en España mientras persistiera el régimen actual. Y punto.

Vuelve a mandarme la carta del camarada Caralt, por favor, encanto mío, tierna mía, bonita mía, trémula mía, de la que no me puedo apartar. Un tropel de besos en ambos ojos.

319 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 4 de la tarde [26 de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Te llamé ayer por la mañana, te escribí ayer por la tarde, te volví a escribir esta mañana y no puedo por menos de volver otra vez a tu lado. No sé qué me pasa. O, mejor dicho, lo sé muy bien: un deseo tal de tu presencia, de tu calor, de tu ternura, que siento que me devuelve a algo así como a una infancia desvalida. El tiempo que corre me duele. Son días sin ti y no consigo entender por qué no estoy en la misma habitación que tú, en

cualquier sitio en el que pueda volverme de vez en cuando hacia ti, ver tu sonrisa, seguirte con la mirada, tocarte si quiero.

Tengo la esperanza de que el viaje de mañana me siente bien. Pero de momento me da todo vueltas por dentro, igual que el viento ahora mismo alrededor de la casa, alrededor de un punto fijo y doloroso: nuestra separación. Sin embargo, recibí tu carta a mediodía y me hizo feliz.

Feliz por tu fidelidad en escribirme; feliz por lo que me decías. ¡Querrías saberme enamorado y tuyo! Y ¿qué otra cosa soy, niña mía querida? Nunca pensé que todo pudiera desaparecer así detrás de un único rostro; y nunca imaginé que una dependencia así pudiera ser tan dulce. Estos tres días me han revelado nuevos ámbitos de nuestro amor.

¡Cuántas raíces indestructibles ha echado en mí! Nada podría ya arrancarlo ahora a menos que me arrancasen el alma y me pusieran del revés como a un pez que el anzuelo desgarra. Qué lástima no poder decirte esto arrimado a tu boca, pegado a ti. Pero ya llegará, querida mía, amiga mía, hermoso cuerpo mío, ya llegará y volveremos a recuperar la noche enclaustrada del amor, las mañanas en que nos buscamos, la entrega. Te quiero, sí, te quiero sin control, con todo mi ser.

Cada día que transcurre sin ti algo muere y desfallece en mí. Tengo la más elevada, la más orgullosa idea de nuestro amor, pero también la más tierna, la más íntima, la más secreta. A veces te llamo, ¿sabes?, en algunos momentos, y te pregunto si eres mía. No sé si entiendes que en esos momentos no es una pregunta, sino algo así como un asombro maravillado. Sí, eres mi maravillosa, mi inseparable, mi sangre…

Adiós, amor mío querido, hermoso rostro de pasión mío. Adiós, espérame, te lo ruego. ¡No pienses en tus meses desconocidos «del verano»! Encontraremos el camino que nos reúna tanto cuanto sea necesario. Y habrá que hacerlo, porque, si no, nos volveremos locos. Te quiero aún y siempre,

te beso todo el cuerpo y la boca risueña. Espera y quiéreme con todas tus fuerzas. De aquí a entonces, como yo te quiero,

A.

Ay, niña mía, esta es la hora en que te esperaba en el aeródromo.

320 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 10 de la mañana [27 de mayo de 1950]

Noche de insomnio casi completo. Estoy esta mañana como si me hubieran vaciado. Y, por supuesto, la imaginación se afana como una rueda loca en estos casos. Me he vuelto a encontrar como hace dos años, sin la certeza de tu amor. Me había acostumbrado tanto a esa certeza, me llenaba de forma tan exacta que se me había olvidado lo que sentía en otro tiempo ante ti, esa inseguridad y esa miseria ávida que me hacían tan desgraciado cuando no estabas presente. Esta mañana he recuperado el control y me he sermoneado y me he reído de mí mismo. Pero bastaría con una palabra o con una mirada tuya. ¿Sucede lo mismo cuando dudas de mí? Cuánto te querré entonces para hacerte olvidar esas horas espantosas.

Y eso que anoche estaba exaltadísimo. Se me había ocurrido un modo de reunirnos definitivamente, no digo totalmente, lo que sigue siendo la meta única y real, sino definitivamente. Pero para eso hay que esperar a que vuelva a verte. Es difícil escribirlo. A lo mejor te encogías de hombros, mientras que si te explico lo que tengo en la cabeza con calma, a lo mejor coincides conmigo. Y entonces sería una inmensa victoria para nosotros.

Amor mío querido, mi corazón no puede distraerse de ti. Te busco en

todos estos días, querría tenderme a tu lado y esperar a que todo callase. ¿Qué haces, dónde estás? Ay, tus cartas no me bastan. Nunca serán lo bastante largas, lo bastante concretas, lo bastante cálidas. Quiéreme ahora mismo, quiéreme con todo tu ser, con violencia, para que note desde aquí algo que me tenga arrebatado el resto del día.

Querido amor mío, no te besé bastante el cuerpo, ni te acaricié bastante las manos, no respiré bastante el olor de tu pelo. No sabía que esos tres días iban a acabarse. El principio y el fin, el eterno verano, de verdad. Pero estoy tan rotundamente decidido a que amanezca el verano en todas nuestras estaciones a partir de ahora que no pierdo la esperanza. Será pronto. Tú otra vez, tu boca risueña, tus ojos tristes, el arrebato y la hermosa playa del amor, cubierta de espuma. Ay, ¿notas bien que te quiero, cómo te quiero, y que mi antigua carta era cierta, esa en que te hablaba de nuestra patria para dos, fuera del mundo y en el mundo, nuestra unión sellada hasta la muerte?

Maria querida, estos dos días de viaje no son para mí sino unos días sin ti. Espérame, en adelante ya no durará mucho. ¡Ay, todas esas cartas que se pasan dos días esperando antes de que las entreguen! No, la separación es imposible.

Quiéreme. Sé mía como soy tuyo, sin reservas, incondicionalmente, mi único amor,

A.

321 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 2 de la tarde [27 de mayo de 1950]

Habría hecho pedazos el teléfono ese.

Habría matado a ese imbécil que se empeñaba en estar *ahí*. Y eso que te llamé tarde, diciéndome que nadie prolonga una visita hasta después de las doce y media. Pues sí, la prolongan. ¡Ay, si supieras la necesidad que tenia de oírte, y de oírte enamorada! Desde tu primera frase me di cuenta de que no podrías hablarme con libertad.

Fuiste muy amable sin embargo e hiciste cuanto estuvo en tu mano. Perdóname por sentirme con el corazón tan decepcionado. Es que además te quiero tanto… Sí, quería decirte que no podría vivir sin la perspectiva de volver a verte pronto.

Así que he decidido ir a París para la promoción de mi libro de crónicas. La NRF prevé que saldrá a mediados de junio, dentro de quince días más o menos, es lo más que puedo soportar. Luego, a lo mejor, podrías venir a la costa una vez, y luego estaremos ya a mediados de julio. Estoy pensando también en las siguientes semanas y ya te diré lo que podré hacer cuando tenga las cosas más claras. De momento, un único problema, un único grito: verte.

Menos mal que después de esa llamada llegó tu carta, llena de deseos y de calidez. Era como si me hubieran mordido en lo recóndito del cuerpo. Con esas fotos me he quedado pálido. No es que esté guapo, pero son la mismísima intimidad, me recuerdan esos días que aún me abrasan de añoranza y deseo. Amor mío, querido amor mío. Para siempre el uno del otro, ¿verdad? Me voy dentro de una hora y reboso tumultos. Te llamé para que me escanciases algo de paz que pudiera llevarme en mi fuero interno durante estos dos días. Pero no me arrepiento de nada. Es el tumulto del amor. Estoy enfermo, estoy enfermo de ti, no puedo curarme de tu ausencia. ¡Sosiégame, lozana mía, pequeña mía, hermoso fruto mío! Quiéreme con nuestro amor, con nuestras caricias; no puedo esperar más.

A.

Las tres. He llamado y ya te habías ido. Qué mala suerte. Y el amor, la necesidad que tengo de ti crecen hasta asfixiarme. Te beso, lejana mía.

322 — María Casares a Albert Camus

Sábado [27 de mayo de 1950] *por la tarde*

¡Lo he recuperado, amor mío querido! ¡He recuperado el estado de gracia! Esos instantes de hoy, ese temblor sereno en el que no veo sino una infinita gratitud, ese círculo de sol que se cierra en torno a ti, me lo has dado tú. Te escribo con lágrimas en los ojos y el corazón lleno de agradecimiento.

¡Llamar por teléfono! ¡Tú! ¡Ay!, amor mío querido, no, por desgracia, no podemos seguir así. Está demasiado lleno, demasiado cálido, demasiado tenso, cielo a través. Un arcoíris de amor. Somos demasiado pequeños y demasiado débiles para soportar esa tremenda necesidad agridulce.

Terminará, por supuesto, y volverá a haber cartas tristonas, taciturnas y apagadas entre nosotros. Pero sabemos que existe eso entre nosotros, que nos une y que en adelante ya solo depende de nosotros que todo vuelva a vivir de nuevo. ¿Un exceso? Sí, seguramente, un exceso maravillosamente doloroso, pero que, más que cualquier otro vínculo, nos une para siempre uno a otro.

Puede que se nos olviden muchas cosas, lágrimas y algunas alegrías, pero las horas de Ermenonville y la hermosa tormenta del otro día las llevaremos dentro hasta el final. Henos aquí condenados a vagar para siempre el uno en pos del otro y juntos, tomando al cielo como único testigo. ¡Resplandeciente infierno!

Domingo por la mañana [28 de mayo de 1950]

Después de las líneas anteriores, como comprenderás, era mejor que ayer lo dejase estar y esperara a que volviera cierta calma para escribirte de forma normal. La verdad es que estaba ebria de felicidad; me habría gustado encontrar palabras para explicarte lo feliz que me habías hecho y empecé esa carta con unos bríos desmesurados. Por desgracia, enseguida me convencí de que es más fácil hablar de penas que de alegrías, y de que la palabra escrita tiene un límite. Lamenté no saber pintar o componer música. Lamenté mi falta de talento. Lamenté tu ausencia; a mi lado, delante de mí, en el silencio, habrías podido ver y sentir.

La cosa empezó por la mañana al despertarme.

Ya estaba lista para recibirte. Nuestro encuentro, tus anteriores cartas, tu llamada telefónica del jueves, tus ojos de muchacho que conozco tan bien, tu risa…

Abierta a ti, estaba esperando y ayer por la mañana te recibí de lleno.

¡Ay, amor mío querido, no te preocupes! Nada temas de los ojos bonitos que me encuentro aquí y allá. Rechaza incluso ese vuelco que da el corazón y del que se reniega al cabo de un segundo. ¿Sabes que lo mejor y lo más hermoso que veo no hace sino acercarme a ti? ¿Sabes que solo la mediocridad me ciega en relación contigo? Hace un tiempo que lo descubrí, maravillada, y ahora comprendo con no sé qué estremecimiento casi místico lo mucho que te quiero. Acuérdate bien de eso, es uno de los acontecimientos más importantes en la historia de nuestro amor.

Ay, amor mío querido, ¿cómo quieres responder con palabras a este infinito de plenitud? Ya no quedan palabras. Solo queda esa maravillosa sensación del aire que toma cuerpo entre tú y yo y que nos une para siempre

en la distancia y en el tiempo. Solo quedan esos instantes eternos en los que el círculo se cierra.

¡Ay, querido, querido amor mío!

Me zampé tu carta, me levanté.

Me fastidiaba haber quedado con Ronquier[380] y Lupovici.[381] Quería estar sola y quedarme en un rincón saboreando todo lo que habías puesto en mí. También quería escribirte, hablar contigo, recelaba de los intrusos.

Pero como no queda más remedio que vivir con los demás, acepté ver a mis dos invitados. Intentamos armar una película juntos. Rouquier no me ha decepcionado. Físicamente es más bajito de lo que pensaba, más menudo y, al contrario de lo que te había dicho, tiene los ojos negros. Solo la mirada es clara. Es un J[ean-]L[ouis] Barrault desarrollado y guapo, por decirlo así. Viviente.

Acento del sur. Nada tonto. Mucho encanto. Debe de inspirar a una mujer sentimientos maternales, a pesar de todas las canas que tiene ya, creo. No estoy segura.

Tu llamada telefónica. Tu voz fresca y joven, tan vibrante, tan enamorada.

Tu rabia y otra vez tu risa. Si se pudiera elegir un paraíso para vivir feliz le pediría a Dios un rincón donde pudiera verte y oírte reír.

Volví, taciturna, con mis invitados. Estaba resentida con ellos por estar allí. Se estaban yendo, pero era demasiado tarde.

Marcel Escoffier,[382] el joven —por decir algo— que me vistió de princesa de la muerte, vino a buscarme para llevarme a almorzar. Es homosexual, fino, sentimental, ingenuo y simpático. Me contó su noviazgo con una demente ingresada mucho mayor que él, incurable, inteligente. Me habló de un libro que está escribiendo y de sus anhelos de autenticidad. Es un alma nostálgica que necesita pisar tierra. A las tres y veinte me

acompañó a casa, donde me abalancé sobre el papel para escribirte después de enterarme de que habías vuelto a telefonear. Releí tu carta.

Con las prisas por beberte, con la impaciencia, me había saltado una página. Me alegro; así me tocaron dos cartas, o más bien tres, en un mismo día. Me reí oyéndote hablar de *Catherine Ségurane* y se me saltaban las lágrimas. Estaba trastornada de amor, de alegría y de gratitud.

¡El teléfono! Otra vez tú.

¿Sabes que mientras me hablabas de *excesos* yo estaba temblando de pies a cabeza al teléfono y que se me caían las lágrimas?

Es demasiado, ¿verdad? ¿Es insostenible?

Eso es lo que me dije y esperé temerosa a que se me pasara —la función, la grabación de radio de antes, la gente, Deval y compañía—, todo tenía que estar ya listo para devolverme a la tierra o, más bien, para que la dejara de nuevo.

Sin embargo, no quedaba más remedio que conformarse. A las cinco estaba en la calle de François-Ier. Una obra de Gabriel Marcel[383] que ya habíamos leído la víspera, delante de él. Un estudio sofocante.

Calor. Olor a humanidad. Tuve que convencer al autor de que yo no debía poner acento húngaro. (¡Después de lo de *Catherine Ségurane*!).

Cedió y grabamos. ¡No puedes imaginarte lo entusiasmado que estaba G[abriel] M[arcel]!

No paraba de repetir: «¡Estoy encantado!», y, ¿por qué, Dios mío?, me llevó aparte, me habló de mi profesor de filosofía, al que conoce muy bien, me preguntó qué me parecía su obra (¡ay!) y el alegre flequillo le saltaba en la frente mientras peroraba.

Me sentía como si hubiese retrocedido en el tiempo y estuviera en una clase del liceo Victor-Duruy.

Volví a Les Batignolles a las ocho comiéndome un bocadillo. Noticias

abrumadoras: habían colgado el cartel de últimas representaciones.

Un público bastante numeroso, pero hablador. Desde hace algún tiempo nos toca trabajar con subtítulos.

«¡Ay, qué bien actúan!».

«Pero ¡qué triste!».

«A ese no se le entiende nada». (Brainville).

«¡Qué horror!».

«¡Qué nivel!».

Etc., etc.

Actué bien. La pena y la alegría ayudan a interpretar bien las tragedias. Una pena profunda o una de esas alegrías agudas y trémulas que hacen temer el abismo.

Únicamente la indiferencia, el vacío y la sequedad se oponen a los sentimientos trágicos.

Volvía a casa cansada. Me dormí enseguida, después de haber leído, releído y vuelto a leer tu telegrama, que me estaba esperando.

Amor mío querido, voy a tardar mucho en olvidar este día 27 de mayo y lo que me ha dado de ti.

Te lo agradezco y te quiero.

Hasta la noche.

M

V

323 — Albert Camus a María Casares[384]

GRACIAS CARIÑOS. ALBERT

Domingo, 9 de la mañana [28 de mayo de 1950]

Mi querido, mi hermoso, mi dulce, mi único amor:

¡Qué alegría desde ayer por la tarde, desde que te oí! Mi perseverancia ha quedado recompensada. Cuando te llamé a las tres y la querida Angèle me dijo que no estabas (y, como quien no quiere la cosa, me decía todo lo necesario para que no fuera yo a suponer ninguna tontería. ¡Ay, la adoro y le doy besos en esos mofletes suyos de montañesa!), me sentía desanimado. Me parecía que tenía la suerte en contra. Y luego, tres cuartos de hora después, cuando estaba echando gasolina en Grasse, me decidí. ¿Sabes que me dijeron de entrada que no cogía nadie el teléfono? «Insista, dije tajantemente; tienen que cogerlo». Y, en efecto, lo cogieron. Amor mío querido, sabrosa mía, previsora mía (estamos de acuerdo, mejor el 20 que el 15), hermoso deseo mío, cuánto bien me hiciste, cómo necesitaba sentirte enamorada y vuelta hacia mí. Me rebosa la confianza, la alegría, el amor de mi amiga. No tuve más remedio que mandarte en el acto un telegrama para darte las gracias. Y luego me hice mis doscientos kilómetros a una velocidad récord, con esa especie de seguridad que da la dicha. Porque era dichoso, profundamente. Nunca he estado tan seguro de nuestro porvenir. Y también voy a verte pronto y eso me da valor para todo.

Aquí estoy, en Saint-Rémy-en-Provence (donde murió, loco, Van Gogh), en casa de unos amigos,[385] una casa vieja en la que puedo soñar en cada rincón que vivo aquí contigo. Me gustan estas ciudades viejas de la Provenza; y estar cerca de cosas hermosas (Les Baux, a pocos kilómetros, Les Antiques, etc.) me vuelve melancólico y afable. Algún día llegaremos a una ciudad así y nos querremos entre la belleza. Esta tarde vamos a Nimes

(cuarenta kilómetros). *Corrida*.[386] Y mañana vuelvo a mi pensadero. Pero todo me resultará fácil si sé que me quieres y que volveremos a vernos pronto.

Miro estas fotos y la felicidad me da una especie de angustia deliciosa. Pronto volveremos a estar así. ¡Ay, qué dulce es el deseo y qué gusto da vivir cuando sabe uno qué día quedará satisfecho! Te quiero, dulce mía, pequeña mía. Si estuvieras aquí esta mañana te dormiría a besos.

Te dejo, no me queda más remedio. Pero no por mucho tiempo. ¿Sabes? La enfermedad, la vida en contra, la separación me inclinaban hacia una fea ciencia: que iba a tener siempre la vida en contra. Ahora, en cambio, quiero una vida lograda, nuestra vida. Quiero que sea deslumbrante y verdadera, y lo será.

¿Me quieres? Sí, me quieres. Está empezando una larga carrera hacia el otro, y caerás en mis brazos y yo te abrazaré como a la vida misma y tú te estremecerás, pronto… Sí, es la felicidad, la mismísima felicidad, amor mío, la que llevamos días viviendo. Beso tu boca feliz, tu dulce costado… sí, de verdad tengo en el corazón todo el amor del mundo.

A.

12 del mediodía

¡Tu voz, tu querida voz, cómo fluye en mí! ¡Ah, dicha de saber que existes y que nos queremos! Te quiero, te quiero, te quiero.

325 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 10 de la mañana [29 de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Me he despertado en mi casa vieja de Saint-Rémy, un poco atontado por la tarde de ayer, pero con una violenta afición a ti.

No dejé de pensar en ti durante la corrida esa. La gigantesca plaza de Nimes, subiendo hasta el cielo y repleta de gente, un sol como para matar a los toros, y los toros propiamente dichos. ¿Sabes? Creo que he encontrado mi religión. Se celebra ahí, entre el sol y la sangre. La corrida distaba mucho de ser perfecta. Pero hubo grandes momentos. Y la verdad es que ese combate, el segundo final sobre todo, lo deja a uno agobiado de angustia y de grandeza. Los seis toros, menos uno, pelearon bien por lo demás. Cuando salí, me sentía vacío, algo así como si hubiera hecho el amor seis veces.

Dormí bien, con un sueño algo pesado. Y esta mañana te encontré, a mi lado, tierna, provocativa, inteligente. Querido amor mío, entiendo el complejo de Pasífae y te llevaré conmigo a las siguientes ejecuciones. Una vez prometido esto, no sueñes ya sino conmigo. ¡Ay, niña mía, cuántas ganas tengo de reír contigo, de vivir por fin!

Me voy a Cabris después de comer. Creo que las cosas van a ir bien ahora que voy a verte pronto. Tenme al tanto de las noticias del teatro. Ya sabes que las últimas representaciones pueden ser las treinta últimas. Y, de todas formas, ahora más que nunca tienes que descansar en mí para esas cuestiones estúpidas. Vete a Camaret.[387] Envidio a Reynal, ah, cuánto lo envidio. Pero te pondrás guapa y morena y te recibiré a mediados de julio en todo tu esplendor. Solo con pensarlo, estallo de alegría. ¿Sabes? Cuando el toro entra en la plaza, con toda su vitalidad y sus bríos, se dice que está «*levantado*».[388] Así me siento desde nuestros días en París.

¡Ay, sobre todo no me dejes, escribe, quiéreme, no te distraigas de mí ni un segundo! Vive solo para mí, ponte guapa para mí. Dime tu amor para

que me sostenga. Te quiero y te deseo, torito negro mío. ¡Qué liberación, qué libertad poder entregarse así a una persona! Caricias largas, todos los besos hasta que zozobremos ambos en el mismo naufragio.

Hasta pronto, amada mía, amiga mía, amante mía,

hasta pronto con el mismo amor desbordante

A.

326 — María Casares a Albert Camus

Lunes 29 [de mayo de 1950] *por la tarde*

El tiempo sigue gris, húmedo, pesado y exasperante. No hay quien lo aguante.

Ayer hice la función de tarde con gallardía, pero en la de noche creí que no llegaría hasta el final.

Esta mañana he tenido que despertarme a las siete para estar en la calle de L'Université a las nueve.

Programa: *L'Oiseleur pris au piège*.[389]

Yo encarno a la trampa, que en este caso se llama Nivienne, un espíritu silvestre del bosque. Conmigo, Jean Servais, el pajarero o Merlín el encantador, y Pasquali,[390] el duende mayor. Y más gente a quien no conozco.

Una cosa curiosa que me cuesta decir en francés. Me he pasado la mañana peleándome con el acento español, con el sueño, con los ataques de risa delante del autor y leyendo *Palabras de un creyente*, de Lamennais.

Después de almorzar me dormí como un tronco. Me despertó Rouquier llamando por teléfono; ¡ha encontrado productor para su película! ¡Vaya por

Dios! Solo de pensar en trabajar este verano se me desfallece el alma. ¡Ojalá que todo se apañe de forma agradable!

Tengo calor. Estoy pesada como el tiempo. Todo es pereza alrededor y dentro de mí. Todo grita sol y amor. Todo llama. Estoy enamorada hasta las cachas y nada más que eso, y me tocan las narices con sus planes, sus obras su trabajo, su actividad; quiero tumbarme pegada a ti y que me despiertes a menudo. Quiero entregarme a ti y oír tu risa y mirar tus ojos de Camus joven, y ahogarme debajo de ti y apartarte y recibirte de nuevo y beber en tus labios y vuelta a reír. Quiero tormentas y descanso y nada más que eso.

Voy a rastras de la mañana a la noche, enamorada, satisfecha, deseosa, llamándote sin parar. ¿Me oyes?

Me acuerdo de tus manos, de tu boca, de tu peso. Tan solo me acuerdo porque ya no puedo pensar ni imaginar por encima del cansancio y el sueño que tengo. Sueño contigo y me despierto sudorosa de deseo. ¡Ay, amor mío!

Un animal, en eso me he convertido ya (¿qué seré cuando termine la semana?), un animal… y te quiero como un animal.

¡Adiós, destellos de inteligencia! ¡Adiós, ingenio!

El hambre. El hambre de *mi* alimento.

Ardo por recibir tu carta. Ardo por saber cuántos toreros han muerto en Nimes y a cuántos han corneado. Ardo por leerte, por saberte, por seguir aprendiéndote, por tenerte, tenerte, tenerte…

¡Ay, amor mío querido, ven! ¡Ay!, sí, ¡ven!

Me asustaba que el viaje te resultara cansado, pero si te sientes lo bastante fuerte para soportarlo sin daños, ¡ven!

¡Aún faltan veinte días! ¡Y pensar que fui yo quien no quiso verte antes! Pero es que, entiéndeme. En el fondo, no importa mucho mi estado físico, aunque sea bueno tener tres días completos; pero, para tan poco tiempo, hay que tener en cuenta mi estado de ánimo —¡lo sabes de sobra!— y hay

menos riesgo si puedes retrasar el viaje cinco días. No me gustaría recibirte en una casa donde convivan la locura y el demonio. Ya está, por eso he fijado el 20. No me atribuyas sentimientos demasiado vulgares; solo existen… a medias.

Por otra parte, el plazo de ausencia hasta el 15 de julio también será más corto y tres semanas hacen mucho menos que *un mes*.

Medianoche

Antes he tenido que parar. Se me había subido toda la sangre a la cabeza, me pesaban los párpados. Creo que me he intoxicado con una lata de atún que abrí ayer y que me he terminado hoy. Al llegar al teatro estaba preocupadísima. Me preguntaba cómo iba a actuar, andaba como si estuviera drogada. Después del entreacto recuperé el conocimiento. El desánimo de mis compañeros, la falta de público y los subtítulos que decía en voz alta e inteligible una señora gorda de la primera fila me devolvieron a la vida. Menos en el quinto acto, actué muy mal. Era de cuero.

Acabo de mandarte un telegrama. El miércoles tengo que salir debido a de un programa de radio y antes me gustaría oír tu voz para renovar energías.

Me tiene fastidiada el asunto de que hayan encontrado un productor para la película. Si la acepto, tendré que pasar tres meses en Le Revest, en la Provenza, en una casa de labor. Si la rechazo, estaré rechazando también las posibilidades materiales que se me ofrecen. Muy en el fondo, me gustaría que no la hicieran para no tener remordimientos, para no guardarme rencor. Es de cobardes —ya lo sé—, pero me cuesta hacerme a la idea de pasar tanto tiempo lejos de ti, entre esos tres personajes que no me hacen ninguna gracia.

En fin, todavía no hay nada decidido y todavía queda mucho que hablar e innumerables dificultadas que solventar.

De todas formas, si durante los meses de agosto o septiembre te las apañas para estar conmigo, queda descartado que me vaya a hacer el pavo o a ordeñar vacas con Lupovici. Procura decírmelo lo antes posible; yo, por mi parte, no decidiré nada sin ti.

Por ahora no hay ninguna noticia definitiva del AMO, pero la recaudación baja de día en día, creo, y dudo que lleguemos muy lejos.

Esto es todo, cariño mío, en lo referente a los planes.

Esta carta te llegará el miércoles.

Desde ese día, volverás a estar sumergido en la vida hasta el cuello. Haz que resulte lo más fácil posible. Sé feliz y también procura trabajar. No me olvides en medio de tantas cosas. Necesito tu presencia una barbaridad, aunque sea lejana. Me cuesta pelear cuando ya no puedo apoyarme en los síes que susurras a mi lado. En la medida en que puedas, guíame sin miedo y sin reparos. Estoy cansada, harta de París, de los seres, del trabajo, y poco a poco voy perdiendo el norte, últimamente. Por primera vez en mi vida, la pereza me puede. La pereza, el cansancio, la inutilidad directa de cualquier esfuerzo me han roto la brújula. Que no te asuste empujarme por detrás o frenarme. Necesito encomendarme a ti por completo. Dime lo que tengo que hacer y no te preocupes. No te lo estoy pidiendo con tristeza, desaliento o desesperación, sino con relajación y entrega.

Estoy suavemente cansada y me gustaría que me guiases, pura y simplemente, despacito. Querido, querido amor mío. No te olvides de mí. Tampoco sufras por mí. Estoy y seguiré estando contigo, a tu lado. Me gustaría que fueras feliz estos próximos días. Confío en ti. Date a la alegría y a la juventud. Ríe; ríete, amor mío.

Te quiero. Te quiero. Te quiero y te espero. Te beso, cariño mío, con toda

mi alma, con todo mi deseo,

M

V

PS: El PC con sede en la calle de Le Vieux-Colombier ha publicado todas las firmas de las estrellas que han votado por la Paz y contra la bomba atómica. Como no tienen la mía, han expuesto —parece ser— mi «foto».

Ya no los aguanto.

327 — María Casares a Albert Camus

Martes, 30 de mayo [de 1950]
11 de la mañana

Querido amor mío:

Temía no poder escribirte hoy porque tenía un horario bastante cargado; por suerte, esta mañana en la radio me han soltado antes de lo que pensaba y aquí me tienes en casa hasta la una y media. Vinci[391] me ha telefoneado desde Deauville para avisarme de que no podía almorzar conmigo.

Fuera hace sol. Y, en cuanto al interior, has logrado barrer los restos del sueño y del cansancio y aquí me tienes fresca como el mar.

Hoy he recibido tres cartas. Una, la del sábado, antes de salir de casa; las otras dos —viernes y domingo—, a la vuelta. Ya no sé ni dónde estoy, de felicidad, de alegría, de gratitud, de deseo. Tengo miedo de reventar de abundancia y de amor.

Sin embargo, con la mejor voluntad, estoy tratando de dilucidar cuál es tu estado actual.

1) *¡Has vuelto a ser tú mismo! ¡Vuelves a estar vivo!* Y esa promesa que recibí durante tu estancia aquí no hace más que confirmarse. ¡Ay!, amor mío querido, ¡si supieras lo mucho que esperaba este momento, con qué angustia lo invocaba! Si supieras de mis preocupaciones y sufrimientos cuando te veía escurrirte, escurrirte lejos de mí, lejos también de la vida, en un universo gris, triste… y falso, ¡huy, sí! ¡Falso, desnaturalizado, descarnado, estéril, helado! ¡Si supieras qué miedo me daba esa «fea ciencia» hacia la que te inclinabas y que yo llamaba prerrenuncia! ¡Ay!, hermoso amor mío, ¡cuánto he corrido detrás de este instante en el que volvería a encontrarte siendo tú mismo con tu porción de ciencia y toda tu capacidad para vivir juntas y reunidas! Pero ¿qué podía hacer entonces? No habrías recibido nada de la forma correcta. Esperé.

2) *Me quieres*. Eso lo entiendo de maravilla. Eso entra en *mi* orden. Eso me satisface plenamente. De hecho, nunca lo dudé, mientras has sido tú mismo; no lo dudaré nunca mientras sigas siendo tú mismo. Si entre nosotros no pudiera darse un amor absoluto, a pesar de nosotros y del mundo, hace tiempo que nos habríamos separado. Hay que aceptar, cariño mío, la vida conmigo o conformarse con ser un autómata más. Es lo que pasa conmigo. Es lo que pasa contigo. No hay nada que hacer y, cuando lo pienso —cosa que me sucede a cada instante desde que te fuiste la última vez, desde que regresaste a este mundo real—, se me abre en las entrañas algo ancho, amplio, y la felicidad casi me duele. Y es así *constantemente*, en cada revuelta del día, en cada rincón de las horas que pasan… ¡Ay!, ¡y luego dirán que el mundo no es más que un batiburrillo de dolores! ¡Blasfemia!

Hay que aceptar y entregarse íntegramente. Para mí resulta fácil; estoy en ese ambiente como pez en el agua, recupero mi infancia, mi primerísima

juventud. Es ahí y solo ahí donde me realizo por completo. ¡Ahí es donde vuelvo a ser guapa!

Para ti… ¡Ay!, me temo que no hayas perdido un poco la costumbre [*sic*] … eso me temo… pero ¡venga! Vamos a tratar de ver, de adivinar:

3) ¿Eres feliz? Ahí, todo se complica. El viernes, por lo que he entendido, conducías por vientos y tempestades. Lo querías todo y lo querías ya; pero únicamente el anhelo de todo tu ser te desgarraba porque, después de mi carta, yo te parecía fiel, enamorada, vuelta hacia ti. No me cuestionabas más: te maravillaba saber que era tuya. Bueno.

El sábado… ¡ja, ja! El sábado es harina de otro costal. Mis cartas ya no bastan, ya no son «lo bastante largas, lo bastante concretas, lo bastante cálidas», no has podido dormir, me dices a voces que te espere, me suplicas que te quiera y… (¡Dios me perdone!) *dudas de mi amor*. Un hecho extraño en el que prefiero no demorarme. Esto a las diez de la mañana.

Por último, el sábado por la tarde, cuando, después de haber luchado contra la suerte (¿oh, alegría?) (¿oh, triunfo?), que *ya* empezaba a parecerte adversa, me has oído en el otro extremo de la línea.

Y esta vez —¡bendito milagro!— ¡llega la felicidad, con la confianza, el amor, la entrega, la juventud, la fuerza, la victoria! Pero ¡resulta que los hombres no tienen ovarios! ¡No tienen nada en lo que descargar sus responsabilidades! ¡Maldición!

Pues bien, querido, hermoso, dulce, único amor mío, yo voy a decirte una cosa. Si a través del cielo, la tierra, el mar y el universo entero no estás notando mi amor en este momento, es que eres un zote incorregible. Porque es imposible que este hervor tremendo que hay dentro de mí no supere todas las distancias y todos los demonios. ¡Dios bendito! ¿Qué hay que sentir entonces? ¡Si no puedo parar quieta! ¡Si estoy que reviento! Cuando

estoy sola, te busco. Cuando estoy acompañada, intento aislarme para seguir buscándote y disfrutar en silencio y con no sé qué estremecimiento extraordinario de la felicidad que me das. Dejo de hablar. Me da miedo abrir la boca por miedo a dejar que se escapen esos instantes de gracia que se prolongan y se acumulan para convertirse en un estado. ¡El estado de gracia! ¿Sabes lo que es? Yo nunca lo había sabido hasta la fecha; ¡siempre pensé que solo podía existir a retazos, por suspiros! ¡Tú me lo has dado! ¡Me lo das desde nuestro último encuentro y solo tengo que cerrar los ojos para recuperarlo a voluntad! ¡Cuando yo quiera! ¿Me oyes? ¿Sabes lo que es? ¿Sabes lo que supone? ¡Ya no quiero salir de él!, ¡tampoco quiero trabajar!, ya no quiero que me distraiga nada de nada. ¡Quiero disfrutar de ese paraíso que me has dado minuto a minuto! ¡Imbécil! ¡Y tú venga a dudar! ¡Cretino! ¡Venga a preocuparte! ¡Atontado! Soy feliz, profundamente feliz, ¡gracias a ti y solo a ti! ¿Qué locura podría desviarme de ti? Enemiga… puede que lo sea el 15, pero ¿lejana, ajena?… ¡Serás obtuso!

Te quiero, te espero, estoy dispuesta a recibirte, de lejos, de cerca, ¡como quieras! Me alegraré de no hacer nada que pueda separarme de ti, ¡aunque no me quede más remedio que mendigar o renunciar a andar! ¡No me afecta nada que no seas tú, nada me conmueve si no puedes estar conmigo! ¡Ay!, pero ¿cómo lo digo?, ¿cómo lo expreso?, ¿cómo te meto dentro de mí para que hacer que me conozcas?

¿Enamorada? ¿Me sentiste enamorada? Pues ¡menos mal! Pero ¿qué sabes de mi rabia, mi hambre, mi sed, mi locura, mi cordura, mi deseo, mi cariño, mi necesidad, mis penas, mis alegrías, mis preocupaciones, mi admiración, mi adoración? ¿Qué sabes de mi vida brindada y saciada? ¿Qué sabes mi aceptación y mi deseo de morir, si ya no estuvieras aquí? ¿Qué sabes de mis labios sobre ti? ¿Y de ti sobre mí? ¿Y de ti dentro de mí?

¡Nada! No lo sabes, no puedes saber nada de ti dentro de mí y por consiguiente nunca sabrás lo mucho que te quiero. Pero, por favor te lo pido, al menos, no dudes más de mí ni de mi amor.

Creo que estaré contigo, que pensaré lo mismo que tú en lo que se refiere a reunirnos definitivamente; en cuanto a lo demás, viviremos lo mejor que podamos y podremos conseguir muchas cosas felices, si nos lo proponemos y si utilizamos nuestra ciencia para buscar nuestra felicidad y nuestra abundancia común. Sé feliz, cariño mío, y mi rostro brillará con tu felicidad. Yo estoy exultante.

Te quiero, te espero, soy tuya, amor mío, amor mío, amor mío.

M
V

Sé feliz, pero ¡trabaja! ¡Alguno de los dos tiene que trabajar! Te toca a ti. Yo, en este momento, me siento demasiado mujer para trabajar, al margen de las limitadas labores propias de mi sexo (muy limitadas).

328 — Albert Camus a María Casares

Martes, 3 de la tarde [30 de mayo de 1950]

¡Tu carta por fin! Estabas presente en mí durante estos dos días, y casi físicamente. Pero tu carta ha vuelto a hacer que estallase toda una alegría que creía un tanto aplacada tras la orgía de felicidad de estos dos últimos días. Sí, la he recibido como un impacto. Pues me contaba que nos

habíamos encontrado, y sin saberlo, en la misma cima, en el mismo entusiasmo arrebatado al tiempo.

Yo tampoco olvidaré el 27 de mayo, ni los días anteriores. Es algo así como una consagración, la prueba fulgurante de lo que sabíamos nebulosamente, la confirmación también, y que me conmociona, de lo que siempre pensé de la vida y de sus regios secretos, tanto tiempo esperados o solo presentidos, y que por fin llegaron. Algo me he sosegado desde ayer, pero en el calor del corazón, una alegría tremenda, una alegría agobiante, me acompaña sin cesar. Sí, mi único amor, mi maravilloso amor, es el momento de callar. Pero desde que esto está, sellado entre nosotros, el sello no dejará nunca de resplandecer *en nosotros*. Y aunque viviéramos juntos continuamente, año tras año, en la oscuridad del alma, no acabaríamos nunca de buscarnos ni de llamarnos. Ahora lo sé, y que la necesidad que de ti tengo no es sino la necesidad que tengo de mí. Es la necesidad de existir y de no morir sin haber existido. Lo demás, lo que quería pedirte y que daría forma a ese enlace que va más allá de la razón, que calmaría un poco nuestra común sed de existir, te lo diré dentro de quince días. Cuántas palabras para expresar mal esta hoguera de alegría en la que estoy desde hace diez días. Cuántas palabras para no decir la felicidad desmedida que me das. Pero me entiendes, hablamos la lengua de nuestra patria, somos los únicos que la entendemos.

Volví ayer bastante cansado. Los doscientos kilómetros no se acababan nunca. Pero la comarca era bonita; y, a ratos, me repetía tu nombre. Me acosté nada más llegar. Y he dormido muy bien. Esta mañana me sentía lleno de nuevos bríos. Me han traído mi correo y tu telegrama. Espero que no pase nada y que solo quieras hablarme un rato. En cualquier caso, te llamaré mañana por la mañana. A partir de mañana por la tarde ya no estaré solo. Pero debes saber que siempre estaré vuelto hacia ti, dedicado solo a

vivir este amor que se supera continuamente a sí mismo, y decidido a hacer que viva a tu lado tanto cuanto sea menester; la paz sea contigo, amada mía, la paz sea con tu hermoso rostro, pero que el corazón te arda con las mismas llamas que el mío.

Ahora estoy *seguro* de que domino por completo mi trabajo y mi vida. El tiempo que viva lejos de ti no será tiempo perdido del todo. Iré avanzando en lo que debo hacer. Llevo una luz en mí que lo iluminará todo. Nunca más, ¿sabes?, podrás arrebatarme esta certidumbre, sería el peor de los crímenes. Estás encadenada, sin remisión y sin esperanza. ¡Y yo voy a aprovecharme de mi cautiva, podré saquearte a gusto, enamorada mía! ¡Ah, cariño, mi amor es mucho más que amor!

Vuelvo a leer tu carta y se me pone un nudo en la garganta. A partir de ahora la llevaré encima; sí, llevaremos estas horas y estas hogueras hasta el final, y la vida quedará justificada. Me parece, por primera vez, que voy a poder llevar a cabo todo cuanto soy. Hermosa y querida mañana mía, este amor vuelve a empezar a diario. Toda la gratitud del mundo no bastaría para darte las gracias. Te espero con este amor intacto. Pero ¿sabes?, también estallo de deseo, y espero ese segundo de la consumación, ese grito del ser… ¡Ay, todo se mezcla, todas mis fuerzas y todos mis pensamientos, el corazón, el alma y la fuerza vital, en la más total de las entregas! ¡Qué importan el nombre y las palabras! Te pertenezco y eres mía. Te beso, te beso el alma y el cuerpo también. Pronto, que llegue pronto nuestro encuentro…

A.

Miércoles, 11 de la mañana [31 de mayo de 1950]

Me dicen que hay media hora de espera para París. Aquí estoy, en esta estafeta de Grasse que huele a tinta y a papel viejo. Tengo algo así como gripe y algo así como anginas, y las piernas un poco flojas. Me gustaría que la media hora se convirtiera en una hora. Entonces te habrías ido, y me muero de ganas de oír tu voz. Esta tarde voy a buscar a F[rancine] y a los niños a las seis, a Niza. Va a empezar otra vida y no estoy seguro de tolerarla bien. Era feliz ahora, solo. Muy feliz, pensando en ti, y con tu amor vivo en mí, con la perspectiva de volver a verte pronto. Vivía intensamente, con mi ternura, con mi deseo, este amor incesante que me bulle por dentro. Creo que no le pido más a la vida, sino sentirme vivir así, y vivir para lo mejor, tu rostro, la llama que hay entre nosotros. Amada mía, amiga mía, todo esto acabará alguna vez, ¿verdad? Podré descansar a tu lado, vivir por fin siguiendo mi pendiente en vez de vivir a contrasentido, de forma estúpida.

Hace calor y bochorno. Sueño con cuerpos desnudos, con adormecimientos, contigo. Esta noche me desperté llamándote. Soñaba que estaba en Cayena, en el presidio, y te llamaba como se llama a la liberación. Eres mi victoria chiquita, me sigues queriendo de esa forma desmedida, ¿verdad? Yo vivo en la cumbre, la alegría siempre me resulta desgarradora. Te quiero.

Miércoles, 3 de la tarde [31 de mayo de 1950]

Querido amor mío:

Me ha hecho muy feliz oírte esta mañana. Incluso tu mal humor me caldeaba el corazón. Al menos estabas viva. Había estado una hora

esperando en esa estafeta y encontrarás adjunto el fruto de mi espera. Pero ¡qué felicidad aún mayor encontrarme con tus dos cartas del lunes y del martes! ¡Qué oleada de calidez, de deseo, de amor desenfrenado me envolvió en ese momento! No, no dudo de ti. Eres la única persona a quien le he entregado cuanto hay en mí, a quien se lo he confiado todo y en quien lo he depositado todo y sé que nunca me traicionarás.

He pensado por ti. Tienes que aceptar esa película si la hacen. Solo podrías rechazarla si aceptases mi ayuda. Así es como está planteada la cuestión. Y eso que bien sabe Dios que esa perspectiva me duele en muchos aspectos. Pero no puedes condenarte deliberadamente a la miseria o, si no, debes cambiar de punto de vista en lo referido a los asuntos de dinero.

¿Por dónde cae Le Revest?[392] Te diré dentro de una semana más o menos qué puedo hacer pasado el 15 de julio. De aquí a entonces no pienses sino en que vamos a vernos dentro de veinte días. He entendido tus razones para fijar esa fecha. No sospechaba que solo obedecieras a lo material. Y eso que yo pensaba en lo material. Pero es cierto que soy un zote incorregible.

Sí, vuelvo a estar vivo, sí, te quiero con todo mi ser, y sí, soy feliz, no lo dudes. Descubro todo un mundo, nazco a la vida por primera vez, y a través de ti. Habrás notado en estas cartas tumultuosas que te he mandado la gratitud de nacer, precisamente, ese estado de gracia del que hablas y que tú prolongas y alientas al hablarme como lo haces de tu amor. En los días por venir, en las horas de duda o de sequía, recuerda esto que escribo como un compromiso definitivo: Tú, otra vez tú y nunca más ninguna otra persona. Ese el resultado de mi descubrimiento y de mis arrebatos. Sé feliz y haz que viva nuestro amor, en él es donde nos reunimos.

También está el deseo. No he dejado de desearte desde que me separé de ti. Pero tus dos cartas, que acabo de leer de nuevo, encienden en mí un

fuego mayor aún que el simple deseo. En ese aspecto, no tendré ya paz antes de volver a estar dentro de ti, antes de esa entrada desgarradora en ti, ese segundo en que se une todo, el amor, la sed de gozar, la inteligencia que de ti tengo. Quédate entregada a mí como lo estabas aquellos tres días. Entonces serán las horas de la alegría, de la auténtica gloria. También te quiero con mi *sangre*, ya lo sabes, qué dicha ser hombre y mujer y poder ser para el otro un agua de placer. Solo con escribirlo me trastorno y me muero de ganas de tenerte debajo de mí, trémula mía, generosa mía, de abrirte a mí, consintiente mía.

Un amor sin restricciones, un amor de orgullo total, eso es lo que hemos creado. Por ello querría darte las gracias durante toda una vida de fidelidad y de ternura. Pronto estaré a tu lado, te haré un vestido de besos, te comeré la boca cuando quiera. Te beso ya con los besos de la ternura y con los del deseo y me pongo en tus manos por completo hasta que nos reencontremos.

A.

¡Querido, querido amor!

330 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

1 de junio [de 1950], *por la mañana*

Querido amor mío:

Cuatro líneas, porque tengo que echar esta carta al correo antes de las doce y ya son las diez.

De hecho, no tengo casi nada que contarte de mi vida exterior, al margen de la secuencia monótona de grabaciones en la radio, el tiempo gris y

pesado, la comida que ingiero cada vez en mayor cantidad y las funciones que prosiguen.

Hasta hoy puede que no sepa detalles nuevos sobre la película de Rouquier. Por ahora no hay ninguna noticia, aparte del entusiasmo de Lulu Wattier por el guion y por el hallazgo de un productor al que le interesa vehementemente el asunto. Si me pagan bien, creo, en efecto, que no debería rechazarla: pero me gustaría convencer al director para rodar los interiores en París y así volver antes. He preguntado si Le Revest estaba elevado y me han contestado, por las buenas, que estaba cerca de Aix. Así que lo he buscado en el diccionario y no lo he encontrado; pero a lo largo del día voy a tratar de seguir investigando hasta el final.

Hébertot me ha escrito una carta cariñosísima que voy a guardar cuidadosamente para amenizar tu próxima estancia en París. Va a hacer cuanto esté en su mano para mantener la obra todo lo posible, pero, como comenta con acierto, «estamos a merced de una temperatura excesiva». Así que desde anoche estoy esperando un mal tiempo propicio y esta mañana resulta que el sol parece que tiene veleidades de salir.

Espero que mi mal humor de ayer al teléfono no te haya preocupado. Todo estaba saliendo mal y el cielo estaba bajo y pesado. Por otra parte, las diversas llamadas telefónicas anteriores a la tuya me habían puesto de los nervios; te adivinaba peleando para llegar a mí.

Esta mañana he recibido tus cartas del martes y del miércoles. Estoy rebosante de felicidad. En la radio, en el teatro, la gente me mira, sorprendida, en París deben de escasear las caras exultantes. «“¡Pareces una varilla de acero!” —me dijo ayer Suzanne Flon—.[393] “Hace un momento le estaba diciendo a Jandeline,[394] mientras te miraba, que nunca habías emanado tanta fuerza vital!”». Y ahora que recuerdo: «Pero ¡mírate los

ojos! Ve, ve al espejo, ¡y mírate los ojos!», y me eché a temblar por la angustia de la felicidad.

También me alegro al pensar que ahora vas a poder trabajar bien. Lo noto en tus cartas. ¡Qué ricas, abundantes y fecundas son!

Lo dejo ya, amor mío. Todavía tengo que corregir los diálogos de *Orfeo* en español y Lulu Wattier vendrá luego a almorzar conmigo.

Ya sé, cariño mío, que ya no estás solo, pero nunca he aceptado esa idea tan bien como ahora. Me alegro, sin tener que hacer un esfuerzo mental, de que seas feliz, y me preocupan tus preocupaciones. Deseo al igual que tú que todo resulte lo más fácil posible y aún no me ha afligido ninguna idea personal, al margen o en contra de ti. Confío en ti y en nuestro amor. Te quiero y me gustaría ayudarte sin tregua a soportar el daño que te hacen o que puedas hacer tú.

Gabriel Marcel me ha preguntado por ti. ¡Qué hombrecillo tan curioso! Siempre arrobado y agradecido por lo que hacen por él. Físicamente parece un personaje de Walt Disney, el tirabuzón, por ejemplo. ¡Y esa voz, esa forma de hablar, siempre en el estrado! No sé si los actores sufrirán deformación profesional, pero ¡lo que son los profesores…!

Feli [Negrín] está aquí y todavía no he encontrado un rato para verla, pero tengo la esperanza de anular esta noche la cita con mi comisión de comunistas españoles y aprovechar para ir a darle un beso.

Y paro ya… ¡Ay!, ¡lo que me cuesta dejar de hablar contigo!

Hasta pronto, amor mío querido, hasta muy pronto. Te quiero tanto y tan bien… ¡Ay!, sí, estoy encadenada y nunca habría sospechado que una cárcel tan estricta fuera tan dulce.

Te quiero locamente

M

V

331 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 1 [de junio de 1950], *5 de la tarde*

Querido amor mío:

Te escribo en la cama, donde llevo desde anoche con mucha fiebre y unas anginas bien asentadas. La fiebre subió durante el día de ayer y tuve las fuerzas justas para ir a buscar a F[rancine] y a los niños y volver a casa para meterme en la cama. Pero me cuido con mucha energía y me parece que la fiebre está empezando a bajar. Espero estar en pie mañana o el sábado como mucho.

Sobre todo no te preocupes. Es muy poca cosa, lo noto. Pese a todo, me alegré de volver a ver a mis niños; Catherine sigue siendo esa cotorra atrevida y decidida; Jean, más reservado y con más matices. Francine parece más serena y tengo la esperanza de que todo vaya bien.

Estamos a día 1 y ahora los días irán bajando despacio la cuesta hasta ti. Aunque la fiebre me haya nublado los ojos y me haya hecho latir el corazón, no ha dejado de sostenerme y de animarme la alegre seguridad que a partir de ahora compartimos. Parece que ya nada pueda hacerme mella. Esto es lo que quería escribirte hoy para que estés tranquila y me vuelvas a contar tu amor como en tu última carta.

Querido amor mío, tierna mía, no tengo muy buena pinta, sudando y congestionado, y seguramente dejaría de apetecerte. Pero, en cuanto me reponga, cuidaré mi aspecto para presentarme digno de ti. Sobre todo, escríbeme, escríbeme que me quieres. No he tenido carta tuya hoy, y eso no me ha hecho perder nada de mis certidumbres. Pero me había acostumbrado a la calidez de tus cartas, siento nostalgia de tu amor. ¡Ay, no habría podido

aguantar hasta julio! Debía, debo correr hacia ti para perderme en nuestro amor.

Perdona esta carta fea y corta. Pero tengo las ideas un poco confusas. Solo permanece una cosa; la quemazón y la alegría que ya tengo en el corazón, el amor tierno y hambriento que siento por ti. Te beso, con fiebre, querida mía, esplendorosa mía, y espero nuestra cita, mi único amor

A.

332 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 10 de la mañana [2 de junio de 1950]

Querido amor mío:

Cuatro líneas para decirte que estoy mucho mejor. Esta mañana se me había pasado la fiebre y he notado que volvía a subirme por dentro una oleada de vida al abrir los ojos. Efectivamente, tenía en ese momento la sensación física de que estabas acurrucada contra mí y notaba tus piernas pegadas a las mías.

Aunque voy a quedarme hoy también en la cama, para mayor seguridad y para remediar el cansancio que me queda después de una fiebre tan alta. Y mañana volveré a ponerme al trabajo. El domingo te escribiré una carta larga. No te separas de mí un segundo y soy feliz. Tengo la esperanza, sin embargo, de recibir una carta tuya a mediodía. Espero que me vuelva a contar tu amor.

Hace bueno, la luz es liviana, el sol es delicado. Sueño contigo, con

nuestros despertares, con tu jardín colgante en pleno cielo. Sueño con la felicidad y con cubrir de besos tu risa.

¿Y tú, mi dulce amiga? Te busco un poco en el aire. ¡Con tal de que seas feliz! No puedo ya imaginarte sino en estado de gracia. Esta ola de amor que me levanta en vilo me parece inagotable. Nunca más naufragaré en esas feas playas desiertas donde, privado de ti, me moriría de sed. Y tú también, ¿verdad, amada mía? Escríbeme pronto al menos para que pueda imaginarme tu rostro resplandeciente y exaltado, tus ojos de placer, tu hermoso cuerpo trémulo.

Te quiero y me he puesto en tus manos. Son una pesada, una dulce y tremenda sensación esta libertad y esta alegría que hallo en ti. Beso tu hermoso rostro de verano, tus dulces palomas morenas, tu flanco amigo, te conservo, y te conservaré, debajo de mí hasta el 20 de junio, adorada mía.

A.

333 — María Casares a Albert Camus

Sábado, 3 de junio [de 1950]

¡Por fin esta tarde se ha levantado el viento del este y ha ahuyentado la tormenta y las nubes que sofocaban París! ¡Por fin se puede respirar un poquito otra vez! Dos días y dos mañanas más y el próximo jueves por fin podré vivir como me parezca. Hasta entonces radio, más radio y venga radio. El miércoles pasado acabé el programa de G[abriel] Marcel, ayer enterré *L’Oiseleur pris au piège*, esa obra de arte, y el miércoles que viene

espero haber rematado *La Anunciación* y al personaje de Mara —ese robot de maldad gratuita—, que no consigo que me salga bien.

¿Qué puedo contarte de estos últimos días de existencia vocal? Micrófono y calor; aburrimiento y chapurreos.

Sin embargo, el jueves aproveché mi libertad para ir a ver la exposición de Le Petit Palais sobre «La Virgen en el arte francés». Estuve tres horas y no acabé de verla (me quedan por visitar dos salas). Salí agotada, con las piernas molidas, y fuera caían rayos y truenos. Volví a casa intoxicada de Vírgenes. ¡Setenta! ¡Nunca había habido tantas! Pintadas, de madera, de piedra, de mármol, dibujadas, de colores, de plata, de oro, sentadas, de pie, con niño, sin niño, bonitas, feas, gordas, flacas, grandes, pequeñas… ¡Madre mía! En conjunto cosas bonitas, pero demasiadas y demasiado parecidas, presentadas con bastante mal gusto y que hartaban por el propio tema tratado que, ¡por mucho que se diga!, es triste.

Al volver a casa me encontré allí con la comisión del PC español —cuatro chicarrones— que había ido a pedirme que firmara el Llamamiento por la Paz y que colaborase con el PC.

Domingo [4 de junio de 1950] *por la mañana*

Sigo: después de irse me dejaron sumida en un mar de reflexiones. Estuve buscando en vano cuál era mi posición en este mundo desgarrado y me pregunté qué sería de mí si hubiera una guerra. Ya te lo contaré con calma otro día.

El viernes a mediodía almorcé con Jean S[ervais] y por la noche fui con Jean Vinci[395] al Baccara para escuchar a Lena Horne que canta allí. ¿Te acuerdas? *Stormy weather*. Es una guapa valquiria café con leche —una mujer leona— que en cierto modo te hace pensar en los tiempos

primigenios y te da nostalgia de la hierba y de la selva virgen, con la dosis justa de corrupción de Hollywood. Volví a casa a pie para calmarme. Estaba temblando.

Ayer por la mañana me tumbé al sol y por la tarde me estuve peleando con Mara.

Por la noche, después de la función, Hébertot, que por fin ha vuelto, me pidió que me pasara por su despacho. Me estaba esperando, más flaco, cansado, decepcionado, desanimado y triste. Me repitió cien veces que la gira había sido un triunfo, pero que había perdido mucho dinero. Se quejó de todo y se soliviantó contra todo. Quiere aguantar con *Los justos* hasta el 25 para ayudarnos y también esperar al Congreso Internacional, pero la recaudación baja y está peleándose con los impuestos. Me ha hablado de las representaciones en italiano del Piccolo Teatro. «¡Qué interpretación tan mala! ¡No podía funcionar!». Me pidió que «le hiciera algunas giras en septiembre» para recuperar un poco de dinero. Le habría dado hasta la camisa; es un hombre que lleva mal los varapalos del destino. Cuando es desgraciado, resulta incómodo mirarlo.

Por otra parte, hay novedades en mis proyectos. La película sobre las barcazas, *Les Amants du Bras-Mort*,[396] está firmada y la va a dirigir Henri Calef. Rodamos en Conflans, del 20 de julio al 15 o 20 de septiembre. El martes sabré más cosas.

De hecho, el martes te escribiré sobre el particular —me refiero a los detalles prácticos— mejor y de forma más extensa, porque esta vez no tengo tiempo y mañana seguramente dedicaré mis discursos a otro tema.

Estoy deseando recibir noticias de tus anginas. Me da miedo que la fiebre te deje alicaído.

Amor mío; perdona esta carta escrita deprisa y corriendo. Las sesiones radiofónicas acaparan todo mi tiempo y claridad mental.

Solo me queda una cosa viva; ¡ay!, ¡y qué viva!, y es mi amor.

Te quiero, soy feliz, estoy confiada. Soy tuya y por fin descanso en ti deliciosamente

M

V

De la forma en que se puede aniquilar la vida de una criatura

HORARIO

Martes 30 de mayo

de 9 a 13 h — Radio (calle de François-I[er])

13 h. Almuerzo con Jean Vinci.

de 14 a 16 h. Radio (calle de L'Université)

de 16 a 20 h. Radio (calle de François-I[er])

de 21 a 23 h. *Los justos*.

Miércoles 31 de mayo

11 h. Periodista (en casa)

12 h. Almuerzo Negrín (en su casa)

de 14 a 17 h. Radio

de 17 a 20 h. Radio (otro programa)

de 21 a 23 h. *Los justos*.

Jueves 1 de junio

12 h. ¿Almuerzo con Lulu Wattier?

13 h. Comisión española comunista

de 21 a 23 h. *Los justos*.

Viernes 2 de junio

de 9 a 13 h. Radio

de 17 a 21 h. Radio

Sábado 3 de junio

de 9 a 13 h. Radio

de 15 a 19 h. Radio
de 21 a 23 h. *Los justos*.

Domingo 4 de junio
Función de tarde y de noche *Los justos*.

Lunes 5 de junio
de 9 a 13 h. Radio
de 15 a 19 h. Radio
de 21 a 23 h. *Los justos*.

Martes 6 de junio y miércoles 7, radio de 9 a 13 h y funciones de 21 a 23 h, de momento.

MARCO

Escenario del teatro Hébertot
Estudios de la calle de François-Ier
Jardín helado de la calle de L'Université 37.
Taxis traqueteantes con olor a gasolina.
Cielo gris; lluvia, granizo, amago de sol.

RÉGIMEN

Abstinencia.

ESTADO FÍSICO Y MENTAL

Flojo.

Resultados: fulminantes; imbecilidad completa en breve plazo.

Domingo, 3 de la tarde [4 de junio de 1950]

Cuando recibas esta carta, Maria querida, *nuestro* día[397] apenas si estará empezando. Así que, en este preciso instante en que me lees, te beso con toda la fuerza de un amor que no ha dejado de crecer con el tiempo, te beso por el más hermoso de nuestros aniversarios. Este día es un día de alegría y de victoria, querido amor mío. Hace seis años empezó en lo más hondo de mi vida una vida nueva que ha acabado por cubrirlo todo; hace seis años, comprendí, en una noche leve y brillante, que te quería; y este amor, pese a todos los desgarramientos, se ha ido elevando año tras año para convertirse en el orgullo y la justificación de mi vida. Incluso el tiempo en que estabas lejos de mí es un tiempo que me pertenece por el propio sufrimiento que hallé en él y que sigo hallando. Y, a decir verdad, no sé ya diferenciar, en todo lo que me has dado, entre los prolongados dolores y la alegría sin mesura. He aprendido a quererlo todo en ti, a no quererme ya sino en ti y para ti, he aprendido de verdad a vivir, y lo más profundo que sé sobre el mundo y los seres a ti te lo debo. Es el día de la gratitud, también, y te beso las manos con lo más respetuoso y más tierno de mi amor.

Solo dos semanas me separan ahora de ti. Te he escrito todos los días menos ayer, que fue un día sin carta tuya y que me pasé recuperando definitivamente las fuerzas después de esas malditas anginas, y también pensando mucho y con mucha ternura en ti. Lo único que me corre prisa es saber si estarás libre en agosto. Efectivamente, el proyecto que tengo es irme solo a descansar a los Alpes italianos, por ejemplo, y reunirme allí contigo. Pero antes de hacer más gestiones, espero para saber si estarás libre. Cuento contigo, en cualquier caso, para que seas sensata y no renuncies de ninguna manera a esa película, que te hace falta. Fíate de mí. Incluso si estás rodando, me las apañaré para que nuestra separación no sea

larga. Lo esencial, por lo demás, es lo que viene ahora, es decir, esos días que están cerca y, tres semanas después, un encuentro todavía más largo. ¡Me late el corazón cuando lo pienso, bien amada mía, alegría mía!

Necesito leerte en este momento. Pero, aunque no escribieras, mi certidumbre me acompaña y vivo contigo, y de ti. ¡Si no estuviera este duro y maravilloso deseo que tengo de tomarte en mis brazos! Pero también vivo de él. Recibirás hoy señales de tu amigo,[398] del pobre desterrado. ¡Ay, dime que esta cadena de seis años te pesa tan poco como a mí, dame tu rostro de alegría, es lo más hermoso que me ha regalado la vida! Hasta pronto, amor mío, querido deseo mío, mi tierna amiga. Los días fluyen hacia ti. Aquí vamos empalmando tormentas sin parar. Pero trazan en el cielo un camino hacia ti, me entran ganas de bailar mientras truena. ¡Feliz aniversario, adorada mía! Todos mis pensamientos de hoy vuelan hacia ti. No me dejes en todo el día. Acurrúcate contra mí y déjame que te vuelva a hablar de mi fiel corazón, de mi fe, de esta alegría tan duramente conquistada que me sigue arrebatando y que se parece, sin embargo, a aquella noche aérea de hace seis años en que vi tu rostro iluminado por primera vez.

A.

335 — María Casares a Albert Camus

Domingo [4 de junio de 1950] *por la noche, medianoche*

Me habría gustado escribirte largo y tendido, tranquilamente, entre la función de tarde y la de noche, pero he tenido que ir a ver a Feli [Negrín], que está sola en París y tiene problemas graves; pero, como quiero echar

esta carta al correo mañana antes de las doce y da la casualidad de que tengo una grabación que me obliga a levantarme a las siete, tengo que someterme a los hechos y decidirme a garabatear unas líneas rápidas, en el estado comatoso en el que me encuentro, después de un baño de sol de dos horas, la función de tarde, la de noche y la conversación con Feli.

Leerás esta carta el martes 6 por la mañana y quiero solo recordarte una noche de hace seis años, y luego una tarde de 1948. Fue ese día el que lo decidió todo, porque no fue hasta que nos reencontramos, hace dos años, cuando por fin consentí en amarte, en entregarme por completo. Hasta entonces, me había guardado para mí la parte más íntima, la más importante: mi honor. Desde entonces, me has enseñado a colocarlo en nuestro amor, a confundirlo con él. ¿Y sabes lo que es el honor de una chica española? El orgullo, la dignidad, la rabia también. La grandeza… para bien o para mal, con honradez o con desenfreno. La sed lacerante de ir hasta el final y, si por desgracia te escurres o te extravías, la necesidad imperiosa de escurrirte o de extraviarte hasta el final. He conocido a algunas que, tras un leve tropezón, han seguido hasta acabar cayéndose cuan largas eran. A mí casi me pasó personalmente, y no quiero ni imaginarme qué acontecería si nos tuviéramos que separar algún día. Por qué, por lo demás, demorarnos en pesadillas inverosímiles. Solo los acontecimientos ajenos a nuestra voluntad pueden quebrar nuestros mejores lazos y estos no podrían quebrar nuestro amor. Así que me he liberado de mis peores temores —el miedo al desastre— y eres mi salvador bien amado.

Desde que nos reencontramos, ¡amor mío querido, cuántos desgarramientos, cuántas angustias, cuántos disgustos, cuántas dudas, cuántas esperas, separaciones, nuevos reencuentros!

Palermo, Giverny, Argelia, América, otra vez Palermo, Le Panelier y, por último, este largo exilio, tan largo. Y la espera, la espera; la espera con

esperanza, pena, duda, confianza, espanto, angustia… Dos inviernos y uno de ellos… ¡qué largo, qué frío y qué cruel!… Tres veranos; el del reencuentro y la ausencia ya. El de Ermenonville y su hermoso parque, y su sol… y más ausencia. Por último, este tercer verano que está empezando, dichoso y desdichado… pero ¡qué claro, qué seguro, qué resplandeciente! ¡Ay!, amor mío querido, ¡que este verano, que este mes de junio nos traiga paz muta y para siempre! Hay demasiadas cosas que nos obligan a estar al acecho, a temer, a morder, a ponernos tensos. Que este tercer y sexto año de sol que está empezando para nosotros sea para descansar en el otro para siempre. Ya nada puede separarnos. Amémonos con confianza y seamos siempre trasparentes con el otro. Nos conocimos, nos reconocimos, nos entregamos mutuamente, logramos un amor ardiente de cristal puro, ¿te das cuenta de nuestra dicha y de lo que se nos ha dado? ¡Ay! En este día de gloria para nosotros, deseo, con todas mis fuerzas, con todo mi deseo, con toda mi alma, que no olvidemos nunca lo que poseemos y que siempre sepamos conservarlo.

Te beso locamente

V

336 — Albert Camus a María Casares[399]

5 de junio de 1950

FELIZ AÑO MI VIDA.[400] ALBERT

337 — Albert Camus a María Casares[401]

6 de junio de 1950

¡Seis años! 6 de junio de 1950

338 — Albert Camus a María Casares

6 de junio [de 1950], *3 de la tarde*

Querido amor mío:

Tu carta me ha hecho feliz y saboreo contigo este día y sus promesas. No te escribí ayer porque quería esperar hasta que recuperase un corazón claro. De tu carta, recibida a mediodía, solo se me había quedado una cosa, ese almuerzo del viernes,[402] y pasé un día duro y una noche difícil. Sé muy bien todo cuanto podrías decirme y ya me lo digo yo. Pero ahí sigue el hecho y tienes que perdonarme, niña mía, no he conseguido tomármelo bien. Vamos a dejarlo. Estuve dudando en decírtelo y, luego, decidí hacerlo, para que siempre tengas mi corazón entregado, eso para empezar, y también por otra cosa. Este día cuya fuerza y cuyo orgullo siento es el del amor total.

Llevo quince días diciéndote lo más grande y lo más luminoso de mi amor por ti. No está mal y es justo que sepas, precisamente hoy, con cuánta bajeza te quiero también, con qué espantoso egoísmo. Tienes que saber que sería capaz de todo para destruir todo cuanto, en ti, no sea o no haya sido mío, igual que sería capaz de las peores cosas para conservarte.

Es el revés de ese amor, pero es que es un amor completo. Es el amor de un hombre que te quiere toda entera y hasta el final.

Y, ahora que ya está dicho, será más fácil decir a voces la alegría que

corona estos seis años ¿El orgullo? Sí, sé que fue durante mucho tiempo un obstáculo. Pero es un orgullo malo el que quiere tenerlo todo, y en el acto, sin consentir en edificar nada. Fuimos muy culpables. Pero lo pagamos. Y además estuvo aquella noche tan dulce, por encima de la ciudad, hace dos años, y nuestro prolongado esfuerzo. Ahora recibimos la recompensa. Hubo, cierto es, muchos desgarramientos y, sobre todo, separaciones. Pero, a partir de hoy, estaremos cada vez menos separados, vamos a vivir juntos cada vez más; eso es lo que nos trae este nuevo aniversario. Voy a verte pronto, y luego, pasadas tres semanas, viviremos juntos en el corazón del verano. Si ruedas durante ese mes de agosto, me las arreglaré para verte en septiembre. Y luego no quiero ya volver a alejarme de ti y creo que podremos disfrutar largamente de nuestro amor. ¡Soy feliz, amor mío querido!

Sí, en adelante nos hallamos en la certidumbre y sé que ahí reside la felicidad. Sé también que es algo irremplazable y que tenemos que velar por lo que hemos creado. Velaremos, apoyados el uno en el otro, turnándonos en el esfuerzo, insuflándonos mutuamente la vida y la grandeza. No, nada puede separarnos, y una fidelidad honda e indestructible nos une, en adelante, para siempre. Feliz año, amor mío, esplendorosa mía, y confianza en nosotros. Sé ya que dentro de dos semanas nos aportaremos la alegría y la fuerza. De aquí a entonces, vuelve a decirme que me quieres y que solo vives para nuestro amor. Cuando acabes con ese trabajo abrumador de las radios, escríbeme una carta muy larga en que dejes hablar a tu corazón. Te necesito, como siempre, pero también tengo nostalgia de tu ternura, de tu entrega. El mundo es duro y está reseco, sin ti, y los días se hacen muy largos.

¿Has notado mi amor, seguro de nosotros y de nuestro porvenir? ¿Notas

el inmenso deseo que tengo de estrecharte en mis brazos y de vivir plenamente nuestra ternura?

Sí, estoy seguro de ello. Tengo el corazón demasiado lleno para que no me rebose aquí. Te beso como te besaré el próximo martes, con toda la fuerza que siento en mí, la fuerza de dos vidas consumadas hasta el final en el amor que me has dado

A.

339 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes, 6 de junio [de 1950]*, por la tarde*

Hace un rato, al volver a casa en medio de esta orgía de flores, después de haber leído tu carta y tu tarjetón, y después de haberme reído yo sola de gusto, de alegría y de felicidad, me entraron unas ganas irresistibles de enviarte un telegrama con un gracias tan grande como el Universo; pero ayer, cuando me entraron las mismas ganas, me dije que quizá te obligaría a dar explicaciones crueles y que nuestro día de gloria también tiene que ser un día de bondad.

¡Acabo de hablar contigo por teléfono! ¿Dónde estabas? ¿Qué sucedía? Amor mío, amor mío, ¿qué está pasando? ¿Vuelves a estar cansado? ¿Estás triste? ¿Te sientes desalentado?

¡Ay!, ¡qué puedo hacer para enterarme antes!

¡Por supuesto que te espero el 20 de junio! ¡Por supuesto que «sigue en pie»! ¡Menuda pregunta!

Para el mes de agosto, aún no sé lo que voy a hacer; pero, si tuviera que irme a la Provenza, ¿no podrías cambiar los Alpes italianos por los Altos

Alpes y establecerte a unos kilómetros de mí? Me reuniría contigo todos los días, en cuanto dejara de rodar.

Pero ¡bueno! No hay nada seguro. Tendré las ideas más claras dentro de diez días y, cuando vengas a París, podremos organizarlo todo.

Pero ¿de verdad que sigues siendo feliz? ¿Desde dónde me has telefoneado? ¿Quién estaba junto a ti? Ni siquiera te has atrevido a reírte. ¿Acaso llegó alguien en ese momento, acaso eres desgraciado? ¡Ay!, cariño mío. No hacía falta que me llamaras. Sé que estás a mi lado, conmigo. ¡Ojalá que hoy tengas un buen día!

Yo sigo con las grabaciones y cuando termino una empalmo con la siguiente. Hace calor y en la calle, en ese mundo al que apenas voy, reluce el sol. A veces, durante una hora, media hora, me tumbo en la terraza, pero la época para tomar buenos baños de sol ya ha pasado. Ahora ya no estoy a solas con el cielo, sino rodeada de gente que no me deja ni un minuto de tranquilidad. Menuda idea más rara tuve al transformar mi faro en un jardín colgante. Ya no puedo quedarme tumbada ni un instante. Al menor ruido —y haberlos, haylos—, aguzo las orejas, abro un ojo… ¡y ya estamos!

Que una rama de parra virgen está golpeando la pared con el viento porque no está sujeta… pues ahí me tienes de pie, con las tijeras en la mano, rafia, taburete y toda la pesca, para atarla.

Que una maceta de pensamientos se cae porque la ha arrastrado el peso de una planta que crece en un lado… pues ahí me tienes de rodillas, con las manos llenas de tierra, tratando de arreglar los daños que ha causado el viento.

Que si una rama de rosal seca que tengo que cortar.

Que si una yema nueva me deja arrobada. Son ramas pequeñas, nuevecitas, frescas, tiernas, brillantes, frágiles…

Que si una rama de los guisantes de olor… ¡Huy, esas! Por muchos

tutores que les ponga, van creciendo a tontas y a locas y, al final, cuando se cansan de ir a la deriva, cuando ya están bien retorcidas, bien desordenadas, bien enroscadas, resulta que les da por sujetarse a algo sólido. Entonces —¿qué quieres que haga?— intento ayudarlas, aunque ya sea demasiado tarde, y acerco delicadamente sus deditos finos y ganchudos a uno de los tutores. Entonces se levanta el viento y las empuja, las empuja… y se aferran con todas sus fuerzas en un punto.

Yo las miro, las vigilo. Me concentro en ayudarlas… y al final… cuando el viento arrecia y están a punto de soltarse, las animo a voces: «¡Aguanta! ¡Aguanta, zarcillo mío! ¡No te sueltes, lianita mía!»…, etc.

En esas estoy.

También leo, cuando tengo tiempo. Lamennais, Pascal, la historia del teatro todavía… Y, además, como y duermo.

Hace un calor luminoso y la casa resulta agradable para los ojos y el cuerpo. ¡Y todas esas flores! Y todas esas lianas que se enroscan.

¡Ay!, amor mío querido; ¡qué ganas tengo de que nos reunamos cuanto antes! Por nosotros, por mí y también por ti. Lejos de mí, volverás a hacerte viejo. Pero, ahora, el tiempo pasará deprisa hasta el 20. Trabaja; cuídate mucho —esa llamada telefónica me ha dejado preocupada— y sé feliz, tan feliz como puedas.

¿Has ido a ver al médico del que te habían hablado?

Y, en casa, ¿eres feliz?

Amor mío querido, escríbeme pronto para contestar a todas mis preguntas —no me olvides de cuerpo—. (De alma no podrías).

Te quiero y te beso igual que te quiero, con todo mi corazón.

M

V

Sin hacerlo adrede, hoy me he puesto por primera vez este año el vestido color óxido que llevaba un día, hace dos años, y que aún huele a nosotros.

PS: En este preciso instante acaban de traerme la cajita, que Ángeles me ha entregado con cara de profundo pasmo —«Pero ¡hija mía! Otra vez el señor Camus, que ha mandado algo. —Pero ¿qué le ha hecho?».

Daño —he pensado—, un poco de daño y mucho bien. Quererlo —he dicho—, quererlo más que a nada en el mundo.

Aquí tienes, amor mío, mi imagen en torno a ti.

…….

Gracias, hermoso amor mío.

340 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 3 de la tarde [7 de junio de 1950]

Hoy no ha habido carta tuya, querido amor mío. Ya me lo esperaba, pero el día se queda un poco vacío. Digo un poco para no crearte obligaciones. Pero en realidad… ¡Cuánto te echo de menos, cuánto te echo de menos, niña mía! No consigo entender esta separación. Vivir aquí todos estos días siendo así que estás tan lejos, no reunirme contigo cada noche, no tenderme a tu lado cuando quiera, todo esto me parece irreal y absurdo. Otros pueden verte, llamarte por teléfono, reír contigo, y yo… Te quiero tanto, Maria querida, necesito tanto tu presencia; ya hemos llegado a ese estadio en que la presencia basta, en que este amor, ya garantizado, solo quiere disfrutar de sí mismo. ¡Ay, cuánto deseo que puedas estar libre en agosto! ¿Eres capaz de imaginártelo? ¡Un mes entero, con calor, sol, pereza, la amistad de los

cuerpos! Reviento de vida y de deseo cuando lo pienso. ¿Y tú, y tú? ¿Qué piensas, qué sientes? No me has dicho nada sobre esto. ¡Grita, vocifera por lo menos, para que note tu alegría, para que me enardezca desde lejos!

Estos días resisto al loco deseo de coger el avión y de correr hacia ti. La verdad es que no puedo ya pasar sin nuestro encuentro y soy espantosamente desdichado cada vez que pienso en estos días desperdiciados. No tengo suerte y esta enfermedad me mata. Llámame por lo menos, préstame apoyo con tu deseo y tu valor.

Tus últimas cartas estaban cansadas. Y lo entiendo, con todo ese trabajo. Ánimo, querido amor mío, iremos recobrando progresivamente una vida normal, vamos a querernos con tiempo libre. Y pronto ya, dentro de unos días, será el doble abrazo, la dulce locura…

No te digo nada de mis días, tan parecidos, sin más vida que la de la espera. ¿Ayer, por ejemplo? Me levanto a las ocho. Desayuno con los niños, que luego se van corriendo al jardín, vuelvo a acostarme hasta las once (lectura y notas en la cama), me aseo y bajo a la estafeta a buscar tu carta, almuerzo, cura hasta las cinco, bajo a Grasse para llamarte, vuelvo a subir, lectura y notas hasta la cena, me acuesto a las nueve, lectura y notas, insomnio y tu recuerdo, hasta que llega, tardío, el sueño. Así todos los días. Y no dejo de pensar en ti. No dejo de imaginar, de recordar, de anhelarte. No puedo vivir sin ti, eso es lo que compruebo, maravillado y un poco asustado, al finalizar cada día. Están también el calor y el deseo. Pero en el punto al que he llegado, no es posible escribirlo.

¿Y tú, y tú, por dónde andas, qué haces? ¡Qué vacío está el mundo sin ti! Pero pronto… Oye, seguramente llegaré el miércoles 21 y me iré el domingo. Tengo que pasar por la agencia primero. Pero será solo eso, más o menos. ¡Qué alegría al pensarlo! ¿Eres feliz, me quieres aún con el maravilloso impulso del 27 de mayo, cuando llorabas de alegría por

teléfono? Yo te quiero con lágrimas, efectivamente, con un arrebato de todo mi ser que no puede ya soportar esta ausencia. Te beso, te capturo debajo de mí, te ahogo en besos, amada mía, deseable mía, amor mío… Bésame también antes de que me muera de sequía, renaceré bajo tu boca. ¿Notas al menos este amor que ni siquiera sabe ya expresarse aquí? No soy sino impaciencia, e impaciencia de ti. Tu boca, una vez más… y hasta pronto, ¿verdad?

A.

341 — Albert Camus a María Casares

Jueves 8 de junio [de 1950]

Querido amor mío:

Tengo tu carta del martes. Veo que mi llamada trajo una preocupación que desbarató un impulso hermoso. Y, sin embargo, no hay en realidad ningún motivo de preocupación. Te llamé desde una estafeta de Grasse. Había gente alrededor de la cabina (en otras ocasiones resultó que no había nadie) y unas niñas, por jugar, abrían y cerraban la puerta. Añade a eso que yo me había acercado al teléfono con el corazón rebosante de amor, de nostalgia, de deseo de tu presencia, y con la tonta esperanza de poder decirte todo eso, aunque sepa que me quedo sin recursos ante ese aparato bárbaro. Y además se te oía mal, y hacía calor, y me preguntaba de repente por qué me veía en la obligación, precisamente ese día, de llamarte salvando kilómetros, siendo así que, como es evidente, lo más sencillo era estar a tu lado y besarte. Eso fue lo que pasó. Lo cual demuestra que no hay que usar ese aparato sino por razones concretas. Y desde entonces estoy

refrenando las ganas constantes que tengo de ir a llamarte y de oír tu voz, tu forma de decirme «amor mío» en voz baja y deprisa.

Pero en cuanto a lo de estar desanimado, no, ¡no, no lo estoy! Impaciente y sin poder estarme quieto en el sitio, sí, pero sigo con ánimos para hacerle frente a todo y para vencerlo todo. He estado varios días cansado: las secuelas de las anginas. Pero desde el lunes estoy otra vez en muy buena forma física, y estaré aún mejor dentro de doce días.

¿Altos Alpes si estás en la Provenza? ¡Eso podrían ser trescientos o cuatrocientos kilómetros, geógrafa! He mirado el mapa. Están los Bajos Alpes y la Barcelonnette, por ejemplo. Pero ya son doscientos kilómetros. No es que sea infranqueable, claro, tres horas de coche. Pero no me pondré en serio a pensar en todo eso hasta que sepas algo concreto. Te explicaré los detalles en París.

No he ido a ver al médico de Niza. Y eso que debería decidirme a hacerlo. Pero en esto me vuelvo negligente y perezoso. En cuanto a la vida doméstica, es soportable. Por supuesto somos muchos en esta casa pequeña y mis hijos son agotadores. ¡Cuando están dormidos es cuando más los quiero! También me ha costado volver a adaptarme y he descubierto que estaba mejor cuando estaba solo. Hoy todo el mundo se ha ido a bañarse a Cannes y la casa está vacía, perfumada con montones de guisantes de olor. Y me he visto como hace un mes, con tiempo libre para el alma, libertad para vivir con esta imagen interior que es lo más valioso que tengo en el mundo. Por lo demás, F[rancine] no es feliz en absoluto (y, tras una conversación, durante dos días ha sido muy desgraciada), pero creo que va a intentar revivir, cosa que hasta ahora no hacía, y su renuncia a la vida me hacía sufrir. Lo creo y, sobre todo, lo espero, porque en todo esto no ha dejado nunca de portarse de forma maravillosa y realmente me resulta demasiado duro hacer daño a una persona a quien tanto aprecio. Pero creo

cada vez más que tengo que ayudarla sin mentir nunca en lo esencial (el detalle que va a doler de forma innecesaria puede, desde luego, callarse). Por lo demás, me faltan fuerzas, una fuerza, para mentir.

Listo, ya he contestado a todas tus preguntas, como me pedías. Me alegro de que te llegasen mis flores y mi sexto anillo. ¿Es, al menos, como los demás? Desde tan lejos, ¿cómo acertar? Me daba mucha rabia. Pero lo esencial es que esta cadena que se va alargando te parezca ligera, amor mío querido. Lo esencial es que sepas también que es indestructible, pero que para mí se llama libertad, la auténtica, la de la entrega sin reservas. ¡Ay, qué bien te quiero, preciosa mía, amada mía, verano mío! Y qué frustrado me siento bajo el sol de aquí, o de noche, cuando el calor empieza a bajar. Porque está lo demás, la liana pequeñita alrededor del alfiler y el vestido que huele a amor. Las noches son largas, cariño.

Aquí hace muy bueno. Es verano, los días tienen tu rostro, las piedras, tu calidez. Al llegar la noche, las flores del jardín se abren un poco más, se relajan. Las huelo. Ya no te separo del mundo, de la hermosura. Pero eso no facilita las cosas. Todo me habla de una tierra, de una patria, lejanas, no pienso ya sino en nuestro amor y en nuestro deseo. Pero el destierro va a acabar. Te beso, hermoso rostro mío, querido cuerpo mío. «Quererlo. ¡Quererlo más que nada en el mundo!». ¿Es cierto? ¿Dijiste eso? ¡Ah, no te imaginas mi alegría!

A.

342 — María Casares a Albert Camus

Jueves, 8 de junio [de 1950], *por la tarde*

Estoy hirviendo por dentro y por fuera. Me arde todo, el alma, el cuerpo, por arriba, por abajo, el corazón, la carne, y ahora llega la languidez del atardecer.

¿Te enteras? ¿Te has enterado bien? Bueno. Pues a otra cosa.

Ayer por la mañana tuvo lugar mi última grabación en la radio. Duró de las nueve hasta la una y volví a casa agotada de los estudios, de los micrófonos, de hombres y mujeres sudorosos, de Claudel y de París. Hacía bochorno y, después de almorzar, tras esperar en vano que saliera el sol, me fui de compras con Ángeles. Quería esperarte guapa y lozana; me he arruinado. A las cinco fui a ver a Feli. En su casa coincidí con unas inglesas que estaban de visita en París y tuve que pasarme dos horas chapurreando en inglés. Para compensármelo, Feli me dio de comer y me invitó una vez a ir a su casa en Inglaterra, pero contigo.

Por último, el teatro. ¡Ay!, amor mío querido. Si supieras lo que es sufrir, retorcerse en el dolor con el calor que hace… Y encima con corsé, medias de lana, vestido de cuello alto e… ¡intensidad!

Esta mañana vino un periodista de *Combat* a hacerme algunas preguntas «dignas de mí». Estuvo investigando mucho para encontrarlas y me parecía muy triste. No tardé en olvidarme de la entrevista para intentar darle ánimos y ganas de disfrutar de la vida y el verano; por desgracia, ¡creo que no lo conseguí!

De las doce del mediodía a las cuatro de la tarde me entregué al sol, casi todo el rato nublado, y a mis plantas. He descubierto pulgones en la rama de un rosal y ya no voy a dormir hasta que sepa qué hay que hacer para exterminar a esos bichos perniciosos que quieren matar mis preciosos capullos. He quitado malas hierbas y he sujetado aquí y allí una rama de parra virgen que flotaba al viento.

A las cuatro, baño y correo, y, por fin, aquí me tienes, toda tuya, delante

de tu carta del 6 de junio.

Mi querido, mi hermoso, mi único amor, por favor te lo pido… duerme. Duerme tranquilo. Si no hubiese cogido la costumbre de referirte lo más detalladamente posible todo lo que hago, no te habría informado del almuerzo del otro día. No merecía la pena porque me quedé a tu lado, contigo, como siempre. Por otra parte, me gusta bastante lo que me dices y, aunque no provenga de un sentimiento muy elevado, siempre me alegra saber que eres celoso y egoísta. No me querrías como un ser vivo y de carne si no reaccionaras así y me gusta que en nuestro amor también haya carne y sangre. Pero ¡duerme! A pesar de todo, duerme. Destruye cuanto quieras, pero duerme.

Los días pasan y me veo en la obligación de avisarte de que, seguramente, el demonio ya me está rondando, aunque de momento estoy sumergida en el mismo estado de gracia en que me dejaste cuando te fuiste de aquí. Unos leves agobios el otro día —ocurrencias enfermizas que no tienen nada que ver con nosotros— y beatitud. Pero me conozco: puede que mañana se levante la tormenta y quiero asegurarme de que estás avisado. Así que, escriba lo que escriba, piensa que estoy como una cabra. Y duerme, y trabaja, y sé feliz.

¿Sigues riéndote con la risa que me gusta? ¿Sigues tan apuesto como la última vez que te vi? ¿Me volverás a enamorar hasta ponerme enferma cuando nos reunamos de nuevo? ¿Volverás a hacerme feliz…? ¡Ay, solo de pensarlo me mareo! ¡Ay! Tú. Tú, cariño mío, para renovarme, para realizarme, para hendirme, para consumirme. No. No estaba hablando del orgullo que lo quiere todo y lo quiere ya, sino del otro, más exigente, más difícil de satisfacer, más profundo también: el orgullo de existir y de brotar en la tierra, que antes separaba de cualquier ser que no fuera yo. ¿Lo entiendes? Cualquier ser aparte de los míos. Es decir, padre y madre, y que

impedía que cualquier cosa que no fuera yo brotara y floreciese, y tuviste que llegar tú, que sufriésemos y riésemos juntos; tuve que ser por fin clara y transparente ante ti para sentirme por fin libre y sin trabas ante tus ojos. ¿Lo entiendes?

Pues ¡bien! Ahora ya se pueden juntar todos los demonios contra mí. Ya no me arrancarán de tu lado.

Te quiero. Te quiero y tengo ganas… ¡Ay!, cariño, ¡cuánto te deseo, por entero!

Una semana y media más y estaremos pegados el uno al otro.

Hasta pronto. Te quiero,

M
V

PS: No he vuelto a tener noticia alguna de la película de las barcazas. En cambio, la de Roquier (Provenza) se confirma cada vez más. ¿El aire de los Altos Alpes no te conviene? Contesta. Contesta pronto.

2.º PS: He comprado dos faldas de campana, una falda campesina, una falda ceñida y dos blusas camiseras preciosas.

Ojalá que te guste todo.

343 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 5 de la tarde [9 de junio de 1950]

Dejo de trabajar un momento, niña mía, para estar un poco contigo. Hoy no he tenido carta y no la esperaba, pero los días sin carta son los días en que

intento imaginarte y en que la nostalgia de París, de sus tejados vistos desde un sexto piso por lo menos, me acosa. Pese a todo, deberías hacerme un resumen de tus días. Me da un poco de vida eso de vivir contigo y aquí ¡me aburro tanto!

Por lo demás, todo va bien, e incluso desde ayer estoy trabajando más en serio. Pero si estuviera solo todo iría mucho mejor. La depresión de F[rancine], sus esfuerzos por superarla son un espectáculo difícil, ya te lo imaginas. Su equilibrio nervioso siempre fue frágil. Y estos últimos años no lo han remediado. Tengo sin embargo la esperanza de que todo irá bien y de que revivirá a su manera.

No recibirás esta carta hasta el lunes, amor mío, pasada una semana estaré a tu lado. Eso es en realidad lo único que cuenta para mí, lo único que me mantiene vivo y alegre, que me enajena. Una parte de mí es insensible a la desdicha ajena. No tengas muy mala opinión de mí, cariño. Te quiero demasiado y desde hace algún tiempo mi amor se confunde demasiado con un amor tremendo a la vida y no puedo pensar en nada más. A lo mejor perdí demasiado tiempo la esperanza en que fuéramos felices nosotros dos. Ahora que sé que es posible, que lo he vivido, que queda aún en mí como una quemazón, solo me apetece ya esa felicidad, solo sueño con esa entrega y con esa alegría que me has enseñado.

¡Amor mío querido, hermosa amiga mía, cuánto te necesito! ¡Cuánto me ocupas, en el sentido literal de la palabra, de día, de noche, durante el sueño incluso! Te siento con dificultad a través de tus cartas en este momento. Y sé que seguramente no es posible. Por eso tengo tantas ganas de volver a verte, para tocarte, para asegurarme de que estás ahí, de que me sigues queriendo y me sigues queriendo totalmente, de que puede resplandecerte el rostro aún si así lo quiero. Quererte, sí, quererte más que a nada en el mundo, eso es lo único que me importa. Escríbeme que a ti te pasa lo

mismo. Da con el grito que borre el destierro. Tu pobre amigo se consume lejos de ti. Pero siente aquí al menos el amor cálido e incansable que llevo en el corazón. ¡Que el día, el único día verdadero, vuelva corriendo! Hasta pronto, alegría mía, razón de vivir mía. Te acaricio muy despacio.

A.

344 — María Casares a Albert Camus

Sábado, 10 de junio [de 1950]

No tenía pensado escribirte hoy, amor mío querido. Quería aprovechar esta tarde para poner al día el correo.

Si en este momento atendiera a la razón como es debido, no te escribiría, porque bastaría con que lo hiciese mañana, recibirías mi carta el lunes y hoy podría cumplir con mis obligaciones de dama bien educada.

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que debería dejarte ahí plantado y no seguir adelante para no infligirte un tormento que —me temo— será duro.

El demonio está aquí, cariño mío, y yo ardo con todos los fuegos del infierno. ¡Ay!, pero ¡no te preocupes, Albert, amor mío! No es una fuerza arisca y malintencionada, destructiva y rabiosa… ¡qué va! Esta vez, mi demonio tiene tu sonrisa y tus hermosos ojos de sol. Tiene tus párpados entornados, tus manos, tus labios, tu calor, tu peso. Esta vez —imagínate qué crueldad— ha decidido parecerse rasgo a rasgo a ti, para que le resulte más fácil adueñarse de mí por completo y retorcerme y descuartizarme a voluntad.

De hecho, no sé si es por el verano, el calorcito, el aire transparente, la

sed, el sol, la piel encendida, la ropa ligera, el aire fresco del atardecer o las noches estrelladas, pero en París, todo —¿lo entiendes?—, *todo* habla de amor. No puedes dar dos pasos sin toparte con una pareja abrazada; no puedes quedar con alguien sin descubrirle en el fondo de los ojos un extraño resplandor; no puedes encender el aparato de radio sin oír «Amor mío, bésame» o «Deme la mano» o «En tus brazos bailaba y bailaba un vals», o incluso «Amor mío, vuelve conmigo»; no puedes hablar de otra cosa, no puedes pensar en otra cosa, no puedes soñar con otra cosa… ¡Qué barbaridad!

Ayer, al levantarme, quise olvidarme por fin de que tenía un cuerpo pegando gritos. El sol estaba enfurruñado. Cansada aún del trabajo de la semana, me tumbé en la terraza y estuve durmiendo al aire libre casi todo el día. A las cinco me di un buen baño y a las seis vino a verme una antigua compañera, lesbiana, que me contó todas sus aventuras con una mora exigente y depravada cuyos gustos «rebuscados» —por decir algo— han llevado a la pobre Françoise al sanatorio. Ahora está curada del cuerpo. Del resto, lo dudo, porque habla demasiado de ello. A medida que me lo contaba todo, a mí se me iba abriendo la boca de asombro y espanto. ¡Madre del amor hermoso, lo que se inventan algunos seres para alcanzar un goce que, sin embrago, es tan fácil de lograr! Incluso a ella la tenía fascinada, e intentaba justificar a la otra y de ese modo comprenderla y conservarla dentro. Y mientras se perdía en meandros borrosos, yo pensaba que aquello solo era fruto de la impotencia y que me vendría bien de vez en cuando poder compartir con esas infelices un poco de mi «potencia» para poder así tener un poco de tranquilidad.

Cuando se marchó, vinieron a buscarme los Bouquet y los Pommier para ir al Cirque Amar que ahora mismo está en Neuilly. ¡Qué velada tan

maravillosa! Aroma a estiércol y música enloquecedora que mezclaba todas las óperas en una marcha que a ratos rompían las rrrrrrrrrrrrrrrr del tambor.

Me reí, sufrí, admiré, protesté, aplaudí hasta que me dolieron las manos, y al final, después de los caballos, los payasos, los malabaristas, los trapecistas (pensé en nosotros, muy especialmente); después de las fieras (leones, elefantes, panteras, pumas, osos); después de los cuadros vivientes (hombres y mujeres guapísimos, pintados de oro, como criaturas del purgatorio), resulta que llegaron los encantadores de serpientes y lo echaron todo a perder, volviendo a llamar al orden a ese demonio que me había dejado un poco al empezar el espectáculo. ¿Qué quieres que haga? ¡Las serpientes me provocan una reacción física! Y además, esos hombres y mujeres tan guapos, tan inhumanos, y aun así tan carnales…; y además, el olor de las fieras, esa pantera pegada al domador, los tres caballos blancos, salvajes como tres furias o tres gracias, que no paraban de relinchar. ¡Ay!, cariño mío, ¡no podía más! Y, de hecho, ¡no era la única! A Ariane la había abandonado su habitual palidez, Michel se reía de forma muy curiosa y repetía maquinalmente: «Es de lo más erótico», y Pommier se rebullía sin pudor.

Hicimos a pie parte del camino de vuelta para… que nos diera el aire. El tiempo estaba fresco y agradable y me dormí, enroscada en torno a ti, esperando… Por desgracia, sin sueños. La Naturaleza se ha olvidado de su clemencia conmigo.

Esta mañana me desperté temprano, fui a grabar el comentario de la película sobre «Les Baux» y cuando volví a casa me instalé en la terraza y me quedé hasta las cuatro de la tarde. Incluso almorcé allí.

Mi guerra contra los pulgones se recrudece. Los ahuyenté de los rosales con insecticida y ahora han invadido los guisantes de olor, mis preferidos, y los están matando. Esta noche les echaré encima una lluvia de nicotina a los

pobres bichos, y mañana, al igual que hoy por la mañana, me encontraré con el espectáculo de los cadáveres verdes. Qué espanto.

No consigo asumir la idea de que para hacer el bien siempre haya que hacer el mal. Para no ser malo habría que renunciar a todo, incluso al bien, porque en cuanto participas en el mundo y en la existencia, no te queda más remedio que elegir, y si te gustan los guisantes de olor, tienes que exterminar a los pulgones… ¡Melancolía, oh, melancolía!

Pero ¡dejemos ya las plantas! ¡Empieza a ser una pesadez tenerlas tan presentes!

Esta mañana he recibido una estupenda carta tuya, la del jueves 8.

Antes que nada, quiero frenar en seco tus bromas sobre mis nociones de geografía y proclamar aquí que a una mente lógica —como la mía— le resulta difícil comprender y recordar simultáneamente que la tierra es redonda sin un arriba y un abajo, y que los Bajos Alpes están más altos que los Altos Alpes. ¡Reconoce que no tiene ni pies ni cabeza!

En lo que se refiere a nuestros planes, sigo sin nada fijado. Los productores de la película van a reunirse con Lulu Wattier el lunes por la tarde. Puede que entonces sepa algo más preciso.

Por otra parte, este retraso en la toma de decisiones me obliga a aceptar una sesión de radio que se llevará cuatro horas de mi tiempo el 23 (de cuatro a ocho) y el 24, tres horas (de cuatro a siete). Me da rabia, pero también me da miedo rechazarla y luego no rodar. Aconséjame tú. Si tienes cosas que hacer mientras estés aquí, aprovecharás para hacerlas el tiempo en que yo esté ocupada. Si no, telefonéame sin falta el lunes, a la hora de comer, y dime si debo rechazarla. He prometido dar una respuesta definitiva el lunes por la tarde. Además, aprovecharé la llamada para gritarte «amor mío» *en voz baja y deprisa*, y te prometo que, si con el «aparato bárbaro» no me quedo congelada, si te sigo queriendo como hoy, como ayer, como

antes de ayer y como todos los días que han transcurrido desde que te marchaste, te haré llegar a través de la línea un fuego que te abrasará de los pies hasta las sienes. Te quedarás pálido, es imposible que mis ganas de ti no salven las distancias. Te deseo. Te deseo. Con el corazón, con el alma, con el cuerpo, con todo mi ser. Te deseo maravillosamente y brillo, brillo, brillo, brillo como el sol cuando pienso que estás ahí, que vives, que existes, que me quieres, que eres mío igual que yo soy tuya, en el esplendor.

¡Y luego me hablan de amor! ¡Y luego me dicen que no existe! ¡A mí! ¡A nosotros!

¿Sabes, cariño mío? Al parecer, todos los enamorados dicen que solo ellos existen en el mundo; pero yo nunca he pensado eso, lo que creo ahora es que en la tierra se encuentran pocos seres que posean nuestro tesoro.

Como puedes ver, el estado de gracia continúa. Ahora se prolonga un poco en forma de deseo doloroso; pero pronto estaremos abrazados, y sabiéndolo, las torturas de cada noche y de cada día no son más que promesas y me maravillan.

Te quiero, cariño mío. Te beso largo y tendido, largo y tendido, hasta el infinito…

M
V

345 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 3 de la tarde [11 de junio de 1950]

Tu carta de ayer me sigue atormentando hoy. No temas, es solo el tormento de tu ausencia. Tus palabras me quemaban, despertaban en mí esa fiebre de

espera que ya no me abandona. Incluso las manos las tengo a la espera, literalmente. ¡Así que cuando me escribes ciertas cosas! Te imagino con tus faldas de campana, hermosa, vital, resplandeciente. Me gustarán, puedes tener la seguridad, me gustarán lo suficiente para que desee verlas caer. Y noto, cuando pienso en ello, lo absurdo de esta separación.

A mí ya me está haciendo sufrir ese demonio que temes. Pero ese demonio no la tiene tomada con nosotros, todo lo contrario. Solo que me vuelve completamente imposible soportar tu ausencia. Es curioso. Me siento con fuerzas infinitas para la felicidad y el goce.

Pero no me queda ya ni un átomo de ellas para reprimirme, para luchar contra mí mismo, para cuanto no pertenezca a esos días deslumbrados que recuerdo. En ese aspecto, he perdido todo fuste. Solo sé que a tu lado lo olvidaré todo y todo cuanto espero es esa paz. Solo vivo para ese instante. Estabas en lo cierto al decir que envejeceré lejos de ti. Envejezco de hecho y ya no me reconozco. Pero en cuanto pienso en nuestra vida, en nuestras tardes, en nuestras mañanas, resucito a raudales. ¿Soy soberbio? No lo sé. Desde luego no en lo referido a las mañanas como la de hoy, por ejemplo, en que mi vida me humilla un poco. Pero debo de serlo cuando me enderezo precisamente, lo seré el día 20, pues entonces ya no soy yo, sino la fuerza, la alegría que tú has puesto en mí. Calibra bien esto, amor mío, fuente mía, juventud mía, y no te retires de mí, nunca, bajo ningún pretexto. La peor de las vidas, contigo, no sería una vida humillada. E incluso la humillación, contigo, podría vivirse.

¡Ay, no te digo bien lo que me lleva trastornando todos estos días! ¿Cómo tengo que gritar para que entiendas bien lo mucho que te quiero? Pienso en ti, pienso en ti, amada mía. Ya no puedo vivir ni existir sin ti, sin el apoyo de tu presencia. Ando flotando, desdichado. Solo en ti, por ti, echo raíces. No, cariño, ya no valgo nada lejos de ti. Creo que no tengo yo la culpa, y

me agoto luchando. Pero solo quiero ceder, estrecharte a brazo partido, naufragar contigo hasta el fondo del placer y volver a la superficie sin soltarte para quererte con este amor inagotable que sobrevive a la saciedad. Lo demás ya no lo entiendo y no soy ya capaz de vivir en ello. Me da algo de vergüenza decírtelo, pero solo el alcohol me ayuda a soportar la vida que llevo en este momento, a soportarme sin más. Por las noches, cuando llega la hora difícil, una o dos copas me mantienen de pie, vuelto hacia ti. Todo cuanto me rodea desaparece y por fin estás viva, muy cerca, lista para las caricias o la ternura.

Quería decirte todo esto. Pero no debes preocuparte. Cuando recibas esta carta, solo nos separará una semana y ya se me habrá pasado. Sí, voy a hacerte feliz, estoy seguro. El amor que llevo en mí es demasiado grande para no conducirte sin pausa hacia la alegría. La felicidad entre nosotros, la alegría de vivir, una voluptuosidad que es mucho más que voluptuosidad, eso es lo único que cuenta por ahora. A veces tengo la impresión de volver a tener veinte años cuando, recuperándome de la enfermedad, con la impresión constante sin embargo de que mi existencia estaba amenazada y me quedaba poco por vivir, me arrojaba sobre la vida como un perro sobre un hueso. No existía nada sino esa ansia de vivir; sencillamente, la vida tenía entonces mil rostros, y ya no tiene más que uno, que me arrebata. Es ese que me mostrarás dentro de una semana, ¿verdad, Maria querida? De aquí a entonces, quiéreme con ternura, con toda la ternura que necesito y que podrás sacar de tu corazón maravilloso para tu pobre desterrado.

El martes, te estrecharé contra mí y ya se habrá acabado, o, mejor dicho, en cuanto estemos enredados uno a otro, empezará la verdadera vida. Eso es lo que espero, querida mía, tierna mía, hermoso deseo mío, con una fiebre que no te imaginas. Espero tu hermosa mirada de enamorada, tu hermosa boca de deseo, la ternura, el silencio también, y esa dulce reconciliación con

el mundo que hallo a tu lado. Quiéreme, querámonos, estate lista para la entrega y la alegría. Desde aquí le soplo al demonio, a los malos pensamientos. Duerme feliz, al menos. Déjame a mí los tormentos. No tienen importancia, huirán solo con acercarte tú. Sé guapa como sabes serlo, te probarás todas tus faldas y las desabrocharemos todas. ¡Oh, felicidad! Me estremezco al pensarlo y te beso con desesperación, con ansia, con una alegría sin igual, hermoso amor mío, querida mía…

A.

346 — Albert Camus a María Casares[403]

12 de junio de 1950

ACEPTA RADIO HARÉ PROMOCIÓN PRENSA CARIÑOS ALBERT

347 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 5 de la tarde [12 de junio de 1950]

Dimito, niña mía. Quería decírtelo hace un rato por teléfono, pero te las has arreglado para agravar tu caso al contarme tu atuendo y tus ocupaciones solares. Me he quedado sin aliento. Antes de que consiguiera recuperarme ya te habías desvanecido, ingrávida, ardiente. Pero dimito de todas formas. No puedo asumir esta correspondencia y una carta como la de hoy, en que cada línea se me hinca en el vientre o en los riñones, es una forma de suplicio que no puedo soportar. Lo que tengo que responder no puede

ponerse por escrito. Pues no se trata ya de retórica amorosa. Tendría que escribir bien claro lo que tengo ganas de hacerte sin demora. Ganas, de hecho, es una palabra que se queda corta. Ansia es mucho mejor. Así que aquí lo dejo. ¡Pero estoy meditando terribles castigos para la semana que viene! ¡Sí, la pantera me recuerda algo, cruel! ¡Reviento, literalmente!

Pero qué voy a decirte, aparte de eso. Mi carta de ayer te habrá explicado, largo y tendido, los ánimos con que ando. Estoy en el mismo punto. Pero trabajo un poco, no te preocupes. Y he comprobado esta mañana por teléfono que tu voz bastaba para inundarme de gozo y de fuerza. ¡Ay, amor mío querido! Sí, es un tesoro escaso este nuestro (digo escaso para conjurar *la mala suerte*)[404] y, para mí, basta con tu existencia para llenar mis días y mi futuro.

Espero hoy una llamada de Robert [Jaussaud], que anda de gira por aquí. Bajaré con él a Cannes para recoger mi billete de avión. Espero que no haya contratiempos. ¿Te das cuenta? Estás leyéndome el jueves. ¡Cuando pasen *cuatro días*! Corazón contra corazón, las piernas trenzadas… Te imagino morena, deslizándote en mis brazos, tierna, deseosa, gentil, abierta a mí, por fin… pero, no, dejémoslo. Tengo que vivir sin pensar en ti. Existes, eres mi certidumbre, hacia la que pronto iré. Eres mi libertad, la parte de este mundo que me pertenece para siempre, que no me faltará nunca, ¿verdad, mi único amor? Así que ¡a trabajar! ¡Y luego, pronto, la alegría, alegría para morirse! Te quiero, te quiero, para siempre.

A.

Lunes 12 [de junio de 1950], *medianoche*

Antes que nada, amor mío querido, quiero ponerte al tanto de las últimas noticias sobre las representaciones de *Los justos* para que actúes en consecuencia, si aún es posible.

Esta noche he visto a H[ébertot]. Aunque le fastidie a Brainville —que tendrá que irse de vacaciones una semana más tarde— seguramente actuaremos hasta el 2 de julio. De aquí a entonces, se cancelarán las dos funciones del domingo y las sustituiremos por una los viernes. ¡No te agobies! Ya he avisado al amo de que el viernes de la semana que viene yo no podría actuar porque tengo otro compromiso y, con generosidad, ha decidido saltarse esa representación y aun así pagar íntegramente a todo el personal (menos a mí, claro está).

Así que estaré libre la noche del viernes y *también* todo el día el domingo. Por consiguiente, si pudieras retrasar un día la llegada y la partida, tendríamos el último día para nosotros solos. ¿Qué te parece?

Contéstame pronto a esto y dime también si hay que ir a buscarte o si te estarán esperando en el aeródromo.

Esta mañana he recibido tu carta del viernes. ¡Qué dulce, dulce carta! Solo me apena una cosa: el estado de F[rancine]. Con ella me pasa una cosa extraña que me cuesta decir por culpa de no sé qué pudor: estoy empezando a quererla, aunque no la conozca.

Por lo demás, me siento tan impotente para expresarme aquí como esta mañana por teléfono. Tengo un vacío en el estómago, un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. Espero volver a tener un poco de calma cuando estés a mi lado porque, si no, voy a ser un número.

¿Qué puedo contarte de mis días? Me los paso metida en casa, desnuda como un gusano, tumbada al sol. A la una y veinte Ángeles me lleva a la

terraza una mesita llena de fruta, de bebidas frescas y de todo tipo de ensaladas. Solo atiendo el teléfono de cinco a siete, y al único que he visto es Tony [Taffin] —al que llevaba mucho tiempo rehuyendo—, que, al notarme muy distante, ha decidido no volver a verme. Creo que esa es la primera idea luminosa que ha tenido en toda su existencia.

Estoy leyendo a Voltaire y a Shakespeare —me gustaría interpretar a Cleopatra—, cuido de las plantas —¡desde esta mañana han florecido tres capullos de rosa!— y sueño.

En el teatro estoy actuando… bien. Los lazos que tenemos Pommier, Bouquet y yo son cada día más fuertes, y celebramos nuestra amistad en el Relais, después de la función, tomando cada uno un café con leche bien *frappé*.

Físicamente, sigo exultante. Esta noche Michel [Bouquet] me ha dicho que nunca me había visto tan guapa, tan deslumbrante.

Por dentro, sigo en estado de gracia y eso que el momento crítico ha pasado; el demonio ya debería estar aquí.

En lo que se refiere a mi autonomía —también tengo una, a mi manera—, esta noche se ha calmado un poco por motivos concretos y convincentes.

Tengo sueño. Me arde la piel por todas partes, solo quería avisarte del cambio de horario. Mañana te escribiré una carta de verdad.

Me acurruco en ti

M

349 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Miércoles [14 de junio de 1950] *por la mañana*

Querido amor mío. Me habría gustado tener la mente despejada para hablarte hoy con total lucidez e inteligencia. Por desgracia, aquí me tienes, después de una noche torcida y sin aliento, aún clavada en la cama, hecha un ovillo, sudada, febril, vencida, en definitiva, por un dolor espantoso que me corroe en mitad del cuerpo. ¡Oh, condición de mujer! ¡Qué pobres criaturas somos! Aquí me tienes, cariño, negra, encogida, oscurecida, cegada, cerrada, apestada.

Me duele. Me ha dolido toda la noche, que he pasado revolcándome por toda la cama buscando un rincón fresco que me librase del calor y del dolor.

Pero ¡tú tranquilo! No es nada grave. Puede que ayer fuera imprudente porque después de almorzar en Carrère con Georges Beaume[405] y Les Pléiades al completo —una compañía que pronto arrasará en París y en la que me han pedido que ingrese—, volví a casa a las tres para recoger a Ángeles y nos fuimos juntas a recorrer los bulevares y los Campos Elíseos para hacer algunas compras. Una blusa, dos pares de sandalias, una chaquetita y, por último, la vajilla que me pediste que buscara. He elegido una de cuarenta piezas, muy bonita, blanca con borde dorado. Tengo que devolverte doscientos o trescientos francos. ¡Qué cara es! (No; mil francos. Tengo que devolverte mil francos).

Volví a cada molida. Me tumbé en la cama y estuve durmiendo hasta las siete. El tiempo estaba bochornoso y húmedo, y ya tenía dolor de estómago y jaqueca.

En el teatro todo fue bien y fue al volver a casa, después de tomarme el café con leche *frappé*, cuando empezó la tortura.

Hoy tengo pensado descansar todo el día, que se anuncia cargante y tormentoso.

Pero volvamos al hecho más importante, tu carta de ayer y la de esta mañana, algo más reconfortante.

Para empezar, has de saber que tengo todas las esperanzas puestas en que te quedes hasta el lunes. ¡Ojalá que te haya llegado a tiempo mi nuevo horario! Por otra parte, como el jueves van a dar una conferencia en el teatro Hébertot y el viernes no puedo actuar porque necesito una noche libre esa semana, el amo ha decidido sustituir la función del jueves por la del viernes. Por consiguiente, actuaremos el viernes, pero tendremos para nosotros la noche del jueves, y te pido que adaptes en la medida de lo posible tus obligaciones a las mías.

Para seguir, y esto lo digo muy en serio, te suplico que no bebas, ya sé que un «alcoholismo moderado…», etc., pero no hay nada peor que beber un poco todos los días, para el cuerpo y para el alma, y si ya me solivianta la condición femenina, sometida como está a los desajustes del organismo, la del hombre que se hace esclavo voluntariamente de unas gotas de veneno me saca de mis casillas. ¡Es una soberana tontería! Me has prometido que ibas a cuidarte y que dedicarías a esa tarea todas tus fuerzas y todas tus facultades. Estás incumpliendo esa promesa si lo primero que haces es abandonar la porción de inteligencia que se te ha concedido.

Por favor te lo pido, amor mío querido, sé sensato. No dejes que te tiente un bienestar pasajero que al día siguiente te hundirá aún más en una tristeza idiotizada. ¡Que sí, que ya lo sé! ¡Son solo un par de copas…! Pero prefiero una buena cogorza de vez en cuando que dos copas todos los días.

¿Qué te pasa, cariño mío? ¿Tan difícil te resulta la vida? ¿Es el estado de F[rancine] lo que te hace caer tan bajo? ¿Estáis solos? ¿O tenéis a más gente alrededor, gente que complica aún más lo que ya de por sí cuesta tanto sobrellevar? ¿O sientes que tu vida está humillada? ¡Ay, estoy deseando tenerte a mi lado y verte respirar tranquilo durante unos días! Ánimo, amor mío. Todo se atenuará. Sobre todo, no te crispes. Toma aliento hasta el final, no dejes que una parte de la vida te ahogue. La existencia será

más fácil para los que te rodean cuando tengas el rostro relajado de la felicidad. Sé afable y confiado. ¡Ay!, ¿qué puedo decirte? ¿Qué puedo hacer? ¡Vive! Vive como sabes vivir. Entonces los tuyos revivirán contigo. Uno no puede impedir que le lata el corazón cuando le brillan los ojos, al margen de cualquier sentimiento y cualquier situación. Eres uno de esos seres privilegiados que hechizan a todos los que se te pueden acercar con tu energía, tu juventud y tu plenitud. Solo que para eso tienes que mantenerte fuerte, joven y pleno.

Te espero, cariño mío. Te espero con una impaciencia rabiosa; te quiero con todo mi ser con esa tranquilidad que solo los dioses y quienes se les parecen por el poder del amor pueden compartir.

Hasta muy pronto, mi querido, hermoso y único amor,

M

V

Llamada telefónica de Lulu W[attier].

¡Parece que el asunto provenzal se está torciendo![406]

350 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 3 de la tarde [14 de junio de 1950]

No te escribí ayer, amor mío, para intentar liberarme algo de esta obsesión que me cierra la boca y los oídos. De hecho, no puedo escribir ahora mismo: falta demasiado poco, ya te siento, ya oigo tu voz, y entonces no tengo ya nada que decir. Así que me he pasado el día trabajando y con un buen resultado. Esta mañana he ido a ver al médico de Grasse para una radiografía: me ha encontrado en buen estado. Así es como me siento, de

hecho, y rebosante de fuerza. Y además, tu carta. Me contraría mucho lo del domingo. Ayer por la mañana, bajé a Cannes y saqué los billetes para martes y domingo. Voy a ver qué puedo hacer. Y además también me había hecho a la idea del martes. Un retraso de un día me parece insoportable (ya ves en qué punto estoy). Cogeré el avión de las once o de las doce, no lo sé, y estaré en Le Bourget a las dos o a las tres. Ya te lo concretaré. No irá nadie a esperarme. Me gustaría que fueras *tú* a recogerme con nuestro viejo chófer. ¡Será un segundo muy dulce ese en que te divise!

¡Así que estás guapa, deslumbrante! ¿Y el demonio ha sido clemente? Yo tengo la cara tostada y tersa y me leerás la alegría en los ojos; ¡será la gloria de los cuerpos! Te imagino, te saboreo con el pensamiento, esplendorosa mía, negra mía. Me estalla el corazón. No, ya no sé hablar.

Pero sabré entregarme a ti. Vamos a tener unos días hermosos y lentos, ¿verdad que sí, mi único amor?

¡Pronto! No lo puedo creer.

¿Sientes, me sientes bien? Te quiero con locura y no me queda ya ni un gramo de paciencia. Seremos reyes babilonios en su jardín colgante. Iré una noche contigo al teatro (consigna: voy a estar allí dos días), volveremos juntos y cuando estés descansada de Dora, volverás a ser mi fierecilla tierna y ardiente. ¡Ay, es como un fuerte viento que me reseca la piel! Te beso como una tormenta y también con manantiales inagotables de ternura.

A.

¿Le has dado su «regalito» a Angèle?

Jueves, 15 [de junio de 1950]

No he podido resistirme a pedirle a Labiche[407] el favor de que te hiciera llegar una nota mía. Perdóname si he hecho mal. Si quieres, no volveré a hacerlo; pero hoy, al menos, tenía que decirte una cosa.

Amor mío, por desgracia, podrás imaginarte en qué estado me encuentro estos días sin necesidad de que me entretenga contándotelo. Sin embargo, tengo miedo de que la soledad y los nervios te distorsionen un poco las ideas y es precisamente ese miedo el que me impulsa a escribirte, a pesar de todo y de todos, para que de una vez por todas sepas a qué atenerte conmigo.

Es obvio que estoy preocupada, que a menudo pierdo los nervios, que hay minutos en que me domina la angustia y paso horas enteras presa de la impaciencia, volcándome en ti, sintiendo una impotencia atroz y rebelándome salvajemente contra el mundo entero.

Es obvio que en la actualidad las vicisitudes se multiplican a un ritmo difícil de seguir y de sobrellevar. Pero lo que quiero que sepas bien es que todo esto no es nada comparado con el espantoso dolor que me desgarra las entrañas cuando pienso en ti —*dentro de ti*, mejor dicho— y me imagino el cansancio, la impotencia y la pena que sientes. No olvides eso, amor mío querido, no lo olvides ni un segundo, y ten por seguro que si de pronto me entero de que se te iluminan los ojos y sonríes, la mitad de mi pena desaparecerá y, a pesar de esta cruel separación, sonreiré contigo.

Relájate. Piensa en los días venideros. Piensa en el momento en que nos encontraremos dentro de nada. Piensa en mí entre tus brazos, consolada de todo y reconciliada otra vez con todo gracias a ti y paciente.

Te quiero.

Si necesitaras una prueba más de mi amor inquebrantable para creer en lo

que no sé decirte, aquí la tienes, cariño mío. Nada puede separarme de ti. Nada puede volver a alejarnos mutuamente. Te estoy hablando con el alma en los labios, como quizá nunca más tenga ocasión de hacerlo. Te quiero y te espero. Cuídate y vuelve a mí. Te beso con todas mis fuerzas

M.

352 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves, 4 de la tarde [16 de junio de 1950]

Tengo que empezar por decirte, cariño, que seguramente todo se solucionará para el domingo. Los dioses están con nosotros. Ayer, después de recibir tu carta y haberte contestado, bajé a Cannes a buscar a Robert [Jaussaud] y pasé por Air France. Me dijeron que habían podido reservarme plaza el martes para el avión de las doce. Me proponían el miércoles y pedí que entonces me cambiasen el billete del domingo al lunes. Me dijeron que era posible y me lo confirmarán mañana. Voy a escribir a Gallimard para decirles que no haré la promoción con la prensa hasta el viernes 23 (mientras estás en la radio) y así nosotros tendremos libre todo el tiempo. El domingo empieza esa semana regia. No puedo ya pensar en nada más.

Recibí hace un rato tu carta de ayer por la mañana. ¡La tranquilidad de los dioses! Sí, efectivamente, eso es. Y me haces feliz y me ayudas al sentirlo tan bien. Tengo la esperanza de que el trastorno sea cosa del pasado, y se pase. ¡Pobre! Te beso con las precauciones de una enfermera.

Por lo demás, no te preocupes. He querido que sepas la necesidad febril que tengo de ti. Tienes razón, por supuesto, en lo del alcohol. Pero estoy en una excelente forma física. Anímicamente, y durante todo el tiempo en que

dure esta situación, hay que dar con un equilibrio, bien lo sé. Y también sé que no puedo conseguirlo y hacer felices a los que me rodean sino con una sobreabundancia de vida, una generosidad total. Soy capaz de ello, creo, y lo lograré. Pero sería más fácil si no estuviera privado de ti. Y, por el momento, solo pienso en refugiarme a tu lado, solo estoy hambriento de nuestras alegrías, espero al miércoles para decirlo todo, y la habitación silenciosa, el jardín de nuestro amor. Llegaré resplandeciente de alegría; tú estarás allí y eres toda mi alegría. De aquí a entonces, le pido a mi trabajo todas las fuerzas que me faltan. ¡Es uno mucho más generoso cuando se ha realizado!

Cariño, dulce mía, pienso en tu terraza. Miraremos la noche de París, te amaré. ¡Sé feliz y fuerte! Recíbeme con todo el amor y la vida del mundo, te quiero tan totalmente, te necesito tanto… ¡Ay, me río de gusto al pensar en volver a ver ese rostro insustituible, lo más querido que tengo en el mundo!

Te beso, te beso, secreta mía, deslumbrante mía. Te quiero.

A.

353 — Albert Camus a María Casares

Viernes [16 de junio de 1950]

Una breve posdata a mi carta de ayer. Podré quedarme hasta el sábado por la mañana. Lo digo para que tomes tus disposiciones. Pero, en el caso de que hubieras quedado con alguien, no tiene importancia. No cambies nada.

Ha vuelto el sol. Pero el viento es frío. Me siento ocioso por no trabajar sino una o dos horas al día. Pero estoy en buena forma física. Duerme y

cuídate el hígado. Ponte guapa, solo nos separan diez días. Imploro a todo aquello en lo que creo para que no surja ningún contratiempo. No hallaré paz sino ante tu puerta.

Te quiero,

A.

354 — María Casares a Albert Camus

Viernes 16, [de junio de 1950], *mañana*

Querido amor mío:

Ayer preferí no escribirte porque pasé el día tensa y preocupada. No sé por qué motivo. Hacía un tiempo irritante y no tuve la tranquilidad habitual. Gérard Ph[ilipe] y su madre vinieron a almorzar a casa. Mano no se marchó hasta las cuatro y a las cinco y media ya estaba recibiendo a una compañera, que se quedó conmigo hasta las siete.

La función fue lo único que me relajó un poco y, al volver a casa, me leí *Romeo y Julieta* y luego *Troilo y Crésida*.

También *Antonio y Cleopatra*: «¡Oh, Carmiana! ¿Dónde piensas que esté en este instante? ¿De pie o sentado? ¿Se pasea o va a caballo? ¡Oh, caballo feliz con llevar el peso de Antonio!».[408]

Pero dejemos a un lado el día de ayer en que todo me daba miedo sin razón alguna. Solo se salva una cosa; en el estado de nervios y de angustia, de miedo y de desconfianza en el que me encontraba, lo único que permaneció firme y reconfortante fue la seguridad que tengo de ti y de nuestro amor. Temblé por la salud de todos y cada uno, por una posible guerra, por una separación forzosa, por todo y por nada; pero ni por un

segundo puse en duda lo que nos une. Solo pensé que te apenaría mucho saber que padecía ese trastorno irracional y te deseé paz y felicidad tanto como nunca me las he deseado a mí.

Esta mañana, para variar, está lloviendo y el sol se lleva consigo mis colores lozanos. Si el tiempo sigue así, irá a esperarte al aeródromo un macarrón mal lavado. ¡Qué rabia!

Acabo de recibir tu carta. Es una verdadera lástima que no puedas quedarte el domingo. Habríamos tenido un día más lleno de nosotros y solo de nosotros, eterno, sin perspectiva. ¡Qué pena! Tendría que haberte mandado un telegrama, pero me contuve al pensar que podría herir a Francine con un detalle concreto e hiriente.

En fin, amor mío querido, ¡qué se le va a hacer! ¡Compensaremos ese día perdido!

A mí tampoco se me ocurre qué más decirte. Estás demasiado cerca y dentro de mí empieza a hacerse el silencio… ¡Tan nutrido! Poco a poco, todo se viste de fiesta para recibirte. Nuestro jardín rebosa por todas partes y ya no se trata de un capullo de rosa que se abre, sino de una orgía de flores por todos los rincones. Ángeles ya no habla más que de su vajilla y en el teatro los más amables te esperan con impaciencia, porque son los únicos seres que están avisados de tu llegada (de acuerdo con lo de la consigna).

Los planes de hacer película se difuminan cada vez más. Creo que en realidad se ha cancelado, pero no sabré nada seguro hasta mañana o el lunes.

Cariño mío. Te dejo. Me callo. Me callo hasta el momento en que me acurruque en tus brazos.

Solo de pensarlo, me dan unos arrebatos que rompen todos los moldes de las palabras y las letras.

Te espero con toda la impaciencia del mundo, con un temblor prolongado que me arranca gemidos.

¡Ay, el amor! ¡Este amor que siento por ti y que se ríe! ¡Que se ríe a carcajadas!

Te espero. Te espero.

M

V

355 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 3 de la tarde [16 de junio de 1950]

Nada nuevo que decirte, querido amor mío, salvo una impaciencia en aumento; tengo la esperanza de calmarme (de hecho, sé lo que haré en cuanto las ruedas del avión toquen la pista de Le Bourget). Dentro de un rato bajo a Cannes para recoger el billete. Te escribiré mañana (y tendrás la carta el martes a más tardar) para confirmarte mi llegada el miércoles, la hora y el aeródromo. En caso de que hubiera un cambio, te pondría un telegrama. Pero estoy seguro de que todo irá bien.

Estoy en buena forma, he trabajado lo suficiente y llego completamente dispuesto a disfrutar de ti y de estos días, a vivir plenamente nuestro amor. Ponte guapa, arréglate, ponte colores claros y luce tu cara de victoria. Ha llegado la felicidad.

Estas pocas líneas solo para decirte que todo grita en mí y te llama. Y también que estoy mudo de alegría, voy a volver a verte, vas a ser mía… siempre que ocurre me parece maravilloso e increíble. ¿Te lo imaginas? Yo no lo consigo ya. La alegría me ciega también.

Cuento los días, las horas, sueño con cosas raras que ya te contaré. ¡Ay, la certidumbre de que siempre lo entiendan a uno, de que lo quieran! Si supieras la fuerza que da eso… Hasta pronto, victoria chiquita, hasta dentro de nada; te quiero con delirio, con clarividencia, con furia, con ternura. Me van a faltar brazos para rodearte y estrecharte contra mí. Quiéreme, dulce mía, pequeña mía, y deséame también, eso es bueno. Cuando recibas esta carta, solo dos días… y podré por fin ser totalmente, vertiginosamente feliz. ¡Feliz gracias a ti! ¡Ah, cuánto me gusta la vida!

A.

356 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 3 de la tarde [17 de junio de 1950]

Todo está arreglado, cariño. Tengo el billete en el bolsillo. Saldré el miércoles a las nueve y diez de la mañana. La vuelta es para el lunes a las doce y media. El miércoles llegaré *a Le Bourget a eso de las doce* (del mediodía). Efectivamente, el avión sale temprano justo ese día y así habremos ganado unas cuantas horas. Tendrás esta carta el martes como muy tarde. Por tanto, si no recibes nada más, quedamos definitivamente en que nos encontramos en Le Bourget el miércoles a mediodía. Escribir esto equivale a gritar de alegría.

Solo me preocupa una cosa. No he tenido carta tuya hoy. Ayer tampoco, lo que era normal. Mañana es domingo y no sabré nada de ti hasta el lunes. Me he preguntado si no estarías enferma y si tu trastorno del otro día no habría empeorado. Pero me he dicho que incluso enferma, sobre todo

enferma, habrías hecho que me enviasen una nota. Así que me paso el tiempo riñéndome por tanta exigencia. Dos días sin escribir no son nada después de tantas cartas. Y cuando el día del encuentro se acerca ya sé que se vuelve imposible hablar. Pero uno es como es y estoy preocupado pese a todo, algo frustrado también. Mañana va a ser un día muy largo.

Me pasa también que vi ayer a mi médico, que me entregaba la radiografía. Y, como siempre, salgo triste, incluso cuando no hay nada alarmante. Sus consejos de prudencia me agobian un poco. Sé de sobra que tengo que estar separado de las únicas cosas que quiero, el mar, el sol. Pero resulta duro. Amor mío querido, ahora es por ti, a través de ti, como toco esas verdades naturales. Eres mi naturaleza. ¡Ay, te necesito tanto que temo ser una carga a fuerza de necesitarte!

Pero todo se borra cuando pienso en el miércoles. Es de verdad la alegría más completa, más maravillosa que he conocido. Ojalá, ojalá que no estés enferma. Entre toda esa gente, en todo el aeródromo, solo veré una cosa, tu rostro, y sabré que todo va bien. Pero todo va a ir bien, ¿verdad? ¿Estás guapa, deslumbrante, deseante, enamorada? ¿Me esperas como te espero yo?

¡Cariño!

Esta carta es la última que vas a recibir; otra larga temporada de ausencia y de luchas de la que nuestro amor sale victorioso. Todo va a ser más fácil y a ir más deprisa ahora. Al menos quiero expresarte aquí mi gratitud, mi corazón emocionado por el don que me has concedido, la fidelidad de tu amor, la amistad y la ternura que me proporcionas, también. Sí, gracias, amor mío querido, por hacerme vivir y revivir todos los días. Para mí, el amor que te tengo no ha dejado de hacerse más rico y más hondo. Ahora sé hasta qué punto nos pertenecemos mutuamente y que eres lo que tenía que corresponderme en este mundo, y de lo que no voy a volver a carecer

nunca, de la misma forma que soy también la parte que te corresponde y de la que nunca carecerás. Pero aquí están los días de alegría después de los de prueba. Seremos fieles también a la alegría, ¿verdad, mi único, mi hermoso amor? ¡Hasta mañana, victoria chiquita! Beso tu dulce boca, el rostro que amo, estoy literalmente temblando de impaciencia

A.

357 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 6 de la tarde [17 de junio de 1950]

¡Qué alivio, niña mía! Después de haber terminado mi carta no conseguía hallar la paz. Me decía que estabas enferma. Así que probé suerte, y te tuve, a ti, a tu hermosa voz, chorreando al otro extremo de la línea. Bueno, estás contenta, fuerte, feliz. Ya ves lo tonto que soy, me alarmo por nada. Pero te quiero tanto… ¡Y me preguntabas si estaba contento! ¡Miércoles! ¡A mediodía! Lloraría de tan trastornado como estoy al pensar en volver a verte. Así que ahora se acabó. Pronto estaré tendido en tu calor. Llegará el olvido, la paz, el sueño feliz. Hasta mañana, felicidad mía, hasta mañana. Beso tu costado tibio, soy ya feliz por la alegría que vamos a paladear… Beso tus hombros negros, tu cuello que se brinda. Te quiero, ¿oyes?, y de propina estoy enamorado de ti, con delirio. Oigo ya tu voz grave: «Amor mío, amor mío… », sí, vuelve a repetir esas palabras. ¡Ay, que llegue pronto el miércoles…!

A.

Martes [27 de junio de 1950] *por la mañana*

Querido amor mío:

Esta mañana tengo que darme prisa, antes de las doce, en ponerte al tanto de las noticias que recibí ayer sobre el verano y mis planes.

El estado en el que me encontraba no me ha permitido hasta esta mañana hacer nada que no fuera ponerme dramática.

Después de una buena noche de sueño pesado, aquí me tienes por fin dispuesta a proponer. Para que tú, el porvenir, los acontecimientos, todos los que nos rodean, cerca o lejos, y los dioses, dispongan.

Lulu Wattier me telefoneó ayer. [Darbon], el probable distribuidor de la película de Rouquier, tuvo que irse precipitadamente de Francia a España, dejando colgados todos sus negocios. Así que es casi seguro que este verano no rodaré y si, por casualidad, lo hiciera, no empezaría a trabajar hasta mediados de agosto.

Por otra parte, Wattier está haciendo gestiones para conseguirme una película en el mes de septiembre y me anima muy en serio a dejar París y mi oficio, y hacer reposo completo, si puedo, hasta entonces. Mientras tanto ella se encargaría de preparar la vuelta y de llevar a buen puerto un proyecto que la apasiona —en el que yo no tengo nada que ver— y que es rodar *El extranjero*, con Renoir como director.[409]

Esto para el verano.

De aquí al 20 de julio, aún tengo dudas sobre qué hacer con mis huesos.

Si en la radio o la televisión no me necesitan, probablemente me vaya a Gironde, a pasar ocho días en casa de Pierre Reynal; pero un viaje tan largo para una estancia tan corta se me hace muy cuesta arriba.

Anoche, después de un día en el que reinó la angustia, la función de *Los justos* me soltó un poco. Actué muy bien, creo, y el público, numeroso, respondió bien. Entre bastidores la psicosis bélica crecía a medida que avanzaba la representación y se oían por todas partes risas sobrexcitadas, temores mal reprimidos y un pánico larvado.

Esta mañana me abalancé sobre el *Combat* y ahora estoy un poco más calmada. Creo que el mes de julio puede transcurrir sin demasiados daños y después… después puede que esté a tu lado de una forma u otra.

Me tiene un poco preocupada la falta de trabajo y pronto llegará un momento en el que habré de apoyarme en ti. Si nuestros planes se realizan, no sé cómo voy a conseguir quedarme contigo hasta el final de tu estancia. Procura no emocionarte y elegir un sitio baratito.

Pero lo que de verdad me tiene sin aliento y con el corazón encogido eres tú y tu estado febril y anímico. Estoy ávida por saber de ti y nunca el estar separados me había costado y soliviantado tanto.

¡Ay!, cuánto me gustaría saber que estás confiado y victorioso.

Cariño. Amor mío querido. No sé qué decirte, no sé cómo estás y me desespera esta impotencia en la que me hallo. Aún quedan dos días eternos de espera, otros dos días eternos preguntándome si puedo o no puedo respirar.

Dos palabras, amor mío. Dos palabras, pronto, para que pueda vivir. Me siento muy frágil lejos de ti.

M.

V

Te has dejado aquí la guía italiana. ¿Quieres que te la envíe?

359 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[410]

Martes, 3 de la tarde [27 de junio de 1950]

Querido amor mío:

Estoy en la cama, naturalmente. Pero estoy algo mejor. Ayer en el avión tuve un momento de euforia debido a la Corydrane. Pero luego me empezó a subir la fiebre. Al llegar, estaba más bien hecho polvo. Tuve que conducir hasta Cabris. Y me acosté. Por la noche, casi 39º. Me he pasado la noche soltando en las sábanas toneladas de sudor. Esta mañana, 37,3º. A mediodía, 37,5º. Así que la mejoría es evidente. He pedido que llamasen por teléfono a Ménétrier, que dice que no es en absoluto una reacción a las medicinas que me ha mandado y prescribe que siga con el tratamiento pese a la fiebre.

Toca esperar. Quería telegrafiarte hoy, pero es más prudente que no salga de la cama. No te preocupes por nada. Ahora todo irá bien. Debe de tratarse de cualquier intoxicación.

No tengo sino un pensamiento: tú, tu hermoso rostro en el momento en que iba hacia el autocar. Tenía el corazón triste, pero henchido de amor. Estos días, aunque no haya estado en forma, han sido muy dulces y muy felices. ¡Gracias, niña mía, amada mía! No te centres en esta fiebre. Yo tengo la confianza más absoluta en un porvenir bueno. Saldré de todo esto, lo sé. Y nuestra vida, nuestro amor irán aún a más.

Vamos, orgullosa mía, sé hermosa, mantente bien erguida, y vive lo más que puedas. Mi única tristeza es no estar cerca de ti. Pero eso acabará. Te beso. Perdóname por haber estado tan aplanado la mañana en que me iba. Tengo más coraje del que parece, ¿sabes? Y mis tristezas solo tienen que ver con nuestro amor. Pero han existido estos días, la dulce pereza del amor,

habrá otros. Ánimo, orgullosa mía. Te quiero. No dejo de quererte ni de echarte de menos

A.

360 — María Casares a Albert Camus

Martes [27 de junio de 1950] *por la noche*

Esta mañana, cuando terminé de escribirte, me pregunté qué iba a hacer en todo el día y miré fuera. Un cielo gris, cargado y amenazante me devolvió a la cama.

Intenté leer, pero no pude. Insistí, cambié de lectura, pero tuve que renunciar.

Giré el botón de la radio. Noticias. Escuché, tensa, tan atenta a qué significaba cada frase que me costó mucho entender por fin el contenido en su conjunto. Lo conseguí.

Llegó Ángeles contando chismorreos del barrio, con mirada fija e interrogante, los nervios de punta, despotricando contra el tiempo, el mundo, la vida, los seres y los dioses.

Y otra vez empecé a sentir la atroz angustia.

Tirada en la cama, crispada, apretada, temblorosa; obsesionada con recuerdos que se lanzaban a mi alrededor con vida y nuevos bríos, vi pasar las horas delante de las flores y el cuadrado de cielo de la ventana y, a medida que avanzaba el día, pude ver cómo se exorbitaba el mundo delante de mí.

Algo sabes ya de las cosas alucinantes que se le ocurren a mi imaginación desbocada cuando se pone trágica, lo que nunca podrás

sospechar es el poderoso horror que encontré esta tarde para aderezar un futuro que de repente se me antojaba inevitable.

Solo puedo comparar el día de hoy con la noche que pasé en casa de la secretaria de mi padre en Madrid, cuando me sacaron del Ministerio de la Guerra y me separaron de mis padres para protegerme de los peligros que amenazaban. Entonces, durante unas horas eternas y negras sin dormir, oí los tanques, los aviones, las ametralladoras, las bombas, la caballería. Ahora veo y oigo los gritos de la gente que chilla. No tengo a nadie cerca para hacerme entrar en razón. Haría falta mucha autoridad y mucho tacto para conducirme a regiones más sensatas, a enfoques más justos. Yo sola, entre todos los que me tocan y están junto a mí, aún puedo esforzarme por volver a la realidad, pero es como si todos los temores, los espantos, los dolores pasados, que hasta ahora estaban agazapados en un rincón secreto, se hubieran dado cita para asaltarme hoy y aniquilar mi razón y mi energía.

Así y todo he intentado reaccionar. Como no podía salir, quise estar ocupada.

A las cuatro llegó Pierre R[eynal] y me metí de lleno en sus proyectos desordenados; con saña y sin convicción.

Luego, en el teatro, puse la vida entera al servicio de Dora. «¡Bravo Casarès!» gritaba una voz ahogada al final de la función, en la sala. Hébertot me presentó a algunos delegados suecos, ingleses, alemanes, pero entre bastidores reinaba el pánico. Solo se hablaba de los sucesos, rehuyéndolos constantemente y volviendo a ellos sin parar; las miradas estaban fijas y vueltas hacia el fuero interno, las caras demacradas; llovían las bromas de doble filo y, al menor ruido, todos se sobresaltaban. Hablaban del futuro con reservas y se reían mucho y con precipitación. Me reencontré con emoción, amor y espanto con los hermosos rostros desnudos de los

hombres en ese camerinito donde nos apretujábamos, solos, aunque juntos, desgarrados entre la amistad y el egoísmo.

Volví a casa. Aún me estoy peleando con mi ignorancia de las cosas de este mundo demasiado áspero para mí sola y esforzándome por calmarme y apartar mis inclinaciones catastrofistas.

Te siento lejos. Un mes de presencia constante, a pesar de la distancia que nos separaba, me ha malacostumbrado. Me estampo a cada instante contra esa pared que se alza entre nosotros y que nos aleja a uno de otro más que todas las fronteras. Te imagino cansado, puede que triste, preocupado también, y me ahogo de impotencia y de pena.

Ya me han despojado de todo. ¡Solo me quedas tú! ¡No quiero que te arranquen de mí! ¡No quiero perderte! ¡No quiero! Mejor sería morirme ahora mismo.

Miércoles [28 de junio de 1950] *por la mañana*

Querido amor mío:

Anoche me paré en seco porque me di cuenta un poco tarde del tono de mi carta. Ahora, cuando me abandonan los ánimos, ya no encuentro nada a lo que sujetarme y me derrumbo por completo. Las noches se vuelven entonces interminables hasta el momento en que mi buen sueño animal me vence por fin.

Que no te preocupe. A pesar de mi buena pinta, no cabe duda de que sigo necesitando descansar. Es normal; todos mis trastornos nerviosos no podían liquidarse con unas cuantas ampollas y dos o tres sesiones de sol en la terraza. Esta mañana todavía me siento frágil y estoy temblando un poco por el efecto que las noticias van a tener sobre mi razón…

¡El teléfono! ¡Tu voz clara y rápida! ¡Ya no tienes fiebre! ¡Al menos, es

cierto! ¡Ay, amor mío, estoy respirando a pleno pulmón!

Por la tarde, a las 7 [28 de junio de 1950]

Casi me da vergüenza confesar que he pasado un día tranquilo y feliz. Vivir así por un solo ser empieza a resultar censurable. Mientras estaba tumbada en la terraza, pensaba en todas esas cosas. Todavía estaba preocupada por el futuro que le espera al mundo. Todavía tenía en el corazón una gran piedad por los que sufren al otro lado del mundo y me alegró comprobar que el egoísmo aún no me había engullido del todo.

Pero la angustia profunda e intolerable había desaparecido y podía mirar de nuevo las flores y el cielo sin reproches ni remordimientos.

Jueves [29 de junio de 1950], *diez de la mañana*

Anoche fui con Pommier a un *music-hall*. Queríamos pasar la velada en el Concert Mayol, pero como tocaba descanso semanal nos llegamos hasta L'Étoile. Vimos *Étoile au nu*. ¡Qué horror! Qué cosa más tonta, vulgar, obscena, sucia y triste. Seis mujeres desnudas, de rostro pesadillesco y sonrisa eterna, se paseaban por el escenario, denudas, grises, moradas, cuellicortas, llenas de cardenales, con ombligos desolados y arrastrando unas pobres mantillas muertas de pena. Los *sketches* eran anodinos, burdos, paletos. Solo había un número un poco original, horriblemente perturbador. Un hombre, vestido medio de hombre, medio de mujer, que bailaba consigo mismo, se hablaba, se acariciaba, se peleaba y por último se violaba, con sacudidas espantosas que los pocos espectadores que había en la sala recibían con tremendas carcajadas.

Aun así, quise que me gustara y, para ello, entenderlo. Hice acopio de

toda mi inteligencia y de mi indulgencia más sutil. Las únicas que se ganaron una especie de simpatía en mi corazón fueron las mujeres desnudas. Se las veía tan pobres y a la que se presentaba de espaldas, con las nalgas pálidas metidas en un cuadrado negro («La cuadratura del círculo»)… ¡tan humillada!

Una señora mayor —puede que de provincias— no paraba de soltar risotadas en un palco mientras yo trataba de comprender su existencia y sus vivencias.

Al salir, nos paramos a beber una cerveza en la terraza de un bar sudorosa de gente, de luces de neón y de fealdad. Pero ¿por qué la gente es tan horrenda en este país de L'Étoile? ¿Tan horrenda, tan desprovista?

Anduvimos y anduvimos… Un poco de aire. Para volver a casa, cogimos un coche de caballos que nos condujo por las calles silenciosas y desiertas hasta aquí.

Hacía una noche preciosa y me sentía la reina del mundo. París siempre me pertenece, desde lo alto de un coche de caballos, y anoche el cielo también era mío.

Pommier subió a casa conmigo y nos tumbamos los dos en la terraza, al aire libre, encima de mi piel de leopardo. Hacía bueno. Las flores olían mucho y por encima… el cielo.

A las dos, Jean se marchó. Me desnudé y una vez en la cama, me dormí con un buen sueño de animal.

Esta mañana, al despertarme, he recibido tu carta.

Creo, en efecto, que tu fiebre se debe a otra cosa que no es la evolución de la que hablabas, pero no se me ocurre qué ha podido intoxicarte tanto a ti y dejarme a mí fresca como una lechuga… También es verdad que para envenenarme a mí creo que harían falta toneladas de arsénico.

Bueno, amor mío querido… Te dejo. Espero noticias tuyas más

detalladas y la esperadísima confirmación de que ha terminado el breve ataque de calentura.

Fuera me están esperando el calor de verdad y el sol; a falta de algo mejor, me entregaré a ellos para que me hagan pasar un día radiante.

Hoy te quiero por completo, en redondo. Nada destaca y el cariño, el deseo, la gratitud, la alegría, la añoranza (¡ay!, sí, ¡te añoro!) y la confianza se equilibran y se balancean en un amor sin fin.

Trabaja en cuanto puedas hacerlo. Trabaja bien. Escribe poco o nada, si no te apetece. Solo dime la mínima cosa que pueda afectarte a la salud.

Te quiero

M

V

361 — Albert Camus a María Casares[411]

28 de junio de 1950

MUCHO MEJOR TODO IRÁ BIEN CARIÑOS. ALBERT

362 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 11 de la mañana [29 de junio de 1950]

Querido amor mío:

Ya deben de haberte tranquilizado mi carta y mi llamada. Me encuentro bien del todo, un poco cansado a última hora de la tarde, y nada más.

Cuando haga menos calor (porque hace muchísimo calor), bajaré a Grasse a hacerme toda una serie de reconocimientos. De aquí a entonces, al tratamiento de Ménétrier, le habrá dado tiempo a hacerme algún efecto. En cuanto a los ánimos, tranquila, no estoy ni pizca de decidido a dejarme morir.

No caigas tampoco en la psicosis bélica. Van a localizar el cáncer, en mi opinión. Y luego, o esperarán una nueva oportunidad o se decidirán a encontrar un arreglo inteligente. Pero no hay que perder la esperanza. Por lo demás pienso en las disposiciones que hay que tomar y ya te hablaré de ellas.

Qué bien que estés libre hasta septiembre. De momento, no puedo decirte nada concreto. Pero, para que no te pille desprevenida, ocúpate *ya* de tener el pasaporte o el visado para Italia. Yo me ocupo de los demás trámites. Pregunta si puedes llevar liras y dinero francés. Me hace dichoso que pienses en contar con mi apoyo. Para qué vas a preocuparte. No tenemos sino unos bienes únicos para los dos. ¿Viviremos? Y además volverás a hacer películas y teatro. En cambio, espero haber entendido mal eso que dices de elegir una estancia barata. Vas a ser mi invitada, ¿no? Pues entonces…

Ay, cariño, este último día fue muy febril. Pero los otros me han dejado un sabor a miel. ¡Voy a trabajar, a olvidar, a curarme, no temas nada! ¡Mi amor está a tu lado, intacto, entero! ¡Rostro querido! ¡Cuánto agradecimiento! Te dejo, pero volveré contigo esta tarde.

4 de la tarde. Nada nuevo. Hace un calor de muerte, pero, ¿será una ilusión?, me parece que me están volviendo las fuerzas. A mediodía tuve hambre por primera vez desde hace casi un mes.

Que no se te olvide lo del pasaporte. Eso no quiere decir que vayamos a

ir a Italia. Pero, si vamos, todo estará listo. ¡Ay, sería maravilloso!

Mientras tanto, cuídate, ponte guapa y vive cuanto puedas. No estarás sola en ninguna parte. Ahí estaré, con lo más firme de mi amor. Pienso en ti. Te quiero.

Ahora voy a ponerme a trabajar. No me dejes. Pienso en ti, tersa y morena. Te beso como lo hacía, sin tregua.

Quédate con la guía.

363 — Albert Camus a María Casares

Viernes, *5 de la tarde* [30 de junio de 1950]

Querido amor mío:

Hice bien en llamarte si me atengo a las primeras páginas de tu carta recibida hoy. Hay motivos, por lo demás, y la verdad es que no necesitábamos para nada este acompañamiento de bombas y de cañones. Pero, una vez más, no me da la impresión de que se trate de la crisis decisiva. Hay que vivir y no ceder al pánico.

Ahora mismo, me siento bien del todo. El miércoles iré a que me hagan los reconocimientos oportunos. Pero me parece que el cobre y el manganeso me funcionan. He empezado a trabajar un poco. Sueño con enfrascarme por completo en mi trabajo, cosa que hace mucho que no me sucede. A lo mejor lo consigo. En tal caso, efectivamente, te escribiré menos. Pero sabrás que tienes mi amor cerca de ti.

En resumidas cuentas, todo iría bien si no me preocupase F[rancine]. Pero lo único que puede hacerse, en este caso, es esperar.

¡Afortunado Pommier, que comparte la piel de lagarto (sic), la terraza y el cielo de París! En mi caso, mi cuarto es triste y no tengo coche de caballos. Menos mal que tengo memoria y esos días que fueron uno solo me acompañan, me ayudan a quedarme dormido, dulcifican mis despertares. Te he amado, te he amado locamente durante esos días, y la fiebre me impedía a veces decirte hasta qué punto. Pero mi corazón lo sabe.

Ahora deséame que trabaje. Querría haber acabado con esto. Y luego curarme. Y notarme nuevo, virgen de todo. E ir hacia ti. Seguro que ocurrirá. Ánimo, querida mía, hermoso amor mío, las flores de tu cuarto me rondan continuamente. Suben, bajan, giran. ¡Ay, cuánto querría volver a naufragar en ti! Escribe tú. Quiéreme como sabes. Te beso largo y tendido. Ya te estoy esperando A.

364 — María Casares a Albert Camus

Sábado 30 por la mañana [1 de julio de 1950]

Acabo de recibir tu carta del jueves, cariño mío, y en efecto he creído ver en ella a un ser renovado. ¡Ojalá que no nos equivoquemos y que estemos ya en la pendiente que lleva al mar!

No te preocupes por mí. La psicosis bélica se está disipando un poco en París y, de todas formas, cuando reina, acabo sintiéndome como pez en el agua. La paz quizá sería lo único que podría dejarme atónita y cortada, pero lo cierto es que creo que ese es un estado que nunca tendré la dicha de conocer. Obviamente, tampoco es que esté como unas pascuas; todos estos acontecimientos suponen una vida nueva y dolorosa para otros, enterrados ya más de doce veces, y a veces me puede el hastío: un hastío infinito; pero

el pánico ya ha pasado, la reacción aún está ahí para espabilarme una y otra vez, y, con calma, me dispongo a instalarme de nuevo en la provisionalidad, el horror y las proximidades de la catástrofe. A ello le dedico todas mis fuerzas de vida y de felicidad. Lo único que ya no encuentro es, desgraciadamente, la mayor y la más eficaz, la que da el egoísmo. Así es como me doy cuenta, una vez más, de que he envejecido.

Como dices tan acertadamente, vale más que preparemos nuestro viaje a Italia, aunque no vayamos a hacerlo, en esencial por la situación en la que me encuentro. No tengo pasaporte, pero hoy mismo he telefoneado a Cimura,[412] por donde me voy a pasar el martes, para que Monette me prepare uno de esos «salvoconductos» en toda regla que tan bien conozco. La felicidad que me proporcionaría un proyecto así, si le pusiera fe, es tan grande que no me atrevo a aceptarlo como factible para no hundirme con él si acaba desmoronándose. ¡Un mes contigo! ¡Solos! ¡Libres! Ay, cariño mío…

Espero con una impaciencia desordenada los resultados de los reconocimientos, etc., que tienen que hacerte, pero creo que, en efecto, es razonable esperar unos días para presentarte en el médico repuesto del ataque y familiarizado ya con el «tratamiento Ménétrier».

¿Sigues pensando en venir a París sobre el 20? ¿Estás trabajando? ¿Eres feliz?

Desde que te marchaste te siento muy lejos, separado de mí; pero no me hace desgraciada y le descubro encantos nuevos a la independencia que me da ese sentimiento. Nuestros lazos se han aflojado, alargado, distendido, pero aún tengo en pleno vientre el recuerdo del peso muerto de tu pierna y, aunque se hayan interpuesto fronteras entre nosotros, existe una parte es únicamente nuestra.

Esta noche será un poco melancólica. La última representación de *Los*

justos.[413] Ayer me entró la nostalgia durante todo el quinto acto; hoy va a ser difícil. Esta obra la han marcado demasiadas cosas y es la primera vez que tendré que llorar en la «última» yo sola. ¡Ay, amor mío, cuánto añoro a mi padre! ¡Añoro tanto a mis dos seres queridos! No se habrían muerto tan pronto de haber sabido cuánto… ¡No! ¡Se acabó! Ayúdame esta noche a soportar esta nueva despedida. Abrázame y caliéntame con la única ternura, con el único amor que tengo en el mundo. Los justos vendrán luego a casa y, después, me quedará Ángeles, la buena de Ángeles.

Pero tú, ¡tú!, no me olvides ni un minuto esta noche. Acompáñame como sabes hacerlo. Siempre he considerado las «últimas» como muertes pequeñitas y esta supone para mí una despedida de muchas cosas.

Te quiero, amor mío querido. Déjame descansar en ti hasta el final

M
V

¡Trabaja! Trabaja mucho, estate tranquilo y sé feliz.

365 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[414]

1 de julio de 1950

GRATITUD Y CARIÑO A MI DORA ESTA NOCHE. ALBERT.

366 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo, 5 de la tarde [2 de julio de 1950]

Querido amor mío:

La casa está caliente y solitaria, todo el mundo se ha ido a la playa, y aún no tengo ganas de ponerme a trabajar. A decir verdad, no tengo más pensamiento ni más deseo que tú, tu risa, tu hermoso rostro de sol, tu cuerpo que cede. Así que vengo aquí, a tu lado, a engañar un poco el hambre.

Estoy casi bien. Casi, porque de vez en cuando me vuelve un poco de fiebre. Pero no es frecuente, y en cualquier caso ya no es a diario. El miércoles tendré más información. Todo esto me tiene algo preocupado, pero a pesar de todo trabajo y olvido. Lo único que no puedo olvidar es este vacío en mí, tu ausencia. Anoche estaba espantosamente triste. Por la tarde había recibido tu telegrama, justo después de haberte enviado el mío. Era bueno notarte a mi lado, cargada de los mismos pensamientos. Pero por la noche, en la cama (¡qué fea es esta habitación!) pensaba en ti, habría querido estar allí, en mi lugar, cerca de ti. Habríamos cogido un coche de caballos y circulado por la noche calurosa. Y la tristeza de esta velada se habría vuelto dulce y buena entre nosotros, se habría convertido en ternura; te habría tenido abrazada hasta el final, hasta la noche más honda, la de los cuerpos. Pero qué va, estaba aquí como un tonto, y desdichado. Tardé en dormirme. Esta mañana tampoco estaba alegre, pero me sentía con más ánimos.

¿Dónde estás ahora mismo? Estos días sin ti no tienen mucho sentido que digamos. Si en los reconocimientos de esta semana no se ve nada alarmante, me gustaría mucho irme antes. Pero vale más esperar antes de decidir lo que sea. ¡Ay! ¿No estás cansada de tantos obstáculos? ¿No vas a dejar de quererme? Cuando se me pasa esa idea por la cabeza, lo veo todo

turbio. Pero sé que soy tonto. Es la ausencia. A tu lado, vivo ya en una maravillosa confianza. Siento tu amor continuamente, como se siente la lluvia. Y soy feliz, tan feliz que ya no sé decirte gracias.

Tengo la esperanza de recibir carta tuya mañana. Tengo la esperanza de tenerte pronto, siempre. Tengo esperanza, tengo esperanza, espero… ¡Ay, se me hace un nudo en la garganta de tantas esperas, de tantas luchas! Ya no las quiero, ya solo quiero la felicidad, disfrutar de ti, el amor desenfrenado, la ternura sin límites. Escribe. Ámame. No olvides a tu amigo, que te quiere y te admira.

Hasta pronto, amada mía, enamorada mía. Beso tu boca de verano, el hermoso cuerpo de mis noches. Beso tu corazón, que echo de menos.

A.

367 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 11 de la mañana [4 de julio de 1950]

Amor mío, niña mía:

Tu carta del sábado, recibida ayer, me ha hecho feliz y a la vez me ha puesto triste. Ahora ya debes saber lo cerca que estaba de ti el sábado por la noche. Pero ¿por qué me sentías lejos y separado? ¿Por qué ese muro que imaginas que nos separa, esas fronteras? ¿Qué quieres decir? No, nuestros lazos no se han aflojado. Te llevo en mí, estrechamente abrazada. Me esfuerzo en trabajar, supone desviarme algo de ti, pero, en la medida en que lo consigo, se lo debo precisamente a esa certeza que tengo de ti; a la seguridad de nuestro matrimonio (perdóname, cariño, por emplear esta

palabra, es la única indicada). A lo mejor te has quedado con la impresión de esa distracción que me entraba a veces cuando notaba que me estaba subiendo la fiebre. Pero esta enfermedad no me afecta sino en la medida en que me impone una servidumbre, en que me impide estar cerca de ti. Y pasará, mientras que mi amor no pasará. Sé también todo de lo que careces y la espantosa pérdida que tuviste. Pero de mi ternura y de mi amor no carecerás. Descansa en ellos, en mí; y, en lo demás vive lo mejor que puedas, valerosa mía, amada mía.

Trabajo; poco, pero con bastante regularidad. Estoy bien. Me parece que las crisis leves se van espaciando cada vez más. Mi médico no va a estar el miércoles. No me queda más remedio que esperar al viernes. Y aquí hace calor, demasiado calor. Creo, si nos vamos a ir juntos, que no debemos demorarnos demasiado en París y debemos irnos lo antes posible. Me palpita el corazón cuando lo pienso. Pero hay que esperar. Si lo de Italia no funcionase, he pensado en los Vosgos. ¿Sabes de algo que esté a mil metros? O, a lo mejor, Pierre R[eynal] sabe de algún sitio.

Me habría gustado mucho recibir carta tuya a mediodía. Pero no es probable. Cuéntame tus días. Vuelve a vivir a mi lado. Las noches pesan. También está aquí el deseo. ¿Te acuerdas de aquel primer día de mi llegada, cuando no podíamos comer, con un nudo de deseo en la garganta? Pero descarto con obstinación esas imágenes. Bastante difícil está ya aquí la vida. Qué dolorosa es esta separación, niña mía.

¿Estás guapa, morena, deslumbrante? ¿Me esperas? ¿No sufres demasiado con los «encantos de la independencia»? El tiempo pasa, amor mío, volveremos a reunirnos. ¡Ay, no digas que estamos separados, nunca te has separado de mí! Te quiero y te espero, beso tu boca, toda tu maravillosa cara. Hasta pronto.

A.

Adjunto el cheque para Michel Bouquet.

4 de la tarde. No ha habido carta, como me esperaba. Intento imaginarte. Los días de ausencia son muy largos. ¡Cómo serían si dudase de tu amor! Pero no, duermo en ti, descanso en nosotros. Te quiero.

Hace un rato estaba leyendo un libro. El protagonista tiene cincuenta años. Está en la guerra y piensa en la mujer a la que ama: «Todo cuanto tenía que ver con Xenia y con él no envejecía. Las aventuras habían roto como olas contra aquel amor, sin arrebatarle nada».[415] Sí, eso es. Entre algunas personas, todo rompe como una ola contra la fiebre del amor. Ánimo, cariño. Nuestros días vuelven. Escríbeme, por favor. Piensa en los días largos, en la vida tan dura sin ti. Te beso, apasionadamente.

A.

368 — María Casares a Albert Camus

Miércoles 5 [de julio de 1950]

Me acuesto y me levanto siempre con una idea fija. Estoy ansiosa por saber los resultados de los reconocimientos del médico y nada puede distraerme de esa angustia. Esas décimas que no quieren dejarte y que te cansan me tienen inquieta y no podré volver a mi ser hasta que me entere del veredicto. Por desgracia, si el correo funciona con normalidad, no lo sabré hasta pasado mañana. Así que habrá que armarse de paciencia, que ya empieza a faltarme.

Tu carta del domingo me dejó preocupada. Olía a mala noche y a mañana

desconsolada, y solo de pensar que no puedo aportarte nada en esas horas, me vuelvo loca.

Por otra parte, todo se confabula para prolongar un malestar que llevo a cuestas últimamente. El tiempo tormentoso, los periódicos, los nervios de punta de París, las noticias poco alentadoras sobre el estado de F[rancine], tu fiebre y las espantosas vacaciones que estoy pasando, acaban con mi resistencia. Lo único que podría sostenerme sería nuestro próximo encuentro y no sé por qué me parece lejano y borroso.

Por otra parte, el final de *Los justos* ha marcado para mí el final de un esfuerzo, de una tensión que duraba desde hace varios meses, y me encuentro con que tengo las tardes vacías y no sé qué hacer con ellas. Ya no puedo leer, el sol me cansa y la gente me crispa. Es una especie de desastre en miniatura —bastante normal, por cierto— que no tenía previsto.

Aun así, intento reaccionar y no dejar que pueda conmigo. Salgo. Me muevo. Celebré la última representación como es debido durante toda la noche y al día siguiente. Me paseo por París. Fui a pasar una velada a Le Lapin Agile, del que tuve que salir a toda prisa para no morirme. (¡Tú, con tu claustrofobia, estarías allí en tu elemento!). He ido al cine. He comido en el campo con Dolo, que está muy muy triste ahora mismo.

He invitado a gente a almorzar o a cenar a casa. Lo he anulado. Los he vuelto a invitar.

No; de verdad; no se puede hacer más; y, sin embargo, ahí sigue el malestar obsesivo y ya no sé cómo quitármelo de encima.

¡Ay, amor mío querido, cuánto te echo de menos ahora que ya no puedo encontrarme contigo de noche, a través de Dora! ¡Qué fácil me resultaría todo a tu lado y con cuánta alegría esperaría el final si pudiera hacerlo contigo! Los días van pasando y la angustia crece y, por mucho que me diga que un minuto o un año son lo mismo, que el tiempo no significa nada, ya

no hay nada que pueda darme paz, aparte de ti. Estoy harta de vivir todo el rato en el pasado o en el futuro y tengo sed de esos instantes que me das en los que vivo el momento presente y eterno. Tengo sed de ser feliz ante tus ojos maravillados.

Perdóname, amor mío. Quería escribirte hoy sin falta y tendría que haber esperado a estar más tranquila y más paciente.

Vuelve a mí. No me olvides. Esta mañana no puedo contarte nada. No me salen las palabras o las ideas. Solo cuenta una cosa: los resultados de los reconocimientos médicos. Cuando los sepa, a lo mejor por fin podré relajarme.

Trabaja bien. Dame noticias de F[rancine]. Ánimo, cariño mío. Te quiero y te espero con impaciencia

M

V

369 — María Casares a Albert Camus

Miércoles [5 de julio de 1950] *por la tarde*

Está lloviendo. Orvallando…

Ahora que lo sé, en cierto modo estoy más tranquila y la profunda angustia que llevaba a cuestas desde hace dos días ha desaparecido por ensalmo hace un rato, después de tu llamada telefónica; pero los nervios aún se resienten de las últimas pruebas y de la mala noche que acabo de pasar.

Por otra parte, mis facultades intelectuales disminuyen día tras día y, con ellas, una visión clara del mundo y de los acontecimientos. Este

atontamiento progresivo limita considerablemente mis horizontes —ya no puedo leer ni distraerme de ninguna forma— y contribuye peligrosamente a que me obsesione con algunos aspectos delicados de la existencia que acaparan toda mi atención sin por ello despertarme la inteligencia. Si tuviera que describirme por dentro, me detendría en la boca abierta y pasmada, la mirada aguda y fija, la frente baja y huidiza, y el cuerpo flojo y fofo:

[*dibujo*]

Por fuera, parece que soy yo y la gente se queda extasiada con mi buena cara y mi belleza. «Morena y de buen tipo», como decía el otro.

Hago cosas, me muevo, quedo, invito, desquedo… sin convicción.

Me paso los días enteros en la estación, esperando a que llegue el tren; una sensación familiar y dolorosa.

Pero no hay que preocuparse por este estado. Es normal que, después de siete meses de funciones cotidianas y mucho tiempo de trabajo pesado, estas repentinas vacaciones me pillen desarmada. Hay que esperar pacientemente unos días más; la reaclimatación [*sic*] hará su efecto y pronto recuperaré mi equilibrio en esta vida sin obligaciones.

Jueves [6 de julio de 1950] *muy temprano*

Ayer por la tarde me puse cómoda y empecé esta carta que iba a ser larga y detallada para contarte los últimos días minuciosamente. Pero ¡ay! Pensé que podría superar el atontamiento en el que me encontraba y coordinar las ideas. Rompí una página tras otra, volví a empezar, me enfadé, despotriqué y, al final, renuncié. Nunca había alcanzado tan alto nivel de indigencia intelectual. Esta especie de intoxicación mental me duró, por cierto, todo el día. Fuera no paraba de llover y estuve remoloneando de aquí para allá sin

lograr leer unas líneas, escuchando música, reflexionando o pensando en las musarañas. ¡¡¡Nada!!! Pierre R[eynal] llegó a última hora de la tarde para estar conmigo y quise retomar nuestra *Habanera*. Se nos había olvidado la coreografía y al hacer un movimiento en falso me ha dado… ¡eh, no te rías!… ¡una tortícolis!

A las nueve de la noche, quejumbrosa, me acosté y después de redoblados esfuerzos por fin pude leer *1984*. Muy interesada, estuve leyendo sin moverme hasta la una de la madrugada. Luego me dormí, totalmente tiesa y dolorida.

Esta mañana, al volver en mí, el cuello me llamó al orden. La postura rígida que le he obligado a mantener durante la noche ha agudizado el dolor de la derecha y cansado el lado izquierdo. No puedo hacer ningún movimiento y esta noche tengo invitados: Serge Reggiani y su mujer.

He recibido tu carta esta mañana. Creo, amor mío querido, que no has entendido bien a qué me refería con las «fronteras». En el estado febril y angustioso en el que me encontraba, sabía que si surgía cualquier acontecimiento no habría podido ponerme en contacto contigo sencillamente y sin demora como lo habría hecho un mes antes; pensaba que nos tenían ahí, encadenados, uno delante de otro, separados el uno del otro. Eso es todo. También tenía el presentimiento de que este verano no sería para nosotros y no sabíamos lo que traería el invierno. Estaba muerta de miedo por si te perdía sin poder actuar y reunirme contigo. Me minaba a mí misma, aplicadamente.

Así que no te preocupes. Cuando recibas esta carta sabrá ya los resultados de los reconocimientos. Si puedes, telegrafíamelos.

Voy a buscar un lugar a mil metros en los Vosgos. Si por fin me voy contigo, me perderás. Moriré de felicidad. Mi cuerpo y mi corazón lo saben

y se defienden de esa perspectiva. No acaban de creérselo, para no desfallecer.

Estoy buscando el piso que quieres, pero no es fácil. Hace solo un año, en una de las puertas de París, en la «Cité des Fleurs», había un hotelito particular precioso a la venta por dos millones. Pero ya está vendido.

Cuánto me duele el cuello. Tengo que parar: pero creo que hacia la noche volveré a estar en posesión de mis facultades y que por fin seré capaz de escribirte con normalidad, largo y tendido. De aquí a entonces, no te olvides de mí y perdóname por ser tan debilucha. Te quiero, te adoro, te venero y te idolatro,

M

V

370 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 4 de la tarde [6 de julio de 1950]

Querido amor mío:

Tu carta es efectivamente muy sombría. Pero me habría entristecido mucho más si no hubiera hablado ayer contigo por teléfono. Había pasado una noche espantosa y me parecía que te estabas alejando. Pero bastó con oír tu voz y el corazón se me calmó de golpe.

Ojalá te sucediera a ti otro tanto. Cada día que pasa estoy mejor, es la verdad, te lo juro. Y sobre todo no debes imaginarte que esos reconocimientos puedan dar resultados catastróficos, ni separarme de ti. A decir verdad, si me tocara estar muy enfermo, me daría miedo que estuvieras cerca, miedo de cansarte, miedo de no estar lo bastante animado.

Bastante tristeza y fiebre has tenido alrededor. Eso es lo que sentía con mucha fuerza y lo que te explico mal. Pero lo que también, y sobre todo, es cierto, es que si estuviera seguro de que no iba a afectar a nuestro amor, si me abrieras los brazos diciéndome que me querrías así de mermado sin arrepentirte de nada, es a tu lado adonde querría ir sin demora, es a tu lado donde deseo terminar de una vez. Lo que estoy diciendo es una tontería y ya sé tu respuesta. Pero no consigo aceptar no estar rebosante de fuerza y eso me pone muy tonto. Tranquilízame sin hacerme reproches.

No me apetece sino una cosa, dolorosa como el deseo, dormir a tu lado y no volver a separarme nunca de ti.

Dicho lo cual, voy mañana a que me vean por rayos. Y estoy seguro de que todo irá bien. Querría adelantar mi vuelta a París, e irme sin demora contigo. Dentro de una semana estaremos juntos de nuevo. De aquí a entonces no te tortures, no te fuerces a nada. Vive según vengan los días, duerme, descansa. Me recibirás, me estrecharás contra ti, y resucitaremos. También trabajaré a tu lado, ya verás.

Por lo demás, mi trabajo ha progresado. No creas que me descuido. Oigo cómo me vuelven las fuerzas y trabajo con regularidad. En todo ello estás siempre presente, siempre amada, querida, deseada, cómplice. ¡Ay, sí, te quiero continuamente y yo también deseo los instantes de felicidad, el sosiego de los atardeceres, tu rostro perpetuo!

Te escribiré mañana. Pero, hazlo por mí, recobra la paz y la felicidad, duerme en nuestro amor. Pronto iré a despertarte con los besos de la ternura y con los del deseo. Te quiero, Maria querida, ¡qué felicidad es este amor y cuánto tenemos que agradecerle a la vida! Hasta pronto.

A.

371 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[416]

7 de julio de 1950

TODO VA BIEN REGRESO PRÓXIMO CARIÑOS. ALBERT.

372 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 5 de la tarde [7 de julio de 1950]

Querido amor mío:

Tus cartas son tan indigestas como las mías, me temo. Pero afortunadamente falta poco para mi regreso y ya no nos queda mucho de seguir agotándonos en esta correspondencia incesante. Acabo de llamarte y ahora ya sabes que las noticias son buenas. En efecto, por rayos el médico no ha visto nada y dice que no hay ningún cambio. Lo que es, con mucho, lo principal. Dice que mis breves estados febriles (que, por lo demás, han desaparecido desde hace tres días) pueden deberse a la depresión consecutiva al calor. Según él, debo seguir tomando muchas precauciones, pero no hay ninguna evolución. Para mayor seguridad, me hizo una radiografía y mañana por la mañana tienen que hacerme un análisis de sangre. Tendré todos los resultados el lunes, pero es probable que se limiten a ratificar la radioscopia. Si así fuera, mi opinión diferiría bastante de la tuya. Creo que hubo un pequeño comienzo de evolución y que el tratamiento Ménétrier (que no he mencionado) la detuvo. De hecho, me siento, por lo demás, cada día mejor, como me había predicho Ménétrier. En cualquier caso, el médico de aquí opina que debo irme lo antes posible a un

clima más fresco. Me lo confirmará el lunes y, en tal caso, tomaré las disposiciones para marcharme. Por una vez, tus famosas intuiciones habrán fallado. Pero, en vista del resultado, espero que me perdones ese mentís a la filosofía del instinto.

Yo no veo sino una cosa: escaparme de Cabris y reunirme contigo. El lunes te escribiré mi alegría sin restricciones. Esto es, en cualquier caso, lo que quería decirte enseguida. Bajo a Cannes a buscar a F[rancine], que se examina para sacarse el carnet de conducir, y echaré esta carta, que recibirás mañana.

¡Ay, vive y sé feliz, belleza mía! ¡Voy a volver a tenerte pegada a mí en el lecho del verano! Un río de besos y de caricias, amor mío… y hasta pronto.

A.

¡Soy feliz!

373 — María Casares a Albert Camus

Domingo [9 de julio de 1950] *por la mañana*

Acabo de despertarme —¡por decir algo!— y experimento una extraña sensación. Esa mañana, París le ha cogido prestada un poco de paz al campo. De tanto en tanto, se oye pasar algún un coche. Hace calor. El sol está por todas partes y las ramas de los rosales se estremecen. Todo está tranquilo.

Todavía estoy medio dormida pero con ese amodorramiento que conservo celosamente durante todo el día, desde hace unos días. Ayer y

antes de ayer me entraron los nervios; y esta mañana, creo, me anuncia que el demonio se acerca. El demonio amarillo, no el negro.

¿Qué puedo contarte cuando no pasa nada? Me abstengo de salir. Lo único que me ha arrancado de mi torre ha sido una sesión de *Antonio y Cleopatra* que tuve que hacer el viernes, y me volví a casa corriendo. El jueves por la noche vinieron a cenar Serge Reggiani y su mujer, y se quedaron en casa con Pierre hasta las tres de la madrugada. Durante un rato resultó duro. Para allanar el terreno entre Serge, matón y «viril», y Janine, víctima humillada, amedrentada y sonriente, procuré no parar de hablar, de bailar y de inventarme cosas. Pierre, pasmado con las relaciones conyugales de nuestros invitados, aburrido y mermado, no decía ni pío. Al final, acabé agotada.

El resto del tiempo lo paso con P[ierre] o sola, derritiéndome al sol, leyendo o estudiando… (¡agárrate!) *Fedra*.

He terminado *1984*. Por dos segundos, te he guardado rencor por haberme prestado este libro. No me ha enseñado nada que no me imaginara ya y me ha impresionado de manera enfermiza. A ratos me sorprendía gimiendo como cuando, de pequeña, me ponía a imaginar y a «revivir» el camino de la Cruz y la muerte de Jesús. He tardado un poco en recuperarme del libro pero, en definitiva, me alegro de haberlo leído.

El viernes, al volver de la radio, me encontré con tu telegrama y recibí tus cartas del jueves y el viernes. Coincido contigo en la causa de la fiebre. Creo que, en efecto, ha habido una evolución y que se detuvo a tiempo, puede que atajada por el tratamiento de Ménétrier. En cuanto a mi intuición, te agradecería que la dejaras estar. No me fío lo bastante de mis corazonadas para llegar a preocuparte con vagas previsiones. Si estaba muerta de miedo era por culpa de las señales concretas e inequívocas que presentabas; temía una evolución más profunda que te obligara a volver a

empezar desde el principio y te exigiera una fortaleza mental nueva de la que por ahora careces.

Así que digamos que mis conocimientos médicos son erróneos pero el instinto y la filosofía, ni tocarlos. ¡Una protuberancia!

Ay, y ahora quizá debería contestar a la primera de tus dos cartas. Sí; pero perdóname un momento para que la relea por novena vez porque las veces anteriores no he entendido nada.

¡Bueno! Pues, definitivamente, no la entiendo. Así que guardaré aparte esta hoja tan cargada, con fecha del jueves a las cuatro, y te esperaré con ella, a pie firme, para que me la expliques y, en algunos casos, para obligarte a que te comas a cachitos por la mañana en ayunas. Tu estado de debilidad te ha afectado gravemente al cerebro y para desencadenar reacciones fisiológicas contrarias y vivificantes, es preciso suministrarte por vía oral papel mascado y bañado de tinta; estoy convencida de que al día siguiente estarás en plena posesión de tus facultades principales.

Espero que el lunes puedas tener una visión más precisa de lo que vamos a hacer.

1) La fecha aproximada de salida.

2) Cuánto tiempo estaremos juntos.

3) El país y el lugar elegidos.

En los Vosgos, me han hablado de un pueblecito maravilloso cuyo nombre no recuerdo; pero dado que todo el mundo me ha hablado de él, desconfío. Estará a reventar. Mañana pediré al Touring-Club que me mande una lista de hoteles situados a mil metros. En lo que se refiere al pasaporte, espero recibir noticias mañana o el martes.

Estoy empezando a hacerme a la idea de que nos vamos a ir juntos, pero todavía no me atrevo a creérmelo del todo. Prefiero no pensarlo mucho.

En cuanto a mí, físicamente he engordado y, por lo que dicen, estoy

bastante resplandeciente. Personalmente no puedo saberlo; necesito que me lo digan tus ojos para enterarme. Si no vienes pronto, con la vida que llevo no tardaré en ponerme obesa.

En primavera quieren que ruede *La dama de las camelias*, pero si la cosa sigue así, no me quedará otra que ingresar en un harén para el resto de mi vida para acabar allí mis días, rodando como un tonel. Casi se me ha olvidado cómo es estar de pie; unas pocas semanas más y el mamífero bípedo que era yo se transformará en reptil quejumbroso. Las facultades intelectuales disminuyen día tras día y me paso las horas comiendo, bebiendo, durmiendo, deseando y contemplando beatíficamente un punto fijo y misterioso.

Hecha una bola, desnuda, con los párpados entornados y la mirada velada, así es como te espero.

El sol quema. Tengo hambre. Tengo sed. Te deseo. Te quiero. Te acecho. Despiértame, príncipe. ¡Ven, Argel! ¡Ven a enderezar a España!

M
V

374 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo, 4 de la tarde [9 de julio de 1950]

Amor mío querido:

Esta notita es para decirte que si mañana los resultados se confirman sacaré el billete de avión para *el viernes o el sábado*. Sigue con las gestiones para Italia. Por lo demás, sé que a Dubois lo han hecho algo así

como superprefecto en el este. ¿No se podría, recurriendo a Marcel [Herrand], pedirle que nos encontrase algo a mil metros en los Vosgos, castillo u hotel, en la soledad?

No es necesario que te diga mi impaciencia. No aguanto más, soy incapaz de escribir o de pensar a derechas. ¡La felicidad, la felicidad, pronto! ¡Ay, amor mío, qué bien voy a trabajar a tu lado, a ser feliz de todas las formas posibles! ¡La angustia de este mundo en guerra multiplica aún más mi voluntad de felicidad! Y, además, estoy mejor, ¿sabes?, mucho mejor. ¿Me esperas, me quieres, eres feliz? Te cubro de besos, amada mía, querida mía. ¡Pronto, pronto! ¡Te quiero a raudales!

A.

375 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[417]

10 de julio de 1950

RESULTADOS CONFIRMADOS ESTARÉ ORLY VIERNES DIECINUEVE HORAS CARIÑOS. ALBERT.

376 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes [11 de julio de 1950] *por la mañana*

Querido amor mío:

Tengo temblores, escalofríos, frío, calor abrasador, frío, me río, me

emociono, canto, bailo, ando, reboso de alegría, grito, hablo, sueño, gimo, me ruborizo, palidezco…

Desde que ayer recibí tu telegrama no logro estarme quieta. ¿Qué puedo hacer para esperar hasta el viernes? Ya he avisado a nuestro viejecito para estar en Orly a las siete de la tarde. He telefoneado aquí y allá pero todavía no he podido hacer nada de lo que pretendía, el domingo porque era domingo ni ayer porque era lunes. ¡A la porra los festivos!

Hoy voy a telefonear a Monette para saber en qué punto está con lo de mi pasaporte. Por otra parte, voy a intentar conseguir a través de una oficina de turismo una lista de lugares bonitos de los Vosgos situados a mil metros. En lo que se refiere a Dubois, no sé cómo localizarlo. Telefonearé dentro de un rato a Marcel para preguntarle cómo puedo ponerme en contacto con él o si puedo escribirle. En la carta me hablas de «castillo u hotel». ¿Castillo? ¿Y eso? ¿Quieres alquilar un castillo, mi señor? ¿Y quién cocinaría? ¿Ángeles, la viuda desconsolada de Juan, el cual se ha marchado a regañadientes a Dinard? Puede que no sea mala idea y, al fin y al cabo, mucho más barata, quizá.

En fin, voy a intentar recabar información precisa y ya veremos luego. Como sin duda imaginarás, estoy demasiado contenta para explayarme por carta. En casa ya está todo esperándote. Ha llegado el buró y te debo 9.000 francos. Ángeles está melancólica y se resiste. Pierre viene mucho a verme y nos quedamos aquí, para no gastar, habida cuenta de nuestros presupuestos respectivos. Antes de ayer quisimos dar una vuelta por Saint-Germain —él quería conocer el barrio—, pero tuvimos que salir huyendo enseguida para que no se me envenenara el buen humor. Hay espectáculos que acaban con mi generosidad, mi indulgencia y mi compasión. Anoche salí con Feli y don Juan [Negrín].

Después de cenar, me llevaron a ver las dos obras que ha montado e

interpreta Orson Welles.[418] No entendí nada —¡inglés!—. Pero los que se aburrieron fueron ellos. Yo, enamorada de una negra menudita que actuaba estupendamente, me pasé el rato pasmada de admiración con su voz, sus gestos y su talento.

Aparte de eso, nada que destacar. Desde que anunciaste tu llegada el tiempo se está nublando y me está empezando a doler la tripita. ¡Así que este año la toma de la Bastilla será después del 14 de julio! (¡lo siento!) Además, hasta ahora había estado amorfa y ayer me desperté de nuevo a la vida y vuelvo a tener quince años. Tengo alucinaciones: veo uves por todas partes.

Ven. Ven, amor mío, a toda Velocidad.

¡Vivir! ¡Vivir por fin!

Te quiero. Ya me callo. Te espero. Hasta el viernes, amor mío querido.

Viernes.

Victoria.

Vivir.

¡Ven!

Te quiero.

M

V

377 — Albert Camus a María Casares

Martes, 9 de la mañana [11 de julio de 1950]

Querido amor mío:

Bajo a Cannes a recoger el billete que reservé ayer por teléfono. Esta

nota es para confirmarte mi telegrama. La radiografía está bien, los análisis son negativos. Por lo demás, ahora me encuentro muy bien. Ménétrier es un genio.

Cogeré el viernes el avión de las cuatro y media, que aterriza en Orly a las siete y cuarto. Así que, a menos que me digas lo contrario, allí te esperaré o, mejor dicho, allí me esperarás. Me armo un lío, pero es por exceso, no por defecto.

Nos iremos la semana siguiente (el miércoles, por ejemplo, lo que tardemos en informarnos sobre un alojamiento) y a los Vosgos. Italia presenta dificultades y además tengo proyectos para este invierno. En cuanto al tiempo, tendremos más o menos un mes para nosotros.

¡Ah, cariño, le arrancaremos la felicidad a estos tiempos que vivimos! Tu carta de ayer era buena y cálida. Era la primera desde que me fui. Me sentía muy solo sin ti. Estás morena y guapa… voy a perderme en ti, me llevarás durante todo ese mes de verano, vivo en la alegría cada vez que me acuerdo de tu boca.

Te escribiré una carta larga esta noche. ¡Y será mi última carta! Te estrecho contra mí como para quebrarte, pequeña mía, querida mía, mi gran amor. Hasta pronto; te quiero, te quiero y te abrazo sin fin.

A.

378 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 4 de la tarde [11 de julio de 1950]

Querido amor mío:

Esta es por fin mi última carta; no puedes imaginarte con qué alivio

escribo estas letras. Todo me parecía que pesaba tanto, que estaba tan preñado de amenazas… solo estaba mi voluntad de ir a reunirme contigo y todo lo demás era incierto. Ahora todo está claro, tengo el billete, aquí, delante de mí. Me encuentro bien y sé que vamos a celebrar el 14 de julio juntos, como antes, en la hermosa noche de París. Por supuesto, el mundo está aún enfermo aunque yo esté bien. ¿Vamos a tener que querernos siempre en el Apocalipsis, en la angustia, atormentados? Creo firmemente que no. Pero si así fuera, nos querríamos pese a todo, ¿verdad? Lo único insoportable es la separación. Por eso no respiraré sino junto a ti.

La época es terrible; los destinos, atormentados, pero se lo aceptaré todo a la vida si tengo la seguridad de tu amor, de tu posesión. Y, salvo en algunos minutos, en los que desbarro, es verdad que tengo esa certidumbre. ¿Cómo iba a quejarme entonces? Incluso en las peores desdichas, llevo en mí toda la riqueza del mundo.

Pero se acabó el tiempo de las palabras. Ahora estaremos durante mucho tiempo juntos. Y ya no deseo, no deseo de verdad, sino el silencio a tu lado, los días y las noches, el trabajo a tu lado. Ya está bien de esto, amor mío. Recíbeme con tu belleza, tu sonrisa, con el alma y el cuerpo. Viviremos, nos amaremos. Es la única cosa grande que podemos hacer en un mundo sin porvenir; en lo demás, me parece que ya no queda sino la compasión, para ti, y la generosidad.

El avión llega a Orly a las siete y cuarto, te lo recuerdo. Supongo que estarás en el aeródromo. Si no, déjame un recado. Pero allí estarás, ¿verdad? ¡Te imagino! Robert traerá el coche a principios de semana y viajaremos con Desdémone. ¿Te acuerdas? Querías irte por las carreteras conmigo. ¿Me quieres, me quieres mucho todavía? ¿No has olvidado a tu agotador amigo? ¿No deseas en su lugar a un funcionario formal y una vida tranquila? ¡Ay, cuánto te quiero, con qué fuerzas siempre nuevas! Hasta

pronto, mi niña querida, hasta pronto, belleza mía, dormida mía, despierta mía, dulzura mía, dolor mío. Beso largo y tendido tu querida boca, tus hombros negros, la palma de tus manos. Mañana, mañana, y todo se clausurará en un maravilloso olvido de todo. Te quiero hasta invadirte. Hasta mañana,[419] amor mío.

A.

379 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes, 8 de la mañana [29 de agosto de 1950]

Nada que escribirte aquí, en Vesoul. Nunca he estado tan triste, creo, como en el andén de esa estación, en el que miré cómo se iba tu tren, sin que me vieras. Cogí la carretera. Durante la noche entre Luxeuil y Vesoul se cruza algo así como una Meseta[420] de alrededor de cincuenta kilómetros. Estalló una tormenta tremenda y parecía que el coche avanzaba entre una hilera de relámpagos. Llovía primero a mares y luego con trombas de agua. Tuve que pararme, era imposible atravesar el telón de lluvia de lo denso que era. De noche, con el estrépito del agua en el techo del coche, me sentía como en el fin del mundo.

Pude volver a ponerme en marcha, pero para entrar en una ciudad llena de tinieblas: con la tormenta se había ido la luz en Vesoul. Di con el hotel a la luz de los faros. Me llevaron a mi habitación con una vela. No había cambiado nada. Dormí muy mal. Pero esta mañana llegué al tren. Me marcho cansado y triste. ¡Ay, deseo que recobres tu verdadero corazón, el que me quiere con alegría y entrega! Yo tengo la boca cerrada, pero me duele el corazón.

Te beso, amor mío querido. Descansa. Disfruta de los países de luz adonde vas. Te quiero y te espero.

A.

380 — Albert Camus a María Casares[421]

30 de agosto de 1950

HÔTEL DE LA POSTE ST JORIOZ ALTA SABOYA CARIÑOS. ALBERT 381 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 4 de la tarde [30 de agosto de 1950]

Querido amor mío:

Te puse un telegrama esta mañana con mis señas. Esperaré aquí la nota en que me digas dónde vas, a Venecia o a Gironde. Ni siquiera estoy seguro de que esta nota te pille en París. Pero te escribiré mejor cuando sepa dónde estás.

Este es un sitio pequeño más arriba del lago de Annecy, que es azul y muy grande. Árboles, praderas, agua, el lugar es más sedante que tonificante. Saldré el sábado o el domingo y estaré seguramente el lunes o el martes en París. Así que cuando recibas esta carta escríbeme a la NRF.

Estoy mejor. Desde que no pruebo los guisos de la comadre François me encuentro bien y, en particular, tengo un apetito galopante que sacio con la excelente comida del hotel. Así que no te preocupes. El cansancio que aún

me queda se pasará. Tengo también un gran peso en corazón desde la separación de Saint-Dié.

Nuestra conversación telefónica lo alivió un poco, pero andar rumiando aquí las cosas a solas no me sienta bien. Cierto es que están los niños, y me dan muchas alegrías.

Estoy deseando que pasen estos días y estas nubes. Creo que bastaría con que los reconocimientos de París fueran positivos y recuperaría fuerzas suficientes para volver a arrastrarte a nuestro amor y a la alegría. De aquí a entonces no pienses en mí. En Venecia o en Sainte-Foy, vive, respira, busca la hermosura. Yo echo de menos nuestros Vosgos ingratos, echo de menos incluso la fealdad que nos rodeaba: nos rodeaba y estabas allí.

Hasta pronto, querida mía, mi amor querido. Te beso por encima de los besos de estos últimos días. Quiéreme, te lo ruego. En lo que a mí se refiere, os espero a París y a ti con todo mi corazón.

A.

382 — María Casares a Albert Camus

Miércoles 30 de agosto [de 1950]

Esta mañana he recibido tu notita y el telegrama con tu nueva dirección acaba de llegar ahora mismo.

Tengo el corazón desconsolado, amor mío querido, al saber que estás tan triste, y hago votos para que esta corta estancia en nuevas regiones te devuelva un poco de la salud física que perdiste en los Vosgos, y la paz.

Sí; la despedida fue muy triste y se me hace un nudo en la garganta cuando te imagino a unos metros de mí, solo en esa estación pelada,

esperando a que saliera ese tren donde yo ya te estaba echando tanto de menos. Tenías que haber vuelto, Albert querido, haberme llamado. Yo no era tu enemiga; me sentía vuelta completa y desesperadamente vuelta hacia ti; solo que llevo a cuestas una antigua nostalgia que grita cada vez más alto a medida que pasan los años y asiste, impotente, a mi destino de eterna exiliada. Echar raíces, encontrar una patria y afincarme en ella hasta el final, ese es mi anhelo más profundo; y también es a lo que tengo que renunciar constantemente.

En la primerísima juventud, todo sirve de pretexto para conocer cosas nuevas, nuevos arrobos, comienzos. Todo es una promesa. Todo es una aurora.

Ahora estoy de lleno en el mediodía de la vida, o casi, cayendo de repente en la luz cegadora de un mundo sin mañana y me resulta difícil soportar valientemente nuevas partidas, que ahora solo se vuelven hacia el pasado y ya solo anuncian el triste final de un nuevo periodo conquistado a esta extraña existencia. Es la hora de los crepúsculos y no consigo armarme lo suficiente contra la crueldad.

Delante de ti, recibiendo por todos lados empellones del entorno, de la gente, del ruido, en ese tren que nos iba a desgajar a uno del otro para devolvernos a nuestras vidas inestables, separadas e inciertas en lo que se refiere a un amago de futuro en común, me sentí presa de ese pánico profundo, milenario que se siente al estar cara a cara con la muerte. Entonces decidí quedarme callada para no chillar. Si me hubiese arrojado a tus brazos, como debería haber hecho por *nosotros*, habría flaqueado y me habría hundido. Por eso te pedí que te fueras. También quería que te marcharas, que te movieras, que huyeras de la imagen de los dos niños que éramos en ese momento, desvalidos, desdichados, y que corrieses hacia otros climas, otras tierras, otras alegrías u otras penas, capaces de distraerte

y de hacerte olvidar el lamentable final de nuestro prolongado mes de felicidad.

Y como me sentía crispada, emparedada, agarrotada, incapaz de separarme de ti con calma, lo hice con brusquedad: casi echándote.

No sabía que en los minutos siguientes aún estabas ahí y, en cierto modo, fue una suerte para el desarrollo de los hechos; tenía demasiadas ganas de devolverle a tu rostro, desgarrado de asombro y de tristeza, la tranquilidad, la relajación de los días hermosos, me apetecía demasiado estrecharte una vez más, blandito, entre mis brazos, acunar largo y tendido tu cuerpo y esperar así a que volviésemos a alcanzar el estado de gracia. De haber sabido que estabas en la estación, el tren se habría ido sin mí.

Pero bueno, ya es demasiado tarde para hablar, demasiado tarde para hablarlo de nuevo. Deseemos, para el futuro, perdernos lo menos posible las ocasiones de alegría y felicidad.

A mí también me tocó tormenta durante el trayecto, pero una tormenta amortiguada por el lujo del vagón en el que estaba. Puedo decir que me has tratado como a una joya. Llegué a París en un estuche. Gracias, cariño mío.

Ángeles me estaba esperando en la estación, en su plenitud, exaltada, morena, con el pelo corto y rizado, oronda y descansada. Me esperaba impaciente de dar por fin rienda suelta al caudal de noticias, tristes y alegres, interesantes o ineptas, que llevaba conteniendo durante varios días de soledad y silencio.

En casa, Quat’sous, con su habitual buen aliento, dedicó media hora de mi tiempo a recordarme los deberes de la fidelidad. Cené y —¡oh, desgracia!— ¡me tomé un «café con leche de la casa»! Disfruté de los placeres de un buen baño y me dormí, por fin, después de reiterados debates con la imaginación, a eso de las cinco de la madrugada. Huelga pues que te cuente el día de ayer; ni siquiera me acuerdo; estaba vaciada. Solo sé que

tomé conocimiento —por decir algo— del abundante correo que me estaba esperando y fui a Cimura, donde, al cabo de largas conversaciones, por fin acepté renunciar a Sainte-Foy e ir a Venecia.

Esta es, de todas las sorpresas que me estaban esperando en París, la única que nos afecta, porque cambia todos mis planes y mis viajes.

Ya no salgo de la calle de Vaugirard hasta el martes 5 de septiembre, fecha en la que me iré a Venecia. Van a presentar allí *Orfeo* la noche del día 7, y en función de cómo se presente el horizonte y de la libertad de la que disponga para ver la ciudad sin que me fastidien demasiado mis anfitriones, volveré a París el 9 o más tarde.

De aquí al 5 me dedicaré a poner orden en casa para el invierno, de ponerme al día con el correo, de debatir las propuestas de una película que Henri Calef quiere que rodemos en octubre, y de «ponerme guapa» para el festival, ya que Lulu Wattier tiene un *particular empeño* en que cause muy buena impresión en Italia.

Estos son, en resumen, mis planes hasta el día 10. Como ves, son totalmente opuestos a lo que yo soñaba, pero estoy intentado crear en mi fuero interno una buena disposición que me permita llevarlos a cabo. Mis «impressarii» han intentado ayudarme, pero lo único que han conseguido es intimidarme y asustarme de antemano. En estos casos te necesitaría a ti. Me encojo solo de pensar en esos días demenciales de caras nuevas, y trato de reaccionar, pero no sé en qué apoyarme. No paro de leer revistas, periódicos y libros sobre cine para tener, al menos, un tema de conversación. Devoro los artículos de *Le Figaro* sobre la Bienal de Venecia para ponerme al día. Me aprendo de memoria el nombre de los grandes directores para no meter la pata. Y estoy muerta, muerta, muerta de miedo.

Escríbeme y dime qué tengo que hacer con los directores, los productores, los actores, los hombres inteligentes y los imbéciles. Marca

qué actitud debo tomar y dime sobre todo qué puedo ver en Venecia, además de la ciudad. Ya sabes lo que me gusta. Como tendré poco tiempo, prefiero ir directamente a los sitios que me encantarán a tiro hecho.

Cuéntame también el final de tu viaje y la llegada a Alta Saboya, dime si te gusta la zona y cómo has encontrado a los niños; ponme al tanto de tus planes y calma mi ansiedad contándome enseguida las novedades sobre tu salud y tranquilizándome sobre tu estado anímico. Desde el punto de vista físico, lo que es yo, no me encuentro nada bien. Me sigue dando asco la comida; a pesar de los platos «sanos» de Ángeles, y desde esta mañana, llevo a cuestas un dolor de cabeza que ningún comprimido consigue aplacar. Es un fastidio pero no deja de tranquilizarme pensar que seguramente padecemos los mismos trastornos y que, por consiguiente, tu mala cara de los últimos días no anuncia nada grave.

¡Vamos! Escríbeme pronto, amor mío querido, para que pueda ver tu carta antes de irme y, si puedes, mándame un telegrama —antes— en cuanto hayas recibido esta «notita», sobre tu estado de salud y anímico.

No sé si he recuperado mi auténtico corazón; solo sé que desde hace unos días te quiero con un amor absolutamente puro y desprendido. No cabe duda de que la pasión sale perdiendo, y la exaltación y la alegría; pero la amistad profunda sale ganando y descubro que siento hacia ti cariños y deseos que solo pueden ser propios de una madre hacia su hijo. Una madre un poco incestuosa, desde luego.

Te espero. Ansío una palabra tuya sobre papel azul; te quiero.

El tiempo está tormentoso; mi cuarto amarillo y negro revienta de recuerdos de otras tormentas.

Te quiero, amor mío querido. Te beso largo y tendido

M. V.

PS: Dime si quieres que siga escribiéndote.[422] 383 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 4 de la tarde [1 de septiembre de 1950]

Me ha alegrado recibir tu carta tan deprisa y, sobre todo, hallar en ella una ternura que necesitaba. Pero estoy un poco triste al ver que te vas tan lejos y sin mí. Me parece que siempre he deseado ver esa ciudad contigo y por mucho que me digo que no faltan ciudades hermosas y cielos hermosos que nos esperan, me parece que, hasta cierto punto, la semana que viene es como si me la estuviesen robando. Dicho lo cual, tienes que disfrutar tanto como puedas de ese precioso viaje. Por desgracia no puedo darte información sobre Venecia. Aterricé allí, en el pasado, cuando era un estudiante joven, y solo pude quedarme veinticuatro horas por no tener dinero.[423] Pero en el hostel te prestarán guías impresas. Y además tengo la sospecha de que no vas a carecer de guías espontáneos. Aprovecha, sobre todo ponte muy guapa y vuelve con dos o tres contratos que, al menos, te faciliten la vida material.

En lo que a mí se refiere, estos son mis proyectos: me quedaré aquí un día más de lo que pensaba para poder celebrar el cumpleaños de los niños, así que estaré en París al día siguiente de tu marcha. Como no recibirás esta carta hasta el lunes, no podrás escribirme aquí, pese a la necesidad que tendré de leerte. Pero, al menos, arréglartelas para que me encuentre en la NRF, al llegar, una carta buena y larga con la que pueda nutrirme estos días de tu ausencia, los días de París serán bastante tristes sin ti. Los sitios donde los pase lo serán aún más: laboratorios, consultas de radiología y de médicos. Arréglatelas para que sepa la fecha en que vuelves. Si hace falta iré a buscarte al aeródromo o a la estación.

Ahora espero ese 9 o ese … de septiembre, y es lo único que espero.

Aquí lleva dos días lloviendo. Un lago bajo la lluvia no brinda nada que resulte muy tónico. Pero no estoy mal en absoluto, con la excepción de algo de cansancio por las noches. Los destrozos de la comadre François se van aplacando y tengo la esperanza de que me veas una cara más aventajada. En cuanto al corazón, sigo notando que me pesa. Tu ternura me ayuda, pero no me gusta decirme que va creciendo en detrimento de la pasión. ¿Acaso no tiene la pasión más que señales negativas? ¿No existe una furia aún más hermosa que se remata con la entrega total? No lo sé.

Pero es cierto que ya no sé nada, solo la invencible necesidad que tengo de ti.

Por lo demás, vamos a reunirnos pronto, sabré algo fijo acerca de mi estado y, a lo mejor, la felicidad una vez más… ¡Ay, lo deseo con una rabia y un arrebato que me tienen despierto todas las noches!

Hasta pronto, amor mío querido. Te deseo todos los éxitos y el triunfo. Sé que te angustia pensar en todas esas caras desconocidas. Pero no puedo darte consejos, como me pides. O, más bien, uno nada más: piensa en ti, en lo que eres, en tu corazón orgulloso y también en los que te han querido y en el que te quiere con todas sus fuerzas. Yergue la cabeza y sonríe, valerosa mía, con eso bastará. Serás una de las pocas almas vivas entre ese hatajo de atolondrados. Se notará.

Pero no te olvides de tu amigo y vuelve pronto a mi deseo y a mi amor. Te beso y te acompaño, puedes invocarme de vez en cuando. Sé hermosa. Te quiero.

A.

384 — Albert Camus a María Casares[424]

3 de septiembre de 1950

CARIÑOSOS DESEOS DE ÉXITO A MI VIAJERA. VUELVE PRONTO. ALBERT.

385 — María Casares a Albert Camus

Domingo [3 de septiembre de 1950]

Ya estaba empezando a impacientarme cuando recibí tu carta de ayer por la mañana. Todavía estaba en la cama, medio dormida y tras la primera lectura me quedé con el corazón encogido. Encontré en ella esa sonrisa nostálgica y generosa que solo engaña a los que quieren morder el anzuelo, y que a mí me desespera cuando la veo en tu cara. Ternura, una especie de resignación y un retroceso infinito que sitúa nuestro amor a la misma altura que los hechos relegados a la historia. Hubiese preferido que te revolvieras, que gritaras, que me insultaras.

Al rato, tras intentar en vano leer los periódicos, decidí calmarme, reflexionar y volver poco a poco los ojos hacia mí. Me acordé del tono de mi carta y de muchas otras cosas. Entonces te releí haciendo un esfuerzo por dominar mis instintos desbocados y pasiones desordenadas.

Despejada, con el corazón abierto, un poco trémula, te releí y obtuve mi recompensa. Escuchaba, oía y veía. Ya no estaba sola. Ahí estaba la gracia y

con ella, tu presencia cálida y viva. Así que, todo es posible; ahora se trata de no volver a embalarme y para eso hay tengo que procurar siempre no dispersarme.

Pero pasemos a otra cosa; ya tendremos tiempo de sobra para hablar de esto.

Me alegro de que estés casi recuperado de los destrozos de la comadre François, pero ese cansancio vespertino del que me hablas me preocupa y estoy deseando que llegue la semana próxima para saber los resultados de los reconocimientos médicos. Para entonces ya habré vuelto a tu lado —llegaría a París, si no hay cambios, el sábado que viene, el 9, por la mañana—, pero si por casualidad te enteras antes de alguna noticia desagradable, por favor te lo pido, no te desanimes, no dejes que te arrastre; recuerda que prometiste sacrificar todo el año 1950 a curarte sin protestar.

Por ahora, quédate tranquilamente donde estás, sé tan feliz como puedas y celebra con regocijo el cumpleaños de tus niños. Arroja también muy lejos el lastre que te he dejado en el corazón. «La hermosa furia que se remata con la entrega total» existe y está aquí, pero dado que la existencia me pone entre la espada y la pared, y me obliga, lo quiera o no, a conciliar constantemente vida y amor, pasión y compasión, es bastante natural que a veces titubee. En las sendas tan distintas, incluso opuestas, que seguimos respectivamente, encontrándonos tan solo en los cruces casuales y de voluntad tozuda, solo la gracia puede llenar el vacío de las separaciones, la ausencia de compañerismo cotidiano y de luchas comunes, la imposibilidad de crear; solo ella puede darnos la fuerza necesaria para luchar contra todo y contra todos, también contra nosotros mismos, y allanar los malentendidos y los rigores de semejante existencia. Sí; desgraciadamente, nuestro amor no tiene más apoyo que él mismo y sin meta, sin esperanza, gratuito, solo puede recurrir para sostenerse y afirmarse a la visita de la

gracia, gratuita como él. Así pues, nada va a ser fácil; el mes que viene sin duda empezaré una crisis de la que saldremos aniquilados, arrasados, asolados; pero puede que de nuevo la belleza, la felicidad y la plenitud estén esperándonos una vez más. Solo aspiro a que eso vuelva a ser posible y que no nos falte nunca. En lo que se refiere a todo lo demás, trataré de causar los menores estragos posibles.

De modo que no temas nada. Si la pasión, por su mera fuerza, por su potencia, pudiera matar u otorgar el paraíso, hace tiempo que estarías muerto o que estarías gozando de los placeres del cielo en la tierra. Déjame tan solo que me esfuerce para dominarla; es el único medio del que dispongo para llegar a hacerte feliz.

Descansa, cuídate, ríe, ábrete de par en par a los que te quieren; aún te esperan multitud de tormentas perturbadoras en la alegría y en el dolor. Está la ternura, bien es cierto, más arraigada que nunca, pero las sienes me laten al ritmo de la tierra incluso cuando, al desvestirme, reconozco en mi olor el sabor de tu piel y el perfume de nuestro amor. Dile a Hipólito que me he olvidado de la pasión; ¡ya verás lo que te cuenta!

En lo que se refiere a mi viaje a Niza, llevo preparándome desde ayer con calma y serenidad. A pesar de que hayas elegido Florencia como destino de un viaje en pareja, sabes las ganas que tengo de conocer Venecia contigo. Una idea novelesca, un deseo infantil. Venecia constituía para mí, cuando era pequeña, el testigo de los amores verdaderos. El Ayuntamiento y la Iglesia casaban. Venecia bendecía.

Es algo pueril, bobo y convencional. Qué más da. Me hubiese gustado seguir siendo fiel a esa idea como lo he hecho hasta la fecha. Mañana tampoco la traicionaré; estaré allí sola y pensaré en ti. Así que no me da pena, sino simplemente nostalgia.

Mientras tanto, estoy preparándome y no es nada fácil. Aparte de elegir y

«actualizar» el «ajuar» que tengo que llevarme, he tenido que hacer algunas compritas y ocuparme de la documentación. Como mi carnet de identidad se había extraviado, me he pasé todo el viernes en la prefectura, la comisaría, la oficina de objetos perdidos, la comisaría otra vez, la comisaría de nuevo y, por último, la prefectura. Por la noche, agotada, ya estaba dispuesta a mandarlo todo a paseo —incluido el viaje— cuando apareció el carnet. La alegría y el alivio que sentí han salvado a las señoras de Cimura. Las habría matado.

El resto del tiempo lo he pasado tragándome varios números de la *Revue du Cinéma*. No tiene ninguna gracia; estos señores suelen hablar mucho para no decir nada.

He caminado por París, que aún está adormilada por las semivacaciones y le sigue sonriendo a la luz de agosto.

He visto a Marcelle Perrigault, más flaca, debilitada, más guapa también, debido a sus experimentos sin daños y sin éxito.

He pasado mucho rato escuchando las conversaciones monologadas de Ángeles, cuyos meandros me esfuerzo por seguir en vano, y he asistido al regreso de Juan, más moreno, entre los ladridos triunfales de Quat’sous y la sonrisa plena de su mujer saciada.

He escrito mi diario todos los días.

He reflexionado.

He dormido.

Solo hay una cosa que a ratos me ha resultado insoportable: la radio. Dos veces he encendido el aparato para apagarlo a renglón seguido.

He ordenado papeles. He «preparado» el correo para contestarlo cuando vuelva.

Hasta aquí lo que he hecho.

Como me voy de aquí al martes, por la tarde, seguramente añadiré

algunas líneas a esta carta de aquí a entonces y el sábado te contaré lo demás, si te parece bien. El viernes le enviaré un telegrama a Ángeles, para informarla de la hora exacta de mi llegada.

Si puedes venir a buscarme, hazlo con ella, pero espérame en un bar que le indiques; será más prudente en caso de que haya alguien de Discina[425] esperándome o periodistas que haya enviado Cimura. No es muy probable, pero es mejor tenerlo todo previsto.

De aquí a entonces, piensa en mí, amor mío querido. No te olvides de que vas a ser mi apoyo en cada segundo. No me olvides. Solo tendrás que pasar dos días enteros sin mí y ya los estoy lamentando.

Te invocaré; ¡ay, sí!, te invocaré todo el rato. Pensaré en los que me han querido, en ti, erguiré la cabeza y sonreiré, intentaré ser valerosa. Procuraré no dejarme desconcertar y mantener mi corazón orgulloso por lo que se le ha dado.

Tú espérame con confianza, en paz, y sé feliz. ¡Ay, sí, sé feliz, amor mío querido! Ten valor y sé feliz, pase lo que pase. Te quiero.

M. V.

Martes [5 de septiembre de 1950] *por la mañana*

Me voy esta noche en tren. Ayer por la tarde todo fueron problemas; se sumaban al desánimo total por este viaje inútil y me fastidiaron y lastraron un poco el corazón, que se había quedado tan liviano después de tu llamada y tu telegrama; pero en cuanto tuve tiempo de tomarme un respiro y pararme a pensar —por la noche— pude volver a mi ser y a lo esencial. Qué más da. Pero no deja de ser irritante tener que perder unas horas de paz y de felicidad, o casi, por culpa de detalles tan fútiles. Pero bueno, cuando logré quitarme de encima todas esas frivolidades, me entregué plenamente

al recuerdo de tu voz. ¡Ay, amor mío querido! Yo también te echo de menos y me pongo rabiosa solo de pensar en estos dos días que perdemos para nosotros por culpa de un oficio que cuenta tan poco en mi vida. Como si las separaciones necesarias no fueran ya lo bastante numerosas y largas, se tiene que sumar una preocupación material y estúpida. Desde que llegué a París no dejo de contar los días y las noches y el tiempo transcurre en una neblina gris tranquila y taciturna. ¡Todos esos días de vida perdida! ¡Todas esas posibilidades de felicidad desperdiciadas! ¿Hay en el mundo un crimen peor?

Tu llamada telefónica (gracias, amor mío) me devolvió definitivamente la confianza y la claridad, pero también me provocó una impaciencia renovada, un deseo exacerbado de verte, de tocarte, de abrazarte, de sobarte, de acariciarte, de torturarte, de ahogarte, por último, en mi amor, que vuelve a estar vivo. Aquí me tienes, como un caballo árabe al que se le impide entrar en el establo para dormir y comer su heno so pretexto de que «queda bonito» en el paisaje desierto.

Pero, bueno, ¿qué quieres que te diga? Si hubiese ido a Gironde, habría pasado más tiempo lejos de ti (¡suponiendo que me hubiese quedado!).

Así pues, me voy, cargada con dos maletas personales y un baúl para llevar un vestido de noche (¡!) de [Annie] Paulvé.

No he parado de leer periódicos y revistas de cine y sueño con Caligaris vestidos de Charlot, con películas de guerra a lo Walt Disney y dibujos animados de Rossellini. Espero que me hablen de cosas que no tengan nada que ver y esa visión de conjunto me haya servido al menos para destacar un poco los aspectos importantes de mi oficio.

Llego a Venecia mañana a la una. Entonces empezará mi sufrimiento: el gráfico de la tortura irá subiendo hasta alcanzar el pico el jueves por la noche (presentación de *Orfeo*) para luego caer en picado en la alegría de la

partida, el viernes por la noche. Te cuento esto para tu gobierno… y el mío. Sígueme, no me olvides. Espérame. Tengo una tremenda necesidad de volver a estar contigo; me muero sin ti. Te quiero. Te quiero, te quiero. ¡Ánimo, amor mío querido! Ánimo en las salas frías de los médicos. Estoy todo el rato contigo. Hasta el sábado. Te beso ya como lo haré entonces.

M. V.

386 — Albert Camus a María Casares[426]

5 de la tarde [18 de noviembre de 1950]

¡Te adoro, taimada! Debería reñirte. Pero estoy tontamente feliz. No vuelvas a hacerlo o te mato a besos. ¡Ay, qué largos son estos días sin ti! Gracias, gracias, hermoso amor mío. Te beso, beso tus queridos ojos. ¡Hasta mañana, por fin!

A. C.

387 — Albert Camus a María Casares[427]

Te quiero.

A.

1951

388 — Albert Camus a María Casares

[10 de enero de 1951]

¡Victoria, Fanny mía![428]

389 — Albert Camus a María Casares

Valence[429]*, 11 de la noche* [22 de enero de 1951]

Estas líneas son para tranquilizarte. El viaje hasta ahora ha ido bien. Mi joven efebo ha llegado en el último momento con una mozuela que se parece una barbaridad a Pitou, con la diferencia de que esta no habla prácticamente nunca. Pese a tan valiosa discreción, no brilla por su simpatía. Debe de ser del tipo callado, tan cómodo para los que o las que no tienen nada que ocultar más que el vacío. Pero el efebo, que me ha comunicado que estaba «como quien dice a punto de hacerse novio» de la mozuela, me ha rogado que no me diese por enterado, porque la mozuela tiene su dignidad. He pensado que este tipo de fauna bilingüe es el que te gusta. Y, generosamente, les he dejado esta noche las habitaciones con puerta comunicante. Te escribo con los ojos cargados de cansancio, pero de un cansancio bueno. No he dejado de llamarte durante este viaje. Estoy deseando saber cómo se presenta la obra. Pero me remuerde la conciencia

por haberte dicho tan mal cuánto me gustaste en Fanny. Es que me gustabas y te quería de verdad y la dicha y la admiración que hay en determinado amor me cerraba la boca. Te he visto muchas veces grande en escena, pero siempre en situaciones extremas. Resultaba ya muy infrecuente encontrar a una persona que hablase con tanta naturalidad el lenguaje de la tragedia. Pero es aún más infrecuente seguir siendo grande en la vida cotidiana y con recursos puros. Eso fue lo que expresaste ante ese público desesperante. Y si hice como que te llamaba «mi Fanny», lo que pensaba era «mi Maria»; te reconocía, deshaciéndome en felicidad al pensar en nuestro amor.

Buenas noches, querido amor mío. No tardarás en dejar el escenario. Y yo quiero dormir. Estoy triste, pero con una extraña fuerza que empieza a rebullirme por dentro. Piensa en nosotros, sé hermosa. Te beso en la boca, viva aún sobre la mía como ayer.

A.

390 — María Casares a Albert Camus

23 de enero [de 1951]

Querido amor mío:

Son las dos y media. Estoy sentada en la cama. Fuera hace un viento gris y frío. Esta mañana mascullé unas cuantas palabras en la radio a eso de las once y media después de estar esperando una hora. Al volver me entró el ataque. Ángeles me dio muchos besos. Juan me chilló con tono de cascarrabias: «¿Por qué lloras? ¡No hay que llorar!»,[430] y me di cuenta de que, efectivamente, no había motivo para llorar. Solo que tenía que relajar los nervios y llevaba desde ayer con un nudo en la garganta que quería

estallar. Ahora se acabó; todo vuelve a estar en orden; después de una buena noche todo irá bien. ¿Qué puedo decirte de la sesión de ayer?

Me enfrenté a una sala llena de gente estirada como «un soldadito valiente». Con la ayuda de los diversos ánimos que me daban, aguanté heroicamente hasta el cuarto acto. Por desgracia, en el segundo descanso el cansancio se adueñó de mis últimos fulgores y, aunque interpreté la última escena correctamente, eso no quita para que fallase en comparación con mis días buenos.

Al final del espectáculo, entre unos cuantos aplausos bastante tibios (mucho me temo que la obra ha pasado sin pena ni gloria), el grupo de estudiantes del que habíamos hablado se reunió delante del palco de la señora Colette y uno de ellos, juntando los índices y los pulgares, soltó su discurso de homenaje mientras la sala iba vaciándose despacio. Ramo de flores. Mirada de gata. Y nos tocó la vez a nosotros, los actores. Como una ristra de cebollas llegamos al palco de la Querida Gran Mujer y con corazón unánime nos paramos en la puerta. «Vosotros primero. ¡No! Vosotros. —¡No, hombre, no!, etc., etc.». Fotos, gritos, empujones, frescor, calor, órdenes varias, guiños llenos de sobreentendidos, agudezas y, sobre todo, cansancio… Colette puso empeño en que me quedase sola con ella para una «foto», como quien no quiere la cosa, por supuesto. Nos comparaban. Nos relacionaban. Nos parecíamos cada vez más. Me miró con recelo de gato siamés. Le devolví la mirada recelosa como un gato persa.

Me subí al camerino entre un barullo de gente que preguntaba delante de mí dónde estaba Casares. Tengo tanta personalidad que ya no me reconocen de cerca.

Vi a una Cocéa[431] entusiasmada, a un Blanchar[432] *hondamente* conmovido por mi interpretación, pero cuando le pregunté qué le parecía la

obra, me dijo que debería haber habido un descanso después del segundo acto, y solo uno.

En cuanto a detalles pintorescos, no faltaron. Te contaré uno: ¡Brûlé[433] vino a verme antes de la función para decirme que *iba a darme el pie*!

—¿El pie? Pero ¿está loco?

—¿Por qué? Crea ambiente.

—Pero yo no quiero. Solo me alteraría. Etc., etc.

Habría dado lo que fuera por que hubieras visto su cara de pasmo.

¿Te das cuenta de en qué punto estamos?

Acabo de hablar contigo y no tengo ya sino un deseo: besarte por todos lados.

Ahora voy a poder dormir y descansar un poco. Gracias, querido amor mío, hermoso rostro mío, bien amado mío. Ahora, en el agotamiento, echo de menos los brazos cálidos de mi compañero; mañana echaré de menos su hermosa mirada; luego echaré de menos…

¡Ah!, descansa y trabaja bien, cariño. En eso hallaré mi único consuelo. Recupérate. Aíslate. Olvídalo todo. Que nuestra morriña dé al menos buenos frutos. Te quiero. Te quiero tanto. No sabía que era capaz de una ternura tan grande, mayor aún —si cabe— que mi amor y mi pasión por ti. Me alegro mucho. Me alegro mucho de ti, de nosotros y hasta de nuestras luchas y de nuestras penas. Ánimo, querido amor mío. ¡Ánimo! Olvídalo todo. Lo que has sido. Lo que vas a ser. Lo que esperan o lo que no esperan de ti. Y di lo que te apetezca decir, sin restricciones. Pero que no se te olvide: sé bueno, generoso. Las palabras oportunas acuden cuando te estremeces en la cima más alta de la sensibilidad y de la inteligencia. Toma perspectiva. No te dejes arrastrar por la pasión afilada y agria de estos tiempos… Indulgencia, comprensión, simpatía, amor, amor. Y luego, como

se trata de un ensayo, ya esmaltarás, ya concentrarás, ya explicarás, ya te las apañarás con tu tremenda clarividencia.

Que no se te olvide, yérguete: mira todo desde la cumbre. Mira qué pequeño es todo. Libértate de todo. Adelante, cariño. Te espero abajo, diminuta, sin aliento.

Descansaremos juntos luego.

Te quiero

M. V

391 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 10 de la noche [24 de enero de 1951]

He llegado a las cinco, después de todo un día de viaje mientras llovía a más llover. Cabris estaba húmedo y lluvioso. De propina, no tenía la habitación espaciosa y adecuada para trabajar que había pedido. Estaba ocupada y me he vuelto a encontrar con la habitación-cuchitril del año pasado. No sé dónde poner los libros y los papeles. Solo la cama es grande y no me hace falta que sea grande para nada y le quita espacio a lo demás. Estaba tan chasqueado que me entraban ganas de marcharme a otro sitio y buscar un alojamiento decente.

Esta noche me voy resignando poco a poco y además me digo que, en resumidas cuentas, no tengo derecho a nada, lo que tengo que hacer es apañarme con lo que encuentre. Sobre todo, he encontrado tu carta, que no me esperaba y que me ha escanciado nueva ternura. Sí, intentaré trabajar. Pero ya te hablaré de ello en otra ocasión.

Están aquí Herbart y Martin du Gard, a quienes he vuelto a ver con

agrado. No me molestarán, solo los veré a la hora de las comidas, porque también han venido a trabajar.[434] En cuanto a la futura novia de mi joven efebo, se ha ido a casa de su madre y solo se le ha olvidado darme las gracias por haberla acarreado durante dos días. La generación esta no tiene corazón.

Esta nota era solo para anunciarte que he llegado en buen estado; si quiero que te llegue pronto tengo que echarla ahora mismo, con todos los besos del mundo y mi prolongado amor, querida mía.

A.

Gracias por haberme escrito tan deprisa, tierna mía.

392 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

25 de enero de 1951

Son las dos de la tarde; estoy en la cama porque me estoy cuidando una gripe incipiente. He comido en la cama al volver de mi viajecito a Joinville, adonde he tenido que ir esta mañana a las ocho para grabar el texto ampuloso que el señor de Ribemont[435] ha parido para ilustrar un documental muy bonito sobre la obra de Watteau.

Ayer no pude ponerte dos líneas. Madrugué y fui a la radio a las nueve. Me encontré allí a Blin, a Serreau y a Adamov, que se creyó en la obligación de regalarme un folleto sucio de *La gran y la pequeña maniobra*[436] con una dedicatoria rebuscada a lápiz: «Con *toda* mi admiración y *toda* mi simpatía». También estaban F[rançoise] Morhange, siempre turbia y viril, É[léonore] Hirt, evanescente, buena, servicial,

resignada, dignamente discreta, emocionada solo con oír tu nombre, y Médina.

Grabamos unos breves fragmentos de *Estado de sitio* y si R[oger] Blin, en Diego, tartamudeó muy correctamente, en cambio Médina, en Nada (¡!), impuso cada sí-la-ba con una tozudez, una energía y un brillo más allá de toda alabanza. La verdad es que la radio reserva grandes alegrías. Para terminar, dijimos en español Médina (el cambio de lengua no implica diferencia de talento), un joven andaluz criado en Francia desde que nació (bastaba con oírlo) y yo un fragmento de una obra de Valle-Inclán, subtitulado en francés después de cada frase con las voces de Éléonore y de Serreau. Inútil decirte el resultado de esa proeza radiofónica. Tenía que volver esta tarde al estudio para completarlo todo con una escena de *Hamlet* y el final de los *Cenci*, pero afortunadamente la gripe ha venido a impedirme que contribuya a ese hermoso esfuerzo dramático y musical.

En cuanto a la tarde, la pasé en la radio y en el teatro, donde disfrutamos de un intermedio de mucha calidad.

Se trataba de hacer cortes, pues todos estos caballeros, que toleran mal no tener éxito —costumbre difícil de adquirir—, han decidido hacer caso a todo el mundo y, más concretamente, a las críticas. Por desgracia, estas se parecen poco e incluso, muy a menudo, resultan opuestas. ¿Qué hay que hacer entonces?

Desde anteayer el desaliento había cundido por los pasillos y, cuando fui a presentar mis respetos a la señorita Perdrière,[437] la encontré radiante (¡no había leído *Le Monde*!), en compañía de los señores Brûlé, pálidos (¡ellos sí lo habían leído!). La señora peroraba: «Había que haber hecho esto y lo otro, actuar así y asá». Yo no quería ceder a los nervios y al enfado, íbamos a salir a escena, pero esa ducha fría antes de la primera función con público me parecía intolerable viniendo como venía de una

gente que, el día del ensayo general, no nos había ayudado ni con una rosa. A punto estuve de gritarle a la señora: «¡Vamos! ¡*Soldadito*, ahora o nunca es cuando hay que ponerse firmes!», pero afortunadamente su edad me cerró la boca. Me limité a decirle que no era «su hijita», que no tenía por qué oír nada de lo que ella tuviera que decir y que, dado que, en la parte artística, ella había elegido personalmente un director y múltiples actores, no tenía con ella sino relaciones administrativas.

En vista de lo cual, como Brûlé, para acabar de arreglar las cosas, reconocía que se había equivocado con la obra al creer que era buena y quería hacerme decir lo mismo que él, añadí que no consideraba mi punto de vista como una obcecación y que, pese a la opinión de R[obert] Kemp, a mí seguía gustándome *La segunda*.

Dicho esto, actuamos ante un público frío, con un André Luguet al que silbaron al salir de escena en el cuarto acto.

Ayer el ambiente había cambiado. Brûlé, en el mismo punto de la víspera, algo más verde quizá, no recobraba la sonrisa sino conmigo y, aunque Goudeket, Marchand y su mujer se relajaban al acercarme yo,[438] mis compañeros, en cambio, lucían en mi presencia una sonrisa crispada. Ese paisaje tan caro a Colette, el de los rostros humanos, no es que resultase muy grato de ver, y entre bastidores salía un olor a ropa interior sucia camuflado con agua de Colonia barata.

No voy a agobiarte contándote los detalles menudos captados al vuelo durante esa sesión de cortes. Has de saber sencillamente que salió todo a relucir, que todos abrieron su hatillo de desabrida amargura y que pocas veces me había sido dado presenciar semejante espectáculo.

Hélène [Perdrière] quiso renunciar a su papel porque no admitía «ciertas cosas»; como yo aceptaba no hablar de la pequeña Vivica, de Atalanta, etc., me aseguró que se trataba de un texto que, aunque lo dijera yo, tenía que

ver, por la tangente, con su personaje, y que, si a la apatía de Fanny se le mermaba una frase, Jane se convertía en una zorra y ella se negaba a seguir interpretándola. Al final, cuando dije tranquilamente que me daba igual decirlo o no decirlo, me soltó con cajas destempladas: «Pero ¡a mí no! Cada uno mira por lo suyo, ¿verdad?». Un «¡Oh!» escandalizado de Zorelli[439] le paró los pies. Todos, en el teatro, la víspera, habían preguntado por qué habían suprimido mi anuncio. Les contestaron que yo lo había pedido.

En cuanto a Luguet, no paraba de lamentarse de que hubieran cortado *precisamente* las frases durante las que se quitaba los zapatos y los calcetines y, aunque a Goudeket, en un momento de hartazgo, se le escapó un «pues menos mal» y él lo oyó, seguía buscando un momento anterior o posterior para llevar a cabo ese añorado juego de escena al que, a fin de cuentas, renunció. Por lo demás, no entendía lo que había querido decir Gautier acerca de su tono y, recordando los silbidos de la víspera, decía: «Ya veis, esto es muy grave. Le silban a Farou, no a mí. ¡Mi salida fue de actor, pero al personaje lo silbaron! Así que voy a permitirme cambiarlo, hacerlo más cómico para que parezca menos patán, opinéis lo que opinéis…». *Textual*.

En cuanto a Zorelli, le temblaban en los ojos dos lagrimones de perro bueno. Callaba mientras Paula Valmond —tu monstruito— protestaba escandalizada: «¡Nunca he imitado a Pauline Carton!».

Imagínate la cara del buenazo de L[éopold] Marchand enzarzado con la crítica, los directores, los actores, Colette y… un dolor de muelas que le había empezado por la noche. Imagínate a Goudeket, desconsolado, educado, sublevado, irónico. Y, en medio de todo eso, imagíname a mí, a quien dejaban de pronto aparte, como una forastera, impasible y muerta de cansancio y de asco.

¡Ay, esos jóvenes del cártel, tan ricos!

Por la noche llegó la distensión, pese a la recaudación baja que cada cual se encontró (como todas las noches) en su mesa de maquillaje.

Le dije a Hélène [Perdrière] que le guardaba rencor y, en vista de eso, dejé de guardárselo. Me afirmó que ella le había gritado a Brûlé. Luguet se reunió con nosotras, saludándonos con un «triunfadoras», los cortes que aligeran el primer acto lo han mejorado, el público ha estado bien y, por último, Hélène y yo hemos estado geniales al final del cuarto acto por primera vez desde los ensayos. Nos separamos amistosamente —al menos en las formas— para refugiarnos con regocijo en este día que esta noche nos ahorra el teatro de La Madeleine

En estas estamos, querido amor mío. En cuanto a lo demás, te mando los recortes de los periódicos que han salido hasta hoy,

Y ahora corramos el telón sobre esta aventura, ¿quieres?

Esta mañana, al volver a casa, me encontré tu primera carta, la que me mandaste desde Valence. Me ha hecho feliz porque noto que vas resucitando más o menos. También me ha hecho feliz porque he encontrado en ella tu amor y tiene cosas que no me cansaré nunca de oír. Lo verdadero está en el sol, en el cielo, en el mar, en algunas alegrías puras —las alegrías de los niños— y en ti, en nosotros. Lo demás es solo pintoresco. Poseemos lo mejor que existe, la seguridad de que nos basta con vernos, con hablarnos, con pensar uno en otro para que estalle la belleza en nosotros, entre nosotros, y sería un pecado rechazar o hacer de menos lo que se nos concede. Los pesares solo pueden empañar nuestra inmensa alegría. Apartémoslos. Desprendámonos de ellos. Disfrutemos, cariño; disfrutemos de nosotros y de todo cuanto amamos, no caigamos en malas nostalgias. No volvamos a decirnos: «Siempre tenemos que andar separándonos». Estamos unidos para siempre y solo debemos pensar en la hora del regreso. Solo cuenta una cosa: lo que lamentamos de forma irreparable el último día;

ahora bien, en ese momento no serán nuestras separaciones lo que lloremos, sino nuestras mutuas distracciones, las que en las horas de cansancio, de cerca o de lejos, nos hayan impedido amarnos y amar en la alegría o en el sufrimiento las cosas que nos importan. Así que no pensemos más en que estamos alejados. Tú mira alrededor, Cabris ahora mismo debe de estar bonito. París también está radiante. Estoy a gusto aquí, arropada en tu calor.

Te espero, despreocupada, con un alma de niña, sueños de niños, asombros y alegrías de niño. Incluso el espectáculo de la mediocridad se me vuelve un manantial de gratitud; al regresar a nuestro piso me da la impresión de estar pisando el paraíso.

Te quiero, querido amor mío. Te acompaño, velo por ti, por nosotros, por mí. Te quiero infinitamente. Trabaja. No escribas si no sientes la necesidad de hacerlo; en cuanto te eche demasiado de menos, pediré socorro y bastará con que me mandes unas cuantas líneas.

Descansa y trabaja, monje. Puedes olvidarte de mí en tu austeridad, tengo suficiente amor para dos.

MV

393 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 3 de la tarde [26 de enero de 1951]

Querido amor mío:

Ya estoy más o menos acomodado en el trabajo. He pedido que me subieran tres mesitas a mi habitación, las he colocado formando una herradura y, sentado en el centro, rodeado de mis notas y de mis enormes tomos, he iniciado la reconstrucción de este maldito ensayo. Desde ayer

estoy cumpliendo el horario que te resumo de una vez por todas, pues mi vida se va a volver tan monótona que si vuelves a leer a diario lo que viene a continuación sabrás cuanto haya que saber acerca de mí. Me levanto a las ocho; desayuno, me aseo, trabajo desde las nueve hasta las doce y media. Almuerzo. De una y media a tres y media, descanso, es decir, lectura o correo. De tres y media a siete y media, trabajo. Cena. De ocho y media a diez y media, trabajo. A la cama. Y vuelta a empezar. He recordado también tus recomendaciones sobre los paseos. Pero, si puedo meterme por completo en el trabajo, lo prefiero. El día en que me libere, mi vida volverá a transcurrir normalmente por fin y me ocuparé de mi cuerpo. Entonces me las apañaré enseguida. De momento, es un auténtico retiro, que la lluvia incesante vuelve más austero aún.

Acabo de leer en *Combat* la crítica de *La segunda*. Lo que tiene que ver contigo está bien, pero me parece injusta con la obra. Si los hombres la hubieran interpretado más decentemente se habría visto, al contrario, que es mejor que *Chéri*.[440] Dicho lo cual, estoy deseando saber más. Tu buena carta, que me encontré al llegar, me ha caldeado el corazón, pero lo necesitaba, lo necesito, y espero recibir más. Sobre todo cuéntame tus días, estoy sediento de tu tiempo.

Por lo demás, quiero olvidarme de todo menos de mi decisión de acabar lo que he empezado. No temas nada, resistiré a la espantosa pasión que se respira en estos tiempos. No es tampoco la verdad lo que temo y la diré tranquilamente si es posible. Lo único que temo es no estar en posesión de ella o, por lo menos, engañarme. La inteligencia no es nada sin la valentía. Pero sin inteligencia, la valentía es una vileza o una frivolidad. Sí, solo temo no estar a la altura de mi tarea. Pero lo sabré cuando llegue al final de esa tarea.

Se me olvidó darte la postal para Feli (1). Pero voy a ver si puedo

mandarle mimosas desde aquí. También voy a escribir a Brûlé, como me has sugerido (no se me habría ocurrido a mí solo, ya ves lo torpe que estoy). Espero que, en contra de lo que me parece, la obra aguante por lo menos hasta el verano y que, por esa parte al menos, no tengas preocupaciones. ¡Otra larga y dura ausencia! Pero te he traído a mi retiro, aún más estrechamente abrazada, decididamente mía, y todo cuanto hago lo hago contigo, amiga mía, amor mío. Te beso y te quiero. A.

Una foto, por favor, para la celda del pobre monje. ¡Y recuerdos al fauno! [441]

(1) Vuelve a decirme el apellido: ¿López de qué?

Avenida de Henri-Martin, 78 *bis* (¿?).

394 — María Casares a Albert Camus

Domingo 28 [de enero de 1951]

Engullen los días los estudios de la radio, el teatro y mi cama, en la que me meto en cuanto puedo para recuperar las horas de sueño que me faltan. Vivo para el momento presente, en plena inconsciencia, en pleno duermevela.

Los programas crecen, sobre Kafka, sobre Lorca, sobre las criaturas picassianas, etc., y todavía no me atrevo a rechazarlos por temor a que la obra fracase por culpa de las críticas.

En el teatro, sin embargo, van subiendo las recaudaciones y se apaciguan los nervios. El viernes hicimos 25.000 francos más que el miércoles, anoche llegamos a los 360.000 y la venta de localidades para la función de tarde de hoy se anuncia brillante. Los cortes, el haber apretado las clavijas en

general, el nuevo-estilo-Farou, unos cuantos cambios en la dirección han aligerado el espectáculo y el público parece contento. Ya veremos.

En cualquier caso, Brûlé, su mujer y su principito han recobrado la sonrisa iluminada: entre bastidores todo ha vuelto a la normalidad.

Mi falta material de tiempo me impide ver a mucha gente y me cuesta tenerte al tanto de los últimos acontecimientos sociales. Me limito a informarte de lo que sé por compañeros de micrófono. Éléonore [Hirt] me ha confirmado lo que se dice acerca de S[imone] Valère y Desailly.[442] Aquella ha dejado a su marido para vivir con este, quien se ha separado de su mujercita y de sus dos hijos. Tal es el resultado de la gira por Sudamérica y de un matrimonio de dos personas demasiado jóvenes para verlas venir.

Simone Signoret ha tenido un aborto. El niño estaba demasiado alto. Está ingresada, enferma y triste. He visto a Montand, muy decepcionado y deprimido.[443]

Gérard Philipe está montando para la radio la última obra de Lorca, *Así que pasen cinco años*…[444] Ha añadido texto suyo y ha cortado algunas escenas que le parecían superfluas, para la dirección técnica ha escogido a un director de programa que brilla por su ausencia; se encarga él de todo el trabajo y es cosa de oír su tono de amo cuando interrumpe una escena para decir: «A ver… a ver…», me gustaría tomarme a broma algunos ruidos, algunos gruñidos que indican la presencia del «jugador de rugby». Corre a su cargo también el papel principal y no se priva de meterse con un actor joven cuya voz le parece que se pasa un poco de grave. Yo, cuando acabó la primera sesión, no conseguía cerrar la boca, que tenía abierta de par en par desde el principio.

Dicho lo cual, él no tiene mucha culpa; es a los demás, a quienes lo rodean y se burlan a sus espaldas, a quienes habría que censurar.

La semana que viene también va a ser dura; mañana, por ejemplo, me

tiene pillada Kafka, en compañía de Adamov, su mujer, Blin, etc., de nueve a una y de las dos a las seis de la tarde; así que no me va a dar tiempo a escribirte. Me esperan más programas, y además he empezado a aceptar comidas, con los Quéant, los Bouquet, Michel Lemoine, los Laporte,[445] etc.

Casi no veo a Pierre [Reynal], que está ocupado cuando estoy libre y libre cuando estoy ocupada.

En casa todo va bien. Ángeles y Juan están entusiasmados con mi éxito, la calefacción se va normalizando, pero esta mañana reventó un grifo en el quinto y todo el piso de abajo está inundado. Han cortado el agua en toda la casa y tenemos la esperanza de que mañana se solucione todo.

En esas andamos.

Desde el punto de vista de la salud, creo que he sofocado el inicio de gripe y, dentro de un mes, me tomaré otra caja de Activarol para prevenir el cansancio de los últimos tiempos.

En cuanto a lo demás, no existe. Por la noche, cuando regreso, intento con todas mis fuerzas volver a mi ser, aislarme, reunirme un poco conmigo misma, recomponerme. En vano. Demasiado cansada, me quedo dormida mientras me esfuerzo. Por cierto que puede que sea lo mejor por ahora.

¿Y tú, querido amor mío? ¿Has podido apañártelas con tu cuartito y con la lluvia? ¿Has empezado a trabajar? Me alegro de que tengas cerca a Herbart y a Martin du Gard, no son mala compañía; a lo mejor son incluso la única compañía que puedes necesitar para relajarte sin distraerte del trabajo.

Ayer vi a Marcelle Auclair (fui a tomar algo a su casa); desde que escribió la vida de santa Teresa tiene la mirada untuosa, la glándula lagrimal caritativa y la boca en forma de cuarto creciente. La sonrisa le huele a eterna beatitud y los modales, a incienso. Según dice, ella solo ha

colaborado en la redacción del libro, porque el peso del trabajo lo ha llevado la santa en persona. ¿No podrías tú, oh monje, invocar a Sade, por ejemplo, y dejar que su pluma te llevase a su aire? Piénsatelo. Eso sí, luego, antes de volver, intenta olvidar. Yo soy partidaria de las voluptuosidades suaves.

No sé qué más decirte. Ignoro en qué estado estás y no quiero escandalizar cualquier hipersensibilidad que tengas.

Te mando aparte la continuación de los recortes de los periódicos que he podido conseguir. Más adelante, te enviaré algunas fotos de la obra para que me tengas, sonriente, a tu lado.

Te quiero en cada momento, en cada cosa que miro, que toco. Te quiero en todas mis alegrías, y siempre estás aquí, para calmar mis rabias y mis penas, te espero, tranquilamente, pacientemente (¡algo impacientemente también ya!), feliz por conservarte dentro de mí tan perfectamente.

Olvídame, pero no me olvides. Aíslate, pero haz que pueble tu soledad, tu silencio. Trabaja y descansa. Te beso la boca lozana, los hermosos ojos, la frente luminosa, la bonita nariz, las manos pálidas y suaves… tan suaves… Amor mío,

M
V

395 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[28 de enero de 1951]

Como habíamos quedado, te mando novedades de la obra. Por lo visto, Paul-Louis Mignon ha anunciado para mañana su crítica de *La segunda* y

hoy se ha limitado a hablar casi exclusivamente de mí. Las palabras que me han repetido: «Notable» y «Una gatita muy mona».

Personalmente, no he oído nada.

V

396 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo, 3 de la tarde [28 de enero de 1951]

Querido, bueno, dulce, gran amor mío, tu carta de ayer me ha dejado una calidez que me ha acompañado hasta ahora. No la había entendido del todo porque la leí, claro, antes que los recortes. Después de haberme tragado esa bazofia de literatura, lo he entendido. ¡Ay, generosa mía, hay que entenderlo! Hay personas que no pueden prescindir del éxito y quienes, por lo demás, mejoran con el éxito. Es que no tienen nada, los pobres. ¡Piénsalo! Armand con éxito tiene un pasar. Pero ¿sin éxito? Digo Armand no por él en sí, sino por lo que representa pese a todo. Y eso que se trata del mejor artículo, me estoy imaginando los otros. Me reía yo solo (risa de amor, ¡qué dulce!) al pensar en la cara de toda esa gente al enterarse de que habías renunciado a tu anuncio. Es el estilo castellano, claro, pero los hidalgos no abundan.

Dicho lo cual, me contraría de verdad la acogida que ha tenido la obra. Tengo la esperanza de que el público vaya pese a todo, estáis todos vosotros, y Colette, eso debería bastar. El artículo de [Thierry] Maulnier en *Combat* era generoso, ¿no? Lo esencial, a decir verdad, es que todo el mundo haya reconocido lo que tú habías hecho.

Descansa ahora, amor mío, bien te lo has ganado. Bien puedo decirte

ahora que he pasado miedo por ti. Tenía seguridad en lo que fueras a hacer, pero conozco a nuestros jueces y sé que no les gusta que los perturben en las cositas que piensan. Era una partida difícil, regiamente ganada. Si la obra no aguanta, tendrás problemas con el dinero, pero lo esencial se ha salvado. Ya nos apañaremos. Beso apasionadamente tu cara de victoria derrengada, el de la noche del ensayo general de *Los justos*, mi Dora querida.

En lo que a mí se refiere, estoy por completo, y como quería, metido en mi trabajo. Desde el jueves estoy trabajando con la cadencia de diez horas diarias sin interrupción. Ni siquiera quiero saber cuánto vale lo que sale y lo que saldrá. Me siento en buena forma y espero aguantar hasta el final. Pero es algo que me empobrece para todo lo demás. Solo vive mi amor por ti, pero lo caldea la certidumbre, me hace feliz continuamente.

Si transcurren un día o dos sin cartas, eso indica que trabajaré. Pero estoy tranquilo. Cuando me he quedado un día sin escribirte, no puedo estarme quieto, tengo que hablarte. Sobre todo no me compadezcas. Tengo contigo toda la suerte que se puede tener. Escribe. Cuenta como tú sabes hacerlo. Te quiero, querida mía, negra mía, y beso tu hermoso cuerpo, dulce como las lágrimas a veces, ¿te acuerdas? Hasta pronto, te espero.

A.

Incluyo unos sellos para Angèle con mil recuerdos para ella y para Juan; y para el fauno. ¿Tengo que devolverte los recortes?

El teléfono de aquí es el 3 de Cabris, a las horas de las comidas. Pero ¡está en la sala principal, por desgracia! Es en caso de urgencia.

Miércoles, 3 de la tarde [31 de enero de 1951]

Me sentía muy feliz hace un rato al oírte por teléfono, querido amor mío. Pese a tu voz triste y al cielo enfurruñado que me imaginaba en tus ventanas. La verdad es que trabajas demasiado y si la obra parece que va saliendo adelante deberías decir que no a todas las radios durante un mes. Por lo demás, estoy seguro de que les saldrá más barato seguir con la obra hasta junio, incluso con recaudaciones mediocres, que montar tan tarde una nueva creación. Pregunta a [André] Brûlé qué intenciones tiene y si dice que quiere aguantar hasta junio, dedica tus días a descansar, a reorganizarte un poco y a ponerte guapa. Piensa también, en tal caso, en el pobre desterrado que cumple con regularidad con la tarea cotidiana y, después de diez horas de trabajo, lamenta no poder trabajar más para olvidar la nostalgia y la quemazón de los recuerdos. Es la temporada mala, querida Aricia,[446] las noches son incómodas, pero por lo visto va a nevar y a hacer más frío aún; eso me dará un respiro.

Ayer recibí tu carta, viva y dulce. Gracias a ti sé lo esencial de la vida parisina. Siento la caída del fontanerito, pero seguramente la culpa la tienen los americanos. Lo siento por Nicole Desailly, era encantadora. Pero es que Simone era tan oscilante que con el primer viento de tormenta tenía que desprenderse del árbol (en cuestiones de tormenta, Jean D[essailly] es más bien una suave brisa de atardecer). Está visto que la pasión dirige el mundo. Pero no consigo tomarme todo eso en serio. En cuanto a Gérard [Philipe], por mí que se vaya a la mierda.

Aquí hay la paz total y monótona de los días de trabajo. Una única infracción: Robert [Jaussaud] vino a cenar anoche y se ha marchado esta mañana muy temprano, una mañana espléndida. Cuando se fue, abrí las ventanas y me instalé para trabajar con un sol resplandeciente y frío. Los

prados estaban cubiertos de escarcha, pero el cielo deslumbraba. Algo resucitaba en mí y ha estado rebullendo despacio hasta la hora de comer. Por eso he debido de parecer torpe y feliz por teléfono. Esta tarde se me está volviendo a ennegrecer el corazón, pero voy a volver a mi mesa de galeote.

Qué felicidad sería tenerte aquí, tengo una cama inmensa y tú estarías echada en ella, leyendo, mientras yo trabajaba. ¡Ay, cuánto me gustaría! La hora en que cae la noche no sería ya tan opresiva. Significaría que se acerca el calor verdadero, el libro cerrado, los cuerpos que se apoyan uno en otro. Dulce mía, tu ausencia duele. Pero pienso en ti y te quiero, espero tu hermoso rostro, que beso con cuidado, al filo del sueño, para que me lleves contigo en tu noche.

A.

398 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Miércoles 31 [de enero de 1951]

Querido amor mío:

Llevo queriendo escribirte desde anteayer, después de esa llamada en la que no me dieron oportunidad de hablarte con libertad ni por un instante. Ayer recibí tu carta, tu hermosa carta del domingo, y todavía estoy maravillada. Sí, tienes el gran poder de maravillarme de pronto y en todas las ocasiones me quedo trastornada de felicidad y de amor.

Por desgracia he tenido que esperar pacientemente a esta mañana y hablarte, al despertarme, como es posible hacerlo cuando una está medio dormida.

El lunes pasé uno de esos días vacíos y tontos que me horrorizan. Me levanté a las siete y media para ir a la radio, me di cuenta demasiado tarde de que me había confundido de día y de que no tenía nada que hacer en el estudio. Así que me volví a meter en la cama e intenté en vano dormirme otra vez. Solo conseguí tener unas pesadillas espantosas que seguramente contribuyeron a enturbiar el resto del día.

Por la noche, me sentía fofa y, como había poco público, trabajé regular. Al volver, leí un poco (sigo con Tolstói) y me acosté; ayer vinieron a comer a casa los Quéant y Reynal. Es un espectáculo que consterna el presenciar el desmoronamiento, lento, pero seguro, de todas esas parejas jóvenes que se casaron demasiado pronto y son incapaces, mal que les pese, de atender a sus propias necesidades y a las de sus hijos. Gilles ha adelgazado mucho; y lo he notado más triste que un día sin pan (nunca mejor dicho), y su mujer, tan locuela antes, está ahora mohína como una corza acorralada. Voy a ir a cenar a su casa el jueves e intentaré ayudarlos lo mejor que pueda ocupándome de mi ahijada algo más de lo que me he ocupado hasta ahora.

Tras una nueva sesión Lorca —más espontáneamente sencilla que la primera—, después de cenar en mi casa, me fui al teatro, donde nos quedaba por delante una representación dura de pelar. Grababan el espectáculo para echarlo en emisión diferida e intentar volver a ganarse así los favores del público. Se trataba, por consiguiente, de estar impecables.

Había 150.000 francos de recaudación, pero la sala estaba a rebosar. Se había hecho lo necesario para ello. En lo que a mí se refiere, había invitado a veintidós personas, entre las que estaba la colonia española.

No sé qué tal trabajamos. Por lo que dicen los ecos de después, solo yo aguanté el tipo. Luguet estuvo con la bragueta medio abierta, el niño estuvo más feo que de costumbre, Zorelli se afincó, la niña también, y Hélène [Perdrière] puso su expresión almibarada. Pero sigo creyendo, pese a todo,

que el personaje más logrado era el público. Rebasó la perfección. ¡Todas las entradas de los actores…! ¡Muchas de las salidas…! Y no puedo por menos de describir el ENTUSIASMO al final de cada acto. Llamadas para salir a saludar que no se acababan nunca… Hasta gritos.

Yo no pude aguantar la risa. Cuando, al saludar, volvía a alzar la cabeza, la mirada se me quedaba prendida invariablemente en alguna cara conocida y veía un par de manos encarnadas del esfuerzo y unos ojos tensos, fijos, concentrados en los aplausos requeridos. Allá, Gilles [Quéant] sacudía el interminable cuerpo, secundado por su mujer a todo trapo. Acá Stella Dassas y Pierre [Reynal] metían más ruido ellos solos que la sala del Chaillot repleta al final de cualquier concierto. Muy cerca, los Jiménez insistían. A la derecha, la paisana de Ángeles, Encarna y Regina estaban rojas de cansancio. Y, en el centro, ocupando una fila por lo menos, la familia de Pepita y la propia Pepita le añadían al conjunto la sangre y el fervor de España entera.

¡Pobres! No sabían ni unos ni otros que en la radio solo se piensa en la obra y que cortan precisamente cuando empiezan los aplausos.

En fin, todo transcurrió bien y… no nos trabucamos. ¡Es lo esencial! Después del espectáculo, fui por primera vez desde hacía muchísimos días a tomar algo allí al lado, con mis invitados. Me encontré, naturalmente, con Paul [Œttly] completamente borracho.

Pierre me ha dado el programa, que yo no había visto, y me ha rogado que te haga llegar de su parte esas dos páginas para que las enmarques y las pongas en el tablón de trabajo en tu próxima obra.

Me hace feliz, cariño, saberte por fin metido en tu trabajo. Muy feliz. En tu penúltima carta me decías que la valentía sin inteligencia no es sino vileza o frivolidad; no hacía falta, me parece. Cuando te hablo, lo hago a una altura en que lo vil y lo frívolo no hallan ya lugar. Me gustaría que te

acostumbraras conmigo a dar de lado algunas cosas que no pueden afectarte.

¡Ay!, ¡estoy harta! Desde que he empezado esta carta no han dejado de interrumpirme. Teléfono, Ángeles, Juan, Pierre. ¡Qué barbaridad, qué harta estoy de todos!

Perdona, amor mío. Indulgencia, paciencia, comprensión, simpatía.

Te hablaré de mi corazón esta noche o mañana. Me resulta imposible seguir escribiéndote en estas condiciones.

¡Te quiero!

M

V

Tengo paciencia, pero me irritan.

399 — Albert Camus a María Casares

Jueves, 3 de la tarde [1 de febrero de 1951]

Dulce amiga, vuestra carta de ayer, llegada hoy, era muy nerviosa, pero daba gusto leerla, sin embargo. Y además venían esas bonitas fotos con las que se me hace la boca agua. En cuanto al texto de Luguet, ya lo había saboreado en el ensayo con vestuario. Es un hombre lúcido. Mi «bonita boca» sale muy desangelada en esas fotos. ¿Estás completamente segura de que no han influido en tu elección unos cuantos pensamientos bajos? En cualquier caso, voy a usar las tijeras para quedarme solo con mi Fanny. En vista de lo cual, mi cuarto desnudo se va a volver suntuoso.

No entiendo bien tu reacción a mi disertación sobre la valentía y la

inteligencia. Por supuesto es a mí a quien me dirijo, hablaba en voz alta delante de ti. Importancia: cero.

Cuando sepas las intenciones de Brûlé, cuéntamelas. No deja de preocuparme esa unanimidad de la crítica y no me gustaría saber que te fastidian esas cuestiones estúpidas. También es verdad que por otra parte… Pero acallemos nuestras imaginaciones.

Aquí desde hace dos días hace bueno, y es algo que ayuda. Lo necesito, a decir verdad. Sigo trabajando a lo bruto, pero creo que estoy cansado de este mundo de alaridos y de odio, de lógica seca y de convulsionarios en que estoy metido. Estoy harto de esos héroes inútiles, de esos pensadores enfermos de orgullo, de esos asesinos y de esos polizontes. Cuando acabe con esto, me pondré enfermo, seguro. A menos que tras escribir la última línea, me vaya a soltar una buena vomitona contra una pared soleada para poder olvidar, y reír y entender sin darme importancia, y amar en la mañana, en la ternura, en la amistad. Pero, de momento, tiene uno que andar por el infierno y tomarse en serio. Así que ya entiendes cómo todo me remite a ti y a esa parte de nosotros que es alegría cómplice, risas relajadas, voluptuosidades agradecidas, entrega. ¡Ay, si luego pudiéramos tomarnos aquí unas vacaciones, sin que tuviera que volver enseguida a París, a su cielo triste y a sus convulsiones! Pero aparto de mí cualquier pensamiento, cualquier anticipación. Solo tiendo a acabar y a liberarme. Y es una suerte, una gran, una incalculable suerte el haber podido ponerme así a ello y sumergirme en ello sin perder un minuto. Sin eso, no sé qué sería de mí.

Dulce mía, amiga mía, te hago todas las noches un sitio a mi lado. Es el sitio de la felicidad, del olvido, de la carne tibia y tersa. Volverás a ocuparlo, ¿verdad? Me miras en esa foto, con un mechón cayendo encima del ojo…

¡Amor mío, si supieras cómo se te ama!

A.

400 — María Casares a Albert Camus

Jueves, 1 de febrero [de 1951]

Querido amor mío:

Son las seis de la tarde y aprovecho una hora libre para contarte todo lo que ha ocurrido desde anteayer, ya que mañana no me dará tiempo más que a añadir unas cuantas frases a lo demás.

Te ahorro las múltiples descripciones de las eternas sesiones de radio.

Una lástima, por lo demás. Ayer empecé una, que se llama *Sátira en tres tiempos* y ha escrito Robert Mallet, de la que merecería la pena hablar. Te cito los nombres de los personajes:

El cronólogo oficial

El hombre del mañana (Bouquet)

El hombre de ayer (Ivernel)

El hombre de hoy

La criatura esteatopigia (J[acqueline] Morane)

La criatura filiforme (Marcelle Tassencourt)

El eterno femenino (J[eanne] Moreau)

y la criatura picassiana (yo)

Creo que con esto te bastará. Me pregunto por qué Thierry Maulnier ha consentido en presentar esta caricatura de farsa vulgar y pretenciosa.

A otra cosa. En el teatro, las recaudaciones bajan. El martes hicimos 132.000 francos y el miércoles, 122.000. Según pasa el tiempo, crece la angustia y se afinca el desánimo. Aunque es fácil, e incluso agradable,

representar una tragedia ante la cuarta parte de una sala, cuesta, créeme, presentar *La segunda* ante un público limitado y que parecería pintado si al final de la obra no lo viéramos ponerse de pie para irse.

Incluso los aplausos, al final de cada acto, parecen grabados aparte.

En cuanto a los bastidores, aunque ayer nos ahorramos las caras de los Brûlé, no se nos perdonó la del gerente, que es todavía, si cabe, más amarga y más siniestra. En fin, estamos todos esperando que acabe la semana. El domingo por la noche nuestro director tiene que decirnos si decide parar dentro de un mes, por la Pascua… o por la Trinidad (¡!).

De todas formas, no te preocupes por mí. Mi ángel vela y ya ha hecho que sonase el teléfono para las buenas noticias. Por lo visto se va a hacer por fin *A puerta cerrada* y, por otro lado, me proponen para el mes de mayo interpretar la obra de Sartre en el teatro Antoine, junto con Brasseur y Vitold, con dirección de Jouvet.[447] Este me da miedo. Siempre me ha asustado un poco su toque de cartón piedra y hombre lunar; pero intentaré adaptarme. En cuanto a la obra, Sartre tiene que danos una primera lectura el 9 de febrero, pero en cualquier caso sí que debe de ser de cierta categoría.

Ya solo me queda esperar el veredicto de Brûlé y tomarme, si todo se arregla, dos cajas de Activarol, en vez de una, para no desfallecer.

Hoy he ido a comer a casa de los argelinos. Pues ¡sí! Pierre Cardinal[448] y señora.

Me llevó Michel Lemoine. Curioso muchacho, que me inspira, ¡ay!, la sospecha horrible. Habla muy alto con la voz en la careta… posterior (¡lo es y se oye!) y, cuando se le ha terminado todo el vocabulario de incensar, exclama: «No es un hombre de cine. Es EL CINE» o, hablando de Van Gogh: «No es un pintor. Es LA PINTURA». El resto del tiempo se calla y concentra tras los ojos de corza muy abiertos todas sus fuerzas de entusiasmo… imposible de expresar.

En cuanto a Cardinal, es un argelino como he visto pocos hasta hoy. De entrada, parece tratarse de un médico que ha elegido la medicina porque tenía buena memoria, era sensible y se creía inteligente. Largo, flaco, moreno y pálido, de aspecto algo enfermizo. Gafas y una frente amplia y despejada, pero un tanto huidizo. Tímido. Sin pretensiones. Repleto de fe.

Su mujer. La clásica argelina, mediana, alta, lozana, morena, vivaracha… un poco de más incluso y, ¿cómo lo diría yo?, no muy inteligente.

Un conjunto simpático, acogedor, agradable.

Después de la comida, Pierre Cardinal leyó su guion. Se trata de una adaptación de *Fedra*, pero muy alejada.

La acción transcurre en la casba de Argel, Fedra es una española beata y se llama Maria; Hipólito es un argelino tuberculoso y se llama Michel.

La cosa cambia, claro. Cambia mucho la idea que se ha hecho uno de los personajes, pero, si nos olvidamos de Racine y de Grecia, no resulta tan mal. Hay consistencia, hallazgos, situaciones y la preocupación por darles al sol y a la luz un papel importante.

Si se llega a rodar, este verano tendré que meterme en el cuerpo dos semanas en Argel en el mes de agosto y la tercera caja de Activarol.

Pero no perdamos los nervios. Proyectos, proyectos y nada seguro todavía. Esperemos.

Y a lo que estábamos. Ahora me voy a casa de los Quéant.

Mañana por la mañana, antes de ver a los Bouquet, te contaré mi velada de hoy. Buenas noches, querido amor mío. Hace un rato, cuando Cardinal daba rienda suelta a su acento argelino, al leer el texto de los personajes secundarios, me derretía literalmente de ternura y de nostalgia. Seguro que mi opinión lo ha acusado, por cierto. Tengo que releer ese texto en frío.

Te quiero. Duerme, querido amor mío.

Viernes, 6 de la tarde [2 de febrero de 1951]

Esta mañana, demasiado atontada para escribir dos palabras seguidas, decidí esperar a que se me aclarasen las ideas y renunciar por hoy a mandarte esta carta. Me acosté muy tarde, a las tres y media de la madrugada, después de una cena en casa de los Quéant, simpáticos, pero tristones, y de un remate de salida nocturna abominable en La Rose Rouge, donde Nico tuvo la buena idea de invitarnos al darse más o menos cuenta de que, de los tres hombres presentes, Gilles [Quéant], Pierre [Reynal] y un tal Fred, ni uno tenía un céntimo.

El espectáculo no es más que un refrito de todo lo que hemos visto ya en ese mismo sitio, y el aire es irrespirable. Llegamos a las once de la noche, en metro y a pata, muertos de frío y sin resuello. Todo estaba ya ocupado y nos colocaron en algo así como un armario que está, a un nivel más alto, al fondo de la sala, y nos apiñamos seis en un espacio que debería haber sido para dos personas. Scotch, Yves Robert, sombras chinescas, aventuras de Fantomas, caras de gente desconocida, asfixia, asfixia… Me ahogaba. En cuanto cayó el telón sobre la última sombra del protagonista, nos abalanzamos fuera dejándonos olvidados guantes, bufandas, etc. ¡Uf!

Hoy han venido los Bouquet a comer a casa. Ariane peroraba un tanto, pero definitivamente me gustan.

A las cuatro me fui a la radio, a otra sesión Lorca.

Mañana por la mañana volveré a encarnar a la criatura picassiana y luego estoy invitada a casa de Léopold Marchand a una comida que la recaudación de esta noche convertirá en alegre o en melancólica.

Empiezo a estar cansada y diré incluso que un tanto irritada. Menos mal que a partir del miércoles que viene me dará tiempo a recuperar el resuello.

Va a haber menos programas y, si se hace la obra de Sartre, me las arreglaré para espaciarlos mucho.

Esta mañana recibí tu carta del miércoles. Me ha devuelto el valor, que me iba dando un poco de lado. Era clara y confiada. Me ha hablado de una parte de ti que casi se había convertido en un recuerdo.

Aricia se ha quejado esta noche por primera vez; al menos que yo sepa. Ha debido de quejarse mucho por lo demás para que la haya oído, porque tanto ajetreo me deja sorda para todo. ¡Le dolía tanto! Para calmarla le he hecho promesas alocadas… pero estaba demasiado impaciente para que pudiera hacerla entrar en razón. Con lo cual se me ha ocurrido otra adaptación de Fedra que no tenía nada que ver con la de Cardinal.

Si se acabase la obra antes de que volvieras, iría a pasar unos días contigo. Ya hablaremos de eso el lunes.

Bueno, querido amor mío, te dejo. Tengo que cenar y me largo al teatro. No me tengas en cuenta que te hable de exteriores y de deseo. Me falta tiempo para ser algo que no sea sino exteriores y deseo. Vale más así seguramente.

El nombre y las señas de Feli: Feliciana López de Dom Pablo, avenida de Henri-Martin, 78 *bis*.

Vehementes recuerdos de Ángeles, de Juan, del fauno, de Michel y de Ariane [Bouquet].

Míos también, vehementes y respetuosos. Le beso la mano al monje y censuro continuamente a Aricia por sus arrebatos fuera de lugar.

V

Adjunto recortes. Una vez más y siempre recortes.

Te beso, querido amor mío, con todas las fuerzas apasionadas que me

paso de la mañana a la noche reprimiendo.

¡Ay!, cuánta actividad. ¡Yo, que estoy hecha para la contemplación!

401 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 9 de la noche [2 de febrero de 1951]

Querido amor mío:

Las cosas van menos bien esta noche. Por primera vez desde hace diez días dejo de trabajar y me voy a la cama sin seguir hasta las once. Es verdad que, como se me apagó el fuego, me cogí un catarro esta tarde y estoy atontado. Espero que también sea esa la explicación de esta ola negra que se ha presentado en cuanto dejé de trabajar. Me entraron ganas de mandarlo todo a paseo y de correr a tu lado.

Y eso que no puedo quejarme. Llevo ya dos días de adelanto sobre al programa que me había hecho. Las hojas grandes cubiertas con una letra prieta empiezan a amontonarse y, en resumidas cuentas, he hecho lo que me había prometido hacer. Pero es que además estos días sin ti me parecen una estupidez y, dejando el trabajo aparte, me noto espantosamente pobre y reseco. Es verdad que hoy era un día sin carta y, a veces, se me va la cabeza imaginándote. Ahora mismo estás actuando, es todo cuanto sé. Es poco para esta especie de amor ávido que abre las fauces sin parar, exterior a mí, durante los largos días que paso ante mi mesa.

Pero no voy a agobiarte con mi estado de ánimo. Hoy ha sido un día maravilloso, azul y tierno, frío, pero luminoso. Tengo la ventana delante de la mesa y una muchedumbre de cipreses que van cuesta abajo hasta el valle, muy allá. A mi izquierda tu foto y la de Kaliáyev, que he puesto ahí para

impedir que se me olviden algunas cosas con el asco que me dan otras. A mi derecha, la estufa y, encima de la chimenea, mis libros. Detrás de mí, la cama, demasiado grande. La luz y el sol se han pasado el día entrando a raudales. Pensaba en nosotros, en Ermenonville, en el sol en tu cuerpo. Enseguida descartaba todo eso y volvía al papel.

Esta noche solo veo melancolía en tu cara (es la foto en tu casa, en el salón), y al otro, al que van a colgar. Te quiero, tengo el corazón lleno de ti, enfermo de ausencia, hambriento de tu ternura. Pero ¡qué grande es la Francia esta, tantas horas, tantas horas que nos separan! Te lo ruego, escríbeme con tanta frecuencia como puedas. Y, sin que eso te impida vivir, no te olvides de mí demasiado mientras tanto. Y perdona a tu estúpido amigo esta carta tan poco sensata. Todo irá bien mañana, por lo demás, lo sé, igual que estoy seguro de acabar mi tarea aquí y de volver a reunirme contigo por fin un día cercano, un día dulce y fuerte como tu mano querida… Te quiero, más, te beso, siempre; guapa mía, amor mío, hermoso deseo mío. Es tan duro dejarte…

A.

Sábado, 9 de la mañana [3 de febrero de 1951]

Cuatro líneas por la mañana antes de volver al trabajo y para equilibrar esta carta lamentable, auténtico producto de última hora del día. La mañana se anuncia muy hermosa y voy a ponerme a trabajar ahora mismo. Estoy un poco atontado porque no he dormido bien (duermo una noche de cada tres, entera quiero decir), pero se me irá pasando poco a poco. Ni la mínima señal de catarro, se oye ya el crepitar del fuego y aquí están los papeles, esperándome. Para aguantar aquí y seguir adelante, hay que dar de lado todas las imaginaciones. Ayer, catarro mediante, no puse en práctica esa

disciplina y la cosa iba mal. Te echaba de menos, eso era lo que pasaba, así de tonto.

Ahora mismo estás durmiendo, seguro. Qué tibieza debe de haber en tu habitación con colores de selva virgen. «¿Cuándo estarán colgando mi chaqueta y tu falda del mismo clavo?».

A.

402 —María Casares a Albert Camus

Domingo por la mañana,
4 de febrero [de 1951]

Todavía no estoy muy despierta. Fuera sopla el viento y el cielo no está para dar ánimos; pero algo nuevo echa al alma de esta habitación. Bien, creo que es el anuncio de la primavera. Desde hace unos días, la planta que puse en la mesita azul del salón le saca todo el provecho que puede. Está a reventar por todos lados y unos esquejes nuevos que puse brotan y tienen ya alrededor de diez centímetros de altura.

Cuando me di cuenta, le pedí a Juan que subiera del sótano los rosales, por temor a que se asfixiaran sin luz. Todas las ramas están llenas de brotecitos, de capullitos blancos y tiernos. Figúrate mi alegría. Nunca habría creído que un jardín de pega pudiera tener tantos bríos a principios del mes de febrero.

Por lo demás, he conseguido dormir muy bien estas dos últimas noches, tengo una pinta de niña de diez años (según los Brûlé) y pensar en volver a vivir una primavera y un verano me enajena literalmente.

Cabris debe de estar muy hermoso y es cierto que unos cuantos días de

vacaciones juntos después del peso de tu trabajo serían una felicidad… Pero vamos a calmarnos. Esta semana las recaudaciones han bajado con respecto a la semana anterior; pero por los ruegos de Marchand y Goudeket, Brûlé va a intentar aguantar con la obra lo más posible. Esta noche le preguntaré qué piensa hacer exactamente.

Por el momento sigo con mis radios y con mi vida social. Ayer fui a comer a casa de los Marchand, que me hablaron mucho de ti con entusiasmo y respeto y te compadecieron mucho por haber tenido que asistir al ensayo de *La segunda* con Armand. Les parece tonto, muy tonto, excepcionalmente tonto, y les cuesta entender tanto como a nosotros la aberración que Hélène [Perdrière] tiene con él. Léo me llamó «SEÑORA», me dio fe unas cuantas veces más de mi talento, me atiborró de dulces españoles, me leyó una obra suya que él querría darte a conocer, me regaló una hoja manuscrita del general Palafox, cuyo nombre a mí (¡qué vergüenza!) ni me sonaba y me lio por completo con su aspecto campechano y su resplandor claro y turbio en la mirada.

Por la tarde, regresé a casa a las cuatro y, después de dos horas de buen sueño, intenté volver a mi ser un poco. Casi lo he conseguido. Las piezas del puzle están; ahora ya no me queda más que colocarlas de nuevo, porque de momento tengo todavía la cabeza donde los pies.

Una carta tuya me estaba esperando desde por la mañana; la del jueves.

¿Mi reacción a tu disertación sobre la valentía y la inteligencia? ¡Se te olvida que ahora mismo estoy pasando por las fechas funestas y que, aunque conserve un humor despreocupado, no me queda más remedio que encontrar de vez en cuando una válvula de escape para dar salida a toda mi bilis reprimida!

Lamento que tu «bonita boca» no sea muy fotogénica. Ningún pensamiento bajo guio mi mano al elegir las imágenes que te mandé, a no

ser el egoísmo. Reconozco que solo pensé en mí; pero, después de volver a mirar lo que he conservado, no me queda más remedio que decir que Hélène está tan desangelada aquí como en otros sitios y que el realce que tiene fuera del teatro es demasiado relumbrante, demasiado matizado para soportar sin menoscabo la ordinariez de la mecánica.

La próxima vez intentaré conseguir una reproducción en color. ¡Borrico!

En cualquier caso, no me satisfacen tus decisiones. La idea de cortar lo que te parece que está de más me resulta inadecuada (son las únicas fotos que tengo de *La segunda*) y el hecho de cubrir las paredes de tu celda de monje con señoras en bata, totalmente escandalosa.

En fin, hay un no sé qué en tus últimas cartas que me llena de alegría. Un toque lozano, pese al asco que te dan tus convulsionarios. Un toque frágil y combativo al mismo tiempo. Un mohín. Tú en lo más secreto y más hondo que tienes, desvelado de repente en la fuerza y no ya en la debilidad. Hasta hoy he visto, he intuido el corazón de tu corazón en el desastre, en la renuncia; ahora pareces estar presente por entero en un anuncio de victoria, de triunfo. Físicamente debes de parecerte al Camus argelino con mirada clara del Camus niño. ¡Ay!, ¡ya lo sé! Me expreso mal, pero lo que digo no es fácil de decir. Los capullos de mis rosales no resultan más difíciles de explicar.

¡Vomitarás!, ¡querido amor mío! ¡Vomitarás! Yo te cuidaré. Y, si no te basto, te llevaré a Armand.

Vomitarás, y luego te echarás cuan largo eres en nuestra gran cama toda bañada de sol. Entonces… ¡Cállate, Aricia!

Monje, te dejo. Mañana no podré escribirte; tengo tres programas de radio en el día. Querido amor de mirada desconsolada que, desde mi aparato de radio, contempla las convulsiones universales, quiéreme siempre. Lo necesito tanto; me hace tan feliz, tan colmada, tan sosegada…

V

403 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 2 de la tarde [5 de febrero de 1951]

Me ha alegrado encontrarme con tu carta hace un rato, querido amor mío. Tu última carta la recibí el jueves. Y estos tres últimos días han sido muy mortecinos y muy tristes. Menos mal que tengo ahora una certeza que no tenía y cuando estoy sin noticias me digo con mucha sensatez que te agotas con las radios y el teatro y te compadezco en vez de compadecerme. Lo cual no impide que estos mortecinos y asfixiantes días de trabajo se vuelvan pesados como el mundo cuando no tengo un pensamiento, una seña, algo tuyo. Aunque sé lo difícil que es hacerlo todo corriendo, vela al menos, niña mía, por que tenga una carta o, sencillamente, una nota los sábados. Eso me permite cruzar el desierto del domingo, día funesto.

Intento reconstruir tu vida a través de tu descosida carta y solo veo trabajo y actividad febril. Guárdate, si puedes, al menos un trocito de día en cada ocasión para recuperarte un poco y respirar. Esa historia de *La segunda* es una contrariedad, desde luego, bien lo sé. Pero, bueno, en adelante, dado el punto al que has llegado, trabajo no te faltará. No hay necesidad, creo, de obrar precipitadamente ni de alarmarse. Si la obra terminase y si pudieras reunirte conmigo, al menos descansarías y te relajarías. Dicho lo cual, haces mal en mencionarme esa posibilidad que yo me negaba obstinadamente a considerar. Desde que he leído tu carta, no puedo sujetar la imaginación: ¡nosotros dos lejos de todo! Qué felicidad, sobre todo en esta zona. Pero no nos extraviemos.

Muy bien lo de *A puerta cerrada*. Pero sobre todo lo de la obra de Sartre. [449] Lo que él me ha contado me ha parecido muy bien. Y, de todas formas, te hacía falta algo así. Solo que Jouvet no me cae bien. Pero ya se irá viendo. Me alegro mucho, muchísimo, de esa noticia. A condición de que no te tenga cogida todo el verano con, de propina, una película en Argel. Por lo demás, eso lo dudo: no se rueda en Argel en agosto, os moriríais en cuanto encendiesen el primer foco. De lo demás, nada que decir salvo que no me gusta saberte en La Rose Rouge. Pero es un punto de vista pueril e injustificable.

Aquí llueve a todo llover desde el viernes; el cielo parece atiborrado de agua para muchos días aún, inagotablemente. Pese a mi estado de ánimo negro, he trabajado sin parar. Acabo de preparar un paquete con alrededor de treinta de mis hojas grandes para Labiche, para que me las pase a máquina. Dentro de un rato, me meteré con la continuación. Anoche, sin embargo, no trabajé, noté por primera vez un cansancio intelectual. Me acosté temprano, con un somnífero flojo. Esta mañana estaba en plena forma.

Pero, en todo esto, te necesito mucho. No es solo el deseo y la necesidad de calidez, que noto, sin embargo, con intensidad (pero con una dulzura infinita al mismo tiempo). Hay sobre todo la muy sencilla necesidad de que lo quiera a uno, lo apoye, lo tranquilice sobre sí mismo la mujer amada. No con discursos, claro, sino por la simple presencia y la sonrisa. En fin, hay que avanzar y seguir avanzando. Espero esta primavera como una liberación, un sueño; es la primavera más importante de mi vida, la que me verá liberado de todo, lo que he ido arrastrando conmigo, a menudo a la fuerza, y que me dará paso por fin, tras tantos años de tensión, a la más densa y calurosa de las vidas.

Escribe, escribe, amor mío, quiéreme, no me olvides, ni a mi deseo ni a

mi ternura. Pienso en ti y te acaricio y te estrecho contra mí, debajo de mí… Hasta pronto, negra mía, Dora mía. Te quiero,

A.

404 — María Casares a Albert Camus

Martes 6 de febrero [de 1951]

Querido amor mío:

Son las diez y media.

Esta mañana tuve que despertarme algo más tarde que de costumbre, pero aún demasiado pronto para mi gusto: a las nueve. No me quedaba más remedio que ir al estudio a grabar, para la última sesión de la *Sátira en tres tiempos*, mi frase: «Sí, en la hostilidad». Podría haberlo hecho tranquilamente la vez anterior, tanto más cuanto que es una frase aislada en el texto. Solo que, pese a la buena voluntad del director de programa, los reglamentos de la radiodifusión nacional son los reglamentos y no hay manera de librarse de ellos. Tenía que firmar la hoja de asistencia hoy también y para eso tenía que madrugar, coger un taxi, llegar, decir: «Sí, en la hostilidad» y volverme a casa algo más cansada que antes. En fin, no nos quejemos, ya que es así como se gana una la vida en 1951 y que esto me permite vivir bien.

Al despertarme, tuve tu carta del viernes y el sábado, una carta del todo crepuscular. Espero que ese pequeño bache se haya pasado, que una buena noche ya haya arreglado un poco las cosas y que todo vaya mejor. Si he de decirte la verdad, yo también necesito una noche larga, buena, profunda. Todo iba lo mejor posible hasta la tarde de ayer; pero el cansancio, la influencia de días funestos y la falta de sueño acabaron con el valor que me

había organizado para combatir tu ausencia. De propina, padecí ayer durante cuatro horas la presencia decididamente maléfica de Marthe Robert, [450] Adamov, Serreau y otros monstruos por el estilo. ¡Dios, qué feos son! Durante cuatro largas horas estuve soltando, al ritmo de las agujas de un temporizador del estudio, la eterna endecha: «Paciencia, indulgencia, *generosidad, simpatía, amor, amor*…», pero todas mis fuerzas para la caridad se atascaban en cuanto se me posaba la mirada en los labios babosos de Adamov, la barba pelirroja bien recortada de uno de sus amiguitos o los hombros escurridizos, lúgubres, viscosos de Marthe. Junto a ellos, los seres vivos perecen, los rostros dignos de tal nombre se achatan, las miradas se aplanan, las sonrisas se congelan, el paisaje se allana. En el tiempo que dura un relámpago, me he visto en un espejo: me ha dado miedo.

El texto de Kafka no remediaba las cosas. Con ellos de por medio, no quedaba ya en él más que eso que los atrae, ese aspecto molesto, pobre, de gran fracasado con talento. Hasta el micrófono apestaba a tinta, a papel secante malo, a mugre y a Europa central. ¡Uf! A Pierre [Reynal], esa arpa eólica, que participaba en la emisión, estuvo a punto de darle un ataque de histeria. Lo entiendo. A mí, personalmente, me estaban achicharrando no sé qué ganas de escándalo.

Volví a casa a las seis y me quedé dormida hasta las siete. Es que llevaba levantada desde las siete de la mañana y, aparte de la hora de la comida y las dos horas pasadas en François-Ier para grabar la obra de Lorca, había tenido que aguantar todo el día a esas pesadillas personificadas. ¡Después de la mañana y de la velada del domingo!

¡En fin! Esta tarde es la última sesión Lorca y a partir de mañana podré descansar algo más.

En el teatro se han calmado los nervios. Sí, todo ha vuelto

definitivamente a estar en orden, puesto que el ritmo de las recaudaciones parece ya cosa establecida: baja con regularidad. Ayer hicimos 109.000 francos. Si con el éxito la gente se vuelve mejor, con un fracaso claro se vuelve al menos educada. Lo que siempre trastorna es la esperanza.

No sé de momento hasta dónde vamos a llegar. Nadie lo sabe, por lo demás. Estamos esperando el resultado de la emisión de la obra y tiempos mejores. Pero no creo, sin embargo, que paremos antes de abril, ya que de momento no se ha empezado a ensayar nada. De todas formas, te tendré al tanto de todo y vete sabiendo que es probable que vayamos unos días a Lyon cuando acaben las representaciones en París. Para que cuentes con ello.

En cuanto a la obra de Sartre, no hay nada nuevo, a no ser la conformidad de Brûlé. Por lo demás, ni siquiera he tenido tiempo a darle por teléfono la respuesta a Simone Berriau.[451] Se ha encargado Lulu Wattier.

Esto en lo que respecta a la vida pública. La otra solo ahora va a empezar a existir. Me he comprado todos los *Autos sacramentales* de Calderón, y a Esquilo y Eurípides, y he decidido reanudar mis lecturas en cuanto acabe con el correo, que mete miedo.

Mañana, ¡oh, espanto!, como con los Laporte y pasado mañana por la noche, ¡oh, espanto doble!, ceno en casa con Hélène y Armand. Espero que a este no se le vaya a ocurrir limpiarse la vesícula mientras se toma la sopa.

El tiempo está gris y frío y tengo que concentrarme mucho en los capullos de mis rosales y en las primeras flores de mis jacintos para creer aún en la primavera. Me apetece un cielo pleno y azul, en vez de esta grisura con recortes de aire sucio que se ve desde las calles de París, y sol. Me asfixio un poco.

Tengo también, sobre todo, una necesidad desenfrenada de ti. No quería mencionártelo. Quería dejarte solo, libre, tranquilo; pero, cuando me

escribes que me echas de menos, ya no puedo callarme. A menudo, para tranquilizarme, por las noches, me digo que incluso teniéndote muy cerca, en el mismísimo París, no te tendría conmigo. Mi deseo, mi amor callan entonces, formales y resignados; pero esa parte de inmensa amistad, de inmensa complicidad, que hay entre nosotros grita porque hay un día siguiente, en el que no voy a verte, en el que no voy a oírte, y no entiendo bien lo que me ocurre. ¡Ay, cariño! Dime que, suceda lo que suceda, siempre guardarás para mí tu ternura.

No puedes saber cuánto te quise cuando supe que tenías delante la foto de Kaliáyev porque velas por ser fiel contra viento y marea. Se me saltaron las lágrimas. Sí, lo ahorcarán, claro, pero tú tienes su foto a tu lado. ¡Tú!

Voy a comer. Son las doce y tengo que irme a las doce y media. Perdona, hermoso amor mío, esta carta algo melancólica y, sobre todo, no te preocupes. Ya sabes, estoy pasando unos días malos.

Pronto volveré a resplandecer al sol, a la espera del día en que por fin vuelva a encontrarme, entera, contigo. Cuídate. Ánimo. Trabaja bien.

No pienses sino en una cosa: el después. Ahora mismo nos estamos ganando el después. Será radiante si olvidas de momento que podría haber un ahora.

Te quiero, te quiero, hermoso, querido, dulce amor mío. Belleza mía. Valentía mía, Alma mía. Vida mía.

Te quiero,

V

Miércoles, 2 de la tarde [7 de febrero de 1951]

Querido amor mío:

No esperaba recibir carta tuya hoy. La que recibí ayer me avisaba de que no ibas a poder escribirme. Así que la sorpresa ha sido dulce y más dulce aún después de haberte leído. Hoy es, por lo demás, un día hermoso. Desde el domingo, las cosas iban tirando a mal. Fuera, una lluvia continua. Dentro, el empantanamiento. Trabajo malo, dudas, incertidumbres. De propina, el estado físico no iba nada bien. He perdido, en resumen, algo del adelanto que había conseguido estos días. Esta mañana, en cambio, abrí las ventanas a un cielo resplandeciente. Me puse a trabajar sintiéndome descansado y las cosas han ido mejor. A mediodía, el día resplandecía aún más; salí a andar un poco antes de la comida. Todo el paisaje lo cubría una luz transparente, uniforme y, sin embargo, saltarina. Y, de repente, en un campo vi tres flores de almendro. No una, tres. Todos los almendros que había allí tenían capullos, con la flor muy prieta aún. Menos uno, al que se le habían escapado tres flores, pegajosas todavía del parto, pálidas, frágiles como una sonrisa, y sin embargo llenas de vida en el esplendor del cielo. Dentro de unos días, todos los capullos se abrirán, las colinas se pondrán completamente blancas.

Y luego, a las doce y media, tu carta, enamorada. Sí, hoy es un día hermoso.

Tienes aún los días muy cargados, pobre amor mío, y te voy siguiendo con compasión. Sobre todo entre los poetas malditos de Europa central, que está claro que son de otro universo. Espero con curiosidad el relato de la visita de Armand al palomar de la calle de Vaugirard. Ese patán ni siquiera me ha dado las gracias por el ejemplar de la primera edición que le mandé. La cortesía abandona incluso los barrios elegantes.

Ya me imaginaba que Brûlé no podía retirar la obra, de todas formas, antes de haberla sustituido. Por eso no dejaba volar demasiado la imaginación en cuanto a que vinieras. Al menos eso te dará un respiro hasta la obra de Sartre, sin preocupaciones económicas. Si consigo terminar pronto, todo irá a pedir de boca.

Tengo la ventana abierta, el sol entra a raudales, el aire es frío, los pájaros se desentumecen y apenas si están empezando a cantar en los olivares. Vuelvo a leer tu carta y te quiero. No, querido amor mío, nunca te privaré de mi ternura, la tendrás siempre a tu lado, contigo. Sé valiente. Pronto hará tres semanas que me fui y el tiempo ahora va a pasar deprisa. Recobraremos nuestra complicidad, la querida amistad, el deseo solar que hay entre nosotros, el hondo poder, nuestro amor, en definitiva. Y, si me libero de este lastre que llevo a rastras, te querré aún mejor, y tanto que tendrás que quererme más aún. Hasta pronto, alma mía, bichito mío, vida mía querida. Te beso dulce y rabiosamente, igual que te quiero,

A.

406 — María Casares a Albert Camus

Jueves 8 de febrero de 1951

Querido amor mío:

Mi trabajo radiofónico lleva interrumpido desde el martes y por fin descanso. Ya era hora; no me veo haciendo todo lo que he hecho en estos días de vientre triste.

Ayer no salí más que para ir a comer a casa de los Laporte. Su inagotable actividad y ser de la cofradía del puño cerrado les ha permitido seguramente

comprar ese precioso hotelito donde viven ahora, en la calle de Boissière. ¡Que lo disfruten en paz! Les sienta bien, por otra parte; me parecieron menos feos en ese nuevo escenario. Por lo demás, no he hecho nada en todo el día, salvo aprovechar para dormir y para leer *El adolescente*, de Tolstói. ¡Qué libro tan bonito, Señor! ¡Y menudo carácter, vive Dios!

Por la noche, fui al teatro, de no muy buena gana. Pero me esperaba una sorpresa: hemos hecho 131.000 francos y la venta de localidades para los días venideros se anuncia mejor. Seguramente tiene que ver con la crítica de Ambrière que salió ayer, menos favorable para mí que para la obra; la adjunto a esta carta.

Al volver, Ángeles me contó la retransmisión de *La segunda*. Han añadido, por lo visto, en los entreactos, retazos de conversaciones grabadas por los pasillos el día del ensayo general, y Maurice Rostand, siempre fiel, no dejó de decir que había en la sala dos mujeres a quienes admiraba: Colette y yo. Siempre me ha arropado, el día en que ya no esté, lo echaré de menos más de lo que se imagina.

Hoy he decidido empezar a liquidar el correo, a la espera de recibir esta noche a Hélène y al inevitable Armand; pero el hecho de sentarme a una mesa para escribir, rodeada de sobres varios, me apena desde que murió papá. Vuelvo a verme en eso a mi pesar.

He recibido tu carta del lunes. Veo que te has recuperado y que, pese al cansancio intelectual, tan comprensible, has vuelto a meterte a más y mejor en el trabajo. Eso está bien. Voy a tener por fin una primavera tuya relajado, lozano, joven de nuevo. Una primavera de verdad.

Han vuelto a descartar *A puerta cerrada* de los proyectos casi seguros; pero ahí sigue la obra de Sartre esperando a que se le pase la gripe a Lucien Brûlé —hermano de André, gerente del teatro Antoine y un crápula, si atendemos a opiniones varias—, para ponerse de acuerdo en las

condiciones. Personalmente, me corre prisa sobre todo conocer el texto y el papel; nos lo tienen que leer el lunes, según las últimas noticias. En cuanto a Jouvet, estamos de acuerdo.

También de acuerdo en lo de La Rose Rouge. Tampoco a mí me gusta verme ahí dentro; pero por otro motivo: es que allí me aburro. No voy a volver; si fui, por lo demás, es porque me llevaron y no tenía elección, dado el bolsillo de los que me invitaban.

¿A qué voy a dedicar el tiempo los próximos días? Mañana como en casa con Roger Pigaut, un Roger deprimido, sin trabajo, con la mujer ingresada otra vez porque la operación no trajo nada bueno. Por la tarde, iré seguramente con Pierre [Reynal] al museo de Berlín. Pasado mañana como en casa con Stella Dassas después de un reportaje que vienen a hacerme sobre «la artista en su casa». Luego, no sé.

El estado de ánimo es bueno, sigue siendo bueno. Por lo demás, es curioso; desde que los rumores de guerra me han quitado la maldita manía de querer afincarme en la vida, he recuperado mi gusto exasperado por todo y mi capacidad milagrosa para sacarles partido hasta los tuétanos a las alegrías del presente. Todo ha recobrado sentido desde entonces, el viento, la lluvia, el sol, etc., incluso el ruido del aspirador paseando por la casa mientras me meto en un baño caliente, hasta arriba. Me entra ternura por todo y por todos a cada momento y me paso los días deseando que el tiempo detenga su curso para tomar conciencia de él hasta lo hondo y apartar cualquier distracción. ¿Cómo es posible, al respecto, que la gente, al avecinarse catástrofes, se lance a la vorágine de los placeres extremos? Me parece que, con la muerte cerca, uno más bien desea aislarse más para poder disfrutar en paz de todo y de lo esencial, en algo así como una contemplación viva. ¿No crees? Me parece que centrándose hay más

oportunidades de disfrutar mejor del mundo entero y que para eso hay que tomar cierta distancia…

Pero me estoy liando. Por lo demás, estoy perpleja. Estoy perdida. No entiendo nada de un mundo en el que hay que sentir la muerte para vivir como es debido, en que hay que asilarse para estar en armonía, en que hay que asfixiar la pasión para amar mejor, en que hay que tomar distancias, apartarse, retroceder, para simpatizar. No importa; todo eso es estupendo y solo pido una cosa: tener, de cara a mí misma, el derecho de sonreír con gentileza antes de que se me cierren los ojos para siempre. ¡La desesperación gozosa, vamos! Me miras por encima del aparato de radio; no pareces muy regocijado, que digamos. ¿Será que estoy equivocada? Fuera, llueve entre la grisura, pero las gotas de agua en los cristales son preciosas. Los jacintos revientan por todos lados y las flores descoyuntadas de la cortina de mi habitación anuncian nuestros cuerpos enredados en la luz amarilla de las cortinas de la ventana. ¿Te lo imaginas?

Aparte del deseo de tu presencia, de las ganas irresistibles de reír contigo, me siento saciada, completamente saciada, ahora mismo. Le encuentro respuestas a todo, esté donde esté, y creo incluso que, si me encerrasen en una caja desnuda desde la que pudiera ver una pizca de cielo, sería feliz allí, si supiera que debías venir a reunirte conmigo.

Eso.

Bueno; te dejo para emprender mi pesado trabajo de poner al día el correo. En la próxima carta dime tu amor. Necesito que me lo repitas continuamente para no caer en el triste pensamiento de que sin mí a lo mejor estarías más tranquilo y serías más feliz. Es tan duro no aportarle al ser a quien se adora sino quejas… ¡Dime enseguida que de vez en cuando te hago feliz! Te quiero, te quiero, hermoso amor mío. Te espero con toda la paciencia que nuestro amor me da. ¡Cuánto me gustaría dormirme en tus

brazos! Te quiero, no me olvides durante unos minutos, lo que tardes en escribirme unas cuantas palabras tiernas, cálidas.

V

PS: Acabo de releer esta carta. Es lúgubre, sin embargo, créeme, soy feliz. Lo único que me falta eres tú; pero date cuenta de que, cuando te vas, no me dejas nada de ti, solo unas cuantas fotos y palabras amables, a veces, de Pierre. Nada que te pertenezca, solo yo, y yo ya estoy harta de mirarme.

407 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 10 de la mañana [10 de febrero de 1951]

Querido amor mío:

Lleva diluviando desde ayer. Una niebla de fin del mundo cubre Cabris. He aceptado irme esta tarde a Valberg, una estación de esquí que está a cien kilómetros de Niza, para pasar allí el día de mañana con los Sauvy. He aceptado porque el trabajo no ha ido mal y ese día de vida animal me sentará bien. El lunes empezará una semana importante, esa en la que espero acabar la parte más extensa y más importante de las partes previstas. Luego, todo será más fácil hasta la conclusión, donde me toparé con un nuevo, pero último escollo. Entretanto, voy a ponerme los zapatos fuertes. Pero con este tiempo espantoso supongo que me quedaré en el hotel, junto al fuego. La nieve fuera es una perspectiva que tampoco resulta desagradable. En cualquier caso, volveré con un cerebro nuevecito.

Recibí ayer tu carta del jueves, pero el trabajo fluía con facilidad y me dio miedo interrumpirlo para contestarte en el acto. Aunque no he dejado de

pensar en ella. Bien veo que te sientes triste, si no desdichada, querido amor mío. Me escribes cartas buenas, muy valientes, y te quiero por no querer interferir en mi trabajo y en mi paz. Pero puedes contarme todo tu corazón, gritar, vociferar, cantar, decirme que me aborreces o que me quieres. Te contestaré y viviré al mismo tiempo que tú: no puedes perjudicar lo que he emprendido. Ahora es algo seguro, acabaré este libro, acabaré de redactarlo. Luego tendré que trabajar en él, pero eso ya no será nada. Así que no me tengas demasiado en cuenta, no te controles conmigo, cede a lo que te diga el corazón. Él es lo que amo, de él vivo y nada en él me ha desanimado nunca. Pensar que pueda ser más feliz y estar más tranquilo sin ti es pueril. No me haces feliz «de vez en cuando». A veces me haces feliz, a veces me haces desgraciado, y eso no tiene gran importancia. Pero te he pedido y me has dado una razón de vivir que sea humana, calurosa, digna, además de esa ávida y ciega fuerza, que tanto reseca y tan desdichado vuelve, que quiere crear a toda costa. La entrega de un ser, cuando es un ser con calidad, es el premio más grande que se le pueda dar a otro ser. Nunca había recibido ese don, yo no lo había concedido [nunca]. Diga lo que diga y haga lo que haga, ahora una parte de mí morirá pletórica.

Sé feliz, amor mío, todo lo que puedas. Sí, los jacintos crecen, los árboles se cubren de flores, las cortinas tienen los colores del deseo. ¡La vida está aquí, tan maravillosa! Y a quienes la aman les corresponde el amor. Adiós, cariño, tu ausencia es difícil. Pero los días pasan y me parece que voy a renacer tras una interminable muerte. Beso tu querida boca.

A.

Domingo 11 [de febrero de 1951]

Al final me gustan los domingos, pues, aunque sea un día vedado para oírte, consigo, so pretexto de levantarme muy tarde, aislarme por las mañanas y encontrar paz para hablar contigo.

El resto de la semana, la vida en mi casa se ha vuelto imposible; estoy de moda ahora mismo, por lo visto, y la moda se paga cara, con todos los instantes. Los programas de radio se acabaron el martes, pero ahora están los periodistas, los autores, las propuestas carentes de alegría y satisfacciones que me empantanan el día siguiente a un buen ensayo general y, de propina, las citas que estaban esperando a que acabase de trabajar y que acepto mientras tú estás fuera, pues tengo claro que, cuando vuelvas, lo soltaré todo de nuevo durante meses. No cuento el teléfono —esa enfermedad acre— que suena desde que amanece hasta que anochece ni los amigos deprimidos que vienen a buscar en mí no sé qué lenitivo para sus penas. Añade mi falta de sueño, que quiero recuperar para recobrar algunos de los kilos que he perdido, las tareas domésticas, que se multiplican en cuanto hay invitados, y te harás una idea de mi tiempo.

En fin; desde el jueves, pese a todo, descanso algo más; esta noche he dormido nueve horas de un tirón, y las demás, siete u ocho,

La visita de Armand al palomar parece haber sido para él y para Hélène una revelación. Había puesto mucho esmero en convertir mi piso en una pequeña maravilla aérea; por la tarde, fui a la floristería y me traje todo lo necesario para poner en todos los rincones una bienvenida adorable. Lilas blancas, lozanas, esplendorosas; mezcladas con tiernas ramas de manzanos en flor; tulipanes de fuego y blancos; mimosas por aquí, narcisos y violetas por allá; plantas de interior de todos los tamaños y de todas las formas por

todas partes: un auténtico invernadero; y, en medio de todo eso, los capullos pálidos, pero ya algo sanguíneos, de los rosales.

En todas las mesas, cigarrillos y un mechero o cerillas de colores, almendras saladas, aceitunas, copas escogidas: el confort inglés.

Todas las lámparas encendidas y, además, la música de fondo, un libro de arte cerca de cada asiento con vistas a llenar huecos muy posibles en la conversación.

No faltaba de nada y, como suponía, nada escapó a la mirada aguda y en alerta de mis dos invitados, que se quedaron encantados; pero su asombro llegó al colmo cuando trabaron conocimiento con las fotos de mis padres: «EL PORTE, LA BELLEZA, HIDALGO, GRAN SEÑORA…». Acabé por sentirme ofendida: ¿cómo se los habían imaginado?

Por no hablar de Juan y de Ángeles ni de su vajilla ni de su cubertería de plata. ¡No te lo ibas a creer!

Hablamos de todo, teatro, pintura, formas de ser, vida, y, cuando se fueron, a la una de la madrugada, me dije que me gustaría mil veces más compartir la vida con la terrible y cruel Hélène —porque es terriblemente cruel— que pasar un momento más con el simpático pánfilo de Armand.

Luego dormí mal y poco. Tuve que madrugar bastante, pues si la víspera me había pasado el día despachando la cuarta parte del correo, el viernes, me debía a los periodistas. Llegaron. Llegaron a las once y se fueron a la una de la tarde (fotos, preguntas, más fotos). Roger Pigaut me estaba esperando con un ramo enorme de lilas blancas y de ramas de manzanos en flor. Comimos y empezó la confesión. Salió todo a relucir, lo bueno y lo malo, en desorden, con, de vez en cuando, silencios infinitos, durante los que intentaba en vano tragarse las lágrimas que se le venían a los ojos y recuperar las fuerzas y el resuello. La desbandada total. Si Hélène hubiera estado presente, a lo mejor se habría enterado de que la desdicha de un

hombre llega más hondo y conmueve más que la de un gato, cosa que se resiste a reconocer.

Cuando Roger se fue, tenía ganas de aullar como los perros que huelen la muerte. Nada, nada en el mundo conmueve más que ver a un hombre que ha agotado las energías, repentinamente indefenso, y su mirada de niño desvalido.

Ya me estaban esperando más periodistas; no sé de qué hablamos. Ayer por la mañana volvió a tocarme otro reportaje. A mediodía vino a comer Stella [Dassas], una Stella sin trabajo, con una niña de cuatro años a su cargo y con los trámites del divorcio; se quedó hasta las cuatro. Te ahorro nuestra conversación. Por la tarde, dormí hasta la hora de la cena.

Esto en lo referido… al hogar. Los cimientos siguen siendo los mismos: una Ángeles digna de tal nombre. Un Juan al que pillo continuamente sentado delante del tocadiscos concentrado en «las palmas»[452] que da al compás de nuevos discos que acaba de comprar, una Quat'sous cada vez más maloliente, cada vez más canosa, cada vez más animada, cada vez más cariñosa, luz, alegría sana, afecto por todos lados, risas, gritos, más risas. Le agradezco al cielo ser lo que soy cuando veo la sonrisa buena de Ángeles y me duermo en paz, esperándote.

En el teatro, me tocan a mí los números cómicos. Solo uno me resulta penoso, el de Pitou, que ha vuelto para jorobarme una vez más; menos mal que es corto.

¿Los demás? Personas a quienes ni siquiera recuerdo haber conocido y que se abalanzan, atraídas por el olor acre de la letra de molde. Desfilan, incansablemente chistosas, por mi camerino, haciéndome preguntas, escribiéndome, sonriéndome aleladas: «¿Cómo se las arregla para ser la poesía?», etc.

Ayer recibí a un corso que está escribiendo una obra corsa, un drama

corso donde hay un papel de mujer corsa que solo una Maria Favella[453] puede interpretar, porque es corsa… o yo. Ha sido tenor, *«pero ante el lecho de muerte de su mamá juró no ejercer nunca»* y, después de haber sido boxeador, acabó de subprefecto de policía de no sé ya qué distrito. Su obra fue al principio un tango cuyo tema, demasiado corso para una canción tan corta (¡la letra es suya!), se prestaba más a un acto de drama lírico. Ya puestos, lo ha convertido en un relato corto del que ha sacado una película y una obra teatral. Trata en ella el delicado problema de la «voz de la sangre» en una historia de niños cambiados. «Ese fondo lo he puesto para los intelectuales, ¿sabe? ¡De algo tienen que hablar cuando almuerzan y cuando juegan al bridge! Así que la parte psicofísica del asunto…».

Creí que iba a soltar la carcajada en sus narices, y eso que estaba sola con él. Los hay así a montones; un señor, por ejemplo, que me llamó para recordarme los buenos tiempos, cuando, tras conocernos en casa de Picasso, me llevó a Meudon en tándem y nos perdimos de vista en el bosque.

¡Ya lo creo! Al verlo luego en el teatro me acordé de que era tan aburrido ya por entonces que, mientras ataba la bicicleta, me adelanté, por el bosque, para subirme corriendo a un árbol y esperar, en la paz de las alturas, a que el tiempo prometido pasase y llegara la hora de regresar. Tres cuartos de hora después, tras volver al tándem, le pregunté dónde se había metido y me creyó. Era la época de la fantasía y de la crueldad.

Hay más, pero ya son las doce y no quiero perder nuestro tiempo.

Están también los compañeros. Zorelli ha vuelto a llegar, desde la última vez que se aseó, a la octava capa superpuesta de maquillaje, lo cual no la hace menos agradable ni a Luguet, tan encantador y buena persona, menos tonto de remate. En cuanto a público, oscilamos entre 120 y 250, pero quienes vienen parecen satisfechos de la velada.

El compromiso para la obra de Sartre sigue su curso.

Hace un tiempo de «febrerillo loco».[454] Hace calor dentro, frío fuera y tanto dentro como fuera me muero de amor por ti.

El estado de ánimo está mejor. Me estoy reponiendo de mi experiencia mensual y solo me atormenta una cosa: el deseo que tengo de ti; pero ahora mismo me atormenta mucho.

Tu carta de ayer me ha anunciado brillantemente la primavera de Cabris y tu restablecimiento físico y anímico; ya te hablaré de ello mañana más despacio. Esta mañana tengo a toda costa que levantarme y que disponerme a salir. Ánimo, querido amor mío. Cuídate bien. No te desalientes. Pese a todas las dificultades con las que puedas encontrarte, eres el único capaz y digno de hacer lo que estás llevando a cabo. Así que hay que acabarlo. ¡Ánimo! Te quiero con toda el alma. Te quiero y te beso hasta quedarme sin resuello. Asfíxiame pronto.

V

409 —Albert Camus a María Casares

Lunes, 7 de la tarde [12 de febrero de 1951]

Querido amor mío:

Tu estupenda carta de ayer, que recibí a mediodía, me caldea aún el corazón. Todo cuanto me llega de fuera ahora mismo no me trae sino disgustos y penas. Solo tú, tus cartas, esta corriente cálida que me llega desde París, me trae alegría y vida. Te beso, viviente mía.

El sábado por la tarde, como estaba previsto, salí para la estación de esquí debidamente equipado. Caminos de gargantas y carreteras de montaña bajo una lluvia galopante; luego, las carreteras nevadas en las que

Desdémone derrapaba. Tras unas cuantas proezas al volante, llegada a Valberg con aguanieve, hundido hasta los ejes en una capa blanca. Noche en blanco, o casi. Cuando me desperté, ¡llovía! ¡Llovía a seiscientos metros de altitud en el mes de febrero! Las pendientes estaban cubiertas de nieve derretida, imposible esquiar. Estuve leyendo, en el salón del hotel, ejemplares de *L'Illustration* de 1901, muy graciosos. Y durante la comida, en vista de que el tiempo se ponía cada vez peor, decidimos marcharnos. Incidentes heroico-cómicos de nuestros coches, bloqueados por un vehículo de reparto cerrado con llave. Condenados a no poder movernos hasta última hora de la tarde, hicimos un recorrido por las tabernas de la zona para dar con el dueño, ilocalizable. Me digo entonces que el individuo debe de andar de charla con una ricura y que, a poco que le cojan el gusto a la cosa, nos quedaremos aquí toda la noche.

Así que pierdo los estribos y empiezo por pegarle dos o tres puñetazos a la manilla de la puerta. No me creía tan fuerte: la manilla cede, la puerta se abre y encontramos una cerradura muy rara. Movemos el vehículo y nos disponemos a irnos. En ese momento llega un bocazas, tipo cantante argentino, gordo a más no poder. Pregunta quiénes son los cretinos que le han movido el coche, le digo que hemos sido nosotros y que se vaya a la mierda y también se vayan a la mierda todos los cretinos que solo piensan en sí mismos. El doctor Sauvy le dice otro tanto y también otro médico que estaba con nosotros. El cantante argentino elige a este último porque es bajito y amaga con echársele encima. El otro se limita a ponerse en guardia y el bocazas se marcha, vociferando que ya nos pillará a todos, por turnos; pero lo decía corriendo a buen paso. Supuse que se volvía con su ricura y nos entró la risa.

El regreso fue heroico. Nieve hasta las puertas y a Desdémone, tan valiente, le costó trabajo vencer, pero venció. Luego, más lluvia galopante

hasta Grasse. Cena con nuestros amigos y vuelta a Cabris. A las diez estaba durmiendo como un tronco, y hasta las siete de la mañana. Trabajé un poco por la mañana, y llegaron los Sauvy, a quienes había invitado a venir con sus amigos. Esta tarde, algo cansado y pillado además por preocupaciones de dinero (1) y otras que me traía el correo, no he hecho nada. Pero la cosa va a cambiar desde mañana.

Recibí el sábado una carta larga y brillante del fauno [Pierre Reynal], que me contaba la velada de nuestro amigo Armand de la vesícula. El fauno maneja muy bien la pluma y volví a vivir el asunto con mucha intensidad. Dale las gracias y dile que le contestaré.

Estoy deseando, deseando, acabar con esto, pero tengo que trabajar despacio, sin tregua, para darle forma. Querría dar de lado al mundo entero, menos a ti, durante todo ese tiempo. Por cierto, la señora Lucienne Wattier ha escrito que no se hacía *El extranjero* porque, aunque todo estaba ya arreglado, Renoir había aceptado otra película. ¡Gérard se ha quedado con dos palmos de narices! En adelante, el primer cineasta que se presente va a tener un bonito recibimiento. Pondré de patitas en la calle a todos esos frívolos que solo valen para hacer perder el tiempo.

¡Uf! Esta es una carta escrita de un tirón con la fogosidad que me notaba en el corazón después de volver a leer tu carta. ¡Ay, cuánto te quiero! ¡Qué gusto da quererte y desearte! Sí, eres mi hermosa fruta y tengo mucha sed. Pero hay que trabajar, ser el más fuerte. Quiéreme, sálvame, sigue cogiéndome la mano como lo haces. Adiós, gentil compañero mío, amada mía. Estás al final de este túnel, camino hacia ti. Te beso, beso tu dulce flanco con todo mi amor.

A.

(1) No sé cómo pagar la cuenta del hotel esta semana.

Domingo 11 [de febrero de 1951], *por la noche*

Sufro. Sufro terriblemente. Me gustaría callarme, pero ya sabes que soy incapaz. Desde ayer Aricia aúlla todos los furores trágicos de la tierra y todo mi cuerpo no es sino clamores. Si hay que creerse eso que dijo no sé quién, a saber: «Para los que piensan, la vida es una comedia; para los que sienten, es una tragedia»,[455] ya te imaginas la existencia actual de esta infeliz Aricia a quien lo que menos le preocupa son los pensamientos.

¡Bueno!, pues yo soy Aricia y cedo por completo al sentimiento, por decirlo de alguna manera. Aflojada, estirada, ronroneante, descoyuntada, dolorosamente despedazada por el peso enorme que llevo a cuestas en lo hondo del vientre, no voy más allá, pese a todos los esfuerzos, del nivel obtuso del estado lúbrico. ¡Es abominable! Cuando me miro al espejo, me ruborizan mis ojos. ¡Echan chispas! ¡Ay, qué vergüenza!

Vamos a intentar dormir.

Hay una mirada tuya que me ronda obsesivamente; y eso que no es una mirada tierna. Cabrá creer que el amor no me basta. Necesito tenerte encima y tengo ganas de mirarte mientras me aplastas.

Lunes por la mañana [12 de febrero de 1951]

Acabo de recibir tu carta de amor tan ardientemente esperada. A decir verdad, me he quedado algo decepcionada, pero bien sé que de ese asunto no se habla por encargo y que, por lo demás, estás demasiado metido en tu parto cotidiano para, además, sacar tiempo y energía para mí y mis arrebatos.

Estoy contenta, por otra parte. No te preocupes; ya me desquitaré cuando acabes tu trabajo.

En lo de mi tristeza, te equivocas por completo. No sé qué te ha entrado para imaginarme de pronto como a una santa con aureola. Nunca he sido tan directa como ahora y, si no te hablo de melancolía, es que no hay melancolía.

Me habría gustado tener suficiente grandeza para ahogar mis sentimientos con vistas a que conserves la paz y la tranquilidad, pero, por desgracia, me he dado cuenta de que eso no nos sentaba nada bien, que mis represiones se me indigestan enseguida y que el resultado de la discreción y de la reserva es en mí auténticamente catastrófico.

No; no tengo pena ni tristeza. Solo una cosa me atormenta —y eso solo desde hace dos días—, el deseo que tengo de ti. Como me tenía un poco sorprendida mi ausencia de morriña y de pena en tu ausencia, intenté mirar alrededor para colocar ese deseo en alguna parte y así darme cuenta de si, sin percatarme, había dejado de quererte. ¡De eso nada! En cuanto ponía la vista en cualquier hombre, aunque fuera guapo como Apolo, Aricia, que hasta ese momento iba a todo trapo, se volvía a su cáscara, dura y cerrada como una almendra.

Así que te quiero irremediablemente. Solo que me hago vieja, lo reconozco, lo acepto, me resigno ya automáticamente, sin que cueste, y espero, vuelta hacia todas las alegrías que los días me dan, la llegada de mi príncipe que volverá a despertarme a las pasiones compartidas. ¿Vivir al mismo tiempo que yo? Pero, querido amor mío, ¡eso no es posible, ya que yo no vivo! Espero y miro vivir y, si vivo, es de la vida, de lo que me rodea, nada más. Me ciño a Quat'sous, al viento, al cielo gris, amarillo, claro, negro, a las lilas, a los jacintos, a los capullos de los rosales, a las canciones que oigo por la radio, a lo que leo, a lo que oigo, al personaje que

interpreto, a Ángeles, a Juan, a todo, a todo… y dormida, adormecida en ellos, espero que me devuelvas a la existencia.

Lunes, a las 6 [12 de febrero de 1951]

Sartre ha vuelto para meterse en la cama. Tiene gripe. Así que la lectura de la obra se ha pasado a la semana que viene.

Esta tarde, como ya no podía parar en casa, ¡otra vez Aricia!, me fui a ver la exposición de Le Petit Palais, «Obras maestras de los museos de Berlín». Hay cosas extraordinarias que vi mal debido a la aglomeración. Un gentío amazacotado en lo físico y en lo espiritual asfixiaba todos los cuadros; los nervios, ya crispados, estuvieron a punto de fallarme cuando esa mole compacta, al reconocerme, decidió tomarme por un cuadro más. Escapando por acá y por allá estuve a punto de caer en brazos de tu sosias (el de la televisión, ¿sabes quién te digo?), que me iba siguiendo desde el principio, que se te parecía como un hermano y a quien intentaba evitar por culpa de Aricia. Conseguí no verlo y él no se atrevió a llamarme. En fin, a pesar de todo, me quedé embobada por completo de admiración delante de los Velázquez, los Goya, el admirable Watteau, por la necesidad de infinito ante Van Goyen y Ruisdael y, por último, por la emoción presente, pasada y futura ante los Rembrandt. ¡Dios! ¡Qué mundo!

Volveré una mañana para ver lo que me perdí y para extasiarme a mis anchas ante lo que me gustó.

Martes por la mañana [13 de febrero de 1951]

Ayer, tras la función, que rematé felizmente y ¡con talento, a fe mía!, volví a casa y me sumí en la lectura de las cartas de Elizabeth C.,[456] hasta las

tres de la madrugada. Las dejé empezadas hace mucho y las últimas me han emocionado por completo. Es un libro que voy a tener siempre a mi lado para los momentos en que se me olvide vivir como es debido. ¡Alma hermosa! Casi le está una agradecida a Yves R. por ser lo suficientemente mediocre para haber consentido la publicación de estas páginas.

Por cierto, ¿sabes que Claude Vernier está enfermo? Lo vi antes de que se fuera al sanatorio. No es muy grave, pero en principio necesita seis meses de reposo. Quería tus señas porque te creía por la zona de Saboya y se quedó muy decepcionado al saberte tan lejos.

Hoy hace fuera un cielo de apocalipsis, amarillo, gris, malva, cargado y lluvioso. He desayunado a la luz de la lámpara. Estoy esperando a una señora que tiene que quitarme los ojos de gallo y temo por los dedos de los pies. Luego Lulu Wattier y Solange Térac[457] tienen que venir a comer. Lulu está bien, pero esa querida S[olange] Térac, con esa cara suya que no se acaba nunca de abajo arriba, esos ojos juntos, esa nariz estrecha y larga y esa boca que entran ganas de rajar algo más solo para que le quepa la punta del tenedor, me da miedo. ¡Es tan fea la pobre!

Bueno, querido amor mío, tengo que darme prisa en mentalizar a los pies para la tortura. Ya están protestando, nerviosos.

Últimamente recibo muchas cartas de hombres (sobre todo de Suecia, de Argelia y de Orán). Todos me abrazan llamándome «su muerte». Me gustaría ser la vida y poder estrecharte, pegado a mí hasta que se asfixiasen las dos partes de nuestro cuerpo común.

Te quiero. Trabaja bien. Por lo demás, estás lanzado, ya no hay que desearte nada más.

Cuídate también y, si te encuentras con el sol y con un aire claro, diles que los espero a pie firme en el sexto derecha según se sale del ascensor, en el número 148 de la calle de Vaugirard; de preferencia por la mañana.

Te beso desde arriba, desde abajo, de lado. Tus manos sobre mí y tu sonrisa. ¡Ay!, tu sonrisa.

M

V

411 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 3 de la tarde [14 de febrero de 1951]

Tu carta, querida Aricia, es una llamada a mis instintos más elementales. No le ha costado despertar una respuesta. Llevo días luchando con fastidiosas imágenes y desde ayer, precisamente, se ha levantado un viento rudo, que aúlla día y noche. En el cielo azul y frío o bajo las estrellas, y que raspa los nervios, los deja en carne viva, y también abrasa las sienes. El domingo por la noche hará cuatro largas semanas que me separé de ti, en el sentido exacto de la palabra, y no he olvidado nada de aquella noche de modista, ni de los demás días y noches, iluminados de deseo y de nuestras alegrías. Pero conseguía acallarlo todo, y se quedaba como un rugido sordo y perpetuo en lo hondo de mí, el rugido malo de las fieras a las que obligan a latigazos a sentarse en corro. Basta con una carta, provocativa bien es cierto, y todas las barreras se derrumban. ¡El hombre es poca cosa, ya están sueltos los animales, con los hocicos relucientes, los músculos tensos como si fueran a romperse, y sin embargo flexibles, el lomo metido y, en los ojos, la ruda locura que quiere saciarse! ¡Ah, cuánto mal te deseo ahora mismo! ¿Qué estamos esperando para correr el uno hacia el otro? ¿No hay aviones, trenes, noches que nos esperan? Ven, fierecilla mía, resulta demasiado duro vivir todo esto; esta larga ausencia, este nuevo destierro son insoportables.

Desde ayer he vuelto a sumergirme en este mundo abstracto y violento, pero me muero de ganas de vivir en el sol, en la carne, en tu carne…

4 de la tarde

Paré hace un rato para volver a un sentimiento más proporcionado de las distancias y del decoro y también porque pecaba de autonomía. Así tendrás una idea exacta de tus culpas. Dicho lo cual, mi querida culpable, escríbeme siempre sin ocultar nada de lo que sientas o de lo que pienses. Por esta austera celda y por esta vida árida que empieza a pesarme haces que circule el agua, la llama, y te quiero.

Trabajo, pero será sobre todo el domingo cuando sepa si todo va bien. Me he fijado ese plazo para terminar la parte más importante. Ayer y hoy he despejado notas y libros. A partir de mañana, tendré que redactar continuamente. Si todo fuera bien, daría diez años de vida por tenerte pegada a mí el lunes. Pero esas imaginaciones duelen.

Escribe, no me dejes… Te llamaré por teléfono a primeros de la semana que viene. Tu voz al menos, tu voz de torrente que arrastra piedras… Amor mío, amor mío, siéntete triste y lamenta mi ausencia, no te acostumbres, no te vuelvas demasiado sensata ni demasiado resignada. Y piensa en cuando nos reunamos, en la alegría, en mi gusto, en el tuyo. Te amo entera, te echo de menos entera. Beso mucho rato a mi Aricia, a mi viviente.

A.

Martes 13 [de febrero de 1951]

No sé si es el resultado del final del invierno, del principio de la primavera, de la humedad o de la bomba H, pero estoy bastante mal, gracias. Me duele todo; tengo ganas de vomitar, me duelen la cabeza, los riñones, el estómago, el hígado, la tripa, la espalda, se me cierran los párpados, me tiemblan las piernas, se me caen los brazos, se me tuercen los pies, se me dobla la cabeza, se me abre la boca; tengo frío, tengo calor, todo me da vueltas, desvarío, me pongo encarnada, me pongo pálida, languidezco, voy a rastras, floja, fofa, pegajosa, gimoteante, quejumbrosa, de punta, fastidiosa, fastidiada, desgarradora y desgarrada. ¡Bonito panorama! Si salgo, vuelvo reventada de cansancio; si me quedo, me asfixio de ganas de salir; si abro la ventana, estornudo, si la cierro, me ahogo; sola, me siento abandonada, acompañada, irritada; cuando me hablan, el ruido me pone nerviosa, si se callan, me quedo dormida.

¿Te haces una idea?

En fin, esta noche, al volver del teatro, he dado con el motivo de estos trastornos que empezaban a preocuparme. La breve duración de mis «días fatídicos» ya me había extrañado esta vez; por otra parte, no conseguía resucitar del todo, como suele ocurrir. Tras cuatro días de incertidumbre y de sorpresa, resulta que la cosa vuelve a empezar. ¡Solo se trataba de un olvido! Todo va a volver, pues, a la normalidad. ¡Mejor!

Hoy he hecho acto de presencia en la comida que ha habido en casa, con la asistencia de Lulu [Wattier], S[olange] Térac y servidora. Solo sé que se han ido (ya que no las veo por aquí) y solo le pido a Dios no haberme quedado completamente dormida —roncando y todo— delante de ellas.

Una vez sola, me he abalanzado literalmente sobre un libro que tengo

hace años, *Los rostros de Cristo*, cayendo en una ensoñación interminable acerca de las palabras «*Ecce homo*». Me desperté a las siete para cenar.

Creo que he estado en el teatro e incluso que he actuado, pero me confundo con ayer.

Sin embargo, otra recaudación, diferente de las anteriores, se despliega ante mí: *84.800 francos*. Hemos cruzado una frontera. Hoy, por primera vez, hemos superado los 100.000 francos al revés. La honra que habíamos decidido fijar en esa cantidad se ha ido al garete; ya solo nos queda doblar el espinazo en un último saludo.

Querido amor mío, cuánto me gustaría tenerte a mi lado ahora mismo y reírme contigo y no acabo de entender por qué no son así las cosas: tengo ganas de reírme, te tengo a ti… ¿qué pasa entonces?

Bueno, voy a dormir. Más vale, no doy pie con bola. Hasta mañana, hermoso amor mío. Duerme bien. Te amo y espero una carta cuando me despierte. Te quiero.

V.

Miércoles por la mañana [14 de febrero de 1951],
es decir, las 3 de la tarde,
pero me acabo de levantar

¡Fíjate! ¡Con razón no daba pie con bola anoche! Nada más dejarte para intentar dormir, toda la habitación empezó a moverse, a dar vueltas, a desbaratarse a mi alrededor. Me puse de pie para beber de la jarra que estaba encima de la chimenea, pero no aguanté de pie; la cabeza se me largaba a una velocidad vertiginosa. Me dije: «Voy a morirme», y pensé en ti, solo, sin mí, en este mundo que giraba. Entonces decidí no morirme y llamar a Ángeles; solo que iba a darle un susto: estaba más blanca que este

papel y sudaba a goterones fríos. Tras un minuto de reflexión, tomé la decisión de devolverle a la naturaleza lo que le había robado, y a trancas y barrancas me fui hasta la otra punta de la casa agarrándome a las paredes esquivas del pasillo. Luego volví a acostarme con ayuda de Ángeles, que por fin se había despertado y esperé el sueño, que llegó.

Hoy tengo 37,3 º (o sea, no es nada grave), pero sigo sin sentirme muy allá, pese a las largas horas de sueño que me he zampado. Si la cosa sigue así, si mañana continúo con resaca sin haber bebido ni una gota de nada, llamaré al querido Le Loch y ya veremos; no pienso que vaya a hacer falta; sigo creyendo en los efectos de la primavera y aún me acuerdo de los pequeños síncopes que me daban cuando trabajaba en *Federigo*[458] más o menos por las mismas fechas.

Esta mañana he recibido tu carta del lunes que, en esta ocasión, dista mucho de ser decepcionante, pero que, en cambio, me parece preocupante. Querido amor mío, ya sé que vas a poner el grito en el cielo, como hago yo en semejantes circunstancias, pero me parece que es una soberana tontería que te preocupes por las cuestiones materiales cuando no me cuesta nada adelantarte lo que necesites. Ya me lo devolverás más adelante, cuando hayas acabado tu trabajo o, mejor aún, me harás tú un adelanto cuando lo necesite yo. En fin, para esto intentaré llamarte mañana por la noche o pasado mañana a la hora de comer y ya volveremos a hablarlo.

¿Qué más hay que no funcione? Y, de entrada, ¿puedo saberlo? Entiendo muy bien que estés furioso con la gente del cine. ¡A quién se lo vas a contar! Y además en este momento se habría arreglado todo rodando esa película, ya que estaba cerrado el trato. ¡Ay!, ¡qué estupidez!

En fin, intenta salir del paso en lo de casa y déjame hacerme la ilusión de que soy tu encantador compañero aceptando lo que te propongo. Así

recuperarás tu mente libre y despejada para terminar tu trabajo. ¿Quieres? (Me pongo en la mirada todo cuanto pueda gustarte).

Me he reído muy a gusto al leer vuestras proezas deportivas; te doy la enhorabuena por tu energía y espero que puedas seguir durmiendo nueve horas de un tirón en el futuro.

Dime cuándo cuentas, día arriba, día abajo, volver entre nosotros. Me gustaría saberlo a fin de tomarme tiempo para prepararme y ponerme guapa. Ya he empezado con mi Activarol, pero todavía tengo que engordar un poco, reponerme de la primavera, vestirme, hacerme una limpieza de boca, de cutis, de pies, de manos, de vesícula, si es preciso, para estar resplandeciente cuando vuelvas. De momento, me falta mucho para eso; solo con buena voluntad llegaré quizá a un resultado potable.

Te dejo, cariño. Aún me noto cansada. Voy a echarme. Hasta luego. Te quiero.

6 y media

Acabo de emocionarme una barbaridad y me gusta. Figúrate que tenía que recibir esta tarde al Señor[459] Remi, antiguo gobernador de Córdoba, republicano fiel, etc. Ha llegado por triplicado y cargado con un ramo modesto, pero precioso, de tulipanes y de claveles, que se empeñó en no soltar hasta que, cuando ya estábamos todos sentados, se puso de pie para soltar su discursito de homenaje: «Los españoles republicanos que aún viven en las cárceles de España nos han encargado que vengamos a presentarle nuestros respetos y a darle las gracias por la gloria que aporta usted a nuestra España y a la República. A esos respetos queremos añadir los nuestros y garantizarle nuestro apoyo, nuestros servicios, nuestra ayuda esté donde esté. Señorita[460] Casares, lleva un apellido que no dejaremos

nunca de venerar y usted misma representa una bandera. Queremos hacerla partícipe de nuestra admiración, de nuestra lealtad y, si lo permite, de nuestro cariño». Dicho lo cual, me entregó el ramo y yo no solté una lagrimita de milagro, pero nunca me he arrepentido tanto de este maldito pudor que me reprochas a menudo y que me pone punto en boca cuando debería hablar libremente. Se fueron gentilmente tras una breve conversación que abreviaron aún más al verme una pinta nada lozana.

Los tulipanes son rojos y blancos. Los claveles, sangre de toro. Tengo un torbellino en lo hondo del corazón. Te estrecho contra mí; en este terreno eres la única persona que me queda que pueda compartir mis emociones; te quiero.

Jueves por la mañana [15 de febrero de 1951]

La función me dejó como nueva anoche. Esta mañana, por primera vez, después de días y más días, es posible saber que hay un sol en el universo, he dormido nueve horas, me encuentro perfectamente y me muero de amor por ti.

Dicho lo cual, interrumpo mi charla hasta esta tarde y mañana. Buen día, monje.

M

V

413 — María Casares a Albert Camus

Viernes 16 [de febrero de 1951], *por la mañana*

No sé por qué esperaba con seguridad una carta tuya esta mañana; solo me queda la esperanza para mañana. No importa si es señal de que estás bien y de que trabajas. Lo sabré dentro de un rato porque pienso llamarte a la hora de comer.

Un sol pálido fuera. Un sol congelado al parecer. Yo todavía estoy dormida.

Ayer salí a mediodía para ir al restaurante La Pergola a comer con mis antiguas compañeras del teatro Montparnasse y con Pitou. Una comida de mujeres solas es ya de por sí una cosa muy inútil, triste, chata, aburrida; pero cuando, de cuatro mujeres, tres se han vuelto bolleras, resulta un trance. De propina, si Monique Chaumette[461] se pasó el rato en las nubes, si Jacqueline [Maillan] casi no despegó los labios por melancolía, en cambio Pitou, a todo trapo, se empeñó en desplegar ante mí su satisfacción por la vida, sus múltiples relaciones, sus proezas pasadas y futuras, aburriendo mucho a sus adorables compañeras, que oían cómo les repetían lo que ya habían vivido ellas, y a mí, que ni sabía nada ni conocía a nadie en las aventuras que se mencionaban, sin decidirse sin embargo a contarlas hasta el final. A los postres, como seguían con cómo «Dinah, una vez en que estaba borracha, salió demasiado pronto», con «la nariz torcida de Solange», con Charles y su «maldita manía de que todo le parezca mal», etc., como no salíamos de ahí y los «¿Has sabido algo de Nicole?» y los «¿Qué tal está Nabucodonosor? Tengo que llamarle» iban a más, decidí irme, preguntándome otra vez por qué una mujer que se decide de repente a entrar en Lesbos renuncia a la vez para siempre al agua fresca y al jabón. «Desavenencia entre Bilitis y la bañera». Obra de carne y de mugre para desenraizadas, o «Del buen uso del agua en las tareas femeninas».

Al volver a casa, quise seguir leyendo los *Pensamientos* de Pascal, pero

me quedé vergonzosamente dormida. Me despertó Pierre [Reynal], con quien cené, y nos fuimos al teatro de l'Œuvre,

¡Qué gusto da de vez en cuando ver a grandes actores! No sé de estímulo mejor para recuperar los ánimos cuando empieza una a estar cansada de la obra que interpreta.

Ni que decir tiene que la obra del señor Simenon[462] resulta penosa de oír, penosa de ingenio, penosa de pretensiones fallidas, penosa desde todos los puntos de vista. ¡Y esos diálogos! ¡Señor! Para que queden lucidos, Rouleau ha dirigido a lo Rouleau, sin novedades, pero se ha cuidado de resaltar todas las frases «profundas» con un silencio largo, largo, que subraya antes o después las palabras, la exquisitez del pensamiento, y consigue a menudo, ¡ay!, ¡cuántas veces!, que el público se pase un minuto largo esperando la *cosa* suspendida de los labios de un actor, la cosa prometida, garantizada, decidida, dicha por fin: «Usted también; usted también podría haber tenido una mujer, un niñito y pañales tendidos delante de la ventana».

Pero todo esto no tiene ninguna importancia. Aunque Oury y su mujer lo hagan mal, aunque Valmy y la mujer de Rouleau estén regular, aunque Gélin haga ciertas trampas, en cambio Roquevert es notable, France Lescaut, maravillosa, y Lucienne Bogaert más allá de toda alabanza. ¡Qué actriz! Es la primera vez que, al ver determinado trabajo en el escenario, he deseado haber sido yo quien lo hiciera.

Dejo para el final a Rouleau, que me hizo mucha gracia en el narrador, pero que está bien en la escena del interrogatorio, y a nuestro amigo Brainville. ¡Qué extraordinario personaje! ¡Caracterizado de anciano campechano ya merece por sí solo el viaje al teatro! ¡Y ese arte pasmoso para mezclar las mentalidades de Simenon, de Rouleau y del cine! No tiene más que una escena, breve en palabras, pero… larga en silencios. Con la

mirada de frente, los carrillos bien redondos, los bigotes trémulos, empieza una frase, mete un silencio, coge aire, una palabra, se calla otra vez y así… hasta el final (¡qué actuación!), con las toses del público puntuando todas las palabras, todos los suspiros. ¡Seguro! Mañana tiene rodaje y, si perdemos una personalidad en el teatro, solo puede regocijarnos pensar en la satisfacción que va a tener él al oír al director gritar: «¡Acción!».

Después del espectáculo, Pierre [Reynal] me acompañó a casa y estuvimos charlando hasta las dos de la madrugada. En el entusiasmo de la conversación me llamó mamá. Todavía no me lo he podido creer.

Hoy pienso contestar algunas cartas, lavarme la cabeza, arreglarme las uñas y descansar. Demasiadas cosas para un diíta de nada.

Me gustaría hablarte de nosotros, pero no me atrevo demasiado; me gustaría no presentarme en tu universo como un pelo en la sopa y, rodeada de tu mundo de rebeldía, sumido en un ámbito que tendrías que explicarme, tan alejado de mí, ajena como soy a muchas de tus preocupaciones, me cuesta mucho imaginarte. Por eso sigo pensando en ti tal y como eras. Cuando vuelva a verte trabaremos conocimiento otra vez. Maravillosa manera de no cansarnos nunca de nosotros esa de no tener nunca tiempo de llegar al cabo el uno del otro.

Te quiero, querido amor mío. Te quiero tanto. Te beso largo y tendido,

V.

414 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 11 de la mañana [16 de febrero de 1951]

Me han echado de mi cuarto para entrar por fin a limpiarlo y te escribo apoyado en las rodillas, querido amor mío, con la espalda apoyada en la pared de una capillita, en un día hermoso lleno de pájaros y de manantiales. Te escribo tan deprisa como puedo porque solo tengo un cuarto de hora de recreo y he de acabar un pasaje antes de comer. Por lo demás, viene a almorzar un padre dominico desconocido que me pidió por teléfono una entrevista y lo invité a comer porque es la hora en que menos trastorno me causa. Al mismo tiempo, pensé que el susodicho padre podría echar esta carta en Grasse y que te llegaría mañana en vez del lunes. Así las palabras del amor las echarán al correo las manos de la fe, como diría Victor Hugo. Bien es verdad que la fe, en este caso, circula en motocicleta, lo que nos devuelve a nuestro hermoso siglo.

La lata es que no me llegará antes de la una la carta que tengo la esperanza de recibir hoy. Así que resumiré mis días: trabajo. La cosa va más o menos bien y creo que habré terminado el domingo la parte peliaguda. Sobre todo, me parece que he dicho la verdad sin dejar de ser generoso. Eso me parece al menos. Si estuvieras aquí el domingo, haríamos una fiestecita mientras llega la grande, la del final. Pero ahora tengo la esperanza de acabar en los plazos que me había fijado: se acerca nuestro encuentro. Al pensarlo, el dulce calor que, desde hace un rato, el sol me está escanciando en las venas sube unos cuantos grados. ¡Ojalá estuvieras aquí: la hierba ya está caliente!

Se oyen golpes a lo lejos, la luz brinca en el paisaje inmenso que tengo delante. Da gusto verlo al salir del mundo del odio y de la violencia. Por todos lados, en las laderas, los almendros estallan en nubecillas blancas. ¡Ah, dulzura de amar y de que te amen! Es el instante de la felicidad. Incluso el deseo se vuelve dulce y tierno.

Querida mía, negra mía, dulce mía, me gustaría mucho saber cómo son

tus días. Anúnciamelos de antemano un poco para que pueda orientarme. No me dijiste lo que tenías que hacer anoche y, pensando en ti, me perdía. Pero he vuelto a encontrarte esta mañana en el esplendor del mundo, en el cielo enamorado, en la tierra pletórica.

¡Hasta pronto, hasta pronto! Esta nota era solo para poner sol en tu sábado. Dame tu valor, tiéndeme tu hermoso rostro para que ponga en él un torrente de besos. ¡Ay, el deseo pierde su dulzura, hay que pasar página!

A.

Por todas partes se oye en los olivares ese ruidito seco y cálido de las varas con las que golpean las ramas para que caigan las aceitunas en las lonas multicolores que han extendido bajo el árbol. Así, vuelto hacia ti, siempre, una lluvia de frutos negros y dulces en tu cara… Me gusta tanto a veces la vida, amor mío…

415 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Domingo 18 [de febrero de 1951], *por la mañana*

Todavía estoy dormida; así que no te preocupes si esta carta te parece algo brumosa. Acabo de desayunar y de sentarme sin perder ni un minuto a la mesa para escribirte después de haber corrido las cortinas porque el sol causa estragos en el piso. ¡El muy asqueroso! De punta a punta de todos los días vacíos de la semana ha estado escondido detrás de una capa pastosa, gris, húmeda, que se aplastaba en mis cristales y me impedía respirar, y ¡resulta que hoy, mi día de clausura, se pone a brillar como una furia

luminosa para llenar una mañana de nostalgia y vaciar la sala! ¡En fin! La pequeña Liliane, la señorita Asselin y Hélène [Perdrière] le hallarán un nuevo pretexto a la ausencia de un público compacto y, si ayer decidieron que el chaparrón de por la tarde mantuvo a los espectadores encerrados en casa con dos vueltas de llave (165.000), hoy se darán cuenta de que con este tiempo bendito ¡los parisinos prefieren, más que ir al teatro, un fin de semana sano y amoroso en Barbizon!

O en… (ay) Ermenonville. ¡Da igual! La exposición de «Artes del Hogar» acaba de abrir sus puertas y los de provincias se disponen —por lo visto— a hacer cola en la calle de Suresnes. Y luego viene Pascua, y luego, y luego, el final de la obra, y luego, y luego, otras obras a lo mejor, y qué más da, ya que nadie se muere de eso… (Este último *razonamiento* es mío, pero he podido darme cuenta de que no parece convincente).

Nada nuevo desde el jueves, querido amor mío, sino que… pero ya te lo diré dentro de un rato. Siguiendo con lo de casa, he liquidado el correo francés y he recibido algunas visitas.

El fauno, que acaba de decirle que no al señor Barsacq en lo de ser el doble de Dufilho, con el pretexto de que ese actor tiene una salud catastrófica, ha reanudado su antigua relación con la danza. Está pálido y tremendamente cansado, pero de muy buen humor desde que se trata a diario con algunos nórdicos feos y torcidos, pero simpáticos, con los que está preparando un número de danza con música de Allain y sincronización de Yvonne George[463] para salir por televisión e intentar luego participar en un festival que debe celebrarse en Alemania. Por otra parte, su ballet, que por fin está terminado, va de mano en mano. Maurice Constant,[464] entusiasmado, quiere hacerse cargo de componer la música y también se habla de montarlo. Pierre, en medio de todo esto, se deja llevar, trabaja,

suda, pierde el color, adelgaza, se cansa, se aburre y sueña con viajes y con trabajar en una obra. Lo veo muy a menudo.

He enviado a sustituirlo a L'Atelier a un chico que se llama Maurice Petitpas, tonto, simpático y que, desde las *Epifanías*,[465] no había hecho nada.

Marcel H[errand] está agobiado de deudas y, ante el duro golpe final que ha recibido (Odette Joyeux tiene que dejar el papel), llama a Éléonore Hirt para que la sustituya dentro de ocho días y todo lo que le ofrece son 9.000 francos. Éléonore, ofendida, me llama. La tranquilizo y le aconsejo que acepte si le da un papel en el espectáculo siguiente.

Armand de la vesícula tiene mala cara. Cuando Hélène se lo comentaba ayer en el camerino, soltó: «¡Me lo has repetido mil veces…! Y, además, la culpa es tuya; ¡me preocupaste!». A lo que nuestro encanto de mujer le contestó: «Una ya no tiene derecho ni a su ataquito ético». No parece que les vayan bien las cosas, como ves.

El señor Luguet ha decidido cambiar su forma de querer a Fanny; la escena tierna toma otro aspecto y, después de ese «Ya basta» ahogado que ha añadido a las caricias cruzadas, me veo en la obligación de concluir el intermedio «fogoso» con un «¡Oooooooooooh Farrrrrouuuuuu!» rebosante de eso que ya sabes. ¡Resulta de mucho efecto porque, durante ese rato, el gran Farou vuelve a colocar en su sitio discretamente algo que le ha cambiado secretamente de sitio por la zona del vientre! Todo eso queda muy sugerente, por supuesto. ¡Figúrate! ¡Con Luguet! ¡Todo es solo cuestión de matices!

A la señora Brûlé se la come la urticaria, lo que no es de extrañar cuando se sabe la bilis que ha tragado y, sobre todo, el veneno que pasea en la sangre. ¡Esa sí que necesitaría que le pusieran una sonda!

En conjunto, todos me adoran. ¡Soy tan afable, tan alegre! ¡Siempre

sonriente! ¡Siempre de buen humor!, etc.

Esto en cuanto a lo de alrededor.

En casa, a Ángeles la tiene radiante la satisfacción de haber adelgazado, Juan toca las palmas,[466] yo llamo la atención acerca de unas cuantas telarañas del calor (¡!) y nos queremos mucho. Los rosales van a ponerse gigantescos, los jacintos están en flor, las plantas de interior están rozagantes, y Quat'sous dobla de lo más bien el cabo de sus ocho años.

Yo estoy mejor físicamente. Llamé al médico proponiéndole varias causas de enfermedad:

1.º) La primavera: se rio.

2.º) La calefacción, por falta de costumbre: se rio.

3.º) Una indigestión.

4.º) Una intoxicación.

5.º) Algo de cansancio.

Por teléfono optó por la última y me pidió que volviera a llamarlo dentro de unos días si la cosa no mejoraba. Entretanto, debo empezar a zamparme mi Activarol, mis gotas y a fumar entre diez y quince cigarrillos diarios, sin pasarme nunca de esa cantidad, porque también podría ser probable que los trastornos vinieran de ahí.

En cuanto a los ánimos y al estado en conjunto, esa es otra historia… Figúrate, querido, hermoso, gran, único, inmenso amor mío, que, además de la carta del viernes, en que encontré una posdata que dio al traste con toda mi sensatez y que me habría llevado a Cannes el jueves si hubiera tenido dinero para gastar a lo loco, recibí también la edición especial de tu correspondencia dedicada a Aricia. Llegó a última hora de la tarde y no la tuve hasta por la noche, al volver del teatro. Trémula, destrozada, se la comuniqué a Aricia en el acto. Estaba tan ansiosa… ¡Ay, si la hubieras visto! Atendía a la lectura (de noche, leo siempre tus cartas en voz alta, no

sé por qué) estremecida, jadeante, amansada de pronto y brindada, de pronto encogida y casi cerrada, ardorosa siempre y emocionada.

¡Pobre Aricia! Como la hierba fresca del alba de los prados de mi tierra, esperó mucho rato las promesas que el día naciente le traía; azotándola las brisas de la primera mañana del mundo, húmeda de rocío, tibia ya de los primeros rayos de sol, floreciente, palpitante de gustos varios, esperó en vano la hora del mediodía. Dormí, mal, pero dormí; al despertar, Aricia seguía esperando, tejiendo deseos infinitos igual que Penélope. Me puse en marcha; hice como si me interesara por mi día parisino, pero el quejido de Aricia ponía en cada cual y en cada cosa una nota aguda y melancólica que me era imposible descartar. ¡Por la noche, seguía esperando, impaciente, provocativa, impresentable! Me enfadé. ¡A ver esos modales!; dejó de chillar; refunfuñaba sin malicia, sordamente, muy bajito. Dormí: esta mañana ya no hay quien la sujete. Vocifera. Me da miedo salir. Van a oírla. ¿Qué hacer?

¡Ah, no! ¡No me acostumbro a tu ausencia! Muy al contrario. Sensata al principio de esta nueva separación, cada vez lo soy menos a medida que pasa el tiempo. La resignación cede el sitio a una impaciencia que me deja agotada y la modesta filosofía personal que me había fabricado se desploma ante esta necesidad vital que tengo de ti, de tu boca, de tus ojos, de tus miradas, de tu cabeza apoyada en mí, de tus manos en mí, de tus brazos alrededor de mí, de tus palabras ahogadas, de tu sonrisa, tan diáfana, de tu risa ingenua, de tus hombros curvándose alrededor de mí, de tus piernas duras enredadas con las mías, de tus perfiles perdidos contra el fondo del cielo en mis ventanas, de tu cuerpo pesado encima del mío, de tus caricias, de tus paseos interminables por mi cuarto, de tus entradas, de tus salidas, de tu voz atenuada al teléfono, de tu brutalidad, de tu dulzura, de tu amistad, de tu deseo, de tu amor, de ti, de ti entero, por dentro, por fuera, de ti entero

tan hecho para mí, tan cerca de mí, tan parecido, tan prodigiosamente parecido a todo cuanto siempre deseo… ¡Ay, querido, querido amor mío! Pronto volveremos a encontrarnos en la luz amarilla de este cuarto, entre las flores aplastadas contra las cortinas. Pronto no sabremos dónde empezamos, uno en otro, dónde acabamos. Desfallezco solo con pensarlo. ¿Querías saberlo todo? Pues bien, esto es al menos lo que puedo decirte. El resto no se cuenta; ahí está esperándote, rodeándote de cerca o de lejos, ahí está, en ti, alrededor de ti. Vida mía.

Esto es el amor, el verdadero y hondo amor que quiere aceptarlo todo, que se dispone a soportarlo todo —su propio dolor— y que, a fin de cuentas, a medida que pasan los días, vive, en vez de morir, con una energía cada hora mayor. Cariño mío, alma mía, vida mía, trabaja bien, vuelve en cuanto puedas —*La segunda* no va a parar antes de Pascua—, pero no te precipites. Prefiero verte llegar más adelante y liberado de todo que antes y sumido aún en tus abstracciones. Y además… tengo muchas ganas de leer tu libro; añoro un poco a Albert Camus.

Cuídate también. Que no se te olvide dar unos cuantos paseos en los días hermosos cuando hayas terminado tu parte importante. Hasta mañana; tu voz, en la otra punta de la línea, espero con todas mis fuerzas que sea triunfal. Te quiero, querido amigo mío, prestigioso, hermoso, gran amor mío, cruel deseo mío. Te quiero tanto como para que eso me haga feliz para toda la vida y para toda la muerte.

V

416 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo, 3 de la tarde [18 de febrero de 1951]

Bueno, pues he acabado, querido amor mío, me refiero a lo más gordo, y con una tardecita de adelanto. Se acabó y, sin embargo, no soy feliz. Duda o cansancio, no sé. Pero tengo que recuperar el control, todavía hay tarea por delante. Aunque estoy casi seguro ahora de que habré terminado todo hacia el 10 de marzo. Luego, tendré que darle otra vuelta en conjunto, pero para eso París no es un inconveniente. Al contrario; aquí vivo y trabajo en cierto modo como un alucinado, sin descanso, sin ninguna diversión. Y también ocurre que duermo muy mal.

Algo de desenvoltura me vendría bien, una mirada más fresca y más distante.

Fuere como fuere, me he dado vacaciones hasta mañana por la mañana. Pero no sé qué hacer con las vacaciones, noto las manos vacías. He decidido empezar por escribirte y bajar luego a Cannes a echar la carta en la estación para que te llegue mañana por la mañana, y luego dar un paseo a orillas del mar. Contigo, aquí, estoy bien. En Cannes, sé de antemano la especie de murria que va a entrarme, las calles, el mundo y yo, deambulando con la cabeza hueca. Son las horas en que te echo de menos espantosamente. Cuánto me gustaría apoyar la cabeza en tu cuello, ahí donde late la sangre, y dormirme.

En fin, voy a ponerme una corbata por primera vez desde hace un mes y a quitarme mi eterna cazadora. Me hace pensar de antemano en el domingo del soldado, en una ciudad amena de provincias, Saint-Dié por ejemplo.

Tu carta de martes jueves me había preocupado. No entendía bien tu trastorno. La del viernes me tranquilizó. Pero espero tu llamada de mañana para alegrarme de que hayas recobrado la salud. Estoy deseando saber también si hay una probabilidad de que vengas y nos volvamos juntos. Sería maravilloso.

Que no te intranquilicen mis preocupaciones. Están las de dinero, que he

solucionado provisionalmente, y luego está la intranquilidad y la preocupación que me causa continuamente F[rancine], siempre al filo de la neurastenia. Cada una de sus cartas, y eso que son muy escasas, incrementa y atiza esta preocupación que habría querido dejar de lado hasta poder salir de mi trabajo. Ya lo ves, es muy sencillo, y si no te hablo de ello es porque no hay razón para fastidiarte con una situación que no ha cambiado. Al contrario, prefiero saberte al margen de todo esto. Cerca de ti, al menos, puedo así recobrar la vida verdadera, amor mío. Háblame, pues, de nosotros, no tienes que volver a descubrirme, tengo el mismo corazón, lleno de tu imagen.

Le estoy muy agradecido al señor Rémi por haberte hablado así. No soy yo quien pueda decirte lo que sin embargo sé, que lo mejor de ti está en esa fidelidad que has heredado de tu padre y que llevas adelante con tanta sencillez. Ellos pueden y deben decírtelo. En cuanto a mí, estoy cerca de ti, en un rincón, y asiento.

No te preocupes por mi bajón, que se nota en esta carta. Ya te imaginas que una parte de mí está contenta por haber hecho lo que debía hacer, valga lo que valga. Tengo solo una resaca de inteligencia, una náusea intelectual. Mi único deseo sería pasar algún tiempo viviendo de forma animal. Pero hay que esperar.

Escríbeme, querido y dulce amor mío. ¿Notas el lugar que ocupas en todo esto? Me ayudas a vivir, a existir, a creer. ¡Ay, cogerte por fin…! Hasta pronto, hasta mañana, todo va más deprisa ahora. Te imagino, brindada, y me abrasan los ojos. Despacio, despacio, te beso el hermoso rostro y espero.

A.

417 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Lunes, 19 [de febrero de 1951], *por la mañana*

Acabo de recibir tu carta de ayer. Ahora o nunca es cuando habría que exclamar: «¡Hombre, ya veo por dónde van los tiros! Lo que le gusta al señor es jorobar…».

Pero ni lo digo ni lo pienso. Antes bien, me esperaba más o menos esa reacción, natural en resumidas cuentas, y ya te estaba imaginando, hecho un alegre juerguista solitario, en el centro de la sala no menos alegre del casino de Cannes, ante una limonada, en un *tête-à-tête* con la orquesta, las dudas, la indigestión intelectual y la imposibilidad momentánea de una buena vomitona, la lejanía, las promesas de dificultades sin cuento y, sobre todo…, sobre todo ese agujero terrible, ese abismo de par en par, que se abre entorno después de haber hecho un gran esfuerzo.

¡Ay!, debería haber estado ahí. Habría recurrido a todos mis encantos y, si menester fuere, habría sacado las garras para extraerte la vida, bloqueada de repente. Habrías reído, gritado o llorado y luego… ¿quién sabe?, a lo mejor habías dormido bien hasta el día siguiente con el sueño de los justos, junto a Dora. (¡Esto es *mío*!).

¡En fin! Ya llegará. Esperémoslo al menos. Entretanto estás destrozado, desconsolado, agotado por ese parto que te arranca lo que fue por una temporada tu pareja simétrica. Paciencia, querido amor mío, una suspensión, el vacío absoluto y mañana volverás a nacer, frágil, lozano, diáfano, semejante a los primeros capullos de los almendros que te rodean. Ánimo, cariño. Ánimo, hermoso amor mío, mi querido dios.

Sí. Ahora necesitas rematar lo antes posible lo que te queda por hacer y volver a París a distraerte un poco, a tomar perspectiva y a ver mejor. Lo

necesitas también para hidratarte. Creo que no existe nada que deje más seco, que raspe más que la creación; pero también es cierto que no tengo ni idea.

Date prisa y vuelve pronto. Pese a las recaudaciones de pena, creo que llegaremos con *La segunda* hasta finales de marzo. Luego, no sé qué voy a hacer; en el caso de que contase con unos días de total libertad, a lo mejor podríamos entonces irnos una semana, pero más vale evitar sueños probablemente irrealizables.

No te preocupes por mi salud. Vuelve a florecer con todas sus energías y estoy como una rosa, más animada que una pulga hambrienta; solo me falta el alimento.

Siento mucho el estado de F[rancine]. Suponía, no sé por qué, que la cosa iba mejor desde hacía uno o dos meses. ¿Qué hacer? Estaría tan bien que fuera feliz…

Lo dejo aquí. Voy a llamarte. Por lo demás, estoy impaciente por oírte; me gustaría encontrarte valiente esta mañana.

Ya está. Ya he colgado. ¡Ay!, qué irritante es el mundo entero, que siempre está por medio. Estoy melancólica y habría necesitado oír tu voz cálida. En vez de eso, me ha tocado lo que se habría dicho que eran sonidos puestos en una línea telefónica por Robert Bresson. ¡Y este cielo opaco! ¡Brrrrrr!

Voy a comer. Hasta luego, lejano adorado mío.

1 de la madrugada [20 de febrero de 1951]

Imposible dormir en el estado en que estoy. Tengo los nervios de punta. Como no soy de las que «rompen jarrones», me gustaría morder o, mejor aún, darme un buen atracón de llorar, con sollozos gordos y escandalosos,

o, mejor aún, nadar en agua helada, o, mejor, ¡huy!, mucho mejor aún, rendirme del todo a ti. ¡Ay,[467] qué bien dormiría después, Dios mío!

Acabo de terminar uno de esos días en que no hay contrariedades serias, pero en que todo se sitúa mal; un día anguloso, quebrado, a tirones.

Después de comer, intenté volver a mi ser para encararme con el bajón de ánimos caótico y ceder y no resistirme. Sola en el saloncito, delante de la ventana abierta, recurrí, como suelo en estos casos, a todo mi sentido común, a todas mis capacidades para el orden. Clasifiqué, seleccioné, descarté, escaloné, dejé al aire una vez más los puntos esenciales, mis apoyos principales… Una rama de parra virgen, desnuda, se columpiaba en el marco de la ventana, sacudida por el viento. Sin resuello, me agarré a ella, igual que una náufraga. Pues ¡no!

Se columpiaba demasiado. Me entró el vértigo y hubo que volver a empezar.

Luego hubo un pájaro, que desapareció de repente por el hueco de una chimenea de enfrente. Luego, los jacintos, más cerca, pero ya algo mustios. Renuncié.

Llegó Pierre [Reynal] y nos fuimos al Palais Berlitz,[468] él sumido en una sombría ensoñación de canas (¡tiene canas!), yo perdida en el chaparrón que estaba cayendo.

El señor Michel de Bry[469] nos recibió como a antiguos conocidos en un despacho con las paredes cubiertas de maravillosas fotografías de Sarah [Bernhardt] y de otros y donde se amontonaban manga por hombro toda clase de objetos variopintos, desde la silla de manos de la gran Sarah hasta los curiosos abanicos de Max, sin olvidarnos de las manos de bronce de todas las estrellas de todos los cielos de todas las profesiones públicas.

Vimos las palmas de las manos de Sartre, los índices de Cocteau, los dedos de Dullin, los pulgares de Piaf, los pies de Colette, la máscara de un

cantante de ópera, las uñas de Rita, las fotos más hermosas de Sarah con curiosas dedicatorias, sus cartas de amor a Mounet, etc. Oímos la voz de todos los grandes cantantes desaparecidos y, por fin, tras hacerme grabar el soneto que Jeanne Dorys[470] había parido para Véra [Sergine],[471] me llevaron a la mesa de operaciones.

No tengo ánimos para contarte la sesión; fue larga. Un momento emocionante: la impresión que sentí, cuando me quitaron la escayola, ante esa forma tan fiel, tan delicada, tan tenue. Me pareció que había dejado en ese pequeño ataúd blanco y azul algo de mí misma, algo vivo y hondamente íntimo… Me acordé de ti y me entraron ganas de estar pegada a ti como una niña a otro niño.

El señor De Bry se encargó de devolverme a la realidad al invitarme insistentemente a cenar, entusiasmándose con la fragilidad de mis dedos, de mis muñecas, de mi talle, «cuyo molde le habría gustado hacer personalmente», y me trajo, para que se me hiciera la boca agua, un menú de Pantagruel, con dibujos de Dubout, y cuyo único plato parecen ser las criadillas guisadas de todas las formas posibles (pone: criadillas rellenas, saladas, afelpadas, pasadas por agua, duras, convulsas, sutiles, etc.). Me reí pese a todo. Pierre, no. Estaba molesto por la forma de comportarse de Michel de Bry, que no parecía considerarlo un hombre, en vista de su insolencia conmigo y estaba demasiado ocupado en timarse con otro elemento que asistía a la operación y le tiraba los tejos. Curioso ambiente.

Fui corriendo al teatro, donde me esperaban Juan y una tortilla española. Mala función. Público malo y escaso. Tensa, mermada, completamente crispada, pasé la velada dándome cuenta de cómo me equivocaba en el tono e intentando liberarme de una torpeza de edad ingrata que me perseguía por todos los rincones del escenario.

Volví a casa más y más exasperada. No se me ha pasado.

Martes por la mañana [20 de febrero de 1951]

Dos palabras nada más. Te quiero.

La cosa va mejor a pesar del viento y del cielo oscuro. Qué porquería de tiempo.

Llamada de Feli [Negrín]. Me ha encargado que te diga lo conmovida que la habías dejado, y era verdad. No tenía costumbre de tan selecto trato. Son sus propias palabras. Te dejo. Ángeles reclama la carta para echarla antes de las doce. Te quiero, te quiero, querido amor mío.

V

418 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes, 7 de la tarde [19 de febrero de 1951]

Querido amor mío:

Bastante duro es ya en tiempo normal estar ahí, en esa sala de café y escuchar sin poder decirte mi amor ni la necesidad que de ti tengo. Pero cuando noto que estás esperando, un poco trémula, pidiendo esas palabras que precisamente no puedo decirte y que, a tu vez, necesitas, es un auténtico suplicio. Y además después de dejarte me trajeron tu carta de ayer, con tu pasión, tu amor, tu deseo y se me derretía de ternura y de rabia el corazón. Habría querido poder llamarte de nuevo, decirte en medio de todo el mundo que eras mi vida, el aire que respiro, mi ánimo de todos los días. ¿Por qué es uno tan bobo, tan cortado porque unos cuantos indiferentes están mirando con ojos mortecinos? Tendría que haberles

ignorado y en cambio me dejan paralizado. No me guardes rencor, amor mío, lo que tenemos en contra pertenece a lo más callado que poseo, al alma secreta, a la parte solitaria que no se puede poner al alcance del gentío.

Me ha durado todo el día algo así como un malestar. Cierto es que también me tenía contrariado que una pareja, unos amigos de Sartre, acaban de instalarse en el hotel para pasar una semana, y que no me queda más remedio que verlos a ratos y que temo esa distracción. Por lo demás, son simpáticos.

Ayer fui a echar mi carta a Cannes. Era la fiesta de las mimosas, carretas de flores, muchísima gente, batalla de confeti. Me entretuve un rato mirando esa animación. Y luego, solitario, fui a tomar algo a un bar de La Croisette. Caía la tarde, el agua se volvía rosa, me notaba tontamente angustiado y salí huyendo hacia Cabris.

Hoy he releído y he corregido todo lo que tenía hecho para mandárselo a mi fiel Labiche. No veo nada ya, pero no estoy contento de mí. Dudas, sin más, y un desánimo generalizado. Me digo que pasé por una crisis igual al acabar *La peste*,[472] y no quería publicarlo. Pero, aun así, me duele el corazón. También está el cansancio. Me siento un tanto hueco después de este esfuerzo y es algo que me preocupa porque todavía me queda mucho por hacer durante estos quince días. Necesitaba hablarte, por ejemplo, y no conseguía decidirme; la página en blanco me daba vértigo.

Menos mal que está tu carta, tu calor, tu corazón fiel (gracias, gracias con toda el alma), tu presencia. Me gustaría mucho no llegarte hecho un guiñapo. Voy a intentar salir del paso con cinco o seis horas de trabajo diarias. El resto del tiempo pasear o dormir (en cualquier caso estar en la cama). Sobre todo que no te preocupen estas cartas estúpidas. Estoy torpón y nada más. Pero tú escríbeme, habla, ríe, recuérdame el tiempo en que te tenía debajo. Si supieras las mil y duras raíces de mi amor, que te llama

todas las noches, que te lleva por el sueño y por la noche. Beso tu risa, tu boca, que amo. Pronto la felicidad, el final de estas duras cuitas, y tu querido cuerpo, dulce mía, sabrosa mía.

A.

Martes, 10 de la mañana. Me ha torturado toda la noche un dolor de muelas (que debe de ser la explicación de mi estado general); me decido a ir a ver a un dentista de Grasse. Más tiempo perdido. Pero hace un día deslumbrante que me lleva y me enamora. Besicos.[473]

Adjunto unos extractos del triunfo argelino. Soy profeta en mi tierra. ¡Ha debido de ser tremendo!

419 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 3 de la tarde [21 de febrero de 1951]

Querido amor mío:

Hace un rato, al recibir tu carta, me decía, antes de abrirla, que en sí era ya un milagro. Podría, bien pensado, no estar aquí pese a la confianza con que la esperaba. Podrías dejar de escribirme de repente, de quererme, desviarte de mí bruscamente. Este amor, esta fidelidad que me das son dones gratuitos, inmerecidos, podrían morir igual que nacieron. Y, sin embargo, duran, me dan la vida y acepto esos dones con gratitud, una gratitud que extiendo a la vida toda. Daba vueltas entre las manos a tu carta y te quería.

Hoy estoy en mejor forma. Las muelas me han dado dos malas noches. El

lunes por la mañana el dentista me hizo una cura y me dijo que iba a necesitar cuatro sesiones: tiempo perdido. Tengo que volver el viernes por la mañana a la hora en que seguramente estarás leyendo esta carta. Luego, la pareja de la que te he hablado me estuvo dando un rato de conversación: tiempo perdido. De remate, Herbart me llamó por teléfono y me pidió un texto para un homenaje a Gide.[474] Como el texto tiene que salir en *Le Figaro Littéraire* del sábado, me pedía quince líneas para las que me daba un plazo de veinticuatro horas. Yo tenía demasiado relación con Gide y los suyos para decir que no. Ya me conoces: me pasé toda la tarde de ayer haciendo esas quince líneas. Nada más necio que esos homenajes apresurados, que por lo demás habrían horrorizado a Gide. Otra vez: tiempo perdido.

Me remordía la conciencia por todo ese tiempo perdido. De propina, cada día echado a perder es otro día más lejos de ti.

En fin, esta mañana me he puesto como un valiente al trabajo y he vuelto a arrancar. Dentro de un rato volveré a empezar y tengo la esperanza de que, pese a dentistas e importunos, ya no pararé hasta que haya acabado. Luego, el descanso, y tu calor. Sí, estoy nerviosamente hueco y necesito que me des un tantarantán, que te me rías en las narices, que me provoques y que, para terminar, me hagas feliz.

Esta mañana, lluvia y vendaval. El viento acabó por echar a la lluvia, se calmó un poco y, desde el mediodía, hay conciertos de pájaros en los olivos, bajo el sol frío. Me acuerdo de Gide, a quien le gustaba esta zona. Me esperaba su muerte. Y, sin embargo, desde hace dos días, el mundo ya no es el mismo. Es una parte de mi juventud la que se va. Lo admiraba mucho entonces, y aprendí de él algunas de las cosas que sé.

Pero basta de melancolía: mi juventud eres tú. Mi ardor, mi fuerza de deseo y de amor, mi amor por la vida, eres tú. Pronto, ¿verdad? Pronto tus

brazos frescos, tu cuerpo tibio, el agua de tu boca. Te quiero, cariño, amada mía. Y *si mi madre me pregunta…*[475] Adiós rosa negra, en la que beberé toda la vida. Te beso, te vuelvo a besar. El viento vuelve a aullar, te deseo.

A.

420 —María Casares a Albert Camus

Viernes 23 [de febrero de 1951], *por la mañana*.

Acabo de leer por fin las palabras más sosegadas, más relajadas que esperaba de ti. Creo, de hecho, que podríamos darnos la mano, porque yo tampoco recuperé el juicio hasta ayer. ¿Por qué? Quizá por simpatía. Engendras, das a luz, pero te desconsuelas o te preocupas ante la deformidad del recién nacido igual que todo padre que se precie. Yo participo, al lado, en tus dolores, he paseado arriba y abajo adoptando mis aires más viriles, pero tengo confianza en los hermosos ojos que van a abrirse y me imagino ya al adolescente, igual que una madre.

¡Ah!, no temas nada. ¡No me hago ilusiones! Mañana, quizá, volverás de nuevo con tus titubeos y sonrío al pensarlo con toda la ternura y el amor del mundo.

Pero necesito hablar deprisa; se me acaba el tiempo. Con la luna llena parece que se ha despejado el cielo. Sol. Aire fresco. Unos cuantos chaparrones y, de vez en cuando, un trueno perdido entre el viento aún frío, pero estupendo.

El teatro de La Madeleine sigue abriendo fielmente sus puertas, aunque los espectadores le hagan el vacío. Sin embargo, el miércoles las recaudaciones eran más garbosas; de 62.000 habían subido a 100.000. El

público, gélido y taciturno desde hacía unos días, aplaudió a rabiar e incluso gritó de entusiasmo anteayer, y otra vez tenemos derecho a ciertas esperanzas. Brûlé no ha puesto aún en marcha ningún ensayo y ofrece entradas a media tarifa para intentar remontar la corriente. Yo, después de un ataque de agotamiento duro de vivir, he recuperado la inspiración y todo vuelve a ir bien.

Simone Berriau ha llamado a Blanche Montel para decirle que sobre todo no debía preocuparme por la obra de Sartre. Tienen auténtico empeño en mí, quieren sencillamente que ensaye a principios del mes de abril, como estaba acordado. Personalmente dudo mucho de que vaya a ser así y sigo pensando que, en última instancia, lo pasarán a principios de temporada.

La vida sigue su curso; le voy volviendo a coger el gusto y todavía me entusiasmo.

Aparte de los muchos visitantes de mi camerino, he visto a poca gente. Sergio Andión, que sigue padeciendo su sinusitis y su falta de trabajo, J[ean] Vinci, vestido de estreno como siempre, aparente y simpático, y Pierre [Reynal], nervioso, veleidoso, exaltado, tan pronto alegre, tan pronto taciturno, como está mandado. El miércoles por la noche fui a la radio a grabar con Jacqueline Lenoir el programa *Ma vie en musique*, durante el que tuve que hacer muchos esfuerzos para no romper en sollozos al ritmo arrebatado del himno de Riego.

Ayer salí por la mañana. Compré, para la habitación amarilla, una mesita monísima y una lámpara de pie, y la tarde la pasé ordenando los libros del salón y la «habitación de trabajo y de reflexión». Por la noche, rendida, con agujetas, me eché y leí, para olvidar las quejas de Aricia —que nunca había estado tan desgarradora—, *La reina muerta*, que me ha parecido que se pasa de pomposa, pese a algunas cosas hermosas que me conmovieron. Decididamente, me parece que *El maestre de Santiago* es la obra maestra de

Montherlant y, bien pensado, prefiero *Hijo de nadie* a *La reina muerta*, aunque tenga tanta fama.

En cuanto a la salud, estoy empezando a engordar muy en serio y, si lo que Lulu Wattier me anunció ayer ocurre, esta noticia debería desconsolarme. Figúrate que después de mi interpretación de Fanny, personas que hasta ahora no estaban de acuerdo con mis talentos varios se oponían a verme en Marguerite de *La dama de las camelias*. Mi desmayo y mi toque friolero de manta escocesa en *La segunda* las dejó encantadas y ahora, por lo visto, ya es algo decidido: ruedo el personaje de la señora Gauthier en julio y agosto, así que me permito recordarte muy en serio lo que me dijiste. ¿Sigues queriendo escribir los diálogos? ¿Te dará tiempo de aquí al mes de junio? ¿Te tienta? ¿Qué pedirías por hacerlo? Le he dicho dos palabras de esto a Wattier, que soltó exclamaciones de alegría y de éxtasis, pero lo que le gustaría saber es cuánto pedirías más o menos. Contéstame enseguida y no te andes con finuras ni con escrúpulos. Si ya no te apetece ese jueguecito, no tiene importancia alguna.

Bueno, querido amor mío, tengo que dejarte para poder echar esta carta antes de las doce y para que puedas recibirla mañana. De hecho, esta mañana me cuesta escribir; no me he levantado todavía, retorcida en mi cama, que está ardiendo, me noto muy incómoda y prefiero dejar las efusiones para la próxima vez.

El lunes recibirás una carta de verdad; de aquí a entonces trabaja y mira hasta el horizonte eso que tienes alrededor, donde tanto me gustaría estar. Te quiero. Te quiero tanto, querido gran amor mío…

Pronto… Ah, qué vertiginoso…

V

A mí también, no sé por qué, me ha afectado mucho la muerte de Gide, que,

además, ha seguido de tan cerca a la de Lenormand.[476] Las últimas líneas de Colette eran muy bonitas, ¿verdad? Al leerlas, se me encogió el corazón.

Querámonos mucho, amor mío querido.

421 — Albert Camus a María Casares

Viernes, 3 de la tarde [23 de febrero de 1951]

Querido amor mío:

Día sin carta. Ya hace dos días. Es poco y sé que a veces uno se queda mudo o el tiempo echa a andar más deprisa. Pero siempre me entra un leve malestar; te necesito.

Ayer, como el trabajo había avanzado bien, llevé a la pareja de marras a dar un paseo. Él es funcionario de la Unesco y graduado de la Escuela Normal. Ella es funcionaria de la Unesco y argelina. Parece que estén de luna de miel, dudando entre el tú y el usted, y son muy agradables. Los llevé a Tanneron, del otro lado de Les Maures, en un día de mucho viento y de sol puro. La carretera avanza en pleno cielo, cruzando un panorama inmenso y laderas que se hunden bajo las mimosas. Volví con manchas amarillas bailándome delante de los ojos y un torbellino de luz por dentro. Me puse a trabajar hasta la noche, y seguí después de la cena, sin que se consumiera ese impulso que la generosa belleza de este paisaje había puesto en mí. Espero haber terminado esta noche la penúltima parte. En tal caso, descansaré todo el día de mañana y daré un paseo antes de empezar, el domingo, con la última parte, para la que necesito tenerme bien controlado. Y me siento un poco torpón.

He soñado contigo esta noche. Y luego empezó el insomnio de las dos de

la madrugada. Pensé en ti, me dolía tu ausencia. Todo el día de hoy te he llevado conmigo.

Afortunadamente todavía hace muy bueno. En el marco de mi ventana un almendro desaparece bajo las flores. La luz es cegadora. ¿Qué haces? En cuanto te suelto la mano, en cuanto voy a tientas para encontrarte, soy presa de la angustia. Te quiero tanto, niña mía… Lo que me sostiene en este momento es la certeza de reunirme pronto contigo. Si te parece bien, iré directamente a tu casa y nos quedaremos dos días sin salir, por ejemplo. Pienso en ello, me desgasto pensando en ello; la imaginación tiene tanto de delirio como de quemadura.

Hasta pronto, negra mía adorada; hasta pronto, Dora mía; sueño con el tiempo en que temblabas debajo de mí; lo llamo para que vuelva. Beso tu boca viva, te entierro en caricias. Ven, escribe, quiéreme. La vida sin ti es la nieve perpetua; contigo, el sol de las tinieblas, el rocío del desierto. Bueno, cuando me pongo lírico es que, nobleza obliga, le estoy hablando a la princesa Aricia. Hasta pronto, querida princesa.

A.

7 de la tarde. Esperaba acabar a tiempo para bajar a Cannes a echar esta carta antes de las siete. La habrías recibido mañana. Pero apenas si acabo de escribir la última línea. Te llegará el lunes. Intentaré llamarte mañana por la mañana para estar por lo menos un rato en tu día. Si no, correrías el riesgo de olvidarme.

He acabado la penúltima parte. Ya ves que la esperanza de reunirme contigo me da alas. Pero la última parte, importante, me tiene un poco angustiado. Luego, tendré que anclarme en ti por lo menos una semana, sin

moverme, para recuperar la vida y renacer. Ahora voy a ir a echar esta carta a Grasse, contando con un milagro.

Dulce, dulce Maria, salvaje Maria, recíbeme, guárdame contigo, quiéreme como yo te quiero.

A.

422 — María Casares a Albert Camus

Domingo por la mañana [25 de febrero de 1951]

A juzgar por los resultados del jolgorio de la otra noche, cabe pensar que lo estaba necesitando de verdad; nunca me he sentido tan lozana, tan despejada, tan joven, tan rolliza como anoche cuando por fin me levanté para ir al teatro. Y eso que la mañana no auguraba un día bueno. Me había acostado a las seis, después de haberme zampado cinco whiskies, galantina, patatas fritas, sardinas, fruta y el polvo de dos salas de fiestas (La Roulotte y Le Club Saint-Germain-des-Prés); tuve que levantarme a las ocho para beberme toda al agua de la jarra y hacer pis; no tenía ganas de vomitar, pero la cabeza me había crecido muchísimo y tenía dentro, manga por hombro, todas las fábricas del mundo. Me volví a acostar y dormí hasta que Juan vino a decirme a voces que me estabas esperando al teléfono. Salí pitando. Por desgracia, para empezar, no me quedó más remedio que sentarme en el suelo de la entrada, con la cabeza entre las manos; había recuperado unas proporciones normales, pero tiraba, hasta estallar, en direcciones diferentes, hecha migas, descoyuntada, me ponía tozudamente delante de los ojos unas cuantas imágenes picassianas. En medio de ese caos, tu voz me llegaba arropada en todo el misterio azul y soleado del lejano Cabris, mesurada,

reposada, alegre incluso, apacible, serena, semejante seguramente a la de Cristo bajando a los infiernos. Echando mano de toda mi voluntad, de todas mis fuerzas de concentración, intenté en vano reunir los trozos esparcidos de mi mente trastornada; ya oíste el resultado.

¡Da igual! Me volví a acostar enseguida, me volví a dormir en el acto y, al despertarme, me di cuenta de que tu voz se había quedado ahí, en la mismísima entraña de mi sueño, pura, intacta, como esos recuerdos de infancia aislados de todo, sin evolucionar, que una impresión, un olor, un sabor, un sonido despiertan de pronto, descubriéndolos al fin sin máculas procedentes de memorias ajenas.

Sí, esa llamada ha tomado apariencia de encantamiento y hoy estás aún aquí y me dices: «La poesía y tú… ¡Bueno! Vete a la cama y entonces… Pues… ¡Ay!, sí. ¿No ves que te desvelo tan pronto como te levantas?». Gracias, querido amor mío.

Así que ayer me pasé el día durmiendo y comiendo tocino machacado con patatas, lentejas, chorizo, bombones, mucha fruta, dos filetes y queso. Ángeles había preparado un menú «para el día siguiente», para no faltar a las tradiciones, y, dada el hambre que temía, no pude resistirme a la tentación. Por la noche, remozada con un buen baño, con buen color, más gorda incluso, me fui tan contenta al teatro, donde me esperaba una recaudación de 172.000 francos.

Trabajé divinamente, vi a varias personas conocidas y presencié un atentado abortado. Pues sí, figúrate que a la señora Brûlé se la sigue comiendo viva una urticaria eccematosa. Nos explicó los motivos, anoche, en el camerino de Hélène. Tiene una parte de los intestinos, según dice, más delgada que mi meñique y se le bloquean continuamente los alimentos, dejándola desprovista de las funciones naturales durante temporadas que duran un mes. Además, tiene el estómago caído, la abrieron por la mitad y,

pese a todas las adherencias que le quitaron entonces, junto con el apéndice, los ovarios y otros menudillos, no pudieron limpiarla por completo, lo que le causa incontables trastornos. «¡Me amargan la vida!», dijo. Pues ¡anda que a nosotros!

Fue entonces cuando ocurrió el atentado. Al hablarle yo de las inyecciones intravenosas que tan bien les habían sentado a mis múltiples ataques de urticaria, Hélène empezó de pronto a alabar los profundos conocimientos de Armand sobre los misterios de la vesícula y, tras muchos rodeos, le propuso a la pobre Madeleine [Lesli] que la atendiera su amigo y un drenaje a tiempo.

Yo ya no sabía qué hacer. Me empeñaba en entender a Hélène, en recordar todo lo que nos había jorobado esa señora, en mi fuero interno revivía los agobiantes días anteriores y posteriores al ensayo general, me esforzaba… pero ¡en vano! ¡Una vida humana es una vida humana, y una vida de Madeleine es casi una vida humana! ¿Qué hacer? Miraba a Hélène, alarmadísima, delirante. Ella seguía elogiando los talentos de Armand, impasible. Por fin llegó la liberación. La señora Brûlé declaró categóricamente que la horrorizaban los médicos. Era una equivocación, claro, había tomado a Armand de la vesícula por un médico; pero un *malentendido* puede a veces salvar a un ser.

Al volver a casa, leí unas cuantas páginas de Flaubert, una obra mala a más no poder de ese buenazo de L[éopold] Marchand y, después de haber dado gracias al cielo por todas sus bondades, por el milagro de la vida que pone continuamente en mí y por la gracia que me sigue concediendo desde hace ya tanto, me dormí con el sueño de los justos, con tu voz en el oído que susurraba, ahogada, velada, impaciente: «Bueno, ¿qué tienes que decirme…».

Esta mañana me he despertado a las nueve y media; mientras desayunaba

he leído *Le Figaro Littéraire*.[477] Me gusta lo que dices sobre Gide; me gusta menos cómo lo dices. Un poco rebuscado; pero, desde luego, las brumas del sueño me nublan la mente.

Te escribo, sentada a mi escritorio, en mi habitación amarilla y roja que podría llamarse en adelante, si consientes en ello, el invernadero. Está efectivamente llena de flores, de plantas y de frutas. Encima de la chimenea, la clivia majestuosa, lisa y verdinegra, como una palmera, y, a la izquierda, un tiesto que contiene esos follajes tiernos y trémulos que parecen lágrimas. Más abajo, los dos rosales, increíblemente grandes, y unas hojas de hiedra blanca. Encima de la mesa, cerca de la ventana, fruta a más no poder y una planta grande —mi preferida quizá— de hojas anchas como palmas de manos grandes, abiertas y flexibles, Delante de las ventanas, los jacintos, de los que solo quedan las hojas y una azalea sin flores. Cerca del diván, un jarro con espigas de trigo y, encima de la cómoda, un jarrón digno de Van Gogh lleno de tulipanes desmayados, con los bordes desmenuzados por la vejez, amarillos, rojos, negros, color tabaco, entre hojas pardas y verde claro. Nunca he visto un ramo tan logrado. Desde que está ahí, me quedo extasiada ante él por la mañana y por la noche, y a las horas de comer se me olvidaría la comida si no tuviera tanta hambre. ¡Qué lástima! Si fuera pintor, habría encontrado en él lo más puro de mi talento.

Fuera, el tiempo está gris, cosa que me encanta. Así tendremos algo más de gente en la sala esta tarde y no echaré nada de menos la calle y su luz.

Dentro hay luz. Sí, otra vez hay mucha luz, y como la cosa lleva ya durando una temporada, y como solo mis días nefastos han venido a alterar mi tranquilidad y mi bienestar, empiezo a pensar que se ha pasado la gran tormenta de una adolescencia retrasada y que por fin he dado con la forma

adecuada de vivir, que no es sino —con unas cuantas variantes— la de mi más tierna infancia.

Me paso los días en estado de gracia; todo es pretexto para la alegría, la curiosidad, el placer, la felicidad. Todo me encanta y la idea de que algún día todo esto habrá dejado de existir me parece de lo más natural; otros, más o al menos tan vivos como yo, recibieron a la muerte con tanta sencillez… Incluso la edad, una vejez solitaria —mi pesadilla— no me alteran ya. Cada momento, cada estado traen sus riquezas; sencillamente hay que saber hallarlas y no perder la vida en vanos arrepentimientos, en temores sin fundamento. ¿Morir joven? ¿Por qué no? No tengo nada muy concreto que hacer en este mundo, nada que crear, nada que formar. El día en que deje de vivir no quedará nada mío. Moriré bien y del todo; así que mi único deber es vivir bien y del todo, ser feliz y así dar felicidad a quienes me rodean. Una existencia a imagen y semejanza del oficio que he elegido. ¿Qué te parece? ¿Qué dices de mis profundas reflexiones, quizá melancólicas vistas desde fuera, pero tan rebosantes de gusto, de sabor, para mí? ¿Te ríes? ¡So retorcido!

¡Pues es así! Puedes reírte. Si supiera expresarme bien, a lo mejor te reías menos. Lo que siento ahora mismo es correcto y tengo la seguridad de estar en lo cierto. Así que ríete, me gusta verte reír, oírte reír, y cuando pienso en ti, en tu regreso, si por desgracia te imagino riéndote de buena gana, me atenaza una impaciencia insoportable. Entonces deseo tenerte a mi lado ahora mismo y besarte, besarte hasta ceñirme a tu risa, hasta tomar toda tu alegría en mí por un tiempo, el tiempo de la paz, de la gratitud y del sueño en tus brazos. ¡Ah!, sé que ahora mismo poseo el secreto de la felicidad. Me gustaría gritarlo a los cuatro vientos, voceárselo a todos, explicarles, decirles, convencerlos… Pero ¿para qué? Me tomarían por loca. Y eso que…

En lo referido a los meses por venir y a mi trabajo, todavía no sé nada. Brûlé tiene el reparto de su próxima obra, pero todavía no ha dado con el actor que debe interpretar al personaje principal de esa obra maestra. Por otra parte, le gustará alargar cuanto fuera posible *La segunda*. Así que creo que, si las recaudaciones no empiezan a subir milagrosamente, tiraremos hasta el mes de abril.

¿La obra de Sartre? Todo el mundo habla de ella como de un cordero de cinco patas, pero nadie ha visto ni un trocito. Desde que juega a ser Bernstein[478] contratando a los intérpretes antes de escribir el texto, tiene a París como loco, sobre todo a los actores, que, sabiendo que en el reparto hay alrededor de treinta personajes, a todos les gustaría que los contratasen. Mañana voy a llamar personalmente a Simone Berriau y a poner de una vez las cartas sobre la mesa. Tengo que saber a qué atenerme, caramba, y me gustaría organizarme un mes de vacaciones por lo menos, si es que me resulta posible.

¿Y tú? ¿Cómo va el trabajo, querido titubeante mío, eterno angustiado mío?

¿Cómo andan tus contratiempos, tus preocupaciones? ¿Cómo andas de salud? ¿Y el sueño? ¿Y los dientes? ¿Y tu «autonomía»?

¿Tienes mejores noticias de París?

Me habría gustado preguntarte todo eso por teléfono, pero… mi cabeza, ya sabes.

Bueno, creo que ha llegado el momento de darme un baño y prepararme para mi duro domingo. Espero que Farou evite hoy las cosquillas que me prodiga ahora en la palma de la mano y con las que no sé qué hacer.

Espero también que no te asombre demasiado el curioso tono de esta carta.

Estoy rebosante, ¿entiendes? Me muero de amor por ti y tomar

conciencia de saberme tuya trastorna todos y cada uno de mis minutos y colma mis días de una vida prodigiosa. Solo eso cuenta. Quiéreme, querido amor mío, quiéreme y miremos juntos hacia la primavera y el verano que llegan y que probablemente volveremos a tener la suerte de vivir el uno pegado a otro.

Te quiero, vida mía

V.

PS: Acabo de releer tus líneas sobre Gide. La verdad es que son muy buenas; creo que el rebuscamiento viene de la carencia mal disimulada de la entrega total. Están muy bien. Te quiero.

423 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 3 de la tarde [26 de febrero de 1951]

No, querido amor mío, no voy a reírme de tus reflexiones ni de esa vida que escoges. No me río puesto que defines así tu felicidad, y tu felicidad para mí es la cosa más seria del mundo. Tampoco me río porque noto la verdad de lo que dices. Esa vida de la que hablas se te parece, con su difícil generosidad y su estado de gracia. A veces me deja maravillado verte avanzar. En este mundo tumultuoso e insensato, y eso que no te ha perdonado nada, te vas convirtiendo poco a poco en una de las escasas personas cabales, testigos de la felicidad superior, autoras de su propio equilibrio, que yo conozca. Y vivo junto a ti por una suerte increíble, yo que sé la verdad de ese equilibrio y que no dejo sin embargo de vivir en el

esfuerzo y el tormento. Hay un salmo que empieza así: «Te alabaré porque formidable y maravillosamente me hiciste».[479] Y es cierto, las criaturas son maravillosas. Podrían serlo al menos si supieran serlo y se aplicasen en llegar a ser lo que son. Tú, desde hace más de un año, vas elevándote, a fuerza de valor y de dignidad, hacia una verdad que quizá soy uno de los pocos capaces de reconocer, pero de la que disto. Aunque, al menos, tu compañero de armas te besa y te estrecha contra él. Ese hermoso rostro feliz, cuya luz no he dejado nunca de desear, es posible que se estabilice, sin por ello dejar de estar vivo, de reflejar el dolor y la alegría. Y me digo que es posible que te haya ayudado al llamarlo con todas mis fuerzas, al quererte paciente e impacientemente en la parte mejor que en ti había. Si así fuera, yo quedaría justificado. Pero siento ya, cuando leo una carta como la de ayer, una alegría sin par que me embelesa y me arrebata. ¡Ay, al menos besar tu boca risueña, consumada mía, orgullosa mía, amada mía!

Estoy deseando comer contigo en el invernadero, y aún más revolcarme entre las flores de tu cuarto. Pero contesto a tus preguntas.

Trabajo: he empezado la última parte. Trabajo más o menos al mismo ritmo

Salud: buena. Pero no me veo buena cara (1).

Sueño: mal.

Muelas: dos caries, me están arreglando una. A que me arreglen la otra iré en París. Pero he aprovechado para hacerme una limpieza que me ha devuelto unos dientecillos rozagantes e impolutos. A tu disposición.

Incordios: sin novedad.

Autonomía: floja. Creo que ya estoy acabado, que me he gastado toda la energía y que no habrá que volver a contar conmigo. Y eso que…

Sartre está en una estación de invierno cerca de aquí. S[imone] de

B[eauvoir] esquía. Él cierra las ventanas, da caladas a la pipa y trabaja en la obra, que ya tiene reparto. Estos procedimientos me dejan pensativo.

El texto sobre Gide es una idiotez. Pero no sé expresarme de encargo. Más valía callarse. Pero no podía negarme.

Es un fastidio tener que contestar ya a lo de *La dama de las camelias*. Querría tener delante primero mi ensayo pasado a máquina para calibrar cuánto trabajo me queda por hacer. Hay grandes probabilidades de que diga que sí. Pero que me den un plazo. En lo referido a mis exigencias, no sé cuánto se paga por un trabajo así. Ni que decir tiene que seré comedido. Pero que quede claro que no lo haré más que con la condición de te den a ti el papel. No firmaré el contrato hasta que tú hayas firmado el tuyo.

¿Qué más? Nada, salvo que estos últimos días son los que más cuesta vivir sin ti. Hace un tiempo raro, medio de lluvia, medio de sol. Me noto como un solterón de aspecto ingrato. Ya va siendo hora, ya va siendo hora de que suba a París… de que deje este sol por otro más secreto. Pronto, amor mío, sabrosa mía. Te beso, te maltrato, te vuelvo a besar. Y luego dormir, dormir por fin en tu calor…

A.

(1) Acabo de mirarme al espejo y me veo buena cara.

La verdad es que estoy chocho. Y preocupado: anoche me di cuenta de que estaba hablando solo.

424 — María Casares a Albert Camus

Lunes por la noche [26 de febrero de 1951]

¡Dios! ¡Cómo sabes trastornarlo todo en mí cuando quieres! Recibí esta mañana tu carta del viernes y ya está desgastado el papel a fuerza de leerlo y besarlo.

Por mucho que te olvidase, que dejase por completo de quererte, que me desapegase de ti, bastaría con que dijeras unas pocas palabras en uno de tus arranques de amor para que el resto del mundo volviera a desplomarse y para encontrarme una vez más incrustada en ti. Y pensar que a menudo resulta que odio las cartas y desprecio las palabras…

Me hace feliz, querido amor mío, saber que tu penúltima parte está acabada; y tiemblo algo contigo ante esas páginas que te quedan por escribir, esas quizá que espero con mayor impaciencia. Arrebujada contra ti, hecha un ovillo en un rinconcito de ti, voy siguiendo sin respirar lo que vas a poner en el papel. Adelante. Te quiero. Eres hermoso.

Me hacen feliz el tiempo en tus montañas, los paseos a cielo abierto, el destello de las mimosas, y le agradezco al almendro que ves por la ventana que se haya portado bien contigo. En lo de la luz, la envidio; acabará por ocupar todo el sitio en uno de esos deslumbramientos.

Me hacen feliz, feliz, feliz quererte, haber tenido esa suerte milagrosa de conocerte, de reconocerte y de conservarte; y me asfixia el orgullo al pensar en que te pertenezco.

Te amo. Amo tu cuerpo, tu corazón, tu alma; solo careces de lo que no me gusta y descubro en mí una honda ternura por todo lo que me afecta, lo sepa o no. Me gusta Cabris, el hotel, tu cuarto, tu amplia cama, tu ventana y sus flores blancas, la dueña y el dueño, los huéspedes, los caminos infinitos, el cielo ilimitado, el mar a lo lejos, el aire cortante y suave, la mimosa, las palmeras, los lentiscos y los olivos, e incluso él y ella y la Unesco, y el mundo entero, si es que el mundo entero tiene el mínimo punto de contacto contigo.

Aricia está en pleno delirio. Le conté sin demora la noticia de tu llegada y tus proyectos al respecto la han sacudido como un terremoto. Desde ese momento está pensando y se preocupa, temerosa de la fatalidad (no se hizo la felicidad para las princesas de tragedia), cuenta los días, los vuelve a contar, calcula, con los oráculos… y se estremece, Si Zeus lo quiere, el 15 podrá esperarte con un floreciente despliegue de velas blancas. Si no…

Pero ¿qué he hecho hoy? Está visto que tu carta me lo ha trastocado todo en la memoria y solo me queda de este día una hoja blanca cubierta con una escritura prieta, prieta, y cálida, cálida.

Y eso que… Sí, he comido con los Negrín, la hija de [Moch] y la pequeña Florence, una señorita de trece meses, cortés a más no poder, con un tozudo interés por mis pestañas. Primero las acarició, luego tiró de ellas y por fin, cuando me estaba acercando a su carita para notar contra la mejilla su piel tersa, aprovechó para besarlas.

Feli y don Juan me preguntaron por ti muy cariñosamente; me parecieron muy en forma y una vez más los he querido. ¡Huy!, perdón, cariño, ¡qué digo querido! ¡Adorado! ¡Venerado! ¡¡¡Son unas personas ex-tra-or-di-na-rias, que escasean, sin igual!!! ¿Estás contento? ¿Así es como hay que hablar de los amigos?

Luego me ocupé de mi elegancia, encargando en Pascaud un maravilloso abrigo negro de noche, un abrigo-vestido negro, de vestir, para las cenas, y un traje sastre precioso, gris hierro, de tarde. Sobra decirte que evité preguntar el precio, pero que exigí que todo estuviera listo para el 10 de marzo.

A las cinco, pasé por la radio, donde dejé que me dijeran que era la más guapa de las mujeres y una de las mejores actrices de la escena francesa. ¡Ya ves tú! ¡No había nada que temer! Se trataba de dos entrevistas, una

para Norteamérica y otra para Canadá, dos países donde no parece probable que vaya a ir para dar pie a desmentirlo.

Al salir, reñí con un taxista. Debes de estar ya enterado de que ha habido todo el día huelga de metro y de autobuses. Así que todo el mundo estaba por la calle y la cantidad de coches que empantanaban la calzada era más que imponente. Llovía y los taxis cada vez escaseaban más. Cogí por casualidad el único que había delante de los estudios de la radio. Tres personas, entre ellas dos mujeres, que iban también a la zona de Montparnasse, se abalanzaron hacia las puertas. Quise llevarlas, ya estaba abriendo, cuando el taxista, fuera de sí, exclamó:

—¡En mi coche, solo mando yo!

—Disculpe, caballero, pero hoy podemos intentar ayudarnos mutuamente, me parece, y no creía que…

—¡No estoy aquí para andarme con ayudas mutuas y en mi taxi solo mando yo!

—¡Muy bien, caballero, pues quédese en su taxi y mande en él hasta mañana!

Y, tras tan atinadas palabras, dejé dignamente el cómodo asiento que debía devolverme a la calle de Vaugirard, en medio de la simpatía general. Ya llegaban nuevos clientes del otro lado de la calle. Se subieron, el coche arrancó, se perdió entre el barullo y me quedé media hora bajo la lluvia con mis dos montparnassianas y la simpatía general. ¡Ya ves!

Cené y, por la noche, después de una competición para pescar otro taxi, trabajé ante una sala, la verdad, decente (82.000).

Ahora son las dos de la madrugada. Estoy cansada. Tengo sueño. Aricia canta sus añoranzas, su alegría, sus esperanzas, y sus temores. Se me cierran los ojos. Tengo tu carta sobre el vientre. Y te quiero, te quiero, te quiero tanto…

Duerme, querido amor mío. Duerme bien. Aún te miro dormir. Pronto me reuniré contigo en el sueño, que debería durar quince días. Te quiero.

V

PS: ¿Tendrías la amabilidad de devolverme los sellos del sobre? A Ángeles le gustaría tener una «Madame Récamier» con matasellos. Gracias, caballero.

425 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles, 7 de la tarde [28 de febrero de 1951]

Querido amor mío:

Un mal día. Mediocre, más bien. Un padre dominico ha venido a verme y me ha interrumpido la jornada, lo que, pese a su hermoso rostro y a esa sensación de respeto que tengo siempre por los monjes, me ha impedido hacer lo que tenía que hacer. Para terminar, me han recordado que tenía que hacer urgentemente la declaración de la renta y me he ocupado de esas estupideces, lo que no resulta fácil fuera de París. He comprobado que voy a pagar más impuestos este año, lo que no me va a arreglar la situación. En resumidas cuentas, un humor espantoso.

Menos mal que llegó tu buena carta, llena de amor, con tu calor aún. Y la he vuelto a leer tantas veces como ha sido preciso para aplacarme el mal humor. Has hecho bien en comprarte ropa. Te lo probaremos todo y luego te lo quitaremos. Ponte guapa para mí, tengo pasión por la belleza, y auténtico furor por la tuya. No tardaré ya en volver, entramos en el mes del encuentro. Pese a haber perdido hoy el día y a un almuerzo al que tengo que ir mañana,

a veinte kilómetros de aquí, con un argelino con el que me he vuelto a encontrar, espero acabar pronto. Por lo demás, después de cenar seguiré trabajando. Ya sospechaba que la princesa iba a sentirse obligada a decantarse por la tragedia en el peor momento. ¿Podrías al menos (seamos sórdidos hasta el final) darme las fechas de sus representaciones? ¡Querida, cariño, qué alegría, qué ganas de tenerte prisionera, pegada a mí! Había pensado que si llegaba un jueves a la hora de comer tendríamos hasta el viernes por la noche. ¿Qué te parece?

Adjunto la carta de Armand. La vesícula la tendrá aristocrática (ya ves cómo me las gasto), pero el estilo es primitivo. ¡Apellidarse Lavedan encima! Y ¿qué contestarles a esos españoles? ¡*Los justos* en Barcelona parece algo increíble! Pero me da miedo una traición. Pide consejo.

Ha dejado de nevar. El cielo está lleno de estrellas. Pero hace mucho frío. Hace un rato, los copos se mezclaban con las flores de los almendros. Esta zona es maravillosa en invierno, inagotable en sorpresas y en hermosuras. Mi habitación está tibia y agradable. ¡Qué prisa tengo por terminar, qué ganas tengo de felicidad! Dulce amor mío, recíbeme bien, con tu hermosa risa, tus piernas tibias. Ya no siento el cuerpo, tengo la sensación de ser un espíritu puro. Hazme volver a bajar a una tierra donde pueda echar el ancla, muy hondo, en el calor vivo. Sí, yo también amo tu corazón, tu alma, tu cuerpo. Nuestro amor está ya consumado y sin embargo no deja de extender sus raíces. Te beso, hermosa tierra mía, surco mío, clara mirada mía. Cuento los días.

A.

Adjunto a la Madame Récamier con el oportuno matasellos.

Jueves, 1 de marzo [de 1951]

Otros seis días y empezará la luna nueva. Otros quince días y habrá acabado nuestro calvario. Esta es una carta marcada la primavera y del amor (véase el sobre).

Todavía estoy un poco dormida. Es temprano (las diez), pero necesito despachar estas líneas para que puedan llegarte mañana.

Por aquí todo sigue tal cual. En el teatro, los espectadores, aunque algo más numerosos, siguen riéndose o poniéndole mala cara a *La segunda*. Como hemos dicho que iban a concluir las representaciones, mucha gente del gremio viene a vernos y desfila por mi camerino, sorprendida, admirada, con la boca abierta, y, al final, me siento ofendida. Pues ¿qué se habían creído? ¿Que solo sabría hacer una cosa y que iba a estar repitiéndola por toda la eternidad? Los pilla de improviso, exageran en su pasmo y la palabra genialidad se les viene continuamente a los labios por falta de imaginación y de perspicacia.

¡Qué inocentes! Si alguna vez he tenido un relámpago de cierta genialidad en escena, desde luego no ha sido en la obra de Colette, que por lo demás solo requiere talento. Y, por cierto, si he conseguido tener un poco, eso es algo que halaga mucho más…

A mi alrededor, entre bastidores, todo se asienta. El compadre Luguet está dando de lado un poco su antiguo concepto del papel y recupera cierto equilibrio. Clément Thierry repite todas las noches lo que hizo la víspera. Paule Valmond se queda de una pieza en el primer acto. Liliane le grita su «¿Ah, sí?» a algo más que a la costurera. Hélène cambia de vestidos y va

pareciendo un desfile de modas y Janine Zorelli impone sus «efectos» trayéndolos de lejos.

Las relaciones mutuas se han afincado y ya tenemos muestras pequeñas tradiciones.

Como soy la primera en vestirme, hago todos los días la ronda por los camerinos de las señoras para saludarlas y, al final, Hélène y yo nos entretenemos hablando de astros, de trivialidades, del precio de los vestidos, etc. Ahora está escandalizada del dinero que su contrato con Schiapparelli le cuesta cada temporada. Cierto es que la casa le presta dos vestidos y un abrigo cada cuatro meses, pero tiene, en cambio, que comprar otros tantos.

Como cada obra le sale por sesenta o setenta mil francos (¡*a mitad de precio*!), ya no consigue apañárselas y empieza a perder las esperanzas de poder vestirse como es debido.

Armand le da vehementes consejos, aconsejándole mucho que ahorre, y, tras múltiples quejas y acres discusiones, se ponen por fin de acuerdo al hablar del escritor a quien más admiran, a quien veneran incluso, a quien quieren, en fin, con el afecto que un guía del alma y de la mente puede aportar al corazón de las personas sensibles: Paul Léautaud.

De vez en cuando, nos entra una risa incontenible en el escenario y entonces no me reprimo nada. Es un baño de vida, de espontaneidad.

Los ensayos de la obra de [Jacques] Deval no han empezado todavía y estoy deseando enterarme de los proyectos de Brûlé y saber si sí o si no vamos diez días a Bruselas durante el mes de abril.

En cuanto a lo demás, no tengo ninguna noticia, porque Wattier se ha ido de París hasta la semana que viene. Sé por los periódicos que Jouvet se ha ido a América y por ti que Sartre vive encerrado en un hotel de montaña para acabar la obra. Lo de *La dama* puedes tomártelo con calma; ya

volveremos a hablar de ello cuando regreses. Creo que tenemos tiempo por delante.

Las radios se reanudan; empiezo una: *El tiempo es un sueño*, de Lenormand, el día 5.

En casa cantan por todas partes. Juan, cuyos defectos se atenúan junto a Ángeles, canta sin parar, da palmas[480] o pone discos. Al teléfono contesta con voz de eunuco, riéndose a carcajadas. Ángeles ha decidido de una vez por todas que «lo que es de la una es de la otra» y se pasea por todos lados con una cara radiante de ternura fosca y de triunfo absoluto.

Me roba el corazón y le agradezco a mamá este cariño que me dejó tras sí, de la misma forma que le agradezco a mi padre que se ganase toda esa estima de don Juan y de Feli [Negrín]. En cuanto a Quat'sous, no se aparta de mí ni un paso. Como si me fuera a morir. El otro día, en un ataque de nervios, le levanté la mano. No la bajé: cerrando los ojos, se volvió de pronto aún más pequeña y un chillidito ahogado, flojo, me dejó completamente desarmada. Empecé a besarla como una loca y, desde entonces…, ¡se aprovecha!

Las plantas crecen. El tiempo se asienta en el sol. Los días duran más.

Veo a poca gente, aparte de la que viene a pedirme «soplos» para encontrar trabajo y a Pierre [Reynal]. Pero hoy he quedado con dos periodistas extranjeros (danés y español), mañana como con Françoise Adam, que volverá a hablarme de ella en plan heroína de novela; ya la estoy oyendo: «Y entonces entré, me brillaban los ojos; todo el mundo se quedó impresionado». Pasado mañana como con los Bouquet, pero antes tengo que ir a la revista *Elle* para una foto de familia: «Los actores que más han dado que hablar este año». Estarán Madeleine [Renaud], Jean-Louis

[Barrault], [Bernard] Blier, [Raymond] Rouleau, [Elvire] Popesco y yo, creo. ¡Curiosa brocheta! La salud va bien, duermo ocho horas, como bien, siento todos los músculos, pero tengo demasiados granos. ¡La primavera seguramente!

Fumo de diez a quince cigarrillos diarios desde la noche del trastorno y ya no me molestan las náuseas por las mañanas. Leo y sueño. *La educación sentimental* es un libro precioso. Flaubert me hace sentir violenta, igual que los médicos y los cirujanos, pero hay en él algo que me deja pasmada de admiración: es el espacio que le da al tiempo en sus obras. Se notan pasar los días, los meses, los años, y cómo todo se vuelve otra cosa, se transforma, se deforma, se forma de nuevo de otra manera. Es admirable.

Sueño. Querido amor mío, hace siete años que nos conocemos. ¡Siete años! Podríamos habernos casado, tener hijos, estar separados ya… y aquí estamos aún, uno ante otro, maravillados como el primer día y conociéndonos íntimamente como si todo eso hubiera sucedido. Y leo y vuelvo a leer tu última carta, siempre tu última carta —una vez más amasada con el sabor de todas las demás, pero como si no hubiera más que esa—, y me estremezco con tus declaraciones de fe y de amor, y me alegro con tu alegría, y me siento henchida con tu orgullo, y crezco, y crezco desmesuradamente en mi corazón y en mi alma ante ti, por ti, por nosotros. ¿No es un milagro perpetuo?

Pero basta ya. Son casi las doce. Hay que dejar marchar estas hojas. Añado los respetos recibidos de tu país; algunos al menos, los dos más… viriles.

¡Anda! Acaba de llamarme Pierre Galindo.[481] Como con él y con Odette el lunes y tomo el aperitivo con él y con «la segunda» (el hallazgo es suyo) el jueves que viene.

Querido amor mío, hermoso solterón mío de aspecto ingrato, respetado

monje mío, adorado dios mío, buen día. Voy a llamarte dentro de una hora. Necesito oír tu voz ahogada. Te quiero.

V.

PS: Devuélveme el sobre con el amor para Ángeles.

427 — María Casares a Albert Camus

Viernes por la mañana [2 de marzo de 1951]

Está claro que, incluso alejados, tenemos más o menos los mismos cambios bruscos de humor; el mío es temible desde ayer y, si no fuera demasiado temprano, creería de buena gana que se trata de una maniobra de Aricia; pero no caerá esa breva.

De todas formas, mi incertidumbre debe tenerte suficientemente informado acerca de mis ignorancias al respecto. Es el misterio «M» (sin juegos de palabras). Así que vamos a olvidarla y a arriesgarnos contando solo con mi tiempo más libre. En este punto, el jueves 15 me parece ideal; no trabajo por la noche, los dos programas de radio que he aceptado serán la víspera y ya me cuidaré de no coger más hasta el 17. Así podríamos pasar juntos el 15 y el 16. ¿Qué opinas?

Ayer, como ya te lo había anunciado por carta, te llamé. Estabas comiendo a veintidós kilómetros de Cabris con tu argelino.

No tiene importancia, me alegré de saber que andabas por ahí y, además, no tenía nada de particular que decirte.

Luego recibí a un reportero encantador que sacó alrededor de treinta fotos para Inglaterra, Dinamarca y, sobre todo, Suecia, claro.

Luego le tocó la vez al español, un español que se habría merecido pertenecer a la pandilla de Henri Lopez. Es curioso cómo este pueblo, al que tanto quiero, tolera poco la mediocridad. El orgullo apesta demasiado cuando interviene la estupidez y a punto estuve, en un momento dado, de poner de patitas en la calle a ese caballero para dejar de oír las cosas que decía, dejar de verle la cara de pera y dejar de mirarle la corbata «deportes de invierno», cuyos esquiadores abigarrados me daban no sé qué arcada en la que la vergüenza y la ira se disputaban la preferencia. Conseguí callarme cuando, con tono pedante y pretencioso, me aseguró que había asistido al entierro de «mi pobre padre»; yo no quería hablar de ese asunto. Pero, cuando se subió a la parra para decirme que, de haber tenido ahora la posición que tenía en España, no habría insistido para ver a una señorita que se negaba a volver a verlo (¡debió de llamar dos veces!), me sacudieron de arriba abajo ganas de asesinarlo y, sacudiéndome una oleada de indignación cuyo sabor había olvidado desde que perdí de vista a Henri y a Pitou, mascullé con voz inexpresiva: «La posición de quien sea no tiene influencia sobre mí. Le ruego que no siga por ese camino; no admito ese tono y no toleraré su presencia ni un minuto más».[482] Se disculpó cobardemente y siguió con las preguntas:

—¿El temor a contrariedades políticas no le ha hecho pensar nunca en cambiar de apellido? ¿Por qué no va a España? ¿Tiene miedo?

Era la primera vez en la vida que me insultaban. Solo que se trataba de un imbécil.

El resto de la tarde lo pasé leyendo el final de *La educación sentimental*. Luego llegó Pierre para cenar conmigo. Desabrido, malo, odioso. ¡Señor! ¡Lo empecinado y ramplonamente cortante que puede ser cuando recobra, en el amor, su ramalazo de tía! Nos peleamos por lo del taxista del otro día; vista a distancia, ya voy entendiendo un poco su postura, y además… ¡se

me había olvidado, vaya! Él, con su amargura, me lo recordó, deseándole las peores desdichas, la bomba atómica, un accidente, la quiebra, etc., y llamándolo cabrón. ¡Es mucha exageración para un arranque, me parece a mí! Y, al alegar yo que la nuca parecía la de un buen hombre y que resulta difícil llevar un taxi un día de huelga de metro y autobuses, me puso verde; me dormí a las dos de la madrugada después de haber empezado *Rojo y negro*. He decidido volver a leerlo.

Hoy el tiempo es invisible. Se esconde tras los cristales de la ventana en unas densidades en gris-amarillo oscuro. Es agobiante, pero la cosa no va mal. Después de la comida con F[rançoise] Adam, voy a rematar el correo para quitarme de encima ese peso que lleva mucho molestándome. Luego, antes de ir al teatro, seguramente seguiré leyendo a Stendhal.

En lo de tu declaración de Hacienda, me parece que deberías tener a alguien que te la hiciera. El señor Pineau me la hace con diligencia y primor por 2.500 o 3.000 francos anuales. ¡Hala!

La carta del señor Armand de la vesícula de los cojones (¡con perdón!) es a su imagen y semejanza. En cuanto a la otra, la de los españoles, no sé qué contestarte. Hace un rato intenté localizar por teléfono a don Juan [Negrín] para pedirle consejo; pero, por un cruce de líneas seguramente, solo he conseguido molestar dos veces a un señor que me ha contestado con voz ronca, quejumbrosa, iracunda, voluptuosa, y la tercera vez a una señora que, exactamente con el mismo tono, exclamó: «¡Ay, nooooo! ¡Otrrrra equivocación!». No me he atrevido a insistir, ¡los entiendo tan bien! Pero espera. Voy a hacer un último intento ---------No; sigue igual. ¡Qué le vamos a hacer! Volveré a llamar dentro de un rato.

Bueno, cariño; es todo por esta mañana. Voy a tumbos debido al sueño y la niebla espesa. Me noto nerviosa y no sé dónde meter mis energías

prodigiosas. Esta pared en la ventana me impide arrojarlas al cielo. Te quiero. Te acompaño. Te espero. Te beso largo, muy largo y tendido,

M. V.

PS: Acabo de hablar con Feli y con don Juan. Este se ha expresado muy sensatamente, me parece. Opina que los amigos de la República española, que pueden tener una excelente influencia, contribuyen, al quedarse callados, a la labor de aislamiento de Franco.[483]

Por otra parte, no es fácil cambiar un texto ahora que no cuesta nada contar con las pruebas y los testimonios de una traición semejante.

Así que cree —*opinión totalmente personal*— que, tras haber tomado las medidas necesarias para velar por la fidelidad de la obra, debe aceptarse todo cuanto pueda ayudar a espabilar a la opinión.

Creo que está en lo cierto.

428 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes, 3 de la tarde, 2 de marzo [de 1951]

Una notita, amor mío, que voy a bajar a echar a Grasse para que la tengas mañana. Qué bueno ha sido oírte reír y despotricar por teléfono hace un rato. Así que será el 15, día principesco, esa esperanza tenemos al menos. Espero también que mi Desdémone, por lo que le toca, ponga de su parte. El jueves 8, ¿sabes?, no era un proyecto en firme.

Esta mañana, repasando mis notas, me he dicho que, con un poco de suerte, podría haber acabado el martes. Pero habría sido necesario 1) forzar el ritmo (y estoy un poco torpón), 2) que la redacción saliera

espontáneamente. De hecho, habré terminado de verdad el jueves o el viernes.

El sábado o el domingo modificaré algo la introducción, que ya está hecha. El lunes y el martes releeré los textos mecanografiados de la parte principal, que tienen que llegarme durante esta semana. Así que mis anteriores previsiones eran correctas, salvo que voy a terminar sin apreturas. Este deseo de apresurarlo todo y volver era el caballo que olía ya la cuadra (perdona esta comparación deplorable). Ya sabes, los últimos días son los más duros. Me pongo frenético. E imagino el momento en que cerremos la puerta de tu cuarto.

Por otra parte, he hecho bien en llamarte, puesto que me has quitado los remordimientos. ¡Consumirme mientras estás en la radio! Ya tolero que la princesa me haga de menos si puedo tenerte tendida a mi lado. Pero ¡la radio! Sobre todo salvaguarda bien nuestro día. No pienso apartarme de ti ni un paso, me parece que voy a comerte, a roerte minuciosamente, sin apartarme de ti hasta tenerte dentro, ahíto de tu carne suculenta. Pero vamos a dejarlo aquí.

Hace un frío de mil demonios. Me he puesto el jersey gordo de cuello vuelto. Es absurdo, estoy escribiendo una parte acerca del pensamiento solar, y el mediodía, y la incansable Grecia.[484] Pero aún tengo en el corazón la luz exquisita de ayer y toda una secuencia de días que tenían tu resplandor, el de los momentos de felicidad. Estoy completamente solo en el hotel, almuerzo en una sala solitaria. Y se forma un gran silencio, un gran vacío a mi alrededor, como para prepararme al tiempo de las risas, de la alegría, de los cuerpos cómplices y del amor tumultuoso. Te beso, luz mía, silencio mío y furor mío, abro tu querida boca para beber en ella. Quiéreme, duérmeme en tu calor, los días se arrastran y la alegría llegará de golpe. Pero te quiero, te quiero y te espero entera,

A.

Adjunto, con el Amor postal dos sellos del Japón para nuestra hermana Marie des Anges.

¡Sí, siete años! Y tú eres mi muchacha, mi primer amor.

429 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado, 3 de la tarde [3 de marzo de 1951]

Otra notita para tu lunes. Voy a Grasse a buscar al perro de los Sauvy, que, como se van dos días, me lo dejan. Puck, que es un cocker un poco bastardo, se muestra muy amistoso conmigo y me hará compañía durante el fin de semana. Hace cada vez más frío, el trabajo avanza, estará acabado pronto. Un único contratiempo. Mi secretaria, embarazada, está mala. El niño se ha muerto, no se le oye ya el corazón, y ella corre el riesgo de un parto en cualquier momento. Por supuesto, no puede trabajar ni pasarme a máquina mis textos. Lo siento mucho por ella. Unos periodistas de *Paris Match* me han llamado desde Grasse para venir a hacerme unas fotos. Me han pillado desprevenido y no he sabido decirles que no. Pero luego les he llamado para decirles que me iba fuera unos días.

Bueno, seguiré vuestros consejos en lo de España y ¿pediré revisar la traducción? Veremos.[485]

Tu carta, recibida hoy, era efectivamente tristona. Es lo que pasa al final de las separaciones que duran demasiado. Uno se siente muerto, entumecido como la semilla bajo la nieve. Algo así es lo que siento yo. Pero basta con imaginar el encuentro y la hermosa flor roja crece de un tirón y

arde. Entre el momento en que escriba la última línea de mi ensayo y ese otro en que te tenga en mis manos solo deseo dormir profundamente y sin sueños.

Pero que no se te ocurra dejar de quererme. Guárdame tu corazón, tus brazos frescos. Te quiero, me preparo para encontrarme contigo, estoy velando las armas. Hasta pronto, amor mío, querida mía. Una semana más y la primavera empezará con cinco días de adelanto.

A.

430 — María Casares a Albert Camus

Domingo, 4 de marzo [de 1951]

Acababa de colgar el teléfono el viernes cuando una oleada de arrepentimientos, de preocupaciones, de angustia incluso, vino a trastornar la tranquilidad del día. El dicho «Vale más lo bueno que lo mejor» no me dejaba en paz la imaginación. Ocho días de vida tirados, desperdiciados, perdidos por mi propia voluntad. ¡Hay que estar loco, ser tonto, inconsciente, frívolo! No podía parar en el sitio y la comida con Françoise Adam acusó el golpe una barbaridad; su palpitante relato se perdía en mi mirada ausente y bendije al cielo por haber dotado a mi invitada de una ceguera total para todo cuanto no sea ella. Efectivamente, seguía imperturbable con sus eternas letanías: «Entré, menuda, frágil, diminuta sombra equívoca, y me acerqué a las candilejas… el gentío aclamó…», etc.

Por la tarde, leí para distraerme y durante unas cuantas horas; mi amor resucitado por Julien Sorel pudo más que el resto. Por la noche, la sala del teatro de La Madeleine estaba casi llena.

Por fin, ayer por la mañana llegó tu carta para calmarme del todo. Me censuré un poco por haber carecido hasta tal punto de generosidad y haberme vuelto tan avara del mínimo minuto y, tras haber mirado bien los horarios de mis días hasta el 15, comprendí que había hecho bien las cosas.

A las doce, vinieron a buscarme para llevarme al teatro de Les Ambassadeurs. La revista *Elle* debía hacerles tres fotos a las personas que habían tenido más éxito en el año y que estuvieran ahora mismo en París.

La primera: autores.

La segunda: jóvenes revelaciones.

La tercera: viejas glorias que se hayan hecho notar últimamente.

Me colocaron, por supuesto, en la tercera categoría y tuve la alegría de posar, en plan ristra de cebollas, con [Simone] Renant, [Bernard] Blier, [Elvire] Popesco, J[ean]-L[ouis] Barrault, M[adeleine] Renaud y F[rançois] Périer.

La pareja de Marigny volvió conmigo en el coche de la revista, ella adorable, él curiosamente cariñoso (¡ese no dejará nunca de asombrarme!). Como me hablaban de ti con fervor y me preguntaban qué tenías en contra de ellos, les dije que me parecía que eran más bien ellos los que debían dar explicaciones, dado que ni siquiera te habían hecho una llamada para proponerte que fueras a algunos de sus múltiples espectáculos. ¡Entonces… no te lo puedes ni imaginar! J[ean]-Louis exclamó que no te gustaban los ensayos generales y que se lo habías dicho, que él ya te había asegurado que su teatro estaba a tu completa disposición —incluido el escenario— y que era inútil cansarse en escribirte «una carta de amor, casi comprometedora», si no ibas a entender nada de ella.

Estaba consternado, completamente consternado, y, cuando me estaba repitiendo que solo cierto pudor le impedía darte un toque más a menudo (por temor a molestarte), Madeleine, fuera de sí de pronto, acabó con el

intermedio trágico con un «¡Te está bien empleado por ese maldito pudor tuyo!», y todo terminó con risas y con la promesa de una próxima comida de los cuatro en mi casa.

Sin embargo, J[ean]-Louis volvió cariacontecido y Madeleine, de mal humor.

En casa, comí con los Bouquet. ¡Qué pena! Él, tras agotar todos los recursos, se aferra aún a unos pocos programas de radio que le proponen, le gustaría irse de gira adonde fuera, empieza a dudar de su carrera y recurre a toda su energía para conservar la dignidad en medio del desastre. Ella… sueña con Balenciaga, con Hossegor y con grandes camerinos de estudios llenos de maquilladores, de encargadas de vestuario y de secretarias y, entretanto, pasea por acá y por allá con el último vestidito y una chaqueta algo tazada que le queda. No están hechos para la miseria, y la necesidad de lujo de una, mezclada con la ambición truncada del otro, empieza ya a despertar enfados, a abrir agujeros vacíos para siempre entre ambos, a socavar, a socavar, a socavar.

¡Pronto, una película o una obra buena! ¡Llegaría todavía a tiempo, por los pelos! Luego…

Por la tarde volví a sumirme en Stendhal. Por la noche, trabajamos ante una sala completamente atestada y entusiasta. Había gente incluso en los escalones, pero, como muchos espectadores tienen ya entradas a media tarifa, la recaudación no superó los 254.000 francos. Reinaba la alegría entre bastidores, la animación en las interpretaciones. En vista de lo cual ya no sabemos hasta dónde vamos a llegar con *La segunda*. ¡Ya veremos!

Ahora me toca a mí.

Salud inquebrantable.

Estado de ánimo firme.

Humor titubeante. Me noto nerviosa e irascible, pero nada en este

momento puede satisfacerme más. ¿Lo entiendes? Le endilgo los nervios a Aricia y así todas las esperanzas están permitidas; llego incluso a invocar su ira, a desear el dolor que me trae. Y espero sin tregua la crisis total para poder descansar por fin con toda tranquilidad entre tus brazos.

Demasiado ocupada con esos detalles, ni siquiera me acuerdo ya de la alegría de mi corazón. No puedo hacerlo, por lo demás; me entra un vértigo en cuanto intento imaginar y también una timidez imposible de superar. Me noto en el mismo estado que una novia joven antes de la noche de bodas. ¡Es ridículo, pero no lo puedo remediar! Tengo la esperanza, sin embargo, de poder librarme de esta sensación inoportuna cuando me tengas delante; si no, te verás obligado a recurrir a todos tus talentos para que florezca este capullo verde y cerrado que soy de momento.

Siete años… ¡y que sigamos en estas!

¡Señor!

Bueno, querido, querido, querido amor mío. Aquí te dejo por hoy.

Trabaja bien e intenta evitar en tu obra comparaciones líricas del tipo de «caballo» y «cuadra». Seguramente sería algo que escandalizaría a las mentes preclaras.

Trabaja bien y aprovecha esta semana para pasear un poco también y tomar de esa hermosa tierra donde estás todo cuanto te va a quitar París.

A partir del 10 (ya habrás acabado más o menos) vuélvete por fin hacia mí. Lo he hecho lo mejor que he podido para dejarte en paz todas estas semanas de gestación. Ahora ha llegado la hora del amor para nosotros. Lo exijo. Ven. Te he esperado pacientemente; ahora yo tampoco puedo estarme quieta en el sitio y no sé qué avidez —reprimida hasta ahora en los rincones más recónditos— me devora por completo.

Ven, querido amor mío; te quiero.

M

V

431 — Albert Camus a María Casares

Lunes, 6 de la tarde [5 de marzo de 1951]

Querido amor mío:

Vuelvo de un largo paseo. El cielo está gris, hace mucho frío. Pero me he abrigado bien y he andado a buen paso. Bajo esta luz gris, el campo estaba curiosamente silencioso. Solo, según volvía, en los grandes cipreses que están cerca de donde vivo, los pájaros, que se estaban acomodando ya para la noche, se pusieron a piar; he vuelto a mi cuarto, he atizado el fuego, que estaba moribundo, y he vuelto a leer tu carta. Te quiero mucho y estoy deseando irme de Cabris. Esta habitación solitaria, este comedor vacío, estos paseos por el desierto empiezan a agobiarme. Noto que se acerca el final de mi trabajo (el miércoles seguramente) y voy a verme en un vacío que conozco bien. Ya sabes, el agotamiento después del ensayo o de la representación decisiva, pero sin que sea posible saber si la cosa ha funcionado, y las semanas de trabajo ininterrumpido vuelven de golpe a la superficie y lo dejan a uno exhausto. Para anticiparme a ese vértigo es para lo que he empezado a salir y a pasear. Ayer por la tarde fui a ver (yo solo, como un chico mayor) un partido de fútbol, en Grasse. Me agrada bastante la complicidad de los hombres alrededor de los estadios y las discusiones técnicas y cosas así. Había un negro espléndido en un equipo. Y el tipo que estaba a mi lado va y dice:

—¿Ha visto al negro?

—Sí.

—No lo tiene claro.

Y se ríe.

Volví un poco congelado por un viento cortante. Por lo demás, esta buena gente juega muy mal.

Me encantan esos inconscientes del Marigny. ¿De dónde han sacado que yo tenía algo contra ellos? Me limité a no acudir a la convocatoria de la señora Volterra[486] para la tarde de la fiesta de Navidad. Por lo demás, es precisamente eso de escribirme una «carta de amor» para luego olvidarse de mí lo que más me sorprende desagradablemente. Que no me inviten, bueno, me consuelo. Pero que antes se me echen en los brazos es algo que me deja pasmado. Por lo demás, creo de verdad que, en buena parte, [Barrault] es un inconsciente y no le guardo rencor.

Lo siento mucho por mi pobrecito Bouquet. Casi me están entrando ganas de escribir una obra solo para sacarlo de apuros. ¿Y la obra de Sartre? ¿Crees que si le escribo para hablarle de Bouquet (al que admiró en *Los justos*) lo perjudicaría? Hébertot está montando una obra en cinco actos de Gabriel Marcel. Michel podría dar la talla si le sugiriéramos el asunto al gran Jacques.

Está bien, en cierto sentido, que *La segunda* coja un poco de carrerilla. Bien pensado, te dará de comer hasta la obra de Sartre. Y, además, yo podría ver la obra a gusto. Pero, por otra parte, ¡cuántas veladas vamos a perder nosotros! En fin, trabajaré con mis manuscritos.

¡Querido, hermoso amor mío, así que estás como una novia en vísperas de la boda! A mí también me parece que he recuperado una virginidad. Seremos tímidos y luego la tormenta se lo llevará todo por delante. Ponte guapa. Fíjate, es *la semana que viene*. Una semana más a partir del momento en que leas esto. Luego contaremos en días y, para terminar, yo contaré en kilómetros. Al final de una larga espera, un largo recorrido. Y, al

acabar el recorrido, amada mía, hermoso rostro mío, dulce cuerpo mío, las frutas de las Hespérides. Vamos, ánimo, otro esfuerzo más, el último y caerás en mis brazos y nuestros dos corazones chocarán. Cubro ese corazón de besos.

A.

432 — María Casares a Albert Camus

Martes, 6 de marzo [de 1951]

Recibí ayer tu notita del sábado, tan tristona como mi carta; pero, lo mismo que tú, te entiendo bien y me doy cada vez más cuenta de que el tiempo de escribir ya ha pasado.

Siento mucho las noticias que me das de Labiche. ¡Pobre! Pero ¿qué les pasa a todas que acaban abortando?

En cualquier caso, para ti es un fastidio tremendo; seguramente va a impedirte trabajar como habrías querido y sentiría haberte disuadido de que vinieras esta semana si mi humor, cada vez más sombrío, y un brote de urticaria primaveral no me hicieran preferir tu ausencia ahora mismo. En cuanto a Aricia, sigue con un dolor sordo y estoy empezando a temer seriamente sus veleidades. ¡En fin, ya veremos!

Para colmo de males —en cierto sentido— la reanudación de las sesiones radiofónicas ha venido a impedirme una vez más dormir hasta hartarme y me paso los días en los estudios en compañía de Marie Kalff[487] —digna y enlutada— y de Vitold, que ensaya sin parar *El tiempo es un sueño*. Esto por ahora. Dentro de unos días, la grabación de *Yerma* en español, empezada, y casi al mismo tiempo la de *El viaje de Teseo*.[488]

Por las noches, trabajo como puedo, rascándome por aquí y por allá, bostezando, quejumbrosa.

Tengo un dolor de tripa suave, remoto, punzante, y tengo agujetas. Mi estado de nervios, exacerbado, no mejora la situación.

Ayer, Pierre [Galindo] y Odette vinieron a comer a casa. Él se fue a las dos y media a trabajar. Ella se quedó hasta las cinco acribillándome a preguntas sobre la vida de una artista. Es simpática y enternecedora. Él me gusta.

En cuanto tengo un cuarto de hora por delante, me abalanzo sobre Stendhal y lo devoro o me quedo dormida encima del libro.

Esta tarde voy a probarme mis galas de primavera y, luego, a Cimura a hablar un rato y ver en qué punto estoy. Mañana, tras un reportaje al aire libre, que será por la mañana, me harán fotos por la tarde en casa al derecho y al revés para tener por fin imágenes un poco naturales. Para terminar, tengo que plantar cosas aprovechando la luna nueva.

El jueves tengo una radio por la mañana, como con Marcel Herrand y Roger Pigaut en casa y, por la noche, tengo que ir a ver *Colombe*, lo que no me hace ninguna gracia, y a las dos y media de la tarde voy a blanquearme los dientecitos para tu disfrute.

Hace bueno; el sol está aquí, pero ha refrescado mucho aquí también y una tercera ola de gripe vuelve a hacer estragos.

Esto es lo que hay.

No tengo ya ganas de escribir nada, de contar nada; igual que en las separaciones llega un momento en que la persona que debe irse parece que ya no está, en los reencuentros se está presente antes de la fecha. Ya estás aquí, querido amor mío, y me extraña mucho no hallar bajo los labios esa piel tuya querida. ¡Ay!, no, no dejo de quererte. Estoy aquí, pasmada de que no me rodeen tus brazos y ya no existe nada a mi alrededor, salvo ese vacío

que tu cercana presencia abre en torno a mí. Los rosales y las hojas de los jacintos incluso retroceden; no necesito ya su forma ahora mismo; solo quiero aferrarme a ti, me bastas y, mientras llegas, *yo* he dejado de existir, aunque *nosotros* no existamos todavía…

¡Hay que ver! Me paro, cariño. *El tiempo es un sueño* ha dejado rastros lamentables en mi mañana adormilada. Te escribiré con normalidad cuando haya dormido; si no, vas a creer que me he vuelto loca. Te quiero, te quiero. Te espero. Ven pronto

M.

V

Miércoles [7 de marzo de 1951]

Ayer, después de haber encargado otra blusita en Cardin y después de haberme probado las cosas en marcha, fui a pie a Cimura, donde tuve la alegría de enterarme de que no me quedaba ya ni un céntimo, que este mes tenía que pagar 150.000 francos de impuestos y, al mes que viene, 50.000 de la cuarta parte de la próxima declaración la renta. Menos mal que llevaba encima dos contratos de las radios que estoy haciendo. De ahí se quedaron con 9.000 francos que les debía y me dieron 40.000 para vivir hasta el 15, con la promesa de entregarme otros 50.000 para llegar a fin de mes. Ahora bien, sin contar el recibo de febrero y el de marzo, que debo, y la factura de Cardin, le debo ya a Ángeles 50.000. Estupendo. ¡A apretarse el cinturón!

Aricia continúa callada y mi urticaria me sigue picando.

Hoy he recibido tu carta del lunes. Escribe a Sartre para Michel Bouquet, si puedes; de Hébertot no hay que ocuparse; se acordará si surge la ocasión.

No cedas al vacío. Si de verdad no va bien la cosa, vuelve antes, pese a

mis múltiples ocupaciones; pasaremos más adelante dos días juntos. Sobre todo no hay que dejarte tiempo de venirte abajo.

Bueno, cariño. Mando esta carta tonta y apresurada. Me he levantado tarde aprovechando mis vacaciones matutinas y Ángeles me mete prisa para echar esto antes de las doce.

Quiéreme, hermoso amor mío. Ánimo. Reponte del cansancio. Te beso largo, muy largo y tendido,

M

V

433 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 3 de la tarde [7 de marzo de 1951]

Querido amor mío:

Dos días sin carta tuya. Es mucho. No es la primera vez, claro, y no hay nada más normal. Pero por mucho que me digo todo eso, el mínimo silencio me preocupa y me pone incómodo. Además estoy muy mimado y no me acostumbro a no verme colmado de cartas tuyas.

Llueve desde ayer y hoy una niebla espesa ha invadido el valle. Esta noche acabaré mi trabajo. Voy a bajar dentro de un rato a echar esta carta y terminaré seguramente cuando vuelva. Luego repasaré un poco el manuscrito para que a la mecanógrafa le cueste menos leerlo.

Me noto vacío y hueco. Lo que me habría gustado es acabar este trabajo, escribir la última palabra y correr a tu lado. Y resulta que no solo tengo que esperar una semana, sino que ni siquiera tengo una carta recientita para reponerme. Mañana, al menos, espero leerte.

Herbart, que ha venido a Grasse a ver a su madre, enferma, ha comido conmigo. Me ha contado una historia estupenda. Al día siguiente de la muerte de Gide, Mauriac recibió un telegrama (auténtico) que decía lo siguiente: «No existe infierno. Puede desmelenarse. Avise a Claudel. André Gide». Otra, algo peor: Marie-Laure de Noailles presentándose a las dos de la madrugada con vestido de noche y pieles para ver el cuerpo de Gide. Desde su punto de vista, era lo que sustituía la sopa de cebolla,[489] después del espectáculo. Ese es el Todo París.

¿Qué estás haciendo? Tenía ganas de llamarte hoy y llegó Herbart. ¿Estás triste, me quieres menos? ¡Una semana aún! ¡Una semana nada más!

Y te agarraré a brazo partido, como suele decirse. Te estremecerás. Te quiero, te necesito tanto como me necesito a mí. Tengo encima de la mesa un tazón con jacintos que me habla de ti, no sé por qué. Quizá porque son casi negros de tan azules como son; porque son frágiles y fuertes y porque su suave aroma se me pega a la piel. ¡Ay, cuánto odio tus silencios! Habla, salvaje mía, perfumada mía. Ábreme tus brazos, tu orgulloso corazón, tu ternura sin límites. Necesito todo eso y, privado de ti, soy mísero entre los míseros, el eterno judío errante, el dolor de no ser.

Pero qué tonto soy. Me perteneces, he acabado con este largo exilio y voy a recuperarte entera. Te beso apasionadamente, te huelo, te quiero a veces como para morirme. Escribe, llama por teléfono, no me sueltes la mano de aquí al jueves. Y el jueves te lo pagaré con el amor más trémulo, incansable, loco, dichoso por fin…

AC

Jueves, 11 de la mañana [8 de marzo de 1951]

Ya está, amor mío querido, se acabó e inmediatamente después estallaba una tormenta (parece inverosímil, pero así ha ocurrido), que todavía no ha acabado y que desde ayer, viento, lluvia, granizo, está destrozando mis hermosos árboles floridos, se lleva volando a lo lejos los pétalos blancos y los pega en mis ventanas.

Me gustaría mucho escribirte un canto triunfal, para evitar que me llames cosas feas. Pero, sinceramente, no puedo. Me alegro de haber terminado, estoy contento de haberme controlado, obligado a trabajar, de haber forjado una disciplina y haberme atenido a ella durante casi dos meses. Supone para mí una demostración de fuerza que estaba necesitando. En lo demás, solo me noto un alma aturdida y desconfiada. He trabajado como un loco en este libro, ha sido un trabajo agotador, un tanto insensato. Y ahora es como si me hubieran quitado brutalmente unas muletas, con las que andaba, o arrojado al aire libre después de unos meses enclaustrado. Doy tumbos.

Pasa también que tenía una ambición desmedida. Lo que quería hacer, nadie puede hacerlo hoy. Y menos yo, que habría necesitado una inteligencia más flexible y más recia, una generosidad más amplia. Solo espero que este libro no se aleje demasiado de lo que debía ser. Espero que ayude a vivir, que diga que no todo está perdido, que dé a todos aquellos con quienes soy solidario fuerza para no odiar nada y para crear.

No hablemos más de ello ahora. En todo esto, no he dejado de conservarte cerca de mí y, aunque no te lo haya dicho, se me desbordaba el corazón de ternura y de gratitud al ver la valerosa forma en que no has dejado de ayudarme. Pase lo que pase, no lo olvidaré nunca. Resulta fácil

dar su amor, pero es duro dejarlo en el aire, con un amor más hondo, aprender a tornarlo liviano y hacer de él un consuelo. ¿Por qué milagro sabes siempre responder a mis expectativas, incluso cuando esas expectativas no están claras ni son evidentes para mí? Qué más da. Me das más de lo que persona alguna se merecerá jamás. Y yo lo recibo con respeto y agradecimiento, y también ese maravilloso amor que no deja de permitirme vivir.

Ahora voy a volver. Deja de escribirme a partir del sábado. ¿Para qué, por lo demás? No tenemos ya nada que decirnos aparte de ese deseo incesante de reunirnos, la penalidad de la espera, la alegría y el arrebato del reencuentro. Con volver a verte, solo con rodearte los hombros, quedaré pagado de todo. Te espero y te beso ya con todas mis fuerzas,

Albert

435 — María Casares a Albert Camus

Jueves 8 de marzo [de 1951]

Querido amor mío:

Son las doce y vengo de la radio, donde he leído una vez más el texto de Lenormand a la espera de la grabación, fijada para el sábado por la mañana. He acabado ahora mismo una interminable carta de un padre de familia encerrado en una casa de salud en Épinay que me pide en nombre de Cristo que contribuya a la divulgación de los métodos terapéuticos que se utilizan ahora mismo. Estoy esperando a Marcel [Herrand] y a Roger [Pigaut] y me desespero. Aricia, vibrante ayer, se ha vuelto a quedar dormida con un

sueño sereno y los presagios son malos. Creo que debemos hacernos ya a la idea de pasar nuestros dos días de felicidad en la castidad más estricta.

Recibí esta mañana tu carta de ayer. Ya sabía la historia del telegrama; me la había contado Pierre [Reynal] y, al pensar en la familia de Gide, la broma me ha parecido de un gusto discutible, sabiendo que aparecía tal cual en un periódico que sus parientes podían leer. A veces soy tontísima, pero el ingenio parisino a menudo me asquea.

En cuanto a la visita de Marie-Laure [de Noailles], nada es más normal en ese círculo de inconscientes.

No te he escrito estos dos últimos días por falta de vida y superabundancia de urticaria y de pésimo humor. Pero todo eso entra dentro de lo normal; han llegado los días malos y hay que hacerse a la idea con la única esperanza de que no sean muchos.

Por aquí el tiempo está despejado y frío. En el teatro sigue el ascenso respecto a la semana anterior y todavía no hemos empezado los ensayos de la siguiente obra.

Esta tarde voy a ir de compras, las últimas. Guantes y botones. Y esta noche no me queda más remedio que tragarme *Colombe*. ¡Menuda gracia!

Mañana intentaré añadir unas cuantas palabras a estas páginas taciturnas, pero, incluso si no doy con las que habría que decir, no te preocupes. Ya conoces mi estado premonitorio, esa insensibilidad, esa frialdad, ese vacío que se adueñan de mí antes. Me noto cerrada, opaca, compacta y de una pieza. Ni un movimiento, ni un escalofrío, nada. Y una estupidez crasa.

Estoy durmiendo un sueño animal; tengo que esperar el despertar; no tardará. Paciencia, querido amor mío. Noto, por algunos albores, que el amanecer va a ser deslumbrador. Y te cito para ese momento, en tus brazos. Te quiero.

V

Viernes por la mañana [9 de marzo de 1951]

Fui anoche, con un ramo de lilas y de iris a cuestas, al teatro de L’Atelier. Le dejé el regalo al portero con una tarjeta en la que le agradecía a Danièle Delorme la invitación y las localidades. Luego fui a pedirle al señor Lassaigne las entradas; me las dio a cambio de una cantidad de 1.400 francos que Pierre [Reynal] tuvo que pagar, porque a mí ni se me había ocurrido que me fueran a exigir los 200 francos de dos tasas. De muy mal humor, entré en la sala, donde una señora muy desagradable nos condujo a dos butacas muy alejadas del escenario y que caían detrás de una columna. Le pedí a Pierre que le diera a nuestra anfitriona la propina que se le debía y, sin ocupar las localidades, nos marchamos.

¡Bastante es ya que me cobren la tarifa completa cuando me invitan! Pero que me reserven con diez días de antelación las perores butacas del teatro supera mi capacidad de comprensión y mi indulgencia.

Altaneros, dignos, dejando atrás las flores, la tarjeta, las entradas, las propinas y 1.400 francos de las localidades, nos fuimos a ver una película. Por el camino, lamentaba amargamente las medias que necesito y que habría podido comprarme con el dinero despilfarrado.

Vimos un documental sobre aves muy bonito y otro, emocionante, sobre Pablo Casals. De remate, asistimos a la proyección de *Francisco de Asís*, de Rossellini, que igual podría haberse llamado «Pícaras en un prado». ¡No sabes tú cómo son los monjes esos cuando se ponen a coquetear en la hierba…!

Al principio, lloraba de risa: luego, me aburrí. Solo se me han quedado unas cuantas imágenes hermosas y la agraciada cara del que hace de san Francisco.

Esta mañana recibí tu estupenda carta del jueves. Pobre amor mío, qué

desnudo, qué desvalido debes de sentirte. El esfuerzo ha sido inmenso y ha tenido que hacer mella en tu voluntad al agotarte todas las energías; el pensamiento, agotado de momento, reducido a la nada, tiene que perdérsete, que extraviársete en una mente de repente liberada y que se ha vuelto demasiado amplia. El cansancio físico y el intelectual los tienes presentes seguramente en los ojos, un poco aturdidos. Están también la ambición, tu enorme ambición, que hace soñar con resultados gigantescos, sobrehumanos, y esos papeles que tienes delante, en los que todo ha adquirido un límite. Solamente que no se te olvide esto: creo que estás ahí sencillamente para decir de determinada manera cosas que, cuando las lean personas amigas, «solidarias» —como dices tú—, tendrán el sortilegio necesario para volver a crear en su mente lo que imperaba en la tuya cuando las escribiste, y no para dibujarlas fielmente, deja este cuidado a los literatos que se limitan a describir; tú estás ahí para avisar, para anunciar, y en ese ámbito no se puede decirlo todo; a menudo hay que someterse a sugerir.

¡Ay!, ¡qué ganas tengo de leer ese libro! ¡Qué ganas tengo de recuperarte, a ti, a quien tanto quiero fuera de ti!

¿Cómo puedes hablar de mi valor durante este mes y medio? ¿No entiendes que también te quiero así, encerrado, prometiendo páginas que nos ayudarán a vivir? No solamente la ambición creadora que te abrasa me devora a mí también en tu nombre, amor mío, sino que debes saber que lo que escribes me resulta tan querido como tú en persona y hallaría todas las paciencias para dejarte en paz mientras trabajas.

En fin, la tormenta ha llegado para poner un punto detrás de todo esto; ahora se trata de recobrar las fuerzas, de resucitar, de revisar el conjunto, de rematarlo y, luego, de volver a empezar…

Bueno, te dejo. Hay que echar esta carta antes de las doce. Y luego

vendrá la última, la que recibirás el lunes, y después… ¡Ay!, ¡querido amor mío!

Te quiero. Te quiero.

M

V

PS: Renunciemos a toda esperanza. Aricia sigue callada, mientras que la urticaria continuará atormentándome.

436 — María Casares a Albert Camus

Sábado 10 de marzo [1951]

Querido amor mío. He recibido hoy tu posdata. No he quedado con nadie a partir del 15; solo he aceptado una radio que me cogerá media tarde el 29, el 30 y el 31 de este mes y el 2 y el 3 del mes que viene. Así que estoy libre el sábado por la mañana, y el viernes por la noche solo tengo la función, que intentaré abreviar en la medida de lo posible.

Mi alegría no tendría ya límites si no me sintiera tremendamente mutilada y humillada ante ti. Ya no queda duda: dado que Aricia no ha dado aún señales de vida y sus crisis son muy largas, como ya sabes, nos veremos reducidos a miradas ardientes. No puedes saber cuánto lo siento.

Aunque, a fin de cuentas, me resigno de buen grado; los furores de la princesa hacen olvidar sus arrebatos, pero ¡tú!, qué decepcionado y frustrado vas a quedarte. ¿Qué hacer?

¿Cómo hacerme perdonar? ¿Cómo saciarte?

He comprado unas píldoras mágicas y estoy esperando el momento de poder tomarme un montón para ver si tienen el poder de hacer el milagro; pero lo dudo, y además… tendría que llegar el momento, que estallase la ira de Aricia.

¡Ay! ¡Fatalidad![490]

Mi urticaria va desapareciendo. Ya no tengo más en las manos; solo me quedan rastros en el muslo derecho, donde roza la liga.

Pero la verdad es que ya va siendo hora de que me cure del todo; desde hace cinco días, mi voraz apetito tiene que conformarse con zampar kilos de carne a la plancha y sacos de patatas cocidas.

Por lo demás, todo va bien. Las recaudaciones de *La segunda* suben despacio, pero seguras, mientras yo engordo al compás.

He comido con un Marcel [Herrand] colorado e hinchado y con un Roger Pigaut casi elegante. He acabado con el correo y todos los días dedico media hora a contestar las cartas recibidas recientemente; ahorro. Tengo unos dientecitos relucientes. Me peleo con Ángeles por culpa de Paul Raffi, que no solo ha resultado feo, sino grosero (¡llegó a una cita que él mismo había fijado con una hora de retraso!), bromeo con Pierre [Reynal], pierdo los nervios y me enternezco con Quat'sous, y te espero plácidamente.

Este es mi horario hasta el jueves:

Sábado 10

De nueve a una Radio *El tiempo es un sueño*.

Son las tres y media.

A las cinco. Radio. *Yerma*.

Domingo 11

Teatro.

Cena, después de la función de tarde, en mi camerino, con vistas a ahorrar para los impuestos.

Lunes 12

Once y media — Señora Escalante (en mi casa).

Doce y media — Co[mida] con los Galindo (en su casa).

A las tres — Pruebas en Pascaud.

A las cinco — José Bergamín (en mi casa).

Martes 13

Por la mañana — lavado de cabeza.

De dos a cuatro y media. Radio *El viaje de Teseo*.

A las cuatro y media. Radio *Yerma*.

Miércoles 14

De nueve a una Radio *El viaje de Teseo*.

A la una Com[ida] *probable* con Pigaut (¿?).

A las cuatro Arreglo de la casa (flores, etc.).

Por las noches, claro, trabajo sin interrupción.

Aquí lo tienes. Así podrás situarme.

Me gustaría poder hacer otro tanto; lo que me parece quizá más cruel en nuestra situación es verme siempre en la imposibilidad de situarte, estando al tanto pocas veces de las personas y los escenarios que te rodean.

Antes de dejar de escribir esta tarde, me gustaría, para concluir, contarte un chistecito.

Gide llega al Paraíso. Lo recibe san Pedro y sopesa largo y tendido los pros y los contras para decidirse a dejarlo pasar. Revisa todas sus oscuras

perfidias… y luego… todas sus luminosas virtudes y su amor… Por fin san Pedro se decide y dice: «¡Bueno, venga! Entre». Y, dándose la vuelta, añade: «Y vosotros, ángeles, fuera». Hasta mañana por la mañana, querido amor mío, mañana mis últimas líneas, espero, de esta separación.

Arrímame a ti y escucha mi corazón

M.

Domingo por la mañana [11 de marzo de 1951]

He adelantado mi horario y, dado el estado de mi pelo, le he quitado la mugre esta mañana. Así que aquí estoy, colorada, achicharrándome el lado derecho, sentada en el suelo al lado de la cama, junto al radiador eléctrico.

Aricia sigue callada y estoy llegando a preguntarme si empezará a hablar algún día. ¡Ay!, no te decepciones demasiado, te lo ruego.

El ensayo de *Yerma* de ayer me proporcionó uno de esos minutos de pasmo de los que cuesta mucho olvidarse en la vida. ¡Cómo es posible ser tan malo como estos que me rodean y que no sean conscientes de ello! ¡No puedes saber lo que es eso! Y pensar que van a estar anunciado este programa durante quince días antes de retransmitirlo. Pero no solo son unos actores detestables, unos comicuchos incalificables, sino que parecen muy satisfechos de lo que hacen y se preguntan, extrañados, por qué digo el texto «con tanta sencillez», sin aprovechar para «lucirme».

¡Ay!, ¡qué lástima que grabemos el martes y que no puedas asistir a esa sesión! ¡Te pierdes un buen jolgorio!

En el teatro, ayer, la recaudación bajó de repente. Casi cien mil francos menos que el sábado pasado. ¿Por qué? ¡Misterio misterioso! Las caras vuelven a estar preocupadas.

Esto en cuanto a los hechos.

Y esta es la última carta, querido amor mío. La única sombra en mi dicha es la de no poder saciarte de todos mis dones cuando regreses. Me siento muy mala anfitriona y sufro por ello. Pero cuando te imagino aquí, delante de mí, de pie, sentado, echado, enorme, llenándolo todo, poniéndolo todo manga por hombro, ocupando todo el sitio, todo el tiempo, toda mi vida, me estremezco de alegría. ¿Te imaginas lo que me traes?

¡Ay!, cómo puede una morirse del todo después de haber amado tanto.

¡Ven! ¡Ven pronto! Ya no tengo palabras. Ya no quiero hablar más. Me siento incapaz de escribir una línea más. ¡Ven! Te espero,

M

V

437 — Albert Camus a María Casares

Domingo, 11 de la mañana [11 de marzo de 1951]

Esta es mi última carta, querido amor mío. La recibirás seguramente el martes y estaré a tu lado el jueves. Estas especificaciones son de las que da gusto escribir. Aunque estoy un poco pesaroso por no haber seguido mi primer impulso y no haberme ido el miércoles pasado, quizá no está mal que me haya permitido estos días vacíos y relajados. Pierdo el tiempo, hago el vago en la cama, leo a salto de mata, me paseo para remozarme el cuerpo. Lo malo es que, menos ayer, está lloviendo sin parar. Esta tarde voy a ver un partido de fútbol en Niza que va a ser más bien una sesión de natación. Voy con el cartero de Cabris y el peluquero de Grasse, unos auténticos aficionados.[491] Ya ves, mato el tiempo que me separa de ti. He llevado a Desdémone a que le hagan una revisión a fondo puesto que la

prontitud de nuestro encuentro depende de su buena voluntad. Voy por última vez al dentista para estar apetitoso. El martes, maletas. El miércoles, de madrugada, cojo la carretera.

Estaba triste y melancólico como el tiempo. Pero, según van pasando los días y se acerca el hermoso jueves de París, empieza a brotarme del corazón una luz. Tengo la esperanza de que esa aurora que me anuncias en tu carta tristona coincida con la mía. Resignémonos con los caprichos de la princesa. Las personas regias son así. Pero lo esencial es que tenemos dos largos días para nosotros, para charlar o para estar callados, para volver a conocernos por centésima vez desde hace siete años, y siempre maravillados.

Querida amor mía [*sic*], tristona mía, deslumbrante mía, solo nos separan unas horas. Beso tu boca para cada una de ellas, ¡con el último beso tu boca se abrirá, victoria chiquita!

A.

438 — Albert Camus a María Casares

[31 de marzo de 1951][492]

Señorita Maria Casarès Teatro de La Madeleine Calle de Surène *París*

Todo se acaba, menos al amor de los reyes.

A.

439 — Albert Camus a María Casares

[6 de junio de 1951][493]

Que el ángel de los siete años vele por ti, amada mía, y proteja nuestro largo amor.

440 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

[7 de junio de 1951][494]

Son las rosas del infierno, y del amor.

441 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

16 de febrero [495] [de 1951]

Querido, tierno, hermoso amor mío. Cuando te cogí esta mañana el teléfono, aún no me había dado tiempo a ordenar las fuerzas y la cabeza; me despertaste tú y las noticias que me dabas no eran de las que alegran la mañana.

Nada más colgar, ya veía las cosas con más claridad… ¡y te quería!

Cariño, a veces soy espantosamente cruel; lo sabes, debes saberlo y dejaría las cosas como están si no te vieras en la obligación de pasar tres largos días de cansancio y fiebre lejos de mí. Es justo que conozcas lo que amas. Porque me amas, ¿verdad?

Solo que resulta que ahora mismo no hallo ya en mí ni un recuerdo de amargura o de aspereza. Ni siquiera sé ya qué es la crueldad y un amor

inmenso ha venido a trastocar cualquier sentimiento de rebeldía. Te quiero totalmente, plenamente, y tienes que saberlo lo antes posible.

Descansa como es debido, no cedas al desánimo ni a la impaciencia. Aprovecha las anginas para recuperar el sosiego, la salud de la mente, y para empezar a conseguir la perspectiva necesaria para la paz y la superioridad que precisas para tu trabajo.

Yo te esperaré siempre; ¡serás bobo!, y puedes decir sin temor que, llegado el momento, me retendrás a toda costa, no tendrás nunca ocasión de darte ese gusto. ¡Hay que ser tonto! Mil veces me has gritado que tenía que hablarte sin rodeos y sin miedo, lo estoy haciendo por fin, ahora; te zarandeo como zarandearía a mi hijo o a mi hermano, con brusquedad, sin segundas intenciones, sin acritud (casi hablo antes de pensar), y resulta que me contestas como en los buenos tiempos en que me pasaba meses rumiando las palabras para tirártelas a la cara en un estallido de hiel. ¡Imbécil! ¡Cómo se puede ser tan tonto! ¡Sí! ¡Estoy harta! ¡Estoy harta de todo lo que nos separa, al igual que estoy harta de las amenazas de guerra, al igual que estoy harta de tener que entregarle la mitad de mi vida a cosas que no se merecen ni un segundo de atención! ¿Y qué? La guerra amenaza, y hay que aguantarse, me queda la otra mitad de la existencia, ¡hermosa esmeralda!, y tú estás ahí, ausente o presente, pero estás, y puedo en cualquier momento volverme hacia ti y descubrir en el acto ese vértigo tras el que da igual morirse. ¿Lo entiendes, cabezota?

Así que te espero, y *te esperaré siempre* (a ti hay que subrayarte las cosas).

Te quiero y, a menos que me vuelva loca o chocha, *te querré siempre*.

Cuídate las anginas y disfruta de tu tranquilidad. A lo mejor vale más que te hayas alejado de mí estos días; ahora mismo estoy de un humor temible. Hoy te esperaré comiendo con Pierre [Reynal], leyendo por la tarde,

trabajando por la noche en *El diablo y Dios*. Mañana te esperaré en compañía de los Bouquet, de Pierre y, por la noche, volviendo a trabajar en *El diablo y Dios*, y el lunes recitando Leda entre las once y las tres y vociferando el texto de Victor Hugo de cuatro a seis y media.

Si estás curado y quieres llamarme, hazlo el lunes por la mañana y déjale el recado a Ángeles. No quedaré con nadie para el lunes por la noche antes de las cuatro de la tarde; pero me parece más sensato que te quedes todo el día y toda la primera parte de la noche tranquilamente en tu casa, calentito, aunque te sientas bien del todo.

Te quiero, te adoro. Reflexiona, por lo demás, un segundo: a lo mejor se te ocurre a ti solo esa verdad básica.

Cede, querido amor mío, al atontamiento y a la paz. Te espero, muy formal, en los refunfuños y en la ternura. A lo mejor también en la esperanza de la claridad y de la alegría; pero de esto te hablaré cuando hayas vuelto al camino del sol y de la carne.

¿Sabes ahora que te quiero y que nada me separará de ti?

Hasta muy pronto, cariño. Te beso largo y tendido, pese a todos los microbios.

M.

PS: Si tuvieras que hacerme saber algo, escribe a Pierre [Reynal], al número 5 de la calle de Colette.[496]

442 — Albert Camus a María Casares

Jueves por la mañana [21 de junio de 1951]

Has hecho bien en escribirme, niña mía, y te lo agradezco. Estos dos días habrían resultado demasiado difíciles. No porque no pueda entender que vivas lejos de mí. Te quiero y eso basta para que sea capaz de seguirte vayas donde vayas. Pero hará falta que sepa dónde vas. Haría falta también que hubiera entre nosotros más felicidad sencilla, un porvenir natural. En medio de las sombras y de los temores con los que luchamos, la necesidad que tengo de tu amor se torna más exigente y más desdichada, no queda más remedio. Pero es cierto que prefiero este sufrimiento vivo, aunque tuviera que durar años, a ese corazón muerto que sería el mío si te alejases.

A veces me preocupo. Nunca me había fundido tanto con otra persona. De mí te lo he entregado todo y el vértigo de felicidad que me llega cuando noto esa entrega me deja también una especie de pánico. Si tú desaparecieras, ¿cómo viviría? No me imagino esa vida a tientas, un tanto a ciegas. Basta con que te vayas dos días y ya estoy hecho un perro vagabundo.

Ayer cené con unos amigos de *Combat*. Luego quisieron ver La Rose Rouge, donde no voy nunca. Muchísima gente, la comedia de por las noches, ya lo conoces. Yo también. Pero me sentía, en aquel decorado antiguo, completamente transformado y seguro de mí. Hay un juego que ya no es el mío. Y una sensación extraña y que me resulta muy nueva, eso de sentirme protegido así, aislándome del resto sin serle hostil, una armadura invisible. La verdad es que me has saciado. Fuera de ti y de las cosas que tú quieres que desee, no deseo nada en este mundo.

Espero, espero de verdad, que este viaje te haya sentado bien. Entiendo que te guste el océano, ¿sabes? En total he vivido veinticinco años subido a su lomo y es el animal más suntuoso que pueda acarrearlo a uno. Y además tú naciste junto a él, se te ve en los ojos que has estado mirándolo mucho tiempo. Durante mucho tiempo también la imagen del sol y del mar es lo

que me ha ayudado a soportar este París, que es un planeta muerto. Sustituía al amor del que me creía incapaz. Ahora…

Hasta mañana, amor mío. Querría volver a darte las gracias. Pero ¿cómo hacerlo sin decirte todo lo que me rebosa? Estaría cerca de ti esta noche, al filo de la cama de las Carmelitas, entre tus cajones de emigrante. De verdad que esa habitación es como una pasarela, una cubierta de popa, o una sala de espera, en la línea de demarcación. Pero para mí es mi patria y nunca me acuerdo de ella sin una ola de ternura. Buenas noches, buenas noches, querida mía. Te beso como querría hacerlo.

A.

443 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[22 de junio de 1951] *Por el miércoles*

¡Cómo se me habrá ocurrido sentir la necesidad de ver el mar! ¡Estos dos días los veo ahora como una forma de destierro y pienso con angustia en que bastante poco tiempo tenemos ya!…

No dejes de pensar en que estarán llenos de ti y que, si consigo notar una alegría cualquiera durante este viajecito, formará parte de ti, de nosotros.

Hasta el viernes. No veo ya la hora.

Bien castigada estoy.

M.

[23 de junio de 1951] *Por el jueves*

Estoy lejos y ¿por qué? Hasta mañana. Que no se te olvide que estoy ahí,

por todas partes, muy cerca.

M.

444 — Albert Camus a María Casares

GRAND HÔTEL DE L'EUROPE

Sábado, 1 de la tarde [28 de julio de 1951][497]

Amor mío:

Te escribo desde la coquetona ciudad de Saint-Flour (se parece al fondillo de unos pantalones viejos) entre el almuerzo y la vuelta a la carretera. Ya arreglada la avería, salí esta mañana. Estoy ya a solo ciento veinte kilómetros de mi destino. Así que hay grandes probabilidades de que llegue esta tarde. Te mando solo un par de líneas para tranquilizarte y para decirte que la primera noche de separación, en Brive, solo y cansado, fue una pesada carga. Pero estaba contento de saberte en esa habitación tan agradable, en manos (por decirlo así) de esa familia buena y generosa. ¡Ay, amor mío, las noches de Périgueux son el paraíso al lado de las noches de Brive! Pero la vida es a veces maravillosa al enredarlo todo así. Dale muchos recuerdos a la Casa Maravillosa. Y para ti, mi pensamiento constante y mi amor fiel. Me lo digo y lo reconozco a diario

A.

[*Se incluye un pétalo de amapola*].

445 — Albert Camus a María Casares

Villa Le Platane Camino de Molle. Chambon-sur-Lignon (Alto Loira)

Domingo por la mañana [29 de julio de 1951]

Otra nota para tranquilizarte del todo, querido amor mío. Llegué ayer a última hora de la tarde, más bien cansado. A ocho kilómetros de Chambon el coche volvió a andar en tres patas y llegué por pelos a la puerta del jardín. Eran las siete. Voy a dejar a Desdémone en el taller del pueblo y olvidarme del tema.

Aquí hace una mañana espléndida. El aire es estimulante y ya estoy con mis niños, tan ricos. F[rancine] está en el Festival de Aix y no vuelve hasta mediados de la semana que viene. Tengo una habitación que da a un paisaje inmenso y en la que pienso estar mucho, para dormir o para pensar, o sencillamente para mirar. Me noto un corazón sencillo esta mañana, tranquilamente feliz, lleno de ti y de tus dulzuras. Te escribiré una carta larga pronto, pero a Lacanau, ya que te marchas el miércoles. Pienso en ti continuamente y me pregunto por tus días. Escribe (si te apetece, claro, pero tengo la esperanza de que te apetezca). Te beso largo y tendido, querida niña mía.

A.

Recuerdos a las tres maravillas. El vino de la boda me acompaña aún, aunque llevo mucho digerido.

Lunes, 30 de julio [de 1951],

10 de la mañana

Querido amor mío;

Esta es una carta que querría que te esperase a orillas del océano. Está visto que no me acostumbro a estas separaciones y esta mañana me he despertado una vez más con el alma atascada. Y eso que ahora estoy descansado después de dos noches decentes. El aire de aquí me ayuda a dormir, creo, y en el fondo es todo cuanto deseo hasta comienzos de septiembre. La zona, aunque austera y hermosa, no me gusta. En cuanto a la gente, dando un paseo ayer al caer la tarde me encontré con tal acumulación de gente fea que empecé a reírme yo solo, pensando con cuánta razón nos habríamos reído los dos si hubiéramos estado juntos (¡ay, tu risa divertida!). Le Chambon es de todo menos una academia de *starlettes*. En esta zona para mí hay también otra cosa, pero ya te hablaré de ello en otra ocasión.

He empezado a corregir las galeradas. Leo a Sainte-Beuve, holgazaneo y coqueteo con mi hija. Pienso pasear un poco.

Pero lo mejor es que me imagines como una marmota, con los ojos medio cerrados y el cuerpo soñoliento. Me despertarás a principios de septiembre. Es también una forma de defenderme contra la depresión que me entra después de acabar un libro y que todavía no ha aparecido claramente. Le tengo miedo a ese vacío y me parece que he trabajado tanto esta temporada que el vacío debería ser aún mayor.

He recibido dos libros de Paz,[498] que tiene la bondad de llamarme *Testigo de la libertad*.[499] Recuérdale que no soy partidario de todas las libertades. Uno de los libros es de poesía y he encontrado un poema muy hermoso que me apetecía traducir. Tiene una clase de talento que me gusta.

Sin embargo, tú tienes la clase de corazón que me sacia. Le doy vueltas a las imágenes de este viaje demasiado corto y me maravillan tu gentileza y

tu paciencia. ¿Por qué le tengo tanto cariño a esa noche de Périgueux? Porque me dio la impresión de estar viviendo contigo en el consentimiento total. Pienso en ese rostro tierno, en esos ojos orgullosos, en ese cuerpo deseable… Amor querido, sé feliz a orillas de tu océano, métete en tus olas, y solo a ellas: te dejo dormir un mes en la arena húmeda e iré a despertarte a mi vez. Cuanto querría es que, al comenzar esta estancia, leas aquí la certeza que precisas, mi pensamiento constante, la ternura, el amor, la infinita comprensión en que vivo contigo. Char[500] tiene razón sin saber hasta qué punto tiene razón. Existen seres incomparables. La suerte de mi vida, pues, no puede ser un mérito, es haber conseguido este maravilloso compañero a quien voy a echar de menos durante un mes, todos mis días y todas mis noches.

Duerme, come, vive animalmente y siéntete contenta de ti y de la vida. Tenemos aún tanto por hacer y por amar juntos… Beso abril y mayo y tus queridos ojos de océano. Háblame del mar.

A.

¡Recuerdos al tritón bailarín![501]

447 — María Casares a Albert Camus

Jueves 2 de agosto [de 1951]
por la tarde

Querido amor mío:

Hasta ayer no supe tus señas, ayer por la mañana, y el día y la noche posteriores han sido demasiado ajetreados para dar con un momento y con la energía suficiente para escribir. Podría haberte mandado una notita, pero

tenía empeño en contarte mil impresiones y otros tantos sucesos menudos, y he preferido esperar a esta tarde para hacerlo.

No voy a detenerme en el tiempo que pasé en Sainte-Foy, y eso que encontré allí horas de paz y de sencillez que tardaré en olvidar. Ya has visto a esa pareja admirable que forman los señores Merveilleau, creo que no te cuesta imaginar la impresión que me han causado. Igual que tú, todavía saboreo el vino de la boda, ambarino, y hoy, una vez más, en este curioso pueblo de Lacanau, me acompaña la mirada cariñosa, sincera, casi infantil, de estos dos ancianos maravillosos. ¡Qué conmovedora es la tierra y qué conmovedores vuelve a quienes le son fieles!

Me dio pena dejarlos, ¿sabes?

Nos fuimos ayer a las cuatro de la tarde en un coche que iba aplastado de maletas, paquetes, ropa blanca, comida. La mamá de Pierre nos dio provisiones para ocho días por lo menos. Nos fuimos con los Martin (el fotógrafo de Sainte-Foy y su mujer), que tuvieron la gentileza de traernos hasta aquí. El viaje, bueno, aunque un poco melancólico, pese al inagotable Paul Martin, que, como buen meridional, habla y miente como un sacamuelas.

Aquí nos esperaban muchas sorpresas. De entrada, la propia comarca, que —como buena compañera comprensiva— ha cambiado tanto como yo, hasta el punto de no dejarme dar con la casita donde vivía hace once años. Sigo buscándola, pero creo que es inútil, ha debido de quedarse enterrada en la arena que, desde aquella época, ha formado una duna gigantesca que los americanos están quitando. Sí que reconozco el océano, el vivo, el caritativo, el cómplice. Vive y muere a cada minuto, borra y vuelve a empezar, nos acaricia, atento. Pero aquí lo dejo, vas a decir que chocheo.

Villa Le Bled está oportunamente situada a la derecha de la carretera, según se llega de cara al mar (es una zona donde nunca había estado). En

apariencia, es coquetona y sería muy mona si estuviera bien cuidada, y sobre todo si no llevase varias generaciones oliendo a repollo cocido (hasta el hierro de la cama está impregnado) y si las telas de araña escasearan más (en el término medio está la virtud).

Se entra por un jardín adornado con ristras de conchas. Es exquisito este jardín, umbrío, pulcro, oreado. Ahí es donde vamos a buscar el agua, un agua fresca que sacamos de lo hondo de la tierra, de la auténtica entraña de la tierra (el color da fe de ello) con una bomba que tiene la siguiente originalidad: hay que echarle antes un cubo de líquido para conseguir sacar dos. En fin, no es algo grave, ya que no tenemos cubo y todo lo que usamos es un frasco de mermelada. Es más pequeño, pero también… ¡pesa muchísimo menos…!

También es al jardín adonde vamos a hacer nuestros «paseos necesarios». Hay tres retretes en fila, tres, que compartimos con los vecinos más próximos (hay *otros*) y con sus muchos mocosos. Le he dicho a Pierre que, si un día resulta que me emborracho, es *ahí* donde hay que llevarme y obligarme a unos cuantos ejercicios respiratorios. Estoy segura de que el efecto sería inmediato. Ningún amoniaco preparado en laboratorio supera en grados de concentración ese que *ahí* al lado se le brinda al primero que llega. ¡Es una mina!

En cuanto a la villa propiamente dicha, este es el plano.

Todo huele a repollo hasta que me entran arcadas, pero, si se sale al jardín (lugar agradable desde el que se ven unos pinos), se topa uno con los vecinos, es decir, con un señor gordo, con una señora gorda, con sus niños, con el señor J.-J. Vierne, con esa encantadora y cada vez más cómica Mathé Vierne, a quien tuviste la alegría y el honor de conocer, con Yvonne Vierne, hermana de J.-J. Vierne, perdidamente enamorada de Pierre, con el señor Fortier, padre de J.-J. y tapicero muy conocido en el número 148 de la calle

de Vaugirard, con la señora Fortier y con los tres niños Vierne, criados sin duda al estilo americano y que no paran de vociferar junto con sus vecinitos desde que amanece hasta que se hace de noche.

Pues, como ya te lo estarás suponiendo, hemos tenido la encantadora sorpresa de alojarnos al lado de la casa que oportunamente ocupa esa venerable familia, y su jardín solo lo separan del muestro unos alambres destrozados con primor.

¿Te imaginas qué cara se me puso? ¿Te la imaginas bien, durante la primera velada, cuando, para celebrar nuestra llegada, nos reunimos todos en la pérgola, alrededor de una vela (¡Mathé odia los mosquitos!) y estuvimos hora y media sin que se nos ocurriera nada que decirnos?

¡Ay, querido amor mío, qué mal vive toda esa gente! ¡Ojalá recuperen el tiempo perdido o mal empleado antes de morirse y, si no lo hacen, ojalá ignoren siempre lo que es una vida hermosa! Irán al limbo.

¡En fin, son agradables y no van a molestarme demasiado porque he puesto coto!

Hoy le he dado el primer tiento al Océano. Ayer lo estuve mirando mucho rato, cuando llegué, y más tarde, de noche, después de nuestra reunión con las señoras y los caballeros de la familia; lo había codiciado hondamente esta mañana a eso de las nueve, durante un largo paseo por la playa desierta.

Hasta esta tarde no he decidido «darle un tientecillo» ¡Ay, amigo! ¿Qué blasfemia habré pronunciado? ¿De qué sacrilegio soy culpable? ¿Qué pecado habré cometido? ¿Cuál es el acto que se me atribuye y ha dado rienda suelta contra mí a las iras del sabio Poseidón? ¿Qué he hecho? ¿Qué he pensado? ¡Qué habré dicho para que me trate así el viejo Océano, a quien dedico mi adoración desde la infancia y a quien le conservo, intacta,

mi fidelidad! Me eres testigo: dos días y dos noches de nuestro amor le ofrecí en sacrificio a ese dios venerado. ¿Y entonces…?

Leí tu última, tu deliciosa carta en la playa. Decías «métete en tus olas». Dijiste y obedecí. Corrí entre el viento y el frío (¡que pelaba!), de cara a la inmensidad.

¡Era hermoso! Cómo he podido contarte que el mar aquí era feo: infinito, desolado, suntuoso, sereno (tiene esa hermosura tan armoniosa de los músculos largos que no son aparentes), fecundo, de espantosa tranquilidad, soberbio. ¡Qué hermoso era! Me quedé parada un momento; ¡hay momentos así, en que se es incapaz de hacer un movimiento, y yo estaba tan asombrada…!

Las olas repetían sin tregua cuatro líneas blancas, rectas, resplandecientes, desde el cielo gris-malva de allá, a la izquierda, lejos, muy lejos, hasta los nubarrones negros, muy lejanos, a la derecha. Repetían ese movimiento fijo y sosegado, sin quiebros, sin sobresaltos, sin arrebato, milagrosamente.

Me quedé mucho rato, plantada en la arena igual que un poste, tanto que vino él hasta mí sin que me diera cuenta. Helada hasta el corazón, retrocedí de un brinco y, de pronto, se adueñó de mí un anhelo loco. Deseé una de esas olas como se desea a un hombre; quise conocer su olor, su sabor, su caricia; quise trastornarla, desordenarla, emocionarla, desviarla, distraerla de su angustiosa monotonía. Me abalancé, apretando los dientes, brindando el vientre, completamente ebria.

¡Pobrecito mío! Cinco minutos después yacía en la arena, con los miembros descoyuntados, los ojos desorbitados, las rodillas desolladas, el estómago repleto de agua y arena, encarnada hasta las entrañas, agotada, jadeante, alabando en mi fuero interno los encantos del Mediterráneo indiferente y encomendando mi querido Océano a todos los demonios.

¡Esas olas! ¡Nunca me he acercado a bichos semejantes! ¡Fieras, querido! ¡Vive Dios, qué miedo pasé! ¡Una resaca que me arrastraba irremediablemente hacia el antro más oscuro del Atlántico! ¡Imposible andar por una arena tan fina, en la que te hundes en cuanto apoyas el pie! ¡Imposible volver a la orilla y, del otro lado, la casa de fieras! Las olas llegaban, se abalanzaban, locas, desmelenadas, espumeantes, como volcanes de nieve. Imposible evitarlas sumergiéndose. Imposible resistir su envite a pie firme. ¡Si me hubieras visto! ¡Una muñeca de paja, con los brazos por un lado y las piernas por otro, con la cabeza colgando y la miranda extraviada! Un auténtico pelele.

Pasados cinco minutos, que me parecieron durar una eternidad, me encontré, no sé cómo, en la arena de la playa, con la espalda y las rodillas sangrando y un poquito ofendida. Si mañana Neptuno no se esfuerza en hacerme olvidar este mal rato, creo que reñiremos para toda la vida.

En fin, aquí estoy, sana y salva, en Villa Le Bled, disfrutando una vez más del olor a repollo cocido, mezclado, en el sitio en que estoy, con el aroma a amoniaco que sale de los retretes que tengo enfrente.

Me siento algo hueca (he digerido el agua y la arena), Pierre [Reynal] me habla sin parar (por lo visto el agua de fregar los cacharros ya está hirviendo y «hay que poner manos a la obra»), pero, antes de ir a ayudarlo, tenía empeño en contarte mis aventuras y, sobre todo, en hablarte de mi amor, que renace sin cesar.

Debes saber, cariño, cuánto te echo de menos y cuánto me ayudas a vivir bien, aquí, en otra parte, en todas partes. Cuido en mi corazón ese viaje tan íntimo que me has regalado, tan maravillosamente íntimo, y cultivo los recuerdos de nuestros días parisinos. Esa carta que recibí hoy la vuelvo a leer por enésima vez, querido, querido amor mío. Toda esta gente que me rodea se merece toda mi indulgencia desde que sé que me sigues queriendo

y que duermes mejor, y esta nostalgia que pone en mí nuestra separación, tan aguda, tan dulce y tan dolorosa a un tiempo, me mantiene firme y erguida, feliz, saciada, a menudo al filo de las lágrimas de la melancolía, de la alegría y del agradecimiento.

Sí, hermoso amor mío, aún nos queda por hacer y por amar juntos. Aún nos quedan por compartir sensatamente, apasionadamente, regiamente, muchas alegrías y muchas penas que llevaremos juntos. Holgazanea, coquetea con Catherine, descansa, duerme, come, vive, te espero.

Te quiero, te beso, hermoso príncipe mío lleno de encantos, lo beso todo en ti.

M.

PS: El tritón —que todavía no se ha atrevido a ir más allá de la primera ola — te manda saludos.

Ángeles y Juan te envían recuerdos. Deberías mandarles una postal.

Los señores Merveilleau me encargan que te dé las gracias de corazón por las flores. Los has conquistado. Te adoran y no dejan de ponerte de ejemplo a Pierre.

Yo te estrecho contra mí locamente.

M.
V.

448 — Albert Camus a María Casares

Jueves 2 de agosto [de 1951]

Gran decepción hoy, querido amor mío. Contaba con una carta tuya y me

había preparado para ella, dichoso al pensar en leerte y contestarte extensamente. Y luego nada. Ya sé que era algo que habíamos acordado, pero aun así. Mañana hará una semana que me separé de ti y se me está haciendo muy largo. Me digo también que a lo mejor te he decepcionado durante ese viaje —o también que eres desgraciada—, pero preferiría que me lo dijeras tú. Vuelvo a reprocharme ser tan sensible, pero he adquirido malos hábitos y esta privación de ti desde hace siete días me deja en mal estado. Ya ves que el límite de una semana que nos pusimos para el correo es de verdad un límite. No me dejes más de siete días sin noticias, esa es la norma, niña mía, hermoso amor mío. En lo demás, vive y sé feliz. Aquí hace bueno, y calor, pero me noto un corazón desdichado y un humor de perros. Contestaré largamente mañana a la carta que tengo esperanzas de recibir. No olvides al que te ama y que ya te está esperando. Te beso con todo mi amor.

A.

Por si no has recibido la carta en que te daba mis señas: Villa Le Platane, Camino de Molle, Chambon-sur-Lignon Alto Loira.

449 — Albert Camus a María Casares

Viernes 3 de agosto [de 1951]
11 de la mañana

Llueve. Espero tu carta. Ayer estaba fatal y te escribí una carta muy estúpida. Pero no estaba en estado normal. Al menos eso debía de ser, porque por la noche me desmayé. Menos mal que nadie se dio cuenta. Me

estaba paseando por el jardín después de cenar, fumando y mirando la noche cuando las estrellas se pusieron borrosas. Tuve el tiempo justo de subir, de cruzar el pasillo y de tirarme en la cama. Al cabo de unos minutos me reanimé, más fresco que una lechuga. Esta mañana me he despertado en una forma excelente.

El cartero acaba de llegar. No hay carta. Decididamente no entiendo nada. Tiene que haberse perdido la carta en que te daba mis señas. Prefiero pensar en explicaciones así. Lo peor en estos casos es que toda una parte dolorosa de mi amor, que había superado hace algún tiempo, vuelve entonces a perseguirme. Esta primera carta es importante. Luego es normal que me escribas menos. Pero esta estaba esperándola de verdad.

Querría hablarte de otra cosa, querría también escribirte una carta larga; pero no me siento capaz sino de repetir lo mismo. Perdóname por ser tan estúpido. Pero mi vida llevaba meses mezclada hondamente con la tuya. Esta separación repentina me ha dejado vacío. Y este silencio, que no me esperaba, me desconcierta. Perdona a este imbécil en que me he convertido. Espero que el océano te haya recibido bien. Pero ni siquiera el Atlántico podría llevarte como lo haría mi amor. Te quiero, lejana mía, y te beso, con algo de tristeza, pero con todo el deseo que tengo de tu presencia,

A.

450 — Albert Camus a María Casares[502]

[3 de agosto de 1951]

Escribe Albert Villa Le Platane camino de Molle Chambon s/Lignon

451 — Albert Camus a María Casares

Sábado 4 de agosto [de 1951],
11 de la mañana

Sigo sin carta. Ahora tengo que esperar otros dos días mortales. No tengo ánimos para decirte más. De hecho, no tengo ánimos para nada. Besos.

A

452 —María Casares a Albert Camus

Sábado 4 de agosto [de 1951]
Lacanau, diez de la mañana

Querido amor mío:

He recibido tu S. O. S. Espero que mi carta llegue hoy a Le Chambon para calmar tus preocupaciones y borrar el recuerdo de tus tentaciones, si las hubo, y si tu telegrama responde a lo que ya teníamos acordado.

Si he de decirte toda la verdad, no creo que seas aún presa del vértigo, pero, si así fuere, ruego a los dioses de la montaña que te proporcionen sensatez, y a todos los del Océano que sea yo capaz de aceptar debidamente cualquier suceso penoso.

Querido príncipe mío de encantos infinitos, ¡estoy tan guapa ahora mismo! Rolliza, regordeta, apetitosa como un melocotón húmedo y sabroso, ¡y tan entonada contigo! No puedes encontrar a nadie que combine mejor. Qué ibas, pues, a buscar por los caminos del cielo cuando, aquí, tan cerca,

se andan reuniendo para ti en un solo ser todos los encantos, todas las maravillas de la tierra, del sol y del mar. ¡Quédate, anda! Quédate con tu niña modesta; aprenderé, para tu alegría, el secreto de los pinos, la intimidad de las olas, el canto embrujador de los grillos, la profunda quemadura del sol, la nostalgia de la arena, y cuando, muy arrimado a mí, pruebes mi piel, gozarás en paz del fruto de la espera fiel que tiene el sabor del Océano.

Ten paciencia. No prodigues tus encantos de mil rostros. Coquetea con Catherine si padeces de vitalidad.

Igual que tú, tengo mis amores: Gérard y Bruno Vierne; un pequeño Sísifo de tres años que llena un camión de tierra húmeda para vaciarlo y volver a llenarlo, desde por la mañana hasta por la noche, ante la mirada extrañada de los otros dos. Hay también una niña de ojos azules como el Mediterráneo, Dominique Vierne, con quien juego a los barcos, canto *Estrella de las nieves* y me baño. «Maia, sé buena», dice si quiero echarla, y tengo que recurrir a todo el rigor ancestral para gritarle: «¡No! ¡Ahora vas a dejarme trabajar!».

Trabajar. Leer. ¡Qué ironía!

En la playa no hay siquiera que contar con ensamblar dos ideas; algo así como una embriaguez me volatiliza toda la razón en cuanto la piso, y entonces viene el largo paseo disparatado siguiendo la orilla del agua, o el inmenso consentimiento silencioso, echada en la arena húmeda, al sol.

En cuanto al tiempo que paso en la villa, lo dedico a limpiar, a preparar la comida, a secar los platos o a buscar durante cinco minutos —si es que los tengo— la paz del bosque vecino. Solo hay una hora para reflexionar: el rato de moler el café; como el molinillo está un poco viejo, podría soñar mucho rato a gusto, igual que las mujeres que hacen punto; pero Dominique

[Michka] y el tímido Bruno vienen entonces a darme conversación para convencerme de que vaya a jugar a la pelota.

Por la noche, después de un largo paseo, sí que intento descifrar unas cuantas páginas de la *Ilíada*, pero estoy tan cansada que me duermo inmediatamente.

Pierre está bien y me ruega que te diga que se siente muy halagado por recibir de ti tantas cartas de amor. Ayer, el mar se puso más clemente y él se atrevió a aventurarse hasta la primera ola; no me atreví a llevarlo más lejos porque de momento disfrutamos de mareas muy altas y son peligrosas. Por la noche, aullaba a las estrellas la quemadura de su piel abrasada, el agudo dolor de sus músculos sometidos a crueles pruebas, la amarga picadura de los mosquitos activos que pululan por la comarca. Dejando eso aparte, es, tanto aquí como en París, un compañero agradable y atento.

Nuestros vecinos, los Vierne, están resultando a la larga simpáticos, serviciales y discretos, y la propia Mathé parece cogerles gusto a los acontecimientos y abandonar su postura de espectadora femenina ilustrada para convertirse sencillamente en un buen compañero. Ya no me desnuda con la mirada y se le olvida algo ese ánimo acerbo, un tanto limitado, que le reprochaba yo el primer día.

Así que todo va estupendamente. Lacanau se ha vuelto mi cómplice y Octavio Paz no ha conseguido encontrar dónde alojarse. Por lo visto me ha mandado su libro de poemas con una nota amable y diciendo que lo lamenta. Si hubiera venido, habría hallado aquí al menos una persona que me habría proporcionado algo más que una serena indulgencia; pero, por otra parte, prefiero estar tranquila y, a fin de cuentas, me gusta bastante notarme indulgente, y solo eso. Lo demás, ya me lo darás tú a finales de este mes.

Esto en cuanto a nuestra existencia. Cuando sepas que ya no nos

vestimos más que a última hora (¡y eso dentro de un orden!, unos pantalones y un jersey), que el resto del tiempo nos vamos por ahí en traje de baño, que Villa Le Bled tiene todo el día las puertas que dan al bosque abiertas para quien quiera visitarla, que va perdiendo el olor a repollo cocido para oler a un aroma como de agua de Colonia, estarás enterado de todo y solo necesitarás ya imaginación.

Pero ¿qué hago yo? Me pierdo en divagaciones mentales, no sé nada de la zona en que estás y, por mucho que te reproduzca mentalmente, disfrazado de marmota, no llego más allá y me parece un poco limitado.

¿Qué haces? ¿Cómo vives? ¿Vas de pesca? ¿Trabajas? ¿Eres feliz? ¿Engordas? ¿Comes bien? ¿Sigues el camino que lleva al sueño sobrehumano? ¿Cómo están los tuyos? ¿Te diviertes? Habla.

Cuenta; si no me da la impresión de estar charlando sola y de estarte aburriendo quizá. Dímelo todo.

8 de la tarde

Acabo la carta deprisa y corriendo, para echarla mañana, domingo, día que se anuncia demasiado cargado para dejarme tiempo de escribir, porque por la mañana me gustaría acudir a una curiosa misa que se celebra al aire libre, en el balcón de una villa, y, por la noche, después de las horas de playa, recibimos a los Martin, a quienes llevaremos luego al Casino. Para rematarlo todo, resulta que Pierrot está malo. Se ha comido una tortilla española (¡entera!) a mediodía y ha cogido frío en plena digestión. Acaba de devolver a la Madre Naturaleza esa valiosa tortilla que había preparado yo con tanto esmero, añadiendo, a las clásicas patatas, cebolla y tocino, y ahora mismo está bebiendo aquí al lado un zumo de naranja mientras se queja.

Si mañana no está en pie, tendré que cargar yo sola con el guiso de gallina; me pregunto lo que va a salir.

Recibí esta tarde tu notita del 2 de agosto y espero de todo corazón que hayas recibido hoy mi primera carta, porque el jueves empezabas a divagar muy en serio.

Querido amor mío, recibí tu dirección el día 1 y, dado el lío de día que tuve, no pude escribirte hasta el 2. ¡Deberías pensarlo, en vez de atormentarte los sesos!

1) He hecho uno de esos viajes que se quedan grabados en el dulce recuerdo.

2) Soy feliz como una reina por saber que piensas en mí y por esperarte.

3) Te quiero como para chochear.

Así que ponte un corazón radiante, ilumina el humor y no des la lata.

Si tuvieras una segunda conciencia del amor que te tengo, reventarías de orgullo y de alegría como una rana.

Así que duerme a pierna suelta y no me des más palpitaciones mandándome telegramas de pacotilla.

¡Ah, no, nadie te odia!

Dicho lo cual, voy a atender al tritón delicado. Tengo que engrasarle un poco las quemaduras del sol, porque, en el estado en que está, no vale para nada. Al lado de estos alfeñiques me siento de bronce.

Te escribiré con más frecuencia que cada siete días, pero apáñatelas para que no te vuelva a oír decir: «Tengo ganas de anhelarte, de imaginarte, de preocuparme por ti…», porque, si te vuelvo a pillar en esas, me vas a oír.

Dulce mío, tierno mío, hermosura viviente mía, te echo de menos, te deseo, te quiero.

Ve. Ve tranquilamente por este mes que nos separa. No temas; o el Océano me sepulta para siempre, o vuelves a encontrarme al final, la

misma, preñada del nuevo amor que cada una de nuestras experiencias —y la separación es una tan grande— me hace nacer por ti en el corazón.

Te beso por todas partes.

M

PS: El tritón te susurra un hola pachucho.

V

453 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[503]

[Martes 7, de agosto de 1951]

FELIZ BONITA CARTA RECIBIDA AYER GRACIAS CARIÑOS ALBERT

454 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 7 de agosto [de 1951],
10 de la mañana

¡Qué alegría, amor mío, recibir ayer y por fin tu bonita carta! Estaba enfadado conmigo mismo por haber sido tan tonto, tan vulnerable en cuanto nos separa una mínima dificultad. Tendría que haber pensado que no había línea directa de tren entre estos dos sitios en las quimbambas. Verdad es que era difícil imaginarse que mi carta, echada el domingo, no te iba a llegar hasta el lunes siguiente. Estos retrasos por el camino para recorrer quinientos kilómetros son inverosímiles. Eso no quita para que yo sea muy

estúpido y me den mucha vergüenza estos días tan feos, estériles y tristes, venga a darle vueltas a tonterías. Ni siquiera me atrevo a decirte todo lo que se me ocurrió. Te reirías mucho. En cualquier caso, esos son los hechos: en lo que a nosotros se refiere, no soy normal. Un contratiempo y resulta que una mente, una imaginación, una lógica que hasta ese momento funcionaban con normalidad, desvarían, echan a andar de forma insensata. Perdóname, querido amor mío, mi gran amiga. Si aún fuera necesario, estos pocos días me han vuelto a demostrar que no sé vivir sin ti.

Pero desde ayer todo ha cambiado. Leo y vuelvo a leer tu carta, huelo el aroma de nuestro amor, me refocilo en nuestros placeres. He seguido corrigiendo las galeradas, que tenía abandonadas desde el jueves. Ayer compré artes de pesca y desde mañana me iré con Paulo a aterrorizar a las truchas. Estoy de un humor maravilloso y echando ya cuentas para tomar las disposiciones necesarias e ir a arrebatarte personalmente al océano. Tres semanas más y te vengaré (¡ya ves, se nota! El lirismo). Estarás como la uva aramon de Argelia, negra, casi vinosa, dulce y jugosa. Y yo, por las caminatas siguiendo los torrentes, seco y duro como un sarmiento. Repetiremos el vino de la boda.

Te imagino entre el amoniaco y la col. Compra Crésyl para el amoniaco y Flit para la col. Quema pino (agujas de pino). No te quedes en una portería. Para ti, o el jergón o el trono; nada de términos medios. Y no dejes que te acapare la familia Animosa. Disfruta del aire y del cielo. Es la única compañía que no cansa nunca. Pero ten cuidado con ese océano. Pregunta a los lugareños por las zonas peligrosas y las favorables. Me espanta la valentía imprudente. Y perdona a este que te quiere que se porte como un abuelo y te dé la lata.

Sí, esa casa Merveilleau era muy dulce. Tiene suerte el tritón de tener ahí sus raíces. Pero lo sabe perfectamente. Y, pese a su genio de tritón, ya lo

tiene todo calibrado y en su auténtico sitio, y lo primero de todo, esos dos amables rostros y su gran corazón. Aunque el verdadero amor, bien pensado, no mete ruido, ¿verdad, secreta mía?

Aquí no ha dejado de llover o de hacer viento. Por lo demás, las personas y la zona son feas y el sol no les pega. Por eso pienso pasarme la mayor parte del tiempo en el seno de los torrentes. Ocurre también que, lejos de ti, solo tolero bien la soledad. El agua fresca, los lechos de cantos rodados, los pinos negrales me recuerdan a los Vosgos y me hablarán de ti. Pero escríbeme pese a todo. Que ese ataquillo mío no te influya. Ahora puedes escribir cuando quieras, tendré paciencia y seré feliz. Espero las dos o tres semanas que dentro de poco vamos a compartir por completo. Tu amor me rebosa, estoy seguro de ti, feliz por estarlo, entregado al placer de vivir y de quererte. Ya ves, belleza mía, querida mía, en tus manos, finas y fuertes, están mi paz y mi alegría. No las abras. Guárdame ese corazón del que no puedo prescindir y que prefiero a todo lo demás. Unos días más y llegarán nuevas alegrías. Pero me basta con saberte mía y mi alegría no cesa. Hasta pronto, parra negra mía, playa mía. Ya imagino tu sabor a sal en mi boca. ¡Desde lo alto de las montañas un torrente de amor va hacia ti!

A

Recuerdos al tritón-amante del agua (por eso le toca fregar los platos, claro).

455 — María Casares a Albert Camus

Martes 7 [de agosto de 1951]

Ayer llovió todo el día y recibí tu notita desconsolada del sábado y la carta del viernes en que me cuentas el desmayo. Así que han sido precisas la belleza desierta de esta zona y la vitalidad inagotable de Paul Martin y de su mujer para sacarme algo del mal estado en que me encontraba después de esas noticias.

Creo que tu leve trastorno se debe al cambio de aires y de altura, pero, para quedarme del todo tranquila, me gustaría que me dijeras qué opinas tú y cómo estás ahora.

En cuanto a las divagaciones de tu mente, estoy completamente de acuerdo y creo, como tú, que no son sino el efecto de algo así como unas vacaciones cerebrales comprensibles después del esfuerzo que has hecho dando a luz la obra maestra de este tiempo.

Solo la inteligencia de Minerva, la Incansable, no tiene límites, y la tuya, muy puesta a prueba, descansa ahora a orillas del Océano enfurecido. Me la encuentro a diario. Ayer se paseó conmigo. Estábamos solas, de madrugada, en la inmensa playa virgen del alba, bordeando la orilla de un mar encrespado, bajo el aguacero. Cantábamos nuestros amores, al viento del mar abierto, en esta primera luz del mundo, ensuciando voluptuosamente esta arena inexplorada, y yo pensaba, con una dulce melancolía, que seguramente en ese minuto, en ese preciso minuto, tú zumbabas tejiendo un denso velo de dudas espantosas.

Qué le vamos a hacer, querido amor mío, no podemos remediar esa parte de necedad ramplona que nos corresponde; está ahí para hacer que disfrutemos mejor, llegado el momento, de nuestro gran placer, y tenemos que apañarnos con ella. Así que duda, devánate los sesos, aguza el dolor, húrgate en el corazón hasta hacerte sangre, sufre, grita; es tan bueno todo eso cuando concluye… Entretanto, yo pienso en ti y te añoro como nunca porque, por primera vez, ninguna amargura, ninguna acritud enturbian mi

tierna nostalgia. Antes bien, me esfuerzo en creer que vale más que esta separación haya puesto una pausa en nuestra maravillosa felicidad. Resulta inútil; algo les falta a mis placeres más personales, a los más íntimos, incluso a esos con los que no has tenido nunca nada que ver, a esos cuyo secreto nunca había desvelado, ni siquiera a ti. Te echo de menos en todas partes, incluso en el mar, donde nunca nos hemos mezclado; es como para creer que nacimos juntos y que estás en todos los sitios donde he estado y que cualquier paisaje sin ti tiene la luz del pasado.

Me gustaría contarte lo que ha ocurrido estos dos últimos días, pero tenemos que irnos al lago de Moutchic para nadar por fin un poco y no me da tiempo a entretenerme. El domingo pasamos el día en la playa tras haber oído una misa cantada en un balcón de una villa cercana, entre los gritos de los niños, los berridos de los altavoces anunciando dónde encontrar las mejores ostras y el espectáculo del Casino, la tos de las bocinas y el canto incansable de las cigarras. El océano volvió a maltratarnos rudamente, ¡seis ahogados por la mañana! Y por la noche fuimos con los Vierne y con los Martin al Casino. Triste rato en compañía de la lúgubre familia de J[ean]-Jacques Mathé. Incluso Paul Martin, a quien nada puede desanimar, estaba triste y callado.

Ayer, en cambio, nos divertimos mucho. Paul y Jeannette nos llevaron en coche a dar un largo paseo por el bosque; Paul conoce a todo el mundo, saluda y habla a todo bicho viviente y todo le interesa. Es un «Dolo» masculino, adorable, que quizá se pasa un poco de meridional. Sus relaciones con su mujer son inenarrables, y creo que nunca me he reído tanto como tomando el aperitivo con ellos, a última hora de la tarde, en el Casino. Ya te lo contaré despacio y a lo mejor llegas a conocerlos si vas a buscarnos a Sainte-Foy. Merecen la pena.

Los padres de Pierre vienen a pasar el fin de semana con nosotros a

finales de esta semana (me alegro mucho) y nos iremos con ellos para pasar las fiestas del 15 de agosto en Sainte-Foy, donde estaremos día y medio. Si pudieras llamarme el 15, entre las doce y las dos, me encontrarías, pero, si te resulta difícil, no te preocupes: te esperaré sin esperarte.

Bueno, querido amor mío, Pierre me llama. Las «bicis» ya están aquí y la salida es inminente. Esta noche, después de doce kilómetros de pedaleo y de haber nadado, va a dar gloria verme, aunque me encuentro tan bien que me parece que estoy volviendo a la infancia.

Piensa en mí con confianza, en paz. Descarta las ideas feas, ya no vienen a cuento. Te quiero con el amor más hermoso. Clavada a ti me siento más libre que nunca: si me dieran ahora la vida sin ti, no tendría, me parece, que luchar con nada para seguir fiel a tu recuerdo. Nada me tienta fuera de ti. Corre, escríbeme.

V

M

456 — Albert Camus a María Casares

Jueves 9 [de agosto de 1951]

Querido amor mío:

Recibí ayer tu carta de sábado domingo. Ya te habrá dado tiempo de tenerme por aún más tonto según va llegando mi correo. Pero no volvamos sobre ese ataque de locura. Afortunadamente se ha restablecido el contacto, tus queridas cartas me esperan encima de mi escritorio cuando vuelvo de mis jornadas de pesca y las leo con la calma olímpica que va unida a cualquier certidumbre. Las paladeo en paz y descanso con deleite en tu

amor, nunca perdido, pero que, sin embargo, me parece haber recuperado. ¡Ay, delicias de la seguridad en el amor, siempre calumniadas y que siempre se renuevan! Pero pasemos a los detalles.

¿Mi día? La mayor parte pescando. Ayer, por ejemplo. Me levanté a las siete. A las ocho fui a buscar a Paulo [Œttly] a Le Panelier, una granja fortificada a cinco kilómetros de aquí, donde pasé un año en 1943. Hasta la una y media estuvimos remontando un torrente mientras perseguíamos a una trucha escurridiza. A la una y media volvimos a comer a Le Panelier, luego salimos de nuevo y regresé a casa a las ocho, divinamente cansado, hambriento y entregado ya al sueño. ¿Y la trucha? De trucha, nada. Ese noble pez no se deja coger con tanta facilidad. Por lo demás me temo que para mí es solo un pretexto. Porque esta zona tan ingrata y tan ruda no hay quien la soporte más que si te entregas por entero. Estos largos días solitarios (nos separamos para pescar), en gargantas desiertas, con la única compañía de las libélulas, de los martines pescadores, del agua saltarina, del maravilloso silencio de los bosques, son de una dulzura infinita. De tarde en tarde, un gavilán baja, planea y se abalanza sobre el agua para llevarse una presa invisible, o por encima de los pinos negrales las cornejas se llaman con sus voces roncas. Andamos, trepamos por rocas y, cuando se presenta el cansancio, echamos el sedal (caña perfeccionada, hilo de nailon, molinete, etc.) y nos fumamos un pitillo. A veces llueve y nos refugiamos debajo de un árbol mientras una neblina se alza de los prados. Son horas de olvido en que el corazón y el cuerpo se remozan.

Cuando no voy a pescar, corrijo galeradas por la mañana y doy un paseo por la tarde. La casa está a mayor altura que el pueblo. Se tiene unas vistas amplias a un horizonte de bosques y de prados y se puede vivir en los prados y en el jardín sin ir al pueblo, que en esta época está lleno de elegancias turísticas. Como bien, duermo mucho mejor y me noto el cuerpo.

Sin embargo, el tiempo está siempre gris y, si tengo colores, no son los del yodo y el sol. Pero ¿los beberé de ti?

Me alegro de que Lacanau te siente bien y de que te sientas viva. Acumula energía oceánica y me la reintegrarás. Yo te cubriré de prados y de agua, te aturdiré de gritos de pájaros y, para terminar, te daré las gracias con el denso silencio del bosque. Ojo con el sol; el tritón está ya hecho una pena, y a ti te pasará lo mismo si abusas. Ojo con las resacas del mar repentinas.

Te mando unas declaraciones encantadoras de nuestra amiga Madeleine Renaud. Siempre gusta saber que la generosidad no halla reciprocidad y necesita sentirse bien sola para conservar toda su valía. ¡Ay, la elegancia va escaseando y, en cualquier caso, no se compra en las grandes casas de moda! ¡Triste!

¡Hasta pronto, fragata! Te repito que ahora puedes escribirme cuando quieras; si te notas orgánica o callada, no me entrará ninguna duda. No rebases el plazo de siete días, y con eso basta, porque en siete días se creó el mundo, y no son poca cosa. No, no son poca cosa, ya que el mundo tiene muy frecuentemente tu rostro afable y violento, tu piel tibia, tus párpados frescos. Beso tu hermosa boca llena de sal, te revuelco debajo de mí, viejo océano, y te llevo a las profundidades, allí donde está oscuro, donde la sangre palpita como para morirse, donde el silencio grita. Adiós querida, amada mía, sabrosa. Te vuelvo a besar,

A.

Se me acaba de ocurrir una cosa. ¿La princesa se baña? Y ¿entonces…? ¿Escogió Sainte-Foy para deprimirse? ¿O se le han olvidado sus intimidades?

457 — María Casares a Albert Camus

Jueves 9 [de agosto de 1951], *11 de la mañana*

Querido amor mío:

Me gustaría que esta carta llegase a Le Chambon el sábado, pero no cuento ya con el extraño y engañoso Hermes que lleva mis misivas hasta ti.

Todavía estoy aguardando mi carta larga y espero que mi mansa paciencia se vea premiada a las doce.

Aquí todo sigue en orden. He resultado ser una perfecta cocinera y, aunque Pierre [Reynal] barre, hace las camas y friega los cacharros, yo soy la única que se encarga del reparador desayuno, de la frugal comida y de la sabrosa cena. Esta tarea y el tiempo que paso fuera de casa —es poco acogedora y se merece el nombre—[504] no me dejan casi ratos libres y solo aprovecho a última hora para leer un poco. Así que la actividad intelectual es nula y no hay que contar con las personas que me rodean para que le aporten a mi vida interior las riquezas que le desearía.

En cambio, creo que nunca he disfrutado tanto del mar, del cielo, del viento, de la lluvia y de la arena. Lo bebo, lo quemo, lo respiro, lo como sin parar.

Desde hace dos días, vivimos en plena tempestad y a la zona, que, dejando aparte el pueblo, es hermosa, se le pone un aspecto extraordinario bajo el aguacero con el que un viento enloquecido mezcla el azote de la arena; no creo que vaya a poder olvidar el paseo que di por las dunas, a lo largo de un mar encrespado. Fui siguiendo una pista que construyeron los alemanes para llegar a los fuertes que pertenecían a la famosa muralla del Atlántico. El viento, rabioso, me impedía andar, me azotaba los muslos y la cara, y la arena que arrastraba me pinchaba en la piel hasta hacerme daño,

cegándome a veces tanto que me obligaba a sentarme de espaldas al mar. Comprendí entonces el gusto que debe de proporcionar el látigo.

El océano estaba cubierto de espuma. Caminaba entre dunas que avanzaban frenéticas. A la derecha, los primeros pinos, desnudos, retorcidos, asustados, adoptaban formas fantasmales entre las nubes negras y la arena rubia, y me acordaba de los Vosgos, del camino de las cumbres, en nuestro viaje de dos. ¡Cuánto te echo de menos!

A la vuelta, estaba presente el sol, la tempestad se había calmado algo y pude mirar mucho rato esa pista de cemento, bien nivelada, construida hace poco y que ahora ya no se intuye más que a trechos, porque la ha enterrado en gran parte la arena huidiza y asoma a veces rota, resquebrajada, con estrías de nervios llenos de arena en las que crecen siemprevivas.

Los fuertes no se usan ya para nada. Las pistas son inútiles. Las han abandonado.

Volví embriagada y algo melancólica, completamente calada y llena de arena hasta los huesos. Hubiérase dicho que era una chuleta empanada. En Le Bled todo parecía soltar chillidos: las contraventanas se cerraban de golpe por todos los alrededores, la canción de los pinos ululaba, el ruido del mar amenazaba y los niños de los vecinos —multiplicados— berreaban, encerrados con sus padres en sus cabañas a la espera de que escampara. Me eché en la cama; por el jardín, las señoras de la derecha desfilaban en hilera con los orinales en la mano camino de los retretes. De vez en cuando, el padre del pequeño Sísifo pasaba, bajo, ancho de espaldas, con el cigarrillo en la boca, la vista gacha, despacio, con regularidad, semejante a esas bailarinas mecánicas que se disponen a bailar la danza sagrada. Pasa así, continuamente, impasible, muchas veces al día. Él también va al retrete, serio, callado, púdico, concentrado. Va, entra y, mucho rato después, se lo ve otra vez caminar, con el cigarrillo en la boca, la mirada gacha,

achaparrado, ancho de espaldas, moviéndose con la regularidad de un reloj al que le han dado cuerda, se lo ve pasar impasible, púdico, concentrado, en dirección contraria. Entonces se sabe que acaba de transcurrir una hora de vida.

Pero dejemos la triste melancolía y pasemos a la parte graciosa. Hoy hemos ido al lago de Moutchic. Alquilamos dos bicicletas y salimos temprano, por el *camino real*. La mañana la echamos en recorrer los alrededores. Por desgracia, el sillín de mi bicicleta, que quedaba demasiado alto, le impuso una dura prueba a la pobre Aricia y no quiero ni contarte en qué estado estaba cuando llegamos por fin al restaurante donde debíamos comer. La familia Vierne, siempre «regocijada», nos estaba esperando; pero no entraré en esta comida, que me pareció que no se acababa nunca.

Por la tarde, Pierre y yo decidimos seguir en bicicleta para aislarnos; recorrimos kilómetros y, a las cinco, Aricia me recordó todos y cada uno de los guijarros por los que habíamos rodado.

Animé a Pierre entonces a alquilar una barca: la cosa llevó su tiempo porque tuve que convencerlo de que no iba a naufragar. Y henos ahí, solos en el lago, en medio de su extensión helada. Entonces quise meterme en el agua. Aprovechando un minuto de distracción de Pierre, eso hice.

¡Pobre desdichado tritón! ¡Creí que iba a ahogarme de risa! Desencajado, tenso, crispado en los remos, con los que no sabía qué hacer, el fauno extraviado iba por donde lo llevaban las corrientes. Estaba tan poco integrado en su barco que parecía —visto desde donde estaba yo— encaramado más arriba de las olas por no se sabe qué poder de levitación. Con la mirada fija, perdía la cabeza, tieso, enorme, por encima, muy por encima de la ágil embarcación. ¡Dios, qué gracia tenía!

Para que volviera, tuve que guiarlo hacia la orilla, empujándolo; pero me

faltaba el resuello y, cuando se lo dije, bien creí que iba a morirme de risa al presenciar su extravío.

Por fin volvimos, agotados, rendidos, y estuve dos horas casi sin poder andar.

¡Bueno!, ya vale con los entretenimientos. El paseo de ayer me cansó, he dormido como un animal; pero todavía no se me ha pasado el atontamiento. Me cuesta contar las cosas esta mañana, tengo la elocuencia trabajosa y, de propina, debo ocuparme de la comida.

Espero noticias tuyas para saber en qué punto andas con tus desmayos. Cuéntame, hermoso príncipe mío, tus días y tus noches. Me resulta un poco asfixiante no saberlo. Recibí tu telegrama tan tranquilizador; pero me faltan un montón de detalles. Si continúa este régimen, voy a desmejorarme, te lo advierto.

Te quiero más que nunca; pero no voy a hablarte de ello hasta que no sepa en qué punto estás tú.

M.
V

458 — María Casares a Albert Camus

Domingo 12 [de agosto de 1951], *por la mañana*

Recibí tu carta el viernes por la tarde; era de esas que me gustan y me habría iluminado los días si, al mismo tiempo, no hubiera leído noticias que me mandaba Ángeles desde París, porque en el correo que me remite con regularidad encontré en esta ocasión una nota de Jean-Louis invitándome a estar en el reparto de *El intercambio* (el papel de la actriz, claro, el otro lo

hace Madeleine). Lo he rechazado, por supuesto; pero el tiempo que me llevó pensar la redacción del telegrama que les he mandado ha bastado para alterar mi tranquilidad; las preocupaciones de la profesión, de la vida, han atropellado un poco mi estupendo equilibrio y, con la colaboración de la lluvia (llevamos tres días disfrutando hora tras hora de un sutil calabobos), me he dejado caer en una aguda melancolía.

Por otra parte, me he enterado de la próxima llegada de visitas que no me apetecen y mi paz parece, durante una temporada, la mar de amenazada.

He leído y vuelto a leer tu carta. Menos mal que había llegado, y he andado mucho rato, a menudo por las dunas, por la playa, por los bosques. Hoy tengo la gran esperanza de que lleguen los señores Merveilleau y cuento con su dulce presencia para recuperar la vena terrenal que nunca ha dejado de devolverme un excelente estado.

La otra tarde descubrí por fin la casita donde viví con mamá hace once años; el océano no había borrado nada y ahí estaba, coquetona, pequeña, con su bomba oxidada, la misma exactamente que antes. Se llama Le Coucou y me costó mucho contener una oleada de amor, de añoranza, de dolorosa ternura, para no llorar al verla. Ay, querido amor mío, ahora entiendo la atinada leyenda de la inmortalidad. Viene seguramente del profundo apuro cuando se piensa en seguir viviendo tras la desaparición de los seres queridos; acoge uno entonces con tranquilidad la idea de que le toque el turno de morir a su vez, con cierta alegría incluso, y no puede por menos de creer, pese a todos los escepticismos, que, en cierto modo, vamos a reunirnos con ellos en esa tierra que tan querida se vuelve entonces. Son ensoñaciones íntimas e inexplicables, sombras vanas, sin duda, pero muy cálidas.

¡Ojalá te tuviera a mi lado esta mañana, bajo la lluvia! Están aquí los niños Vierne y al mirarlos no consigo defenderme de la nostalgia. Se portan

bien y enfrentan a sus vecinitos, escandalosos y feos, sus tres caritas claras, sonrientes y ya informadas. Sophie-Dominique quiere agua de Colonia, Bruno el tímido desea ser mujer para que se la den también a él y Gérard me pregunta por décima vez si no me quedan ya caramelos que darle. Luego vienen las grandes sesiones de caballito (el caballo soy yo, claro), de pídola (a quien saltan es a mí), de [«pin, pin, pin, zarramacatín»], un juego que se me había olvidado desde que era pequeña y que me ha vuelto a la memoria para echarme una mano cuando estoy cansada de llevarlos a cuestas a los tres.

En el patio sigue la ronda. El «bailarín mexicano» pasa con regularidad, ejecutando a cualquier hora su danza sagrada; las señoras salen a la hora del té, en hilera, con los orinales en la mano, y Sísifo, que ahora cuenta con la ayuda de un pequeño Prometeo, hace castillos de arena y de conchas para jugar luego a los soldados. Ayer llegó una asistenta para limpiar los techos y los suelos. La casa está limpia y huele a perfume; estoy esperando a que se seque la tierra para recoger lo necesario y quemar agujas de pino.

Así, querido amor mío, va la vida. No te preocupes por mi estado impreciso. Ya me conoces lo suficiente para saber que dentro de una hora a lo mejor estoy entusiasmada. Creo, por lo demás, que, al mencionártelo, ha habido ya grandes progresos camino de la alegría. Pierre vuelve del mercado; tengo que preparar el banquete que les damos a los Merveilleau.

Escribe, príncipe mío; me voy el martes a Sainte-Foy, pero estaré de vuelta el jueves por la noche; no me dejes en este momento; te necesito.

Te quiero con bienaventuranza y me basta con pensar en ti vuelto hacia mí para notar cómo me afluyen al corazón toda la alegría y todo el agradecimiento del mundo entero.

Tú vive, anda a lo largo de los torrentes, sé feliz, libre, confiado, estate en

paz. Te espero, montañero, junto al Océano a cuya imagen y semejanza me hicieron.

El fauno te manda muchos recuerdos.

Yo te quiero y te beso hondamente.

M.

V

459 — Albert Camus a María Casares

Domingo 12 de agosto [de 1951]

Querido amor mío:

Recibí tu carta del jueves, que me resultó muy dulce. Pero no te escribí ni ayer ni anteayer por la evidente razón de que he pasado esos dos días en mis torrentes solitarios. Salía a las ocho de la mañana y he vuelto siempre a las ocho, pero de la tarde, derrengado, capaz solo de comer como una fiera, meterme en la cama y dormir (¡por fin!) con un sueño animal. Por lo demás, siento que no me veas volver, con calzado de faena (dentro de poco voy a tener botas altas de goma), un pantalón con muchos bolsillos, la cazadora de cuero y el sombrero impermeable, sucio, mojado y con expresión beatífica. Por lo demás, al parecer este régimen me sienta bien. Duermo mucho mejor, como, me he enderezado, he recuperado los músculos y tengo buen color. ¡En resumen, mi querido animal, de lo más comestible!

Estoy encantado de que el océano te siente bien. Te imagino en plena tempestad, efectivamente. ¿No eres, hasta cierto punto, hija de los relámpagos? Pero me habría gustado estar contigo lo mismo que, en mis

soledades montañesas, te deseo y te imagino a mi lado. Y, ¿sabes?, remo muy bien ¡y te habría resultado más útil que el querido tritón en el lago ese!

Pero no es malo, en último término, que recuperemos nuestro propio control en soledad para reunirnos pronto en un amor aún más hondo; me pides que te cuente mis días y mis noches. Ahora ya estás enterada. Pero no te he dicho aún hasta qué punto están llenos de ti. Me acompañas como una amistad constante, y a veces también como una febril nostalgia o un deseo ciego. Te quiero durante esos días y esas noches.

Te envío esta carta a Sainte-Foy porque no saldrá de aquí hasta mañana y habrá que dar las gracias si te llega el miércoles con el sistema postal de estas comarcas bárbaras. Aunque esa esperanza tengo porque no sé si podré llamarte. La llamada más sencilla requiere una o dos horas y para Sainte-Foy mucho me temo que me harían dormir en la estafeta. Así que querría aquí por lo menos celebrar la festividad de mi santa María y desearle la gloria de todos los santos. La gloria de los santos no está en la aureola de cartón que les pone san Sulpicio. Está en un corazón luminoso, informado y al que el conocimiento de la imperfección no le impide amar a la perfección. Los auténticos santos están en la calle, en su trabajo, entre los hombres y no se distinguen en nada, salvo quizá en la sonrisa y la amabilidad. ¡Ternura mía, que pases un feliz santo con una dicha como esa! Este que te quiere te quiere especialmente en ese día, en ese minuto exacto. ¡Te envío de regalo el agradecimiento y la gratitud infinita de este corazón que has colmado!

Hasta pronto, muchacha mía, espléndida mía, orgullosa mía. Dale mi fiel recuerdo a la casa maravillosa. Y para ti el amor y el deseo, la sonrisa, la ternura, la larga pasión del pobre montañés. ¡Cuánto me habría gustado estar con vosotros! Cuánto me gustaría tomarte en mis brazos y hundirme contigo en el fondo del mar, a la espera de lo hondo de las noches. Pero

pronto, pronto, ¿verdad? Te beso, te visto con mis besos. ¡Ay, se apodera de mí la impaciencia ante estas dos semanas que quedan aún!

A.

460 — Albert Camus a María Casares[505]

[15 de agosto de 1951]

ESTAFETA CERRADA A MEDIODÍA, FELIZ SANTO Y FELICIDADES CON MUCHA TERNURA PARA MI MARÍA IMPACIENTE POR REUNIRME CON ELLA. ALBERT

461 — Albert Camus a María Casares

15 de agosto [de 1951]

Me he pasado la mañana, querido y dulce amor mío, imaginando formas de llegar hasta ti. Se te había (y se me había) olvidado que el día de tu santo es, como conviene que sea, día de fiesta en toda Francia. A sesenta kilómetros a la redonda cerraban todas las estafetas a las once o a las doce. Tu carta además no era explícita y no sabía exactamente cuándo ibas a estar en Sainte-Foy. Pensé además que, debido a esa festividad solemne, no habría posibilidad de reparto y que no te llegaría a Sainte-Foy la carta de amor y de tierna felicitación que te había enviado. Entonces, rabioso con correos, con el calendario, con los kilómetros y con estas separaciones estúpidas, te envié un telegrama en el que, lógicamente, no podía poner mi amor ni la

cálida ternura ni el deseo infinito que llevo dentro. Malhumorado me fui luego a dar un paseo y ahí, al menos, en un día radiante (el primero desde que estoy aquí), en los bosques y los prados, le he podido dedicar pensamiento y corazón a mi santa María.

Tengo la esperanza, en cualquier caso, de que este día haya sido bueno y cálido para ti y que nuestra estupenda pareja te haya rodeado con las atenciones y los mimos que te correspondían. Tengo la esperanza de que luego hayas vuelto con renovado entusiasmo al viejo océano. Para mí, de lo único que se trata es de saber cómo saltar hasta ti por encima de las dos semanas que nos separan aún. Paladeo proyectos, me imagino nuestros días y nuestras noches. Vamos a tener alrededor de veinte días para vivir juntos y esa felicidad me conduce ya y me ayuda a cruzar el chapoteo de las aguas de estas dos semanas.

Mis ocupaciones de aquí no han variado. Pescar truchas (sigo sin conseguirlo, pero el mes de agosto no es propicio, y he roto ya una caña por lo menos), mucho reposo, trabajo superficial. El tiempo está gris y fresco. Me siento como un oso en hibernación que espera su primavera.

Mi primavera estallará en septiembre. Tengo la esperanza de notarme entonces con todas las fuerzas con que me noto ahora. Me siento de maravilla y es la única excusa que le encuentro a esta estancia insípida en esta comarca ingrata. Y hay también otra cosa cuando vuelvo de pescar o de pasear por los alrededores de Le Panelier, la granja fortificada donde está Paulo. Ahí fue donde viví un año en completa soledad, en 1943, ese año dejó huella (allí escribí *El malentendido*). Apartó a la persona que era, más brillante que auténtica, vividora, forzándose al cinismo, de esta otra en que intenté convertirme. Apartó también, y es decir lo mismo, los años de la

dispersión del año del amor. Y cuando paseo por esos senderos que conozco piedra a piedra, que vi en todas las estaciones, crepitando de insectos o cubiertos de nieve dura, entre el viento gélido, vuelvo a encontrarme con lo que era entonces y comprendo que ese retiro y esa prueba eran necesarios para pasar página y dar un día acogida al amor. Si hubiera entendido eso mejor en 1944 ahora estaríamos viviendo un amor claro. Pero, incluso atormentado, este amor es lo más hermoso que he recibido en este mundo y es un corazón agradecido lo que paseo entre los abetos y los helechos.

Es este corazón el que se sigue volviendo ahora hacia ti y te habla en voz tan baja que podrás oírla. Querido amor mío, sé feliz y hermosa. Existe paz en este mundo cuando tu costado respira pegado al mío. Espero otra vez ese día, sigo teniendo la esperanza de esa paz. Unas cuantas cartas tuyas aún (ah, no me ha llegado nada desde el sábado) y por fin tomaré tu mensaje directamente de tu boca, volveremos a amarnos por las carreteras. Te beso más, brillante mía, trucha negra mía. ¿Es verdad que hubo un tiempo en que temblabas debajo de mí? ¡Pues que vuelva ese tiempo y que después nos durmamos hasta el final del mundo!

A. Cariños al tritón-remero.

462 — María Casares a Albert Camus

Viernes 17 [de agosto de 1951], *por la mañana*.

Querido amor mío:

Recibí ayer tu carta del domingo, y solo ayer, antes de irme de Sainte-Foy; pero el telegrama llegó el 15 por la mañana. Todo eso era muy dulce y

debo decir que los padres de Pierre [Reynal] se las arreglaron para hacerme pasar un día de María suculento.

Llegamos a la casa todos juntos en el coche de los Martin el martes a la hora de comer y, a partir de ese momento, todo se volvió delicioso, salvo el humor de Pierre, que tuvo un ataque de pena cuyo origen permaneció oculto para todos (creo que tiene algo de neurastenia, si nos fiamos de los ataques de angustia que le dan al ponerse el sol). Por la noche, cenamos el tritón y yo en casa de los Martin, pero estaba demasiado cansada y no pude disfrutar de su pasmosa actuación. ¡Qué pareja tan increíble!

Al día siguiente, vinieron ellos a pasar el día y celebramos juntos la fiesta de la Virgen y el santo de las dos Marías de la casa: Marie Merveilleau y yo. Nos «pusimos tan hasta las cejas» (como dice Paul Martin) que tuvimos dos enfermos por la noche: nuestro anfitrión y Jeannette Martin, lo cual no nos impidió asistir al «misterio» que se representaba al pie de una colina ni ir en la procesión con una vela en la mano. Sentí mucho que no pudieras ver ese espectáculo. La función, bajo un hermoso cielo de verano rajado de relámpagos de calor y radiante de luna llena, era maravillosamente conmovedora. Solo Dullin, en París, podría haber dado con la genialidad de los colores que había en un decorado hecho con lo mínimo; y los numerosos aficionados en quienes se encarnaban los personajes del Evangelio no desdecían, por su candor y su sobriedad, de muchos buenos repartos parisinos.

Al final, en el momento de la Coronación de María, empezaron los cantos y el gentío se levantó y echó a andar. Se encendieron cuatro mil velas y comenzó el desfile hacia la cruz levantada en lo alto de la colina.

Subimos por un camino sinuoso, en una fila prieta, trazando sobre el fondo oscuro de las praderas silenciosas un gusano luminoso gigantesco y ondulante y cantamos una y otra vez:

«Ave, Ave, María»,

con la vela en la mano.

Pero el fin no coronaba los medios. Esta densa muchedumbre merecía, en su reconcentrada locura, beber allá arriba la sangre de una víctima sacrificada, para concluir con una apoteosis. En vez de eso, un cura, que debería haberse afiliado al partido comunista, no dejó de insultarnos para convencernos de que no nos merecíamos las bondades divinas.

Menos mal que la prédica fue corta. Estaba empezando a sublevarme.

Después del credo, la gente se desperdigó y entonces la demencia se adueñó del lugar. ¡Ni caminos, ni cantos, ni respeto y viva la alegría! El gentío, trabado hasta entonces, se desplomaba por las laderas de la colina, a empellones, desenfrenado, vociferante. Por todos lados carreras, jadeos, resbalones, risas, gritos, sordos estremecimientos. Las velas quemaban las pantallas de papel que las protegían y en la repentina oscuridad tormentosa y negra había manos que se extraviaban. Era un sí universal y me pregunté si en ese momento el cura seguía pensando que toda esa gente agradecida no se merecía a Dios.

Volvimos a casa, y ayer cogimos el tren y luego la Micheline[506] para regresar a Lacanau.

Al volver, tenía el corazón alegre. Pensaba en ti, en tu profundo sueño, en tus largas caminatas por los bosques umbríos, en tu corazón, tan anchuroso y tan justo, en tu mirada tan clara, en tu hermosura, que tantas veces me trastorna, en nosotros, en todo cuanto se nos promete, en todo cuanto se nos ha concedido, y me regocijaba por completo.

Hermoso amor mío, cuidémonos, velemos por nosotros para ampararnos. No temas nada; soy prudente como nunca lo he sido, me vigilo como nunca me había vigilado.

Pronto compartiremos nuestras horas; pronto miraremos juntos; pronto

será un disfrute entre dos. Vive bien, querido amor mío, beberé de tus labios los minutos de alegría que hayas saboreado sin mí.

Te dejo. Gérard [Vierne] no deja de metérseme debajo de las faldas «para hacerme un niño», y ante ese hecho escandaloso ya no sé qué decir y solo se me ocurre una solución: ir a ponerme los pantalones. Te mando una foto de mamá gallina;[507] pero me guardo para cuando llegues todas las que ha hecho Paul Martin, muy bonitas, ya lo verás.

Dime qué proyectos tienes, si lo sabes. Yo me iré de Lacanau el 31. A lo mejor podías ir a buscarme a Sainte-Foy y de ahí nos vamos a donde quieras.

El fauno se acuerda mucho de ti; me encarga que no deje de decírtelo y que te asegure que me cuida lo mejor que puede. Añado que es cierto, pero que me gustaría mucho verle más empuje; es, de carácter, mucho mayor que tú, que tienes más edad que él. ¡Una pena!

¡Ven! Me apetece reír y bailar; pero avísame; ya te explicaré por qué más adelante.

Te quiero. Tu fiel y agradecida

Maria

Declaraciones muy feas de Madeleine. No importa. *El estado de sitio* no va a envejecer.

463 — Albert Camus a María Casares

Viernes 17 [de agosto de 1951]

Tu carta del domingo, recibida ayer (¡!), era bastante melancólica, querido

amor mío. Creo que lo entiendo, por lo demás. Y estas líneas, después de mi carta de ayer, no tienen más finalidad que acudir a decirte, pese a esas interminables demoras por el camino, que estoy a tu lado, activamente, más que nunca. Has hecho bien rechazando ese papel, que es un buen papel de mentira.[508] En esa combinación, una vez más con esas amables personas, te ofrecían la dificultad y se quedaban con lo fácil y con el posible éxito. Pero quería decirte también otra cosa, referida a esta ocasión, por supuesto, pero que puede valer para otras que se presenten. No querría que, por tu parte, interviniesen en tu oficio objeciones que tengan que ver con nuestro amor. Bien sabes que no me agradaría mucho saberte trabajando en Marigny ahora mismo, y no voy a decir lo contrario. Pero es algo completamente secundario y es solo cosa mía.

Tengo en ti una confianza infinita y tan absoluta que tengo incluso confianza en tus pensamientos. Así que si, en el futuro, pudiera ser conveniente para ti interpretar tal o cual obra, unas circunstancias que pudieran resultarme desagradables no deberán bastar para que no lo cojas. Dejemos aquí el tema. Pero que esto quede claro en adelante entre nosotros, querido amor mío.

Me pregunto también quiénes son esas visitas que no te apetecen. En casos así, especifica siempre, te lo ruego, me evita muchas suposiciones inútiles. Tengo, pese a todo, la esperanza de que puedas proteger tu tranquilidad. Por lo demás, cuando recibas esta carta, apenas si nos separarán diez días, y todo lo olvidaremos en el hermoso instante.

Aquí no hay cambios. Me voy a ir de truchas dentro de un rato. Pero sin convicción. Deseo sobre todo escapar de esta casa donde la vida es a veces difícil. No es fácil vivir junto a la semidemencia, siempre al filo del desequilibrio y de la depresión. La vida se vuelve entonces átona y extenuada. Pero sigo teniendo la esperanza de que las cosas mejoren.

Afortunadamente, llevo dentro ese fuego que tira de mí, te quiero, vivo para ti. Escríbeme una carta feliz, si lo eres. Vivo de tu felicidad, de tu hermoso rostro iluminado. ¡Ah, sí, te quiero! Te quiero y te beso apasionadamente. Hasta pronto, querido amor. Cuento los días,

A.

464 — Albert Camus a María Casares[509]

18 de agosto de 1951

Esto es más o menos lo que veo. Pero ya lo tengo muy visto, y vivo en la impaciencia.

465 — Albert Camus a María Casares

Domingo [19 de agosto de 1951], *7 de la tarde*

Querido amor mío:

Aunque tu última carta era triste, aunque solo haya recibido esa en toda la semana, ayer no había nada en el correo. A lo mejor es por eso por lo que hoy es un día agobiante. Por lo demás, sé perfectamente que has tenido una semana movida y no estoy preocupado. Pero eso no quita para que este día me esté pesando tanto. Por lo demás, las jornadas se arrastran y estoy deseando acabar con esto. Unos diez días nos separan y siento que me separa de ti todo un mar. Y además estas separaciones se me hacen cada vez más difíciles. Es que cada vez las entiendo menos.

Me están renovando el motor del coche para poder ir a buscarte; no lo tendré hasta el miércoles, lo que me impide escaparme a mis torrentes; así que espero. Leo las admirables *Novelas ejemplares*, de Cervantes. *Rinconete y Cortadillo* me ha encantado. Hago proyectos para escribir, pero no escribo nada. Más vale así. A partir de septiembre escribiré sin controlarme.

Salvo imprevistos, haremos un grato viaje de vuelta. El coche estará en rodaje y habrá que ir despacio, hacer dos etapas por lo menos; veremos el paisaje. Tengo la esperanza de que estés contenta y conserves el sabor a sal para consolarme del largo destierro que me tiene apartado del mar.

Aquí llevamos tres días admirables que me consuelan un poco. De noche, la luna llena el cielo. He pasado muchas horas en la terraza, mirándola y siguiendo el recorrido de las estrellas. Aquí es lo único que me aporta un corazón tranquilo. Pero pienso en las noches en el mar y en mis largas horas en el sur del Atlántico, a proa, bajo una lluvia de estrellas.

Amor mío, entonces el mundo es inmenso. Pero me parece que tengo un corazón a su medida, el amor cobra vida, es una promesa infinita. ¿Cuándo volveré a ver tu hermoso rostro? Escribe, por lo menos hasta el 25. Cuéntame tus días con detalle, calma un poco el hambre que tengo de ti. Te espero, espero la felicidad, el desgajamiento, la vida en fin; existes y soy feliz.

Te beso despacio, querida mía, amada mía. Te beso y te llevo en mí. No me olvides,

A.

Lunes 20 [de agosto de 1951]*, 3 de la tarde*

Querido amor mío:

Tras recibir tu carta del viernes añado cuatro líneas a la mía, que había echado ya esta mañana, para concretarte cosas. Salvo indicación contraria, saldré de aquí el 30 o el 31. Así que estaré en Sainte-Foy, salvo que pase algo, el 31, o el 1 como muy tarde. Espero que te venga bien. Pero no entiendo nada de esos misterios tuyos. ¿Por qué no me dices ya lo que me tengas que decir? A cuenta de esto me he percatado de que no habías contestado a mi pregunta sobre la princesa. ¿A qué conclusión debo llegar? Fuere como fuere, vivo en la incertidumbre.

Al menos, estos misterios y estos engorros de la separación van a terminar. Sí, ¡por fin! Aquí ha vuelto a hacer malo y decididamente estoy harto de esta zona. Añade un dolor de muelas esta noche y una primera sesión con el dentista esta mañana. Ahora el 31 se parece al paraíso. Menos mal que llevo un sol en mí. Verde y moreno, resplandeciente como tu rostro. ¡A ver si te beso de una vez!

A.

467 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes 21 [de agosto de 1951]*, por la mañana, a las 8*

Querido amor mío:

Acabo de despertarme ahora mismo y me he quedado sin desayuno; no va a haber Butagaz hasta las doce. Así que me siento muy plegada y

replegada en el sueño y no creo que consiga expresar con claridad lo que tengo que decirte.

Recibí ayer tu nota, esa en que te preocupan los motivos que me han movido a rechazar la propuesta del Marigny. No te andes con escrúpulos; aunque es cierto que no me gusta darte una nueva preocupación por muy inane y fantasmal que sea, también es cierto que en la historia de *El intercambio* nada me atraía.

Esto por lo que hace al presente. En cuanto al futuro, si un día me hallara en la situación de desear aceptar un papel que me pusiera en contacto con personas que prefiero tener a distancia, quizá lo rechazase, pero no para agradarte, sino por motivos personales.

Ahora lo sé mejor que nunca, dado que el causante de todos esos rebuscamientos epistolares está aquí, en Lacanau, y voy a verlo sin cesar. Llegó el viernes y se vuelve a París el jueves por la noche, dejándome agotada a mí y enfermo a Pierre seguramente. No hay, sin embargo, motivo alguno para este cansancio muestro, Servais es absolutamente correcto y de una amabilidad que no abunda; solo que a Pierre le cuesta soportar la tensión y cada vez más le falla la simpatía; en cuanto a mí, estoy a punto de que me fallen los nervios cuando repito por centésima vez que te querré toda la vida.

En fin, que llegue pronto el jueves y descansa hasta ese día bendito. Descanso para todos, que también desearía para ti. Según tu carta, el ambiente de tu casa está borrascoso de momento; sí, querido amor mío, retírate a los bosques y recupera allí las fuerzas necesarias para estar en condiciones de ayudar siempre y de no venirte abajo.

¡Ay!, querido amor mío, esta carta es horrorosamente penosa. No quise explicarte todo esto antes para que recibieras todas estas encantadoras noticias cuando ya no tuvieras que preocuparte, pero allí donde podría

tranquilizarte por completo, al confiarte palabras o impresiones, debo callar por no parecerme que tenga derecho a mencionártelo. ¿Entiendes?

Estoy de un humor de perros y no hallo la paz más que cuando me voy sola a la playa, a dar mis largos paseos. Todo esto resulta tan inverosímil… Ven pronto para que la vida recupere su verdadero sentido. ¿Qué hacemos lejos uno de otro, querido amor mío?

Te quiero. Te quiero como nunca pensé que podría querer. ¡Ah, la libertad que me das! Ah, cariño,

V. M .

468 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves 24 [*sic* por 23] *de agosto* [de 1951]

Recibí tu carta del lunes, querido amor mío. Sabía todo eso antes de que me lo dijeras, naturalmente. Y solo quiero aquí tranquilizarte. No te preocupes, olvida todo eso y dedícate solo a ser feliz. El sufrimiento que esto podía traerme ya no va contigo, ni con nuestro amor. Tiene que ver con el pasado y conmigo. Decidí hace mucho no agobiarte ya con él y no mencionártelo siquiera. Me las apaño como puedo, y no mal del todo, en resumidas cuentas. La vida de verdad no está ahí. Empezará el viernes. Entretanto, espabílate, olvida, recupera tus olas, la playa, tu juventud y tu hermosura. Ni la felicidad, ni el exceso de los bienes, ni las riquezas de mi vida me han separado de ti; así que imagínate si puede hacerlo el sufrimiento. Solo deseo que recobres la paz, el equilibrio y tu hermoso rostro de contento.

Mañana voy a pasarme todo el día rodando el coche. Te escribiré el sábado por última vez para darte los detalles de nuestro encuentro. De

momento, es casi seguro que saldré el jueves y estaré el viernes en Sainte-Foy. Nos llevaremos al tritón, claro, si vuelve a París. Escríbeme una vez al menos después de haber recibido esta carta si la recibes el sábado. Si no, espero que me hayas escrito el sábado. El lunes quizá sea demasiado tarde. Por lo demás, las palabras no le aportarán ya nada a nuestra verdad. Dentro de unos días, volveremos a empezar a vivir. Mi muy querido amor, sé feliz y ten confianza; se te quiere más allá de lo que puedas aún imaginar. En cuanto a mí, me estoy preparando tranquilamente para ser feliz.

A. Recuerdos a Pierre.

469 — María Casares a Albert Camus

Viernes 24 [de agosto de 1951]

Querido amor mío:

Esta es la última carta por esta vez. Me has enseñado a que siga intacta mi antigua alegría del encuentro, pero a aceptar las separaciones con paciencia y sensatez.

Recibí tus cartas del domingo y del lunes y tu postal y noto que el final llega oportunamente. ¡Ah!, qué difícil es vivir uno sin el otro, ¿verdad? A mí, la idea de que vives algo vuelto hacia mí no consigue ya consolarme de tu ausencia y sueño con tu mirada clara y cálida; tengo frío al sol y el agua del mar se ha vuelto insulsa. Ya es hora de que el mundo recupere su color; ya estoy cansada de darle el de mi recuerdo y mi esperanza.

Me parece bien que nos encontremos en Sainte-Foy el 31. Nosotros nos iremos de Lacanau el 30 por la noche o el 31, según lo que me concretes sobre el día de tu llegada, y parece ser que podríamos seguir camino hacia

París al día siguiente. Por desgracia, aunque el viaje se presenta maravilloso, no creo que pueda ser completo: Aricia, que, muy sensata, se sintió mal el 28 del mes pasado, escogerá el 1 de septiembre para enclaustrarse. ¡Qué cruz!

Esto en cuanto a nuestros proyectos; no quiero detenerme en ellos, me niego a pensar; quiero sencillamente descansar bien estos días que deben conducirme a ti, relajarme, abrirme, prepararme para estar en condiciones de recibir con la mayor amplitud posible toda la alegría del mundo. Te quiero mejor que nunca y estoy tan enamorada como una novia joven.

Hoy llueve, «para variar». Una honda melancolía se desprende del olor de los pinos y me noto milenaria cuando me desvío de ti; si estuviera sola, me quedaría aquí, hasta el infinito, mirando caer la lluvia ¡Ay!, soy una elegida de Dios, pues me ha situado ante ti.

Ven pronto, hermoso amor mío. Ven a hacerme reír y llorar; ven a conmoverme. Desde que me separé de ti, solo el mar, el cielo y la inocencia me han afectado. Querido cómplice mío, mi gran amigo, hermoso rostro mío, querido cuerpo mío fraterno y deseado, manantial mío de gracia y de amor, ven a despertarme y a envolverme en tu calor claro. Lejos de ti no me hallo; soy todo desorden, me noto tonta y extrañada. Que te vayas acercando ya me ilumina; empiezo a vivir esta mañana. No tengo nada que escribirte, tengo que hablarte y que rendirme en ti.

Una vez más te espero, tendiendo hacia ti, pero con un no sé qué más hondo, más enraizado, más terrenal. ¡Ay, Albert querido, no me dejes nunca! Hasta dentro de ocho días a partir de mañana,[510]

V M.

1) Sé prudente durante el viaje.

2) El tritón te manda cariñosos recuerdos. Creo que va a irse a Alemania

unos cuantos meses.

3) La muerte de Jouvet[511] me ha trastornado más de lo que habría creído. Tengo unos cuantos remordimientos.

4) Soy tuya,

V

470 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado 25 [de agosto de 1951]

No he recibido la carta tuya que esperaba hoy, querido amor mío. Pero ya no tiene gran importancia. Desde el jueves he estado todos los días rodando el coche para solucionar las cosillas que no iban bien. O sea, que me paso el día pensando en esta salida que volverá a llevarme por fin a ti. Esto es lo decidido: me iré el jueves 30 salvo que ocurra algo, estaré el viernes 3 en Sainte-Foy, donde podremos quedar en casa de Pierre. Como no te va a dar tiempo a escribirme, deja un mensaje en manos del señor Merveilleau para decirme a qué hora salís de Lacanau (por si me da tiempo a ir a buscaros, pero no cuentes demasiado con ello) y a qué hora llegáis. A partir de ese momento, ya no corre prisa nada. Tenemos veinte días por delante y libertad para hacer lo que queramos.

En caso de que hubiera contraorden, avería, incidente, etc., mandaré un telegrama, hasta el 30 a Lacanau, el 31 a Sainte-Foy. Espero que todo esto te venga bien. Aquí el tiempo sigue destemplado, la vida sigue difícil. Pero pese a todo estoy admirablemente de salud. Salvo que estoy volviendo a dormir mal. Creo que le he sacado a esta zona todo lo que se le podía sacar. Por fortuna, he hecho grandes provisiones de energía. Tengo la esperanza

de que tú estés estallando de sol y de sal. Espero tu risa y tu belleza, de las que tengo tan cruel necesidad. Espero tu amor, del que no puedo prescindir. No faltes a todas estas citas. Pero, aunque faltases, yo estaría ahí pese a todo y esperaría la vida entera con la paciencia del verdadero amor, esa que desgasta las rocas y la suerte adversa. Te quiero, ¿lo sabes bastante al menos? Te quiero y cuento las horas, como he contado los días durante este mes insoportable. Pero voy a reunirme contigo, ¿verdad? Y, una vez más, le daremos la espalda al mundo para dedicarnos por fin a vivir. Te beso con todas mis fuerzas y te espero.

A.

471 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 20 de noviembre de 1951

3 de la tarde

Querido amor mío:

Cuatro líneas, escritas apoyándome en las rodillas, junto a mi madre, que ahora está descansando.[512] La encontré ayer (tras un viaje movido y tempestuoso, en el sentido propio de la palabra) ya ingresada en la clínica y, salvo para dormir unas horas, no me he separado de ella. La operación ha sido esta mañana. Todo ha ido bien. El cirujano me ha dicho que podría regresar a casa dentro de unos días. Nada más necesita dos meses de reposo, uno de ellos inmovilizada, para que todo vuelva a la normalidad.

Llueve y el tiempo está triste desde que llegué. Pero lo más triste era el sufrimiento valeroso de mi madre. Ayer, en la habitación que apenas iluminaba una lamparilla, a medianoche, mi hermano y yo, callados, a

ambos lados de la cama, la oíamos en silencio quejarse un poco, y era nuestra niña enferma.

Pienso en ti. La lluvia de Argel ahoga la luz y el corazón, literalmente. Y en esta tremenda humedad no hay sino dos o tres fuegos antiguos, duros, secretos, que resisten. Estás aquí. Pienso con amor y gratitud en tu calidez junto a mí en todas las circunstancias; te quiero. Me encuentro mejor por dentro porque una única preocupación predomina ahora mismo sobre todas las demás. Pero cuando pienso en París, o en mi libro, me entra una especie de náusea.[513] Cuando te escriba con calma intentaré explicarte, y explicarme, esta estúpida locura con que te he estado aburriendo. Al menos sabes, y cada vez mejor, que nuestro amor es lo único que no es una apariencia. Te beso veintinueve veces,[514] mujer joven mía, compañerito de armas mío, negra mía, te beso y te espero una vez más, pero con toda la certidumbre del amor,

A.

472 — Albert Camus a María Casares[515]

FELICIDADES DE TODO CORAZÓN CON TERNURA ALBERT

473 — Albert Camus a María Casares

Jueves 22 de noviembre de 1951
3 de la tarde

Querido amor mío:

Sigo en la habitación de mi madre, en la clínica, y te escribo apoyándome en las rodillas. Tengo la esperanza de que mi hermano me traiga dentro de un rato una carta tuya, porque está claro que vivo mal sin ti y me siento un poco amputado desde que me fui. Mamá ha reaccionado muy bien. Ya no tiene fiebre y el cirujano piensa que todo va a ir estupendamente. Ahora ya me he tranquilizado del todo en lo que a ella se refiere. Pero me alegro de haber venido, primero porque mi presencia la ha tranquilizado y además porque voy a poder organizarle la convalecencia sobre una base más confortable antes de marcharme. Me reprocho mucho haberla tenido algo desatendida en estos últimos años. Pero es cierto que la enfermedad vuelve egoísta y que durante ese año de tratamiento no he pensado sino en lo inmediato y lo que más prisa corría. Al menos voy a arreglar todo eso y a suavizarle un poco la vida a mi madre.

Sigue lloviendo y todo lo que tocas está húmedo. No respiro demasiado bien y me noto atontado; Argel tiene un clima al que hay que readaptarse. Pero me cuido a lo Ménétrier y la cosa va a mejorar.

Los ánimos, por lo menos, han mejorado. Creo, en efecto, que he estado un poco trastornado todos estos días. Por supuesto había mucho orgullo en toda esa reacción, y no del mejor. Pero ocurre también que nunca he podido acostumbrarme a los hábitos literarios y a esa frivolidad parisina que puede acabar en acciones o en palabras de tanta gravedad. Una de las razones por las que vivo apartado es precisamente que conozco mi incapacidad para tomarme a la ligera ciertas cosas. Me da miedo entonces que me hieran, y para nada, sencillamente por ligereza. (Para informarte mejor sobre ese ambiente, añade que he recibido una carta de Pauwels en que me explica que no pretendía…, etc., y sobre todo otra carta de Patri en que me dice que se había enterado por Pauwels[516] de que yo quería contestar y me pedía que no usara su carta e incluso que «no mencionase su existencia».

Imposible traicionar a todo el mundo mejor y de forma más vergonzosa. En esta ocasión ni siquiera he contestado).

A lo mejor hay también otra razón para esta alteración mía, más grave y más honda en esta ocasión. Es mi titubeo ante lo que debo decir o hacer ahora. Hay días en que querría no tener ni que hacer ni que decir, precisamente. Es quizá una especie de temor ante mi vocación. Temor que nunca tuve y que me llega ahora quizá por cansancio, quizá también porque veo mejor que la exigencia que me trajo hasta aquí no tiene más límites que el agotamiento o la caída. Y, sin embargo, sin esa exigencia no sería nada, ni mi obra tampoco. A veces siento vértigo, un vértigo de extenuación al pensar en el porvenir.

Pero esta carta es absurda. Pues no estoy triste en absoluto ahora mismo. Tú estás viva en mí, noto tu ausencia como una calidez, y me decía hace un rato, mientras comía en el bar de mi juventud, que no podría ya prescindir de ti en la vida cotidiana. Siempre te he echado de menos en las cumbres de la nostalgia, de la soledad, del amor ávido. Pero ahora te echo de menos también en las mañanas, en los paseos, las corbatas nuevas, los espectáculos y los menús, los rostros de la calle y la cadena viva de las pequeñas preocupaciones y las pequeñas alegrías. Escríbeme el menos, amor mío.

No me dejes solo en esta ciudad húmeda donde el pasado agobia a veces. Cuéntame tus días; dime que mi ausencia te ha liberado una poco al menos de los estúpidos engorros que llevaba conmigo; que estás bien y con el corazón alegre. Cuando vuelva, tendremos que pensar otra vez un poco en las alegrías de nuestro amor. Es muy hermoso, y a veces muy dulce, compartir hasta tal punto nuestras penas, pero también tenemos en nosotros un manantial infinito de risas y de placeres cuya nostalgia siento ahora. Hasta pronto, hermoso rostro mío, querida boca mía, te beso y te quiero, te espero, en ti descanso. Escribe y quiéreme como yo te quiero, sin tregua.

A.

Bulevar de Saint-Saëns, 7, Argel

474 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado 24 de noviembre [de 1951]

6 de la tarde

Querido amor mío:

Recibí esta mañana tu larga y dulce carta del jueves, y la necesitaba. Desde ayer deseaba en todo momento tenerte aquí y estar enamorado. Ocurre también que ya no estoy preocupado por mamá. Saldrá mañana por la mañana de la clínica y la instalaré en su casa lo mejor que pueda. El cirujano es rotundamente afirmativo sobre la buena evolución de la fractura. Está, claro, el engorro de este mes de inmovilización. Pero es, a fin de cuentas, poca cosa comparado con lo que temía yo. Por lo demás, ya no le duele nada y eso es con mucho lo esencial. Así que puedo volver a mediados de la semana que viene (el jueves o el viernes). Pero te lo confirmaré; he aceptado en cualquier caso ir a Tipasa el martes para que esta estancia me aporte al menos algo de belleza.

Lo demás va bien también. Estoy aún algo cansado (duermo poco), pero en muchísima mejor forma que cuando me marché. Por dentro, y gracias seguramente a este país sin enternecimientos, he recuperado la sana indiferencia que me ha permitido siempre proteger lo esencial. Solo me queda un asco más claro y más distante por todo un orden de cosas. Espero que estas buenas disposiciones sean duraderas.

Hoy ha hecho un día hermoso de verdad: el cielo meticulosamente azul, el aire tibio y la bahía suave y en calma. He vuelto a encontrarme con la antigua Argel y aromas de naranjos en las callecitas. Tengo veinte años más, pero la naranja sigue joven. Sin embargo, no creo que pudiera volver a vivir aquí. A menos que viviera en el campo y alejado de todo.

Cené ayer con antiguos compañeros y no resultó desagradable. Hay cierta raza de hombres que sabe vivir y morir con sencillez. También son fieles y sin gritarlo a voz en cuello. Nos reímos, como en el tiempo en que hacíamos teatro juntos.

Y nada más. No sé lo que daría por tenerte aquí esta tarde. Pero hay que esperar. Unos días más y estarás tú, otra vez. Espero conseguir que olvides al insoportable acompañante que he sido y al que has apoyado con tanta ternura. Cómo te quiero, con qué sencillez, y con qué riqueza también. Vuelve a escribirme, no me dejes, espero tus manos tersas, tu boca amistosa o enemiga, tu cuerpo querido, y sobre todo tu hermosa sonrisa del alma. Te quiero, te quiero locamente, amor mío, primera mía. Pronto, al fin…

A.

Te envío (1) un artículo que va a salir en *La Croix* (Catholique) y que me ha enviado su autor. Es el único que ha captado la articulación del libro con el arte. Lo demás que dice es regular.

Recuerdos a Ángeles y a Juan, y al niño, a Pierre.

(1) No, en la próxima carta ya.

475 — Albert Camus a María Casares

Martes [27 de noviembre de 1951]

Querido amor mío:

Me encontré con tu carta al volver de Tipasa.[517] En esta mía encontrarás una brizna de ajenjo de mis ruinas. Estas líneas son solo para decirte que te quiero y que te quiero. Te escribiré mañana por la mañana más extensamente. Todo va bien en casa de mi madre y espero volver el viernes, o el sábado como mucho. Pero no siento esta tarde sino un amor desbordante por ti y el deseo de escapar contigo al fin del mundo, a un país al que pueda querer como quiero lo que acabo de ver hacer un rato.

Hasta mañana. Te beso con todo mi corazón y todas mis fuerzas.

A.

PS: Adjunto el artículo y Tipasa en imagen.[518]

476 — Albert Camus a María Casares

Miércoles, 28 de noviembre de 1951

Querido amor mío:

Estoy esta mañana en casa de mi madre y te escribo en una mesa de comedor donde de pequeño hacía los deberes. Ayer te mandé esas líneas al volver de Tipasa para que tuvieras paciencia hasta esta mañana y también porque volví de allí lleno de una tristeza buena y de un amor grande y cálido por ti. Si hoy intentase imaginar mi vida sin ti sería una

desesperación indecible. Eres tú, tu presencia, tu solidaridad, tu amor los que me han ayudado y me siguen ayudando a pasar esta temporada, la más difícil quizá con que me haya topado nunca. Sí, te quiero y me apoyo en tu amor e imploro a todos los dioses para que no me falte nunca. Hasta ti, nadie me había ayudado nunca.

Mi madre está bien. Se aburre un poco en la cama. Pero la he instalado algo mejor: un sillón reclinable, un radiador, lámparas, espero que pueda echarle paciencia otro mes por lo menos. Ahora, en cualquier caso, creo que puedo irme. Cogeré seguramente el primer avión en que haya plaza. Así que hay probabilidades, amor mío, de que esta carta sea la última y esté pronto a tu lado (1). En lo que a mí se refiere, ahora sé perfectamente que vuelvo a lo que tiene que ser. En cualquier otro sitio, me siento de paso.

Ayer me paseaba por esas colinas cargadas de ruinas, ante el mar, repleto de ternura y emoción. Es uno de los lugares más hermosos del mundo y que reconcilia todo. Pensaba que, si la vida fuera como es debido, viviría aquí contigo y entonces la muerte resultaría fácil. Pero saber que tanta belleza existe, que tú existes y que el amor puede tener este rostro basta para mostrar dónde están la verdad y la nobleza.

Cuida de este amor del que no puedo prescindir. Perdóname tantas fatigas y penas y lo que te hago sufrir a veces, mi corazón te pertenece y no desea sino tu alegría y tu grandeza. Te quiero. Cada minuto tengo a punto una dulzura al imaginar ese momento ya tan cercano en que estaremos solos entre las flores negras y amarillas. Te beso, querido amor mío, pequeña mía, hermoso rostro mío, te beso y te doy las gracias.

A.

(1) Salvo indicación contraria, no vuelvas a escribir. El viernes o el sábado,

estaré seguramente en París.

477 — Albert Camus a María Casares[519]

30 de noviembre de 1951

LLEGO PARÍS MAÑANA TARDE CARIÑOS.

478 — Albert Camus a María Casares[520]

10 de diciembre de 1951

CONTIGO TIERNAMENTE ALBERT.

1952

479 — Albert Camus a María Casares

Lunes 11 de febrero de 1952

En la cama con mucha fiebre y dolor de garganta. Brouet cree que son unas anginas fuertes y prevé tres o cuatro días acostado con un tratamiento enérgico.

Estoy muy triste, querido amor mío. La enfermedad es siempre una desgracia doble para nosotros. Pero ¡que estos días sin mí no sean días perdidos! Sal, ve cosas y quiéreme por encima de todos estos muros y estos obstáculos. Te beso con todo mi corazón.

A.

480 — Albert Camus a María Casares

Lunes [11 de febrero de 1952], *medianoche*

Qué cosa tan rara esto de verse acostado, arrinconado en esta habitación aislada, de un día para otro y sin noticias tuyas, sin poder saber nada de lo que haces o piensas. «¿Qué andará haciendo»… Eso es lo que me digo continuamente. Y nada me responde. Con ese razonamiento es como me reúno contigo, como supongo que estás triste y, al final, me desconsuelo. Hasta esta noche todo eso ocurría en lo hondo de una niebla de fiebre y,

además, unas jaquecas tremendas me dejaban sin sensibilidad. Desde esta noche, me ha bajado la fiebre a la mitad y ya no me duele la cabeza. Pero tengo el corazón triste. Querría salir de aquí y respirar, con el aire fresco de fuera, la certidumbre de que estás ahí y de que puedo tocarte. Me da la impresión de estar atrapado, caído en una fea trampa. Pero pasará y si me esmero en cumplir con todas las prescripciones es para ir más deprisa hacia ti.

He empezado a leer el Faulkner. Pero el inglés me ha cansado enseguida y me ha vuelto a entrar esa especie de somnolencia boba que me da con este antibiótico que me mandan. Por lo demás, no resulta desagradable. En cualquier caso, tengo puesta la esperanza en no tener fiebre mañana y, por tanto, poder salir el miércoles. Como muy tarde el jueves. De aquí a entonces piensa en mí y no estés demasiado triste. Me corre prisa, prisa de verdad, volver a verte, y doy vueltas y más vueltas para mis adentros a toda la ternura y todo el amor del mundo. Hasta pronto, hasta dentro de nada. ¡Qué dulce sería la fiebre a tu lado! Te beso de lejos por los microbios, pero con todo mi corazón.

A.

481 — María Casares a Albert Camus[521]

[1 de abril de 1952]

DIONISO CONTIGO LA BACANTE. V

482 — Albert Camus a María Casares

Miércoles [2 de abril de 1952], *7 de la tarde*

Querido amor mío:

Solo unas líneas antes de que salga el correo. He tenido un viaje excelente. Nevaba en toda Francia. Pero no me he aburrido ni un minuto en mi compartimento solitario durante las once horas del trayecto. No tenía el pensamiento alegre, pero sí activo. En Cannes, un cielo lleno de estrellas y los G[allimard]. Me llevaron esta mañana a Cabris para almorzar y se fueron a eso de las cinco.

Hace bueno. Esta zona siempre es de una perfección que emociona y he vuelto enternecido a la habitación donde trabajé tanto tiempo solo. Creo que he hecho bien viniendo aquí. Te escribiré una carta más larga cuando esté recuperado. Pero tú sabes con qué amor me he separado de ti. Sigo sintiéndolo vivo en mí, y resulta muy dulce. Pienso en tu trabajo, te quiero y vivo contigo, en esta habitación tranquila. Hasta pronto.

A.

483 — Albert Camus a María Casares

Jueves 3 de abril [de 1952],

9 de la noche

Querido amor mío:

Ha concluido mi primer día de soledad. Ha sido un día lluvioso, por desgracia, pero no demasiado desagradable. Me levanté a las ocho después de una buena noche. Leí, ordené mis papeles, di una vuelta por el pueblo,

recibí y abrí el correo, lo más importante del cual estaba en tu carta. Debo decir, por lo demás, que la enumeración de todas esas horas de trabajo, ese torbellino incesante, me ha hecho valorar egoístamente mi tranquila soledad. Se me olvidaba indicar también que ayer por la tarde, al entregarme tu telegrama, el empleado de la estafeta de Cabris estaba trastornado. Es la primera vez en la vida que tiene que transcribir textos así, y con eso de Dioniso casi le da un ataque (cerebral). Pero yo con todo eso no sentía sino dulzura (de corazón).

Después de comer, descansé un rato y, la verdad, sí, dormí media hora. Luego, como un valiente, me puse la gabardina y, con una lluvia menuda, di un largo paseo. Esta tierra sigue siendo igual de hermosa, ahora mismo están recogiendo las aceitunas. Pero, por la lluvia, las lonas se habían quedado en la hierba, el agua se acumulaba en ellas y las aceitunas nadaban en un baño negruzco. Todavía quedan unas cuantas violetas arrugadas a la orilla de los caminos húmedos. Pero los frutales ya se están cubriendo de flores blancas *y* de color de rosa. Todavía no es el gran vestido de fiesta, sino unos manguitos resplandecientes que llevan en la punta de las ramas. Los capullos de los castaños van a reventar también y las primeras hojas, algo pachuchas aún, ya están aquí.

Como ves, descubro la naturaleza, pero es que al final se me había olvidado que existía y esta presencia me parece bienhechora. Las cosas, entre los árboles, bajo el cielo, ante el mar, recuperan su sitio. No debería quedarme demasiado tiempo lejos de esta belleza. Lo mezclo todo y me despisto. Aquí, en cambio, me llega la paz.

Pero prosigo. A las cinco volví, encendí otra vez el fuego, escribí unas cuantas cartas, redacté dos textos que tenía pendientes y me hice un horario de trabajo. Cené y aquí estoy.

Físicamente me siento bien. Este aire frío y dorado siempre me sienta

bien. Y además el silencio, nadie con quien haya que pelear o a quien haya que convencer, el olvido… todo eso es reparador. Mañana, mis amigos Sauvy (el médico) vienen a comer. Espero que haga bueno.

¡Y te imagino corriendo de un estudio a un micrófono y a unos escenarios nacionales![522] Te compadezco, eres mi niña, querría darte ánimos y apoyarte. ¡Qué bien te sentaría el silencio de aquí! Pero estoy lejos y no te ayudo. Volveré más animoso, amor mío, y no seré ya ese compañero lánguido y distraído que has soportado con tanta ternura. ¡Valor, valiente mía! Sobre todo ten confianza en ti. ¡Si supieras hasta qué punto eres la mejor y la más grande! Beso tu cara de cansancio muy despacio con todo mi amor.

A.

Me releo. Da la impresión de que estoy aquí a cuerpo de rey. No es del todo cierto. El corazón está a oscuras. Pero me parece que me estoy recuperando un poco y que por fin voy a poder gritar o llorar después de estas largas semanas soñolientas. Ya te quiero mejor, en cualquier caso.

484 — María Casares a Albert Camus

4 de abril [de 1952]

He recibido tu notita esta mañana. Menos mal. De hecho, tenía la esperanza de que te encontrases a gusto en ese entorno que te ha acompañado durante tantos meses difíciles.

Ahora… a veros las caras los dos, tú y tú, y hasta el horizonte, el mar, rostros queridos, atentos, y yo, frenética y vigilándote. Te quiero.

Cuídate. Régimen. Y abrígate bien, dicha mía.

Por aquí, la locura. Esta mañana, mientras me bañaba, creyendo que le estaba echando la bronca a mi hermano —*Seis personajes*—,[523] repetía, con aplicación, articulando bien to-das-las-sí-la-bas: «Lo odio. Lo-o-dio-por-ha-ber-se-sa-li-do-con-la-su-ya». ¿Ves en qué punto estoy? Vamos a dejarlo.

Por lo demás, he leído en los periódicos que poseo un suntuoso Goya y un precioso Van Gogh. ¿Adiós, pues, a las agonías del teatro? Voy a dedicar el tiempo a contemplar los cuadros de los grandes maestros y, luego, después de haberlos vendido, puede que me retire al campo para pasar el final de mis días en una hermosa casa solariega, ante el mar. Vamos a dejarlo.

Firmé ayer, tras un ensayo de cuatro horas que me dejó destrozada, pero que me devolvió el valor perdido la víspera en el gigantesco marco del Luxemburgo con Ledoux[524] y Meyer.[525] Ya te contaré mi entrevista con el señor Touchard.[526] Me parece que con él no me engaño: es de los simpáticos.

Estos últimos días tengo la voz algo cansada: ha ido a pique en los gritos de María Magdalena, de Jesús… y en el humo de muchos cigarrillos. Voy a tener cuidado.

Tengo miedo, sí. Tengo frío también. «Hace un frío de cojones». Pero me aparto cuando me siento desfallecer, intento tirar hacia delante cogiendo carrerilla, pensando en nosotros, en esta larga vida tan corta, en «antes», en «después»; intento apostar por la pasión desinteresada, con todo el corazón, con toda el alma y me ayudo, en todo eso, con tu querida imagen tan exhausta a menudo, encogida sobre sí misma y ardiente y dulce.

¡Amor mío, amor mío! ¡Cuánto me gustaría que supieras, en un relámpago, lo que eres, lo que representas! Cuánto me gustaría que

recordases un día que se salvan vidas de otra forma que con milagros de la ciencia, también…

Te espero, igual que una bola de fuego que gira, que gira y que se encoge al girar alrededor de su centro, tú. La paz sea contigo. Vuelve fuerte, guapo, dueño de ti y de nosotros.

Hasta el lunes.

M.

PS: He recibido esta carta. Por lo que he creído entender, tengo que dar dinero. ¿Cuánto? Vuelve a mandarme la carta y las instrucciones.

485 — Albert Camus a María Casares[527]

[sin fecha]

¡Es el momento de ser mi victoria pequeña!

A. C.

486 — Albert Camus a María Casares[528]

[sin fecha]

Besos a mi jovencita numeraria con todos los buenos deseos del amor.

A.

487 — Albert Camus a María Casares

Viernes 4 de abril [de 1952], *5 de la tarde*

Querido amor mío:

Te mando sin demora la cartita que pide Pierre [Reynal]. No estoy seguro de que resulte eficaz, me parece que T[ouchard] no me tiene gran simpatía que digamos. Los estúpidos e inevitables motivos políticos (él es más bien TNP[529]) y seguramente mi distracción tiene algo que ver en su caso. Veremos.[530] Añádele recuerdos para Pedrito.[531]

Hoy sigue lloviendo, con lo que mi estancia resulta infinitamente menos amena. He salido un rato, pero me he echado atrás ante esa niebla interminable. Así que me he pasado el día (salvo el almuerzo, corto, con los Sauvy), en mi habitación, dedicado al correo o cara a cara conmigo mismo. Y ya sabes que a veces no soy un compañero muy animado. Pero tengo la esperanza de que mañana le vea al sol la cara o, a falta de eso, encuentre yo suficiente luz en mí.

Te echo de menos y bien querría sentirte detrás de mí, en esta cama desierta. Me daría la vuelta y tú disiparías las brumas. Te beso y te quiero y te beso y te quiero.

A.

488 — Albert Camus a María Casares

Domingo 6 de abril [de 1952], *11 de la mañana*

Me hizo feliz encontrarme ayer con tu carta. Me entibió el bolsillo todo el

día. Me ayudas, no cabe duda, constantemente. Y esta temporada hay que reconocer que lo necesito. Una duda, una ofuscación sobre mí mismo, un no sé qué, que en cualquier caso me deja desconcertado, vacante. ¿Salvamos vidas? Quizá. Pero me parece a veces que no conseguimos sino destruirlas o mutilarlas un tanto, siendo así que habrían podido ser, como la tuya, una vida del todo plena. Ya ves, soy tonto, voy arrastrando los pies. También arrastro otra cosa a veces, en días como ayer, por ejemplo, el peso del mundo, la impotencia para crear lo que sea. Sin embargo, hace bueno y físicamente estoy bien. En realidad, por ahí es por donde hay que empezar, lo demás llegará por añadidura. No te preocupes por mí, trabaja, y triunfa. Dentro de un rato va a venir a buscarme Michel [Gallimard] para llevarme a Cannes a navegar y a almorzar en las islas. Veré el mar y lo tocaré, una auténtica alegría.

Otra cosa: volveré el 15 en tren. Cae en martes. Iré a pasar el sábado, domingo y lunes a casa de mis amigos de Saint-Rémy-de-Provence.[532] Como tendré que dormir en Cannes el viernes, no me escribas más a Cabris a partir del miércoles, por ejemplo. El miércoles todavía puedes escribirme, claro. Pero una carta que saliera el lunes correría el riesgo de llegar el viernes por la noche, cuando ya me hubiera ido. Por lo demás, te telefonearé seguro.

Todo cuanto he hecho aquí hasta ahora ha consistido en intentar digerir las alrededor de sesenta cartas de retraso que llevaba. Todavía me quedan unas quince por delante. También en esto voy a tener que tomar decisiones. Este correo, casi siempre inútil, me roba demasiado tiempo. Por lo demás, volveré con un plan de vida y de trabajo. Si consigo haber pensado sobre eso, esta breve estancia no habrá sido en vano. Por lo demás, la hermosura de esta comarca siempre vive en mí. Otra cosa más vive en mí y arde, tu belleza, de cuerpo y de corazón, tu querida ternura, nuestros goces, nuestro

prolongado placer, la comprensión en que vivimos. Gracias, querido amor mío, por tu ternura y tu paciencia al quererme. Yo también te quiero, con todo mi ser, sin reservas. Te envuelvo en sábanas de besos, viviente mía, hermosa risa mía, y te espero.

A.

489 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes 7 [de abril de 1952], *1 de la tarde*

Acabo de llamarte, querido amor mío, y acababas de irte. Qué rabia. Volveré a intentarlo. No tenía nada que decirte, por lo demás, sino que en vez de coger el tren el martes 15 volveré en coche con Michel y Janine [Gallimard], que me recogerán en Aviñón. Estaré en París el miércoles 16 a eso de las doce de la mañana.

Ayer pasé el día en el mar, bajo una luz radiante. Volví, quemado por el viento salado y con un cansancio feliz. Esta mañana me desperté en muy buena forma física. Ha hecho un día hermoso y casi todo el rato con sol. Casi he acabado con el correo. He leído tu entrevista en *Le Figaro*, me ha parecido muy buena y me emocioné al leer lo que decías de mí.[533] ¡Qué raro resulta que hables también de mí en público sin que se trasluzca nada! Hay algo singular en el destino de los dos —sería muy largo explicártelo— y que, por lo demás, vislumbro mal. Pero hay que creer en una estrella secreta.

Espero que resistas todos esos ensayos. No solo físicamente, sino interiormente; no tardaré en estar a tu lado, y me hace feliz,

candorosamente; en realidad no estoy bien en ninguna parte, tengo que saberte cerca de mí.

No quería escribirte esta tarde. Pero resulta que ya es cosa hecha. Tenía tristeza de ti y tenía que hacer por lo menos la seña de nuestro amor.

Hasta pronto, belleza mía, orgullosa mía, tierno rostro mío. Te beso, te estrecho contra mí, te acaricio. Tengo hambre de ti en esta luz, me pesan las noches. A mi abril le falta mayo. Te quiero.

A.

490 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

8 de abril [de 1952]

Querido amor mío. Unas líneas rápidas que puedan salir antes de las doce. Esta noche, o mañana por la mañana, intentaré sacar un rato para hablarte más.

Te noto en tus cartas un poco perdido; pero espero, por el buen nombre de tu raciocinio, que no contaras con recuperarte, volver a encontrarte, centrarte, retroceder, abarcar tu vida y el mundo, crear y recobrar una paz tan difícil en ocho días. Si de aquí a que acabe tu estancia has terminado con tu correo y tomado unas cuantas buenas resoluciones y si has podido respirar con provecho un aire bueno, me parece que no estará tan mal. El asunto consistirá en atenerte a las resoluciones acertadas y a cuidarte más hasta el verano. El verano que va a llegar, amor mío, con sus alegrías y sus distensiones, que no se te olvide.

Me alegro de que vayas a Saint-Rémy. Creo que vas a recuperar a los tuyos y una calidez agobiante a veces, ya lo sé, pero que ahora mismo

necesitas. El tiempo con el que cuentas es demasiado breve para que puedas acomodarte en la soledad. Y además vas a volver a ver esa suntuosa Provenza que tanto te gusta.

Hoy es tu santo y no puedo darte un beso. Lo hago, sin embargo, con toda el alma y te deseo la visión certera de todas las cosas, el valor, la energía suficiente, ¡ay!, sí, ¡la energía honda!, el amor siempre recién estrenado, la elevación protectora atinada, una mirada clara —la tuya— y la alegría seria, la alegría sonriente, cariño, ante todo cuanto se te concede. Paciencia, amor mío, paciencia y piensa en tu estrella.

En cuanto a mí, ¡ay!, ¡es demasiado complicado, está demasiado liado! Tensa como un alambre de acero, a tope, paso cien veces al día del entusiasmo más gozoso y más prometedor al completo abatimiento. Hasta hoy no he parado ni cinco minutos de trabajar. Ensayo mientras como, mientras ceno, mientras hago pis, mientras me baño, por la calle, en la cama, y te quedarías asombrado al ver asomar entre las sábanas tibias, en la oscuridad, a una loca que grita incansablemente: «¡Ah, mi vida!». Ángeles me mira pasmada, benevolente, compasiva y, a veces, se le humedecen los ojos. En cuanto a Pedrito, asegura que lo tengo agotado. El domingo me soltaron *en escena*, a ese inmenso escenario, en medio de todo el mundo. Creí que iba a desmayarme. Todo daba vueltas, todo daba vueltas. Y me tiré al océano con todo el valor que pude reunir. Pedrito estaba en la sala temblando. Luego gritaba: «¡Tú eres de las fuertes!». Luego, en casa, me estaba esperando Varela[534] para ofrecerme la medalla de la República. Luego casi lloré. Y luego seguí trabajando. Y así todo seguido…

Esta carta se va a echar demasiado tarde. El teléfono me ha interrumpido continuamente mientras te escribía. La mando pese a todo Veremos.[535]

Pedrito te da las gracias y te manda cariñosos recuerdos. Ángeles te

manda un beso, Juan refunfuña un hola. Quat'sous ladra y yo me estrecho contra ti con todas las fuerzas de mi amor.

M.

491 — Albert Camus a María Casares

Jueves 10 de abril [de 1952],
10 de la mañana

Acabo de llamarte, y aún tengo en el oído tu voz nublada. Me da mucho remordimiento haberte despertado, pero había un motivo importante: voy a comer bullabesa en las islas, luego una hora larga en velero. Tenía que ir a dormir a Cannes para coger el tren mañana. Pero hace tan bueno, el aire es tan radiante, que Michel me ha llamado para proponerme esta expedición y he aceptado entusiasmado.

Mañana por la noche estaré en Saint-Rémy y el martes en la carretera, rumbo a ti.

Entiendo tu pánico, querido amor mío, ante esos ensayos inverosímiles. Pero me parece que ese torbellino no es malo. El miércoles saldrás de la crisálida como una mariposa negra y suntuosa. Y yo me alegraré, solo, en mi rincón, y te querré.

Un poco más de ánimo, de pasión, de generosidad y todo habrá pasado ya. Aún un poco más allá, aún un poco más grande entonces. ¡Amor mío!

Yo estoy bien. He decidido, liquidado ya el correo, no vivir más que en los placeres de estos hermosos días. Olvido, estoy tostado, luminoso, y me río y recibo todo cuanto se presenta. En el camino de vuelta tomaré mis resoluciones. Por el momento, aprovecho, como se dice aquí, sin reglas.

Pero pienso en ti, amor querido, mi niña. Y cuánta seguridad tengo en ti, en tu éxito, en esta nueva victoria. Pero tú no puedes saberlo. Sabe al menos que te quiero y te espero y que te beso la cara enfurruñada de sueño con ternura y deseo.

A.

492 — Albert Camus a María Casares

Sábado 12 de abril [de 1952]

Estoy desde ayer en Saint-Rémy, querido amor mío. Todo va como estaba previsto. Días hermosos llenos de viento y esta comarca tan hermosa. Pero ahora ya me corre prisa volver. Mi única preocupación tiene que ver contigo. Hay que aguantar, niña mía, apretar los dientes y seguir de frente. El miércoles ya se habrá acabado. Pero me gustaría que hubiera llegado ya esa hora en que mire tu rostro de cansancio y de triunfo.

Cariño, esta notita te llegará el martes y será la última. Te llamaré seguro el martes por la noche.

De aquí a entonces, cree en mí y en nosotros. Me noto taciturno y lleno de pasión para toda la vida. Y la vida tiene siempre tu rostro. Te beso, te beso con todas mis fuerzas. Hasta pronto. Sigue valiente. Tú eres más grande que todos esos obstaculillos. ¡Cómo voy a estrecharte en mis brazos!

Albert

493 — Albert Camus a María Casares[536]

[6 de junio de 1952]

¡Que mi amor te proteja durante este octavo año de nuestro viaje! Te envío toda mi ternura y mi gratitud.

494 — Albert Camus a María Casares

Domingo [22 de junio de 1952]

Querido amor mío:

Esto es para que te acompañe y te esté soplando toda la velada las palabras del valor. Soy incapaz de escribir de verdad, pero soy capaz de querer y mi corazón está lleno de ti y de mi añoranza de ti.

¡Ánimo! Mi Juana negra,[537] mi caballerito, beso tu dulce boca. Hasta pronto.

A.

495 — María Casares a Albert Camus

Lunes por la mañana [23 de junio de 1952]

Querido amor mío:

Creo que me va a resultar difícil pillarte al teléfono a la hora en que estás en el despacho, porque en ese momento vocifero todas las tardes mi papel de Juana delante de una aglomeración de unos cuantos cientos de personas que nos miran de arriba abajo. Hacen bien, por lo demás. Debe de ser un

espectáculo curioso ver a esa doncella con los pantalones sucios, una camisa empapada de sudor, con una pañoleta en la cabeza y encima una pamela gigantesca que el viento (¡cuando hace viento!) se lleva de vez en cuando.

Hace muchísimo calor, cariño, bochornoso, denso, y apechugo como un minero, sin excesivo entusiasmo (Gantillon[538], aunque simpático, no me motiva demasiado y el gentío me paraliza). Por las noches, intento trabajar en serio con Pierre [Reynal] en el hotel, pero a esas horas estoy demasiado cansada y no adelantamos mucho. Me tienen un poco preocupada los resultados de todo esto y solo tengo un deseo, que los días pasen deprisa y que el 6 de julio llegue pronto para quitarme todo esto de encima, poder por fin ser feliz durante tres semanas e ir luego a cargar las pilas a la tierra que amo.

Como ves, me queda poco tiempo para distraerme y no he encontrado aún un minuto para visitar la ciudad, que me ha parecido bonita de día y lúgubre de noche.

Ceno a veces con Reggiani y su mujer. Después del espectáculo de *Anfitrión*[539] le monté tal bronca a Serge que creo que por fin me ha hecho caso. Va a trabajar como un loco. Le recordé sus comienzos, sus dotes, le dije que había nacido para ser un principito y no un «mendrugo» y que se debía a Sófocles y a Shakespeare y no a Prévert. Reluciéndole los ojos mientras le citaba unas cuantas obras, exclamó: «¡No sé nada de todo eso, pero me harás una lista y me pondré con ello!». Y esa misma noche despertó a Janine vociferando versos de *Hamlet*.

Por desgracia, para mayor disgusto de su mujer, de Pierre y mío, Pigaut llega hoy con su aprovechada (S[imone] Renant) y no va a tardar en encargarse de dar al traste con esas buenas resoluciones. ¡Una lástima!

Es triste ver a ese chico al que le sobran cualidades manejar al dios Mercurio como un arriero y decir los versos de Molière como el señor Loyal gritaría su texto en Médrano. En fin, ya veremos. De momento esta vez parece que lo ha entendido.

He comido también (oficialmente) con los directores de *Le Progrès*, Simone Valère y Jean Desailly, este siempre amable y siempre actor hasta lo más hondo; ella insensata… como Ariane [Bouquet]. Adorables conmigo, pero, ¡Señor!, ¿por qué las mujeres son idiotas tan a menudo?

He visto también al hijo de Madeleine [Renaud], el hijo de Granval,[540] maravilloso en *Sosia*. Y a Sabatier, que me repite continuamente en los ensayos de *Juana*: «¡Diego! ¿Dónde está Diego?». Y a Juillard, que hace lo mismo.[541] A Lulu Wattier, que vino un día a ver el espectáculo, agotada por una larga cura en Aix-les-Bains, sedienta de palabras (allí la obligan a estar callada), desesperada como siempre con sus pupilos y sus pupilas que se creen que ya han triunfado, por cualquier cosilla, cubierta de joyas abultadas, con la permanente recién hecha, navegando a todo trapo, pero cansada a ratos hasta parecer vieja, como esas «animadoras» a punto de convertirse en alcahuetas, que renuncian a la acción directa por cansancio y se afincan para siempre en un segundo plano.

En cuanto a la gente de aquí, solo [Jacques] Barral, el ayudante de Gantillon, tiene puntos de contacto. Es un chico de veintiocho años que no tiene edad, que se parece a algún tipo de planta, ni pizca de tonto, sutil, un poco amargado, que reacciona ante el mínimo detalle, la mínima muestra de estima, con todo su ser, cuerpo y alma. Por desgracia, creo que nadie le pedirá nunca el cuerpo.

Esto, querido amor mío, en lo referido a lo de fuera.

Pedrito me ayuda en todo. El primer día de trabajo, se presentó *in situ* y, al verme revolverme entre todo ese gentío, le entró tanta compasión y tanta

admiración por mi valentía que ahora me mima como la propia Ángeles. Es un encanto, digno, bien educado; me apoya estupendamente, y bien que lo necesito, porque sin eso creo que flaquearía. Estoy cansada hasta el alma, triste, aturdida, desordenada y solo tengo ganas de una cosa, pero ¡qué ganas!: echarme en la hierba a tu lado y ceder al «instante eterno».

Y tú, hermoso amor mío, ¿cómo estás? ¿Trabajas bien? ¿Te acostumbras a París sin mí? No demasiado, ¿eh? Cariño, escríbeme. Escríbeme una nota.

¡Que vuelva a sentir que tengo un alma! ¡Deprisa! ¡Te lo ruego! Corazón mío. ¿Otra vez corazón mío? Te espero en el destierro. ¡Ay!, sí, ¡tú eres mi patria! ¡Mira!, ¡se me saltan las lágrimas! Otra vez estoy temblando. ¡Ah!, ¡la dicha de sentirse viva! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Te beso con todas mis fuerzas.

M.

496 — Albert Camus a María Casares

Lunes [23 de junio de 1952]

Dudo, querido amor mío, en contestar a tu nota que me encontré ayer. Me siento tan curiosamente deprimido que no quiero darte la lata cuando estás en pleno trabajo. Esto es solo para decirte lo esencial. Lo esencial es que te quiero y que te echo de menos. Los días se arrastran, no tengo apetito de vivir. Me ha costado muchísimo terminar mi carta para *Les T[emps] M[odernes]*[542] y por fin no sé si mandarla, ni si publicar mis ensayos. Ahora mismo estoy con mi Melville.[543] Desde que te fuiste, mi único placer ha sido ver a Paulo [Œttly] por lo que me ha dicho de ti. «Esta vez ya está, es de la categoría de las Rachel y de las Sarah. Es nuestra única

trágica. Tiene que interpretar *Fedra*, etc.». Ha admirado también mucho sus propias creaciones. Este es de los adorables. La obra de Gilson[544] no funcionó porque Manon no se sabía el texto. Lo perdió al mismo tiempo que la sombra y solo decía: «Mierda, mierda», mientras Paulo iba enjaretando sus frases una detrás de otra en un monólogo. Marchat le echó una buena a Manon y le comunicó que todo el mundo empezaba ya a estar harto de los aficionados. Rotunda palabra, en mi opinión, y acertada.

Hoy como con Marcel, que me ha llamado. Vamos a organizar entre los dos una depresión única. Ha dicho por teléfono que estaba contento, pero se ha quejado de Manon. Esta Manon nunca ha ocupado tanto sitio en mi vida y empiezo a estar harto de ella.

Bueno.[545] Sí, Lyon es espantoso, salvo los muelles del Saona. Pero no te va a dar tiempo a hacer turismo. Lo que me corre prisa sobre todo es verte, de Juana, de Sarah o de Maria, me da lo mismo, pero volver a verte y estrecharte en mis brazos y ofender tu pudor. Angers, Lyon, mi vida aquí, no encuentro en todo ello sino motivos de mal humor y no me gusta el mal humor. Me apetece vivir un poco a solas contigo y reírnos como sabemos reírnos. Hasta pronto, esplendorosa mía, hermosa noche mía, armadura mía, te beso, beso tu hermosa risa y te envío cestas de ternura.

A.

Se ha muerto mi portero. La portera está enferma. Cuando entras en la portería para recoger el correo te la encuentras acostada y, en un sofá pequeño, su marido espera, a su lado. Pide que se le tenga lástima y que se la compadezca y por lo general dice una frase de circunstancias. Ejemplo: «Son las moscas, sí sobre todo las moscas, las que me molestan en esta estación».

Perdona esta historia macabra, pero es que recojo el correo dos veces al día.

¡Ah! Y, además, Jaussaud está en una clínica, ha recaído con el complejo y lo han dormido ocho días. Ya ves lo alegre que está París. Toda la vida la tienes tú. Guárdamela hasta que nos reunamos.

497 — Albert Camus a María Casares

Lunes 30 [de junio de 1952], *12 del mediodía*

Querido amor mío:

Te escribo después de esa segunda llamada, ya que está visto que este aparato no nos va bien ni a ti ni a mí. No quiero, en cualquier caso, dejar que pienses que puedo ser desgraciado de verdad. Esta leve melancolía que me viene cuando te siento lejos o cuando intento alcanzarte a través de ese cable infernal es poca cosa. Son las menudas languideces del amor. Lo que resulta más serio es que siento con crueldad tu ausencia. No solo en lo principal, en la medida en que tengo el corazón privado de ti, sino también en las cositas en que tu apoyo, tu consejo, ese curioso punto de vista infalible que tienes a veces, me faltan. No estoy entero cuando tú no estás.

Pero, de verdad, todo eso es soportable. Y tú tienes otras preocupaciones más serias que yo comparto. Me preocupa sobre todo ese exceso de trabajo y tengo muchas esperanzas de que el descanso de este verano te ponga otra vez a flote. Hay que rematarlo, ese es el objetivo inmediato. Luego vendrá nuestro viajecito y la única preocupación de nuestro amor.

Por mi parte, he trabajado y llegaré liberado de las preocupaciones inmediatas. Julio será para mí unas vacaciones. En agosto, en la soledad de

Le Chambon, trabajaré. Ese leve cansancio intelectual que padezco habrá desaparecido.

Así que nada de todo esto, niña mía, debe preocuparte. Mi verdadero temor, si he de decirlo todo, era que, a fuerza de trabajar sola, de vivir sola, fueras pensando poco a poco en mí como en eso que te falta más que en eso que te ayuda y te llena. Me daba miedo convertirme un poco en una sombra y que, sin desviarte de mí, te aligerases un poco de mí, que sin olvidarme, en fin, me olvidases a lo largo de los días. No estoy siendo muy claro, pero mi leve angustia, en este aspecto, sí lo estaba. Lo que busco, al otro lado del cable del teléfono, en la exclamación alegre o el grito que, de golpe, me devuelva carne y sangre. Pero demasiado sé también lo que es el cansancio, el calor y aspecto ensimismado de un receptor telefónico

Y ya está. Ya ves que nada de todo esto es realmente serio. Lo que sí lo es es el tierno y *concentrado* amor que te profeso, la necesidad que tengo de ti, el deseo que tengo de tu boca y de tu cuerpo fresco y ardiente, el hastío en que me hallo cuando te alejas.

Y ahora ánimo, capitancilla mía, cuando hayas expulsado de Francia a los ingleses,[546] volveremos a las cosas serias. De aquí a entonces te beso reglamentariamente, y te ansío.

A.

PS: Da instrucciones, por favor, para que acepten mi carta anterior, aunque no vaya franqueada. No digas tampoco que voy. Tengo lectores en Lyon y no me apetece que me persigan. Ánimo, una vez más, y una vez más caricias, rosa negra mía. Sí, decididamente, te echo de menos.

498 — Albert Camus a María Casares[547]

30 de junio de 1952

ÁNIMOS Y CARIÑOS VALIENTE CAPITANA. ALBERT.

499 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[548]

[31 de julio de 1952]

CASI LLEGANDO BIENVENIDA A CAMARET CARIÑOS. ALBERT.

500 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[549]

31 de julio de 1952

Estaré en Le Chambon dentro de una hora.[550] Desdémone anda mejor que nunca. Es gacela, yo soy tortuga (en cuanto al corazón). Vuela, yo me arrastro.

Mil cariños en tu maravilloso corazón.

A.

501 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes 1 de agosto [de 1952]

Querido amor mío:

Llegué anoche tras un viaje normal, es decir, monótono y cansado, pero sin incidentes. Desde ayer he tenido que instalarme en este torreón que, en realidad, es mísero y destartalado y donde falta de todo a un tiempo. Hizo bueno esta mañana, ha llovido por la tarde. Pero sobre todo me he pasado el rato luchando con una tristeza espantosa, que habría querido vencer al menos para escribirte esta noche. Pero no consigo nada.

Está claro que esto no va bien. No es solo esa dolorosa dificultad para dejarte, incluso por poco tiempo. Es algo más irremediable, que me afecta en la raíz, en la confianza que tenía en la vida, en mí mismo, en los demás. Me desperté el jueves por la mañana con una única frase en la cabeza que traducía mi idea fija, la especie de pánico en que me hallaba: «No puedo seguir viviendo así». Y de verdad que no podía. ¿Qué me sucede, niña mía? Nunca he notado nada semejante. No le tengo estima a nada, no creo en nada, ni en mí ni en la vida, no siento gusto por nada… ¡Tantas cosas que hago y en las que no estoy! Tantas personas cuya carga me he echado encima en la vida y me hacen sentir solamente qué poca capacidad de amor tengo… Incluso a mi madre, a la que digo que pongo por encima de todo, he de reconocer que no tengo nada que decirle y que a veces me aburro con ella. Y qué desdichado soy al sentirme tan pobre en amor. Estas son las cosas que siento aquí, dedicándome absurdamente a cuidados que no me interesan, manteniendo conversaciones que apenas si escucho. No debería decirte esto. Pero de verdad que llevo todo el día asfixiándome. Todo lo que me andaba rondando por dentro en estas últimas semanas se ha apelotonado, se ha convertido en crisis aguda. Por eso estaba tan sensible con todo lo que tenía que ver con nosotros en estos últimos tiempos. Te necesitaba, necesitaba que tu aprobación sustituyese a la mía, necesitaba saber que una persona al menos se quedaría conmigo en cualesquiera circunstancias, pasara lo que pasara, y me querría más de lo que me quiero

a mí mismo hoy. Y bastaba con una distracción, con un cansancio, para que me sintiera herido, por más que siempre haya sabido hasta qué punto te tenía agotada e inmovilizada tu propio trabajo. Era de verdad el peor momento que se podía escoger para dejarte. Nunca te he necesitado ni tanto ni tan profundamente.

Seguramente por eso este día ha sido tan desdichado, y no he sido capaz tampoco de escribirte otra cosa. Supongo que se me pasará. El domingo voy a Valence a buscar a Francine y a los niños. Tengo ganas, es la única gana viva que tengo, la de volver a ver a mis niños. E intentaré trabajar. Esta zona sigue igual de triste. Pero es silenciosa. El único cambio tiene que ver con una gran abundancia de sapos que, al caer la tarde, invaden todas las carreteras.

Los árboles grandes y viejos del parque siguen siendo hermosos y relajantes.

Espero, amor mío querido, mi niña, que el viaje no te haya resultado demasiado penoso. Tengo la lancinante nostalgia de no estar allí, a tu lado. Pero no tomes en consideración esto que te digo, ni esta carta. Recupera salud y valor, me ayudarán cuanto a ti te ayuden. Es por la antigua costumbre de abrirte mi corazón por lo que lo dejo hablar, incluso si está a oscuras. ¿Qué sería de mí si no escribieras? ¿Qué sería de mí sin ti? Estoy cansado y nada más. A lo mejor he sobrevalorado mi capacidad de dominarlo todo y llevarlo a cabo en las cosas que me importan. Y también es cierto que estos largos combates antes y después de *El hombre rebelde* me han doblegado. Pero me recuperaré. Escríbeme para hablarme de tus alegrías. También tú estabas triste y sabía que todo este tiempo había estado queriéndote mal. Habría tenido que ayudarte más, que pensar menos en mí. Pero confío en tu maravillosa fuerza vital. Tus dudas se las llevarán las olas. Volverás a ser mi conquistadora. Háblame, en cualquier caso, de tu corazón,

aunque siga triste. Te quiero, te quiero como al aire que me nutre, no puedo prescindir de ti, no dejes de decírtelo y quiéreme sin tregua. Beso tu hermoso rostro dorado, tu costado tostado y las manos más hermosas del mundo.

A.

Sábado, 12 del mediodía [2 de agosto de 1952]

Te envío esta carta estúpida e indecente, ya que la he escrito. Después de haber parido esta obra maestra, anoche, me acosté y dormí nueve horas con un sueño de animal irracional. Esta mañana me desperté sin alma y sin reacción, cosa que es en este momento para mí una forma de felicidad. Desde ese instante, ando arrastrando una especie de letargo en el que no me encuentro mal. Así que no tomes en consideración nada y piensa sobre todo en ponerte contenta y dorada. Amenaza tormenta y va a caer aquí. Me gustan las grandes lluvias de esta región. Cariño, pienso en ti con tanta felicidad cuando me digo que estás en mi vida y que nunca te irás de ella… Escribe, échame broncas. Y no veas en todo esto sino una leve manifestación de mi particular demencia. Vuelvo a besarte, esplendorosa mía, con todo mi amor

A.

502 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

2 de agosto de 1952

Querido amor mío. Son las nueve de la mañana. Te escribo ante la ventana

abierta que da al puerto, con el chillar de las gaviotas, tras una noche larga y profunda sin más interrupción que los sustos que me da Quat'sous desde que he llegado. Está mala y vomita sin parar. ¿Qué quieres que haga? Es de las sensibles y los viajes, el mar, el viento, la arena, las caras nuevas desatan en ella una auténtica revolución de todas las vísceras.

Yo también, por lo demás, estoy muy necesitada de descanso. La misma noche en que te fuiste hicimos toda la mudanza de la casa Dominique [Blanchar][551] y yo hasta las dos de la madrugada, y al día siguiente volví a no parar ni un momento. Necesitaba, no sé por qué, aturdirme.

El piso está patas arriba y, aunque mi nuevo cuarto exige ahora a veces unos cuantos arreglos que no dejarán de perjudicar el bolsillo, seguro que el salón y el despacho te gustarán; no es ya el paisaje de *La segunda*, no son ya los almohadones de Fanny, es el marco de Dora si hubiera tenido medios, tiempo y afición por amueblar una casa.

El viaje transcurrió muy bien, aunque por primera vez en la vida supe qué es esa angustia que tú llamas claustrofobia (seguro que no se escribe así). Me asfixiaba de verdad en las literas, teniendo que quedarme ahí echada a la fuerza, entre la pared y Quat'sous, con la ventanilla cerrada cuidadosamente por el padre de la familia numerosa que iba también en nuestro compartimento, derrotada de antemano. Eso es: la claustrofobia es el sentimiento, que se vuelve físico, de la derrota inevitable. ¡Ay!, qué horror.

A las cinco de la madrugada, toda la familia se fue, con el disgusto de habernos despertado y el remordimiento de habernos estorbado, pero sin conciencia alguna del punto más grave: casi nos asfixian. Después de que se fueran, las literas aún seguían ahí, fatales, pero al menos la ventanilla se quedó abierta hasta el final del trayecto; ¡de vuelta a la vida!

Brest, el puerto, el mar, la lluvia. Agua por todas partes y todos los perros

de Bretaña, bien creo, siguiendo el trasero de Quat'sous. Dos horas de espera y el barco entre el viento y el orvallo. Buena travesía. Quat'sous temblando y desdichada (¡Dios, el sitio que ocupa esta!). En Le Fret, me estaba esperando la hija de Seigneur,[552] lozana, guapa y simpática. El taxi y luego… Camaret, tan inmutable que es como para dudar de si alguna vez me he ido de aquí. Unas cuantas tiendecitas nuevas quizá, agua corriente en las habitaciones del hotel, un cine y, sobre todo, la vehemente sensación de tu ausencia. Si no fuera por eso, llamaría a mamá al doblar todas las esquinas y me extrañaría mucho que no me contestase.

Ya ayer por la tarde fuimos a la playa, pese al tiempo inestable, nos dio la primera insolación, recorrimos las carreteras y la costa, visitamos todas las casas de la cresta, perdimos la correa de Quat'sous (¡otra vez ella!), nos ganamos unas ampollas en los pies y no fuimos hasta Les Pois porque el animal, cansado de andar por el páramo, se puso en huelga y no quiso seguir. Como pesa mucho para llevarla a cuestas y estábamos rendidas, decidimos volver.

En el hotel se come maravillosamente; tenemos dos cuartos de estudiante encantadores; el de Pierre [Reynal], en el tercer piso, da al pueblecito y al páramo, el mío, en el segundo, da al puerto. Seigneur está decidido a cuidarme y a hacerme engordar a toda costa, y creo que con el régimen de ayer y el de esta mañana lo va a conseguir.

Esto, hermoso amor mío, en lo referido a lo que he hecho desde que te fuiste.

En cuanto a lo demás, aún no puedo decirte nada. Estoy en estado letárgico. Nada me afecta. Nada me tienta. No hay en mí ya nada humano, y animal menos todavía (y eso que besé el telegrama, que llegó casi al mismo tiempo que yo). No tiene importancia. Estaba demasiado cansada; necesito tiempo para reponerme del derroche de nervios que he tenido. Esta hermosa

tierra, que quiero tanto, ya me ha traído una favorable disposición a la paciencia. En veinticuatro horas no se le puede pedir más.

¿Y tú? Recibí una carta de Jean Gillibert[553] en que me habla de ti casi con ternura. Por lo visto, Barrault le ha dado noticias suyas para confirmarle sus primeras propuestas y para tranquilizarlo en cuanto al leve malentendido que ocurrió en la comida a la que tenías que asistir. Recibió tu carta y todo volvió a la normalidad; en cuanto a nuestro joven amigo, me pide que le aconseje qué conducta debe seguir y que lo guíe. ¡Como si pudiera yo guiar a alguien! ¡Como si fuera capaz yo de indicar un camino, siendo así que ni siquiera sé dar dos pasos sola! En fin, voy a intentar pensarlo y a intentar al menos avisarlo de los burdos escollos que los hombres no saben nunca ver.

Bueno. Ya está bien por hoy. En la próxima carta te mandaré postales para que te sitúes un poco en este paisaje, en el sitio en que vivo, en los lugares que me gustan. Harían falta el color y la luz; esta es la que lo hace todo aquí. Pero entonces no te quedaría nada por descubrir cuando vengas a esta zona, y tienes que venir algún día.

Cuídate bien, amor mío. Corta con todo: piensa en ti, en tu trabajo, en lo que debes hacer. Descansa bien también. Y, cuando tengas un rato, escríbeme. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

M.

PS: Pierre me pide que te envíe cariñosos recuerdos.

503 — María Casares a Albert Camus[554]

[5 de agosto de 1952]

[Camaret. Los barcos de pesca en el puerto].

Aquí empieza la serie de postales que pienso mandarte. Para empezar, esto es lo que veo desde mi habitación.

El espigón con el fuerte que construyó Vauban y una iglesia pequeña, que lleva cerrada mucho tiempo, que me encanta.

Amarrados al muelle, barcos de pesca.

[Camaret. Vista general de los muelles].

El muelle. El hotel, mi habitación.

[Camaret. Vista general de Sillon con la capilla de Santa María de Rocamadour y el castillo de Vauban].

Yendo hacia la derecha por el muelle, se ve el mismo paisaje de otra manera. Aquí está. Creo que merece cariño.

[Camaret y Punta de Pen Hir. Vista aérea de Les Tas de Pois].

Aquí es donde silbamos y donde perdemos el sol tras el vuelo tupido de las aves. Se siente uno perdido, pequeño, e inmenso al mismo tiempo. Llevamos el universo igual que un niño, en el hueco del vientre. Y todos reímos, en la proa del barco, con esa risa de gusto que tanto me agrada en ti.

Te acaricio, con todo el universo en el hueco del vientre.

M.

[Camaret. Nasas en el muelle, el castillo de Vauban y Santa María de

Rocamadour].

Y, para terminar, aquí está la misma zona vista esta vez desde la punta izquierda del muelle. Delante, las trampas para langostas.

(Para determinar cuál es la izquierda y cuál la derecha me pongo en la puerta de hotel, mirando al mar).

504 — María Casares a Albert Camus

Martes 5 de abril [*sic*] [agosto de 1952]

Bueno, querido amor mío, ¿no parece que las cosas vayan mejor? ¡Pobre cariño mío! Y me pides que te espabile, si lo he entendido bien. Pero no es de mí de quien te va a llegar la salvación; ¡no es en mí en la que vas a hallar a quien te reconforte! Es bueno para ti que esté yo aquí, fiel y amorosa, vuelta hacia ti, enganchada por tu medicación a este mundo que a mí también me resulta un poco cansando a veces… y que es, sin embargo, tan maravilloso; pero no puedo hacer nada ahora mismo para aliviarte, hermoso amor mío. Lo que necesitas, ¿sabes?, es el amor de los demás, es la aprobación de aquellos por quienes agotas tus fuerzas, tu vida. Solo entonces recuperarás la confianza y la facilidad para vivir y todo volverá a estar en orden. Por desgracia, has elegido una forma de vida que exige una energía de vivir para todos y contra todos continuamente renovada, y no siempre se está en estado de gracia, en estado de amor para poder llevar a cabo ese programa sin sentirse a menudo irremediablemente tocado en la raíz. ¿Qué hacer entonces? Me lo has dicho mil veces, armarse de paciencia, «vaciarse desde dentro» y esperar con una confianza

sobreestimada que vuelvan los días buenos; apoyarse en las pocas personas que están pendientes de uno, que lo van siguiendo de lejos y con quienes siempre se es ingrato, porque son siempre las mismas y acabamos por considerarlas parte del paisaje, y, si llega la amargura, intentar modelarla, darle una forma nueva e intentar convertirla en una oportunidad de desinterés y de generosidad. En eso radica, creo, el arte de vivir y, aun sabiendo perfectamente que lo conoces mejor que yo, te lo repito una vez más, porque en los días desdichados estamos ciegos.

¡Hermosos ojos claros míos!

Me siento un poco en el mismo estado que tú; solo que soy mujer, me resulta más fácil vivir en la niebla con la sombra de las cosas; me gustan la oscuridad y sus misterios y todo cuanto tengo que hacer es vivir como es debido, lo cual facilita mucho las cosas. Y además tengo más afinidades con la tierra, con el sol, con el mar que con los hombres; con los sueños que con la realidad. Así que, ante este océano inmutable, indiferente, entre las gaviotas, entre las rocas, echada al sol en el páramo, me olvido de todo, de mí misma, y me convierto en una cosa más en esta amplitud; me ciño a la tierra; me da la impresión de llevar dentro de mí el agua salada, e incluso la muerte me parece fácil, perdida en el centro de esa magnificencia.

No estoy haciendo literatura; solo intento explicarte la extraña sensación que noto en esta tierra. El descanso y la paz que hallo en ella. Estoy llegando al estado de alga. No pedía más.

Pero ¡ahí está la cuestión! ¿Estarías tú a gusto? Tú y tu sed de luz, de claridad; tú el sensual, el sensato, el apasionado, el eterno enamorado. ¡Y me dices que te falta amor, que tienes poca capacidad de ternura! Querido loco mío, mira alrededor, abre tus hermosos ojos, mira cómo dan los demás, cómo quieren los demás, compara, si así lo deseas. Nunca he conocido a nadie con un tesoro tan opulento de mercedes por entregar; solo que, como

todo auténtico artista, tienes un no sé qué de santo y, como el santo, tienes los mismos padecimientos. Sopórtalos, pues, con paciencia, hermoso amor mío; es tu desino, y, cuando resulten excesivos, haz como el santo, aplícate en hacer arte con la vida; es aún más fácil que lo que sueles hacer, crear y vivir.

En fin, espero que desde que llegaron F[rancine] y los niños estés ya mejor. Con los niños nace la vida en una casa y, muy a menudo, ponen las cosas en su sitio, y puedes hablar [más] fácilmente con F[rancine] que con tu madre, a quien quieres y a quien admiras, pero que a menudo debe de ser incapaz de escucharte.

Descansa bien; hay también algo de cansancio físico en ti, ve a pescar, reflexiona sobre tu trabajo, vuélvete ajeno a las noticias de París, cultiva el egoísmo durante un mes (se te hará difícil, pienses lo que pienses), trata de comer con regularidad y bien (¡si pudiera darte un poco de mi apetito feroz!), relájate, afloja las riendas también con los demás, no pienses en mí sino para la dicha. Ya verás, todo recobrará pronto color y volverá a ser el hermoso verano.

Hasta pronto, querido amor mío. Ya te echo de menos dolorosamente. ¡Qué será cuando la vida regrese del todo! ¡Y está llegando a zancadas! Mi actividad tiene ya agotado a P[ierre] (muy bajo ahora mismo de inteligencia y de generosidad), ya he recuperado peso, ya me levanto al alba, tras ocho horas de sueño, lozana, rellena y sonrosada ya… Dentro de poco se me despertará el alma y, luego, el cuerpo. ¡Con tal de que no chille demasiado!

Te quiero. Te espero. Velo por ti y por mí en tu nombre. Te adoro, hermoso príncipe desterrado, querido loco mío, hermoso amor mío.

M.

Pierre me pide que te dé montones de recuerdos. Y, entre otras cosas, lamenta decirte que volverás a verlo en pedazos y que lo habrá dejado en ese estado una «vitalidad inagotable».

Yo añado que su vitalidad debió de agotarse en Sainte-Foy, porque, ¡Dios!, ¡qué andrajo está hecho!…

505 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 5 de agosto [de 1952]

Querido amor mío:

Esta notita es para anunciarte una carta más larga, y para tranquilizarte. Ha habido unos días muy hermosos, todos seguidos, y me estoy calmando un poco. Y eso que desde el domingo vivo en familia y el ambiente nunca ha sido tan penoso. No sé qué hacer en ese aspecto. Pero reconozco, para mayor vergüenza mía, que en este momento pienso sobre todo en mí. Querría salir de todo esto y trabajar.

Estoy bien físicamente. Pienso en ti y me consumo pensando en lo que podrían ser nuestros días de Camaret. Tengo unas ganas locas de dichas sencillas, de alegría, de placer. Eso es lo que más echo de menos desde hace años. Y, como siempre, sueño en todo eso contigo. Te quiero. Tengo ganas de ti, de tu vida, de tus risas. Te beso con todas mis fuerzas. Vive y sé feliz. No me olvides, sobre todo, ¡no me dejes! Te quiero. Escribe.

A.

506 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles 6 de junio [*sic*] [de agosto de 1952],

4 de la tarde

Querido amor mío:

Después de varios días hermosos, hace un día oscuro. Vientos y nubes. Sin embargo, hacía bueno esta mañana y he aprovechado, con ocasión de una salida de pesca en que he cogido una trucha pequeña (¡!), para bañarme. Unas pocas brazadas y abría una boca de sapo, sin resuello. Pero me ha sentado bien y luego resultaba agradable calentarme al sol.

Estoy mejor, adusto, pero menos dejado, por decirlo de alguna manera, y no estoy muy orgulloso de la carta que te mandé al llegar aquí. Pero, en fin, tu servidumbre en la vida es estar abocada a escuchar las peroratas del loco apacible que escogiste. Por lo demás no es que esté dando saltos de contento. Pero me defiendo contra esta crisis latente en que estoy.

¡Ayer una gran alegría! Recibí tu carta. Estoy seguro de que esa tierra que tanto quieres te va a sentar bien, como parece que ya lo está haciendo. No pienses en nada. Húndete en toda esa naturaleza y sácale al mar las fuerzas que necesitas después de tantos esfuerzos. Únicamente vigila tu salud. ¡Cuidado con la urticaria!

En lo que a mí se refiere, voy a intentar hacer otro tanto para que el mes de septiembre esté vivo entre nosotros, y creo pese a todo que lo conseguiré. Sol, descanso, trabajo lento, eso es lo que necesito, y ya me estoy poniendo a ello. Tengo tu recuerdo para ayudarme, el amor que me colma, el gusto por nuestro porvenir, y también ese deseo pleno que tengo de hacerte feliz. Te quiero y te echo de menos constantemente. ¡Qué feliz sería contigo cerca del mar!

¡Hasta pronto, amor mío! Le confío esta carta a Paulo [Œtly], que vuelve

a París unos días. Este viejo compañero es de lo más amable y fraternal conmigo. Recuerdos a Pedrito y a la fiera. Te beso, morena mía, salada mía, deliciosamente, deseosamente, amorosamente

A.

507 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Viernes 8 de agosto [de 1952]

Querido amor mío:

Recibí tu carta del martes. Era tranquilizadora en cuanto a tu estado íntimo; pero no he entendido qué has podido hacer para que las cosas hayan vuelto a torcerse con los tuyos. ¿Qué pasa? ¿No te quedaste en París, muy formal, con tu madre? ¿No estás ahí, en Le Panelier, pendiente del mínimo detalle práctico? ¿Y no es posible, al menos durante este mes de vacaciones, hacer caso omiso de todo y darte una tregua para que estés en condiciones de recuperar las fuerzas perdidas este invierno en beneficio de tu trabajo y de la felicidad de todos?

Sabes que no me gusta meterme en tu vida, aparte de lo que tenga que ver conmigo, que prefiero no saber nada de quienes te rodean; pero cuando inciden en tu bienestar, en tu paz profunda, y te hieren demasiado y, a fin de cuentas, injustamente, me enfado y me permito darte un consejo: coge a los niños, llévalos de paseo y, cuando estén cansados, agarra la caña de pescar y vete lejos, solo o con Paul [Œttly]. No vas a arreglar nada quedándote en casa, solo vas a sacar en limpio una fatiga más, y ya sabes que, cansado, no se le hace bien a nadie. Recupera salud y ánimos, querido amor mío, di a los que te rodean que necesitas descanso y que es urgente que vuelvas a

encontrarlo. Si hablas, te entenderán. Las personas que valen, sutiles y amorosas, entienden siempre cuando se les habla desde lo hondo del alma. Sobre todo, no te crispes, no te encierres en tu ciudad de silencio. Las palabras son dulces incluso cuando llevan la contraria. Habla con gentileza, como sabes hacerlo, y piensa que, viviendo para ti ahora mismo, vives para todos.

Aquí todo sigue su curso normal. Hace bueno casi siempre y, sea como fuere, desde que llegué no he tenido ni un día sin sol. Me acuesto a las once y me levanto a las siete. Ando por las carreteras, por los páramos, tirando de la bola de presidiario grande y de la pequeña, Pierre [Reynal] y Quat'sous. Nunca he tenido la impresión tan clara de tener dos niños, monos, pero no siempre fáciles. ¡Dios mío, qué joven era mamá, con sus cincuenta años y con su cáncer ya, comparada con este joven con la vida por delante que se llama señor Merveilleau! ¡Cansancio! ¡Mala digestión! ¡Agua demasiado fría para bañarse! ¡Caminos demasiado trabajosos para andar por ellos! ¡Demasiada lluvia! ¡Demasiado viento! ¡Demasiado sol! ¡El corazón demasiado reseco! ¡La vida demasiado amarga! ¡Demasiado alquitrán en las playas! ¡Ay, por Dios!

En fin, pese a todo le gusta Camaret y, como siempre, es un compañero atento, bien intencionado y silencioso.

En cuanto a Quat'sous, está desaforada. Corre, salta, se mete en el mar, para ir a buscarme cuando salgo del baño, hasta que le llega el agua a los muslos, casi juega con los demás perros, como un lobo, recorre las rocas, se revuelca en la arena, está de maravilla y parece querer convencerme de que la castidad conduce a una juventud eterna. Por desgracia, todo eso lo hace conmigo, pegada a mí, metida entre mis piernas, arrimada a mi espalda, y, en cuanto me alejo un poco, se vuelve loca. Así que ya te harás cargo de que no siempre tiene gracia la cosa.

En el hotel, Seigneur nos cuida y nos ceba y, aunque el menú sea ya muy copioso y nosotros le añadamos enormes y numerosas rebanadas de pan generosamente untadas de mantequilla salada, todos los días nos miman con suplementos, marisco, pasteles, dos helados en vez de uno, etc.

Anteayer a la noche fuimos al circo (Pacific Circus). ¡Curioso espectáculo! Como había más gente que localidades vendidas, durante los primeros números entraban personas y cruzaban la pista con sillas, con taburetes, con bancos largos, incluso con sillones, arrinconando a una pobre infeliz que se esforzaba sin conseguirlo por hacer unas cuantas y complicadas cabriolas. Luego llegó «el caballo de caucho», un hermoso animal gris al que hacían tenderse en el suelo para sentarse encima, al que estiraban por todos lados, haciéndole en las patas un doble nudo, y al que dejaban de vez en cuando, durante los múltiples saludos, en el suelo, con las patas por los aires, igual que una gigantesca carroña calcinada o un dibujo surrealista. Al final, la velada culminó con un marinero viejo del pueblo que se presentó en la pista, para mayor sorpresa y regocijo de Camaret en pleno, a fin de que lo afeitase el payaso. Sentado en el centro de ese corro de gritos y de risas histéricas, envuelto en algo así como una toga mugrienta que le pusieron a modo de toalla, con el pelo enmarañado y la barba gris, recio de espaldas y con expresión regocijada, parecía un emperador romano que se hubiera vuelto loco durante una sublevación y despreocupadamente socarrón ante las burlas del gentío. ¡Extraño espectáculo!

No voy a hablarte de esta tierra. Me emociona siempre y a cada minuto.

En cuanto a mí, ¿qué voy a decir? Duermo ocho horas. Al levantarme, me aseo; peino a Quat’sous, la saco y lavo las prendas que llevo en la playa. Luego, a las ocho, me suben el desayuno y lo devoro. Escribo (¡la correspondencia!) hasta las diez, hasta que Pierrot, tras diez horas de sueño, baja a darme los buenos días y a quejarse de que ha dormido poco. Mientras

él se arregla, trabajo (Elvira[555] o lectura en voz alta) delante de la ventana, de cara al puerto, y a eso de las once nos vamos a tumbarnos al sol en la playa de Camaret, que está junto al fuerte de Vauban, de la que volvemos a las doce para seguir zampando un copioso almuerzo. A la una nos vamos otra vez a la playa, que está a dos kilómetros, o a Les Tas de Pois, a tres kilómetros de aquí, donde pasamos la tarde leyendo, bañándonos, duchándonos o tomando baños de sol, según el tiempo que haga, y trepando por las rocas. Hay unas playas preciosas, pero por desgracia con muchos campamentos de vacaciones. En cuanto a Les Tas de Pois, es un sitio admirable, pero van turistas. Así que, a veces, en los días de misantropía, nos paseamos a solas por el páramo hasta la hora de bañarnos. Entonces nos mezclamos con los niños. A eso de las seis, regresamos, con el cuerpo relajado, cubiertos de alquitrán de arriba abajo y me paso todo el camino de vuelta oyendo los gruñidos de Quat'sous, que no puede ver una vaca sin enfadarse, y los de Pierre, que reniega del alquitrán.

Aunque vamos por la carretera, volvemos por un caminito, a campo través por el páramo, y cruzamos por pueblecitos que me recuerdan (¡ay, morriña![556]) mi infancia y mi tierra. Al llegar al hotel, es el momento del aseo y de las rocas de coco que nos zampamos (¡y dale!) antes de meternos sin pensarlo dos veces en el restaurante (siempre los primeros) para alimentarnos como es debido. Después de cenar, sacamos a Quat'sous y, tras dejarla en la habitación, nos vamos al fuerte de Vauban, en el que a esa hora no hay nadie, donde tengo largas ensoñaciones en las que soy una damisela de antaño, mientras Pierre vocifera desde la alto de una torrecilla, mirando el mar inmenso y tranquilo: «Ser o no ser; esa es la cuestión». Al volver, nos vamos a nuestras respetivas habitaciones, leo un poco —muy poco— y me duermo con el sueño de los justos.

Esta es, querido amor mío, mi existencia. Por lo demás, he comprado un

juego de café bretón muy bonito, un jarro y una fuente para pastas preciosa. Tenía que venir a Camaret para decidirme a dotar a mi ajuar con cosas con que mimar a mis invitados. Así es la vida.

Aquí lo dejo. Está despejando, empieza a hacer bueno y tengo que incrustarme en la cabeza la escena de Elvira. En otra ocasión, te hablaré de mi corazón, algo mermado aún, de mi mente, retrasada para siempre, me parece. Hoy he querido ponerte al tanto de mi vida, que no es de hecho sino una larga y dulce espera tan inocente como la de un recién nacido, y cuyas horas se te brindan por completo.

Te quiero. Te beso largo y tendido.

M.

PS: Estoy esperando a Pierre. Son las diez y media y todavía está durmiendo, pese a los chillidos de las gaviotas. Supongo que si estuviera aquí me pediría que te diera muchísimos recuerdos.

He olvidado esta página. En ella pongo todo lo que te dice mi corazón y que no sabría traducir en palabras.

¡Te quiero tanto!

M.

508 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado 9 de agosto [de 1952],
8 de la mañana

Querido amor mío:

Te escribo en los puntos de pesca, como suele decirse. He bajado a las

seis y media, esta mañana, de mi torreón y después de veinte minutos de caminata por los bosques he llegado a este sitio, que me gusta mucho, donde el agua se dilata entre dos altos acantilados y donde se puede plantar la caña y soñar con otra cosa. El sol se alzó sobre el agua, la mañana se volvió dorada y todo el mundillo del río empezó a zumbar. La hora es dulce y me ha parecido que pocos sitios podían ser más indicados para escribirte y quererte.

Salvo que no trabajo, y también que la vida en casa es difícil, las cosas van mejor. Cuando me noto cansado o nervioso, cojo el equipo y me voy por mis torrentes arriba. El agua y las piedras me tranquilizan. Estoy bien físicamente y duermo mejor que en París.

Ayer me dediqué un rato al correo. Sigo teniendo la esperanza de empezar a trabajar. Tu carta de dirección (no sé si conoces la expresión, se llama así a la carta que un director espiritual, en el ámbito religioso, dirige a su catecúmeno) me ha venido bien. Solo me entra el pánico y me sublevo cuando me colocas demasiado alto (¡es tan cierto que me escasea el amor!). Pero en el resto tienes razón. Por lo demás sé cuál es para mí el remedio actual: vivir contigo, en una felicidad sencilla. Pero, en fin, no queda más remedio que pagar cierto precio por los errores, las debilidades y los excesos. Solo que a veces me parece que me sale caro.

Me maravilla todo lo que te aporta el Camaret ese, que estoy deseando conocer. Sí, las fotos son bonitas y me parece, en efecto, que esa tierra da pie a la ternura. Recórrela, sin matar a ese pobre Pierre y recupera un alma y un cuerpo. Pero ¡no te canses demasiado, lozana mía, morena mía! Sobre todo come y duerme.

He recibido una carta de Le Corbusier, que me propone que quedemos en Marsella para ver su casa y ponernos de acuerdo con nuestra película.[557] Pero decididamente no tengo imaginación alguna para construir una historia

sobre su casa modelo. Él me cae bien, pero eso no me basta. No sé qué hacer. Sin embargo, tengo ganas de hacer algo *con* gente, para salir un poco de esta soledad en que estoy. Es una de las razones por las que me apetece volver a hacer teatro. Me sentiré más feliz y más activo que en esa insoportable prueba de la reflexión solitaria.

Y, además, sería también una nueva forma de estar contigo. A tu lado, incluso cuando estamos disgustados, me noto apoyado, alimentado, por decirlo de alguna manera. Lejos de ti, me tambaleo, como alguien que estuviera ayunando. Mi niña, amor mío, luz mía, la necesidad que tengo de ti crece con los años. No sabría vivir separado de ti. A veces lo dudas, ya lo sé, pero yo, ¿cómo no iba a saberlo?, aquí, por ejemplo, donde en realidad no sé sino escribirte, o pensar en septiembre, o soñar puerilmente con Camaret.

Adiós, cariño. Tengo al menos la esperanza de una carta el lunes. Que no se te olvide que el correo tarda tres días enteros. Tres días entre nuestros corazones. ¡Y tres noches también! Te beso, trucha negra mía, y me hundo contigo en el lecho del placer. Te quiero. Te espero.

A.

509 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[Camaret. La capilla de Rocamadour].

10 de agosto [de 1952]

Y continúa la serie de imágenes. ¡Esta es una capillita que te encantaría, me parece! A la espera de la carta que te escribiré mañana, arrúllate con sueños.

Estoy engordando, amor mío, y, ¡vive Dios, bien creo que ha regresado la famosa vitalidad!

Me noto el cuerpo (por desgracia), el alma se me mueve algo, como una niebla remota; solo la mente sigue en el hondo sueño del destierro.

¡Ay, esta tierra, esta tierra!

Ante esta capillita hago un voto secreto. A lo mejor puede cumplirse. Entonces ¡qué felices seríamos aquí!

M.

[Camaret. El molino de Quermeor].

Este es un molinito que sueño con comprar siempre que, cuando voy a bañarme, paso por delante. De momento, es de los dueños de una casa de pescadores exquisita, pero estoy acostumbrada a las revoluciones y no puedo por menos de creer que algún día será mío. Ya puestos, me agrada imaginarte de molinero.

¡Te quiero dormida, te quiero despierta, te quiero idiota! Qué felicidad.

Te beso locamente

M.

510 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

11 de agosto [de 1952]

Querido amor mío:

El tiempo está gris y Bretaña, más hermosa que nunca. Ayer, en pleno aguacero, fuimos hasta Les Pois los cinco, Pierre [Reynal], Quat'sous,

Lacour y Senez, que habían llegado la víspera, y yo. Anduvimos mucho rato por los páramos y, luego, por las rocas, siguiendo la orilla del mar. Por fin, como llovía demasiado, nos refugiamos en una casucha con pinta de bar que se alzaba frente a la playa, inmensa y desierta. Se veía a lo lejos, entre la niebla, la espuma de las olas, y de repente, no sé cómo, me encontré en la playa, sola, en bañador, corriendo a todo correr hacia el mar. Un momento después me sumergí en el agua helada y entre las algas. ¡Qué baño sin igual! Al salir del agua, tenía calor, desnuda bajo la lluvia; y, tras una carrera loca por el arenal, volví y, después de volver a vestirme, ¡me tragué un café solo, que sabía a sal, en el que mojé doce magdalenas! Después, la vuelta a Camaret, entre el viento y la lluvia, junto con los tres chicos, que parecían pollos mojados, y con Quat’sous, triste y empapada, igual que un pollito recién salido del cascarón.

Esta es la vida que llevaría si pudiera, vida de gaviota donde todo se ve lejano, brumoso, inconcreto, en que el porvenir se detiene en el trocito de páramo que tienes delante y la sangre late con naturalidad al ritmo del universo, sin esfuerzos, sin reflexiones, sin penas, por el único gusto de seguir latiendo más y más, hasta el agotamiento.

¡Ah!, sé que esa existencia no sería de las más elevadas. Sé que hay cobardía en el acto de desearla, que estamos hechos para otra cosa y que es, en cierto modo, una traición vivir así; pero no puedo evitarlo cuando me encuentro en esta tierra, me resulta imposible luchar contra la tentación de fundirme con ella. Es el amor, si no estoy equivocada, y solo tú eres capaz de conseguir que nazca en mí ese mismo deseo, esa misma sed nunca saciada, esa honda nostalgia sin la que los días son sin brillo y aburridos.

Y pienso que eso basta para darte una idea de mi estado de ánimo. En cuanto al ingenio, el estilo de mis cartas da fe de él. No hay ni rastro.

Y eso que leo y que trabajo algo. Me sé casi por completo el papel de

Elvira, he leído «en voz alta» *Chatterton*,[558] que, por cierto, me ha parecido lleno de recovecos que funcionan con dificultad, pero cuya elevación, digna y conmovedora, me ha llegado al ama y ha hecho que se me saltasen las lágrimas. Y, finalmente, acabo de terminar *Santuario*.[559] Es muy muy hermoso; a veces incluso superior; pero nunca completo; le falta la luz y solo se encuentra un calor enfermizo y pringoso. No estoy en contra de los universos incómodos, ya lo sabes, pero aquí la carencia es tan patente que limita la obra y le recorta los horizontes con paredes opacas que le ponen fin a lo que no lo tiene. ¡Me explico mal, ya lo sé! Quiero decir que me parece que el mundo del gran creador es a imagen y semejanza de este en que vivimos: sin fin (ejemplo: Tolstói). El de Faulkner va en un sobre cerrado en el que pone: «Gran novela negra». Es una caja gigantesca, pero no es un universo. Queda muy lejos de Melville.

¿Entiendes ahora lo que quiero decir? Hay que ver… Y, además, ¿por qué te explico todo esto? ¿A quién se le ocurre? ¡Ah, sí! Porque tenías curiosidad por saber qué me ha parecido. En fin, he encontrado personajes conocidos: Temple Drake, muy joven aún y virgen (¡por poco tiempo, cierto es!), y Red. No sabía que era el principio de *Réquiem por una monja*. Ahora estoy con *El mágico prodigioso*, de Calderón, que he empezado esta mañana.

Bueno, querido amor mío, lo dejo porque esta mañana me cuesta escribir; la musa no hila fino. Perdona esta carta rebuscada y torpona, y no te esfuerces demasiado en descifrarla, ¡aunque merece la pena!

¡Ay, amor mío, qué ganas tengo de reírme contigo! ¿Sabes? ¡Ya está! ¡Otra vez estoy animada y con empuje! Tengo el cuerpo completamente tostado y, cuando al salir del baño, Quat’sous me bebe por todo el cuerpo el agua salada del Océano, bueno pues… bueno pues digamos que la nostalgia se me localiza dolorosamente y que me acuerdo de ti con fervor.

¡Ay, sí! Me apetecen risas, caricias, prolongadas caricias, repentinas tormentas pegada a ti, y me pasma darme cuenta de que, de hecho, ya nunca me siento entregada del todo más que cuando estoy sola en el mar o acurrucada contra ti.

Te quiero, hermoso amor mío adorado; te espero ya con impaciencia y río de antemano al imaginarte a mi lado.

Te beso largo y tendido

M.

PS: Lo de siempre de parte de Pierrot.

511 — Albert Camus a María Casares

Martes 12 de agosto [de 1952]

Querido amor mío:

Esto es solo para saludar a la santa entre las santas, mi Marie de las nieblas y de las olas, del sol y de las landas. ¡Feliz y brillante santo, queridísima mía! ¡Que tu maravilloso corazón te sostenga mucho tiempo y sostenga a los que te rodean! ¡Que tu felicidad sea siempre digna y tu desgracia, rica! ¡Que no dejes de crecer en tu arte y en tu vida! ¡Y que lo mejor de tu voluntad se cumpla, así sea!

Hoy pienso en ti con gratitud. Hace bueno, muy bueno incluso. La luz fluye alrededor de los abetos entre un concierto de insectos; me recuerda a ti, tu rostro, tu valiente amor. No quiero nada más que lo que me das, en este mundo y en el otro, si es que existe. Todo cuanto hago o proyecto en

otros lugares me parece a menudo una distracción útil o como una pereza en vivir de verdad, una debilidad.

Te cubro de felicitaciones y de besos, amor mío, santita mía negra y ardiente, mi amiga de siempre, y te estrecho contra mí con todas las fuerzas de mi corazón.

A.

512 — María Casares a Albert Camus[560]

[Camaret. Punta de Les Pois. Los festones de rocas de Penhir, frente al Iroise].

13 de agosto [de 1952]

Y ahora… vamos a la costa, al otro lado del páramo, en la parte más alejada, donde Les Tas de Pois caen a pico sobre el mar, recortándose sobre el cielo gris, imponentes nidos de gaviotas que llaman con sus chillidos estridentes a los manes de los marineros muertos en alta mar.

Por la noche, desde lo alto de esas pirámides que excavan simas, el faro barre majestuosamente con su rayo de luz el océano inmenso.

M.

[Camaret. Punta de Pen Hir. El gran Daoue y Les Tas de Pois (Ar Berniou Pez)].

Lo mismo visto desde otro sitio. Pero las fotos decepcionan, como también,

por lo demás, decepciona la primera visita a esta tierra. Hay que vivir en ella y conocer sus luces, sus caprichos, sus dulzuras y sus iras.

¡Ay, por qué no tendré talento para hablarte de ella!

Escribo mañana. Te quiero.

M.

513 — María Casares a Albert Camus

14 de agosto [de 1952]

Querido amor mío:

Esta es una carta rápida porque me he levantado un poco tarde (¡a las ocho!) y me gustaría pese a todo que tuvieras algo mío el sábado, antes de sumergirte en ese día sin espera que es el domingo.

Aquí todo se enturbia una pizquita; mi humor, que nota la cercanía de los días fatídicos, mi salud, que se queja del exceso de comida que le administro, el tiempo, que se ha vuelto inestable, frío y cambiante desde hace dos días, nuestra paz, un tanto zarandeada por la presencia de estos dos adustos seres que nos ha enviado el cielo parisino, y, para terminar, mi descanso, que algunas personas se empeñan en perturbar pidiéndome que diga versos para esto o para lo otro. No tengas temor alguno; soy tan empecinada como ellos y tengo un poder inquebrantable para negarme; por una parte, Seigneur me avisa siempre a tiempo y siempre estoy lista para reaccionar, con la disculpa en los labios. Por desgracia, a veces tengo que meter la mano en la bolsa (por ejemplo, la placa conmemorativa de Saint-Pol Roux) y estoy empezando a notarla muy ligera.

Sombría, taciturna, a veces incluso arisca, así es como me siento desde el

lunes. Tranquila, por lo demás. Todos esos estados de ánimo ya me los sé de memoria y empiezo a saber recibirlos con donaire.

Pierre sobreactúa, como por casualidad. Los otros dos se callan religiosamente, clavando la mirada en mí, con la mano siempre lista para ayudarme, para ayudarme siempre a bajar un peldaño, a subirme a una piedra de unos cuantos centímetros, a saltar un charco que a Quat'sous no le cuesta nada cruzar. Todo eso en silencio, mirándome fija y atentamente a la cara, que me esfuerzo en conservar impasible para que no trasluzca una irritación que me movería incluso a pegar, a morder. ¡Ay!, sí, morderlos para ver si, con sus veintiún años, al menos saben chillar. ¡Qué pena de chicos! Uno de ellos, el que hizo ese retrato mío, cuya existencia osa rememorar, me recuerda ya a Raffi. No se le parece en nada, salvo en lo siguiente: que despierta en mí sentimientos de odio y de crueldad. Le miro con algo así como una alegría perversa el cuerpo blanco y enarenado como un cangrejo, de persona rubia a la que le sienta mal el sol, y contemplo con no sé qué sadismo esas piernas sin gracia, torponas, tontas, tiesas, saliendo de unos pies inexpresivos, mal apañados en unas sandalias que hacen, a cada paso que da, un ruido fofo de algas mal lavadas. Todo eso en silencio, porque siempre están callados, y menos mal, por cierto, porque cuando abren la boca…

Pero vamos a dejar el tema. Me irrita y sé que estoy siendo tremendamente injusta.

Pero ¿qué quieres que haga? Soy hembra y, cuando una hembra está a la contra, pues no tiene nada de suave.

Cuando quiero suavizarme, pienso en ti; ni siquiera esta tierra se libra de mi mal humor. Tú, en cambio, resplandeces, solo, en mi visión temporalmente torcida del universo. Eres tan hermoso en mi corazón que sonrío de gusto al evocarte: alto, esbelto, levemente encorvado bajo no sé

qué pesado fardo, tan pesado que me hace soñar, con frente noble, boca generosa e infantil, perfil altivo y mirada clara, sutil, sincera y de una pieza, y también envolvente, arqueando la espalda, de expresión cansada, piernas ágiles, brazos duros, mano dispuesta a dar y a recoger, palabras suaves, nítidas y claras como los ojos. ¡Ay, Dios, dadnos hombres! No para mí; nunca le agradeceré bastante al cielo el que puso en mi camino; pero cuando pienso en todas esas pobres infelices cargando con mequetrefes como los que veo a mi alrededor ahora mismo, y continuamente o casi, noto que me colma una compasión dolorosa.

Como ves, no soy benévola.

Y tú, cariño, ¿cómo estás? Recibí una estupenda carta, la que escribiste junto a tus truchas. La leo. La vuelvo a leer, me regocija tu pánico cuando temes que te tome por un santo. Querido amor mío: memos mal que no lo eres; ¿qué iba a hacer yo entonces a tu lado sin tener nada que perdonar, sin tener ningún defecto, ninguna carencia que amar, sin tener que temer nuestras separaciones y deleitarme con nuestros luminosos encuentros, sin pensar por ti a veces porque una mujer dicen que tiene antenas? ¿Qué haría yo si fueras irreprochable; y, para empezar, ¿no le debo a tus flaquezas el haberte conservado tras haberte conocido? Así que las bendigo, al tiempo que las temo. Las conozco, ¡ah!, sí, las conozco, esas y otras más secretas, pero no me gusta que las exageres o que te inventes otras nuevas. Y ya no soy yo quien te coloca en el altar, sino tú, con tu maldito y vertiginosamente hondo orgullo, quien, sorprendido de pronto ante tus reacciones de hombre, te niegas a admitir que lo eres y que tu superioridad no tiene nada que ver con el desprendimiento del santo, que es más fácil imaginar que practicar.

Ahora me toca a mí decirte: «Humildad, humildad, querido amor mío querido. Es en la gran humildad donde hallarás el reposo».

En fin, humilde u orgulloso, triste o alegre, con truchas o sin truchas,

escríbeme pronto cartas tan dulces como las que he recibido. Puesto que deseas mi felicidad, te indico que ahí tienes un camino ya trazado para proporcionármela hasta el momento en que vaya a dar a tus brazos.

Te quiero locamente

M.

514 — Albert Camus a María Casares[561]

[15 de agosto de 1952]

FELIZ SANTO Y LOS MÁS TIERNOS DESEOS PARA MI MARIEALBERTE CASARÈS

515 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 16 [de agosto de 1952]

Maria querida:

Los días pasan y nos acercan a septiembre. Es la única clase de felicidad que siento aquí, pero me da no sé qué desear que pasen demasiado deprisa estos días: noto lo beneficiosos que son para ti y la euforia que me describes me causa demasiada alegría para que deje de alegrarme de que dure. Debo decir, por lo demás, que te envidio. Con lo que me describes y con los maravillosos paisajes que me mandas me ha entrado algo así como un «gusto»[562] rabioso. Me parece que, incluso sin ser una molestia para tus

ensoñaciones, habría sido feliz a tu lado allí. Y de verdad que tengo ganas de felicidad en este momento.

Tras una sucesión de días deslumbrantes (y la luz de la montaña, espumosa, ventilada, aguda también como una hoja de cuchillo fría, era muy hermosa), ha habido dos días de tormenta. Las tormentas aquí son espectaculares. A mi torreón lo coronaban relámpagos y lo bombardeaban truenos estrepitosos. Un momento después, caían trombas de lluvia. Aclaraba una hora y volvía a empezar.

Ayer por la tarde me puse las botas, me enfundé en el paraguacero [*sic*], me puse el sombrero impermeable y estuve una hora andando por bosques y prados, entre violentos olores a tierra, a menta, a resina, que se alzaban con la tormenta.

Como llovía a mares, chorreaba por todos lados, pero nada más exaltante que esa caminata que, por un rato al menos, volvió a ponerme el corazón en su sitio. He renunciado a pescar truchas y ya solo voy de tarde en tarde. El agua va demasiado baja este año y hay demasiados pescadores. Sueño en lo alto de mi torreón y me pienso despacio decisiones que hay que tomar. No trabajo. Hoy es 16 y no he escrito ni una línea desde que empezó el mes. Por lo demás, he renunciado. Querría, sencillamente, acabar la carta a Char y terminar así mi tomito de ensayos[563] para verme virgen en septiembre y poder empezar de cero.

Pero ni siquiera sé si voy a poder conseguirlo. Voy a probar.

He tenido también una pequeña contrariedad. Mamá me ha planteado marcharse antes, o a finales de mes, o a principios de septiembre. Creo que podré arreglar que la acompañe la hermana de Paulo [Œttly], que se va el 6 de septiembre. Aunque, por supuesto, no eran las cuestiones prácticas las que me preocupaban. Solo estaba un poco apenado por no haber sabido darle una vida en que le apeteciera seguir al menos hasta la fecha prevista.

Pero hay que resignarse. En mis amores siempre hay obstáculos. Por lo demás, entiendo que no se haga a esta vida en que tantas cosas tienen que desorientarla y cansarla y que sienta nostalgia de sus costumbres.

Bueno. Dejo aquí el capítulo de los lamentos. A partir de septiembre intentaré portarme como un adulto. Y un adulto, bien pensado, debe aceptar una soledad y, partiendo de ella, ayudar a vivir a los que quiere sin pedir demasiado para sí mismo.

¿Qué puedo pedir, por lo demás? ¿No tengo a mi gaviotita? ¡Estás muy guapa y muy radiante en tus cartas, amor mío! Y no hables mal de tu ingenio. Te pedí tu opinión sobre Faulkner para que me dieras la respuesta que me has dado. Pocas personas saben distinguir entre el gran escritor y el genio. Es relativamente fácil darse cuenta del talento; más difícil, ver sus límites; y excepcional, saber reconocer la generosidad que diferencia la auténtica creación de la obra original sin más. Se necesita nivel de corazón y tú llevas desde hace mucho con sencillez esa corona real. Beso ese corazón al que admiro y al que quiero.

Sigue nadando, tostándote al sol y con las salpicaduras de espuma. Solo estoy triste por no poder hacer lo mismo y revolcarme contigo en la playa. Pero velo por ti desde lo alto de mi torreón y soy feliz con todas y cada una de tus alegrías. Pronto llegará el tiempo de las alegrías compartidas, del trabajo, del esfuerzo en común, del placer también, y de la ternura. En este momento te quiero con todo mi corazón y pienso en ti con constancia y gratitud. Te beso, bebo el agua salada en tu boca y me doro con tu luz. Hasta pronto, Maria Querida, espero septiembre y sus tormentas, y a mi salvajilla, dulce a mi corazón.

A.

Cariños al pedrito[564] y a la perrita.[565]

17 de agosto [de 1952]

Querido amor mío. Me temo que voy a volver algo tarde esta noche y a despertarme mañana demasiado cansada para escribirte. Así que he vuelto de la playa para hacerlo mientras tengo aún la mente despejada.

Se me ha pasado el trastorno; no era sino una leve intoxicación que a mí se me ha resuelto bien, pero que ha tumbado a medio hotel. Por desgracia, no he podido disfrutar de mi salud de hierro desde entonces, porque Pierre se queja continuamente de que le duele la cabeza y, cuando Pierre no está bien, solo se pueden hacer dos cosas: armarse de la paciencia de los ángeles o salir huyendo. He optado por ambas soluciones, por turnos. El día de María me sacrifiqué y me quedé con él; no obtuve recompensa alguna porque me deprimí muchísimo por la tarde y no paré hasta echarme a llorar, para mayor pasmo de Pedrito, que me miraba, alelado, repitiendo sin parar: «Pero ¡estás loca!». Así es como empieza, en esta ocasión, mi tiempo de impureza.

Al día siguiente, es decir, ayer, opté por la segunda solución y, dejando plantados a Pedrito y a Quat'sous, me embarqué. Hacía un tiempo espléndido y la costa aquí es admirable; fuimos siguiéndole durante dos horas, yo a caballo en la punta de la proa, agarrada a los cordajes, ebria de viento, de agua salada, de sol, de belleza y de vértigo. El cielo era azul, hondo, y, a lo lejos, solamente unas pocas nubes blancas, livianas, muy livianas, para contrastar. El mar, encrespado. Íbamos costeando y se podía ver todo, soñarlo todo. Descubrí castillos suntuosos, fuertes fantásticos, cuevas espantosas veladas de algas, jardines de cuento de hadas, iglesias impresionantes bajo cuyas bóvedas pasábamos, olvidando el cielo y la luz

durante unos segundos. E incluso ahora mismo no sé ya qué era verdad o mentira y todavía me estoy preguntando si en la cumbre de la «Esfinge» —una roca gigantesca que tiene forma de esfinge— hay o no hay un fuerte que quizá construyeron los alemanes.

Luego circunvalamos unos islotes: pirámides enormes erguidas en medio del agua, aisladas de todo, racimos inmensos de rocas blancas donde solo hay güillús,[566] gaviotas y gaviones que —cuando oyen el silbato de los marineros— sueltan la piedra, alzan un vuelo tupido, negro y blanco, con chillidos de agonía.

En fin, el mar abierto y el gran vértigo de las olas en el extremo de la proa, entre los chorros de agua salada, el sol y el viento, durante otras dos horas.

Volví agotada, aunque solo me había movido para agarrarme al barco y no caerme al agua en el estado de impureza en que estaba.

Hoy me he levantado al alba, a las seis. Fue Quat'sous la que me despertó con prisas, quería que la sacase, porque desde que está en celo (¡Camaret la inspira!) por lo visto debe de tener la vejiga débil. Encima del pijama, me puse el impermeable y bajé con ella. El agua estaba lisa y roja; el cielo, «tan puro como lo hondo de mi corazón». Ya de vuelta a mi habitación, me lavé y me vestí corriendo, me tomé mi copioso desayuno y me fui a la playa con don Juan. Cuando llegué, estaba desierta, cubierta de algas y roja aún. No me acordé de que llevaba conmigo a don Juan hasta hora y media después; entonces me tumbé y trabajé sin gran empeño.

Esta tarde el tiempo se está estropeando. No podía durar. Esta noche nos vamos a Mogat —con las hijas de Seigneur—, donde, por lo visto, se va a bailar largo y tendido. Pero, como no encontremos más parejas que los que nos acompañan, compadezco de antemano a mis pobres pies y me despido de cualquier gusto.

Aparte de todo eso, no soy muy feliz; te echo de menos de forma cada vez más dolorosa y mi estado me lleva a la melancolía. Incluso la belleza —diré—, la belleza sobre todo, me vuelve hacia ti y, ante todas esas dichas que se me brindan en esta tierra, te añoro como nunca te he añorado. No tiene mayor importancia; sencillamente demuestra que estoy recuperando cierta sensibilidad, que todavía soy capaz de sentimientos que no sean la tozudez ciega y seca a la que llevaba reducida estas últimas semanas, cuando deseaba tu presencia igual que se desea dormir cuando se está muy cansado y ni siquiera se tiene sueño.

Ayer no tuve carta; así que desde tu felicitación han pasado demasiados días sin que haya recibido de ti una notita, lo que me ha hecho odiar las fiestas y los domingos con un odio igual al de Gréco.[567] Escríbeme, amor mío. El tiempo va a ir ahora cuesta abajo hacia ti, pero es que hace falta ir cuesta abajo con él.

Te quiero, querido amor mío. Cuéntame cosas. Bésame. Dime que me sigues queriendo. Lo necesito.

Te acaricio largo y tendido. Es todo cuanto puedo hacer. Tu sirenita.

M.

517 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[568]

[Camaret. Punta de Pen-Hir. Vista aérea. Le Sillon. Capilla de Rocamadour y el faro].

19 de agosto [de 1952]

¡Me dirás que ya tienes muy vista esta capillita! Pues ¡anda que yo! La tengo ante los ojos noche y día, ella y el castillo.

Los estoy mirando ahora mismo. En mi habitación hace un frío que pela. El tiempo lleva dos días desabrido, el mar está bravío y preparando la mayor marea del año, que, en esta ocasión, va a ser el 21 de agosto, y hace un viento como para romper los cristales, que me dispongo a saborear como es debido esta tarde por la zona de Les Pois.

M.

[Camaret. Punta de Pen-Hir. Vista aérea].

Mi alma irrumpió en mi cuerpo ayer. Lo llena por entero. Me paso horas enteras a punto de echarme a llorar, a punto de gritar, con la exaltación de una juventud eterna. Así que imagínate lo que este paisaje puede dar a mis ojos enamorados.

¡Qué hermosas imágenes en las que tú estás continuamente presente!

Te adoro.

M.

518 — María Casares a Albert Camus

20 de agosto [de 1952]

Querido amor mío:

Hoy solo me gustaría saludarte dichosamente antes de irme a la playa. Son las ocho, hace bueno y, si el cielo no engaña, podré coger unas cuantas

calorías que se habían extraviado esta última semana entre el viento y el frío.

A partir de pasado mañana mismo empezaré a ocuparme ya de la marcha. Nos iremos de Camaret el 1 de septiembre a las nueve de la mañana y llegaremos a París por la noche, a eso de las once o las once y media en el tren de Brest, cargados como mulas. No; no es una invitación; no creo que estés en ese momento en París y no quiero, por lo demás, hacer que te acuestes tarde. Sin embargo, si estuvieras por casualidad en la Ciudad de la Luz, no me desagradaría ver, al llegar, tu sonriente rostro nítido y sosegado. Solo tú me atraes en esa ciudad de perdición y solo hallaré en ella la paz cuando te hayan visto mis ojos. Pero a lo mejor quieres acompañar a tu madre. Si así lo deseas o si eso puede complacerla, hazlo, amor mío, hazlo sin dudar; no me costará esperarte tranquilamente, demasiado sé lo que es una madre, lo sigo aprendiendo a diario en este lugar que tan bien recibía a la mía. En tal caso, volveré de todas formas y, alejada de París, enterrada en mi palomar, me prepararé con primor para nuestro encuentro.

En fin, si, sin ir hasta Argel, quieres quedarte con los tuyos hasta el 6, fecha de la marcha de tu madre, no te preocupes por mí, lo entenderé perfectamente y no hallaré en esa demora amargura alguna.

Esto es lo que quería decirte hoy. Tenía empeño en asegurar tu libertad y mi amor a un tiempo y en tranquilizarte en lo que a mí se refiere. Así que haz lo que sea mejor y dime qué opinas de todo esto.

Por aquí, todo ha vuelto a la normalidad. ¡Los enterradores se han ido por fin! Ya era hora. No podía soportar más su presencia y empezaba a ponerme desagradable. Uno es soso; el otro, ingrato, feo, tonto y pretencioso. Los dos, educados como hijos únicos y descalcificados. ¡Qué desastre!

Ayer, como Pedrito tenía un ojo irritado, me fui sola a dar un paseo de cuatro horas. Hacía un tiempo asqueroso y estuve a punto de caerme varias

veces al trepar por las rocas. Luego, estuve mucho rato leyendo *Luz de agosto*.[569]

Bueno; y ahora te dejo; hace un tiempo demasiado bueno, cosa infrecuente, y me queda poco para disfrutar de él. Has sabido, con unas cuantas palabras que metiste en la última carta que me mandaste, tranquilizarme acerca del regreso a la vida normal; ahora tomo las cosas como son: la reanudación de una lucha agotadora, pero llevada a cabo a medias, y encuentro en ello, entonces, al menos una razón para el entusiasmo.

Te quiero, te doy las gracias y te espero con todo mi amor listo para estallar.

M.

519 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles 20 de agosto [de 1952]

Quería contestar ayer, amor mío, a tu buena carta recibida el lunes, pero vinieron dos filósofos a verme y la tarde se nos fue disertando sobre los efectos de la negatividad en la historia. Por lo demás, eran simpáticos e inteligentes. Esta mañana, para volver al contacto con la sana naturaleza, he vuelto a salir para ir al río, donde, a falta de truchas, espero encontrar la paz. Es temprano, los alrededores están desiertos, la mañana es suave y neblinosa, y el torrente que tengo delante tiene su bonito ruido amistoso. Es bueno pensar en ti aquí.

Tu carta del lunes me resultó muy dulce. Espero solo que se te haya suavizado el mal humor desde entonces. Algo debía de tener que ver el

tiempo. Aquí lleva tres días haciendo malo y uno se nota enseguida el alma acatarrada y gruñona.

Para mí no han cambiado las cosas. Me contraría sencillamente no haberle encontrado billete a mi madre para que se vaya. Todo está vendido y creo que no le quedará más remedio que esperar a octubre como estaba proyectado en principio. Sigo buscando nuevas combinaciones, pero dudo que consiga nada. Y voy a dejarla en septiembre con la contrariedad de contribuir aún más a su soledad y probablemente al deseo de estar en su casa.

Sigo sin trabajar. Unas cuantas líneas, algunas notas. Y eso que me habría gustado mucho acabar con este librito y con lo que representa. No estaré auténticamente libre antes. Ya veremos. Estoy deseando a un tiempo sentirme libre de esa forma y estar en París. He pasado aquí un mes malo, pensándolo bien (salvo físicamente, supongo), y debería decidirme, por mi salud anímica, a coger unas vacaciones para pasarlo bien. Tengo que tomar muchas otras decisiones, por lo demás, referidas a la organización de mi vida.

Bueno. ¿Y tú, valerosa mía? Estoy deseando verte con tu nueva piel de verano, rosa y morena. No comas demasiado ahora que ya te has repuesto, no te arriesgues a estropear esos estupendos resultados. Y, eso sí, no dejes de nadar, no hay nada mejor. Estoy contento de verdad del buen efecto que te han hecho estas vacaciones. Vas a caldear mi septiembre, a iluminar los primeros días de otoño. Y, luego, emprenderás tu trabajo con superioridad física: no hay nada más importante. ¡Ay!, ¡de verdad estoy deseando reunirme contigo y estar alegre contigo! Hay días en que me siento triste como esos viejos tocones caducos que duermen en el fondo del río. Cuesta cargar con mi incapacidad para hacer felices a los que me rodean y con la dificultad que tengo para convivir con mi vida. Y es algo que se nota más

en una vida como la de las vacaciones. Por eso aspiro a un mundo más embriagador y alegre.

Hermoso placer mío, querido amor mío, tengo que ir al pueblo si quiero echar a tiempo esta carta. Espero que te haga feliz. Bastaría, por lo demás, con que te dijera todo lo que me das, la fuerza de vida que me dejas, para que te aportase alegría. ¡Pronto, pronto…! Te beso de la cabeza a los pies, bonita landa mía, te recorro y te huelo. Sí, hasta pronto. Te quiero y te espero

A.

520 — María Casares a Albert Camus[570]

21 de agosto [de 1952]

Querido amor mío. Tengo la esperanza de que me lleguen unas letras tuyas esta mañana; los días «sin» se me hacen cada vez más cuesta arriba.

Tenemos un tiempo maravilloso; pero, por desgracia, a Pierre lo molesta mucho desde hace cuatro días su conjuntivitis y tiene que quedarse encerrado. Así que me paseo sola, me baño sola, paso mañanas y tardes enteras sola. Entusiasma al tiempo que resulta muy descansado y ahora estoy convencida de que podría ser muy feliz en Camaret si tuviera que venir sola.

Hoy voy a volver a embarcarme e ir a dar otro paseo por el mar, siempre y cuando Pierre no necesite demasiado mi presencia; pero, desde que llegó a esta tierra, lo encuentro muy amargo, muy vacío también después de una crisis moral que tuvo —por lo que dice— en Sainte-Foy. Por lo demás, es

de verdad hijo de las ciudades y, aunque se queje a menudo en París, no deja de ser ahí donde, teniendo dinero, sería más feliz.

Aquí va a rastras; el agua está demasiado helada para él, el viento es demasiado violento, el vecindario demasiado atrasado, los veraneantes demasiado feos, los trayectos demasiado largos y, aunque le guste mucho el paisaje, como dice él, y sobre todo algunas casas, se consume un tanto y en el fondo lo único que está esperando es volver a París para llevar «una vida mundana y artística» poniendo en práctica los eternos proyectos que se hacen en vacaciones y que, a partir de cierta edad, ya se han perdido las esperanzas de realizar alguna vez. Nunca me he sentido tan madura como ahora, a su lado, y, sin embargo, me da la impresión continuamente de tener mil juventudes que poner a su disposición; al principio intenté zarandearlo un poco; ahora ya he renunciado desde que me he dado cuenta por fin de que es demasiado tarde para inculcarle otros gustos que no sean los que tiene. ¡Qué desgraciado va a ser en los años por venir al verse envejecer y cómo intuyo ya su hastío y su tremenda amargura! Lo siento en el alma porque le tengo mucho cariño y se lo merece por sus mejores facetas y las más hondas, pero ahora sé que no puedo evitar nada y, si no llega nada que le dé un vuelco, se pasará la vida arrepintiéndose de esta juventud desordenada, tiránica, alocada que a todos nos gusta, con cariño, pero de la que todo el que pruebe a volver a vivirla se dará cuenta de que no ha sacado nada en limpio.

En cuanto a mí, me voy adaptando despacio, con un gusto secreto, a una nueva vida en que pululan las renuncias, pero también las promesas. Me baño mucho menos que antes —el agua se vuelve helada con el paso de los años—, pero puedo pasar horas sentada junto a los muelles, realmente junto

a los muelles, sin olvidarme de ellos, mientras sueño con paisajes fantásticos en los que formo parte de un grupo de sirenas o de amazonas que me impiden, con sus parloteos sin fin, incorporarme al ir y venir de los barcos de pesca, al chapoteo del agua, a la dulzura del momento. Y, de madrugada, cuando me despierto, antes de organizarme el día en la cabeza, antes de lanzarme en cuerpo y alma a la actividad inagotable y empecinada de mi adolescencia, ya he conseguido unos cuantos instantes de alegrías indescriptibles. A través de las contraventanas, entra el sol a raudales en mi habitación, oigo los chillidos de las gaviotas que me anuncian un cielo sin nubes —no es frecuente que haga malo por la mañana—, las voces sonoras de los marineros, los primeros barcos sardineros que, para salir del puerto, arrancan los motores, el chapoteo fresco e íntimo del agua; y, en la cama, con los ojos cerrados, detengo por un instante todo pensamiento, toda vida propia, todo movimiento, toda voluntad, y dejo que la madrugada del puerto le dé forma, a su antojo, al comienzo de ese día que recibo con un éxtasis físico. Ahí me gano mis mil juventudes, mi vitalidad del día, mi descanso de las noches y también esa sensatez que me empeño en conservar en París con esfuerzos desmedidos. Hay otras alegrías también, más refinadas, más hondas, más humanas; la de la fidelidad, por ejemplo, la de la experiencia, la de los valiosos recuerdos; la de la nostalgia; la del gusto por el esfuerzo continuamente renovado; la de la amistad y la promesa de una existencia que hay que crear hasta el final con un desinterés sin igual; la de la idea del regreso al dolor de cada día junto a un ser tan querido, que tiene en su mano dichas infinitas, la de un amor inmenso, por fin, confirmado, vivido y por vivir aún y siempre. Me gusta, me gusta esta edad nueva; me gusta descubrir sus placeres enterrados, húmedos, deliciosos, oscuros y radiantes a un tiempo. ¡Me gusta tanto vivir! Quizá es tu presencia, que lo llena todo; quizá si no te hubiera conocido sería como Pierre. Eso creo; pero te

conozco y, cuando no estoy demasiado agotada, cuando no acude demasiado el cansancio a enturbiarme los horizontes, puedo decirte, amor mío, que soy feliz soy plena y maravillosamente feliz contigo —cerca o lejos durante un tiempo— en este mundo que me arroba sin cesar.

Bueno, basta. Te dejo una vez más para volver a verte pronto, muy pronto quizá, del todo. Espero noticias tuyas para saber tu fecha de regreso, si vas o si no vas a Argelia, si te quedas o no te quedas unos días más en Le Panelier.

Te quiero maravillosamente. Mi cuerpo espera que el príncipe azul lo despierte con un largo beso, y de momento no es consciente de que existe. El alma, liberada por fin de su prolongado letargo, se vuelve sin cesar hacia ti; por lo demás, la he avisado de que es muy posible que se quede así para toda la eternidad. Te beso toda la noche y todo el día y espero el momento del encuentro igual que lo habría esperado hace ocho años, hace cuatro años.

M.

[Camaret. La punta y el faro de Le Toulinguet].

[22 de agosto de 1952]

Y este es un trozo de la costa que fui siguiendo el otro día en barco. Parece que no es nada del otro mundo, así, a vista de pájaro, y sin embargo oculta tesoros infinitos.

A lo mejor un día te lo enseño. Sueño con ello. Se convierte en una obsesión. ¡Ay!, querido amor mío, ¡qué bien sabes hacerme estar viva, de cerca o de lejos, cómo sabes mantener vivo en mí el deseo de seguir adelante, de volver a empezar, de tener esperanza, de soñar, de desear!

Te quiero con gratitud.

M.

521 — Albert Camus a María Casares

24 de agosto [de 1952], *domingo*

Recibí ayer, querida mía, tu buena carta del 20. Me he imaginado el hermoso día de sol y de olas que debió de venir después de esa mañana roja y me he alegrado por ti. Querría hacerte llegar descripciones así de reconfortantes. Pero la verdad es que aquí lleva lloviendo una semana y el humor se resiente. El corazón está como una esponja y el alma chorrea. Por mil razones, y ahora por esta, estoy deseando irme. Volveré el día 1, como estaba previsto, pero no es seguro que llegue a París a última hora de la tarde. Si llegase, estaría en la estación. Pero lo más seguro es que llegue a París el 2 *por la mañana*, a la hora de comer, por ejemplo, después de haber hecho noche a mitad de camino.

Te agradezco que me propongas que me quede con mi madre, y beso tu corazón querido. Pero no he conseguido encontrar sino un billete de avión para el 12, y eso sería demasiado retraso. Por lo demás, mamá está de buen humor desde que tiene la seguridad de irse antes, y todo irá bien.

En cuanto al trabajo, no he hecho nada, y dudo en conseguir hacer algo esta última semana. Así que le echaré paciencia y solo intentaré llegar con una vida organizada de antemano. Esta zona, por lo demás, me moja y me reblandece. Duermo, lo que es una novedad. Pero me siento al alma y la inteligencia espesas.

Y nada más. Creo que no me apetece ya escribirte, sino solo tenerte

mucho rato abrazada. Aún te pondré unas líneas para confirmarte mi llegada, y luego me sumergiré contigo en las aguas profundas que nos gustan.

Tus cartas, tu presencia viva, tu cálida ausencia me han ayudado y sostenido todo este tiempo. Te beso con gratitud y ternura, con todo mi amor y mi deseo. Hasta pronto, pequeña mía, dulce mía, fiel mía, querido corazón mío. Te espero desde ahora mismo y te cubro de besos.

A.

522 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[571]

25 de agosto de 1952

Querido amor mío:

Llevamos tres días disfrutando de un cielo que puede rivalizar con el de Italia, vivimos a la orilla de un lago más apacible que el de Gérardmer y nos tostamos tranquilamente al sol. Ahora nos bañamos en la playa de Le Toulinguet, que tiene fama de peligrosa por sus arenas movedizas y sus corrientes; es la más bonita de por aquí, amplia, salvaje, y durante la semana no hay nadie. No temas nada, no me meto mucho; me contento con andar un buen rato por el agua quieta hasta que me llega a los hombros y vuelvo a la orilla a nado para tumbarme muy a la orilla y dejar que las olitas me acaricien el cuerpo. Hasta Quat'sous se bañó ayer. Está desaforada, por cierto. En cuanto a mí, me he jurado no volver a llevármela de vacaciones porque me quita por completo la libertad. Hoy se pelea con una perra y pierde uno de los dientes que le quedan; mañana hace mal la digestión a

pleno sol, y casi me vomita encima mientras intento inútilmente dormir en la playa; siempre le parecen mal todo y todo el mundo, gruñe, traga arena, tose, escupe, y, cuando cometo el error de no sacarla mucho por el día, de noche, rebosante de vitalidad, me despierta a las tres de la madrugada, a las cinco, a las seis, para rogarme que la saque por fin a dar una vueltecita. Es adorable, pero ¡Dios, qué cargante!

En cuanto a Pierre [Reynal], está cada vez más adusto según pasan los días. Le apetece viajar, irse de gira, vivir en Italia, en México, en España, en Siria, el puerto huele mal cuando baja la marea, se queja de la conjuntivitis, del pie en que lo ha picado algo *incalificable*, del frío, del calor, del sol, de la lluvia, y hace todos los días las maletas del viaje de vuelta para llegar a la conclusión cada vez de que no nos cabe todo. En cuanto a mí, al caer la tarde he tenido pequeños ataques de depresión y de creciente angustia por el regreso a la vida parisina; pero, durante el día, el sol lo confunde todo, quedan ahogadas las preocupaciones y ahora vivo esta tierra con el furor de aquellos para quienes el tiempo no tiene precio.

En el hotel, Seigneur nos mima en todas las comidas y nos corresponden gratis todos los suplementos por la mañana y por la noche. Así que, aunque tenemos algo menos de apetito, seguimos atiborrándonos de langosta a la americana, de suflés, de crepes borrachas de ron, de pollos, y cada vez que tenemos que levantarnos de la mesa, con la fruta aún en la mano, para dejar el sitio a clientes de paso, nos corresponden en la habitación dos cointreau, que tiramos corriendo por el lavabo.

La gente del hotel se muestra con nosotros envidiosa y enterada, pero, a fin de cuentas, es discreta, y los de Camaret también, si dejamos aparte unas cuantas peticiones de autógrafos, miradas furtivas y un ruego que me dejó estupefacta: una mujer que regenta una taberna espantosa donde se baila me

pidió que fuera una noche a cantar una o dos canciones para la gente joven de Camaret.

Intento a menudo imaginarme tu vida en Le Panelier, pero entonces todo se vuelve confuso y solo puedo verte solo, en lo hondo de la garganta de las truchas. Tengo la esperanza, sin embargo, de que estos últimos días vayan a serte más clementes; de toda esa existencia que me es ajena y que tiene para mí un no sé qué abstracto, solo veo claro tu estado de ánimo y disfruto suponiéndolo por fin feliz. Tú también debes de tenerle miedo a este regreso a esa jaula de fieras que es París; pero me gustaría que, al igual que a mí, la idea de volver juntos, para luchar allí juntos, te restituya los ánimos necesarios.

Así que, eso, ahora espero tu respuesta a mi carta en la que te preguntaba si querías quedarte más tiempo en Le Panelier con tu madre y me gustaría saber si has dado, sí o no, con la forma de hacerla regresar a Argelia, o si os vais los dos en octubre como estaba previsto. También estoy deseando saber tus decisiones, el lugar y la fecha de las vacaciones que tendrías que cogerte para ti solo y me gustaría enterarme pronto de si te falta poco para terminar esa pequeña antología que estás preparando. Vuelve a escribirme largo y tendido si no vas a volver enseguida; si no, esperaré a que nos veamos para agobiarte a preguntas.

Bueno, querido amor mío; hoy también se anuncia bueno el día y tengo que avisar a Ángeles de que puede quedarse quince días más en San Sebastián si le apetece; en lo que a mí se refiere, no me va a disgustar estar un poco a mi aire en París antes de que vuelvan ellos. Por lo demás, tengo la impresión de que este verano he conocido el sabor exquisito de la vida libre y solitaria y ahora estoy lista para necesitarte solo a ti.

Hermoso amor mío, te quiero, te quiero con locura; me gustaría decírtelo, decírtelo, repetírtelo hasta el momento en que mi amor te haga

completamente feliz. Esta es una imagen diminuta hecha en el instante en que confundía al mástil contigo. Pronto, creo, te tendré a ti, a ti, hermoso amor mío.

Volveré a escribirte pasado mañana y luego esperaré noticias tuyas para seguir o para callar al fin en tus brazos.

Adiós, cariño.

M.

523 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

27 de agosto [de 1952]

Me parece que tus cartas escasean cada vez más, y, sin embargo, cuando echo la cuenta, veo que no faltas a las disposiciones que tomamos antes de separarnos. No; es sencillamente el resultado de una espera demasiado larga; cada vez me vuelvo más exigente según van pasando los días lejos de ti y, si vas a quedarte más tiempo en Le Panelier, voy a verme obligada a pedirte que aumentes tus envíos. Estoy impaciente también por saber tus decisiones en cuanto al regreso a París para hacerme de antemano una idea de mi vida cuando vuelva. Ahora, antes de saber la fecha de tu regreso, no te volveré a escribir por temor a que mis cartas no te encuentren ya en Le Panelier.

Aquí sigue la vida paradisiaca.

Como el sol se vuelve demasiado ardiente, demasiado insistente para la fragilidad de Pierre, me voy sola todas las mañanas, sin más compañía que la de Quat'sous; y todas las tardes dejo a los dos niños a la una, y Pierre, solo, se reúne conmigo para el baño, que se da en un charco, porque el agua

del mar le parece demasiado fría. En cuanto a Quat'sous, no soporta el sol cuando hace la digestión, ahora ya lo sé por experiencia; la dejo, pues, en el hotel y no vuelvo a sacarla hasta última hora, con la fresca. Así que tengo a mi disposición largas horas de soledad para pensar. Por desgracia, el sol se adueña de todo, lo quema todo y «me vacía enseguida desde dentro». Así que ahí me quedo, estirada en la arena, chafada durante horas contra el arenal de la playa desierta, o, si no, acabo tumbada en una roca acogedora con forma de cuna, por encima del mar, rodeada de algas marrones que ponen a las piedras melenas asilvestradas y de incontables mejillones, estrellas de mar, medusas pequeñas y cangrejos pululando, que pueblan esta zona cuando baja la marea y que esperan, al sol, que las olas vengan a refrescarlos. A veces el océano me brinda espectáculos gratuitos y tan pronto me entretengo siguiendo con la vista un vuelo de gaviotas que van planeando, se posan en el agua y acaban por sumergirse en el mar para estar mucho rato desaparecidas y reaparecer luego, mucho después, a lo lejos; tan pronto vienen marsopas a juguetear cerca de la orilla, persiguiéndose, girando en círculo; solo les veo el lomo y parecen gigantescas; van de seis en seis, de ocho en ocho, de diez en diez. Una vez me pareció incluso divisar alrededor de veinte. Otras veces, con menor frecuencia, intuyo, muy cerca de mí, un tentáculo que asoma del hueco de una roca. Entonces salgo huyendo, espantada, y me voy donde la arena es suave y donde solo me visitan a veces escarabajos negros o de mil colores y bonitos lagartos. Cuando llega Pierre, empezamos por chapotear en un charco grande de agua salada, en medio de la playa, su estanque, como dice él. Luego corremos como locos, brincamos, volvemos a tirarnos al estanque; y, por fin, tras pensármelo un momento, me meto en el agua helada, encomendando a las olas que me hagan entrar en calor. Cuando ya las he dejado atrás, nado deprisa, deprisa, teniendo mucho cuidado de no salirme

de los límites, esforzándome por quedarme siempre donde hago pie, porque en esta playa por lo visto lo acechan a uno mil peligros, pese a la aparente tranquilidad del agua. Antes de irnos de Le Toulinguet, me aíslo entre las rocas y ahí, desnuda, completamente desnuda, me seco al sol.

Anoche, llegó el European Circus a Camaret; se instaló en pleno páramo, entre los menhires, unas piedras gigantescas, puntiagudas a menudo, clavadas en el suelo formando un cuadrilátero, piedras funerarias, por lo que se cree, o, si no, las agujas de un reloj gigantesco que permitía a los primitivos bretones saber qué hora era no se sabe cómo. Fue un espectáculo maravilloso, digno del lugar. Me estremecí, me reí, temblé, admiré, me enamoré del domador, deseé por un segundo tener leones en casa, panteras, leopardos, de todo. Hubo momentos notables y estaba encantada. Pierre me miraba pasmado, repitiéndome continuamente: «¡Qué buen público eres! ¡Qué joven eres! ¡Qué tremenda!», etc., etc. Tuve que llevarlo a rastras en el descanso para ir a ver las jaulas de fieras. Menos mal que se decidió en el último minuto a complacerme y así pudimos asistir a la comida de los animales feroces. Impresionante. Al volver de las jaulas ya no aspiraba a criar bichos de mayor tamaño que Quat'sous, y el domador me parecía alguien un tanto monstruoso.

Esta mañana sigue haciendo bueno; acaba de levantarse la bruma y brilla el sol, implacable. He decidido, sin embargo, quedarme en la habitación hasta las doce. Soporto mal las vigilias, dado que a Quat'sous no le importa despertarme a las seis y media en punto de la mañana; y ayer volví tarde —a la una— y me dormí por lo menos una hora después; el circo me habla alterado.

Así que voy a esperar aquí, formalita, el correo. Tengo la esperanza de que me traiga noticias tuyas.

Y ya está, querido amor mío. Ha transcurrido una vez más el tiempo de

las vacaciones. Me cuesta pensar sin angustia en el regreso, en la vida difícil y agotadora de París, en la eterna vuelta a empezar, en el dolor siempre renovado de las representaciones, en las preocupaciones con los impuestos (acabo de comprar un mantel y unas servilletas y no quiero pensar en la factura del hotel, que tendré que pagar con un cheque porque no me queda ya bastante efectivo). ¡Me ahogo! Y casi envidio a Pierre por que le guste tanto París y lo ansié como lo ansía, pese a todos los engorros que él conoce bien y que lo están esperando.

Pero tú estarás ahí, querido amor mío, condenado como yo a vivir en esa guarida para estar cerca de mí, y el fardo parece ligero de llevar cuando pienso que a menudo estaré acurrucada contra ti. Es irremediable, ¿sabes, cariño?, te quiero irremediablemente. Ocho años han pasado desde que nos encontramos, y muchas cosas con ellos —penas y alegrías—, y desde esta esquina que representa para mí no sé qué honda fidelidad, desde este lugar donde me encuentro entera, clara, concreta, casi niña, donde todo se clasifica fácilmente, donde todo ocupa su auténtico lugar, puedo decirte muy en serio que te quiero irremediablemente. Sabe, pues, el peso de este amor casi perfecto (¿por qué no decir perfecto, por lo demás?). Es lo suficientemente grande para no pesar. Si la conciencia de que te amo puede hacerte feliz, selo plenamente. En lo demás, la preocupación, el cansancio, la duda, la pena siempre están ahí.

Reserva, pues, tu fe de niño para mi amor. A menos que me vuelva loca o completamente estúpida, nunca la traicionaré.

Te quiero, te quiero maravillosamente. A tu lado, iré al fin del mundo. A tu lado, me quedaré hasta el final en una habitación cerrada, feliz, conforme, reconciliada.

Hasta muy pronto, hermoso amor mío. Si decides volver a París y no has acabado la antología, trabajarás en casa. Te he preparado un rincón

exquisito para pensar y escribir, sentado, echado, de pie, como quieras, y en paz. Al lado, al lado mismo, hay un diván, algo así como una «duchesse brisée»[572] que solo está ahí para que pueda yo esperar el final del parto, en silencio, feliz a tu lado. Si no vuelves hasta más adelante, no pierdas los nervios por mí, andaré haciendo arreglos hasta que llegues.

Te quiero. Te beso locamente y espero la tormenta para pronto.

M.

524 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles, 27 de agosto [de 1952]

Querido amor mío:

Recibí ayer tu carta, que llamo para mis adentros la carta de los treinta años y que me ha emocionado profundamente. Hay en ella más cosas de las que un hombre podrá recibir nunca bajo la capa del cielo sin dejar de ser digno de ellas. Pero las acepto con gratitud y con una auténtica humildad. Noto muy bien por lo demás que es una carta que te escribes a ti misma y me maravillo una vez más de lo que eres, en lo más hondo del corazón. Sí, vive así, ateniéndote a tu pensamiento más grande. En lo que a mí se refiere, yo, que me siento a veces poca cosa a tu lado, te ayudaré lo mejor que pueda, a ti abocado y en ti volcado. Sea como fuere, llevo tu carta encima. Volveré a leerla para no olvidar quién eres.

Pero esta nota es solo para confirmarte que me voy el día 1 por la tarde y que estaré ahí el 2 para comer a tu lado. ¡Cómo voy a estrecharte en mis brazos![573]

Desde hace dos días vuelve a hacer un tiempo maravilloso, Querría estar más satisfecho de mí mismo frente a esta luz incesante. Pero no he hecho nada y tengo el corazón triste. Solo me hace feliz que la tierra exista y sea hermosa y que tú seas lo que eres. Sí, esa es mi auténtica felicidad, que pronto tendré pegada a mí y que me ayudará a hacer mejor lo que tengo que hacer.

Te beso, ¡apasionadamente!

A.

525 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[574]

[2 de diciembre de 1952]

CONTIGO CON TODO EL CORAZÓN CARIÑOS ALBERT.

526 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Jueves 4 de diciembre de 1952

Querido amor mío:

Llegué ayer por la mañana tras un viaje melancólico y feliz. Una noche insomne en el tren, una mañana vagando por Marsella, donde me limpiaron los zapatos en la calle —que es una de mis modestas alegrías— y fui a admirar el mercado de las flores, resplandeciente, húmedo, amarillo como las rosas de diciembre. Estaba sensible, me sentía vivir, pensaba en ti. A las doce, embarqué en Le Kairouan, un barco espléndido; y allí, en mi

camarote diminuto, por primera vez desde hace muchos meses, recobré esa libertad de corazón, esa conciencia de mí mismo, que tanto he echado de menos. La travesía, sin incidentes. Comí como un burro, dormí un rato, soñé paseando por las cubiertas. ¡Qué hermosa estaba la mar y qué tiempo tan templado hacía! Una noche un poco nublada, un poco estrellada, el viento de alta mar, ¡qué fácil es entonces vivir y morir! Dormí, y luego Argel, maravilloso de madrugada, una luna pálida colgada en el cielo claro, por encima de la Casba, mientras enfilábamos el puerto. Sentí dejar el barco.

Desde ayer las horas han pasado deprisa. Como en casa de mi madre, transfigurada y feliz. En cada comida me prepara las sorpresas argelinas tradicionales. Me van a matar, pero son suculentas. Trabajo por la mañana, a gusto y bostezando. (Tengo una habitación en un hotel muy raro, pero veo el mar). Me paseo, hace un tiempo templado, con chaparrones repentinos y soles fugitivos. ¡Me gustaría, me gustaría tanto, que estuvieras conmigo!

Acabo de recibir tu telegrama. ¡A quién se le ocurre trabajar tanto! Aquí vuelvo a aprender la pereza, recupero el sabor del amor. Te quiero, todo en ti me hace feliz. Te sonrío desde lejos, era feliz al sentir tu amor.

Al mismo tiempo tengo una angustia inconcreta. Estoy tan sorprendido al sentirme vivo otra vez que me da la impresión de sentirme en algo así como una cuerda por la que avanzo con cuidado. Tengo la esperanza de no caerme. Estos meses de París eran de verdad meses demenciales. He sido desgraciado y mísero. Por nada del mundo querría repetirlos. Solo quiero quererte, vivir y crear, acabar con la desdicha. Escríbeme, sin forzarte a hacerlo si tienes demasiado trabajo. Cada palabra tuya me arropa, pero de todas formas estás viva en mí, eres mi amor, mi dote, mi valentía. Hasta pronto, cariño, descansa, recupera tu estupenda salud. Te beso con todo mi corazón, con todas mis fuerzas.

A.

527 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

París, 5 de diciembre [de 1952]

Querido amor mío:

Me despierto. Son las doce y media y el teléfono no para de sonar. Me indigna. Ese es mi estado de ánimo. Por lo demás, aún no he recobrado la conciencia desde que te fuiste. Lyon ha resultado todo un trance. El viaje era cansado, el ensayo largo, la representación agotadora y la cena de gala inenarrable. Me pasé un poco con el tinto y el regreso a París transcurrió marcado por la resaca. Por otra parte, los hombres de la casa de Molière son imposibles; me han quitado mis apetencias de cortesana para lo que me queda de vida. Demasiado feos y demasiado tontos; el único que sabe comportarse no deja de ser J[ean] Meyer, y parecía escandalizado por el comportamiento de sus colegas. ¡Y eso que no lo sabe todo!

El miércoles por la noche fui a la gala de *Mitrídate*s.[575] Por lo visto es genial. Yo solo vi un decorado hecho con orina verde, un Mitrídates senil y astuto que les hacía unas cuantas jugarretas a sus dos «nietos» dignos de encabezar el reparto de premios de tontería integral y una Mónima criada en Angulema, avergonzada aún de que la hubieran violado tiempo atrás y dispuesta en todo momento a tomar melindrosamente una taza de té con unas cuantas pastas en el local de Rumpelmayer.[576] Fui con Gillibert, consternado.

Ayer, a las diez y media, me despertó, sobresaltada, el teléfono. Me avisaban de un programa en el que participaba y que había empezado hacía

una hora; sencillamente se les había olvidado decírmelo. Fui, apretando los dientes. Por la tarde, acabé, también en la radio, *La loca de Castilla* (¡Dios le perdone todo el daño que hizo!) y, por la noche, trabajé en *Don Juan*.

Esto en lo que a mí se refiere. ¿Y tú, amor mío querido? ¿Qué tal fue esa travesía? ¡La iba siguiendo en el tren de salida con mucho sentimiento, con mucho sentimiento!

A principios de la semana que viene voy a poder volverme a meter en mi concha e intentar por fin volver un tanto a mi ser. ¡Cómo te echaré de menos entonces! Pero no quiero flaquear, sé que necesitas ese destierro y lo padezco sin padecer.

Te quiero, cariño, hasta tal punto que siempre me siento saciada. ¡Ay!, soy tonta y todavía estoy dormida. Te escribo en la cama, por cierto, y con los nervios de punta por ese teléfono que no para de sonar. Mañana te haré una carta de verdad. Esta solo quiere mandarte un saludito antes del domingo. Te beso largo y tendido, despacio, aún en pleno desbarajuste, pero con todo mi amor, cariño, mi amor increíblemente nuevo.

Te quiero, te quiero, te quiero.

M.

528 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

7 de diciembre de 1952

Querido amor mío:

Domingo lluvioso y húmedo. Llueve en el trozo de mar que veo desde mis ventanas. Estoy esperando a mi hermano para ir a comer a casa de mi madre. Tiene también que traerme una carta que tengo muchas esperanzas

de que sea tuya. Será la primera desde que nos separamos. Ahora he dado una vuelta por todo Argel más o menos. Me quedaré en total una semana (me he esforzado estos días en ganarme la vida y creo que, más o menos, lo conseguiré) y luego me iré en dirección a los oasis de M'zab. El tiempo me ha tratado fatal. Chaparrones casi constantes. Pero ayer, con viento frío y cielo azul, recorrí en coche el Sahel (una zona de colinas detrás de Argel) y he vuelto a ver los pueblecitos en que se afincaron mis bisabuelos de Mahón. En el cementero de uno de esos pueblos he encontrado, tirada en un rincón, una lápida vieja y enmohecida que lleva su apellido. Hace mucho que nadie viene a verlos. Nadie sino un descendiente al que ha corrompido la civilización y que fue ayer para volver a anudar el hilo por unos segundos. Por lo demás, todo en esta comarca es melancólico de tan hermoso como es. Estos cerros, estos valles que se extienden entre el mar, ayer algo amarillento, y el Atlas, nevado ya, tienen un aire de paraíso perdido. Al mismo tiempo, ayer pensaba que tenía una patria, y me sentía menos solo.

Me imaginaba también tu llegada aquí. No sé qué habría dado por guiarte y presentarte personalmente las cosas hermosas que hay en mi país, que sé que te conmovería no menos hondamente. Pero nuestro amor va corriente arriba y pocas veces tiene la suerte de dejar que esta lo lleve. Quizá también por eso es tan vigoroso y resistente, tan paciente y fuerte. Aquí lo reconozco y te reconozco, pequeño Sahel mío, hermoso país silencioso mío (hasta dentro de un rato, hasta tu carta).

Cuéntame en cualquier caso con todo detalle tus días, tu trabajo, y dime que me echas de menos. Estoy contento, creo, aquí, pero inseguro. Incluso dudo de si ir al sur, y lo haré, pese a todo, porque precisamente tengo que romper con mis costumbres y hacerme un alma más nueva. Pero, en todo

esto, sueño con mi costumbre más honda, y mi verdadera renovación, tu mano perfecta, tu hermoso rostro y tu risa.

Hasta pronto, amor mío. Te beso a través de la lluvia, el mar y la triste Francia invernal. Te beso sin tregua y te quiero.

A.

12 del mediodía. Sí, era tu carta, adormilada, pero tibia, tibia para el corazón. Te quiero.

529 — María Casares a Albert Camus

Domingo por la noche [7 de diciembre de 1952]

Querido amor mío:

Tu primera carta, recibida ayer, me ha llenado el corazón de toda una sensibilidad olvidada y me ha devuelto a un mundo del que me sentía desterrada desde hacía mucho. Por desgracia, no ha durado la cosa, estoy demasiado tonta, demasiado reseca, demasiado baqueteada ahora mismo para conservar los dulces fuegos de la ternura o de la vida; pero te agradezco, hermoso amor mío, que hayas sabido infundir paciencia, iluminándola por un momento, a toda esa parte mía que muere de no vivir. He visto Marsella, cariño, al leerte, he conocido su mercado «resplandeciente, húmedo, amarillo como las rosas de diciembre», he soñado yo también por los puentes del barco que te ha llevado a Argel, y he saboreado en lo hondo de la garganta el viento del mar. Entonces todo volvió, revuelto. Las vacaciones, los días de gloria, la arena de poniente, fría bajo los pies, los deseos, las alegrías claras, nuestro amor. Esta

existencia que he tenido que adoptar me ciega por completo, nunca me he sentido chata, tonta, insulsa, tanto tiempo. Me he convertido en papel secante barato. ¿Qué hacer?

Mañana, por primera vez, dispongo de toda la jornada para mí. Pero ¿qué hacer? He intentado volver a empezar a leer; resbalo por las letras; al cabo de unas cuantas páginas tengo que empezar de nuevo desde el principio para volver a resbalar por las letras. He intentado abrirme el alma ante la belleza y he ido a ver una exposición: la colección de B[577] en el Petit Palais. Notaba las piernas, el vientre y los horrores que me rodeaban. Ni por un segundo me paré —parada de verdad— ante un cuadro. Solo Monteverdi ha conseguido sacarme de la barbarie, y las quejas de su Eurídice. ¿Qué hacer?

Hoy he trabajado en los *Seis personajes* bien, muy bien incluso, y volví a casa con Jean G[illibert]. Empezamos con *Andrómaca* el miércoles y, a partir de ese día, ya no nos hemos separado. En marcha *El misántropo*, *Berenice*, Casandra del *Agamenón*, de Esquilo, *Andrómaca* y Mónima[578] si hago ese papel. Con esto, si no vuelvo a la realidad es que no hay ya nada que hacer.

Jean ha estado encantador, relajado, amistoso, tierno, nostálgico. Su mujer, Geneviève, debe de ser —por lo que dice— una «protestante espiritualista» que le resta algo de vida. Creo que echa de menos muchas cosas.

He visto a Michel Bouquet. Digno y muy afectuoso. Ariane ha vuelto de Italia, donde había ido porque la había llamado Pabst,[579] gran admirador de tu obra y deseoso de hacer algo contigo en cine. Michel me ha explicado su desaparición; era desdichado (¿?) y no quería que lo viera nadie. Me gusta mucho, de verdad.

Pierrot está desesperado; Robinson sale de la cartelera el 15. Te envía su

despedida de león.

En la Comédie[-Française] la vida continúa, J[ulien] B[ertheau] asegura que su suegra cree que se ha acostado con Germaine Kerjean, con Denise Noël y conmigo,[580] incluso en Lyon, y dice que lo recibió a cuchilladas cuando fue a ver a su hijo. Las citadas señoras están espantadas y vienen a darme la lata continuamente, cosa que no me hace ninguna gracia, y ni siquiera entiendo dónde quieren a ir a parar todos. Creo sencillamente que a J[ulien] B[ertheau] debería metérsele en la cabeza que las comedias se representan en el escenario; no sé por qué quiere siempre hacer exactamente lo contrario.

En los círculos parisinos se cuchichea acerca de una ruptura Gérard Philipe-Jean Vilar[581] y la vida sigue su curso.

Esto en lo referido al cotilleo, no sé nada más; no he salido mucho y he atendido poco a aquellos con quienes me he encontrado.

En lo referido a ti, nada nuevo que yo sepa; solo me he enterado por *L'Intran[sigeant]* de que estás adaptando *Los demonios* para Marcel Herrand y que este tiene que montar a partir de enero, por cierto, otra adaptación tuya de una obra: *Los espíritus*.[582]

En cuanto a mí, me visto. He ido a José a escoger un modelo a mi gusto. Después de largos minutos de pánico, durante los que creí de veras que no iba a poder escoger nada, di por fin con un vestidito de «organza» que te reservo. Nunca me has visto de organza. ¡Ya verás! ¡Ya verás! Lo malo es que he tenido que, a cambio —no me quedaba más remedio—, encargar algo. Lo he hecho. Un abrigo de manga murciélago. Esperemos que le salga bien; en eso al menos habremos salido ganando. Y esperemos que pueda pagárselo.

Hace un rato, llegó Paul Raffi a casa. ¡Sí! ¡Por las buenas! ¡Aquí te pillo, aquí te mato! Abrí porque habían llamado. ¡Era él! ¡Hola! ¡Hola! ¿Y qué?

¿Qué ocurre? Un favor. ¡Faltaría más! Y se marchó con diez mil francos. Pero lo que más gracia tiene es que tengo algo así como una vaga impresión de que no venía por los diez mil francos; que los diez mil francos no eran sino un pretexto. En fin, en cualquier caso, se marchó con los diez mil francos y también —lo que es más grave— con la promesa de una cita fijada para el miércoles que viene. Por lo demás, sigue siendo el mismo. Su padre se ha muerto, su madre está cerca de ti, en Argelia (¡qué afortunada!), y no se encuentra bien, su hermano está mal, Colette no cambia, la perra sigue pelada; sigue teniendo su hermosa mirada y volantes en los labios. Estaba emocionado, andaba como un cangrejo, me besaba con torpeza, tropezaba con la puerta, se trababa y miraba tu foto con marcada nostalgia. ¡Estoy segura de que te creía en Argelia del todo! ¡Y para siempre!

He recibido una carta de amor de Antoine, pero eso no es nada. He hecho algo peor: he leído su obra llamada *La cárcel*. ¡Dios mío![583] ¡Cómo se puede escribir eso y tan mal! Dice que me quiere sin esperanzas. Bueno, pues yo espero también para él que escriba sin esperanzas; pero ¡no veo motivo para que desespere a los demás infligiéndoles la lectura de sus obras! ¡Y además tanto amor! ¡Amor, amor! ¡Qué barbaridad! Pero ¿qué les ha entrado a todos? ¡Hombres, mujeres! Y además todos me regalan discos. Cariño, ¿qué les pasa? Ya sabes que te había dicho que me sentía p… ¡Bueno!, pues puedes quedarte tranquilo. ¡Se acabó! Acabado del todo… hasta que vuelvas. Porque, cuando vuelvas, con mi vestido de organza… Esa es otra historia.

¡Ay!, amor mío, amor mío verdadero, querido amor mío único en el mundo digno de llevar ese nombre, qué ganas tengo de reír a tu lado. Al empezar esta carta estaba de muy mal humor. Ahora ya estoy lista para vivir, para reír, para quererte con locura. ¡Hermosa ola que va creciendo! No sé si es fácil vivir y morir en el puente del barco que te lleva lejos de mí;

pero sé que es fácil vivir cerca de ti, que es incluso fácil vivir lejos de ti cuando se te quiere y se vive vuelta hacia ti; que a lo mejor debe de ser fácil morir cerca de ti, pegada a ti. ¡Si supieras qué feliz me ha hecho saberte feliz, tranquilo, de vacaciones, de cara al mar, atiborrado de especialidades argelinas! ¡Dios mío, cuánto te quiero y cómo te quiero! Tú también, ¿verdad? Lo sé. Lo noto. Me empapa. Amor mío.

Descansa, cariño, y trabaja. Vive, vive y piensa en mí. Ábrete al mundo y no me dejes. Respira, cariño. Te espero con todo el amor del que soy capaz y del que siempre me creí incapaz, te beso hasta asfixiarme. No te fuerces, pero escribe. Duerme bien, querido amor mío.

M.

530 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

9 de diciembre de 1952

Oye, ¿has acabado de insultar a la Francia invernal? ¿No te da vergüenza hundir así en la desesperación a los pobres infelices que lo pasan mal entre la grisura? ¿No te parece que ya tienen de sobra con birrias de amaneceres encogidos, ante un cielo nebuloso que se pega a los cristales? ¿No crees que los días desiertos y míseros de un París abandonado, frío y mugriento tienen ya en sí entidad suficiente para poner a prueba el valor de los más recios? ¡No! Tienes que venir tú encima a agobiarnos con tus menosprecios; ¡tienes que sacar a relucir todas las nostalgias, que despertar todos los deseos, que traerme el vértigo de todos los sueños, de todas las tentaciones, de todas las necesidades! ¡Anda! ¡Anda! ¡Vive! ¡Agota los oasis, las montañas del

Sahel, las arenas, las hermosas puestas de sol, el mar al fin! ¡Te espero… a la salida! ¡Y poco después ya estará aquí la primavera, y París de fiesta!

Aunque de momento todavía es invierno. ¡Y qué invierno! Amor mío, estoy mohína… Ayer, primer día de permiso. Oí el primer acto del *Don Juan*, de Mozart, y, por la noche, fui a ver *Rashõmon*,[584] la película japonesa, con Denise Noël. Hermosa.

Hoy he recibido tu carta; y además a un periodista; y esta tarde voy a probarme el vestido de organza, y esta noche ceno en casa de Minou[585] con Pierre [Reynal].

¡Y me aburro! ¡Anda que…!

¡Si por lo menos pudiera leer! Pero no; solo me anima la música.

¡Si por lo menos pudiera pensar! Pero no; solo puedo soñar.

Estoy volviendo a la infancia; ¡qué catástrofe! Y además solo tengo ganas de vivir, de vivir contigo.

Espero pacientemente el tiempo de la espiritualidad o de la sensualidad. Uno u otro. Y me aburro. Y solo me alegro de tu felicidad, de tu alegría recuperada.

Y tú, ¿trabajas un poco o te entregas sin tasa a los placeres de la patria? ¿Dónde debo escribirte si te pones a recorrer África hasta el cabo de Buena Esperanza? ¡Ay!, ¡ojalá estuviera a tu lado! Sabría volverme pequeña, callada, inexistente hasta que me llamases. ¡Sabría quererte tanto y tan bien!

En fin, esperemos. Voy a empezar a parecerme a Penélope, una Penélope feliz ahora mismo, pese a todo, y tonta. Mi querido Ulises, perdonad mi carencia intelectual y adquirid para vuestro regreso todos los nuevos bríos que tanto preciso.

Te quiero locamente.

M.

531 — Albert Camus a María Casares

Jueves [11 de diciembre de 1952], *7 de la tarde*

Querido amor mío:

Vuelvo de un día deslumbrador en Tipasa[586] y, aunque ese prolongado esplendor me haya dejado literalmente vacío, querría decirte que mi pensamiento no se ha apartado de ti. No te escribo nada del día que he pasado —siempre es lo mismo y ya te sabes la canción—, te reirías, enternecida con mis manías. Pero para mí esta belleza es siempre joven, encuentro en ella la misma emoción, la misma nostalgia, el mismo corazón oprimido. Querría que fueras en febrero, pero en un día resplandeciente y fresco, como hoy, y con personas que supieran estar calladas. Luego, no necesitaría ya volver a hablarte de esto.

Recibí tu carta Penélope. He retrasado unos días la salida hacia el sur. El coche que me ofrecían no era el adecuado. Al menos, quien iba a conducirlo. Creo que los sublevados de estos últimos días tienen un poco preocupada a la gente y la desaniman a andar por descampados. Mañana sabré lo que voy a hacer. Hay aviones, pero una vez por semana, y además querría *caminar* hacia el desierto, no tomármelo de un solo trago.

Espero que ese periodo de descanso relativo te permita resucitar. Pero no hay que forzar las cosas. Vive en somnolencia, ya te despertarás, victoriosa mía.

Esta tarde solo quería mandarte el ajenjo y mi corazón de hoy, el mejor indiscutiblemente de todos cuantos haya vivido alguna vez. Me da la impresión de que he recuperado hoy lo que vine a buscar a aquí, aquello de lo que he carecido tanto tiempo y de lo que no podía prescindir. Qué exactamente, no lo sé. Ni siquiera puedo decir que se parezca a la felicidad,

esta tarde ando más bien por el lado de la tristeza, pero tengo el corazón colmado. Me parece que ahora podría volver y vivir de esta provisión.

Te quiero, querido amor mío, más de lo que sabría decirte con la cabeza brumosa de esta noche, pero te tengo cogida la mano, estás aquí. Escribe, Penélope mía, te beso apasionadamente.

A.

532 — María Casares a Albert Camus

12 de diciembre [de 1952]

Querido amor mío. Acabo de hacer un esfuerzo intelectual agotador en mi actual estado. Le he escrito una larga carta a Marcel [Herrand] para explicarle los motivos de mi rechazo a hacerme cargo del papel de Mónima en el debut de Jean [Marchat] en *Mitrídates*. Porque estoy decidida a rechazarlo, y aunque he dejado aviso a Jean para que me telefonee, sigo esperando su llamada. Solo sé que, si hubiera aceptado, habría tenido tres o cuatro ensayos antes de arrancar con el papel en provincias con la escenificación de Marchat, y otros tantos o algo menos para seguir con las representaciones en París con la escenificación de Yonnel.[587] Ahora bien, como en esta última habría sido preciso cambiar todo lo mío, no me interesa que me metan en una historia cuyos resultados son de temer. De hecho, ya me la jugué con los *Seis personajes*; no quiero repetir continuamente una gracia así; sobre todo porque se trata de la primera tragedia con la que me metería y debo plantearme este momento con mucha seriedad.

Y ya me he quitado de encima, una vez tomada la decisión, una preocupación que me atormentaba. Lo cual no ha arreglado lo demás. Me

sigo viendo igual de tonta, igual de hueca. Llevo a cuestas a diario mi inagotable paciencia. Lleno las horas con citas sin interés y trabajo por la noche con Gillibert. Hemos leído juntos *Andrómaca, Berenice* y *El misántropo*. Desde luego que es Alcestes, no cabe la menor duda. Lo único que le falta es esa ternura que solo el amor, el amor verdadero, enseña. Él seguramente no ha amado nunca de verdad. En cuanto a la tragedia, está ridículo en general, muy bien a ratos. Cuando se atreve con Orestes o con Antíoco es un fiasco. ¿Te acuerdas de cómo baila? ¡Bueno, pues interpreta la tragedia igual que baila! Y, además, se arma (nunca mejor dicho) con una extraña dicción que tiene parte de la de Yonnel y parte de la de Cécile Sorel. No sé qué le entra. Pero no te preocupes; le digo las cosas con suavidad, poco a poco. A ti ya solo te quedará meter la pata después.

En cuanto a Pierre [Reynal] dice que estoy hecha una mosca coj… desde que te fuiste. ¡Pues anda que él! Precisamente por su culpa he tenido que interrumpir esta carta, y ahora, al ponerme otra vez con ella, son las tres y media y solo me queda tiempo para decirte cuánto te quiero y te añoro para que tengas noticias mías mañana.

A lo mejor el domingo tengo por fin un rato para escribirte en serio. De aquí a entonces, bastará con que sepas que estoy añorante, añorante, que no puedo vivir con normalidad sin ti y que, si no me hubieras enseñado paciencia, me verías aparecer en plena palmera, con un lentisco y una aceituna en la mano, dejando plantado París y sus brumas, y su sol de almidón, y sus figurantes de cartón, y sus preocupaciones frívolas, y sus falsos problemas. En este punto estoy, amor mío. Sé feliz, te quiero y te necesito. Si alguna dicha puede venirte de mis buenos sentimientos, estate radiante; nunca en la vida habrás tenido un éxito tan completo en nada. Aparte de tu obra de creación, mi amor debe justificarte por completo. Te lo digo ahora con cierto enfado; pero, ¡Dios!, qué dulce me resulta decírtelo.

Adiós, saharaui mío. Vive bien, hermoso amor mío. Trabaja, cariño. No me olvides, bienamado mío. Vuelve pronto también, aunque sin azacanarte. Te beso largo, largo y tendido.

M.

Las señas de Marcel [Herrand] para que le escribas unas líneas: Hôtel d’Angleterre et de la Grande Bretagne
Niza.

V V V

533 — Albert Camus a María Casares

Sábado, 10 de la mañana [13 de diciembre de 1952]

Querido amor mío:

Me voy mañana por la mañana a primera hora al sur. No he tenido carta tuya hoy y no la tendré hasta finales de semana, cuando vuelva, porque es más seguro que no pida que me remitan el correo. Yo te escribiré en cuanto llegue, pero tardaré un poco. Hay seiscientos kilómetros más entre nosotros y los medios de comunicación son lentos. Pero estoy triste por irme sin nada tuyo para tantos largos días. Quiero al menos decirte el amor del que estoy lleno y la ternura que me invade cuando pienso en ti. Nuestro amor me acompaña y da sabor a todo cuanto vivo. Vela por ti durante todo este tiempo y no te canses demasiado. Te quiero y solo pienso en volver a reunirme contigo y a seguir queriéndote. Te beso largo y tendido con todas mis fuerzas, con todo mi amor.

A.

15 de diciembre de 1952

Buenos días, cariño. Me acabo de levantar. Son las once y he pasado una buena noche, pese a un dolor de garganta con el que llevo luchando dos días. Hay un sol pálido ante la ventana y no sé por qué tengo impresiones primaverales. ¿Será la resurrección?

De momento, forcejeo. Con la Comédie[-Française], que quiere hacerme volver el 9 de enero por la noche, después de la conferencia que tengo que ilustrar en Bruselas ese mismo día. Con la Comédie[-Française], que ya no quiere darme mis ocho días de permiso en febrero para disfrutar de Tipasa. Con Jean Marchat, que quería hacerme interpretar a Mónima en provincias sin ensayar; con Jean Marchat otra vez, que insistía para poner *Mitrídates* en el [teatro] Français con la escenificación de Jean Yonnel.

Y he aquí los resultados:

1) Volveré la noche del día 9 de enero a París.

2) Espero conseguir de Meyer que me deje libre el jueves 6 de febrero.

3) Interpretaré a Mónima en provincias tras quince días de ensayos con Jean.

4) Solo trabajaré en *Mitrídates* en París con la condición de que la escenificación sea la de J[ean] Marchat.

Esto en cuanto al trabajo por venir. El que está en marcha sigue adelante en plena revolución. Porque la Comédie-Française se ha sublevado. Dos bandos: los anti-Boitel y los boitelianos, estos esquivando a aquellos, aquellos insultando a estos por los pasillos y no dirigiéndoles la palabra sino para insultarlos. Por los pasillos se oye: ¡vendido! ¡Cabrón! ¡Basura!,

etc., y hay un barullo tremendo. Entretanto, aparte de Meyer, nadie prepara nada, nadie ensaya nada, nadie monta nada. ¡Y allá que vamos!

En cuanto a lo demás, aún no he conseguido saber cómo paso los días. El estado de ánimo está mejor, pero los hechos siguen siendo igual de desconsoladores. Veo a personas increíbles que me piden citas solo para verme y que no me dirigen la palabra cuando las tengo delante. Me pruebo mi repollo de organza y ese abrigo cuyo desconocido precio me tiene sumida en la angustia. Gasto a lo tonto más dinero del que tengo. Veo a Pierrot más triste que un orinal y aterrado al pensar en el futuro inmediato. Duermo mucho. Como poco. Y trabajo con regularidad con Jean Gillibert, cuyos progresos me dejan pasmada, aunque yo no le he dicho nada del otro mundo; solo por el hecho de leer juntos a menudo, al final acaba por actuar como yo. Ya no aparecen en su dicción ni Cécile ni Yonnel; antes bien, a veces se reconocen mis languideces en un verso, mis arrebatos de nervios en otro. ¡Lo prefiero, sin faltar a la modestia! Vamos a poner a punto *El Cid* y *Berenice* antes de que vuelvas. Ya dirás qué te parece.

Anoche me trajo a su mujer. Dijo ¡hola! como todo el mundo. Luego, se sentó espontáneamente en un rincón y fue siguiendo en otro cuadernillo los textos de Tito y Berenice que estábamos leyendo. Luego comió con nosotros en la cocina; me acuerdo porque fui yo quien le puso en el plato un poco de sopa y un poco de conejo. ¡Luego habló! Dijo: «Me marcho. Tengo que prepararme el examen», pero como Jean quería seguir trabajando en Rodrigo, cogió sus libros y fue a instalarse en mi cuarto. Por fin, dijo «adiós» como todo el mundo antes de irse. Es encantadora.

¿La vida parisina ahora? No tengo ni idea. Solo he recibido una notita de tu amigo Pauwels[588] avisándome de que dejaba la dirección de *Arts*, así como a sus compañeros, por «motivos éticos». He pensado que la revista tomaba esta vez el camino de la decencia.

[Maurice] Clavel me llama continuamente; pero aún no ha conseguido nunca llamarme cuando estaba en casa.

En lo referido a mí, como te decía hoy me noto leves movimientos en el alma. Esbozos de impulsos. Revoloteos que no podría sospechar una mente menos atenta que la mía. Pero ¿qué quieres? Yo no tengo al alcance de la mano las innegables bellezas de Tipasa, y las tormentas silenciosas del desierto caen demasiado lejos para que vengan a ayudarme. Así que duermo mi sueño de invierno mientras el hombre al que quiero va a buscar en la otra punta del mundo la fuerza de vivir que le falta a mi lado. ¡Lo que hay que ver! ¡Hay que estar armado, con casco y blindado para oírte hablar! Y tiene gracia, ¿eh? Pese al alejamiento, pese a mi soledad, pese a tu alegría por la ausencia, pese a lo que me dices, nunca tus cartas me han hecho tan feliz. ¡Imagina mi amor! ¡Imagina también el poder que te da tu patria! ¡Imagina, por último, mi dicha al saberte otra vez en consonancia con ese mundo tan hermoso contra el que París te coloca! ¡Y, en tu plenitud recuperada, reserva un pensamiento para la desterrada de sol, la desterrada de patria, la desterrada de la tierra de los vivos, puesto que la has dejado! Aquí me paro. Es demasiado.

Querido amor mío, ¿trabajas, pese a todo? ¿Y vives bien? Me dan miedo tus viajes por el sur. ¿No temes nada de lo que ocurre? Cuídate, amor mío. ¡Piensa en mí! Y vuelve a mí cuando quieras, pero lozano, joven, fuerte, resplandeciente, guapo como eres tú. Intentaré por mi parte no dejarme abatir para no parecer a tu lado una manzana reineta al lado de un almendro.

Te quiero. Te adoro. Te espero. Te beso. Peno por ti.

M.

Pierrot, Jean, Ángeles, Juan te dicen hola.

535 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Laghouat
Lunes 15 de diciembre [de 1952]

Querido amor mío:

Te escribo desde Laghouat, donde llegué ayer después de un largo paseo por las Altas Mesetas y el Atlas sahariano, un paisaje monótono y fascinante. Es, por lo demás, la palabra exacta. Estas comarcas del sur me tienen literalmente fascinado y renuncio a describírtelas. Laghouat es un oasis hermoso, es decir, un pueblo grande de casas chatas y paredes amarillas y blancas rodeado de un palmeral verde oscuro, adosado a las últimas estribaciones corroídas del Atlas sahariano, al filo de la inmensidad que se extiende ante él, hasta perderse de vista; aquí es donde me voy a mirar, en la azotea de la mezquita, sin cansarme, esa soledad prodigiosa. Mañana me internaré más para dirigirme a Ghardaya, que está doscientos kilómetros más al sur. Tranquilízate, me pararé ahí y volveré a subir el viernes a Argel. Entonces tomaré decisiones para la vuelta.

Lo malo es que he cogido una bronquitis leve, que además se irrita con la arena de que va cargado el viento. Porque hace frío en el desierto, mucho frío incluso. Esta noche ha helado. Y hay que imaginar un viento a un tiempo frío y polvoriento. Le quema a uno el pecho a través de capas de ropa y chirría en los dientes.

En este momento envidio las gruesas chilabas de estameña que llevan aquí los árabes. Mi cazadora de cuero y mis tres jerséis no abrigan tanto. Menos mal que el viento se está calmando un poco esta noche. Y mañana, para circular por la línea recta y monótona que atraviesa doscientos kilómetros de estepa, tendré la luz quieta y fresca que tuve ayer, una luz

extraordinariamente pura y precisa, como un agua transparente que fluye, para avivarlos, por los maravillosos colores que toma aquí la tierra. Volveré a ver también las tiendas negras de los nómadas, pobres e imponentes, que me gustan. Me siento un poco de su raza, que nunca está verdaderamente afincada en un punto de la tierra, aunque, sin embargo, no amen sino esta tierra tan pobre y tan pelada. ¡También pensaba en ti, emigrante mía, amor mío!

He pasado el día vagabundeando por el oasis. Mi habitación del hotel Saharien justifica el rótulo de este notable establecimiento y apetece más estar fuera, pese al viento, o más bien por el viento. Estoy solo aquí, donde no conozco ni a un alma, y me alegro de poder recuperar un poco mi propio control. Luego podré regresar hacia ti, hacia tus cartas primero, que me están esperando en Argel, hacia ti después, y tengo la esperanza de hacerte más feliz y serlo yo entonces. Me pregunté por un momento, y lo notaste, si no estabas dejando hasta cierto punto de quererme, si no te encaminabas hacia un sentimiento más desapegado, menos vehemente; me sentía desgraciado de verdad, a mi manera al menos, que no es exaltante. El sufrimiento en mí es siempre adusto, no tengo ese don. Pero aquí todo vuelve a su sitio, veo mejor lo que ya sabía, lo difícil que es tu vida; y la nuestra, más difícil aún; y también al compañero penoso que puedo ser. Y comprendo que nunca me has dado tantas pruebas de amor como en estas últimas semanas en las que arrastrabas por donde ibas tu propio cansancio. Perdona al que te quiere. Porque te quiero desde hace tanto tiempo que ya no veo muy bien la diferencia entre tú y yo, a veces apenas si te veo, como si avanzásemos en la oscuridad cogidos de la mano. No sueltes esta mano mía, eso es todo, y vivamos nuestro amor tal y como es. Todo cuanto tengo que hacer, en lo que a mí se refiere, es no dejar que se endurezca en mí la parte libre y lozana de la que sale todo lo demás. No resulta fácil, viviendo

como vivimos, pero sé que es posible cuando recupero en mí, como esta noche, a miles de kilómetros de ti, pero en el maravilloso silencio de esta tierra, la verdad de mi amor.

Ha caído la noche, en efecto. Aquí, como en todas partes, es para mí la hora difícil. Voy a ver si encuentro una estafeta. No sé cuándo te llegará esta carta y no te escribiré antes de llegar a Argel. Pero querría que te llevases toda la gratitud y el amor por ti que noto en mí. Sí, te quiero y te admiro, más aún que el primer día. Deseo con todas mis fuerzas poder traerte un día a esta tierra que tanto se te parece y quererte aquí con mi corazón de hoy.

Adiós, nomadita mía, que ahora juega a las sedentarias, me pregunto qué estás haciendo, querría echarme pegado a ti y oír, como esta noche, los perros roncos de los árabes y el viento en las palmas. Te beso, te estrecho contra mí, te quiero y te espero.

A.

536 — María Casares a Albert Camus

19 de diciembre [de 1952]

Querido amor mío:

En esta ocasión creo que puedo por fin decir: ¡mi mente es mía! Ya te había anunciado sus primeras manifestaciones, muy inconcretas aún. Anoche, en la cama, en *le petit coucher*,[589] estuve llorando mucho rato. Hoy pienso, reflexiono, siento, todo vuelve a estar claro, la lluvia me molesta, deseo el verano, la vida, el mar, la hermosura y te quiero con un amor recién estrenado, un poco friolero, pero rebosante de salud, de energía nueva, de claridad recuperada. Añoraba en mi desierto de barro las penas y

las alegrías que me hacen vivir; en este largo destierro me sentía muy indefensa, estéril, huérfana, mísera. Pero esta mañana he sabido, por la tristeza del corazón, por las prolongadas nostalgias que he sacado del sueño, que había vuelto a poner un pie en mi patria y que, aunque aún no pueda entrar en las llanuras abrasadas de Castilla, al menos estoy sólidamente afincada en la mismísima entraña de los prados de mi Galicia. Viajo, pues, hacia ti, saharaui mío. Pronto nos reuniremos y pronto vendrán la primavera y el verano a liberarnos de estos meses difíciles que hemos pasado.

¡Cómo has podido creer que el amor que te tengo se estuviera desnaturalizando! ¡Cómo has podido suponer que pudiera desviarme del único camino que me vincula estrechamente a este mundo! ¿Estás loco? He intentado, cierto es, inventarme ambiciones nuevas; he querido hacerte llevadero todo el peso de mi pasión, tan difícil de soportar cuando se aferra del todo a ti; las circunstancias me ayudaban en el terreno de mi oficio, el único capaz de tentarme; me descubría a mí misma nuevas fuentes de talento, fuerzas juveniles, y también un material nunca explorado aún; todo ese teatro que nunca había abordado aún. No necesitaba más; me abalancé sobre él. Y luego vino el trabajo, el agotamiento, otra vez trabajo, de nuevo agotamiento, y otra vez y siempre la fiebre de hacer más, y mejor, más, y esa terrible sensación de impotencia y de tristeza. Hermoso amor mío, también las alegrías de mi oficio las hallo solo en ti, cuando recibo una notita, durante un descanso, en la que leo «formidable», cuando me miras al final de una representación con ojos cálidos y húmedos, cuando me quieres a través de lo que acabo de hacer, de tu amor que puebla cielo y tierra. Entonces, y solo entonces, me meto en mí, en lo hondo de mí, y vuelvo a vivir cada una de las escenas que acabo de interpretar, imaginando tu mirada, tu cara, con cada uno de mis gestos, con cada una de mis palabras. Sí; no cabe duda, sigo siendo una niña. Me preocupa un poco; pero así es.

Sigo siendo una niña y te quiero locamente, como una niña, como una mujer, como un dios también a veces (una diosa, mejor dicho). Pero dios o diosa lo soy solo para ti; solo tú puedes volverme así, solo tú tienes para mí un poder mágico, solo tú puedes hacerme crecer, crecer, crecer. ¡Y dudas de mi amor! Vuelve en ti, cariño, despierta, tienes que ver y que dejar las dudas inútiles. ¡Tienes que ver!

Trabaja. Empápate bien de todo cuanto amas. ¡Vela por ti! ¡Ay, sí! Ten cuidado con los acontecimientos y también con las bronquitis que se irritan. Piensa lo importante que es que me vuelvas lleno de vida y de fuerzas. Cuídate. ¿No me ando con cuidado yo? Me cuido y me mimo mientras te espero. Vela, vela por mi amor.

No te cuento nada de mi vida parisina, me aburre. De hecho, si estuvieras aquí, esta mañana me habría gustado tumbarme, pegada a ti y quedarme callada; te digo que estoy en plan melancólico, y quizá también tormentoso, aunque bien gobernado.

Que no se te olvide: vela por ti. Te espero para vivir, para reír, para hablar sin ton ni son, para quererte, y también para saborearte.

M.

537 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes 19 de diciembre de 1952

Querido amor mío:

Volví anoche del sur, cansado del duro viaje de regreso, pero con la cabeza llena de imágenes cálidas y el corazón colmado por lo que he visto y

amado allí. Tendría que haberte escrito anoche mismo, primero para que compartieras mis recuerdos y también para tranquilizarte con respecto a mi falta de consideración. Si hubieras visto mi pánico al no encontrar nada tuyo, al comprobar que llevabas diez días sin escribirme, arrojándome sobre el papel para redactar el telegrama de los náufragos, te habrías tranquilizado acerca de los culpables goces que hallo en la ausencia. Por fin, el portero del hotel me subió un paquete olvidado y encontré tus dos queridas cartas. Reía de alegría al leerlas y te llamaba con todos los nombres tiernos que te digo cuando estoy solo. Sí, eres buena y cálida y estás viva sin tregua en mi corazón. Que no te indignen mis goces lejos de ti. Son goces de convaleciente, secretos y prolongados, que comparto contigo. La vida que llevo en París me agota y me esteriliza. No podía más y temía descender hasta ese momento en que ya solo podría tener la seguridad de mi amor sin saber disfrutar de él y vivir de él. Sé indulgente con mis debilidades. Aunque no se tratase más que de mi oficio, tal y como lo vivo yo al menos, ya bastaría para destruirme. Pero en todo esto solo he pensado en nuestro amor y mi única voluntad ha sido mantenerlo por encima de todo lo demás y hacerte, como pudiera, feliz. Sí, amor mío, mi niña, amada mía, no hay nada en todo esto que no pueda ser para ti motivo de orgullo y de ternura. Guárdame ese corazón que no ha dejado de arroparme y de engrandecerme y déjame siempre tomarte en mis brazos para la única vida que quiero.

Pero tendría que haberte escrito esto ayer, cuando lo único que sentía era mi maravilla y mi amor. Esta mañana me ha llegado mi correo de «negocios» y el innoble París ha vuelto a asomar. Te ahorro los detalles, pero *Arts* publica mi prólogo a Wilde sin autorización,[590] siendo así que iba a salir en la revista de los amigos de Char, los Zervos; mis «amigos políticos y literarios» me desaconsejan que publique mi «Post Scriptum»;[591] *L'Humanité* vuelve a insultarme, etc., etc. ¿Es que no va a ser posible

que me dejen en paz? Cúanto daría por vivir aquí, o en algún sitio parecido, contigo. Y cuando digo que echo de menos el sur, y mi hermoso desierto, quiero decir que lo echo de menos contigo, igual que lo he amado contigo.

Pero acabemos con esto. Aquí van mis proyectos definitivos. Salgo el lunes para Orán, donde me quedaré dos o tres días, embarcaré luego rumbo a Marsella e iré a ver a Marcel a Niza. Volveré con Michel Gallimard en coche. Así que hay que esperarme entre el 1 y el 3 de enero. Cuando recibas esta carta, una semana más o menos, apenas algo más, nos separará. Llegaré dispuesto a pasar por alto todo cuanto me hace daño y lleno de posibilidades para mi trabajo (he estado ya trabajando en cosas por fin nuevas para mí, ya te hablaré de ello). Un poco más de paciencia, tierna mía, solitaria mía, adorada mía, y volveremos a vivir nuestro amor, pero con más fuerza y más riqueza aún. Ponte guapa y viviente si puedes, pese a todo el trabajo que tienes. Recíbeme en tu corazón maravilloso, en ti también, a quien deseo y, de aquí a entonces, sígueme queriendo como siempre me maravilla que me quieras, como te quiero yo también, hermoso desierto mío. Te beso, sí, te cubro de besos y te espero ahora

A.

Hasta el jueves puedes escribirme al Grand Hôtel, Orán. Luego, te pondré un telegrama. Dile a Pierre [Reynal] que le contestaré.

538 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

23 de diciembre [de 1952]

Querido amor mio:

Estoy muy nerviosa esta mañana. Para empezar, he recibido del Ministerio de Hacienda una hoja en que me anuncia que tengo que pagar, del año *1949* (¿?), la cantidad de cuatrocientos mil francos, y eso antes del mes de marzo. Confío en que haya un error de fechas, porque me resulta imposible creer que un simple pago atrasado pueda ascender a tanto; pero, como no entiendo nada de estas cosas, estoy aterrada. Ya me resulta difícil pagar el resto; si tengo que añadir esa bobadita, nunca podré salir de esta. Para acabar así, mejor no trabajar.

Por otra parte, los sucesos ocurridos en la Comédie[-Française] han llegado al colmo de la bajeza y no creo poder contar con asco suficiente para responder a ello. Si esto sigue así, presento la dimisión sin demora.

No te hablo de lo que me cuesta tomar una decisión para actuar en *Mitrídates*; Mónima me aburre; es un papel con el que no me atrevo, lo coja por donde lo coja, aunque ande de puntillas, medrosa, temblando al pensar en si quebraré sus tabiques, extraviada; y como, de hecho, la confianza en mí misma que me sostiene tan a menudo anda en esta ocasión de lo más ausente, voy al azar y solo me empuja el trasero mi tozudez y pensar en mantener la promesa que le hice a Jean.

Por lo demás, todo va bien. He recuperado el apetito y mi sueño de niña pequeña, la buena pinta y la buena salud. Anoche fui a ver *Tartufo* y volví feliz, como siempre que acabo de presenciar un buen espectáculo. Esta semana que me separa de ti la he llenado de caras, y voy a «recibir» hasta que vuelvas. A Michel Bouquet y Ariane, Minou y su hermana Pierrette, Louise Conte,[592] *[L. Kender]*, Hirsch,[593] Charron,[594] Gillibert, etc., les voy a hacer los honores de casa y podrán oír la *Odisea*, de Monteverdi, *Don Juan*, a Dinu Lipatti tocar catorce valses de Chopin (¡de qué forma!), y extasiarse, y llorar, y despotricar cuanto quieran en nuestro pequeño

palomar. Ya les he avisado de que iré a acostarme en cuanto me note cansada. También tengo que hacer grabaciones de radio y actúo con bastante frecuencia; pero naturalmente lo gordo del trabajo se queda para el mes de enero y empezará, por supuesto, a ocuparme todo el tiempo a partir del 5. ¡Faltaría más!

¿No basta para agriar a la persona más encantadora? ¡En fin! «¡A mal tiempo, buena cara!».[595] ¡Qué se le va a hacer!

Mañana por la noche actúo en *Don Juan* y vuelvo luego a casa a comer un pavo con Juan, Ángeles y Pierrot, un Pierrot con los carrillos hinchados, desdentado, o casi, a la espera de una dentadura que tienen que ponerle cuando le hayan sacado las pocas muelas que le quedan todavía. Tomaremos un poco de champán y, entonces, alzaremos las copas en tu honor y me sentará tan bien pensar que existe aún alguien por quien se pueda hacer algo así de buena fe que se me olvidará incluso el amor que te tengo para no pensar sino en lo que eres. Será un momento solemne, cariño, un momento consagrado a la fidelidad, y a la gran fidelidad, a esa que nos vincula a todo cuanto hemos querido ser, a cuento hemos querido hacer de nosotros. Sé de gente que te besaría en ese momento si estuviera allí, y que te darían las gracias.

En cuanto a ti, al coger el tren, el barco, para volver, deja ahí tus preocupaciones. Ármate bien. Y vuelve pronto con exigencia para ti y para mí; con rigor. Pero con total indulgencia para los demás, o con sentido del humor. Es la única forma de vivir cuando se es incapaz de adoptar un destino de piedra. Haz lo que tienes que hacer. Pocas veces se encuentran hermanos en París, pero existen y ¡qué no se haría por ellos! Ánimo, amor mío. En lo más hondo del desánimo, la idea de que estás ahí y que me quieres me ha enardecido siempre el orgullo, la felicidad. ¡Ojalá mi

presencia pueda proporcionarte, en este año que viene y en todos los que te quedan por vivir, las alegrías que tú me das!

Y qué más decirte sino que pronto vendrá la primavera y que llegará otro año para confirmar una vez más nuestro amor, ¿estás ya seguro de él? ¿Empiezas a entender que te quiero? ¡Sacrílego!

Voy a escribir a Marcel [Herrand]. Así sabrás de mí en Niza. Y ahora voy a esperarte en la alegría.

Querido amor mío, he expresado mal en esta carta el agradecimiento que te debo; pero notas, ¿verdad?, notas mi dicha. En cuanto a mi amor, sabes de él continuamente en tu corazón, lo reconoces también en la cabeza cuando el desierto te devuelve a la sensatez. Es todo cuanto necesito. Es todo cuanto necesitamos, me parece, para vivir lo mejor posible. Eso y la preocupación por nuestra integridad. Luego podemos morirnos, ¿no te parece?

Toda mi gente de aquí te besa con todo su corazón, muy fuerte. Y yo, cariño (¡anda!, tengo los ojos llenos de lágrimas), te tengo abrazado mucho rato, tantísimo rato… Hasta muy pronto, amor mío.

M.

V

539 — Albert Camus a María Casares

23 de diciembre de 1952

Querido amor mío:

Ya estoy, pues, en Orán, que decididamente huele a España por todo lo alto. Tenía la esperanza de encontrar aquí una carta tuya, pero no he tenido

esa suerte, y me siento un poco vacío y errabundo. Intento poner en orden y dar forma a las notas que he reunido aquí. Voy a hacer una o dos escapadas tierra adentro, a Tremecén, antigua ciudad del islam, y también a un antiguo puerto fenicio que querría ver, Honaine. Embarcaré dentro de tres días, el 27 para ser exactos; estaré el 28 por la noche en Marsella.

He vivido hasta ahora en una especie de exaltación sorda. Pero desde hace unos días tengo un bajón. Por supuesto, no esperaba solucionarlo todo al irme. No se resuelven los problemas dándoles la espalda. Pero puede uno irse a concentrar un poco las fuerzas, a recuperar cierta elasticidad. Luego se vuelve al combate. Desde ese punto de vista, creo que he recuperado parte de las fuerzas. Pero ahora me encuentro con los problemas que se me plantean como escritor y, en general, como hombre, y su inmensidad me angustia un poco. Como siempre en semejante caso me siento superado, insuficiente.

Pero tengo que aceptar mi tarea, y voy a intentar, como pueda, plantarle cara. Pienso en este momento en las decisiones y las resoluciones que tengo que tomar para mi trabajo y para todo lo que me espera. Lo esencial es reunirme contigo y conservar en mi vida al menos esa verdad que he encontrado a tu lado.

He comprado los periódicos de París. He leído las increíbles historias del [teatro] Français. ¡Pobre, en medio de ese avispero! Pero tú tienes el arte de pasar sonriente por entre esos tratos, una armadura invisible te protege. Tienes razón cuando dices que sigues siendo una niña, al menos en algún aspecto. Es la parte intacta, la que les falta a esos adultos de arriba abajo. Creo, sin embargo, que no te conviene ir más allá de los plazos que te habías fijado. Por cierto, he visto *Fuenteovejuna*, interpretada por el Centro Regional de Arte Dramático de Argel. Algo indescriptible. Abominablemente interpretada y montada, pero con un empuje tan terrible

que el público, voceando y al rojo vivo, estuvo a punto, en el momento de la sublevación, de prenderle fuego a la sala, de tan entusiasmado como estaba. Ese es el público que necesitaría el TNP, pero el TNP no es el teatro que él necesitaría. Había también ballets (te lo aseguro), pero no a la española, más bien del estilo de *El lago de los cisnes*. ¡Y la tortura, muy lograda! Los pacientes berreaban detrás de un telón gris delante del que Laurencia y Frondoso se hacían el amor. Nunca he estado de mejor humor en un espectáculo.

Bueno. Son las siete de la tarde. Voy a bajar a las calles. Es la hora que me gusta en esta ciudad. Las tiendas están cargadas de neón como para destrozarle los ojos de un ciego y las calzadas, atiborradas a más no poder, las recorre un paseo[596] gigantesco; uno se siente solo, acompañado e ingenuo. Me gustarías aquí. Ah, no te he dicho que tu última carta, la de la resurrección, me había escanciado alegría y fuego. Yo también te quiero, valerosa mía, con un amor que tiene todos los colores, todos los poderes, atento y ciego, formal y desordenado. ¿Qué haría yo sin ti? Ese valor que tanto necesito, que tan cerca estoy de perder en tantas ocasiones, ¿cómo iba a tenerlo en una vida de la que tú hubieras desertado? Sí, quédate a mi lado y hagamos entre los dos lo que no podríamos hacer solos. Pronto, pronto, mis brazos rodeándote y volveremos a ponernos en marcha. Te beso con gratitud, con deseo, con amor.

Escribe (hasta el 27 por la mañana) y dime todo lo que necesito incesantemente. Te quiero.

A.

540 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[597]

24 de diciembre de 1952

FELIZ NAVIDAD Y TIERNOS DESEOS ALBERT

541 — María Casares a Albert Camus

30 de diciembre de 1952

¿Qué, querido amor mío, quieres una palabra mía? ¡Una palabra! Pero ¿cómo iba a poder decirte en una palabra sin más lo que siento cuando oigo tu voz por teléfono, cómo dejar reducida mi vida, y en consecuencia la vida, a una palabra? No, cariño, no soy Dios y la única palabra mía que pueda decirte lo que me gustaría que supieras tendrá que cargar con el peso de una larga existencia y rematarla. Por ahora, gracias sean dadas al cielo, tenemos aún camino por recorrer juntos, alegrías por compartir juntos, penas que padecer juntos. Todavía ando en los largos y aburridos discursos de los que se puede dudar, en los bienaventurados balbuceos, en las miradas, en las esperas, en los deseos, en lo que se deplora, en las exigencias, en las promesas, en el amor adulto, formado, floreciente, pero tan joven, tan joven… Creo, de hecho, que, por desgracia o por ventura, y también por lo que tú eres, nunca llegará el tiempo a transformar esta relación poco común que hay entre nosotros. Nuestro amor es un acontecimiento de cada día que surge, nuevo, cada mañana, que se lo juega todo cada mediodía, que muere por la noche en un sueño solitario, y que resucita milagrosamente al alba, o algo más tarde. Así que no puede envejecer; no tiene sino una madurez de recuerdos, de tradiciones que se transmiten de padre a hijo, de día en día, de mes en mes, de edad en edad; es un europeo joven criado en Florencia, en

Toledo, en París, y ahora desterrado en los más secretos oasis del Sáhara. Al morir, si conservo la conciencia, diré: ¡ah!, y entonces ya lo habré dicho todo, y la retahíla inagotable de bobadas que te mando aquí cobrará entonces forma humana, parlante, inteligible, y para mí referirá una de las más hermosas historias de amor que pueda darse. ¡Para tus ojos, claro!

Me hace muy dichosa saberte bien de salud. Es lo primero que cuenta cuando se dispone uno a desembarcar en París. Estás bien, me sigues queriendo, tienes trabajo por hacer. ¿Qué más pides para un año que empieza? ¿Sino que yo corresponda con otro tanto?

Bueno, pues te toca también ser feliz. Estoy bien, te quiero cada vez más con mayor plenitud y tengo trabajo por hacer. En lo referido a esto último, solo tú me faltas para insuflarme una confianza que está claro que he perdido; en cuanto a la salud, me he permitido no esperarte. Estoy que me salgo de madre… y de los vestidos; el último que me compré, el repollo de organza, sucumbió en la primera salida, reventó ya al principio de la velada, que pasé con Ángeles, Juan, Minou y Félix Merveilleau (nuevo nombre del tritón) en el nuevo cabaret que acaba de abrir Pepita de Cádiz: Villa Rosa. Nos había hecho el honor de *invitarnos*; incluso insistió una barbaridad; después de pensárnoslo mucho, nos decidimos y aceptamos la *invitación* (yo, para dar gusto a Ángeles), y cuando, a las cinco de la mañana (no quería forzar el irnos, también por aquello de la *invitación*), Juan pidió la cuenta de las tres botellas de champán a las que tenía empeño en invitarnos él, le presentaron la bonita cuenta de treinta y dos mil quinientos francos. ¡Esto fue el día de los Inocentes!

Nos volvimos a casa muertos de cansancio y de pasmo, con cara escandalizada. Yo me agarraba el vestido, que se rasgaba cada vez más, sin parar; Minou se dormía. Ángeles le montaba una bronca a Juan. Juan echaba pestes; y yo bendije al cielo, sin que sirva de precedente, por que no

estuvieras aquí, pues me habría dado mucho miedo tragarnos un farol y que se averiase Desdémone, rematando así una fiesta tan alegremente iniciada.

En cuanto a lo demás que hago en el día, te lo contaré todo cuando vuelvas. He visto a mucha gente, sobre todo a mujeres, mujeres por todas partes; mucha música, los valses de Chopin tomándome siempre por George Sand, Orfeo (Eurídice era yo), don Juan (como si viviera *Don Juan*), las *Estaciones*. He trabajado más o menos en mis clásicos, salvo en Mónima, que tiene el poder de dormirme. Ayer, como me sentía con disposiciones para la poesía, aproveché para preparar los poemas que tengo que recitar en Lieja durante la conferencia de Arland.[598] Dos de ellos emocionan, el «Juicio» de Aubigné y la oda de Théophile de Viau al «M[onsieur] de L…, en la muerte de su padre». Me gustaría conseguir decirlos bien, para complacerme a mí; y, para complacer a Arland, me gustaría no estropear mucho los demás, dado el entusiasmo que siente este querido amigo por mi compañía y que me halaga.

Mañana actúo. Pasado actúo. El viernes actúo. El sábado te espero. El domingo actúo demasiado para atreverme a esperarte. Y el lunes, ¡por fin!, el lunes te veo, te toco, y nada más, creo, dada la fecha. ¡Ay!, ¡ya lo sé! En este momento no debería pensar en más placeres que los del alma; pero hace semanas que clama en mí algo que no viene solamente del corazón. Así que me subo por las paredes.

¡Ven! ¡Ven corriendo! Se acabó el tiempo del heroísmo. Se pasó la hora de la bondad y ha llegado la de la exigencia, que clama por tu ausencia. Vuelve, querido amor mío. Te quiero aquí. Te deseo. Te necesito. No puedo seguir callando. Te añoro. Echo de menos tu absorbente presencia. Estoy asqueada de soledad. Me abraso. Ven a hacerme vivir. Me muero de amor. Te dejo que te vayas, como si tal cosa, sin quejarme, pero me resulta imposible vivir sin ti

M.

542 — Albert Camus a María Casares[599]

[31 de diciembre de 1952]

¡Feliz y cálido año, amor mío!

A. C.

1953

543 — María Casares a Albert Camus[600]

Lille, 18 de enero [de 1953]

Cuatro líneas, amor mío querido, para que estés al tanto desde ya de nuestros éxitos y nuestras vicisitudes.

El viaje empezó bien. Salimos de París con retraso, nos quedamos sin gasolina por el camino y, por último, como nuestro chófer tiene más de poeta que de conductor de autocar, llegamos a Arras pasando por Cambrai, lo que nos supuso un recorrido adicional de cuarenta y cinco kilómetros.

Así que tuvimos el tiempo justo para cenar antes de ir al teatro. La función fue de maravilla y volvimos al autocar a la una y media de la madrugada para ir al hotel Royal de Lille, donde íbamos a alojarnos. Fue un viajecito normal; solo hubo un momento en que nuestro poeta casi aterriza encima de un árbol, había visto hojas (¡con el frío que hace!): no eran más que estorninos.

Preciosa lección.

Hoy he dormido hasta muy tarde; me desperté a tiempo para desayunar a lo grande en mi habitación, rodeada ya de varios elementos de la compañía que, después de telefonearme por turno, se fueron juntando en mi habitación.

Esta noche cenaré con Malembert y Thomas para encargarme de las luces y mañana tengo que ir a la televisión para asistir a un pequeño cóctel y actuar.

Me encuentro bien, a pesar de este tirón en los riñones que me impide calzarme con soltura. Me pregunto si no será un pecado que se me ha metido en las entrañas y me obliga a ir estirada para siempre jamás, con la pose execrable del orgullo. Y así, erguida en mi asiento, «voy errante, voy errante, alma en pena», por las anchas y heladas llanuras del norte, en medio de un caos de risas, de motores, de aplausos y de ruido de platos.

Mi casa rodante es demasiado cómoda; los asientos se reclinan hacia atrás, son de cuero y están altos. Cuando estoy sentada no me llegan los pies al suelo y no paro de escurrirme hacia delante y encima de mi dolor. Es como si mi cuerpo, que, como sabes, alberga toda mi verdad, quisiera desesperadamente adelantarse en el espacio y en el tiempo para llegar por fin al final de esta carretera infinita que parece que nace y muere sin cesar debajo de las ruedas del autocar.

Dicho lo cual, como por tres, duermo apaciblemente y, a pesar de una tristeza taciturna que solo la carretera consigue confundir, me siento llena de valor y dispuesta a aprovechar bien el tiempo que me separa de ti.

Pero ¿qué tal estás tú? Intentaré telefonearte mañana o el domingo. Tu gripe no me quita el sueño; pero lo que me tiene más preocupada es lo «disperso» que estás actualmente.

Quédate en París o vete; pero resiste a la tentación y reconcéntrate en cuanto estés en condiciones de hacerlo. Ya sé que hay momentos para recuperarse y que son necesarios, pero temo por ti la lengua de fuego del teatro, esa hoguera que hay que alimentar continuamente y que esteriliza todo aquello que no nutre su propia llama.

Como ves, sigo leyendo *Moby Dick* y como ves sigo teniendo mi adaptabilidad de actriz.

Amor mío querido, se podría pensar que ahora estamos viviendo mal; pero yo no estoy tan segura. Naturalmente, nos vendría bien estar juntos

todo lo posible; pero tú y yo sabemos que no podemos avanzar más en la intensidad de nuestro amor. Esta nunca se ha desmentido. Todo vuelve a empezar constantemente a nuestro alrededor, mientras nosotros seguimos adelante sin desfallecer. Después de semejante victoria, a ver quién es lo bastante sabio para saber lo que tenemos que hacer o no.

Sí; decirte que te quiero me parece absurdo; pero la ausencia obliga. Bien que te escribo para que sepas que no me he muerto. ¿Entonces?

Vela por ti. Escríbeme una notita.

El lunes me voy de Lille para ir a Bruselas. Te vuelvo a besar con ternura si estás acatarrado.

M.

544 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[601]

[Febrero de 1953]

¡BIENVENIDA A MIS TIERRAS!

545 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Argel, viernes 6 de febrero [de 1953]

Querido amor mío:

Me habría gustado escribirte unas líneas ayer, pero todo el día me lo consumió un «miedo escénico» que fue creciendo hasta alcanzar

proporciones gigantescas. Por la noche, de vuelta en el hotel, hubiese preferido tenerte junto a mí.

Para acabar con la planificación, te diré desde ya que no he dado la talla y que, si bien creo que he leído el texto de Séneca mejor que en la sala Gaveau (a pesar de la histeria de mis manos, que habían enloquecido de terror), en cambio les he ofrecido a tus compatriotas una imagen algo amorfa, algo basta de la Fedra de Racine. ¿El porqué? Que estaba de los nervios y que en ese momento no me apetecía nada interpretar *Fedra*. Al salir al escenario me dije muy clarito —lo recuerdo—: «Pero ¡qué poco me apetece ser Fedra!». Y, por desgracia, no lo fui. Pero bueno, no te preocupes. El público argelino estuvo de lo más amable y aplaudió amablemente; a mí, por mi parte, este fracaso no me ha dejado apenas amargada; solo un poco pesarosa y con la esperanza de hacerlo mejor la próxima vez. Ahora ya conozco bien la sala Bordes y sé que milagrosamente mi voz la llena sin crear ningún eco y que he visto a los que me escuchan, muy numerosos, después de la conferencia; son muy guapos y fervientes. Si todo esto no me ayuda a pillar la inspiración, habrá motivo para desesperarse, y eso si puede desesperarme.

Y ahora hablemos de cosas serias. Tu ciudad, amor mío querido, está hecha a tu imagen y ante ella, al igual que ante ti, me he quedado arrobada desde el primer momento. Iba volando en cielo abierto y por cortesía del comandante del avión pude verla en todo su esplendor, brillando en la noche, brindada. La amé. Y luego tocó el aeropuerto, un recibimiento directo, recto, brutal, todo lo que yo quería; el trayecto por carretera y, de pronto, la bahía de Argel; después un breve paseo en coche a través de las calles quebradas por las pendientes, los tranvías, un tráfico de orden dudoso. Estaba enamorada.

Luego tocó el [hotel] Saint-Georges, con sus pasillos misteriosos y caras

tan familiares…

Cené con Dussane, Geneviève Baïlac y Monique Laval.[602] De buen humor. A gusto. Me sentía generosa y sigo así.

Tu ciudad, tu cielo, los seres que han nacido aquí ya me han enseñado muchas cosas y la primera, amor mío querido, es una indulgencia infinita hacia esos pobres desdichados que se pasan todo el año arrastrándose por las calles de París, bajo el cielo de París, en el metro. Dios sabe cuánto me gusta París; pero sé el precio que tengo que pagar por ese amor; a menudo es una pesada carga. Aquí la recompensa está por todas partes y en todas las caras; aquí resulta fácil vivir.

Y, además, hay unas rosas como no las había visto en ningún otro sitio. Gracias, amor mío, por haber sido el primero en descubrírmelas.

Hoy voy a asistir a la representación de *Fuenteovejuna*. Mañana, en la sala Bordes, daremos la segunda conferencia. Pidieron que diéramos una más el domingo después del éxito de la que yo creía que me había salido mal; pero el domingo lo aprovecharemos mejor. ¡Nos vamos a Orán a las siete de la mañana, en coche! Bordearemos la costa, pararemos unas horas en Tipasa y haremos un pícnic a orillas del mar. ¿Qué te parece?

El lunes, atacaremos a los oraneses, el martes nos despediremos de ellos y el miércoles me embarco para Citera.

Y, al otro extremo, estarás tú. Tú, hermoso amor mío, mi querido queridísimo amor.

De aquí a entonces, no me olvides; yo no me separo de ti. Estás en el canto de las tórtolas, en las rosas silvestres, en cada sonrisa que me brindan, en cada aceituna y en cada naranja. Para los lentiscos, esperaré hasta Tipasa.

Te quiero. Te quiero. Cuanto más y mejor te conozco, te quiero más y mejor.

M.

546 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[603]

[Argel. Escena callejera].

Sábado 7 [de febrero de 1953]

Querido amor mío. Este país cada vez me tiene más loca. Ayer hicimos un largo recorrido por la costa y vi asfódelos por todas partes. Almorcé mirando al mar; por la tarde estuve callejeando por la Casba. Sensación extraña. Hoy estoy preparándome para embucharles a Péguy a esos seres cuya belleza deja sin sitio al paraíso. Me noto más relajada; y además… aquí… nada importa, excepto la luz.

Te quiero con locura.

M.

[Tipasa. Sarcófago de Santa Salsa].

Cariño mío. He aquí una imagen muy pobre de Tipasa. He pasado allí unas horas que seguramente me ayudarán a sobrellevar los días negros. Nada puede traducir Tipasa. Nada. Bueno, puede que un sueño que tuve a los trece años. Pero ahí lo dejo. Vas a pensar que me estoy volviendo loca. Ahora estoy en Orán, paralítica y exhausta. Esta noche, Fedra. Mañana, Juana.[604] Pasado, tú. Te quiero.

M.

Jeannette y yo nos hemos metido a los argelinos en el bolsillo.

547 — Albert Camus a María Casares

Lunes 9 de febrero [de 1953]

Querido amor mío:

Tu carta me ha dejado muy contento y feliz. Feliz de sentirte lozana en mi corazón. Contento de que mi ciudad te haya abierto sus secretos y sus rosas. Me pasé todo el día de ayer pensando en ti y lamentaba no haber estado esperándote en ese promontorio de Apolo donde se respira toda la gloria del mundo. Orán te habrá divertido, estoy seguro, y al final este viaje te iluminará un rinconcito de la memoria.

A mí tu marcha me ha oscurecido definitivamente París. Sin contar con que el frío ha vuelto a instalarse, y la nieve. Esta mañana, sin embargo, un cielo azul resplandece sobre los tejados blancos. Pero este invierno que se alarga y la incapacidad de trabajar en que vuelvo a encontrarme me han puesto sombrío. Espero el miércoles.

Solo quiero enviarte aquí unas palabras de ternura. Temo que estés en el Grand-Hôtel y que mi carta se extravíe. Si la recibes, sabrás al tomar el avión de vuelta que se te espera con todo el amor y la impaciencia del mundo. Me traerás el sol. Besos, rosita mía de Argel.

A.

548 — Albert Camus a María Casares[605]

[Febrero de 1953]

Muy cerca del corazón de mi Perricholi, esta noche…

549 — Albert Camus a María Casares[606]

[1953 o principios de 1954]

¡Es el momento de ser mi victoria pequeña!

A. C.

550 — Albert Camus a María Casares[607]

[1953 o principios de 1954]

Besos a mi jovencita numeraria con todos los buenos deseos del amor.

A.

551 — Albert Camus a María Casares[608]

29 de mayo de 1953

CONTIGO TIERNAMENTE PARÍS ESTÁ VACÍO ALBERT

552 — Albert Camus a María Casares[609]

[13 de junio de 1953]

553 — Albert Camus a María Casares

Jueves 30 de julio [de 1953]

Cuatro líneas, querido amor mío, para tenerte informada. No te he escrito antes porque no sabía qué iba a hacer. Ando aquí en pleno estropicio y es imposible hacer nada ni tomar ninguna decisión sensata entre extravíos nerviosos.[610] Sigo sin saber, de hecho, qué voy a hacer. Seguramente me quedaré aquí, en una granja cerca del hotel, donde puedo coger una habitación, muy rústica, por cierto, algo así como la de Darius. Pero no me escribas todavía, hasta que no te comunique cómo me he instalado. O mejor escríbeme y guárdame las cartas hasta que tenga una dirección fija. La comarca es hermosa, no, bonita y un poco tristona. Se ve el lago desde mi habitación, pero es un lago que no dice gran cosa. Aparte de eso, el dulce campo, que no me divierte.

El viaje fue fácil gracias a Desdémone. Pero me pesaba el corazón y nada ha venido a aliviarlo. Querría estar junto a ti.

Que no te preocupe mucho todo esto, en cualquier caso, y prepárate para disfrutar de las dunas y del mar. El placer vuelve la vida redonda y fácil para todos. Estate contenta, belleza mía, y estate segura de mi corazón también, que te acompaña fielmente. Te escribiré pronto (¡aquí no hay estafeta y hay que bajar a Thonon!). De aquí a entonces te beso con todo mi amor.

A.

Recuerdos a la amable familia, a la que no olvido.

554 — Albert Camus a María Casares

1 de agosto [de 1953]

Querido amor mío:

Espero que esta carta te dé la bienvenida a Lacanau. Y, si quieres, si puedes también, podrás escribirme sin esperar demasiado. Te necesito y me adapto mal a este alejamiento. En cualquier caso, estas son mis señas, provisionalmente definitivas: hotel Le Chalet, en L’Ermitage, por Thonon-les-Bains; Alta Saboya. Efectivamente, me instalo de forma provisional en una granja, muy cerca de ese hotel, donde está mi familia. Todo esto ha requerido varios días de desorden y de desavenencias. Y, a decir verdad, es una solución por hastío que no arregla nada. No veo un porvenir posible y este estropicio me agobia. Es de mí, por supuesto, de quien estoy descontento. Y descontento es decir poco. Pero este estado de ánimo se suma al dolor sin poder aportarle una solución.

Espero al menos poder trabajar en mi cuarto campesino (¡oh, Vosgos!). No he podido hacerlo, por supuesto, hasta ahora. Al menos, me he paseado un poco. Tierra adentro, la comarca es hermosa, sin grandeza, más «poética» que arrebatadora. En cuanto al lago, me parece sin alma, siempre en el mismo sitio, como el aburrimiento. Creo que voy a quedarme en mi granja, trabajando, con unos cuantos paseos por los alrededores. Por lo demás, no puedo prever nada.

Estoy deseando saber algo de ti y si tu estancia en Sainte-Foy te ha descansado, y si las dunas, y si el sol, etc.

Te llevo pegada al corazón, es una sensación rara esa de respirar con alguien. Me siento desdichado ahora mismo, pero con la desdicha del causante de la desdicha. Por eso me alivia pensar en ti. Pues me parece, con o sin razón, que te he ayudado a vivir y que he sabido, pese a tantos obstáculos, crear felicidad en ti. Escribir esto es de un atrevimiento descarado y punible. Pero a mí solo esa creencia me sostiene ahora. Escribo aquí para ti, en cualquier caso, amor mío fiel, el amor del alma y de la carne, y la necesidad que tengo de ti.

A.

Recuerdos al tritón.

555 — María Casares a Albert Camus

Lacanau, sábado 3 de agosto [de 1953], *noche*

Querido amor mío:

Aquí me tienes, tan feliz y, a la vez, tan desdichada. Tan feliz porque, al haberte querido últimamente más allá de la razón, a mi alocada imaginación le ha dado por temer lo peor y el mínimo movimiento tuyo me hace temer por tu vida, así que no te costará imaginar la alegría que me he llevado al saber de ti. Desdichada porque sé que tú eres desdichado.

¿Qué hago? ¿Qué me invento? Ánimo, amor mío querido. No sé qué pensar; ¡ojalá pudiera, al menos, entregarte la felicidad que me haces sentir para que pudieras disponer de ella a tu antojo! ¡Ojalá! Pero la libertad sí que la tienes, ya te lo he dicho; aunque ¿qué ibas a hacer con ella? En cuanto a lo demás, al amor que siento por ti, cariño mío, es tan grande, tan grande,

está tan fusionado conmigo misma que solo la ausencia y la angustia que me provoca la felicidad pueden expresarlo. Así es: he alcanzado ese momento con el que tanto había soñado, ese momento de relajación absoluta, de entrega total, de intimidad perfecta del que hablábamos cuando los temores aún nos separaban y no sé qué desconfianza y qué orgullo celoso. La vida casi en común que hemos llevado últimamente en París y en Ermenonville justifican toda una existencia, ¿sabes?, y aunque no te lo he mencionado mucho, me ha saciado tan profundamente que aún llevo puesta esa satisfacción en el corazón y en la cara. «Soy feliz». Lo digo, lo repito, lo oigo, se lo cuento hasta la saciedad a los que me rodean. Y no hago nada, no emprendo nada para que no suponga una distracción; creo que hasta el sol me distraería y le doy la espalda para que no me aplaste, para que no me queme la cara, los ojos, las imágenes que llevo conmigo, este estado de beatitud que debe de parecerse al reino de los justos. Por eso no estoy trabajando.

Menos mal que Pierre [Reynal] está sanísimo. Y rebosa vitalidad. Y no sin motivo, por cierto; sus padres le obligan a seguir un régimen alimenticio que podría matar a un buey o resucitar a un muerto y él se encontraba entre los muertos. Lo malo es que yo también estoy condenada a seguir el mismo régimen desde que llegué a Sainte-Foy y, dado que entonces estaba vivita y coleando, me temo que pronto haya que contarme entre los bueyes; porque el régimen se ha venido con nosotros a Lacanau y, además del jamón, las verduras, el aceite, el vinagre, los tarros de confit de oca, de gallina, de cerdo, de conejo, etc., la pasta y otras cosas, nos hemos tenido que llevar botellas de «reconstituyente» que hace «en casa» la señora Merveilleau y algunos «lácteos» para «niños pequeños» que «no pueden sentar mal» y que nos alimentan.

Dios mío, ¡qué personas tan buenas y sabias! Les encantaría que fueses y

te dan las gracias por los puros. El señor Merveilleau quería escribirte al respecto, pero no sabía entonces tus señas. Si puedes, envíales una tarjeta.

Bueno, cariño mío; no más por hoy. No estoy dejando dormir a Pierre y además es tarde. No puedo escribir en mi cuarto porque no tengo mesa y, de todas formas, como esta noche estoy algo cansada —estoy «herida» desde hace dos días—, prefiero seguir con el resto mañana o pasado. Por ahora, estoy ocupada instalándome y no me da la cabeza para todo, dividida entre mis ensoñaciones internas y la necesidad de reconocerme en Le Poivron. [611]

La próxima vez intentaré ser más clara y cuidar el estilo. Hoy te quiero y te arrojo a la cara mi amor, mi gratitud, mis temores, mi pasión y mi nostalgia. Te quiero. Cuídate. No cometas imprudencias. Trabaja todo lo que puedas y, para lo demás, ármate de indulgencia, de cariño y de valor, amor mío querido.

M.

Pierre te manda besos.

556 — Albert Camus a María Casares

Martes 4 de agosto [de 1953], *11 de la noche*

Querido amor mío:

No espero carta tuya antes del jueves como muy pronto y, sin embargo, el tiempo empieza a pesarme. Hizo ayer una semana que te dejé y en eso pensaba esta noche con tristeza. Estoy deseando saber de ti, verte un poco con la imaginación. También tengo ganas de sentir tu amor.

Ahora estoy más o menos acomodado en mi cuarto, del que no salgo,

pues el tiempo es desastroso. Además, el clima de aquí es benigno y relajante. Por lo general envían aquí a los nerviosos para que se apacigüen un poco. Habría querido más bien para mí, a falta del mar, que me apetece mucho ahora mismo, un aire de las cumbres, que me estimulase un poco y me ayudase a escapar del ambiente en que vivo, Pero, en fin, así están las cosas y, al menos, duermo mejor. En cualquier caso, aprovecho esta inactividad para empezar a trabajar. He completado las galeradas de *Crónicas* con mi texto de Saint-Étienne.[612] También he vuelto a escribir partes de mi relato aprovechando tus consejos.[613] El soldado del principio ha adquirido un valor más simbólico gracias a dos o tres recordatorios avanzada ya la narración. He vuelto a escribir el pasaje «dormido». He hecho al marido más conmovedor gracias a un pequeño hallazgo. Y, por fin, he vuelto a escribir la parte en que la mujer está frente a la noche.

También he liquidado el correo. Y mañana, aprovechando mi nostalgia, voy a intentar escribir el texto sobre el mar[614] del que llevo mucho hablando y que debe ir al final del tomo de *El verano*.

Aparte, leo. He acabado la correspondencia de Tolstói. Casi he terminado el libro de [Ferrero] y estudio español (me he traído una gramática, es en lo que tengo más carencias).

Ya ves que no estoy ocioso. He dado algunos paseos sin más gusto que el de andar. Esta zona está demasiado pulida, demasiado suave para mí. La luz, o el viento, o el aire recio de las alturas, eso es al final lo que prefiero y en adelante le haré caso a mi instinto en este aspecto. Por lo demás no ha cambiado nada y esta vida me da una tristeza constante. Al mismo tiempo, un deseo irresistible de vida feliz y libre.

En todo esto, no dejo de pensar en ti con ternura y gratitud. Estos días de Ermenonville me han dejado una gran dulzura en el corazón. Creo que allí

he hecho acopio de fuerzas que me permite resistir mi vida de ahora. Intento imaginarte ante el mar, pero no puedo.

Te me apareces lejana, perdida entre las salpicaduras de las olas. Llámame pronto para recuperarte por fin. Cuéntame, dime por dónde anda tu programa de perfeccionamiento anímico y, luego, dime también, como puedas, tu amor. Te beso dulce mía, querida mía, hermosa mía… Ya ves, me creía dormido y soñoliento cerca de este lago adormecedor, y resulta que me espabilas. Te quiero.

A.

Te mando la tarjetita de Teddy Bilis.[615] He recibido también una nota muy amable de Andrieux[616] y otra de Dominique Blanchar, muy cariñosa.

557 — María Casares a Albert Camus

Lacanau, 8 de agosto [de 1953]

Querido amor mío:

Esta huelga de correos me está empezando a poner de los nervios. Si supiera que vives en paz, me lo tomaría con más calma; pero, en la situación en la que te encuentras, me gustaría al menos que estas damas y estos caballeros nos permitan entablar ese «diálogo» del que tanto se habla.

He esperado todos estos días antes de escribirte para recibir noticias tuyas y estar segura de tu dirección definitiva; pero, como existe el riesgo de que el silencio se alargue y me imagino que sigues viviendo en el mismo sitio,

he decidido hacerlo sin más demora; así recibirás una carta en cuanto se levante la prohibición.

Aquí la vida se organiza con toda facilidad. De hecho, estoy maravillada con la desenvoltura que aporta el sol; no ha dejado de quemar desde que llegamos a Lacanau y en esos días radiantes Le Poivron se convierte en un paraíso en miniatura. Creo que ya te he hablado de esta casita. Está dividida en dos partes; las habitaciones, bastante amplias, que dan al jardín por el lado de la carretera, y las «zonas comunes» (cocina y trastero-cuarto-de-baño), que dan a la parte más grande del jardín, del lado de las dunas. Ahí hay un manzano, que es la única fuente de sombra: más allá, el retrete, por decir algo, y, entre los dos, la bomba de agua. Ahí es donde hacemos vida cuando no estamos en la playa. Tras los cedros y laureles de Alejandría que nos separan de los vecinos, y provistos de mesas, sillas, tumbonas, un cubo y barreños varios para los cacharros, la colada, el aseo, etc., trabajamos alegremente al sol, embadurnados de aceite y en bañador, de la mañana a la noche. Cuando se pone el sol, nos dedicamos a soñar, tumbados bajo la bóveda celeste y contando estrellas fugaces. A las once nos vamos a la cama y, mientras Pierre [Reynal] se sume en un sueño más que profundo, yo leo un poco hasta medianoche. Nos despertamos a las ocho.

En lo que a tareas se refiere, este año están bien repartidas; el tritón está en buena forma; no para quieto y si bien nos repartimos la limpieza de la casa y la colada, él es quien se encarga de las comidas importantes y de fregar los cacharros. Es un auténtico *cordon-bleu* y muy relimpio. Duerme mucho, tanto con los ojos abiertos como cerrados, y, cuando acaba sus obligaciones y no está tumbado, se va a dar largos paseos, de los que vuelve exhausto. Así que no nos vemos mucho y hablamos solo lo necesario. Cuando cruzamos unas palabras, yo lo hago en español porque me ha parecido que es bueno que salga de este mes de salud y de esta existencia

un poco bovina con algunas nociones de un idioma extranjero, puesto que ha abandonado toda vida intelectual.

En cuanto a mí, estoy leyendo *Mi vida*, de George Sand. Literatura. Muchas licencias con la verdad y escaso talento. *La Dorotea*, de Lope, que ya he terminado. Cosas vivas, divertidas, a veces hermosas; pero también pedantería, pesadez y largos debates literarios sin relación alguna con el tema. Irrepresentable tal cual, por supuesto. Tenla en cuenta para Gallimard; solo que no habría que publicarla entera; bastarían unos fragmentos escogidos. *Don Gil de las calzas verdes*, una comedia de intriga deliciosa de Tirso, válida para traducirla y representarla, aunque, en mi opinión, inferior a *El vergonzoso en palacio*.

Ahora me estoy terminando *La prudencia en la mujer*, un drama histórico de Tirso. Ya te hablaré de él; pero ye te puedo decir que hay que tenerlo en cuenta para La Pléiade.[617]

Esto es todo sobre mi «cultura» y mi trabajo. También he acabado con el correo y no me ha quedado mucho tiempo para ocuparme de Juana. Empezaré a mirármela con detalle cuando llueva, siempre que no sea el 14 o el 15, porque entonces tengo que ir a pasar dos días a Sainte-Foy.

Por lo demás, vivo al sol y en el agua. Durante el día, el resplandor de la arena, el calor, las olas brutales de este mar, en mi caso, aplastan cualquier pensamiento. Un animal no piensa menos que yo. Por la noche y por la mañana me espabilo un poco.

En cuestión de paseos, por ahora solo he visitado la playa y las dunas. En Lacanau todavía no me han visto el pelo y tampoco he pisado el bosque. Le Poivron y la huelga indefinida constituyen mi universo. Ni se me ocurre quejarme.

En este universo, reinas tú como amo y señor; huelga decírtelo. Estás conmigo en todas partes y allá donde voy estás tú. No imagino nada: no

preveo nada; no rememoro ningún recuerdo nuestro. No; estás conmigo como si fueras yo misma hasta que caen el sol y la tarde, porque, al espabilarme, me preocupo un poco por ti, al recordar de pronto que estás lejos, que la distancia y la huelga de correos nos separan y que siguen amenazándonos mil peligros. Entonces me agobio, luego me calmo, por último, me duermo contigo. Pero resulta que también me despierto contigo y no es cosa fácil; piensa que me encuentro de maravilla, que estoy empezando a recuperar mi cuerpo y que, habiéndome apartado toda preocupación ajena a nosotros y toda fatiga mental, ¡me encuentro tremendamente disponible! Así que, imagínate mis despertares, con este sol, además; un sol aún suave, aterciopelado, y tú, aquí, conmigo… pero ¡tan lejos! ¿Lo entiendes?

Pero, bueno, el mes de septiembre se nos presenta muy prometedor y me remito a él para las grandes alegrías. De momento, me estoy preparando, silenciosa, seria, sesuda y religiosamente. El acto sagrado no me va a pillar desprevenida.

Haz tú lo mismo, amor mío querido. Vela por ti, cuídate en cuerpo y alma si puedes. Trabaja mucho y recupera todas las fuerzas que puedas para la vuelta al infierno de París. No cometas ninguna imprudencia y vive también con cierta facilidad en cuanto te resulte posible. Lo necesitas, más que nadie, tú, que te agotas continuamente con una tensión poco humana. Hazte un ovillo en mi amor, haz acopio de toda tu ternura, de toda tu generosidad, entrégate, y vive de la mejor forma.

Te quiero tan maravillosamente…

M.

Domingo 9 de agosto de 1953

Querido amor mío:

Te escribo un tanto al azar porque no sé cuándo acabará esta huelga de correos. Menos mal que recibí tu carta la víspera de la huelga. Si no, estaría sin noticias (dejando aparte la postal) desde que te fuiste. Además, esta incertidumbre de qué día podré mandarte mi carta me corta las ganas de escribir. Añade a eso que el clima «sedante» me da la voluntad y la energía de una vaca durmiente. Querría, sin embargo, escribirte un poco para que recibas noticias en cuanto vuelva a funcionar correos. Tu carta me ha resultado dulce y me ha hecho feliz. Tu dicha, tu alegría me ayudan a vivir en este momento. La crisis ha pasado y las cosas están más tranquilas. Pero ahora soy yo quien no tiene hasta cierto punto esperanza en mi vida personal y tampoco en mi oficio ni en nada de lo que hago. Pero es la inevitable repercusión y te escribiré sobre ello en otra ocasión si la cosa dura. He seguido trabajando y leyendo. Pero he decidido volver sobre el relato que te leí y todavía estoy con él. Cierto es que he perdido tiempo intentando solucionar el problema que me encontré aquí. Y hace solo dos días que he podido recobrar algo parecido a una paz en ese terreno (una paz en que va uno pisando dinamita, pero bueno…). También he dado paseos. Ha hecho relativamente bueno, pero esta agradable comarca no me entusiasma.

Me gustaría mucho leer noticias tuyas y saber que el cansancio del que me hablabas no era sino pasajero. Te echo de menos, estoy vacío y hueco, flojo. Me da la impresión de ser una barca vieja que las olas, al retirarse, han dejado abandonada en una fea playa. En París, estos últimos días, las olas me llevaban. Estoy esperando la marea y mi océano personal. Ponme a flote, amor mío. Tus cartas me ayudarán al menos en esta espera. Pero no te

preocupes por nada. Tengo confianza, estoy sin cuidado y seguro en todo cuanto tiene que ver contigo. Ahora podrías estar callada un mes y volvería a encontrarte con la misma sencillez. Dicho lo cual, me gustaría mucho que terminase la huelga.

Ánimo, amor mío. Disfruta del sol y de la espuma, espero a mi negra, recompensa del verano. Y más que nunca este verano en que me siento tan desterrado de cualquier felicidad. Los días van pasando, es cierto, y tú te vas acercando, amor mío. Te beso, te lamo la piel salada y te quiero.

A.

559 — María Casares a Albert Camus

Lacanau, viernes 14 [de agosto de 1953]

Querido amor mío:

Aquí me tienes de nuevo como la última vez, sorda y ciega, separada del mundo, de ti. ¿Cuánto tiempo va a durar esto? Todas las cositas que teníamos planeadas se han ido a pique y, si queremos asistir a la representación del misterio en Sainte-Foy el día de la Asunción y participar en la peregrinación hasta la gran cruz que hay en lo alto de la colina, tendremos que esperar a otro mes de agosto, a otro misterio y a otro ascenso.

Pero esto no es nada; el mayor problema es el que me provoca tu silencio y es tan grande que empieza a arrojar una sombra siniestra sobre mis vacaciones. ¡Qué lástima! Serían estupendas sin este castigo.

Seguimos con el mismo sol radiante que nos ha acompañado desde que

llegamos. Hubo una tormenta nocturna imponente que incendiaba e inundaba las dunas hasta donde alcanzaba la vista. Hubo, una noche, la paz nostálgica del lago Moutchic. Está la arena que quema los pies, la espalda, la tripa, y un mar que ya me resulta más conocido y familiar, que va revelándome sus secretos y que ya empiezo a surcar sin miedo, segura de por dónde voy; los baños de espuma, el romper de las olas y esos minutos profundos, infinitos, por la tarde, después de bañarme, en las dunas y en el jardincito de Le Poivron, esos momentos insustituibles de descanso sagrado. También están las bromas escatológicas y cuartelarias, las bromas que se multiplican cada día, los almuerzos silenciosos al sol o a la sombra del manzano, los cuerpos agotados y ahítos, los gritos lacerantes al ver una araña o un sapo, los largos paseos solitarios por el arenal, la tormenta de las moscas, los horizontes de perros, los platos suculentos y variados que uno u otro preparamos con amor y glotonería, los buenos arroces españoles justo en su punto, la cosecha de manzanas, las compotas que perfuman el sueño, el limpiar la casa regularmente cada mañana con el mismo asco cada mañana delante de la mínima pelusa que se parezca a una araña.

¡Ay, qué existencia tan dulce! ¿Por qué no podemos compartirla tú y yo? Esta región es sanísima y un médico al que acabo de conocer —amigo de la Pinçon [*sic*],[618] que se fue a España hace dos días, ¡por fin!— me ha dicho que cerca del Moutchic e incluso aquí al lado hay un sanatorio y un preventorio. Así que he pensado que quizá podrías vivir aquí sin peligro y en lo duro que es saberte tan lejos, con este silencio entre los dos…

Pues sí; la Pinçon ha descubierto mi guarida y ha venido. Apareció una tarde en el arenal, junto con un «Juan-sastre» amable, vulgar o más bien corriente, y loca de atar. Se llama Jeff. En Burdeos habían oído contar que yo estaba en Lacanau y no tardaron en llegar, en compañía del médico, un hombre algo mayor, bien educado y sin un pelo de tonto por lo que parece.

Aunque los recibí muy fría, volvieron al día siguiente y, en lugar del doctor, se trajeron a un joven americano, buena planta, al que Jeff codiciaba ávidamente. Y volvieron una vez más, esta vez con «el indio»[619] y varias botellas de vino añejo, jerez, coñac y otra vez con Maurice-el-médico; y su amiga, y champán a raudales, latas de conserva, frutas exquisitas y un pollo asado frío.

Son ellos los que nos invitaron a cenar en el «Moutchic», en un chalet prefabricado que les habían prestado unos días al médico y a su amiga, y también los que nos llevaron a visitar la extensa finca de Sybirol[620] —familia Pinçon— desde donde se divisa toda la ciudad de Burdeos iluminada y donde se encuentra la casa más preciosa que darse pueda —de estilo Luis XIII tardío y primer Luis XIV—, mal amueblada pero noble y rodeada de bosques, donde cada árbol merece su propia ensoñación. Por lo visto, es una quinta de caza que, no se sabe por qué fatalidad, acabó cayendo entre las manos de la familia Pinçon, que ha nacido para poblar una novela de Mauriac y cuyo fruto menos pobre es Christiane, aunque también el más pocho.

Pero bueno, se ha ido a España con sus padres. Ya iba siendo hora; porque, a pesar de su amabilidad, estaba empezando a hartarme un poco. Y aquí estamos otra vez, separados de todo y de todos, sin poder siquiera avisar a los padres de Pierre [Reynal] de que no cuenten con nosotros el 15 de agosto.

Pierre está engordando. Camina, se da chapuzoncitos —¡el apuesto tritón!—, gana peso y bronceado a ojos vistas, y, aunque nunca le faltan el buen humor y la energía física, es a costa de todas sus facultades, dejándolo desprovisto de toda capacidad intelectual.

En cuanto a mí, estoy casi igual, aunque me defiendo un poco. Leo. Desde la última carta, he terminado *La prudencia en la mujer*, una obra

muy rara que me gustaría ver representada. He leído *El burlador*, que me ha encantado, y ahora estoy sumergida en *¡Absalón, Absalón!*,[621] que devoro a dentelladas. En cambio, no estoy estudiando; ni siquiera he abierto el cuadernillo de Juana, y como estoy esperando a que haga malo para hacerlo, y que cuando pase me apetecerá pasear bajo la lluvia, me temo que la pobre santa va a tener que esperar mucho. ¡Qué se le va a hacer! La verdad es que tampoco se pierde demasiado, porque aquí la luz me aplasta todo pensamiento nítido y me vuelve incapaz de realizar cualquier trabajo correctamente. Y, además, ¡el teatro me parece tan lejano!

Sí, aquí la existencia resulta buena, dulce y de lo más tentadora; pero sé que la conciencia de que se va a acabar pronto le presta, junto con la nostalgia que implica, la mitad de su color, y que, si tuviera que durar indefinidamente, seguro que le encontraba pegas.

Y aun así…

En fin, tú no estás en ella, y esa es mi única pero acuciante impaciencia. Cada vez llevo peor estar sin ti y gracias a que esto me parece un auténtico paraíso puedo soportar tu ausencia. Un paraíso y saber que nos reuniremos al final de estos quince días que nos separan y que ahora van a deslizarse hacia ti.

Pero ¡cuánto tiempo perdido! ¡Y el más bonito, el más tranquilo, el más auténtico, el más rico! Aquel en el que me siento totalmente vuelta hacia ti, y no porque estés lejos, sino porque me he liberado de todo cansancio, de toda tensión y de toda amargura. Ven, amor mío querido. Ven pronto, a París, lo antes que puedas para agotar todos los tesoros almacenados de nuestro amor, antes de que París nos maltrate, nos perturbe y nos quite nuestras riquezas. Ven para que te quiera entera, total y absolutamente.

No me atrevo a preguntarte nada sobre tu estancia. No paro de hacer votos por ti y por los tuyos. Ojalá que llegue una solución buena para todos

a iluminar tus días y calmar tus noches. La vida es tan breve y las alegrías tan fáciles de conseguir… ¡tan fáciles y tan difíciles!… Pero lo dejo ya, porque si sigo no tardaré en hablarte del «cielo azul» y del «mar verde».

Te quiero. Te beso locamente.

M.

560 — Albert Camus a María Casares

Sábado 15 de agosto de 1953

Hoy es tu santo y yo te digo: salve, llena eres de gracia, pero de lejos y sin que me oigas, el silencio de las huelgas y el sufrimiento te separa del fruto de tu vientre. Pero quiero escribirte aquí mi felicitación para que la encuentres más adelante y sepas que mi pensamiento no se separa de ti. Te deseo gloria y ternura, querido amor mío, puesto que dijiste que esos eran tus deseos, cumplidos en parte, bien pensado. Y te deseo la fuerza de vivir, la alegría, el resplandor del rostro y del corazón, el poder del cuerpo y de la mente. Y, por supuesto, se trata también de deseos para mí, pero ¿qué puedo desearte que no contribuya al mismo tiempo a mi alegría?

Te beso, para terminar, como hace muchísimo que no te besaba.

A decir verdad, empiezo a perder la paciencia. Creo que las cosas van a solucionarse a mediados de la semana que viene. Pero no puedo estarme quieto. Aquí la vida se ha estabilizado a la fuerza y me parece que F[rancine] está mejor, pero la he visto al borde de lo peor, y a mí también, de tan cansado como estaba por dentro. Por desgracia, esta zona no es muy inspiradora. Me he bañado dos o tres veces en el lago, pese a las prohibiciones, lo suficiente para comprobar que ya no sabía, o casi no sabía,

nadar. Cosa que me ha puesto melancólico. En cambio, me he tostado un poco (muy poco, pero ahora me conformo con nada). He trabajado y he escrito más o menos mi texto sobre el mar. Es un texto curioso. Pero es un hecho que ahora mismo escribo cosas muy curiosas. He leído también obras gruesas y eruditas donde estalla y apesta el cáncer de la época, y he enriquecido mi conocimiento del nihilismo

A todo esto le falta lo esencial, y lo esencial es la calidez, la risa, la alegría verdadera, o sea, tú, de quien no tengo noticias y a quien escribo en la oscuridad. Por cierto, no sé cuándo recibirás esta carta. Pero, cuando la tengas, no me contestes antes de que, de una forma u otra, te haya confirmado que puedes escribirme aquí. Puede ocurrir, en efecto, que cambie de dirección.

Estoy deseando que todo y este mes acaben. Estoy deseando vivir y con hambre de hacerlo. No estoy preocupado por ti ni acerca de ti (aunque lea todos los días la sección de personas ahogadas), pero paso por una privación. Me noto, en cuanto a lo esencial, desnutrido. Me falta mi pan moreno, el agua de tu boca y tu ternura. No te preocupes, en cualquier caso. Nada malo nos sucederá, lo noto. Y te quiero con tanta claridad, con tanta fuerza, ahora mismo, que casi puedo predecir el futuro. Te beso, dulce mía, hermosa mía; sobre todo nada de imprudencias. Consérvate, cuídame mi fuente.

Te beso, apasionadamente,

A.

561 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[622]

[LACANAU-OCÉANO. Gironde. La Chapelle].

22 de agosto [de 1953]

¡Por fin hemos llegado al final del silencio! Aún no he recibido ni una palabra tuya desde el 3 de agosto. Ya no sé a qué santo encomendarme. Escribe pronto y dime lo antes posible qué piensas hacer, para que yo actúe en consecuencia.

Aquí no podemos estar mejor. En cuanto te lea, te escribiré una carta más larga; pero antes prefiero saber cuál es tu dirección exacta y, si hiciera falta, tu estado de ánimo.

Te quiero locamente y siento que mi necesidad de ti crece día tras día.

M.

[En el reverso, escrito en el cielo, encima del paisaje:]

Esta es mi casa. La foto está tomada desde las dunas. La parte que ves de Le Poivron es la entrada a la «zona común».

562 — Albert Camus a María Casares[623]

24 de agosto de 1953

TODO VA BIEN NO ESCRIBAS ANTES DE RECIBIR NOTICIAS — BESOS — ALBERT

563 — Albert Camus a María Casares[624]

25 de agosto de 1953

ESCRIBE O TELEGRAFÍA NOTICIAS LISTA DE CORREOS CORDES TARN HASTA PRONTO CARIÑOS ALBERT

564 — María Casares a Albert Camus

26 de agosto [de 1953]

Querido amor mío:

Esta mañana me llegan seguidos tu carta del 4 de agosto —después de haber recibido primero la del 15 y luego la del 9— y tu segundo telegrama, que me deja atónita. Ya no entiendo lo que está pasando y me muero por recibir noticias tuyas detalladas. De hecho, ya las estaba esperando para decidir cuándo me voy; pero si mañana, jueves, aún no tengo nada reciente, intentaré sacar sin más demora el billete para París, adonde llegaré, salvo indicación contraria, el lunes a medianoche. Esos son mis planes.

En cuanto a lo demás, estoy un poco preocupada por la suerte que corres. Tanto cambio de dirección, tanta imprecisión, lo que me contabas en las cartas que he recibido, me hacen temer que estés sufriendo una nueva crisis, lo cual no resulta nada reconfortante. ¿Qué novedades hay? ¿En qué punto estás? Si vuelve a empezar una y otra vez, ¿podrán soportar tu mente y tus nervios esa existencia sin que acabes en un manicomio? ¡Ay, qué ganas tengo de volver contigo, de verte, de saber cuál es tu estado de ánimo!

Y eso que algunos pasajes de tus cartas me habían tranquilizado. Has estado trabajando y sé lo que eso significa para ti. También me decías que el ambiente entre los tuyos se había distendido y, aunque pareciera algo

temporal, en la situación en la que te encontrabas, podía hacer las veces de felicidad. Y ahora resulta que todo vuelve a estar patas arriba y ya no sé ni cómo ni por qué. ¡Ay, qué ganas de que sean las once de mañana! ¡A lo mejor recibo carta reciente tuya!

Sobre todo, no te preocupes por mí. Me encuentro estupendamente. Creo que he vuelto a ganar peso, he hecho una cura de cigarrillos (doce al día), he respirado a pleno pulmón el aire de los pinos y del mar, no me he perdido ni un baño y, aunque no he estudiado, he leído y me he repuesto un poco. Es cierto que me resulta inconcebible reanudar la vida parisina —me refiero, naturalmente, al trabajo, el olor a gasolina, el metro, el teléfono, etc. —; pero sé de sobra que he renovado energías para dar y tomar y podré enfrentarme a ella valientemente cuando esté demasiado cerca para volverse real. Pero tú: ¿has recobrado fuerzas? ¿Te sientes listo para regresar a esa colmena sofocante? Ay, amor mío, amor mío, cuánto me gustaría saber que estás en paz, disfrutando al menos de la paz cotidiana más sencilla, puesto que la otra… En fin, ¡si al menos durante las primeras semanas de septiembre pudiésemos apañarnos con más vacaciones…! Vamos a intentarlo, ¿eh, amor mío? Reanudarás tu trabajo en la NRF poco a poco, te disculparás mucho con los conocidos pesados, verás solo a los demás, y el tiempo restante lo reservaremos para nosotros, celosamente. En mi casa no habrá nadie, te prepararé unos «arroces a la española» para «chuparse» los dedos y nos entregaremos a un amor que no tendrá fin. Ay, cuánto te quiero. Perdóname por estas tonterías, pero la felicidad de volver a verte de pronto borra todo lo demás y me entran ganas de reír, de reírme contigo, en tus brazos.

Te quiero, amor mío querido. Te beso largo y tendido, locamente.

M.

Pierre y los Merveilleau te mandan recuerdos.

565 — Albert Camus a María Casares[625]

27 de agosto de 1953

ESTARÉ MAÑANA ÚLTIMA HORA LACANAU CARIÑOS ALBERT.

566 — Albert Camus a María Casares[626]

MEJORES DESEOS CON TERNURA VUELVE PRONTO ALBERT

567 — María Casares a Albert Camus

Mulhouse, 15 de octubre [de 1953]

Aquí tienes, amor mío querido, unas líneas rápidas porque tienen que salir a las cuatro. Así mañana viernes tendrás noticias frescas y te permitirán aguantar hasta el lunes sin preocupación.

El viaje ha ido estupendamente. Lo hice en estado de hipnosis, o casi. El día anterior me acosté a las nueve después de haber copiado las dos dichosas cartas y solo conseguí maldormir tres horas. Al llegar a Mulhouse, una extraña ciudad donde solo hay gente en los restaurantes, almorcé con Pierre. Chucrut. Después ensayamos y volví al hotel para darme un baño antes de la función. Me sentía cansada y, por tanto, propensa al desánimo.

Este mes me parecía interminable lejos de ti y el resto de la vida, absurdo. Pero también sabía que esas impresiones solo eran debidas al cansancio.

La función transcurrió casi correctamente. Digo casi porque en el primer acto a punto estuvo de ocurrir una catástrofe. Para empezar, el telón que tapaba a los seis personajes no quiso alzarse en el momento preciso, y, para seguir, mi querida madre se quedó en blanco y estuvo a punto de arrastrarnos con ella para siempre jamás. Menos mal que Ledoux se sabía el texto de ella y todos fuimos testigos de esta escena inolvidable:

Ledoux, tan triste como si hubiera perdido a su padre y a su madre, arrojándose al papel de la mujer y diciendo a voz en grito: «¿Por qué quieres que sea una ingrata, hija mía?». Si no me hubiesen tenido paralizada los nervios, creo que no había podido seguir con la función, a causa de la risa. Al final, la madre auténtica, al oír su texto, lo retomó por su cuenta y seguimos adelante, mal que bien. Todo lo cual, en realidad, no tenía importancia alguna: el público no entendía nada de lo que estaba viendo y oyendo. Al final del primer acto, se quedaron impertérritos, y tuvimos que interpretarlo entre toses y crujidos de las butacas. Así que, para el segundo y el tercero, tocaba entregarse en cuerpo y alma; teníamos que ganárnoslos. Personalmente, hice lo que pude, lo cual no contribuyó a quitarme el cansancio. El caso es que logramos engancharlos y mantenerlos expectantes hasta el final. Eso es lo que importaba; en cuanto a lo demás, ¡qué se le va a hacer! Al final de la función, unos estudiantes de secundaria fueron a mi camerino para pedirme que les explicara la obra. Lo hice; pero luego me enteré de que habían hecho otro tanto con Ledoux. No la entenderán nunca.

A continuación, chucrut. Herbert[627] nos invitó a cenar, hubo chucrut y las conversaciones de rigor. Ledoux hizo su número, brillante como de costumbre, y subí a acostarme a la una.

Esta mañana me he despertado a las once, fresca y rozagante. He

desayunado granadas y, en el restaurante, desanimada delante del chucrut que Pierre había vuelto a pedir, me concentré en una trucha y una tortilla de queso. Muy de Camus. Ahora me estoy yendo al zoo y esta noche vuelvo a actuar. Me temo que tendré que volver a explicar la obra después de la función.

Mañana salimos hacia Metz, donde vamos a dormir después de almorzar en Nancy y pasado mañana actuamos en Luxemburgo.

Estas son, cariño mío, las primeras novedades. Como ves, las comidas son muy importantes; es que tu país me inspira. Mañana te escribiré con más calma. En realidad, desde que nos despedimos, lo único que he hecho, con los ojos abiertos o cerrados, es dormir. Ahora acabo de despertarme y me urge echar esta carta al correo.

He recibido tu telegrama. Te lo agradezco. En el estado en el que me encontraba ayer, solo una palabra tuya podía insuflarme ánimos. Solo aspiro a una cosa: a que este mes pase volando y que mientras tanto no seas demasiado desgraciado sin dejar de serlo lo suficiente, a que trabajes, a mantener mis «bríos» y a volver a ti «en forma».

Hasta el lunes, cariño mío. Te quiero con toda mi alma.

Marie [*sic*] 568 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes [16 de octubre de 1953], *9 de la mañana*

Querido amor mío:

Si he calculado bien, recibirás esta carta mañana en Luxemburgo, te la reenviarán de todas formas, supongo. París está cubierto de niebla, superpoblado y desierto. Me siento muy triste aquí y, lo que es peor, de mal

humor. He pasado estos dos días liquidando mi retraso en la NRF e intentando organizarme el trabajo. ¡Ah!, ¡he terminado mi texto sobre Dussane![628]. Corría prisa. El miércoles por la noche fui a ver *La alondra*, de Anouilh.[629] Carlos VII le dice a Juana que tiene cara de buena chica, Juana le dice a Carlos VII: «¡Venga, Carlos!», y hay una escena con un soldado que daría arcadas si no anduviera ya uno entrenado; y la fe es de tres al cuarto. El público, aparentemente, encantado; Kemp habla de «joven obra maestra», aunque con reservas (el soldado se le atragantó), la chica que escribe bobadas en *Combat* dice que en esta ocasión Anouilh ha pasado del talento al genio, etc. Solo sé que Lemarchand,[630] que estaba a mi lado, opinaba que se trataba de una velada de notable bajeza. Bouquet muy bien, inteligente, sutil, pero vulgar, lo que es el colmo en un texto como ese. Flon muy bien en la niña, mediocre en cuanto hay que ir más allá. Buena actriz, muy buena incluso, grande nunca.

Estas son las noticias de París. Teatro. Añadamos sin amargura que el genio ese me ha birlado frases de *Calígula*. Y que, por lo que me dicen, la nueva obra de Maulnier está claro que ha tenido en mente a *Los justos*. Pero eso está muy bien, hay que sembrar. Esta noche voy a ver *Noces de Deuil*,[631] a ver si hay algo que espigar.

He adelantado un poco en el trabajo preparatorio de *Los demonios*; tengo ya más o menos dos actos. Pero no es fácil. Nada es fácil, por lo demás. En cualquier caso, querría trabajar. Sí, eso es lo que deseo desesperadamente ahora; ser libre y trabajar.

Estoy deseando leerte e ir siguiendo un poco esa gira. Sabes muy bien que te echo de menos y que te llevo conmigo como una mala ausencia. Al mismo tiempo me apoyo en ti, en la idea de que existes y me esperas. Escribe. Te envío un compañero de viaje, y un vigilante. Te recodará las

horas de Angers y este que te recupera todas las mañanas, nueva como el amor. Besos, niña mía, vuelve pronto.

A.

Recuerdos al tritón.

569 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Luxemburgo, 18 de octubre [de 1953]

No hay mayor alegría que despertarse en Metz, en otoño, bajo un cielo cubierto, en una habitación de hotel gris y verde que podría servir de decorado para una obra que hubiera imaginado un Sade pobre y al que no le gustara el lujo. ¡Oh, embriaguez…! ¡Y pensar que mañana nos toca volver, cargando, de propina, con un catarro colectivo que transforma el autocar en casa de salud!

En ese sentido, Mulhouse no estaba ya nada mal; en cierto modo, es una ciudad más lograda que esa a la que tengo que volver mañana. Es perfecta. Allí se pierde incluso la noción de la belleza, de la vida y hasta del tiempo. Es el punto situado en el cero o en el infinito; te desintegra. Solo el hotel es encantador y por la noche resucitas antes de dormirte; y luego te despiertas acompañada.

Metz, en cambio, me ha parecido más real. He paseado por ella de noche y la mirada se queda prendida aquí y allá. Los seres son feos y desagradables, igual que en Mulhouse; pero sigues conservando una vitalidad mental suficiente para fijarte en lo cargantes que resultan las casas, las calles, las aceras e incluso la luz. Y, además, creo que hay cosas bonitas

que ver. Solo que hay que volver al hotel y entonces ya resulta inimaginable.

Imagínate, pues, lo que he disfrutado al conocer Luxemburgo. Tras pasar por la aduana, me sentí ya en otro mundo, en otra época. Ese país pequeñito se ha mantenido fiel a la época feudal y en cada esquina te parece entrever la sombra de una de las duquesitas pasando a caballo. La ciudad, una antigua ciudad fortificada, está íntegramente agrupada en terrazas que cuelgan sobre un valle y en torno al precioso palacio ducal y a Santa María, una catedral con un pórtico (Renacimiento español) magnífico. Las calles angostas, los tranvías y las caras risueñas y tontamente felices esperan el vals que se va a interpretar en alguna parte. Árboles y jardines colgantes por doquier. Una capillita deliciosa del siglo V, antiguos viaductos que cortan el valle, jardines bonitos y escaparates dispuestos con un gusto recargado pero válido. Las casas densas se ocultan tras la hiedra o la parra virgen, que ahora está roja; solo se ven las amplias ventanas regulares y las salchichas, *andouilles*, morcillas, salchichones, *andouillettes*, manitas de cerdo, etc., ocupan aquí el lugar que les corresponde, por fin; todo el conjunto rezuma comodidad e incluso cierta nobleza. Te sorprendes echando en falta la presencia de alguna universidad o una facultad cualesquiera. También dan ganas de que los soldados lleven en el tocado plumas de colores. En definitiva, es el lugar soñado para que viva sus últimos días un amable espectador asiduo a las operetas vienesas.

¿Te haces una idea?

Te dejé hace un rato para reunirme con Forstetter,[632] que me había invitado a almorzar. Luego me ha llevado a dar un paseo en torno a la ciudad para enseñarme la zona. Casi no he podido ver nada, porque no ha parado de hablar de los problemas más esenciales de nuestra época,

revisados y corregidos según su criterio. El cinismo llevado a tal punto se junta con la estupidez, pero es muy divertido a ratos. Lo malo es que mi catarro iba en aumento a medida que nos adentrábamos en esas tierras monótonas y yo llevaba unos preciosos zapatos negros que me torturan los pies y estaban cobrando demasiado protagonismo en el paseo. Me habló de ti y me preguntó si seguía viéndote; se había enterado de que nos conocíamos. Se informó sobre tu estado de salud y mostró mucho interés por ti. Cosa que ni te va ni te viene.

Ahora estoy esperando a que sean las cinco. Para ir a la legación de Francia y luego tocará la segunda representación de los *Seis personajes en busca de autor* en Luxemburgo. Lo que no sé es cómo vamos a actuar Ledoux o yo en el estado de decrepitud en el que nos encontramos. Por su parte, Pierre ya solo sale de la cama para comer sus dos chucruts cotidianos, beberse múltiples cañas de cerveza y, a lo sumo, dar un paseíto. Va a volver a París cambiadísimo: me temo que entonces a más de uno le entrarán ganas de comérselo con perejil.

Por su parte, el resto de la compañía es harina de otro costal. En el autocar aprende una a conocerlos y valen su peso en oro. En cabeza está Ledoux, siempre medio limpio, con sombrero ancho y abrigo pesado, plácido y tranquilo, que no deja de hablar. Habla, habla y habla en el autocar, en el restaurante, en el hotel, en la calle, habla en todas partes. Calzado con sandalias y sin calcetines, recuerda a los filósofos de la Antigüedad. De hecho, se las da de Sócrates y muy afortunadamente ha encontrado un discípulo: Tristan Sévère.[633]

Tristan Sévère es un imbécil redomado, y estoy siendo educada. Es el marido de Muse d’Albray, un galán en la época del cine mudo que ha resultado ser, sin tregua y sin reserva, un pésimo actor teatral y se ha lanzado «del otro lado de la barricada», como dice él, es decir, ha querido

hacerse escritor. Ha parido como setenta obras que están esperando a que las representen, muchos libros que aspiran a reformar el teatro y siempre está a punto de «despuntar». Es maleducado y fatuo, desprecia todo y a todos, menos a Ledoux y a mí, porque tenemos un nombre y nos tachan de intelectuales, pero ¡reconoce nuestros defectos y carencias! ¡Fíjate tú! ¡Tiene claros hasta los de Molière! Así que… En el autocar se queda a los pies de Ledoux, en el suelo, por así decirlo, en el sentido contrario a la marcha. Y en eso le reconozco un mérito indiscutible: tiene el estómago tan insensible como el corazón.

A la izquierda de Ledoux va el señor Cusin.[634] De hecho, hasta ahora solo te fijas en él cuando quieres saber quién está al lado de Ledoux y, en el escenario, cuando, con su «pinta inteligente» (léase la crítica adjunta), no logra entender. A veces, durante una cena, se oye de pronto su voz jocosa cultivando la demagogia; pero no se le ve nunca.

Delante de Ledoux, Cusin y Sévère, en los dos asientos que están detrás del conductor (amabilísimo, por cierto), se sientan Liliane, la dulce Liliane, gerente de la gira, y, al lado de la ventanilla, «la actriz de carácter» cuyo nombre aún no he conseguido recordar. Es una señora sobre la cual la dulce, la amable, la modesta Liliane exclamó un día: «Pero ¿cómo hacen algunas personas para ser tan irremediablemente feas?». ¿Te haces una idea? Resulta, por tanto, indescriptible; es, sencillamente, irremediablemente fea. En la obra interpreta a la actriz de carácter sin texto y en la vida le han encomendado que vigile a los dos niños, cosa que hace por cierto con un esmero, una atención y una buena voluntad perfectos. Lo malo es que en el autocar está colocada lejos de sus protegidos (los niños van de hecho en las últimas filas «habitadas», junto a los decorados y las maletas que ocupan el fondo del coche) y durante los trayectos a todos nos toca convertirnos en los protegidos, los hijos, los discípulos de esta señora. Ejemplos: cada cinco

minutos un vozarrón nos desamuermaría preguntando: «¿Tenéis hambre, hijitos? ¿Tenéis frío, queriditos?, etc.», si esa voz se callara durante los otros cuatro minutos. Pero es que no se calla. Como diría también la dulce Liliane: «Solo cuando se queda sin electricidad y las fábricas funcionan correctamente». De modo que cualquier excusa es buena para expresarse y, como no encuentra a nadie que la escuche salvo a los niños, se dirige a ellos dando voces y, por tanto, a nosotros: «¡Fijaos, hijitos, fijaos en esa iglesia! ¡Mirad! ¡Qué delicadeza! ¡Qué arte! ¡Recordadlo bien! ¡Fijaos y recordadlo bien! Os lo explicaré todo esta noche, el estilo y todo lo demás», etc.

Detrás, Pierre, tapado con el fular y durmiendo, y yo, oyendo cómo la señora Andréyor[635] ensaya a voces el texto de la señora Pernelle y su vecina le da la réplica de Dorina,[636] ambas camufladas bajo amplias mantas elegantes y algo raídas, mientras más allá intuyo a «los niños, hijitos y queriditos», Atlas —el director de escena algo zote—, su mujer —la primera actriz— tan «cursi»[637] como siempre, y el sabio Thomas —el electricista, el único que nos recuerda en este teatro ambulante lo que es la vida sin decorados de cartón.

Aquí tienes, amor mío, un somero apunte de mis viajes. A veces tenemos un breve respiro, un oasis de calma. Casi siempre coincide con la partida, cuando el hambre aún no nos ha despertado la vitalidad; pero, una vez en marcha, ya no hay quien la pare. Fuera, la lluvia, la bruma, las hojas que caen, los campos que ha fulminado el otoño, las viñas rojas, los árboles en llamas; bellezas a veces cuando la niebla no nos obstruye la vista. Y ciudades cerradas a cal y canto, hostiles, desconfiadas, al pasar. Hermosos cuervos, los únicos puntos vivos en ese universo desolado y lleno de salchichas.

Mañana por la mañana volvemos camino de Metz y pasado, en Estrasburgo, continuaré con mi crónica para que puedas seguirme paso a

paso lejos de ti, tan lejos… ¡Ay, qué ganas tengo de volver! He recibido tu carta, aquí, al llegar, y si un hada buena pero resentida con mis tías no me hubiese concedido el don de la sensatez, lo habría dejado todo plantado y me habría abalanzado hacia ti, de lo acuciante y aguda que se ha vuelto súbitamente la necesidad de verte, de tocarte, de sentir que vives al mismo tiempo que yo y que te consagras un poco a mí. ¡Dios mío, qué difícil me resulta vivir lejos de ti!

Lo que cuentas de *La alondra* no me dice casi nada que no supiera ya. Lo sospechaba, a pesar de las críticas ditirámbicas que he leído sobre el particular. Aun así me decía: el muy astuto habrá encontrado un simulacro de nuevas formas, pero ya veo que ha mantenido sus viejos principios.

Qué se le va a hacer. Paciencia. Y además… de una vez por todas, ¿qué más da? Cuanto más sé, más cuenta me doy de que mi primera impresión era correcta: vivimos, trabajamos para algunos que pensamos que son de determinada manera. ¡Vamos allá!

Tengo que dejarte. La legación me espera y la compañía está «lista para marcharse». No he conseguido convencerlos de que cuando te invitan a un cóctel que dura de cinco a siete no hay que presentarse antes de las cinco y media por lo menos. Así que vamos a «abrir el baile». Hasta luego, cariño mío.

Te hablaré de nosotros, de mis lecturas y de mí la próxima vez. Esta vez he querido limitarme al entorno. Trabaja mucho; vela por ti; no pierdas los nervios; reprime el mal humor; quiérete también. Yo solo vivo por ti y para ti.

Maria

Domingo 18 de octubre de 1953

Querido amor mío:

Tu carta, que recibí el viernes, me ha hecho muy feliz. Es que no la esperaba. Tengo la esperanza de que te hayas encontrado la mía en Luxemburgo el sábado. Esta, según mis cálculos, debería pillarte en Estrasburgo. No me ha sorprendido enterarme de que el público de Mulhouse se ha mostrado considerablemente frío, sospechaba que os iba a costar que esas hordas del norte asimilasen las chispas y las malicias de ese viejo zorro italiano. Pero, bien pensado, no es ese el quid del asunto.

Aquí, el [teatro] Français sigue rodando con ruedas cuadradas. El ensayo general de *Noces de Deuil* lo silbaron al acabar, el jueves por la noche. Iba a ir al estreno el viernes. Dos horas antes del espectáculo me avisaron de que, por la huelga de tramoyistas, el Français suspendía la función. Pero a muchas personas no les llegó el aviso y se presentaron, con frac y vestido de gala, ante las puertas cerradas. A partir de ese momento, ya sabes que han cortado todas las subvenciones sin que pueda saberse hasta cuándo. En cierto sentido es una suerte para la obra de Hériat, obra que la crítica ha vapuleado.

El sábado vi a Gillibert, que padecía forunculosis, pero parecía encontrarse bien. Cuando le dije que tenía intención de ir a ver esta tarde, domingo, a Perrot[638] en *El jugador*, le ha dado un buen vapuleo. Tozudo, fui a pesar de todo hace un rato (son las diez de la noche) y no estoy de acuerdo con Gillibert. Ese chico está ya demasiado hecho y, por lo demás, no tiene el toque «fiero» del que hablábamos, pero tiene notables dotes. Hasta ahora es el único que me parece que tiene *una* oportunidad de ser Stavroguin[639] (o de parecerlo). Pero voy a ir a ver a Vaneck.[640]

¿Qué más ha ocurrido? ¡Ah! La pasada noche, insomne, me levanté a las

cuatro para trabajar. Adivina en qué. En la planificación de mi futura novela.[641] No es que vaya a ser algo inmediato, claro, pero es un indicio.

Dejando eso aparte, no es que esté muy alegre que digamos. El otoño se va destemplando; un vientecillo del norte que te deja helado cubre las aceras de hojas amarillas. En cuanto a F[rancine] tengo la impresión de que está empeorando. El día de ayer fue especialmente penoso. No sé muy bien qué hacer. Físicamente, sin embargo, estoy bien. Te echo de menos. Todos los días se me hace raro no llamarte, no pasar por la calle de Vaugirard; me pregunto qué estoy haciendo en París, sin ti una ciudad ajena y de la que escaparía enseguida. Y luego miro mi torso de Cnido, a diario. ¡Belleza mía, así que ahora eres estrasburguesa! ¡Ay, querría que fueras parisina esta noche, o siciliana conmigo! ¿Cuándo vamos a poder vivir en la hermosura y la paz al menos por una temporada, durante la que el cielo y la tierra responderían por fin a nuestro amor? Quizá es eso lo que me entristece en este momento: la ciudad sucia y fría que tú sueles taparme y de la que casi me avergüenzo por nosotros cuando la veo. Tendríamos, y tendremos, que querernos en otra parte, en cualquier caso.

Pero estoy siendo injusto: existes y escucho a mi corazón y soy feliz cuando me doy cuenta de ello. Da pronto media vuelta entre esas tribus tuyas y vuelve para ayudarme a vivir. De aquí a entonces, piensa en mí. Tienes que decirte que te quiero mucho más y más profundamente que el primer día. Beso tu hermoso cuerpo, respetuosamente. Te quiero. Te espero.

A.

571 — María Casares a Albert Camus

Estrasburgo, 20 de octubre de 1953

Querido amor mío:

Has calculado bien y al llegar a Estrasburgo recibí tu carta del viernes. La necesitaba muchísimo porque, cuanto más me paseo por toda Francia y Luxemburgo, más necesidad siento de tu presencia. ¿Me imaginas sin ternura? ¿Absolutamente desprovista de ternura? No, ¿verdad? Pues así es como estoy. Estas regiones me agobian, Metz me ha rematado y me he encontrado este Estrasburgo impregnado aún por completo de tu recuerdo con la misma alegría que me mueve cuando regreso a la calle de Vaugirard.

Así que… ¿te lo imaginas? Solo estoy a mis anchas en el autocar, por la mañana temprano, «fuera del mundo». Ahí tengo la sensación de ir rodando hacia ti y una especie de éxtasis detiene el tiempo y cuanto me rodea. (Estoy leyendo *Los demonios*, como ves).

Y eso que en Metz nos recibieron bien; es una ciudad bonita, aunque apocalíptica, y, al entrar en la catedral, me fulminó la gracia. André Dubois me trajo a los bastidores desolados del bonito teatro en el que actuamos no sé qué aire de salud y de frivolidad que disfruté en lo que valía y el público no pudo ser más amable. Pero si padeciera claustrofobia, no me aventuraría por estos lares ni por todo el oro del mundo y recomiendo a quienes sufran esta enfermedad que se mantengan alejados.

Estrasburgo es harina de otro costal. Viva, para empezar, casi en estado de gracia. Un hotel encantador. Un restaurante apetitoso (en Metz me envenenaron unos mejillones y a Pierre, unos riñones). La catedral con su don: minuto de «gracia al riesling». Y, por último, ¡tu carta!

¡Ay, amor mío! Qué ingrato te muestras con ese París al que añoro tanto que gritaría. ¿Voy a tener que llevarte a pasar tres días en Mulhouse para que aprendas a valorar el encanto de París? ¿Voy a tener que explicarte, hora por hora, minuto por minuto, lo que estoy viendo para que cambies tu vergüenza de sitio? Creo que *Los demonios* no solo están destiñendo en mí

y si tuviera que darte un consejo sería leer al mismo tiempo unas páginas de Tolstói. ¿Qué te parece?

Pero, bueno, todo va bien puesto que te levantas por la noche para planificar tu novela. No sé por qué tengo tantas ganas de verte darlo todo por ese libro; en mi caso, se trata de un sentimiento puro, en absoluto razonable; pero cuando leí en tu carta esa breve noticia de pronto me sentí transportada. Si creyera en las señales, vería en eso una, indiscutible.

En lo que a *Los demonios* se refiere, no paro de leer, en cuanto esta vida endiablada me lo permite. Es sensacional, extraordinario, increíble. Con respecto al reparto estabas muy en lo cierto queriendo a Jamois[642] para Varvara; y si [Pierre] Blanchar[643] aceptara interpretar a Stepán, sería perfecto; sigo pensando que Stepán tiene que parecer importante, físicamente. ¿Los demás? [Minou[644]] sería excelente para Liza. Pierre [Reynal] interpretaría muy bien a Shátov (ahora mismo está bordando al hijo), Michel a Petrusha, y yo me las apañaría con Maria si adelgazo de aquí a entonces, cosa que no tardaría si engullera menos chucrut. En cuanto a los demás, aún lo estoy pensando y para Lui, para el príncipe Harry y para Stavroguin no se me ocurre nada. Estoy obnubilada con la idea de ti un poco más joven (¿y por qué más joven, de hecho?), puede que sea demasiado exigente; pero no se me ocurre nada. Al igual que tú, pienso que el que tendría más posibilidades de alcanzar la milésima parte del personaje sería Perrot. Tiene el mismo físico en triste, tiene un leve sentido de ese tipo de papeles, sabe lo que es el cinismo y se le puede otorgar bastante presencia. Pero ¿es igual de tierno, de desenvuelto, de salvaje? ¿Y podría llegar a serlo? ¡Ay!, qué cruz. Dices que vas a ver a Vaneck, pero Pierre me ha dado a entender que no estaba bien en la obra de Thierry Maulnier. Es cierto que a veces es difícil hacerlo bien, incluso cuando se trata de dar réplicas de *Los justos* con aderezo de Escuela Normal. (Por lo visto llega a

ser así de vergonzoso). Y, por cierto, siento muchísimo el plantón que te ha dado la Comédie-Française; ya te veía, cuando estuvieras en blanco, recurriendo a las palabras de Hériat, y me he llevado un chasco. ¿Y ahora dónde vas a espigar si no es en *La Vérité es morte*?[645]

También me hablas del torso de Cnido y yo estoy obsesionada con la imagen de los cuerpos de hombre tan bellos que vimos en la sala pequeña de Grecia en el Louvre, y cuando, en mitad de mis ensoñaciones, de pronto se me aparece la jeta de Cusin zampando espaguetis por todos los poros de su piel, me tengo que controlar para no perder el sentido.

Incluso cansada, griposa y perdida sigo soñando y sufro un poco. ¡Ay!, ¡ojalá te tuviera de repente a mi lado!

Perdóname, cariño mío; pero tengo que terminar con lápiz. Llevo media hora pidiendo tinta; pero los borricos de los estrasburgueses no me hacen ni caso.

Mañana te enviaré otra notita, o pasado, para que te llegue el viernes y el sábado, en Lille, volveré a escribirte una carta larga. Ahora me voy a dormir una hora antes de enfrentarme a los alsacianos. Esperemos que no reaccionen como los de Metz y vuelvan a ver en mí a una «médium carnal», «una mujer más que mujer, un eterno reproche viviente vestido de negro de mirada insondable, voz perturbadora, la que, en definitiva, ensalza las palabras y hace llorar a las piedras». Entonces todo irá bien. Como en todos los demás sitios, el teatro está atiborrado. Lo cual ya es todo un tanto. Vamos allá. Te quiero, estás aquí, me quieres. Es maravilloso.

M.

572 — MARÍA CASARES Y PIERRE REYNAL A ALBERT CAMUS[646]

[La catedral — Cabeza de una Virtud. Pórtico norte].

21 de octubre [de 1953]

Si esta señora es la de la resistencia, que me la dé; me hace mucha falta para aguantar todos los males físicos que me aquejan en este momento, gripe, cansancio, muelas, etc., y además, es guapa, ¿verdad?

M.

Estamos leyendo *Los demonios* en el autocar. A la vuelta estaremos maduros para Sainte-Anne. Afectuosamente suyo

Pierre

573 — María Casares a Albert Camus[647]

[La catedral. Virgen loca. Pórtico de la derecha].

21 de octubre [de 1953]

Y aquí tienes otra expresión de Maria Timoféievna.[648]

M.

574 — Albert Camus a María Casares

22 de octubre de 1953

Querido amor mío:

Recibí ayer tu carta de Estrasburgo y le di la bienvenida. Me siento tan agobiado ahora mismo, y no solo por culpa del cielo, que está cada día más bajo sobre París, que solo una seña tuya podía hacerme feliz. El ambiente en mi casa es cada vez más penoso, el médico no para de venir y me siento impotente por completo ante una enfermedad y unas manifestaciones depresivas que no entiendo. Pero ver a una persona debatiéndose en esas sombras resulta difícil. Lo que me apena también es que esperaba al menos ir a darte un beso entre dos trenes, en Lille por ejemplo, y realmente no puedo en estas condiciones. Para colmo de agobios, Grenier me llamó ayer para decirme que había hecho todas las gestiones para lo de Egipto[649] y que nos iríamos tres semanas en diciembre. Pero te necesito de verdad en este momento y esas ausencias se me hacen demasiado cuesta arriba. En esas andaba cuanto recibí tu carta, que me devuelve el valor y algo de optimismo. Bien pensado, sé que a veces, cuando las cosas llegan al límite de esta manera, todo se vuelve de repente del lado bueno. Así que a ti que no te afecten demasiado estas malas noticias. A lo mejor cambian de aquí a que vuelvas. Incluso hago mal en anunciártelas en este momento en que corren el riesgo de ensombrecerte cuando necesitas todas tus fuerzas, puesto que no hay en aquellas nada definitivo. Pero también necesitaba abrirte mi corazón.

Tu carta era muy dulce y muy cálida, amor mío. Te compadezco, pues sé que no estás hecha para ese tipo de vida en que nadie, al menos eso espero, te abre los brazos al acabar el día. Pero hay que pensar que esto te va a facilitar la vida. Y, además, es una experiencia que hay que haber tenido al menos una vez. En cualquier caso, te beso todas las noches. Pero, a tanta distancia, seguramente no funciona.

No he hecho nada destacable desde el domingo. Ha salido *Crónicas II*.

Digo que te manden un ejemplar (sin dedicatoria) para que te entretengas. Pero no estoy seguro de que lo recibas. Si se pierde, no pasa nada. Esta noche, a petición de Paul [Œttly], voy a volver a ver *El hombre que perdió su sombra*.[650]Velada desperdiciada. Por cierto, una noticia que me ha soliviantado (pero, bien pensado, ¿acaso no tengo yo la culpa?): como la obra de Gilson no funciona, en Les Mathurins quieren montar *Le Greluchon délicat*, de Jacques Natanson. No sé si sabes qué es eso: el autor es el [André] Roussin de la década de 1920 a 1930, y su obra fue un gran éxito del teatro de bulevar. Seguramente van a decirnos que fue una de las últimas disposiciones de Marcel.

¿Qué más? Me cuesta trabajar, pero trabajo; y, a diario, en la cama, desmenuzo *Los demonios*. Difícil, sí, y me temo que duro para el público. Veremos.[651] Pero ¡cuánto te echo en falta! ¡Voy errante, voy errante, alma en pena…! En vista de lo cual acabo de llamar a tu casa para oír la reconfortante voz de Angèle. Pero nadie responde al teléfono. No, ya no respondes. Solo tus cartas… Escribe, cuenta, dime que me quieres. Y recuerdos al tritón, que se reiría mucho si me leyera. ¡Después de tantos años…! Pues sí, y aunque el primer extrañado sea yo, bebo este amor con deleite, te bebo sin cansarme.

Hasta pronto, hermosa mía, amor mío. Te beso en las nieblas del norte hasta que estallen soles. Y te espero.

A.

575 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[652]

[La catedral. El Ángel de la Lanza. Pilar de los Ángeles].

[23 de octubre de 1953]

He aquí uno de los rostros de M. la coja, ¿a que sí? Solo le faltan los polvos de arroz y el carmín. ¡Ay, quién tuviera ese talento…!

Nos vamos a Troyes *Inch-Allah!*

576 — María Casares a Albert Camus

Lille, 25 de octubre [de 1953]

Al llegar a Lille, amor mío querido, recibí la carta que me habías anunciado por teléfono y el ejemplar de *Crónicas II*. Te lo agradezco. También he recibido una notita de Julien Green[653] y tuve que contestarle ayer. Por eso esperé a esta mañana para escribirte. Desde la charlita que tuve contigo me siento transformada y como rodeada de una calidez ausente. Lo malo es que, como está ausente, en lugar de calmarme lo único que hace es agudizarme las ganas que tengo de volver a casa y reunirme contigo. Tu carta llegó para atizar el fuego y ahora soy un puro incendio. Sí; estoy ardiendo toda yo. Los días pasan y, aunque ya no tengo la mejilla hinchada y el catarro sigue su curso normalmente para llegar pronto al desenlace, me aquejan otros males en los que pienso con deleite, pero que solo se manifiestan con un humor desabrido. Te deseo.

¡Ay!, en efecto, estas ausencias cuestan demasiado y ya estoy pensando con pesar en la que va a separarnos tres semanas en diciembre. Solo que esa la recibo como con una especie de dulzura, porque me parece que te traerá, si no alegrías, al menos belleza y, sobre todo, un poco de paz. Lo único que lamento es no poder acompañarte y me sorprendo soñando con viajes en

común a países extraordinarios. Mi salida del Français[654] debería facilitar que se cumpliera ese sueño y me alegro tanto que, aunque nunca llegue a suceder, le agradezco a la vida que me permita soñar.

Por aquí, todo va bien, todo menos el paisaje que realmente es desolador. La gira sigue esparciendo su buena semilla y por lo visto Herbert y Franck exclaman: «¡No es un éxito, es un triunfo!».

Los norteños son extrañamente neutros o desagradables, y si ya en Picardía nos mostraron, a pesar de su entusiasmo, una cara perfectamente bobalicona, en Lille los ganan en mala fe. Aquí nos hemos encontrado con tramoyistas que exigían una tarifa adicional como figurantes por llevar un mueble al escenario durante la función y los mismos tramoyistas desprecian a los actores en bloque, menos a Ledoux y a mí porque tenemos un nombre. Me llaman «Señora Cartuja» y me cambian una caja de fósforos que les pido por la promesa de una foto.

El teatro es inmenso, obviamente construido para la ópera, y el inmenso foso de orquesta nos impide notar u oír las reacciones del público.

Con respecto a la compañía, va adquiriendo poco a poco su rostro definitivo: a «Mimi Philips», así es como se llama la actriz de carácter tan habladora y que se encarga de los críos, ya nunca se le agota la electricidad y hay que conocer su actitud cuando tiene que quedarse callada en el escenario para imaginar con propiedad lo que sufre. Tiene una frase que decir en el primer acto, solo una: «Es una situación nueva»; pero la prepara desde el principio, y creo, incluso, desde el alba en la habitación del hotel. Cuando se acerca la frase, se ve cómo rebulle, se yergue sin aliento, se tensa, se serena, se ofrece; se le mueve todo, los pies, las piernas, los brazos, los ojos, la nariz, la boca y, por último, cuando llega la frase, se levanta por impulso de un muelle todopoderoso y escupe farfullando: «¡¡¡¡Es una situación tan insana!!!!». Y luego, apesadumbrada, titubeante,

se derrumba para preparar la misma frase que tiene que repetir al día siguiente en otra ciudad farfullando a más y mejor. Por añadidura, se parece extrañamente a Demanges.

Ledoux sigue con sus lecciones dedicadas a Sévère y este sigue siendo idiota. Los niños han resultado ser unos monstruitos horribles, con buena apariencia pero que tras su preciosa cara infantil ocultan ya toda la habilidad y todos los hilos de los comicastros más infames.

Cusin ha ganado personalidad. Lo he visto dos veces mientras se empapuzaba de pasta y luego otra vez con la cara aún llena de grasa y trozos de espaguetis alrededor de los labios. En el escenario, Ledoux y yo buscamos desesperadamente su mirada, llamando su atención si menester fuera, «Señor, míreme», pero nuestros esfuerzos resultan inútiles y él sigue mirando lo que sea menos nuestros ojos, hablando en mitad de nuestras frases inventándose un texto que no puedo repetirte, resoplando, bostezando, riéndose, haciendo visajes, etc. La señora madre hace su número de «dama del teatro francés», la primera actriz sigue igual de cursi[655] y su marido, igual de corto de entendederas. Quedan Liliane, igual de dulce y amable, y Pierrot, cuya conversación es cada vez más limitada. Ahora solo lo oigo para decir «Tengo que afeitarme», «Voy a vomitar», «Estoy mareado», «Son unos g…» y para terminar «Tengo que afeitarme».

Pero debo hablarte de algo que puede volverse muy peligroso. Roger, el conductor, está en celo. Es increíble, pero es así. Nos lo ha dicho, nos lo ha explicado; nos anunció para hoy una visita joven que no ha llegado, y, como «ya no puede más», ha decidido, «a la desesperada», recurrir a su mujer, que tiene que unirse a nosotros en Niza. Solo que de aquí a entonces corremos todos un gran riesgo porque no puede ver a una ciclista en la carretera sin olvidarse al instante de que no está solo, de que está

conduciendo, y sin lanzarse con el autocar encima de la pobre infeliz que acaba inevitablemente en la cuneta.

Esto en lo que se refiere a la familia errante. Mañana salimos para Namur, luego Mons y por último nos estableceremos en Bruselas, que es el punto de partida para ir a actuar a Lieja y Amberes.

No me sorprende que vuelvan a montar *Le Greluchon délicat* en Les Mathurins. Harry Baur[656] la interpretó en su momento; pero, al igual que a ti, me apena. Por cierto, ¿has visto a Jean [Marchat]?

Sigo leyendo apasionadamente *Los demonios* y compruebo que lo tenía bastante claro en la cabeza. Solo hay un personaje con el que me he equivocado: Kiríllov. Jacques François[657] no puede hacerlo; hace falta un hombre y un hombre curioso y ardiente. Pierre me ha sugerido a Topart. Creo que es una buena idea.[658] En cuanto a cómo recibirá el público una obra semejante, yo también me temo lo peor. Pero ¿qué más da?

Bueno, cariño mío, son las doce y media y me toca función de tarde. Tengo que comer, aunque desde que llevo este catarro a cuestas he perdido el apetito.

Ánimo, amor mío querido. Procura trabajar en medio del desorden en el que vives.

Me imagino cuánto te hará sufrir; en efecto, es espantoso presenciar, impotente, las penalidades de alguien a quien se quiere.

Te beso con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas.

Ahora el tiempo volará rápidamente hacia nosotros. Te quiero.

Maria Pierrot te manda un beso.

577 — Albert Camus a María Casares[659]

26 de octubre de 1953

BIENVENIDA A BÉLGICA RECIBIRÁS CARTA MIÉRCOLES LIEJA CARIÑOS ALBERT

578 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes 26 de octubre [de 1953]

Querido amor mío:

Tu carta recibida ayer, al tiempo que me arropaba la sangre y el corazón, me confundió las ideas. El itinerario que, de paso, me anuncias no es el mismo que el del programa oficial.

Tras pensármelo, he decidido atenerme a este; si hubiera habido algún cambio, me lo habrías dicho claramente, supongo.

Desde que me llamaste tengo aún más ganas de verte. Fui al día siguiente a ver a Ángeles, a la que encontré rebosante de salud (Juan estaba haciendo un extra). Me enseñaron el piso e incluso tu correo. Por poco estuve a punto de leerlo. Vi también a Dominique, que sigue con las narices infectadas, más delgada y preciosísima. Me quedé un rato en tu cuarto:¡melancolía! Por la noche, a petición de Paul, fui a ver otra vez la obra de Gilson. Muy bien montada, muy mal interpretada, salvo Vaguer, Nissar y Paul. El aburrimiento era sutil y, por lo demás, la sala estaba vacía. Después de la función, la mujer de Harry Baur me pidió mi obra en un acto *Melodrama*. Se estaba refiriendo a mi mimodrama.[660] Quiso saber entonces si tenía texto. No, dije, es una pantomima. Entonces, dijo, hacen falta bailarines. No, dije, etc., etc. A continuación, me pidió *Los espíritus* para programarla

mientras se ensayaba la siguiente obra (no me dijo que era *Le Greluchon délicat*). Dije que ya le daría una respuesta y llamé a Jean [Marchat], al que invité a comer hoy mismo. Jean me trajo fotos antiguas de Marcel [Herrand] y un recuerdo suyo: una cabecita egipcia. Me dijo que quería darte la escultura de Rachel. Ha sido tan amable que me quedé emocionado. Y todo se iba haciendo más difícil. Me armé de valor y me expliqué. Ya te hablaré de esa conversación. Lo entendió, y lo admitió, creo. Solo me pidió que lo ayudase desde fuera. Y lo haré de muy buen grado. En cualquier caso, de *Los espíritus*, nada. Jean quiere montar en enero la obra de Yourcenar,[661] porque *Le Greluchon délicat* es para las fiestas. Ha renunciado a mí para Angers, pero no a ti. Querría también ir conmigo a Argel. ¡Qué individuo!

El domingo vi *Los justos*, montada por los Mosaïcos Espagnols [sic]. Ya te contaré también esa función indescriptible que me conmovió y me provocó ataques de risa. Seduje a una españolita rubia de dieciocho años guapísima. Por desgracia, tuve que irme antes del quinto acto; eran las siete y media y llevaba allí desde las tres. La hermosa sonrisa húmeda de la españolita le iluminaba la cara hasta la frente estrecha.

Como ves, me divierto; pero me muero de fastidio. De fastidio porque te echo de menos y por todo. Solo tus cartas… Y *Los demonios*. Casi he acabado de desmenuzarlos. Sí, ya había pensado en Topart, pero no para Kirílov. Y además nada de Mauclair[662] para S[tepán] Trofímovich. Quizá Fedka…

Tengo que dejarte. Estoy con la presentación a la prensa de *Crónicas II*. Y debo madrugar. Tengo la esperanza de que te llegue esta carta. Tengo la esperanza de que me llames. Tengo la esperanza de que me quieras, tengo la esperanza de que vas a volver y volveré a perderme en ti. belleza mía, deseable mía, amiga mía querida… Escribe y vela por ti. Te echo de menos

y quiero verte volver entera para disfrutar de ti entera. Empiezo ya a besarte, hasta que regreses.

AC.

579 — María Casares a Albert Camus

Miércoles 28 de octubre [de 1953]
Lieja

Amor mío querido. Estoy esperando a que sean las cinco para llamarte pidiendo auxilio, oír tu voz, convencerme de que sigues existiendo en alguna parte, de que el amor no es una añagaza, de que la belleza es algo más que un mito, de que la tierra es cálida, de que el hombre vive y piensa y de que me será posible encontrar algún día todo eso junto.

Desde que cruzamos la frontera me estoy muriendo despacito y, sin embargo, excepto por la bronquitis, que no consigo curarme, he logrado vencer todos mis males. En cuanto al deseo, se ha desvanecido en el cielo belga para convertirse tan solo en una obsesión fija pero abstracta: volver a un país humano. Namur, luego Amiens y Lille, es el fin del mundo donde puedo acabar de lleno. Allí todo se disuelve en niebla ahumada en pleno centro de Valonia, pesada, gris, densa y no diría poco agraciada, porque aquí te olvidas incluso de que la gracia existe. Solo se ven casas de ladrillo rojo, polvorientas, empantanadas con otras casas de ladrillo rojo, polvorientas, pobladas de criaturas coloradas, gordas o flacas, pero siempre coloradas, con el pelo amarillento, cara de becerro, andares lastrados por las suelas gruesas y con una expresión como desconfiada con la que cabe suponer que andan siempre con miedo a que las arranquen de su letargo

rumiante. Y, de propina, desagradables, sin cielo, sin sol, sin agua y sin vicios siquiera. ¿Cómo pueden vivir en semejante país sin caer desde la infancia en los peores vicios? ¿Cómo hacen para no ahogar su vacío en alcohol desde que amanece? ¿De qué están hechas para no usar la fusta en plena calle?

Al principio del viaje, mientras atravesábamos este bonito rincón del mundo, primero me entró la risa floja, la misma risa floja, creo, que padeciste tú cuando asistimos al baile del «Petit Valtin».[663]Y, además, la cara del tritón en Bélgica bastaba por sí sola para regocijar a los propios belgas, si es que es posible; pero, después de Namur, se me pasaron los nervios y desde entonces voy por ahí con cara tristona, humor de perros y un agobio que va a acabar con mis fuerzas si la cosa no cambia. Ayer, Huy estuvo a punto de devolverme un poco a la vida. Es una ciudad pequeña de trece mil habitantes que recuerda un poco a las ciudades pequeñas suizas, con un barrio antiguo bonito y una poesía edulcorada, anticuada pero obvia; me conquistó; por desgracia, los lugareños me invitaron a tomar una copa y en un cuarto de hora destrozaron el estado de ánimo soportable que había conseguido paseando por la ciudad.

En cuanto al público belga delante de los *Seis personajes*, te lo regalo. El primer fracaso rotundo lo tuvimos en Namur. En Huy el público acudió, pero no dijo ni pío. ¿Lieja? Aforo completo para esta noche. Ya veremos.

¡Qué condición tan decepcionante es a menudo la de esparcir la buena semilla!

Pero bueno, todo eso te lo contaré muy pronto cara a cara, cuando vuelva a ser una mujer, tu mujer. Por ahora, «ya no existo, he dejado de existir…».

Así que ya solo me queda ponerte al tanto de mis últimos viajes y volverme hacia ti.

Hoy, pues, actuamos y dormimos aquí. Mañana, 29, actuamos (tarifa

adicional) en Tirlémont, ciudad natal de Ledoux, adonde lo llevamos a rastras a su gran pesar y donde, por lo que he oído contar, deberíamos representar más bien *La coronela y los húsares* o una revista muy cotizada por aquí, *Varchau l'hélicoptère*, que viene a significar *Que vuelve el helicóptero*. Dormiremos en Bruselas, adonde volveremos después de la función, y al día siguiente, viernes, actuaremos en Mons, para regresar otra vez a Bruselas por la noche. Luego, dos días de descanso antes de actuar en Amberes. Durante esos días, me resulta imposible quedarme en Bruselas sin morirme. Así que he decidido marcharme el sábado por la mañana a Gante, comer allí, ir luego a Brujas para dormir y, al día siguiente, domingo, volver por la tarde a Amberes para hacer noche y dedicar todo el lunes a visitar la ciudad. No es precisamente descansado, pero al menos espero sacar alguna emoción que me reconcilie con este mundo y me prepare para el viaje de regreso. ¡De ninguna manera quiero volver contigo como un bovino! ¡No! ¡No quiero! Si este paseíto no me aporta nada, mataré a todos los belgas, si hace falta, pero ¡me espabilaré!

Y ahora te toca a ti. Acabo de recibir tu carta del 26, porque aún me queda la alegría de tus cartas, ¡faltaría más! Esta me ha divertido mucho, también emocionado y, por último, reconfortado.

¡Dichoso aquel que aún conoce españolitas de bella sonrisa y frente estrecha! ¡Si al menos yo pudiera ponerte celoso con algún jovencito belga! Pero no hay nada que hacer: ¡a todos se les pierde la frente en el pelo que crece a saber dónde y nunca sonríen! Solo Forstetter me persigue con su proverbial cinismo y sus piropos algo anticuados. Debo confesar, sin embargo, que su interés me halaga, lo cual no deja de irritarme. Él lo sabe, me lo dice y, cómo no, me afecta su perspicacia. Todavía no he contestado a sus numerosas cartas; estoy esperando a que se canse del monólogo. Luego, ya veré.

En cuanto a *Los demonios*; sigo cuando esta vida de pánfila valona me deja un poco de tiempo libre. Estoy en el «shigaliovismo». Sorprendente. Sin embargo, creo que voy a dejar a estos demonios para sumergirme en *Crónicas II*. Lo he ojeado y me ha parecido que, a pesar del decorado que me rodea, volvía a ser mujer y sensible. Realmente tienes talento y no está exento de bondad, salvo con los poetas, y las plantas. En cualquier caso, estoy de acuerdo contigo sobre S[tepán] Trofímovich. Mauclair no puede hacerlo.

Respecto a la mujer de Harry Baur, tendría que establecerse en Namur; es exactamente el marco adecuado para ella. Me alegro de que hayas quedado con Jean [Marchat]; sigo enfadada con él, pero no puedo evitar tenerle cierto cariño. Me alegro, me alegro mucho también de tener un recuerdo de Marcel [Herrand]; pienso en él a menudo.

He recibido una carta cariñosa de Gillibert al tiempo que Pierre [Reynal] recibía otra cuyos términos podrían pasar por amorosos. Pero ¿qué les pasa a todos los hombres para decirse tantos arrumacos, que si «Te aprecio mucho», que si «Te mando un beso», que si «Dulce amigo», etc.? ¡Parecen mariposones, caramba!

También recibo noticias de casa, con bastante regularidad, a través de Ángeles, y Dominique sigue con la infección.

¡Ay!, ¡pronto, volver a todo eso! ¡Y sobre todo, a ti! ¡A ti!

Sí, ya sé; está bien acumular vivencias; ¡también está bien ganar dinero! Ahora he aprendido que ya no puedo prescindir del decorado y que se acabaron los sueños infantiles que me permitían vivir en cualquier sitio, ciega a todo, ajena a todo lo que me rodeaba. He aprendido una vez más que te quiero hasta la locura; he arraigado más profundamente en mí el temor a perderte y he ganado una cantidad que va a pagar mis deudas. Pero ¡cuánto tiempo perdido para nosotros también!

¡Pronto, pronto! Ya he pasado por esta vivencia, ahora solo quiero volver hacia ti y quererte de todas las formas posibles e imaginables.

Amor mío, hermoso amor mío, cariño mío, estate ahí, ahora, cuando te telefonee. ¡Ay, ojalá estés ahí!

Te quiero locamente.

M.

Pierre me ruega que te transmita toda la amistad de la que aún es capaz. Lamenta no ser tan «cosmopolita» como se creía y se muere de aburrimiento.

580 — MARÍA CASARES Y PIERRE REYNAL A ALBERT CAMUS[664]

[Brujas. Iluminación de la Cancillería. Casa Consistorial].

31 de octubre [de 1953]

Aquí tienes Brujas, sin canales ni cisnes, magnífica y desconsolada.

Bruselas, Gante y por último Brujas van a acabar reconciliándome con el norte. ¿Vivir en ellas? No; en ese estilo, prefiero Ávila o incluso Santiago de Compostela. Pero… sí estar de paso, rápidamente, sin perder tiempo en ahogarse allí para siempre, por aquello de añorar intensamente las llanuras quemadas, desiertas y vivas de Castilla.

M.

[Brujas. Muelle Verde. Casa del Pelícano].

Hoy, 31 de octubre [de 1953]

Y aquí están los cisnes. No falta de nada en este rincón encantado. Es el paraíso de las abejas y, aunque carece de grandeza a primera vista, la nobleza, en cambio, ocupa el lugar que le corresponde. Si mañana no me marcho de aquí totalmente asqueada, lo haré seducida.

Hasta muy pronto

M.

Recuerdos afectuosos

Pierre

Estoy muerto de cansancio y de azúcar

581 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado 31 de octubre de 1953

Tu carta de ayer era buena, amor mío, buena de leer y buena de oír. Porque, al mismo tiempo, te oía y me reía a medias de esta endemoniada Bélgica. Pero las cosas van a ir deprisa ahora. Cuando recibas esta carta estarás en Amberes, que es un puerto y, por tanto, con más vida. Y luego Bruselas, y por fin París. A mí la idea de irme en diciembre, tan poco tiempo después de tu regreso, me resulta insoportable y voy a intentar retrasar ese viaje a enero. De todas formas tengo que ir a Argel en esa fecha, me quedaré cuarenta y ocho horas y podré pasar el resto del tiempo en Egipto. Y así habré reducido también mi ausencia al mínimo. Voy a ocuparme de todo

eso. Por aquí, nada nuevo, salvo nuevos incidentes (insultos en un periódico comunista, *Libération*, etc.) relacionados con mi prólogo de Guilloux.[665] En esta ocasión es Guilloux quien se ha encargado de contestar. Ya adivinas lo que opino de todo eso, pero he decidido no concederle nada a la polémica y pienso en otra cosa. He visto también en casa de Raffi (Paul) al alcalde de Argel. Y ya depende únicamente de mí no solo poner en marcha ese Festival de Argel, sino también supervisar toda la temporada de teatro de allí. Tengo quince días para contestar y me lo estoy pensando. También en esto te echo en falta y me habría gustado hablar contigo de todo ello.

También vi ayer al bueno de Cérésol,[666] con quien he tenido una charla larga y sincera. Ya te hablaré de ella.

Hay también una cosa que tienes que saber: todos los periódicos anuncian que dejas el Français en diciembre. *Le Figaro* añade incluso que te ibas con Vilar[667] (¡!). Y acaba de llamarme Gillibert, que quiere hablarme de los proyectos que tiene Barrault para ti. Te tendré informada. Pero me pregunto si no estaría bien que escribieras a Descaves[668] para decirle que rectifique si le parece oportuno. En cualquier caso, queda demostrado que se te van a rifar. ¡Ay! ¿Qué me va a quedar a mí? Ya el Forstetter ese… Qué tuyo es esto. Te gusta tanto la inteligencia que serías sensible a ella incluso en la persona de Pierhal. Y yo, que noto cómo me vuelvo más tonto cada día…

Bueno. Leo. Trabajo mal. Me armo de paciencia. Estoy furioso y, con todo, siento mi vida. No estás aquí, eso es lo que pasa, y eso me desequilibra. También ha llegado el frío. París tiene mala cara y yo voy errabundo por él. ¿A qué esperas para venir a devolverme el calor, la ternura, tu cuerpo, tu hermosa risa? Los días van a rastras, de verdad, ¿sabes?; y, aunque me he esforzado hasta ahora en no decirte el feo desvalimiento en que estoy desde que te fuiste, no puedo por menos de

mostrártelo aquí. Pero, en fin, te quiero y también pienso en ti dichoso, como en mi fuerza, mi norma, y mi arrebato también. Te estrecho contra mí, viajera mía, judía errante mía, amor mío que nunca se detiene, mi niña, te beso, y te zarandeo también. ¡Ay!, ¡toda la juventud que existe entre nosotros, que vuelva, sí, que vuelva!

A.

582 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[669]

[1 de noviembre de 1953]

[Brujas. Muelle del Espejo].

Querido amor mío. Aquí tienes dos formas de expresión de esta región tan entrañable y tan repulsiva a la vez. Personalmente, creo que prefiero Gante, aunque esta última sea menos completa y sobre todo menos pintoresca. Aquí, si tuviera que quedarme, me moriría de sosiego haciendo encajes, quizá. Pero no puedo negarlo: está muy lograda y merece la pena volver. He vuelto

[Brujas. Puente de San Bonifacio].

yo sola. La primera vez, me acompañaban mi madre, una amiga suya y su hija. Ya no están. Brujas tampoco, para mí, en cierto modo. Aquí todo se convierte en un «bonito recuerdo», incluso lo que se está mirando sobre la marcha.

¡Pronto, tú y el movimiento de la vida! Te quiero.

Maria

583 — María Casares a Albert Camus[670]

2 de noviembre [de 1953]

Una notita a lápiz porque estoy esperando la tinta en vano y, como todo turista que se precie, tengo prisa.

Por fin me marché de Brujas, que estaba empezando a agobiarme mucho.

Si el calificativo «bonito» tiene algún significado, se adapta perfectamente a esta ciudad. Aunque las cosas más hermosas cobran algo así como un «bonito aspecto».

Llegué a Amberes ayer por la tarde y me conquistó de entrada. Es la única ciudad de Bélgica donde podría vivir y se debe, cómo no, a que está el puerto. Tampoco me desagradaría volver a pasar por Gante, pero no me veo acabando allí mis días.

Esta noche, Pierre [Reynal], la señora Stephen-Pace, que nos ha acompañado, y yo hemos querido encanallarnos en el puerto, pero solo hemos logrado volver al hotel chasqueados y empapados sobre las once de la noche. Estaba diluviando y yo estaba agotada. Sin embargo, empecé a leer *Crónicas* y ya no las he soltado hasta el final del libro. Me pregunto cómo consigues conciliar la verdad, una verdad sin fisuras, la lucidez y la fuerza apasionada capaz de cegar al mejor pertrechado. Si tuviera que elegir un ejemplo para explicarle a un habitante de Marte lo que es un hombre de nuestro mundo, te nombraría sin titubear a ti antes que a nadie; y creo que la criatura marciana solo tendría que leer *Crónicas II* para entenderlo. Naturalmente, me estoy imaginando a una criatura desprovista de cualquier

prejuicio, de cualquier idea preconcebida, inteligente también y apasionada también. ¡Y que vivan los habitantes de Marte!

Esta noche, después de la función, me voy a Bruselas, donde me quedaré hasta el martes por la mañana, momento bendito que me devolverá a ti.

Dentro de un rato pasaré por el teatro a recoger la carta que me habías prometido. Estoy deseando saber qué tal te encuentras; el otro día, al teléfono, me pareció que estabas apagado.

Dime también qué acogida ha tenido el libro y si sigues trabajando.

Bueno, cariño mío; lo dejo por hoy. Me voy corriendo a ver la catedral —estoy empezando a hartarme de piedras viejas— y después de almorzar me gustaría dedicar la tarde al museo.

Intentaré llamarte por teléfono el miércoles si puedo. Será la última vez; luego hablaré contigo de otra manera.

Te quiero. Te quiero y por muy ridícula que parezca porque «hago lo mismo que las de dieciocho años»; te quiero aun así con toda mi juventud, con toda mi madurez y con toda mi alma.

M.

584 — Albert Camus a María Casares[671]

[2 de noviembre de 1953]

Estos recortes para que te documentes, y todo mi corazón para recibirte en Bruselas. Le seguirá carta.

A.

585 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

3 de noviembre de 1953

Querido amor mío:

Me he encontrado hoy en mi escritorio (ayer era fiesta) tus postales de Brujas y de Gante y tu cartita de Amberes. Señas demasiado cortas, demasiado breves (no es un reproche), de una vida que echo en falta cada vez más. Pero me he alegrado de saber que habías dado con algo que pudieras admirar y te gustara al menos un poco. Dicho lo cual, esta ausencia ya ha durado bastante y es realmente hora de que vuelvas. Me siento espantosamente solo en este estruendo de París, y privado, y sediento, y anémico.

Como no soportaba la idea de dejarte tres semanas después de que regresaras he pasado a enero ese viaje a Egipto. Estaré en Argel el día 2 para la boda de mi sobrina; volveré el 5 y me marcharé otra vez el 8. El regreso, a finales de enero. Eso nos da mes y medio de tranquilidad, tanto más cuanto que toda mi familia se irá a Orán alrededor del 15 de noviembre, y hasta enero precisamente.

Esto es lo que quería escribirte para que puedas pensar con gusto en el futuro. A mí es ese próximo futuro lo que me ayuda a soportar estos días sin ti.

Lo que me has dicho de *Crónicas* me ha reconfortado. Debo decir que lo necesitaba. No me gusta decir que estoy solo; y, sin embargo, como escritor, nunca he sentido más mi soledad. *El hombre rebelde* acaba de publicarse en Londres y ha tenido una acogida inesperada.

Es algo que debería agradarme y, sin embargo, me resulta indiferente. Incluso han conseguido asquearme de ese libro. (Por cierto, Breton, que me

había acusado, como ya sabes, de falso testimonio, me ha pedido que testifique en su favor en un juicio de faltas en que corre el riesgo de que le impongan una cuantiosa multa).[672] En cambio, esas pocas palabras tuyas sobre *Crónicas* me han ruborizado de contento.

Trabajo, mal, pero trabajo. He salido algo, o nada. Te quiero, eso es todo, y pienso en ti continuamente. Imagino, echo de menos, en resumidas cuentas, vivo contigo. Vivir contigo, lejos de París, en una zona que pueda agradarme por la mañana y por la noche, eso es lo que deseo por encima de todo.

Vuelve pronto, amor mío; una larga semana más y luego la hoguera del amor, y ya no tendremos frío. Te beso muy largo y tendido con todo mi amor.

AC.

Gilbert me ha dicho que Barrault quería darse el gusto de *Pentesilea*,[673] pero que antes tenía que desanimar a Feuillère, etc., etc. Le he dicho que te escriba si tiene que hacerte alguna proposición decente.

Llamé a tu casa, todo va bien.

Recuerdos al tritón.

586 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

4 de noviembre de 1953

¡Ay, amor mío querido, qué estupenda carta tuya recibí en Amberes! ¡Qué dulce era! ¿Sabes que una carta como esa basta para justificar la vida de una

mujer? La he leído y releído; vuelvo a leerla. Gracias, cariño mío. Y gracias también por las noticias que me cuentas en ella.

Sí; si pudieras no irte a Egipto hasta enero, sería menos difícil de soportar, tanto más cuanto que probablemente yo también me vaya de París a partir del 31 de diciembre. Pero ¡solo cuatro días!, lo justo para representar *Seis personajes* en Túnez. Acabo de enviar al gerente la petición de baja, creo que me la concederá y no podía negarles a mis compañeros esas funciones que «les venían bien», según parece; resulta que en Túnez, según me han dicho, soy indispensable: los africanos no quieren la obra si no estoy yo. ¡Vaya hombres!

De los «comentarios» que ha provocado mi salida del Français, ya hablaremos largo y tendido cuando vuelva. Lulu Wattier, que asistió al estreno de Bruselas, me contó lo agitados que están algunos periódicos de París con ese pequeño acontecimiento. Como no se había enterado de nada, se quedó de piedra y como en Cimura reina un exquisito desorden, mandó a todo el mundo a Lyon, donde según sus fantasías debía de estar yo el lunes pasado. *Le Figaro* me buscó en vano por Lyon y, por fin, después de un jaleo inefable, me localizaron en Bruselas, donde los remití al señor Gerente de la Comédie-Française, en París, para cualquier información.

En cuanto a Vilar, este es el telegrama que recibí al día siguiente de que se publicara en el periódico el rumor hipotético que nos afecta a los dos: «No tengo nada que ver con información *Figaro* esta mañana Stop. Aun así me gustaría verla apenas vuelva Atentamente J[ean] V[ilar]». También me enteré por Ángeles de que el TNP había telefoneado a casa y que Gillibert quería ponerse en contacto conmigo enseguida de parte de Barrault. Por otra parte, mantengo una correspondencia asidua y «versallesca» con Julien Green. Se trata de ver quién hace más méritos; pero de esto ya te hablaré largo y tendido el miércoles o el jueves que viene.

Toda esta agitación me anima y me desconcierta a la vez; la temo casi tanto como la deseo. Respecto a la nota que me pides precisamente que le envíe a Descaves, no sé muy bien qué hacer; solo él o alguien de su círculo puede haber mancillado esta noticia y me pregunto lo implicado que estará el gerente en la información que se le ha dado a la prensa. Por eso puede que me decida a esperar hasta la vuelta; lo único que he hecho ha sido enviar un telegrama de desmentido a *France Soir*, pero no sé si lo han publicado.

Por aquí, todo va bien. Al final, me fui de Amberes sin añoranza, molida de cansancio; aunque sí que vi cosas muy bonitas en el museo; ya charlaremos del viaje turístico. Empezó de forma extraña. Pierre [Reynal] y yo confundimos el Banco Nacional con la estación central; terminó en el agotamiento. No lo lamento; me alegro de haber visto Gante y de haber tenido oportunidad de ver cuadros magníficos; pero, si tuviera que hacerlo otra vez tan deprisa, creo que me lo pensaría mucho. Y, además, definitivamente hay países donde no se puede soportar el frío, aunque no sea muy intenso.

De vuelta en Bruselas, aún no he podido encontrar tiempo para hacer nada; ayer dormí mucho rato, fui a la peluquería (¡!), me pasé por el teatro para ordenar mis cosas y por la noche actué *divinamente*, puede que mejor que nunca, en *Seis personajes* delante de unos becerros y, por último, cené en familia con [Georges] Herbert, [Pierre] Franck, L[ulu] Wattier y la compañía, para no volver al hotel, más muerta que viva, hasta las tres de la madrugada (¡!). Hoy he vuelto a dormir hasta las doce, he desayunado abundantemente y ahora estoy esperando para ir al Bon Marché (¡!), donde toda la compañía está invitada a tomar el té. ¡Qué país lleno de bendiciones!

Mañana quiero empezar a estudiar *Fedra* porque me tiene muy preocupada.

Por lo demás, todo va bien. La dirección está tan satisfecha con los resultados de la gira que ahora me quiere pasear por todas partes con todas las obras posibles e imaginables. Creo que incluso quieren que actúe en una obra de Claudel en París. Así que todo va a pedir de boca en el mejor de los mundos posibles, como puedes ver.

A Pierre también lo han adoptado. Tiene éxito y le va muy bien. Pero, como compañero de viaje, te lo regalo. En ese sentido, solo tiene una gran virtud: siempre puedes estar seguro de que cuando hace algo es porque realmente le gusta; no hay que temer que haga ningún esfuerzo y si sonríe es porque está contento de verdad. Me ha pedido por favor que te dijera que «te quiere y que cuando vuelva espera tenerte abrazado mucho rato».

¿Y tú, amor mío querido? ¿Cómo te encuentras? ¿Guilloux ya ha contestado a *Libération*? ¿Para cuándo los próximos insultos?

¿Qué tal por tu casa?

No podré llamarte dentro de un rato; coincide con el momento en que tengo que ir al Bon Marché, pero intentaré hablar con Labiche y darle un recado.

Y esto es todo por hoy. Es todo para mi penúltima carta. Esta la recibirás el día antes de tu cumpleaños. Cuarenta años, amor mío querido. ¡Qué gran día!

¡Cuarenta años de vida! ¡Llevas cuarenta años cargando con la punta de tus narices! ¿Cómo lo haces, y cómo haces también para llevar tu inocencia y tu juventud? ¿Y cómo aguantas, junto con la tuya, el peso de mi vida? Setenta y un años entre los dos, ¡la flor de la vida! ¡Y nuestro momento!

¡Vamos, hermoso amor mío! Es nuestro momento. Juntos, ahora y solo ahora, vamos a entrar en el meollo de nuestra existencia. En el umbral de esa época solemne que nos espera, hago mil votos (¡ya ves!), pero, entre nosotros, este es el único por el que quiero vivir: ojalá podamos, amor mío

querido, extraer el uno del otro el amor y la fuerza que transfiguran esta existencia.

Tu viajera,

Maria

587 — María Casares a Albert Camus

7 de noviembre de 1953

Querido amor mío:

Esta es mi última carta de amor antes el torrente de palabras del que no te vas a escapar, si Dios me da vida y si de aquí al miércoles Bruselas no acaba quitándome las últimas fuerzas que Bélgica quiere dejarme. Si los días que nos quedan por vivir juntos pudieran ser tan largos como los que estoy pasando en este país, la muerte solo pondría fin a un agotamiento como para dar voces. Pero resulta que las cosas están dispuestas de tal manera que yo, a quien tanto le gusta la vida, prefiero disiparla en un suspiro a tu lado a vivir una eternidad en el exilio.

Ya no te cuento nada más de aquí. Ya no te hago más preguntas. ¡Basta! El miércoles veremos en qué punto estamos. Llegaré sobre las dos o más bien las dos y media de la tarde, ya comida. Cojo el tren de las once, aproximadamente. Siento dejarte sin el partido de fútbol de Francia contra Suiza, pero Briquet tiene mucho talento y cuando quedemos quizá puedas oírlo por la radio. Así entraremos de lleno en la vida cotidiana. No te olvides tampoco de comprar algunos periódicos; será un placer arrancártelos de las manos. Sigo esperando una señal tuya que me haga esperar pacientemente los días que me separan de ti.

Bueno, amor mío querido, ya me callo. Es la hora del silencio antes de la tempestad; qué rabia me da estar ausente hoy y esta mañana, ni siquiera el sol (bastante anémico, también es verdad) consigue decidirme.

Te quiero y siento una necesidad incurable de tu presencia. Es una dulce enfermedad, pero pesada para cargar con ella hasta el miércoles. Espérame como yo te espero.

Te adoro.

M.

588 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

7 de noviembre de 1953

Querido amor mío:

Ya que esta carta va a ser la última de nuestra separación, querría también que fuera el primer gesto de mi cuarentenazgo y que este día en que entro en la segunda vertiente de la vida empiece contigo. Igual que Dante, al llegar a esa edad en el umbral del infierno, se encuentra con que le da la mano Virgilio, que lo va a llevar despacio por entre los muertos… Mucha solemnidad es esta, pequeño Virgilio mío. Pero es cierto, por muy ridículo que resulte, que me noto serio y melancólico, propenso a abastecerme de vida y a tomar la decisión de ser diferente, en algunos ámbitos, de lo que he sido. Es posible tener cuarenta años y seguir comportándose como si se tuvieran diez.

Pero voy a ahorrarte mis reflexiones y mis pensamientos. Anoche estaba especialmente triste y solo. Esta mañana me levanté con decisión y energía. Por lo demás, hace bueno y brilla un sol hermoso en este día. «Pero tú, tú

naciste para un día límpido», dijo Hölderlin.[674] Me han regalado: Suzanne una libreta; un poeta, un cuarteto (¡donde me llama Ulises sin amada!); y, en casa, un mechero. (Un fastidio, porque entre mis *grandes* decisiones entraba la de fumar menos). A decir verdad, mi única alegría es esperar el miércoles.

Había tenido la esperanza de poder ir a Bruselas, pero sería realmente imposible en este momento. Uno de los motivos de mi tristeza. Afortunadamente, este mal sueño va a terminar dentro de una semana. Creo que no podía más. En la soledad, al menos, podré reponer fuerzas para volver a empezar, si es necesario volver a empezar. Bueno.

Espero que descanses algo en Bruselas. Es preciso antes del nuevo esfuerzo nervioso que va a exigirte *Fedra*. He visto el programa. Estás al principio de la velada (el número 4, creo). Es mucho mejor así. Pero intenta que no se te traguen enseguida la aprensión y la preparación de esa velada: consérvate libre de corazón al menos un día, para mí, para saciarme de ti, y luego sumérgete en tu trabajo, estaré a tu lado.

He ido a ver *Por Lucrecia*,[675] que ha tenido éxito, creo. Pero no conmigo. Tiene cosas conmovedoras, gritos sinceros (que escasean en Giraudoux), pero, la verdad, demasiadas retórica y gratuidad. El segundo acto es uno de los peores que haya visto nunca. Si no fuera por la firma, le habrían silbado. Es también el peor interpretado de una obra muy mal interpretada. Hay una competición para ver quién pone más posturas. Estos actores creen que el estilo es la postura.

No, es en primer lugar la inteligencia del sentimiento. Fascinada por Feuillère, que cada vez hace más de estatua viviente, incluso Madeleine [Renaud] ha empezado a estirar el dedo y a doblar la cintura, lo imprescindible. Solo De Bray, en un único parlamento, imposible de situar (la obra ha terminado), estuvo admirable. Estaba cansado al salir, y

descontento por no haber sabido conseguir que me gustase todo cuanto se decía allí.

Bueno.[676] Ahora, te espero. Te espero de verdad con una impaciencia que duele. Ven a rejuvenecer a tu cuarentón, eres mi juventud negra, mi fuente de vida, y tengo ganas de sumergirme en ella mucho rato. Iré a buscarte, dispondremos del día y de la noche, seré feliz. ¡Cuánto te quiero, cuánto te beso! ¡Hasta el miércoles, amor mío![677]

A.

589 — Albert Camus a María Casares[678]

23 de diciembre de 1953

ESTARÉ ORÁN VIERNES ESCRIBE ARGEL CONTIGO ALBERT

590 — Albert Camus a María Casares[679]

Miércoles 23 de diciembre de 1953

Querido amor mío:

Son las nueve de la noche y me marcho dentro de una hora. La huelga de servicios aéreos se ha prolongado y han cancelado mi avión de mañana. Audisio[680] me ha ofrecido una litera en el tren de esta noche y he podido conseguir dos pasajes en el barco que sale mañana de Marsella a Orán. Estaré el viernes en Orán, así que pasaré la Nochebuena en el mar con mi

niño. Bien pensado, es una de las formas buenas de pasarla. Es Jean sobre todo lo que me alegra, lo he echado un poco de menos desde que se fue.

En cualquier caso, quería que esta nota te dijera el vacío de París desde hace dos días y mi ternura. Espero que tu travesía haya sido tranquila (me han hablado de una tempestad). Hoy estoy cansado de tanto ir de aquí para allá. Pero mañana espero estar vivaracho. Así que escribe a Argel, donde estaré seguramente el lunes. Entre las maletas, pienso en ti y te quiero, el amor fiel me pone alegre. Te beso, te espero.

A.

Le Greluchon ha tenido una acogida tibia o perversa (*Combat*)

Viernes, 10 de la mañana

Nos acercamos a la costa y a Orán. No eché ayer esta carta, ni en París ni en Marsella, porque las estafetas estaban en huelga parcial (veinte mil sacas varadas solo en París). Como los vuelos no se han reanudado, me temo que esta carta no llegará a Túnez hasta que te hayas ido, y mucho me temo también que durante esta separación (hasta el 4) nos escribamos cruzando el vacío y echándonos de menos recíprocamente.

Qué época tan curiosa.

Bueno. He hecho un viaje agradable, a pesar de (o quizá a causa de) un tiempo muy malo. Como mi Jean no se marea y recorre las cubiertas como los viejos lobos de mar, hemos respirado juntos el aire de alta mar y charlado como dos viejos amigos. Es un compañerito de lo más adorable, discreto, un poco distante y, de repente, todo sonrisas y ofrecimiento. Esta mañana, mar maravilloso, liso y plano, con un sol resplandeciente. Nos hemos duchado juntos. Me ha dicho que él tampoco «andaba mal de

músculos». Y que estaba bien que fuera así; según él, las mujeres tienen que ser presumidas y los hombres musculosos. Nos hemos reído, nos hemos salpicado y ahora estamos en cubierta, bebiéndonos el sol.

Dentro de un rato será otro cantar y le tengo un poco de miedo a lo que me voy a encontrar. Tengo la esperanza de que me hayas escrito a Argel. Pienso con dulzura y gratitud en las semanas que acabamos de pasar. ¿No es eso lo que llaman el entendimiento perfecto? Por eso es también por lo que no temo nada en lo referido al futuro. Creo que ahora amo la vida a un tiempo como la amaba a los dieciséis años y con algo más que me mantiene muy arriba. Mi única angustia es una duda que tiene que ver con lo que escribo o lo que he escrito. Pero es una angustia con la que hay que cargar. También tiene el sabor del amor.

Túnez ha tenido que aclamar a mi Julia. Quiero que toda esta tierra que amo te reciba como lo hago yo hoy, y una vez más, en mi corazón. Ánimo y hasta pronto. Te beso, belleza mía, amor mío querido. Te quiero.

A.

591 — Albert Camus a María Casares[681]

Sábado 26 [de diciembre de 1953]

Querido amor mío:

Solo unas letras para decirte el apuro en que me hallo. Me he encontrado a F[rancine] en un estado alarmante. Es neurastenia aguda con angustia e ideas fijas. De haber podido, habría cancelado Egipto para cuidarla personalmente. Pero es demasiado tarde y no sé muy bien qué hacer.

Te escribiré poco hasta que vuelva, *el 4 o el 5*. No me queda más remedio que estar continuamente con F[rancine], y es un espectáculo muy desconsolador. No te preocupes por mí, tengo energía de sobra ahora mismo. Pero estoy verdaderamente alarmado. Sea como fuere, te tendré al tanto. Estaré el 31 en Argel, puesto es que es preciso. Llevaré a F[rancine], pero no está en condiciones de asistir a la boda y se quedará en el Saint-Georges [*sic*].

Perdona que ensombrezca tu viaje. Pienso en ti con el corazón de siempre.

A.

Escribe a casa de mi hermano. Estaré allí a partir del 28 o del 29. Besos. ¿Recibiste mi carta en Túnez?

592 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

30 de diciembre de 1953

Querido amor mío:

Te he dejado sin noticias unos días y yo estoy sin noticias tuyas, ya que no he podido ir a Argel. Por lo siguiente. La situación ha empeorado hasta tal punto que ha hecho falta vigilar a F[rancine] continuamente. Ayer, al dejarla sola un segundo, se abalanzó hacia la terraza y la agarré cuando estaba pasando del otro lado. Sin mi rapidez, era cosa hecha. Naturalmente, lo hizo en plena crisis. Lúcida, nunca habría tomado esa decisión. El especialista que ha venido esta mañana me asegura que este periodo de crisis no tardará en acabar y que luego los cuidados serán sencillos.

Entretanto hay que vigilarla. Así que nos turnamos mi cuñada y yo junto a su cama incluso por las noches. He tenido que renunciar a Argel, lo que ha disgustado a toda mi familia, y también a Egipto, donde todas mis conferencias estaban ya anunciadas, lo que es muy fastidioso. Además, [Jean] Grenier debe de estar furioso conmigo. Pero no tenía elección.

Esperaré aquí, en Orán, a que pase la crisis. Luego volveré a París con F[rancine] y haré que se ocupe de ella muy en serio un médico. Los niños se quedarán en Orán mientras tanto y mi cuñada me acompañará seguramente.

Así que no te veré en Argel ni el 4 en París. En cambio, estaré allí hacia el 10 y te veré inmediatamente. No te preocupes y trabaja con tranquilidad. Pediré que me manden el correo de Argel aquí y tendré por fin noticias tuyas. Puedes escribirme también a la calle Général-Leclerc, 65, pero para simplificar las cosas pon el nombre de Pierre en el remite.

Querría decirte también que te echo de menos. Pero no te costará imaginarlo. Me siento tremendamente solo, con mis responsabilidades y mis contratiempos. La vida se vuelve cada vez más dura y el porvenir me parece oscuro. Resérvame tu corazón y esa vida sólida y fecunda de donde siempre saco fuerzas. Y perdóname por ensombrecerte estos hermosos días de Argelia. Desde aquí hago votos por ti y por que conserves siempre ese rostro de felicidad que ayuda a vivir a todos los que te quieren y te admiran. Hasta pronto, cómo me urge, tengo la impresión de que me asedian sombras crueles y es a ti a quien llamo, de manera instintiva, con violencia.

A.

1954

593 — Albert Camus a María Casares

[Marzo de 1954]

No puedo, por desgracia, querida amiga, asistir más tiempo a esta brillante exégesis de la obra de nuestro amigo Julien Vert.[682]

Beso sus manos.

A. C.

594 — María Casares a Albert Camus[683]

Querido amor mío:

Ensayamos esta noche a las ocho,[684] maquillados y con vestuarios. Así que tengo que estar de vuelta en Chaillot a las siete después de haberme ido a las seis. Imposible volver a casa. Me fastidia. No me desperté como es debido y tengo los nervios a flor de piel. Creo, ¡ay!, que necesitaría descansar. Por mucho que me aferro a la confortable idea de que «todo es vanidad» no dejo de necesitar entenderme con esa Lady Macbeth que he heredado por descuido. Y, además, deseo hondamente una temporada de paz, la tierra, la patria. En vez de eso, voy dando vueltas, peonza voladora, en este desorden, esta falta de conciencia que me resultan tan penosos.

En fin, mañana nos pertenece y solo con pensar en tenerte antes del sueño me sosiego un poco. Perdóname. Dentro de nada tendremos días nuestros, limpios de cualquier nerviosismo externo. Buena velada y buenas noches, cariño. Buen día también y hasta mañana por lo noche. Te quiero.

M.

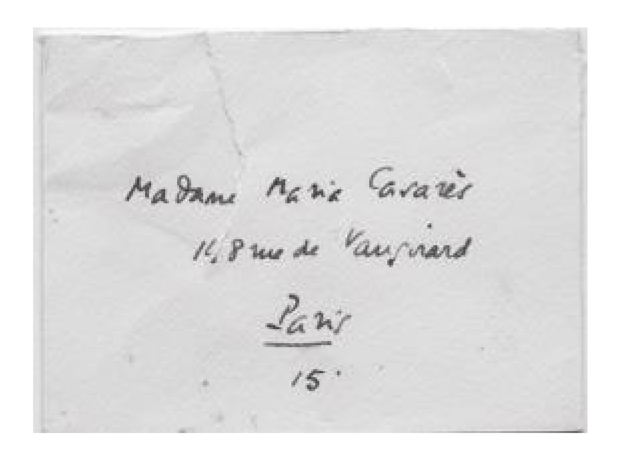
PS: Acabo de releer esta nota lúgubre. Espero que no la tengas en cuenta: ¡ya falta poco para el viernes! ¡Y pensar que así seguirá siendo hasta la consumación de los siglos! La verdad es que sienta bien pensarlo.

M.

595 — Albert Camus a María Casares[685]

[6 de junio de 1954]

En estos diez años escribo tu nombre, amor mío. Desde hace diez años, cuando saludo la vida, con pesar o con esperanza, es con tu nombre. ¡A quién dar las gracias sino a la vida y a ti, amor mío!



596 — Albert Camus a María Casares[686]

25 de junio de 1954

CONTIGO TIERNO PENSAMIENTO ALBERT

597 — María Casares a Albert Camus[687]

15 de julio de 1954

Querido amor mío, tengo delante higueras por todas partes y el cielo está de ese azul profundo que se traga hasta las dudas más espantosas. Está también el mistral y el canto de las cigarras. No falta nada y todo me devuelve a ti una vez más. Tiene razón Barbey: diez años de vida compartida anudan para siempre a dos seres en las mismísimas entrañas del mundo y no pueden ya arrancarse uno de otro sin arrancarse del mismísimo corazón del mundo. He conocido Aviñón de una forma original. Un 14 de julio por la noche en que el gentío atasca incluso el Palacio de los Papas, iluminado. Fuegos artificiales, bailes, colores, gritos, mi voz (¡!) en lo más alto de la gran torre recordando a Laura y a Petrarca, un aire divino de respirar, y por todas

partes el rastro de los nobles señores. ¡Cuánto me sació el espectáculo en sí! Me faltabas tú para compartir sus delicias. Son emociones que solo puedo compartir contigo.

¡Ahora a trabajar! En esta comarca que invita a la indolencia. Me da la impresión de que las cigarras me impiden pensar.

El hotel es encantador, pero, aunque tenga fama de tranquilo, el ruido no me dejó dormir. Las sábanas raspan y me han lastimado los codos y las rodillas, igual que a la princesa del cuento y su guisante.

Ya he entendido algo del milagro de Aviñón. Las pobres personas de París, al llegar aquí, míseras, se quedan deslumbradas. La propia Naturaleza las deja saciadas de pronto sin que ni siquiera puedan caer en la cuenta (es demasiado pletórica, demasiado poderosa, demasiado honda para ellas) y, con una exaltación que son incapaces de analizar, van más allá de sí mismas… de forma confusa, como en París, se guisan a fuego lento… de forma confusa. A partir de ahí llega el milagro. Bastará con lanzar una cuerda al aire, y la verán quedarse quieta y tiesa durante horas. ¿Qué esperabas? Las tierras de reyes tienen sus exigencias y solo quienes tienen sangre de rey pueden vivir en ellas con lucidez. Aquí llega Vilar. Tengo que irme.

Querido amor mío, descansa, relájate, cede a las dulzuras normandas. Vela por los tuyos y por nosotros. Hasta dentro de nada, hermoso príncipe mío. Haz votos también por Lady. Te beso muy seguido.

M.

598 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes por la mañana [16 de julio de 1954]

Querido amor mío:

Estas palabras para que no acabes la semana sin mí. Me pasé el día de tu marcha preparando otra marcha que transcurrió en buenas condiciones, pero de la que he vuelto agotado, cruzando la noche y el París del 14 de julio. Al día siguiente, es decir, ayer, preparé mi propia marcha con menos agobios. Pero, cuando volví a buscar a los niños por la tarde, me encontré a mi Catherine doliente y decaída. Tenía 39º. Así que aplacé la salida en el último momento. Esta mañana sigue con 39º. Estoy esperando al médico. Son solo unas buenas anginas, creo, pero reconocerás que menuda mala suerte la mía. Tanto más cuanto que mi familia política se presenta a las ocho de la mañana y que me contengo a cada minuto para no ponerla de patitas en la calle. Bueno. Así que estoy en París no sé hasta cuándo. Te escribiré o te llamaré para decirte cuándo me voy. No te preocupes de nada salvo de regresar, porque te echo cruelmente de menos. Esto ya no es amor, sino transfusión de sangre y de alma. Ahora mismo sé que no debes de echarme de menos, tus ocupaciones nacionales populares te bastan. Pero espero que sufras pasado el martes. Perdóname esta carta alelada. Solo mi corazón no lo está, y quería mandarte esta leve seña. Valor y confianza, Lady Muerte, Lady Remordimiento, te beso la manita impura y te quiero.

A.

599 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[688]

[18 de julio de 1954]

EN SOREL CARIÑOS ALBERT

Martes 20 de julio de 1954

Querido amor mío:

Te he mandado un telegrama hace un rato para decirte cuánto pensaré en ti esta noche. Volarás alto y estoy impaciente por saber cómo ha transcurrido la velada.

Llevo aquí desde el domingo, después de tres días a la cabecera de Catherine, y luego a la de Vincine, a quien se le pegaron las anginas. Anoche, Catherine me salió con una subida pequeña de fiebre y hoy todavía la estoy cuidando. Y menos mal, porque no soy capaz de nada más, impedido por dentro, y jorobado también, de propina, y notando el cansancio. Sin embargo, creo que me alegro de ver de cerca avenas y amapolas. Pero esto muy en el fondo, y, cuando es posible, el sueño me parece preferible a cualquier otra cosa. Espero con paciencia que la fuerza vital me vuelva. Pero incluso esta carta (perdón, viviente mía) es un esfuerzo, como todo lo demás.

Sin embargo, pienso continuamente en ti, mucho, y con detalle. En mil detalles, en efecto, reconozco cuantísimo te quiero, cuantísimo te echo de menos en temporadas como esta. La seguridad de volver a verte dentro de unos días, la alegría de una carta como esta que me he encontrado al llegar aquí es lo único que me nutre. Tengo la pena de no haberte presentado Aviñón ni dormido contigo entre sus fuentes. Pero, ya ves, después de diez años todavía estamos bregando con vidas y oficios paralelos. Solo los corazones se han fundido uno con otro. En cualquier caso, sé que vas a añadir hermosura y grandeza, durante unas cuantas noches, a esa ciudad que amo, y eso me hace feliz.

Pienso en ti y te espero, como siempre, con la misma dulzura violenta, muchacha mía, querida mía. Te beso; después del esfuerzo, la victoria.

A.

601 — María Casares a Albert Camus

21 de julio [de 1954]

Querido amor mío:

Cuatro líneas para tranquilizarte en lo que a mí se refiere; esta tarde te escribiré una carta más larga. Todavía estoy viva y —¡oh, milagro de Aviñón!— y ayer por la noche conservé la calma hasta el final. El sentido del humor ayuda a soportar muchas pruebas despreocupadamente y todos pasamos por experiencias que templan el carácter. Resumiendo, dije mi texto lo mejor que pude. Incluso actué un poco y conseguí olvidar la pesadilla que era esta representación para vivir gozosamente la escena del sonambulismo. Así que creo que una vez más he conseguido salir del paso. En cuanto al resto… ¡ay, mi madre!

Me voy ahora mismo a ver a mis lisiados. Jar[689] lleva en una clínica dos días después de haberse abierto la cabeza con un tubo del decorado. Sacan al escenario a la señora X, que toca el Ondioline; se le cae encima un tramoyista desde lo alto del tablado y le disloca dos vértebras. Gérard [Philipe] dirigió ayer la parte musical y anteayer el único ensayo que hemos tenido en las tablas, mientras Vilar intentaba en vano aprenderse el texto en la intimidad. Amaga una sublevación y yo, una vez más, estoy de parte del perdedor, del pecador. Está loco, no cabe duda, es un auténtico loco.

En fin, me hace falta tiempo para contarte todo con detalle.

Gracias, hermoso amor mío. Recibí tu carta, la guía y el telegrama. Entre la demencia que vociferaba ayer en el patio del Palacio de los Papas, tu rostro claro me ayudó mucho. Te quiero. Perdona estos garabatos, pero todavía no estoy despierta del todo. Te beso, querido amor mío. Te echo de menos. Ayer te eché de menos cruelmente.

Hasta pronto. Abrázame muy fuerte; necesito ternura.

M.

602 — Albert Camus a María Casares[690]

22 de julio de 1954

ESTOY A TU LADO ESTA NOCHE CARIÑOS ALBERT

603 — María Casares a Albert Camus

22 de julio [de 1954]

Querido amor mío:

Acabo de recibir una carta muy dulce que ha llegado a tiempo. Desde ayer, tu «viviente» le ha dejado el sitio a un maniquí de cera andante. El cansancio (desde que llegué a Aviñón he dormido más o menos cuatro horas por noche), el relajamiento de los nervios y una tristeza indescriptible me convierten en momia. Y eso que he hecho lo necesario y ayer por la tarde ahí se quedaron mis queridos compañeros y me fui a una abadía (Frigolet, [691] creo) que está en un rincón del que es difícil irse. Hacía bueno, claro,

y me tomé un zumo de pomelo echada debajo de los pinos, entre el escándalo de las cigarras locas, acompañada de Christiane Pinçon, de una perra y de su cachorro, de un arrendajo, de una urraca y de varias ardillas a las que tuve el gusto de dar el biberón. Por la noche, me acosté a las once y aquí estoy esta mañana, levantada desde las nueve, dispuesta a irme a Les Baux. Sé que te gustaría que te contase con detalle la pesadilla que hemos vivido; todavía no puedo: el sábado tiene que volver a empezar y de aquí a entonces prefiero olvidarla. Por lo demás, anoche leí *France Soir* y no habré sido la primera en hacerlo; es como para creer que existió de verdad una pesadilla y que la función en que participé solo existió en la imaginación de quienes la llevaron a cabo hasta el final. Ahora conozco el milagro de Aviñón; me ha dejado en el corazón (¡en el corazón, sí!) una melancolía tan honda y tan opaca que me parece imposible borrarla.

Pero ¿y qué? Tú estás ahí y es hacia ti, una vez más hacia ti, hacia quien me vuelvo. Siempre eres tú quien me libra de la amargura. ¡Ay!, querido amor mío, ¡cuánto te echo de menos! En esta hermosa tierra, cuya «grandeza» está comprometida, las cigarras cantan nuestro amor con su auténtico compás y no puedo ver un olivo, una colina (antes no era consciente de la belleza de las colinas), un ciprés, una higuera o una noche provenzal sin que se me oprima el corazón; la nobleza, la ternura, la voluptuosidad me devuelven continuamente a ti y, como bien sabes, en esta tierra la nobleza, la ternura y la voluptuosidad están por todas partes.

Cuando estés a mi lado, cuando me sienta ante ti con los pies bien plantados en el suelo, podré sin temor hurgar en las alucinaciones que hemos padecido; de momento le tengo miedo a mi fragilidad.

Espero que Catherine esté del todo restablecida y hago votos por que, con sosiego, recuperes una salud de corazón y de mente. Que las amapolas te ayuden.

Hermoso amor mío, perdona esta carta un poco deshilvanada. Estoy cansada y hace mucho calor. Pero ve en ella, pese a todo, la señal de una pasión que vuelve a nacer sin cesar. Te quiero. Te quiero y te beso locamente.

M.

604 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes 23 de julio de 1954

Querido amor mío:

Tus dos cartas han venido elevarme un poco por encima de este cochino mar en que está visto que estoy empantanado. Me pregunto cómo habrá sido esa representación que te ha dejado en semejante estado. Me lo pregunto tanto más cuanto que he leído tres o cuatro periódicos muy satisfechos e incluso algo más que satisfechos. Si me fío de lo que dicen, han visto el auténtico *Macbeth*. Cierto es que añaden que habrían visto también el auténtico don Juan, cosa que es para morirse de risa. Desde mi punto de vista, por lo demás, lo esencial es tu éxito. El resto importa poco y, si te fastidia, puedes no hablarme nunca del asunto. El patrocinio de Chaillot[692] es la menor de mis preocupaciones.

Catherine sigue teniendo algo de fiebre de vez en cuando y se le han estropeado las vacaciones. Las mías se habrían estropeado también si eso fuera posible. Pero la verdad es que me hallo en un triste estado de impotencia total y de tristeza taciturna. Tengo la impresión de que estoy destruido, y por mucho tiempo. Tanto más cuanto que ni siquiera imagino el porvenir. En cualquier caso, solo soy capaz de tumbarme, de leer periódicos

y de hacer de niñera. Y ni siquiera me alegran de verdad los niños; me enternecen y me desagradan, por turnos, y el estado de Catherine empieza a preocuparme. Perdona que te dé la lata con estas quejas. Pero nunca me he visto en un estado semejante. Ayer estaba de verdad, durante unas horas, al filo de lo peor. Y luego recobré algo de coraje.

Te envidio la Provenza, pero no a Vilar ni el TNP. Pasea, escápate del Festival e intenta descansar. Escríbeme si puedes. Solo tengo ánimos para ti. No deseo alegría sino para poder decirte algo que no sea esta desventura en que me cuezo a fuego lento de tan mala manera. Ten valor y la seguridad de mi amor. Es en días como estos cuando siento su obstinación y su fuerza. Beso tu hermoso rostro y te estrecho contra mí. Te quiero, te espero.

AC.

605 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[693]

24 de julio de 1954

ÁNIMO ESTA NOCHE PIENSO MUCHO EN TI CARIÑOS ALBERT

606 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Sábado 24 [de julio de 1954]

Querido amor mío:

Acabo de levantarme con el corazón oprimido: esta noche volvemos a empezar la pesadilla *Macbeth* y, desde el martes, había tantas cosas por ver

que mis escenas, que se consideran las mejor rematadas (¡!), se han descartado por completo. Así que otra vez camino de un nuevo sacrificio, pero esta vez, espero, con mistral. Esperemos que él tenga talento.

Anteayer fui a ver *Cinna*[694] y ayer asistí por fin a una representación que justificaría el mito de Aviñón: se trataba de *El príncipe de Homburgo*.[695] Llegaba al alma; lo que vimos en París no era ya sino una pálida caricatura del espectáculo de ayer. Pero el gran acontecimiento de estos últimos días ha sido para mí el descubrimiento de Les Baux[-de-Provence]. Me faltan palabras para hablar de eso.

Estoy un poco cansada y —¡oh pecado!— echo de manos la calle de Vaugirard. Hay momentos en que me sorprendo repitiendo tozudamente: «Quiero irme a casa, quiero irme a casa», etc., como una niña. Y eso que todo el mundo me mima, los demás actores de la compañía, a los que parezco haber caído bien, Vilar, que, aunque agobiado, no ha dejado de ser atento, Gérard me tiene en palmitas y todos me hablan con simpatía. También me gustan las personas de esta tierra y el propio prefecto ha sabido resultar agradable al hablarme con entusiasmo de *La devoción de la Cruz*.

Solo que me cuesta prescindir de los míos y su ausencia se hace notar cruelmente. Quiero volver y esperarte en la paz del corazón y de la mente. Eso es, hermoso amor mío, cuanto ambiciono de momento, Cuídate. Vela por nosotros. Te quiero maravillosamente.

M.

607 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[696]

[27 de julio de 1954]

TODO VA BIEN BAÑOS GANAS DE VOLVER CARIÑOS MARIA

608 — Albert Camus a María Casares

Miércoles 28 de julio de 1954

Querido amor mío:

He dejado pasar los días sin mirar las fechas y caigo en la cuenta de que te vas de Aviñón dentro de dos o tres días. Te da tiempo, cuando recibas esta carta, a escribirme una notita para darme detalles de tu regreso. También puedes ponerme un telegrama o llamarme (acuérdate, el número 30 de Sorel-Moussel, Eure-et-Loir, y también de que aquí el aparato está en el cuarto de estar).

Los periódicos me han confirmado en la idea de que a ti te fue esplendorosamente bien y estaba encantado. En cuanto a mí, sigo perdiendo el tiempo, sin hacer nada. Pero no voy a escribirte quejas cuando falta tan poco para que vuelvas. Estoy deseando saberte en París, y nada más. ¿Por qué no te vienes con tu Pinçon, o con Angèle, o sola (pero como tengo que cuidar de los niños me daría no sé qué cada vez que te dejase), muy cerca de aquí? Podría encontraros sitios descansados y bonitos. En fin, ya lo hablaremos cuando vuelvas, primera felicidad de estas vacaciones. Te espero. Te quiero. No me olvides demasiado allí y vuelve pronto. Te beso, largo y tendido.

A.

609 — Albert Camus a María Casares[697]

1 de octubre de 1954

CONTIGO ESTA NOCHE RECUERDO FIEL CARIÑOS ALBERT 610 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Troyes, 1 de octubre [de 1954]

Querido, querido amor mío:

Aquí estoy, en Troyes, bastante chocha aún, pero con buena salud y muy ocupada rellenando el vacío que tu ausencia pone en mí y que es la única cosa que no sea abstracta en este universo de fiebre y de sueño a medias.

Me muero de amor por ti. Ya te explicaré más adelante cómo. Vela por ti, por nosotros. Amor mío querido.

Maria

611 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

2 de octubre [de 1954]

Querido amor mío:

La primera del *Papa*[698] ha ido divinamente. La sala estaba llena —habían puesto sillas en el foso de la orquesta— y nos tocó un público respetuoso, efusivo e incluso emocionado en el cuarto acto.

Naturalmente, lo celebramos. [Georges] Herbert y [Pierre] Franck nos invitaron a una cena que duró hasta las cinco de la mañana. Marc Cassot[699] y yo estábamos bastante piripis, pero nos merecíamos de todo:

esta obra aplasta, hay que sujetarla en vilo, estirando los brazos y el «corazón», nunca mejor dicho por aquello del «coraje».

Esta noche, Besançon. Mañana, descanso. Te escribiré largo y tendido durante la semana para que tengas un pequeño diario mío cuando vuelvas. Pese al agotamiento y a los nervios, la salud sigue inquebrantable y mi inmenso amor, intacto, tan pesado de llevar en la ausencia como ligero cuando estás a mi lado. Chocha. Lo dejo.

Te beso locamente.

Buena conferencia, amor mío.[700] Buen ánimo. No me olvides.

M.

612 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes 4 de octubre de 1954, 11 de la mañana

Mi bueno, mi querido, mi dulce pensamiento, he encontrado en mi despacho, donde estoy, tus dos «troyanas», refrescantes para el corazón y tan sabrosas que ni siquiera he tenido fuerzas para censurar tus orgías. Está haciendo unos días espléndidos desde el sábado y me gustan bastante mi despacho y su terraza florida y su cielo. También escapo en él de la esclavitud en que me siento. Pues la estrategia neurótica de F[rancine] me parece que se va concretando: no hacer nada conmigo, pero inmovilizarme, neutralizarme por completo. Cedo, porque ella no tiene la culpa y quiero evitar lo peor y devolverle el poder de vivir, si puedo. Pero está muy claro que tengo que dar con la forma de vivir yo, en cualquier caso, y de existir.

Me voy dentro de un rato, sin entusiasmo, ya te lo imaginas, pero

contento, pese a todo, de recuperar algo de soledad. Cuando vuelva, a finales de semana, intentaré organizarme. Me alegro de que *El Papa ultrajado* haya tenido éxito. El mérito habrá sido tuyo, pues el equipamiento inverosímil de la obra y su extraña interpretación no pueden ayudarte. Pero en ese universo desmedido de Claudel has introducido el tino, la claridad apasionada, la emoción exacta. He admirado mucho la forma en que has llevado el papel para conducirlo hasta la tragedia final. Eres dueña de tu arte (lo noto con la inteligencia, y no con el corazón, que podría parecerte parcial), soberana, y mi querido amor.

Esperemos ahora. Tengo la esperanza de poder escribirte desde Holanda. Pero te acompaño en tu peregrinación con el Papa, te voy siguiendo de lejos y te quiero con mi mejor corazón. Pienso en ti, no te olvido, no temas nada, y te espero con impaciencia. Te beso, peregrina mía, sinagoga mía, y duermo a tu lado, devociosamente [*sic*].

A.

613 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

[5 de octubre de 1954]

Me resulta muy difícil, pensamiento mío, escribirte en esta casa atestada y donde todo el mundo circula por todos lados. Incluso de noche la puerta de mi cuarto se queda abierta, por si surgieran una indisposición o una alerta. Así que no te mando sino unas palabras a Belfort para reunirme contigo, acompañarte un poco, decirte la desdicha de París sin ti, pero también, entre todos estos escombros, la alegría, el agua secreta que me traes, tú, cierta, llena de llamas, viva.

Al no poder escribirte, he trabajado para ti, he ido a Alvarès a recoger tu aparato. Alguien (a lo mejor fui yo) había puesto la aguja de los microsurcos en vez de la otra. Eso y, además, la horizontalidad explican tus contratiempos. Voy a comprarte un nivel de carpintero para comprobar la horizontalidad de un sitio adecuado en tu casa. Sea como fuere, he llevado el aparato a la calle de Vaugirard. El piso estaba lleno de luz. Incluso sin ti, me sentía feliz de estar allí. Bueno. Vi a Andión, acabé de consolarlo después de haberlo hecho tú, le di una carta para Aguilar. Parecía contento y lleno de valor. Tiene una mente cabal, y porte. Me notaba un verdadero afecto por él.

Me voy mañana, intentaré escribirte desde allí. Pero ya me han anunciado una recepción en el ayuntamiento, etc. Estaré fuera una semana, y contento de estarlo. Por aquí, ni mejor ni peor. Hemos hecho un tratamiento que parece que empieza a dar buenos resultados. No hago nada, solo me preparo la conferencia. Necesito salir adelante con bien y recuperar cierta confianza.

¡Belfort! Me lo imagino. Espero que todo haya ido bien en Troyes y en Besançon, ciudad que no me desagrada. Me estoy acomodando, por sensatez, en una larga ausencia. Pero me siento verdaderamente solo y no dejo de pensar en ti. Es una gran dicha, sin embargo, la de reposar en ti, saber que existimos, y esperar con dulzura e impaciencia el breve encuentro de dentro de poco.

De aquí a entonces te beso apasionadamente

Albert Camus

(¡Dios sabrá por qué he firmado con mi nombre completo! Estoy fatal)

Miércoles 6 de octubre de 1954
11 de la noche

Te escribo desde Ámsterdam, amor mío, y antes de acostarme. Ayer no pude sacar tiempo para escribirte. Tardaría demasiado en contarte estas jornadas sin reposo ni tiempo libre pare reunirme contigo un momento al menos. Recepciones, sea como fuere, y ya sabes el efecto que me causan, en La Haya y en todas partes; luego, por la tarde, a las ocho di la conferencia ¡en una iglesia! ¡Lo que oyes! Como la sala prevista resultó demasiado pequeña, tuvieron, en el último momento, que escoger una iglesia del culto reformado. Oía dos veces mi propia voz. Pero, por lo visto, se oyó bien. Estaba en forma y salí adelante. Luego, recepción, y volví bastante cansado. Esta mañana he podido volver a ver La Haya, lloviendo, claro, pero grata de ver. Y, además, me quedaba el recuerdo tan tierno, tan rico, de «la joven de la perla» de Vermeer, y de Rembrandt. Llegaron los G[allimard], comimos y me largué a Ámsterdam, que me ha conquistado por completo. Un paseo en barco por los canales, una vuelta, después de cenar, por barrios animados y pintorescos, fascinantes… Mañana los museos, y me iré de aquí de mala gana. Ya te volveré a hablar de ello. Pero es una ciudad, una más, a la que querría volver contigo. Llueve sin parar, el viento es frío, pero estas brumas rebosan de luces, ahí está el mar, que le colma a uno la nariz y el corazón… resucitaba, era feliz lejos de ese París donde tú no estás y que sigue siendo para mí la capital de las tristezas.

Espero que todo te vaya bien y que Suiza te haya dado una buena acogida. A decir verdad, la única razón que tira de mí hacia París es la seguridad de encontrarme allí con tus cartas, que echo en falta. Sería completamente feliz aquí contigo, cómplice y tierna. Ay, amor mío, qué necedad es todo esto que me tiene lejos de ti, de la vida fecunda,

apasionada, que podría ser la nuestra. Pero no quiero pensar en todo eso y son los pensamientos tiernos de una buena soledad lo que quiero enviarte, con todo mi amor.

A.

615 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

7 de octubre de 1954

Querido amor mío. Se acabó la breve estancia en Neuchâtel y por supuesto no me ha dado tiempo a respirar. Estoy rendida, pero no te preocupes, aguanto. Desde Lausana a lo mejor puedo hablarte; ¡tengo tantas cosas que decirte! Pero quería que al volver de Holanda te encontrases una notita.

He recibido tus adorables cartas, las leo una y otra vez sin parar, como las enamoradas. Creo que estoy descubriendo que me tienes chiflada.

Hasta mañana quizá, querido amor mío. Te quiero. Te quiero locamente.

M.

616 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Brujas
Viernes 8 de octubre de 1954, 8 y media de la tarde

Te escribo desde la cama, pensamiento mío. Un catarro tremendo me ha quitado por completo el apetito y estoy cuidándomelo aquí, en esta

habitación que da a un canal y que me parece agradable, contento por lo demás de estar un rato solo y diciéndome, puesto que vuelvo mañana, que esta tregua es la última en mucho tiempo. He visto Gante por recomendación tuya y estoy en Brujas desde esta mañana. Entiendo que prefieras Gante, más vivo, menos abrumador también que el Brujas este que no puede no admirarse, claro, pero cuya agobiante melancolía acaba por amordazarlo a uno. Por lo demás, prefiero Holanda, y sobre todo a los holandeses. Nada más cruzar la frontera, y ya desde el aduanero belga, empiezan la vulgaridad y el aburrimiento. Curioso pueblo, la verdad, nacido de la nada, al parecer, y abocado a toscas tareas. Desde que empecé el viaje tampoco he visto, ni en Holanda ni en Bélgica, un solo rostro agraciado, salvo, en La Haya, la mujer escocesa del agregado cultural inglés (¡muy atractivo también!). Está visto que me cuesta que me guste el norte, y también estoy triste por no conseguir que me guste. Triste es mucho decir, ya te lo imaginas. No he leído nada ni he hecho nada durante todo este viaje, pero me he mirado mucho, con el corazón, y me parece que noto rebullir en mí el gusto y la facultad de trabajar. Seguramente sería precisa poca cosa para conseguirlo por fin, y tengo la esperanza, pese a la vida que me espera, de llegar a ello.

Ahora estoy deseando encontrarme con tus cartas en París. Pienso en ti, aquí, de una manera buena y dulce, noto mi amor y mi deseo (¡nos separan ya siglos de ascetismo!). Pasan barcos por el canal, bajo mis ventanas, y oigo que un edificio es del siglo XIV. Me parece que, al menos en este minuto, en que te encuentro tan cerca, soy feliz.

Hasta pronto, suiza mía, hermosa novilla mía, negra mía, no olvides a tu holandés errante, quiéreme, quiérete también, porque es lo mismo. Te beso, lamo tus hermosos flancos, te quiero.

A.

617 — María Casares a Albert Camus

Domingo por la mañana [10 de octubre de 1954]

Querido amor mío:

Desde que llegué a Suiza no dejo de correr en vano detrás del tiempo, que los valdenses me roban continuamente. Solo logro ponerme nerviosa y no creo que pueda conseguir irme de este país sin unos cuantos tics que habrá que curarme. ¡Qué pueblo!

Aquí ando, instalada en Lausana, en el hotel Mirabeau hasta el jueves por la noche. Mañana Biel, el miércoles La Chaux-de-Fonds. Y un aparato de radio que me permite escribirte oyendo a Mozart.

En lo tocante a la vida cotidiana, ya te contaré largo y tendido.

Hoy solo quiero hablarte de mi amor. Gracias, querido príncipe mío, por vuestra carta de Ámsterdam: solo con ella basta para reconciliarme con todas las miserias de la creación y en particular con Suiza. ¿Qué puede haber más grande, más hondo, más completo, más esplendoroso que lo que nos viene sucediendo sin parar desde hace tantos años? ¡Ay!, querido amor mío, ¡acaso no hay que aceptarlo todo cuando todo ha sido para que nos encontrásemos y para que nos encontrásemos dos veces! A tu lado soy hermosa y ¿qué hay más allá de esa hermosura?

Ten paciencia, ten valor, ama cuanto puedas y aún más allá: al final de estos días que se avecinan volveremos a estar uno junto al otro. Vela bien por todos y por ti. Te quiero maravillosamente.

M.

618 — María Casares a Albert Camus[701]

[Perros jóvenes del Gran Hospicio de San Bernardo].

[10 de octubre de 1954]

Es esta una imagen que hace soñar. Todas las noches tengo que presentar a Pensée[702] ante un auditorio igual de bondadoso y el juego de la rebelión le corre por las venas a la cieguita

M. C.

619 — Albert Camus a María Casares

Miércoles 13 de octubre de 1954

Me hizo feliz ayer oír tu voz, cariño, tu buena voz aguardentosa, cansada, pedregosa… Sí, me escribes poco y noto tu ausencia. Querría correr a tu encuentro, pero no puedo. El estado de F[rancine] empeora en vez de enderezarse, habrá que repetirle el tratamiento, estoy cansado y un poco desanimado. No salgo sino para ir al despacho y el resto del tiempo presencio, impotente, o torpe, una evolución que, pese a todo, no entiendo bien, sin saber lo que habría que hacer para ayudar de verdad y resucitar si es posible.

Todas mis resoluciones se desbaratan en esta prueba taciturna y desesperante. Tendría que trabajar y no puedo, no, de verdad que no puedo. Y, sin embargo, es muy cierto que debería hacerlo, por todos y por ti, sobre todo, que tanto me has ayudado y que, lo sé, no serás feliz hasta que me recupere a mí mismo.

Pero no quiero agobiarte, empeorar tu cansancio. Tengo, pese a todo, la

esperanza de que hayas podido respirar un poco en Suiza, a pesar de la mediocridad del auditorio y también a pesar de los asedios de esos caballeros.

Intenta sacar tiempo para una carta larga en que recupere fuerza y vida. Pero, si no lo consigues, no te atormentes. Descanso en ti, tengo el corazón lleno de un amor sin fisuras, compacto, inquebrantable. Sí, daría mucho por estar a tu lado esta noche, escucharte, acariciarte.

Hasta pronto, dulce mía, cálida mía, amiga mía fiel. Te quiero y te espero. Beso tu querida boca, tus dientes de lobo, te estrecho contra mí, eternamente, esa esperanza tengo.

A.

620 — María Casares a Albert Camus

Miércoles 13 [de octubre de 1954]

Aún tengo tu voz en el oído, querido amor mío. Antes de salir para La Chaux-de-Fonds, quiero besarte largo y tendido.

Mañana como con Lehman,[703] tengo una radio y voy al circo.

Pasado mañana me voy de Lausana a Ginebra y allí, pase lo que pase —con o sin españoles ginebrinos—, sacaré el tiempo necesario para escribirte una carta larga. De aquí a entonces no te dejo y hago votos para que todo vaya lo mejor posible en París. Vela por ti e intenta no quedarte sin aliento y trabajar.

He visto una foto tuya en un librito pequeñísimo, una publicidad de *El desierto viviente*.[704] También he visto *El desierto viviente* muy decepcionada.

Te quiero, te quiero, te quiero.

M.

621 — María Casares a Albert Camus

Ginebra, sábado 15 [de octubre 1954]

Querido amor mío:

¡A ver si de una vez me decido a empezar a escribir un diario! Valía la pena en Suiza, te lo aseguro. Solo que resulta que apenas acabo de volver a empezar a comer como es debido y a encontrar mi buen sueño de niña pequeña y hasta el día de hoy he vivido en un estado extraño que me dejaba asombrada todas las mañanas cuando me despertaba, perdida lejos de una calle de Vaugirard que no conseguía situar lejos de mí. De propina, todos nos acostamos tarde, muy tarde, y los ruidos de los numerosos hoteles nos impiden dormir más allá de las nueve. Así que estamos a base de [Phytine Ciba], de *steak tartar* y… ¡de whiskies! ¡Ah, no te preocupes! Decididamente es la única bebida que me sienta bien y la única vez en que quise cambiar, en casa de unos amigos de Lausana, me puse malísima.

Dejando aparte ese cansancio, todo va bien. Estamos *imponiendo* al *Papa* a pulso y cuando los actores de «La casa de la noche» nos dicen que tienen sesenta personas en la sala no nos lo podemos creer. La salud está floreciente y… la verdad… si no hubiera esta distancia entre tú y yo… pues… tienes razón, querido amor mío, reconocería que «la gira» no me desagrada. Ni siquiera Suiza consigue que le coja manía, aunque me haya sorprendido a mí misma a las tres de la madrugada pegándoles patadas a los preciosos cubos de la basura para crear una ilusión de vida. Entre nosotros

hay una gran entente peligrosa. Me complazco en ella lo imprescindible, me irrita lo suficiente. De momento el equilibrio impera.

He visto a Lehman. Me ha gustado mucho; solo siento no haber tenido suficiente tiempo y suficiente energía para charlar más rato y mejor con él.

Tengo montones de cosas que contarte, pero prefiero esperar a volver a París, porque llevo retraso, y empezar entonces con el pequeño relato que te he prometido. Vuelvo la misma noche de la última representación en Lyon; así que llegaré a París en tren o en autocar, y me volveré a marchar al día siguiente por la mañana a Nancy. Intenta reservarme todo el tiempo posible de ese día, si puedes. Solo si puedes; amor mío, pobre y hermoso amor mío, siento tanto el estado de F[rancine]… ¿Qué has hecho? ¿Seguro que no hay ninguna forma de reintegrarla en la vida? ¿Estás seguro de que vas a aguantar mucho ese ritmo de vida? ¿Y yo? ¿Qué debo hacer lejos de ti para ayudarte? ¿Qué puedo hacer? Al menos, ¿están bien Jean y Catherine y al menos tú no te resientes físicamente? Me parece que es bueno que esté lejos de ti ahora mismo; pero también me parece que esta ausencia es muy larga y se me hace también difícil prescindir de ti, ¿cómo puedes conseguir ahora mismo prescindir de mí? ¿Sabes al menos que todo en mí, y sobre todo lo mejor que hay en mí, se ha quedado a tu lado? ¿Sabes que vuelvo a encontrarte como el primer día y que te anhelo como nunca te he anhelado?

Domingo [16 de octubre de 1954]

Cariño. Un pequeño accidente ha venido a alterar nuestra quietud. Marc Cassot se cayó ayer al salir del escenario y estamos esperando al médico para saber si el dolor que le ha quedado corresponde a algo grave. Hasta mañana, querido amor mío. Hasta Grenoble.

M.

[16 de octubre de 1954]

No me gustan estos domingos sin ti, ni estas semanas, ni este París, ni estas tardes, ni estas mañanas en que intento imaginarte. No me gusta la vida vacía y tozuda que llevo. Lleva días haciendo bueno y llevo días mirando el cielo como un ciego. Bueno. Dejo las quejas y el desconsuelo.

Me gustaría mucho que intentases decirme, en cuanto lo sepas, en qué hoteles paras. A lo mejor tengo así una oportunidad de llamarte, de oírte, de nutrirme algo de ti, querido fantasma. Tampoco entiendo que me hayas dicho que llegabas el 21 por la noche. Según tu lista, decías que estabas en Lyon del 22 al 24. Confírmame tu llegada (no pongas un telegrama, el portero sería capaz de enviármelo), la fecha, llámame, estoy en el despacho todas las tardes y muchas veces a eso del mediodía (este despacho es mi isla, lástima que haya tantos Viernes). En fin, no me dejes con las ganas, con estas ganas tremendas que tengo de ti, y, si no vienes, qué le vamos a hacer, saldré a tu encuentro, no puedo más.

No hago nada que merezca la pena. Christine Tsingos[705] me ha pedido que me haga cargo de una función poética sobre Rimbaud. He aceptado por hacer algo. Y ni siquiera la estoy preparando. Incluso volver a leer a Rimbaud me sobrepasa. ¿Y tú? ¡Y pensar que la broma esta va a durar tres meses, sin contar lo demás! Vela por ti y por nosotros al menos. Raciona tu cansancio también. Me he ocupado de tu piso, espero que todo vaya bien. Andión trabaja con Negri. Ha retrasado su marcha varios meses. Lo comprendo. La mala bestia navarra está mejor. Los médicos españoles le habían dado dosis de medicamentos que habrían matado a un par de mulas

en celo. Ha resistido, pero por los pelos. Juan les hizo notar que era una pena desperdiciar los medicamentos españoles. Efectivamente.

Hasta pronto, ¿hasta cuándo? Mañana, ahora mismo, eso es lo que necesitaría. Estoy triste y dulce como un albaricoque, seré tierno, estás perdiendo el tiempo tan lejos. Te quiero, belleza mía, guerrera mía, y te beso con codicia.

A.

623 — Albert Camus a María Casares[706]

19 de octubre de 1954

Sí, querido amor mío, gran decepción cuando, después de estos dos días agotadores (el auténtico infierno empieza el sábado), me he encontrado sin nada tuyo. Me he resignado, he trabajado para el *trust* Gallimard. Y he esperado. Pero tenía unos sentimientos muy feos. Menos mal que llamaste y, aunque no haya podido hablarte con libertad, me ha bastado para respirar mejor. Por una interesante coincidencia, estaba en mi despacho Claude Vernier, que venía a traerme el manuscrito de una de sus amigas. No he podido decirte ni mi alegría por estar oyéndote ni mi pena por tu ausencia. Pero tu voz me sigue sosteniendo.

Esta mañana me he encontrado con tu carta. ¿A santo de qué acostarse tan tarde, sobre todo en Suiza y sin mí? Todavía tienes largas semanas cansadas por delante y necesitas todas tus fuerzas. Pero no quiero echarte sermones ni aburrirte. Tienes un instinto aproximado de lo que es bueno o malo para ti y creo que sabes cuándo cambiar de régimen si notas que lo necesitas. Pero es un instinto aproximado, en efecto, y yo te doy un

toquecito de alarma arriesgándome a parecer un «buen padre», siendo así que está claro que querría ser contigo menos reservado que un padre, incluso un padre cariñoso. Porque también eso me anda persiguiendo, aunque es bueno, como la vida, la cálida vida.

No te alarmes demasiado de lo que te digo de mis días. Por supuesto que todo transcurre como si quisieran eternizarme en ese papel de hermano estéril, y sobre todo esterilizado. Pero aguantaré el tiempo que haga falta y espero salir sin daños. Esta mañana estoy cansado porque no he dormido; estos días, sin embargo, me sentía bien físicamente.

En cuanto a lo que puedes hacer para ayudarme, no es difícil, querido amor mío: seguir siendo todo cuanto eres, mi vida, mi calor, mi oxígeno, mi placer, mi verdad. Ni más ni menos que eso. Sé que no todos los días resulta fácil, alejada de mí, a lo largo de un amor tan enredado y asediado. Y con cada prueba de tu amor te bendigo y me maravilla una suerte tan gratuita. Pero no puedo privarme de esa gracia, no puedo renunciar a mi propio ser, al que estás vinculada indisolublemente. Así que aceptemos este amor desdichado y dichoso, la miseria de los días, la alegría interminable que hay entre nosotros y la lucha que peleamos juntos. Te espero, te espero este 25 por la mañana, es mi Navidad pagana, mi buena nueva, tres Reyes Magos te traerán a mí, como un regalo de calidez, de vida húmeda y buena, de entrega. Te beso, niña mía querida, compañera mía, deseo mío, te quiero, sin desfallecer, con un amor muy orgulloso, pero colmado de sed.

A.

Le he dado tu recado a Angèle. Pondremos al querido Andión de patitas en la calle durante veinticuatro horas para dar cama al querido gerente. Así que dormirá en una leonera, porque los pintores han andado, andan o van a andar por allí. Yo intentaré hacerme a la idea.

624 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[707]

Viernes 22 de octubre [de 1954]

Esperaba una carta esta mañana, querido amor mío. La tendré seguramente esta tarde si ha cogido el tren nocturno. Sea como fuere, te tendré a ti el lunes y si te escribo esta nota es porque más tarde sería demasiado tarde para pillarte antes de mañana por la noche. No tengo nada que decirte, por lo demás, de importancia, nada nuevo, mi corazón es el mismo. La ausencia de tus cartas, tu más completa ausencia se hace sentir, sin embargo, y me entristece. Ya es algo, sin embargo, saber que todo el lunes vas a estar pegada a mí antes de volver a tus tristes provincias. Luego, habrá que seguir aguantando, y dormir, hasta el despertar, que tendrá tu olor y tu tibieza, dulce para el vientre. Hasta el lunes, querido y aún más querido amor mío, muchacha mía, te quiero, me consumo, te espero, y te beso ya, insidiosamente.

A.

625 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Nancy, 5 y media de la tarde [26 de octubre de 1954]

Querido amor mío:

Aquí estoy, instalada y casi limpia. Aquí estoy. Aquí estoy, en un extremo de la plaza de Stanislas[708] cuando aún no he podido echar cuenta de mi breve estancia en la calle de Vaugirard. Estaba muy cansada y temo no

haberte dejado la energía, la voluntad, el coraje y la calidez que tanto habría querido llevarte; sin embargo, ya ves, ese día, consciente a medias en tus brazos, viene a sumarse a los recuerdos más maravillosos de mi colección y me parece desde ayer que algo más ha llegado para arrimarnos más uno a otro.

Ay, tierno mío, dulce mío, luminoso mío, agárrate con todas tus fuerzas a cuanto positivo, fecundo, suntuoso haya en ti para plantarle cara a todo cuando te agobia. Ahora mismo no puedo ayudarte más que escribiendo; te escribiré incluso si la chochez que me acecha durante las giras me impide expresar el mínimo pensamiento o la más vehemente promesa. Sabrás leerme. ¿Quién sabría adivinar lo que digo a no ser tú?

Qué admirablemente te quiero. Veinte días aún y tendremos horas y, luego, un poco más adelante, reviviremos juntos.

Hasta mañana, cariño, hermoso príncipe mío, joven dios mío, adiós, hermoso cuerpo mío, hermosos ojos míos, carita mía, beso tus labios y esta vez soy yo quien te asfixia.

M.

626 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles 27 de octubre [de 1954]

Fue un día muy triste el de ayer, amor mío, después de haberme separado de ti en el vestíbulo de una estación. Era un alma en pena, fui a pie hacia los bulevares y luego tuve que volver a tomar la carga y penar hasta la noche. Hoy no es mejor día, porque además, inexplicablemente, estoy físicamente cansado. En fin, la alegría de este día a tu lado me sigue acompañando

como una dulzura sana y buena. Sencillamente, los días están descoloridos y yo, más o menos impotente. Así deben de andar flotando los eunucos, con una voluntad imberbe.

Espero que Nancy te reciba triunfalmente, que hayan desenganchado los caballos de la calesa y unos estudiantes, ebrios de admiración, hayan tirado de ella hasta tu hotel, donde te has quedado dormida en un colchón de flores. Así, al menos, ocurría antaño. Y puedes muy bien resucitar esos fastos, tú que resucitas la tragedia en la Francia de los tenderos de ultramarinos.

Quería decirte también que no te andes persiguiendo a ti misma para escribir cuando no puedas hacerlo. Mis impaciencias carecen de importancia, lo que la tiene es la densa y rica certidumbre que tengo cada vez que pienso en ti. Te quiero y si fuera más feliz, si mi vida me ayudase más, te pesaría menos. Vive, trabaja, sé hermosa, y piensa solo en ti, eso es pensar en nosotros. Ojo también con tu salud, de la que también tengo yo necesidad. (Uso los argumentos que puedo).

Saluda a Estrasburgo, ese chucrut gótico. Apunta en todas las ciudades el teléfono de la enfermería especial para meter entre rejas al demente en el plazo más breve. La verdad es que parecía muy manso, como un cordero. Pero los corderos maniáticos son los peores.

Te beso, tierna mía, sabrosa mía (¡oh, generoso día!) y te acompaño paso a paso.

A.

627 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[709]

[2 de noviembre de 1954]

Intento escribirte en el autocar. No resulta fácil, pero quería que tuvieras noticias mías lo antes posible. Kilómetros y kilómetros de representaciones, de dramas menudos, y un pensamiento, un pobre pensamiento menesteroso y testarudo.

Todo me hace sentir miedo por ti. Mucho me temo que todos estos esfuerzos te dejen agotado; vuelvo a verte, tan delgado y tan erguido, un poco febril, y tiemblo. Vela por ti, es también la mejor forma de velar por Francine y hay demasiada gente que te necesita para que llegues a faltarnos. En ese desorden inconcebible, ¿cómo están los niños? ¿Qué es de ellos? ¿Y cuáles son las soluciones o las soluciones a medias que propone el médico? Dime, escríbeme los detalles, si es que hay detalles, e intenta llamarme a Bruselas una mañana.

Ahora el tiempo fluye hacia ti y, pasado el oasis del 18, la maravillosa Italia, ya llegan los maravillosos días bien compartidos.

Paciencia, príncipe, paciencia y simpatía, simpatía y vitalidad, vitalidad y generosidad —incluso en el cansancio—, estoy a tu lado, cuentas con mi mejor parte, esa que tan bien supiste hallar y sacar a la luz. Se ha quedado muy pegada a ti y aquí no veo sino un pobre despojo de nada que grita miserablemente.

Te quiero con locura.

Maria

628 — María Casares a Albert Camus[710]

2 de noviembre [de 1954]

Querido, queridísimo amor mío. He dormido diez horas con sueño profundo y sin borrones. He tomado un desayuno deslumbrante (zumo de naranja —huevos con beicon—, buen café y una granada) en mi habitación. El *sabbat* se está acabando y aquí hay una mujer nueva que te abraza fuerte.

Desde París solo he tenido contrariedades. El demente ha consumado la crisis y hemos llegado al consejo de familia, al juicio y a la sentencia. Está condenado a estar en cuarentena con suspensión de pena. Y naturalmente la suspensión de pena se la he conseguido yo, asumiendo mi parte de su crimen y decidiéndome a vivir un poco apartada de la comunidad. Está bien ser desagradable y creo que, con la ayuda de esta nueva fuerza que siento renacer en mí, voy por fin a poder organizarme una vidita personal razonable durante este mes y medio que me aleja de mi patria. Sí, todo esto se estaba volviendo verdaderamente insoportable y de lo que se trata es de ponerle fin.

Solo me agobia una cosa: los países que tenemos que recorrer ahora. Ya ayer el viaje Luxemburgo-Amiens estuvo a punto de acabar con mi vitalidad. La fealdad descompuesta y desolada de este campo es lo más mísero que he visto en este mundo; por primera vez en la vida desde que te conozco me he alegrado de que no estuvieras conmigo.

Anoche fui al cine a ver a Humphrey hablar francés en tecnicolor: *El motín del Caine*. A ratos se pasaba un poco (interpretaba a un paranoico), pero a veces, si me olvidaba de que era color salmón y que «hablaba muy sincronizado», casi parecía él; es contigo con quien no encontré ya parecido en sus rasgos y, como solo había ido a buscar eso, imagínate mi decepción.

Esta temporada durmiente en París me ha dejado de ti un recuerdo muy vivaz. Te tengo tan presente que me quedo extrañadísima cuando al alargar la mano no encuentro ese hermoso perfil delicado, esa nariz más hermosa que la de Cleopatra, esa soberbia frente en la que me encuentro con todo mi

amor, esos labios dulces, ¡ay, qué dulces!… Solo está presente, bien real, la mirada, tan real como cuando te tengo muy cerca, y el calor de tus manos. Hoy es un día tormentoso que te reservo, completamente virgen, para el 19. Hoy es día de gozo y de confianza, de inmenso amor brindado. Bien amado mío, querido príncipe mío, vida mía, alma mía, patria mía, joven dios mío, aquí está la bella durmiente del bosque que despierta en ti. Tómala enseguida y consérvala, consérvate; tenemos cerca una larga existencia infinita en que miles de eternidades nos esperan. Preparémosla con cuidado, también la desdicha nos corresponde; a la fuerza tiene que haber reveses en esta magnificencia que nos pertenece.

Adiós, cariño. Llámame a Bruselas. En Luxemburgo estaba tu voz, muy cerca, allí. ¡Ay!, cuánto te quiero.

M.

629 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[711]

Jueves [4 de noviembre de 1954]

Querido amor mío. ¡Acabo de encontrar estos dos trozos de papel sucio en el bolso y este sobre arrugado afortunadamente! Y aquí estoy.

Cuando dejamos el teléfono quise seguir durmiendo, sin éxito. Me alteraban demasiados sentimientos, demasiados pensamientos, algo de rebelión también. Me preguntaba hasta qué punto se tienen derechos sobre una vida, sobre todo sobre una vida como la tuya. Ya sé que F[rancine] no tiene ninguna culpa y la compadezco con todo el corazón; pero llevo muy a mal la vida que, sin pretenderlo, te da. Cómo vaya a acabar todo esto no lo sé; solo deseo una cosa, que salgas adelante sano y salvo.

Cuando estoy a tu lado, me parece —erróneamente, por lo demás— que te ayudo algo a llevar esta negra carga, pese a mi ciega vitalidad y a mi escasa imaginación; pero cuando estás lejos, cuando apenas si tengo tiempo y energía para soñar con nuestras horas más hermosas, la idea de saberte peleando tú solo con el terror me destroza.

¿Podrás al menos ir a Italia? Intenta hacerlo. No solo por ti, sino también por esa F[rancine] que te exige más allá de tus fuerzas. No dejes que te impresione y te absorba el anonadamiento, espabílate, arréglalo todo de la mejor forma posible y ve a ver ese sol y ese hermoso país, que te esperan.

Luego llegaré yo. No tendré demasiado trabajo y, aunque puedas verme poco, sabrás que estoy ahí, muy cerca y completamente dispuesta a darte acogida. Querido amor mío, quizá tengas en tus manos el destino de F[rancine] —no lo creo—; pero desde luego tienes el tuyo, el más valioso a fin de cuentas. Cuídalo, te lo suplico, y fíate de esa maravillosa llamada de vida que siempre te alzará contra las muertes pequeñas, más espantosas que la propia muerte.

¿Hallas al menos personas vivas a tu alrededor? ¡Ay!, cuánto me gustaría poder aspirar las mismísimas fuerzas del mundo para estar en condiciones de dártelas. No te preocupes por mí. Escribe o no escribas. Llámame solo de vez en cuando. No pongas nada en peligro por venir a contemplar mi chochez durante unas horas. Es mejor que reserves tu tiempo libre para ir a Italia, libre y limpio, sin temores, sin problemas de culpabilidad. El 19 estaré en París, y el 20 hasta por la noche. Un oasis más, y luego, enseguida, esa gran llanura fértil que es la nuestra, las tormentas, y el océano.

Qué maravillosamente te quiero, hermoso amor mío. Presa continua de mil tentaciones, me río de ellas contigo con simpatía, como haríamos con una hija que tuviéramos los dos. ¡Arrímame a ti, estréchame fuerte, cierra

los ojos, tensa bien todos los músculos y adelante! A través de todas esas cosas extrañas que nos rodean, que nos acechan y que a veces nos asfixian un poco. Estoy tonta ahora mismo y expreso mal cuanto me trastorna; pero me conoces bien, ¿verdad?, y sabes perfectamente cómo hablo cuando el cansancio y el trayecto Amiens-Bruselas me han dejado indefensa.

Te quiero. Te espero. Te beso locamente.

M.

630 — María Casares a Albert Camus[712]

7 de noviembre de 1954

RUEGO MOVER GRAN FIESTA 7 NOVIEMBRE AL 19 MISMO MES ESPERANDO UNA SEGUNDA PENSAMIENTO INMUTABLE MARIA

631 — Albert Camus a María Casares[713]

12 de noviembre de 1954

SE MANTIENEN SEÑAS ESTARÉ LILLE SÁBADO TREN 12 H 48 TIERNAMENTE ALBERT

632 — María Casares a Albert Camus[714]

21 de noviembre [de 1954]

Querido amor mío:

Me hace cada vez más feliz pensar que vas a ir pronto al encuentro de esas comarcas que, decididamente, son la única patria de la vida. Aquí estoy, molida, con agujetas, hecha un asco, cubierta de arena, de barro y de sal. Ayer dejé Biarritz para ir al mar (pues nunca he visto nada tan feo como la ciudad de Biarritz en sí) y, con la atracción de España, me fui, andando a lo largo del océano bien amado, hasta Bidart. Ya te imaginarás el estado de mis piernas por la noche, cuando, después de otros seis kilómetros de vuelta y unos cuantos baños de pies tomados por distracción, volví para actuar en *El padre humillado* ante un público en gran parte ibérico, completamente respetuoso, entusiasta y ajeno… a la obra.

Hoy ha sido la despedida de mi querido océano —querido hogar— entre muchos regalos muy bonitos que me han hecho los miembros de mi compañía con motivo de mi cumpleaños. Y, además, las bonitas carreteras vascas, la hermosa luz, el sol quemando la piel de la cara, los plátanos, los pinos, las higueras, las magnolias y, para rematarlo, rostros hermosos.

Me he enterado de que nieva en el norte de Italia. ¡La única nieve que me habría gustado! La adoré ante ese océano suntuoso que se brindaba ayer perfectamente regio. ¡Dios, qué hermoso era y qué bueno! Una vez más no entiendo qué hacemos en París y una vez más pienso en ahorrar.

Aquí estoy, en Pau, ante estos Pirineos que me despiertan a la inteligencia del corazón. Desde que llegué a estos lugares voy llevando a rastras no sé qué nostalgia que me obliga a pensar. Temo adelgazar; pero ¡qué se le va a hacer!, nunca he estado más cerca de mi infancia desde que la dejé. Me consuelo soñando con un viaje en pareja a través de una Castilla recuperada por completo. Cerca de ti no puedo añorar nada. Te quiero.

Cariño, estas palabras están escritas deprisa y corriendo, porque tengo

que alimentarme antes de hacer acto de presencia, pero debes notar en ellas la oleada de gozoso agradecimiento que las zarandea tan torpemente.

Descansa y vive. Te quiero. Mándame las señas de Italia. Te beso locamente

M.

PS: Después de irte, encontré en mi correo una invitación para una exposición de Dauchot[715] y me impresionó la expresión de ese personaje que recuerda al Pílades de Vinci[716] (Jean, no Leonardo). Me reí tanto que decidí llevármelo y mandártelo.

Con mi risa, que espero que sofoques.

M.

[Adjunto: Invitación a la exposición Arlequín y su palo muy sugestivo…]

633 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes 22 de noviembre de 1954

Querido amor mío:

Estos días sobrecargados que anteceden a un viaje han pasado muy deprisa. Pero tenían aún tu sabor y han sido livianos. No hay nada que decirte de ellos sino que he comido con Vilar, que le he dado tu recado y que parece (si es que puede afirmarse algo sobre un ser tan invertebrado) que prefiere Valle-Inclán (a quien, por lo demás, no ha leído) a Webster. Querría montar *El estado de sitio* un día, en otro lugar, poder hacerlo y no hacerlo, estar a las duras y a las maduras y en misa y repicando, repetir *La*

devoción de la Cruz, tener un texto mío o de Sartre, compensar el comunismo de su principal intérprete con el catolicismo de su gerente, poner mis obras en Polonia para agradarme, y es verdaderamente pasmoso: no, no sabía que mis obras están prohibidas allí, pues entonces qué le vamos a hacer, será en Canadá, en cualquier caso da lo mismo, pero de momento encontrar una obra, encontrar una obra, lo ha vuelto a leer todo, pero no hay nada, salvo mi simpatía, tan importante, y tú, que eres un ejemplo, que quiere conservar para proponérselo a sus demás actores, y qué más da si no hay papel para él, no interpretó Macbeth sino porque notó que tú querías que lo interpretase contigo, por lo demás Gérard tiene montones de compromisos para este año, no lo veremos, sí, póngame un solomillo de vaca con sal gorda, solo tomaré la carne y dejaré las verduras, y si puede usted escribir *Los demonios* sería perfecto, etc., etc., etc. Salí extraviado, con la mente reblandecida y las piernas flojas, sumido en el mismo sueño que él, desbordado yo también por los acontecimientos, rey sin virtud, animador sin resuello, galardonado sin talento, sufría mansamente, me colgaba el labio, me volvía sentimental, era el aburrimiento, el aburrimiento terrible, lo que me despertó como si me hubiera picado un escorpión, y salí huyendo. Voy a mandarle todos sus textos y que se las apañe si consigue desembrollarse, desembarullarse y desembrumarse. ¡Ah Grecia, luz dura, atletas, oradores claros, hombres de acción, líbrame de este babilonio!

Luego he vuelto a mis cabales. Qué remedio. Ahí estaban el trabajo, y las citas, y las últimas cartas. Para acabar de sanarme me fui ayer al parque de los Príncipes, donde, con una temperatura polar (estábamos todos verdes de frío en las tribunas) tuve el gusto de ver cómo el Mónaco le ganaba a un Racing desalentador.

Esta mañana, al menos, ha sido un día victorioso: ahí estaba tu carta. Antes de verla, tuve por teléfono una charla de tres cuartos de hora con la

señora Baur, que me llamó en el colmo de la desesperación tras haber comprobado que: 1) el teatro no tenía arreglo o algo así, 2) a ella no la quería nadie. La consolé, por supuesto, y luego tuve una recompensa por mi buen corazón al encontrarme con tu querida letra. Sí, sabía que ibas a pasarlo bien en esa parte del viaje y me alegraba con la mejor parte de mi corazón. Aprovecha esos días y ese cielo, sé feliz por ser hermosa y ser grande. En cuanto a mí, me voy mañana por la tarde, feliz por estar solo, por recuperar esas tierras que me gustaron a los veintitrés años,[717] que no he vuelto a ver desde entonces, pero que son mi patria. Tengo la impresión de estar dejando para siempre las guerras, los gritos, la desdicha y de reanudar la relación con el que era. Solo querría recuperar esa fuerza interior que tenía entonces y que me hacía las veces de sosegada certidumbre; ella era la que escribía y la que avanzaba. Ruega por mí a tu dios desconocido y ten seguridad en mis pensamientos y en mi corazón. Todo cuanto sea alegría, luz, plenitud me habla de ti. Bajo también a tu encuentro.

Sí, ahogo tu risa y te quiero, Italia mía.

A.

Desde el martes hasta el sábado (me voy ese mismo día) estaré en el hotel Principi di Piemonte, en Turín. Desde el sábado hasta el martes, en Génova y en Milán. A partir del martes 30 estoy en Roma. Escríbeme a la atención del señor Nicola Chiaromonte,[718] via Adda, 53. Roma. Pero, si no puedes escribir, no te preocupes. Duermes tranquila en mi corazón.

Turín, 25 de noviembre de 1954

Querido amor mío:

Caigo en la cuenta de que tengo que escribirte hoy y quiero que tengas al menos unas líneas antes de irte a mis Áfricas. Me fui de París anteayer por la tarde, feliz por hacerlo, pero tan cansado de mis últimos días en París que no saboreaba de verdad esa dicha. Intenté dormir. Entre breves cabezadas la idea de que volvía a Italia me despertaba a veces. A eso de las siete de la mañana, me pareció que ya habíamos llegado, levanté la cortinilla y me entró una risa incontenible, un espléndido paisaje polar se extendía ante mí y caían unos copos muy gruesos. Dos horas después seguía nevando en Turín, y también durante todo el día de ayer. Fui a ver el museo Egipcio, lo único relacionado con el arte que valga la pena aquí, y las momias, sin vendas, estaban ateridas y encogidas. Debían de soñar con sus arenas calientes. Yo también.

Siempre con nieve, fui a ver la casa donde Nietzsche se volvió loco después de haber escrito sus últimas obras. Y luego me volví al hotel, un poco desanimado. Génova y Roma me serán más propicias. Por lo demás, ya me rodea la simpatía italiana, que siempre me encanta. Aquí se da uno cuenta del perpetuo mal humor de los franceses. Turín es una ciudad espaciosa, incluso bajo el cielo gris. Me gustan sus calles con baldosas, su aspecto de hastío aristocrático.

Dentro de un rato tengo una rueda de prensa, mañana mi conferencia en un bonito teatro con palcos del siglo XVIII, como le gustaban a Stendhal, que tan bien habla de ellos. Las italianas ya son guapas, pese a la nieve. Las ancianas de aquí tienen también un rostro hermoso y me emocionan. Bueno. Voy a salir. Me han metido en un hotel de lujo que me aburre. Esta mañana

ha dejado de nevar, pero hace un tiempo gris y con niebla. Iré andando bajo los incontables soportales de la ciudad, hasta el Po.

Espero que el sur te lleve en vilo y te encante. Me alegro de estar aquí, y, sobre todo, lejos de París. Pero no estoy contento de estar separado de ti y de que vayamos por el mundo, lejos uno de otro. Italia y tú, eso es el paraíso. Mi próxima carta te alcanzará en mi país. Espero que te lleve un sol de propina. En este momento le pediría una limosna de luz a mi peor enemigo. Quiéreme, estate segura de mi corazón y de mi pensamiento y dime que pronto nos tenderemos juntos en el suelo de Sicilia, bajo sábanas de mar y de espuma y con la boca llena de luz. Un hermoso deseo vivo, el amor que nos tiene soldados, eso es lo que echo en falta y por lo que te espero. Hasta pronto, viajerita mía, nos detendremos y te besaré hasta el final de los tiempos.

A.

635 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Roma, 2 de diciembre de 1954

Querido amor mío:

¿Qué es de tu vida? Sin tu telegrama te tendría perdida y ni siquiera te imaginaría ya, porque nos separan días en fila uno detrás de otro y universos. Mi carta de Turín debería haberte llegado a tiempo. Desde entonces, no he podido escribirte, la verdad, pues las cuatro conferencias en cinco días y en cuatro ciudades son una hazaña bastante agotadora. Nieve en Turín, niebla y lluvia en Milán, el diluvio en Génova (pero he vuelto a encontrarme con la ciudad que me gustaba, reluciente, lozana, opulenta) y

el primer día de Roma, cielo gris, me han impedido que lamentase demasiado el tiempo perdido en esos ejercicios articulatorios. He cumplido con mi trabajo valientemente. Y me ha hecho falta valor en vista de en qué me he convertido. Para que te hagas una idea, fíjate que en Turín quise quedarme en mi habitación una hora, antes de la conferencia, y me pasé esa hora dando diente con diente de lo nerviosa que estaba.

Pero ahora he obtenido mi recompensa. Porque hace bueno y estoy en Roma. Me he ido del Grand Hôtel, donde me habían metido, y que se parece a todos los grandes almacenes del mundo. Me he instalado en una pensión que da a Villa Borghese. Y tengo una habitación con terraza que da a una vista admirable. Cada vez que miro por la ventana, tanta belleza me oprime el corazón. Me paso el día paseando, admiro o no admiro, pero me gusta, ceno con los escritores italianos que son amigos míos (Chiaromonte, Silone, Piovene, Moravia) y, antes de dormir, sueño en mi terraza, ante los jardines. Me gustan esta gente, este cielo. Me encuentro aquí como me encontré a los veinticinco años, cuando estaba descubriendo, literalmente, qué era el arte y también lo que en él había inseparable de la vida. Creo que, con un poco de suerte, hallaría aquí fuerza para cambiar de vida. Porque tengo que cambiar de vida de una forma o de otra y hay una desolación que ya no quiero. Entretanto, llevo en el corazón a Roma y sus fuentes. La semana que viene me voy en coche con Chiaromonte a Nápoles y a Paestum. No tengo, en realidad, esperanza de trabajar aquí, sino de reconstruirme el corazón que necesito para trabajar. De todo esto, ya lo sabes, amor mío, no estás ausente. No necesito nada, eso es lo que pasa, salvo a ti, que te pareces a lo que amo y a lo que me da la vida aquí. Querría solo que esta gira acabase sin que te cansases demasiado y que nos reunamos con nuestro perpetuo amor y con nuevos bríos. Vela por ti y quiéreme. Hasta pronto, fuente mía, amor mío, te quiero con un corazón

nuevo del todo y muy conmovido, con gratitud, con libertad por fin, y te beso largo y tendido con todo mi amor.

A.

636 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[719]

Roma, lunes 6 de diciembre [de 1954]

Querido amor mío:

Nada tuyo después del telegrama del sábado. Supongo que tu carta llegará mañana. Pero, como me voy de Roma mañana, bastante temprano, a Nápoles y a Paestum, no me la encontraré antes de la vuelta (alrededor del sábado). Luego me quedaré hasta el martes y volveré a París en avión (todavía no he sacado el billete y todo esto es aproximado). Mis señas en Roma sieguen siendo Chiaromonte.

Hoy el tiempo está gris en Roma. Pero he tenido unos días maravillosos que te contaré a la vuelta. Sin embargo, no tengo ganas de volver a París, pero sí tengo ganas de volver a verte, de agarrarte, de quererte. Esta larga separación ya ha durado bastante. Aunque lamento estas fiestas que nos van a hacer notar nuestra separación incluso en la misma ciudad, no podemos estar eternamente viajando a las dos puntas del mundo.

Espero que todo vaya bien en la gira y para ti. Pero empieza a faltarme la imaginación. En cuanto a mí, estoy muy acatarrado desde ayer y menos animado. Pero el viaje me ha sentado bien y voy a volver para intentar llevar una vida más fecunda. Quería decírtelo, aunque fuera en una notita, repetirte que te echo de menos, volver a decirte que veles por ti y besarte con mucha impaciencia. Y ahora, por fin, hasta pronto, sí…

AC

637 — María Casares a Albert Camus[720]

[11 de diciembre de 1954]

Querido amor mío:

Decididamente este país me trastorna; diríase que, a medida que avanzo en la vida, camino hacia este esplendor sereno que antes temía tan profundamente.

Si no estuvieras en París se me haría muy cuesta arriba regresar a esa ciudad que, no obstante, se ha convertido en la mía.

Recibí ayer la carta que mandaste a Túnez y la última; he vuelto a encontrarte otra vez ante este cielo que compartimos alejados una vez más.

¡Ay!, querido amor mío, ¡la vida tal cual, contigo, lejos del horror y la miseria, en Tipasa! Para allá voy esta mañana; si pudiera quedarme allí, esperándote. En cuanto a lo demás, estoy literalmente agotada. Pero no temas nada, los cuatro días de Casa[blanca] y el viaje en barco me volverán a poner en forma para el 25 poder estrecharte largo y tendido entre mis brazos e intentar conservar contigo en el país de las tinieblas el encanto y la alegría de esa África o de esa Italia que nos dan la vida; te quiero, hermoso amor mío; te quiero y heme aquí, muy cerca ya de ti. Intenta conservar las fuerzas, la ternura y la luz que Roma ha tenido a bien darte.

Han tachado Rabat de mi itinerario; así que no escribas allí. Cambiamos esa representación por una más en Casa[blanca].

Ánimo, cariño, para ese regreso. Ya llego. Te quiero. Te beso locamente.

M.

Roma
Domingo 12 de diciembre [de 1954]

Querido amor mío:

Esta es mi última carta desde Italia. La envío a Casablanca porque temo que no te llegue a tiempo a Marrakech. Por lo demás, va a ser breve. Volví anteayer de mi expedición al sur. Esta parte del viaje me la ha estropeado un enfriamiento que me ha tenido en la cama casi dos días en Nápoles y que me ha dejado un estado febril que todavía me dura y me quita mucha alegría de vivir. Desde este punto de vista, está bien, en resumidas cuentas, regresar (el martes, en avión) y cuidarme enérgicamente.

Por lo demás, no todo ha sido un fracaso en este viaje y he visto Paestum, que se ha sumado a Tipasa en mi corazón. Un templo griego donde anidan cuervos es lo más joven del mundo.

Durante todo este viaje, no he dejado de desear que estuvieras a mi lado. Si el cielo nos ayuda, volveremos a hacerlo. A la vuelta, cansado, me encontré con tu nota y me quedé decepcionado, te necesitaba de verdad. Ya sé que estos viajes africanos son mortales, por lo demás, y lo único decepcionado era mi cansancio. Sea como fuere, todo esto va a terminar y ahora te espero en París. Querría restablecerme la salud (pues me he dado cuenta de que era necesario) y, luego, trabajar, claro. Pero también me tiene deprimido este alejamiento, este silencio, la ignorancia de tus días en que me hallo. No me dejes demasiado solo, esta etapa es difícil para mí y querría apoyarme en tu amor. Hasta pronto, no te canses demasiado, vuelve pronto a reencarnarte junto a mí, que te quiero y te espero, fielmente.

A.

639 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[721]

15 de diciembre de 1954

ESTARÉ ESTA NOCHE PARÍS CARTA ENVIADA CASABLANCA CAMUS

640 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

[15 de diciembre de 1954]

Querido amor mío:

Estoy en Orán, en una sala (el Colisée Cinéma) pensada para proyectar *La bella del Pacífico* en color, pero ¡ah, no!, no *El padre ofendido*.

He pasado un día triste, angustioso. He visto a Pierre[722] y me ha conmovido mucho; lo he encontrado tan sensible, tan afectuoso y tan desmoralizador como siempre.

Mañana embarco rumbo a Marrakech y dentro de dos días estaré en Casablanca. Allí intentaré recuperar las riendas, cuidarme los múltiples granos, fruto de comidas varias, de picaduras de mosquitos, de chinches y de otros animales feroces que pululan por los camerinos. Voy también a intentar cuidarme el cansancio que empiezo a notar demasiado. Luego intentaré dejar esta África sin que me cueste demasiado para no gritar solo con la idea de reanudar la vida estúpida que llevamos en París y para pensar únicamente en ti, que me estás esperando allí.

¡Ay!, nosotros dos aquí, ¡Dios mío!, qué bueno sería.

Llegaré a París en Nochebuena, ya entrada la noche; por consiguiente, no lamento esa fiesta; de todas formas nos pillaría separados.

Vivo de tus últimas cartas de Italia, ¡ay, cuán dulces! Pero empiezo a

echarte de menos dolorosamente. En fin, dentro de poco tú y lo desconocido, que siempre nos acecha. Perdona el tono de esta carta. Es una llamada desalentada y melancólica, pero llena de amor. Te quiero locamente y cuando te echo de menos no soy más que un montoncito.

M.

641 —Albert Camus a María Casares[723]

16 de diciembre de 1954

TELEGRAFÍA ANGÈLE DETALLES LLEGADA IMPACIENTEMENTE ESPERADA HE REANUDADO TRABAJO VUELVE PRONTO ALBERT

642 — María Casares a Albert Camus

[17 de diciembre de 1954]

Querido amor mío:

Ayer, Marrakech, una de las decepciones más tristes de mi vida, hoy, Casablanca… ¡inútil mencionarlo! Solo el camino era hermoso, el camino y los seres. Pero hubo tu carta, la última que escribiste en Italia y que recibí esta tarde.

Si no tuviera plena conciencia del amor que por ti siento tendría remordimientos. Es cierto que te he mandado pocas noticias y pocos ánimos; pero no necesito explicártelo, cansancio sobre cansancio, estoy

agotada y siempre uncida a este *Padre humillado* que empieza a ser una carga. De propina, el sur de África del Norte no me sienta nada bien y reacciono al clima de Sfax o de Marrakech como si padeciera paludismo: noches de insomnio, fiebre, sudores gigantescos, etc.; desde luego no es lo ideal para arreglar las cosas. Después de todo eso, hay que actuar acá y allá, tan pronto en un teatro, tan pronto en un cine, tan pronto en un casino. Hay que vociferar, hay que susurrar, hay que estirar, hay que encoger; pero siempre levantar a pulso a esas personas que solo el sadismo mantiene clavadas en sus butacas. Hacemos lo que podemos. No temas nada: también las alegrías llegan, te las contaré largo y tendido cuando haya recuperado esa vitalidad que tanto te gusta y que fluye ahora mismo a oleadas por este cielo ardiente. Te lo contaré todo y mi amor.

Sábado por la mañana [18 de diciembre de 1954]

Pensée me tiene empachada y las representaciones se están convirtiendo en auténticas pruebas. Me voy con Lucette Stéphaine,[724] su sobrino y Marc Cassot a la playa; a lo mejor puedo darme un baño; hace un tiempo deslumbrante que me recuerda vacaciones y añoranzas tuyas. Sigo triste, querido amor mío. Me da miedo París y me siento tremendamente solitaria. Tengo que verte, para que me tranquilices como siempre y pueda recuperar los ánimos. Cuídate bien para mí, no me olvides y piensa que dentro de unos días vas a tener una piltrafa entre los brazos. El lunes te mandaré otra notita y el 25 estaré ahí. Casi no me lo puedo creer.

Te beso locamente. M.

1955

643 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[725]

Viernes 18 de febrero de 1955

Me he alegrado, querido amor mío, de encontrarme con tu bienvenida al llegar aquí ayer por la tarde. Tu pensamiento, tu existencia me sostienen por encima de los pantanos, eres mi oxígeno.

El viaje no tuvo nada de particular. Nieve al empezar, dulce cielo lleno de estrellas al llegar. En el Saint-George una acogida sorprendente. Ya sabes que le había pedido a uno de mis amigos, que conoce a los dueños, que me dieran una habitación con zona de estar. Me reciben con los brazos abiertos y, en el ascensor, pregunto al botones árabe que me hace de guía qué número tengo: «64 y 66», me contesta ese noble beduino. «¿Por qué y 66?», digo. «Es —me dice— la suite con salón, baño, dormitorio y terraza». Efectivamente, el sitio era maravilloso, con un gran ramo de arums en el salón. Tan hermoso incluso que no dije nada. Aunque, un poco preocupado en vista de mis pobrezas actuales, llamé a mi amigo para que me explicara algunas cosas. Se había ido a una gira (es arquitecto) de cuarenta y ocho horas.[726] Y sigo sin saber si le debo a una gentileza de los dueños este suntuoso escenario o si mi amigo se limitó a anunciar mi llegada y me dieron de oficio, basándose solo en mi fama, lo mejor que había. Lo sabré mañana y siempre habrá tiempo para cambiar. Mientras tanto bien puedo permitirme unos días de esplendor.

Porque este hotel es realmente delicioso. Esta mañana he andado dando

vueltas por el jardín, me he vuelto a encontrar con los jazmines y las fucsias, las rosas musgosas y las buganvillas. Es el olor a jazmín lo que andaba por las calles de mi infancia. Desde mi terraza domino el jardín y, a lo lejos, la bahía. Esta ciudad es tan hermosa que se me oprimía el corazón. A fuerza de vivir en la oscuridad de París, se me había olvidado.

Y, además, ya solo por la alegría de mi madre valía la pena el viaje. ¡Cuánto me reprocho no venir más a menudo! ¡Y qué bueno es que lo quieran a uno así, por lo que es y tal y como es! ¡Qué bueno es también querer de esta manera y notar el corazón rebosante! He andado por todo el barrio con mi madre, he hablado con los comerciantes, me han contado las muertes y los nacimientos, sobre todo las muertes, por cierto. En la comida, con toda la familia, me sentí arropado y apoyado. Te imaginaba aquí, mi felicidad habría sido completa.

Hace bueno, con nubes que corren. Desde mi ventana veo columpiarse las palmas. Tenías razón al pensar que era bueno que viniera. Me noto un corazón mejor, querría trabajar, producir, estos diez días me ayudarán, eso espero. Me ayudarán sobre todo a llevarte de vuelta una cara más «colaboradora». Calibro, ten la seguridad, el lastre que te obligo a compartir. Y te agradezco que lo aceptes con tanta sencillez y tanto valor. En cualquier caso, hay que perdonarme, esta vida agotadora y su esterilidad me aterran a veces. Pero mi amor no ha cambiado, te quiero como quiero a esta ciudad y todo cuanto he vivido en ella, bueno o malo, con una gran aceptación dichosa.

Bueno. Emplea bien tus días, quiéreme, mantente viva. Te beso, jazmín, y te tengo abrazada.

A.

Cariñosos recuerdos a los andaluces-navarros

644 — María Casares a Albert Camus

París, domingo 20 de febrero [de 1955]

A mediodía

Hermoso príncipe:

Quise ya escribirte ayer, pero no encontré en ese día sino tiempo para darme cuenta de lo cansada que estaba. Después de la función del viernes, me levanté a las siete para ir la radio; ¡luego pasé la tarde haciendo recados para el TNP! Madaule,[727] Claudel, Madaule, Rouvet,[728] Vilar, Rouvet, etc. He tenido una satisfacción: he seducido al anciano que tan asombrada me dejó. No ha parado de hablarme de *El padre humillado* y del deseo que siempre había tenido de trabajar conmigo y cuánto seguía lamentando todas las ocasiones perdidas. Dijo que iba a meter la nariz en esa «obra de juventud»[729] que tanto apuro le daba para complacerme. «¡Se notaba tan impúdico en esos primeros textos! ¡Tan desnudo!». Me gustó porque por una vez tenía gracia, estaba dicharachero, aunque más sordo que nunca. Y, además, sobre todo porque al final me conquistó. Hay vanidades tremendas que alcanzan la perfección. Yo llevaba debajo del brazo *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud. Mientras hablábamos se fijó y se abalanzó hacia mí para preguntarme si no se trataba de *El árbol de no sé qué*, uno de sus libros. Me expliqué. Un niño a quien le arrebatan de las manos su juguete favorito no habría dado con una mirada más desvalida. ¡Era algo de Rimbaud! ¡No era algo de Claudel!

Dejo el parloteo. Son las doce y media; tengo que ir a reunirme con Lady Macbeth. Me llevo conmigo algo para seguir escribiendo.

Domingo, 2 de la tarde

Aquí estoy, en mi camerino. Oigo un suave «escupitajeo» que me llega a través de la pared.

Es Vilar, que tiene un principio de catarro, al que llama anginas, y que intenta hablar, aunque le duela.

Llamé hace un rato a L[eonor] Fini,[730] que todavía no ha terminado mi retrato y que me ha hablado de Bergamín como de un crepuscular un poco apolillado. Me hace gracia, la verdad. Pero yo también estoy ahora mismo rozando los crepúsculos; busco en vano una forma olvidada no sé dónde y voy errante, diluida o diseminada —¿solo Dios lo sabe?—, sin meta ni causa.

Solo me ha gustado una cosita. Ya sabes que le di «La mujer adúltera»[731] a Léone. Lo leyó una vez —por lo visto—, tuvo la luz apagada mucho rato y lo volvió a leer en la oscuridad. Asegura que ha dado con «la perfección». Es la palabra que ha usado y no faltaba el acento.

Y resulta que, desde que me habías hecho partícipe de tus dudas, me eché a temblar yo también; temía no saber o quizá estar demasiado próxima a ti para poder recibirte de la forma inesperada que sería precisa. La reacción de Léone vino a ratificar la mía y sé que, aunque nuestra opinión haya que tomársela con reservas, al menos resulta difícil hacer caso omiso de nuestros reflejos.

Sí, me ha gustado.

Y tú, hermoso príncipe mío, ¿en qué punto estás? ¿Qué es de Argel? ¿Qué dice el cielo? ¿Cómo está el mar?

¿Se te ha ocurrido algo? ¿Cómo está tu madre?

Yo reflexiono. Pienso en ti, en mí, en nosotros, en los demás y, pese al vértigo que me entra a veces, tengo una esperanza tan honda como nuestro amor. Solo se trata de aguantar, de tener paciencia, de respirar por ahora, solo de respirar, asomando la nariz del agua, y de seguir esperando. La estrella está ahí, y nos ampara; una vez más se trata de no perderla de vista. Pero necesitas mirar por ti, por tu salud. Hay momentos en que no se dispone de felicidad suficiente para permitirse noches en vela o de insomnio.

De eso se trata. Hay que dormir, comer, ser una planta, y esperar.

Cuando vuelvas, intentaré ayudarte mejor de lo que lo he hecho hasta ahora; lo conseguiré en cuanto deje a Macbeth y recupere el sol, por muy pálido que esté.

Sí, estoy segura. Tendremos el verano, hermoso príncipe mío, amo mío querido; ya lo anuncian en mi casa los hermosos tulipanes y, aunque tarde un poco, somos dos para esperarlo con nuestra doble resistencia.

Descansa. Te espero con algo de impaciencia. París tiene una cara muy rara sin ti. Te beso locamente.

M.

645 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[732]

Martes 22 de febrero [de 1955]

Me ha hecho muy feliz, querido amor mío, recibir tu carta. Feliz y, en cierto modo, me he sentido recompensada. Me costó hacer el esfuerzo preciso para empujarte a separarte de mí y habías llegado a hacerme creer que era

inútil y estaba fuera de lugar. Me siento muy ufana por conocerte tan bien y muy feliz por saberte feliz. Solo me queda ya por desear que la perfumada energía de África consiga neutralizar por una temporada el aroma de París y la anemia que causa.

Aquí vamos viviendo más o menos. Saco partido a los días, desde luego. Me superan incluso. Después de la función de la tarde y de la noche del domingo me levanté el lunes a las siete para seguir chillando en la radio haciendo de gitana «*¡Armano!*» (miserable) toda la mañana. Por la tarde seguí, luego vi a una antigua compañera que vino a contarme sus desgracias (¡no actúa!) y acabé el día en casa de Annie Noël[733] con Serge y la propia Annie. Estaba un poco incómoda y me aburrí un poco, pero del aburrimiento no tienen ellos la culpa: no puedo ya pasar más de media hora con nadie (salvo contigo) sin notar en un momento dado algo así como una náusea inesperada que reconozco poco después que es la inevitable oleada de aburrimiento. Es muy preocupante.

Hoy, después de haber dormido mucho —¡oh maravilla!—, fui a ver a Rouvet, el administrador del TNP, para hablar del siguiente contrato. Como no entendía nada de lo que me estaba diciendo, como me costaba seguir sus meandrosos razonamientos, acabé por hacer la pregunta: «A ver, si lo estoy entendiendo bien, ¿querría que firmase un contrato hasta el 1 de febrero y que aceptase una subida de sueldo y cobrase durante los meses en que no actúo?». ¡¡¡Y se ruborizó!!!

Por lo visto le cuesta hablar de números conmigo.

1) Resultado: hago lo que quiero de momento en ese teatro.

2) Resultado: puedo vivir tranquila hasta el 1 de febrero.

¡Vivir tranquila! Pero ¿cómo? Me proponen la televisión. ¿Cómo voy a rechazarlo?

Me proponen que grabe El Cantar de los Cantares y un pasaje de la

Biblia. Es un texto demasiado hermoso para rechazarlo…

Sigaux[734] me llama para tres discos: un Montherlant, un Claudel y *Antígona*, de Cocteau. Es una lástima rechazarlo.

Y tengo cuatro programas de radio en marcha.

Así que voy a hacerlo todo. La radio, y la televisión, y los discos, y Estrasburgo y Marsella y Aviñón y María Tudor, y Lola… ¡y la Virgen María que me proponen también que encarne para la grabación sobre la vida de Jesús!

¡Claro que sí!

He comido con Leonor Fini, que decididamente no quiere ya perderme de vista. Dado que *Réalités* ha exigido el retrato para el lunes, ha ido al evento, pero no sin pedirme que vuelva con frecuencia a verla o que coma con ella. En cuanto al cuadro, me lo mandará en cuanto lo fotografíen.

El lunes por la mañana voy a ver por última vez a André Marchand,[735] que me espera al pie del cañón con los fotógrafos; y se acabarán todas estas aventuras pictóricas.

Esta noche he cenado con Meyer, un Meyer fiel y encantador, desnudo de todo lo que estaba de más. Te ruego que no hagas juegos de palabras. Me ha contado mil cosas del teatro Français que me han entrado por un oído y seguramente me han salido por el otro. A mitad de la comida, me entró la náusea, pese a las viandas exquisitas, una crepe maravillosa de bogavante y una suculenta pata de cordero con guarnición (me refiero a las judías, claro).

Pero ¿qué será este engorro que me asalta?

Ya te he contado cómo me desmayé en el baile de la *voilette*, cómo me sentí mal por culpa del aburrimiento. Bueno, pues la misma sensación, pero me paro a tiempo. ¡No es normal, caramba! ¡Ay!, cuando te recobres, ¡vuelve enseguida, antes de que me dé algo de verdad! Me cuidarás. A lo

mejor me viene de un abuso de cigarrillos, ¿quién sabe? ¿O a lo mejor es solo el resultado de la creciente cantidad de años vividos?

El cielo, por lo demás, no coopera. Vivimos en un puré de judías con el que se mezclan el agua o el aguanieve. Y solo el canto de los pájaros en las chimeneas anuncia que se acerca la primavera. Personalmente, estoy por volverme a casa si encuentro media hora libre para contemplar mis tulipanes, soñar con vestidos de verano, plantar hiedra en los tiestos de la terraza y jugar con Quat'sous.

También leo un poco por acá y por allá y oigo, dichosa, cómo van subiendo en mí las primeras bocanadas del deseo. ¡Mi cuerpo ha vuelto! Te espero.

Intenta escribirme unas palabritas. Solo ver tu letra me da una sensación de patria. Hay algo de la magdalena de Proust en los sobres y el olor a puchero tan caro a la compañía Amaya dentro. Todo ello divinizado.

Bueno, ya está bien de bobadas. No me olvides entre las buganvillas, no te pierdas entre las rosas musgosas y guárdame algo de tu encanto. Te quiero, querido amor mío, con mucho apasionamiento.

M.

646— ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles 23 de febrero de 1955

Querido amor mío:

Tu carta me dio mucha alegría buena. La recibí ayer y hoy leo que anuncian la muerte de Claudel.[736] Has sido su último sacramento. Como solo les deseo cosas buenas a las personas que no me caen bien, creo que

tuvo la dicha antes de dejar este mundo de hallar lo mejor y más hermoso que hay en él. ¡Paz ahora a sus cenizas!

Mi estancia sigue adelante. El sábado me encontré por los pasillos del Saint-George a Dominique Blanchar. Me la llevé a cenar y a bailar por la noche con unos buenos argelinos sin complicaciones y se lo pasó muy bien. Al día siguiente la llevé a Tipasa, con las mismas personas, y creo que le ha gustado mucho esta tierra bendita. El lunes se fue a Orán. Aquí me ha parecido más entrañable y he entendido mejor esa especie de tristeza que pasea por todas partes.

Mañana voy a pasar el día a Orléansville y su comarca. El viernes, me reciben los veteranos del RUA.[737] El sábado voy a un baile de disfraces. El domingo, iré a ver jugar al RUA. El lunes, descanso, y el martes cojo el avión para París después de estos días tan duros.

Hace bueno. Las mañanas son soleadas y suaves. Me despierta el sol, que da en la cama, y entonces me paso media horita desnudo, al dulce sol naciente. Durante todo el día noto su influencia. Me doy cuenta mejor entonces de la sombra que soy en París y querría que vivieras una temporada aquí conmigo para que por fin me vieras con pinta de hombre.

Apenas si he trabajado. Pero me parece que podré volver a hacerlo a la vuelta. Solo siento algo de angustia al pensar en lo que me espera y en toda esa tristeza. Pero estás ahí, te quiero, eres mi valor y mi fuerza. Hasta pronto, cariño, desde muy cerca, con todo mi amor.

A.

No escribas después del viernes, me marcho el martes muy temprano. Estaré en París por la tarde y pasaré a verte a eso de las seis. Dime si es posible. Es bueno también poder pensar en tu rostro tan cercano.

647 — María Casares a Albert Camus[738]

Miércoles 23 de febrero [de 1955]
Medianoche

Querido amor mío, estas son las noticias del día:

1) Paul Claudel ha muerto. Me despertó de madrugada el gerente del TNP, trastornado, que no se atrevía a despertar a Vilar, para preguntarme qué había qué hacer. Por desgracia, ya había tenido unas cuantas iniciativas que iban a resultar desafortunadas.

Así que ya no quedaba sino remediarlas con una nota y mandar flores; por lo que le aconsejé que despertase a Vilar.

En cuanto a mí, tuve un pensamiento afectuoso para el poeta, redacté un telegrama y mandé flores. Ahora solo me queda evitar leer los periódicos durante una temporada.

2) Me ha llamado Serge Reggiani. Le había dejado el trozo de traducción de la obra de Faulkner, que ha leído.[739] Está entusiasmado, no hay palabras lo bastante grandes para lo que le gustaría decir y cualquier comparación le parecía pobre. Por fin dio con ello: «¡Es la gran tragedia!», eso dijo.

Me confirmó más o menos un rumor que corre por París. Al parecer, Rouleau va a montar próximamente una obra en Les Mathurins. A Rouleau le interesa mucho Les Mathurins.

Hemos hablado de ello. Va a llamar a Rouleau «como quien no quiere la cosa», eso dijo; pero de todas formas te esperamos para saber más. Luego ya decidiremos.

3) He leído a Rimbaud. Primero me preocupé mucho: según iba

avanzando en esa lectura sagrada, me sentí cada vez más idiota. Nada me afectaba, nada me decía nada, no entendía nada.

Lo he releído, una y otra vez, y poco a poco he ido conociendo a un adolescente prodigio que me ha irritado mucho. Cierto es que ahora mismo tengo atravesada esa etapa de la vida que nos da seres humanos a medias y agresivos que se toman por dioses, que convierten un panadizo en un cáncer, un apretón de manos en una amistad suprema, una palabra benevolente en el paraíso, una bofetada en el infierno, y que reniegan de uno para siempre si tiene la desdicha de decir que solo se trata de un panadizo, de un saludo, de buen humor o de una bofetada. Eso es la juventud, por lo visto. Por desgracia solo la edad madura me ha parecido siempre interesante.

Y, además, pese al lenguaje recio y a unas imágenes soberbias —paso de largo sobre las palabras inventadas, que me sacan de mis casillas—, todo eso me parece vulgar. Una mente baja, sentimientos vulgares.

Sí, no entiendo nada. Tú sabes hasta qué punto puedo ser sorda y ciega. En este caso me siento, por encima de todo eso, paralizada.

Así que he comunicado mis impresiones a Pierre [Reynal], y él lo ha entendido. (Ha añadido incluso que era a mí a quien no entendía). Y se lo he mencionado por encima a Tsingos, y ella no lo ha entendido. Sea como fuere, no dejo de darme cuenta —pese a mi caparazón de animal irracional — de que no se puede leer a Rimbaud si no te gusta, que es imposible clamar por un dolor que cuesta imaginar con palabras que nos resultan ajenas y de caer en el virtuosismo o en el patetismo ante una herida que —no puede negarse— sangra en carne viva. Así que prefiero abstenerme dentro de la medida de lo posible y, como, por otra parte, me he dado cuenta de que mi participación en esa velada poética te contrariaba un poco, les he aconsejado que retomaran su primera idea, volviesen a pedirte la

presentación y me reservasen a mí para otro poeta a cuyo servicio es posible que pudiera estar más honradamente.

Así que esperamos tu regreso, pero no temas nada, tienes por supuesto total libertad para decir que no y ya nos apañaremos entonces para dar con dos o tres poemas en los que «mi presencia y mi voz» basten, sin que tenga que buscar acentos que tanto me costaría encontrar.

Estas son, hermoso príncipe mío, las principales noticias. Por lo demás, nada nuevo. He visto a Léone, a Spira,[740] [*Leichtig*], y he ido a recoger uno de los vestidos que estaban en marcha. Mañana tengo función de tarde y de noche y el sábado otra vez. Luego solo me queda el sábado por pasar entre las paredes de Chaillot.

Compro flores a manos llenas. Me arruino con pétalos, pero tengo el año más o menos asegurado y en lo de la casa bretona ya no pienso. ¡Nicole Seigneur[741] me ha enviado una carta en que llama dementes a los dueños, que piden un millón y medio de francos cuando se esperaba pagar como mucho seiscientos mil francos. ¡Así que a otra cosa, mariposa!

Es la una de la madrugada, amor mío, y me caigo de sueño. Todavía no te he hablado de mi amor y eso que… En fin, reservo el lirismo para la próxima vez; te quiero sobriamente por hoy; pero te beso locamente.

M.

648 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado 26 de febrero de 1955

Querido amor mío:

Esta nota, la última, para confirmarte que llego el martes.[742] Alegría

de verte, añoranza de Argelia, decisión y esperanza de trabajar, esos son los sentimientos que tengo.

Tus cartas, que he recibido muy seguidas, me han llenado de gratitud (aunque algo asustado por todos tus compromisos); lo esencial es que estés libre de toda preocupación hasta febrero. En lo de Rimbaud, aún no me apetece hacer nada. Tienes razón en muchas de las cosas que dices, por lo demás. Ya veremos cuando regrese.

He visto Orléansville y he vuelto bastante deprimido.[743] Los amigos del RUA me recibieron con muchas palmadas en la espalda y gritos del corazón. Estaba contento y voy a verlos jugar el domingo.

El lunes se lo dedicaré por completo a mi madre y el martes vuelo hacia ti. Vuelvo con todos mis defectos de argelino multiplicados por diez (¡prepárate!). Solo me cabe la esperanza de que consigan compensar los efectos desastrosos de las virtudes parisinas. Algo de angustia en el corazón también, ya te lo imaginas, ante este nuevo túnel. Pero te tendré cogida la mano en la oscuridad.

Hasta pronto, hasta enseguida, querida mía, deseada mía. Te quiero, con amor y con deseo.

A.

649 — María Casares a Albert Camus[744]

27 de abril [de 1955]

Querido amor mío:

He aquí que te ha correspondido estrenar mi precioso secreter, adornado ahora con dos lámparas nuevas. Sí; ayer salí para que me «pintase» en la

calle de Bonaparte una joven muy fea, bastante vulgar y no poco desagradable a quien no conocía hasta ahora sino de oídas. Fui a pie con la intención de comprar una lámpara, con veinte mil francos en el bolsillo, mis últimos recursos para el mes. Volví a casa tras dejar señales en muchas tiendas en las que me sorprendí encargando dos lámparas en vez de una, una araña exquisita con flores y hojas en rosa y verde, y una no menos exquisita estantería estilo Restauración de nogal claro, tan alta como yo sin tacones y con unas proporciones adorables. El total alcanzó un precio que corresponde casi exactamente a quince días del TNP. Me siento, por consiguiente, aliviada y encantada.

Esta noche espero al director de publicidad de los manantiales Perrier que tiene que traerme, además del «objeto», pedido, un recuerdo (¿?) y los respetos de la casa. Pienso aceptar los respetos donosamente y librarme cuanto antes del «objeto», pero espero con angustia y curiosidad el «recuerdo».

He querido leer a Sade, *Justine o las desgracias de la virtud*, y me he aburrido una barbaridad. Y eso que me gusta la monotonía, pero hasta ese punto y en semejantes condiciones puede conmigo y, cuando llega la página interesante, he dejado de existir. Así que lo abandoné por Nietzsche y creo que ya no lo voy a soltar. Si no temiera decirlo, afirmaría sin más que ahí me hallo en mi elemento.

Voy siguiéndote, pues, por los orígenes de la tragedia griega en ese país que te envidio de pronto; voy siguiéndote como puedo, pero está claro que te echo de menos. Me paso las horas de sol en elogios líricos de tu persona y, cuando hago balance, creo de verdad que perteneces a esa escasísima raza que da testimonio en la tierra de la perfección humana. Quizá se encuentran hombres que conservan un ala del ángel o un pie divino; se encuentran también seguramente seres sobrehumanos o inhumanos, dioses o demonios

que se disfrazan de hombres para tentar a los pobres mortales; pero hombres, un hombre que sea un hombre, con brazos, piernas, oídos-tacto-gusto-olfato-vista de hombre, corazón-mente-alma de hombre, conocimientos de hombre, fuerzas y deseos de hombre, fracasos y debilidades esencialmente masculinos, eso, cariño… quizá lo haya, pero la vida no me ha presentado personalmente sino a un ejemplar perfecto y me parece imposible encontrar otro antes de dejar este mundo que me es tan caro.

Y he ahí donde está en ti el monstruo: en el mismísimo centro de ese laberinto (no sé cómo se escribe)[745] complejo y soleado. Y ni hablar, para llegar a él, de contestar a preguntas insidiosas más o menos de moda, ni de esperar el milagro, ni de pedir socorro al milagro o a la magia, sino que hay que seguir alegre o trabajosamente el hilo de la vida cotidiana sin distraerse, sin hacer trampa, con ánimo y una paciencia divinamente humana.

Me río pensando en la cara que vas a poner al leer estas líneas. No te preocupes, amor mío, me apetecía parlotear contigo; eres la única persona con la que sé parlotear libremente.

Solo quería saludarte, decirte que te espero gozosamente, porque creo que Grecia[746] va a tener contigo muchas bondades, y desearte, según llegas, o casi, una estancia suntuosa. Quería también decirte que te quiero maravillosamente y que todo ocurre porque estás en todos los sitios a los que voy.

Habla bien, lee bien, paladea, toma todo cuanto puedas tomar; yo me encargo luego de exigirte tus magníficas dotes.

A Dios,[747] querido amor mío.

M.

650 — Albert Camus a María Casares

Jueves 28 de abril de 1955

Cuatro líneas, querido amor mío, para decirte que todo va bien. El viaje en avión fue muy tolerable. Y, desde que estoy aquí, hace bueno. Es decir, una luz clara y transparente cae continuamente sobre Atenas y el mar. No me siento decepcionado, ah, no. A decir verdad, me da la impresión de no haber dejado nunca estos lugares, de haber nacido aquí. Fueron ellos los que me dejaron.

Ayer di la primera conferencia. Hoy y mañana estoy en funciones. El sábado, el domingo y el lunes, el Peloponeso. El martes, Delfos, luego en camino hacia Salónica. A la vuelta, intentaré pasar por unas cuantas islas.

He cogido algo de frío y estoy un poco cansado. Pero estoy lleno de una honda alegría.

Me esperan en el vestíbulo. Sigue escribiendo; si escribes, a la embajada. Es más seguro. Todo mi corazón y todo mi amor te saludan.

A.

651 — María Casares a Albert Camus[748]

Último día de abril de 1955, sábado

Querido amor mío:

Recibí ayer tu notita. Era breve, pero reconfortante.

Sin embargo, no me dices nada de la acogida que tuvo tu primera

conferencia; he llegado a la conclusión de que transcurrió estupendamente.

Me hace muy feliz que te hayas vuelto a encontrar contigo mismo como ya suponía yo, pero que no se te olvide demasiado que, aunque hoy disfrutes del Peloponeso (¡curioso nombre, misterioso y familiar a la vez!), existe en un París tormentoso una dulce criatura que se amohína bajo el sol de Isla de Francia, sola, la mar de triste, indiferente ya a cualquier emoción apolínea y desprovista para siempre de la divina inspiración de Dioniso. Voy a rastras, ¡ah, miseria!, y tengo morriña de ti.

Y eso que todo el mundo parece querer combatir este fascinante estado letárgico. ¡Gillibert estuvo cuatro horas tratando de despertarme! Linon me estimula como puede. La Pinçon ha vuelto al ataque tirando de toda su fogosidad bordelesa. En los «prestigios del Théâtre» seguimos divirtiéndonos y la casa Perrier me ha enviado como recuerdo un pañuelo de cabeza, algo así como un sueño mitológico concebido en un momento de embriaguez en el que se mezclan con las eternas sirenas las no menos eternas botellas de Perrier. Resulta sobrecogedor.

A todos estos esplendores solo puedo oponerles unos párpados cerrados y el mismísimo Alain,[749] que vino a ensayar, tuvo que marcharse con el rabo entre las patas, sin sacarme la más mínima reacción.

Tengo la esperanza de estar incubando algo, porque me desesperaría si creyera que no saldrá nada de esta dejadez desconsoladora.

El tiempo está bochornoso, denso. Se masca la tormenta, que no acaba de estallar, y yo voy por ahí con la castidad de los impotentes. Si tuviera las inclinaciones de Vilar, convertiría este estado en una filosofía o en una ética nueva para uso del parisino progresista que lee a Mauriac. ¡Anda! Ahora que lo menciono, aquí está el muguet de Andrée Vilar que llega con una adorable notita-amuleto.

¡Ay!, cuánto me gustaría compartir tu honda alegría. Está ahí,

acechándome, como siempre, fiel, maravillosamente fiel; pero para conseguirlo tendría que vencer a este cielo lechoso, a este ambiente de cuarto de baño cuyo olor llena la nariz, los pulmones, el corazón. Habría que poder respirar cerca de ti el aire invisible que te rodea y cantar y reír juntos al amanecer de no sé qué primer día del mundo, tendidos en una playa virgen. ¡Ay!, sí, ahí está mi inseparable; helo aquí, ya muy cerca; viene a mí desde el Peloponeso según lo voy evocando a tu lado. ¡Helo aquí colmándome, radiante, cálida y transparente, límpida, conmovedora, frágil y cierta! Tengo ganas de…

Sí. Bueno, volvamos a la letargia; cuando vuelvas me dedicaré a esas adorables extravagancias.

Volvamos a la tierra y cerremos este grifo de cursiladas. Voy a dormir y a esperarte. A quererte también y a seguirte por el Peloponeso ese.

Intenta no demorarte demasiado en las islas, no vaya a ser que te encuentres con Calipso. No te olvides de Penélope, que teje y desteje sin cesar el hilo de los días que la separan de ti.

Adiós, Ulises.

M.

652 — Albert Camus a María Casares

Sábado 30 de abril de 1955

Querido amor mío:

Ayer di la tercera y última conferencia (en Atenas). Ya solo me queda la de Salónica (el jueves). Y aquí me tienes, mucho más libre, junto a ti. No es que no haya pensado en ti en todo este tiempo, ni mucho menos. Por lo

demás, si hubiera querido olvidarte, me habrían hecho recordarte. De hecho, en la primera conferencia una señora muy rara, que parecía muy emocionada, me preguntó si te veía. Pensé que podía contestar que sí. Me preguntó entonces si aceptaría llevarte algo que no pesaba. Un poco cortado, le dije que sí, y luego le pregunté si era una de tus amigas. No, no la conocías. Bueno. Ayer veo aparecer a la tal señora, que me dio una rosa, con la que subí al escenario, sin saber dónde ponerla, y una cajita, con un broche de plata, para ti. Le pregunté sus señas, para que pudieras darle las gracias. Pero no quiso dármelas. Solo me miraba, con una emoción muy evidente, y repetía: «Ah, Maria Casarès, Maria Casarès». Y luego ya anduve pillado.

Mis conferencias y las obligaciones que comportan no me han impedido visitar Atenas y sus alrededores y sus esplendores. Pero no voy a hacer de Chateaubriand y asesinarte a descripciones líricas. Sencillamente, llevo sin cesar en el corazón la luz de aquí, que no es la de otros sitios, que es más lozana, más blanca, más desnuda. Me duermo con el recuerdo de esa luz. Me despierto con ella. Una melancolía al mismo tiempo, la idea de que se ha alcanzado la perfección y que el mundo, desde la sonrisa de las Korai, no ha dejado de decaer. Pero rechazo también ese pensamiento, pues, en cierto modo, equivale a morir. Y hay que vivir, y crear. En cualquier caso, aquí disfruto de una paz dichosa en la que, una vez más, querría reunirme contigo. Pero tú vas de teatro en teatro y yo de país en país, y nos queremos como los trenes cuyos caminos coinciden en las estaciones. ¡Desgraciadamente! O, si no, ¡loada se nuestra vida, que nos conserva en un amor intacto y que me colma el corazón de una misteriosa felicidad cada vez que digo tu nombre!

Lo cual no quita, amor mío, para que debamos venir aquí, y a otros sitios, juntos. Lo haremos, seguro. Tan seguro como nuestro amor y mi fuerza para

amarte y admirarte. (¿Sabes que sonríes igual que las muchachas de la Acrópolis?). Hasta pronto, querido amor mío. Me voy mañana a Argos, Micenas, etc. Volveré el lunes por la noche. El martes voy a Delfos, el miércoles a Salónica. Luego, intentaré ver las islas y encontrarte allí.

Te beso castamente, amor mío (aquí la luz, los gestos, las colinas, el agua, todo es casto), y luego con algo menos de castidad, también en la luz.

A.

653 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[750]

POR AVIÓN

3 de mayo [de 1955]

Cariño:

Solo una notita para saludarte y besarte. He recibido tu carta con el tributo de la señora misteriosa, el soplo de aire griego y tu amor.

¡Ay!, que bueno sería saberte siempre feliz.

Yo trabajo. Veo a Alain de vez en cuando, espero una llamada inminente de Vilar, que está pasando tres días en París, hago algunas grabaciones de radio y me dispongo a revisar *El padre humillado* antes de que vuelvas para no tener demasiado trabajo entre el 15 y el 30 de mayo.

Tengo ganas de juerga contigo porque estoy como una rosa. Y me siento continuamente conducida hacia ti —¡oh, caminos misteriosos de la providencia!— cuando me acosa el celo generalizado y busco refugio en el calvero inaccesible. No sé qué les pasa —a todos y todas— en este

momento, pero sí sé que se me está haciendo insoportable; ¡estoy atiborrada de miradas lánguidas, de cambios de humor transparentes, de rebeliones inconfesadas, de deseos disfrazados, etc. ¡Qué lavativa!

¿Y tú y las atenienses? ¿Son como ánforas? ¿Estás en forma? ¿Piensas en mí?

Ven pronto. Tengo muchísima morriña. Gracias por la postal enviada a los Jiménez. Te quiero. Y ahora, a trabajar. El sol ha pasado por París; me pregunto si volverá algún día.

Te escribo al buen tuntún porque me da la impresión de que mis cartas no te llegan o que te llegarán demasiado tarde. Perdóname.

Te quiero. ¡Te anhelo…!

Hasta dentro de nada.

M.

654 — Albert Camus a María Casares

Salónica, 5 de mayo de 1955

Querido amor mío:

Llegué aquí ayer por la tarde, pero antes de irme de Atenas cogí tu buena carta, que me ha acompañado a Delfos y, luego, a Volos, entre otras ruinas, más nuevas, que causó un terremoto reciente.[751]

Siento mucho que París sea una bañera porque estaba disfrutando sin remordimientos de la luz que cae del cielo griego sin parar desde que llegué, pensando que tú te estabas tostando en la acrópolis de Vaugirard. Pero, aunque el tiempo no cambie aquí, sí cambia en París, y el cielo azul, lo sé, no anda lejos.

Sí, mis conferencias han ido bien. En la última había tanta gente que la colocaron aparte en las salas contiguas con un sistema de altavoces. Pero hay muchas personas inútiles entre esta clase de público. En cambio, me gusta mucho el pueblo griego y su simpática campechanía. En cuanto acabé con las conferencias, me fui de Atenas y he viajado en coche por carreteras espantosas. Corinto, Argos, Micenas, Epidauro (¡donde Vilar dijo que no se atrevía a actuar, que le daba miedo!), Esparta, Mistrá. Ayer, Delfos. Un cielo siempre luminoso y una tierra siempre cubierta por todas partes de flores, el olor de los naranjos en la llanura de Esparta, las amapolas, que aquí parecen eternas, todo me escancia algo así como una embriaguez invisible, la embriaguez de la luz. Quizá lo que más me ha llamado la atención ha sido Micenas: el palacio fortificado de los atridas, en un lugar salvaje y terrible, de una grandiosidad insufrible y, sin embargo, me atrevería de decir que mensurable.

Vuelvo mañana a Atenas, pero nos vamos por la tarde, en un velero pequeño de un particular, a las islas: Delos y Miconos. A la vuelta, iré a Olimpia y, luego, tomaré el barco o el avión del regreso, a finales de la semana que viene.

Me alegrará reunirme contigo, y solo contigo, que haces que lo soporte todo en París. Pero he hecho bien en venir, tenías razón. He encontrado valor y un poco de esperanza. Incluso sin esperanza, Grecia enseña a vivir. Este aire ingrávido, resplandeciente, que te bebes como un agua pura, estos amplios espacios que las montañas componen en el cielo, el mar siempre silencioso, me devuelven a lo que soy, me hacen avergonzarme de mis fallos y me sostienen, literalmente. Súmale a esto una castidad buena y viril (sin mérito, las atenienses son más bien piramidales) y el cansancio físico de estos paseos al aire libre y podemos decir, como Edipo, «todo está bien».

No, no todo está bien, pero tengo mis patrias, la luz y tú, que me ayudan a sobreponerme a lo que está mal.

Hasta pronto, cariño, te quiero y me hace feliz escribírtelo aquí, ante el mar. Me hará más feliz decírtelo pronto, cuando estés en mis brazos. Te beso, hermosa furia mía, luz mía, y empiezo ya a remar hacia ti.

A.

655 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

9 de mayo de 1955

Querido amor mío:

Me encuentro, al volver de las islas, tu notita decepcionada. No, no, no has desaparecido de mi universo. Es cierto que soy feliz aquí, pero soy feliz porque vivo más cerca del centro, y el centro es también el sitio en que estás tú. Acabo de pasar tres días navegando entre las islas del archipiélago. Todavía me tienen aturdido la luz, el mar y la libertad. Pues es una libertad ilimitada la que se disfrutaba en ese balandro pequeño en el que solo éramos cuatro, hendiendo un mar de un azul real, bajo un cielo espléndido, entre islas cubiertas de flores y de ruinas. Es indescriptible, pero el corazón del mundo para mí está aquí.

Me voy mañana por la mañana a Olimpia, de donde volveré el jueves. El viernes voy a ver otra isla. Y cogeré el avión el lunes 16. El martes, te estrecharé en mis brazos. Feliz, hondamente feliz de reunirme contigo, pero feliz sobre todo por llevarte una nueva felicidad, la alegría que he hallado aquí. Sí, el viaje, quiero decir Grecia, me ha trastornado. Y esta prolongada

luz de veinte días va a ayudarme, lo sé, a vivir. Deja de echarme de menos, ponte guapa y recíbeme, te quiero como siempre, pero en la luz ahora mismo, y con todo mi corazón. Hasta pronto, cariño. Te escribiré otra vez si puedo. Y pronto te querré de veras, pegado a ti. Beso tu boca, tu risa de vida, hasta mañana, amor mío.

A.

656 — María Casares a Albert Camus

11 de mayo de 1955

Querido amor mío:

Esta es la última nota que te mando, espero, de aquí a que vuelvas. Es una señal breve de esperanza y de liberación. Te he echado mucho de menos, más allá de cualquier pronóstico, quizá porque en la salud y en la inactividad, está claro que solo tú sabes despertar en mí los arrebatos entusiastas de la adolescencia.

Pese a todo lo he hecho lo mejor que he podido para llenar tu ausencia. He salido, he visto «a gente», he leído con un solo ojo, he escuchado a la primavera por un oído y he intentado en vano trabajar.

¡Así que ven y hazme vivir! ¡Ven pronto! Las ausencias son buenas, pero no hay que abusar.

Ven, mi amor querido.

Te espero con mucha impaciencia.

M. V.

657 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[752]

Viernes 13 de mayo [de 1955]

Unas líneas, amor mío, para confirmarte que me voy en el avión del 16. Así que te veré el martes 17 y entonces organizaremos nuestro tiempo. Llego de Olimpia. Me han cansado un poco estos largos recorridos por Grecia. Pero para quererte y querer la vida tengo el corazón de estos leones.

Hasta pronto, hasta enseguida. ¡Te estoy besando ya, luz mía!

A.

658 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

17 de mayo [de 1955]

Querido amor mío:

Tu presencia me parece abstracta y me cuesta imaginar que estás aquí. Esto te permitirá considerar la carencia que has abierto en mí durante tu ausencia.

Así que, querido amor mío: por supuesto, hoy estoy ocupada desde por la mañana hasta por la noche. Bautismo, imposible de anular, y doble ensayo. ¡Qué rabia!

Pero sí tengo un momento libre, la hora de la cena. Pienso volver a casa a eso de las seis y media, incluso a las seis, para volver a marcharme a eso de las ocho. ¿Puedes pasar por casa en ese rato?

Si no, déjame una nota e intenta arreglártelas para mañana durante el día

porque por la noche me debo, *en principio*, a *El Papa ultrajado*.

Estoy exultante, tus cartas me han iluminado y me rebosa la alegría cuando pienso que ya estás a mi lado; pero le tengo miedo, por otra parte, a esta vuelta por ti y me gustaría saber enseguida cómo te ha ido tu reintegración en el hogar. Cuéntame algo en tu cartita.

Te quiero y te espero con los brazos de par en par. Tengo ganas de… de verte… también. Te adoro.

Si no puedes venir esta noche, intenta llamarme entre las siete y las ocho.

Me revuelco encima de ti.

659 — Albert Camus a María Casares

Estoy un poco preocupado por ti y siento mucho amor sin emplear que me apetece enviarte en forma de ramo.

A.

3 de junio de 1955

660 — María Casares a Albert Camus[753]

18 de junio [de 1955]

Querido amor mío:

Son las doce de la mañana. Estoy en Estrasburgo, en una habitación encantadora del hotel des Vosges. Llueve.

He estado durmiendo como un tronco nueve horas después de una

recepcioncita que nos tenían reservada cuando llegamos y que se alargó hasta las dos de la madrugada. Menos mal que, a fin de cuentas, me gustan esta tierra y su gente, porque si me hubieran dado esta encantadora sorpresa en Bélgica o en Suiza, me parece que la cosa se habría avinagrado.

Al despertarme esta mañana llamé a Ángeles; la había dejado jadeante y destrozada. Diré, como Juan: «Menos mal que no tiene más que un juanete. ¡Qué sería si fuera un juanón!». Naturalmente, el que firma en Juan.

Hoy ensayamos de diez a seis y de ocho a doce de la noche. Me tiene un poco asustada la forma en que me espera la gente de aquí; definitivamente Argelia y Alsacia se han reunido en ti, para librarse en ti del gusto que tienen por mí.

No me quejo. ¡Ah, no!, no me quejo. Me satisfacen mucho los hermosos ojos de mirada clara y los andares africanos con que estoy pertrechada. Solo que me gustaría mucho disfrutar de ello en paz, me muero por volcarme del todo hacia ti en un momento concreto en que tú, libre, estuvieras de pronto ante mí; a lo mejor se me concede en agosto. ¡Así sea!

Hasta mañana, querido amor mío. Te beso mucho rato.

M. V.

661 — Albert Camus a María Casares[754]

20 de junio de 1955

OPERACIÓN VICTORIA ANGÈLE VUELVE A ARRANCAR CON BUEN PIE CARIÑOS ALBERT

662 — Albert Camus a María Casares[755]

20 de junio de 1955

CONTIGO EN LA CIUDAD CARIÑOS ALBERT

663 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[756]

21 de junio de 1955

TODO VA BIEN ESTOY CON VOSOTROS ESTA NOCHE EN ESE MALENTENDIDO CARIÑOS MARIA

664 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[757]

2 de julio de 1955

ESTARÉ ESTA NOCHE MONTROC FELIZ MARSELLA CARIÑOS ALBERT

665 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Montroc
Sábado 2 de julio [de 1955], *9 de la noche*

Querido amor mío:

He llegado aquí hace dos horas. Los últimos días de París han sido

agotadores, la buena cara que tenía en Grecia quedaba lejos. Salí esta mañana a las seis y después de un día de viaje en el que Penélope[758] ha aprobado brillantemente sus pruebas iniciales, he llegado aquí, al fondo del valle de Chamonix, a un pueblecito rústico que parece el fin del mundo y donde, pasmado, veo una docena de gigantes nevados que me dominan y me aplastan. Por supuesto son el Mont Blanc, la Aguja del Mediodía, etc., pero la verdad es que me parecen muy altos.

En fin, hay agua, prados, un aire liviano y fresco y el silencio del cielo. Me alegro de haber salido de la vida congestionada y estéril de París. Tengo la esperanza de trabajar.

Y nada más. Quería acudir a tu lado desde la primera noche. Mañana o el lunes te escribiré de verdad. Está visto que no me encuentro a gusto lejos de ti. Los amores de los viajeros perpetuos son patéticos, pero me apetece un poco de felicidad sencilla contigo. En fin, se queda para el mes de agosto. Pero julio se hará largo a la sombra de mis guardaespaldas helados. Te beso, querida mía, con todo mi corazón, privado de ti y rebosante de ti.

A.

Domingo, 8 de la mañana. Llueve. *Esos* siguen ahí. Te quiero.

666 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 5 de julio de 1955

Querido amor mío:

Quería escribirte ayer y luego llamaron de *L'Express* para que les mandase mi primer artículo sobre Argelia para el número de esta semana.

[759] He trabajado noche y día para conseguirlo y, ya puestos, he escrito incluso otro más. ¿Qué otra cosa iba a hacer, por otra parte? Lleva tres días lloviendo, estoy aterido, respiro agua. Mis niños refunfuñan y yo masco mi neurastenia. Al menos, ya que he terminado los artículos, tengo la esperanza de poder trabajar para mí.

Por lo demás, la bruma y la lluvia poseen una ventaja: ya no veo los gigantes de hielo bajo los que estoy. Pero ahí siguen, lo sé muy bien. Tengo una habitación incómoda, pero una mesa grande donde puedo trabajar. Lo peor es el comedor saturado del hotel y sus pobladores, poco agraciados y tenderescos. Nada de bellezas, aquí la belleza muere. Me digo que está en Marsella, aunque escriba poco, y que con ella me espera la vida de verdad.

Menos mal que voy recuperando poco a poco a mis hijos, que se me habían escapado, sobre todo a Catherine, con su corazón generoso. Pero Jean se va acostumbrando poco a poco a mí.

¿Cómo se toman *Macbeth* los marselleses? Estoy deseando leerte, a falta de poder besarte. Hace un tiempo tan húmedo y tan frío, por lo demás, que se me ha olvidado que tengo cuerpo. Rézale a Dios que trabaje, más y mucho, es mi única salida mientras espero a que llegue el mes de agosto.

Porque espero el sol y el mar, y mi playa morena, donde tenderme por fin. ¡Qué difícil me resulta desacostumbrarme de ti, incluso por pocas semanas! Escribe, háblame de tu trabajo y dime que me echas en falta. Hasta pronto, verano querido y lejano. Te quiero bajo la lluvia con obstinación, y espero el glorioso agosto.

A.

8 de julio [de 1955]

Querido amor mío:

Recibí ayer, después de haber echado la mía, tu carta-cangrejo. Era un estupendo río de calidez y de alegría en este valle lluvioso y helado. Ayer, intentando trabajar en mi cuarto, me castañeteaban los dientes de tanto frío como hacía. En los cinco días que llevo aquí, solo ha hecho bueno uno. Hemos dado dos paseos largos por la montaña y no era desagradable pasarse dos horas trepando, sentir por fin el cuerpo, su aliento recalcitrante también, encontrarse luego a dos mil metros, en elevados pastos, rodeados de grandes cumbres con sus nieves perpetuas. Estos paisajes azules y blancos, el aire liviano y metálico, los miles de flores, gencianas, rododendros, anémonas, todo eso se parece a la vida, a uno de sus aspectos al menos. Pero las nubes llegan enseguida, volvemos a bajar al valle encajonado. Y otra vez el hotel estrecho, el comedor a rebosar, la belleza desconsolada. Sigo sin conseguir entender esta locura europea que, con fecha fija, expulsa a sus ciudadanos de sus cómodos pisos, los amontona con un margen de centímetros cuadrados en hoteles cuestionables, donde duermen mal, comen demasiado y mediocremente y está claro que se aburren una barbaridad. Pues, en lo que a mí se refiere, al menos uso esas semanas como una prueba de paciencia, de entrada, y como ocasión para trabajar, a continuación. Pero me doy perfectamente cuenta de que ellos están aquí para pasar unas alegres vacaciones.

También se me ha ocurrido otra idea mirando a los veraneantes del valle. Y es que la montaña es el punto de encuentro de los virtuosos (y de los feos, lo que viene a ser lo mismo); y el mar, en cambio, el lugar de veraneo de aquellos cuyo apetito de vivir va en contra de su virtud, en el supuesto de que la tengan. Conclusión: iremos en agosto al mar.

La verdad es que echo de menos la luz, la luz eterna, divina, el alimento del corazón y del cuerpo, mi pan liviano del que ya no puedo prescindir. Ya soy demasiado viejo para perder así veranos de luz, demasiado joven también para resignarme a ello. Y no volveré a estas comarcas de brumas.

Bueno. Ya te he aburrido demasiado con mis quejas. Tú en cambio me hablas de sol y de deseo.

Por desgracia, estoy lejos y practico la virtud a mil trescientos metros de altura y con seis grados de frío. Amor mío, todo cuanto nos separa es tan simple como estas nubes que suben y bajan por el valle sin parar. Y lo que nos une a la verdad del sol, de la tierra ingrávida, de la carne grávida. Pero poco a poco nos hemos ido acercando cada vez más uno a otro, vamos cogidos de la mano, no nos separaremos nunca. Había soñado con una vida más sencilla y más recta. En ese aspecto, a mí debo reprochármelo, es un fracaso. Pero nunca había soñado que mi vida pudiera colmarla un ser como la colmas tú. Por eso me hace feliz vivir, me gusta mi suerte, reboso gratitud. Espero este mes de agosto con paciencia para que las cosas ocupen por fin su auténtico lugar, su orden. Mi única angustia está hoy en mi trabajo, porque tengo hondas dudas y el temor de la impotencia. Pero me parece que poco a poco voy volviendo a encontrar el camino de un trabajo más libre y más eficaz.

Escríbeme si el pueblo y la nación te dejan tiempo para ello. Escríbeme entonces cartas largas para recuperarte un poco, antes de recuperarte del todo. Confirma también el Festival de Venecia para que yo pueda ajustar cómo reparto el tiempo. Y espérame, oh ciudad, para que te tome por asalto como uno que, llegando de las montañas negras, camina hacia la luz y la ciudad púrpura, llena de caza y de vajilla de oro, y dice, apretando los puños, que no dará cuartel. Te dejo tras este versículo claudeliano, pero es a mi manera como te quiero, con la pasión que pides cuando el TNP no te

anestesia con cloroformo. Hasta pronto, cariño, ten cuidado con lo que zampas, con tu sueño, con tu salud. Ya llegan el descanso y la entrega. Es un pensamiento capaz de descongelar el Mont Blanc. Te beso muy personalmente.

A.

668 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

11 de julio [de 1955], *lunes*

Querido amor mío:

Me ha alegrado recibir hoy tu carta del viernes en Marsella. No contaba demasiado con ella por saber que hasta el estreno de Aviñón ibas a estar saturada y carente de todo momento libre interior. Y, sin embargo, te echaba de menos y sentía cierta preocupación por ti.

La estancia, aquí, sigue transcurriendo entre lluvia o neblina. Desde que llegué he contado dos días francamente buenos. Así que he cambiado mis disposiciones y vivimos con los Rist en un chalet encantador, en el puerto, más arriba de Montroc, en el que ocupamos una planta cada familia. Sigo comiendo en el hotel (así que las mismas señas y el mismo teléfono), pero paso el día en un delicioso cuartito, todo de madera, donde reina un completo silencio en el que solo oficia el ruido del torrente. Diviso a mis gigantes desde muy lejos y puedo admirarlos con mayor libertad. Los niños se pasan el día jugando en la montaña, llueva o truene, reciamente equipados y calzados. Así que puedo trabajar.

Porque trabajo mucho y de verdad. He terminado hoy el relato que había dejado de lado hace año y medio, al que había vuelto en vano, esta

temporada, dos o tres veces, y cuya primera versión he terminado holgadamente esta noche.[760] Era como si por fin pudiera burlar un mal de ojo. No sé si seguiré así, pero creo que sí y, en cualquier caso, me ha vuelto la confianza. Si he de ser sincero, he estado paseando durante estos meses una angustia tan constante en lo referido a mi fuerza de trabajo que ha bastado con este primer éxito después de tantos meses para que, tras escribir la última palabra, me echase a llorar como un niño de pecho.

Bueno. Ya solo me queda seguir adelante y volver a conseguirlo. Toco madera. Aparte de esto, estoy bien de salud y la montaña me sienta bien en la medida en que me aburre. Pero trabajaré y estaré igual de bien a tu lado, en un puerto italiano. Por cierto, pide, por si acaso, que me reserven habitación en el hotel de Venencia si puedes, pero ¡recomienda discreción! Intenta también que te den liras italianas. Por lo último que he sabido, tendré bastantes, pero algo justas. Si no puedes, no te preocupes, ya nos las apañaremos.

No pierdas los nervios y no te cojas enfados inútiles. Ya me lo contarás y nos reiremos juntos. Intenta decirme, al menos en una nota, las fechas de *La ciudad* y de *María*[761] (los estrenos, claro) en Aviñón, e incluso, si puedes, el calendario completo. Si estás demasiado cansada para escribir antes de *María*, pide que me manden alguno de los abundantes folletos del TNP. Me he armado de paciencia hasta el 31 de julio. A partir de ese momento ya no hay que contar conmigo y dejaré que ruja mi hambre de ti.

Valor, cariño. *María* es difícil, pero es un número de alta escuela que te demostrará a ti misma la maestría que ahora posees. ¡Ay!, ¡qué vida tan rica y tan fecunda podríamos tener! Pero somos ya unos multimillonarios a quienes el cielo bendice incluso en sus desdichas y sus equivocaciones. Sí, vuelvo a sentir mi estrella, pero apenas me atrevo a decirlo. Al menos te estrecho contra mí, mi auténtico cielo, mi vida querida.

A.

669 — Albert Camus a María Casares

14 de julio de 1955

Querido amor mío:

Acabo de recibir tu carta de Aviñón y te escribo unas breves líneas para decirte que deberías haberte encontrado al llegar con una larga carta que te escribí para que te estuviera esperando (tus señas son Le Vieux Moulin, Villeneuve-lès-Avignon, ¿no?). También te escribí otra carta ayer que deberías haber recibido.

Como te quejas de mi silencio, estoy preocupado por la suerte de esas cartas, sobre todo de la primera, que no me gustaría que leyese cualquiera. Dime al menos una palabra que me tranquilice.

La familia a la casa[762] es una faena. Pero hay que tomar las cosas como vienen y solo podías hacer lo que has hecho. Intentaremos arreglarnos. Intenta al menos evitar el SS.

Sigo trabajando y sigue lloviendo. Por lo demás, las dos cosas tienen que ver entre sí.

Pero poder trabajar de nuevo me consuela de todo. Sin embargo, la luz de Italia, su promesa al menos, me ayuda a soportar esta lluvia y este cielo gris. Sí, pronto la tormenta, pero la de la tierra donde reinas tú.

A.

670 — Albert Camus a María Casares[763]

[Julio de 1955]

Para mi María, única reina.

671 — Albert Camus a María Casares[764]

[16 de julio de 1955]

CONTIGO TIERNAMENTE SIN SABER EL DÍA PERO FIELMENTE ALBERT

672 — Albert Camus a María Casares

Domingo 17 [de julio de 1955]

Querido amor mío:

Me he alegrado mucho hace un rato al leer en *France Soir* la noticia de tu estupendo éxito.[765] Estaba seguro de mi María, pero menos seguro del arte popular y nacional. Qué alivio y qué felicidad saber que lo has transfigurado todo.

Necesitaba esta buena noticia porque hoy estoy cansado y me pesa más tu ausencia y la imposibilidad que tienes de escribirme. Espero que ahora puedas hacerlo y que vuelva a sentir tu calidez y tu presencia. Aunque lleve dos días con buen tiempo, aunque he seguido trabajando, las jornadas son largas y cada vez noto más mi soledad. Tengo a mis niños, a quienes quiero,

pero necesito tener a mi igual y a mi reina para existir un poco y vivir por fin.

Por lo último que he sabido, creo que podré estar el 29 en Aviñón y llevarte luego a Venecia. ¿Te viene bien o hay alguna objeción? Dímelo enseguida porque tengo que tomar disposiciones. Dame también el calendario de los últimos días de julio. Si pudiera verte haciendo de María sería maravilloso.

En cualquier caso, se va acercando despacio el final del mes y pronto estaremos reunidos, y pronto solos bajo el cielo italiano. Aún no me atrevo a creérmelo y sin embargo…

¿No me has olvidado durante estos días tan desmelenados? ¿Todavía me quieres? Estoy en esa frontera en que ya no te imagino, en que no siento en mí sino una ausencia dolorosa. Una palabra, pronto, unas frases, que me devuelvan el sonido de tu voz, tu rostro… te quiero y te espero, despiértate y ven por fin. Hasta pronto, amor mío, Provenza mía, no dejo de ansiarte.

A.

Me he retrasado en telegrafiarte. Pero aquí hay que hacer kilómetros para conseguir un periódico y, por lo demás. no he encontrado las fechas de las representaciones en ninguno. Sí, la verdad es que estoy demasiado separado de ti y tengo puestas grandes esperanzas en una carta mañana. Contesta sin demora a esta, si puedes. ¿Algo nuevo de la *familia*?[766] ¿Y has recibido la carta que temía que se hubiera perdido?

673 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

22 de julio [de 1955]

Querido amor mío:

Llevo en la cama dos días con una buena gripe. Ayer recibí tu notita, que me ha preocupado por lo que cuentas sobre tu cansancio, por la incertidumbre que dejas que se cierna sobre nuestros planes, por culpa de tu familia y también porque te he sentido muy lejana. ¿O será la fiebre?

Sea como fuere, siempre podremos decidir en el último momento lo que vayamos a hacer. Lo esencial es estar contigo, aquí o en otra parte, da lo mismo. Así que, salvo en caso de contraorden, estaré en Aviñón el 29 y podrás decirme en qué punto estamos. No me escribas más en cuanto recibas esta carta. Te llamaré. Disculpa esta nota garabateada, pero todavía anda por aquí la fiebre (me prometen que estaré restablecido el domingo). El único fastidio es que el estupendo impulso de mi trabajo se ha quedado parado. Además, estar enfermo aquí y depender de personas a las que no conozco me agobia. Pero la semana que viene tiene dos nombres: libertad y vida.

A.

674 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes [25 de julio de 1955]

Acabo de llamarte y se me ha olvidado decirte que a lo mejor recibes, a tu nombre, mi pasaporte y dos o tres cheques en liras italianas. Que no te extrañe: guárdalo y ya me lo darás todo.

Estoy deseando que llegue el viernes. Pero de aquí a entonces tengo que salir el miércoles para ir a Divonne y luego llevar a todo el mundo a Annecy para poder quedar libre por fin. Me noto más bien cansado. Tenía la

esperanza de llevarte un animal resplandeciente de salud y satisfechísimo de su trabajo. Ya no es el caso, porque la enfermedad me ha cortado el impulso. Pero, en fin, he trabajado mucho, seguiré haciéndolo a tu lado, y, en cuanto a la salud, nos la restableceremos juntos.

Hasta pronto, amor mío. Va a ser una cura de felicidad, de vida y de verdad. He maldecido esta larga separación más que de costumbre, pero voy a reunirme contigo el viernes, y en mi [patria]. Te beso. Empiezo a besarte.[767]

A.

1956

675 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[768]

20 de enero de 1956

CONTIGO ESTA NOCHE ESCRIBIRÉ LUNES CARIÑOS CAMUS

676 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Sábado 21 [de enero de 1956]

Querido amor mío:

Unas líneas para ponerte al tanto de los últimos acontecimientos: mañana te escribiré una carta más larga cuando haya recuperado por fin la cabeza.

El triunfo del amor creo que supuso ayer un auténtico triunfo, así, a secas, para el TNP, para Vilar, para todos nosotros. La acogida fue de las más efusivas y las dos críticas que leí ayer parecen confirmar el éxito que tenía a todo el mundo ayer entusiasmado en Chaillot.

Personalmente no puedo decirte nada. Desde que te fuiste,[769] me he pasado el tiempo reuniendo todas mis fuerzas, mi energía y mi voluntad en torno a un punto fijo: Foción; tanto más cuanto que la víspera del preestreno había vuelto a hablar un poco en español, me había quedado en blanco con lagunas como abismos y me habían dado ataques de tos (¡en escena!).

Así que ayer dediqué todo el día a querer rematar esta aventura que iba

teniendo apariencia de impracticable y creo que lo he conseguido. En efecto, nunca he estado tan tranquila, tan relajada, tan armoniosa; la voz, ronca desde hacía cuarenta y ocho horas, se me aclaró milagrosamente media hora antes de salir a escena y pude jugar con ella cuanto quise; y la memoria no me falló ni por un momento. Creo incluso que inventé matices nuevos y, aunque creo que puedo interpretar mejor al personaje más adelante, no me esperaba hacer este día lo que hice.

Al final, entre bastidores, había un hormiguero de gente y me daban muchos besos.

Por desgracia, el esfuerzo sobrehumano que había hecho para relajarme me había dejado sin fuerzas para participar en todos los festejos. Apenas hube dicho la última frase de mi texto, una antigua y honda tristeza se adueñó de mí en el acto.

Pero, sobre todo, no te preocupes, hoy ya está olvidada; no era más que esa sensación que se nota al final de un esfuerzo cuyo auténtico valor reside en el propio esfuerzo. Me notaba vacía, un poco sola y ya me volvía con avidez hacia las rosas que me confirmaban amorosamente que estabas lejos de mí.

Volví a casa, Ángeles acudió a recogerme y me metí en la cama para volver en mí.

Ahora voy a esperarte, a pensar en mi persona para ti y a volverme seductora en la vida, puesto que al parecer en escena lo soy.

Escríbeme corriendo. No te oculto que me tienes preocupada y estoy deseando verte regresar. Ojalá la conferencia o mitin o reunión se hubiera acabado y me gustaría mucho que me mandases un telegrama en cuanto pudieras.

Te quiero, querido amor mío, muy maravillosamente. No deja de resultar extraordinario pensar que lo que me apega a ti no para de crecer y de

depurarse sin perder nada, sin embargo, de lo que nos une a las alegrías terrenales. Sí, creo que por este amor se me perdonará todo.

Vela por ti. Te quiero. Te espero. Te beso locamente.

M. V.

677 — Albert Camus a María Casares[770]

[23 de enero de 1956]

TODO VA BIEN CARTA SIGUE CARIÑOS ALBERT

678 — Albert Camus a María Casares

Lunes [23 de enero de 1956]

Querido amor mío:

Me alegro mucho, muchísimo, de que el viernes fuera un éxito. Me lo esperaba, claro, pero siempre tiene uno miedo. Aquí, salvo algunos incidentes, lo mío ha ido bien también. Ya te lo contaré con detalle. Pero solo te escribo estas palabras (porque estoy saturado y, además, hay que decirlo, cansado) para anunciarte que estaré en París *el miércoles o el jueves* como muy tarde. (1).

No me escribas. Te llamaré cuando llegue.

Yo tampoco dejo de quererte, cada día mejor. Y en toda la desdicha de aquí te tenía conmigo. Te beso con todo mi amor

A. (1) Todavía no tengo confirmado el billete.

679 — Albert Camus a María Casares

9 de la mañana [24 de marzo de 1956]

Querido amor mío:

He hablado esta mañana por teléfono con la joven Sellers (simpática). Tiene una propuesta que, lógicamente, siente la tentación de dejar correr. Pero debería saber por encima algo del papel.[771]

Dale a Patricia[772] el ejemplar en inglés de *Requiem for a nun*, ya que la niña algerorrusa sabe inglés.

Me voy,[773] atontado y melancólico, con el amor de mi auténtica Temple en el corazón. Hasta pronto. Te beso muy fuerte.

AC

680 — María Casares a Albert Camus

25 de marzo [de 1956]

Querido amor mío:

Tengo una urgente necesidad de dormir mucho rato; así que no te extrañe si esta notita bosteza por acá o por allá. Te fuiste ayer por la mañana y esa misma tarde Ángeles se puso mala. Literalmente se retorcía en la cama con las arremetidas de unos espantosos dolores de vientre. Una intoxicación por no sé qué que compartí con ella, pero con otra forma, un profundo sueño.

Hoy sigue en la cama, a dieta, rodeada de medicamentos, febril y completamente concentrada en su dolencia. Yo he trabajado en la función de tarde de *El triunfo* y me estoy preparando ahora para meterme briosamente con *Tudor*. He conseguido convocar todas mis fuerzas para llevar a buena marcha a Foción, pero la gruesa capa de sueño que me tiene invadido desde ayer el entendimiento todavía no se ha disipado.

He visto dos veces a Patricia; vino ayer a buscar el Faulkner y hoy ha asistido al espectáculo. Me ha traído un huevo de Pascua y nos hemos dado muchos besos. Tengo que ir a darle una foto mía y a despedirme de ella antes de marcharme a Inglaterra; esperaré a que vuelvas para quedar.

Y tú, apuesto patriarca, ¿cómo te encuentras por esas tierras? ¿Estáis ya todos? ¿Has recobrado jubilosamente tus raíces? No sé por qué me siento feliz por saberte entre los tuyos —mayores y pequeños— y una antigua nostalgia personal que nunca me abandona halla dulzura al saber que tú al menos conservas una de esas alegrías que son las más hermosas, las más serenas, las más hondas de esta vida. Digamos que recupero la sensación de «plenitud familiar» por tu mediación. Esa plenitud donde se oculta uno de los orgullos más sabrosos.

Pero ya te estoy echando de menos; incluso en mi estado letárgico. ¡Ay!, ¡cuánto te quiero, maldita sea!

Así que a dormir; sí, dormir, y luego a estar lo más ocupada posible mientras te espero.

Tú, cuídate mucho; espero que se hayan acabado tus problemas de salud. Así que disfruta de la Provenza para ponerte como nuevo.

Escríbeme unas líneas también. Quiéreme.

Soy dulce y buena, tonta no, fea no; tengo encantos y ahora soy modesta. Qué más quieres.

En cuanto a ti, resulta necesario dejarse guiar por una estrella para

encontrarte… y conservarte.

Adiós, apuesto príncipe, mi señor.

M. V.

681 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes 26 de marzo [de 1956], *10 de la noche*

Querido amor mío:

Te escribo antes de acostarme, literalmente rendido. El sábado y el domingo conduje bajo una lluvia incesante y, al llegar, ayer por la tarde, bastante cansado ya, me encontré con la agradable sorpresa de una casa inundada, sin luz ni agua, helada como para morirse. Ha habido que encender el fuego, movilizar a unos obreros, poner la casa en marcha, dar de cenar a los niños improvisando lumbres, meterlos en la cama y prever la llegada de mi hermano al día siguiente, es decir, hoy. Esta mañana, de hecho, más obras, muebles que mover, salida para encontrar una asistenta, incursión a Aviñón para ir a buscar a mi hermano, otra salida para hacer la compra, más obras, etc. Y mientras tanto había que dar de comer a los niños, vigilarlos, entretenerlos, etc. Esta noche estoy molido.

Menos mal que esta mañana ha dejado de llover. Y hace un rato, antes de subir a acostarme, he andado un poco por el jardín con una luna maravillosa y un cielo cuajado de estrellas como puños. Los grandes abedules y los plátanos del paseo tienen las ramas desnudas, sin más carga que la de esas estrellas. En un instante agarré la paz por un ala. Y pensé en ti con mucha dulzura en el corazón. Esta nota era para decírtelo.

Mañana voy a buscar a mi madre a Marignane y tengo la esperanza de

que todo esté aquí en orden. Luego intentaré trabajar un poco. Dime si Patricia ha ido a buscar el *Requiem*. Voy a darle el remate aquí (al *Requiem*, no a Patricia), al menos ese es el proyecto que tengo. Pero me noto atontado y más o menos febril. Echo de menos mi torre de Montmorency[774] y mi diligente tranquilidad. Pensar también que durante una temporada larga no voy a verte sino de forma fugaz me agobia un poco. Pero te quiero con un corazón bueno y grande, querría vivir contigo, esa es la verdad, en vez de andar vagando de acá para allá para intentar, en vano por lo demás, contentar a las personas a quienes, sin embargo, quiero. Pero son pensamientos de cansancio. Solo el corazón está vivo, y para ti. Te beso al estilo hispanoantillano. Escribe.

AC 682 — Albert Camus a María Casares

Miércoles 28 de marzo de 1956

Querido amor mío:

Gracias por tu carta. Aquí ya está todo en orden ahora (o casi). La familia está al completo. Temo que el tiempo, que sigue siendo malo, desanime un poco a mi pobre madre. Pero no parece que sea así. Tengo a mi tío ocupado en tareas manuales. En cuanto al hermano y la cuñada. ya se buscan ellos ocupaciones. Los niños están encantados, andan en bici por este extenso campo y aguantan como unos chicarrones el frío. He empezado a trabajar y le estoy dando una buena vuelta a ese *Requiem* tan raro. La joven Sellers, que debía darme una respuesta después de leer el texto inglés, me ha telegrafiado: «Acepto con mucha alegría». Pero sigo temiendo que el papel no sea un poco pesado para sus frágiles hombros y estoy suprimiendo

algunas «locuras» que solo tenían sentido contigo. Lo cual me aumenta la melancolía del momento y este cansancio que me da ya esta vida estúpida en que me he metido. Pero, en cualquier caso, prefiero a C[atherine] S[ellers] que el estilo M[adeleine] Robinson. Me da la impresión de que podría ayudarla y que puede hacer una interpretación en plan «ahogada» de forma conmovedora.

Francine, que va a pasar unos días con su familia en Drôme, a ciento cincuenta kilómetros de aquí, volverá a finales de la semana que viene para ver a mi madre y regresar con nosotros. Es, al menos, algo muy probable. Así que para evitar choques (sigue la idiotez) no me escribas después del lunes, o del martes, como mucho. Te tendré informada, por supuesto.

Otra vez está el tiempo gris y el viento sopla con fuerza. Pero es el viento del sur, mensajero de lluvia. Estoy esperando mi hermoso y rudo mistral, tras el que viene el sol. La verdad es que estoy deseando volver y lo único que me tiene rabioso es esta retahíla de desplazamientos que va a separarnos más. Pero ahí estás, pese a todo, y le doy las gracias a la estrella de Jonas. Hasta pronto, reina mía, mistralito mío, contigo mi ternura y mi amor. Y te beso con el corazón agradecido.

AC

Este es el título de mi libro: *El grito*,[775] relato.

Saldrá a finales de abril. Será la época de los chaparrones. Te vuelvo a besar.

683 — María Casares a Albert Camus

29 de marzo [de 1956]

Querido amor mío:

Pensaba escribirte una carta larga esta noche, pero ha venido Maryse a verme y se acaba de ir; son las once.

Estoy agotada y prefiero dejar la carta para mañana. Recibí la tuya; me he reído mucho. Espero, sin embargo, que se hayan acabado todas tus contrariedades, que la inundación haya parado, que tu hermano, tu madre y tu tío hayan llegado sin inconvenientes y que puedas ya disponerte a descansar y a trabajar. Un poco de sol y será el paraíso; al menos eso deseo.

Te quiero y me hace feliz que me eches de menos un poco. Hoy he entendido por qué no soy celosa; es que tengo completa fe en la calidad del amor que has sabido inspirarme. Difícil encontrar algo así en otra parte. Te beso «con lengua».

M. V.

Besos de Ángeles.

684 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

31 de marzo [de 1956]

Querido amor mío:

¡Qué tiempos! ¡Qué semanas, qué trabajo, qué vida! Está visto que no puedo soportar como es debido tu ausencia más que en la paz, en el ocio, en cierta soledad o, si no, en la fiebre del trabajo de verdad. Pero cuando me pasa como ahora que estoy lejos de ti, con la mente desocupada y obligada, sin embargo, a organizar, a tomar decisiones, a prever, ya estoy completamente perdida, condenada a un doble destierro Desde que te fuiste, la calle de Vaugirard me recuerda a Numancia, hambrienta y asediada. Y si

aún no he tomado decisiones heroicas, sino desastrosas, es que decididamente no pertenezco ya en absoluto a esa raza joven y loca que fue siempre la mía; no sé si debo alegrarme o lamentarlo, pero hay que aceptar que soy una adulta y ya no sé quemar nada solo por quemarlo,

En fin, he llegado a una perspectiva clara de lo que tengo por hacer que me lleva lejos, mucho más allá de lo que veo. He aceptado la gira por Rusia por falta de voluntad, lo que añade dos semanas de ausencia al tiempo previsto para el viaje a Finlandia. Pero, como no podía aceptar la idea de irme de París alrededor del 10 de septiembre para no volver hasta alrededor del 30 de octubre y volver a marcharme el 15 de noviembre con Franck y Herbert, he hecho que retrasasen la gira y he decidido darle al TNP los meses de noviembre y de diciembre, en vez de febrero y marzo de 1957. Así me quedaré en París casi tres meses entre los dos viajes largos.

Pero vayamos por orden:

1) Londres — del 16 de abril al 6 de mayo.

2) Burdeos — cinco días en el mes de mayo, alrededor del 20.

3) Holanda — del 16 al 23 de junio.

4) Marsella — los siete primeros días de julio.

5) Aviñón — del 21 al 27 de julio.

(Entretanto, estoy libre hasta las vacaciones).

6) Rusia, Finlandia y Dinamarca. Salida alrededor del 10 de septiembre. Vuelta alrededor del 20 de octubre.

7) Temporada Chaillot del 1 de noviembre al 31 de diciembre. Acaba el contrato con el TNP.

8) Gira Franck-Herbert con *María Tudor*. Salida entre el 20 y el 25 de enero. Regreso a principios de abril.

Trayecto: Suiza, Bélgica y toda Francia.

Luego, descanso hasta Aviñón, donde debutará el nuevo montaje (*Fedra*).

Otro descanso hasta el 1 de noviembre.

Nuevo contrato con el TNP. Montaje de *Fedra* en París.

Este es el resultado de estas semanas de total locura.

Añado un aumento de suelto en el TNP; el mínimo sube de ciento ochenta mil a doscientos cincuenta mil al mes; y Franck me propone sesenta mil francos por función y buena parte de ellos no hay que declararla.

Te ahorro lo demás, mis luchas, mis sorpresas, mis soliviantos, mis reflexiones, mis sesiones de diplomacia, mi estrella y mi destino. Me conoces lo suficiente para adivinarlo.

Martes 2 [¿*sic* por martes 3?]

Tengo que echar esta carta antes de las seis. Al catarro se le ha puesto pinta de bronquitis y me cansa más allá de lo normal. Los ánimos están cada vez más chillones, no encuentro una palabra más adecuada para decirlo. Me noto poco agraciada, alejada de toda armonía, violenta sin motivo, tontamente nostálgica, fea, un tanto mísera, etc. No me preocupa demasiado; es el anuncio del *sabbat*; pero en todo este desorden solo una cosa es cierta; que te echo de menos peligrosamente. Soy como la fiera del zoo, como lo negro en Laponia. Vegeto y me limito a dejar pasar el tiempo; y, cuando pienso en todos estos meses sin tu presencia real, me siento lista para la neurastenia. Te dije, creo, que tu existencia en cualquier parte del mundo bastaba para que yo siguiera estando bien viva; pienso que me equivocaba en la medida en que ya no consigo poner en marcha la vida sino contigo. ¡Ay, dulce veneno mío, cuánto te debo!...

Ven un poco a darme ánimos. Eres el único que es a la vez manantial de alegría y de dolor. Lo demás es vanidad, más o menos entretenida. Te

quiero, te deseo, te idolatro, te ansío, te echo de menos, pongo en ti mi esperanza, te espero, te llevo, en fin, te llamaré desde Ruan.

Buen descanso, buen trabajo, amor querido.

No te cuento nada de mi vida cotidiana, no es interesante. Pero todo va bien. He visto a Vitaly,[776] a Maryse, a Flon, a Petitpas y a Léone, a Micheline [Rozan],[777] a unos periodistas ingleses, a Lulu [Wattier], [Pierre] Franck, a personas desconocidas, a Monique Laval y a Chaumette. He visto a gente. He acabado *Un héroe de nuestro tiempo* y el cuento inacabado de Lérmontov (oportuno momento), quiero a Ángeles, estoy un poco harta de mi persona y me muero de amor por ti.

Hasta muy pronto, amor querido.

M. V.

685 — Albert Camus a María Casares

Lunes 2 de abril [de 1956]

Tu última carta era muy corta, belleza mía. Pero dulce, hay que reconocerlo. ¿Celosa? Y ¿de qué ibas a poder estarlo? Tuviste razones para estarlo tiempo atrás, y lo entendía. Pero ahora es tu reinado y lo que hay entre nosotros no puede compararse, ni siquiera de lejos, a nada de lo que compone los días del mundo. Dicho lo cual, no tienes ni siquiera una voluntad superficial de estar celosa. A lo mejor no estaba mal. Pero estás tan segura de nosotros que no merece la pena ni siquiera una línea más. ¡Qué lástima!

Me he pasado las vacaciones de Pascua con Temple. Y he acabado la

adaptación. Creo que he mejorado el tercer acto. Pero tiene difícil remedio. De aquí a octubre a lo mejor se me ocurren nuevas ideas.

Ahora voy a concederme, antes de que llegue F[rancine], el miércoles o el jueves, dos o tres días de vacaciones. Sopla el mistral. Hará buen tiempo el día en que me vaya. Pero no estoy descontento de haber vuelto a tener contacto con esta zona, incluso con lluvia y con cielo gris. Mi gente parece contenta. Los niños están encantados y es verdad que aquí gozan de una libertad que no tienen en otra parte.

Te mando una página de muestra de *El orden del día*, que se ha convertido en *El grito*. En recuerdo de mis tormentos y de todo lo que te fastidié hablándote del asunto sin parar. Fastidio no es la palabra, claro.

Tengo esperanzas de recibir carta tuya y luego recibirte a ti, por fin, reina mía y bichito mío a la vez. El mistral espabila la sangre, la pasión crece. Hasta pronto, niña mía. Te beso dulcemente. ¡Cristo ha resucitado!

A.

686 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 3 de abril [de 1956]

Querido amor mío:

Tu carta, que he recibido hoy, más bien me ha agobiado. Esas largas temporadas sin ti durante un año me han dejado literalmente atascado el año que tengo por delante. Es además el año en que yo también voy a estar creando, en que van a reanudarse las luchas y en que necesitaré ese intercambio cotidiano que me ayuda a vivir. Qué se le va a hacer.

Intentaremos vernos cuanto sea posible y el resto hará falta soportarlo. También hará falta que hagas el esfuerzo de escribir mientras estés fuera. Pero sé también que con frecuencia resulta difícil.

Quería sencillamente escribirte hoy mi última carta. Me pondré en camino el sábado a más tardar y seguramente estaré en París el domingo. Estoy bien. Aquí todo está organizado. He terminado la adaptación limitando los daños al tercer acto. Pero no es posible convertirlo en bueno de verdad.

Así que no he perdido el tiempo. Hace muy bueno desde ayer, por lo que he disfrutado de la luz. He ido a ver unas cuantas casas en venta. Pero me temo que ahora no sé afincarme. No hay, ya no hay, lugar en el mundo que baste, como antes, para satisfacerme del todo. Quizá sea algo pasajero, por lo demás.

Déjale el nombre de tu hotel de Ruan a Ángeles.[778]Te llamaré si puedo y si acierto con las horas oportunas. De todas formas, te veré en cuanto vuelvas. Perdóname esta carta un poco tristona. Es cierto que me entristece un poco esa perspectiva repentinamente concretada del año que viene y de sus ausencias. Pero, en fin, vuelvo, impaciente de tenerte pronto para mí.

A.

687 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[779]

16 de abril de 1956

A TU LADO ESTA NOCHE CON AÑORANZA Y TERNURA ALBERT

688 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[780]

17 de abril [de 1956]

Querido amor mío:

Son las cuatro de la tarde y acabo de levantarme. Tengo que arreglarme ya para ir a teatro «just after the breakfast».

Nuestra odisea nórdica no voy a poder contártela hasta mañana: necesito tiempo y algo de buen humor. Mañana tendré libre toda la tarde, por una parte, y espero haber recuperado de aquí a entonces el sentido del humor.

Me encuentro bien; estoy bien alojada en el hotel Washington Curzon Street — W1. He simpatizado con lo que he podido ver de Londres. Pero te echo de menos terriblemente y me cuesta aguantar a los ingleses.

Resultado: estoy triste como una endivia.

Pero aquí lo dejo. Resulta que una persona larga y flaca está empeñada en arreglarme la habitación ya mismo. Me da miedo. Voy a esconderme en el cuarto de baño.

Te quiero. Te quiero. ¡Te quiero! ¡Que llegue pronto el mes de mayo!

M. V.

689 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[781]

18 de abril [de 1956]

Querido amor mío:

Si hiciera algo más de calor en mi cuarto todo iría perfectamente hoy;

pero aquí una tirita y resulta que otra vez estoy estornudando a más y mejor cuando mi antigua tos todavía no se me ha curado. En fin, creo que esta estancia no va a ser de las más clementes y que no queda más remedio que ponerse firmes y armarse de paciencia

¡Qué se le va a hacer! Aunque la esperanza y la luz no hayan vuelto aún, pese a un radiante sol londinense, el valor ha regresado. Lo demás es cosa de orden personal y, por tanto, posible.

Sí; las cosas van mejor, he vuelto a hallarme algo a mí misma y aprendo muchas cosas, de las que las menos importantes no son la soledad y el «spleen». Me imagino de pronto el destino de una española, por ejemplo, que llegue sola a Londres sin saber una palabra de inglés y condenada a quedarse en este país y a organizarse aquí la vida. Y, como los sacerdotes de la Compañía de Jesús, me fuerzo a «vivir» hora a hora el largo itinerario de esa nueva pasión.

Porque ahora ya sé lo que es el «spleen» y entiendo por qué la palabra es inglesa;¡ninguna relación con nuestra famosa «morriña»,[782] ese dulce canto de nostalgia en lo hondo del corazón, dulce y trémulo como un amor ausente! ¡Nada que ver! ¡No! ¡Eso lo conozco y me gusta! Pero esta angustia enfermiza que nada puede combatir, que no se consigue mirar de frente, que huye en cuanto quieres agarrarla, que le pone extrañas caretas al rostro humano, que no viene de ninguna parte, que nunca va a dar a ninguna parte, y que se queda quieta en los largos días cubriendo con su velo pringoso cuanto pueda respirar vida, ¡de eso no sabía nada en absoluto!

¡Y, sin embargo, no aborrezco Londres! Ni mucho menos. Me gustan mucho sus calles, sus autobuses, sus taxis; incluso sus hombres —aunque tan decepcionantes— de sombrero hongo, con su paraguas en la mano. Al llegar, creí incluso que estaba en mi tierra otra vez… ¿De dónde viene,

pues, este extrañamiento continuamente inesperado, este auténtico destierro?

He estado haciéndome la pregunta mucho rato durante dos días de trabajo y de nervios. Hoy me he levantado y he tomado una decisión que a lo mejor me cura de este estado insoportable en que estoy; intentar durante el tiempo que me queda por pasar aquí contestar a esta pregunta. ¡Eureka! ¡Se acabaron las lágrimas! ¡Se acabó la angustia! ¡Se acabó esta espantosa, por incomprensible, desgracia! ¡Manos a la obra!

Un inglés, medio actor, medio hombre de letras, a quien he conocido en la embajada de Francia, me había propuesto llevarme a un club fundado por Irving o por Garrick y donde hay una importante colección de recuerdos, de cuadros referidos al teatro inglés.[783] Lo llamé por teléfono y me fui con él. He visto muchas cosas muy feas en ese sitio lúgubre ¡que las mujeres solo pueden visitar hasta las doce de la mañana! (¡Menuda suerte tienen!). Es una mezcla del café de París, de una suntuosa biblioteca de provincias y de un museo oscuro y desdeñado; todo ello a la inglesa.

Ahí es donde esos «caballeros» se reúnen para escapar de sus mujeres, y tan bien se evaden de ellas que, cuando le pregunté a Mr. S a qué se dedicaban las señoras durante ese rato, no supo qué contestar. Me imaginaba esos inmensos comedores, esas largas mesas comunes llenas de esos señores bien educados y que se respetan, porque ya me he fijado en mi propio hotel en que todos esos solteros tan independientes no pueden nunca quedarse solos en su habitación y que bajan todos al «hall» para sentarse, tomar «a cup of tea» y respetarse.

¡Dios mío! ¡Qué concepto tan raro de la vida!

¡Y qué sitio tan raro para pasarlo bien!

Menos mal que está la mano de escayola de la Duse, tan hermosa que hace soñar. Algunos cuadros bonitos, pese a todo, una carta bastante

graciosa de Garrick a una tal «Grace» (¡otra vez!) y un dibujo de Kean, que tenía una cara muy conmovedora.

Pero, pese a todo, no basta y, al salir de ese inolvidable salón de fumar, pedí que me llevasen a la National Gallery para deleitarme los ojos, el corazón, la vitalidad, todo mi ser, con Piero della Francesca. ¡Por desgracia están de obras y no podré verlo hasta dentro de quince días! Asqueada, me volví a comer al hotel, donde charloteé un poco con un jovencito francés que sirve las mesas y con dos españoles que llevan el bar. Luego quise echarme y leer *Bodas*, pero me has vuelto a meter ganas de Italia y me volví sin demora a la National Gallery, por donde anduve paseando dos horas. Vi las salas italianas y españolas y volví como nueva después de un breve paseo por las calles de Londres.

Los demás actúan en funciones de tarde y noche ante un público que entrará más, eso espero, en *Don Juan* que en Marivaux; porque a nosotros nos dio una acogida muy calurosa, pero ligeramente falta de comprensión, lo que por lo demás no me sorprendió gran cosa.

Yo voy a acostarme muy temprano esta noche porque, desde que llegué a Inglaterra o —mejor dicho— desde que salí de París, he debido de dormir en total siete horas. Y dado que, por otra parte, he empezado a comer normalmente desde ayer por la noche, temo caer en un estado de debilidad si no pongo un poco de orden en todo esto.

Pero ¿qué quieres que haga? La noche en tren me la pasé esperando el momento de embarcar. ¡Quería ver! Y como Monique, por su lado, siempre sensata, lo había apagado todo para roncar como una bendita y sin parar hasta por la mañana, no tenía ninguna referencia ni de tiempo ni de espacio, lo que me obligó, en cada parada de tren, a bajarme sin hacer ruido de mi litera de arriba ¡para ver!

Era bonito, por lo demás. Me estremecía toda yo con el aliento poético.

¡Creo incluso que debí de oír por primera vez el ruido del mar a la altura de Amiens!

Ya empezaba a desanimarme por fin cuando el tren volvió a pararse. Bajé por cuarta vez jugándome la vida. Pegué la cara al cristal y me encontré cara a cara con un marinero que me sonrió. ¡Habíamos embarcado! ¡Y no vi ni siquiera un faro!

Luego dormí el rato que estuvimos en el agua; pero el ruido del tren en la tierra inglesa me despertó y ya no pegué ojo en toda la noche.

Al llegar a Londres, nos enteramos en el hotel de que las habitaciones estaban reservadas para las ocho de la tarde y que, por consiguiente, no nos quedaba más remedio que irnos a dar una vuelta. Eran las nueve de la mañana. Nos dimos una vuelta hasta las doce y entonces comimos en un restaurante húngaro. Descubrí que tampoco es que me gustara tanto el *gulasch* y me quedé casi sin comer.

De dos a cinco y media ensayamos, entre vigilantes de incendio que ponían cerrillas por todas partes y que chapurreaban esa lengua que solo Shakespeare consiguió hacer hermosa. Agotada, me llevaron a rastras al hotel, donde habían conseguido mi habitación. Me lavé, pero solo me dio tiempo a beber la inevitable «cup of tea». Y a las seis y media me tomaba una aspirina para poder empezar con el maquillaje.

Después de la representación vino la recepción en la embajada… pero aquí me detengo. Es desalentador.

Te dejo, cariño. Mañana te volveré a escribir. Estaré, espero, del todo descansada y, ¿quién sabe?, a lo mejor he recobrado la esperanza.

Me muero de amor. Cuídate mucho. Trabaja. Quiéreme.

M. V

No releo. Lo siento por las faltas.

690 — Albert Camus a María Casares

Jueves 19 [de abril de 1956], *5 de la tarde*

Querido amor mío:

Día ocupadísimo y, sin embargo, vacío, en que no me ha dado tiempo a escribirte como habría querido. Por lo menos me iluminaba por completo y me enternecía tu voz matutina, imprevista, y que me ha reconfortado. Lo único que me preocupa es tu salud, tu cansancio, y no sé cómo ayudarte y apoyarte. Me habían alegrado las buenas noticias que daba la prensa sobre la acogida que le habían dado los ingleses a *El triunfo*. Estoy seguro, por lo demás, de que van a preferir *Tudor*, mucho más fácil de entender. Pero tienes que encontrar en todas tus jornadas un sitio para descansar dos horas o, si no, te intoxicará literalmente el cansancio. Tienes también que recuperar los ánimos. Me reprocho mucho no haber sabido superar mi depresión y mi pesimismo actuales para transmitirte fuerza y vida. A lo mejor has pensado que se estaba adueñando de mí la indiferencia y que mi amor se amodorraba con la costumbre. Y, sin embargo, no es cierto, en absoluto. Tengo el mismo corazón agradecido y apasionado que ofrecerte, te sigo profesando el mismo amor firme y tierno. El año que viene, que será difícil para nosotros, no perjudicará en nada este amor, que volverás a encontrar, lo sé, fiel e impaciente. Solo hemos de organizarnos para reducir cuanto sea posible estas largas separaciones, o interrumpirlas, por poco que sea. Luego tendremos el descanso, el tiempo libre y los tiernos

intercambios. Valor, reina mía, estoy a tu lado, como en tiempos de la guerra, y al menos mi corazón y mi deseo son tan jóvenes como entonces.

Te escribiré mañana para contarte mis días. Es verdad que han perdido, al perderte, los colores. Pero trabajo y te espero esperanzado. Te quiero también con todo el corazón y vivo de pensar en ti. Te beso con todas mis fuerzas.

AC.

691 — María Casares a Albert Camus

20 de abril de 1956

Querido amor mío:

Acabo de pasar una noche larga y deliciosa; he dormido con uno de esos sueños que alimentan con el que llevaba soñando hasta ahora en mis desvelos londinenses. Así que me siento como una rosa, pese al catarro, el dolor de garganta y la antigua bronquitis.

¡Y vamos allá para cantar a Hugo! ¡Viva María! Quiero enseñarles a estos británicos lo que es una «reina castiza»[784], ¡y tanto peor si no es inglesa!

Me he puesto a trabajar, ensayo y aprendo *Platónov*,[785] y me parece que encuentro en el *spleen* y en la bendita ira que llevo en mí el secreto que hará vivir a Anna Petrovna. ¡Así sea!

Hoy tengo poco tiempo para escribirte. Tenemos el ajuste de *Tudor* a las dos y actuamos por la noche. Mañana funciones de tarde y noche. Así que aprovecharé el domingo para llamarte otra vez (oír tu voz, ¡oh, *sancta sanctorum*!) y para escribirte una carta larga.

Este país es tan sorprendente que necesitaría, para informarte de nuestras aventuras, ir anotando sobre la marcha los pequeños acontecimientos del día. Es lo que voy a hacer en adelante; así que no te extrañe recibir a veces notas sueltas tomadas en cualquier momento y cualquier lugar de Londres.

Es una lástima que haga tanto frío en mi habitación. Me resulta difícil instalarme aquí para trabajar, para leer o para charlar contigo; pero voy a intentar equiparme para conseguirlo. Hoy he recibido una carta de Ángeles en que me vuelve a llamar su sol. En vista de lo cual me ha entrado en calor el corazón. Y eso que en esta compañía son todos encantadores conmigo. Saben ser amistosos sin volverse por ello agobiantes y el propio Vilar da con un tono afectuoso que le agradezco mucho en este momento.

Creo que por ahora no nos hemos ganado de entrada a los ingleses, pese a las ovaciones del público y —al parecer— unas cuantas críticas buenas. Les gusta más Barrault que el TNP, y también Feuillère a tu chiquilla.

Ya me lo esperaba y los entiendo en cierto modo. Yo misma interpreto de una forma rara ante ellos, al menos Foción. Todas las reacciones bien latinas a las que resulta espontáneamente sensible el público francés parecen extrañarlos y desorientarlos. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Espero curiosa y divertida la acogida de esta noche. Curiosa, divertida y una pizca desafiante. Me ocurre a veces algo muy gracioso en mi país; recupero todo mi orgullo histórico y, en cambio, pierdo la vanidad y el amor propio. Desterrada de Francia y de mi vida adulta, me aferro con uñas y dientes a mi infancia, a la «barbarie española», a Montrove, y una vitalidad increíble y un poco loca me devuelve salvajemente a las raíces más antiguas. Creo que se trata de un mecanismo de defensa.

Me muero de aburrimiento en Bélgica. Jadeo de vitalidad inútil en Londres, pese al trabajo, pese a las fatigas, pese al *spleen* o debido al *spleen*.

Ahora entiendo la necesidad de «haber viajado». Rembrandt decía que se puede conocer el mundo dentro de los límites de las paredes de una habitación (lo decía de otra manera, claro); pero para conocerse uno mismo quizá haya que dar la vuelta al mundo.

Te estoy diciendo cosas que ya sabes, pero yo todavía las estoy aprendiendo, las estoy descubriendo, ¡y de qué manera!

Bueno, hermoso príncipe mío, dulce voz mía, viviente mío, informado mío, cariño mío, joven mío, te dejo. Voy a darme un baño con música. «Gozo» de un aparato de radio —¡ah, dicha!— que me ha permitido oír la gran gala en honor de Su Alteza Serenísima el Príncipe Reinante Rainiero y de Grace, ¡ay, perdón!, ¡de Miss Grace Patricia Kelly!

Oigo charlar a Vitold, más achispado que nunca.

Te quiero Te quiero. Solo me divierto contigo, incluso en Londres. Quédate siempre conmigo, hasta el final.

Te agradezco que llamases a la navarra.

Hasta el domingo, querido amor mío. Escríbeme y cuéntame tu vida, que me interesa.

Te beso mucho rato.

V.

692 — Albert Camus a María Casares

20 de abril [de 1956], *viernes*

Querido amor mío:

Parece que el tiempo va decidiéndose a mejorar. Un sol pálido, y basta, sin embargo, para espabilarme un poco. Ayer por la noche me encontré tu

carta a la cabecera. Y me dormí contigo, siempre preocupado por tu salud, pero con tu ternura arropándome. La Princesa de Galicia, perdida entre los vikingos y los sajones, cuenta con todos mis pensamientos y todo mi corazón.

¿Qué he hecho durante estos cuatro días, que no son sino uno sin mayor relieve?

Trabajo, claro. Galeradas de *La caída* definitivamente corregidas. Solo queda ya esperar la publicación, y las diversas reacciones, dentro de quince días. También he vuelto a escribir el texto del coloquio de Atenas, en el que me pasé dos horas hablando y del que me han mandado, antes de imprimirlo, una taquigrafía demencial.[786] También he corregido las galeradas de *El revés y el derecho*, con un prólogo que ya conoces, para la edición de noventa y nueve ejemplares que va a salir pronto.[787] Y, para terminar, he vuelto a ponerme con mis relatos.

Capítulo de salidas. El lunes por la noche fui yo solo, a las ocho, a ver los *Karamázov*.

El cine, forma y olor, recordaba un urinario. Allí metidas treinta personas del barrio, gente mayor y cansada, la quiosquera de la esquina con su hombre, el vendedor de patatas fritas, tres más o menos putas, dos futuros indigentes y yo. Todos visiblemente superados por esa nebulosa historia rodada en estudio con actores italianos desconocidos. Solo se habían quedado con la intriga policiaca y habían suprimido la cuestión de Dios. De forma tal que el Karamázov viejo no era ya sino un vicioso chocho, Iván un burócrata al que no le funcionaba el estómago y Aliosha un telegrafista idiota. Dimitri tenía buen porte y decía en todas las escenas «soy abyecto». Grúshenka tenía de sobra por delante y por detrás y Katerina no tenía nada de nada. Dicho lo cual, he sentido un placer culpable y he salido emocionado. Lo que demuestra que Dostoievski puede con todo.

Comí el miércoles con [Jean] Grenier y [Louis] Guilloux, en plan estudiantes. Por la noche, salí con Michèle Bossoutrot, como te dije. Ayer vi a Catherine Sellers. Estuvo muy sencilla y muy simpática. Tiene el físico adecuado para Temple. Veremos.[788] Ayer por la noche, con Michel y Janine [Gallimard] fui a ver *Los amantes pueriles*,[789] con un montaje maravilloso de Tania (me gustó mucho), para conocer a Tatiana [Moukhine] [790] a la que Catherine Sellers había dado la obra. Sorpresa: Tatiana interpretaba a una criada flamenca muy idiota, risueña, dispuesta sin cesar a darse un gusto, con buenos pechos y buenas nalgas. Pero, naturalmente, nuestro hermoso monstruo no daba el personaje. Aunque no importaba, tenía gracia, a su manera. A la salida, nueva sorpresa; una Tatiana peinada, con un abrigo como es debido, e incluso, sí, una esmerada elegancia, o casi. Dijo que sí y yo estaba encantado. Nos reímos juntos. Luego le propuse acompañarla. «Sí —dijo—, a la plaza de Victor Hugo». Llevé a mi elegante a sus barrios finos y me metí en la cama, pensativo, después de esta velada de sorpresas.

Una única contrariedad para la obra: imposible contar con Serge [Reggiani], que no coge el teléfono. Está empezando a irritarme. ¡Ah, se me olvidaba! Vi en Les Noctambules al joven Bourseiller,[791] y le di una mala acogida. Empezó por venir a pedirme un texto para su programa (va a montar una obra de Patrice de la Tour du Pin, en el teatro de Poche) y luego me comunicó que iban a montar en el Festival de Épinal *La devoción de la Cruz* con mi texto.[792] Le dije que esa era la primera noticia que tenía, que no era posible que me enterase por él y que los organizadores del festival tenían que empezar por pedirme mi opinión. Hice mal, pero me irrita ver con qué facilidad esos jóvenes Rastignac[793] cansados consideran que somos propiedad suya.

En cuanto a su programa, le dije que primero quería leer la obra. Había

recibido la víspera una carta de Gillibert, que me explicaba, disculpándose, por qué quería pedir una subvención a la embajada soviética.

Bueno. Creo que he acabado el informe. Me voy al despacho. Estoy deseando saberte descansada y relajada. Y más impaciente aún por saberte de vuelta. ¡Cuánta ternura por ti tengo en el corazón! No me olvides, no dudes de mi amor, presente y despierto. ¡Sin ti los días están muertos y las noches son un asco! Contigo todo vuelve a florecer. Regresa pronto, corazón mío, belleza mía, deja las nieblas, hay aquí un sol secreto que te espera. Te quiero.

A.

693 — María Casares a Albert Camus[794]

21 de abril [de 1956]

¡Oh, alegría! Me ha llegado tu primera carta al despertarme; ¡no es más dulce el sueño para Macbeth que tus palabras para mí! ¡Oh Argelia de mis sueños! Por fin me he reído con ganas y, mientras te leía, una arrebatadora casualidad me brindaba por la radio un concierto de Vivaldi.

Para hablar con Serge [Reggiani], pide a Labiche que te encuentre el número de teléfono del empresario Bernheim e intenta localizar a la señora Josem. Te pondrán en contacto con el italiano.

Comparto por completo tu irritación en lo referido a Bourseiller y sus acólitos, pero son pobres; hay que perdonarles sus carencias por mucho que cueste aguantarlos.

En cuanto a Tatiana, creo que aún le reserva muchas sorpresas al mundo entero. Por eso me gusta.

Ahora tienes un reparto maravilloso y, no sé por qué, tengo el presentimiento de que esta creación…; pero no provoquemos a los demonios.

Recuerdo ahora nuestra llegada a Londres. Nos estaban esperando unos cuantos fotógrafos y, entre ellos, una periodista con una cara por completo carente de inteligencia que se abalanzó hacia Catherine Le Couey:[795] «¿Qué, el barco no la ha puesto demasiado nerviosa?». Y, al volver yo la cara para no echarme a reír en sus narices, me atacó. Abriéndome el abrigo, desabrochándome la chaqueta sastre: «¡Déjeme ver! Déjeme ver la moda de París. ¿Dónde se viste? ¿Está casada? ¿Por qué? ¿Piensa casarse? ¿Somos muy indiscretos en Londres? ¿Está a favor o en contra del matrimonio?».

Ayer, al llegar al teatro, me encontré en el tablón de trabajo una carta que pesaba mucho dirigida a Daniel Sorano y a mí; la abrimos juntos. Había dos libritos, un evangelio de san Juan con una estampa con la inscripción que se refiere al pastor de ovejas y un evangelio de san Lucas, que he cogido, con una estampa de una criada y la leyenda: «Ninguno puede servir a dos señores». En la primera página de los dos libros, una inscripción escrita con pluma, en francés: «Leed un poco cada día».

¿Por qué este envío? ¿A nosotros? ¿Solo a nosotros?

Se me olvidaba decirte que *Tudor* ha tenido una acogida extraordinaria. Creo incluso que de las tres obras es la que se ha llevado la palma.

Vete tú a saber.

¡Esta mañana tu voz y ese tono tan reciente que me tienes reservado para las mañanas de sol! Todo va mejor. No me da ya tiempo para añadirle gran cosa a esta nota, pero mañana te volveré a escribir, una carta larga.

Te quiero y obro en consecuencia. Pero te echo de menos terriblemente.

M. V.

Boletín:

Buena salud. Pie ligero. Vista clara. Mano firme. Sin embargo, una pastosa tos persistente.

694 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 24 de abril [de 1956]

Te escribo al sol, querido amor mío, hecho que no favorece que broten ideas claras. Pero quiero aprovechar esta hermosa terraza que me van a quitar dentro de una semana. J[ules] R[oy] vuelve, en efecto, el día 3 y voy a llamar a mi hotel del Palais-Royal, donde ya me habré acomodado seguramente cuando vuelvas.

Me alegró oírte, ayer. Pero estaba preocupado por tu salud y por tu negligencia en ese aspecto. Vigila al menos el régimen que lleves. Vas a necesitar todas tus fuerzas de aquí a Burdeos, y a continuación. En cualquier caso, estoy encantado al ver que se han confirmado mis previsiones para *Tudor*.

¿Qué he hecho que tenga transcendencia desde mi última carta? El viernes por la noche vi *La torre de Nesle* en Les Mathurins.[796] Con mucho desconsuelo por el recuerdo de Marcel [Herrand]. Volví harto de esa competición de nulidad: Vidalin, Montero y Choisy en cabeza. El sábado, Virginie me sacó de mi modorra 1) para ir a oír a Amalia Rodriguez [*sic*] cantar fados en el Olympia. Admirable criatura, poética, apasionada, y volví completamente conquistado. Habrá que comprar sus discos. Pero ¡faltará su presencia!, ¡y vaya si la tiene! 2) para perfeccionarme en el chachachá con unos discos, porque un hombre con tantas dotes como yo no podía quedar en barbecho en este punto esencial. Así que me he perfeccionado y haré que

aproveches mi ciencia en cuanto vuelvas. Cuando el joven huracán desapareció, me volví a dormir al sol, el domingo entero. Ayer, volví al trabajo y cené con Françoise Vauclin, cuya tristeza, tan oculta, me ha desconsolado en secreto.

Eso es lo que hay. Hace bueno. Espero a que llueva para ocuparme de la obra. Serge, que ha regresado de Italia, tiene la obra, pero no ha vuelto a dar señales de vida. Tatiana [Moukhine] me ha llamado para decirme que no se había entendido con Radifé.[797] «Es cuestión de honor», decía por teléfono con su voz ausente de esquizofrénica. «¿Qué honor?».

«No puedo aceptar un cachet menor que el de Catherine». Curioso, ¿verdad? Tras pedir informaciones, la parienta de Baur le ofrecía un cachet de cinco mil (ocho a C[atherine] Sellers), porque el papel es más corto. No es para tanto, y no es un deshonor. Pero no veo cómo arreglar las cosas si se mete el honor por medio. ¡Cuántos complejos y cuántas derrotas mal aceptadas detrás de ese honor!

Patricia (consternada porque me voy, ay creo que le gusto bastante. La prueba: «¿Cena aquí esta noche», me pregunta. «No». «Ah, sería pasarse, ¿no? Ya ha almorzado. No puede cenar». Le contesto, distraído: «¿Qué quiere? Estoy muy solicitado». Entonces, la chiquilla dice, con un tono inimitable, una mezcla de gula y de rencor: «Eso es lo que pasa cuando se es guapo. Todo el mundo se lo rifa». Yo estaba patidifuso. Claro que estaba el bronceado del sol. Pero, bien pensado, cada cual hace las conquistas que puede. Se acabaron las Grace Kelly. Ahora les toca a las Patricias). Así que decíamos que Patricia acaba de traerme tu carta fragmentada. ¡Dulzura y ensoñación! Hay una cosa que me extraña. Dices: tu primera carta, y el

contenido del que me hablas es de mi segunda carta. Antes de esta, hubo otra más corta.

Bueno. Cuídate y sé feliz. No te olvides de tu farero (soy yo) y quiéreme como yo te quiero. Te beso deliciosamente.

A.

Adjunto la primera reacción a *La caída*.[798] Se trata de Jacqueline Bour,[799] que trabaja en la NRF, una que es recta y sensible. En *France Soir*, un asco de notita,[800] que firma una de las colaboradoras, de cama y de pluma, de *Arts*, anuncia el libro como una respuesta indirecta a mis antiguos camaradas. Empieza bien la cosa. Pero me noto indiferente y libre.

Recuerdos de Patricia

695 — Albert Camus a María Casares

26 de abril [de 1956], *jueves, 6 de la tarde*

Querido amor mío:

Ángeles acaba de llamarme para rogarme que «no me enfade» porque no me hayas escrito. ¿Enfadarme? ¿Cómo puedo yo estar enfadado contigo? Hace años, muchos años, que no he sentido nada que se parezca a un enfado cuando pienso en ti. Bueno. Pero me comunica que llamaste en vano, con lo que sí me enfado con el teléfono. En efecto, me he dado cuenta esta mañana de que tenía el teléfono estropeado. Lo arreglarán hoy. Por lo demás, a partir del lunes estaré seguramente en el hotel Beaujolais. Pero te avisaré.

Ángeles me dice que te invitan mucho, con lo que andas mal de tiempo.

Espero que esa vida dorada te reconcilie un poco con Londres, sin hacerte olvidar París.

En lo que a mí se refiere, estoy bastante triste. Días flojos, carentes de llamas, en cualquier caso, y en los que tu ausencia deja descoloridas muchas cosas. Trabajo, pero sin alma. Espero el verano, un verano, o el manantial. Ando chapoteando, vamos.

Irritado con Serge [Reggiani], a quien le entregué el manuscrito el sábado y aún no lo ha leído. Irritado con todo y con todos, en realidad, pero en forma y reluciente de sol.

Basta ya. A tanto silencio no voy a contestar con una carta demasiado larga. Por lo demás, es la viajera la que tiene que contar. Pero el amor está intacto, aunque poco paciente.

Sí, te quiero y te estrecho contra mí, silenciosa mía, mundana mía. amor mío.

A.

Escribe a la NRF hasta que te mande mis señas.

696 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Sábado [28 de abril de 1956]

Querido amor mío:

¿Al fin solos?

Aquí me tienes otra vez toda para ti, sin bronquitis, sin cansancio, sin preocupación, relajada, libre al fin de una apuesta que había hecho conmigo misma: ganarme al público inglés, levantarlo de la butaca, hacerlo chillar.

Ya está. En las dos últimas representaciones de *Tudor* la sala estaba llena,

tuvimos que saludar no sé cuántas veces y, al final, tuve que quedarme sola en escena. No he oído nunca ovaciones así.

Te ahorro lo demás, los fanáticos, hombres con los ojos húmedos, mujeres que venían a mi camerino a besarme la mano, gente joven y solteronas rogándome que aprendiera pronto inglés para interpretar a Shakespeare en el Old Vic… Te haces una idea, ¿no?

Es lo que quería. Ya vuelvo a estar tranquila y lista para emprenderla con *Platónov*, que empezaba a fastidiarme mucho. Hasta ahora me daba la impresión de no haber acabado algo y los ensayos me cansaban y me incomodaban.

Domingo [29 de abril de 1956]

Aparte del trabajo, que me coge el día desde las dos de la tarde hasta las doce de la noche, la poca vida de la que dispongo está en todo su apogeo. Esta ciudad me fascina y estoy sedienta de verlo todo. Afortunadamente, los días dedicados por completo a *Don Juan* son del todo para mí y no tengo valor para quedarme encerrada y aprenderme el papel de Anna Petrovna. Me paseo por el West-End, por el East-End, por Hyde Park, Green Park, St. James Park. Rondo por la National Gallery; ayer estuve hora y media en la sala pequeña de los Rembrandt. Ahí es donde vi por primera vez el cuadro del filósofo que me ha dejado clavada en el sitio. Estaban los dos retratos del pintor, una mujer muy vieja, cansada, dolorosa, dulce e indulgente, informada y valiente que me ha recordado la foto tuya que tengo en mi cuarto. También está el anciano «as St. Paul», los retratos de dos judíos, la anciana Margaret Plink —creo—, exquisita, frágil y vivaracha Hay, hay un mundo de acción, de amor, de compasión, de indulgencia.

Luego he dado un paseo de dos horas para volver por fin con los pies

destrozados de ampollas. He ido a cenar con una compañera —una personita criada en Francia y casada en Inglaterra— a Martínez, un restaurante español muy elegante, muy aburrido y lúgubre donde se come mal. Finalmente, me he puesto de tiros largos y he ido a recoger a Monique [Chaumette], Vilar, [Jarre] y Wilson para acabar la semana con un jolgorio en un *night-club*. Por desgracia, en este país racionan la alegría. Ha hecho falta, para entrar en ese lugar de placer, rellenar hoja tras hoja, enseñar la documentación, pagar, hacerse socio, ponerse una corbata y, por fin, cuando conseguimos entrar en el local, eran ya las doce menos diez y fueron a avisarnos de que a las doce nos quitarían la botella de whisky y a las doce y media, los vasos. Vilar sacó la pipa, pero le prohibieron fumarla. Para salir a bailar a la pista tomé un camino entre las mesas, pero un camarero vino a decirme que no era por ese por el que había que ir.

Pese a todo, nos permitieron bailar y oír a una orquesta brasileña muy buena. Edmundo Ros, un poco lánguido debido al clima, pero notable.

La otra mañana fui también a pasear por las calles de la City y, al final, por las dársenas, y allí sentí una impresión que no se me olvidará. Hacía frío, las callejuelas parecían tanto más desiertas cuanto que, acá y allá, la espalda de un hombre hacía de punto de fuga. Yo iba con una mujer judía que está al acecho de todo cuanto constituye el poderío de Inglaterra y habla de ello con elocuencia. Agotadas y ateridas, acabamos en un «pub» pequeño, donde tomé una cerveza y tuve que firmar en el libro de oro añadiendo a mi nombre el de María Tudor.

¡Qué país! ¡Qué pueblo! Los miraba ayer por la noche, pasmada. Pululaban por las calles, bebían, cantaban, bailaban. Mandé preguntar qué pasaba y si se celebraba algo. «Es sábado», nos contestaron. Lo que más me llama la atención es su violencia contenida. Me dan miedo.

Bueno. Dejémoslo. No sé qué me ha dado; me tiene obnubilada,

hipnotizada, este país. Pero tú lo conoces mejor que yo y lo que te digo no tiene interés alguno.

Amor mío, los días pasan y pronto volveremos a reunirnos. Por poco tiempo, claro; pero hoy te me has hecho tan necesario que la idea de volver a verte basta para ocultar todo el porvenir. Al cabo de esta última semana ahí estarás.

Luego ya veremos.

Te echo de menos continuamente, como siempre que un ser, un país o algo me despiertan de pronto a la vida intensa. Te encuentro por todas partes. Te quiero. Siento también por ti un deseo inglés, violento y desairado, descarado y secreto.

Perdona que no te escriba más a menudo. De verdad que me falta tiempo debido a los ensayos. Dime en qué punto estás, qué es de ti. Quiéreme. Olvídame solo lo suficiente para no ser desgraciado.

Te beso locamente.

M. V

697 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo 29 de abril [de 1956]

Solo unas líneas, corazón mío, para decirte que me voy de aquí mañana por la noche y que estaré a partir del martes por la mañana en el hotel Royal Beaujolais, calle de Beaujolais, 15 (1.º), teléfono RIC 65 31. Lleva dos días lloviendo, me parece que has desaparecido detrás de montañas de nubes y de continentes de silencio. Estoy triste como una rata muerta. Pero espero pacientemente el sol. ¡Besos, amor mío!

AC.

698 — Albert Camus a María Casares

1 de mayo de 1956

Querido amor mío:

Me hizo feliz leer tu carta de ayer y sobre todo porque me traía la noticia de un éxito que esperaba. Éxito tanto más significativo cuanto que es muy difícil convencer a los ingleses de que hay talentos que no pertenecen a la isla.

Por lo demás, necesitaba un poco de calidez y una señal que me dijera que seguías existiendo. Me mudé ayer y estoy en este hotel, donde todo anda manga por hombro, pero que se soporta por este jardín maravilloso. Y como siempre que me instalo en un sitio nuevo y no me he hecho aún mi agujero, me ha entrado una tristeza negra. En fin, no voy a agobiarte con esto.

Furioso también ayer por otro artículo en *France Dimanche* sobre *La caída*. Creo que es de la misma persona que el de *France Soir*. Han debido de pasarle las galeradas clandestinamente. Las ha hojeado y ha resumido el libro de una forma estúpida y falsa, adornándolo con comentarios de la casa. Me he quejado a Gaston Gallimard. Pero ¡qué más da! El ambiente ya es ese.

Cada vez que la sociedad intelectual en que vivo se manifiesta me dan arcadas. Si no tuviese las convicciones que tengo escribiría mis libros sin publicarlos o los publicaría en ediciones limitadas. Pero siempre he creído que un artista no escribía para sí mismo, que no podía apartarse de la

sociedad de su tiempo. ¡Curiosa unión entre un hombre en carne viva impasible y una puta vengativa! Sé perfectamente que se escribe para otras personas, un público más generoso y más ingenuo. Pero entre ese público y uno está la pantalla de esa hampa periodística, de esa reducida sociedad provinciana y gruñona, seca, vulgar, acomplejada, a la que llaman aquí la *intelligentsia*, seguramente porque no mantiene con la auténtica inteligencia y con la cultura sino relaciones de nostalgia.

Otro motivo para el buen humor. Serge [Reggiani], que ha tenido diez días el manuscrito sin llamarme, a quien he llamado por lo menos diez veces antes de conseguir hablar con él esta mañana, rechaza el papel. De entrada, el papel en sí no es lo bastante largo, luego tú ya no formas parte del asunto y eso lo cambia todo y, para terminar, le proponen un papel que le gusta en la obra de Tennessee Williams que van a poner a la vuelta del verano. Este muchacho es curioso. Que se haya mostrado muy desenvuelto en este asunto y poco educado no tiene mayor importancia. Pero ha tenido, me parece, muy poco pudor al hablar de tu ausencia, como si, por una parte, me lo reprochara, y sin preguntarme cuáles eran mis sentimientos personales, y como si, por otra parte, me dijera: «Con Maria, sí. Con usted resulta mucho menos interesante». En resumen, tan poco amistoso como fuera posible.

Bueno. El problema es ahora encontrar un Gowan. Dudo entre Amiryan y Vaneck y me inclino por el primero. Pero me da algo de miedo, sobre todo en mi actual estado psicológico, trabajar con tres balachovianos y tengo que decidirme pronto. Ceno esta noche con Jean (Marchat) y Radifé (Baur). También tengo que darles el nombre del escenógrafo. Finalmente, creo que voy a escoger a Leonor Fini. La obra es demasiado ascética para ella. Pero es inteligente y puede adaptarse. Y técnicamente es incomparable.

Tengo una semana cargada y, por desánimo más que por cansancio, he

descuidado algo mi propio trabajo. Tendría que volver a ponerme manos a la obra en serio, después de haberme adaptado a mi nueva guarida. Creo que esta es la última carta que te escribo antes de que vuelvas. Avísame de la hora en cuanto puedas.

Perdóname también esta carta deprimente. Disfruta de Londres ahora que ya ha pasado tu mayor preocupación. A mí también me gustaron las dársenas bajo la lluvia y esa curiosa ciudad. Me habría gustado estar allí contigo más que en este París lluvioso, donde se ahoga la primavera sin que sea posible olerla ni saborearla. Hasta pronto, por fin, querido amor mío. Te beso con toda mi ternura.

A.

No te he contado mis días. Pero no veo a nadie. Voy a los teatros a veces para dar con un gobernador. Pero ya te contaré pronto.

699 — María Casares a Albert Camus

Miércoles [2 de mayo de 1956]

¡Amor mío, ya llego! ¡Ha vuelto el sol! ¡Se reanuda la vida!

Cogeré el avión el viernes por la noche[801] para dormir en la calle de Vaugirard.

El sábado y el domingo soy dueña de mis horas. Te las reservo. Te quiero. Estoy exultante.

M. V.

700 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[802]

17 de mayo de 1956

MUY CERCA DE TI ESTA NOCHE TIERNAMENTE ALBERT

701 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

[6 de junio de 1956]

¡Nací, joven anciano, hace doce años![803]

702 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

17 de junio [de 1956], *La Haya*

Mi muy querido dueño y señor:

He ido a la playa a buscar los colores de Ruisdael, pero no he podido, pese a mi buena voluntad, atravesar con la mirada las trombas de agua que alzaba un muro móvil y opaco entre el paisaje y yo. Como buena gallega testaruda y curiosamente enamorada de la lluvia, he aguantado el tipo y he esperado… en la arena… en pleno cielo, descalza. Por desgracia, un holandés de uniforme no tardó en echarme de allí. Vino, se paró, pasó; luego volvió pasar; por fin, se paró del todo, muy cerca de mí y refunfuñó unos cuantos sonidos bárbaros que querían resultar amables. Yo miraba impasible un mar oculto por el chaparrón. Otros pocos gorgoteos y se sentó

a mis pies. La lluvia en ese momento triplicó su furia. Me fui, pero me dio tiempo a hacer una observación que me ha dejado pensativa: cuando el cielo está negro en este país, llueve poco o, al menos, de una forma curiosa; es solo cuando se vuelve blanco y levemente luminoso cuando cae agua a raudales sobre Holanda. ¡Qué raro!

Como ya te dije, ayer todo fue muy bien. El viaje asimismo, por lo demás. El primer día, hasta Bruselas, lo viví en compañía de [Georges] Wilson, encantador compañero de ruta. Pasada Bruselas, a petición de Monique, subí al vagón de Vilar, que estaba nervioso e insoportable. Personalmente no tuve muchas quejas de él. Comimos los cuatro de camino, ya en tierra holandesa, y llegamos a La Haya a las tres para ensayar a las cuatro. Como el resto de la comitiva había ido por delante, nos plantamos en la ciudad a las cuatro, en dos coches sin saber ni el sitio ni el nombre del teatro adonde teníamos que ir y, naturalmente, sin saber decir sí en holandés. Tras largas y penosas investigaciones, dimos por fin con un transeúnte que hablaba francés y que sí sabía dónde teníamos que actuar. Nos informó muy amablemente y ya íbamos a reanudar el camino cuando de pronto surgió ante nosotros un gigante de uniforme en moto. «¿Desean algo?». Muy educadamente le explicamos nuestro asuntillo, que nos habíamos perdido y que nos habíamos detenido para…, etc. «Síganme, por favor». Y, sin darnos tiempo a respirar, arranca delante de nosotros, haciéndonos una señal para que lo sigamos. ¡Quería llevarnos en persona a la meta! ¡Cosa que nos proporcionó una entrada inolvidable en esta buena ciudad de La Haya! Precediéndonos un agente de tráfico, cruzamos la ciudad, parando al pasar toda la circulación, pitando, petardeando, gesticulando. Y allá íbamos, allá íbamos, como unos reyes. Por desgracia, media hora después estábamos volviendo, pitando, petardeando, gesticulando; volvíamos a cruzar la ciudad: nuestro buen gigante no había

entendido nada y nos había llevado sin mayor indagación al museo municipal.

Resultado: llegamos tarde al ensayo y no pudimos sacar tiempo para cenar antes de la función.

Moraleja: la amabilidad debe tener unos límites.

Hoy estoy sola en Scheveningen. Se han ido todos a ensayar y a trabajar en Róterdam. Pensaba ir a oír un concierto a la sala de fiestas del hotel, pero tocan a Prokófiev. Así que voy a aprovechar mi soledad para leer a Chéjov y dormirme lo más temprano posible. Me habría gustado ir a dar un largo paseo por la playa, pero ¡espera!... sí, sigue lloviendo mucho.

Tu voz por teléfono era clara, dulce, buena. E incluso la pizca de nostalgia estaba ahí para caldearme el corazón. ¡Ay!, sí, nos queremos, y es maravilloso. Me encuentro bien. El aire del mar me purifica y me noto libre para disfrutar de este viaje porque no es largo. Te quiero, soy feliz y no tengo más que un único deseo: que todo esto siga. Espero que Alguien me esté oyendo allá arriba.

Trabaja bien, querido amor mío. No dejes que te consuma mucho el público parisino. Mañana intentaré saber en qué hotel de Ámstedam voy a alojarme para que puedas mandarme unas palabritas con las últimas noticias de *La caída*. Vilar me ha dicho que por lo visto en Suiza iba maravillosamente. ¡Me contarás también cómo transcurren los primeros ensayos de Faulkner y la reacción de Tatiana ante el muro!

Yo sigo haciendo de hermanita de la caridad o, si lo prefieres, de médico de almas: pero ¡la cosa se complica!

Si tienes un momento intenta leer la obra de Cossery.[804]

Te quiero. Te quiero. No te desentiendas demasiado de mí para vivir mejor mi ausencia. Besos a Ángeles. Mis mejores recuerdos a V.

Te beso a la mediterránea.

M. V.

Me pregunto cómo hacen niños en este país. ¡Ay, estos hoteles, estas habitaciones con dos camas estrechas y bañeras de asiento! ¡Son simpáticos, pero de voluptuosidad ni idea!

703 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 19 de junio de 1956

Querido amor, dulce amiga, su carta de usted era muy reconfortante para el solitario de París. Me he reído con la entrada en La Haya —es la entrada del rey Minos—, pero ¡menuda reina! Aquí la lluvia, constante, lo ha ahogado todo. He trabajado, poco y mal, y sobre todo he pensado en las obligaciones parisinas (o argelinas, porque han llegado lo menos una docena de argelinos impacientes por «ponerme al día»).

La caída sigue pasito a pasito (de quinientas a mil ventas diarias) entre la perplejidad general. Es tremenda la cantidad de gente que lo ha vuelto a leer o va a volver a leerlo. Debo de escribir en chino.

Ayer la primera sesión de lectura en Les Mathurins fue más bien horrible, como ya te dije por teléfono. ¿En qué berenjenal me he ido a meter? Sin contar con que tengo la impresión de que no voy a salir de esta. También es verdad que no siento que me apoye nadie.

No he hecho nada ni he visto nada que merezca la pena. Compro cosas para mi piso[805] y me arruino en lavadora, plancha y otras fruslerías. Tengo la impresión de haber perdido todos estos días sin ti. Sin embargo, por mal que haya trabajado, tengo la esperanza de acabar mis relatos esta

semana, haré el resto (correo, artículos, etc.) antes del 1 de julio y en Palerme pondré la novela en marcha[806] mientras trabajo en la dirección del *Réquiem*.

Catherine ha aprobado el examen de ingreso en bachillerato. Estoy de lo más orgulloso, como te puedes imaginar, y me reprimo para no comunicárselo a todo el mundo. Jean me ha parecido también que está bastante contento de las proezas de su hermana. Son simpáticos, aunque no me han felicitado en el día del padre.

Bueno. Ya va siendo hora de que vuelvas. Para distraerme, ceno el jueves en casa de André Rousseaux[807] con Char. El querido René está en forma y me ha puesto de vuelta y media a la joven generación intelectual, diciendo que parecían supositorios y que, por tanto, no había que extrañarse de que hicieran lo que todos los supositorios, es decir, deshacerse. Pero todo esto no sustituye tu presencia y nuestro amor feliz, tierno, vivo. Qué fácil es la vida contigo, y qué poco pesa. Te quiero. Vuelve pronto y no dejes que te retenga el último círculo de Ámsterdam. ¡Besos, penitente mía!

A.

704 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Domingo por la noche [4 de agosto de 1956]

Querido amor mío:

Todo ha ido muy bien. Ya estoy por fin en esta querida tierra que una vez más proclamo patria mía.[808] He vuelto a encontrarme con el pino negro, la retama, los campos de brezos, la landa, las dunas, el olor a algas y a siemprevivas silvestres, el cielo donde se mezclan el agua y el fuego, ¡el

océano, en fin! ¡Ah!, qué hermosas playas desiertas, vírgenes, brindadas como tus manos.

En cuanto a la soledad, nunca había creído que fuera tan embriagadora. ¡Nunca me lo habías dicho! Esa libertad total que va a las piernas y a los brazos, que te vuelve flexible y suelta, con una naturalidad perfecta. ¡Qué descubrimiento!

¡Ay, cuántas cosas tengo que decirte! Pero es que no he dormido esta noche —en ese vagón te pelabas de frío— y me pasé el tiempo atendiendo a una buena señora que tenía un forúnculo en mal sitio. Detrás, sí. Ya había tenido dos delante «en pleno sexo», pero el último, este, estaba detrás y «¡lo que soltaba!».

Hoy he pasado revista al lugar, he vuelto a ver mi Toulinguet y sus arenas movedizas, las dunas, la landa. Mañana saldré temprano con un bocadillo y fruta y no volveré hasta la noche. Entonces intentaré escribirte una carta más larga.

Escríbeme en cuanto vuelvas. Aquí, donde me acompañas continuamente, necesito una confirmación.

Tendrás que venir a Camaret alguna vez, la verdad, para compartir o para combatir mi arrobo.

Te quiero. Hasta mañana.

M.

705 — María Casares a Albert Camus

Martes 7 de agosto [de 1956]

No puede decirse, Cayo, que malgastes tu talento escribiéndome cartas de

amor. ¡Sí!, ya entiendo que después de doce años en que a menudo nos hemos visto reducidos a los intercambios epistolares empieces a cansarte de decirme en todos los tonos que me quieres; pero por lo menos mándame unas líneas para informarme de tu estado de salud y de qué humor estás. Créeme, ambas cosas me interesan en sumo grado y me satisfaría mucho saber en qué punto se hallan.

Yo no puedo estar mejor. Nunca habría creído que la soledad me sentase tan bien, unida, cierto es, a la tierra de mis amores, y he conseguido relajarme tanto que no paro de asombrarme. El continuo juego al que obliga la vida en sociedad me deja de pronto pasmada y no imaginaba hasta qué punto vivimos para la galería. Aquí pierdo incluso la preocupación por gustar que me parece, diga lo que diga Yourcenar, la pretenciosa esa, la mínima cortesía en cuanto se deja de estar a solas.

¿Mis días? Me levanto a las ocho y media. Escribo una carta, como mucho, desayuno, me lavo solo un poco, me echo aceite, me visto lo menos posible, cojo el pícnic (bocadillos, huevos duros y frutas) y no vuelvo hasta las cinco de la tarde. ¿Que dónde voy? Depende de la marea y del día de la semana, pero, dicho por encima, allí donde corro el riesgo de no encontrarme con nadie. La playa de Toulinguet tiene fama de ser muy peligrosa —por lo demás, han puesto este año un letrero grande que lo confirma— y, por consiguiente, a menudo está desierta. Bueno, pues es el punto que he elegido como puerto de amarre, ahí es donde dejo la ropa y los víveres, ahí es donde tomo baños de sol medio desnuda, ahí es también donde me baño y me como el bocadillo y me peleo con las moscas de las algas y los piojos de la arena cuando sube la marea. Pero si, por casualidad, veo de lejos una silueta que se acerca, antes de saber si se trata de una mujer, de un hombre o de un niño, me escapo enseguida a las dunas, a las

calas —hay una, la sala verde, en la que el agua es de color esmeralda—, donde, agárrate, en las cuevas se hace compañía a los pulpos.

Ya sé que no te gustan las cuevas. A mí tampoco. Las he visitado todas, las de Toulinguet, que son famosas, por la noche, con antorchas, y de día, aprovechando las mareas más bajas del año. Son, por lo general, hermosas, si se quiere, y lúgubres, erizadas y deformes; y cuando tienes la desgracia de mirar hacia arriba, ya solo te queda irte, de tan fuerte como es el vértigo de la claustrofobia. Por cierto, ¿te has fijado en que la claustrofobia es una enfermedad de la mente y que le da al adulto y que, al contrario, el vértigo de las alturas es una enfermedad del cuerpo que ya le entra al niño? Pero vamos a dejarlo. Estábamos en las cuevas de Toulinguet. Dan mucho miedo y ayer, desalentada, me disponía ya a encararme a los dos seres que había intuido en la playa cuando de pronto hice un descubrimiento extraordinario. Vi en plena masa rocosa una rendija vertical por la que cabía justito un cuerpo. Me metí por ella. ¡Ay!, Albert, ¡no puedes saber la impresión que tuve! Materialmente se trataba de una cueva, pero esta era la más exquisita, la más perfumada, la más deliciosa de todas las cuevas. Te metes por esa rendija y te entra, a saber por qué, la sensación de una violación y, en cuanto estás dentro, te encuentras en el centro de una playa secreta, de una cala de las profundidades de dimensiones perfectamente proporcionadas, donde la arena húmeda, moldeada en olitas, acude a acariciar una auténtica playita de grandes cantos rodados, húmedos y relucientes. No hay ni una línea que no sea suave, redonda; el techo abovedado, ni demasiado bajo ni demasiado alto, parece dilatarlo el empuje de un misterioso deseo; por todas partes corre un rocío de agua fresca; diríase de verdad que has sorprendido a la tierra en su mayor intimidad y que está esperando, de par en par, brindada, abierta, la llegada del océano, que pronto va a llenarla.

Me dio realmente la impresión de ser indiscreta, impúdica, no sé, y, sin

embargo, ya no conseguía irme; estaba conmovida. Salí de allí con la certidumbre, una vez más, de que no hay nada más hermoso que un hermoso amor. Te quiero.

En cambio, no hay nada más feo que un pulpo y el más feo de los pulpos vive en ese rincón divino. Empecé por confundirlo con los cantos rodados; no lo reconocí hasta que se movió; parecía un cáncer, solapado y silencioso, amo absoluto del lugar. Bueno, pues, pese a todo, me quedé allí, mirando ese sitio soberbio y su enfermedad, mucho rato, tanto rato que, cuando salí, tuve que volver a la playa a nado; la marea había subido mucho y el océano, celoso, avanzaba amenazador para tomar de nuevo ese hermoso fruto eternamente brindado.

Por la noche, voy a pasear por donde la capilla de Rocamadour, una exquisita capillita románica, y el fuerte de Vauban, al que están poniendo de sombrero una torre que lo merma y que ya han pintado de rojo del XVII. Ahora mismo, que se está poniendo el sol, está la marea baja y el puertecillo, abandonado, parece dormir de pronto con un sueño letárgico. No se trata ya de una pastilla, sino de un tubo. Los barcos apoyados en las escoras, o tendidos de lado, las redes oxidadas de los pescadores extendidas en el muelle, las algas doradas, el mar completamente tranquilo, las barcas en construcción al lado de las viejas, desnudas y negras, los colores —ay, los colores— tan pronto suaves, suaves, tan pronto nítidos y precisos, y este silencio del día que se acaba, este silencio en que los postes de alta tensión parecen de pronto aullar como un perro antes de morir. Me supera. Me quedaría horas pegada a esta capilla si no me echase la noche.

Esta es, amor mío, mi vida cotidiana. Miro *Fedra* de lejos a veces. Intento acabar las *Memorias de Adriano* de la señora Yourcenar, muy ambiciosa, pero que, decididamente, no tiene envergadura; de vez en cuando charlo después de cenar, con Nicole [Seigneur], duermo como un

tronco y me levanto feliz; y a cualquier hora del día descubro que soy feliz y me río sola.

Te extraño, claro; pero menos que en otros sitios, menos que en París, menos que en la locura del trabajo y en el desorden demencial de las giras. Aquí todo me parece justificado y tu ausencia, en vez de abrir un vacío, trae, al contrario, un canto.

Ahora escríbeme. Estabas de humor sombrío cuando nos separamos. Estoy deseando saber si, al recuperar el hermoso París del mes de agosto, la calle de Chanaleilles y tu independencia no han cambiado un poco. No me dejes sin noticias, te quiero tanto… y soy contigo buena y dulce; te espero igual que mi bonita cueva espera al mar. ¿Cuándo toca marea alta?

Te quiero, amor mío, tan bien hallado, hermano incestuoso mío, príncipe mío.

M.

706 — Albert Camus a María Casares

Miércoles 8 de agosto de 1956

Querido amor mío:

Me alegré mucho, pese a lo cansado que estaba, de encontrarme con tu carta al llegar ayer por la noche, después de diez horas de carretera embotellada y peligrosa.[809] Me alegro también de saberte libremente entregada al mar, y a esa tierra que amas. Estás en mí como la imagen de la felicidad, la que me das y esa en la que estás tú casi siempre tan magníficamente a gusto; sí, tengo que ir contigo un día a esa tierra que

haces que quiera conocer. Recobra tu temple en el mar y la soledad y vuelve luego para traerme una boca de sal y un pelo de algas.

Los últimos días en Palerme han pasado deprisa. Fui en un día a Grasse y a Saint-Jean-Cap-Ferrat, donde me esperaba mi fiel donante. ¡Han pasado muchos años por ella sin menguarle la juventud de la mirada y la bondad! Pero ya te hablaré de ella. El domingo acompañé a mi madre a Marignane. Se me oprimía el corazón al verla alejarse, tan menudita, por la gigantesca pista llena de monstruos rugiendo a pleno motor, superada por ese mundo de mostradores y de máquinas, y paciente, sin embargo, con una paciencia milenaria, la de los corazones humildes y buenos, que precisamente sobreviven a este mundo.

Y, además, hay en mí por mi madre un gran amor desgraciado; grande, puedo decir por qué y lo que en ella lo vuelve a uno muy pequeño, lo colma de respeto y de admiración. Desgraciado, no sé por qué. Quizá porque no puedo hablarle por culpa de todo lo que en mí le resulta ajeno, por culpa de esa soledad en la que parece vivir y en la que no puedo alcanzarla. En fin, ya se ha ido, no sé cuándo volveré a verla y estaba sinceramente apenado.

Francine había llegado por la mañana. Me había escrito una carta afectuosa y sensata, en que se la veía verdaderamente curada, en respuesta a la mía. Por ese lado, estoy, pues, contento y tengo la esperanza de que lleguemos a dejar de hacernos mutuamente daño. Y luego la partida, la carretera infernal y, por fin, mi silencioso piso, donde me siento feliz de vivir desde ayer.

Me he encontrado unas flores de Radifé en un jarrón romántico encantador y Cérésol[810] me había llenado la nevera. Desde mañana empiezan las conversaciones (decorados, producción).

Escríbeme durante esta temporada si puedes apartarte del océano y de las landas.

Me acuerdo con una alegría sorda de los postigos cerrados de Aviñón y de ti, tan hermosa y tan morena en la gran cama blanca. Sí, eres la felicidad y la felicidad tiene tu sabor, tu color, huele como tú. Descansa, pero no me olvides, ni siquiera en provecho de adolescentes rubios. ¡Te quiero, que no se te olvide, no te acostumbres! A un amor de doce años se hace uno con demasiada facilidad, pero es entonces tan rico, tan plural, a la vez tan sensato y tan angustiado, que por sí solo es toda una vida y que bastaría para justificar lo que somos y lo que hemos hecho.

Pero lo sabes, pero me quieres, y yo también lo sé. Bendita sea, pues, la vida en que estás tú, el mundo en que respiras, bendito sea el tiempo de nuestras vidas y de nuestro amor. Amén. Te beso, áurea mía, llena de espuma, beso tus ojos de mar y tu hermoso flanco de dorada. Escribe, sé feliz, vuelve. Te quiero.

AC.

707 — María Casares a Albert Camus

Viernes 10 de agosto de 1956

Querido amor mío:

Tu carta ha llegado de modo muy oportuno. Algo preocupada desde hace dos días, esta mañana me disponía ya a telefonear, a telegrafiar, a pedir socorro, porque esta felicidad que tan especialmente cuido empezaba a sentirse amenazada. No porque haya temido que me olvides; no. Podías anunciarme que te vas a dar la vuelta al mundo con un hermoso objeto recién hallado y recién amado y no conseguiría desprenderme de esta honda seguridad que tengo cuando se trata de nosotros. Yo misma, si me hallase de

pronto ante un ser que despertase todos los síntomas de mi amor, no me lo creería y esperaría pacientemente a que se me pasase.

Pero he temido contrariedades, la enfermedad de este o aquel, el acontecimiento inesperado. Ya estoy tranquilla. Nicole [Seigneur] llegó triunfalmente con el sobre y me encerré con mi tesoro. ¿Cómo te las arreglas para trastornarme sin cesar? Está el talento, claro; está también el amor; pero, pese a todo, se necesita una condenada riqueza, una prodigiosa generosidad, una infinita capacidad del corazón para dar con la ciencia de utilizar perpetuamente los sentimientos del amor y del talento de la mente. ¿Cómo quieres que me acostumbre en doce años de nada a tantos tesoros, a un rostro que renace sin parar, a la mismísima vida? Me parece que disfrutaría cada hora como si tuviera que ser la última.

No temas nada, altísima majestad, pueden venir mil niños rubios; no tomaría el placer que me dan sino contigo. En fin, yo me entiendo.

Me alegro de que Francine haya vuelto a sentimientos más sensatos. Este continuo malentendido que nos enfrenta a las dos acaba por desconsolarme a mí también; quizá porque te consume la vida y consume tu hogar; quizá porque me siento responsable; quizá también porque, en cualesquiera ocasiones, las relaciones que fracasan entre las personas me colman de tristeza. De tu madre no te hablo; lo que me has dicho me oprime el corazón; lo sabía, al igual que tú; pero también sé que en determinados momentos cierta imposibilidad de comunicarse con algunas personas valiosas resulta intolerable, y, si existe un paraíso, no puede ser sino ese que reúne por completo en una honda y desnuda coincidencia a quienes tienen que ser solo uno.

Siento ganas de poner unas líneas a Radifé y a Cérésol para agradecerles lo que te cuidan, porque así también me dulcifican la vida; pero la mejor

forma de demostrarles mi agradecimiento sería aceptar Angers sin ti y reconozco que no estoy decidida.

Por aquí los días transcurren infinitamente múltiples y me desposo con ellos con tal avidez que ya no consigo volver a mi ser más que por la noche, en la cama, o por la mañana, cuando me cepillo los dientes. Mido el tiempo con el ir y venir de las mareas, escojo los sitios según la cara del cielo y todos mis proyectos se subordinan al vuelo de las gaviotas (hacia tierra anuncian mal tiempo), a los fulgores de la puesta de sol, a los cúmulos, estratos, etc. Hoy Bretaña es gris y rosa; el tiempo no se levantará hasta esta tarde, y, mientas tanto, aquí estoy en mi habituación, de cara al puerto, a un mar de aceite, a un cielo suave como la piel de un gato. Nicole me ha subido su microsurco y te escribo oyendo la *Quinta* de mi amigo y saboreando un whisky que me va aturdiendo poco a poco; es el primero que bebo desde el lunes.

Como ves, no me aburro y continúo cortando «las rosas de la vida».

Sigo leyendo trabajosamente las memorias de ese Adriano de mis penas y estoy deseando acabar para meterme con Vigny; pero leo poco; esta tierra, a tu imagen y semejanza, me fascina y me quedo horas y horas mirándola. A veces me distrae una madre-gaviota que enseña a volar a sus hijitos; les grita más o menos «Porrr aquí, porrr aquí», y ellos contestan entre un desbarajuste de alas «Sííí, sííí». Pero no tardo en prescindir de esa escena doméstica para seguir mirando y mirando.

No veo a nadie, no hablo con nadie, o casi. Pero el otro día estaba en mi cueva soñando despierta cuando oí una voz: «Aquí está tranquila, ¿eh?; por eso está de incógnito», y con un acento parisino que entraban ganas de llorar. Ahí es donde se reconocen las razas; si el acento del sur no choca en Bretaña, antes bien, el de París, en cambio, resulta insoportable

A veces, también, un pescador echa un «piropo»:[811] «Las he visto más

feas y esta está tostada en su punto». Sonrío. O bien unos jóvenes chillan mi nombre cuando paso —aunque menos escandalosamente que mi amigo Ludwig, que, en este preciso momento, llega a una de sus cumbres— y saludan. Les hago una reverencia, sonriente.

Dejando eso aparte, me callo y miro. ¡No! Dos señoras que habían venido a pescar a Pen-Hat me sorprendieron en el agua y vinieron a preocuparse por mí:

«¡Vamos a ver, señorita, la playa es peligrosa y Divine (la hija de Saint-Pol Roux), que nadaba como usted, estuvo a punto de ahogarse!». Las tranquilicé.

Esto es todo por ahora. Luego, el silencio. Me atiborro, literalmente, de esta tierra casi adorada. Encuentro aquí incluso a Lorca. Por el camino de Toulinguet hay un lavadero donde las mujeres van a lavar la ropa y donde los campistas van a ponerse a remojo. Las mañanas de sol cantan entre la espuma, castas y atareadas, cuando la presencia de los jóvenes, dormidos aún y vestidos de mala manera, me recuerda a Lorca. Llegan de las cuatro esquinas de la landa, despacio, con la camisa aún desabrochada, cargados de sueño y de peso.

Sí, lo tengo todo; pero aquí lo dejo. Son las doce de la mañana. Chopin ha sustituido a Beethoven y quiero comer temprano para irme al Tas de Pois. He perdido la costumbre del comedor a mediodía, pero ya era hora de que volviera; la señora Seigneur, temiendo que mi tentempié de los primeros días se me hiciera monótono, se había superado; ayer me encontré en la bolsa almejas, media langosta, el bocadillo de jamón, una «alcachofa»[812] —no me sale el nombre francés— y ¡agárrate, un tarro de mayonesa! Naturalmente, tuve que correr más que las moscas. Era una competición para ver quién se comía más deprisa las almejas y el bogavante. Y, en cuanto a la mayonesa, deberías haberme visto después.

Bueno, príncipe mío, esta vez te dejo. Chopin está ya en la marcha fúnebre y son las doce y media. El domingo por la mañana intentaré llamarte temprano; pero te advierto que podré hablar poco porque el aparato está en el despacho donde todo el mundo puede entrar.

Te quiero. Te adoro. Te idolatro.

M. V.

708 — Albert Camus a María Casares

Sábado,
12 de agosto de 1956, 6 de la tarde

Querido amor mío:

La carta en que acusabas a mi talento de avaricia se ha cruzado con la mía. Espero que te haya dado vergüenza haberme calumniado tan feamente. En cambio, puedes sentirte orgullosa de haberme escrito por extenso por fin para mi gran contento. Tus grietas, sin embargo, me han provocado un escalofrío por la espalda. Meterse ahí por una rendija en la roca sin saber si se va a poder volver a salir. ¡Señor!, es una perversidad horrible, un gusto asqueroso. ¡Y, además, estaba subiendo la marea! No sería nunca capaz de entender esa clase de demencia. Apenas si se me han estremecido los ollares al pensar en ese océano enamorado.

De todas formas sé prudente y no te fíes demasiado de tus dotes de nadadora. Bien sabe Dios que te admiro por ello, pero el mar puede más que cualquier otra cosa en el mundo. Ponte morena, nada con prudencia y aliméntate para volver violeta y reluciente y ser la alegría de este hombre cabal que te espera.

Yo disfruto de mi encantador piso, de París vacío y sin peso, con tormentas frescas y un sol fluido. Preparo mis ensayos, les doy el último toque a mis relatos, voy unas horas al despacho y liquido el correo. No veo a nadie, salvo a Catherine Sellers, con quien fui ayer al modista. Y, además, al llegar, a Radifé y al que hace los decorados, y, por supuesto, a Cérésol.

Como me hago comidas ligeras, estoy todo el día solo en mi palacete. Lo que resulta duro en la vida cotidiana es el exceso de humanidad. Estar solo a menudo ayuda a ser mejor. Si estuvieras aquí, la vida sería perfecta y deliciosa.

6 y diez de la tarde

La vida es casi deliciosa; tengo tu segunda carta. Bendigo a mi vez esa tierra que me devuelve a mi Maria escritora, rica, pletórica, con el corazón que me gusta. De gira, como has estado casi siempre en estos últimos tiempos, me escribes cartas de vestíbulo de hotel, quiero decir, las pocas palabras que se escriben esperando el taxi o el autocar. Pero en tus playas tienes tiempo, y sitio, y ánimos. Sí, tu felicidad es mi alegría, y tú eres mi oportunidad más hermosa y de la que me alegro cada vez que me despierto de mi sueño o de este frenesí de los días, que parece un mal sueño. Sigue siendo feliz, siendo tú. Tienes mucha razón en sentirte segura de nosotros. No se puede dividir en dos el océano, ¿verdad? Pues rodaremos hasta el final en la misma ola. Te quiero.

Punto y final al lirismo: ten cuidado con la langosta, animal perverso, y con la mayonesa, mezcla nefasta. Y, entre baño y baño y ensoñación y ensoñación, escribe a tu fiel, a tu amigo, a este al que colmas y haces feliz y pones orgulloso. Te beso, bretona mía, como la marea.

AC. Recuerdos amistosos a la simpática Nicole.

709 — Albert Camus a María Casares

16 de agosto de 1956

¡Adoración a Maria, reina de los cielos y, de momento, princesa de los mares! Sí, feliz santo, amor mío. Pensaba escribirte ayer y me pasé el día trabajando en mis relatos para estar más libre para empezar los ensayos. Tu voz por teléfono, tu voz de pecado, me colmó, por lo demás, para todo el día.

Por la tarde, ensayo. C[atherine] S[ellers] llegó arropada en un chal para ocultar una fluxión, por lo demás invisible. Había que verle la cara a Michel [Auclair] al encontrarse con ese personaje, salido directamente de *Resurrección*, un 15 de agosto. Tatiana, en cambio, con el pelo corto y un vestido estampado, animada y vivaz, con una bonita rebeca coral, iba de jovencita de Delly.[813] Cassot tenía una barba noble. Aunque había pasado unas vacaciones asquerosas. Su mujer había perdido a una hermana de treinta años por un infarto. Pero allí estaba, tras pasarse la noche al volante, y sin montar números. Definitivamente, me gusta mucho este chico. Michel, muy simpático y con muy buena voluntad. También estaba Radifé, con Cérésol, destrozada por la angustia (fiasco o éxito). Seguramente la perderemos a mitad de camino. No va a aguantar.

Hemos trabajado bien. Me había preparado cuidadosamente el montaje. Al final, he improvisado la mitad porque el decorado era demasiado estrecho. Espero no haber tenido esos fallos burdos que me irritan tanto en los nacionales populares. Esta noche seguimos y mañana también. Es un

buen equipo de gente concienzuda y sencilla a quien le gusta su trabajo, sin decirlo. En resumidas cuentas, salvo tu ausencia, lo mejor que podía desear.

A Tatiana, a quien he acompañado a casa, solo le ha preocupado saber si Radifé va a asistir a todos los ensayos (sin añadir, por lo demás. ningún comentario). No queda más remedio que querer a esta chica.

Dentro de un rato, comeré con Michel y Janine [Gallimard]. Como me he pasado todos estos días en mi ermita, sin salir, me da la impresión de que se ha acabado el verano y de que se reanuda la vida cotidiana. He visto, sin embargo, a Char, fuerte y solitario; y fraterno. Pero somos los cómplices de Chanaleilles.

Escribe, sé feliz. Ahora voy a tener menos tiempo para escribirte. Pero quiero decirte al menos mi amor, siempre nuevo, mi corazón de verano, libre, alegre por recibirte y ampararte en él. ¡Y, además, vas a volver y nos querremos, de nuevo, y siempre, con felicidad!

AC.

710 — María Casares a Albert Camus

17 de agosto [de 1956]

Querido amor mío:

Unas palabritas antes de que recojan el correo. La niebla es aún dueña de la zona y temo que Bretaña, para no traicionar su reputación, va a dejarme recuperar aspecto de endivia antes de volver a París.

Por el momento nada está aún perdido. El color es el del yodo, la mirada parece blanca, la piel está curtida y solo una infinidad de arruguitas pálidas alrededor de los ojos, unidas a un cinturón que me rodea los costados, me

devolvería el llamado antiguo tono que las brumas bretonas, si siguen, me harán recuperar.

Mi soledad prosigue. La «fiesta»[814] de la otra noche no fue sino un accidente. Estaba en la playa y el doctor Tuimel, el joven amo de Nicole [Seigneur], vino a veme con su presa. Más tarde, mucho más tarde, después de dos horas de espera solitaria en las landas, volví a verlos, y el hombre, agradecido por la consideración que le mostraba, quiso invitarme a beber algo en la terraza del hotel. Poco después llegó su cuñado y se unió a nosotros. Luego su suegro, luego su mujer, luego una cuñada, dos, tres, cuatro, y en todas las ocasiones se repitió la ronda. Cuando sepas que la familia Eudé se compone de seis hermanas casadas, el padre y la madre, creo que entenderás enseguida los efectos de este encuentro. A las doce de la noche, un tal Jean-Claude, miembro de la tribu, mencionó la sopa de cebolla y nos fuimos todos a prepararla y comerla a casa de ellos. Nicole y yo regresamos a las dos y media de la madrugada, un poco alegres. Y al día siguiente todo volvió a la normalidad.

Ayer por la tarde, como hacía frío y un tiempo feo, Jacqueline Seigneur, embarazadísima, y su marido me llevaron en coche a la Punta de los Españoles. ¡Se ve la rada de Brest, pero no sé si porque la luz era dura o porque el cielo era átono, el sitio me pareció desagradable y sin interés! Prefiero la Punta del Capuchino, un lugar lúgubre. Cae a pico en el mar y un puente la une a una isla muy pequeña donde se encuentran los restos de una antigua leprosería. La llaman la Isla de los Muertos y recuerda, frente a un mar que tiñe de plomo, uno de esos elevados montones de carbón que se encuentran en los países mineros, cerca de Amiens. Ahí, bien de espaldas al mar y aplastados por un acantilado de estratos de piedra gris, se alzan los vestigios de la antigua casa de salvación. Volví muy impresionada y no recobré la paz más que junto a Tas de Pois, sentada en los brezos,

pinchándome los pies con las aulagas, frente a una bahía que, con el reflejo de mi tierra, se volvía amarilla y morada.

Dicho lo cual, todo va bien. ¡La embriaguez de los primeros contactos ha cedido el sitio a una alegría sorda, pero imposible de desarraigar, y mi paz movediza solo la han alterado los inconvenientes del *sabbat*! Anteayer por la noche iba a quedarme dormida cuando de repente pensé que en noviembre tendré treinta y cuatro años, que iba a reanudar esa vida demencial de París y que una vez más iba a escaparse un año, que se me tragaría para siempre el desierto de las grandes ciudades y me devoraría por dentro mi oficio. Una angustia que hasta ahora solo conocía mi razón me oprimió de pronto el corazón y a punto estuve de hacer proyectos. ¡Ah!, no temas, no sucumbí a la tentación y la civilización sabe envejecer a quienes no han llegado aún a la madurez; aunque ese sentimiento no lo había conocido hasta ahora, hay en cambio algo que sé desde hace mucho, que no se pueden comprar vestidos para el invierno cuando brilla el sol y que nos equivocamos acerca de los colores del verano cuando hace malo. Así que los proyectos parisinos hay que pensarlos en París; y en mi dulce Bretaña tomar corriendo cuanto se nos brinda.

He leído un poco también. Acabo de terminar *Cinq-Mars* y he empezado el *Diario de un poeta*;[815] los románticos me aburren siempre un poco; cometen el error de creernos más imbéciles de lo que somos y de creerse más grandes de lo que fueron. Alfred [de Vigny] se queja de la multiplicidad (¿?) de pequeños acontecimientos y de detalles en su siglo y echa de menos amargamente los tiempos antiguos en que la vida era tal que se podían hacer de ella mitos sencillos y perfectos. Pero yo dudo de que la existencia cambie y me parece que el talento consiste en saber simplificar los laberintos más enrevesados. En fin, he encontrado, pese a todo, en las espantosas aventuras de ese angelical *Cinq-Marse* páginas hermosas con

sentimientos elevados e incluso eché una lagrimita cuando llevan a la hoguera a De Thou y a Henri d’Effiat.

Bueno, querido amor mío, si sigo va a pasar el cartero y mi carta se quedará aquí hasta mañana. Voy a echarla al buzón mandándote muchos saludos. No dejes de dar besos de mi parte a Cassot y a Michel [Auclair] y muchos saludos a las dos damas de tu compañía. Estoy deseando ver a Tatiana [Moukhine] convertida en joven prima de los protagonistas de Delly y espero que la señora Baur dé a luz sin peligro.

Volveré el jueves que viene, ¿qué te parece?, en el tren que sale de Brest a las doce o a la una. Estaré en París a las once y media de la noche, creo, y si quieres puedes pasar a verme según vuelvas del ensayo. Muchos recuerdos a tu cómplice de Chanaleilles. No le mandé noticias desde Aviñón este año; a lo mejor lo hago desde aquí para que sepa que la Provenza tiene una rival que le manda saludos.

Hasta muy pronto, hermoso príncipe mío. Hasta muy pronto nosotros dos entre dos horas de trabajo. Te quiero.

M. V.

711 — Albert Camus a María Casares

Sábado 18 de agosto de 1956,
2 de la tarde

Una nota forzosamente breve, amor mío, para celebrar tu regreso, que no esperaba que fuera tan pronto. Queda, pues, entendido que *el jueves 23 de agosto por la noche* estarás *a eso de las once* en París y que iré a tu casa después del ensayo, es decir, entre las doce y la una. Me gustaría que nos

diéramos un telefonazo de aquí a entonces. Pero me duermo muy tarde y no puedo llamarte antes de las diez. Lo intentaré y, si no estás, ya me volverás a llamar. De todas formas, me alegro de ocupar el lugar, si es que es posible, de tus playas.

Mi vida se resume en el *Réquiem*. Ensayos de tres a siete (o más) y de nueve a doce de la noche y más. Por la mañana tengo dos horas para recuperar el resuello. En cuanto al trabajo en sí, es duro y me preocupa. No por los actores, aunque no todos van a ser buenos; sino por la propia obra.

Estoy sin regidora. L[eonor] Fini se ha ido de vacaciones y nos ha dejado el engorro del vestuario y de la construcción (pese a todo, acudió a un ensayo y opinó que Cassot tenía más pinta de alpinista que de abogado y que Catherine Sellers vestía como una cenicienta). En resumen, ya ves que nos atenemos a la más pura tradición y yo me empeño en regular los movimientos al decímetro en una superficie que las necesidades de la construcción y del cambio vuelven exigua. La tragedia en una caja de cerillas.

Bueno. Tengo que salir corriendo. Llegas, eso es lo esencial. Me darás algunos consejos y el resto del tiempo (por desgracia no va a ser mucho) nos querremos.

Bienvenida, bienvenida, amor mío, esperado, deseado. Te quiero.

A.

712 — Albert Camus a María Casares[816]

Señora Casarès [23 de agosto de 1956]

He pasado a la llegada del tren, ¡por si acaso! ¡Qué le vamos a hacer! Te llamo mañana por la mañana a las diez. Alberto y su corazón.[817]

713 — María Casares a Albert Camus[818]

11 de septiembre de 1956

LLEGADO BIEN CARIÑOS MARIA

714 — María Casares a Albert Camus

Martes 11 de septiembre [de 1956], *4 y veinte de la tarde*

Querido amor mío:

No telegrafié ayer por la noche porque no tenía ni un kopek para hacerlo. Incluso ahora estamos todos aquí esperando nuestros setenta y cinco rublos para poder comprar algunas postales y tomar un vaso de vodka por nuestra cuenta. Nos invitan, desde luego, pero al menos a mí no me gusta abusar de mis derechos de numeraria.

Estoy un poco cansada. Me acosté a las cuatro de la madrugada (hora rusa) después de un día interminable de avión, dos escalas de espera, un recibimiento tan caluroso como agotador, muchos discursos, acarrear las maletas, flores que pesaban tanto como el equipaje, impresiones pasadas por el tamiz del cansancio, un baño casi frío en un Moscú gélido (para nosotros, quiero decir) y, por fin, siete horas de sueño bien merecidas.

Hoy ha habido que deshacer las maletas, colocar las cosas, acostumbrarse

e ir a comer.

Así que estas son unas líneas rápidas que echaré al correo en cuanto disponga de medios.

Estoy triste como un sauce llorón; todo este tiempo lejos de los que quiero me oprime el corazón y, por desgracia, no voy a tener días libres para evadirme a la estepa y encontrar allí un marco para mi estado de ánimo. Por lo demás, esta debilidad será pasajera; corresponde seguramente un poco a mi estado físico.

Espero que todo vaya bien por Les Mathurins y que los ensayos te colmen de satisfacción. No paro de hacer votos para el día 20.

Quiere a tu moscovita y no la olvides, pese a las distancias y los telones. Te beso muy seguido.

M. V.

715 — Albert Camus a María Casares[819]

14 de septiembre de 1956

CONTIGO EN LA GLORIA Y EL PELIGRO CARIÑOS ALBERT

716 — Albert Camus a María Casares

Lunes 17 [de septiembre de 1956]

Querido amor mío:

Unas líneas para contestar a tu carta (que ha tardado tres días) y no

dejarte abandonada en manos de los demonios. Estaba triste por saberte triste, triste también por esta distancia engrosada de necedades y por escribirte un poco a ciegas. Pero estoy seguro de que vas a adaptarte y a triunfar.

Trabajo noche y día. El escenario de Les Mathurins no me permite hacer lo que quería y he buscado un término medio. Tatiana es decididamente mala. A menos que ocurra un milagro...

Pienso en ti con todo mi corazón y te quiero, boreal mía. Vuelve a París y al amor y a este que te quiere sin desfallecer a través del tiempo y del espacio. Te beso a la rusa.

A.

717 — María Casares a Albert Camus[820]

19 de septiembre de 1956

MUY CERCA DE TI MIL BUENOS DESEOS. MARIA.

718 — María Casares a Albert Camus

20 de septiembre [de 1956]

Querido amor mío:

Aprovecho febrilmente la salida de la valija diplomática para enviarte aquí las fuerzas que me quedan y besarte locamente. Tenías razón al reírte la víspera de irme, y si pudiera conservar algo de sentido del humor ahora

me tocaría a mí reírme. Por desgracia el frío, el cansancio y la falta de alimentación pueden más que mi alegría y uso la poca energía que me queda para no volverme un fantasma de compasión o en un cordero arrodillado. Me gusta el cordero, pero místico y, en cuanto a los rebaños, prefiero comérmelos a convertirlos en abrigos.

Día tras día voy anotando al azar lo que veo o lo que siento, ya te lo contaré con detalle, pero, por encima, puedo decirte ya que, en general, nos enseñan todo lo que no nos dan y que, en lo referido al sentimiento, vacila sin cesar entre la honda compasión y la ira; añade la tristeza del alma rusa de la que no podemos defendernos sin nuestra ración de carne roja y, con lo inteligente que eres, bosquejarás el cuadro en un santiamén.

Me gusta el pueblo ruso; es tremendamente conmovedor, pero ahora entiendo por qué los que fueron a España no pudieron quedarse allí; es algo químico. En cuanto a la forma en que han decidido hacer que vivamos mientras estemos en Moscú, acabo de decirles sin rodeos esta misma mañana, en el Kremlin, mi punto de vista sobre la cuestión. En adelante, solo volveré a salir con todos con la condición de que me dejen en paz, esa paz de la que tanto se habla. Quiero sentarme donde quiera, entretenerme delante del icono que me guste, pasar por cortesía a las salas de audiencia que me recuerdan enojosamente al Palacio de Chaillot, irme cuando guste y, sobre todo, que dejen de hacerme fotos cada vez que abro o que cierro la boca.

Tal cual. He gritado un poco; ha sido un error.

Y, como no han querido escucharnos, quizá hemos cometido un error al irnos de la plaza dejando plantados a todos los representantes de la cultura, con intérpretes, etc.

Saint-Jean[821] quizá cometió en error al decirle a Nadia, una intérprete muy agradable: «Ven, chiquita, a que te revuelque en la podredumbre

capitalista», y Vilar no debería haber dicho que está «la Plaza Roja, la Casa Blanca y los ojos azules de Youra» y que el único realismo que conoce reside en el dicho francés «Un pecho de mujer tiene que llenarle la mano a un hombre de bien». Sí, sí, no tenemos razón. Pero ¿qué quieres? No dejan de asediarnos a preguntas; no podemos mirar un cubo de la basura sin que nos pregunten si hemos visto antes cubos de la basura tan perfeccionados, tan bonitos, tan conmovedores, tan eficaces. Somos unos groseros, pero ¡ellos también, caramba! ¡No se dan cuenta de cómo se portan, en serio!

En fin, está el pueblo, la juventud a la salida del teatro, esos hermosos rostros vivos y apasionados. Está su acogida generosa, y generosa de verdad, espontánea, su ingenuidad conmovedora, su tristeza que emociona.

Me alegro de haber conocido este país por muchas razones; pero creo que ya es hora de que cambie de aires, si no quiero desvanecerme por los aires como las brujas de *Macbeth*. Por mucho que me atiborro de cuajada, de bollos y de huevos duros me muero literalmente de hambre y ninguna sopa espesa sustituye para mí el buen sabor de la carne de la calle de Vaugirard. De propina, hace un frío que le pone a una la piel de gallina (¡ay!, ojalá pudiera haber gallina fría) en las habitaciones, en la mía en particular, y he tenido que cambiar de planta después de un principio de gripe con una afonía por la que ha habido de anular dos representaciones del *Triunfo*. Como ves, sigo tus consejos y, sin pretenderlo, me las doy de Sarah. Anteayer por la noche, los jóvenes moscovitas se agolpaban en la puerta del hotel para preguntarme por mi salud y en el Ministerio de Cultura corrían rumores de que me había atendido el mejor laringólogo soviético. A decir verdad, en cuanto a médicos, me atendí yo con un éxito fulminante; ayer por la tarde ya había recuperado mi voz «áurea».

Dejando eso aparte, todo va de maravilla. Una vez más *Tudor* se lleva la palma y la sigue de cerca *El triunfo*. Solo *Don Juan* ha colado por los pelos.

En cuanto a mí, está claro que me quieren. Se pasan un cuarto de hora chillando mi nombre y entonces me da la impresión de haber recuperado España, sobre todo cuando me tienden las manos por encima de las candilejas gritando: ¡*M[aria] Kazapec*, viva Francia!, y mirándome a los ojos.

Así que tu telegrama se acercaba, o casi: «La gloria y… el hambre». El peligro a lo mejor llega luego.

Bueno, cariño, ya basta en lo referido a mí.

No creo que pueda tenerte al aparato esta noche o mañana por la mañana. Por lo visto es una cuestión de suerte y me fío poco de la suerte.

A las once (hora rusa) pensaré con mucha intensidad en vosotros. Ya en estos días pasados hemos estado todos pendientes del tiempo que iba pasando, unos con simpatía, yo con un poco de angustia. Esta noche ya estará echada la suerte. Me tiene algo preocupada tu salud, y el abatimiento que vas a padecer después del preestreno. Ya me gustaría estar allí, pero ¿qué quieres? Estamos condenados a vernos cuando lo disponen los dioses, no pasa nada. Es imposible que no se oiga mi voz y que, cruzando el tiempo, las distancias, las fronteras, desde el mismísimo corazón del enorme e imponente silencio ruso, tienes que oír un leve susurro de amor: *Ya was lin blin… ya was lin bleu*... etc. Soy yo, amor mío, que te estoy hablando.

Te hablo, te hablo. Valor, cariño. Sentido del humor, príncipe querido mío, hermoso dueño y señor mío, tierno amor mío.

M.

719 — Albert Camus a María Casares[822]

22 de septiembre de 1956

ÉXITO CARTA SIGUE SIN NOTICIAS DESDE 12 SEPTIEMBRE CARIÑOS ALBERT

720 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Domingo 23 de septiembre de 1956

Querido amor mío:

Por fin puedo escribirte después de una semana agotadora en que no he dormido más que cuatro horas diarias por término medio. La obra estaba lista de sobra en lo referido a los actores. Pero los cambios en la caja de cerillas de Les Mathurins y las luces, con resistencias que se fundían todos los días, han requerido noches de puesta a punto. Por fin hemos recibido una recompensa que ha superado con creces todas nuestras esperanzas. Un ensayo general sin un solo incidente (habíamos representado la obra cuatro días *para nosotro*s antes), una sala que contenía el aliento, todos los efectos en directo, y la extraña poesía de esta historia alterando poco a poco a la gente con una emoción sencilla y verdadera (se notaba cómo iba creciendo en la sala), y al final una acogida más que calurosa, de la sala primero, luego de la crítica, unánime. Resultado: para mayor asombro nuestro ha habido que poner dos cajeras y para las funciones del *Réquiem* se cuelga el cartel de aforo completo. Ni tú, ni yo (ni nadie en realidad) lo habríamos imaginado.

El hecho es que la obra está en marcha para meses. Pasada la tensión, me río, de tan tonta como es la cosa en cierto sentido, y algo ridícula. En fin,

pese a todo, me alegro mucho, aunque no sea más que por los actores. Catherine [Sellers] ha tenido un gran éxito personal y también, por supuesto, esa incordiante de Tatiana [Moukhine], que estuvo conmovedora el día del ensayo general. A los demás también los aplauden mucho. Otra de mis satisfacciones es haber conservado el afecto de todos, pese a setenta ensayos, y los últimos fueron duros. Por el lado Baur, leves roces los últimos días, pero el éxito es un aceite eficaz. Había que verla ayer, primera función con público, con un lleno, con sillas añadidas entre el primer y el segundo cuadro, sentada en las escaleras, junto al casillero del vestíbulo, con las piernas abiertas, la jeta turca, blandiendo en ambas manos (gruesas y cubiertas de joyas) manojos de billetes de diez mil. Era la Celestina de Estambul para quien nuestras muy balachovianas prostitutas tocaban el *Réquiem*. Ya te contaré los detalles más adelante, cuando vuelvas, o en otras cartas, si al menos consigo tener la certeza de que mi prosa te llega al país de los escitas.

En lo que a mí se refiere, me siento completamente reventado y vacío, y me tiemblan las rodillas como a un caballo después del esfuerzo. Voy a descansar y a ponerme esta semana con mis relatos. ¡Menos mal! Estoy de la obra hasta las narices y no quiero volver a oír hablar de ella. Solo me alegro de no haberme partido los dientes con ese hueso duro de roer.

Pero vamos contigo, contigo, de quien no sé nada. Los periódicos han hablado de tu triunfo. Pero no he recibido sin embargo sino la carta de cuando llegaste, el 11, y tardó tres días en llegarme. Desde entonces, *nada*. ¿Te has encontrado con Stavroguin? ¿Te has olvidado de tu compañero de planeta, del amigo, del amante, del amor? ¿O te ha secuestrado la sociedad perfecta? ¿Tengo que sacudir las columnas de ese templo imbécil? ¿Que gritar por el mundo? Escribe para decírmelo, o telegrafía por lo menos una palabra tranquilizadora, o si no monto un escándalo internacional.

Entretanto solo mi corazón está activo, pese al cansancio, pese a todo. La noche del ensayo general todo estaba dispuesto para una batalla en que ya no tenía ya ni arte ni parte, el miedo me había abandonado. Pero tenía el corazón oprimido, muy oprimido, ya imaginas por qué. Admiré lo que hacía Catherine, con un realismo desgarrador. Y en ese mismo momento estaba oyendo otra voz en mí, una voz querida que decía las mismas palabras, soberanamente. Sí, la vida es miserable, la vida es maravillosa y la amo a través de ti, a través de nosotros. ¿Por qué estás ahora tan lejos, bajo los hielos, Dora ausente y a quien quiero? Escribe, vuelve, ayúdame otra vez a vivir y a amar, dame otra vez el orgullo de vivir, el orgullo de lo que somos. ¡Y háblame de ti, de Tudor, de ti tan viva entre las almas muertas, cuenta, cuenta! ¡Te beso, reina mía, pienso en nuestro amor de verano, en los amantes de Aviñón, en ti reluciendo en la sombra de las siestas, en tu corazón maravilloso! Y ya te estoy esperando.

A.

PS: Malas noticias de mi madre, que ha estado enferma, pero que va un poco mejor.

721 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

23 de septiembre [1956]

Querido amor mío:

Recibí ayer tu telegrama. Me alegra de verdad el éxito del *Réquiem*; os lo merecéis todos y París también. No dejes de darles besos a los afortunados

de mi parte y diles que pensé mucho en ellos. Espero, por lo demás, que recibieran mi telegrama, pero no entiendo que tú no recibieras el tuyo el 20. ¿O por falta de noticias te referías a falta de cartas?

Por aquí todo sigue por el camino previsto, las gripes, la gloria y todo lo demás. Personalmente no he tenido ya que quejarme de mi salud desde que se me quitó la afonía y desde que se acabó el *sabbat*. Solo echo de menos una cosa, el sueño. Pero el tiempo es avaro y quiero verlo todo. Esta noche estoy completamente agotada; habiendo tomado nota de mi mala disposición cuando salimos en grupo, han decidido que vaya sola a visitar los sitios que quiero ver. Así que hoy he ido con Youra a diez kilómetros de Moscú, a la antigua residencia de verano de los zares. Luego hemos recorrido todas las iglesias de Moscú —¡y cuidado que hay iglesias!—, el cementerio donde Gógol, Chéjov, Prokófiev, la mujer de Stalin, Ermolova, etc., están coquetamente enterrados, todos revueltos, en un jardín adorable. Luego, por fin, fuimos a ver la casa de Tolstói y la casa donde nació Dostoievski. Aquí tienes un pensamiento del jardín de Tolstói que tuvo la gentileza de disponer que me regalasen antes de que haya podido dejar mi rosa en su tumba en Yásnaia Poliana. Hay algunas personas que saben vivir incluso mucho tiempo después de muertas.

Ayer fui a ver el mausoleo. Lenin estaba muy guapo. Mañana, me voy a las nueve de la mañana a Zagorsk; pero ya te lo contaré todo cuando vuelva si quieres.

Sigo despertando la pasión rusa en todos los sectores. *Pravda* habla largo y tendido de mí y felicita a Francia por tener semejante actriz; y algunas mañanas me encuentro arrodilladas en mi habitación a muchachas que me besan los pies y no consigo que se levanten. Entonces me arrodillo ante ellas y lloran en mis brazos.

En el teatro, las ovaciones duran tanto como un acto y, cuando salgo del

escenario, me duelen las mejillas de tanto sonreír.

Todo esto es muy enternecedor y estoy profundamente conmovida. Me digo también que algo de talento debo de tener para cruzar así las fronteras sin que me anuncien. ¡Gracias sean dadas al cielo!

Bueno, cariño, te dejo. Esta noche no trabajo, pero voy a ver unos ballets. Por lo demás, estoy demasiado atontada para escribir como es debido.

Perdóname. No vuelvas a decirme que te mando una carta de vestíbulo de estación; sabes perfectamente que no puedo hacerlo todo a un tiempo y si me empeño tan rabiosamente en instruirme es en gran parte para agradarte, mi dueño y señor.

Soy casta como Diana. Mi único sueño voluptuoso es dormir, y bebo agua o un poco de cerveza.

Me gustan los demás de la compañía; este viaje a Moscú me ha enseñado a quererlos más y mejor.

Y me digo que pronto llegará Leningrado, luego Escandinavia y, por fin, tú. Intenta escribirme cartas algo más largas ahora que te has quedado libre de una de tus tareas. Tu carta del 17 me llegó el 21. ¡Así que ánimo!

¿Aún me quieres? ¿Piensas a menudo en mí? ¿Directamente o de forma indirecta? Di, habla, hazme entrar en calor. Aquí hace un frío helador, ya está cayendo aguanieve y pronto estaremos todo bajo el sudario del invierno.

Te quiero, amor mío. Me siento desde hace una temporada un poco sola debido a tus ocupaciones. Ahora vuélvete un poco hacia mí.

Te beso con toda mi alma hispanorrusa, a la francesa.

M.

722 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[823]

30 de septiembre de 1956

LLEGADO BIEN LENINGRADO RECIBIDO CARTA 23 ESCRIBIRÉ CARTA LARGA MAÑANA AGOTADA Y NOSTÁLGICA

723 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Leningrado, 1 de octubre [de 1956]

Querido amor mío:

Siempre creo que voy a poder escribirte cartas largas y siempre me encuentro pillada entre los ensayos, las representaciones, los paseos, las visitas, los espectáculos, etc.

Lo amontono todo revuelto y, a la vuelta, te lo contaré todo con detalle. De aquí a entonces, quiero limitarme a las noticias y a las impresiones generales.

Desde que me fui de París, este es el primer día que vuelvo a encontrarme un poco a mí misma; creo que se debe a la ciudad de Leningrado. La he recorrido esta mañana y ya lamento quedarme tan poco tiempo.

Moscú acabó con mi gusto por la vida. Hay dos cosas que no se pueden soportar a un tiempo: la fealdad y la apatía. Hasta ahora me he pasado el tiempo en la URSS buscando a Rusia a través del comunismo y al comunismo a través de Rusia: no he encontrado ni a uno ni a otra hasta el día de hoy, aparte, por supuesto, de la vieja casita de Tolstói en Moscú y Yásnaia Poliana. Fuera de esos sitios, R[usia] estaba en el museo y el com[unismo], en las exposiciones

En Leningrado todo cambia, el decorado cobra vida y de la gente tira, me parece, la elocuencia del decorado. En Yásnaia Poliana aún sigue reinando Tolstói de una forma estremecedora. No paré de acordarme de ti en ese parque extraordinario, ante ese hermoso escritorio, ante el pupitre en el que escribía de pie, ante las dos velas que apagó personalmente antes de huir, ante su camita de hierro, el diván en que había nacido y que se llevaba a todas partes, ante sus pesas, sus aperos de labor y de trabajo, sus retratos, sus muebles, su ropa (algo embarazosa por la vida desaparecida), ante su preciosa tumba, arrojada al pie de un largo abedul en un lugar escogido por él (que sabía lo que se hacía), donde la naturaleza adquiere el aspecto de una catedral, el único monumento que se construyó en su memoria. ¡Qué sitio admirable! ¡Y cuánto te eché de menos!

Pero ya te contaré, ya te contaré. No puedo hacerlo todo y adelgazo, adelgazo. No importa. Se acerca el tiempo que debe volver a reunirnos y voy a recuperar al fin veladas enteras de dulces paliques, de dulce ternura y las tumultuosas tormentas de nuestro amor.

Recibí tu carta del 23, amor mío; me reí y se me oprimió el corazón, desde hace mucho las ausencias y las ocupaciones de ambos solo me permitían contigo una camaradería abstracta y algo así como una fidelidad tozuda. Te echaba de menos de todas las formas posibles y ni siquiera sabía ya cómo ayudarte salvo con mi espera. Ahora has vuelto de nuevo y he aquí que regresas triunfador. Yo también, cariño, te traigo una chica triunfadora. No sé cómo irán las cosas en Leningrado, pero no puedo quejarme del público de Moscú; pocas veces le he llegado a la gente de forma tan directa y tan honda. Y en este caso era algo sincero.

Volveré a escribirte antes de irme de Leningrado seguramente; espero que hayas recibido la carta que te mandé por la valija diplomática y no entiendo que los telegramas que envié a Les Mathurins no os llegasen; también te

mandé dos postales, pero por lo visto esas tardan mucho más en llegar a su destino.

Son las cinco. A las seis un grupo de estudiantes viene a verme y luego voy al teatro. Así que tengo que arreglarme y que dejarte. Perdóname otra vez esta carta informe. En cuanto quiero hablar claramente, siento la necesidad de mucho tiempo libre y me parece difícil de aquí al final de la gira compaginar mi curiosidad y mis ratos de ocio.

Apunto, apunto con frecuencia para contarte luego; y me trago, devoro todo cuanto puedo ver, a falta (¡ay!) de una buena paella.

Siempre ocurre que cuando puedes hablarme me es imposible contestarte y quién sabe si no será esa una de las bases de nuestro maravilloso secreto. Sí, amor mío, la vida es dolorosa y es maravillosa. Había creído perderla un poco de vista estas últimas semanas. Tu carta, Yásnaia Poliana y Leningrado me confirman una vez más que le es fiel a quienes la aman con pasión. ¡Ah, rápido!, que la recupere por fin entera entre tus brazos. Te quiero hermoso admirador mío. Tu desterrada.

M. V.

Recuerdos a todo el mundo.

724 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

1 de octubre de 1956

Querido amor mío:

Recibí esta mañana tu telegrama de Leningrado. Había recibido el sábado por la mañana tu carta del 23. Había tardado una semana en llegarme (igual que la mía, si lo he entendido bien). Somos unos autores de éxito, tenemos

muchos lectores. ¡Qué bien! Lo malo es que me da la impresión de que escribimos para nada, en la oscuridad, sin que nuestras cartas se respondan. Esa debe de ser la perfección histórica: la condena al monólogo. Monologuemos, pues. Pero estoy deseando tenerte a mi lado otra vez. No te rusifiques demasiado. Te quiero española desde hace doce años, y yo, hijo espiritual de Tolstói y de Dostoievski, he dejado de creer en su posteridad. Una única esperanza: si el pueblo ruso te quiere y te ovaciona está aplaudiendo la calidez, la verdad viva, la luz, la libertad del genio, ese que yo admiro y quiero de toda la vida.

El *Réquiem* va de maravilla, la única obra a la que le pasa eso en París. Rechazamos público, hay atascos, se mezclan aplausos con «hurras», la crítica delira y la gente llora. Es la victoria del teatro de participación sobre el distanciamiento. A decir verdad, es un éxito desproporcionado y los actores y yo nos reímos, con un poquito de sorna. Pero ya sabes cómo es París. Sin embargo, *Los justos* valían más que esta obra, me parece.

¿Qué es de mi vida? Como la gripe se ha sumado al cansancio y al vacío después del trabajo, estoy más bien agotado y colaboran tu ausencia y lo que tarda el correo para que me note bastante desvalido. Me siento solo, incapaz de reanudar el trabajo, con ganas de salir huyendo, o de cogerme una borrachera de muerte. Debería estar contento, y lo estoy, del éxito de mi primera empresa teatral en París, y, sin embargo, estoy mortalmente triste y ajeno. Solo tengo ganas de que me arropen, querría que volvieras y que nos arrimásemos mucho. Sí, te echo en falta, maldigo la distancia y las doctrinas, ando errático, sin ti.

Pero me digo que eres feliz en cierta forma y me alegro.

Cuando puedas escribirme de verdad, hazlo, te lo ruego, y de aquí a entonces, mira, vive, disfruta de lo que se te brinda. Yo querría dormir y olvidar, volver a encontrarme a mí mismo un poco. Voy a intentar hacerlo

para recibirte dentro de veinte días, dentro de un siglo. Desde hace tres días hay una tormenta muda sobre París. Si estallase, me parece que yo explotaría hacia ti, pese a las llanuras y las montañas que nos separan.

Hasta pronto, querido amor mío. Envidio a los leningradenses, te verán esta noche. Y yo sueño contigo y te anhelo, y te echo de menos, santa Maria, protectora, refugio, amante y reina mía. Te beso con todas mis fuerzas.

A.

Sé Diana, pero solo hasta el 20.

725 — María Casares a Albert Camus

Jueves 4 [de octubre de 1956]

Cariño mío, unas palabritas que llegarán seguramente algo antes que por correo. Guy Saint-Jean nos deja (¡ay, qué hombre tan venturoso!) para reunirse con vosotros.

Me entero por todas partes de tu éxito y de la maravillosa acogida que París le ha dado al *Réquiem* y en todas las ocasiones me quedo encantada. ¿Qué quieres? ¡Habrá que ser feliz!

Desde mi última carta han transcurrido dos o tres días en algo así como un ataque de abatimiento casi imposible de superar. Decidí en el acto dormir para prevenir malos resultados, y después de dormir tres noches diez horas cada una empiezo a recuperar un poco el sentido del humor y la salud.

Al llegar a Helsinki te escribiré largo y tendido; hoy solo quiero mandarte un saludito colmado de amistad y de amor.

Escríbeme. Solo he recibido una carta larga tuya y si supieras el bien que

me ha hecho no vacilarías en repetir el esfuerzo. Escríbeme; tengo una necesidad apremiante de ti. No me olvides. Escríbeme a Helsinki, allí al menos sé que llegará el correo.

Besos para todo el mundo. Te beso

M.

726 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[824]

Lunes 8 de octubre [de 1956]

Querido, queridísimo amor mío:

Marc me dio ayer por fin esa nota tuya que enviaste con Guy Saint-Jean. Estaba desconsolado por no recibir noticias y maldecía este viaje y a Rusia. La gripe, que se había injertado en el cansancio de los últimos ensayos, me ha tenido exhausto quince días, en los que no he podido hacer nada. Con lo que los ánimos no han ido a mejor y he notado cruelmente la necesidad de tu presencia. Pero ese correo interminable, ese país imbécil (¡pensar que el día 4 no habías recibido aún mi carta, que respondía a la tuya!), la falta de noticias, todo eso era desmoralizador.

Algo beneficioso hay, sin embargo, en la entraña de esta pequeña desgracia, y es que he notado aún mejor y he entendido lo que eras para mí, hasta qué punto lo tenías reunido todo en ti para mí, para mi alegría, para mi fuerza vital, para mi felicidad sencillamente. Escríbeme mucho y libremente desde Helsinki, país sin censura y que no pretende dar lecciones al resto del mundo. Y no me olvides demasiado. Me hablas de amor y de amistad. No sientas demasiada amistad por mí y no dejes de quererme. Si tuviera que elegir entre el mundo entero y tú, te preferiría a ti a la vida y al cielo.

Me he alegrado de tu éxito, único consuelo, en este destierro. El (éxito) del *Réquiem* sigue. Ya te lo contaré cuando vuelvas; y, por lo demás, ya estoy harto de esta obra y de esta historia. Me gustaría mucho volver a dirigir, pero hay amargura en hacerlo sin ti.

Estoy terminando (otra vez) mis relatos, que voy a entregar a finales de semana en Gallimard.[825] Luego, empiezo con la novela,[826] miedo me da. Me proponen Angers, me presionan para que acepte. Como dice Marchat, refiriéndose al *Réquiem*, «me alegra pensar que a Marcel le habría gustado este espectáculo». Bien podría haberse ocupado más bien de darle esa alegría a una sombra que hace mucho que abandonó este teatro. Pero Angers, claro, es Angers, y me esperan y yo tengo *baraka* (esa *baraka* son setenta ensayos), etc., etc. Todavía no he contestado, tengo dudas y mucha necesidad de tu consejo. Esperaré a que vuelvas.

Hace frío. Hemos pasado sin transición de un verano tormentoso a un invierno destemplado. El mundo está loco y me apetecen luz y felicidad. Estos días me acuerdo de nuestro Aviñón, de la dulce y fuerte vida que comparto contigo, de todo cuanto te debo, que no se agotará, y de nuestro amor tan milagroso en su solidez que lleva años asombrándome, con arrobo, con agradecimiento, con orgullo. Pero tu ausencia resulta dura, sobre todo cuando yo estoy perdiendo velocidad. He pasado días vacíos, olvidándome de todo y de mí mismo, como un sonámbulo. Supongo, por lo demás, que el ambiente de la obra me iba siguiendo todavía (al final éramos todos un poco virginianos neuróticos). Pero vas a volver y, contigo, la vida, el invierno arderá, hará calor en noviembre, eres mi calor, el verano perpetuo, mi amor inagotable.

Sé una finlandesa feliz y triunfante. Pero sobre todo escribe, escribe, te lo pido, no me dejes solo y triste. Ayer, tu carta disipó las lluvias, me iluminó

la velada. Quiéreme siempre, no me destierres nunca. Te espero, perfecta mía, princesa mía, deliciosa mía, y te quiero.

A.

9 de octubre

Vuelvo a abrir la carta porque acabo de recibir la que me enviaste desde Leningrado el día 2. Me llega varios días después de la que pusiste en manos del servicio de correos privado. Es concluyente. Pero, en fin, tengo noticias, puedo imaginarte. Sobre todo espero tu vuelta. He mejorado físicamente y vuelvo poco a poco a estar en forma. Los ánimos siguen tambaleantes: ellos también te esperan. Añado aquí una cola de besos para mi negro y espléndido cometa.

727 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Helsinki, 10 de octubre [de 1956]

Querido amor mío:

No, aún no estoy en condiciones de escribirte la larga carta que me he prometido escribirte al llegar a Finlandia. Desde ayer he recuperado un tanto un aire respirable, pero la URSS me ha quitado por completo la fuerza y aún me paseo con paso de convaleciente.

No podía ser de otra forma; me puse mala en Leningrado y tuve que estar en cama dos días. Dos vasos de vodka bastaron para dar rienda suelta a oleadas de bilis que llevaba un mes conteniendo en lo hondo de mi ira y de mi pena. Este viaje a Moscú y a Leningrado ha sido de mucha riqueza, de

muchísima riqueza incluso. Todavía estoy intentado ordenar mis múltiples y complejas impresiones, pero la pasión prevalece y me enturbia aún toda visión clara y objetiva. Solo sé que he sentido pena, una pena inmensa y pasmada.

Y eso que, Dios mío, personalmente nunca me han recibido en ninguna parte como me han recibido en Rusia, nunca he tenido la impresión de llegar tan sencilla y directamente a tantos corazones; por desgracia incluso ese sentimiento se me ha vuelto un poco doloroso y no dejo de oír las últimas palabras de una joven aprendiza de actriz de Leningrado: «Señora, vuelva a nosotros, devuélvanos esa vida que usted tiene. Yo ya no sé cómo trabajar, cómo vivir y lo único que hago ya es esperar». Se trataba de una muchacha de veintitrés años. Sí, cariño, creo que hemos levantado una tapadera sin saberlo, y quizá yo más particularmente que los demás.

Se podría escribir todo un libro con gracia si se tuviera empeño en conservar el sentido del humor, pero el humor, incluso por muy negro que sea, se vuelve pura frivolidad en el estado en que me encuentro.

En la primera estación finlandesa, Colet, el segundo electricista, nos estaba esperando en el andén. Se había ido antes que nosotros para vigilar el material y nos estaba esperando para gritarnos a través de los cristales: «¡Es maravilloso, chicos, un país de libertad! ¡La cárcel está cerrada!». No pude sacar valor para alegrarme.

Aquí la gente es exquisita. Cené ayer y he comido hoy con el director del teatro que nos acoge. Ya lo conocía; vino a verme al teatro Hébertot cuando se representaron *Los justos*: por entonces quería que fuera a actuar en francés en Finlandia con una compañía que hablaba finés; dije que no, naturalmente. Hemos hablado largo y tendido de la URSS y decía continuamente: «Todo es muy raro».

Esta noche voy a ver *Los siete hermanos*,[827] una obra popular

finlandesa; por eso dispongo de poco tiempo para escribirte.

Tengo insomnio, lloro continuamente, adelgazo; como ves, vivo mal lejos de ti y dentro de quince días vas a encontrarte con una menudencia. ¡Dentro de quince días!… ¿Es posible?

Pero no te preocupes demasiado. Me gustan demasiado la vida y la felicidad para no olvidar enseguida o, peor aún, para no sacarle partido a la desdicha. Quizá los países del norte me traigan algo de calma; quizá vaya a encontrar en ellos algo de vitalidad; pero, de todas formas, ya solo el hecho de volver a verte me devolverá, estoy segura, la salud del corazón, de la mente y del cuerpo que ahora me parece haber perdido para siempre.

Hice bien aceptando esta gira por la URSS; si tuviera que vivir allí, viviría como Dora Brillant, desde luego. Lejos, no quiero que se me olviden nunca las cosas que me han enseñado en nombre de la libertad, de la felicidad y de la fraternidad.

Perdóname esta carta triste, cariño. Eres el único que puede entender hasta qué punto el espectáculo de la auténtica miseria ha podido trastornarme. Eso no es todo; me ha hecho querer a los rusos, que en general, normalmente, no deberían sino irritarme.

Oh, tú, caritativo, clarividente, hermoso dueño y señor mío, muy refinado príncipe mío, disponte a curarme, llego enseguida a tus brazos.

M.

728 — María Casares a Albert Camus

12 de octubre [de 1956]

Querido amor mío:

Una vez más te pido perdón por mi última carta; pero una vez más —es la enésima desde que salí de París— no podía aguantarlo y, mientras te escribía, sollozaba como una niña. Ayer recibí tu carta, en la que estás presente en cada sílaba y ya me parece que la curación se acerca. Has restaurado el equilibrio y ya solo padezco un antiguo cansancio que reconozco bien; es ya un adelanto considerable.

Estoy pisando otra vez un suelo firme, el de la buena y clara tristeza negra y blanca que un antepasado mediterráneo extravió por mi sangre celta. Esta noche he rezado, brevemente, pero con todo el corazón.

Si hasta ahora te he hablado a menudo de amistad en mis cartas es porque, de hecho, me muero de sed de fraternidad; pero sobre todo te tendría que haber hablado de la patria durante estos días eternos en que el mordisco del destierro se me había vuelto insoportable. Perdida en la entraña de la Rusia soviética, rodeada de una panda de niños tontos y mimados, educados como cerdos, exhausta de emociones y cansancio, solo soñaba ya con el puerto, con tus dos brazos rodeándome e incluso el amor me parecía algo fútil. De propina, por primera vez me ha fallado un poco la salud y las gripes intestinales llegaban tras las afonías y los problemas de hígado. Asqueada por la comida, había acabado por limitarme a las rebanadas de pan con mantequilla; largos insomnios me hacían temer por mi razón y era imposible descansar durante el día. Ya ves, querido amor mío, que mi flaqueza puede contar con unas cuantas excusas y que las fuerzas que me quedaban no pudiera ya utilizarlas sino en gritar mi ira, en llorar mi pena y en soñar con una calidez generosa, fraterna, sólida y libre.

Pero no temas nada; basta con una carta en la que te recupero, basta con que me imagine por fin, con que caiga en la cuenta de que llega la hora que va a reunirnos y nace el deseo del deseo. Sí, es la primera vez en mi vida en

que han conseguido convencerme de que el amor, el deseo, el alegre intercambio son un lujo. ¡Curiosa victoria!

Pero dejemos esto ahora y hablemos de ti. Ya me había enterado del triunfo del *Réquiem* en Moscú y en Leningrado. Nicole Seigneur me había mandado la crítica de [Jean-Jacques] Gautier; te felicito, entre paréntesis, por haber sido consagrado como «buen escritor» por una lumbrera. Dominique me había hablado de ello en sus cartas y la mujer de uno de nuestros electricistas le había escrito a su marido al respecto; pero en Helsinki he podido leer *Les Nouvelles Littéraires* y oír a las mujeres de algunos de nuestros actores, recién llegadas de París, elogiar la representación y su éxito. También he recibido una larga carta de Léone, siempre agradable y siempre apasionadamente ciega, y una notita de Lucienne Wattier. Estoy que reviento de orgullo y se me hace difícil ponerme en la cara esa dulce expresión de modestia de la que, sin embargo, tengo práctica. Por supuesto, con el placer se me mezcla un aroma a nostalgia, pero estoy hondamente convencida de que ha sido muy bueno desde todos los puntos de vista que yo no figurase en tu reparto y creo que la obra habría tenido menos éxito si hubiera interpretado yo el papel de Catherine. Estoy segura de que me entenderás; en tu fuero interno, tu aguda clarividencia, tu sabio conocimiento del corazón humano y del público parisino me dan la razón en esto que digo.

En lo referido a Angers, no necesito esperar a mi regreso para decirte lo que pienso. No creo que en esa época, el trabajo del festival, por muy agobiante que sea, pueda perjudicar la incipiente preparación de tu libro. Más adelante, cuando estés más implicado en la obra, te costará más distraerte de ella. Por tanto, me parece que si puedes escoger la obra teatral, el equipo, el programa, y contar con los medios y con el tiempo que necesitas para llevar a buen puesto las representaciones, debes aceptar

hacerlo. El sitio es magnífico y no deja de llamarte. El teatro, en general, necesita un hombre como tú y tú necesitas de vez en cuando el extraño horizonte, ardiente y gélido a un tiempo, pero caluroso del teatro.

Adelante, pues, querido amor mío. Cuando imagino que pronto voy a recuperar tu rostro exaltado, tan tierno y cambiante, tan joven y tan obnubilado de los ensayos, me enternezco; cuando vas al teatro es para mí como si hiciéramos un viaje juntos por todas mis Españas.

Y, hablando de Españas, acabo de recibir una carta de Ángeles que, de entrada, me ha dejado espantada: estaba escrita en un papel con orla de luto. No pasaba nada: al leerla me enteré de que acababa de llegar a París y de que sentía tan cansada (¡!) que no había tenido ánimos para salir a comprar un bloc. Añade, por lo demás, que «ya se ha acabado el buen tiempo», ¡y se atreve a decirme eso a mí! ¿Quieres tener la amabilidad de pasar a verla y tirarle de las orejas de mi parte? Luego le das un beso; da besos a todos, a ella, a Juan y a Quat'sous.

Bueno, querido amor mío, te dejo. Tengo que escribir unas cuantas postales que van a evitarme otras tantas cartas, y vestirme luego (¡otra vez de marrón glasé!) para asistir a una recepción en la embajada. Ayer vi *Ifigenia en Áulide* interpretada por una compañía finlandesa y aún sueño con el fogoso Aquiles que consiguió no mover más que el meñique de mano derecha durante toda la representación.

Hasta pasado mañana, mi dueño y señor. Te quiero; lejos de ti creía que vivía mal, pero no es cierto. Lejos de ti ya no sé vivir en absoluto. Escríbeme largo y tendido o brevemente, pero escríbeme a menudo; basta con tus sobres para iluminar mis días polares.

Te beso con toda el alma.

M. V.

729 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[828]

15 de octubre [de 1956]

Me voy de Helsinki dentro de media hora y todavía no he comido.

La contrariedad le ha cedido el sitio a la pena. Pronto la reacción, y luego la vida. Te espero en esta hora en la que vuelvo a empezar a creer y te beso muy muy fuerte.

M. V.

730 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[829]

16 de octubre [de 1956]

Un saludito desde Estocolmo. Desde el amanecer estoy mirando salir el sol sobre las islas de los mares del Norte y sueño con Mediterráneos.

En fin, de todas formas estaban las gaviotas y la aurora tenía dedos de rosa. Así que me siento mejor.

Hasta mañana en Copenhague.

Mil cariños.

M. V.

731 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

17 de octubre de 1956

Querido amor mío:

Qué dulces me han resultado tus cartas de Helsinki. Pero estoy consternado y preocupado al saberte mal de salud. Intenta al final de la gira ahorrar fuerzas. Descansarás algo más aquí. Si el comienzo de los ensayos de *Platónov* cayera a bastante distancia de tu regreso, a lo mejor podríamos irnos juntos ocho o diez días. Yo también necesito reposo según mi médico (nada preocupante, gripe + cansancio, eso es todo) y sería un alto tranquilo antes de volver a meterse en un año que de nuevo va a separarnos mucho. Debería haberme marchado antes, pero he ido arrastrando tanto desasosiego físico y anímico después de la obra que el simple esfuerzo de marcharme me resultaba imposible.

Todavía hoy, aunque las cosas vayan mejor, me cuesta trabajar. Salgo muy poco (aunque he visto varias obras, a la caza, en vano, de nuevos actores), y vivo mucho en mi torre de Chanaleilles, igual que un oso.

No te disculpes por haber hablado de amistad. Soy también tu amigo y, al llegar a cierto grado de mutuo calor, los corazones se funden juntos en algo que ya no tiene nombre, donde los límites desaparecen, y las diferencias, algo que hace pensar en lo que podría ser la eternidad si esa palabra pudiera tener sentido. Hace tiempo, en lo más fuerte de la pasión y de la exigencia, también luchaba contra ti, contra tu presencia en mi vida. Y ahora si intento imaginar esa vida sin ti, o cuando la vivo yo solo, me siento mutilado. Hace mucho que he dejado de luchar contra ti y que sé que, ocurra lo que ocurra, viviremos y moriremos juntos.

He llamado varias veces a Ángeles y voy a verla mañana. Los tres están bien. Todo el mundo te espera. Y yo también te espero y empiezo a creer en tu regreso, a imaginarlo dentro de diez días. Confírmame tu llegada el viernes o el sábado por la noche (26 o 27) y la hora en Orly. Iré a buscarte.

Sí, iré a buscarte y, al pensarlo, vuelvo a sentirme joven y fuerte y se me derrite el corazón. Vuelve, reina de los polos, deja tus banquisas, África te espera. Te beso tropicalmente.

A.

732 — María Casares a Albert Camus

20 de octubre [de 1956]

Querido amor mío:

Unas líneas antes de irme de Copenhague. He recibido hoy tu carta, suave como la lana del cordero místico.

No te preocupes por mi salud; estoy segura de que mi regreso va a ponerlo todo en su sitio y no hay ni una de las múltiples indisposiciones que he padecido que no proceda de la ira, de la rabia, del desconsuelo o de la morriña.

Todavía sigo llena de prurito. Es una enfermedad benigna, pero muy incómoda cuando se está de gira y temo el comienzo del *sabbat* que, en mi opinión, debe terminar con ello o, por el contrario, incendiarlo todo. De momento los granitos están todavía pálidos y todavía no estoy hinchada. Sigo un régimen estricto, pero difícil de conseguir en las condiciones en que vivo y me las sigo dando de Sarah en las embajadas exigiendo un menú especial.

Aquí el *Triunfo* ha causado sensación. Hoy he ido a Elsinor, pero a estas alturas no sé ya diferenciar lo hermoso de lo espantoso, los mostradores de los faroles, las mujeres de los urinarios. He alcanzado el estado de estupidez

absoluta. Solo sé una cosa: que si se te ocurre llamarme reina o súbdito de las banquisas polares te dejo en el sitio.

Te escribiré desde Oslo, amor mío, dándote la fecha y los detalles de mi llegada; todavía no los sé. Lo único que temo es que haya periodistas en el aeródromo. Voy a intentar conseguir información al respecto. Te quiero. Te adoro. Te idolatro

M. V.

¡Pensar que dentro de ocho días estaré en tus brazos con o sin prurito!

733 — Albert Camus a María Casares

22 de octubre [de 1956]

Espero, querido amor mío, que hayas recibido mi carta enviada a Copenhague. Tus quejas no eran justas, te había escrito igual que te he escrito continuamente durante este interminable viaje, con la sensación de que había que apoyarte, «iluminarte desde lejos para que no cayeras».[830] Y, sin embargo, mi tentación constante desde el 20 de septiembre ha sido la inercia, y en todas las ocasiones he tenido que ponerme firme para escribirte, aunque mi pensamiento no te haya dejado nunca. Te he necesitado también y maldigo estas largas separaciones. Pero esta va a concluir y es la última vez que te escribo.

Telegrafíame la hora y el día de llegada y si puedo ir a buscarte a Orly o si prefieres que te espere en Les Invalides.

También tu casa te espera. Los Jiménez están en forma. Juan ha encontrado trabajo. Este hombre peculiar me demuestra un gran afecto que

me sorprende en él y que me conmueve. Quat'sous ha adelgazado un poco, pero sigue elegante.

¡Ay!, estoy deseando verte. Tienes mucha razón al pensar, con tanto desahogo y frescura, que he nacido para ti. Nada me ha distraído de nosotros y «nosotros» más bien me impediría distraerme de verdad. Tranquilízate, gloriosa mía, victoria mía. El único contratiempo es la depresión en que me hallo. Pero estoy empezando a mejorar y tú harás el resto. Vamos, un esfuerzo más, una paciencia más, el corazón atento y ya está aquí la recompensa. Pero no te retrases más, te lo ruego. Te beso con todo mi amor.

AC.

Cuídate. No caigas en la tentación y sigue un régimen estricto. Te quiero.

1 de la tarde

Recibo ahora mismo tu segunda carta de Copenhague. Sobre todo cuídate el prurito y ten cuidado. Me alegra este regreso. ¡Dentro de cuatro días! Empiezo ya a besarte.

734 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

24 de octubre [de 1956]

Querido amor mío:

Una última notita antes de volver a verte. Hoy he recibido tu carta del 22

y resulta que empieza a preocuparme mucho esa depresión que tienes; me lo esperaba, pero tenía la esperanza de que fuera más breve.

Yo me controlo a lo loco. El viaje de Copenhague a Oslo fue penoso porque el prurito había llegado al punto culminante, pero al día siguiente por la mañana me puse en manos de un médico noruego extraordinariamente simpático y original que me puso una inyección de calcio y me mandó tomar meticortelone. Es un medicamento de caballo, muy reciente y para el que he hecho un poco de cobaya, una droga que me ha tenido despierta dos días y dos noches en un estado eufórico y raro, pero a estas horas ya me ha quitado el prurito. Mañana tengo que volver a ir al médico y darle las gracias, aprovecharé para preguntarle si puedo volver a usar ese medicamento en cuanto se presente la ocasión o si es preferible que haga una cura de inyecciones intravenosas e intramusculares.

Por lo demás, este viaje acaba de una forma muy rara en el eterno crepúsculo noruego.

Aquí el cielo parece tener también un ataque de prurito y, pese a la calidad bienhechora del aire, creo que me moriría sin más si tuviera que vivir a la orilla de uno de estos lagos nórdicos, rodeados de esos paisajes encantados, careciendo de varita mágica y contemplando esos pulcros cochecitos que petrifican aún más el entrono cuando de tarde en tarde se deslizan por la carretera silenciosa. Pero ¿dónde se ha escondido el viento y qué es el sol?

Curiosa, curiosa odisea. El extrañamiento fue tan largo y tan seguido que ya no sé si los sitios me son ajenos o si me siento yo ajena a mí misma. Esta larga excursión que empezó con ira, con sublevación, con asco físico y con compasión suprema acaba con estupefacción y, cuando pienso que al volver a París solo tendré dos días de completa libertad, dos tristes días para volver a hacer pie, para recuperar el resuello, para recuperarme un poco a mí

misma, se me suben las lágrimas a los ojos. Pero no puedo echarle la culpa a nadie; a veces me sorprendo odiando tontamente a V[ilar], pero es un error. Es a mí a quien debería detestar en esto caso, soy la única responsable.

Por supuesto, todo esto es fecundo en conocimientos, en emociones, en experiencias; pero ya sabes lo apegada que estoy a la felicidad y, cuando me doy cuenta de que me he desviado de ella durante mes y medio por mi propia voluntad, le guardo rencor *naturalmente* al mundo entero.

No; soy demasiado impresionable para soportar durante mucho tiempo el destierro y la miseria; me ciño demasiado a lo que me rodea para vivir mucho tiempo en elementos contrarios a mi forma de ser y, cuando los demás no son sino unos estúpidos, yo me pongo enferma de cuerpo y alma. *Naturalmente* bendigo al cielo por haberme hecho así; pues, en lo hondo de mí misma, mi único terror me viene del aburrimiento y decididamente no estoy hecha para aburrirme. Por lo demás, con los defectos y con las virtudes se hace un poco lo que se quiere. Lo importante es conocerse bien y organizarse bien en la vida para hacerlo lo mejor posible; si mi Dios me ayuda, a lo mejor consigo un buen resultado antes de morirme.

Bueno, a otra cosa. Ayer le pedí a Vilar que me enviase a París el vienes en vez del sábado. Puse de pretexto la presencia en el aeródromo de los noticiarios y de los periodistas que nos han anunciado; le dije que me parecía preferible eludirlos porque me resulta imposible mentir y que vale más que no vea a nadie exponiéndome a que me pregunten mis impresiones. Va a hablarle de ello a Rouvet hoy y esta noche sabré la fecha y la hora a las que llego; te pondré un telegrama inmediatamente. Si tengo que tomar el mismo avión que ellos, a lo mejor podrías, pese a todo, ir a Le Bourget y mandar a Ángeles de exploradora. Me las apañaría para darle esquinazo a todo el mundo y para llegar al coche sola, y nos largaríamos. Si

te molesta o si temes que te reconozcan, pese a todo (llegamos a las once de la noche), esperadme en casa, haré que me lleven Rouvet, Vilar o el autocar del TNP.

Por consiguiente, si me voy el sábado con ellos, llego a Le Bourget a las once de la noche en un avión que viene de Copenhague, donde tenemos que hacer una parada. Allí, miraré a ver si veo a Ángeles y me las apañaré con ella si está; si no la veo, me largo directamente a casa.

Si, por suerte, puedo irme pasado mañana, pondré en el telegrama la hora y el aeródromo de llegada. En ese caso, no habrá ningún riesgo.

He aquí, querido amor mío, las últimas líneas de esta interminable carta abstracta que tengo la impresión de estar escribiéndote desde que me fui de París. He aquí que por fin se abre la cárcel; espero el milagro, siempre renovado, de tu presencia. Espero la vida con todas las fuerzas que me quedan y, cuando pienso que este mal sueño está llegando al final, me parece que esas fuerzas me multiplican hasta el infinito. Ah, ¿cómo es posible que seres como tú desaparezcan algún día de este mundo? Qué sería de la existencia sin tu rostro, sin tu mirada, sin tu calidez clarividente, sin tu amor.

Te quiero. Hasta pasado mañana o, como mucho, hasta el sábado. Ya te estoy besando.

M. V.

735 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[831]

25 de octubre de 1956

LLEGO SOLA VIERNES 23.05 H ORLY SUR NO DIVULGAR LLAMA

ÁNGELES MIL CARIÑOS MARIA

736 — Albert Camus a María Casares[832]

[3 de noviembre de 1956]

¡Triunfa sin mí, y con mi corazón!

A.

737 — Albert Camus a María Casares[833]

[25 de diciembre de 1956]

Feliz Navidad y triunfo para mi marquesito

738 — Albert Camus a María Casares

[sin fecha]

El río es y es la roca
Ha de lavar y secar nuestras llagas
Del tormento de la muerte ha de librarnos
Gracias, Señor.

1957

739 — Albert Camus a María Casares

[1 de enero de 1957]

¡Feliz y glorioso
año a mi única!

[dibujo de un sol] 1957

740 —ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 29 de enero de 1957, 7 de la tarde

Ángel mío y amor mío, por fin un rato libre en que puedo escribirte. He dejado *mi* papel ayer por la tarde y Andrieu,[834] a quien conoces, se ha hecho cargo de él tras veinticuatro horas de ensayos, a trancas y barrancas y más bien a barrancas que a trancas. Pese a todo, hemos salvado cuatro recaudaciones gracias a mis años juveniles de actor y, en vista de eso, Radifé me ha mandado caviar y vodka. Yo llevaba veinte años sin pisar un escenario. ¡Curiosa impresión y más bien melancólica!

Afortunadamente había digerido por completo la gripe y estaba en excelente forma física. Hoy he vuelto al trabajo.

Marc tiene una fractura seria. Mes y medio de escayola. Pero creemos que dentro de diez días podrá volver al papel cojeando y con bastón, con lo

que resultará más interesante. Perrot ha asumido el papel con su estilo nervioso y atáxico. Puede pasar de momento.

Hasta aquí las noticias del *Réquiem*. Te adjunto la carta tan cartesiana de tu jefe, quien por lo demás tiene parte de razón, pero a quien me siento tentado, como sabes, de hacerle el reproche contrario.

En París hace un tiempo frío y seco. También hace un tiempo vacío desde que te fuiste. Llamé a la señora[835] Nobel ayer y me enteré de que el joven aún no se había ido de la habitación del séptimo. Le vamos a meter prisa. Pero eso no quita para que se retrasen las obras.

Me preocupan tu salud y estas semanas de cansancio. Y ahora que la vida renace en mí te echo aún más de menos y querría tenerte, vivaz y deleitable, a mi lado. Pero es cierto que nos parecemos en esta forma de aceptar siempre lo que llega. El amor, que no puede crecer más, se hace más hondo entre nosotros y nos une con esa hermosa calidez incesante que me vuelve al corazón cada vez que pienso en ti. Sigue vivo, fácil, orgulloso, inquebrantable. Es el amor. Pese a todo, falta mucho para la primavera, falta mucho y mi cuarto está vacío, mi amor está ausente, mi ángel vuela por los cielos belgas. Tu africano se impacienta.

Tengo la esperanza de oírte mañana esa voz soñolienta que me gusta (a lo mejor me has llamado esta mañana, pero que no se te olvide que *los martes* estoy en el despacho). Y a lo mejor también, cuando esos hombres del norte se harten de su Sarah, recuperaré, por una noche al menos, a mi Maria. Cánsate lo menos posible, defiéndete contra la invasión y resérvame ese hermoso corazón tuyo lluvia y sol, esa mirada tuya que me gusta. Beso tu tierna boca reticente y el dulce flanco en que descanso. Te quiero.

A.

741 — Albert Camus a María Casares

Lunes 25 de febrero de 1957,
10 y media de la noche

Ni escribís ni llamáis, Reina mía, y me cuesta creer que vuestra apolillada corte os absorba tanto. Supongo naturalmente que vas a llamar mañana por la mañana por haber olvidado que tu súbdito da el callo arduamente los martes, al servicio del principal editor de Francia. Si al menos supiera en qué hoteles estás, podría probar suerte. Pero de eso nada; espero, paciente, como el perro Diego, que se quedaba, cuando yo no estaba, con la nariz metida en uno de mis zapatos hasta que volvía. A modo de zapato, tengo, desde que te fuiste, la nariz metida en mis malditas historias de pena de muerte y avanzo trabajosamente hacia el final de mi ensayo.[836] El hombre es una criatura repugnante, es un hecho, y tengo la esperanza de algo de aire y de luz y de un rostro tierno.

En cuanto a distracciones, he visto *El Adefesio*, de Alberti, abominablemente representada. Pero de todas formas es pacotilla, bisutería. Marc me ha dado su guion, que no he leído, y fui ayer por la tarde, con Bloch-Michel, a ver a ese amigo moribundo de quien te hablé. He reconocido el aspecto de Marcel [Herrand]; este también era un condenado a muerte. Era a cuarenta kilómetros de París, había llovido en toda la carretera, seguía lloviendo en un paisaje empapado mientras estábamos en esa habitación, dedicados a mentir con mucha naturalidad. ¡Qué tristes eran los suburbios a la vuelta!

Por la tarde vi en casa de Francine a un músico búlgaro que me explicó la nueva música: la música electrónica, sin partituras, sin notación, hecha a partir de sonidos desconocidos e imprevisibles en parte, que producen

aparatos electrónicos. Es una música que no agrada y, por lo visto, eso es lo que se pretende. Da igual, me interesó mucho.

Esta tarde se ha despejado por fin el cielo, tras días de lluvia, y le he abierto al sol la ventana. Me he sentido primaveral y he soñado con vacaciones contigo. La verdad es que todo me aburre salvo tú y mi trabajo. E incluso para este me esfuerzo con tanta penosidad [*sic*] que me doy pena. ¡Ojalá escribir fuera tan fácil como ser feliz a tu lado!

Dicho lo cual, ¿qué es de tu vida? ¿Te portas bien y con dignidad, lees entre los breves intervalos de las comidas? Te mando lectura y espero que la recibas a tiempo, al mismo tiempo que mi disgusto y mi marasmo cada vez que me encuentro tu sitio vacío al alcance de mi brazo. Tendrán que concluir por fuerza estos derroteros separados y que llegue el día de la reunión. Tengo empeño en celebrar mis sesenta años (¡en 1973!) y estoy completamente seguro de que estaré ese día tan exquisitamente emocionado como un Olmedo cualquiera. Entretanto, vuelve, ornato de Montparnasse y flor[837] de Vaugirard. Sí, te sigo queriendo con el mismo corazón y habría que darme un tajo en la carne para separarte de mí, alimento mío, pan y agua míos. Te beso solapadamente. Te como y te bebo.

ESCRIBE.

[dibujo de un sol] A.

Te han llamado (el Señor que te aconseja) para la declaración de la renta.

Si puedes dar instrucciones, llama. Si no, hablaremos con Cimura. El tío Sergio [Andión] le ha dicho a la tía Nobel que él no necesitaba pesetas. Ah, y mañana está en la radio el tío[838] Juan, que piensa en la muerte.

¡Mil soles sobre ti!

[dibujo de un sol]

742 — María Casares a Albert Camus

Jueves 28 de febrero [de 1957]

He intentado hablar con vos por teléfono, mi querido dueño y señor, pero era demasiado tarde y no había nadie para contestar a la llamada.

Hoy me he despertado en una habitación inundada de sol a orillas del Ródano, a eso de la una de la tarde. Todavía no he tenido ánimos para salir de mi torre sabiendo de antemano que la caída de la noche me expulsará de ella. Efectivamente, cuando desaparece el sol no me queda ya sino una enorme rama que intenta en vano recordarme la luz del día y solo consigue cegarme, una cama estrecha y algo así como un buró bien estudiado para contener él solo unos cajones grandes para la ropa interior, un escritorio, la radio y un reducto en forma de caja fuerte que encierra una toalla (¡!). Todo ello limpio, claro, impecable. Tendría que comprar una falda plisada, una blusa camisera de cuello redondo, que agenciarme una máquina de escribir pequeña, moderna, roja, y que esperar a un jefe; solo entonces quedaría entonada. Ayer, al llegar a Ginebra, recibí tu carta. Una vez más abrí impacientemente el sobre, una vez más esa buena calidez me dilató el corazón, una vez más sonreí con ternura, una vez más se me puso un nudo delicioso en la garganta y una vez más, con renovado asombro, di gracias al cielo y a la tierra por lo que la vida me tenía reservado. ¡Ah!, por mucho que se diga, por mucho que se piense con pasmo en el gran cajón lleno a

reventar de cartas de la calle de Vaugirard, hay que ver qué bueno es seguir recibiendo otras y, con el desorden del viaje, con el embrutecimiento del trabajo, con el atontamiento progresivo y desesperado que me amenaza durante estos meses de gira, no quedará de esta temporada más que una gran impresión de fascinación pasmada; y, de este mundo caótico, más que tu voz tranquilizadora por teléfono y la sonrisa que me aportan tus cartas. Me esfuerzo a veces, con Malembert, por ejemplo, en dar con la expresión que se bastaría por sí sola para nombrar nuestro amor, pero ¿cómo conseguir que se entienda este milagro perpetuo que es el nuestro y del que no es posible hablar sin suscitar miradas de simpatía, pero un tanto incrédulas? Conocemos acaso nosotros mismos en toda su extensión anchurosa, libre, generosa, lujuriante esta parte que es solo nuestra de la que tan orgullosos estamos y en la que nos sentimos tan libres que escogemos continuamente con plena voluntad y donde la desdicha, el placer, la alegría, la ira tienen siempre encanto, resplandeciente o melancólico, pero ¡qué encanto!

Escríbeme, cariño, en cuanto puedas; tarjetas, notitas, misivas, con el estilo que te venga bien. Incluso aunque me hables en lenguaje electrónico sabrás poner en él el aroma del olivo; y hallaré placer en él, incluso aunque no sea lo que debe ser.

He recibido tus libros; te adoro.

Estoy deseando que acabes con la pena de muerte y sus horrores; creo que tus días tendrán mayor claridad y, además, que dejarás de toparte con obstáculos que te impidan empezar la novela. Sé que te irrito al hablarte de esto, pero me importa un bledo.

Yo he acabado *Grandes esperanzas*.[839] Es en efecto un hermoso libro solapadamente conmovedor, solapadamente melancólico. No me creí nada ni por un momento mientras lo leía y me quedé perpleja cuando me topé

con la última página al caer en la cuenta de hasta qué punto todos los personajes vivían en mí.

También me he ido de «farra». Una farra de Lyon, otra farra de Grenoble y una última farra suiza. ¡Agobiante!

Ahora voy a reanudar la vida normal y sana; pero no creo que consiga trabajar; no tengo ya posibilidad alguna de concentración.

Bueno, dueño mío,[840] te dejo por hoy. Mañana por la mañana volveré a intentar tenerte al aparato, llamaré también a Ángeles para preguntarle por su hombre; ¡cuando me acuerdo de él, sentado en la cama, con la bufanda verde y azul por los hombros y el brazo tieso como una pata de palo, no puedo por menos de recordar al otro idiota de la película italiana que gritaba: *Lavoratori*![841]

Adiós, amor mío, te quiero.

Trabaja. Descansa. Llega la primavera. París va a estar hermoso y una de las grandes cosas que hay que hacer en la tierra —para mí la única quizá— la hemos hecho.

Me siento feliz mientras espero tranquilamente las Bodas de 1973.

M.

743 — Albert Camus a María Casares

9 de marzo de 1957, 4 de la tarde

Ni tu voz ni tu letra, tierna amiga mía. Y por todo alimento las espantosas lecturas y la espantosa compañía de los hombres que, juntos, legislan, cortan cabezas, se congratulan de ello y vuelven a empezar. Hace un tiempo

espléndido y me gustaría dar paseos, pero tengo que liquidar esto de una vez y tener terminado el lunes, al menos en lo principal, la redacción de mi ensayo. Tanto más cuanto que el 15 de marzo he aceptado hablar en la sala Wagram en un mitin por Hungría[842] y, por tanto, tengo que prepararme la intervención. Tanto más cuanto que debería haber terminado también mi texto de *El caballero de Olmedo*[843] a finales de mes. Me da vueltas la cabeza al ver todo este trabajo y que el tiempo va pasando. Me iré a descansar en abril y haré entonces las puestas en escena para empezar los ensayos en mayo. ¡Así que no empezaré la novela hasta julio! Entretanto estoy sumergido en la pena de muerte esta y me rebosa constantemente una sensación de mancilla.

Te mandaré el lunes *El exilio y el reino*, que habrá salido ese día. Tiene buena pinta, aunque me estremezco de antemano pensando en las bobadas a que va a dar pie. Pero, como decía el otro: «Escribir. Firmar. Silencio. Dignidad».

Me ha tranquilizado el diagnóstico de Lehmann; pero supongo, sin embargo, que la gira, en esas condiciones, te va a hacer aún menos gracia y estoy deseando saber que has vuelto. Es imprescindible que en julio o en agosto (o «y en agosto», si fuera posible) nos tomemos unas vacaciones felices y solitarias. Y luego…

Las cosas van mal con Les Mathurins, o más bien el Folies-del-Bósforo. Hemos cruzado cartas de puntualización y la última que he recibido me daba fe de que la señora se despedía con sus mejores deseos. Las tareas del festival van a empezar en ese ambiente de sano regocijo, si es que empiezan.

Y tú, tú, lejana, ausente, errabunda, siempre a la orilla de mi pensamiento durante todos estos días embrutecedores y definitivamente tristes, ¿qué es de tu vida? Escribe tres líneas en una tarjeta para que intuya tu mano y su

movimiento. No olvides a tu eterno servidor, a tu paciente y ávido amante, a tu amigo, a tu compañero de armas. Te quiero ahora con ese famoso amor un tanto permanente, desapareces en la bruma, la ausencia es demasiado larga y te hago señas desesperadas. Llámame por lo menos, y quiéreme mientras tanto.

Te estrecho contra mí, disco rayado, con precaución y calidez, calidez, calidez.

A.

744 — María Casares a Albert Camus

Angers Le Château [21 de marzo de 1957]

Un recuerdo muy tierno para Marcel [Herrand]. Mis buenos deseos más ardientes para ti. Al pasar por Angers un día de sol.

M.

745 — María Casares a Albert Camus[844]

18 de abril de 1957

TU BUENA CIUDAD TE SALUDA CON DULZURA Y CARIÑO MARIA CASARÈS

746 — Albert Camus a María Casares[845]

23 de abril de 1957

CARTA HA SALIDO HOY PEDIR LA REMITAN CARIÑOS DE TU ALONSO

747 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[846]

Martes 23 de abril de 1957

Querido amor mío:

Esta es la última nota, pero me apetece escribirla. Ayer y anteayer hizo bueno, naturalmente. París vacío, donde maullaban forasteros, un cielo suave, la luz de la resurrección… He trabajado en mis escenificaciones, era formal y manso, paciente, incluso conmigo mismo, soñaba un poco con nuestro verano y lo veía tranquilo y fresco, como el agua de la mañana. En resumen, te espero, gozando de antemano con la idea de besarte esa nariz famosa.

Tú recorres las ciudades malditas, me olvidas, pero me quieres, estoy seguro, Marsella y sus noches descansan dulcemente en mi corazón. Sin ese alto, la ausencia sería insoportable. Pero estás aún muy cerca, noto tu costado tibio.

Mis ensayos están en preparación. Michel [Auclair] interpreta *Calígula*[847] ([Serge] Reggiani rechazó el papel, como estaba previsto). Minou[848] hará de Inés; merced a mi tenacidad, Jorris hará de Helicón[849] y he aprovechado para revisar y darle más envergadura al personaje. Ya ves que trabajo sin parar. Si se me da igual de bien mi novela,

ya puedo morirme. No, porque tengo otras cosas que hacer, y que quererte a ti.

Estás en Orán. Ahora odio esa ciudad y no volveré nunca más. Allí fui desgraciado, viví forzado y menguado, humillado a veces, y la última vez que volví pasé los días más espantosos de mi vida. Cuando me comparo ahora con el que era entonces, creo en la resurrección y bendigo la vida.

Pero la gracia me llegó también de ti, de ti, paciente mía, leal mía, generosa mía.

Lo sé con todo el corazón, y te quiero, con todo el corazón. Antes de que vuelvas, te declaro corriendo, una vez más, mi amor y mi fe.

Bueno, Andión ya está instalado. He querido que Ángeles me dijera por teléfono si estaba contento. Pero la tía Nobel me ha dicho que el tío[850] Sergio estaba en el salón y que me diría el resto «de biba boz». La radio ha llegado y Ángeles considera que «la manipulación es buena». ¿Qué más? *El exilio y el reino* tiene buena acogida y la tirada crece. He adelgazado, pero Suzanne [Agnély][851] asegura que me favorece. En cualquier caso, te espero tal cual, me paso el día sonriéndote y te quiero hasta el infinito.

Hasta pronto, Inés mía, tu caballero te besa.

A.

748 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[852]

16 de junio de 1957

FAVOR LLAMAR DOMINGO DOS Y MEDIA HOTEL D'ANJOU ANGERS CARIÑOS ALBERT

749 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[853]

16 de junio de 1957

FAVOR TELEGRAFÍA DETALLES ESTOY ANSIOSO CARIÑOS ALBERT

750 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[854]

16 de junio de 1957

IMPOSIBLE LLAMAR TODO BIEN NO TE PREOCUPES BUEN TRABAJO CARIÑOS MARIE

751 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[855]

18 de junio de 1957

LOS VULGARES HABLAN LA ÚNICA PERMANECE AQUÍ TODO DEMENCIAL PIENSO EN TI CON TODO EL CORAZÓN ALBERT

752 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[856]

[Roma. Bajorrelieve (Museo Barracco)] *10 de agosto* [de 1957]

¡Roma, al parecer estoy en Roma! ¡Y estoy en Roma!

Pero ¡ya está! Me la he perdido. ¡En fin! Estás tú: ya voy.

M.

753 — María Casares a Albert Camus

[1 de septiembre de 1957]

Madrid. Plaza de toros[857]

Tomo café en Madrid. Hace un calor tropical y un sol de justicia. Es algo que ayuda. Pero se hace difícil. Pienso en ti muy muy fuerte.

M.

754 — María Casares a Albert Camus[858]

[Río de Janeiro. Copacabana] *2 de septiembre* [de 1957], *Río*

Después de un viaje del que no creo salir sin daños, heme aquí en este extraño solar en obras, en la palma ahuecada de esta mano gigantesca que el monstruo brasileño le tiende a Europa.

No siento nada. Veo de mala manera. Con la guía en la mano solo encuentro el Pan de Azúcar y O Corcovado.

Me muero de sueño y me dispongo a ir a bailar la samba a Copacabana.

Pero tú sigues bien vivo. M.

755 — María Casares a Albert Camus

3 de septiembre [de 1957]

Querido amor mío:

Ayer te mandé una postal, pero con el atontamiento del viaje se me olvidó decirle al conserje que la mandase por avión, me temo que vas a tardar mucho en recibirla. Así que hoy, deprisa y corriendo, acudo a tranquilizarte. Esta noche o mañana por la mañana te escribiré una carta más larga, pero quiero que sepas ya que no te has separado de mí ni un momento y que al cabo de este viaje inhumano, en este país monstruosamente desmedido, pienso en ti y que sigues siendo el único punto vivo en mi perplejidad. *Até logo*.

M.

756 — María Casares a Albert Camus

Río, 4 de septiembre [de 1957]

Querido amor mío:

Los resultados de la vida conventual se hacen sentir muy lejos de Cordes, en el Nuevo Mundo. Ayer, después del viaje, me desperté a las siete y media; hoy no he conseguido que me durase el sueño más que hasta las nueve, y, como había pasado la velada en la Cabeza Chata —una alegre velada típica con aguardiente de caña y comida del Norte (¡!)—, apenas si he dormido ocho horas, cuando me haría falta dormir medio día por lo

menos. En fin, me siento mejor y espero volver al ritmo de invierno lo antes posible.

La llegada pasando por encima de Río nos hizo disfrutar de un paisaje admirable: una gruesa capa de nubes blancas que se parecía curiosamente a un magnífico campo de algodón. Desde entonces no ha dejado de llover sin que por ello se nos ahorre la exquisita humedad de los países tropicales. Sudamos, nos quitamos ropa, nos dan escalofríos, nos tapamos, nos morimos de calor y así una y otra vez.

Ya he trabajado mucho y he dispuesto de poco tiempo para pasear. El día de mi llegada solo tuve un hueco para hacer unos cuantos recados. Estuve dos horas, doliéndome los pies hinchados del largo viaje en avión, buscando la avenida de Rio Branco, cruzando el corazón prieto de las calles con casas o sin casas donde no había más dueño que el tráfico carioca. El cansancio y el espanto me llevaron a tal grado de pánico que en un determinado momento me sorprendí haciendo cola para descansar, una larga cola que se internaba en un cine. Decidí volver al hotel. También he ido a Copacabana de noche; la playa me ha recordado mucho a la avenida de los Ingleses, en Niza, en más grande; y ayer fui a dar a la Cabeza Chata después de la recepción en la embajada, donde una cantidad fantástica de personas me estuvo rodeando continuamente. Extraviada aún, he conservado de esa cita oficial un montón de tarjetas con nombres que no me recuerdan ninguna cara, promesas de mil llamadas por teléfono y la desagradable sensación de haberle dicho que sí a todo el mundo. Hoy trabajo todo el día y cenaré con un español con el familiar apellido Garcia —pensé que lo conocía—, que dice que es un antiguo amigo de mi padre, naturalmente.

Para más detalles, véase el diario que aún no he empezado.

De ánimos estoy bien, fumo más, ¡ay!, pero no he bebido más que un aguardiente de caña desde que me fui y un whisky, en las dos últimas

veladas, y eso pese a las múltiples tentaciones, el cansancio, el avión, la embajada, etc. Sigo haciendo con regularidad gimnasia y dándome durante diez minutos furiosos cachetes en la cara todas las noches antes de acostarme. Así que la fuerza de carácter no está afectada ni se halla en camino de estarlo. Me libro cuanto puedo de las amistades a las que cuesta aguantar y presto mi presencia más o menos por todas partes. En cuanto al sentimiento, no me ha dado tiempo a hacerle caso, salvo en el avión, donde derramé algunas lágrimas en secreto al sobrevolar Madrid y donde disimulé celosamente una sensación de corazón oprimido por encima de las nubes que cubrían Río al pensar que tenía por delante dos meses de destierro. Desde que estoy aquí pongo un empeño salvaje en cerrar el corazón a la nostalgia y en buscar el fulgor, ¡que aún no he encontrado por desgracia!

Pienso en ti continuamente. Esta temporada pasada en Cordes ha sido para mí una de las más dulces y por mucho que recuerde nuestra común edad, trece años, me siento como una recién casada cuyo joven esposo está haciendo el servicio militar. Resulta dulce como una fruta exótica.

Dame noticias tuyas. Recibirás esta carta en algún sitio que no será París, supongo, en Normandía, quizá. Sigue descansando bien, querido amor mío, mientras yo represento aquí a Francia, [Inès] y Camus.

Te quiero. Da un beso a Minou, a Jean-Pierre [Jorris], a Catherine, a París, a Europa. ¡Ay, Europa!

Te quiero.

M.

757 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[859]

6 de septiembre de 1957

EL ATLÁNTICO NO EXISTE CONTIGO DE TODO CORAZÓN ALBERT

758 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sorel[860]
Domingo, 8 de septiembre de 1957

Hace una semana, querido amor mío, que me separé de ti en ese batiburrillo de Les Invalides y durante todos estos días he seguido teniendo en el corazón tu hermoso y tierno rostro de ese día. Sí, estabas muy guapa, y muy poco corriente también entre todas esas personas bastante vulgares. Por una vez he tenido de verdad la sensación de que nos estábamos separando para muchas semanas y tenía el corazón algo oprimido. En este momento sobre todo necesito tu presencia y tu pensamiento. Esta semana ha estado privada de ti y lo he notado mucho. No he hecho gran cosa, aparte de ensayar y poner en marcha la nueva temporada del *Réquiem*. Empezó el miércoles y la obra se interpretó un poco despacio. Ha habido que comprimirla algo más y creo que está en su punto, al menos por algún tiempo. Luego me vine aquí, donde estoy desde el viernes.

No ha dejado de llover estos tres días y me da la impresión de que para septiembre se está preparando un festival de babosas. En fin, tengo a mis hijos conmigo y voy a intentar quererlos bien y entretenerlos un poco. Michel y Janine [Gallimard] vinieron el fin de semana, siempre exquisitos y encantadores, tan fieles amigos. Se van mañana y estaré solo aquí con los niños. Meditaré, a falta de trabajar, y seguiré descansando. Por lo demás, no estoy en una forma estupenda, como lo estaba en Cordes.

Espero tu carta (o tu diario, a la vuelta) para enterarme de tus impresiones. Sé más o menos, me parece, lo que te va a gustar y lo que no te agradará. Pero me agradaría saber cómo te han recibido. Tengo la impresión de que vas a encontrar en todas partes una calidez y un entusiasmo como pocas veces has visto, y me alegro de antemano. Vigila el cansancio y no dejes que te coman viva, es un país donde se lo comen vivo a uno. Estarás en mejores disposiciones para dar acogida a lo que merezca la pena.

Es de noche. Cae la lluvia en el prado y en el río, la casa está en silencio. Puedo oírme el corazón y solo me habla de dulzura y de ternura por ti, viajera mía (¡qué elegante y qué bonita ibas!), pequeño trópico mío, Cruz del Sur mía. Es muy cierto que te echo en falta, igual que la barca echa en falta la marea, y sin ella se seca en la arena, como el pájaro echa en falta el aire y, sin él, camina, inválido, por el suelo. Valor y gloria, en cualquier caso, y hasta la vuelta. Te sigo esperando, siempre con el mismo corazón, y te abrazo como un gran río, hasta ahogarte, hasta asfixiarte.

La piedra que crece[861] eres tú, y tu corazón, que me sigue dando ahora y siempre, también él, después de haberme dado tanto y por tanto tiempo.

A.

759 — María Casares a Albert Camus

Río, 9 de septiembre [de 1957], *por la noche*

Querido amor mío:

Los días pasan y ya nos falta muy poco para irnos sin que haya encontrado tiempo para ver Río. La semana pasada, las muchas

representaciones del *Triunfo*. Mina y Petit han estado a punto de matarme de trabajo; los periodistas, la televisión y las recepciones no me han dejado más que dos tres veladas libres que aproveché cuanto pude, pese a la mala organización debida a los lelos que se ocupan de nosotros. Pero en lo tocante a los días, nada.[862] Solo hoy habría podido disfrutar de un cielo gris, pero libre, si el famoso catarro carioca con amenaza de gripe asiática no me hubiera obligado a quedarme en la cama. ¡Ah!, no temas nada, me cuido una barbaridad. Eché mano del médico de la embajada, que me auscultó en vano, que me confirmó que me había subido la tensión: 12-6. Que se extasió una vez más con la regularidad de mi pulso, la serenidad de mi temperatura, la salud de mis reflejos, etc., etc. Se interesó mucho también por mi piel, que pareció resultar de su gusto, y, si ante mis pechos no pudo tener la misma reacción que tú la primera vez que los viste, es porque no le di esa oportunidad. Resumiendo, me ha mandado tomar montones de cosas para impedir que la enfermedad llegue al pecho y me ha invitado a comer el miércoles con la promesa de un largo paseo por las playas. Es calvo y simpático.

Así que aquí estoy en mi cuarto rodeada y atiborrada de vitaminas y con una vitalidad recuperada. Bendigo este catarro que me ha obligado a descansar. No me ha quedado más remedio que renunciar a conocer Río; pero ¿qué quieres?, una no puede hacerlo todo.

Las representaciones se anuncian como yo suponía. *Don Juan* parece frío. *El triunfo* gana la partida porque ahí yo vibro. *El especulador* se la juega esta noche y se espera con impaciencia *María Tudor* para la función de despedida. Personalmente sigo creyendo que es esta obra la que se lo llevará todo, como había previsto ya para la América española, nada más; pero no se dan cuenta de cómo tienen el olfato hasta que están con la nariz metida en la caca. Y ahora, aunque lo quieran, es ya muy tarde para cambiar

los programas. Por lo demás es posible que *Tudor* se pegue el batacazo —hay que esperar— y, además, ¡qué más da!

Los cariocas son encantadores, efectivamente. Por desgracia solo tratamos con gente «de postín», esa clase de bárbaros ligeramente domesticados que llaman salvaje al amo; tiene gracia, pero resulta un poco irritante. Los peores de esta categoría son los franceses y los españoles más brasileños que los propios gauchos, naturalmente. Y lo peor de lo peor son los gallegos. ¡Ay!, cariño, cuando pienso que en Buenos Aires toda la colonia gallega —con más habitantes que la propia Galicia— me está esperando con impaciencia, me entra el vértigo; porque he empezado a entender la irritación de mi padre con sus correligionarios, esos imbéciles que a mil leguas de su tierra natal se atreven a decirte a la cara que España les importa un pito y que ellos pelean por la autonomía de Galicia, esos g…, que, cuando hablas español, hacen como que no te entienden, han conseguido reunir en Cuba 237 clubes independientes gallegos. Intento calmarme, callarme, pero de repente, con suavidad, les confieso que mi «morriña»[863] no se refiere tanto a Galicia cuanto a Castilla y se monta un cisco. Aparte de eso, me tratan como si fuera su hija, porque además son masones y siguen creyendo que mi padre era masón en serio y que soy una niña masona, y por los pelos no le chillan a Vilar por obligarme a hablar francés en escena en vez del «falar da nosa terra». ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay![864]

Estoy buscando una macumba. Vilar había organizado una la otra noche; nos reunió a seis en secreto, nos forzó a comer mucho —«hay que alimentarse», por lo visto—, me obligó a cambiar de calzado y a pedir prestadas unas sandalias sin tacón y, después de una espera larga, larga, misteriosa, en el vestíbulo del hotel, unos amigos suyos (un alumno de Sainte-Barbe y su mujer) vinieron a buscarnos en coche. Una «Barbe» se abalanzó sobre mí y me arrastró para sentarme a su lado en su coche,

donde, con el espanto oprimiéndome el corazón, recorrí el camino del hotel al Corcovado. Allí, ella me impidió un tanto disfrutar del soberbio espectáculo de Río iluminado porque me cortejaba asiduamente y me hablaba sin parar de llevarme en avión a las diversas islas. Iba a aceptar cuando me informó de que era ella la que pilotaba y pude, afortunadamente, dar con un aumento de trabajo para escapar a una muerte segura. Pero allí fue donde me pillé el resfriado.

Seguíamos esperando la macumba. «¡Ya vamos! No se preocupe», y nos fuimos. Kilómetros y kilómetros en el coche de la señora «Barbe» por barrios populares que eran un hormiguero de gente; era el día de la fiesta nacional y las favelas rebosaban de negras jóvenes engalanadas como lirios. Al cabo de cincuenta kilómetros nos paramos por quincuagésima vez; habíamos preguntado a menudo por dónde se iba. El marco no me recuerda nada de lo que me habías contado. Pregunto. «No, esa es la escuela de samba donde van a decirnos dónde podemos encontrar una macumba, pero, venga, baje, es formidable, hay un grupo extraordinario que hace una demostración».

Pero, ¡ay!, el grupo «extraordinario y auténtico» estaba de gira y todo cuanto pude ver fue a Rouvet bailando con una señora de la embajada, Mina en brazos de uno blanco como la leche y al grupo de la compañía, furioso, que llevaba allí horas mezclado con unos cuantos negros de la caña de azúcar en un marco de baile de 14 de julio donde podíamos incluso disfrutar de farolillos.

En cuanto a la macumba, nos comunicaron que ese día no había. Volví agotada a las dos de la madrugada conteniendo la furia y soportando estoicamente la de la señora Barbe, que descargaba los nervios en su forma de conducir.

Al día siguiente me desperté atontada y febril; era el principio del

catarro; solo salí para actuar en *El triunfo* en la función de tarde y desde entonces estoy en mi cuarto, de donde no salgo más que para ir a tomar una cuantas «vitaminas mixtas»[865] en el comedor.

Pero todo va bien; sigo con la gimnasia, con los cachetes en la cara y con no perder el tiempo en vano. La consigna es no dejarle sitio a la apatía de las giras y a ella me atengo.

Todavía no he podido empezar el diario; por eso te cuento todo esto. Creo que a partir de São Paulo tendré más tiempo, ya que los ensayos se reducirán a un reajuste por obra, y entonces empezaré mi relato; pero prefiero no dar marcha atrás porque si tengo que acordarme de todas las cositas con detalle no lo haré nunca.

¿Y tú, amor mío? ¿Dónde estás? ¿En qué punto estás? ¿Cómo va el *Réquiem*? ¿Tienes proyectos nuevos? ¿Qué es de F[rancine]? ¿Cómo están los niños?

Solo he recibido de ti un telegrama adorable que recibí justo antes de la primera representación y estoy esperando saber algo más. En efecto, el Atlántico no existe y tú tienes los brazos largos; pero a pesar de todo preferiría tenerlos rodeándome. Desde que ya no bebo me da la impresión de estar en una tierra más firme y desde nuestra estancia en Cordes tengo la sensación de haberte recuperado como en los primeros días. ¡Qué hermoso amor, cariño! ¡Qué hermoso amor, Dios mío!

Escríbeme para tranquilizarme en lo que a ti se refiere. Cuando me fui parecías haber remontado un poco la cuesta de tu depresión, pero me pregunto si no fingías un poco para tranquilizarme. Cuéntame. Te quiero, te espero, pienso en ti continuamente. Te echo de menos y al mismo tiempo me acompañas.

Te beso mucho rato.

M. V.

11 de septiembre de 1957

Querido amor mío:

¡Tus dos cartas seguidas! Vaya, la llegada no parece que haya sido un éxito. El viaje en avión es inhumano, bien lo sé, y que se le venga a uno encima ese continente inmenso es todo un encontronazo y un trago duro. En fin, cuando recibas esta carta ya habrá empezado la digestión, espero. sobre todo si los actos sociales, agotadores ahí, ya han concluido. Necesitas valor, vista despejada, libertad y sentido del humor. Y quizá el sol llegue a continuación…

Aquí, de sol nada. Desde hace cinco días, lluvia, viento, nubes, sin interrupción. No me separo de mis hijos, que se me comen el tiempo y la energía a fuerza de jueguecitos, comidas organizadas y cuidados continuos. Entiendo que las madres de familia numerosa tengan siempre una pinta un poco tonta y aturdida. Es mi pinta actual. No trabajo y casi no leo, y encima novelas «novelescas» en que intento entender cómo funcionan.

Incluso es imposible pescar porque los niños pescan conmigo, enredan las cañas y tengo que desenredarlas, lo que se pone entre una y dos horas, según la complicación del «enredo». A pesar de todo, he cogido, y seguramente por casualidad, una perca pequeña. Me alegro, por supuesto, de que estén conmigo, de que sean un poco míos, y estoy completamente decidido a dejar que me tengan pillado del todo. Solo por las noches, cuando están en la cama, intento reflexionar y solo consigo calibrar mi deterioro y mi impotencia actuales.

Tengo la esperanza de que, pese a todo, regrese el sol los doce últimos

días que aún me quedan por pasar aquí. Tengo unas ganas pueriles de luz, pensando de forma completamente gratuita que eso lo arreglará todo.

Escríbeme solo si puedes. No te impongas obligaciones añadidas. Pero siempre que notes deseos de hacerlo, no se te olvide que estoy ávido de recibir noticias tuyas. Te echo de menos. En la comida con Malembert, habló de ti con tanta sensibilidad que me sentía feliz al ver a través de otros ojos lo que tanto me gusta en ti. Pero no es este el lugar para decírtelo en detalle. Solo te beso, entre la lluvia y el viento, por encima del Atlántico, y te quiero.

A. ¡Ánimo, ánimo!

761 — María Casares a Albert Camus[866]

Sábado 14 de septiembre [de 1957]

Querido amor mío:

Aquí estoy ahora, en el vigésimo piso del Jaraguá, embobada ante el escenario vuelto del revés que veo desde mis ventanas. ¿Dónde está el cielo? ¿Dónde está el suelo? Me ha conquistado por completo este paisaje inverosímil, hay en él una belleza que no sospechaba, y estas avenidas, inmensamente anchas y divididas para facilitar el tráfico monstruoso de este país y que cruzan puentes y túneles en que otras filas de coches trazan líneas ininterrumpidas, me fascinan.

Me fui de Río anteayer sintiendo mucho no haber visto nada, pero con la satisfacción —¡ay, cuán honda!— de haberles arrancado gritos a los cariocas durante la representación de *Tudor*. Fue un auténtico triunfo y tuve que salir a saludar sola. Por primera vez hube de ir a inclinarme ante el

público para responder a la llamada de «¡Maria!», y es tanto más emocionante en cierto modo porque no había españoles en la sala.

Esta noche debuto aquí con *Tudor* también, mañana interpreto *Tudor* en función de tarde para que no se me olvide y el martes nos despedimos de Brasil con *El triunfo del amor*.

El catarro se me ha instalado definitivamente en la nariz, donde se queda muy formal, pero de donde ya no se marcha y, aunque me fijo mucho en la alimentación, tengo algunos granos de prurito. Dejando eso aparte, todo va bien —gimnasia, cachetitos—. Anteayer tomé dos whiskies para cortar otro enfriamiento, pero sigo fiel al agua mineral y a la vitamina mixta.

Ayer, al abrir un periódico —el primero que miro desde que me fui de París—, me encontré con un artículo que se refería a ti y, por la noche, en el consulado, no dejaron de hablarme de ti. La mujer del hijo de Descaves, una brasileña que era estudiante cuando viniste, me preguntó cosas sobre ti y me encontré diciéndole que eras el hombre más digno de admiración del mundo entero. Estaba muy cansada y me costaba mucho fingir. Aquí me he encontrado también con una amiga de Bloch-Michel que me ha hablado mucho y calurosamente de ti. Todo esto resultaba muy oportuno porque empiezo a perder algo la paciencia. Desde que nos separamos no he recibido más que tu cable y me pregunto qué pasa. ¿Pereza? ¿No estás bien? ¿O será que se han perdido tus cartas? De Ángeles he recibido una postal, de Nicole y de Dominique, dos cartas, y de ti, solo el telegrama.

¿Y tú? ¿Has recibido mis tarjetas y una carta desde Río? ¡Di, habla, cuenta!

Tengo un poco de miedo escénico y no es el mejor momento para escribirte. El lunes o el martes, antes de irme de São Paulo, lo haré mejor, pero hoy quería mandarte un saludito y rogarte que me mandes noticias por el medio que sea.

Llevo una vida cansada y aprovecho huecos para dedicarlos únicamente al descanso. Cuento mucho con los tres días de barco para una cura de aire y de farniente que necesito después de los primeros encuentros con el trabajo y la sociedad, y sobre todo después de este catarro que me ha cansado un poco. Pero ya sea en el escenario, en las embajadas, por la calle o en la cama, pienso en ti con todo mi corazón. Te quiero, te admiro; tranquilízame.

Te beso locamente.

M. V.

762 — Albert Camus a María Casares[867]

16 de septiembre de 1957

ESCRITO A MONTEVIDEO ESTOY A TU LADO CARIÑOS ALBERT

763 — Albert Camus a María Casares

Domingo 17 de septiembre de 1957

Sin noticias tuyas, querido amor mío. Supongo que el carnaval ha empezado, quiero decir, el carrusel, y que, entre representaciones, aviones y recepciones, ya no te queda tiempo de dormir. Intenta al menos llevar tu diario, incluso telegráficamente, y ya me lo comentarás. Ahora ya debes de haberte hecho una idea de Brasil y espero que al menos te haya dado algunas alegrías.

Aquí siguen las lluvias y los días son muy largos, porque tengo que ocuparme continuamente de mis hijos, lo que me deja poco tiempo para mí. No me faltan jueguecitos, paseos en barca o jugar al volante, me ocupo de su mesa, de su cama y de sus intestinos. Solo pierdo los nervios de vez en cuando, pero me lo reprocho e intento ejercitarme en la paciencia perfecta. Dentro de una semana, cuanto toque volver, estaré hecho un santo.

Por la noche, cuando están en la cama, leo y reflexiono un poco, para dar con la concentración necesaria a fin de volver a arrancar en el trabajo, si puedo, eso espero; querría tener la esperanza de que cuando vuelvas seré más sensible, más fecundo. Pero la verdad es que padezco insensibilidad. He decidido, en cualquier caso, ya que me está desapareciendo en parte la memoria, llevar un diario tan concreto como sea posible. No sé cuándo empezaré; pero lo haré, ayudará a la concentración y también de alimento a la imaginación.

Ya ves, estoy intelectualmente como esos ancianitos que se imponen normas higiénicas. En lo demás, en mis días solo están mis hijos y las nubes normandas. La que viajas eres tú; ve, actúa y aprende. Yo te espero y te quiero a través de los mares y, dentro de poco, de un continente. Sí, te quiero, incluso con el mal corazón que tengo ahora mismo, te quiero con obstinación y alegría. Te beso y me duermo contigo, lejana mía, a quien espero con la paciencia de los grandes amantes. ¡Ah!, ¡y una tarjetita, por compasión, cuando puedas escribir!

A.

Me doy cuenta de que mi carta tal vez ya no te llegue a São Paulo. La enviaré a Montevideo y te telegrafiaré a São Paulo para no estar mucho tiempo lejos de ti.

764 — María Casares a Albert Camus

[20 de septiembre de 1957]
Hotel Jaraguá

Antes de irme de São Paulo o, más bien, antes de irme de Brasil (estoy en Santos), un saludito nostálgico. He sentido por este país un amor compartido. Me voy con la pena de no haberlo conocido mejor.

Escribiré una carta larga desde Montevideo.

Mil cosas. M. V.

765 — Albert Camus a María Casares

Viernes 20 de septiembre [de 1957]

Tu carta ha sido bienvenida, querido amor mío. Pero veo que Brasil no ha cambiado y que allí es imposible zafarse de la vida social. Lo siento por ti, pero, en resumidas cuentas, se necesita mucho tiempo para conocer ese país inmenso. Conservarás su aroma e imágenes inconcretas de café y de orquídeas. ¡Qué otra cosa se conserva, bien pensado, de los países que se visitan!

Aquí ha empezado a hacer bueno. Desde hace tres días ha llegado la luz. Transfigura un poco este monótono campo normando y es posible olvidarse de la sosería de los prados mirando el cielo. Pero vuelvo el lunes a París, y con cierto alivio. El balance de estos quince días es negativo, salvo en lo referido a mis hijos, que tienen una pinta estupenda. Las relaciones con mi

hijo son difíciles, en parte por mi falta de paciencia. Pero es cierto que tiene un carácter singular en el que reconozco demasiadas cosas.

Estoy en forma y espero, pese a todo, que acabará por llegarme la fuerza interior. Entretanto me fabrico disciplinas. Cada vez me horroriza más perder el tiempo, las conversaciones frívolas, todo lo que «sirve de relleno». Cuando uno está vacío y estéril, lo mejor es precisamente no rellenar, poner el cuerpo a trabajar, o leer, o respirar, si no se puede hacer nada mejor, y, en última instancia, buscar refugio a solas en un rincón y aguantarse a uno mismo.

Tengo muchas esperanzas de que ahora vayas a poder disfrutar más de tu viaje. Estoy deseando recibir noticias de tu éxito y de los fastos de *María Tudor*. Me acuerdo mucho de ti; incluso en el desierto normando eres mi fiel compañero, a quien quiero y a quien espero. Los años pasan, tú permaneces, para nosotros la vida no tardará en tener un único rostro. Hasta pronto, reina mía. Escribe si puedes y no dejes de querer a tu primer ministro, que te necesita.

Te beso tumultuosamente. A.

766 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Domingo por la noche, 22 de septiembre [de 1957]

Querido amor mío:

No me reconocerías: no salgo de mi cuarto desde anoche, y desde anoche no he tomado más que un desayuno. Así que no me he saltado una simple comida; me he saltado dos, y sin motivo. ¿Qué te parece?

Llegamos ayer a las seis de la mañana a Montevideo, después de un viaje

en barco de tres días que solo ha servido para confirmarme lo que ya pensaba en secreto, pero que no me había atrevido a expresar, porque existe una coincidencia más que favorable sobre los cruceros. No me gusta nada el barco de viajeros y aborrezco en particular la primera clase. Esa *roulotte* marinera que es en parte hotel de lujo, playa mundana donde estás condenado a comer en un restaurante de mentira, a una alegría falsa en una sala de fiestas de mentira, a bañarte en una piscina de mentira que es como un cubo frente al océano, donde se ven las peores películas en un cine de mentira y donde hay que dormir y lavarse en unos armarios que son como para cogerse una claustrofobia para toda la vida, no me proporciona placer alguno y de propina me parece completamente insoportable convivir obligatoria y amablemente con gente a la que no conoces y con la que parece natural trabar conocimiento. ¡No! ¡No! ¡No! No hay peor cárcel que la que te encadena ante el ancho horizonte del océano y no encuentro el mar en un barco de turistas más que cuando paso una hora de soledad total echada en la proa, pero no resulta cómodo conseguir esos instantes. Así que he pasado mis tres días de viaje como una colona, por decirlo de alguna manera. Aprovechándome de la indisposición (mareo) de algunos de mis compañeros, me uní a ellos y pude así, con ellos, gozar al menos de una relativa paz y de unas cuantas comidas en el puente. Arropada hasta la punta de la nariz (el frío tropical tiene lo suyo), con un pañuelo en la cabeza y unas gafas negras tapándome los ojos, he estado echada en una tumbona desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, levantándome nada más que para desplazarme unos cuantos metros, envuelta en mi manta, hasta una mesa servida al lado del bar. Por la noche vi una película mala con una Sophia Loren mala y bailé un poco en tercera clase con Wilson, al aire libre, bailes que tenían que ver con el tango, con un parque de atracciones y con exhibiciones circenses en el alambre. Un argentino

llamado M. Casares vino a presentarse para preguntarme si sería posible que fuésemos parientes. Es un ricachón, viejo verde, gracioso, al que le gusta la vida, que usa su dinero para huir del invierno y viaja para conseguir el eterno verano. Aquí había fallado, hacía un frío que pelaba. Conocí también a una familia gallega que iba a Buenos Aires y cuyos padres habían conocido muy bien a los míos; pero en este caso tuve que sacar la cara de palo; se trataba de un consejero de embajada. En cuanto a la compañía, estaba dividida en dos secciones muy claras, la de los hombres que andaban corriendo del ping-pong, en el puente superior, para jugar a la pelota y los del puente superior al ping-pong [*sic*]. Por la noche, bailaban o jugaban a las cartas, mientras que la sección femenina yacía en diferentes cabinas tras haber pasado el día tumbadas acá y allá en el puente presa de trastornos marítimos.

Por primera vez no noté nada personalmente; se me olvidaba incluso que estaba en un barco y, sin embargo, por primera vez también desde que salí de París, me tomé tres o cuatro whiskies diarios. El desembarco fue largo. Acostamos en el muelle a las seis de la mañana y todavía estábamos en el barco a las nueve. Cansada; después de una noche breve, nostálgica y deprimida, miraba algo extrañada esas manos que estuvieron tres horas agitando en tierra y en el puente y oía, conmovida, mi lengua materna (¡y cuánto!) que brotaba de todas esas bocas extranjeras. De repente veo, hendiendo la muchedumbre, a un grupo de diez hombres que llevaba un cesto de claveles blancos y rojos y una niña disfrazada de gallega (¡a las seis de la mañana!), lo entendí y me empecé a temblar. Uno de ellos chilló mi nombre e hice una señalita con la mano y, temblorosa y crispada, estuve tres horas esperando a que ese grupo de correligionarios pudiera subir al barco a saludarme. Todo habría resultado indoloro si un representante de no sé qué, francés, no hubiera sentido la necesidad de mezclarse con nosotros y

de decir y repetir delante de mis amigos españoles, con una expresión falsamente enternecida y un tanto de superioridad, que yo era ya francesa.

Por fin pudimos desembarcar y, después de una larga estancia en la aduana, pudimos ir al hotel. Hacía un espléndido tiempo de primavera, que por lo demás sigue, y el aire me pareció bueno.

Estamos instalados en el Nogaro, uno de los hoteles más lúgubres y más falto de encanto que conozca. Mi habitación es fea, pero tengo una vista bonita de la bahía y del puerto. Naturalmente, han empezado las llamadas telefónicas, y ayer pasé ya una hora con la familia Somoza, una viuda, su hija y su yerno. La buena señora Somoza, que me conocía muy bien cuando era pequeña, me dio un beso; lloró, me llamó «chatita»[868] (naricita aplastada), como siempre, gritó «chatita» y hubo un momento en que noté todas las miradas de las numerosas personas que llenaban el vestíbulo del hotel vueltas hacia mi nariz larga y puntiaguda. Luego me levantó a lo bruto la cabeza —seguí llorando— y sollozó: «¡Es el retrato de su abuelo!»; luego, también a lo bruto, me hizo bajar la cabeza y exclamó: «¡Y así, es el retrato de su madre!».[869] Vete tú a saber.

Poco tiempo después llegó el grupo de gallegos de por la mañana y se nos unió.

Éramos por lo menos veinte en medio del vestíbulo del hotel cuando un periodista uruguayo con quien había quedado vino a hacerme una entrevista. Encantador y muy indiscreto. Cuando se fue, allí seguían los gallegos y el reportero tuvo que hacernos una foto a la familia Somoza y a mí para dar gusto a la madre.

Todo esto resulta muy simpático, pero algo cansado. Los gallegos me están preparando un vino de honor que va a reunir a trescientas personas por lo menos, y los coruñeses me han preparado otro. Las fechas están por fijar porque de momento andan peleándose entre ellos para fijar qué grupo

va a tenerme primero. Tengo también que ir a tomar el té con los «los Somoza»,[870] que quieren presentarme a algunos de sus amigos y esta mañana me han llegado unas flores de los republicanos españoles y me ha llamado su presidente para pedirme una entrevista para fijar una hora para un tercer vino de honor. Por lo demás, Margarita Xirgu[871] ha vuelto hoy de México para verme y me ha mandado flores una tal Josefina Díaz[872] que está aquí en la misma situación que la Xirgu. Como no hay que olvidar que me debo también a Francia y a Uruguay, ya te imaginas qué programa tengo, y esto no es nada para la que me espera en Buenos Aires.

Ante este vertiginoso panorama, he decidido hoy declararme enferma. Ha sido fácil, dado que la compañía tiene ya a cinco personas en cama. Me he quedado en mi habitación y he reservado una larga entrevista a solas de veinticuatro horas con mi bajón de ánimo. Esta noche está ya casi vencido y espero que mañana no quede ni rastro.

Nunca me he sentido tan desterrada como en este país disfrazado de español. Me atiborro de «chocolate con churros»,[873] de melón español, oigo hablar y hablo mi lengua, por todas partes encuentro rastros de mi país, de la gente de mi país y nunca he echado tanto de menos el corazón de mi tierra. El reino está en Castilla, ángel mío; aquí solo encuentro la mueca del exilio. De propina, la ciudad no es bonita; me ha recordado a una Bruselas de la Pampa, sin carácter, sin personalidad. Buscando lo imposible y huyendo de las aguas cenagosas de la desembocadura del Río de la Plata, cogí un ómnibus ayer por la tarde, después de comer, para ir a hacer un recorrido por las playas hasta Carrasco. Estuve media hora esperado el 104, me timó el chico del autobús, a quien le di un peso y no me devolvió nada, contemplé durante mucho mucho rato calles sin encanto y, cuando por fin llegamos a las Ramblas que van bordeando el mar, me di cuenta de que me había sentado del lado que no era y, como el coche se había ido llenando

poco a poco de gente de pie, me resultaba imposible ver las playas y tenía que limitarme a ver villas y campamentos de vacaciones a la izquierda y a ver nalgas uruguayas a la derecha. Estuve tres cuartos de hora viajando así, hasta las cuatro de la tarde. Al llegar a Carrasco, me vi en la obligación de volver (mis citas empezaban a las cuatro y veinte) en el mismo autobús, donde le di otro peso al mismo chico, que no me devolvió nada, y donde me quedé dormida ante las bonitas playas que por fin tenía ante la vista.

En fin, todo esto no tiene importancia. Montevideo me reservaba una alegría: tu carta. Y eso que no es animosa. Paciencia, cariño. En cuanto vuelvas a París y no tengas ya tiempo de respirar, encontrarás el medio y los bríos para escribir tres guerras y tres paces.

Recuerda el [monstruo] que llevas en ti, ten fe en la estrella que te guía, ármate de paciencia y, mientras esperas sus beneficios, descansa mucho y ocúpate de tu cuerpo y de tu salud. En cuanto a nuestras relaciones epistolares, no entiendo nada. Te escribí una carta al llegar a São Paulo y una postal antes de irme de allí. No hice nada más porque quería aprovechar mis pocos ratos libres para conocer la ciudad, que adoro, y sus alrededores. Paseé mucho entre la niebla. Ya había visto nubes en el sitio en que está la bahía al llegar a Río; vi otras nubes en el mismo sitio al irme de Río y, en dos ocasiones, por el camino de Santos, vi los sitios de la carretera desde donde, en principio, se disfruta de los panoramas más hermosos, pero había tal bruma que ni siquiera se podía divisar la barandilla. ¡Para que me hables de los trópicos!

Desde Buenos Aires a lo mejor no puedo escribirte. Nos han pedido que avisemos a nuestra familia de nuestro silencio; las cosas andan revueltas por allí y ya no funciona el correo. Espero que no se llegue a la revolución; es un pintoresquismo que no tengo interés ninguno en conocer. Pero de aquí a que me vaya te escribiré más veces, a menudo. No puedo llevar un diario —

cansancio y falta de tiempo—, pero me esfuerzo en darte en mis cartas una idea de mis caminatas, por una parte, y, por la otra, tomo algunas notas en mi libreta.

Después de Buenos Aires, el tiempo irá muy deprisa y los países serán menos interesantes; pero estos próximos quince días me parecen interminables. Ayúdame a llevarlos mandándome noticias con frecuencia, cariño. Te añoro.

Te quiero, te echo de menos; me temo que tú también me echas de menos (¡pretenciosa!); qué tonto parece todo esto. Te beso hasta asfixiarte.

M.

PS: Me falta valor para volver a leer la carta. Son las doce de la noche y me caigo de sueño. Perdona los errores de su autora.

Te quiero.

767 — Albert Camus a María Casares[874]

25 de septiembre de 1957

Recibo tu carta del 15 (ha tardado una semana en llegar). No lo entiendo, ángel mío. Te he escrito tres cartas desde que te fuiste y esta es la cuarta. Pero los servicios de correos brasileños, si no me engañan mis recuerdos, son un encantador desmadre. Supongo, espero, que ahora te estén llegando mis cartas. Pide sobre todo que te remitan el correo. Es irritante escribir sin saber si lo van a leer a uno.

Estaba segurísimo de que *María Tudor* se iba a llevar al público de calle, pero me alegro de tu triunfo. ¡Ojalá hubiera estado allí, como aquella

hermosa noche de los *Seis personajes*, en la sala Luxembourg, y los regocijos que vinieron después! Pero me preocupa un poco tu catarro. Cuídate y no hagas como yo. Aquí ha llegado la asiática y la gente empieza a estar en cama. Estoy en París desde el lunes y me ha gustado recuperar mi torre de Chanaleilles, pese al tiempo asqueroso que sigue haciendo. Me estoy organizando y espero recobrar la fuerza para trabajar. Me siento mísero y lamentable repitiendo siempre lo mismo.

Las representaciones del *Réquiem* se han reanudado con más fuerza de lo que se pensaba y no es seguro que la obra pueda quedar libre para la gira de enero. Todavía no he ido al teatro porque estoy de la obra hasta las narices.

Pienso en ti e intento seguirte por esos anchurosos países. Tengo la lluvia clavada en el corazón, de verdad que el cielo está demasiado falto de luz y desde hace demasiado tiempo. Pero, gris o dorado, tú vives bajo este cielo, en la misma tierra que yo, y el océano no nos separa. Vela por ti y disfruta del viaje y de tus éxitos. Te quiero ahora y siempre y ya empiezo imperceptiblemente a esperarte. Te abrazo ya a brazo partido.

A.

Como estaba previsto, el marido de Monique ha venido a pedirme que atienda sus necesidades. Lo he hecho, pero deberías dedicarte a fondo en la reconciliación de ese matrimonio. Un divorcio me saldría demasiado caro.

Acabo de ver a tu amigo Mollien,[875] que ha venido a pedirme (¡largo y tendido!) consejo sobre su corta carrera.

768 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[876]

[Montevideo. Duck portuario. Torre de la Aduana].

[27 de septiembre de 1957]

Voy a intentar encontrar un momentito para escribirte una carta larga; pero sobre todo, desde que he debutado, esto es de locos. ¡Ay!, ¡lo que me quieren! Me hace feliz, pero estoy agotada.

Dicho lo cual, todo va bien. Me cuido lo mejor que puedo y pienso en ti.

M.

769 — María Casares a Albert Camus[877]

[Montevideo. Monumento al Gaucho].

[28 de septiembre de 1957]

No me da tiempo ya ni a lavarme. Es horrible y muy enternecedor. Me voy de Montevideo dentro de un rato. Escribiré desde Buenos Aires, si los cien mil gallegos que me están esperando, los españoles y los argentinos no se me echan encima. Me llevo de aquí un hondo recuerdo. Pienso en ti continuamente. También me hablan mucho de ti.

MV

770 — María Casares a Albert Camus

3 de octubre[878] [de 1957]

Buenos Aires

Querido amor mío:

He recibido aquí tu carta del 25 de septiembre. Yo tampoco entiendo nada en el correo americano; solo sé que la próxima vez que vuelva a uno de estos países me gustaría mucho traerte conmigo.

Mi estancia en B[uenos] A[ires] se presenta aún más cargada que la de Montevideo. Todavía no he empezado a actuar y ya tengo todos los días llenos de homenajes y de citas.

Estoy preparando una televisión, un disco y cinco discursos en cinco banquetes en mi honor. Veo también a un médico a diario porque con las emociones, los nervios y el cansancio me ha vuelto a dar un ataque de alergia que esta vez se me ha puesto en los párpados. Llevan tres días poniéndome inyecciones y ya voy empezando a estar presentable. Tengo mil cosas que contarte. Veo, miro, simpatizo, comparto, me informo, me desconsuelo, me entusiasmo, me sublevo, me conmuevo; todo eso con un calor húmedo insoportable. ¡Y sonrío continuamente y saco a relucir mi encanto gallego![879]

Imposible llevar un diario, pero los recuerdos son fuertes y hondos; creo que podré hablarte de ellos con claridad. Victoria Ocampo me ha escrito;[880] he intentado inútilmente hablar con ella esta mañana y tengo que volver a llamarla mañana por la mañana a su casa; dicho lo cual, no sé ya dónde me voy a meter.

Este viaje se acerca ya a su fin, afortunadamente, por lo demás, para no correr el riesgo de terminar el mío; pero ha sido de mucha riqueza y muy conmovedor.

Hoy tengo miedo escénico. Debuto con *Tudor* y pude ver ayer en la embajada lo pendientes que están de mí.

Te quiero. Pienso en ti. Te echo de menos. Me acompañas y también me

ayudas. Hablo de ti y sueño en nuestras próximas veladas en Vaugirard, siempre y cuando no estés en Titicahua cuando yo vuelva.

Escríbeme notitas. Da muchos recuerdos a nuestros amigos, no encuentro ni un momento para escribir unas cuantas postales. Aconseja bien a Roger-la-Honte, líbrate de las garras de tu homónimo[881] y quiéreme, quiéreme, quiéreme. ¡Ah!, cuánto te reirías si estuvieras conmigo. Me siento de verdad muy poquita cosa ante todo esto, una banderita pequeña, frágil y tambaleante.

Cuídate mucho. Te quiero.

MV

771 — Albert Camus a María Casares

Viernes 4 de octubre de 1957

Querido amor mío:

Tu larga carta de Montevideo te ha devuelto por fin a mi lado. Hasta ahora, andabas flotando, como un fantasma incierto, entre latitudes inciertas. Pero ¡es curioso lo que tarda el correo aéreo entre los dos continentes! (Prácticamente una semana).

Siento mucho que no te gusten los viajes en barco. Uno de mis sueños era hacer un crucero contigo. Vamos a tacharlo. Te imagino desgarrada entre los gallegos y los españoles, sin contar con tu misión de actriz francesa. Y, si Montevideo te ha recordado Bruselas, ¡qué vas a decir de Buenos Aires! Allí, como en todas partes en América del Sur, por lo demás, se te comerán viva. Sospecho que los sudamericanos se aburren y el aburrimiento, como

todo lo demás allí, es desmedido. Te quedarán los éxitos de *Tudor* y el recuerdo confuso de una carrera sin resuello.

A mí me van mejor las cosas desde que he vuelto de Normandía; me he puesto con *Los demonios* y trabajo con regularidad, no salgo, o muy poco, y estoy por fin sumido en una labor que me absorbe. No es mi novela, claro, y a veces me acuerdo de ella con melancolía. Pero cualquier cosa vale más que esa inercia, que esa incuria, en que estaba sumido. Y, además, si he cogido impulso bien, a lo mejor no se me pasa.

Los demonios son apasionantes. Ese libro es extravagante, pero genial. Es una de las flores de la civilización, no se puede ir más allá, ni más hondo. Y estaría bien, y sería valiente y exaltante, montar la obra sin concesiones. Aparte de eso, no he visto nada de una temporada que ha empezado sobre todo con teatro de bulevar. *El diario de Anna Frank* es un gran éxito,[882] pero no la he visto, Cesonia ya no me invita desde que trabajó conmigo.[883] Esta noche voy a ver a Barrault en *Historia de Vasco*, de Schehadé. B[arrault] me ha vuelto a proponer que monte yo *Los demonios* con su compañía. Estoy esperando.

La soledad casi completa en que vivo me lleva a reflexionar sobre la forma estúpida en que consiento en vivir a veces. Debería utilizar mejor y más ambiciosamente los años que aún me quedan. Pero es cierto que para eso te echo en falta. Eres mi equilibrio, la sustancia de la sangre y los sueños, la verdad que me alimenta. No importa. Vas a volver, nos volveremos a separar y nos volveremos a reunir, y tú me estás ayudando, ausente o presente, estoy orgulloso de ti y de nosotros, te espero siempre. Resiste, vela por ti y vuelve a mis brazos. Te beso insidiosamente.

A.

772 — María Casares a Albert Camus

10 de octubre [de 1957]
Buenos Aires

Cariño, amor mío, ángel mío; unas palabritas para darte las gracias; recibí tu carta ayer. Trabaja, trabaja mucho. La novela llegará luego.

Te escribiré una carta larga desde Chile; espero no estar desbordada como aquí; pero me resultará difícil contarte lo que ha sido Buenos Aires. No sé ya si lloro de cansancio o de emoción, pero me paso todo el tiempo llorando. Es posible que no vuelva a encontrar nunca más una acogida tan triunfal —pero eso es lo de menos— y sobre todo tan tierna, tan afectuosa. No puedes imaginarte lo que ha sido esto. Te he echado de menos y espero el momento en que todo se decante para poner un poco de orden e intentar que se me quede para contártelo.

Te eché de menos en la sala del teatro Cervantes y ayer en ese inmenso navío del Colón, donde había gente de pie por todas partes, voceando y agitando los pañuelos; las pocas palabras de agradecimiento que tuve que decir las pronuncié pensando en ti.

Supe entonces que me esforzaba y que aún podía desvivirme por alguien.

Perdona esta carta. Es demente, pero, cansancio mediante, creo que yo también lo estoy.

Te quiero. Hasta pasado mañana. M.

773 — María Casares a Albert Camus

13 de octubre[884] [de 1957]

Chile

Querido amor mío:

Llegué anteayer a las dos de la tarde a Santiago, de donde no conozco aún más que mi habitación del hotel. Saturada de fiestas de homenaje, de éxitos que rebasan los límites tolerables, de emociones de todo tipo, de palabras, de cordialidad, de lágrimas, de besos, de elogios, de cariños, de adjetivos insuperables, de discursos oídos y pronunciados, he dicho que estoy mala. No temas nada; mis catarros no han podido soportar la calurosa acogida de B[uenos] A[ires]; han acabado con mis alergias y, aunque pese poco, me encuentro estupendamente. Solo he tenido que dejar por una temporada la gimnasia, los cachetitos y la mitad de mi sueño.

¡Dios mío, qué vida! En dos ocasiones creí que algo me iba a estallar en la cabeza, que me acechaba la demencia y ya me veía, como loca, corriendo por las calles *atisbadas* en B[uenos] A[ires], disfrazada de bandera, llevada brazo en alto como símbolo de la España emigrante, como la estrella de Galicia, como mensajera de la unión francohispánica, como faro del genio latino, como la viva encarnación de la dignidad y de la fidelidad, como gallardete de la Nueva España, de la Nueva Generación, de la Libertad Desterrada de este mundo, ¡qué sé yo! Y no solo los españoles, no solo los gallegos, ¡también los argentinos se han sumado! Rusia era una bobadita comparada con la ola de la dulce y triste Argentina y me cuesta ver, si vuelvo, cómo iba yo a salir del paso.

¡Ah!, no es que me queje. Me llevo prendas inolvidables que no me esperaba; con mi innato pesimismo, ignoraba que determinada forma de ver la vida y de ejercer una profesión podía despertar un entusiasmo así durante diez días por lo menos y llevo aún como un espaldarazo inolvidable la imagen de tres mil seiscientas personas en el teatro Colón, de pie, gritando M[aría] y agitando los pañuelos blancos.

Te perdono hoy el resto. Te lo contaré todo poco a poco, y mi pequeña labor de embajadora. ¡Ah!, me he permitido saludar a los intelectuales españoles y argentinos en nombre de sus hermanos franceses, ¿he hecho mal?

Pero vamos a otra cosa. Montevideo y Buenos Aires están ya lejos, la gira se ha acabado. Aquí ya no me quedan en total sino cuatro días; en Perú, ocho, y, hasta que me vaya, solo trabajaré tres veces en *El triunfo del amor*. Ahora voy a dedicarme a engordar un poco, a reponerme y a prepararme para la vuelta. Por lo visto, cogemos el avión del 27, que nos dejará en París el 28. Y luego tranquilidad hasta el 10 de diciembre.

No te preocupes si te escribo poco. He estado tan trastornada y tan cansada que pocas noches he pasado sin llorar un buen rato antes de quedarme dormida. Demasiadas emociones, demasiados recuerdos, demasiada rebeldía y desprecio también a veces. Me ha parecido que tocaba la conmovedora y repulsiva vanidad y nunca había oído con tanta claridad las palabras de mi padre a mamá: «¿Ves a esa muchedumbre histérica a mis pies? Mañana, dentro de un año, me tirarán naranjas». Le tiraron naranjas, efectivamente, y, veinte años después, solo quedan unos cuantos, muy pocos, que me recuerden en público que soy su hija.

¡Ay!, qué miseria.

Querido amor mío, pronto estaré en tus brazos y volveré a encontrar en tu hermosa mirada clara lo que nos matamos buscando en el mundo. Albert, cariño, te declaro que te quiero. Te quiero irremediablemente, como se quiere al mar.

Cuídate, trabaja bien. Quiéreme.

Hasta muy pronto, amor mío…

M.

¡Ay!, ¡cuántas cosas tengo que decirte!

774 — Albert Camus a María Casares[885]

13 de octubre de 1957

Es difícil escribir así, querido amor mío. Tus noticias son escasas, forzosamente superficiales y solo tengo la impresión de que, literalmente, se te están comiendo y de que no es fácil dirigirse a ti entre ese tumulto. Lo esencial es que el viaje te entusiasme y que notes a tu alrededor la admiración y el cariño que mereces. Lo esencial también es que vuelvas y esta carta es sencillamente para recordarte que me telegrafíes la fecha de tu regreso y para decirte que te espero con el mismo corazón.

Me encontrarás más en forma. El trabajo de *Los demonios*, con el que sigo de forma regular y con el que, a decir verdad, me enfrento la mayor parte del día, me devuelve un equilibrio. Seguramente habré acabado a finales de mes o a mediados de noviembre. A lo mejor entonces encuentro energía para arrancar con mi libro. Entretanto, me apasiona el pulular de estos *Demonios* y me da la impresión de que va a ser una obra realmente extraordinaria.

Ha vuelto la luz al cielo, y colabora. Ángeles también ha vuelto a aparecer en el cielo de Vaugirard. Poco a poco se va ordenando la constelación familiar y ya no falta más que el lucero vespertino, brillante y perfecto, el que colgaba sobre las colinas de Cordes.

Tengo también muchas cosas que contarte, pero prefiero esperar a que regreses. Aquí sigo, eso es lo seguro, siempre vuelto hacia ti, sonriéndote a veces como si estuvieras aquí, feliz y orgulloso de tus éxitos como un padre candorosamente satisfecho, impaciente también por recuperar tu calidez, tus maravillosas manos, esos ojos que llevo amando desde hace tantos años.

Vuelve hacia tu fiel, deja esos trópicos donde has estado a la vez cansada y colmada, y llega, llega por fin, para aterrizar en mis brazos. Te quiero.

A.

Lunes. Estoy en tu casa. ¡Qué espanto de obras! Pero creo que estarán acabadas cuando vuelvas.

775 — María Casares a Albert Camus[886]

18 de octubre de 1957

QUÉ FIESTA JOVEN TRIUNFADOR QUÉ FIESTA

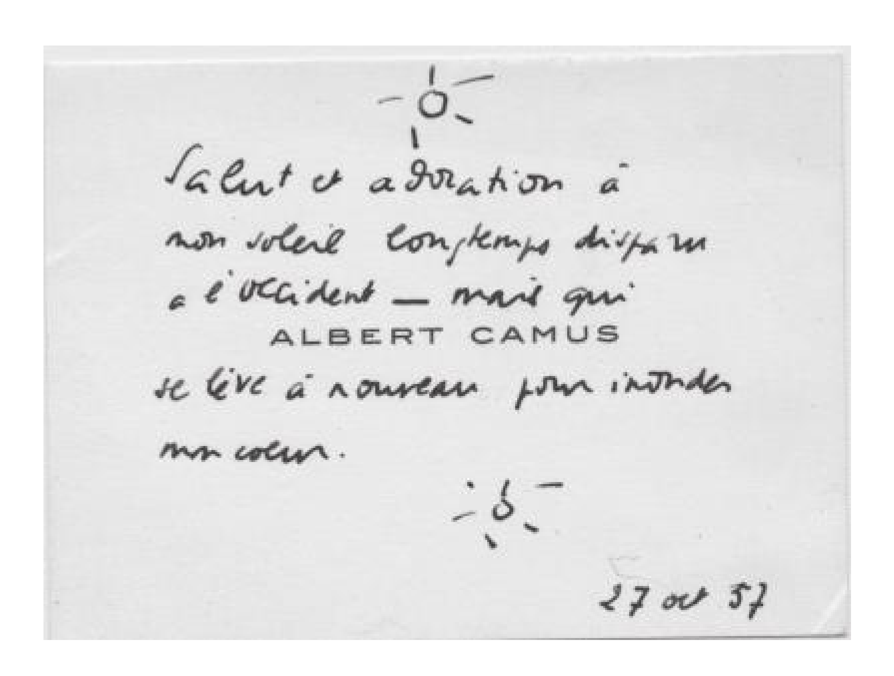
MARIA[887]

776 — Albert Camus a María Casares[888]

18 de octubre de 1957

NUNCA TE HE ECHADO TANTO DE MENOS TU ALONSO

777 — Albert Camus a María Casares[889]



Salut et adoration à mon soleil longtemps disparu à l'Occident — mais qui

ALBERT CAMUS

se lève à nouveau pour inonder mon cœur.

27 oct 57

Saludo y adoración a mi sol, que tanto tiempo hacía que desapareció de Occidente, pero que vuelve a salir para inundarme el corazón.

27 de octubre de 1957

778 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[890]

11 de diciembre de 1957

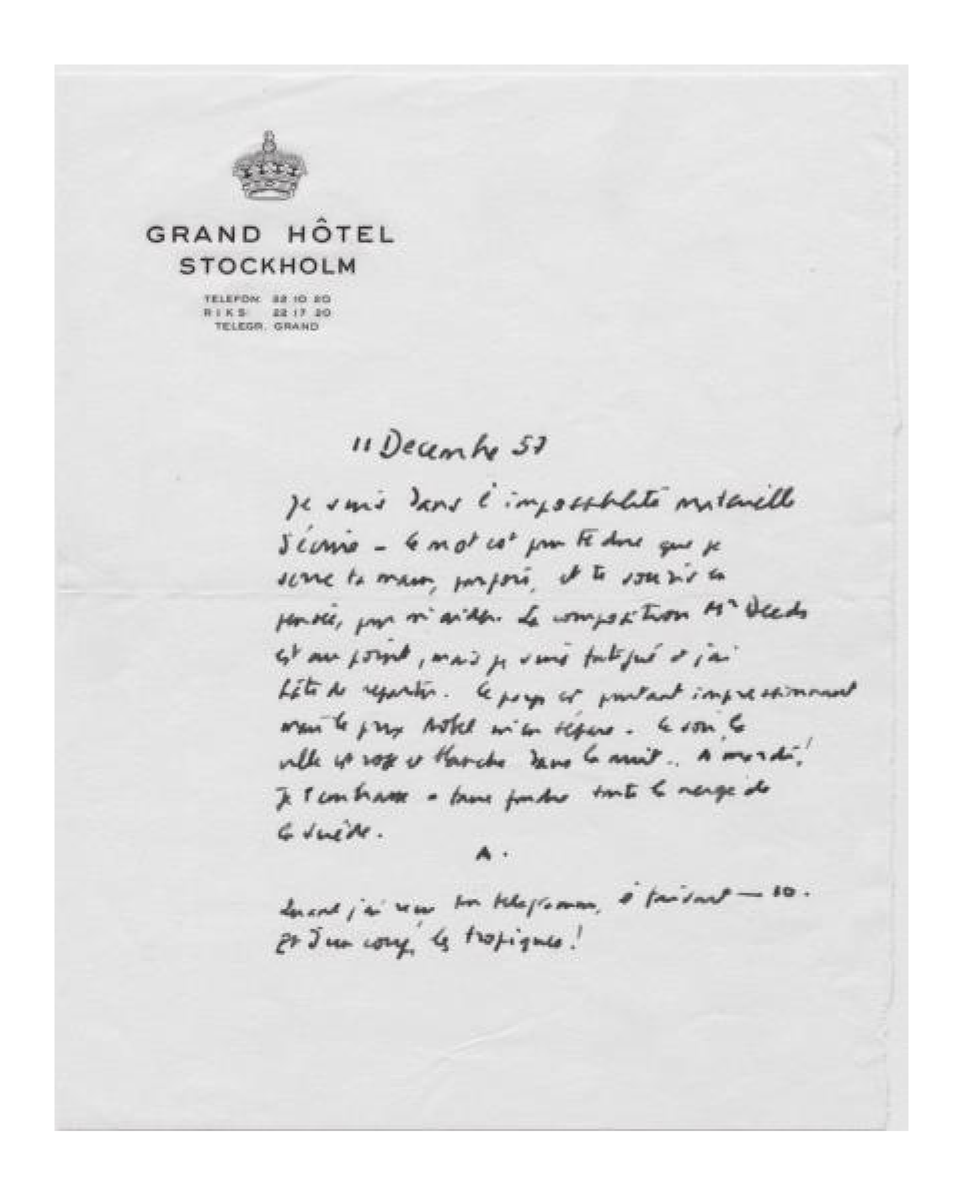
Me es imposible materialmente escribirte. Estas palabras son para decirte que te aprieto la mano a ratos y te sonrío con el pensamiento, para ayudarme.

El número a lo Mr. Deeds[891] está a punto, pero estoy cansado y deseando volver. Y eso que este país es impresionante, pero el Premio Nobel me distancia de él. Por la noche, la ciudad es rosa y blanca en la oscuridad. Hasta el martes.

Te beso como para derretir toda la nieve de Suecia.

A.

Cuando recibí tu telegrama estábamos a diez bajo cero. ¡Y, de golpe, el trópico!



GRAND HÔTEL
STOCKHOLM

TELEFON: 22 10 20
RIKS: 22 17 20
TELEGR. GRAND

11 Décembre 57

Je suis dans l'impossibilité matérielle d'écrire — ce mot est pour te dire que je serre ta main, toujours, et te souris en pensée, pour m'aider. La composition [illegible] est au point, mais je suis fatigué et j'ai hâte de repartir. Le pays est pourtant impressionnant [illegible] m'en sépare. Le soir, la ville est rose et blanche dans la nuit... À mardi! Je t'embrasse à faire fondre toute la neige de la Suède.

A.

Quand j'ai reçu ton télégramme, il faisait — 10.
Et d'un coup, les tropiques!

1958

779 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[892]

[Enero de 1958]

Todo cuanto amo está hoy en Trecén,[893] y yo también, lleno de confianza, contigo, amor mío.

A.

780 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

29 de marzo [de 1958]

Hoy llego a preguntarme, cariño, si no habré ido contigo a Argelia. El cielo, azul aunque un poco pálido, es casi límpido, las mujeres han renunciado al abrigo y los hombres «mandan a paseo» la chaqueta. Lo cual es a lo mejor promesa de lluvia para mañana, pero mientras tanto he podido disfrutar todo el día, tanto en casa, en el estudio, como por la calle, de sonrisas radiantes, de siluetas liberadas y de miradas rebosantes de simpatía; y ya sabes cuánto noto esas cosas.

Acabo de terminar de grabar *La devoción* y creo que he sacado adelante bien a nuestra Julia. Tanto mejor; tenía mucho empeño en ello. Pero esta reposición me ha hecho entender una vez más lo a gusto que me siento en las aguas de mis antepasados y me han entrado ganas de pronto de tratarlos

cada vez más. Por otro lado, al escuchar a Serge R[eggiani] decir su oración he lamentado una vez más oírlo tan pocas veces; es quizá el único actor que siempre me emociona y creo que no es posible decir un texto como lo dice él sin tener un corazón de mucha categoría. Tiene también, creo, la intuición de un alma elevada y me parece de lo más injusto que el hada del ingenio y de la sabiduría no acudiera junto a su cuna. En vista de todo lo cual ya no hace nada y se está volviendo poquita cosa, flaco, encogido, y tiene mala cara.

Tras ser devota de la Cruz, voy a consagrar el tiempo ahora al Santísimo.[894]Ya han empezado los ensayos, largos, penosos —como de costumbre— y no me queda más remedio que despejarme por completo antes de cada sesión para no dar pataditas de impaciencia. La vitalidad es algo bueno, pero hay que saber administrarla.

Desde que te fuiste también he enterrado a *Macbeth*, un poco de mala manera, todo hay que decirlo. No lo repondremos *probablemente* hasta Aviñón, la segunda quincena de julio y entonces se aprovechará *probablemente* mi presencia y la de Gérard para ensayar *El Cid*. En cuanto a Marruecos y al periodo anterior al 10 de junio, todavía no sé nada.

Por lo demás, todo va bien y las caras resplandecen todas con el sol nuevo, menos la de Tonton,[895] que se resiente un poco de la fuerza de la primavera.

La semana que viene, si saco el valor necesario para ello, me iré al campo, cerca de París, mientras el TNP está en Poitiers. Alguien de la Casa me ha ofrecido su vivienda, que no cae lejos de París, pero todavía no sé si me decidiré sencillamente por la hospedería por problemas que tienen que ver con las comidas. Si me fuera, saldría de la calle de Vaugirard el lunes por la tarde y volvería el jueves, a lo largo del día. Me lo estoy pensando, pero sé que me iba a sentar muy bien.

Y tú ¿cómo vas? La noche en que te fuiste tuve la alegría de recibir en Chaillot una carta *urgente* que me habías mandado a Río, la primera. Me sentí muy feliz porque era especialmente dulce y llegaba muy oportunamente; es curioso, pero son también los caminos del Señor… etc., para ayudarme a soportar con más valor y de forma más deliciosa la melancolía que tu marcha había ahondado en mí. Sí, estoy melancólica y un poquito preocupada, no tanto por los peligros físicos, para los que me falta imaginación, sino por saber que andas atormentado. Sin embargo, es bueno que estés allí, que veas a tu madre, que ella te vea y que recobres los estribos en tu tierra; así tu estancia en el sur de Francia será más fecunda y estará más cerca de esa verdad que te quema, ¡OH, HOMBRE! En lo referido a mí, convertiré una celda en la breve prisión de mi vida. ¡En ella me afligirán las desdichas de un destino inclemente, lloraré la fortuna implacable, el cielo enemigo, una estrella contraria! ¡Y cubriré de lágrimas el recuerdo de una pasión demasiado ufana de un amor!... ¡No, no! Estoy desvariando… pero ¡qué hermoso sería!

Como ves, no consigo ya mantener la seriedad.

He empezado *La montaña mágica*.[896] Es hermoso y atroz, pero tenía mucha razón en querer leerlo. Es un libro que me hace entender —¡y de qué manera!— cosas que siempre fueron ignotas; se me olvida por desgracia con demasiada frecuencia que soy hija de ricos y bastión de salud. Se me olvida que siempre he podido evitar la enfermedad, la promiscuidad y, sobre todo, la vulgaridad y no pienso lo suficiente en que de la noche a la mañana miles de personas pueden verse arrojadas a un mundo donde únicamente imperan esas tres hermanas. ¡Ah, Dignidad, único refugio adorable de un universo devastado!

Está visto que estoy demasiado lírica; lo dejo. Por lo demás, solo quería mandarte un saludito. Escríbeme para que el jueves, al volver del campo,

tenga unas palabras tuyas; pero no te fuerces. Unas palabras para decirme tu estado de ánimo y para darme un beso. Te echo de menos; no digo nada más por aquello del «tercero», pero eso no me evita pensar.

M. V.

781 — Albert Camus a María Casares

Domingo
30 de marzo de 1958

Unas líneas para tranquilizarte, amor mío. El viaje fue bien.[897] E incluso con el mar, picado, pero lleno de sana energía, me sentí durante unas horas tal y como era antes de caer en el marasmo. Aquí, el cielo hermoso, el sol, el viento, el mar por todas las esquinas, las noches llenas del olor de las glicinias me ayudan a vivir, me parece. Por no mencionar, claro, a mi madre, algo avejentada, pero siempre vivaracha, y a quien quiero. Está, por supuesto, lo demás, las eternas patrullas, los cordones policiales, los tranvías con rejas, la guerra, en una palabra. Pero incluso así vale más que la inconsciencia y la necedad de París.

Empiezo a trabajar en ese hotel tranquilo y bonito (fuera solo se oye cantar a los pájaros). Bien querría sanar del todo, aunque no fuera más que para no ser ya ese compañero agobiante que aguantas con tan buen talante. No tengo ya edad de conquistarte, pero aún tengo la de conservarte y retenerte. Has sido paciente y dulce conmigo y por eso te he querido aún más. Me gustaría mucho que pudiéramos hacer ese viaje en junio para que la belleza nos uniera a su vez.[898] Escríbeme, aunque sea poco, para

decirme lo que haces y lo que vas a hacer. No te olvides de tu testarudo (como una mula), amante y laborioso. Te necesito y pensar en ti me ayuda a diario. Hasta pronto, reina mía, a quien quiero y admiro. Te beso con todo mi corazón. A.

782 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Viernes 4 de abril de 1958

Sin noticias tuyas. Has desaparecido en el campo y en el olvido de tu viejo compañero. Espero que por lo menos estés descansando y recobrándote.

Yo me esfuerzo en sonreír. Hago todo lo habido y por haber para recobrar una vitalidad, pero, de hecho, estoy continuamente atontado. Sin embargo, ya no tengo trastornos. Sencillamente no consigo decidirme a coger el avión y, para volver, cogeré el barco. Después de eso, no sé cómo iré a Grecia.

En cualquier caso, volveré al sur de Francia dentro de unos diez días y te mandaré mis señas, o te llamaré. Cada vez que estoy aquí, siento estarlo sin ti. Cierto es que ahora mismo más valdría no imponerle mi compañía a nadie. Y también, además, trabajo poco y mal.

Aquí hace bueno, pero cuesta soportar la situación. En fin, el mar, la luz, las flores ayudan a vivir, aquí como en todas partes.

Besa a la sagrada familia de mi parte. Pienso en ti con ternura de corazón, y con preocupación, y con el mismo amor, que te besa

A.

783 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Domingo de Pascua [6 de abril de 1958]

Querido amor mío:

Cristo ha resucitado y tú a lo mejor recibes esta carta el día de San Alberto. Una fiesta y un santo por felicitar, pero, con el temor de haberme retrasado, ya te mandé ayer por la noche un telegrama para estar contigo en tu Pascua africana.

Al volver del campo el jueves, tuve que trabajar a destajo y no tuve tiempo para escribirte hasta el viernes por la noche, demasiado tarde para que pudiera llegarte mi carta antes del paréntesis de las fiestas. Como estaba cansada, decidí dejarlo para esta tarde.

Efectivamente, el campo me había resultado un tanto penoso porque la casa cuya llave me habían dado tiene más de tienda de campaña que de villa y tuve que trabajar como una presidiaria para poder alimentarme y lavarme. Sin gas y sin luz, atendí pese a todo a mi subsistencia robando leña por el vecindario (¡ay, qué vergüenza!) y preparándome platos bien pesados, pero deliciosos, encendiendo la chimenea. Como hacía un frío del demonio busqué también un trabajo que me hiciera entrar en calor y, como encontré leños y rastrillos, me ocupé dibujando y trabajando la tierra para convertir un campo pequeño en estado silvestre en un encantado jardín del extrarradio. Así que me gané que me felicitasen mis anfitriones cuando fueron el último día para volver a tomar posesión de la casa y me encontraron, encarnada por el sol y el viento, en medio de mi obra maestra, quebrantada, pero orgullosa. ¡Ay, sí, muy orgullosa! Tres noches solitarias pasadas lejos de cualquier compañía conocida o desconocida, en el quinto pino, con supuestas comodidades y cara a cara con unas veinte arañas de todas las formas y tamaños… es para estar orgullosa, sobre todo cuando se piensa que habría podido seguir alegremente con ese tipo de vida mucho

más tiempo. Pero cuanto más sigo menos me extraño. El gusto, la pasión por la vida se bastan a sí mismos, y los bichos como yo, que solo constan de vitalidad, pondrán el mismo empeño en remover a fondo un pedazo de tierra que en pelear con los misterios de la recreación intentando dar vida al personaje de Jimena.[899] Esa comprobación me ha tomado mucho tiempo de mi estancia allí porque me di cuenta de que, por primera vez, en lugar de hacerme sentir completamente satisfecha, me puso algo melancólica. Creo que he buscado durante mucho tiempo, consciente o inconscientemente, dar una forma a mi existencia, como todo hijo de vecino, y cuanta más edad y más experiencia tengo, más tengo la impresión de parecerme a un camaleón sin sexo, cuya única utilidad consiste en captar y reflejar una luz hermosa. Pero ¡vamos a ver! La belleza y el movimiento ¿no son acaso lo más noble y necesario? Y cuando se cuenta con el privilegio de codearse con este, e incluso de integrarse en él a veces, y de no rechazar nunca aquella, ¿no es una hermosa forma de estropear lo menos posible el tiempo que pasamos en esta tierra? Y la modestia, la inteligencia y, precisamente, ese incierto sentimiento de melancolía ¿no son las principales prendas de una mujer?

En esas estaba cuando recibí tu segunda carta, la del viernes, y, al leerla, me dije una vez más que éramos hermanos y que, definitivamente, nuestras crisis iban a la par. Solo que, como en esta ocasión te defiendes con más coraje que yo, la tuya es más aguda y empieza a preocuparme muy en serio.

La primera notita que me enviaste me había dado la esperanza de un restablecimiento más rápido incluso de lo que esperaba, pese a palabras inesperadas y extrañas tales como «demasiado viejo para conquistarte», «retenerte», etc., que me habían puesto la mosca detrás de la oreja y un escalofrío helado en el corazón. Porque aquí estoy, un poco amorfa, es cierto —un poco a tu imagen y semejanza, quizá, o a imagen y semejanza del mudo que nos rodea—, pero aquí estoy, pese a todo, viva y entera, y

nunca se ha planteado que lo que aquí me retiene se ponga y duda y, cuando hablas de cierta manera, creo de repente con todo mi ser en una seria enfermedad que te tiene, desde luego, gravemente afectado y pierdo la cabeza.

¡Sí, claro! No soy ya la de 1950, y menos aún la de 1944. ¡Afortunadamente, por lo demás! ¿Cómo habrían sido estos últimos años si hubiera seguido siendo aquella chica algo voraz que conociste? Y tampoco soy la que debería ser, porque sigo siendo, pese a todo, la misma que era, y lucho como puedo y como se debe.

Pero en todo esto no deja de quedar claro que reinas como dueño y señor y que todo esto se compone tanto de ti como de mí, mezclados para siempre, y que lo que soy ahora no es ya lo que hice de mí, sino lo que hemos hecho de mí. ¿Cómo, pues, iba a ser posible evadirse de esta extraordinaria complicidad sin renegarse a sí mismo? ¿Cómo puede incluso pensarse en ello sin estar algo loco y cómo has llegado a eso?

No, cariño, no estás bien. ¿Y cómo ayudarte? ¿Qué decirte? La paciencia es para mí, que soy más indiferente que tú al paso del tiempo. Pero a ti, para quien los días pueden quedarse en nada o, al contrario, henchirse de riquezas nunca suficientes, ¿cómo aconsejarte paciencia? Y, sin embargo, ¿qué otra cosa puede hacerse que no sea esperar y confiar? ¡Ay!, si pudieras ahora mismo creer en ti y en tu estrella como creo yo, hallarías entonces el camino de la auténtica confianza y lo demás llegaría enseguida; pero es difícil ceder a la confianza si no se cree y sin sentir un vértigo espantoso; yo, que llevo cierto tiempo viviendo un poco a la deriva, sé que solo puedo soportarlo porque no tengo nada que hacer en la vida y, a fin de cuentas, para «cumplir con mi deber», quizá lo haga igual de bien en este estado que en otro, pero imagino con terror la atroz angustia que me oprimiría el corazón todos los minutos si tuviera la sensación de estar desperdiciando un

tiempo valiosísimo. Así que creo saber lo que te agobia desde hace mucho y, como te conozco, fui la primera en temblar cuando te arrojaste en esa hoguera mágica que es el teatro. Pensaba que estabas hecho para eso, pero también pensaba que estabas hecho para otra cosa y que una vez más ibas a apañártelas para ponerte en una posición de lo más incómoda; pero pensé también que era tu destino y que había que callar respetuosamente. Ahora estás «vacío por dentro», como todos nosotros (no solo el sol arrasa la mente y el corazón, también están la acción y la religión del instante que pasa); ahora estás destrozado, más devastado que todos nosotros, porque tienes mayor riqueza, estás más inmutado, más desierto. Pero no temas nada, espera, amor mío, fíate, créeme; sé que todo va a volver, que todo va a resucitar, y muy pronto. Créeme, te lo suplico. Ya no sé escribir, como ves, nunca he sabido expresarme, hago caso omiso del razonamiento o lo trato de mala manera, pero creo que sí tengo una ciencia que quizá tú no conoces, y hoy tienes que creerme: muy pronto vas a salir a la superficie. Espera, no te agarrotes, no te cierres, deja que las cosas vengan, espera. Mi amor te acompaña; ¡ojalá te sirva de apoyo!

Te beso con toda el alma.

MV

PS: Léone, sustituyendo a Gilles Quéant, que está enfermo, hace una encuesta sobre los peligros y los problemas de la proliferación de festivales en Francia. Se hacen algunas preguntas a los «directores de festivales» y tiene que ver[te] o que entrar en contacto contigo. ¿Puede escribirte? ¿Y dónde?

7 de abril de 1958

Espero la carta que me anunció tu telegrama (¡bienvenido!). Pero esta nota es solo para decirte que no me escribas tras recibirla. El domingo habré embarcado y los plazos de Correos *son largos*. En cuanto llegue al sur de Francia te llamaré.

Estoy mejor, aunque no me atrevo aún a coger el avión.[900] Pero, de verdad, una clara mejoría.

Te he echado de menos. Sencillamente he puesto tanto empeño en recuperar un equilibrio que no he notado bien cómo se me iba el tiempo. Me gustaría estrecharte contra mí ahora mismo. No me olvides. Te beso con todo mi corazón, con todo mi amor.

A.

785 — María Casares a Albert Camus

2 de mayo [de 1958]

Querido amor mío:

Está visto que el Théâtre National Poupoulaire [*sic*],[901] su administrador y su director se ponen de acuerdo para estropear los mejores viajes. Aquí estamos, en Marruecos. El tiempo es templado y el mar parece más que prometedor a lo lejos; pero ya estamos agotados. Por culpa de la frivolidad de Daniel Sorano, en cuanto pisamos tierra africana nos llevaron a la zona de festejos para ensayar una vez más *El triunfo del amor* con nuestro nuevo Arlequín: [Jean-] P[ierre] Darras. Pero naturalmente, siempre a la altura de las circunstancias, J[ean] Vilar, que llevaba allí desde por la

mañana, no había tenido la buena idea de cenar antes de que llegásemos, lo que nos obligó a esperarlo desde las nueve y media, hora en que nos presentamos allí, hasta las once menos cuarto, lo que nos llevó en el trabajo hasta la una de la madrugada. Hoy volvemos a ensayar toda la obra seguida, dado lo raro del escenario, y luego actuamos a las nueve y media, y luego nos lavamos la cabeza, dormimos si podemos y mañana temprano volvemos a hacer las maletas para salir hacia Rabat, donde volvemos a ensayar por la tarde y actuamos por la noche. Por fin, el domingo, día de descanso, tenemos una recepción de tiros largos en la embajada, nos quedamos uno o dos días más en Rabat para representar *El atolondrado*[902] y volvemos a hacer las maletas para regresar a Casablanca, donde representamos *El atolondrado* y una vez *El triunfo del amor*, antes de volver a hacer las maletas para regresar a París.

Debo decir que esta faena y la faena de hacerme volver de noche en tren desde Bruselas hasta Amberes tras la representación de *Fedra*, para volver a coger al día siguiente el tren de las siete, que me llevó a Bruselas para regresar a París, son las dos banderillas que me faltaban en el cuello para darme la estocada.

En fin, voy a intentar disfrutar en Rabat de África lo mejor que pueda. Por supuesto, todavía no sé en qué hotel me alojo allí, pero si tienes algo que decirme escríbeme al hotel El Mançour de Casablanca; vuelvo allí el martes o el miércoles, porque la representación es al aire libre y ni siquiera puedo darte las señas del teatro.

De momento mi horizonte africano se reduce a lo raro que es el gran hotel Marhaba, ahí, delante de mi ventana y, allá a lo lejos, las grúas del puerto y el mar. No está mal. El cielo está gris, el tiempo es templado y el viento revitaliza. Así que se me llevan los demonios. Creo que estoy estupendamente y si Burdeos, Vilar, la Perricholi, la demencia inofensiva, la

desesperación artística, el vacío, el aburrimiento que sueltan algunos de mis simpáticos compañeros no acaban con mi salud, creo que has encontrado a una buena compañerita para recorrer las islas milagrosas del mar Egeo.

Así que reza por mí y espérame. Llego un poco al bies, les tengo un poco de miedo a estos ocho días en que voy a verte aún poco y mal, pero tendremos paciencia: ¡ya llegan las vacaciones!

Le ruego a París que te reciba con todo su esplendor. Ya se estaba engalanando cuando lo dejé. Espero que lo hayas encontrado a tu gusto.

Hasta el viernes, cariño, te mandaré otra notita desde Rabat. Te beso fuerte, fuerte, fuerte.

M.

786 — María Casares a Albert Camus[903]

8 de mayo de 1958

LLEGO ORLY AVIÓN 18 H 05 CARIÑOS MARIA

787 — Albert Camus a María Casares[904]

6 de junio de 1958

¡Tantos años, un solo corazón!

788 — María Casares a Albert Camus[905]

[San Juan] [19 de junio de 1958]

¡Que san Juan te guarde, ángel querido! He pensado que, si estaba allí para recibirte, PARÍS te parecería más luminoso.

M.

789 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Marsella, 5 de julio [de 1958]

Querido amor mío:

He pensado mucho en ti y en tus múltiples recomendaciones por todo el camino que me ha llevado de Atenas a Marsella. Por desgracia, no he tenido tiempo de poner en práctica tus juiciosos consejos porque en cuanto me separé de vosotros se hizo cargo de mí Air France. Y así es como al llegar a Roma ni siquiera me dejaron libertad para contemplar a gusto a Miss Italia bajando del avión ante las cámaras y las máquinas de fotos; un mozo alto y que no estaba mal, de ojos claros, se abalanzó sobre mí, me cogió del codo izquierdo y, arrastrándome lejos del grupo feliz que esperaba a la azafata, exclamó: «¡Va usted a Niza! ¡Venga conmigo!». Unas personas de Niza que me habían reconocido en el avión y que me lanzaban ojeadas cómplices quisieron intervenir y susurraron tímidamente: «Nosotros también vamos a Niza». «¡Sigan a la azafata!», vociferó mi secuestrador. ¡Y tiró de mí hasta la sala de espera que ya conoces! Allí soltó unas pocas palabras más. «Su pasaporte. Se lo devolverán en el momento de salir. Mientras tanto tome unos refrescos», dicho lo cual me dejó entregada a mi suerte. Eso fue al menos lo que me pareció y, aprovechando mi reciente independencia, me

lancé hacia un vendedor de postales a quien quise comprar una caja de cerillas. Me dijo que «eso se vendía donde los cigarrillos, es decir, en el estanco» y me despidió con una sonrisa. Después de comprar cerillas y después de darle la primera calada al cigarrillo, quise aislarme de ese sitio donde todo el mundo me miraba con demasiada benevolencia y decidí irme a hacer pis y a entretenerme sacando adelante un aseo a fondo; pero cuando acababa de poner apenas mi noble trasero en el trono oí chillar mi nombre a voz en cuello a la azafata de tierra. «*Signorina* Casares!». «¡Estoy aquí, ya voy!». «¡Venga! ¡Preguntan por usted unos periodistas y el Noticiario quiere sacarla!». En la postura en que estaba me resultaba difícil echar discursos. Solté a través de la puerta un tímido: «Pero si estoy de vacaciones…», y, alarmada por las palabras que acababa de decir y que encajaban mal con la situación, me callé, me volví a enfundar el pis y salí. Después de que me «sacaran» y de que me sacaran fotos del derecho y del revés, intenté en vano que me dejasen en paz, primero en la sala de espera y luego en el restaurante. El personal me pedía autógrafos, seguramente para enterarse por fin de quién era, y el camarero que me sirvió el *espresso doppio* acabó por sentarse a mi mesa para tener una charlita. Anduve coqueteando a derecha e izquierda, tanto que tuve por fin que ir a buscar algo de paz entre dos niños de pañales que berreaban como para echar la primera papilla y habrían desanimado al mismísimo demonio si hubiera querido tentarme.

Al cabo de dos largas horas, volvió el mozo alto. «Venga», y me coló por delante de todo el mundo, como a mí me gusta, y me hizo escoger sitio y luego me presentó al capitán Rivière, que pidió a la azafata que me llevase a la cabina del piloto durante esa primera hora de vuelo que yo había deseado como un remanso de paz.

Al llegar a Niza, apenas si pude tartamudear unas frases en la oficina de

información; pero me enteré, pese a todo, de que media hora después salía un tren para Marsella. Taxi. Estación. Pido un billete para Marsella. «¿En segunda?», me preguntan en un tono que no admitía réplica. Solo me atreví a decir que sí y me fui corriendo al tren donde pasé cuatro horas en un compartimento atestado donde un montón de gente comía cosas muy apetitosas. Creía que iba a desmayarme cuando de repente —¡oh, milagro! — llegó un buen señor con bebidas y bocadillos. Compré una limonada completamente repulsiva y un bocadillo acartonado con una loncha gris que recordaba de lejos al jamón y cené como nunca en la vida. Remozada, leí hasta las doce y a las doce y cuarto llegué a Marsella. Taxi hasta el Noailles, donde mi habitación no estaba reservada hasta el día siguiente. «¡Da igual! Otra, con baño. Ya cambiaré mañana». Subí y perdí el conocimiento tras un buen baño.

Desde ese momento he vuelto a encontrarme con Francia, con el sur, con el mal gusto marsellés, las mujeres enajenadoras, L'Épuisette, los amigos, Le Pharo, *Macbeth*, el miedo escénico y el público, y sobre todo con el ruido. Pero todavía no me he acostumbrado. Vivo trabajosamente y sueño con islas. ¡Otra! ¡Otra! Y echo de menos la pompa y las postales y los collares de burro y la pequeña caravana y a su dulce Tirano y al capitán whisky con soda. En lo referido a las islas, todavía no he salido de ellas y estoy empezando a creer que me he quedado en algún sitio de por allí, a medio camino de la costa turca, convertida en piedra o en gaviota. El encanto de ese viaje tenía que ver con la magia y por lo visto me encantó.

Y vosotros, ¿cómo habéis aguantado el tipo bajo el sol griego? Mándame unas palabras a Aviñón, al hotel d'Angleterre, estaré allí a partir del lunes por la noche. Si no me voy demasiado pronto de Marsella intentaré llamarte; si no, intentaré hacerlo el martes desde Aviñón.

Gracias, cariño, por todo lo que me das. Espero que sigas tan guapo

como estabas en el *Fantasia*, y que ahora puedas trabajar como quieres.

Si no tienes ganas de escribirme, mándame solo unas palabras para que sepa en qué punto estás.

Te beso muy muy fuerte.

M.

Besos de mi parte a Michel y a Janine.

790 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[906]

[Auriga. Museo de Delfos].

te echamos de menos… Albert

Michel [Gallimard] Mario [Prassinos] Anne [Gallimard] Janine [Gallimard] Io [Prassinos] Catherine [Prassinos]

791 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[907]

8 de julio de 1958

Querido amor mío:

He necesitado cuarenta y ocho horas para volver a acostumbrarme a París. Supongo que tu san Juan, encontrado aquí con agradecimiento y ternura, me ha ayudado, pues no había en mí sino mala voluntad y mal humor ante el increíble montón de correo y de obligaciones que me estaban esperando. Sentía también angustia ante esta novela[908] que tengo que

hacer ahora y ante la que me siento solo. Cierto es que a Francine se le había ocurrido dejarme una carta de consejos de la que se desprendía que lo que me faltaba para escribir una novela grande y de verdad era ingresar en la orden de la caridad y del amor. En cuanto ingresara, no me costaría ya ningún trabajo escribir mi obra maestra. Un buen sistema para ingresar, por lo visto, era coger el metro más a menudo. En lo referido al ingreso en la orden de la caridad, he empezado por cogerme un enfado virulento.

Hoy estoy mejor. Me organizo el trabajo, bien decidido a disfrutar de la vida, de mis fuerzas y de mi capacidad para la labor, y todo ello al mismo tiempo. En cuanto a noticias importantes, la respuesta del Récamier es negativa.[909] Me llevo una gran decepción. Tengo que renunciar a mi proyecto general. Quedan *Los demonios* y en eso no tengo ya más elección que Hébertot o Barrault. Los dos me resultan molestos por razones diferentes.

Bueno. Me acuerdo con añoranza del mar y de las islas. Pero hay que estar y vivir donde se está. Todavía no sé si iré al sur. Solo espero que el calor no te agobie y que estés tan guapa y radiante como el mar de los dioses. Me he pasado un mes admirándote y queriéndote y era algo que me colmaba el corazón. Trabaja y sé feliz. Esta nota era solo para tranquilizarte en lo referido a mí. Te llamaré pronto. Te beso y te estrecho contra mí.

A.

792 — Albert Camus a María Casares[910]

Lunes, 21 de julio de 1958

Querido amor mío:

Estoy muy melancólico al escribirte esta carta. El peso de tu ausencia, tu silencio y esos teléfonos en que no te *siento* del otro lado del cable, el destierro al que me arroja todo eso, ha acabado por agobiarme cada vez más y por entristecerme, tontamente, lo sé, pero inexorablemente. Sin ti no valgo nada, esa es la verdad. Me da igual, dentro de un orden, no verte, no leerte, pero necesito sentir que estás ahí, activa, vuelta hacia mí, pese a la ausencia, y que desde lejos tu paso acompaña al mío. Desde Grecia, en Grecia incluso, a veces, he dejado de oír ese paso. ¿Es culpa mía? Sin embargo, aquí y allá, se me exaltaba o se me oprimía el corazón, pero siempre vivía para ti. Sé también que tienes derecho a estar cansada, o distraída, y que te me vas a reír en las narices. Pero no te rías y, más bien, perdona y comprende. Según han ido pasando los años, he perdido mis raíces, en vez de creármelas, menos una, tú, que eras mi manantial vivo, lo único que hoy me vincula al mundo real. Cuando te imagino lejos o perdida empiezo a derivar, inútil, sin meta ni dirección, me quedo sin peso e incluso me parece que sin cuerpo. Me basta aun con imaginar que me quieres menos, o que te gusto menos, o ya no te gusto (eso pensaba efectivamente ayer en casa de Michel [Gallimard] al verme en la película del crucero; [911] el cine es una buena escuela de modestia), para que me dé vueltas la cabeza y me sienta extraviado.

Supongo, claro, que estoy equivocado y que me arriesgo a darte la lata al escribirte todo esto. Pero me he dicho que quizá te sentías alejada y ausente por mi culpa, y porque quizá dudabas de mi amor. Así que no está mal que te diga que me siento solo y colmado de pena. Eres mi dulce, mi ternura, mi deliciosa también, y mi única. Bromeamos con frecuencia acerca de nuestros flirteos y nuestras salidas. Pero llega un momento, de tarde en tarde, en que quizá haya que dejar de bromear. A tu lado, el mundo entero no es para mí sino una sombra descolorida. Con la excepción de mis hijos,

podría desvanecerse sin que nada cambiase. Solo tú eres algo fijo, solo tú me llenas. No es cierto que quince años cambien un amor. Lo vuelven más silencioso, menos elocuente, menos satisfecho de sí mismo. Pero sigue ahí, vivo, aguzado en fin, en lo hondo de los jóvenes años, del dulce sueño de los cuerpos, está alerta ante la mínima frase o la mínima sospecha. Desde hace quince años no has compartido mi vida, eres mi vida, junto con la creación, a la que tan mal sirvo a veces, pero que sigue siendo, contigo, la carne de mi alma. No dudes de esto ni de tu fiel compañero. Te quiero, mejor y más que antes. Si he crecido en experiencia y en fuerza en todos estos años, y eso creo, mi amor ha crecido otro tanto. Te lo ruego, cariño, hazme una señal, padezco soledad, privación, necesito tu amor como el aire que respiro. Y perdona, sea como fuere, a tu estúpido enamorado.

Si decido bajar, será a finales de semana y te llamaré o te pondré un telegrama. Aquí hace un tiempo gris y desapacible, ¡como a ti te gusta, por lo que dices! En cualquier caso, agosto va a reunirnos. Pero septiembre y octubre nos volverán a separar y me entristezco de antemano. Querría que estuvieras aquí y tenerte en mis brazos, para recobrar la vida verdadera, tus ojos, que amo, y la calidez de tu cuerpo. Pero te beso muy fuerte, mucho rato, con todo mi amor.

A.

793 — Albert Camus a María Casares

3 de agosto de 1958

Querido amor mío:

El lunes me llovió durante todo el viaje.[912] Me pasé once horas al

volante y por fin llegué entre el olor del espliego. He encontrado una casa que carece casi de todo y llevo dos días trabajando para ponerla decente. El sitio es bastante bonito, pero sin panorámicas. También he dado largos paseos con Char, sobre todo por el Luberon, siempre espléndido. No hace calor. A lo mejor tolerabas mi país adoptivo y te gustaba.

Espero que todo vaya bien. Durante esos días de París, entre tu llegada y mi partida, te he recobrado y me sentía muy feliz. Soy yo, ya lo sé, el desorientado que anda buscando un equilibrio o una vida mejor organizada. Y, además, no trabajar para mí es un poco como si me muriera. En fin, tu presencia era dulce, cálida, colaboradora.

Ahora vas a irte para unas largas semanas. Pero es más fácil que si te hubieras ido pocos días después de Aviñón, donde me preguntaba si seguía existiendo para ti. ¡Ríete de tu estúpido amigo!

Bueno, esta nota era para tranquilizarte, contarte mi corazón, mi pensamiento, y mi calidez también.

Te beso, cariño, con todas mis fuerzas.

794 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

15 de agosto de 1958

¡Bendita sea mi Marie, así en la tierra como en el cielo!

795 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Jueves 4 de septiembre [de 1958]

Querido amor mío, ¡ya está! Ha empezado la temporada, basta con mirarme, soy el barómetro infalible. Todo cuanto he acumulado en estos últimos tiempos en fuerza, en salud, en energía, en vitalidad sale disparado por todos los poros de mi persona, ¡hago *psss*!

Desde que te fuiste no he parado un instante. Obligada a hacer el balance del año, a preparar la vuelta, a organizar la casa mientras esté fuera, a clasificar las cosas que tengo que mandar por barco y las que tengo que llevarme en el avión; solicitada por los que han «vuelto de vacaciones»; obligada a atender a las pruebas del vestuario de *El Cid*, del calzado de *El Cid*, de mis vestidos personales, etc., ya no sé a qué atender y me paso el tiempo haciendo listas y cuentas, para que no se me olvide nada, por una parte, y para no rebasar el límite de mis recursos, por la otra. Pero, ¡vive Dios!, alabado sea mil veces, creo que saldré de este dédalo sin daños.

Naturalmente, en medio de semejante barullo intento encontrar unos minutos en el cuarto de baño para aprenderme el texto de Jimena y otros más largos, y, en otro sitio de preferencia, para pensar en ti.

He recibido tu dulce carta y opino como tú que la impresión de distanciamiento que padeciste antes de mi regreso a París tenía que ver más bien con tu estado personal; pero también te olvidas un poco de que, por desgracia, soy humana; de que estoy hecha como los demás, de cenizas también, y de que a veces solo las cenizas duermen donde reinaba la vida. Estás tan acostumbrado a verme petulante que pareces perdido cuando el cansancio, algunos trastornos de salud menudos o, sencillamente, el desgaste y la pobreza apagan de repente en mí todo cuanto me hace vivir y lo que hace que me quieras. Pero, querido amor mío, aunque todavía soy joven, eso no quita para que tenga treinta y seis años y mucho trajín, así que voy a tener cada vez más una cara mohína que sentiré mucho enseñarte, pero contra la que no podré hacer nada y que sobre todo no debes tomar por

una señal de distanciamiento en lo que a mí se refiere. Formas parte de mi corazón, de mi vida, y nuestro destino va íntimamente unido a mis fuerzas, a mis energías, dueñas absolutas de hacer nuestro amor glorioso o huraño. Ocurra lo que ocurra, por lo demás, este amor es espléndido y, cuando tomo distancia para observarlo de forma objetiva, no sé cuándo me gusta más, si es cuando estalla de vida regia o cuando se encoge en los pliegues más recónditos de la caída en desgracia.

Así que no temas nada, cariño. Otro año duro de trabajo y de actividad en que nos vamos a meter juntos, tan cerca uno del otro como si emprendiésemos la misma obra, o más quizá. Descansa bien y coge aliento para el invierno. Esta separación será corta. Cuando vuelvas, tendrás el tiempo justo para acomodarte, preparar tu trabajo, reanudar la relación con la NRF, ocuparte de *Los demonios*, y yo estaré aquí enseguida, hecha trizas seguramente, pero estaré aquí. Entonces necesitarás tu energía sana para que me restablezca y me ponga de nuevo en forma a fin de que pueda ayudarte lo mejor posible cuando empiecen las locuras del Palais-Royal.

Te quiero con todo mi amante corazón, que no se te olvide nunca.

Bueno, tras estas sensatas palabras te dejo. Recibo esta noche a Darras y a Minazzoli;[913] vienen a cenar y mañana aprovecho mis últimas libertades para dar una vuelta por el campo.

Aquí las cosas están más cargadas que nunca. Ángeles, que sigue profundamente humillada, duda entre el sentido del humor y una mortal desesperación. El TNP sigue siendo lo que siempre fue. Chaillot sigue feo. Janine Gallimard me ha llamado, le he dado tus señas y tengo que ir a cenar a su casa la semana que viene. Han operado a Quat'sous —la pata— y la han afeitado, está inenarrable. He empezado con Pasternak,[914] espléndido. Tonton[915] está bien. Me ha llamado Cassot, siempre el mismo. Léone se queja de su Louis. «El aparato —de nuevo— suena a cada

rato» en la calle de Vaugirard. Te quiero. Estoy bien. Un poquito de angustia al principio de la temporada. Te quiero. Te escribiré a principios de la semana que viene.

Te beso con todo mi corazón.

MV

796 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

8 de septiembre [de 1958]

Unas palabritas de nada, querido amor mío, un saludito. Acabo de escribir una carta larga, muy larga, a Juan, y estoy agotada; pero tenía que hacerlo, ha llamado a Ángeles «fresca y descarada»[916] y las cataratas del Niágara no son nada comparadas con los buenos ojos de Ángeles.

Espero haber hecho algo por ella ante la mala bestia del sevillano; lo deseo de todo corazón.

Pensaba escribirte una carta larga esta tarde, pero tengo dos pruebas —vestidos y calzado— y la reunión [de] comienzos de año. Por lo demás, todo el mundo ha vuelto y ya no sé a quién atender.

Me he tragado todo el papel de Jimena, ahora ya solo me queda trabajarlo y he descansado estupendamente dos días enteros en el campo, en la casita donde ya fui sola este invierno.

A Tonton le duelen los riñones. Quat'sous está completamente chocha. Ángeles llora. Ese es mi universo. En la entraña de este desbarajuste intento conservarme joven. Espero que estés descansando bien y que no me olvides demasiado. A ti te echo mucho de menos en medio de esta miseria que me

rodea y necesitaría el toque mágico que pusiera la nota de humor en este desalentador cuadro.

Te beso con todo mi corazón, cariño. Te escribiré una carta más larga uno de estos días. Hoy solo te beso, pero ¡cómo!

M. V.

797 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

11 de septiembre de 1958

Querido amor mío:

Desde que estoy aquí he malgastado el tiempo en servidumbres y desplazamientos solo para conseguir que se pueda vivir en esta casa. Es tan incómoda que es casi imposible dar con una mesa en que se pueda trabajar o escribir. Además, tras movilizar a una agencia para que me encuentre una casa, no pasa un día en que no tenga que ir a ver alguna ruina o alguna casa repulsiva.[917] Solo una me había gustado y, cuando di una respuesta afirmativa, ya la habían vendido esa misma mañana. Añade la presencia (hasta el domingo) de Francine, con las complicaciones que eso implica, y llegarás conmigo a la conclusión de que estas vacaciones son propicias para todo menos para el trabajo. A ese respecto, mejor había hecho quedándome en París.

A pesar de eso, tengo a mis hijos, pero nuestras relaciones son un poco difíciles. Yo, al menos, estoy contento de tenerlos y mirarlos. También está esta tierra, que sigo queriendo y que me acompaña incluso cuando no la miro.

Espero que el ambiente que tienes alrededor se haya suavizado un poco y

que la descarada[918] haya vuelto a su ser. Necesitas que te cuiden a ti durante la semana que viene. Exige con firmeza la ayuda que se te debe y no te canses demasiado. Sigo sin poder imaginar ese largo viaje. Pero hace que vayan a más mi mal humor y mi tristeza actuales. Ni siquiera *Los demonios* (todavía no he abierto el manuscrito y no he corregido nada) me aportan nada que me anime.

Todo esto pasará, ya lo sé. Pero, de momento, no tengo ganas de nada, ni de hacer nadar. Anteayer anduve bajo una tormenta hasta que la camisa estaba para escurrirla. Algo rebulló en mí, fugazmente. ¡Ay!, ¡me gusta mucho ese que soy cuando estoy vivo! Pero ¡tú estás lejos, espléndida mía! Valor, trabajo y vida, esos son mis deseos. Te quiero y soy feliz cada vez que me dices que estás ahí.

Te beso, querido amor mío, te beso como la lluvia del otro día.

A.

798 — María Casares a Albert Camus

París, 12 de septiembre [de 1958]

Querido amor mío:

Son las siete, acabo de volver de un largo ensayo y voy a cenar antes de volver a irme al Chaillot. Los primeros esfuerzos resultan siempre penosos y, en esta ocasión, tengo montones de agujetas. Encima ese viaje a las Américas[919] me tienta menos que otros y es posible que mi falta de coraje tenga que ver íntimamente con lo poco que me gusta el programa de

los próximos meses. Todo esto no es grave, por lo demás, y es muy posible que, como a menudo en ocasiones análogas, vuelva de la gira encantada.

Pero no es para narrarte mis melancolías para lo que te escribo; me gustaría saber qué es de tu vida y cómo estás. Comprendo que la Provenza te inspire el farniente y te traiga la fobia de las cartas; pero me preocupa un poco qué suerte estáis corriendo tú y *Los demonios*. Por aquí se andan incubando muchos rumores y cuando oigo que Micheline[920] me dice que J[ean-]Louis [Barrault] parece anunciar otra obra para el mismo momento en que se debían estrenar *Los demonios* empiezo a preocuparme. ¿En qué punto estás con los demonios esos, y en qué punto estás a secas?

La carta que le escribí a Juan ha surtido efecto; esta mañana he recibido una larga misiva suya en que me anuncia su llegada a París. Vendrá desde los confines de Andalucía a buscar a Ángeles a la calle de Vaugirard para llevarla de la mano a su Navarra natal. Luego, cuando me repita que no la quiere, me permitiré, creo, unos cuantos enfados. Pero de momento ya era hora de hacer algo, porque ella se iba deslizando a una velocidad insospechada por la peligrosa pendiente de la depresión. Había llegado al insomnio total, al ayuno y a las lágrimas permanentes. Desde esta mañana ya no sabe qué actitud adoptar; me parece del todo tranquilizada y secretamente feliz, pero de cara al exterior, llevada por su impulso, sigue conservando el velo y el ademán trágico.

Ahora estamos esperando a la mala bestia sevillana, pero bajo un cielo más clemente. Por otra parte, a Tonton ya no le duelen los riñones y Quat'sous está volviendo a rejuvenecer. ¡Tanto mejor! No puedes imaginarte en qué ambiente he vivido desde que te fuiste.

En cuanto a mí, trabajo y me ocupo de los últimos preparativos. Todo el mundo está volviendo y paso de Vaneck a Cassot y a Forstetter. Este último ha venido y me ha pintado un cuadro pesimista del porvenir. Con

expresiones que te ahorro anunció el bolchevismo mundial para dentro de diez años y la guerra contra los amarillos dentro de quince. Luego, los quinientos millones de chinos que queden —solo habremos conseguido matar a quinientos millones— nos aplastarán y nos esclavizarán y empezará otra civilización. En cuanto a Cassot, me estuvo mirando mucho rato nada más llegar, tanto rato y tan hondamente que me hizo un efecto cómico, cosa que lo molestó mucho.

Pero en todo esto nada tuyo. Ni la mínima señalita. ¿Quieres, alma mía, tener la bondad de ponerme al tanto de tu salud? Todavía no te he hecho nada y, a menos que se me haya ido la cabeza, no creo haberte llamado «fresco» ni «descarado»;[921] así que no merezco a mi vez un trato severo y espero, confiada, noticias tuyas. Volveré a escribirte unas líneas el domingo, porque oso creer que a lo mejor, mañana por la mañana, tendré señales de vida tuyas.

Hasta entonces te dejo con ese sol que apaga el alma y el corazón cuando no están templados en bronce como los tuyos.

Te beso muy muy fuerte

MV.

799 — María Casares a Albert Camus

París, 14 de septiembre [de 1958]

Como ya me esperaba, cariño, recibí ayer tu carta y ya estoy tranquila. No hablas de Barrault ni de *Los demonios*, pero creo que si hubiera habido la más mínima contrariedad me habrías informado.

Pareces regular de humor y, al leerte, me he dicho que los dos

exagerábamos y nos estábamos volviendo ingratos. Pensándolo bien, lo tenemos todo para gozar del placer de vivir más perfecto y, sin embargo, conseguimos quejarnos a menudo. Así que me he leído un poco la cartilla y, pese a una clara tendencia a la melancolía, a la pereza, al asco o al ánimo bajo —no sé cómo llamarlo—, me he espabilado sin contemplaciones y me he puesto en forma. Trabajo a destajo e intento hacerlo con bríos. Si es cierto que arrodillándose puede uno llegar a creer, estoy en buen camino.

Bien. No es por eso por lo que te doy hoy la lata: vengo a avisarte de una carta que vas a recibir de Rouvet. Unos estudiantes de Lima le han rogado que entre en contacto contigo para que les hicieras diez líneas de presentación para una «Semana Camus» que están organizando, y a Jean Rouvet le daba mucho apuro pensar en dirigirse a ti. Lo tranquilicé como pude: creo que lo he convencido de que no desayunas Rouvetitos por las mañanas, me he permitido darle tus señas recomendándole mucho que sea discreto y le he prometido, por último, que te escribiría hoy para avisarte de su petición. Solo te ruego que le contestes de forma simpática, sea cual fuere tu respuesta. Por aquello de demostrar que no eres un ogro.

En lo que a mí se refiere, hoy me he encerrado para poner orden en mi Jimena. Estos últimos días me han atiborrado de indicaciones y me gustaría de aquí a esta noche seleccionarlas. Por desgracia no me siento muy bien —el *sabbat*— y se me hace un poco cuesta arriba. Con la tentación del libro de Pasternak que anda por aquí rodando, calibro la fortaleza de mi carácter a la hora de trabajar.

La descarada[922] espera a su marido como el condenado a que amanezca, Quat'sous se repone de sus trastornos meando en todos los rincones de la casa y Tonton vuelve a enardecerse al hablar de Martine Carol y de B[rigitte] B[ardot]. Los primeros viajeros del TNP ya se han ido; Rouvet nos deja mañana y Vilar, el miércoles, y, por fin, el viernes tengo

que volar yo. Me voy tranquila, dejando todo en orden y en su sitio. Espero también no tener que volver a preocuparme por Ángeles y poder dedicarme a nuestros amigos canadienses con total libertad de mente.

Antes de irme te mandaré una notita más. Intenta tú también darme un toque antes del jueves o el viernes por la mañana: pero si no tienes nada importante que decirme no te compliques la vida intentando escribirme una carta larga; te lo repito una vez más, basta con una frase corta. «Nada nuevo. Todo va bien».

Bueno, cariño. Voy a seguir con el trabajo. Pese a todas mis ocupaciones, o quizá a causa de ellas, te echo mucho de menos. También es agradable. Me gusta notar que te echo de menos. ¡Ojalá sientas tú esa misma dulzura!

Te quiero. Te beso muy muy fuerte. Hasta muy pronto

MV.

800 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles, 17 [de septiembre de 1958]

Querido amor mío:

Este es mi último mensaje antes de que remontes el vuelo. Ahora es cuando estoy empezando a darme cuenta de que no voy a volver a verte hasta noviembre. Pero también me parece que tienes razón, que nos ponemos en plan ingrato y que tenemos cosas mejores que hacer que quejarnos. Tu leccioncita indirecta me ha sentado bien y he decidido espabilarme, agradecerle a la vida todo cuanto me ha dado a manos llenas, empezando por ti, y no andar quejoso so pretexto de que no trabajo. A fin de cuentas, ha sido siempre otro quien ha trabajado en mí, y a su manera,

sin tener en cuenta mis ideas. Cuando la fruta tenía que caer, cayó. Así será mañana y entretanto no puedo preparar esa maduración de mejor forma que dando acogida a los días y a las alegrías con un corazón colmado. ¡Así lo haré!

Encontré ayer en Lourmarin una casa que me gusta.[923] Es posible que la compre. De hacerlo, me quedaría aquí unos días más para ocuparme de las escrituras y de un inicio de instalación. Ya te hablaré de esa casa. Sería propicia para la meditación callada, el trabajo, y también para una vida muy sencilla. Y es bonita, a la antigua.

Cuando recibas esta carta, estarás a pocas horas de tu gran viaje. Mi corazón te acompaña con deseos de triunfo. A los americanos les queda aún algo por descubrir. No los envidio, pero imagino la suerte que tienen. ¡Ay, aquella leve angustia maravillada, hace quince años, cuando, sin conocerte, te oía en *Dreirdre*![924] Buen viaje, cariño, valor y suerte. Escribe a la calle de Chanaleilles. Si necesitas algo, manda un telegrama. En veinticuatro horas mi editor podrá ayudarte. Si no puedes escribir, no te atormentes. No te maldeciré, seguiré bendiciendo la vida que se te parece. ¡Con qué ternura te estrecho contra mí!

A.

Ninguna noticia de los *D[emonios]*. Pero me entero de que a Barrault lo dejó desconcertado el anuncio de la prensa relacionado con Jamois y no entendió nada. Ahora tiene el manuscrito y lo solucionaré todo cuando yo vuelva.

Jueves 18 de agosto [*sic*] [septiembre de 1958]

Querido amor mío:

Acabo de recibir tu carta que, en el estado de hipersensibilidad en que me hallo, me ha elevado hasta las cumbres de la exaltación. Sí, así es, somos en verdad curiosas criaturas.

En esta ocasión salgo de Francia[925] mientras me oprime el corazón una extraña y agobiante melancolía. Ah, no es ya el tiempo de la sequía y de la mala morriña; la comprensión, la vitalidad tierna, la compasión han vuelto y heme aquí completamente cargada de impulsos, de arrebatos confusos, inconcretos, pero dulces y fuertes a más no poder. Creo en todo, me lo imagino todo, deseo y echo de menos a un tiempo todo; estallo de dulzuras. Son los nuevos brotes de la primavera y el gran amor del otoño. Es un peso irresistible que me pone una cara hosca y un corazón trémulo. Es maravillosamente angustioso.

Tu carta me ha encantado porque es una respuesta a todo esto y una respuesta exaltante; y me parece que si en la vía que he escogido me he ganado esa respuesta es que el camino era bueno, pese a todos los meandros que puedan hacerme dudar de lo que soy.

Esta notita es la última que te mando antes del vuelo. Lo dejo todo en orden. Juan ha vuelto y el ambiente entre los Jiménez estuvo aún cargado de tormentas hasta el martes por la noche. Ese día había madrugado mucho, me había pasado la mañana probándome la ropa de *El Cid* y los peinados; luego, después de almorzare a toda prisa, ensayé *El triunfo* de dos a cuatro; a las cuatro la había emprendido con *El Cid* y había vuelto a casa atontada para cenar a toda prisa antes de volver al teatro para «darle carrete a *El Cid*». Yo estaba en la cocina, intentando engullir unas patatas guisadas con unos huevos en *cocotte* cuando Juan y Ángeles vinieron a sentarse, uno a

mi derecha y otra a mi izquierda, enarbolando los dos las «pruebas» en su favor en el magno juicio. Y empezó la gran escena de Diego y Jimena con el rey, pero en esta ocasión el papel de rey lo tenía que interpretar yo.

Dividida entre una risa irreprimible, el enfado y el cariño los dejé hablar por turnos —si decirse puede— y luego pasé al ataque. No sé qué dios me inspiró esa noche, pero todo cuanto sé es que, después de haberle dicho a cada cual sus cuatro verdades y después de una breve conclusión firme y emocionada, los vi uno en brazos del otro. Ángeles lloraba de alegría y de enternecimiento y Juan la besaba y exclamaba: «¡Ay, la puta esta que quería dejarme! ¡Lo que hay que ver! Esta "jodía por el culo"[926] que quería divorciarse», etc., y la besaba más y mejor. Desde entonces esto es el Edén y yo soy la Virgen María. Hoy Ángeles ha ido a Cimura a buscar la cantidad que les has prestado y no encuentra ya sitio en la cara para sonreír a gusto.

¡Con tal de que dure! ¡Amén!

En cuanto a mí, sigo como loca de un lado para otro. Los ensayos se acabaron el martes por la noche. Y me parece que ya no me falta más que trabajarme bien todo el papel de Jimena, menos la escena «¡Sire, sire, justicia!», en la que no consigo dar con el tono correcto y que tengo que revisar muy en serio. Ahí, y solo ahí, creo, me voy aún algo más allá del personaje. Los trajes son bonitos y estoy deseando que me veas disfrazada de infantita de Velázquez; por desgracia no he conseguido aparentar veinte años; pero me echarán doce o quince. Es curioso.

Sigo leyendo apasionadamente a Pasternak. Este libro, tan extraordinario, despierta en mí de continuo un sentimiento que solo tuve en Rusia, cierta compasión inmensa y desvalida que me hizo sufrir más durante el viaje que hice allí que todos mis enfados y mis soliviantos.

El otro día oí el programa *Plein feu… sur Albert Camus*. Nunca había oído tantas vulgaridades y tonterías en tan poco tiempo. Solo Boisdeffre dio

la talla y me reí mucho cuando, después de todo lo que se había dicho sobre ti y sobre tu teatro, apareciste tú para contestar, amablemente, a las tontas preguntas que te hacían y lo echaste todo por tierra en pocas palabras. Era, en mi opinión, un programa insensato, pero bueno a fin de cuentas. Ponía el dedo en la llaga del malentendido que existe entre tú —tu obra— y el París que, de un libro, leen la primera página, un malentendido tan grande como ese que denuncias entre el mundo y nosotros. Pero también hacía que se comprendiera otra cosa más secreta, más rara y más delicada: que, aunque sea cierto que un creador está condenado a una especie de soledad que va creciendo a medida que se va elevando su creación —al no estar ya el término medio de los hombres a su altura—, también es cierto que ese término medio queda, pese a todo, fascinado y que, sin que se pueda explicar por qué, lo afecta, sin pretenderlo, esa creación, y la aplaude y distingue, al buen tuntún, pero sin equivocarse.

La soledad del artista se parece a la soledad de una madre; pululan en ella presencias misteriosas o erradas.

Me explico mal, tengo prisa y, como me ocurre a menudo, no me tomo el tiempo suficiente para aclarar mis sensaciones; pero esta ha sido intensa y buena; he creído ver algo que está helado y ardiente a un tiempo y que nunca había visto con tanta claridad. Algo que ayuda. Por eso me apresuro a decírtelo antes de saber expresarlo.

¿Qué más? Ayer fui a ver la obra de Les Mathurins;[927] P[ierre] V[aneck] me lo había pedido. Vi de lejos a la mala bestia turca, más gorda y más vieja, por lo que me pareció. Había muy poca gente. En cuanto a la obra, en mi opinión es vulgar, plana, farragosa y muy impúdica. ¡Mucho ruido y pocas nueces, vamos!

Hoy voy a tomar algo con Michel y Janine [Gallimard] y a despedirme.

No pude cenar con ellos el martes por la noche, ya que J[ean] V[ilar] había decidido ensayar también por la noche.

Léone me ha devuelto otros cincuenta mil francos, lo cual me permite comprar unas cuantas fruslerías que necesitaba y dejarle dinero a Tonton. Así que todo va estupendamente.

Está todo listo para la marcha. Mañana por la noche cogeré el avión serena, melancólica y dispuesta.

Te he echado mucho de menos. Te voy a seguir echando mucho de menos. Me alegro de que hayas encontrado por fin tu casa y de que sea bonita; me daba miedo que dieras todo tu dinero antes de haberla comprado. Me alegro también de volver a notarte en forma y vivo. Trabaja bien, cariño, y vive bien. Te escribiré lo antes que pueda. Si estoy demasiado cansada te mandaré mensajitos. Haz tú lo mismo y no te preocupes por mí; espero volver, cansada quizá, pero entera desde cualquier punto de vista. He recuperado la cabeza, el corazón, las raíces, me parece. Es el mejor equipaje que pueda llevarme.

No me olvides. Quiéreme. Vela por ti. Te beso con todo el corazón, locamente.

MV.

PS: Los Jiménez te mandan besos, felices y agradecidos.

Que no se te olvide llamar un par de veces a Tonton.

802 — María Casares a Albert Camus

Montreal, 20 de septiembre [de 1958]

Cariño:

¡Esto es Amiens! Amiens en mucho más grande. Añade un remoto aire familiar con un Luxemburgo que inspirase «salmos a coro» en vez del famoso «Conde» y ya tienes Montreal.

¡Ah!, acabo de llegar, solo me ha dado tiempo a cruzar la ciudad en coche en un estado próximo al coma; diecisiete horas de avión en clase turista, es decir, en acordeón; y me ha parecido verlo todo a la primera ojeada.

Pero seguramente me equivoco. Ya, desde que llegué al hotel, voy de sorpresa en sorpresa, y no menciono la cara que se nos puso en el aeródromo cuando, en la sala de espera, oímos de repente tronar una voz recia con acento canadiense: «¡Los miembros de la Compañía del Nuevo Mundo tengan la bondad de ir a la zona del sufrimiento del Señor!». Se dirigía a nosotros y nos rogaba sencillamente que fuéramos a sentarnos en una sala que se llama La cruz de Cristo.

Bueno, como ves, al menos algo hemos entendido. Aquí, por lo menos, el sitio y sus moradores parecen da rienda suelta al sentido del humor. No está tan mal.

Pero tengo que dejarte. No he pegado ojo en toda la noche y desde que he llegado solo me ha dado tiempo a lavarme y a desayunar. Ahora tengo que comer en serio; luego he de ir a buscar las maletas del barco, traerlas al hotel e intentar colocar mis numerosos enseres entre la nevera, el infiernillo eléctrico, el fregadero automático, la televisión, la radio y el motor del aire acondicionado. Como todas esas cosas van disfrazadas de armarios empotrados y los propios armarios empotrados también se disfrazan de no sé qué en este hotel, se enmascaran detrás de puertas correderas de plástico que quieren parecer gruesos cortinones, y, como todo eso está enmascado [*sic*] al lado de un cuarto de baño de rayas blancas y negras con cortinas que

parecen puertas correderas rojas y donde solo están la bañera, la taza y el papel higiénico rosa pálido, mucho me temo, con la colaboración del cansancio, que un pernicioso vértigo me haga tostar por error los zapatos e incluso comérmelos —¡quién sabe!, me muero de hambre—, o congelar las cremas, vaciarme yo por el fregadero. ¡Ah!, puede ocurrir de todo, si no tengo cuidado, si escatimo esfuerzos y atención.

Así que te dejo, amor mío. Amor mío lejano, tan lejano. Hermoso amor mío desterrado. ¡Ay!, ¡no vengas nunca a estos parajes que solo las personas bárbaras como yo pueden soportar en el mejor de los casos!

Solo quería tranquilizarte acerca de mi viaje, saludarte y también, qué sé yo, tender un puente quizá entre nosotros, lanzar cielo a través una llamada que solo Iris podría dibujar.

Te beso muy muy fuerte. Hasta pronto, hermoso príncipe mío.

Maria Chapdelaine.[928]

803 — Albert Camus a María Casares

25 de septiembre de 1958

Querido amor mío:

Ya me esperaba ese buen descubrimiento de Montreal. Curioso país del que me traje algo así como un asombro consternado. Pues resulta que allí se vive, sin embargo, e incluso, ya ves, se es actor. Pero creo que Quebec no te va a disgustar.[929]

Bueno. Estoy a punto de irme y mi próxima carta será desde París. He comprado la casa de Lourmarin, pero estoy en la ruina. Es una grata

sensación. Tengo que volver el 18 de octubre para firmar las escrituras y aprovecharé para acondicionar ascéticamente dos o tres habitaciones.

El asunto Barrault se ha aclarado. Se ha dado cuenta de lo caro que sale una compañía doble y solo me propone financiar la obra al cincuenta por ciento en otro teatro. Con Jamois, por ejemplo.[930] Todavía no he contestado. Lo haré cuando vuelva. Estoy un poco harto, pero he decidido montar esa obra y lo voy a hacer, ahí o en otra parte. Después, el teatro a descansar.

Los últimos días aquí son soberbios. Ha soplado el mistral y, por lo tanto, el cielo se ha despejado aún más hondo. La luz es límpida, el aire estimulante. Pero hay que irse. Por lo demás, no me desagrada hacerlo. Tengo también la esperanza del trabajo.

Bueno. Esta nota era para no abandonarte del todo en manos de los monstruos. Te escribiré desde París. Sigues viva en mi corazón, ahí, pequeñita y vivaracha, rebulles dulcemente. Te beso dulcemente, querido amor mío. ¡Mil triunfos y glorias ahora!

A.

804 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Montreal, 2 de octubre [de 1958]

Querido amor mío, llevaba esperando noticias tuyas desde que llegué aquí; por fin las recibí, y muy dulces, anteayer, pero me ha faltado tiempo para contestar hasta esta noche.

Desde que nos presentamos en esta encrucijada de la fiebre del oro no he dejado de trabajar, o en las representaciones, o ensayando, y ayer, cuando

por fin —dejando aparte mi trabajo cotidiano y personal— pude disponer de un día para mí, tuve tal cantidad de cosas que hacer o que poner al día —cuentas, colada, compras, citas, etc.— que me resultó imposible encontrar un momento libre.

Mañana se reanuda el trabajo y se acerca el último y terrible golpe: el miércoles se representa *El Cid*; así que hasta que llegue a Nueva York de mí ya no vas a recibir más que postales. Y, hablando del viaje a Nueva York, sabrás que Vilar, G[érard] Philipe y yo tenemos que ir en avión para estar vigilados, por diferentes motivos. Los que tienen que ver personalmente conmigo se resumen, por supuesto, en lo raro que es mi pasaporte.

Bueno, dejémoslo.

Me gustaría decirte mil cosas, contarte otras mil, ahogarte a preguntas y bañarte en dulzuras. Pero, como siempre, tengo prisa, muchísima prisa, así que voy solo a lo esencial.

Lo primero, quiero tranquilizarte en lo referido a mí, si es que estás preocupado. Después de una pequeña depresión, que me vino seguramente por el brusco cambio de ritmo, de régimen alimenticio, de horarios de comidas y también por el encuentro con el Nuevo Mundo que me ha hecho intuir más o menos lo que puede ser un principio de neurosis, todo ha vuelto a estar en orden. Estos tres últimos días he recobrado el apetito y, con él, el sueño y he recuperado algo del peso que había perdido. Llevo una vida de lo más americana: trabajo, *drugstore*, *steak-house*, *shopping*, cositas de comer en la cocina y en la nevera, cinerama y televisión. Todavía no me ha dado tiempo de ir a vociferar al estadio, en el fútbol o en el béisbol, pero no dejaré de hacerlo en Nueva York y cuento desde luego con llegar a tiempo para asistir al último día del gran rodeo. En cuanto a los demás juegos, solo he catado el «[*bowling*]» en una ocasión, pero voy a intentar hacerme con un aro de plástico para hacerlo girar alrededor de la tripa, como los

canadienses en los múltiples solares que ocupan en esta ciudad el lugar de los jardines.

En cuanto al intelecto, sigo tratándome, cuando puedo, con Pasternak y leo a la vez deprisa, porque me apasiona, y lo más despacio que puedo, porque no me gustaría acabar su libro.

En lo referido al corazón, ya no sabe dónde tiene el latido. Vivo y vacante a la vez, ya no sabe dónde acurrucarse y tiembla de forma irregular, pero deprisa, perseguido sin cesar por mis exigencias y continuamente contrariado en sus impulsos. La imaginación la tengo cerrada del todo y la boca siempre abierta.

Así que salud perfecta, vitalidad notable, buen humor. ¡Ay!, ¡si tuviera Perú a mano!

Ahora te toca a ti. Me dices que has comprado tu casa; estoy encantada de la vida. Me dices que estás arruinado; tampoco es que sea tan desagradable. Me dices que J[ean-]L[ouis Barrault] te pide el cincuenta por ciento; eso me desconsuela y creo que se le podría haber ocurrido antes. ¿Qué vas a hacer entonces? ¿De dónde vas a sacar ese dinero? ¿Cuándo vas a hacer salir a los demonios de estos cerdos que somos? Contesta, contesta corriendo.

Aquí te echo de menos. Quizá más aquí que en otras partes. Tengo risas en la garganta que no pueden brotar sino contigo. También tengo angustias, agobiantes angustias, a la altura de mis europeos riñones y solo a ti podría hablarle de ello. Te quiero, amor mío. Perdóname estas cartas un poco despeinadas (de estación, como dices tú), pero en Nueva York, donde tendré más tiempo libre, te escribiré mejor y más. Te beso locamente. Quiéreme, no me olvides. Te quiero.

M. V.

805 — Albert Camus a María Casares

Sábado 4 [de octubre de 1958]

Callas, luego trabajas. Pero hola, pese a todo, querido amor mío. Llevo de parisino una semana y sin nada de que ufanarme en vista de la lluvia, los polis y los incordios. De lluvia hemos estado bien servidos. ¡Justo castigo, desde luego, por ese innoble sol del sur, por esa repulsiva luz siempre límpida, como, por lo demás, por esos asquerosos meridionales con su maldito buen humor, a quienes los taxistas parisinos y los empleados de Correos tratan por fin como me merecen poniéndonos al caer de un burro! En cuanto a los polis, son como los caracoles cuando llueve, pululan, es cosa de verlos, y lo peor es la ametralladora antediluviana que llevan pegada a la tripa, con expresión de deleite y de temor. Cada vez que doblo la esquina de la calle de Varennes en dirección a Vaneau, hay uno que me apunta al ombligo con su jeringuilla. Y ya sabes lo delicados que son esos chismes, con un gatillo bien aceitado y algo así como fláccido que se desploma con la mínima brisa y en el acto te riegan. Pongo cara severa y amenazo al poli con el dedo, pero como si nada.

La otra tarde al amigo Char, tan quisquilloso como siempre, le echó una reprimenda a ese mismo. «Oiga, joven —dijo—, he manejado trombones de esos antes que usted. Enfúndelo, que es peligroso». El otro enfundó el arma y el amigo Char se fue con sus ciento diez kilos a otra parte sin mirar al culpable.

Dicho lo cual, Francia está tranquila desde el ochenta por ciento, ya que el veinte por ciento restante está a partir de ahora atontado y consternado. [931] Por cierto, esto que quede entre nosotros, pero a tu amigo Gérard, cuyo partido había puesto carteles de propaganda en las paredes de París

(votad no igual que G[érard] P[hilipe]) me lo encontré el día de la votación en la alcaldía del distrito 6: se le había olvidado inscribirse. Ocurrió delante de mí, y rebullía, muy apurado, al lado de su horrible (¡por Dios, qué espantosa es!). ¡Ay!, ¡los frívolos!

En cuanto a los incordios, ya lo habrás adivinado; van por el lado del teatro. Y no solo por las obras que he visto, aunque en eso hemos andado bien servidos. Hemos tenido el regalito de Perdrière[932] como reina de Castilla (*Don Sancho*), ¡una auténtica desesperación! Ondulaba sin parar, como si estuviera empalada, y todos competían por ver quién lo hacía peor. Creo que ganó Dermiz, pero por poco. Y, además, la obra de Mercure: ahí todo el mundo estaba aterrado de aburrimiento, fui a dar con Laparre y Hazel Scott en un sitio fatal donde nos entraba la risa nerviosa por reacción contra el aburrimiento. Pero el gran, el supremo, el genial incordio es *Los demonios*. Recapitulando: Barrault ya no rueda la película. Así que su compañía tiene que trabajar todo el año, así que debería tener tres obras, alternándose en las tablas, sin desistimiento de Létraz,[933] y las tres obras (*El zapato [de raso], La vida parisina* y *Los demonios*) requieren unos treinta actores cada una. Así que me propone: poner la obra, solo, en septiembre, porque entonces él se iría de gira, o encontrar otro escenario para febrero y financiar la mitad conmigo o con mis patrocinadores. Voy a probar la segunda solución y partimos de cero. Montaré esos *Demonios*, sí, lo haré, pero no me volverán a pillar en otra.

¿Y tú? He leído que habías tenido un triunfo canadiense. No es que el TNP represente tus éxitos, no, pero ha habido un periodista, que anda perdido por allí, que, no atendiendo sino a su corazón, les ha hecho esa jugarreta a tus jefes y compañeros. Pero me gustaría saber de ti. Estás lejos, muy lejos. Siempre estás lejos. Curioso destino: me voy a la cama mentalmente con Moscú, o con Lima, o con Quebec, o con Montreal. Y

aguanto el tipo. ¡Ay!, tierna mía, pero ¡te echo mucho de menos! ¿Junto a quién recobrar el valor, hacer confidencias, reír, buscar consejo? Eres mi sensata y mi loca, a quien quiero y espero. Escribe un poco si puedes, o, si no, una nota, un telegrama, una postal. Del tipo: «En plena forma. Me muero de amor por ti»; o: «Éxito delirante. Pero pienso en el suicidio sin ti». No te creeré del todo, pero creeré en tu amor, creeré en tu corazón, que beso con infinita y respetuosa ternura.

A.

806 — María Casares a Albert Camus[934]

[Un miembro de la Policía Montada de Canadá].

9 de octubre [de 1958]

Me voy ahora mismo de Montreal. Gracias, gracias por tu buena carta.

Todo va estupendamente. Jimena ha salido. Me muero de languidez. Escribo desde Quebec.

M.

807 — Albert Camus a María Casares

12 de agosto [*sic*] [de octubre] *de 1958*

Espero, Jimena mía, que estas palabras te reciban en Broadway. Ya ves, tu carta de hace tres días no me encontró ni pizca de Cid Campeador. Más bien

Stepán Trofímovich.[935] Ya sabes: «¡Hay que trabajar!». Y, además, París me sigue agobiando. Lo que tardo en olvidarme del cielo y no mirar ya nada. Pero es un arte. Bueno. Mis asuntos se van arreglando un poco. Hay ahora una buena oportunidad de montar *Los demonios* en el Récamier en una coproducción Barrault-Camus; en febrero tendríamos el Récamier hasta julio. Si la obra funcionara, nos instalaríamos en septiembre en el Palais-Royal. Un trabajo de chinos, pero qué le vamos a hacer. Dicho lo cual, recorro los teatros para hacer reclutamientos antes de irme (te recuerdo que estaré del 17 al 25 en Lourmarin). No hay más que un buen espectáculo: *Doce hombres sin piedad*.[936] Lo demás es para pegar alaridos. He visto en particular *La buena sopa*, segunda parte de *El huevo*, del mismo cocinero.[937] Pero, al lado de esta, *El huevo* era una obra maestra de pudor y de buen gusto. Dos horas que van de culo, en todos los sentidos de la palabra. «Hay que verlo —como se dice en la obra—, está hecho a medida». Estaba congelado de asco. Por supuesto, la gente se mata por ir. Otra cosa: en México me han dado una medalla. No sé por qué. Pero es un hecho. Y me la han mandado aquí, con un mensajero, como en el teatro. El ridículo que me faltaba por hacer. Última noticia, para terminar: he vuelto a hacer de José. Ya te diré quién era la señora Putifar. Menos mal que eres mi armadura, mi cinturón de castidad. «Por desgracia —digo (cuando la chica no me gusta, claro)— llevo quince años enamorado de la misma mujer». Y luego un suspiro de aparente disgusto y, a continuación, la firme decisión, evidente, de atenerse a la honra por mucho que cueste.

¡Ay!, ¡qué miserias!

Y tú, dulce mía, protectora mía, belleza mía, mi amor querido, amada, amada de verdad desde hace quince años, ¿cómo va esa Jimena? Me compadezco sobre todo de Rodrigo, porque ese gallo es un capón. Pero estoy deseando saber, aunque solo sea por unas líneas, que todo ha ido bien.

Te echo de menos, tengo al alma solitaria, el cielo de París está desierto. Y, al mismo tiempo, estás aquí, me acompañas como nunca, con presencia, certidumbre, calidez, sonríes en mí. Dicho lo cual, preferiría saberte a unos minutos de mí, en el faro de Vaugirard, donde llevamos tanto tiempo mirándonos sin testigos. Hasta pronto, cariño.

Estoy contigo, velo por ti, no me olvides. Te beso, otra vez, te beso…

A.

808 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

14 de agosto [*sic*] [octubre] *de 1958*

Querido, muy querido y respetado Stepán Trofímovich, acabo de leer su carta del día 12, que, en efecto, me recibió en el mismísimo corazón de Broadway. No sé si puedes competir con el Cid Campeador; pero en este momento no tengo personalmente la mínima intención de habérmelas con Varvara; podría como mucho prestar mi pálido rostro a Dacha,[938] ¡y estaría por ver! Adelgazo, adelgazo, adelgazo, y cada vez veo menos la forma de recuperarme antes de volver a París.

Nueva York me reservaba sorpresas y donde venía a buscar descanso solo encuentro trabajo, recepciones, españoles, franceses, cimurios, cócteles, y una curiosidad repentinamente inagotable. Esta ciudad me sedujo en cuanto puse el pie en ella el domingo al mediodía, y, pese a una evidente falta de sueño y un agotamiento total, recorro las calles, los *drugstores*, los «automáticos», los barrios, los *buildings*, me uno al desfile del «día de Colón», ya he ido a un rodeo y me dispongo a hacer visitas (museos-

teatros). De propina, la ciudad, las calles, la gente me fascinan y despiertan mi interés continuamente y ese simpático talante que se anda pavoneando en todos los lugares públicos me impide volver a un hotel más bien birrioso.

Sí, todo esto, después del duro golpe de Montreal-Quebec, donde nos dejamos las últimas fuerzas, no es como para arreglar las cosas. ¡Además, el *sabbat* se acerca! Va a caer seguramente en la primera función en Nueva York, hecho que coincide con el estreno del *Triunfo*. ¡Paciencia!

¡Ah!, Jimena. Quieres saber qué ha pasado con Jimena. Ya la he interpretado tres veces. En mi opinión, en el estreno subí demasiado la voz y fui pisando huevos, pero un miedo firme, indescriptible y lúcido me ponía seguramente una aureola que sedujo a la crítica. Por lo visto me pusieron por las nubes, por delante de todos los demás. Por lo visto, por lo demás, estoy *at home* en todas las obras que interpreto.

Dicho lo cual, espero interpretar mejor el papel aquí.

15 de agosto [*sic*]

Ayer tuve que dejar la carta empezada y quiero echarla hoy para que puedas tenerla antes de irte a Lourmarin.

Ayer el TNP debutó en Nueva York con *Lorenzaccio*. Acogida discreta, reticencias con G[érard]. Ya te daré más detalles. Mañana aparezco yo con el *Triunfo*. ¡Ay!, ¡cuánto me habría gustado empezar con *Tudor* para luchar! Pese al cansancio, en cuanto hay pelea me hierve la vieja sangre de caballo árabe, Y, además, todas esas caras de catástrofe que me rodean me animan a la guerra. Pero ¿qué se puede hacer con Foción?

En fin, ¡a callar! ¡Punto en boca! A ver cómo van las cosas. Te escribiré detalladamente pasado mañana.

Te quiero, me acompañas, ¡oh, José! ¡Valor! Me alegro de que empieces

en el Récamier.

No me olvides. Reza por mí y escribe en cuanto te apetezca. Tus cartas me embriagan.

Adiós, querido amor mío. Hasta pasado mañana.

M. V.

809 — María Casares a Albert Camus[939]

[Nueva York East River. Los rascacielos]

17 de octubre [de 1958]

Muy buen comienzo con el *Triunfo*. Estoy desfondada. Esta ciudad y la vida que llevamos en ella me extenúan.

Te beso muy fuerte.

M. V.

810 — Albert Camus a María Casares

19 de octubre de 1958

Te escribo desde L'Isle-sur-Sorgue.[940] Encontré tu primera carta de Nueva York el día en que me iba, es decir, anteayer. No me gusta leer que adelgazas, pero sé también que habrá que esperar a que regreses para poder volver a cebarte y convertir en oca el pollo raquítico en que te conviertes en cada una de esas encantadoras giras.

Ya había adivinado por las informaciones de los periódicos parisinos que con *Lorenzaccio* no se habían venido los techos abajo. Al menos me enteré con asombro de que a los americanos les había gustado mucho la dirección de Jean Vilar. Pero estoy impaciente por saber cómo le ha ido al *Triunfo*. Por desgracia, no encontraré tus cartas hasta finales de semana, en París, por ser mi estancia demasiado breve para pedir que me remitan aquí las cartas.

Breve, pero muy atareada. Tengo que amueblar tres habitaciones de mi casa y una cocina. Voy de anticuarios a tiendas de cocinas, compro desde fregonas hasta adornos de opalina, no paro un momento. Creía que estaba arruinado, pero me doy cuenta de que para amueblar esta casa tengo que estarlo algo más. En resumen, estaré cada vez más libre, rejuvenecido, empezando desde cero.

En lo referido al teatro, cuando vuelva tengo que encontrarme con la respuesta definitiva del Récamier. Hay muchas probabilidades, me parece. Pero he dejado de hacerme ilusiones. Si se va al garete, esperaré con paciencia al mes de septiembre. Qué le vamos a hacer si otros montan a Dostoievski. Bien pensado, así habrá comparaciones, y esa es la regla del juego.

Mientras tanto, he vuelto a hacer por segunda vez de José. Ya te lo contaré con detalle. Pero está visto que es una enfermedad y mucho me temo que acabaré haciendo el ridículo por completo. Aquí, en cualquier caso, hasta el aire es casto. El mistral lleva tres días soplando, la luz es de una infinita pureza, se perpetúa hasta los sueños de la noche. Y ya lo he entendido: tienes que venir a esta tierra en invierno para que te guste por fin.

Entretanto, tú haces de Ulises y yo de Penélope. Espero y cultivo la paciencia, pienso en ti con una ternura buena, con toda la calidez del amor,

y también con gruñidos de animal deseoso de arrimarse al cuerpo fraterno de su compañera. ¡Jum, jum! Se acerca noviembre. Tendré cuarenta y cinco años y te tendré a ti. En resumidas cuantas, la cima de la vida, la consumación de un hombre… ¡Valor! Come, toma sus maravillosas vitaminas, no adelgaces demasiado y luego vuelve pronto hacia el que te quiere y te espera.

A.

811 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[941]

[Nueva York. Vista desde el Empire State Building].

20 de octubre [de 1958]

El *Triunfo* se ha confirmado como un gran éxito. Excelente para mí en particular. Mañana ataco con *Tudor*. Buena salud. Buenos ánimos. Falta de tiempo. Muero de melancolía, claro.

Mil cosas y mil [*sic*].

M. V

812 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

23 de octubre [de 1958]

Amor mío:

Inútil buscar tiempo, ya no me queda. Solo unas líneas para tenerte

informado.

Después del planchazo de *Lorenzaccio*, ya hemos ganado la partida con el *Triunfo*, pero las críticas, excelentes sobre todo para mí, no han aumentado el número de espectadores y hemos representado a Marivaux ante salas llenas a medias, muy entusiastas, pero reducidas. *Tudor*, una vez más, ha arrasado. Las críticas son ditirámbicas (no sé cómo se escribe) y al día siguiente había cola en la taquilla del teatro. La gente chilla y bien creo que dice un nombre que no me resulta desconocido. Creo que es eso lo que te interesa. ¡Bueno, pues ya está en el bote! Me llaman la triunfadora y la gente parece estupefacta. No más que yo, por lo demás; distaba mucho de esperármelo.

He visto a tu traductor, que se deshacía en elogios. Mañana ceno con Dolo.[942] Te quiero. Intento ver Nueva York cuando puedo. También tengo que besarte fuerte, locamente, de mi parte, y creo que pronto estaré en condiciones de hacerlo. Te escribiré otra vez, así, locamente. Tengo hambre; pero ayer nos aumentaron dos dólares las dietas. Veo a Micheline [Rozan], un poco agriada por el planchazo de Gérard. Todavía queda el último *round*, el más delicado: *El Cid*. Reza por mí. Piensa en mí. Ya vuelvo. Te beso. Te quiero. Hasta muy pronto.

M. V.

Estoy cansada porque me doy una paliza todas las noches. Pero la salud es buena. Y los ánimos también.

813 — Albert Camus a María Casares

París

Lunes, 27 de octubre de 1958

Verás por lo que te adjunto, querido amor mío, que las olas de tu triunfo han llegado hasta París.[943] E incluso me citan, puesto que soy de los que piensan que efectivamente eres la mayor actriz de nuestros tiempos. ¡Ah!, qué contento estaba. Ahora espero noticias de Jimena, pero sin temor. Solo temo tu cansancio y me gustaría mucho saber que estás descansando.

Pero ¡mañana![944]

Volví esta mañana, después de una semana descabellada. Al final conseguí amueblar someramente mi casa; estoy también bastante orgulloso de mis talentos como decorador. Creo que apetecerá vivir en esas habitaciones. Aunque a lo mejor estoy equivocado.

He vuelto cansado, y sigo lleno de energía. Barrault había liado las cosas con el Récamier y todavía no hay nada seguro. Lo que sí es seguro es que o consigo una decisión esta semana, o lo mando todo por ahí. Bien pensado, tengo con lo que estar ocupado el año sin *Los demonios*. Por mucho que me hayas hablado acerca de la comodidad de tener un avalista en un asunto tan grande, a lo mejor vale más que esté yo solo. En ese caso, sería para septiembre. Pero a veces me admira la paciencia que tengo.

Esta misma noche había quedado ya con Ivernel,[945] que es muy buena persona, pero que farfulla. Mañana, todo volverá a arrancar. Pronto estarás aquí.

Solo quería hacerte una última señal que tengo la esperanza de que te llegue a tiempo. Escribe para decirme el día exacto en que llegas. No te olvides de tu mozo de mudanzas entre los vapores de la gloria. Y vuelve a sus brazos, que te esperan.

A.

814 — María Casares a Albert Camus[946]

29 de octubre [de 1958]

Querido amor mío:

Acabo de escribir noventa y tres tarjetas para contestar a mi correspondencia del año, pasado mañana estaré [falta una palabra] de acabar con los neoyorquinos si saco tiempo, que escasea cada vez más. ¡Y eso no es nada! La semana de las universidades supera los límites de lo posible desde el punto de vista del trabajo y los desplazamientos; a partir del domingo no recibirás ya de mí más que firmas deformes en trozos de papel.

Todavía no me puedo creer el triunfo que me ha reservado esta ciudad; no me lo esperaba, como ya sabes, y no me había preparado la coraza defensiva. Así que he adelgazado más —temo no llevarte más que huesos— y cuento contigo y con la calle de Vaugirard para recuperarme.

Micheline Rozan te verá antes que yo; en cuanto a mi llegada a París, se ha retrasado un día porque han tenido la buena idea de traernos de Boston a toda prisa el lunes 10 de noviembre para que ensayemos y representemos el mismo día *El Cid* en las Naciones Unidas, sin decorados y con unas luces improvisadas. Si salimos del paso, espero que nos canonicen.

Estoy desfondada, pero bien de salud. Amontono cosas que veo o que adivino o que siento; pero solo contigo tomarán forma en mí, como siempre.

Te contaré. Te contaré. Espérame con los brazos abiertos. Lo necesito terriblemente.

Así que llegaré el 12; pero no vengáis a esperarme, porque seguramente habrá un montón de gente y periodistas y de todo. Esperadme en casa.

Quiero flores; díselo a Ángeles, y muchas cosas de comer, de las pesadas. Si veo de lejos algo a la plancha o unos espaguetis, mato a los Jiménez. Quizá judías con chorizo o lentejas con tocino y salchichas. ¡Qué ensueño!

Te quiero. Te adoro. Te beso, bienamado mío.

M. V.

815 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[947]

[Washington. Monumento a Jefferson].

[5 de noviembre de 1958]

¡Por fin voy a volver! La indigestión ha llegado al colmo, pero el bajón poco tranquilizador de estos últimos días está superado.

¡Revivo y regreso!

¡Ay, alma mía!

M.

816 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

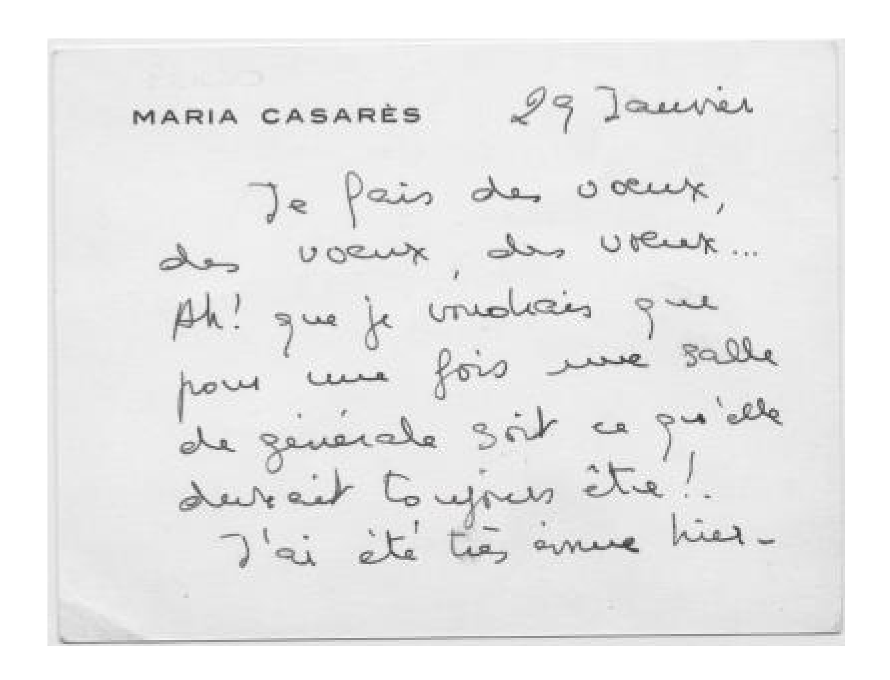
[7 de noviembre de 1958]

ALBERT

Ya que vuelves a fumar… aquí tienes, cariño, por tus cuarenta y cinco años, desde el 7 de noviembre pasado *lejos de ti*.

1959

817 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS[948]



MARIA CASARÈS 29 Janvier

Je fais des voeux, des voeux, des voeux… Ah! que je voudrais que pour une fois une salle de générale soit ce qu'elle devrait toujours être!. J'ai été très émue hier -

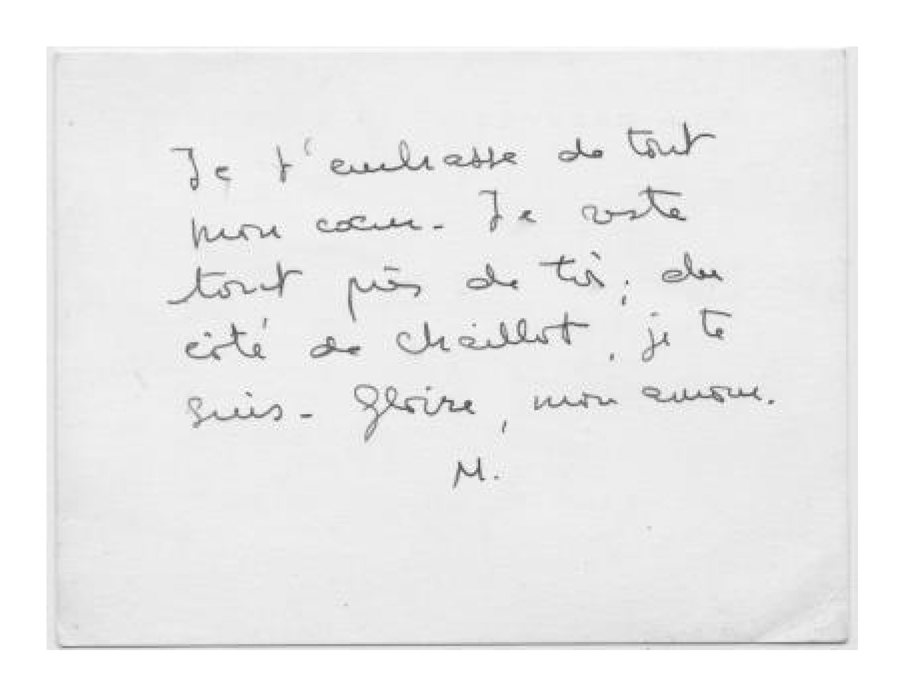
29 de enero [de 1959]

Hago votos, votos, votos… ¡Ay, ojalá, por una vez, el público de un ensayo general fuera como debería ser siempre!

Ayer me emocioné mucho.

Te beso con toda el alma. Estoy muy cerca de ti; te sigo, por donde Chaillot. Gloria, amor mío.

M.


Je t'embrasse de tout
mon cœur. Je reste
tout près de toi; du
côté de Chaillot, je te
suis. Gloire, mon amour.
M.

818 — Albert Camus a María Casares

[sin fecha]

Te he estado esperando hasta las ocho y diez. Brûlé[949] me pide que esté en el teatro desde el principio del espectáculo para ver lo mucho que Blanchar hace el indio. Siento mucho quedarme otra vez sin verte. Mañana estaré a las seis y media. Beso tus hermosos ojos, que echo en falta. Perdona.

A.

819 — Albert Camus a María Casares

23 de marzo de 1959

Me he instalado en la clínica con mamá. La operación ha ido bien, aunque

se haya retrasado un poco. Pero ahora mismo hay una leve complicación pulmonar que están tratando con antibióticos. Hay buenas perspectivas. Pero tengo que quedarme. No te preocupes por mí. En cierto modo, la habitación de esta clínica, en la parte alta de Argel, con unas vistas admirables al golfo, es una buena celda de meditación. Y me alegra estar cerca de mi madre. Lo esencial es que se cure. Te beso, siento tu corazón.

A.

820 —MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

24 de marzo de 1959

Acabo de recibir tu notita, querido mío, al volver de la radio, donde llevaba grabando desde que amaneció, otra estupidez. Ya estoy más tranquila; me urgía recibir aclaraciones de tu puño y letra. La próxima vez que me escribas dime también cómo va la convalecencia de tu hija y cuéntame cómo está tu cuñada.

En cuanto a ti: ¡los caminos del Señor…!

Mientras meditas frente al golfo de Argel, yo ando como loca entre la calle de Vaugirard, Rodin y Chaillot.

El domingo volví a interpretar a la inevitable «Marie», recibí al argentino que quiere montarte y traducirte —con perdón— y cené con Dadé,[950] ese chico que está enfermo y que se fue a la montaña. También le he hecho mi visita cotidiana a Maryse y charlé un rato con el poeta.

Ayer empecé con esa estupidez italiana que me lleva ahora a la radio y en la que encarno a un personaje que querría tener carne y no tiene más que un odio de pacotilla. En ese programa me rodean todos los istas e izantes con

los que puede una toparse en los estudios, sabe Dios por qué, con Berthe más venenosa que nunca.

Al volver a casa recibí a una postulante al TNP con la que me habría gustado quedarme esencialmente para hacer con ella una lámpara y ponerla encima de una cómoda exquisita que he comprado hoy. Cuando se fue, llegaron dos actrices españolas, a una de las cuales, ciega, como en España le costaba conciliar la ceguera con su pasión por las tablas, se ha empeñado en venir a Francia a probar suerte y ¡aprender francés! Vivir para ver, valga la paradoja.

A última hora cené con Pierre R[eynal] y oímos juntos un programa sobre la reforma del teatro, en el que Jean V[ilar] nos explicó apasionadamente lo inútil que es la crítica teatral y en el que, a un reproche de Dort acerca de su forma, siempre igual, de concebir y de montar los espectáculos, ¡acerca de su retórica, vamos!, contestó que ¡*él estaba a favor* de la retórica, que todo escritor se pasaba la vida trabajando para hacerse una retórica y que a él, por ejemplo, le gustaba, pensaran lo que pensaran los demás, su retórica de *Los caprichos de Marianne*![951] Luego se organizó un diálogo en dúplex entre él, los críticos presentes, el público y Planchon,[952] que no estaba presente, hablando de Lyon o de Villeurbanne. Se habló de dinero y, al final, Planchon, llorando de emoción allí, en Villeurbanne, mientras aquí, en París, se hacía una colecta para él: «¡Poned diez mil francos! —exclamaba Polac—. ¡Poned cinco mil, mil, quinientos, si no podéis poner más!». «¡Escribid a Malraux!», soltaba otro, y Planchon venga a llorar y a dar gracias y requetegracias.

Me acosté muy deprimida y he dormido mal. Menos mal que hoy, después de la sesión deprimente de grabación, en que le hablaba de mariposas a un pueblo en armas, he podido comprarme la cómoda. Me va a consolar de muchas cosas, pasadas y venideras.

Esta tarde tenía que ir al dentista, pero me llamó desde la cama, donde por fin lo ha abatido la gripe; y, a juzgar por la voz, creo que voy a tener que compartir con él mi ración de «cogollito» de pollo.

Esta noche pienso ir al teatro Des Nations para asistir al estreno de la obra *Figli d'arte*,[953] que dirige Visconti.

Por lo demás, nada nuevo. Le he enviado mi carta al sindicato; he caído en la cuenta demasiado tarde de que ya no está en la calle de Monsigny; pero supongo que la reenviarán. Entretanto he recibido de esa organización algo de prosa que reservo para leértela por la noche a la luz de una vela.

En cuanto al trabajo, sigo en el mismo punto. Veo a Vilar el jueves por la noche; tengo la esperanza de que me explique lo que quiso decir por teléfono, porque me mencionó el «jazz» al hablar del *Sueño*.[954] Si todo esto no es un «sueño», he decidido exigir mejor el ritmo de chachachá. Ya sabes que cuenta con mi preferencia.

En cuanto a la casa, estoy cometiendo de momento locuras «moquetables».

En cuanto a lecturas, me engolfo con alegría en el diario de Delacroix.

En cuanto al corazón, te quiero.

En cuanto a mi estado, estoy esperando el *sabbat*, me encuentro cada vez mejor y como igual que una fiera.

Así que puedes estar en paz. Cuida mucho de tu madre y de ti. Intenta descansar cuanto puedas y mándame notitas, sin más, boletines de salud.

Te quiero, te espero. Estoy muy cerca de ti.

M.

PS: Acabo de releer estas páginas. No temas nada; no es que tenga la mente confusa, creo. Pero ¿cómo quieres darle forma a todo esto?

821 — María Casares a Albert Camus

27 de marzo [de 1959]

Querido mío:

Un saludito cálido y tierno.

París está tristón. Mientras cae lluvia negra en Francia y nieve roja en el Cáucaso, ¿qué es de Argel la blanca?

Sigo trabajando. Ya he librado de la música de Duke Ellington al *Sueño* y del mimo Marceau a Puck.

Te escribiré mañana una carta larga sobre los asuntos Récamier.

¿Cómo están los tuyos? ¿Y tú?

Yo continúo bien. Sigo de lo más ajetreada.

Feliz Pascua, querido amor mío. Un beso muy fuerte.

M.

822 — Albert Camus a María Casares[955]

27 de marzo de 1959

VOLVERÉ DOMINGO CARIÑOS ALBERT CAMUS

823 — María Casares a Albert Camus

Miércoles por la noche [29 de abril de 1959]

Querido amor mío:

Desde que te fuiste hasta hace apenas una hora he pasado por todos los suplicios que los infiernos de los corderos y de las aves de corral reservan a quienes se arriesgan en sus dominios. «¡Funciona! —me dice alegremente el biólogo y, respondiendo a mi mirada asesina, añade—: ¡No me diga que no tiene mucho mejor aspecto y que parece menos vieja!».

¡Y es verdad! Cuanto más se me inflaman los ganglios, cuanto más toman las encías, el paladar, la boca entera, engañosa apariencia de cráteres, más lisa, sonrosada, tierna y aterciopelada se me pone la piel. Ya no puedo comer, a veces apenas si puedo hablar, duermo mal, estoy molida, me duelen el cuello, la garganta y la cabeza ¡y la cara me rebosa de salud! «¡Era de esperar! ¡Funciona! ¡Está cuajando! ¡Que no le extrañe si un día de repente no le responden las piernas y siente el cuerpo rendido! ¡Funciona! ¡Funciona!», y se alegra ignominiosamente, igual que un sátiro antes de la violación.

¿Qué le voy a hacer? He empezado. Sigo. Me he limitado a pedir un descanso de diez días, que me ha sido concedido, y una dosis menos, que será a partir del 11 de mayo de ocho fetitos, en vez de doce… Pero ¡la misma cantidad de células de cordero!

Al margen de mis futuros pollitos, que me ocupan la mayor parte del tiempo, he intentado hacer los pasos que me enseña Bab[ilée],[956] que nos tiene todo el día en pie de guerra (nunca mejor dicho), y he ido al cine a ver *Drôle de drame*.[957] Me ha decepcionado mucho. El guion no es malo, hay ideas encantadoras y muchos pretextos para imágenes chuscas y graciosas; pero está mal llevada: tiene un ritmo muy lento, lo que entorpece y convierte en una tontería lo que debería ser rápido y absurdo; la interpretación es muy mala en conjunto: dejando aparte a Alcover, que encarna con sentido del humor a la par que sinceridad a un inspector de

policía, y al gran Michel Simon, que está maravilloso, dan ganas de tirarlos a todos por la ventana. Interpretan el absurdo «sobreactuando» y «sin creérselo», con lo que aniquilan el absurdo y lo que hacen no es bueno, pese a todo. Pero la que se lleva la palma es F[rançoise] Rosay, que es de lo peorcito.

Pero a lo mejor la has visto y seguramente te acordarás.

Y tú ¿cómo estás? ¿Cómo te has encontrado Lourmarin y tu casa?[958] Pienso en ti todo lo que puedo y me alegro de saberte en la Provenza; espero con toda el alma que no ocurra nada que te estorbe y puedas ser dueño de estas semanas en esa hermosa región. Ahora que tu niña se está recuperando y que todo vuelve a la normalidad, aunque más adelante tengas que volver a la locura de París y del teatro, espero que puedas disfrutar plenamente de esa pausa que deberías poder tener y puedas arraigar de nuevo en la buena tierra. La región debe de estar muy hermosa ahora mismo; ojalá los dioses sean clementes durante esa temporada tan breve y te brinden unas vacaciones espléndidas.

Cuánto te quiero, querido amor mío, cuánto me gustaría verte siempre, a diario, «al día», por así decirlo; porque creo que una de las cosas que más te hacen padecer es la sensación de andar a la zaga del tiempo o de estar perdiéndolo.

Así que vive siempre como te parezca. Si no te apetece escribir, no lo hagas; sabes perfectamente que ahora ya solo podemos repetirnos. *Pero*, pese a todo, escríbeme mientras no escribas. Mándame unas palabras: «Hecho un vago. Estoy bien. Te idolatro», y así sabré exactamente lo que tengo que saber.

Por mi parte, haré otro tanto.

Bueno; voy a acostarme. El día ha sido de lo más penoso y, a pesar de mi aspecto diáfano, tengo cien años.

Te mandaré noticias mías a tontas y a locas.

Te beso, querido amor mío, con todo mi corazón, con toda mi alma.

M.

1) Perdona esta carta, pero, qué se le va a hacer: ¡funciona!

824 — Albert Camus a María Casares

4 de mayo de 1959

Querido amor mío:

Espero que las Erinias, quiero decir los pollos, hayan dejado de torturarte. Y, sobre todo, quiero que recojas el fruto de tantos meritorios sufrimientos, tan fervorosamente aceptados y soportados. Harás balance en Bruselas, adonde te escribo, y calibrarás mejor los beneficios del tratamiento durante el esfuerzo.

Aquí, después de tres días de lluvia y de viento, la luz se ha afincado en esta admirable tierra. Catherine le presta vida a la casa y Francine está más amable. Se van las dos el sábado.

Los días largos, las buenas noches de descanso, el silencio y este hermoso cielo han llevado ya a cabo su labor en mí. Resucito poco a poco. Pero, por superstición, prefiero no hablar de ello. Sencillamente, no estés preocupada, todo me va bien.

Los demonios parece que van remontando la pendiente (ochocientos veinticinco mil el sábado). Barrault, tras oír a Bellon,[959] ha preferido a Catherine por tres meses (¡todo un detalle con Bellon!). Y, para terminar,

tengo que pagarle cuatrocientos cincuenta mil francos al Estado, a quien acabo de darle otro tanto. Estas son las noticias, grises y color de rosa, igual que los tejados de Lourmarin. Soy feliz, en cualquier caso, estando aquí y tengo la esperanza de pesarte menos cuando vuelva. Sí, el tiempo que pasa o que se pierde me oprime el corazón. Pero es a mí a quien toca dominarlo, ordenarlo, ponerlo firme. Ser uno mismo supone una fuerza —que por fin me está volviendo— que permite hacerlo todo y sacarlo todo adelante. Y, además, estás tú, el compañero de los días, el apoyo, el corazón incansable, tú, a quien doy las gracias desde lo hondo del corazón y a quien beso con todas mis fuerzas.

A.

825 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Martes por la tarde [5 de mayo de 1959]

Cuatro líneas antes de irme de París, no creo que pueda escribirte desde Bruselas y no quiero dejarte todo ese tiempo sin noticias mías.

Estos últimos días han transcurrido de una forma bastante tonta, a Dios gracias; me paso el tiempo atendiendo alguna parte de mi individuo; pues la inflamación de las encías le cede a veces el sitio a unos granos subcutáneos que asoman entre la nariz y el labio superior, y ellos, a su vez, se esfuman ante el progresivo ennegrecimiento de un dedo del pie cuyo callito parece ligeramente infectado. Empiezo a estar hasta la coronilla.

El domingo, sin embargo, pude ir a dar una vuelta por el campo y estuve andando dos horas por el bosque alarmando a los faisanes y a los conejos. Hacía frío, pero la naturaleza estaba suntuosa y estuve a punto de envidarte

durante todo el paseo; menos mal que no soy de carácter envidioso y pude disfrutar plenamente de mi caminata.

Aparte de eso, ando loca intentando acomodar a Tonton en la habitación que deja libre Maryse a principios de junio y a la que le tenía el ojo echado hace tiempo. Escribo a diestro y siniestro para conseguir esa habitación y para acomodar a Léone en la del general sin demasiado estropicio. Por otra parte se me ha ocurrido la idea —buena, pero complicada— de alquilar un pisito en Aviñón durante el festival, en vez de instalarme en el hotel, y ocuparme por fin de encontrar algo en Camaret para pasar el mes de agosto. Todas esas cosas se solucionan por carta, como sabes, y con un estilo literario que no es el mío.

Así que dentro de un rato salgo para Bruselas; estaré de vuelta en París el viernes por la noche, si Dios quiere, y a partir de ese día hasta finales de mes, es decir, hasta mi próximo viaje, el ritmo de los ensayos es probable que se acelere. Personalmente, tengo que trabajar con Vilar, por un lado, con Babilée, por otro, y por último con Jarre,[960] aunque espero librarme de andar con cancioncillas.

Gérard Philipe me ha mandado la carta que te adjunto. Añado la mía porque podrías correr el riesgo de creer que le he faltado al honor o la dignidad, cosa que nunca ha ocurrido ni por asomo; pero te pido por favor que me lo devuelvas todo; tengo empeño en conservarlo todo y, de hecho, he de responder a su mensaje, si es que, tras un prolongado análisis, consigo enterarme de lo que quiere decirme. Así que sé bueno y vuelve a mandármelo todo lo antes posible.

Espero que Catherine esté cada vez mejor; ¿ha llegado su burrita?[961] Y tú ¿cómo andas de salud? ¿Has tenido noticias de A[ndré] M[alraux],[962] de París, de *Los demonios*? En cuanto vuelva voy a intentar reservar una noche para ir a ver una representación con Tonton.

No te pregunto si trabajas, supongo que con el lío de la mudanza y con la llegada de F[rancine] y de C[atherine] no has debido de tener mucho tiempo; pero, si me escribes, dime en qué punto anda tu estado interior; en dos palabras, claro. Bueno, querido mío, te dejo; tengo todavía mil cosas que hacer, entre ellas la maleta y escribir dos cartas. Te mandaré una nota en cuanto vuelva. Te echo de menos, pero me alegro de saberte en Lourmarin. Vela por ti y por los tuyos. No me olvides y ponme tres líneas para que me las encuentre al final de la semana.

Te beso muy muy fuerte, con todo mi corazón,

M.

826 — Albert Camus a María Casares

9 de mayo de 1959

Espero que todo haya ido bien en Bruselas y que hayas recibido mi carta. Te llamaré mañana o pasado. Catherine y su madre se van esta noche y yo voy a recuperar la soledad del convento. Esta casa me es propicia, es silenciosa, íntima, tiene vistas a un paisaje admirable y, salvo cuando llega el correo de la NRF en una masa compacta, me siento liberado de todo cuanto me ata y apresa. Por supuesto, soy demasiado joven y tengo demasiada vitalidad para estar haciendo siempre de ermitaño, pero sé que siempre podré volver a ella para ponerme en orden y recuperar la fuerza y la imaginación lozanas.

Desde esta mañana el tiempo está gris. Pero ha habido una serie de días resplandecientes. El Luberon está cubierto de retama en flor y doy paseos a diario. He adoptado a una gata cariñosa y cortés, un poquito preñada. Solo

me faltan la complicidad de nuestras veladas y tu hermosa risa. Pero volveré con talante para saborearlas, si el cielo lo sigue permitiendo.

¿Qué tal va el gallinero? Espero que la disminución de las dosis te sea más propicia y que te encontraré milagrosamente recuperada y sin agresividad. Estoy leyendo cartas de Nietzsche. Curioso ese inválido medio ciego que da lecciones de vitalidad y de valor. Leo también un libro de Gregorio Marañón sobre don Juan. Está claro que solo respiro bien en España. ¿Sabías que Lope de Vega había escrito algo así como un *Don Juan* anticipado? Se llama *La fianza satisfecha*. Sé buena y léela para poder hablarme de ella. También me gustaría tener una traducción del *D[on] J[uan]* de Zorrilla.

Amor mío querido, pienso muy de cerca en ti y bendigo a diario el cielo por tu existencia, y por tu existencia en la mía. Cuéntame algo de tu vida y certifícame que es castellana en su pureza y en su rigor. Yo soy un santito. [963] Hasta pronto, tierna mía, beso tus hermosos, tus adorables ojos.

A.

Afectuosos recuerdos a la corellana y al sevillano.

¿Cómo va el traje del Tío[964] Sergio?

La «tele»[965] es mañana a las nueve y cuarto. Solo me fío de tu criterio. Intenta verla e infórmame.

827 — María Casares a Albert Camus

Sábado por la noche, 9 de mayo [de 1959]

¡Ya he vuelto! ¡Por fin! ¡Dos días belgas y me muero! ¡Qué mal! Gracias, querido mío, por tu carta. La recibí allí y me ayudó a soportar el inevitable olor a patatas fritas, el espectáculo de los puestos de Bruselas, la jeta de la tal Isabelle Blume[966] y los adoquines belgas, que me han torturado los pies hasta volverme loca.

Estaba convencida de que Lourmarin, la primavera provenzal, estar alejado de París y la tranquilidad eran lo adecuado para henchirte las velas. ¡Y ahora, hermoso navío mío, corre! ¡Ojalá llegues a buen puerto!

Mientras tanto yo sigo con una vida ajetreadísima. Lucho con coraje, bien es cierto, pero no sin rabia, contra los primeros achaques que se tienen a «cierta edad», intentando no sin esfuerzo controlar mis enfados cuando me noto cansada, con agujetas, dolorida, reumática o lisiada. No me gustaría convertirme en una vieja cascarrabias y, sin embargo, a juzgar por el humor, que se me agría en cuanto no me encuentro bien, me temo que nunca llegaré al hermoso rostro sereno y sosegado de los centenarios satisfechos. Pero, ¡Dios mío!, ¡qué difícil es aceptar perder el tiempo con dolores y qué imposible me parece no quejarse con gritos de furia!

En fin, tras una madura reflexión, he decidido cuidarme en serio, al menos para ahorrarles a mis contemporáneos eventuales refunfuños. Nada más llegar me he puesto a buscar una pedicura, que he encontrado y que tiene que llamarme el lunes. Por otra parte, cumplo rigurosamente con mi dieta y descanso todo cuanto puedo. Por desgracia, mi vitalidad es como es y París, el campo, el cielo, las personas son hermosos en primavera. Así que me siento repleta de deseos múltiples que reprimo; si la energía crece proporcionalmente a la voluntad de rechazo, la bomba atómica a mi lado no hará más ruido que un corcho de champán.

En Bruselas, donde huía hasta de mi sombra, me extravié una tarde, en mi loco trayecto, y asistí a la visión de *Los diez mandamientos*.[967] Si no

recuerdo mal, Michel G[allimard] nos había dicho que, dentro de ese género, era una buena película. No sé lo que entiende por «ese género», pero el secreto debe de estar sin duda dentro de sus límites, porque me parece imposible que un hombre hecho y derecho, de pie en sus dos piernas y con la cabeza encantadora de Michel, que suele tener en su sitio, pueda picar en semejante tomadura de pelo. ¡La «visión» de esa obra dura tres horas y cuarto, querido mío, y cuando salí llevaba grabados en el occipucio los diez mandamientos, las pirámides, el obelisco, al faraón Yul Brynner, a Moisés y al señorito Cecil! ¡Qué golpe! Es como para asquearla a una para siempre de la Historia Sagrada, del mar, rojo o índigo, que no deja ni una mala conchita cuando se remanga el manto de arlequín, y de ese Dios de Walt Disney disfrazado de bola de fuego y que habla con voz de cámara de eco. En cuanto a Yul Brynner haciendo de Ramsés merecería la pena si los que tiene alrededor no le ganasen por puntos.

Esto tenía que ver en Bélgica para que el viaje estuviera completo; pero una *dame-pipi*[968] de una cervecería del bulevar de Anspach puso el punto final a esta poética estancia. Fue precisamente antes de coger el tren de vuelta; fui al aseo para quitarme las medias y el liguero porque no podía aguantarlos más. La *dame-pipi*, muy arrugada por largos años de oficio, me recibió en las entrañas de su antro con un «Muy buenas, señora; trae usted el buen tiempo». Un tanto desconcertada, miro, sin contestar, las baldosas relucientes de neón y, antes de que volviera en mí, se abalanza hacia una de las puertas, y limpia muy animosa y con peligrosa intensidad una taza en la que debo decir que se habrían podido comer sopas, como diría Áng[eles]. Luego, de repente, se vuelve y me mete de un empujón dentro del cuchitril carcajeándose alegremente y con guiños cómplices. Dócilmente, entro y me encierro, me quito las medias y el liguero, lo meto todo en el bolso y salgo. Me está esperando fuera, ¡me acecha! Me escudriña con la mirada, se

carcajea y me dice: «Qué alivio, ¿eh?». Y, como no le contestaba: «¿No habla usted francés o qué?».

¡Esa es la imagen que me llevé en el tren de esta ciudad donde los españoles se quedaron dos siglos!

Bueno, ya está bien. Voy a dejarte. Hace un calor asfixiante en este París tormentoso y el sol que tomé esta mañana me quema; es la hora en que le entra miedo de las tinieblas y quiere regresar a la luz a toda costa. Así que, en su esfuerzo por dejarme, me vuelve fosforescente.

¡Anda! Un trueno. Si ya decía yo…

Estoy hablando a tontas y a locas. No te escandalices. Y tampoco creas que te escribo como en la estación o que me falta concentración. No; estoy de buen humor y hace bochorno; nada más. Podría hablarte de Delacroix o de los Evangelios —en eso estoy ahora—, pero no le veo la utilidad.

También podría hablarte de mi amor, pero en esto, la verdad, creo que lo tengo dicho todo. Bueno, no me importa repetirme o decirte que soy la campanilla trepadora privada de su roble y que me muero de desfallecimiento. Pero no te lo ibas a creer.

Hay algo, sin embargo, que sí que sabes; es que no me imagino la vida sin ti. ¡Y eso que me esfuerzo! No queda más remedio. Qué quieres que te diga. En este valle de lágrimas hay que estar siempre dispuesto. ¡Bien! Pues estoy dispuesta, sí; pero sin imaginación. Creo que ya no puedes desaparecer de mi vida; eso es; pase lo que pase, estás para siempre en toda mi vida.

Y tras esta atinada revelación, voy a acostarme y a dejarte con tu paz provenzal. Pero antes permíteme que te bese tormentosamente.

M.

13 de mayo de 1959

¡Bravo!, cariño, ¡bravo! Estuvo muy bien. Guapo, inteligente, encantador, divertido, conmovedor, natural y simpático. *Gros Plan* bien presentado en lo tocante a Cardinal y bien interpretado en lo tocante a *Los demonios*. Por algunos ecos que me han llegado, mucha gente debe de haber sacado de ello el germen de curiosidad necesario para sofocar su aprensión ante un espectáculo Dostoievski-Camus.

En lo que a mí se refiere, me gustaste mucho, incluso como hombre; tuve un flechazo, y tenía su mérito porque se veía desenfocado y a ratos dabas saltos muy curiosos. Figúrate que les había pedido a Monique y a su madre que me recibieran en su casa para ver la sesión y que, cuando llegué al número 136 de la calle de Vaugirard, imperaba allí un desorden demencial. La madre y la hija estaban muy agitadas alrededor de un señor que contemplaba con expresión contrita el televisor, cuya pantalla se entregaba a los ritmos y a las sacudidas más inesperados. Luego, mientras cenábamos, oíamos, entre el estrépito de los diálogos barrocos de no sé qué obra, los suspiros desesperados del susodicho técnico a quien le habían dicho: «¡Quiero la imagen! ¡Queremos la imagen! ¡Apáñeselas, pero necesitamos la imagen a las nueve y media!». Y a las nueve y media tuvimos efectivamente la imagen: un óvalo blanco con una asita. Erais tú y tu oreja izquierda.

Dividida entre la risa floja y la decepción, sonreí cortésmente y un poco biliosa; pero afortunadamente, por mediación divina, las formas se concretaron de repente y apareciste en todo tu esplendor. Algo milagroso

había en todo ello; era bastante poético; pero si hubiera tenido que renunciar a verte me habría sentado como un tiro.

Bueno, en cualquier caso, puedes dormir tranquilo; era perfecto.

Me ha llegado tu carta del 9; me hizo muy feliz y quería haberla contestado en el acto si el sol y Titania me hubieran dejado algo de tiempo. Voy a intentar encontrar y leer *La fianza satisfecha*; en cuanto al *Don Juan* de Zorrilla creo saber que hay al menos una traducción; deberías intentar conseguir la mejor por Labiche o Gallimard.

No entro tampoco en qué estado y en qué forma te encuentras ahora; yo también soy supersticiosa; pero resulta curioso comprobar la paz que siento por dentro cuando no estás mal. En cuanto a la santidad, tienes mucha cara dura jactándote de ella en este momento, porque no te veo yo enamorado de tu gata, por muy cariñosa que sea, o de la borriquita. Así que guárdate tus declaraciones de buena conducta para el tiempo que pasas con gente.

Yo, más modesta, me porto como puedo. La mayor parte del día la dedico al baile con mi pareja, Vilar, y en ver quién hace mejor los *ronds de jambe* y arquea mejor los brazos, quién va a aprender más deprisa y quién va a acordarse mejor. Cuando te vea, un día, a lo mejor, si estoy animada, te describo una sesión de trabajo con Babilée, o «Jean entre los zulúes».

No veo mucho a Tonton; por las noches ceno antes que él y a la hora de comer, cuando no trabajo, me llevan la comida a la terraza. Aunque sí me cruzo con él de vez en cuando y me tiene al tanto de los progresos del traje. En cualquier caso, parece encantado de la vida y creo que cuando tenga su nuevo cuarto —salvo contraorden— y su traje limpio ya no va a haber quien lo sujete.

El sevillano ha vuelto a colocarse en casa de otra buena señora con dinero que me ha tenido una hora al teléfono para pedirme referencias suyas; y Ángeles está como una rosa. Los tres te mandan recuerdos, te

felicitan por *Gros Plan* y te mandan varios tipos de besos. Los Lévy se suman a ellos para felicitarte y Dominique para felicitarte y besarte.

Yo también, si me lo permites, te beso a mi modo y te felicito y me felicito por tenerte y hago votos y más votos por ti, por mí y por nosotros. Mi vida no es castellana, como a ti te gustaría; es gallega; pero está consagrada a ti más allá de lo que crees. Te espero, querido amor mío. Te beso.

829 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

15 de mayo de 1959

Querido amor mío:

Te devuelvo estos valiosos documentos. Tu presidente es un farfullador y, la verdad, bastante burro. Dejémoslo comiendo alfalfa delante del pesebre.

Espero que ahora ya hayas digerido los pollos y Bruselas. Respecto a mí, como en todas las ocasiones en que consiento en «manifestarme», llueven los incordios. *Le Figaro Littéraire* toma taquigráficamente mis palabras de la «tele» y las publica sin mi autorización, pero repletas de faltas increíbles. *L'Express*, a quien le había negado ese mismo texto, me pone un poco a parir (y al mismo tiempo me da la razón sin pretenderlo en lo que decía yo acerca de la gilipollez de nuestra sociedad intelectual). ¡Incluso los campesinos de Lourmarin se creen en la obligación de hablarme de ese programa! Menos mal que aquí tengo el ánimo robusto y todo eso no me impide ni beberme la luz ni trabajar.

El mistral se está levantando hoy. Así que seguirá haciendo bueno. Y

tengo la esperanza, sin dejar de temer un bloqueo, claro, de seguir también estando en forma.

No te pases de imaginativa en eso de mi desaparición. Estoy sano como una manzana y tampoco tengo intención de abandonarte. Dentro de doce o quince días volveré a toda vela. Pero, la verdad, si no estuvieras en París, nada me atraería allí ahora mismo. Bien es cierto también que existe el riesgo de que a finales de mes tenga ya cubierto el cupo de vida conventual y de completa soledad.

Cuídate, sí, y vela por ti. No corras el riesgo de volverte una cascarrabias, tienes un corazón demasiado generoso. Los dioses han creado seres como tú para que se les perdone haber creado la peste y la estupidez humana.

Te beso con ternura y con todas mis fuerzas.

A.

830 — María Casares a Albert Camus

Lunes 18 de mayo de 1959

Querido amor mío:

Gracias por tu carta y por la devolución de mi correo sindical con el que no sé qué hacer de momento. Resulta difícil contestar al farfullador y mis buenas intenciones se desaniman con lo inútil que es todo esto.

Espero que los incidentes «post-gros-plan» hayan concluido y que tu breve estancia a la orilla del mar te haya permitido ahogarlos para siempre. Aquí no he leído nada de todo eso que me decías para no ponerme de mal humor y para no añadir nada al nuevo cólico biliar que me ha dado estos últimos días. No sé si los embriones de pollo me hacen efecto en las encías,

pero es indiscutible que me destrozan el organismo; mediado el mes, me duele la tripita, voy por el mundo con unos pechos que me pesan y me duelen y unas eternas ganas de vomitar, me zampo cuatro veces al día la inevitable carne a la parrilla con el añadido de verduras hervidas o crudas y, en cuanto echo una cana al aire —un espagueti o una lentejita de nada—, enseguida me dan arcadas. Cualquiera diría que estoy embarazada y me he imaginado horrorizada que podría traer al mundo un huevo. Pero, dejando aparte esos trastornos, estoy muy bien. Piel bonita; buena energía; mirada vivaz. Y eso que el cielo no ayuda; desde el viernes está gris, bajo y tristón; hace fresco y estamos esperando una lluvia que se hace de rogar. Aproveché para hacer unas cuantas compras el sábado por la mañana: dos pijamas de playa que me pondré en casa, unos pantalones de trabajo, una blusa camisera, un biquini y un pantalón corto. El resto del tiempo me lo pasé desesperándome en los ensayos y leyendo una historia de las civilizaciones y los Evangelios; y en el cine he visto *Impulso criminal*, sacada del libro *Compulsión*[969] que me habías prestado. No está mal hecha: un poco atropellada, eso sí, para llegar lo antes posible al juicio, en el que, por desgracia, Orson Welles hace de abogado. Brasseur a su lado es un niño de pecho y al menos está vivo. En cambio, los dos muchachos que han escogido para Judd y Artie, sin corresponder, desde luego, a la imagen que te haces al leer la novela, están para nota. Ayer vi *Tía y mamá*,[970] una comedia americana fiel a la mejor tradición, con Rosalind Russell; hacía mucho que el cine no me agradaba así y me reí con toda el alma. No te la cuento; me gustaría que la vieras si se te presenta la oportunidad.

De la vida parisina tengo pocas noticias. Solo sé que Planchon ha tenido muchísimo éxito con su Shakespeare.[971] Las críticas son ditirámbicas, los ecos directos muy malos; pero los que me han hablado de ello no es que sean bondadosos. Tendría que ir para formarme una opinión; pero es que

estoy en pleno ataque de angustia «anti-todo-eso» y me da miedo salir del teatro Montparnasse completamente abatida, lista para entrar en el convento antes de tener fe.

En casa continúa la misma rutinilla. Juan sigue trabajando extramuros, Ángeles se contonea con más o menos despreocupación, Dominique lleva a cuestas sus problemas principescos y Tonton oye la radio nacional y lo cuenta en cuanto se le presenta la ocasión. En cuanto a mí, empiezo a partir de mañana el trabajo gordo de ensayos, pruebas de vestuario, etc.

Así que podría ser que, a partir de ahora, te escriba cartas menos largas; no estés intranquilo, estoy buscando a Titania. Y, como acabo de decirte por teléfono, no vuelvas a preocuparte por mí.

Trabaja y no me escribas más, salvo en caso de emergencia o para avisarme si cambias la fecha de vuelta. De todas formas, no nos veremos mucho en los pocos días que pasemos juntos debido a los ensayos, pero me gustaría que, al menos, el trabajo fuera lo único que nos separase en ese momento.

Bueno, cariño mío, me vuelvo a mis civilizaciones, a mis Evangelios y mis bistecs a la plancha. A lo mejor puedo llevarme a Ángeles a ver *Los amantes*.[972] Me gustaría ver cómo reacciona ante esa película.

Vela por ti, amor mío. Despide a los latosos. ¡Amablemente, claro! Pero con firmeza. Sigue sonriendo ahora y siempre; pero sigue siendo ahora y siempre lo que eres. Soy feliz al saberte feliz. Soy feliz por tenerte. Soy feliz, a secas. No me dejes nunca.

Te beso con todas mis fuerzas.

M.

22 de mayo de 1959

Esta notita, querido amor mío, es para confirmarte mi llegada el 28. Te llamaré inmediatamente. De hecho, vuelvo por ese debate del 30. Ya que estás con ensayos y que el principio de junio te verá irte de gira, habría preferido quedarme y seguir a trancas y barrancas con mi trabajo. Digo a trancas y barrancas porque no estoy seguro de que lo que estoy haciendo sea bueno y también porque tengo días en que trabajar se me hace difícil. Lo cual no quita para que haya sacado el carro del pantano. E incluso un día, al principio, sentí esa extraordinaria exaltación que justifica que, para sentirla y crear, pasemos años sufriendo. Ahora voy algo más despacio, pero no es ya la vida estéril y vacía de París. Bueno. Seguiré trabajando en París, pese a todo. Lo difícil era empezar y necesitaba venir aquí para dar con la fuerza.

Hoy ha llovido a cántaros, como llueve aquí, interminablemente. Además, estaba furioso por la ruindad de Mauriac[973] (también esta vez por lo de la televisión) y también furioso conmigo mismo porque me pusiera furioso tanta necedad mediocre y malintencionada. Mañana y el domingo tengo un programa de trabajo ininterrumpido. Si todo va bien, volveré contento. A decir verdad, ya estoy contento, no de lo que haya hecho, sino de haber podido hacerlo.

La notita se va alargando, me gustaría que estuvieras aquí esta noche. Te gustaría esta casa, estos atardeceres tranquilos, el olor de las noches. Sería el reposo para los dos. Pero en mi vida no hay reposo, más vale hacerse a la idea. Tus cartas eran una joya, muy colaboradoras. No, no te dejaré. Tengo el corazón joven, sigue latiendo a tu lado, con gratitud, con ternura, amor mío, fiel mía, dulce mía...

A.

Sábado 23 [de mayo de 1959]

¡Madre mía! Está cayendo toda el agua del cielo. La casa flota sobre las aguas del valle, soy Noé salvándome de la destrucción de los pecadores, y que te quiere. Hasta el jueves.

A.

832 — Albert Camus a María Casares[974]

6 de junio [de 1959]

A LOS 15 AÑOS SE ES JOVEN FELICIDADES TIERNAMENTE DE TU ALBERT

833 — María Casares a Albert Camus

30 de junio [de 1959], *por la noche*

Antes de acostarme, un saludito a mi bienamado. Marsella arde en mistral. El Mediterráneo adopta cierto aspecto de océano. Si esto sigue así, mañana por la noche volveré a tener el gusto de ver cómo mis compañeros encanecen según avanza la obra mientras mi pelo recupera el color natural antes del segundo acto del *Triunfo*. Pero se me conmueve el corazón de bretona y, al haber recuperado por fin algo de su clima, puede disfrutar sin pesar de las bellezas y de las alegrías del sur. Si el pescado que he comido hubiera estado fresco, el día habría sido perfecto.

Ayer el viaje fue largo e impreciso. No pude soñar, como suelo hacerlo en coche: Wilson, a mi lado, hilaba no sé qué ideas confusas sobre el teatro. Fuera de sí, mascullaba insultos contra Planchon, Brecht, la vanguardia y los directores que usan las obras para lucirse ellos; pero para conseguir entender su punto de vista sobre el teatro actual —el punto de vista del sentido común, como ya podrás suponer—, necesité el día entero y hasta las nueve de la noche no pudimos reírnos alegremente de esos *Tres mosqueteros* que Planchon ha montado a lo Brecht y de los que seguramente habrás oído hablar. Debo decir que todavía me regocija la idea del mosquetero social. Después de cenar, en Valence, el coche se convirtió en el remanso de paz que me gusta.

Viajamos a oscuras y en silencio hasta llegar a Marsella a las dos y media de la madrugada y durante todo ese tiempo pude meditar, recomponerme, ordenar y hacer proyectos a gusto. En lo que a soñar se refiere, el espectáculo que brinda de noche el último tramo de la autopista se basta para poblar la imaginación más fecunda. La electricidad o, si lo prefieres, la luz, por una parte, y, por la otra, los puentes y las carreteras son las joyas y las obras maestras de nuestro tiempo y nunca se me apreció todo ello como anoche.

En cuanto a la meditación y a los proyectos fueron sucediéndose a ciento veinte kilómetros por hora, a la misma velocidad a la que íbamos dejando atrás los plátanos que bordean la carretera.

1) Debo aprender a conducir bien la temporada que viene.

2) En septiembre de 1960 tengo que hacer una gira con Franck.

3) Al volver de la gira compraré un coche potente.

4) Durante la temporada siguiente me sacaré el carnet de vehículos pesados.

5) En septiembre de 1961 haré otra gira con Franck.

6) Al volver de la gira compraré una bonita *roulotte*.

¡Y listo! Se acabaron los problemas.

¿Que estás en Lourmarin? Voy a instalarme allí.

¿Que nos apetece Bretaña? ¡Faltaría más!

¿El sur? Vámonos al sur.

¿Que ya estamos muy vistos en un sitio? Recogemos y nos vamos a otro.

¡Y sin ninguna obligación! ¡Sin ninguna atadura! ¡Viva la libertad!

¿Qué te parece?

Sí, claro, no es el sitio soñado para que trabajes. Pero a lo mejor no hay que hacerle ascos para tomar notas. Y, además, por una vez vendrás a reunirte conmigo para divertirte conmigo, sin más.

No te rías. Piénsalo. Piensa en nuestra vida, en mí, en mis manías, en mi necesidad de independencia, en las relaciones que tenemos con la sociedad. ¡Lo que necesitamos es una *roulotte* y no una casa! Y, además, si me harto, la vendo. ¿No?

He soñado también con nosotros con tremenda dulzura. ¿Puede la mismísima muerte separarnos? Nuestra pareja me hace dudar en serio de nuestras ideas y de nuestras razones y, cuando pienso en nosotros, me parece absurdo no creer en la eternidad. Y, sin embargo, si uno se imagina la eternidad, no puede ser sino fija y lo más conmovedor que hay entre nosotros es algo en continuo movimiento.

Mira, voy a acostarme. El mistral me ataca la cabeza. Te quiero con todo mi ser

V.

PS: Volveré a escribirte antes de que te vayas, querido amor mío.

2 de julio de 1959

Contento con tu carta. Yo estoy bastante mohíno y tan poco mistral como posible fuere. He ido estos días a los exámenes del Conservatorio. Los actores trágicos estaban apolillados. Le dieron el primer premio a esa que los periódicos llaman la nueva Casares (¡una más!), Francine Bergé.[975] Es la Casares del distrito 16 y tan poco trágica como darse pueda. Buena voz, muy mal porte corporal (¡en Mónima!),[976] sensibilidad aceptable y eso que se llama en Francia distinción. En total, una buena actriz, pero sin talento. Estará muy bien en el Français. Hoy tocaba comedia (hombres). Salvo uno, abocado al Français, eran la mediocridad personificada.

Dicho lo cual, hace bueno y calor. Y estoy ordenando mis últimos asuntos antes de irme a Venecia. Lo de la *roulotte* para 1962 tendría su razón de ser, en vista de tu faceta emigrante. *Pero*: los recorridos y la estancia de las *roulottes* están severamente regulados. En los lugares habitados, las *roulottes* suelen aparcarse juntas y son la soledad compartida. Lo cual no le quita nada de magia a tu idea, pero son cosas que vale más saber de antemano.

Entretanto, tomaré el tren y me adocenaré en el hotel de Venecia.[977] Volveré a pisar por donde pisamos y tomaré cafés exprés a tu salud. Valor y fuerza de aquí a entonces, querido amor mío. No, la muerte no separa, mezcla un poco más, al viento de la tierra, los cuerpos que ya estaban reunidos hasta el alma. Eso que era la mujer y el hombre vueltos uno hacia otro se convierte en el día y la noche, la tierra y el cielo, la mismísima sustancia del mundo; es posible olvidarse en vida, apartarse, separarse, la vida es olvidadiza, pero la muerte es esa memoria ciega que nunca se acaba

para quienes quieren morir juntos, para quienes consienten en ello. Hasta pronto, emigrante, de lo que se trata es de vivir el momento, y de vivir bien. Te beso con todo mi corazón.

A.

835 — María Casares a Albert Camus[978]

8 de julio de 1959

BUONI AUGURI MIL CARIÑOS MARIA

836 — Albert Camus a María Casares[979]

Viernes 10 [de julio de 1959]

Días agobiantes de calor y trabajo. Imposible escribir. Estupendo éxito. Gracias por el telegrama. Salvo que haya algo en contra, estaré el lunes por la noche en París y te escribiré largo y tendido. Con el corazón de tu

A.

837 — María Casares a Albert Camus[980]

[¿Julio de 1959?]

BUEN REGRESO CARTA ESPERA CHANALEILLES MANDA NOTICIAS MIL CARIÑOS MARIA

838 — Albert Camus a María Casares

Martes 14 de julio [de 1959]

Ya estoy, pues, de vuelta, querido amor mío, tras una semana muy rara. El calor y el viento del sur que soplan en Venecia han vuelto loca a la ciudad. No es un decir. El periódico local anunciaba tres ataques de locura, la otra mañana, debidos al calor. Uno de los locos, que de hecho era una loca, se tiró por la ventana desde un cuarto piso para librarse del calor. Yo, por mi parte, he aguantado, y la compañía también. Los cuatro días de trabajo antes del estreno fueron agotadores. Luego, ya no había más que el calor dando vueltas por la ciudad, que mataba a los gatos lo bastante locos para cruzar los *campi* y ponía cara de aturdimiento a todos los humanos. Entonces se juntó todo, ya no podíamos dormir, andábamos vagando por ahí, nos alimentábamos de helados y de café, no sabíamos bien dónde empezaban los días o dónde empezaban las noches. Tu [*sic*] hijo y yo, inseparables y llevando detrás a las faldas y a los ansiosos de la compañía, aparecíamos en una góndola, mirando amanecer en la laguna, o en el mar, en el Lido, a las cuatro de la mañana; dormíamos más o menos entre las ocho y las doce, y luego volvía a empezar la ronda de los cafés fríos, de los vermuts con hielo, de las comidas a base de ensalada. Por la noche actuaban con treinta y cinco grados metidos en pellizas rusas. No he hecho nada, no he dicho nada, no he leído nada, no he escrito nada, no me ha gustado nada, no he deseado nada, pero era feliz, igual que los simples, y Venecia, donde nunca

accedería a vivir, me ha parecido en esta ocasión una ciudad fascinante, en vísperas de desaparecer en la laguna, con sus palacios cada vez más decrépitos y su revoque descascarillado de *vedette* vieja. Y después de todo ese ruido, de esa muchedumbre de turistas, repulsivos y aturdidos, de la compañía zumbando continuamente a mi alrededor, la torre de Chanaleilles me ha parecido un Escorial donde voy a enterrarme varios días sin ver a nadie, sin todo ese barullo.

¿Y tú? ¿Qué tal va *El sueño*? Ha debido de hacer calor en Aviñón y ensayar con esa temperatura ha debido de agobiar a mi bretona. Escribe o llama. Háblame de ti. Voy a organizarme aquí una vidita retirada y estudiosa. Te mando mil buenos deseos, vehementes, tiernos y confiados, para el 17 (es esa la fecha, ¿no?), y espero. Te beso con todo mi corazón.

A.

Un éxito mayúsculo de *Los demonios*, que así acaban a lo grande.

839 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[981]

16 de julio de 1959

DIEZ MIL BUENOS DESEOS PARA LA REINA DEL SUEÑO ALBERT

840 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

16 de julio [de 1959]

Querido amor mío, por fin encuentro el momento y la fuerza para escribir unas líneas. Hoy no ensayo, no actúo y el tiempo ha mejorado. Hasta aquí las horas en que refrescaba las hemos dedicado al trabajo y, como me acostaba todas las noches a eso de las cuatro de la madrugada, por lo general he dormido hasta la una o las dos de la tarde. En cuanto al calor, el sol griego era una ñoñería comparado con el sobrenatural cielo blanco de tormenta que ha tenido a Aviñón aplastado tres días. Tu bretona y su hígado lo acusaron en el acto y por mucho que me alimentase de ensaladas y de fruta, de carne a la parrilla que me tragaba como podía, me venía abajo con la sudada, estremecida con una arcada continua. Por fin, al principio de nuestro último ensayo, en el crepúsculo de los fuegos artificiales del 14 de julio, reventó el cielo y, pese a la voluntad tozuda y sorda del «listillo», [982] tuvimos que acabar el ensayo en una sala del castillo, calados hasta los huesos, y agotados. Ayer actuamos por primera vez ante una sala «reservada» a las asociaciones. Los «niños pobres» reaccionaron con intensidad, tanta que podía uno creerse en el Circo de Invierno o en el Médrano, ante un público de jueves por la tarde.

¡Ay, Will! ¡Gran Will? ¿Dónde estáis?

No tengo ni idea de qué se saca en limpio de este espectáculo. Me parece que el grupito de los artesanos es muy bueno, a pesar de los trajes de «payaso» que les han plantado. La corte se parece a una corte de ópera cómica de provincias; en cuanto a nosotros, los elfos, nos hacen movernos en una luz azul oscuro de acuario al ritmo de una música acuática encima de una alfombra verde oscuro que se pone gris terroso con los focos. Suma a eso que Titania va vestida del color de la alfombra y dejará de importarte mi interpretación. Yo he tenido un montón de miedo escénico, por tradición, supongo, ya que no vale de nada.

Mañana empieza el festival con venta en taquilla y las eternas tonterías

van a correr, a chorrear, a aglutinarse, a enrollarse, sempiternamente.

Por lo demás, todo va bien. Retirada en mis aposentos misteriosos, he roto todo contacto con la sociedad; solo tengo a mi lado a M[inou], siempre tan mona, y a dos chicos que me caen muy bien; y ahora, en cuanto tenga dos días de libertad, me largaré al mar, para ahogar en él mis melancolías y gozar de mis placeres.

En adelante te escribiré con regularidad. Hasta ahora me fastidiaba no hacerlo, pero no podía; solo tenía energía para mantener la boca cerrada. Pero, en medio de todo esto, reflexiono, ordeno, me recompongo y me preparo un porvenir apañado.

Mándame notitas, si no te apetece escribir. No me olvides, me siento un poco desvalida en esta calorina. Te quiero. Te beso y me hace muy feliz que esos *Demonios* hayan acabado por todo lo alto. Por cierto, ¿por qué «acabado»?

841 — Albert Camus a María Casares

Domingo 19 de julio de 1959

La verdad es que me he alegrado de recibir tu carta. Sé lo que son esos últimos días de trabajo, sobre todo cuando se añade el calor, y sé también qué difícil es escribir en esos casos. Pero empezaba a hacerme preguntas al no haber encontrado nada aquí al volver de Venecia. Ahora se acabó y estoy contento, sencillamente, de que los «niños pobres» os hayan recibido bien. Pero me gustaría saber cómo os han recibido los «mayores».

Vamos a dejarlo para mañana, si es que el calor te permite escribir. Tu carta, belleza mía, era un poco triste, algo así como encogida. ¿Qué puedo

hacer para ayudarte? Aquí está tu fiel compañero. Bien lo sabes. Llámame y acudiré, manda y obedeceré, pide y daré. De acuerdo, tienes tus «dos chicos tuyos que te caen muy bien». (Señor, ¡lo que tiene uno que oír a mi edad!). Pero yo soy el sirviente perfecto, mitad hombre y mitad genio, de *Las mil y [una] noches*, ese que llega con un estampido de trueno, cruza los brazos, sonríe y dice: «Escucho y obedezco». Aunque tú no estás en peligro de naufragar, bien lo sé. No te gustan ni el calor, ni la mediocridad, ni tu época, y las tres cosas juntas se te ponen en el hígado. El mar te repondrá. Y luego, dentro de unos días, nos veremos por fin.

Yo he pasado estos pocos días en una soledad absoluta, con la excepción de una piscina poco concurrida a la salida de la autopista, que me ha descubierto Cossery,[983] y donde he podido nadar algo. Estoy estupendamente y me siento lleno de olas y de energías positivas. Hasta se me ocurren ideas, me parece.

Pamina (es la borriquita de Catherine, llamada así porque llegó el día del estreno de *La flauta mágica* en el Festival de Aix) se da a la buena vida en Lourmarin. E incluso se da a la buena vida encima de las petunias que mandé trasplantar en junio. No sé por qué el pensar que soy el propietario absoluto de una burra me alegra el corazón. Ya ves, estoy de humor intrascendente.

Las cosas irán del todo bien cuando estés aquí. ¿Vuelves por carretera o en tren? En este último caso, escríbeme la hora de llegada (o de salida), iré a buscarte. Hasta pronto, querido amor mío. Te envío mil besos. Pienso con ternura, con mucha ternura y con un poco de preocupación, en ti, a quien tengo estrechada contra mí desde siempre.

A.

Lunes por la noche [20 de julio de 1959]

Querido amor mío:

Te escribo mientras se cuecen los espaguetis; pero, si no aprovecho estos ratos, no encuentro otros. Porque, desde que este espectáculo está en marcha «sueño» con mis vacaciones, que me voy a coger sin remordimientos.

A decir verdad, el «clima» afectivo y anímico del Festival de Aviñón no es de los mejores este año. Ya, cuando llegamos a esta noble ciudad, las cosas no iban lo que se dice bien: aquí y allá estallaban peleas, discordias, rebeliones y, lo que es más grave, incluso los silencios parecían virulentos. El «listillo», que se ha vuelto totalitario, había reducido al silencio a los más charlatanes, recurriendo a la acre autoridad o al cansancio. Punto en boca, ensayábamos sin parar, y todos los días, todas las noches, las mismas meteduras de pata, las mismas equivocaciones, las mismas locuras. Luego, actuamos, como ya te dije, ante una sala de «niños pobres» que nos tomaron por la compañía del circo Médrano y se carcajearon en consecuencia. Supongo que el «listillo» creyó que lo había «conseguido» y cuál no fue mi sorpresa cuando al día siguiente me fui corriendo al Palacio y vi que en el tablón de trabajo ¡no había ningún reajuste previsto! O sea, ¿que detrás de las luces, la diarrea de la víspera parecía otra cosa? O sea, ¿que ese ansioso flujo de actores afables y a menudo buenos que se afanaba en el escenario con el mistral desatado e intentaba abrirse paso o hallar un hueco en el mundo shakespeariano desembocaba al final en algún punto entre las filas de espectadores y cuajaba aquí o allá? Bien pensado, puede que sí. Me han

dicho muchas veces que desde la sala el efecto es muy diferente. ¡Y se habían reído tanto!

He preguntado por todas partes; he buscado en vano a alguien del equipo que estuviera presente en la sala para verlo. Pero ¡qué va! Nadie. Incluso el propio Gischia, encantado con su trabajo o amargado por su relación con el «listillo», había preferido no asistir para «ver» el ensayo general con ojos nuevos.

¡Y ya lo creo que lo vio! ¡Todo el mundo lo vio! Y también se rieron, menos, pero se rieron. Y, al parecer, no les gustó. Y el pobre Planchon —que solo me da pena en este caso particular—, al que el TNP había invitado para ver espectáculo, al que han traído a Aviñón para hablar de Brecht a los ATP,[984] ha cargado con el muerto. ¡La culpa es suya! Anduvo sembrando cizaña. Sobornó a la crítica, que, por lo demás —por lo que dicen—, no se atreverá nunca a meterse abiertamente con Vilar, etc., etc.

Y se han multiplicado las peleas, las discordias han degenerado casi en rupturas. Y ahora aúlla el silencio.

Por eso, en cuanto estoy en el teatro, me refugio debajo del tablado, en un rincón, y, lejos del Palacio, salgo de mi torre de marfil para meterme corriendo en el coche de Noiret o de Dadé[985] y escapar lejos de Aviñón. Por eso no puedo decirte nada de la acogida que ha tenido el espectáculo, pero las caras parecen muy crispadas. Por eso me estoy pegando unas vacaciones magistrales a orillas del Ródano —cuando tengo función de noche— en unos sitios solitarios y privilegiados que me he buscado; o en Les Saintes-Maries-de-la-Mer, cuando por la tarde no tengo que estar pendiente de la hora.

Allí, entre cielo y tierra, sola, o con aquellos a los que caigo bien, creo, y que me caen bien, disfruto de la arena, del viento, del sol, del agua dulce o salada, y a veces, por desgracia, ¡de los tábanos! Allí me atiborro de fruta,

de tomates, de queso y de pan, de sal y de aire puro, de cielo y de arena. Allí leo ese libro atroz del que me había hablado Janine, *La casa de las muñecas*,[986] cuyas páginas devoras con ojos desorbitados y calcinados y que a veces sueltas de golpe para clavar en el horizonte una mirada atontada y cóncava, el horizonte que la luz incandescente, blanca, helada y sin sombras del libro parece petrificar de pronto.

Luego, una duda horrible, una duda que me toca «personalmente», que me retuerce las tripas, una duda milenaria y por completo nueva, y para no gritar corro a meterme en el agua. Por fin todo da otro vuelco, el cielo y la tierra vuelven a su sitio, la arena de nuevo es lisa y tibia, mi mano vuelve a ser mi mano y algo en mí me asegura que siempre dirá que no, que siempre llorará o morirá; algo externo a mí, pero que está ahí otra vez y que me tranquiliza un poco. ¡Dios mío!, ¡qué vergüenza!

Así, querido amor mío, es como transcurren mis días. Estaré pronto de vuelta y te vislumbraré antes de que te vayas; luego intentaré vivir a gusto los quince días de vacaciones que me quedan en agosto; y después… ¿misterio? El «listillo» calla, guarda un silencio impresionante que no tengo intención de violar. Mis proyectos a largo plazo ya los tengo decididos, entretanto haré de animalito doméstico, preferentemente un gato.

¿Y tú? ¿Cómo estás? No es que yo escriba mucho, pero anda que tú… Gracias, pese a todo, por tu dulce telegrama. Llegó a tiempo de empujarme al escenario con una sonrisa en los labios.

Pero exprésate un poco, cariño. Un poquito. Salud, ánimos, trabajo y locuras, sí es que las hay. ¿Y París? Háblame del todo-París. Aquí solo se cita a Planchon. Y eso que están Pichette[987] y Le Couey,[988] que se merecen por sí solos una crónica. Pero el que figura es Planchon. Está en todos los labios, en los mínimos susurros, en todas las miradas, en los ceños que se fruncen, en el oído que se aguza, en todas las salas del Palacio;

recorre las calles de Aviñón, cruza el Ródano, ronda por Villeneuve, llora en el mistral; cincuenta francos, treinta francos, veinte francos, ¡mándelo todo a Villeurbanne! Yergue las cabezas, trastorna las mentes, crispa los labios. ¡¡¡Ajá, Planchon!!!

Así que háblame de LOS DEMÁS. De los demás JÓVENES. Y sobre todo de París. ¿Está bonito ahora mismo? Y háblame de ti. Te contaré cosas a trozos cuando vuelva, si quieres. De momento, entre los espaguetis y el pomelo, hago lo que puedo.

Te mando un beso muy muy fuerte, con todo mi corazón.

M.

PS: Si es cierto que la crítica no se atreve a meterse de frente con V[ilar], lo pagaremos nosotros. Si por casualidad le caen las culpas a Titania, no te preocupes por mí. En el teatro, los hombres-chica me han enseñado a tomarme como es debido los fracasos, sobre todo estos. Te quiero.

V

843 — Albert Camus a María Casares

22 de julio de 1959

Querido amor mío:

La intuición masculina me había hecho sentir en tu penúltima carta lo que me dices en la última. Hay sistemas de trabajo y ambientes con los que no podrás apañarte nunca. Pero no te preocupes, que no hay mayores daños. La crítica anda un poco reservada, pero respetuosa. Y contigo siempre es

atenta. Sé muy bien, por lo demás, que eso no es lo esencial para ti y que lo que te duele en primer lugar es la mezquindad de los corazones. Seguramente pasa lo mismo en todas partes, pero tengo, sin embargo, la impresión de que debes salir de ahí y de que hay que pasar revista muy en serio a la forma adecuada de que salgas. Ya hablaremos cuando vuelvas. Pero, de aquí a entonces, disfruta del agua y del cielo, ponte guapa y reconcíliate con el mundo.

Yo tengo poco que contar, porque llevo una vida muy ordenada. Voy todas las mañanas a esa piscina, al final de la autopista, donde no hay nadie, e intento recuperar el resuello y nadar concienzudamente. Vuelvo para almorzar en Lipp y luego me quedo toda la tarde en casa organizando el trabajo o reflexionando. Por la noche, salgo un poco. He ido a volver a verte en *Los niños del paraíso*[989] y estaba muy emocionado (Marcel podría haber sido el Laurence Olivier del que carecemos y Barrault está muy conmovedor. Decepcionado con Salou,[990] de quien conservaba un gran recuerdo). He ido también a ver a mi apellido, es decir, *Orfeo negro*.[991] La primera parte me entretuvo, la segunda me pareció un tostón. Demasiado pensar y un esteticismo molesto. Esta noche voy a ver dos Strindberg con una pandilla joven. Pero siempre estoy en la cama a las doce para madrugar y pasar dos horas en la piscina. El resultado es que estoy moreno y delgado, y que a lo mejor vuelvo a parecerte perturbador (no frunzas la «naricilla». Es una broma). En cualquier caso, estoy en forma, también por dentro, con el corazón en paz y colmado de esperanza.

Sí, querida mía, París está hermoso, hace calor sin exagerar, con largos atardeceres dorados sobre la ciudad medio vacía. Te gustará cuando vuelvas, y recuperarás de nuevo algo de paz, un corazón menos oprimido. También mi ternura está aquí y te espera, y piensa en ti, querida inquietud

mía, valerosa mía, a quien quiero y admiro. ¡Hasta pronto ya, y una corona de besos para la cabeza de la reina de los sueños!

A.

Espero que hayas recibido mi última carta, por cierto, que escribí hace dos o tres días.

844 — María Casares a Albert Camus

23 de julio [de 1959]

Querido amor mío:

Antes de ir a bañarme, dos líneas. Quería llamarte; pero definitivamente las cabinas de Correos son demasiado indiscretas, hay demasiada cola, la estafeta cae demasiado lejos y la tormenta ha vuelto a caer sobre Aviñón, dando a la ciudad ese olor y ese aspecto de ciudad arrasada por la peste y a sus vecinos, una mirada recelosa.

A mí me siguen interrumpiendo las vacaciones de vez en cuando engorrosos paréntesis: las escasas representaciones. Entonces me parece que la tormenta manda en los ánimos y que el mundo no es ya sino un haz de amarguras sobrexcitadas. Quería ser un animal doméstico, pero incluso el gato recobra sus instintos salvajes cuando toca un cable de la luz y la última vez que tuve el gusto de ir al Palacio le berreé como una fiera a mi director unas cuantas barbaridades que me salieron de lo más hondo. Si es tonto en vez de «listillo», ¡que lo encierren o que se vaya al infierno! Y si pierde los estribos, ¡que aprenda a andar!

La compañía, por su parte, sigue su andadura agradable y tranquila.

El sentido del humor reina como dueño y señor, aunque a veces sea un poco ácido. Pero me parece que V[ilar] está perdiendo la chaveta por completo. Se venga con todos y con todas de no sé qué afrenta insospechada, porque no puedo creer que unas críticas malas puedan ponerle la cara tan larga a un hombre de cuarenta y seis años.

Dejando esto aparte, la estancia aquí sigue siendo clemente conmigo. He acabado de leer *La casa de las muñecas* y he sentido el alivio que ya te imaginas. Me meto ahora con un libro de Huxley que me han prestado, *Un mundo feliz*. Como bien, me baño bien, me revuelco en la arena y en la sal y evito, fuera de mi pequeño círculo que tanto te extraña, a todo bicho viviente. No he podido coincidir con Michel y Janine; Mario [Prassinos] me había anunciado su llegada dos días antes; así que cuando me lo encontré entre bastidores el martes, en vez del domingo anterior, yo ya había quedado con un joven inglés a quien había dado ya plantón dos veces.

Por lo demás, no me ha desagradado evitar ese encuentro entre seis; nos habríamos visto en la obligación de hablar del espectáculo y no me apetecía confesar mis pensamientos íntimos delante de Mario, que no debe de tener a Vilar por santo de su devoción; ahora más que nunca quiero evitar cotilleos engorrosos.

He recibido tu carta, por supuesto dulce y cálida. Creo que interpretaste mal la mía. No estoy encogida ni mucho menos. Sencillamente, vivo sola rodeada de mucha gente. Estoy bien, pienso mucho y me molesta un poco el calor. El resultado es que estoy «reservada», que es algo que pocas veces me sucede y es posible que siga «reservada» cuando escribo. Pero me encuentro bien; incluso creo que estoy bien encarrilada.

Creo que volveré en coche, pero dependerá de la comitiva. Te lo diré en cuanto lo sepa. De Ángeles no sé nada. Se fue de Vaugirard a Corella con

un mutismo navarro. A cambio, D[ominique] Marcas me ha escrito una larga carta a rebosar de hermanas, de realeza y de Feuillières.

Bueno: sudo demasiado. «¡Ay, el eterno verano!». Mándame notitas. Dime si te sigues teniendo que ir de París a Lourmarin hacia el 10 o el 15. Dime cómo están tus hijos y la borriquita. Dime si estás satisfecho contigo mismo. Me acuerdo a menudo de la propuesta que no aceptaste, en tu conferencia a los ATP,[992] y me alegro cada vez más de que la rechazases.

Mal clima, clima malsano este año. La nariz de la pequeña se alarga infinitamente cuando se acerca a la llaga. Vale más no tocarla.

Adiós, amor mío. ¡A mí, el Ródano! Te quiero en el Ródano y en la tormenta. Y, hablando de tormentas, si tuviera que vivir en tus climas, me temo que me volvería casta para siempre. Pero tu recuerdo espabila por alguna zona de mí corrientes frescas y ligeras que vibran. Te quiero. Dime que no me olvidas.

M.

845 — María Casares a Albert Camus

25 de julio [de 1959]

Querido amor mío:

Ha caído un rayo a unos veinte metros del sitio en que estaba, junto al Ródano. Iba de vuelta hacia el coche, estaba sola, lejos de mis acompañantes, el cielo nos amenazaba con una tormenta impresionante y asegurada cuyos primeros redobles secos y áridos se oían ya. Me había parado, esperaba una lluvia que no llegaba, quería recibirla antes de vestirme. Y, de repente, a mi izquierda, ahí, muy cerca, un latigazo

inhumano o sobrehumano fustigó el aire y un chasquido monstruoso, un chasquido incandescente, incendió por un momento los árboles de mi izquierda. Y yo me encontré bocabajo en el suelo, aturdida, con la sensación de que me habían «marcado», como un cacho de carne poco hecha. Después, mucho después, al salir de mi estupor, estuve temblando un buen rato.

Luego me relajé, pero tardé mucho en serenarme del todo y me pregunto si no me he quedado electrizada para toda la vida.

¡Ay, qué sensación tan rara!

Ayer nos tocaron unos cuantos chaparrones y había que ver a las mujeres, escotadísimas, con todos sus encantos al aire, buscando la bendita lluvia. Mi corazón de bretona dio gracias al cielo y hoy he empezado con ánimos renovados mi jornada de baños bajo un sol ardiente, pero liviano.

Si me hubiera caído el rayo encima, habría muerto feliz. Había recibido tu carta por la mañana y estaba exultante. Tienes el arte de liberar los corazones y, después de leerte, se me quitó un nudo de la garganta, me entraron ganas de dar las gracias, de sonreír, de llorar y de gritar, y ese peso opaco que llevaba oprimiéndome desde hace algún tiempo desapareció.

He intentado buscar entre líneas la causa del milagro. ¿El amor? ¿La calidez? ¿El tributo? Sí, claro; pero no basta. ¿El talento al expresarte? Puede que también, sumado a lo anterior; pero sobre todo, sobre todo, creo, por encima de todo lo demás, ¡la simpatía, la compasión, la consonancia, la patria, vamos!

Y la inteligencia. Definitivamente, lejos de la inteligencia me marchito. ¡Tiene gracia, siendo como soy un animal salvaje! Bueno, pues así es. Pueden traerme toda la ternura del mundo, todo el amor del mundo, toda la pasión del mundo y hacerme con ellos un peplo, que yo iría decayendo si todo ello no se basara en una inteligencia penetrante y sensible. Es así, hay

que someterse a ello y de nada sirve encresparse. Desterrada, desterrada entre el común de los mortales e inerme ante el término medio por no tener yo la riqueza suficiente.

Bueno; ya está bien. Te agradezco tu carta.

Aquí continúa la misma rutinilla. Sigo con mi vida «reservada», pero cuando ocurre que en mi camino se cruzan personas de la compañía, resulta que están todas ocupadísimas. Ensayando obras que tienen que leer en público, preparando conferencias o entrenándose para un partido de fútbol que se va a celebrar al final del festival, «TNP-Aviñón».

Refunfuñan, murmuran, preguntan, proyectan, dicen versos, interpretan números cómicos ante las gansas en celo que nos persiguen a todos, hombres y mujeres, para pedirnos autógrafos, para hacernos fotos, para intentar, en definitiva, sacarle de vez en cuando una cita a algunos de nuestros chicos necesitados de amor. ¡Y luego, de pronto, golpe de efecto! Sin previo aviso, el señor Vilar nos anuncia a todos en el tablón de trabajo que la próxima temporada empieza el 4 de septiembre, que ha enviado a la prensa un comunicado para contar que ha contratado los derechos de *Los gigantes de la montaña*,[993] que se montará en Chaillot bajo la dirección del señor Strehler[994] (el peor director de Pirandello, como todo el mundo sabe) y que todos los actores y las actrices de la compañía estarán en el reparto.

El señor Vilar pide también a los actores y las actrices que dejen sus señas de vacaciones, porque podría suceder que haya que mandarles un manuscrito con vistas a las funciones que se representarán en Chaillot y en el teatro Récamier.

Entonces hay un silencio; bajan un tono los murmullos: la rebelión pone sordina doble y el director pasa, solo y mudo, entre los actores y las

actrices, que cada vez tienen ocupaciones más alocadas y buscan nuevas manifestaciones públicas.

Metida en todo esto, ¿qué debo hacer? Siento compasión, algo de compasión, me sonrojo un poco y, entre el silencio, en cuanto he acabado de maquillarme, antes de que empiece la función, preparo mi mesa para poder largarme en cuanto me cambie. Las compañeras, Jeanne, la encargada del vestuario, no se lo pueden creer, y yo tampoco; pero me parece que en esta ocasión me costaría mucho recobrar las ganas de decir lo que fuere o de quedarme un rato más, incluso aunque lo pretendiera.

Así es, cariño, como acaban las compañías. He estado cinco años en este teatro; cinco años contantes y sonantes, y ya sabes que, como la hiedra, me aferro; pero, cuando me pregunto qué voy a echar de menos cuando me vaya, solo se me ocurre «el conjunto», algo impersonal pero a lo que había acabado por coger cariño.

Sí; voy a marcharme; eso ya lo tenía decidido antes de Aviñón. Cuando te mandé la carta en que te hablaba de mis planes con *roulotte*, ya había tomado la decisión. Voy a marcharme, pero no lo diré hasta febrero, seis meses antes de irme, como establece el contrato, y se lo comunicaré al administrador por carta «certificada» inmediatamente antes de avisar a mi director. Entonces quedaremos en paz. ¡Y nos importará un pito!

Huy, no le guardo rencor; es cada vez más listillo. No le guardo rencor a nada ni a nadie. Todo ocurre de la forma más natural. Es el ejemplo típico de cómo acaban las compañías.

No te preocupes por mí. Cuando vuelva, hablaremos de todo esto. Hablo de ello sin pasión, cariño, ¡ay, qué mal!, pero hablo con claridad y creo que con sensatez. Por descontado, no le cuentes nada de esto a nadie; por ahora no quiero que se sepa nada de nada. Y espérame.

De la navarra seguimos sin noticias. Estoy empezando a preocuparme.

En esto también se está preparando un final; pero este no depende de ninguna de las dos partes. Depende de la condición humana, del cansancio, de la vejez, de la fatiga del corazón y del cuerpo. Este me afecta más hondamente; cuando pienso en esa separación, inevitable desde siempre y, sin embargo, tan de lamentar, vuelvo a tener el corazón tierno. Mi navarra siempre contará con mi cariño

1959-1949-1939)

1960? 1950-1940) Diríase que la faz de mi universo cambia con las generaciones. El combate empieza o vuelve a empezar para mí, cariño mío. ¡Me curto, me preparo, tenso los músculos y adelante! ¡A tu lado, bendito sea Dios!

Te quiero, te beso locamente, joven delgado y moreno con ojos de luz.

M V.

846 — Albert Camus a María Casares

27 de julio [de 1959]

Sí, querido amor mío, me voy de París el 9 para estar el 10 en Lourmarin. Por eso querría que me concretases la fecha en que llegas. Si no puedes y si me llamas cuando aterrices en la calle de Vaugirard, que no se te olvide que por las mañanas estoy en la piscina y que hay que llamarme por las tardes. [995]

Los niños están bien. La burra, que se llama Pamina porque llegó el día del estreno de *La flauta mágica* en Aix, se apresuró a revolcarse encima de

las petunias que había mandado trasplantar en mi última estancia. Así que está, como ves, de muy buen humor.

Sigo con mi vidita sana y laboriosa. Nado aplicadamente todas las mañanas. Trabajo perezosamente (pero ¡trabajo!) por las tardes. Y, por las noches, leo o salgo. Leo las obras que me mandan. ¡Madre mía![996]

Por ahora, esos «jóvenes» son centenarios. Antes muerto que montar ese tipo de obras. He preparado cierta cantidad de declaraciones por si me lo echan en cara. He aquí una: «La juventud no tiene más derechos que el de tener talento. Si no lo tiene, esperaremos a que envejezca».

He ido a ver *Angèle*, un melodrama de Dumas. Es una obra para ti (y para Vaneck). Bien montada, bien interpretada, sería un espectáculo estupendo, entretenido, mejor que *La dama de las camelias*, opino. La había montado por desgracia nuestro amigo Bourseiller («Antoine B[ourseiller] presenta *Angèle*, con dirección de Antoine B[ourseiller]», etc.). Manga por hombro y, encima, plagada de vulgaridades (mano en un pecho de la joven a la que hay que seducir, etc.). En cuanto a él, le ha cogido tics de actor a lo Vilar y el efecto es muy curioso.

¿Hasta pronto entonces? Una nota rápida, o una llamada. Estoy deseando verte, para volver a perderte. ¡Ah! Vuelvo el 3 de septiembre en vez del 10, porque los ensayos de los *D[emonios]* empiezan el 4. Al menos saldremos ganando una semana.

Besos, querida mía. Debes de estar ya muy morena y muy guapa. Y ya verás que París es suave ahora mismo. En resumen, que la felicidad ya se está preparando en el corazón de tu

A.

13 de agosto [de 1959]

Mi querido dueño y señor de la Provenza, tampoco va a ser hoy cuando pueda escribirte una carta larga. Pero ya estoy llegando al final de mi instalación, reservas y correo incluidos. Todo está en orden. ¡El campo está espléndido y llueve! Qué puede haber mejor para la bretona.

Salí huyendo literalmente de la calle de Vaugirard por temor a ahogarme en el polvo y en el agua de fregar los cacharros. Aquí todavía no tengo puntos de referencia porque he querido antes de nada «montarme mi rincón». Mañana empezaré mi vida campestre. Entonces, cuando me entren ganas, te hablaré de los campos de trigo segado, la sombra de los bosques misteriosos y la nobleza de los perfiles de las colinas.

Hoy lo que te mando es un saludo, una vez más, cruzando las largas distancias. No me he atrevido a ponerte un telegrama para tu llegada y quiero que esta carta la recibas antes del puente de la «virgen de agosto», a ser posible.

¡Vamos con las meditaciones! ¡Vamos con las preparaciones!

Tu Isla de Francia

M.

848 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado 15 de agosto [de 1959]

Llevo aquí desde el martes, querida mía, y el sopor del aire no me ha animado a escribirte. Y eso que estoy bien, al menos tan bien como en París, aunque la melancolía me haya ido algo a más. Pero me he forzado a

ponerme a trabajar y, a trancas y barrancas, voy adelantando. Hace un tiempo espléndido y fresco, la luz alimenta. Pamina es una borrica adorable, cariñosa, distinguida y, de tarde en tarde, con repentinos y tristes rebuznos. Pero es feliz, sin embargo, bien lisa, reposada, de mirada negra y lozana y orejas avispadas.

Mis hijos están entrando en la edad del pavo y, por su parte, alimentan menos el corazón. Pero a lo mejor soy yo quien se siente solitario y distante, y no puedo llegar a ellos.

No te he visto gran cosa, belleza mía, entre tu llegada y mi marcha, pero te he querido con mucha ternura todos esos días. Supongo que estás todavía en tu misterioso lugar de veraneo. Descansa y relájate antes de que se reanude un trabajo que te va a crispar un poco. Si pudiera ayudarte a salir de todo eso, me alegraría mucho. Por lo demás, tengo la impresión de que va a ser posible. ¡Por cierto, ahora me proponen la Opéra-Comique![997] De todas formas, yo tampoco voy a hacer nada antes de que arranque la temporada de 1960, y estoy encantado: voy a hacer lo imposible para terminar en un año la primera versión de mi libro.[998]

Escríbeme si te apetece. Dime al menos que todo va bien y que no olvidas a tu amigo. Me acuerdo de ti cada vez que la luz es bonita, y casi siempre lo es. Beso tu hermoso rostro con toda mi ternura.

A.

7 de la tarde

Acabo de llamarte para felicitarte por tu santo. Solo he podido hablar con santa Dominique, que me ha dicho que te lo diría.

849 — María Casares a Albert Camus

17 de agosto [de 1959]

Gracias, mi hermoso dueño y señor, por tu recado; así la «virgen de agosto» no ha caído en el olvido; sin tu llamada no me habría acordado.

Por aquí todo va bien o, en cualquier caso, me parece que todo funciona de forma saludable. Después de luchar contra las cazuelas y el polvo en la calle de Vaugirard, heme aquí en plena naturaleza, amiga de los faisanes y de los conejos, y armada de pies a cabeza contra las moscas y las arañas. Pero eso no es nada. Lo que resulta más difícil de entrada es la soledad y el tiempo disponible. Me parece que no se puede hallar la vida austera más que en el campo, entre trigales y en las lindes de los bosques superpoblados de caza. El océano y el desierto son en verdad tiernos compañeros y, cuando se las tiene una que ver con la Isla de Francia, dan ganas de llamar a la mar «tiita» y al Atlántico, «el tío».[999] Sí, frente a estas colinas chispeantes y terriblemente boscosas, frente a esos campos de rastrojos amenazadores, en esos prados donde siempre dudo en si meter el pie sin sentir mil sospechas, y rodeada de flores y de frutas provistos de púas secretas, avanzo al acecho o me encierro en mí misma. Sin dejar de estar activa, siempre llega un momento en que me encierro en mí misma y ahí es donde empieza lo penoso. (Perdona el estremecimiento: acabo de atacar, con éxito por cierto, a uno de esos animales monstruosos ante los que ya sabes cómo reacciono). Sería necesaria toda una vida ascética para encontrar quizá la paz en el campo, creo; pero no estoy en contra de la existencia dificultosa, y no me parece que sea inútil echar un vistazo a esa confusión tan fea de mi paisaje interior. Lo que me da pena es que nunca dispondré del tiempo libre, de la inteligencia y del temperamento necesarios para ordenarlo un poco y me

acongoja pensar que, irremediablemente, voy a morirme igual que nací, amorfa.

Bien. Dejando esto aparte, estoy leyendo a Ortega y Gasset. He acabado *La rebelión de las masas* y ahora ando metida en una recopilación de doce lecciones que se llama *En torno a Galileo*.

De España he recibido una carta muy airada y poco inspirada de Ángeles. ¡Se extraña con acritud por mi pereza en escribir! Te manda recuerdos y anuncia que se va a Sevilla el 12 de agosto.

Del TNP, nada. Me pregunto si el listillo ha recobrado la poca sensatez de que es capaz o si lleva ahora mismo una camisa de fuerza.

Léone espera a su progenie. Tonton juega con el aparato de radio y Dominique intenta hablar con la princesa.

Aquí hay gente; pero todo el mundo es de una discreción absoluta. Apenas si veo a nadie. D. lleva la vida misteriosa que suele. Aparece entre dos viajes que lo llevan Dios sabe dónde. No consigo saber si mi presencia en su casa lo estorba o no. Parece agradarle; entretanto, aprovecharé para quedarme aún unos ocho días. De aquí a entonces, ruega por mí y por mi alma. Luego no podré ya ocuparme de ella; tendríamos que llegar a un acuerdo antes de mi regreso definitivo a la calle de Vaugirard.

Pero ¡no creas que estoy triste! Estoy, eso es todo. Y, como decía el otro, es difícil estar. ¿El convento? Quizá. Pero, por desgracia, no para mí.

¿Y tú? Ya me lo contarás cuando vuelvas, ¿eh?

Termino esta carta. Después de haber matado uno de esos bichos, siempre necesito tomar el aire. Estoy irritada y escribo lo primero que se me ocurre. Y vas a creer cosas que no son verdad.

De hecho, estoy estupenda, como por cuatro y duermo el sueño de los justos. Voy a esperar pacientemente que este año el TNP termine y luego voy a lanzarme a alguna aventura nueva. Y entonces volveré a rebosar una

vez más de entusiasmo e incluso me ocuparé de mi alma. La inquietud eslava no es lo mío. Pese a todo, he hecho algo en la vida; te he encontrado. Puedo morir en paz.

MV.

850 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

20 de agosto de 1959

Recibí ayer tu larga carta del 17 de agosto (bueno, larga… Quiero decir, una carta de verdad).

A mí me da la impresión de que no has recibido la mía que te mandé a la calle de Vaugirard. Pese a todo, mando esta al mismo sitio porque no tengo las señas de tu «palacete de recreo». Sigo dudando de que estés hecha para Isla de Francia. Pero, en fin, el aire es mejor que en el bulevar Pasteur.

Pues sí, es muy triste que no consigamos poner un poco de orden, una unidad bien clara, en lo que somos. Yo siempre he rechazado la idea de morir amorfo. Y eso que… Si no amorfo, habrá que morir ignorado de uno mismo, disperso, y no prieto como la recia gavilla de espigas maduras, sino suelto y con los granos dispersos. A menos que ocurra un milagro y que nazca el hombre nuevo.

Pero también es posible, quizá, que la unidad conseguida, la claridad imperturbable de la verdad, sea la propia muerte. Y que para sentir el corazón sea necesario el misterio, la oscuridad del ser, la llamada incesante, la lucha contra uno mismo y los demás. Bastaría entonces con saberlo y con adorar en silencio el misterio y la contradicción, sin más condición que la de no dejar la lucha y la búsqueda.

Aquí, en cualquier caso, la belleza es un bálsamo para los corazones intranquilos. No hace calor, pero los días son hermosos y luminosos, las noches admirables. Trabajo por la mañana en *Otelo*,[1000] por la tarde en mi libro. Solo me disgusta el furor de invitar que tiene F[rancine] y también un poco el hecho de que mis hijos estén un poco distanciados de mí. Pero los catorce años es una edad difícil.

Volveré por carretera y estaré alrededor del 2 de septiembre en París. Tendré un día para preparar el ensayo del 4. Blanchar pasará el lunes por aquí con su mujer[1001] para ver a Pamina (lozana y tierna). Se acerca el inicio de la temporada. Pero es también tu inicio de temporada en mi teatro personal, quiero decir que vamos a vernos con un poco de tranquilidad y el corazón me rebulle dulcemente al pensarlo. Bendita seas, belleza mía. No eres amorfa, existes, pocos seres tienen tu resplandor y tu verdad. Daré testimonio a tu favor ante el auténtico señor antes de hundirme en el infierno eterno. ¡Entretanto, un paraíso de besos!

A.

851 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Domingo 23 de agosto [de 1959],
en Le Reculet

Nunca he pretendido estar hecha para Isla de Francia; incluso, cuando a veces he tenido que aparentarlo, me ha costado bastante. Admiro esta región, sus formas, su luz, igual que admiro un parque hermoso, asombrada, fascinada y ajena. Y, al final, al final del todo, me quedo dormida en

completa soledad. Nada aquí me acompaña y dudo incluso del canto que despiertan en mí la piedra o el océano. Pero, por una vez, no me siento muy orgullosa de mis reacciones; me parece que revelan una inmensa pobreza de corazón y, sobre todo, de mente. Solo la lluvia y el olor a tierra mojada consiguen espabilar al animal gallego, y el viento y sus espejismos de horizontes marinos. La paz de los campos me está vedada.

Recibí ayer tu segunda carta, al volver de París, adonde había ido a echar un vistazo en la calle de Vaugirard antes de regresar definitivamente el viernes que viene. Volví desconsolada; Maxy no se había dignado ir más que una vez desde que me instalé en Le Reculet y la casa rebosaba suciedad. Cuando llegué, Tonton estaba echando una cabezadita en la mesa de la cocina, con la cabeza pegada a los restos de un menú demasiado misterioso para poder reconocerlo y con diez páginas cubiertas de su letra ilegible.

Durante mi breve estancia me enteré de que había nacido mi ahijada, Marie-Nathalie de La Grandville, que su madre[1002] estaba como una rosa y que Yves Brainville está encantado de la vida, porque, por lo visto, ¡la niña tiene «su» boca!

Hablé mucho rato con Monique, con Dominique y ordené mis cuentas y mis papeles. Luego, después de haber comido dos huevos y haberme dado un baño, salí huyendo lo más deprisa que pude.

Ahora, de aquí al viernes, pienso dedicar el tiempo a prepararme un estado de ánimo para el comienzo de la temporada. En mi casa lo primero; luego en el TNP; en el trabajo y, para terminar, en la vida.

He entendido por fin que lo que me agobiaba era la perspectiva del año Chaillot; pero desde que lo he entendido, todo va mejor. Está también el futuro de la casa. Ángeles, la salud de Tonton; están también los apurillos de dinero; pero todo eso no es nada y, si estuviera segura, completamente

segura, de que el teatro puede aún enardecerme, lo demás me animaría más que otra cosa.

En fin, de todas formas, no queda más remedio que decirlo, se prepara una larga temporada de «crisis», la «crisis» de los diez años y hay que prepararse y hacer acopio de paciencia, por una parte, y, por la otra, coger el toro por los cuernos. La salud, gracias a Dios, responde. Así que solo me queda ya tirar para adelante con alegría.

¿Y tú? A juzgar por tu carta, pareces a un tiempo malhumorado, sensible, ensimismado, firme, frágil y vivo. Creo que el periodo de recepción está acabando y que te dispones a hacer de verdad [*sic*]. Amén, pero que Dios nos asista, a nosotros, pobres mortales. ¡Ya no tendrás ninguna relación auténtica más que con Pamina! Siempre te pasa lo mismo cuando estás de gallina ponedora (con perdón).

Así que sigue poniendo; y deja a tus hijos con sus catorce años y a F[rancine] con sus invitados. Ya no estás solo, lo noto; solos estaríamos nosotros si no nos hubieras alimentado con tu fecundísima compañía durante tanto tiempo. A partir de ahora, «pon y calla». Ya no tienes derecho a hablar.

En cuanto a mí, estoy encantada cuando te siento lanzado así; en este momento solo padezco de envidia. El hecho es muy feo, pero el sentimiento es noble. Un germen de artista parado es un contrasentido.

Me pregunto si vas a entender algo de esta carta. Cuento siempre con la agudeza de tu inteligencia, pero tampoco es cosa de abusar, y aquí creo que me estoy pasando de la raya.

Perdóname, cariño mío, pero, aunque tengo una salud floreciente, no podría decirse otro tanto de mis facultades intelectuales y ni tan siquiera, ¡oh, peligro!, de mis antenas sensibles.

Vivo como un animal irracional y solo puedo expresar el estado espeso

en que me hallo.

Pero he intentado leer atentamente *Los gigantes de la montaña* para estar preparada a aceptar o a rechazar el papel de la condesa, si me lo propusieran. Al leerlo me ha asombrado lo que me dijiste acerca de la representación. No entiendo cómo se puede hacer «vociferar» a esa mujer en las últimas, esa víctima a la que llevan años arrastrando al altar, cómo conseguir hacer que lloren esos ojos quemados, secos y de mirada fija; pero tengo miedo de equivocarme, mi fe personal se ha marchado y dudo de todo cuanto pienso.

Yo ahora mismo veo una antorcha calcinada y lo único que me echa para atrás, cuando me encaro con ese personaje, es que es él, y solo él, el que más padece de la amputación de la obra. Opino que el cuarto acto debería sobre todo justificar a esa mujer, y el hecho de contárnoslo no basta para conseguirlo.

Hay también otra cosa que me hace dudar. Me pregunto si Pirandello habrá modificado escenas escritas con anterioridad, en particular el tercer acto. Dicho de otro modo, creo que la obra no está terminada, no solo porque falta un acto, sino porque me parece que habría que corregir los que están escritos. Y el personaje que más padece con ese estado de cosas creo que es precisamente el de la condesa.

¿A ti qué te parece? Si la recuerdas bien, ¿quieres darme tu opinión al respecto? Me resultaría útil; tengo muchas dudas.

No te mandé las señas de aquí porque nunca tuve claro si me iba a quedar todo el rato, unos pocos días o de forma intermitente.

Son estas: La Jacquotterie, Le Reculet por Rochefort-en-Yvelines, Seine-et-Oise.

Pero creo que vale más que escribas a París. Vuelvo el viernes y es casi seguro que pasaré por allí el miércoles.

Trabaja bien, ángel mío querido. Voy a intentar poner un poco de orden en la calle de Vaugirard para que nos resulte posible vivir durante el mes de septiembre.

Voy a intentar facilitar las tareas de la casa y las relaciones mutuas para que tengamos un poco de libertad y para que, por la parte que me toca, la colada, la limpieza y la cocina, no me cojan todo el tiempo.

Voy también a prepararles el camino a los programas de radio para aprovechar las semanas que no haya ensayos. Voy a esperarte. Trabaja bien. En París seguramente vas a tener muchas trabas. Te beso con todas mis fuerzas.

M. V

PS: ¿Te han propuesto la Opéra-Comique? ¿O es cómico que te propongan la Ópera?

852 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Miércoles 26 de agosto [de 1959]

¡Carta enigmática como el genio, querida mía! ¡Creo intuir, percibo algunos relámpagos!

Pero mejor será que me lo comentes, línea a línea. El comentario no agota lo que tiene sentido. Llevan dos mil años comentando las Sagradas Escrituras y sigue habiendo cosas que decir.

Bueno. Ya está aquí el final de las vacaciones. Tú, el viernes. Yo, el martes o el miércoles. Vuelvo por carretera, así que no puedo concretar. Te llamaré. Pienso estar viajando dos días, por carreteras pequeñas, con mi

cochecito, y, para eso, saldré seguramente el lunes. Así que no te volveré a escribir después de esta carta. Y tú no vuelvas a escribirme después de recibir esta. Reconozco que, después de años de correo (debe de haber diez tomos), prefiero tenerte delante y charlar sin orden ni concierto.

Los gigantes. Vociferada o calcinada, la condesa es a la fuerza monótona. Y tiene que ver, claro está, con que falta el final, que le otorgaría su corona de mártir, y de forma retrospectiva; también es cierto que algunas escenas habría que revisarlas. En lo que a ti se refiere, es un papel sin grandes riesgos, en mi opinión. Quiero decir que estarás muy bien, sin hacer de más. Eso para la *trayectoria*. Lo que vaya por dentro es otra historia. Es un papel para *Casarès* desde el punto de vista de la gente, pero tú te arriesgas a cansarte de él bastante pronto, y además a ti no te gusta hacer de la Casarès convencional. En resumen: puedes aceptar sin ningún riesgo, pero no creo que te aporte grandes satisfacciones. Fíjate en que siempre sabes mucho mejor que nadie lo que tienes que hacer. Te doy mi opinión porque me la has pedido, pero la decisión que tomes será la mejor.

Avanzo despacio en mi libro. Además, he revisado por completo un acto de *Otelo*.

Ha llovido tres o cuatro días, pero la mañana de hoy es radiante. Hasta pronto, querida mía, me alegra la idea de oír tu risa. Sacúdete la tristeza y la angustia y adopta el lema de los caballeros latinos: «¡Por lealtad, persevero!». ¡Besos, querido amor mío, pronto recobrado![1003]

A.

No, me proponen la Opéra-Comique, ¡la sala Favart, vamos! Pero no deja de ser cómico.

853 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[1004]

[20 de octubre de 1959]

¡Te miro igual que te quiero!
[Dibujo de un sol].

854 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES[1005]

Miércoles,
*18 de noviembre de 195*9

Querida mía:

Te he llamado esta mañana a las doce y no ha cogido nadie el teléfono. Por lo demás, no era nada urgente. Quería decirte que todo iba bien y que estaba trabajando mucho. La grandísima soledad en que estoy aquí me angustia un poco, pero al tiempo me ayuda a trabajar. Es invierno. Hace frío y llueve. El pueblo está desierto, las puertas y las ventanas, cerradas, y las calles, vacías. Salvo en el almuerzo (la cena me la hago yo), me paso los días sin ver a nadie, en esta gran casa silenciosa, dando vueltas y garabateando papeles. Ya ves, en plan Stavroguin, en resumidas cuentas: capaz de vivir como un monje, aunque dotado de una sensualidad bestial.

Tu telegrama de bienvenida me arropó el corazón. Por lo demás, no lo necesitaba para pensar mucho de ti. Perdóname mi numerito del último día. Mejor haría pensando en ti que compadeciéndome de mí mismo. Pero tampoco está mal que te enseñe a veces lo que llevo en lo hondo del

corazón, que se preocupa de ti, que se preocupa por ti, que no deja, no, nunca ha dejado de quererte, de admirarte y de velar por ti.

Me gustaría mucho que recuperases la vitalidad, la fuerza, la fe. Eso que llamas lo novelesco es la fe en la vida, la certeza de que es algo más que la espantosa vulgaridad de los días y de los seres, que sigue siendo sorprendente, imprevista, que vuelve a empezar a diario. Esa fe era la tuya, y para mí siempre has sido el genio de la vida, su gloria, su coraje, su paciencia y su brillo. Te reías cuando te decía que me habías enseñado a vivir. Y, sin embargo, era verdad. Aprendí de ti no que la vida era algo más que muerte y negación, sino que era admirable con muerte y negación. Y lo aprendí poco a poco, sin darme cuenta, mirándote vivir, intentando merecerte, igualándome a lo que tú amabas en mí.

Ahora a ti te ha llegado el cansancio, el desgaste de quince años de este tremendo oficio, algo más de edad (¡tan poco!) y la mirada lúcida que nos llega dentro de tal caso ante la aplastante mediocridad de la época. Pero he conservado dentro de mí el secreto que, sin caer siquiera en la cuenta, me transmitiste. Lo he conservado para ti, para que vuelvas a encontrarlo en las horas difíciles por las que pasas ahora mismo. Te he conservado también otra cosa, un corazón que no puede vivir libremente sin ti y que ni tan siquiera puede soportar la suposición de perderte, bien lo has visto.

Valor, tierna mía, tengo confianza en ti, en tu corazón, en tu valentía. Solo me desconsuela no saber ayudarte, no poder llevarte conmigo lejos de lo que te supone un peso. Antes bien, he tenido que marcharme. ¡Qué oficio tan terrible este que me obliga a privarme de todo para recuperar la fecundidad! Pero ¡no querría otro, ni otra vida, ni otro corazón!

Hasta pronto, querida mía, te beso mucho rato.

A.

Miércoles 25 de noviembre [de 1959],
8 de la tarde

Llevaba ya un buen rato queriendo escribirte, pero no han dejado de perseguirme por teléfono por la muerte de Philipe,[1006] no solo Suzanne, que me transmitía las peticiones de los periódicos, la radio, etc., sino también dos agencias de prensa que no sé de dónde han sacado ni número, y todos querían que contase recuerdos, que hiciera declaraciones, etc. ¿Qué iba a poder declarar yo, por todos los dioses, sino que es una muerte muy triste? Y en lo demás… La vida separa, eso es lo que pasa. Pero solo me acuerdo de aquel Philipe jovencito, de veintidós años, en mi despacho de la NRF, abriendo los ojos cuanto podía y diciéndome: «Deme ese papel.[1007] Estoy seguro de que lo haré bien». Qué destino tan extraordinario, que, en el fondo, le pega tan mal. Pero ¿acaso hay destinos a medida? Y, además, era guapo. ¿Por qué la desaparición de una persona guapa es más triste que la de una fea? Y, bien pensado, no, ni siquiera es seguro que sea así. Para los que han carecido de todo, la muerte es mucho más espantosa. Él estuvo colmado de todo, salvo por esta muerte cruel e increíble.

Espero que estés soportando con paciencia la prueba Cocteau[1008] y sobre todo que no te canses demasiado. Bien pensado, a lo mejor das con una ruptura que, en cierto sentido, te siente bien. Dicho lo cual, esos maricas bien podrían pagarte, me parece a mí. Está haciendo testamento, de acuerdo, pero es como lo de los adioses de Grock[1009] al circo, cada cinco años vuelta a empezar, y enterró a toda la profesión antes del último adiós.

¿Has visto que se proponen dar de oficio una cátedra en el Colegio de Francia[1010] a todos los premios Nobel? Y, por supuesto, sin preguntarles

siquiera qué opinan. ¿Me van a dejar en paz de una maldita vez con el Nobel ese? Siento que si insisten voy a montar un escándalo, no sé, pasearme desnudo con el diploma en cuestión donde yo me sé, o violar a un niño. En cualquier caso, me fuerzan a aceptar.

Dicho lo cual, sigo trabajando, a veces avanzo muy deprisa, a veces despacio, pero avanzo; no sé si vale algo, pero me alegro de no haber perdido la memoria como creía. Basta con que me aplique y los detalles acuden; precisamente tengo memoria para los detalles y esa es la que se necesita para el arte. De todas formas, cuando estoy trabajando, recupero fuerza, mi antigua independencia, la libertad de lo que soy. Para mí no hay más medicina que esa. Amén.

Bueno. Te escribo sobre todo para entretenerte un poco en tu trabajo y para que uno de los dos hable mientras el otro no puede hablar o escribir. Me acuerdo de ti, mucho, mucho rato, eres mi tierna preocupación, amo tu corazón y todo cuanto eres. Y te beso, querido amor mío, con todas mis fuerzas.

A.

Jueves por la mañana [26 de noviembre de 1959]

Vuelvo a leer esta carta. Pura broza. Ayer por la noche estaba cansado. La tensión del trabajo, tensión estática, solitaria, cruzando por días y días, es agotadora en cierto modo. Pero duermo bien, hago gimnasia, ando una hora y estoy en forma, pese a todo. Sencillamente, por las noches me apetece acostarme y soñar sin meta.

El sábado voy a ver *Los demonios* a Marsella y volveré el domingo por la mañana. Así me relajaré, aunque no me entusiasme esa compañía teatral, que me mata de aburrimiento. Pero, precisamente, me resultará delicioso

volver a mi casa y a mi trabajo. Tuve más o menos intención de invitarlos aquí, pero no lo voy a hacer. ¿Sabes que la gira está batiendo todos los récords? [Pierre] Franck, encantado, me ha hablado por teléfono de un millón cuatrocientos mil en Burdeos, un millón seiscientos mil en Toulouse; esos honrados teatros, por lo visto, no habían llegado nunca a esas recaudaciones. Personalmente, me da igual, porque para mí la obra ya está acabada. Pero me alegro por Franck, y por Antoine (por razones opuestas, naturalmente).

Buenos [*sic*].[1011] Más besos, tierna mía. Espero que tu calvario esté llegando al final, ¡y te lamo las heridas, hermosa mártir!

A.

856 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Sábado 28 de noviembre [de 1959]

Ángel mío:

Esto para ponerte de buen humor. Lástima de patadas en el trasero. Te escribiré o te llamaré pronto. Me voy a Marsella, tras haber terminado la primera parte de mi libro (una tercera parte más o menos del total) y con la conciencia tranquila.

Toda la ternura de tu

A.

857 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Miércoles 2 de diciembre [de 1959]

Querido amor mío, vuelvo a empezar por segunda vez esta carta. No porque quiera decirte cosas difíciles de traducir en palabras, ¡ni mucho menos!, sino sencillamente porque tengo la lamentable impresión de que ya no sé escribir dos frases seguidas.

Y eso que he esperado a la noche y su paz para no arriesgarme a las interrupciones; desde que te fuiste, voy por ahí con un cuerpo inerte y una cabeza espesa y las dos cosas me han bastado para lo que he tenido que hacer y que soportar, pero que hoy me resultan molestas cuando quiero resumirte breve y claramente la franjita de existencia que nos separa desde que te fuiste.

¡Te he echado mucho de menos! Eso al menos lo tengo claro y concreto en la mente; porque, por raro que pueda parecer a primera vista, tu ausencia me resulta más difícil de soportar cuando tengo una actividad enloquecida que cuando estoy ociosa. Quizá porque la vida agitada hace al corazón y a la mente más vulnerables al dejarlos vacíos. Quizá porque tengo mayor necesidad de tu calor y de tus hombros para soportar mis relaciones con la gente. Quizá también porque soy de esas que viven mal en el olvido y la distracción.

Sí, te he echado mucho de menos porque no he podido pensar en ti. No he podido pensar en nada. Me levantaba a las siete de la mañana, tenía que irme a las ocho al estudio, donde estaba hasta las cinco de la tarde. Un coche me dejaba en casa a las seis menos cuarto, cenaba deprisa y el mismo coche me llevaba a Chaillot, donde me quedaba hasta las once y media de la noche. A las doce estaba de vuelta. Cenita, baño, aseo y a la una y media de la madrugada apagaba la luz, hasta el día siguiente a las siete.

Añade a esto que todo el trabajo del día en el estudio se concentraba en

mí por la hora a la que me iba —los demás no paraban hasta las seis y media— y añade a eso un texto largo y difícil rodado casi siempre en primer plano. En cuanto a las veladas en Chaillot, imagínatelas... Dicen que ante la muerte todos somos iguales, pero o estoy completamente equivocada, o es de verdad ahí, precisamente ante la muerte, es ahí, donde podemos percatarnos de hasta qué punto somos todos diferentes unos de otros.

En fin, ahora ya se ha acabado todo y, como me he oído decirle a una señora que lloraba demasiado: «¡Vamos! ¡Vamos! Consuélese. No tardará en ir a reunirse con él».

Entretanto, la vida sigue adelante y la señora y todo el mundo andan más revueltos que nunca. ¡Hay revuelo en París y, desde la Comédie hasta la Ópera, pasando por el teatro de France, es un hervidero! Las caras se crispan, se ponen tensas, se desploman, se demacran. La gente va y viene. Las personas con las que me encuentro me miran con expresión trascendente, asqueada, y mascullan lo mismo, «Esto no puede seguir así» o «¿Conoce usted bien a Malraux?». Contesto bajando la voz que conozco muy poco a Malraux e intento entender qué es lo que «no puede seguir así», pero van pasando, unas tras otras, hoscas, tristonas, febriles y agobiadas a un tiempo. «¿Conoce usted a Malraux?».

En la radio, Chancerel[1012] va mermando día a día. Se apelmaza: «Hablaba con Madeleine Renaud esta mañana. Me ha dicho que es usted una santa, Maria». Y yo me estremezco al pensar en lo que significa la palabra «santa» en labios de Madeleine. Y a mi lado ese chico con pinta de que le huelan los pies, ese director —joven y «moderno»— que me tira los tejos de madrugada, sin garbo, con los pies. Queso. Cebolla. Ajo.

Así que, en medio de todo eso, ya me dirás. Cocteau de pronto adquiere porte de personaje legendario. Es un prestidigitador, es cierto, pero ¡qué

bonito queda de repente sacar una paloma de un pañuelo! Sobre todo cuando el pañuelo hace juego con la paloma.

Me ha compensado el esfuerzo. En su justa medida. No he puesto en él el corazón, pero sí un buen pellizco de mi sensibilidad, y me lo ha premiado la reacción espontánea del artista o del esteta a la intérprete fiel. Lo hice de forma desinteresada y parece ser que el resultado es muy bueno. Lo hice porque se trataba de un anciano y la edad le ha proporcionado a ese hombre una circunspección nueva, algo así como una ternura melancólica de la que a cambio he disfrutado.

¿Qué más se puede pedir? Creo que prefiero eso —aunque no lo exagere — a millones de francos y dos meses de un trabajo abominable con un Chancerel cualquiera.

Y ahora con el mes de diciembre vuelvo al redil. Y con el mes de diciembre, como ya presentía, todo parece volver a estar en orden. Junto a un anciano tío lozano y una navarra que ha recuperado su cordial sonrisa me dispongo a disfrutar de mi casa, donde la calidez y la intimidad, tanto tiempo desterradas, han vuelto a su lugar, a hacer mis grabacioncitas y a ocuparme de los míos y de mí.

Me he equipado para andar. Tengo por fin mi impermeable negro y el sombrerito. Me he quitado de encima mi antiguo catarro. Intento entender a Artaud. Leo, leo manuscritos y busco un libro bonito que leer.

Entre la correspondencia que recibo he escogido dos cartas que te envío, pueden hacerte gracia. Los versos me los mandaron al teatro antes de una función anterior a la muerte de G[érard]. La carta después.

Otro día te hablaré más despacio de mil cosas divertidas o penosas que a lo mejor te divierten.

Por ahora sigo farfullando demasiado y no hay nada que cueste más que escribir cuando se tiene la mente reumática.

Adiós, querido amor mío. Trabaja bien y aunque el cielo esté oscuro piensa que la bóveda parisina es siempre más amenazadora. Por supuesto, estás lejos; pero trabaja primero. El amor puede esperar, de todas formas es siempre insaciable. Es la vida misma. Y el trabajo hay que hacerlo durante la vida.

Te beso fuerte, fuerte, fuerte…

M.

PS: Devuélveme las dos cartas para que pueda contestarlas. Te beso,[1013] M.

858 — Albert Camus a María Casares

4 de diciembre [de 1959]

Querido amor mío:

Parecías triste y lejana el otro día por teléfono y no he parado de acordarme de ti.

A lo mejor te puse triste también al decirte que no sabía si iba a subir a París antes de Navidad. Y eso que tengo ganas de subir, de verte, de sacudirme algo el peso del silencio que llevo encima ahora mismo. Pero, al mismo tiempo, pienso que me he concedido ocho meses, y solo ocho meses, para terminar la primera redacción del monstruoso huevo que estoy poniendo en este momento; pienso también que mi organización de aquí me permite avanzar y trabajar sin tregua, y que la sensatez, la muy amarga sensatez, me ordenaría quedarme aquí hasta la reanudación de las actividades del 2 de enero y empecinarme a toda costa. Pero la verdad es

que esos pensamientos tan sensatos no aguantan ante la idea de que puedo ponerte algo más triste si me quedo, ni ante el impaciente deseo que tengo de verte cuando cae la noche. No sé, voy a ver, a esperar. Dime qué te parece sin dártelas de corazón magnánimo, y si notas la necesidad de mi presencia, dímelo sencillamente y, por Dios, con qué alegría me enteraría, con qué alegría acudiría a tu lado, volviendo luego al tajo con mayor fuerza, para compensar.

Tras las lluvias catastróficas de los últimos días, desde ayer hace bueno.

Hoy (es por la mañana) sopla el mistral alrededor de la casa, pero el cielo está límpido, la luz es deslumbrante y viva. Dese hace dos días, el bueno de Cérésol[1014] está de paso. Fui a buscarlo a Aviñón y lo encontré en estado de licuefacción, deprimido, dice, por la vulgaridad y la maldad parisinas. Se está reponiendo aquí (sin estorbarme, porque duerme y trabaja) y volverá, recuperado, espero, al camino de su calvario. Pero es un compañero bueno y efusivo.

Tenía la esperanza de recibir hoy carta tuya, pero la huelga ha desorganizado los servicios y me llega el correo con cuentagotas. Espero leerte, verte, tenerte abrazada. Me hace infeliz esta vida dividida entre un trabajo que implica una dura soledad y mi necesidad de calidez y de ternura. Pero le tengo miedo a la esterilidad, igual que otros le tienen miedo a la muerte. La esterilidad lo mata todo en mí, e incluso la ternura. Pienso con asco en esos días de París en que el tiempo se desmigajaba, en que me daba arcadas a mí mismo. Cuando llegue el momento, tendremos que retirarnos a un lugar hermoso y vivir por fin, juntos, días de trabajo y de ternura. Pero de aquí a entonces, no me cabe duda de mi constante, agradecido y vigoroso amor. El mundo sin ti perdería su luz, una luz de la que vivo extrañamente ahora mismo, pensando en ti sin cesar y queriéndote como nunca.

Te beso, querida mía, belleza mía, amor mío querido, te vuelvo a besar.

A.

859 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

5 de diciembre [de 1959]

¡Ay, no, cariño, quédate, quédate donde estás y trabaja! Te echo de menos, claro, pero prefiero esperarte libre de tu pesado fardo, más adelante, aligerado y cerca de mí. En Bretaña quizá, en una Bretaña virgen aún de los meses de junio, o de julio, como mucho.

Y, además, prefiero saberte lejos de París ahora mismo. Hay algo que pesa sobre la ciudad. Algo extraño que solo las mujeres parecen poder soportar. Y por los pelos, por cierto.

Todavía no he podido sacar tiempo para la despreocupación, cuya imperiosa necesidad siento. Durante el día y medio de descanso que tuve después del rodaje, me tocó enderezar los asuntos de la casa y ocuparme de darle cuidados a mi cuerpo. Pero todavía no he encontrado un hueco para ir al dentista o al médico. Y ahora ando embarcada en inconcretas aventuras cinematográficas que deberían llevarme hasta Berlín, si el bendito lío del TNP no estuviera ahí como el arma de mi ángel de la guarda para impedírmelo. No te digo más porque no sé más: es el eterno follón que he decidido aparentar que acepto a partir de ahora para pasar inadvertida.

Esta tarde espero a Tardieu,[1015] que viene a fastidiarme las horas de paz de la víspera de actuar. En fin, viene con buenas intenciones. Se trata de sustituir los textos de Artaud que teníamos que leer por el poema de Saint-J[ohn] Perse «Llegaron las Trágicas».[1016] Blin y la pandilla Artaud han

vuelto a montar un número con su desaparecido maestro, pero esta vez venía a cuento. Prefiero de lejos estremecerme al servicio de Perse; lo noto más cercano.

En el teatro todo va manga por hombro. Al pobre J[ean] Vilar se le acumulan las complicaciones este año y, tras haber renunciado —por falta de tiempo— a montar *Furuku de ma rue*, resulta que ahora ya no puede conseguir los derechos de *Los gigantes*, que pertenecen a una actriz que quiere interpretar a la condesa con mucho acento y sesenta años cumplidos. (Todo esto que quede entre nosotros, por supuesto). Así que necesita encontrar de aquí al lunes dos obras para sustituirlas y poder anunciárselo a las asociaciones, esas furias de mil cabezas dispuestas a comérselo si falta a una de sus citas.

Añade a eso las reposiciones de *Asesinato*[1017] o de *Madre Coraje*, en las que hay que sustituir a los principales intérpretes, la desaparición de G[érard] y la imposibilidad de poder representar con él *Los caprichos* y *Con el amor*,[1018] y dime si no hay que estar loco para no estar desanimado.

Aún no he visto nada de teatro ni de cine. He ido dos veces a cenar a La Coupole; una noche con Léone y anteayer con Monique, más triste que un ciprés. Con respecto a leer, ni me lo planteo. En cuanto me acuesto, pierdo la conciencia. Pero nada está perdido. El cansancio acumulado esta última semana va desapareciendo, ¡y a fe mía que creo que estoy engordando! La próxima semana tengo otras dos grabaciones y dos funciones; pero una vez más creo que la segunda quincena de diciembre podré dedicarla a la diversión y la inteligencia.

En cuanto a ti, quédate donde estás, hazme caso. Hay algo envenenado en París y cuanto más se queda uno aquí, más estalla y se desmenuza miserablemente el tiempo. Solo la tremenda fuerza de una mujer puede

luchar contra esa «cosa» o ese «estado de cosas». Tú, tierno mío, frágil mío, eres demasiado alto, demasiado erguido, demasiado ancho para soportar este viento malo. ¡Ay!, no. La paz sea contigo.

Te llamaré mañana por la mañana, amor mío. Te beso con todas mis fuerzas, con todo mi corazón, con todo mi amor.

M.

PS: Adjunto a esta carta un artículo que me ha mandado un compañero afincado en Roma desde hace mucho. Me dice que al leer este escrito habló con quien correspondía aludiendo a un preciosismo poco verosímil. Le contestaron que no era momento de andarse con guasas. He pensado que igual te divertía… Donde las dan, las toman.

860 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Martes 8 de septiembre [*sic*] [de diciembre] *de 1959*

Acabo de recibir por fin, y juntas, tus dos cartas, querido amor mío. Con alivio, aunque tampoco me gusta pensar que una de mis cartas haya podido perderse, y también porque este largo silencio me agobiaba y me angustiaba.

Me alegro de que la película con Cocteau te haya parecido soportable. Cocteau es lo que es, pero, en fin, es de los que crean y hacen algo. Lo que convierte a París, y pronto a Francia, en insoportable es el gentío de los comentaristas, la galería, los segundos planos y todos esos que «deberían haber», que «habrían podido» y que no han hecho nada, o no gran cosa, y lo que les queda entonces es juzgar a los demás, que, desde su punto de vista,

no hacen nunca lo que deben y que ellos habrían hecho si precisamente no lo hubieran dejado de hacer por haber tenido mala suerte.

Me preocupa un poco, en cambio, esa historia de Berlín. Por supuesto, hay que vivir, pero no sacarás de eso, lo sé, ni paz ni felicidad, y es de eso de lo que tienes más necesidad actualmente,

En cuanto a mí, por fin voy a quedarme aquí, porque hay una posibilidad de tener tan adelantadas las cosas el 1 de enero que podré estar seguro de haber acabado la primera redacción antes de junio (debo decirte que el libro va a tener entre quinientas y seiscientas páginas, por lo menos). Luego habrá que ponerlo en forma, que asearlo, y podré hacerlo incluso en medio del trabajo de París.

Me parece también que bastará con dos sesiones de quince días en Lourmarin entre enero y junio para que el trabajo prosiga también durante mis estancias en París. En ese momento, podremos ajustar nuestras obligaciones.

Lo cual no impide que, pese a todas estas buenas resoluciones, te eche de menos, y nuestra ternura, y nuestras confidencias, y tu grata calidez. ¡Ah!, no, no eres una santa en el sentido en que lo entiende Madeleine [Renaud]. Y, sin embargo, eres mi divinidad tutelar, mi protectora y mi amante. ¡Ay!, el día en que haya acabado este libro, habré rejuvenecido diez años; ¡te llevo a las Bermudas, y volvemos a hacer nuestro vigésimo viaje novios! Por ahora, austeridad, aridez de los días, tensión, pero saberte en este mundo y cerca de mí me da paciencia y valor.

Me alegro de que la navarra haya recuperado su buen humor. Dale un beso de mi parte, y también al Tío.[1019] A ti, sí, a ti, a quien amo, no basta con besarte, tendría que escanciar en ti todo mi aliento. Bendigo mi suerte, mi estrella, y sé perfectamente también que no he merecido, que nada en mí merecía, hace quince años, el encontrar un corazón como el tuyo, que no ha

dejado desde entonces, e incluso desde lejos, de alimentarme, de ayudarme, de iluminar mis días y mi vida. Sí, te bendigo, tierno amor mío, y vuelvo a darte las gracias con todo mi corazón.

A.

Te devuelvo las cartas. En cuanto al artículo italiano, me quedo con él, está demasiado bien.

861 — ALBERT CAMUS A MARÍA CASARES

Lunes 14 de diciembre [de 1959], *9 de la noche*

Así que te escribo, tierna amiga, aprovechando que podemos, mientras los demás caen como moscas. Por cierto, estaba cansado hoy, y con náuseas, ya estaba oyendo el homenaje. Después de un día de régimen, estoy mejor, pero no he hecho gran cosa, que es algo que me exaspera. Meterse a monje y no poder rezar, ese es el infierno.

Después de las lluvias incesantes de la semana pasada, se ha levantado el mistral. Lo ha dejado todo seco en una hora, ha limpiado el cielo, ha dejado peladas las montañas y la comarca resplandece. Cuento mañana con un día de trabajo bueno y acogedor. Querría trabajar a destajo esta semana, porque los niños llegan el lunes 21 y tendré algún estorbo. En cualquier caso, volveré el día 4, contento por haber trabajado y más que contento de reunirme contigo.

En tu próxima carta dime cuánto cuesta el impermeable, ya sabes lo que tenemos convenido. Pero empiezo ya a desearte un año mejor, a tu medida, lleno de gloria y de ternura, estrechamente unida a tu compañero de

siempre. Y lo seguiré deseando todos los días hasta que te tenga por fin en mis brazos.

Valentine Tessier me bombardea con cartas, para verme, no sé lo que quiere, pero me temo que sea volver a liarme en sus líos con Gaston Gallimard.[1020] Las personas no deberían envejecer, salvo como los sabios hindúes, bajo un árbol, en lo hondo de un bosque.

Le Provençal (el director sigue siendo Gaston Defferre) ha publicado un artículo a tres columnas sobre mí que se llamaba «Camus o la fuerza de existir». Pero el resultado de una errata ha sido, en letras grandes: «C[amus] o la farsa de existir».[1021] Me he reído mucho, ya que me invitaban a ello.

La gente, de la que he huido, me agobia a cartas. Pero a algunos vale más leerlos que oírlos. Así que no pierdo la serenidad. Que no se te olvide, sin embargo, que a ti me gusta oírte y leerte, al menos si de verdad tienes un rato. Pero no te preocupes si no puedes. Te sigo paso a paso hasta la tumba, y más allá, a menos que te preceda. ¡Qué más da! Habrá latido en nosotros un solo corazón, y se lo seguirá oyendo cuando hayamos desaparecido, en el misterio del mundo.

Pero te beso con toda la fuerza y el vigor de la vida. A.

Querría regalarle algo al Tío.[1022] ¿Qué? ¿Pijamas, camisas? ¿Puedes comprárselo y me dices el precio?

862 — María Casares a Albert Camus

Martes 15 [de diciembre de 1959]

Querido amor mío, ¡por fin algo de tiempo libre! La mente anda un tanto

obnubilada, cierto es; ¡el corazón un poco oprimido cuando pienso que mañana tengo que leer a Saint-John Perse delante de los seguidores del letrismo! Pero, en fin, por una temporada voy a dejar de correr detrás del reloj. Porque ¡hasta ahora de lo que se trataba era de encontrar tiempo material para lavarme!

Pero ¡a partir de mañana por la noche están permitidas todas las esperanzas! Ya he sacado entradas para ir a tres espectáculos: *Cabeza de oro*, *Los negros* y la obra en que trabaja Cassot. Porque la representación de *La muerte de Danton*[1023] no consiguió desanimarme. Sí, desde luego, no es más que estampa popular con mucha charla, un poco torpe y ligeramente pasada de moda, pero podría haber sido un buen espectáculo. Montado con ritmo, con garbo, podría haber sido espectáculo bonito. Algo así como los ballets folclóricos, ¿sabes? Un poco ñoño, sensiblero, pintoresco. Una reconstrucción bonita…

Solo que resulta que, en vez de eso, nos sirvieron una «constituc-ió-n». Y ese texto que debía trascurrir con destellos azules, blancos y rojos nos lo anuncian, nos lo prometen, nos lo hacen esperar, nos lo preparan y, al final, nos lo destilan como no lo harían ni con los *Pensamientos* de Pascal, ante un público de incultos. Pues esos jóvenes y brillantes revolucionarios parecen tener la edad que tendrían ahora si vivieran aún entre nosotros.

Solo Alone y Mollien me pareció que dieran el tono y atinasen.

Los demás…Vilar piensa, y, temiendo hablar como habla él (véase Jean-Jacques Gautier), adopta de pronto el tono de Bouquet, ausente por desgracia. En cuanto a Wilson, entre dos posturas de estatua ecuestre, inspiradas seguramente en que interpreta a un personaje histórico, habla como Vilar (véase J[ean]-J[acques] Gautier).

Los demás son flojos, más o menos.

Sin embargo, hay que ver una vez en la vida a Catherine Le Couey morir

de muerte violenta y a Dominique Clément conseguir la proeza de ocultarle al público durante casi todo el tiempo que dura la obra un gran acontecimiento: el hecho de que Lucile Desmoulins, igual que Ofelia, se vuelve loca.

Me hice un montón de preguntas durante la función; puse incluso al tanto a Léone, con quien estaba; pero ella se tronchó de risa y no supo contestarme nada.

Aparte de esto, he hecho grabaciones. Por todas partes y como siempre, en todas las lenguas, *Macbeth*; con Cuny, claro. Vocifera más que nunca. El otro día pensé que se ponía a hablar así, pasara lo que pasara, para que no se notase su mal acento en inglés, y en efecto en cierto modo lo conseguía, porque en ese ladrido prolongado uno es completamente incapaz de distinguir la lengua de Albión de las palabras francesas que van mezcladas con ella.

Sí; tenía la esperanza de que fuera un truco; pero ayer por la noche, en la versión de Jouvet —versión bien francesa, como ya sabes—, resulta que se pone otra vez a berrear como un loco, con todas sus fuerzas, hasta tal punto que hubo que alejarlo del micrófono y que no me quedaba más remedio —dado que solo teníamos un texto— que ir y venir entre el aparato y ese excéntrico que me decía ternezas reventándome los tímpanos.

Espero que en *Cabeza de oro* meta unas cuantas «pausas»; si no, voy a hacer acopio de tapones para los oídos.

Sigo, por supuesto, codeándome todos los martes por la mañana con Chancerel y, para mayor desgracia mía, con el compadre Mauclair.[1024] Y la cosa va a seguir hasta la primavera. Y últimamente he participado en un programa de Europe n.º 1 que me ha sacado de la oscura reina escocesa para sumergirme en otra familia inglesa de la que ya no consigo librarme:

los Tudor. Efectivamente, he tenido que leerme —¡y con buen humor, oye! — unos supuestos recuerdos de cárcel de Isabel.

¿Qué más? Sí; un *Don Juan* de Pushkin con el inevitable J[ean] Topart y unos textos de Quincey.

Hoy, al volver de la radio, me estaba esperando una noticia embarazosa y penosa. Los Disques Festival me comunican que me han galardonado con el Gran Premio del Disco 1960, es decir, la Academia Nacional del Disco premia la monstruosa antología que Gérard y yo hicimos el año pasado. [1025] Me citan en la televisión el viernes por la mañana a las doce menos cuarto para presentarme como «galardonada» y recibir el premio y no sé cómo me las puedo apañar para no asistir sin que parezca que no me desvinculo. Me contraría mucho. Va a resultar muy penoso.

He visto a Cassot y me ha gustado. (De visita, claro). (¡Y, por supuesto, que no se me interprete mal!). Era guapo, sensato, serio, pero no lúgubre; y me emocionó mucho, al tiempo que me divertía, cuando me habló de su estancia en la URSS.

¡Por cierto! ¡¡¡Moscú me reclama!!! Temblores me entran.

En lo que a la vida se refiere… va pasando, como ya sabes. Ahora mismo para mí pasa bien, aunque un poco deprisa para mi gusto. Me parece que estoy ante ella como el espectador ante las carreras de coches. ¡Fiuuu! Un día. ¡Zas! Una semana. ¡Y ni siquiera sé qué había dentro!

¡Es el progreso, qué se le va a hacer! ¡Las ciudades! Con tal de que no lleguemos a la «existencia-cohete»… no pido más.

En casa siguen el buen humor, la paz, el cariño, la amabilidad. La otra noche, al separarme de Ángeles para ir a ver *La muerte de Danton*, me rogó que la esperase a la salida del teatro para volver conmigo, porque tenía que ir a pasar la velada con Juan. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando, al salir del teatro, me recibió en [la] puerta con voces, exclamaciones por todo lo

alto y efusiones escandalosas que solo una muy muy muy larga separación podría justificar. Pero como he entendido que con ella hay que ser como ella, so pena de que te acuse de frialdad, me puse en el acto a su altura, a ver quién chillaba más, si ella o yo, o Juan, o la cocinera gallega que se habían traído para que «me viera»… todo eso ante la mirada estupefacta de Léone, que se preguntaba dónde estaba. El público se paraba también para mirarnos gritar a voz en cuello en una lengua desconocida y vociferante. Pero Ángeles se quedó muy contenta y creo que en esta ocasión pensó que la quería.

Pues nada, cariño mío, esta es mi vida. Fuera hace frío y seguimos luchando encarnizadamente para conservar la vida que —como dice [Italo] Svevo— es efectivamente original.

Quería enviarte hoy unas cuantas muecas parisinas. Los taxistas siguen siendo los mismos y los porteros también.

Así que disfruta cuanto puedas de esa hermosa tierra que hasta cierto punto se ha convertido en la tuya. Y vuelve a mí liberado y perfumado de menta y romero. Yo te espero rehaciéndome las saludes, la física y la mental. Quizá entonces podamos por fin reír juntos, reír otra vez como tú y yo sabemos, con rudeza y con bondad.

Entretanto trabaja bien. No siento ya tu tristeza en este momento: así que soy feliz.

Te beso muy fuerte, con todo mi corazón, con todo mi amor.

M.

863 — Albert Camus a María Casares

Miércoles 23 de diciembre de 1959

Desde el lunes he recuperado a mi tribu y, como siempre, en el acto, esa especie de malestar que noto. Es de mí, más que de los otros, de quien estoy descontento entonces. Nunca me siento suficientemente a la altura de mis deberes. No puedo por menos de pensar en mi trabajo y no me ocupo de Jean, por ejemplo, que se está volviendo preocupante. Y como sí que pienso en ellos, pese a todo, desatiendo mi trabajo. Así que no hago nada de lo que debería hacer. A lo mejor también se necesitan unos cuantos días para volver a adaptarse. No te preocupes, en cualquier caso, no tiene mucha importancia y lo menciono porque llevo un registro de mis estados de ánimo.

Por lo demás, estoy deseando volver, porque no creo que mi trabajo vaya a avanzar mucho ahora. Y en esas condiciones… Tu carta te ha dado por fin presencia aquí. Todas esas capas de trabajo entre nosotros (el tuyo y el mío) acaban por hacernos vivir como sombras. A veces me da la impresión de que tú vives en la habitación de al lado, detrás de una pared gruesa. Estás ahí, me hace feliz que estés ahí, me gusta tu vida tal y como la noto del otro lado, pero a veces le entran a uno ganas de besar lo que ama.

¡Feliz Navidad, querido amor mío! Seguramente no podré llamarte, pero, si me quedo un momento a solas, lo haré. Sé guapa y feliz, con ese hermoso rostro luminoso que me gusta. Y no olvides a tu compañero, que entrará, invisible, en el banquete (si lo hubiera) y te tendrá cogida suavemente la mano, querida mía. Intenta escribirme una vez más para que no sea demasiado difícil esperar el regreso. Te beso ya, tan alegre por volver a verte.

A.

No me has dicho lo del impermeable, ateniéndote a lo convenido. Hazlo. De todas formas, estaré allí dentro de unos doce días. El cheque adjunto es para que le hagas de mi parte un regalo al tío[1026] Sergio, a quien escribo (escribo también a Ángeles). Gracias, tierna mía.

864 — MARÍA CASARES A ALBERT CAMUS

Nochebuena de 1959

Gracias, querido príncipe mío, por todas tus atenciones y todas tus bondades. Tras un día agotador en un París disfrazado de «zoco tunecino», todos los de la casa se duermen felices y tranquilos.

Tonton ha recibido una bata de cinco mil francos que le había comprado de tu parte antes de recibir el cheque que era para él. Así que le he dado el regalo, los quince mil francos que habían sobrado y la carta. Espero haberlo hecho bien.

Dejo de su mano que te cuente personalmente su emoción, igual que les reservo a Ángeles y a Juan la alegría vociferante de decir a gritos su agradecimiento.

En cuanto a mí, me contoneo con mi impermeable. Me ha costado con el sombrero treinta mil francos; no he olvidado lo que habíamos convenido, pero pensaba que podíamos esperar a que volvieras para celebrar el A[ño] N[uevo] y el F[ranco] N[uevo] y para darnos los regalos.

Por lo demás, me han correspondido un cacillo muy bonito que me ha regalado Juan, una espléndida y deliciosa cena de Nochebuena regalada y presentada por Ángeles, un pimentero muy feo (¡Dios me perdone!), regalo de Léone, un libro precioso regalo de Carolina Venturini, un pañuelo

procedente de una adoradora alemana y una cosa muy rara que me ha traído Andrée Vilar y que en principio sirve de ensaladera en la mesa. En cuanto a Dominique, me ha comprado un par de guantes muy bonitos. También me han regalado, llegadas del sur, unas rosas muy hermosas de parte de los amables Gallimard y una caja de caramelos de la señora que me había mandado el famoso poema: «Cuando muráis, señora…».

A las doce un tal Léon me llamó para desearme feliz Navidad. Con voz cálida y tierna me llama Maria y asegura que nos presentó en Le Silène en junio de 1956 un amigo de Europe n.º 1. Cabe decir que ahora mismo los hombres parecen haberse puesto de acuerdo para portarse como los gatos en febrero. Clavel se me ha revelado de repente agobiante y lírico como si tuviera diarrea; Cassot padece dolorosas «vueltas atrás», algunos conocidos recientes se declaran en lo que dura un trayecto en taxi y los hombres por la calle les siguen el rastro a las mujeres solas.

Igual que en el teatro, en el terreno de la conquista o del amor dan ganas de fruncir la nariz; ¡la narizota! «¡Coma, coma! Ya vendré luego».

He visto *Los negros*. El trabajo de Blin, notable. En la obra [hay] demasiados «pedos», para mi gusto.

He visto la obra de Spaak. Me he reído mucho, pero sin mala idea. Marc [Cassot] hace lo que puede lo mejor posible. Pero no hay forma de creérselo. Bueno, es inofensivo; pero la verdad es que en este caso resulta demasiado inodoro.

He leído manuscritos. Vamos a dejarlo estar.

He ido de compras.

Sigo leyendo *Las ilusiones perdidas*, de Balzac, para no perder las mías.

Por lo demás, espero a que vuelvas para contarte, hablarte, decirte, amar, reír juntos. También espero a que vuelvas para sacudirte el polvo. Creo que lo necesitas un poco, al menos durante unas semanas. Te espero para ir

contigo a ver la obra de Sartre[1027] y unas cuantas películas. La mía, por ejemplo, que creo que van a poner en enero.

Te espero para que me traigas un poco de aire sano a este sótano parisino donde hay demasiada humedad para que el polvo no se convierta inmediatamente en barro.

Te espero, te espero, rolliza y sonriente, con los muslos más gruesos por la ausencia de las tablas.

Y, mientras te espero, te beso hasta quedarme sin resuello.

M.

PS: Al enterarse de que te estoy escribiendo, todo el mundo me insiste para que te diga: «Gracias, besos, recuerdos, cariño», etc. Te lo repito todo. PS 2: En lo referido al dinero que le he dado al Tío[1028] Sergio, ni que decir tiene que le he explicado lo que había ocurrido.

865 — Albert Camus a María Casares

30 de diciembre de 1959

Bueno. Última carta. Solo para decirte que llego el martes por carretera; subo con los Gallimard el lunes (pasan por aquí el viernes).[1029] Te llamaré cuando llegue, pero a lo mejor podríamos ya quedar para cenar juntos el *martes*. Digamos que en principio, para tener en cuenta los azares del camino, y te confirmaré la cena por teléfono.

Te envío ya una carga de tiernos buenos deseos, y que la vida brote en ti durante todo el año, poniéndote ese querido rostro que hace tantos años que

amo (pero lo amo también cuando está preocupado, y de todas las formas). Doblo tu impermeable en el sobre y añado todos los soles del corazón.

Hasta pronto, esplendorosa mía. Estoy tan contento al pensar en volver a verte que me río mientras te escribo. He cerrado mis carpetas y no trabajo ya (¡demasiada familia y demasiados amigos de la familia!).

Así que no tengo ya razón para privarme de tu risa, ni de nuestras veladas, ni de mi patria. Te beso, te abrazo hasta el martes, en que lo repetiré.

A.

ANEXOS

Tarjetones y tarjetas sin fecha

1 — A MARÍA CASARES, ENVÍO DE FLORES AL TNP (PALAIS DE CHAILLOT) [1954-1960]

¡En el mundo horrible y oscuro, tu luz!

*

Valor y descanso, amor mío.

*

Con cada obra, creces ante mí. ¡Dichosos los que estén ahí esta noche y que no lo olvidarán! Y yo, tus pasos, callado y orgulloso de quererte…

2 — A MARÍA CASARES, ENVÍO DE FLORES CON MOTIVO DE ESTRENOS O ENSAYOS GENERALES

Ponlas en tu camerino para que esté yo algo presente esta noche: las carreteras están frías. Todo mi corazón está a tu lado.

A.

*

Todo pasa, incluso las obras tristes, menos los ángeles y el corazón auténtico del hombre

*

Tiembla, pero ten seguridad. La tragedia es un palacete, entrarás como en tu propia casa. Mi amor te seguirá paso a paso. Quizá no has entendido bien hasta qué punto te he querido aquí. Sí, sí que lo sabes y soy un tonto ahora mismo. Pero tengo el corazón lleno de ti. A.

*

[Tarjeta de visita de Pierre Reynal doblada en cuatro. Anverso:]

Sigue, es Extraordinario

P. [Reverso:]

¡Formidable! A.

3 — A MARÍA CASARES EL DÍA DE SU SANTO O DE SU CUMPLEAÑOS

¡Adoración a la siempre virgen María! Tu A.

*

Feliz cumpleaños, querido amor mío, y los mejores deseos más tiernos del que nunca dejará de quererte. A.

*

Feliz cumpleaños, mi querido, mi tierno, mi sólido amor y todos los pensamientos del corazón de ALBERT CAMUS, el que te quiere con toda la gratitud y toda la esperanza del mundo. A.

*

Después de tantos años, sigues siendo mi muchacha.

4 — A MARÍA CASARES, ENVÍO DE FLORES, SIN FECHA

20 de marzo: Nuestra primavera.

*

¡El ángel y el hombre velan por ti, querido amor mío!

*

Y ahora, gracias, querido amor mío. Descansa. Duerme, ten confianza, conserva el pensamiento del que te quiere y velará siempre, como esta noche, junto a tu sueño. ¡Ay!, ¡cuántas gracias le doy a la vida por haberte encontrado!

*

Te quiero.

*

¡Buenos días, felicidad!

*

Te acompaño.

*

Bienvenida: ¡el corazón florece! A.

*

¡Joven! ¡Como la vida misma, y como el amor incesante de tu compañero de camino! [Dibujo de un sol].

*

Triste por dejarte, pero tan feliz de amarte que he querido decírtelo esta mañana.

*

¡Día de luz!

*

¡Las rosas del deshielo! A.

*

Entre el tumulto, el corazón que te admira y que te quiere.

*

13 soles brillan sobre ALBERT CAMUS [Un sol dibujado encima de la palabra «brillan»].

5 — A MARÍA CASARES, SIN FECHA

¡Por fin! A.C.

El pecio feliz está encallado a dos mil kilómetros de ti… pero te ilumina de lejos.[1030]

*

Adormecida

Ojos de toro te miraban…[1031]

*

¡Sé hermosa! ¡Y grande!

*

[Enviado al domicilio de María Casares, calle de Vaugirard, número 148:]

¡Descansa! ¡Buenas noches, amor mío querido!

6 — A MARÍA CASARES EN EL TEATRO FRANÇAIS (PLAZA DE L'ODÉON

Os amo con extremada ternura…

*

¡Valor, amor mío!

7 — A MARÍA CASARES, BUENOS DESEOS

!!!!!!!!!!! ¡Lluvia de dichas sobre mi pequeña gloria! A.C.

*

[Enviado al domicilio de María Casares, calle de Vaugirard:]

¡Que la vida y el éxito te colmen, querido amor mío!

*

[Enviado al domicilio de María Casares, calle de Vaugirard, número 148:]

¡Que el año tenga tu rostro! A.

Proyectos de cartas para María Casares

María Casares está buscando un alquiler para el verano en la costa atlántica; pasará las vacaciones en Lacanau en los meses de agosto de 1951 y 1952. Albert Camus se entretiene redactando cuatro cartas con la firma de ella para dar con un alquiler.

Muy señor mío:

Sueño a veces, entre las llamas en que vivo, pues el arte dramático es una hoguera que el actor prende en sí mismo para consumirse en ella todas las noches, e imagínese lo que eso supone en pleno París, abrasador de por sí en julio, cuando la mismísima alma se cubre de tizones y de cenizas hasta la hora en que brota por fin y restalla al viento de la poesía la alta llama clara que en nosotros mora, sueño, pues, decía, y el sueño aquí resulta ser padre de la acción, cuya apariencia ávida e irreal cobra, sueño, en fin, con un lugar sin normas ni límites, donde extinguir por fin el fuego que me apremia. Debería haber también mucha agua; he pensado que su costa, de nombre límpido, no se negaría a acoger a la humilde sacerdotisa de [Th…] y a su hermano en el arte, para cubrir su soledad con la incansable lluvia de espuma del mar eterno. Dos habitaciones y dos corazones, unos cuantos tablones, el mar que silba a nuestros pies, y el precio más barato posible, tales son mis deseos. ¿Los cumplirá usted?

Maria Casarès.

*

Muy señora mía:

Dos líneas. Tengo calor y estoy sucia, pero tengo un socio. Así que playa, dos habitaciones, leña, y a precio tirado, o casi. En espera de su respuesta

Maria Casarès

PS: Se me olvidaba, agosto.

*

Señor o señora:

Ya me disculpará usté que venga con prisas pa lo que quiero pero el tiempo va que vuela y venga de hablar y de hablar a lo tonto total que se hace tarde así que esto es lo que necesito que voy como quien dice con mi amigo si se llega en el tren de Burdeos pues mejor que esté en la playa y más mejor si no me cuesta na por el aquel de que no tengo dinero pero tengo confianza. Hale adiós, señor y se agradece la repuesta a ver si llega pronto que aquí ya empieza a hacer calor.

Maria Casarès

*

A un sindicato

Dos habitaciones que a la noche abran, tenga la bondad,
do esconda mi pena serán de mi gente un claustro severo.
Que sea de plata la costa supone gran contrariedad,
que en la costa estoy a decir verdad pero sin dinero.

APÉNDICES

Bibliografía

Camus, Albert, *Obras*, ed. de José María Guelbenzu, Madrid, Alianza, 1996.

—, *El revés y el derecho*, trad. de María Teresa Gallego, Barcelona, Debolsillo, 2022.

—, *La muerte feliz*, trad. de María Teresa Gallego, Barcelona, Debolsillo, 2021.

—, *Vivir la lucidez. Todos los* carnets *(1935-1959)*, trad. de Eduardo Paz, Mariano

Lencera y Emma Calatayud, Barcelona, Debate, 2021.

—, *Crónicas argelinas*, trad. de Mónica Rubio, Barcelona, Debolsillo, 2021.

—, *Bodas y El verano*, trad. de Luis Alberto Bixio, Aurora Bernárdez y Jorge Zalamea, Barcelona, Debolsillo, 2021.

—, *El mito de Sísifo*, trad. de Esther Benítez, Barcelona, Random House, 2021.

—, *El extranjero*, trad. de María Teresa Gallego y Amaya García, Barcelona, Random House, 2021.

—, *Crónicas (1944-1953)*, trad. de Esther Benítez, Barcelona, Debolsillo, 2021.

—, *Teatro (Calígula, El malentendido, Los justos, El estado de sitio)*, trad. de Javier Albiñana, Pedro Laín, Milagro Laín y Mauro Armiño, Barcelona, Debolsillo, 2021.

—, *La noche de la verdad. Los artículos de* Combat *(1944-1949)*, trad. de

María Teresa Gallego, Barcelona, Debate, 2021.
—, *La peste*, trad. de Rosa Chacel, Barcelona Debolsillo, 2020.
—, *El hombre rebelde*, trad. de Josep Escué, Barcelona, Random House, 2022.
—, *La caída*, trad. de Manuel de Lope, Barcelona, Debolsillo, 2021.
—, *El exilio y el reino*, trad. de Manuel de Lope, Barcelona, Debolsillo, 2021.
—, *Los demonios y otras adaptaciones teatrales*, trad. de María Teresa Gallego y Carlos Mayor, Barcelona, Debolsillo, 2022.
—, *Diarios de viaje*, trad. de Emma Calatayud, Barcelona, Debolsillo, 2021. Casares, María, *Residente privilegiada*, trad. de Fabián García-Prieto y Enrique Sordo, pról. y notas de María Lopo, Sevilla, Renacimiento, 2022. Figuero, Juan y Marie-Hélène Carbonel, *Maria Casarès: l'étrangère*, París, Fayard, 2005. Plantagenet, Anne, *La única*, trad. de Juan Vivanco, Barcelona, Alba, 2021. Todd, Olivier, *Albert Camus. Una vida*, trad. de Mauro Armiño, Barcelona,Tusquets, 1997.

«Estas cartas nos encienden y nos transportan de principio a fin. De la correspondencia de Camus faltaba esta pieza esencial e inédita, un continente de palabras que presentíamos espléndido y que resulta ser sin duda la parte más hermosa de todas».

Le Monde



«Igual de lúcidos, igual de enterados, capaces de entenderlo todo y, por lo tanto, de sobreponernos a todo, lo suficientemente fuertes para vivir sin ilusiones y uniéndonos los vínculos de la tierra, los de la inteligencia, los del corazón y de la carne, nada puede, lo sé, ni sorprendernos ni separarnos».

El 19 de marzo de 1944, Albert Camus y María Casares se conocieron en casa de Michel Leiris, cuando ella contaba solo veintiún años. Había

comenzado su carrera dos años antes, en 1942, en el teatro de Les Mathurins. Ese mismo año Albert Camus publicaba *El extranjero*. Entonces, el escritor vivía solo en París, pues la guerra lo había mantenido alejado de su esposa Francine, maestra en Orán. Sensible al talento de la actriz, Camus le confió el papel de Martha para la puesta en escena de su obra El malentendido.

La noche del 6 de junio, el mismo día del desembarco de Normandía, se volvieron amantes. Fue tan solo el preludio de una gran historia de amor que no tuvo su verdadero comienzo hasta 1948 y que continuó hasta la muerte accidental del escritor en enero de 1960. En medio de la vida pública y la actividad creativa de ambos, su correspondencia cruzada revela la intensidad de su relación íntima, que vivieron en la ausencia, en el disfrute de los días compartidos, en el trabajo conjunto y en la búsqueda, formulación y realización del amor verdadero.

La crítica ha dicho:

«En este libro vemos toda la historia literaria, teatral y política de la que el filósofo y la actriz, ambos hijos del exilio y grandes viajeros, fueron actores comprometidos».

Le Nouvel Observateur

«Esta correspondencia, rebosante de un amor luminoso, resulta cautivadora».

Libération

«Esta correspondencia se revela generosa, divertida, absoluta».

Les Inrockuptibles

«Sublime. Esta correspondencia revela la potencia de un amor extraordinario, que se mantuvo *puro y duro como una roca* durante más de quince años».
L'Express

«A veces experimentamos el inmenso privilegio de entrar en la intimidad de los escritores, detrás de su obra. Estas cartas son vivas, luminosas y ardientes. *Raciones de felicidad* que constituyen el marco y la historia de una relación amorosa excepcional».
Le Devoir

«Una pasión de la que nacieron cientos de cartas sublimes. Una correspondencia de paganos sensuales y brillantes. Los dos amantes quieren ser *transparentes el uno para el otro*, y más o menos lo consiguen».
Le Point

«¿Qué descubrimos? Las grandes afinidades entre Camus y Casares, afinidades intelectuales, morales y políticas».
Le Figaro littéraire

«Parece una vieja película en blanco y negro. Humphrey Bogart e Ingrid Bergman en un balcón del París ocupado el 6 de junio de 1944, fecha del desembarco aliado en Normandía. La primera noche de dos amantes a los que solo la muerte de él separaría, quince años después. Podría ser también el arranque de una novela romántica, pero es el punto de partida de una historia real, contada con minucioso detalle en la correspondencia entre sus protagonistas».
Marc Bassets, *El País*

Albert Camus (Mondovi, Argelia, 1913 - Villeblevin, Francia, 1960) fue uno de los escritores e intelectuales franceses más importantes del siglo XX. Escribió novelas, relatos, ensayos, crónicas y obras de teatro. También llevó a la escena ambiciosas adaptaciones de novelas modernas y de clásicos dramáticos españoles. Durante la ocupación alemana dirigió el periódico de la Resistencia francesa *Combat* y, después de la guerra, defendió siempre una posición de izquierdas, aunque se fue alejando del marxismo y el comunismo. Entre sus libros destacan las novelas El extranjero, La peste y La caída; las piezas teatrales *Calígula*, *El malentendido* y *Los justos*; y los ensayos *El mito de Sísifo* y *El hombre rebelde*. Autor de una obra amplia y polifacética, Albert Camus recibió el Premio Nobel de Literatura en 1957 «por su importante producción literaria, que ilumina con lúcida seriedad los problemas de la conciencia humana de hoy».

María Casares, nacida en La Coruña, fue una de las grandes figuras del teatro francés, y participó en numerosos clásicos del cine, como *Los niños del paraíso.*



Título original: *Correspondance 1944-1959*

Primera edición: febrero de 2023

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Collection Armelle & Marc Enguerand

ISBN: 978-84-1861-928-1

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
Twitter: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros

Spotify: PenguinLibros

[1] María Casares, *Residente privilegiada*, trad. de Fabián García-Prieto y Enrique Sordo, pról. y notas de María Lopo, Sevilla, Renacimiento, 2022.

[2] Hemos conservado en las cartas para el nombre de María Casares la ortografía que usa Camus (y, por tanto, la forma en que probablemente lo pronunciaba él —y el resto de Francia—: Mariá). (*N. de las T.)*

[3] Telegrama por correo neumático. (*N. de las T.*: es decir, enviado de una oficina de Correos a otra dentro de un cilindro cerrado que circula por una canalización, propulsado por un sistema de aire comprimido).

[4] Albert Camus y María Casares coincidieron en casa de Michel y Zette Leiris durante la representación leída de *El deseo atrapado por la cola*, de Pablo Picasso, el 19 de marzo de 1944. El escritor propone a la joven actriz, antigua alumna de la Escuela de Arte Dramático y contratada por el teatro de Les Mathurins, que interprete el papel de Martha en *El malentendido*. Empiezan los ensayos y Albert Camus sucumbe al hechizo de la actriz. La noche del 6 de junio de 1944, tras una velada en casa del director Charles Dullin y el mismo día del desembarco de las tropas aliadas en Normandía, se hacen amantes. Desde octubre de 1942, el joven escritor argelino vive solo en la metrópoli: su mujer, Francine, maestra en Orán, no ha podido reunirse con él debido a la ocupación alemana del sur.

[5] Sigla de la *Nouvelle Revue Française*. (*N. de las T.*)

[6] La sede de la editorial de la *Nouvelle Revue Française* está en la calle Sébastien-Bottin del distrito 7, en el cruce de las calles de Beaune y de L'Université. Albert Camus había publicado en esa editorial en 1942 *El extranjero* y *El mito de Sísifo* y, a continuación, en mayo de 1944, *Calígula* y *El malentendido*. El 2 de noviembre de 1943, ingresa en el comité de lectura, empezando así su carrera de editor y lector en la editorial de Gaston Gallimard.

[7] Los actores Marcel Herrand (1897-1953) y Jean Marchat (1902-1966) dirigen el teatro de Les Mathurins desde 1939. La joven María Casares, hija del expresidente del Consejo de Ministros de la Segunda República española, Santiago Casares Quiroga (1884-1950), exiliada en París con su madre desde 1936, es aún alumna del Conservatorio cuando la contratan por un año, a partir del 1 de octubre de 1942. Comienza así con éxito su espléndida carrera como actriz trágica a los veinte años con el papel *Deirdre de los pesares*, de John Millington Synge. Su interpretación llama la atención, sobre todo de Albert Camus, que asiste a una de las representaciones. Puede vérsela, a continuación, en *Solness el constructor*, de Henrik Ibsen (1943), y en *El viaje de Teseo*, de Georges Neveux (1943). Luego, a partir del 24 de junio de 1944, interpreta a Martha en *El malentendido*, de Camus, con dirección de Marcel Herrand, compañero de Jean Marchat, que sería amante de la joven actriz durante unos meses.

[8] Sintiéndose amenazado debido a sus actividades clandestinas como director del periódico *Combat*, Albert Camus tiene que salir de París y ponerse a buen recaudo. Va en bicicleta y en tren hasta Verdelot (Seine-et-Marne), a casa de su amigo el filósofo Brice Parain, jefe de la secretaría editorial de Gaston Gallimard. Lo acompañan dos sobrinos de este.

[9] En *El malentendido*, junto a Hélène Vercors (Maria), Marie Kalff (la madre), Marcel Herrand

(Jan) y Paul Œttly (el viejo sirviente).

[10] Por entonces, Albert Camus firma sus cartas a María Casares con ese nombre.

[11] Gloria Pérez Corrales se casa con el abogado gallego Santiago Casares el 27 de octubre de 1920, cuando era modistilla en La Coruña. María nace el 21 de noviembre de 1922. Sus responsabilidades de gobierno durante la Segunda República abocan a Santiago Casares Quiroga al exilio. Instala a su familia en París en 1936. María vive con su madre en la calle deVaugirard hasta el fallecimiento de esta; a ese piso se irá a vivir también su padre a partir de 1945, después de haber residido una temporada en Londres.

[12] Albert Camus empezó a firmar «Albert» y, luego, rectificó y volvió a firmar «Michel».

[13] Albert Camus regresa a París el 15 de agosto de 1944 y se entrega, con su amigo Pascal Pia, a la aventura periodística de *Combat*, cuyo primer número no clandestino sale el 21 de agosto. El periódico va a ser, en esta recién iniciada posguerra, la base principal de su compromiso.

[14] Papel con membrete del diario *Combat*, con sede en el número 100 de la calle de Réaumur, en París.

[15] Papel con membrete del diario *Combat*.

[16] Tras dos años de separación forzosa, Francine Camus deja Orán para reunirse con su marido en París a finales de 1944. Francine y Albert siguen viviendo en el apartamento del número 1 *bis* de la calle de Vaneau (en el distrito 7 de París) que André Gide le alquila al joven novelista.

[17] María Casares, nacida el 21 de noviembre de 1922 en La Coruña (Galicia), cumple ese día veintidós años.

[18] *La provinciana*, de Iván Turguéniev. Dirección de Marcel Herrand en el teatro de Les Mathurins.

[19] María Casares cortó su relación con Albert Camus a finales de 1944, cuando regresó a París Francine Camus.

[20] Paul Œttly (1890-1959), actor, director y amigo de Albert Camus, y tío político de Francine Camus. Trabajó como actor en *El malentendido* y dirigió *Calígula*. Su madre, pariente de Francine Camus, regentaba la pensión de Le Panelier, en Le Chambon-sur-Lignon (Alto Loira), donde Camus estuvo viviendo más de un año, desde el verano de 1942 hasta el otoño de 1943, para tratarse la tuberculosis en la media montaña (y a la que volvió para estancias más breves en 1947, 1949, 1951 y 1952).

[21] La madre de María Casares falleció en París el 10 de enero de 1946.

[22] Instalado en París con su mujer, Francine, y sus hijos gemelos, Albert Camus, que acaba de obtener un gran éxito literario con *La peste* (Gallimard, 10 de junio de 1947), reanuda su relación con María Casares el 6 de junio de 1948, tras un encuentro imprevisto en el bulevar de Saint-Germain. La actriz se separa entonces de Jean Bleynie, procedente de una familia de viticultores de Burdeos, que había tomado el relevo, ya a principios de 1947, del tempestuoso actor belga Jean Servais (1910-1976).

[23] Albert Camus acaba de reunirse con su familia en L'Isle-sur-la-Sorgue, donde alquila para pasar el verano Le Domaine de Palerme. Es vecino de René Char, está ultimando su obra *Estado de*

sitio, nacida de un proyecto con Jean-Louis Barrault y de sus propias reflexiones acerca de *La peste*, y escribe «El destierro de Hélène» para *Les Cahiers du Sud* (que incluirá luego en *El verano*, en 1954).

[24] Donde transcurre la acción de *El estado de sitio*.

[25] Petrarca pasó varios años en Fontaine-de-Vaucluse, a orillas del río Sorgue, a siete kilómetros de L'Isle-sur-la-Sorgue. Había conocido a Laura, su musa, unos años antes en Aviñón.

[26] Boquilla para cigarrillos.

[27] René Char y Albert Camus se conocieron en 1946 cuando Gallimard publicó *Las hojas de Hipnos* en la colección «Espoir», que dirigía Camus. Los dos escritores trabaron una gran amistad y compartían, entre otras cosas, un gran apego a esa zona de la Provenza.

[28] Título provisional de *El estado de sitio*. (*N. de las T*: Hemos optado por traducir este título provisional, *Le bagne de Cadix*, usando el término «baños» en la antigua acepción de «presidio», como en *Los baños de Argel*, de Miguel de Cervantes).

[29] *Los justos*.

[30] María Casares y su padre están en Giverny desde el 31 de julio de 1948, alojados en el hotel Baudy. El actor Gérard Philipe (1922-1959) pasa unos días con ellos. Durante esa estancia, María lleva un diario de a bordo en una parte del cual menciona sus sentimientos por Albert Camus.

[31] Santiago Casares Quiroga (8 de mayo de 1884-17 de febrero de 1950). Abogado de formación, encabeza varios ministerios durante la Segunda República española y acaba presidiendo el Consejo de Ministros del Gobierno de Manuel Azaña, cargo del que dimite el 18 de julio de 1936. Al final de la Guerra Civil, se marcha a Francia y de allí a Inglaterra, cuando el ejército nazi invade Francia. En junio de 1945, regresa a París, enfermo de tuberculosis, y se establece definitivamente en el mismo piso que su mujer y su hija, donde también vivía el amante y amigo de estas, Enrique López Tolentino. Como la presencia de este se vuelve incómoda, María le pide que se mude en febrero de 1948.

[32] *Guerra y paz*, de Tolstói (1865); *Las pléyades*, de Gobineau (1874), y *Los demonios*, de Dostoievski (1872). En 1959, Camus hace una adaptación teatral de *Los demonios* titulada en castellano *Los posesos* o *Los demonios* (según la edición).

[33] Quat'sous es el perro de María, con el que se quedó después de rodar la película *Las damas del bosque de Bolonia*, de 1945.

[34] Claude y Simone Gallimard están en la propiedad familiar de los Gallimard en Pressagny-l'Orgueuilleux, a orillas del Sena, a unos doce kilómetros de Giverny.

[35] Ángeles Arellano (también llamada Angèle, afrancesando el nombre) y su marido, Juan Ramón Jiménez, son los sirvientes de María; se los presenta Enrique, entran al servicio de la actriz al poco tiempo de morir Gloria y en 1948 se mudan al piso de la calle de Vaugirard.

[36] Juego de mesa parecido al Scrabble. *(N. de las T.)*

[37] Casares se burla aquí de su propia ortografía (escribe *ortographe* en lugar de *orthographe*) y sintaxis en francés. *(N. de las T.)*

[38] Efectivamente, María interpretó el papel de Victoria, la hija del juez, en *El estado de sitio*

cuando la compañía Renaud-Barrault estrenó la obra en octubre de 1948, en el teatro Marigny. Victoria es, por lo demás, el segundo nombre de la actriz, que firma a menudo sus cartas con sus dos iniciales: MV.

[39] «Debe quedar claro que *El estado de sitio*, háyase dicho lo que se haya dicho, no es bajo ningún concepto una adaptación de mi novela». («Advertencia» de la edición original de *El estado de sitio*, Gallimard, 20 de noviembre de 1948).

[40] Cuando llegan a París en 1936, María Casares y su madre se instalan en el hotel Paris-New York, en la calle de Vaugirard, número 148 bis. Hacia 1940, se mudan a un piso alquilado en el número 148 de la misma vía.

[41] Título previsto a la sazón para *Los justos*.

[42] María Casares se refiere al texto de un artículo en castellano y con fecha del 12 de agosto escrito de su puño y letra en las tres primeras hojas de esta carta. (*N. de las T.*: al final de la carta 33 se encuentra recogida nuestra versión de este texto siguiendo la traducción que hace Camus de él).

[43] Mariano Miguel Montañés.

[44] El actor Gérard Philippe (1922-1959), alumno del Conservatorio, triunfa por primera vez en el escenario interpretando el papel del ángel en *Sodoma y Gomorra*, de Jean Giraudoux (1943). Albert Camus le encomienda el papel del emperador para la representación de *Calígula* en 1945. Es amigo de María Casares y también su amante efímero durante el rodaje de *La cartuja de Parma* en Italia, en 1947. Posteriormente volvieron a actuar varias veces juntos.

[45] Nancy Cunard (1896-1965), literata inglesa afincada en Francia desde 1920 y próxima a los círculos artísticos y literarios modernistas (fue amante del poeta Louis Aragon), se comprometió toda su vida contra el racismo y el fascismo.

[46] Véase la nota 9 (p. 48).

[47] Paul Raffi era un amigo de juventud de Albert Camus en Argelia, con el que se embarcó en la fundación del Teatro del Trabajo (1935).

[48] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[49] Novela de Balzac publicada en 1833-1834.

[50] Jacques Hébertot, seudónimo de André Daviel (1886-1970), periodista y director del teatro Hébertot (antiguo teatro de Les Arts), donde Camus estrenó *Calígula* (1945) con Gérard Philipe, Michel Bouquet y Georges Vitaly.

[51] Gérard Philipe, al que habían ofrecido actuar en *Los justos*.

[52] Paseo en el distrito 8 de París. *(N. de las T.)*

[53] Verso de «Lealtad», en *Furor y misterio*, de René Char.

[54] Transcribimos al final de esta carta nuestra versión de la traducción que Camus hace del texto de Maria Casares, y de la que esta le habla en la carta 30 (véase también la nota 21).

[55] En *El estado de sitio*.

[56] Los dos ciclos dedicados a lo absurdo y a la rebelión; *Los justos* pertenece al segundo.

[57] El parecido de Albert Camus con Humphrey Bogart.

[58] Probablemente, Renée Thomasset, hermana de Jeanne Thomasset (casada con Michel

Gallimard), que se casaría con Robert Gallimard en 1952.

[59] El pintor e ilustrador Mario Prassinos, amigo de los Gallimard, y su mujer, Yolanda Borelly. Prassinos conoció a Camus y a Sartre durante la Ocupación.

[60] El actor y director escénico Jean-Louis Barrault, cuya compañía empezó a actuar en el teatro de Marigny en 1946.

[61] Colección de cuentos de John Steinbeck, publicada por Gallimard en 1948.

[62] Véase la nota 6 (p. 18).

[63] Apodo de Mireille Dorion, antigua compañera de liceo de María Casares.

[64] Título provisional de *El estado de sitio*.

[65] Albert Camus fue alumno del escritor Jean Grenier (1898-1971) en el liceo de Argel. Conservó la amistad con su antiguo profesor de filosofía, que tuvo una influencia decisiva en su obra y, después de la guerra, se hizo cargo de la crítica de arte en *Combat*. En 1948, era docente en Egipto.

[66] Jean Bloch-Michel (1913-1987), abogado y escritor, amigo de Albert Camus, que llevaba la parte económica de *Combat*.

[67] Tarjetón que acompañaba a un ramo enviado, con motivo del estreno en el teatro Marigny de *El estado de sitio*, en que María interpreta el papel de Victoria junto a Madeleine Renaud y Pierre Brasseur, entre otros, bajo la dirección de Jean-Louis Barrault. Asisten a la representación Vincent Auriol, presidente de la República a la sazón, François Mitterrand, André Breton, Paul Claudel, Jean Cocteau, Jean-Paul Sartre, Pablo Picasso y Kees van Dongen. Pero a la crítica no le gustará la obra y considerará que Albert Camus es un filósofo y una conciencia, pero no un auténtico autor dramático.

[68] Albert Camus había ido a Argelia, donde habían operado a su tía materna, Antoinette Acault.

[69] El barrio de Belcourt, donde la madre de Albert Camus, con sus hijos y su madre, la abuela menorquina de Camus, se fue a vivir en 1921.

[70] Referencia a la primera y última estrofas del poema «La eternidad» de Arthur Rimbaud, incluido en *Una temporada en el infierno*.

[71] Albert Camus usa esta cita en otras ocasiones. Procede de una carta de 1883 de Van Gogh a su hermano Théo.

[72] Albert Camus alude aquí a Camaret-sur-Mer, en la zona de Finistère, adonde María y su madre fueron por primera vez en 1937, buscando el ambiente atlántico de su querida Galicia (véase p. 554, nota 224).

[73] Telegrama.

[74] El 30 de junio de 1949, Albert Camus se embarca rumbo a Sudamérica, donde va a dar una serie de conferencias (sobre la crisis espiritual del mundo contemporáneo y sobre la novela), invitado por la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores francés.

[75] Véase la nota 42 (p. 74).

[76] *El hombre rebelde*, que Gallimard no publicó hasta el 2 de noviembre de 1951.

[77] *El estado de sitio* es un fracaso; las críticas son malas y la asistencia no está a la altura de las expectativas.

[78] Telegrama.

[79] Tarjeta de visita que coincide probablemente con el final de las funciones de *El estado de sitio*, obra que se representó veintitrés veces desde el 27 de octubre de 1948.

[80] María interpreta el papel de Victoria en *El estado de sitio*.

[81] Tarjeta de visita a nombre del padre de María Casares.

[82] Tarjetón con sobre.

[83] Albert Camus viaja en avión a Londres para asistir a los ensayos d*e Calígula*.

[84] Albert Camus conoció a Jean-Paul de Dadelsen (1913-1957) en 1941, en Orán, donde por entonces era docente. Poeta y traductor, este brillante catedrático de alemán se alistó en 1942 en las Fuerzas Francesas Libres. Fue luego corresponsal de *Combat* en Londres y colaboró regularmente con la BBC. Después de su fallecimiento, Camus recopiló su poesía para Gallimard.

[85] Barrio, a la sazón, del extrarradio de París. *(N. de las T.)*

[86] Bulevar considerado de ambiente popular. *(N. de las T.)*

[87] Ubicación del famoso Marché aux Puces de París. *(N. de las T.)*

[88] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[89] Referencia a la «ruptura» de 1944 (véase la nota 7, p. 20). María Casares no quiso reunirse con Albert Camus, que se había refugiado en casa de Brice Parain en Verdelot, después de que la red de *Combat* fuese objeto de denuncia.

[90] Albert Camus ha hecho en coche, con Robert Jaussard, el trayecto de París a L'Isle-sur-la-Sorgue, donde va a reunirse con su mujer y sus hijos que están ya en Le Domaine de Palerme.

[91] Albert Camus va a embarcar el 30 de junio en Marsella para una gira de conferencias por Sudamérica, que recorrerá hasta el 31 de agosto de 1949.

[92] Telegrama.

[93] La película, con guion y dirección de Jean Cocteau, se rueda entre el 12 de septiembre y el 16 de noviembre de 1949 en Saint-Cyr-l'École, en el valle del Chevreuse y en París. María Casares interpreta a una Muerte sin guadaña a la que escoltan dos motociclistas, junto a Jean Marais (Orfeo) y a François Périer (Rompecierzos). Se estrena en salas el 29 de septiembre de 1950, después de la presentación en Cannes, en marzo.

[94] Personaje de *Los justos* (Iván Kaliáyev, alias Yanek), cuyo papel iba a interpretar Gérard Philipe, pero que finalmente fue encarnado por Serge Reggiani, (también antiguo alumno del Conservatorio y recién nacionalizado francés), junto a María Casares y a Michel Bouquet (como Dora y Stepan, respectivamente).

[95] El director escénico y actor Philippe Kellerson.

[96] Este proyecto de reestrenar en el teatro Hébertot se concretará en 1950. Michel Herbault sustituirá a Gérard Philippe en el papel principal. Véase la carta 206 (pp. 369-370).

[97] Los actores Odette Joyeux (1914-2000), Serge Reggiani (1922-2004) y François Périer (1919-2002).

[98] Novela de Henri Bosco, publicada en 1945.

[99] Película italiana de Luigi Zampa.

[100] El actor Pierre Reynal, con el que María Casares entabla amistad en 1945 durante las

representaciones de una adaptación teatral de *Los hermanos Karamázov*, de Dostoievski, y que acabará siendo su amigo más íntimo.

[101] «Angeles», «Incarnacion»: *sic* en el original. *(N. de las T.)*

[102] Albert Camus conoció a Robert Jaussaud (1913-1992) en el liceo de Argel, en la clase de filosofía de Jean Grenier. Tomó parte en la aventura de la Casa de la Cultura y en la del Teatro del Trabajo, al igual que su mujer, Madeleine. Conservó una estrecha amistad con el escritor y, después de la guerra, fue director de Trabajo y director de Mano de Obra en el Ministerio de Trabajo, y más tarde inspector general de Asuntos Sociales.

[103] *Claire. Théâtre de verdure*, publicado en Gallimard en 1949.

[104] *Sic* en el original. *(N. de las T.)*

[105] Joseph Joanovici fue un chatarrero francés al que condenaron por colaborar económicamente con los alemanes, tras un juicio que tuvo lugar entre el 5 y el 21 de julio de 1949.

[106] El actor, director y guionista Roger Pigaut (1919-1989).

[107] En el número 11 de la calle de François-Ier, en el distrito N 8 de París, se encontraban los estudios de grabación de la Radio y Televisión Nacional Francesa (RTF).

[108] El Festival du Film Maudit, que organizaba el cineclub Objectif 49 (Cocteau, Bresson) con participación de la Cinemateca Francesa, se celebró entre el 26 de julio y el 8 de agosto de 1949 en Biarritz, con Jean Cocteau como presidente y con la presencia de René Clément, Jean Grémillon y Raymond Queneau. Este festival efímero tuvo un importante papel en la historia de la crítica y de la vanguardia cinematográficas.

[109] María Casares había actuado en la obra de Julien Gracq *El rey pescador*, estrenada en el teatro Montparnasse el 25 de abril de 1949, que tuvo muy mala acogida de la crítica.

[110] La edición original de *El derecho y el revés* la publicó en 1937 la editorial Charlot, de Argel.

[111] El escritor le confió a María Casares, ya en 1949, el proyecto de una novela que «reescribiría *El revés y el derecho*». Tardará diez años en empezar a escribirla. *El primer hombre*, de la que él mismo decía que era su *Guerra y paz*, quedó inconclusa.

[112] El novelista Louis Guilloux (1899-1980). Los dos escritores, que entablan una estrecha amistad en 1945, conocieron la pobreza y la enfermedad; comparten una conciencia aguda de lo absurdo y el mismo anhelo de fraternidad y de justicia.

[113] María Casares se refiere al rodaje de *Orfeo*, sobre el que informa a Jacques Hébertot.

[114] El escritor brasileño Aníbal Machado (1894-1964).

[115] Abdias do Nascimento (1914-2011). Véase Albert Camus, *Diarios de Viaje*, Barcelona, Debolsillo, 2021.

[116] Otto Abetz (1903-1958), embajador de Alemania en Francia durante la Ocupación. El tribunal militar de París lo condena en julio de 1949; en abril de 1954 recupera la libertad.

[117] El actor Lucien Nat (1895-1972), que se formó con Jacques Copeau y Gaston Baty; Jacqueline Morane, nombre artístico de la actriz Jacqueline Pileyre (1915-1972), que interpretó a Juana de Arco en *Juana de Arco en la hoguera*, de Paul Claudel (1941).

[118] El director de cine Jean-Jacques Vierne (1921-2003).

[119] Los mellizos Catherine y Jean Camus, nacidos el 5 de septiembre de 1945.

[120] *Desdémone* es el nombre que Albert Camus le da a su primer coche, un Citroën

[121]CV negro. Al siguiente, que compró en 1955, lo bautizó como Pénélope.

[122] Parecían síntomas tuberculosos, lo que los médicos confirmaron a su vuelta.

[123] En papel con membrete de la Embajada de Francia en Brasil.

[124] Obviamente, se trata de un dato falso. Pero María Casares conservaba un feliz recuerdo de la estancia en Interlaken con su padre entre diciembre de 1938 y enero de 1939.

[125] Véase la nota 29 (p. 120).

[126] Quizá la cantante Moune de Rivel (1918-2014).

[127] En papel con membrete del Esplanada Hotel, de São Paulo.

[128] Esta conferencia se basa en el prólogo de Camus a *Máximas y pensamientos, caracteres y anécdotas*, de Sébastien-Robert Nicolas (Chamfort) (1741-1794), publicado en 1944, y titulado «Un moralista de la rebeldía: Chamfort» o «Novela y rebeldía»; tiene una prolongación en la cuarta parte del *El hombre rebelde*.

[129] Las fiestas a las que asiste Camus inspiraron el cuento «La piedra que crece», publicado en *El exilio y el reino* (1957).

[130] *El extranjero*, de Albert Camus (1942); *El negro del Narciso*, de Joseph Conrad (1897); *Pierre o las ambigüedades*, de Herman Melville (1852).

[131] Roger Pigaut (véase la nota 33, p. 121). El papel de Stepan recayó en Michel Bouquet.

[132] Papel con membrete del hotel Crillón, de Santiago de Chile.

[133] En papel con membrete de la Embajada de Francia en Brasil.

[134] Aniversario del inicio de su relación.

[135] Telegrama.

[136] Telegrama.

[137] En papel con membrete de la Embajada de Francia en Brasil, que Camus ha tachado.

[138] Tras una breve estancia en Ermenonville con María Casares, Albert Camus se va el 7 de septiembre de 1949 a Vaucluse a reunirse con su mujer y con su hija Catherine.

[139] Su hijo, Jean Camus. Sobre Le Panelier, véase la nota 2 (p. 41).

[140] A principios de septiembre, Albert Camus y María Casares pasaron tres días juntos en Ermenonville. Allí realizarán varias estancias cortas a partir de entonces.

[141] Fue el primer papel de María Casares, alumna aún del Conservatorio. Véase la nota 6 (p. 18).

[142] Véase la nota 39 (p. 73).

[143] *Judith*, de Jean Giraudoux (1931).

[144] Madeleine Renaud, esposa de Jean-Louis Barrault a partir de 1940.

[145] Nombre artístico del actor de origen alemán Karl Werner Fritz Prasuhn (19131996).

[146] Referencia al papel de María Casares en *Orfeo*, de Jean Cocteau.

[147] El personaje de *Los justos*.

[148] El acuerdo sobre la representación de *Los justos* en el teatro Hébertot (15 de diciembre de

1949), con montaje de Paul Œttly.

[149] Adaptación de la obra de Herman Melville que Paul Œttly dirigió, en el teatro Hébertot, y en la que él interpretaba el papel de Ahab.

[150] Novela de Constant Virgil Gheorghiu (1949).

[151] Título de la obra en su traducción al castellano (Manuel Serrat Crespo, Madrid, Anaya, 1992). El título del original francés es *Et le buisson devint cendre* («Y la zarza se hizo ceniza»). *(N. de las T.)*

[152] Probablemente la novela de Henri Barbusse (1908).

[153] La novela de Dostoievski (1875).

[154] Suzanne Labiche (de casada, Agnély), secretaria de Albert Camus.

[155] Paul Œttly.

[156] Correo neumático.

[157] Albert Camus nació el 7 de noviembre de 1913.

[158] El cuarto de servicio del piso de la calle de Vaugirard, número 148, que primero ocupó Enrique López Tolentino y, a partir de 1948, la propia María.

[159] Día del preestreno de *Los justos* en el teatro Hébertot, al que asiste Camus pese a no encontrarse bien.

[160] Día del estreno de *Los justos*.

[161] Tarjeta de visita en un ramo de flores.

[162] Tarjeta de visita.

[163] El doctor Georges Brouet.

[164] Tarjeta de visita.

[165] Para tratar su tuberculosis, envían a Albert Camus a una cura de tres meses a una zona a media altura, en Cabris, cerca de Grasse (Alpes Marítimos). Reside allí con Francine, su mujer, mientras los niños están en casa de su abuela materna en Orán. Los Camus viven en la casa que pone a su disposición Pierre Herbart, novelista amigo de Gide, antiguo miembro de la Resistencia y editorialista de *Combat*, y su mujer, Élisabeth van Rysselberghe, con la que Gide había tenido una hija, Catherine, en 1923.

[166] El actor Yves Brainville (nombre artístico de Yves de La Chevardière, 1914-1993), que interpretó a Ánnenkov en el estreno de *Los justos*.

[167] La actriz y directora teatral Marguerite Jamois (1901-1964). Interpretó a Cesonia en *Calígula* en el festival de Angers (junio de 1957).

[168] ¿*Sic* para Jean Vilar? Véase la nota 61 (p. 841).

[169] Actriz y figurinista (1902-1994), hija de Jacques Copeau y miembro de la compañía Renaud-Barrault.

[170] En 1950, María Casares lee el comentario de Paul Éluard en el cortometraje documental *Guernica*, de Alain Resnais y Robert Hessens. Es posible que también grabara de paso la versión española del cortometraje *Van Gogh* que Alain Resnais dirigió en 1948.

[171] La actriz y escritora Madame Simone (seudónimo de Pauline Benda, 1877-1985).

[172] El director y productor de cine Émile Natan (1906-1962).

[173] El actor Paul Bernard (1898-1958), que actuó con María Casares en la película *Las damas del bosque de Bolonia*, de Robert Bresson.

[174] Respecto a Yves Brainville, véase la nota 2 (p. 190). Jean Pommier (1922-2018) interpretaba a Voinov y Michel Bouquet (1925), a Stepán.

[175] Max Bizeau (1918-2016), hijo del poeta y autor de canciones Eugène Bizeau.

[176] La actriz Michèle Lahaye (1911-1979).

[177] *El testigo*, novela de Jean Bloch-Michel publicada en 1948 en la colección «Espoir» que Camus dirigía en Gallimard.

[178] Ensayo de Stendhal publicado en 1822.

[179] Gallimard publica *Actuelles I. 1944-1948* el 30 de junio de 1950. «Este volumen resume la experiencia de un escritor que participó durante cuatro años en la vida pública de su país». *Crónicas. 1944-1953*, Madrid, Alianza, 2010.

[180] *El minotauro o Alto de Orán*, Charlot, 1950. Escrito en 1939-1940 y publicado en la revista *L'Arche* en febrero de 1946, este texto se recoge en 1954 en *El verano*.

[181] ¿*Sic* para el escritor y periodista Jean-Louis Bory (1919-1979), que escribía entonces crónicas para *La Gazette de Lettres?*

[182] El restaurante Des Souris et Des Hommes (es decir, «De ratones y hombres», como el título de la novela de John Steinbeck), situado enfrente del teatro Hébertot. *(N. de las T.)*

[183] Véase la nota 6 (p. 18).

[184] El compositor Pierre Boulez (1925-2016), que por entonces dirigía la música de las representaciones de la compañía Renaud-Barrault en el teatro Marigny.

[185] El actor Jean Desailly (1920-2008), miembro de la compañía Renaud-Barrault.

[186] *Sic*. En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[187] La actriz Valentine Tessier (1892-1981) interpretó a Emma Bovary en la película de Jean Renoir, que produjo Gaston Gallimard, amante este último de la actriz durante mucho tiempo y que está enterrado, al igual que ella, en el cementerio de Pressagnyl'Orgueuilleux.

[188] Programa de la radio nacional francesa que presentaba André Gillois (del 12 de octubre de 1949 al 7 de octubre de 1951), cuyos invitados eran personalidades de las artes, las letras y las variedades.

[189] *Sic* en el original. *(N. de las T.)*

[190] «Las encrucijadas de Camus», *Esprit*, enero de 1950. Incluye «El mundo del condenado a muerte», de Rachel Bespaloff, y «Albert Camus o la llamada de los humillados», de Emmanuel Mounier. Albert Camus había leído antes de la guerra *Cheminements et carrefours* (1938), de Rachel Bespaloff, obra dedicada a Julien Green, André Malraux, Gabriel Marcel, Léon Chestov y Søren Kierkegaard, autor que menciona en *El mito de Sísifo*.

[191] La primera edición de *Los justos* la publica Gallimard el 6 de marzo de 1950.

[192] Marcel Cartier dirigió, entre otras cosas, la producción de *El silencio del mar*, de Jean-Pierre Melville (1947), sacada de la novela de Vercors.

[193] Anne Gallimard, hija de Janine Gallimard.

[194] El director teatral Pierre Franck (1922-2013), que a partir de 1960 dirige varios teatros parisinos. Durante la guerra monta varias obras de Péguy, Claudel y Valéry, y en la década de 1950 crea las Giras Teatrales Franck, con la participación de María Casares.

[195] El actor Daniel Ivernel (1918-1999).

[196] *Extraño interludio*, del dramaturgo estadounidense Eugene O'Neill (1888-1953, premio Nobel de literatura en 1936), que publicó en Francia Gallimard en 1938.

[197] El escritor Jean Proal (1904-1969).

[198] Véase la nota 3 (p. 190).

[199] La actriz Yolande Laffon (de soltera Lamy, 1895-1992).

[200] *Sic* en el original de un refrán popular español. *(N. de las T.)*

[201] Los actores Roland Alexandre (1927-1956), de la Comédie-Française, y JeanClaude Michel (1925-1999), conocido principalmente por sus doblajes (Sean Connery, Clint Eastwood).

[202] Lucienne Wattier, conocida como Lulu Wattier, actriz y posteriormente agente de Maria Casares, entre otros actores, a través de la agencia Ci-MU-RA (Cine-Music HallRadio).

[203] El director de cine Christian Maudet (1904-1994), conocido como ChristianJacque; dirigió la adaptación cinematográfica de *La cartuja de Parma* (1948), con Gérard Philippe y María Casares.

[204] Véase la nota 23 (p. 214).

[205] La actriz y cronista teatral Béatrice Dussan (1888-1969), conocida como Béatrix Dussane, titular de la Comédie-Française y profesora en la Escuela de Arte Dramático de París. Una de sus alumnas fue María Casares, a quien le dedicó un libro (*Maria Casarès*, 1953, Calmann-Lévy) elaborado con fragmentos de sus diarios: «Desde aquel día de octubre de 1939 en que cruzó por primera vez el umbral de mi clase en el Conservatorio, vi palmariamente todo cuanto tiene de excepcional. Ella sola se basta para plantear nuestros intereses y nuestras cavilaciones, y bajo su aspecto más apasionante, todos los problemas del arte del actor». Dussane también dedicó muchas páginas al teatro de Albert Camus.

[206] La pintora e ilustradora Valentine Hugo (1887-1968), figura del surrealismo de preguerra.

[207] Véase la nota 30 (p. 222).

[208] Ferdinand Denis, *Scènes de la nature sous les tropiques et de leur influence sur la poésie* (1824).

[209] Los padres de Étienne Sintès, abuelo materno de Albert Camus, eran oriundos de Menorca; y también la abuela materna, María Cardona.

[210] *El hombre rebelde*.

[211] La actriz y cantante Germaine Montero (nombre artístico de Germaine Heygel, 1909-2000), muy vinculada con España. Por ejemplo, es una gran intérprete de Federico García Lorca, no solo de sus obras teatrales, sino también de las canciones del folclore español que este recopiló; contribuye a dar a conocer a este autor en Francia. También participa en las primeras ediciones del Festival de Aviñón junto con Jeanne Moreau y Gérard Philipe.

[212] El actor y director de cine estadounidense Erich von Stroheim (1885-1957), gran figura del

cine mudo y famoso intérprete del oficial alemán en *La gran ilusión*, de Jean Renoir (1937). La acompañante y compañera de Von Stroheim es la actriz francesa Denise Vernac (1916-1984), no su tercera esposa (Valérie Germonprez, 1897-1988)..

[213] Transmiten la obra de Shakespeare por la radio nacional.

[214] Jean Davy (1911-2001), de la Comédie-Française.

[215] *Del amor*.

[216] El director de cine y guionista Abel Gance (1889-1981).

[217] En Francia, los encargados de atender en primera instancia las urgencias médicas en calles, lugares públicos, domicilios, etc., son los bomberos. *(N. de las T.)*

[218] El novelista y ensayista Jean-Louis Curtis (1917-1995), ganador del Premio Goncourt en 1947. También traduce varias obras de teatro (Shakespeare, Von Kleist) que se representan en el Festival de Aviñón en 1947 y 1952.

[219] *Actuelles I. 1944-1948*. Véase la nota 14 (p. 199).

[220] Entrevistadores del programa. Entre ellos, Maurice Clavel (1920-1979).

[221] El prestigioso actor Pierre Brasseur (1905-1972), a quien María Casares conoció en el rodaje de *Los niños del Paraíso*, de Marcel Carné (1945), y con el que coincidió profesionalmente en más ocasiones, entre ellas en el estreno de *El estado de sitio*: véase la nota 46 (p. 85). *(N. de las T.)*.

[222] La actriz Silvia Monfort (1923-1991), destacada figura del teatro francés, que participó en las primeras ediciones del Festival de Aviñón, especialmente en el papel de doña Jimena en *El Cid* de Corneille junto a Gérard Philipe.

[223] Jean Pommier, véase la nota 10 (p. 196).

[224] Dranem (1869-1935), gran figura de café-concierto de la primera mitad del siglo XX.

[225] Nombre artístico de Céline Seurre (1873-1966), figura del teatro parisino de la *belle époque* y de los locos años veinte.

[226] Obra teatral de Marcelle Maurette.

[227] El actor y guionista Jean Vinci (1921-2010), que actuó con María Casares en la película *Bagarres*, de Henri Calef (1948).

[228] Novela de François Mauriac (1927). *(N. de las T.)*

[229] El actor de cine y teatro Pierre Fromont (1925-2015).

[230] Victor Crastre.

[231] El director de cine y locutor de radio Jean Serge (Serge Messberg, 1916-1998).

[232] Véase la nota 26 (p. 217).

[233] Por Le Vieux-Colombier.

[234] El actor Raymond Pellegrin (1925-2007), discípulo de Pagnol y de Guitry, conocido particularmente por su hermosa voz.

[235] Sacha Pitoëff (1920-1990), hijo de Georges y Ludmilla Pitoëff.

[236] Louis Jouvet dirige e interpreta *Tartufo* en el teatro de l’Athénée desde el 27 de enero de 1950.

[237] *Tartufo*, *Don Juan*, *El avaro*, obras de Molière. *(N. de las T.)*.

[238] *Los enredos de Scapin*, de Molière, cuyo protagonista es un criado pícaro e ingenioso. *(N. de las T.)*.

[239] Paul Œttly interpretaba a Skurátov en *Los justos*.

[240] La actriz Lucienne Bogaert (de soltera Lucienne Lefebvre, 1892-1983), alumna de Jacques Copeau y Louis Jouvet, que actuó con María Casares en la película *Las damas del bosque de Bolonia*, de Robert Bresson.

[241] El escritor y dramaturgo Jean Genet (1910-1986), cercano a Jean Cocteau, autor del *Diario del ladrón* y *Las criadas*.

[242] Una de las grandes pasiones en la vida de Jean-Paul Sartre, a la que conoció en Nueva York.

[243] El actor Jacques Dacqmine (1923-2010), asalariado de la Comédie-Française y luego miembro de la compañía Renaud-Barrault.

[244] La actriz Ariane Borg (1915-2007), casada con Michel Bouquet.

[245] El actor Max Régnier (1907-1993), director del teatro de la Porte-Saint-Martin.

[246] El actor Pierre Moncorbier (1907-1978), que interpreta a Foka en *Los justos*.

[247] El director teatral Jean Vernier, que por entonces trabajaba en el teatro des Célestins.

[248] Claude Vernier, véase la nota 71, p. 163.

[249] Compañera de reparto de María Casares en *El rey pescador* (véase la nota 36, p.

[250]

[251] Yves Brainville. Véase la nota 2 (p. 190).

[252] La hermana de la mujer de Albert Camus.

[253] Alusión a una canción tradicional francesa: *Aux Marches du Palais*. *(N. de las T.)*

[254] René Étiemble (1909-2002), licenciado de la Escuela Normal y catedrático de Gramática, escritor del ámbito de la *NRF* y de la familia Gallimard, especialista en civilización china y en literatura comparada. Dio clase en la Universidad de Chicago hasta 1943, trabajó en el Office of War Information y luego fue profesor en Alejandría y en la Universidad de Montpellier, antes de entrar en la Sorbona en 1955.

[255] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[256] Robert Kemp, en su crónica de *Le Monde* del 20 de diciembre de 1949, elogia de forma destacada la interpretación de María Casares: «Sincera, vibrante; tanta fuerza de alma en ese cuerpo menudo y casi desencarnado. Arde. Es una antorcha negra».

[257] Se trata del segundo libro de Camus (publicado en Argel en 1939).

[258] Quizá *Der Weibsteufel* (*Diablo de mujer*), del escritor austriaco Karl Schönherr (1867-1943).

[259] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[260] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[261] Marcel Proust, *A la sombra de las muchachas en flor*.

[262] André Cayatte (1909-1989) dirigió en 1950 *Justicia cumplida* y, en 1952, *No matarás*. En 1946, María Casares actuó en dos de sus películas: *Roger la Honte* y la segunda parte, *La Revanche de Roger la Honte*.

[263] En francés, las palabras *mutin* («pícaro») y *putain* («puta») son casi homófonas y solo se

diferencian por la consonante inicial, como queda patente en el malentendido que resume Casares. Este se produjo durante la segunda sesión del 27 de enero de 1950 de la Asamblea Nacional francesa, y lo protagonizaron los diputados Jeanette Vermeersch, André Marty y André Noël, además del ministro de Defensa. Según el diario de sesiones, los hechos no sucedieron exactamente como se relatan aquí, pero sí la confusión de las dos palabras y el consiguiente revuelo. *(N. de las T.)*

[264] Vivette Perret, casada con Jean Bloch-Michel, autor de tres novelas publicadas en Gallimard. Fue una de las primeras lectoras del manuscrito de *La caída*.

[265] Véase la nota 9 (p. 193).

[266] *Esther* y *Berenice*: se refiere a las obras de Jean Racine (1639-1699). *(N. de las T.)*

[267] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[268] Albert Camus fundó en 1948 el Groupe de Liaison Internationale en el seno del Movimiento Sindicalista Revolucionario, no comunista, y conectado con los movimientos libertarios estadounidenses. Se trata de una sociedad de ayuda mutua y de compromiso intelectual. Están en ella algunas personas próximas a Camus, como Robert Jaussaud o el corrector Pierre Monatte. Se menciona aquí a Melchor Rodríguez (1893-1972), célebre anarquista español, pacifista y humanista, apodado el Ángel Rojo. Encarcelado en varias ocasiones por sus actividades antifranquistas, queda en libertad en agosto de 1948.

[269] *Mercure de France*, 1 de febrero de 1950: «El espectador que salga de *Los justos* con el ánimo exaltado, la conciencia despierta, las ideas en marcha e hirviendo en preguntas y objeciones fecundas, ese […] acertará al decir que la obra es buena, pues en efecto habrá sido profundamente buena para él. Por mi parte, reconozco que estoy saturada de espectáculos de virtuosismo que tienen por baza principal el mobiliario y equipo de los cuentos de hadas, y noté de pronto, ante el montaje tan sencillo y tan atinado del teatro Hébertot, que estaba dispuesta a cambiar todas las tramoyas por estos combates de almas entre cuatro paredes desnudas. De remate, están Michel Bouquet, en plena forma en el papel del feroz doctrinario irreconciliable, en quien el martirio del presidio ha matado toda capacidad de amor, y Maria Casarès, la única en vivir plenamente en su personaje y con su arte, que nunca fue tan grande, los padecimientos del combate entre la Justicia y el Amor. Consigue, con su cuerpo menudo, sus dientes apretados, su mirada y sus lágrimas, encarnar, en el toda la extensión del término, el mismísimo pensamiento del autor y sufrir físicamente con un sufrimiento del alma».

[270] Gérard de Nerval, «El Desdichado».

[271] En los campeonatos de Francia de *bobsleigh* de febrero de 1950, en Chamonix, hubo accidentes mortales.

[272] Calle de L'Université, número 30, sede de la editorial Gallimard y domicilio parisino de Michel y Janine Gallimard.

[273] El expresidente de la República española, Juan Negrín (que moriría en París en 1956) y su compañera, Feliciana López de Dom Pablo, amigos del padre de María.

[274] Película de Henri-Georges Clouzot estrenada en 1943.

[275] La actriz Stella Dassas, antigua compañera de la escuela Simon.

[276] Fernando Valera Aparicio, miembro del Consejo de Ministros de la República en el exilio y

sobrino del escritor Juan Valera.

[277] Seudónimo del escritor y crítico belga Marcel Defosse (1906-2000), autor de dos obras de teatro: *Le Juge de Malte* (1948) y *L'Affaire Fualdès* (1951).

[278] Nombre artístico de Vladimir Vujovic (1922-1988), exalumno del Conservatorio, que empieza a actuar en el teatro durante la ocupación en el teatro de l' Œuvre y, después de la guerra, en L'Atelier y el teatro des Maturins, junto a María Casares.

[279] Alfred de Vigny, «Éloa».

[280] Sébastien-Roch Nicolas (1741-1794), que firmó su obra literaria con el seudónimo de Nicolas de Chamfort. *(N. de las T.)*

[281] Es decir, la Comédie-Française, también llamada teatro-Français o, sencillamente, Le Français. *(N. de las T.)*.

[282] El actor Georges Le Roy (1885-1965), titular de la Comédie-Française desde 1910 y profesor del Conservatorio de Arte Dramático de París. Celebró su despedida el 17 de febrero de 1950 en el teatro-Français.

[283] El actor Julien Bertheau (1910-1995) fue numerario y luego titular de la Comédie-Française desde 1936.

[284] La película de Carol Reed se estrenó el 12 de octubre de 1949.

[285] Albert Camus, «Bodas en Tipasa», en *Bodas (1938)*.

[286] Cabaret-teatro parisino.

[287] María Casares participa en la fiesta de despedida de Georges Le Roy, que se celebra en la Comédie-Française el 17 de febrero de 1950, y en la que interpreta una escena de *Esther*, de Jean Racine.

[288] El padre de María Casares fallece el viernes 17 de febrero de 1950.

[289] En papel con membrete del café Monnot, plaza de Masséna, Niza.

[290] Juan Negrín y Feliciana, su compañera (véase la nota 108, p. 317).

[291] Sergio Andión, exiliado español amigo del padre de María Casares.

[292] Telegrama.

[293] Probablemente fuera Paul Œttly, por teléfono.

[294] Véase la nota 38 (p. 228).

[295] Hermanastra de María Casares, hija de Santiago Casares Quiroga y de madre desconocida.

[296] Hija de la hermanastra de María Casares, nacida en 1932.

[297] Véase la nota 126 (p. 364).

[298] El autor de vodeviles Jean de Létraz (1897-1954), director del teatro del du Palais-Royal desde 1942.

[299] La edición francesa atribuye esta cita al libro *La voluntad de poder* de Nietzsche (1901). Tras diferentes consultas, hemos llegado a la conclusión de que no es posible asegurarlo. *(N. de las T.)*

[300] Un prólogo de una página abre la edición original de *Actuelles*.

[301] Nombre artístico del actor Vitold Sayanoff (1914-1994), antiguo alumno de la escuela

Simon.

[302] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[303] Tras abandonar la dirección de *Combat* Pascal Pia, también lo hace Camus el 3 de junio de 1948, dejando constancia del fracaso comercial del periódico y de los debates acerca de su postura política.

[304] Véase la nota 97 (p. 301).

[305] El director de cine y novelista Mario Soldati (1906-1999).

[306] La actriz Blanche Montel (1902-1998), que después de la guerra empezó a trabajar como agente.

[307] Marguerite Koechlin (1893-195?), conocida como Marie Viton, fue diseñadora de vestuario en el teatro du Travail de Albert Camus antes de la guerra. Después de la contienda, se mudó a París y diseñó el vestuario y el cartel para el montaje de *Calígula*.

[308] Película alemana de Leontine Sagan estrenada en 1931. En 1958 Géza von Radványi hizo un *remake* con Romy Schneider.

[309] *Donne e briganti (Fray Diablo)*, de Mario Soldati, se estrena en 1951. El papel de Nora (y no Laura) lo interpreta finalmente Jacqueline Pierreux.

[310] Véase la nota 38 (p. 228).

[311] Véase la nota 6 (p. 48). *(N. de las T.)*

[312] El año 1950 arranca con un clima político y social tormentoso, concretamente con la huelga de la fábrica Renault que dura del 21 de febrero al 20 de marzo de 1950. El

[313]oduce en la Asamblea Nacional un violento debate sobre la represión de los ataques a la seguridad el Estado, en el contexto de una oleada de huelgas en contra de la producción de material de guerra.

[314] «Los fariseos de la justicia», en el número 37 de la revista *Caliban*. Camus defiende en su réplica la justicia viva de los protagonistas de la obra frente a la de los «justos», cuyo único horizonte es la realidad existente o «lo que promete el comunismo».

[315] La duquesa de Sanseverina, en *La cartuja de Parma*, de Christian-Jaque (1950).

[316] Película de Jean Castanier (1949) basada en la novela de Gaston Leroux.

[317] Actor francés nacido en Argelia en 1928. Entre las películas en las que trabajó destacan *La Fleur de l'âge* (1947) y *La Marie du port* (1949), de Marcel Carné.

[318] El crítico teatral e historiador del teatro Paul-Louis Mignon (1920-2013), que después de la guerra ocupó el cargo de director de programas dramáticos de la RTF.

[319] Blanche Balain (1913-2003), a la que Camus conoció en Argel cuando ella estaba estudiando derecho, y de la que publicó un poemario en la editorial Charlot.

[320] La primera noche que Albert Camus y María Casares pasaron juntos.

[321] Albert Camus alquilaba en el 1.º bis un estudio a André Gide en la época de su reencuentro con María Casares.

[322] Nombre artístico del cantante español Luis Mariano Eusebio González García (1914-1970), también exiliado en Francia, que alcanzó allí gran popularidad. *(N. de las T.)*

[323] Así es como el padre de María Casares la llamaba desde muy pequeña.

[324] Donde María Casares cursó sus estudios de secundaria en París y aprobó la primera parte del examen de bachillerato (*baccalauréat*) en septiembre de 1940, aunque, a pesar de seguir estudiando hasta 1941, nunca obtuvo la segunda por haber iniciado ya su formación dramática.

[325] Tras suspender dos veces el examen de ingreso en el Conservatorio, María Casares se matricula en la famosa escuela de René Simon en septiembre de 1940.

[326] Actriz de la Comédie-Française de 1913 a 1936, casada con Antonio Alcover, amigo parisino de los Casares.

[327] Profesora particular de María Casares en 1939-1940.

[328] Véase la nota 118 (p. 342).

[329] En 1941, María Casares aprueba el examen de ingreso en el Conservatorio, donde asiste a las clases de la actriz Béatrix Dussane (véase la nota 41, p. 228).

[330] Véase la nota 117 (p. 341).

[331] El actor y director teatral Maurice Escande (1892-1973), titular de la Comédie-Française desde 1936.

[332] Véase la nota 152 (p. 429).

[333] El semanario *Paris Match*. *(N. de las T.)*

[334] Obra de teatro de Paul Claudel (1906). *(N. de las T.)*

[335] Admiradora de María Casares que acabó siendo amiga suya y puso a su disposición el «palomar» de la calle de Vaugirard (su antiguo cuarto) y luego el apartamentito situado encima del piso. Su nombre artístico era Dominique Marcas.

[336] Michel Gallimard padecía también tuberculosis, como su amigo Albert.

[337] Véase la nota 50 (p. 239).

[338] Cándida, la mujer de Arturo, el hermano mayor Santiago Casares Quiroga, fallecido de tuberculosis a los veintiséis años, un mes después de casarse.

[339] El municipio coruñés donde los padres de María Casares alquilaban un pazo seis meses al año.

[340] El dramaturgo y traductor del italiano Michel Arnaud (1907-1993).

[341] Relato del escritor belga Karel van de Woestijne (1878-1929).

[342] «Pero por primera vez desde hace mucho tiempo, volvemos a oír en esta obra, y en el teatro, la auténtica voz de Dios, sin la ayuda de Dios, en el corazón de algunos hombres».

[343] Tras pasar unos pocos días con María Casares en Ermenonville, Albert Camus vuelve para otra cura a Cabris, donde su mujer y sus hijos se reunirán con él a primeros de junio.

[344] Postal echada al correo en Saint-Pierre-le-Moûtiers (Nièvre) el 15 de abril de 1950. Se ve en ella el castillo de Beaumont.

[345] Alain Cuny, nombre artístico del actor René Xavier Marie (1908-1994), que fue una revelación en la película *Los visitantes de la noche*, de Marcel Carné (1942).

[346] Nicole Gallimard (1919-1967), hija de Raymond Gallimard y hermana de Michel Gallimard. Se casó con René Lechevallier, con el que tuvo dos hijos, Alain e Yves.

[347] Obra teatral de Jean-Baptiste Toselli (1878).

[348] La actriz Éléonore Hirt (1919-2017), que formaba parte del reparto de *El estado de sitio* en 1948.

[349] Ángeles confunde la pronunciación de *pôelée* «sartenada» y de *potelée* «rolliza». *(N. de las T.)*

[350] Sala de conciertos parisina, sede de la Orquesta Filarmónica de Radio France. *(N. de las T.)*

[351] El sacerdote dominico Raymond Pichard (1913-1992), que en 1949 creó un programa de televisión titulado *Jour du Seigneur*. Desde 1944 fue el encargado de la programación religiosa de la RTF.

[352] Película de Henri Calef (1948) basada en una novela de Jean Proal y protagonizada por María Casares y Roger Pigaut.

[353] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[354] Gallimard hizo una nueva edición de *Bodas* en febrero de 1950 y publicó una reimpresión en junio de ese mismo año.

[355] La representación de *La Anunciación*, de Paul Claudel, fue uno de los actos de celebración del Año Santo en 1950; empezó a planearse en abril de 1948 y el Vaticano la confirmó oficialmente en 1950 con dos funciones, el 29 y el 30 de abril.

[356] La actriz Hélène Sauvaneix (1922-2004) interpretó el papel de Violaine en *La Anunciación* de Claudel representada en el teatro des Célestins de Lyon en mayo de 1944 y en el Hébertot de París en marzo de 1948.

[357] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[358] El periodista y escritor Roger Grenier (1919-2017); fue uno de los colaboradores de Albert Camus en *Combat* y publicó su primer ensayo en la editorial Gallimard, donde también trabajó como lector y editor.

[359] El actor Jean Servais fue amante de María Casares entre 1946 y 1948. Se conocieron en el camerino de Marcel Herrand y coincidieron en el rodaje de *Las damas del bosque de Bolonia*.

[360] El sacerdote dominico Raymond Léopold Bruckberger (1907-1998), que conoció a Albert Camus en la Resistencia. En 1947 fundó la revista *Le Cheval de Troie* de la editorial Gallimard. En 1948 lo nombraron capellán de la Legión Extranjera y lo destinaron al norte de África.

[361] Probablemente fue Jean Vilar quien se dirigió a María Casares para que participara en el Festival de Aviñón en julio de 1950. Sin embargo, la actriz no actuaría allí hasta julio de 1954, en *Macbeth*.

[362] Obra de Thierry Maulnier.

[363] El actor Tony Taffin (1917-1995) pasó tres años en la Comédie-Française y, en 1949, actuó en la película *Un certain Monsieur*, de Yves Ciampi.

[364] Véase la nota 1 (p. 187).

[365] Véase la carta 169 (p. 305).

[366] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[367] Podría tratarse de Jacques Heyst, seudónimo de Jacques Epstein (1919-2006), autor de varias

novelas durante las décadas de 1950 y 1960.

[368] Véase la nota 169 (p. 448).

[369] *Canguro*, novela de D. H. Lawrence.

[370] Jean-Paul Sartre.

[371] Telegrama.

[372] El dramaturgo Henri-René Lenormand (1882-1951).

[373] El escritor y guionista Charles Exbrayat (1906-1989).

[374] El compositor y violonchelista Pau Casals (1876-1976), que vivía exiliado en Prades (Pirineos Orientales) desde 1936.

[375] El actor y director Georges Rouquier (1909-1989), autor del documental *Farrebique* (1947) sobre los Rouquier, una familia campesina de Aveyron.

[376] Seudónimo del dramaturgo y director de cine Jacques Boularan (1890-1972), autor de numerosas obras que se representaron durante el periodo de entreguerras.

[377] El actor Jacques Darcante (1910-1990), que en 1950 dirigió la obra de Jacques Deval *Ce soir à Samarcande* en el teatro de la Renaissance.

[378] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[379] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[380] El comentario entre paréntesis tiene sentido en francés, porque María Casares utiliza la palabra *maître* en la acepción de «amo» para referirse a Hébertot y en la de «maestro» para referirse a Casals. *(N. de las T.)*

[381] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[382] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[383] Véase la nota 208 (p. 535).

[384] El actor francés de origen rumano Marcel Lupovici (1909-2001).

[385] El figurinista Marcel Escoffier (1910-2001) trabajó en cuatro películas de Jean Cocteau después de la guerra: *La Bella y la Bestia*, *El águila de dos cabezas*, *Los padres terribles* y *Orfeo*.

[386] El filósofo, crítico literario y dramaturgo Gabriel Marcel (1889-1973).

[387] Telegrama enviado de Grasse a París, el 27 de mayo de 1950, a las 18.20.

[388] En casa de Jeanne y Urbain Polge. Este último era el boticario de Saint-Rémyen-Provence, amigo del doctor Sauvy.

[389] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[390] Comuna de Bretaña donde María Casares y su madre habían pasado algunas temporadas porque les recordaba a Galicia.

[391] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[392] Obra de Georges-Emmanuel Clancier.

[393] El actor y director teatral Alfred Pasquali (1898-1981).

[394] Véase la nota 63 (p. 254).

[395] Le Revest-les-Eaux, población próxima a Tolón.

[396] La actriz Suzanne Flon (1918-2005).

[397] Nombre artístico de la actriz Aline Jeannerot (1911-1998).

[398] Véase la nota 63 (p. 254).

[399] La película, dirigida por Marcello Pagliero, se estrena en 1951 sin María Casares.

[400] El 6 de junio, sexto aniversario de su unión, segundo aniversario de su rencuentro.

[401] Cada 6 de junio, Albert Camus le regalaba un anillo a María Casares.

[402] Dos telegramas, uno enviado a las 18.35 h y el otro a las 19 h a la calle de Vaugirard, 148.

[403] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[404] Dos tarjetones con un texto idéntico que acompañaban un ramo de flores y la caja con el anillo.

[405] El almuerzo con Jean Servais.

[406] Telegrama enviado a la calle de Vaugirard, número 148.

[407] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[408] El agente Georges Beaume (fallecido en 2011).

[409] El proyecto de película de Rouquier.

[410] Véase la nota 80 (p. 176).

[411] Acto I, escena 5. [En castellano en el original. *(N. de las T.)*].

[412] La adaptación de *El extranjero* al cine bajo la dirección de Jean Renoir, en la que se implicó mucho Gérard Philipe, finalmente quedó sin terminar. El rodaje estaba previsto para la primavera de 1951.

[413] Enviado por correo neumático.

[414] Telegrama.

[415] Véase la nota 38 (p. 228)

[416] La obra se estrenó el 15 de diciembre de 1949.

[417] Telegrama enviado al teatro Hébertot.

[418] Pierre Moinot, *Armes et bagages*, Gallimard, 1951.

[419] Telegrama.

[420] Telegrama.

[421] *Time runs* y *The Blessed and the damned/The Unthinking Lobster*, de Orson Welles, represenadas en el teatro Édouard VII desde el 19 y el 20 de junio de 1950. La actriz a la que admiraba María Casares era la estadounidense Eartha Kitt (1927-2008), que interpretaba a Elena de Troya.

[422] Albert Camus vuelve a París el 14 de julio de 1950, mientras Francine se instala con los niños en Grasse. Prepara su estancia en los Vosgos con María, del 23 de julio al 28 de agosto; dos días en el Hôtel des Roches, en el puerto de la Schlucht; luego Gérardmer y, por fin, el Grand Valtin. El 28 de agosto deja a María en el tren en Saint-Dié y luego va en coche hasta Vesoul. Al final se reúne con Francine y con sus hijos en Saint-Jorioz, cerca de Annecy.

[423] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[424] Telegrama.

[425] Francine y Albert Camus vuelven a París el 7 de septiembre, a la calle de Séguier, mientras

los niños se quedan en casa de su abuela. Por su parte, María Casares vuelve a París el 9 de septiembre.

[426] En el verano de 1936, Albert Camus viajó por Europa con su primera mujer, Simone Hié, y un amigo argelino.

[427] Telegrama.

[428] La Société Parisienne de Distribution Cinématographique (Sociedad Parisina de Distribución Cinematográfica), que produce la película *Orfeo*.

[429] Correo neumático.

[430] Tarjetón metido dentro del anterior correo neumático.

[431] En enero de 1951, María Casares interpreta el papel de Fanny en *La segunda*, de Colette y Léopold Marchand, con la dirección de Jean Wall en el teatro de La Madeleine. Albert Camus, que acaba de comprar un piso en el número 29 de la calle de Madame, en París, asiste al ensayo con vestuario de la obra antes de irse a Cabris. El estreno fue el 15 de enero de 1951.

[432] Albert Camus, de camino a Cabris, donde tiene que someterse a una nueva cura, hace un alto en Valence.

[433] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[434] La actriz y directora dramática Alice Cocéa (1899-1970), de origen rumano.

[435] El actor y director dramático Pierre Blanchar (1892-1963).

[436] El actor André Brûlé (1879-1953), director a la sazón del teatro de La Madeleine.

[437] Albert Camus se aloja, como anteriormente, en la posada La Chèvre d'Or, donde coincide a la hora de comer con su amigo Roger Martin du Gard, que vive en casa de Pierre y Élisabeth Herbart.

[438] *Las fiestas galantes (Watteau)*, 1950, cortometraje de Jean Aurel con un comentario del escritor Georges Ribemont-Dessaignes (1884-1974).

[439] Roger Blin, Jean-Marie Serreau, Françoise Morhange y Albert de Médina formaban parte del reparto, en 1950, de *La gran y la pequeña maniobra*, de Arthur Adamov (19081970), en el teatro de Les Noctambules.

[440] Hélène Perdrière forma parte del reparto de *La segunda*.

[441] Maurice Goudeket (1889-1977) era el marido de Colette desde 1935: Léopold Marchand, guionista y dramaturgo, era un gran amigo de Colette y adaptó varias obras suyas al teatro, entre otras la novela *La segunda*.

[442] Janine Zorelli, que interpreta el papel de Clara Cellerier en *La segunda*.

[443] Como en el caso de *La segunda*, novela de Colette adaptada al teatro con la colaboración de Léopold Marchand. *(N. de las T.)*

[444] Pierre Reynal.

[445] Simone Valère y Jean Desailly pertenecían ambos a la compañía Renaud-Barrault desde 1946.

[446] Simone Signoret e Yves Montand se casaron en 1951, tras divorciarse esta de Yves Allégret.

[447] María Casares figura en el reparto de esa adaptación radiofónica de la obra de Lorca.

[448] El actor Gilles Quéant y su mujer; el actor Michel Lemoine y el escritor René Laporte y su

mujer.

[449] En *Fedra*, de Racine, princesa ateniense prisionera de Teseo, de la que está enamorado el hijo de este, Hipólito. En *La Eneida*, Aricia es la madre de Hipólito.

[450] *El diablo y Dios*, de Jean-Paul Sartre, se estrenó el 16 de junio de 1951.

[451] El director Pierre Cardinal, nacido en Argel, a cuyo cargo corren importantes producciones de televisión.

[452] *El diablo y Dios*.

[453] Crítica y traductora (1914-1996), amiga de Arthur Adamov.

[454] Actriz y directora del teatro Antoine, en el que se representaron varias obras de Jean-Paul Sartre.

[455] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[456] La actriz Maria Favella, viuda del escritor Pierre Frondaie, director del teatro de l'Ambigu desde 1942, de cuya dirección se hace cargo a la muerte de su marido.

[457] Es castellano en el original. *(N. de las T.)*

[458] Cita de una carta del político y escritor inglés Horace Walpole (1719-1797) enviada el 31 de diciembre de 1769 a sir Horace Mann.

[459] Elizabeth C., *L'Amour et la peur. Lettres de pages de Journal*, París, Gallimard, 1950, con prólogo de Y[ves] R[uffin].

[460] Directora teatral y guionista.

[461] Obra de René Laporte que María Casares interpretó en 1944 en el teatro de les Mathurins.

[462] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[463] Es castellano en el original. *(N. de las T.)*

[464] La actriz Monique Chaumette, nacida en 1927, actuó en las primeras obras presentadas por Jean Vilar en el Festival de Aviñón, así como en *Le Roi pêcheur*, de Julien Gracq, en 1949 en el teatro Montparnasse con María Casares.

[465] Adaptación teatral de la novela de Georges Simenon *La nieve estaba sucia*.

[466] Nombre artístico de la cantante y actriz belga Yvonne de Knops (1896-1930).

[467] *Sic* en referencia a Marius Constant (1925-2004) director de orquesta y miembro del grupo de investigación de música concreta de Pierre Schaeffer.

[468] Maurice Petitpas trabajó en las *Epifanías* de Henri Pichette en 1947 con Gérard Philipe, María Casares y Roger Blin, en el teatro de Les Noctambules.

[469] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[470] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[471] Edificio parisino de la década de 1930 donde había un cine de 1.500 localidades.

[472] El coleccionista Michel de Bry (1890-1970).

[473] La actriz Jeanne Dorys.

[474] La actriz Véra Sergine (1884-1946), de soltera Maria Roche, casada con Pierre Renoir y luego con Henri Rollan.

[475] Albert Camus escribió *La peste* entre 1943 y 1946; la novela fue publicada por Gallimard el

10 de junio de 1947.

[476] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[477] André Gide fallece el 19 de febrero de 1951. Pierre Herbart era el marido de la madre de la hija de André Gide, Catherine.

[478] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[479] El dramaturgo Henri-René Lenormand falleció el 16 de febrero de 1951.

[480] *Le Figaro* del 24 de febrero de 1951 dedica un gran homenaje a André Gide con numerosas colaboraciones, entre las que se encuentra la de Albert Camus: «Toda obra grande es generosa: le da a cada cual según su necesidad. A mí, que nací en una tierra pletórica, a orillas de un mar feliz, el evangelio sensual de *Los alimentos terrestres* no me enseñó nada. Al contrario, en esa admirable exaltación algo sonaba a conversión y me desconcertaba. Pero en ella encontré la lección de disciplina y de despojamiento que precisaba. / Es el ascetismo de esa obra lo que siempre me llamó la atención; y desde entonces nunca he dejado de aprender con Gide que no hay ni arte ni grandeza sin una coerción libremente consentida. En un mundo donde siguen insultando a diario a la belleza, Gide enseñaba que el arte no es una fuente de vanos goces, sino una difícil escuela de verdad. Es posible luego alejarse de semejante maestro. Es posible saber sobre todo que no le gustaba nada, o casi nada, de todo cuanto se escribe hoy. A pesar de él y de nosotros, la lección permanece, y la deuda, que lo hace acreedor de nuestra fidelidad. / Por lo demás, él tampoco, ese infiel, a su manera, nos ha fallado. Muchos hombres de su tiempo, acostumbrados como él a la gloria, sus iguales no obstante a ojos del mundo, no recibirán nunca el único homenaje que está claro que debemos escatimar: la amistad basada en la estima. Entre tantos directores que se brindaron, este al menos, que se nos hurta por última vez y cuya mano querríamos retener un poco más, nunca envileció nada. La tierra, que tanto amó, sigue siendo hermosa tras su paso, y la vida sigue intacta».

[481] Alusión al dramaturgo Henri Bernstein (1876-1953).

[482] Salmos 139, 14.

[483] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[484] Hermano de Christiane Galindo, amiga argelina de Albert Camus, que pasó a máquina sus primeros manuscritos.

[485] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[486] Se trata de representar *Los justos* en Barcelona.

[487] Se trata del último capítulo de *El hombre rebelde*, titulado «El pensamiento del mediodía».

[488] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[489] Directora, por entonces, del teatro Marigny.

[490] Viuda del dramaturgo Henri-René Lenormand, fallecido pocos días antes, autor de *El tiempo es un sueño*.

[491] Obra de Georges Neveux.

[492] La sopa de cebolla que se iba a tomar en las casas de comidas del mercado de Les Halles, de madrugada, al salir del teatro o al volver de una recepción. *(N. de las T.)*

[493] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[494] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[495] Fecha de la última representación de *La segunda*.

[496] Aniversario de su unión y de su reencuentro.

[497] Fecha de la primera representación de *El diablo y Dios*, de Jean-Paul Sartre.

[498] *Sic* por junio.

[499] En Lacanau (Gironda), donde María Casares va a pasar unos días.

[500] A finales de julio de 1951, Albert Camus y María Casares van a Sainte-Foy-laGrande (Gironda), entre Libourne y Bergerac, para ver a Pierre Reynal y a sus padres, los señores Merveilleau (de ahí las alusiones: «maravillosa» y «maravillas»). Camus se queda allí unos días antes de ir a reunirse con sus hijos y su suegra en Le Chambon-sur-Lignon.

[501] El poeta mexicano Octavio Paz (1914-1998).

[502] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[503] El escritor y poeta René Char.

[504] Pierre Reynal.

[505] Telegrama enviado a Lacanau.

[506] Telegrama enviado a Lacanau.

[507] Villa Le Bled. En el norte de África, comarca situada tierra adentro, pero, en Francia, en lenguaje familiar y en tono despectivo, poblachón sin comodidades ni atractivo. *(N. de las T.)*

[508] Telegrama dirigido a Pierre Reynal, aVilla Le Bled (calle Victor Hugo, 78, Lacanau).

[509] Vehículo para el transporte de viajeros que circula por vía férrea, pero con neumáticos. Se escribe siempre con mayúscula por tratarse de una marca registrada. *(N. de las T.)*

[510] María Casares en la ventana de Villa Le Bled con los tres niños Vierne.

[511] El papel de Lechy Elbernon en *El intercambio*, de Claudel, que le proponía JeanLouis Barrault.

[512] Postal de Le Chambon-sur-Lignon, vista de la cordillera de las Cevenas desde Cousier.

[513] Albert Camus llega a Sainte-Foy el 31 de agosto y vuelve a París con María después de un recorrido por las orillas del Loira. Francine y los mellizos no regresan a París hasta el 26 de septiembre.

[514] Louis Jouvet fallece de un infarto el 16 de agosto de 1951. *El diablo y Dios*, de Jean-Paul Sartre, fue la última obra que dirigió.

[515] Han operado a la madre de Albert Camus; el escritor está en casa de su hermano, en Argel.

[516] *El hombre rebelde* se publica en Gallimard el 18 de octubre de 1951.

[517] María cumple años al día siguiente, el 21 de noviembre de 1951.

[518] Telegrama.

[519] En junio de 1951, Albert Camus publicó en *Cahiers du Sud* una versión de su capítulo de *El hombre rebelde* sobre Lautréamont. Esta publicación trajo consigo una reacción deAndré Breton en *Arts*, el 12 de octubre de 1951, a la que Camus respondió el 19 de octubre. El debate se reanuda el 16 de noviembre en *Arts*, con la publicación de una conversación entre André Breton y el filósofo Aimé Patri (1905-1983), a la que Camus responde el 23 de noviembre. En el meollo del debate, está la

filosofía de la mesura de Albert Camus y su conciliación de la visión surrealista de la existencia y la revolución. André Breton vuelve a la carga en el número siguiente, al publicar una carta al periodista Louis Pauwels (1920-1997). Albert Camus ya no contestó.

[520] De las ruinas romanas de Tipasa, a setenta kilómetros de Argel, habla Albert Camus al principio de *Bodas*.

[521] Postal de la basílica cristiana de Tipasa.

[522] Telegrama. Albert Camus regresó a París el 1 de diciembre de 1951.

[523] Telegrama enviado a Bruselas, al Palacio de Bellas Artes, calle Nogale, número 10.

[524] Telegrama enviado a Cabris.

[525] María Casares acaba de ingresar como numeraria en la Comédie-Française con un contrato fechado 1 de abril de 1952 que le permite rodar una película al año. Su primer papel fue el de Elvira en *Don Juan*, de Molière.

[526] *Seis personajes en busca de autor*, de Luigi Pirandello, que María Casares se dispone a interpretar en la Comédie-Française sustituyendo de la noche a la mañana a Renée Faure. La crítica destacó esa hazaña.

[527] El actor Fernand Ledoux (1897-1993), numerario de la Comédie-Française, que participó junto a María Casares en el reparto de *Seis personajes en busca de autor*.

[528] El actor y director Jean Meyer (1914-2003), que participa junto con María Casares en el reparto de *Seis personajes en busca de autor* y dirige *Don Juan*, de Molière.

[529] Pierre-AiméTouchard (1903-1987), administrador de la Comédie-Française entre 1947 y 1953.

[530] Tarjetón en un ramo de flores dirigido a «Maria Casarès, Comédie-Française, salle Richelieu».

[531] Tarjetón.

[532] El Théâtre National Populaire que dirigía Pierre Vilar.

[533] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[534] En castellano en el original. (*N. de las T.*) Se refiere a Pierre Reynal.

[535] Los Polge. Véase la nota 222 (p. 552) de la carta 324.

[536] *Le Figaro Littéraire*, 5 de abril de 1952, palabras recogidas por Paul Guth con ocasión del ingreso de María Casares en la Comédie-Française: «Lo que me gusta del teatro de Camus […] esa escritura rigurosa, sincera, directa. En su texto me parece que hay sol, como en los griegos. Y además fue actor. Coloca los gritos donde hacen falta».

[537] A María Casares, «nacida para el arte en su destierro», le condecoran con la Orden de la Liberación de España a instancias del presidente de la República española en el exilio, Diego Martínez Barrio.

[538] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[539] Tarjeta de visita que acompaña un ramo.

[540] María Casares interpreta *Juana de Arco*, de Charles Péguy, en el Festival de Lyon-Charbonnières con dirección de Charles Gantillon.

[541] Charles Gantillon (1909-1967), director del teatro des Célestins de Lyon desde 1941.

[542] *Anfitrión*, de Molière, representada en Fourvière del 20 al 23 de junio de 1952 con dirección de Charles Gantillon.

[543] Jean-Pierre Granval (1925-1998), hijo del primer matrimonio de Madeleine Renaud y actor dramático y cinematográfico.

[544] Jean Juillard, que trabajó en *El estado de sitio*, de Albert Camus, en 1948 e interpreta ahora a Raoul de Goncourt en la obra *Juana de Arco*, de Charles Péguy.

[545] Esa enjundiosa «Carta al director de *Les Temps Modernes*», fechada el 30 de junio de 1952, se publica en el número 82 de la revista, en agosto de 1952. Es una respuesta a la vehemente reseña que hizo Francis Jeanson de *El hombre rebelde*, publicada en mayo. La carta de Albert Camus iba seguida, en ese mismo número, de una hiriente respuesta de Jean-Paul Sartre, que dejaba constancia de una ruptura definitiva entre los dos hombres, y de otro artículo de Jeanson.

[546] «Herman Melville», de Albert Camus, en *Escritores famosos*, III, París, Mazenod, noviembre de 1952.

[547] *El hombre que perdió su sombra*, de Paul Gilson.

[548] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[549] Cita de una frase de *Juana de Arco*. (*N. de las T.*)

[550] Telegrama enviado al Novotel de Lyon.

[551] Telegrama enviado al hotel Moderne, en Camaret-sur-Mer (Finisterre).

[552] Enviado a Camaret-sur-Mer, al hotel Moderne.

[553] Albert Camus va a Le Chambon-sur-Lignon con su madre; Francine y los niños, de regreso de Orán, llegan a Valence el 3 de agosto.

[554] Actriz, intérprete, entre otras, de obras de Jean Giraudoux y Molière con dirección de Louis Jouvet.

[555] Seigneur regenta el hotel Moderne de Camaret-sur-Mer, donde María Casares suele ir desde finales de la década de 1930.

[556] Actor, dramaturgo y director escénico (1925-2014).

[557] Seis postales en un sobre enviado el 5 de agosto de 1952 desde Camaret.

[558] María Casares interpretará a Elvira en *Don Juan*, de Molière, a partir de octubre de 1952 en la Comédie-Française con dirección de Jean Meyer.

[559] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[560] A petición de Le Corbusier, Camus acepta escribir el comentario para el cortometraje *La Cité radieuse* (1953), que dirige Jean Sacha, sobre la «unidad de vivienda» epónima que Le Corbusier acababa de terminar en Marsella.

[561] Drama romántico de Alfred de Vigny (1835).

[562] Novela de William Faulkner.

[563] Dos postales.

[564] Telegrama enviado al hotel Moderne de Camaret.

[565] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[566] Véase la carta 538, pp. 854-856.

[567] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[568] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[569] En bretón *gwilhou*, un tipo de gaviota. (*N. de las T.*)

[570] Alusión a la canción de la cantante Juliette Gréco *Je hais les dimanches*, con letra de Charles Aznavour y música de Florence Véran. (*N. de las T.*)

[571] Dos postales.

[572] Novela de William Faulkner.

[573] Una carta y una postal.

[574] Incluye una foto de María Casares, de pie, agarrada al mástil de un barco.

[575] Poltrona con reposapiés. (*N. de las T.*)

[576] María Casares y Albert Camus se reúnen en París el 2 de septiembre. Francine Camus no vuelve a París con sus hijos hasta el 24 de septiembre.

[577] Telegrama enviado a Lyon, al teatro des Célestins, donde María Casares está de gira para interpretar *Seis personajes en busca de autor* y *Don Juan*. El 1 de diciembre de 1952, Albert Camus toma el tren para Marsella, desde donde viaja hasta Argel.

[578] La obra de Jean Racine se representa en la Comédie-Française en diciembre de 1952 con dirección de Jean Yonnel, que interpreta el papel protagonista en compañía de Jean Marais (Xifarés) y de Annie Ducaux (Mónima).

[579] Maison Angelina, salón de té fundado por el pastelero austriaco Anton Rumpelmayer en París, en la calle de Rivoli, a principios del siglo XX, y que frecuentaban todas las personalidades. (*N. de las T.*)

[580] Colección Van Beuningen.

[581] De *Mitrídates*, de Racine.

[582] El cineasta alemán Georg Wilhelm Pabst (1885-1967).

[583] Las actrices Germaine Kerjean (1893-1975) y Denise Noël (1922-2003), numerarias de la Comédie-Française, que actúan junto con María Casares en *Seis personajes en busca de autor*, que dirige Julien Bertheau.

[584] El actor y director Jean Vilar (1912-1971), responsable del Festival de Aviñón desde su creación en 1947 bajo la forma de una «semana de arte»; director del teatro de Chaillot desde agosto de 1951, devolvió a ese lugar su nombre original: Théâtre National Populaire. Contrató ya desde 1951 al joven Gérard Philipe (1922-1959) para interpretar *El Cid*, de Corneille, *El príncipe de Hombourgo*, de Kleist, *Madre Coraje*, de Brecht, de gira y en Aviñón. Las primeras representaciones en Chaillot fueron en abril de 1952, con *El avaro*, de Molière.

[585] Albert Camus está pensando en adaptar *Los demonios*, de Dostoievski, proyecto que remata en 1959. Lleva también mucho trabajando en una adaptación de *Los espíritus*, de Pierre de Larivey (1540-1612), cuya versión definitiva se estrena en el Festival de Arte Dramático de Angers el 16 de junio de 1953 con María Casares, Jean Marchat y Pierre Œttly en los principales papeles y dirección de Marcel Herrand que concluye el propio Albert Camus.

[586] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[587] Del cineasta Akira Kurosawa.

[588] Dominique Blanchar.

[589] Al regresar de Argelia, en enero de 1953, Albert Camus escribe «Retorno a Tipasa», texto incluido en *El verano*.

[590] El actor y director Jean Yonnel (1891-1968), numerario de la Comédie-Française entre 1929 y 1955.

[591] Véase la nota 88 de la carta 473 (p. 776).

[592] *Le petit lever, le grand lever, le petit coucher* y *le grand coucher* eran las ceremonias durante las que el rey se levantaba y se acostaba en Versalles, divididas en una parte más íntima (*petit lever* y *petit coucher*) y otra pública con asistencia de los cortesanos (*grand lever* y *grand coucher*). (*N. de las T.*)

[593] «El artista encarcelado», prólogo a la *Balada de la cárcel de Reading* de Oscar Wilde.

[594] Ese «Post Scriptum», fechado en noviembre de 1952 (y dirigido a René Char y a Jean Grenier para dictamen), solo se publicó póstumamente con el título «Defensa de *El hombre rebelde*», y en el que Camus muestra cómo de la experiencia compartida de la rebelión nace la comunidad de los hombres.

[595] Louise Conte (1923-1995), numeraria de la Comédie-Française desde 1948.

[596] Robert Hirsch, nacido en 1925, primer premio del Conservatorio Nacional de Arte Dramático. La Comédie-Française lo contrata el 1 de septiembre de 1948 y se convierte en numerario el 1 de enero de 1952. Entre otros muchos papeles clásicos, está interpretando a la sazón el de Pierrot en *Don Juan*, de Molière, con dirección de Jean Meyer,

[597] Jacques Charron (1920-1975), actor y director dramático, numerario de la Comédie-Française desde 1947.

[598] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[599] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[600] Telegrama.

[601] El crítico y novelista Marcel Arland (1899-1986).

[602] Albert Camus está en Cannes con Michel y Janine Gallimard.

[603] María Casares está de gira por el norte de Francia y Bélgica.

[604] Telegrama enviado al hotel Saint-Georges de Argel, donde María Casares acompaña a su antigua profesora del Conservatorio, Béatrix Dussane, en una serie de conferencias sobre Fedra, invitada por el Centro Regional de Arte Dramático de Argel.

[605] La directora de cine y teatro Geneviève Baïlac (1922-2019) dirigía el Centro Regional de Arte Dramático de Argel desde 1947; Monique Laval era su asistente. También dirigía una compañía teatral y recibía a otras compañías en Argel para complementar su programación.

[606] Dos tarjetas postales y una fotografía de María Casares.

[607] *Juana de Arco*, de Péguy.

[608] Tarjeta de visita que acompañaba un ramo, enviada a la Comédie-Française. En 1953 y 1954

María Casares interpreta el papel de la Perricholi en *La carroza del Santísimo*, de Prosper Mérimée, con dirección de Jacques Copeau.

[609] Tarjetón que acompañaba un ramo enviado a la Comédie-Française.

[610] Tarjetón enviado a la Comédie-Française.

[611] Telegrama enviado al teatro du Parc de Bruselas. María Casares está de gira con la Comédie-Française.

[612] Telegrama enviado al hotel d'Anjou de Angers. A principios de junio, María Casares y Albert Camus están en Angers para los ensayos de *La devoción de la Cruz*, de Calderón de la Barca, y de *Los espíritus*, de Pierre de Larivey, en adaptaciones del escritor. Este se hace cargo también de la dirección de ambas obras por los problemas de salud de Marcel Herrand, que fallece el 11 de junio de 1953. María trabaja también en *Mitrídates*, de Racine, con dirección de Jean Marchat.

[613] Carta enviada desde el hotel Le Chalet de L'Ermitage, cerca de Thonon-lesBains. María Casares está en casa de los señores Merveillau, padres de Pierre Reynal, en Sainte-Foy. Tras haber pasado unos cuantos días juntos en Ermenonville, el 27 de julio los dos amantes se separan. Albert Camus re reúne con Francine, sus hijos y la madre de Francine cerca de Thonon. Francine vuelve por entonces a tener graves síntomas de depresión.

[614] Le Poivron es el nombre de la casa donde están alojados. (*N. de las T.*)

[615] «El pan y la libertad», conferencia pronunciada en la Bolsa de Trabajo de Saint-Étienne el 10 de mayo de 1953.

[616] «La mujer adúltera», que se incluirá en *El verano*.

[617] «En el mar», en *El verano*.

[618] Théodore Bilis (1913-1998) era uno de los intérpretes de *Seis personajes en busca de autor*.

[619] Probablemente el actor Luc Andrieux (1917-1977).

[620] La Pléiade es una prestigiosísima colección de la editorial Gallimard especializada en ediciones «canónicas», con gran aparato de estudios y notas, de obras completas de autores clásicos, principalmente franceses, aunque no solo. (*N. de las T.*)

[621] Christiane Pinson, alias Cricou, admiradora de María Casares desde el estreno de *Orfeo*, que se convierte en su amiga y a la que ve todos los días hasta que toma los hábitos, en 1956.

[622] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[623] Jules Pinson adquirió en 1912 esta finca situada en Floirac.

[624] En Francia, Gallimard publica la traducción de la novela de Faulkner el 2 de julio de 1953.

[625] Tarjeta postal.

[626] Telegrama enviado desde Thonon-les-Bains.

[627] Telegrama enviado a Lacanau, calle de La Paix. El primer matasellos es de Burdeos, del 25 de agosto, y el otro, de Lacanau, del 26 de agosto.

[628] Telegrama enviado desde Cordes a Lacanau, calle de La Paix. Albert Camus y María Casares vuelven juntos a París el 31 de agosto de 1953.

[629] Telegrama enviado a Mulhouse, teatro Municipal.

[630] Georges Herbert (1915-2000), regidor y productor teatral que a principios de la década de

1950 fundó una productora dedicada a organizar giras por las grandes ciudades de provincia francesas.

[631] Es posible que este texto se escribiera con motivo de la velada de despedida de Béatrix Dussane en la Comédie-Française, el 6 de noviembre de 1953, en presencia de Vincent Auriol, presidente de la República Francesa.

[632] La obra de Jean Anouilh sobre el juicio de Juana de Arco se estrenó el 16 de octubre de 1953 en el teatro Montparnasse con dirección del propio autor y de Roland Piétri e interpretada por Michel Bouquet y Suzanne Flon.

[633] El crítico y novelista Jacques Lemarchand.

[634] Obra de teatro de Philippe Hériat.

[635] Probablemente el escritor Michel Forstetter.

[636] Nombre artístico del actor Raymond Gitenet (1904-1974), compañero de la actriz Muse Dalbray (nombre artístico de Georgette Corsin, 1903-1998), con la que escribió varias obras teatrales.

[637] ¿El actor Georges Cusin (1902-1964)?

[638] La actriz Yvette Andréyor (1891-1962), que había trabajado en el cine mudo antes de la guerra.

[639] Personajes de *El tartufo*, de Molière. (*N. de las T.*)

[640] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[641] El actor François Perrot interpreta en 1952 *El jugador*, de Ugo Betti, en el teatro de l'Atelier.

[642] El personaje de *Los demonios* en la novela de Dostoievski y en la adaptación dramática que está preparando Albert Camus.

[643] El actor Pierre Vaneck (1931-2010).

[644] *El primer hombre* quedó inacabada al morir Albert Camus, en 1960.

[645] Véase la nota 3 (p. 190).

[646] Véase la nota 5 (p. 641).

[647] Dominique Blanchar.

[648] Obra de Emmanuel Roblès (1914-1995) publicada en 1952. Este escritor de Orán y Albert Camus se conocieron en Argel en 1937, y ambos mantuvieron un estrecho contacto hasta la muerte de Camus.

[649] Tarjeta postal enviada desde Estrasburgo.

[650] Tarjeta postal enviada desde Estrasburgo.

[651] Papel que podría haber interpretado María Casares en *Los demonios*, pero que al final encarnó Catherine Sellers (1926-2014), a quien Albert Camus descubrió en el papel de Nina en *La gaviota*, de Chéjov.

[652] Albert Camus está pensando en contestar favorablemente a la invitación de Jean Grenier para dar una serie de conferencias en Egipto.

[653] Adaptación dramática de Paul Gilson del relato fantástico de Adelbert von Chamisso, estrenada en el teatro de Les Mathurins el 2 de octubre de 1953 con montaje de Marcel Herrand, Jean Marchat y Paul Œttly.

[654] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[655] Tarjeta postal enviada desde Estrasburgo.

[656] El escritor Julien Green le pide a María Casares que actúe en su obra *L'Ennemi*, que se estrena en marzo de 1954 en el teatro de les Bouffes-Parisiens.

[657] En octubre de 1953 María Casares impugna el contrato que la ata a la Comédie-Française y en febrero de 1954 queda libre de todo compromiso con la institución.

[658] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[659] El actor Harry Baur (1880-1943), cuya viuda, Rika Radifé (1902-1983), también actriz, dirige el teatro de les Mathurins de 1953 a 1980. Al igual que su marido, actuó en la película *Le Greluchon délicat*, de Jan Choux en 1934.

[660] El actor Jacques François (1920-2003), antiguo alumno de la escuela Simon y allegado de Marcel Herrand. Actuará con María Casares en 1954 en Les Bouffes-Parisiens en *L'Ennemi*, de Julien Green, con dirección de Fernand Ledoux.

[661] El actor Jean Topart (1922-2012), que se integrará en el TNP en 1955.

[662] Telegrama dirigido a Namur, al teatro Royal.

[663] *La vida de artista. Mimodrama en dos actos*, publicado en la revista *Simoun* en abril de 1953.

[664] *Electra o la caída de las máscaras*, de Marguerite Yourcenar, obra escrita en 1943 y que estrenó Jean Marchart en Les Mathurins en 1954.

[665] El actor y director Jacques Mauclair (1919-2001), de la compañía de Louis Jouvet hasta 1949, a quien Camus había visto actuar en *El jugador*, de Ugo Betti, en 1952.

[666] Véase la nota 256 (p. 624).

[667] Dos tarjetas postales enviadas desde Brujas.

[668] *La casa del pueblo* y *Compañeros*, de Louis Guilloux, los publicó la editorial Grasset con un prólogo, «Presentación de Louis Guilloux», de Albert Camus, texto publicado anteriormente, en 1948, en la revista *Caliban*. El escritor y periodista Claude Roy, miembro a la sazón del PCF, atacó virulentamente ese prólogo.

[669] Robert Cérésol, director adjunto del teatro de Les Mathurins,

[670] En el TNP. María Casares conocía a Jean Vilar desde 1948 y había trabajado con él en teatro y cine. Este le propuso varias veces que entrase en la compañía y, en particular, para interpretar a Jimena en *El Cid*, de Corneille, pero no lo logró.

[671] Pierre Descaves (1896-1966), administrador en esas fechas de la ComédieFrançaise.

[672] Dos tarjetas postales.

[673] Papel con membrete del hotel Century de Amberes.

[674] Página de guarda arrancada a un libro.

[675] El 24 de julio de 1952 André Breton tuvo un enfrentamiento con el guía de las cuevas de Pech-Merle cuando el escritor borró con el dedo, sin disimulo, un fragmento de una pintura rupestre que representaba la trompa de un mamut. Acusaron a André Breton, que dudaba de la autenticidad de la pintura, de degradación de un monumento histórico. Pidió que intervinieran en su favor a varios

escritores (Albert Camus, Julien Gracq, Claude Lévi-Strauss…) por la vía de un artículo en *Le Figaro Littéraire*. El juicio se celebró el 13 de noviembre de 1953 y condenaron al escritor a una multa de 25.002 francos.

[676] Pentesilea, de Heinrich von Kleist.

[677] Esta cita de *La muerte de Empédocles*, de Friedrich Hölderlin (1770-1843), es el epígrafe de *El verano*, de Albert Camus.

[678] De Jean Giraudoux, que estrena la compañía Renaud-Barrault el 6 de noviembre de 1953.

[679] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[680] María Casares regresa a París el 11 de noviembre de 1953; la gira por Túnez y Argelia es a finales de diciembre. Francine Camus vuelve a Orán con su hija Catherine a mediados de noviembre. Jean está en Saint-Rémy, en casa de Jeanne y Urbain Polge. Albert Camus sale para Marsella en tren el 23 de diciembre para ir a recogerlo.

[681] Telegrama enviado a Túnez, al teatro Municipal.

[682] Carta enviada desde Orán a Túnez, a la atención de María, Gira de Georges Herbert, teatro municipal. En el sobre: «Remitir a Argel, Ópera».

[683] El escritor Gabriel Audisio (1900-1978), aedo de la cultura mediterránea, amigo de Albert Camus tras conocerse en Argelia antes de la guerra.

[684] Carta enviada a Orán y remitida luego a Constantina, teatro municipal, y finalmente a Bugía, teatro municipal.

[685] *Vert*, es decir, Verde. (*N. de las T.*) Julien Green, quien estrenó en 1953 una obra titulada *Sur*. Albert Camus escribe al respecto a Green el 30 de marzo de 1953. En marzo de 1954, María Casares trabaja en su nueva obra: *El enemigo*.

[686] En un sobre sin señas donde pone «Alberto».

[687] María Casares ingresa oficialmente en la compañía del TNP (Palacio de Chaillot) el 24 de marzo de 1954. Su primer papel es el de Lady Macbeth en *Macbeth*, de Shakespeare, que se representa en julio de 1954 en la octava edición del Festival de Aviñón. La crítica destacó la interpretación de María Casares.

[688] Tarjeta de visita en el décimo aniversario de su relación.

[689] Telegrama enviado a Lyon, al hotel Grand Nouvel.

[690] Carta enviada a Sorel-Moussel (Eure-et-Loir), a casa de Michel Gallimad, desde Aviñón.

[691] Telegrama enviado a Aviñón, hotel d’Angleterre.

[692] *Sic* en referencia al compositor Maurice Jarre, autor de la música de *Macbeth*.

[693] Telegrama enviado a Aviñón, hotel d’Angleterre.

[694] La abadía de Saint-Michel-de-Frigolet, cerca de Tarascón (Bocas del Ródano).

[695] La sede del TNP estaba en el Palais de Chaillot, en París. (*N. de las T.*)

[696] Telegrama enviado a Aviñón, al hotel d’Angleterre.

[697] De Pierre Corneille. (*N. de las T.*)

[698] De Heinrich von Kleist.

[699] Telegrama remitido a Sorel-Moussel, a casa de Michel Gallimard.

[700] Telegrama enviado a Troyes, teatro municipal. En octubre de 1954, María Casares comenzó una gira que la llevó al este de Francia (Troyes, Besançon) y a Suiza (Neuchâtel, Lausana, La Chaux-de-Fonds, Biel, Ginebra). Por su parte, Albert Camus se dispone a viajar a los Países Bajos.

[701] *El padre humillado*, de Paul Claudel. Obra de principios de siglo, no se representó en Francia hasta 1946. La acción transcurre en Roma, entre 1869 y 1871, cuando las tropas de Garibaldi conquistan los estados pontificios. Albert Camus y María Casares hablan de la obra llamándola *El Papa ultrajado*.

[702] El actor Marc Cassot (1923-2016) trabajó en 1956 en la adaptación teatral que realizó Albert Camus de *Réquiem por una monja*, de William Faulkner.

[703] Albert Camus viaja a los Países Bajos en octubre.

[704] Tarjeta enviada desde Lausana.

[705] El personaje que interpreta María Casares en El padre humillado.

[706] El doctor René Lehman, amigo de Albert Camus.

[707] Documental con guion de James Algard y producido por Walt Disney en 1953, Oscar al mejor largometraje documental. Albert Ollivier le había pedido a Albert Camus, por intermediación de Robert Gallimard, que colaborase en el libro de la película, junto con Marcel Aymé, Henry de Montherlant y François Mauriac, escribiendo un texto sobre el desierto.

[708] Actriz y directora del teatro de la Gaîté-Montparnasse.

[709] Carta enviada a Chambéry, al teatro municipal.

[710] Carta enviada a Lyon, al teatro des Célestins.

[711] María Casares regresa a París el 24 de octubre y pasa el 25 con Albert Camus. Luego vuelve a irse de gira a Nancy, Estrasburgo, Luxemburgo, Amiens y Bruselas.

[712] Carta remitida desde Amiens.

[713] Enviada desde Amiens.

[714] Carta remitida desde Bruselas.

[715] Telegrama.

[716] Telegrama enviado a Mons, teatro Comunal.

[717] Remitida desde Pau, donde María Casares, que había vuelto a París el 19 y el 20 de noviembre, sigue de gira con *El padre humillado*.

[718] El pintor Gabriel Dauchot (1927-2005).

[719] Jean Vinci interpretó el papel de Pílades en *Electra o la caída de las máscaras*, de Marguerite Yourcenar.

[720] A finales del verano de 1936, Camus pasó por Vicenza, Venecia, Verona, Milán y Génova al volver de un viaje por el centro de Europa. El verano siguiente vuelve a Italia y descubre la Toscana (Pisa, Fiesole, Siena) y sus pintores, a los que se refiere con frecuencia en sus *Carnets*.

[721] Albert Camus sale el 24 de noviembre de 1954 para un ciclo de conferencias por Italia, invitado por la Associazione Culturale Italiana. En Roma lo recibe un amigo, el escritor y crítico italiano Nicola Chiaromonte, a quien había conocido en 1941 en Argelia y vuelto a ver más adelante en Nueva York y en París y con quien mantiene una correspondencia regular, intelectual y amistosa.

Opositor de Mussolini, Nicola Chiaromonte se exilia a Estados Unidos en 1941 y participa en el movimiento literario estadounidense. Regresa a Europa acabada la guerra y vuelve a afincarse, en la década de 1950, en Roma, donde funda la revista *Tempo Presente* con su amigo Ignazio Silone.

[722] Enviada a Alger, al teatro del Colisée.

[723] Enviada desde Argel, hotel Aletti.

[724] Telegrama enviado a Marrakech, al Casino.

[725] Pierre Galindo. Véase la nota 54 (p. 717).

[726] Telegrama enviado a Marrakech y luego a Casablanca, al teatro municipal.

[727] Actriz que trabaja también en *El padre humillado*.

[728] Carta enviada desde Argel, adonde Camus viaja el 17 de febrero para ver a su madre. A continuación va a Tipasa y a Orléansville [actual Chef].

[729] Probablemente Louis Miquel (1913-1987), amigo de juventud de Camus.

[730] El periodista y autor de ensayos Jacques Madaule (1898-1993), gran admirador de la obra de Paul Claudel. En el Festival de Aviñón de 1955 el TNP representa La ciudad, de Paul Claudel, con dirección de Jean Vilar.

[731] Jean Rouvet (1917-1992), administrador del TNP.

[732] *La ciudad*.

[733] Pintora y decoradora escénica (1908-1996).

[734] Relato de Albert Camus publicado en Argel en 1954 y que incluyó luego la editorial Gallimard en *El exilio y el reino* (1957).

[735] Remitida a Argel, al hotel Saint-George.

[736] La actriz y compañera (1926-2009) de Serge Reggiani.

[737] El escritor y profesor Gilbert Sigaux (1918-1982).

[738] El pintor André Marchand (1907-1997).

[739] Paul Claudel muere en París el 23 de febrero de 1955 a los ochenta y seis años.

[740] Racing Universitario de Argel, el club de fútbol de Albert Camus.

[741] Carta remitida a Argel, al hotel Saint-George.

[742] *Réquiem por una monja*, de William Faulkner, adaptación al francés de Albert Camus. Fue el propio Camus quien consiguió que el novelista estadounidense lo autorizase a crear en Francia esa obra sacada de una novela pensada en principio como una obra de teatro. El 4 de febrero de 1955 se firmó un contrato con el teatro de les Mathurins y el estreno fue el 20 de septiembre de 1956. La obra la dirigió el propio Camus y durante dos años se representó con el aforo completo.

[743] Marie Albe (cuyo nombre de pila es Léone) y Françoise Spira, actrices del TNP.

[744] Del hotel Moderne del pueblo bretón de Camaret. (*N. de las T.*)

[745] Albert Camus regresa a París el 1 de marzo de 1955.

[746] Dos terremotos arrasaron Orléansville el 9 y el 16 de septiembre de 1954.

[747] Carta enviada a Atenas, a la atención de los Servicios Culturales de la embajada francesa. Albert Camus está en Grecia para un ciclo de conferencias.

[748] La ortografía en francés es *labyrinthe* (y María Casares lo escribe bien). (*N. de las T.*)

[749] Albert Camus viaja por primera vez a Grecia el 26 de abril de 1955 para un nuevo ciclo de conferencias; hace una parada en Atenas y va luego a Delfos, al Peloponeso, a Salónica y, finalmente, a Delos y a Miconos.

[750] En castellano en el original. (*N. de las T.*)

[751] Carta enviada a Grecia, a la atención de los Servicios Culturales de le embajada francesa.

[752] Alain Cuny.

[753] Carta enviada a Atenas, a la atención de los Servicios Culturales de la embajada de Francia.

[754] Albert Camus dedicó su primer artículo en *L'Express* al terremoto de Volos (14 de mayo de 1955).

[755] Tarjeta postal de Olimpia.

[756] Carta enviada desde Estrasburgo, donde María Casares está de gira con el TNP.

[757] Telegrama enviado a Estrasburgo, hotel des Vosges.

[758] Telegrama enviado a Estrasburgo, al TNP, teatro municipal.

[759] Telegrama.

[760] Telegrama enviado a Marsella (hotel Bristol), donde María Casares está de gira. Albert Camus se encuentra en Montroc, en el valle de Chamonix, con sus hijos, Catherine y Jean.

[761] El nuevo coche de Albert Camus.

[762] Camus empieza aquí su campaña de artículos en favor de una solución política en Argelia, conciliando el reconocimiento de la singularidad argelina con la pertenencia del país a una «federación francesa».

[763] *La caída*, que no se incluyó en *El exilio y el reino* por su extensión y que fue la última novela que Albert Camus terminó y publicó en vida.

[764] *La ciudad*, de Paul Claudel, y *María Tudor*, de Victor Hugo, interpretadas en el patio de honor del Palacio de los Papas en Aviñón. Uno de los actores que intervienen es André Schlesser, futuro marido de María Casares.

[765] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[766] Enviado al teatro de Chaillot

[767] Telegrama enviado a Villeneuve-lès-Avignon.

[768] *María Tudor* es un éxito.

[769] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[770] Tras haber ido a buscar a Francine a Divonne el 27 de julio de 1955 y llevarla con sus hijos a Annecy, Albert Camus se reúne con María Casares en Aviñón el 29 de julio. Vuelven a París el 29 de agosto tras una estancia en Italia.

[771] Telegrama enviado a París, al TNP, con motivo del estreno en Chaillot de *El triunfo del amor*, de Marivaux, con dirección de Jean Vilar. María Casares interpreta el papel de Leónidas (Foción).

[772] A Argelia.

[773] Telegrama.

[774] Albert Camus propone a Catherine Sellers, en quien se había fijado en *La gaviota* en el teatro de l'Atelier, en 1955, el papel de Temple Drake-Stevens en *Réquiem por una monja*. (En su

adaptación, Camus se decantó por monja *[nonne]* para el título, considerando que la protagonista había entrado «en el monasterio de la abyección». *[N. de las T.]*). Queda con ella en la *brasserie* Lipp para entregarle el manuscrito de la obra. Dice de ella en sus *Carnets*: «Por primera vez desde hacía mucho me ha llegado al corazón una mujer, sin deseo alguno, ni intención, ni juego, queriéndola por ella misma, no sin tristeza». Su relación amorosa duró hasta la muerte del escritor.

[775] Albert Camus conoció a Patricia Blake, estudiante en el Smith College y periodista independiente en la revista *Vogue*, en abril de 1946. Tuvo también con ella una relación amorosa.

[776] Ese 24 de marzo, Albert Camus se va a L'Isle-sur-Sorgue (Domaine de Palerme) con sus hijos; allí se reúnen con ellos su madre, su tío Étienne, su hermano y su cuñada.

[777] En enero de 1956, Albert Camus se instaló en el piso de Jules Roy, en el número 61 del bulevar de Montmorency, en el distrito 16 de París.

[778] Título provisional de *La caída*.

[779] El actor Georges Vitaly (1917-2007), a la sazón director del teatro de la Bruyère.

[780] Micheline Rozan, agente artística de Cimura, representó a Camus a partir de 1957.

[781] María Casares está en Ruan a partir del 3 de abril; Albert Camus regresa a París el 7 o el 8 de abril y vuelve a alojarse en casa de Jules Roy, en el número 61 del bulevar de Montmorency.

[782] Telegrama enviado a Londres,TNP, teatro Palace, donde María Casares está de gira.

[783] Carta enviada al bulevar de Montmorency, número 61, de París.

[784] Ídem.

[785] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[786] El Garrick Club, que debe su nombre al actor y dramaturgo David Garrick (1717-1779), donde se conserva el moldeado de escayola de la mano izquierda de la actriz Eleonora Duse (1858-1924).

[787] Es castellano en el original. *(N. de las T.)*

[788] *Ese loco de Platónov*, de Anton Chéjov, que el TNP estrena el 13 de diciembre de 1956 en el teatro de Chaillot.

[789] «Sobre el porvenir de la tragedia», conferencia pronunciada en Atenas el 29 de abril de 1955.

[790] Esta segunda edición del primer libro de Albert Camus (1937) la publica el 10 de noviembre de 1956 la editorial Jean-Jacques Pauvert con un prólogo inédito de Camus. En 1958 vuelve a editarla Gallimard.

[791] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[792] *Los amantes pueriles*, de Ferdinand Crommelynck, estrenada el 13 de marzo de 1956 con dirección de Tania Balachova.

[793] Albert Camus quiere incluirla en el reparto de *Réquiem por una monja*.

[794] El director y actor Antoine Bourseiller (1930-2013).

[795] La adaptación de la obra de Calderón de la Barca se estrenó en el Festival de Arte Dramático de Angers el 14 de junio de 1953, con dirección de Marcel Herrand (completada por Camus) y con María Casares y Serge Reggiani en el reparto.

[796] Personaje de «La comedia humana», de Honoré de Balzac. *(N. de las T.)*

[797] Carta enviada desde Londres a casa de Jules Roy.

[798] La actriz Catherine Le Couey (1927-2004), del TNP.

[799] Drama histórico de Alexandre Dumas.

[800] Rika Radifé, viuda de Harry Baur, directora del teatro de Les Mathurins desde 1953.

[801] Gallimard no publica *La caída* hasta el 16 de mayo de 1956. Novela de una generación, puede considerarse también como una prolongación de la polémica con Jean-Paul Sartre tras la publicación de *El hombre rebelde*.

[802] Asistente del director comercial de Gallimard y encargada del servicio de prensa.

[803] «Camus grita», de N. Fournaire, en *France Soir*, 21 de abril de 1956: «No tardará en publicarse un relato de Camus, *El grito*, que es lo más cruel y lo más patético que ha escrito el autor de *La peste*. Retomando un tema que usó Duhamel en *Confesión de medianoche*, Camus describe a un hombre que, en un bar, a medianoche, deja su alma al desnudo ante alguien ajeno. Dicen que en esta confesión Camus responde indirectamente a las críticas que algunos de sus compañeros de lucha no le escatimaron hace unos años».

[804] María Casares regresa a París el 4 de mayo de 1956 y vuelve a marcharse a Burdeos a mediados de mayo.

[805] Telegrama enviado a Burdeos, TNP, Grand Théâtre.

[806] Fecha del aniversario de su unión, el 6 de junio de 1944.

[807] El escritor egipcio Albert Cossery (1913-2008), afincado en París desde 1945 y muy conocido en la década de 1950 en Saint-Germain-des-Prés, donde traba amistad con Camus.

[808] Albert Camus se dispone a instalarse en un apartamento en el número 4 de la calle de Chanaleilles (París, distrito 7), en el mismo edificio que su amigo René Char.

[809] *El primer hombre*, novela en la que Albert Camus llevaba pensando varios años, que dejó sin acabar y que Gallimard publicó en 1994.

[810] El columnista literario de *Le Figaro* y *Le Figaro Littéraire* André Rousseaux (18961973) era amigo de René Char desde la posguerra.

[811] Tras el Festival de Aviñón de 1956, que Albert Camus pasa con ella, María Casares realiza una estancia en Camaret-sur-Mer.

[812] Albert Camus vuelve a París, desde L'Isle-sur-Sorgue, y a su nuevo domicilio.

[813] Robert Cérésol, director adjunto del teatro de Les Mathurins y amigo de Albert Camus.

[814] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[815] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[816] Nombre de pluma conjunto de una pareja de hermanos (Jeanne-Marie y Frédéric Petitjean de la Rosière), autores de novelas rosas de gran éxito en la primera mitad del siglo XX. *(N. de las T.)*

[817] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[818] Ambas obras de Alfred de Vigny.

[819] Nota escrita por detrás de la factura de un hotel.

[820] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[821] Telegrama. María Casares está de gira por Rusia y Escandinavia. Llega a Moscú el 10 de septiembre.

[822] Telegrama enviado a Moscú, al teatro Maly.

[823] Telegrama remitido a París, al teatro de Les Mathurins. *Réquiem por una monja* se estrena el 20 de septiembre.

[824] El actor Guy Saint-Jean (1923-2000), que protagoniza con María Casares *Ese loco de Platónov*.

[825] Telegrama enviado a Moscú, al teatro Maly. El estreno de *Réquiem por una monja* fue todo un éxito.

[826] Telegrama.

[827] Enviada a Helsinki, Finlandia, TNP, Teatro Nacional Finlandés.

[828] Esos seis relatos componen *El exilio y el reino*, que publica Gallimard el 4 de marzo de 1957: «La mujer adúltera», «El renegado», «El huésped», «Los mudos», «Jonas, «La piedra que crece».

[829] *El primer hombre*.

[830] De Aleksis Kivi (1834-1872).

[831] Postal de Helsinki.

[832] Postal de Estocolmo.

[833] René Char, «Acatamiento», *Furor y misterio*, 1948.

[834] Telegrama.

[835] Tarjeta que acompaña a un ramo enviado al teatro de Chaillot (París) con motivo del estreno de *El triunfo del amor*.

[836] Tarjeta de visita.

[837] El actor Bernard Andrieu (1923-2006) se hizo cargo del papel del juez que había interpretado Albert Camus durante cuatro funciones.

[838] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[839] La NRF publica las «Reflexiones sobre la guillotina» en junio y julio de 1957, antes de que la editorial Calmann-Lévy las incluya, ese otoño, en la obra colectiva *Reflexiones sobre la pena capital*.

[840] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[841] Todos los «tío» de este párrafo, en castellano en el original. *(N. de las T.)*

[842] De Charles Dickens.

[843] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[844] Frase de Alberto Sordi en la película *Los inútiles* (1953), de Federico Fellini.

[845] El 15 de marzo de 1957, día de la conmemoración de la revolución húngara contra el Imperio austriaco, la asociación libertaria Solidaridad Internacional Antifascista organiza en la sala Wagram un gran mitin en apoyo a la insurrección húngara reprimida por el ejército ruso el 4 de noviembre de 1956 en Budapest.

[846] El 21 de junio de 1957 se estrena en el Festival de Angers, con dirección de Albert Camus, su adaptación de *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega. En la presentación de la obra escribe: «A

nuestra Europa de cenizas, Lope de Vega y el teatro español pueden aportarle hoy su inagotable luz, su insólita juventud».

[847] Telegrama enviado desde Argelia, donde María Casares está de gira.

[848] Telegrama dirigido a Orán, Giras Herbert. Ópera municipal.

[849] Carta enviada a Orán, Giras Herbert. Ópera municipal.

[850] *Calígula* vuelve a representarse en el teatro de París en 1957 con dirección del autor.

[851] Dominique Blanchar, en *El caballero de Olmedo*.

[852] En *Calígula*. *(N. de las T.)*

[853] «Tía» y «tío», en castellano en el original. *(N. de las T.)*

[854] Secretaria de Albert Camus en Gallimard.

[855] Telegrama enviado desde Angers a Estrasburgo, al hotel Maison Rouge.

[856] Ídem.

[857] Telegrama enviado a Angers desde Estrasburgo.

[858] Telegrama enviado desde Zúrich, al hotel Storchen.

[859] Postal. María Casares y Albert Camus acaban de pasar más de dos semanas juntos en Cordes (Tarn), del 17 de julio al 13 de agosto.

[860] A principios de septiembre María Casares se va de gira a Sudamérica. Pasa por Madrid, no había vuelto nunca a España hasta entonces.

[861] Postal.

[862] Telegrama enviado a Río de Janeiro, al teatro municipal.

[863] Domicilio de Michel Gallimard, en Eure-et-Loir.

[864] Esa «piedra que crece» nace de un recuerdo de Albert Camus durante su estancia en Brasil en 1949 y aparece en el relato del mismo título incluido en *El exilio y el reino* (1957).

[865] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[866] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[867] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[868] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[869] En papel con membrete del hotel Jaraguá, São Paulo.

[870] Telegrama enviado a São Paulo, al teatro municipal.

[871] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[872] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[873] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[874] La actriz Margarita Xirgu (1888-1969) se exilió en 1936.

[875] La actriz Josefina Díaz (Pepita) (1881-1976).

[876] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[877] Carta enviada a Buenos Aires, TNP, al teatro Cervantes. Albert Camus está de regreso en París desde el el 23 de septiembre.

[878] El actor del TNP Roger Mollien (1931-2009), que actúa con María Casares en *El triunfo del amor* y *Ese loco de Platónov*.

[879] Postal.

[880] Postal.

[881] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[882] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[883] Albert Camus conoció a la escritora, traductora y editora Victoria Ocampo (1890-1979) en 1946, en Nueva York. La directora de la revista *Sur* y de la editorial homónima tuvo un papel considerable en la traducción de las obras de Camus al castellano en Argentina cuando estaban prohibidas en España. Durante su viaje a Sudamérica, en 1949, Camus se alojó en casa de Victoria Ocampo. Ambos amigos se vieron y se escribieron con regularidad hasta la muerte de Camus.

[884] El director Marcel Camus (1912-1982), galardonado con la Palma de Oro en Cannes en 1959 por *Orfeo negro*.

[885] Obra de Frances Goodrich y Albert Hackett representada en septiembre de 1957 en el teatro Montparnasse.

[886] La actriz Marguerite Jamois, que interpretó el papel de Cesonia en *Calígula* en el Festival de Angers en junio de 1957 y que dirigía *El diario de Anna Frank*.

[887] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[888] Carta enviada a Lima, TNP, al teatro Segura.

[889] Telegrama.

[890] A Albert Camus le conceden el Premio Nobel de Literatura el 16 de octubre de 1957.

[891] Telegrama enviado a Lima, hotel Bolívar.

[892] Tarjeta de visita. María Casares regresa a París el 28 de octubre y se queda allí hasta el 10 de diciembre de 1957.

[893] En papel con membrete del Grand Hôtel Stockholm. Albert Camus viaja desde de París en tren con su mujer y con Michel y Janine Gallimard y llega a Estocolmo el 9 de diciembre de 1957.

[894] Alusión a la película de Frank Capra *El secreto de vivir* (1936). Mr. Deeds (Gary Cooper) es un hombre vulnerable e ingenuo que tiene que ir a Nueva York para cobrar una cuantiosa e inesperada herencia.

[895] Tarjeta de visita que acompaña un ramo enviado al TNP, teatro de Chaillot, con motivo de la reposición de *Fedra*, de Jean Racine, con dirección de Jean Vilar.

[896] Lugar donde transcurre la acción de *Fedra*.

[897] Grabación de *La carroza del Santísimo*, de Prosper Mérimée, para la colección «TNP» de la compañía discográfica Véga.

[898] Tonton es el diminutivo de *oncle* («tío»), que María Casares utiliza como un apodo cariñoso para referirse a Sergio Andión. *(N. de las T.)*

[899] De Thomas Mann.

[900] Albert Camus está en Argel. En este viaje traba amistad con el escritor Mouloud Feraoun y vuelve una vez más a Tipasa.

[901] Está en preparación un viaje a Grecia.

[902] María Casares está ensayando el papel de Jimena en *El Cid* para preparar la gira que la

llevará a Canadá y Estados Unidos con el TNP de septiembre a noviembre de 1958.

[903] Albert Camus regresa en barco el 14 de abril.

[904] En vez de *populare*. *Poupoule* (de *poule*, «gallina»; algo así como «gallinita») es un apelativo afectuoso un tanto ñoño. *(N. de las T.)*

[905] De Molière.

[906] Telegrama.

[907] Tarjeta de visita que acompaña un ramo en el aniversario de su unión.

[908] Postal sellada en Samos el 19 de junio. Albert Camus y María Casares hacen un crucero por Grecia, a bordo del *Fantasia*, del 10 de junio al 6 de julio de 1958 con los Gallimard (Michel, Janine y su hija Anne) y los Prassinos (Mario, Io y su hija Catherine). A primeros de julio María los deja y pasa por Atenas, Roma, Niza y Marsella para representar *Macbeth* con el TNP y se incorpora luego al Festival de Aviñón.

[909] Postal reexpedida desde Marsella a Aviñón.

[910] Carta enviada a Aviñón, hotel d'Angleterre.

[911] *El primer hombre*.

[912] Para aceptar *Los demonios*.

[913] Carta enviada a Aviñón, hotel d'Angleterre.

[914] Esa película, en color, se encuentra en una colección privada.

[915] Albert Camus viaja al sur de Francia a fin de preparar la casa que ha alquilado en Cabrières d'Avignon para pasar unas vacaciones con sus hijos en el mes de septiembre. Pero pasa el mes de agosto con María.

[916] La actriz del TNP Christiane Minazzoli (1931-2014), casada por entonces con Jean-Pierre Darras.

[917] Gallimard acaba de publicar la traducción de *El doctor Zhivago*.

[918] Sergio Andión.

[919] Es castellano en el original. *(N. de las T.)*

[920] Albert Camus busca una casa que comprar en Vaucluse.

[921] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[922] Estados Unidos y Canadá, donde el TNP realiza una gira con *El Cid*, de Corneille.

[923] Micheline Rozan.

[924] Las dos palabras entrecomilladas, en castellano en el original. *(N. de las T.)*

[925] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[926] Albert Camus compra la casa de Lourmarin a finales de septiembre de 1958.

[927] El primer papel de María Casares, en 1942.

[928] María Casares se va de gira a Norteamérica el 19 de septiembre por la noche.

[929] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[930] Quizá *Mirando hacia atrás con ira*, de John Osborne, interpretada por Pierre Vaneck.

[931] Alusión a la novela póstuma del escritor francés Louis Hémon (1880-1913), que residió y falleció en Quebec, publicada en 1914. *(N. de las T.)*

[932] A finales de 1946, durante su viaje a Norteamérica, Albert Camus realizó una breve estancia en Canadá y en Quebec. Visitó también Montreal.

[933] Teatro Montparnasse. *(N. de las T.)*

[934] El 28 de septiembre de 1958 se celebró el referéndum para el proyecto de Constitución de la V República. Dicha Constitución se promulgó el 4 octubre. El resultado del referéndum fue de 82,60 por ciento de votos a favor y 17,40 por ciento en contra.

[935] La actriz Hélène Perdrière (1910-1992), que dirige e interpreta la obra *Don Sancho de Aragón*, de Pierre Corneille, a partir del 1 de octubre de 1958 en la ComédieFrançaise.

[936] Simone de Létraz, directora del teatro du Palais-Royal hasta 1965.

[937] Postal enviada desde Montreal.

[938] Personaje de *Los demonios*.

[939] De Reginald Rose (1920-2002).

[940] El dramaturgo Félicien Marceau (1913-2012).

[941] Personaje de *Los demonios*.

[942] Postal enviada desde Nueva York.

[943] Albert Camus deja París y se va a L'Isle-sur-Sorgue el 17 de octubre de 1958.

[944] Postal enviada desde Nueva York.

[945] Dolores Vanetti.

[946] Albert Camus vuelve a París el 26 de octubre de 1958.

[947] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[948] El actor Daniel Ivernel, que había trabajado con Jean Marchat y Marcel Herrand antes de incorporarse al TNP en 1955 por un plazo de diez años.

[949] Carta enviada desde Nueva York.

[950] Postal enviada desde Washington.

[951] El 30 de enero de 1959 se celebra el ensayo general de *Los demonios* en el teatro Antoine, con asistencia de André Malraux, ministro de Cultura.

[952] El actor Lucien Brûlé, director del teatro Antoine.

[953] El cantante y actor André Schlesser (1914-1985), conocido por Dadé, del TNP; había trabajado ya con María Casares, particularmente en *La carroza del Santo Sacramento* en 1953. María Casares se casó con él en 1978. Reposan juntos en el cementario de Alloué, donde la pareja había comprado la casa de La Vergne en 1961.

[954] Obra de Alfred de Musset (1833) que montó Jean Vilar en el Festival de Aviñón en 1958.

[955] Roger Planchon (1931-2009) está en ese momento al frente del teatro de la Cité Ouvrière de Villeurbanne tras haber creado el teatro de la Comédie de Lyon en 1952.

[956] Obra de Diego Fabbri.

[957] *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, representada en el Festival de Aviñón el 17 de julio de 1959.

[958] Telegrama enviado desde Argelia.

[959] El bailarín y coreógrafo Jean Babilée (1923-2014).

[960] Película de Marcel Carné (1937).

[961] Albert Camus pasa una temporada allí con Francine y con su hija Catherine, que padece reúma articular.

[962] La actriz Loleh Bellon (1925-1997).

[963] El compositor Maurice Jarre (1924-2009) fue director musical del TNP desde 1951 hasta 1963, tras haber trabajado con Pierre Boulez para la compañía Renaud-Barrault.

[964] Por mediación de Pierre Blanchar, Albert Camus ha llevado de Argelia una burra llamada Pamina.

[965] Desde 1958, Albert Camus intenta que lo nombren director de un teatro y aspira sobre todo al teatro Récamier. Al llegar André Malraux al Ministerio de Cultura surge el proyecto de poner al autor de *Los justos* al frente de un Teatro Nacional de Ensayo dedicado a dramaturgos jóvenes y a la representación de obras antiguas de coste elevado. El 9 de abril de 1959, en una rueda de prensa, el ministro menciona ese nombramiento sin especificar cómo se llama la sala. Camus esboza el perfil y los cometidos de ese nuevo teatro en una nota del 25 de junio de 1959 y la envía a los servicios del ministerio de André Malraux. Al parecer la elección fue decantándose poco a poco en favor de la sala L'Athénée.

[966] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[967] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[968] El programa *Gros Plan*, de Pierre Cardinal, dedicado a Albert Camus con fragmentos de *Los demonios*.

[969] Feminista antifascista belga (1892-1975), comprometida con los republicanos durante la guerra civil española, diputada socialista y, más adelante, independiente desde 1936 hasta 1954.

[970] La película de Cecil B. DeMille, que en Francia se estrenó en 1958.

[971] Encargada de vigilar, limpiar, etc., los baños públicos, y de cobrar a los usuarios. *(N. de las T.)*

[972] La película de Richard Fleischer se estrena en Francia en 1959; está basada en la novela de Meyer Levin (1956; publicada en Francia en 1958).

[973] La película de Morton DaCosta se estrena en Francia en 1958.

[974] *Falstaff* en el teatro de la Cité de Villurbanne.

[975] Película de Louis Malle (1958).

[976] En su espacio «Bloc-Notes», del 14 de mayo de 1959, en *L'Express*, François Mauriac ataca a Albert Camus tras la intervención de este en televisión.

[977] Telegrama enviado a Zúrich, al hotel Neuesschloss, en el aniversario de su unión. Después de Suiza, María Casares sale de gira para Marsella y Aviñón.

[978] La actriz Francine Bergé, nacida en 1938, primer premio de Tragedia del Conservatorio, ingresa en la Comédie-Française para interpretar *Fedra* en 1959.

[979] Personaje de *Mitrídates*, de Jean Racine. *(N . de las T.)*

[980] Albert Camus va a Venecia entre el 6 y 13 de julio para hacerse cargo de las representaciones de *Los demonios* en La Fenice.

[981] Telegrama enviado a La Fenice de Venecia.

[982] Postal enviada desde Venecia a Aviñón.

[983] Telegrama enviado a La Fenice de Venecia.

[984] Telegrama enviado a Aviñón.

[985] Apodo que le había puesto la actriz a Jean Vilar.

[986] Véase la nota 37 (p. 1022).

[987] Amis du Théâtre Populaire.

[988] André Schlesser. Véase la nota 3 (p. 1143).

[989] Obra del escritor Ka-Tzetnik 135633 sobre las vivencias de una mujer internada en un campo de concentración alemán y utilizada como esclava sexual.

[990] El escritor Henri Pichette (1924-2000), cuya obra *Epifanías* interpretaron María Casares y Gérard Philipe en 1947.

[991] Véase la nota 28 (p. 1012).

[992] La película de Marcel Carné, estrenada en 1945.

[993] El actor Louis Salou (1902-1948).

[994] Del cineasta Marcel Camus. Véase la nota 48 (p. 1091).

[995] Véase la nota 37 (p. 1166).

[996] Obra de Luigi Pirandello.

[997] Giorgio Strehler (1921-1997), que había dirigido *Calígula* y *Los justos* y era por entonces codirector del Piccolo Teatro de Milán.

[998] Albert Camus está en su casa de Lourmarin desde el 10 de agosto de 1959, mientras María Casares está cerca de Dourdan (Seine-et-Oise). Camus aprovecha para leer obras de dramaturgos jóvenes a fin de preparar el programa de su Teatro Nacional de Ensayo.

[999] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[1000] Como sede del Teatro Nacional de Ensayo.

[1001] *El primer hombre*.

[1002] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[1003] Durante los meses anteriores a su muerte, Albert Camus está trabajando en un proyecto de adaptación y dirección de *Otelo*, de Shakespeare.

[1004] El actor Pierre Blanchar, que interpreta a Stepán Trofímovich en *Los demonios*, y su mujer, Marthe.

[1005] Léone Brainville.

[1006] María Casares regresa a París el 28 de agosto y Albert Camus, el 2 de septiembre de 1959.

[1007] Tarjeta que acompaña a un ramo con motivo de la retransmisión por televisión de *Macbeth*.

[1008] Carta enviada desde Lourmarin, adonde Albert Camus vuelve en noviembre.

[1009] Gérard Philipe muere el 25 de noviembre de 1959 de un cáncer de hígado fulminante, a los treinta y seis años.

[1010] *Calígula*.

[1011] María Carares está rodando *El testamento de Orfeo*, de Jean Cocteau.

[1012] Karl Adrien Wettach, payaso, músico y acróbata suizo, fallecido en 1959. *(N. de las T.)*

[1013] Prestigiosa institución de enseñanza superior, fundada en 1530, que imparte siete disciplinas. *(N. de las T.)*

[1014] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[1015] Léon Chancerel (1866-1965), actor y director teatral.

[1016] *Baiser* puede ser «besar», con un verbo un tanto anticuado, o «follar» en lengua coloquial. Escoja el lector. *(N. de las T.)*

[1017] Véase la nota 43 (p. 1027).

[1018] El poeta Jean Tardieu (1903-1995), director del Club d'Essai, taller de creación radiofónica de la Radio Nacional Francesa.

[1019] Poema de *Mares*, «Estrofa», III (1957).

[1020] *Asesinato en la catedral*, de T. S. Eliot. *(N. de las T.)*

[1021] *Los caprichos de Marianne* y *Con el amor no se juega*, de Alfred de Musset. *(N. de las T.)*

[1022] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[1023] La actriz Valentine Tessier (1892-1981) había sido amante de Gaston Gallimard.

[1024] La errata a la que se refiere Camus es *farce* («farsa») por *force* («fuerza»). *(N.de las T.)*

[1025] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[1026] *Cabeza de oro*, de Paul Claudel; *Los negros*, de Jean Genet; *Sol de medianoche*, de Claude Spaak, y *La muerte de Danton*, de Georg Büchner.

[1027] Véase la nota 63 (p. 902).

[1028] *Les Plus Beaux Poèmes de la langue française de Victor Hugo à Arthur Rimbaud*, leídos por María Casares y Gérard Philipe, Disques Festival, 1959.

[1029] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

[1030] *Los secuestrados de Altona*.

[1031] En castellano en el original. *(N. de las T.)*

Índice